

OBRAS ESCOGIDAS

Literatura y revolución

Otros escritos sobre cultura, arte, literatura, filosofía y ciencia

Edicions internacionals Sedov



Obras Escogidas de León Trotsky
Edicions Internacionals Sedov
Valencia, octubre de 2022



germinal_1917@yahoo.es

Para esta edición usamos la versión castellana de la obra *Literatura y revolución. Otros escritos sobre la literatura y el arte*, editada en dos tomos por Ruedo Ibérico en 1969 e impresa en Colombes (Francia); las traducciones al castellano son de Sara Alonso, José Álvarez Junco, Fernando Claudín, Enrique Escobar y Nelson Zayas, sin indicación de fuente. Hemos ampliado sustancialmente el anexo ("Otros escritos sobre la literatura y el arte", que nosotros titulamos "Otros escritos sobre arte, literatura, cultura, filosofía y ciencia"); salvo indicación contraria a pie de página, todos los documentos del anexo están tomados de nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano. Presentamos los materiales del anexo intentando agruparlos siguiendo un mismo eje de temática (que vendría a ser: a) partido, revolución, socialismo y cultura, teniendo en cuenta que en este caso está involucrada directamente la construcción de la sociedad socialista y, por lo tanto y no con poca importancia, la 'educación'; b) vida cotidiana y cultura; c) literatura y arte; d) ciencia; e) filosofía; f) Manifiesto por un arte revolucionario independiente, FIARI (con la correspondencia concerniente a ambos); g) el carné de notas de 1916; y, por último, h) las notas de exilio del 1935 versando sobre diversos escritores. Dentro de esta ordenación de cada tema sí usamos mayoritariamente el criterio cronológico. Como lectura complementaria creemos que es imprescindible la de *Problemas de la vida cotidiana*, obra del mismo autor editada en estas mismas OELT (EIS).

Índice

Dedico este libro a Khristian Rakovsky; al combatiente, al hombre, al amigo.

Literatura y revolución

Introducción

La situación del arte puede ser definida por las consideraciones generales siguientes.

Si el proletariado ruso, después de la conquista del poder, no hubiese creado su propio ejército, el estado obrero hubiera dejado de vivir hace mucho tiempo y nosotros no estaríamos pensando ahora en los problemas económicos, y menos aún en los problemas de la cultura y del espíritu.

Si la dictadura del proletariado se mostrase incapaz, en el curso de los próximos años, de organizar la economía y de asegurar a la población, aunque no sea más que un mínimo vital de bienestar material, el régimen proletario estaría entonces verdaderamente condenado a desaparecer. La economía es hoy el problema por excelencia.

Sin embargo, incluso la resolución de los problemas elementales de la alimentación, el vestido, la vivienda y hasta la educación primaria no significaría aún en absoluto la victoria total del nuevo principio histórico, es decir del socialismo. Solamente un progreso del pensamiento científico a escala nacional y el desarrollo de un arte nuevo significarían que la semilla histórica no sólo ha crecido hasta convertirse en una planta, sino que también ha florecido. En este sentido, el desarrollo del arte es la prueba más alta de la vitalidad y del significado de toda una época.

La cultura vive de la savia de la economía, pero no basta con tener los bienes materiales estrictamente necesarios para que la cultura nazca, se desarrolle y se refine. Nuestra burguesía dominó la literatura con especial rapidez en la época en que se fortalecía y enriquecía. El proletariado será capaz de preparar la formación de una cultura y una literatura nuevas, es decir socialistas, no por métodos de laboratorio, basándose en nuestra pobreza, necesidad e ignorancia actuales, sino partiendo de vastos medios sociales, económicos y culturales. El arte tiene necesidad del bienestar material, incluso de la abundancia. Es preciso que los altos hornos tengan temperaturas más elevadas, que las ruedas giren con más rapidez, que los barcos marchen más deprisa, que las escuelas trabajen mejor.

Nuestra antigua literatura y nuestra antigua cultura rusas eran la expresión de la nobleza y de la burocracia, y se basaban en el campesino. El noble imbuido de su propia importancia y el noble "arrepentido" imprimieron su huella sobre el periodo más importante de la literatura rusa. Más tarde apareció el intelectual plebeyo, apoyado sobre el campesino y el burgués, y también él escribió su capítulo en la historia de la literatura rusa. Después de haber pasado por el periodo de extrema "simplicidad" de los viejos *narodniki*[1], este intelectual plebeyo se modernizó, se diferenció y se individualizó, en el sentido burgués del término. Tal fue el papel histórico de la escuela decadente y del simbolismo. Desde el comienzo del siglo, y muy especialmente después de 1907-1908,

[1] *Narodniki* [populistas], movimiento surgido entre los intelectuales rusos en los años 60 del último siglo, y uno de cuyos fundadores fue Herzen. Los *narodniki* se proponían "ir al pueblo" [*narod*], compartir la vida de los campesinos y combatir así el zarismo por la propaganda y la educación. Este movimiento se hizo rápidamente revolucionario y se escindió en diversas organizaciones ("Tierra y Libertad", "Reparto Negro", "Voluntad del Pueblo", etc.). Fue la organización terrorista "Voluntad del Pueblo" la que asesinó a Alejandro II en 1881. A fines del siglo XIX, el movimiento populista se disgregó para ser reemplazado por el movimiento marxista introducido en Rusia por Plejánov. [Obras Escogidas de G. V. Plejánov, en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria.]

se produjo rápidamente la transformación burguesa de la intelligentsia y de la literatura. La guerra puso un fin patriótico a este proceso.

La revolución derribó a la burguesía y este hecho decisivo hizo irrupción en la literatura. La literatura que se había formado alrededor de un eje burgués no existe ya hoy. Todo lo que quedaba más o menos vivo en el dominio de la cultura, y esto es particularmente cierto si nos referimos a la literatura, se esforzó y se esfuerza aún por encontrar una nueva orientación. Puesto que la burguesía ya no existe, el eje no puede ser más que el pueblo sin la burguesía. Pero ¿qué es el pueblo? En primer lugar, los campesinos y hasta cierto punto los pequeños burgueses de las ciudades, y después los obreros, en la medida en que no pueden ser separados del protoplasma popular de los campesinos. Esto es lo que explica la tendencia fundamental de todos los "compañeros de viaje"[2] de la revolución. Así lo creyó el difunto Blok. E igualmente Pilniak, los "Hermanos Serapion", los "imaginistas", que están aún muy vivos y actuales. Lo mismo también que algunos de los futuristas (Jlebnikov, Kruchenik y W. Kamensky). La base campesina de nuestra cultura, o más bien de nuestra falta de cultura, manifiesta indirectamente toda su fuerza inerte.

Nuestra revolución es la expresión del campesino convertido en proletario que sin embargo se apoya sobre el campesino y le muestra el camino a seguir. Nuestro arte es la expresión del intelectual que duda entre el campesino y el proletario; es constitutivamente incapaz de fundirse con ninguno de los dos, pero gravita más hacia el campesino; debido a su posición intermedia y a sus relaciones, no puede convertirse en un mujik, pero puede cantar al mujik. Sin embargo, no puede haber revolución sin dirección obrera. Esta contradicción es la causa de la dificultad esencial al tratar este tema. Se puede afirmar que los poetas y los escritores de estos años extraordinariamente críticos difieren entre ellos por la manera que tienen de escapar a esta contradicción y por la forma en que llenan los vacíos, uno con el misticismo, otro con el romanticismo, un tercero con un alejamiento prudente y un cuarto con un grito ensordecedor. Independientemente de la variedad de métodos empleados para superar la contradicción, la esencia de ésta es única. Consiste en la separación creada por la sociedad burguesa entre el trabajo intelectual, incluido el arte, y el trabajo físico. La revolución es la obra de los trabajadores manuales. Uno de los fines últimos de la revolución es superar completamente la separación de estas dos formas de actividad. En este sentido, como en todos los demás sentidos, la creación de un arte nuevo es un problema que debe plantearse y solucionarse desde la tarea fundamental, la construcción de una cultura socialista.

Es ridículo, absurdo y hasta estúpido en el más alto grado pretender que el arte permanecerá indiferente a las convulsiones de nuestra época. Los acontecimientos se preparan por los hombres, se realizan por los hombres y reinfluyen a su vez sobre los hombres y les hacen cambiar. El arte, directa o indirectamente, refleja la vida de los hombres que hacen o viven los acontecimientos. Esto es verdad de todo el arte, desde el más monumental al más íntimo. Si la naturaleza, el amor o la amistad no estuviesen ligados al espíritu social de una época, la poesía lírica hubiese dejado de existir hace largo tiempo. Un viraje profundo en la historia, es decir una nueva ordenación de las clases en la sociedad, altera la individualidad, sitúa la percepción de los temas fundamentales de la poesía lírica bajo un ángulo nuevo, y salva así al arte de una repetición eterna.

Pero, ¿no es cierto que el "espíritu" de una época trabaja de manera invisible e independiente de la voluntad subjetiva? Sin duda, en definitiva este espíritu se refleja en todos: en los que lo aceptan y encarnan, al igual que en los que luchan desesperadamente

[2] Trotsky emplea este término no en el sentido frecuentemente peyorativo que ha adquirido actualmente [1969], sino en el sentido en que el movimiento obrero ruso lo empleó durante largo tiempo para designar a los intelectuales que simpatizaban con él.

contra él o tratan de resistir pasivamente; pero los que vuelven la cabeza esforzándose por ignorarle mueren poco a poco, los que se resisten son como mucho capaces de reanimar tal o cual llama arcaica, mientras que el arte nuevo, marcando nuevos caminos y ampliando el campo de la creación artística, sólo podrá ser creado por los que se integren en su época. Si se trazase una línea que fuese desde el arte actual hasta el arte socialista del porvenir, podría decirse que apenas hemos superado hoy la etapa de preparación propiamente dicha.

He aquí un breve esbozo de los grupos de la literatura rusa de hoy.

La literatura no revolucionaria, desde los folletinistas del periódico de Suvorín hasta los líricos más sublimes del Valle de Lágrimas de la aristocracia, está moribunda, al igual que las clases a las que ha servido. Genealógicamente, y en cuanto a la forma, representa la culminación de la línea primogénita de nuestra literatura antigua, que había comenzado como literatura de la nobleza y acabó como literatura completamente burguesa.

El origen de la literatura mujik soviética, que canta al campesino, puede descubrirse, aunque menos claramente y desde el punto de vista formal, en las tendencias eslavófilas y populistas de la literatura antigua. Por supuesto, los escritores que cantan al mujik no proceden directamente del mujik. Serían inconcebibles sin la literatura anterior aristocrática y burguesa, de la que son los descendientes más jóvenes. Actualmente, todos ellos están tratando de ponerse más a la altura de la nueva sociedad.

También el futurismo es, sin duda alguna, un vástago de la literatura antigua. Pero el futurismo ruso no había alcanzado su desarrollo completo en el marco de la literatura antigua y no había sufrido la necesaria adaptación burguesa que le hubiera valido el reconocimiento oficial. Cuando estalló la guerra y más tarde la revolución, el futurismo era aún bohemio, como toda nueva escuela literaria en las ciudades capitalistas. Impulsado por los acontecimientos, el futurismo entró en los canales nuevos de la revolución. Por la naturaleza misma de las cosas, de ahí no podía surgir, ni surgió, un arte revolucionario. Pero, aunque siga siendo, en ciertos aspectos, un producto revolucionario bohemio del arte antiguo, el futurismo contribuye en mayor medida y más directa y activamente que todas las demás tendencias a la formación del arte nuevo.

Por significativas que puedan ser en general las obras de algunos poetas proletarios, su llamado “arte proletario” está pasando todavía un periodo de aprendizaje. Siembra ampliamente los elementos de la cultura artística, ayuda a la clase nueva a asimilar las obras antiguas, aunque demasiado superficialmente, y en este sentido es una de las corrientes que conducen al arte socialista del porvenir.

Es fundamentalmente falso oponer la cultura burguesa y el arte burgués a la cultura y el arte proletarios. Estos últimos, en realidad, no existirán jamás, ya que el régimen proletario es temporal y transitorio. El significado histórico y la grandeza moral de la revolución proletaria residen en el hecho de que está sentando las bases de una cultura que no será ya una cultura de clase sino la primera cultura verdaderamente humana.

Nuestra política respecto al arte, durante el periodo de transición, puede y debe consistir en ayudar a los diferentes grupos y escuelas artísticos surgidos de la revolución a comprender correctamente el significado histórico de nuestra época y, después de haberles colocado ante la prueba decisiva (a favor o en contra de la revolución), concederles una libertad total de autodeterminación en el terreno artístico.

De momento, la revolución no se refleja en el arte más que de una manera parcial, en la medida en que el artista deja de considerarla como una catástrofe exterior y en que la cofradía de artistas y poetas, antiguos y nuevos, se convierte en una parte del tejido vivo de la revolución y aprende a verla no desde fuera sino desde su interior.

El torbellino social no se apaciguará tan pronto. Tenemos ante nosotros decenios de lucha en Europa y América. No sólo los hombres y las mujeres de nuestra generación sino también los de la generación que viene serán los partícipes, los héroes y las víctimas de esta lucha. El arte de nuestra época estará totalmente colocado bajo el signo de la revolución. Este arte tiene necesidad de una nueva conciencia. Es, sobre todo, incompatible con el misticismo, tanto declarado como disfrazado de romanticismo, puesto que la revolución tiene como punto de partida la idea básica de que el hombre colectivo debe ser el único señor y que los límites de su poder están marcados únicamente por su conocimiento de las fuerzas naturales y su capacidad para utilizarlas. Este arte nuevo es incompatible con el pesimismo, con el escepticismo, con todas las demás formas de abatimiento espiritual. Es en realidad activo, vitalmente colectivista, y está lleno de una confianza ilimitada en el porvenir.

29 de julio de 1924

1. El arte anterior a la revolución

La revolución bolchevique de octubre de 1917 no derribó solamente el gobierno de Kerensky, sino todo el régimen social basado en la propiedad burguesa. Este régimen tenía su propia cultura y su propia literatura oficial; su hundimiento no podía por menos de arrastrar el de la literatura anterior a octubre.

El ruiseñor de la poesía, igual que el pájaro de la sabiduría, la lechuza, sólo se deja oír después de la puesta de sol. Durante el día se obra, se está atareado, pero con el crepúsculo el sentimiento y la razón vienen a hacer el balance de lo realizado. Los idealistas (incluyendo a sus epígonos más bien sordos y un poco ciegos, los subjetivistas rusos) creían que el pensamiento y la razón crítica movían el mundo, es decir que la intelligentsia dirigía el progreso. De hecho, en todo el curso de la historia el espíritu no ha hecho más que marchar renqueando tras lo real, y es inútil demostrar, después de la experiencia de la revolución rusa, la estupidez retrógrada de los intelectuales profesionales. También se pueden ver claramente los efectos de esta ley en el terreno del arte. La identificación tradicional del poeta y el profeta sólo se puede aceptar en el sentido de que el poeta tarda tanto como el profeta en reflejar su época. Si ha habido profetas y poetas "adelantados a su época", esto quiere decir únicamente que han sabido expresar ciertas exigencias de la evolución social con un poco menos de retraso que sus congéneres.

Para que la primera sacudida del despertar de un "presentimiento" revolucionario ocurriese en la literatura rusa de fines del siglo pasado y comienzos de éste, fue preciso que en el curso de los decenios anteriores la historia produjese cambios profundísimos en la estructura económica del país, en el reparto de los grupos sociales y en los sentimientos de las masas populares. Para que los individualistas, los místicos y otros epilépticos llegasen a ocupar el proscenio literario, fue preciso que la revolución de 1905 se destrozase por sus contradicciones internas, que en diciembre el ministro del interior, Durnovó, aplastase a los obreros, y que Stolypin disolviese dos dumas y crease una tercera. La sirena del paraíso canta desde la puesta de sol hasta el momento en que levanta el vuelo el pájaro profeta, la lechuza. Entre las dos revoluciones (1907-1917), toda una generación de la intelligentsia rusa se formó (o más bien se deformó) en el ambiente de una tentativa de reconciliación social entre la monarquía, la nobleza y la burguesía. Estar condicionado socialmente no tiene por qué significar estar interesado conscientemente; pero la intelligentsia y la clase dominante que la mantiene son vasos comunicantes y la ley de igualdad de niveles les es aplicable. El antiguo radicalismo y el antiguo espíritu de rebeldía iconoclasta que en tiempos de la guerra rusojaponesa habían encontrado expresión en el estado de espíritu totalmente derrotista de la intelligentsia, desaparecieron rápidamente bajo la estrella del 3 de junio[3]. Apropiándose el barniz poético y metafísico de casi todos los siglos y todos los países, y apelando a la ayuda de los padres de la iglesia, la intelligentsia se "autodeterminó" cada vez más abiertamente en el sentido de proclamar su propia valía independientemente del "pueblo". Las formas escandalosas que dio a este proceso natural de aburguesamiento fueron en cierto modo una venganza por las

[3] Después de la derrota de la revolución de 1905, el primer ministro, Stolypin, promulgó, el 3 de junio de 1907, unas pretendidas "reformas orgánicas".

molestias que le había causado el pueblo en 1905, con su obstinación y su falta de respeto. El hecho, por ejemplo, de que Leónidas Andreiev (la figura más célebre, si no la más profunda, del periodo entre las dos revoluciones) terminase su carrera escribiendo en el periódico reaccionario de Protopopov y Anfiteatrov, constituye a su modo una indicación significativa de las fuentes sociales del simbolismo de Andreiev. En este caso, el condicionamiento social se confunde con un interés no disfrazado. Bajo la epidermis del individualismo más rebuscado, de pacientes búsquedas místicas, de una añoranza de la fraternidad universal, se vio subyacente la grasa del espíritu conciliador burgués, que se dejó sentir inmediatamente en los versos patrióticos extraordinariamente vulgares que aparecieron cuando el desarrollo "orgánico" del régimen del 3 de junio se vio trastornado por la catástrofe de la guerra mundial.

La prueba de la guerra, sin embargo, demostró ser demasiado dura no sólo para la poesía del régimen del 3 de junio sino también para su base social: el hundimiento militar del régimen rompió la columna vertebral de la generación intelectual del periodo entre las dos revoluciones. Leónidas Andreiev, sintiendo que desaparecía bajo sus pies el trozo de tierra sobre el que reposaba la cúpula de su gloria, que parecía tan sólida, se puso a gesticular gritando, agitando las manos, haciendo ruidos en su estertor, con la boca llena de espuma, tratando de defenderse, de salvar algo.

Pese a la lección de 1905, la intelligentsia acariciaba aún la esperanza de restablecer su hegemonía política y espiritual sobre las masas. La guerra fortaleció esta ilusión, tomando como base psicológica la ideología patriótica, base que ni la nueva conciencia religiosa, raquítica desde su nacimiento, podía proporcionar, ni el simbolismo nebuloso intentó siquiera producir. La revolución democrática de febrero de 1917, que nació de la guerra y que le puso fin, dio el máximo impulso, aunque por breves instantes, al resurgimiento de la idea del mesianismo de la intelligentsia. Pero la revolución de febrero fue su última llamarada histórica. El hachón humeante olía ya a kerenskysmo.

Luego vino octubre, jalón más importante que el reinado de la intelligentsia y que significó a la vez la derrota definitiva de ésta[4]. Sin embargo, aunque vencida y pisoteada por sus pecados anteriores, su difunta gloria le hacía delirar en voz alta. En su opinión el mundo estaba boca abajo. Era la representante nata del pueblo. En sus manos se encontraba la farmacopea de la historia. Los bolcheviques trabajaban con el opio de los chinos y las botas de los letones. No podrían resistir mucho tiempo contra el pueblo.

Los brindis de año nuevo de los intelectuales emigrados tenían como tema: "El año próximo, en Moscú". ¡Qué estupidez!, ¡qué confusión! Pronto se hizo evidente que, aunque era realmente imposible gobernar contra la voluntad del pueblo, no lo era en absoluto gobernar contra la voluntad de los intelectuales emigrados, e incluso gobernar con éxito, tanto si se trataba de emigrados interiores como exteriores. La ola prerrevolucionaria del comienzo de siglo, la revolución vencida de 1905, el equilibrio tenso pero inestable de la contrarrevolución, el estallido de la guerra, el prólogo de febrero de 1917, el drama de octubre, fueron una serie de golpes duros y seguidos para la intelligentsia, como los de un ariete. No había tiempo para asimilar los hechos, para crearlos de nuevo en forma de imágenes y para encontrar la expresión verbal de estas imágenes. Desde luego, tenemos Los doce de Blok y varias obras de Mayakovsky. Es algo, un indicio, un modesto anticipo, pero no un pago en la cuenta de la historia, ni siquiera un comienzo de pago. El arte mostró una pavorosa impotencia, como siempre ocurre al comienzo de una gran época. Los poetas, que no habían sido llamados al sacrificio divino, mostraron ser, como era de esperar, los más insignificantes de todos los niños insignificantes de la tierra[5]. Los simbolistas, los parnasianos, los acmeístas, que

[4] L. Trotsky, *Historia de la revolución rusa,* en estas mismas OELT-EIS.
[5] Alusión a un poema de Pushkin.

habían levantado el vuelo por encima de las pasiones y de los intereses sociales, entre las nubes, se encontraron en Ekaterinodar con los blancos, o en el estado mayor del mariscal Pilsudski. Inspirados por una potente pasión wrangeliana, nos lanzaron sus anatemas en verso y en prosa.

Los más sensibles, y en parte también los más prudentes, se callaban. Marietta Shaguinián cuenta, en un interesante relato, cómo enseñó a tejer durante los primeros meses de la revolución en la región del Don. No sólo tuvo que abandonar su escritorio por el telar, sino que también tuvo que abandonarse a sí misma para perderse completamente. Otros se sumieron en el *Proletkult*, en el *Politprosviet*[6] o trabajaron en los museos, y atravesaron así los acontecimientos más trágicos y terribles que el mundo haya jamás vivido. Los años de la revolución fueron años de un silencio casi completo de la poesía. Y esto no se debió en absoluto a la falta de papel. Si no hubiera podido imprimirse entonces, se podría hacerlo ahora. Tampoco era inevitable que la poesía fuese favorable a la revolución; hubiera podido ser contraria. Conocemos la literatura de los emigrados; no vale nada en absoluto. Pero nuestra propia literatura tampoco ha producido nada que esté a la altura de su época.

Después de octubre, los escritores quisieron hacer ver que no había ocurrido nada de particular y que este periodo en general no les concernía. Pero ocurrió que octubre comenzó a manifestarse en la literatura, a legislar sobre ella y a querer dirigirla, no sólo desde un punto de vista administrativo sino en un sentido más profundo. Una gran parte de los antiguos literatos se encontró fuera de las fronteras (y no por casualidad) y así sucumbieron, literariamente hablando. ¿Existe Bunin? No se puede decir que Merejkovsky haya dejado de existir puesto que no ha existido nunca. ¿Y Kuprin, y Balmont y hasta Chirikov? ¿Y la revista *Yar Ptitsa* [El Pájaro de Fuego] o los almanaques *Spoloji* [La Alarma]? ¿Y las demás publicaciones, cuya principal característica literaria reside en ser guardianes de la ortografía antigua? Todos, sin excepción, como en el relato de Chéjov, emborronan el libro de reclamaciones de la estación de Berlín. Pasará mucho tiempo antes de que puedan tomar el tren para Moscú y, mientras esperan, los viajeros expresan sus emociones. En los almanaques provincianos *Spoloji*, las "bellas letras" están representadas por Nemirovich-Danchenko, Anfiteatrov, Chirikov, Pervujin y otros nobles cadáveres, suponiendo que hayan estado vivos alguna vez. Alexis Tolstoi da algunas señales de vida, a decir verdad, no muy seguras, pero que bastan para sacarle del círculo encantado de los salvadores de la ortografía antigua y de esta banda de tambores en retirada.

He aquí, pues, una pequeña lección de sociología práctica sobre el tema "es imposible engañar a la historia".

Abordemos el tema de la violencia. Se tomaron las tierras, las fábricas, los depósitos bancarios, se abrieron las cajas de caudales. Pero, ¿qué les ocurrió a los talentos y las ideas? ¿No se exportaron estos valores imponderables en tal cantidad como para inquietarse del destino de la "cultura rusa", como lo hizo su amable salmista Máximo Gorki? ¿Por qué no surgió nada de todo esto? ¿Por qué los emigrados no pueden mostrar un nombre o un libro de algún valor? Porque no se puede engañar a la historia ni a la verdadera cultura (que no es la del salmista). Octubre entró en los destinos del pueblo ruso como un acontecimiento decisivo, dando a cada cosa un significado y un valor propios. El pasado desapareció enseguida, lánguido y marchito, y el arte ya no puede resurgir más que desde el punto de vista de octubre. Quien se mantiene fuera de la perspectiva de octubre se encuentra completa y desesperadamente reducido a la nada, y por eso los pedantes y los poetas que "no están de acuerdo con esto" o a los que "esto no

[6] *Proletkult*, organización para la cultura proletaria. *Politprosviet*, organización para la educación política.

les atañe" no significan nada. Simplemente, no tienen nada que decir. Por esto, y nada más que por esto, la literatura de los emigrados no existe. Y lo que no existe no puede ser juzgado.

En esta desintegración cadavérica de la emigración se desarrolló un tipo especial, relamido, de cínico burlón. Llevaba en su sangre todas las corrientes, todas las tendencias, como una enfermedad peligrosa que le inmunizase contra toda infección por las ideas. Un ejemplo perfecto de este tipo es el desenvuelto Vetlugin. Quizás alguien sepa de dónde surgió, pero esto es secundario. Sus pequeños libros, *La tercera Rusia*, *Héroes*, prueban que el autor ha leído, visto y oído cosas, y que sabe "manejar la pluma". Comienza su primer librito con una especie de elegía a las más sutiles almas perdidas de la intelligentsia, y acaba con una oda al traficante del mercado negro. Este traficante parece que va a convertirse en el señor de esta "tercera Rusia" que se avecina: una Rusia real, sincera, defensora de la propiedad privada, rica y despiada en su codicia. Vetlugin, que estuvo de parte de los blancos y les abandonó cuando fueron vencidos, presenta oportunamente su candidatura como ideólogo de esta Rusia de traficantes. Él sabe muy bien cuál es su vocación. Pero, ¿qué tiene que ver con la "tercera Rusia"? Se mezcle como se mezcle la baraja, la carta falsa del tramposo surge siempre misteriosamente. La agudeza del estilo no importa. Su primer libro fue escrito aproximadamente en el momento del levantamiento de Kronstadt contra los sóviets (1921), y Vetlugin decía que se acababa la Rusia soviética. Al cabo de algunos meses, esta profecía no se había cumplido, y Vetlugin, si no nos equivocamos, apareció en el grupo "Cambio de dirección"[7]. Pero es lo mismo: su cinismo le protege radicalmente contra toda vacilación y toda vuelta hacia atrás. Añadamos que Vetlugin ha escrito también una novela de pacotilla, con el sugestivo título *Memorias de un canalla*. Canallas hay muchos, pero Vetlugin es el más brillante de todos. Mienten incluso de manera desinteresada, pues no saben ya distinguir la verdad de la mentira. Quizás estos son los desechos de la "segunda" Rusia, que espera la "tercera".

En un plano más alto, pero más incoloro, está Aldanov. Este es más bien un KD[8], es decir un fariseo. Aldanov pertenece a este tipo de sabios que asumen un tono de escepticismo de altura (¡pero nunca cinismo, por supuesto!). Rechazando el progreso, están dispuestos a aceptar la teoría pueril de los ciclos históricos de Vico. En realidad, nadie es más supersticioso que los escépticos. Los Aldanov no son místicos en el sentido exacto del término; es decir, no tienen su propia mitología positiva; pero su escepticismo político les da un pretexto para considerar todo fenómeno político desde el punto de vista de la eternidad. Esto les da un estilo especial, con un sabor muy aristocrático.

Los Aldanov toman bastante en serio su gran superioridad sobre los revolucionarios en general y sobre los comunistas en particular. Les parece que nosotros no comprendemos lo que ellos comprenden. Para ellos, la revolución se ha debido a que no todos los intelectuales han pasado por esta escuela de escepticismo político y de estilo literario que forma el capital espiritual de los Aldanov.

En sus ratos ociosos de emigrados, se dedican a enumerar las contradicciones formales y materiales que aparecen en los discursos y declaraciones de los dirigentes soviéticos (¿por qué no habrían de aparecer?), las frases mal construidas de los editoriales de la *Pravda* (y hay que reconocer que hay bastantes) y, como resultado, la palabra

---

[7] Bajo el nombre de *Smiena viek* [cambio de señales] apareció un grupo que, después de la proclamación de la NEP, estimó que el régimen bolchevique podía contribuir a restablecer el poderío nacional y a reconstruir Rusia y que, por tanto, cambió de orientación. Este grupo publicó en Berlín un periódico, *Nakanunié* [La víspera], favorable a los bolcheviques. Traducimos aquí el nombre de este grupo por "Cambio de dirección".

[8] KD [cadete], demócrata constitucional, partido liberal burgués bajo el zarismo.

estupidez (la nuestra) contrasta con la de *sensatez* (la suya) en las páginas que escriben. La verdad es que no comprendieron la marcha de la historia, no previeron nada, perdieron su poder y con él su capital, pero todo esto lo explican por otras razones, especialmente, *entre nous,* por la vulgaridad del pueblo ruso. Los Aldanov se consideran ante todo estilistas, porque han superado las frases embrolladas de Miliukov y la arrogante fraseología leguleya de su socio Hessen. Su estilo, tímido siempre, sin fuerza ni carácter, se adecua admirablemente al uso literario de gente que no tiene nada que decir. Su forma presuntuosa de hablar, desprovista de contenido, lo mundano de su espíritu y de su estilo, desconocido de nuestra antigua intelligentsia, florecía ya en el periodo interrevolucionario (1907-1917)). Pero ahora han aprendido más en Europa y escriben folletos; son irónicos, tienen recuerdos, bostezan un poco, pero, por educación, disimulan sus bostezos; citan en diversas lenguas, hacen predicciones escépticas que contradicen a continuación. Esto parece al principio divertido, luego aburrido y al final francamente desagradable. ¡Qué charlatanería de frases impúdicas, qué desvergüenza literaria, qué servilismo intelectual!

Todos los humores de Vetlugin, Aldanov y otros se encuentran muy bien expresados en el amable poema de un tal Don Aminado, que vive en París:

¿Y quién puede garantizar que el ideal sea verdadero?
¿Y que la humanidad se encontrará mejor?
¿Dónde está la medida de las cosas? ¡Adelante, general!
¡Diez años más! Esto nos basta a vos y a mí.

Como se ve, el español no es orgulloso. ¡Adelante, general! Pero los generales (y los almirantes también) avanzaron ya. Lo malo fue que no llegaron.

De este lado de la frontera, buen número de escritores de antes de octubre han seguido siendo parecidos a los del otro lado; son los emigrados internos de la revolución. “Antes de octubre” es una expresión que le parecerá al futuro historiador de la cultura tan significativa como nos parece a nosotros hoy el término medieval por contraste con la edad moderna. Octubre pareció realmente, para los que se adherían por principio a la cultura anterior, una invasión de los hunos; había que huir de ellos y refugiarse en las catacumbas con las llamadas “antorchas de la ciencia y de la fe”. Pero los que huyeron, igual que los que se han mantenido al margen, no han dicho nada nuevo. Sin duda la literatura anterior a octubre o al margen de octubre surgida dentro de Rusia es más importante que la de los emigrados. Pero de todos modos no hace más que sobrevivir, afectada de impotencia.

¡Cuántas colecciones de poemas han aparecido! ¡Algunas adornadas con nombres sonoros! Tienen pequeñas páginas con líneas cortas, de las que ninguna es mala. Son poemas encadenados en los que verdaderamente hay algo de arte e incluso el eco de un sentimentalismo ya experimentado. Sin embargo, en conjunto estos libros son tan superfluos para el hombre moderno posterior a octubre como un rosario de vidrio para un soldado en el campo de batalla. La perla de esta literatura de renuncia, de esta literatura de pensamientos y sentimientos superados, es el grueso y honorable anuario *Streletz*, en el que los poemas, artículos y cartas de Sologub, Rózanov, Belenson, Kurmin, Hollerbach y otros se imprimen con una tirada de trescientos ejemplares numerados. Una novela sobre la vida de Roma, cartas sobre el culto erótico del buey Apis, un artículo sobre Santa Sofía, la terrena y la celestial. ¡Trescientos ejemplares numerados... qué desconsuelo, qué desolación! Sería mejor maldecir y rabiar; esto al menos sería algo vivo.

“Y pronto seréis lanzados hacia el antiguo establo con un garrote, ¡oh! pueblo irrespetuoso con las cosas sagradas” (Sinaida Hippius, *Últimos poemas*, 1914-1918)[9].

[9] Sinaida Hippius, poetisa simbolista, nacida en 1867 y muerta en París en 1945. Esposa de Merejkovsky.

Desde luego, esto no es poesía, pero ¡qué talento periodístico! Qué inimitable impulso vital supone este esfuerzo de la poetisa decadente y mística por manejar el garrote (¡en verso yámbico!). Cuando Sinaida Hippius amenaza al pueblo con el látigo “para toda la eternidad”, exagera evidentemente si quiere decir que sus maldiciones conmoverán los corazones a través de los tiempos. Pero en esta exageración, completamente excusable debido a las circunstancias, se puede ver claramente la personalidad del autor. Ayer todavía, ella era una dama de Petrogrado, lánguida, llena de talento, liberal, moderna. De repente, esta dama tan dotada de refinamientos descubre la negra ingratitud de la muchedumbre “con botas herradas” y, ofendida en su sancta sanctorum, transforma su rabia impotente en un grito estridente de mujer (siempre en verso yámbico). Verdaderamente si su chillido no conmueve los corazones, suscita al menos interés. Dentro de cien años, el historiador de la revolución rusa hará notar quizás que una bota herrada aplastando el lírico dedito del pie de una dama de Petrogrado, reveló la verdadera bruja adinerada bajo la máscara cristiana decadente, mística y erótica. Y Sinaida Hippius, por ser una verdadera bruja, hace poemas superiores a los de los otros, más acabados, pero más “neutrales” y por consiguiente más muertos.

Cuando se encuentra, entre tantos folletos y libritos “neutrales”, *La casa de los milagros*, de Irene Odoevtzeva, uno puede casi reconciliarse con el falso romanticismo modernizado de las salamandras, de los caballeros, de los murciélagos, de la luna agonizante, gracias a dos o tres relatos de la cruel vida de los sóviets. Hay aquí una balada sobre un *isvoschik* [cochero] que es lanzado a la muerte, con su caballo, por el comisario Zon; está también la historia de un soldado que vendió sal mezclada con cristal molido; y por último una balada sobre la manera en que se contaminan los depósitos de agua de Petrogrado. Los temas son minúsculos y deberían gustar mucho al primo Jorge y a la tía Ana. Sin embargo, tienen un pequeño reflejo de vida, no son sólo los ecos tardíos de melodías cantadas hace mucho tiempo y archivadas en las antologías. Por un momento estaríamos dispuestos a unirnos al primo Jorge. Son poemas verdaderamente muy agradables. ¡Adelante, señorita!

Y no nos referimos sólo a los “viejos”, que han sobrevivido a octubre. Existe también, al margen de octubre, un grupo de jóvenes literatos y poetas. No sé exactamente la juventud que pueden tener estos jóvenes, pero, en todo caso, antes de la guerra y antes de la revolución o estaban empezando o ni siquiera habían empezado a escribir. Escriben cuentos, novelas, poesías, con ese arte impersonal que era corriente no hace tanto tiempo; así era como se llegaba a ser conocido entonces. La revolución (“la bota herrada”) ha pulverizado sus esperanzas. En la medida en que pueden hacen ver que en realidad no ha ocurrido nada, y en sus versos y prosas desprovistos de originalidad expresan una arrogancia herida. Sin embargo, de vez en cuando desahogan su alma burlándose en secreto.

Quien dirige a todo este grupo es Zamiatin, el autor de *Los isleños*[10] En realidad tomó como tema a los ingleses. Zamiatin los conoce y los pinta bastante bien en una serie de esbozos, pero desde fuera, como extranjero observador y agudo, pero no muy exigente. Bajo el mismo título, ha trazado esbozos de rusos “isleños”, miembros de esta intelligentsia que vive en una isla en medio del océano extraño y hostil de la realidad soviética. Aquí Zamiatin es más sutil, pero no más profundo. En definitiva, él mismo es un “isleño”, y además de una isla muy pequeña de la Rusia actual. Tanto si escribe sobre

[10] Escritor ruso, nacido en 1884, muerto en 1937. En 1905 participó en las actividades del POSDR (partido socialdemócrata). Lo abandonó luego y se vio afectado de “pesimismo cósmico” durante los años de la reacción. En 1917 acogió la revolución con escepticismo. Después de un breve periodo de prisión, fue inesperadamente autorizado por Stalin a emigrar, probablemente gracias a la intervención de Gorki. En París publicó *Nosotros*, novela que sirvió de modelo al 1984 de Orwell.

los rusos de Londres como sobre los ingleses de Leningrado, Zamiatin sigue siendo un emigrado del interior. Por su estilo, algo afectado, que expresa los finos modales que le son propios (lindantes con el esnobismo), Zamiatin parece haber sido creado para enseñar a círculos de jóvenes "isleños", ilustrados y estériles. (Después de escribir esto he conocido a un grupo de poetas que se llaman a sí mismos "isleños": Tijonov y otros. Pero en ellos hay notas vivas y, al menos en Tijonov, notas jóvenes, frescas y prometedoras. ¿A qué se debe este nombre exótico?)

Los "isleños" más notorios son los miembros del grupo del Teatro de Arte, de Moscú. No saben qué hacer con su refinada técnica ni consigo mismos. Piensan que todo lo que pasa a su alrededor les es hostil o, al menos, extraño. Daos cuenta: son gentes que viven en el espíritu del teatro de Chéjov ¡*Las tres hermanas* y *El tío Vania* hoy! Esperando que pasara el mal tiempo (el mal tiempo no dura mucho) representaron *La hija de la señora Angot*, lo que, entre otras cosas, les dio una oportunidad para mostrar su oposición a las autoridades revolucionarias. Ahora hacen ver al europeo hastiado y al norteamericano que lo compra, todo lo bello que era el jardín de los cerezos de la vieja Rusia feudal y lo refinados y lánguidos que eran sus teatros. ¡Bella y noble troupe moribunda de una joya de teatro! ¿No pertenece a ellos también la dotadísima Ajmatova?[11]

El "gremio de los poetas" agrupa a los versificadores más ilustrados; conocen la geografía, saben distinguir el rococó del gótico, se expresan en francés y son extraordinariamente cultos. Piensan, y tienen razón, que "nuestra cultura tiene todavía un débil ceceo infantil" (Jorge Adamovich). No se dejarían engañar por un barniz superficial. "El brillo exterior no puede suplantar a la verdadera cultura" (Jorge Ivanov). Tienen el suficiente buen gusto como para admitir que en definitiva Oscar Wilde es un esnob, no un poeta, y en esto no hay duda de que tienen razón. Desprecian a los que no conceden valor a una "escuela", es decir a una disciplina, a un saber, a una aspiración, y éste es un defecto del que nosotros mismos no estamos libres. Cuidan extraordinariamente sus poemas. Varios de ellos, Otsup por ejemplo, tienen talento. Otsup es el poeta del recuerdo, del drama y de la angustia. Se sumerge constantemente en el pasado. La única cosa que constituye para él la "alegría de vivir" es la memoria. "He llegado a encontrar un sitio hasta para mí mismo: un poeta observador y un burgués sustrayendo la vida a la muerte", dice con una tierna ironía. Pero su angustia no es histérica; al contrario, es casi armoniosa; es la angustia de un europeo dueño de sí y, lo que es muy reconfortante, es verdaderamente culta, sin ningún arrebato místico. Pero, ¿por qué no florece la poesía de toda esta gente? Porque no crean vida, porque no participan en la secreción de sus humores y sentimientos, porque son sólo los desnatadores tardíos, los epígonos de una cultura alimentada con la sangre de otros. Son imitadores cultos y hasta exquisitos; ecos sonoros, han leído mucho, están bien dotados, pero nada más.

Bajo la máscara de ciudadano del mundo civilizado, el aristócrata Versilov fue en su tiempo el parásito más ilustre de la cultura extranjera. Tenía un gusto depurado por varias generaciones de nobleza. Se encontraba casi en su casa en Europa. Contemplaba desde su altura con condescendencia o con desprecio irónico al seminarista radical que citaba a Pisarev o que pronunciaba el francés con acento paleto, y cuyos modales... en fin, mejor será no hablar de modales. Sin embargo, este seminarista de 1860, como su sucesor de 1870, edificaba la cultura rusa en la época en que Versilov se revelaba definitivamente como el más estéril de los desnatadores de la cultura.

[11] Ana Ajmatova, nacida en 1888, es la mejor poetisa rusa actual. No emigró, pero nunca aceptó al régimen. De 1923 a 1940 escogió el silencio, para comenzar a escribir de nuevo durante la guerra. Fue la víctima principal, con Soschenko, del "jdanovismo" de 1948, y se calló de nuevo hasta la muerte de Stalin.

Los KD rusos, esos liberales burgueses tardíos de comienzos del siglo XX, están muy imbuidos de respeto y hasta de devoción temerosa por la cultura, sus bases estables, sus formas y hasta su aroma, aunque en sí mismos no sean más que ceros a la izquierda. Recordad el desprecio sincero con que estos KD miraron al bolchevismo desde lo alto de su cultura de abogados o escritores profesionales, comparadlo con el desprecio que la historia ha mostrado por estos mismos KD. ¿Qué quiere decir eso? Es el mismo caso de Versilov, traspuesto simplemente al nivel de las preocupaciones y el lenguaje profesora burgués; la cultura de los KD ha demostrado ser sólo un reflejo tardío de culturas extrañas sobre el suelo superficial de la vida social rusa. El liberalismo fue, en la historia de occidente, un poderoso movimiento contra las autoridades divinas y humanas, y con el ardor de la lucha revolucionaria enriqueció a la vez la civilización material y la espiritual. Francia, tal como nosotros la conocemos, con su pueblo culto, sus modales pulidos y la cortesía que ha penetrado en la sangre misma de las masas, se forjó en el crisol de varias revoluciones. El proceso “bárbaro” de dislocaciones, conmociones y catástrofes ha dejado también sus huellas en la lengua francesa de hoy, marcándola con su fuerza y sus debilidades, con su exactitud y su inflexibilidad. Lo mismo ha ocurrido con los estilos del arte francés. Y añadamos de paso que para dar una nueva agilidad y maleabilidad a la lengua francesa sería precisa otra gran revolución, no en el lenguaje sino en la sociedad francesa. Una revolución similar se precisaría también para elevar el arte francés, tan conservador en todas sus innovaciones, a un plano superior.

Pero nuestros KD, estos imitadores tardíos del liberalismo, han tratado de tomar de la historia, gratuitamente, la crema del parlamentarismo, de la cortesía refinada, del arte armonioso (sobre la base sólida de beneficios y rentas). Adamovich, Iretsky y otros muchos son capaces de estudiar los estilos individuales o colectivos de Europa, impregnarse en ellos o incluso importarlos y luego mostrar con sus mismas armas que no tienen en realidad nada nuevo que decir. Pero esto no es crear cultura, esto es sólo separar la crema.

Cuando algún esteta KD hace un largo viaje en un vagón de ganado y viene a contarnos, refunfuñando entre dientes, que él, un europeo tan bien educado, con la mejor dentadura postiza del mundo y un conocimiento profundo de la técnica del ballet egipcio, se ve obligado por esta revolución de rústicos a viajar con mendigos piojosos, se experimenta una náusea hacia los dientes postizos, las técnicas del ballet y toda esa cultura robada en las tiendas de Europa. Y crece en nosotros la convicción de que el piojo más pequeño de este mendigo en harapos es más importante, más necesario en el mecanismo de la historia, que este egoísta cuidadosamente educado y totalmente estéril.

Antes de la guerra, cuando los desnatadores de la cultura no se habían puesto aún a cuatro patas para aullar patrióticamente, comenzaba a desarrollarse entre nosotros un estilo periodístico. Desde luego, Miliukov seguía gruñendo prolijamente y emborronando editoriales de parlamentario profesional, y su editor asociado, Hessen, servía al público los mejores casos de procesos de divorcio, pero, en general, estábamos empezando a olvidar nuestras rutas domésticas, tradicionalmente atascadas por el empalago del *Ruskia Viedomosti* [El boletín ruso, diario liberal, 1863-1917]. Este mínimo progreso en periodismo al modo europeo (pagado, recordémoslo, con la sangre de la revolución de 1905, ya que de ella surgieron los partidos y la duma) se ahogó sin dejar apenas huellas en las olas de la revolución de 1917. Los KD que viven hoy en el extranjero, especialistas del divorcio o no, denuncian con la peor voluntad posible los fallos gramaticales de la prensa soviética. Ciertamente escribimos mal, sin estilo, incluso después del *Ruskia Viedomosti*. ¿Quiere esto decir que hayamos retrocedido? No, quiere decir que estamos en un periodo de transición entre la imitación desnatadora del progreso y la verborrea de un abogado pagado, por una parte, y por otra el gran avance cultural de todo un pueblo

que, si se le da un poco de tiempo, creará su propio estilo, tanto en periodismo como en los demás terrenos.

Viene a continuación otra categoría, la de los *ralliés*[12] Este es un término tomado de la política francesa. Se llamó así a los antiguos monárquicos que se reconciliaron con la república. Abandonaron la lucha por el rey, incluso sus esperanzas en él, y tradujeron lealmente su monarquismo por lenguaje republicano. Ninguno de ellos hubiera podido escribir *La Marsellesa*, suponiendo que no hubiese sido escrita antes, y dudo que cantaran con entusiasmo sus estrofas contra los tiranos, pero estos *ralliés* vivían y dejaban vivir. Muchos de ellos son poetas, artistas y actores hoy día. No calumnian y no injurian. Al contrario, aceptan la situación, aunque sólo en términos generales y "sin asumir ninguna responsabilidad". Cuando es preciso, se mantienen diplomáticamente en silencio o toleran "lealmente" algunas cosas; en general, tienen paciencia y participan en la situación, en la medida en que pueden. No me refiero al grupo "Cambio de dirección", que tiene su propia ideología. Hablo sólo de los pacíficos filisteos del arte, de sus funcionarios ordinarios, gente muchas veces de talento. Estos *ralliés* se encuentran por todas partes, incluso entre los retratistas; pintan retratos "soviéticos" y a veces son grandes artistas. Tienen experiencia, técnica, todo lo que hace falta. Sin embargo, los retratos son irreconocibles. ¿Por qué? Porque el artista no siente un interés profundo por sus temas, no tiene afinidad intelectual con ellos, pinta un bolchevique ruso o alemán como solía pintar una garrafa o un nabo para la Academia, y quizás con más indiferencia aún.

No doy nombres porque forman toda una clase. Estos *ralliés* no arrancarán al firmamento la Estrella Polar, ni inventarán la pólvora; pero son útiles y necesarios, como abono para la nueva cultura. Y esto ya es bastante.

El estado de castración del arte que se mantiene al margen de octubre se evidencia en el destino reservado a las investigaciones y hallazgos de tipo intelectual y religioso que habían "fertilizado" la corriente principal de la literatura anterior a la revolución, es decir el simbolismo. Y aquí son oportunas algunas palabras sobre este tema.

A comienzos de siglo, la intelligentsia pasó del materialismo y del positivismo, y hasta en cierto modo del marxismo, a través de la filosofía crítica de Kant, al misticismo. En el periodo interrevolucionario, esta nueva conciencia religiosa se debilitó y se deshizo en chispas moribundas. Hoy, sin embargo, cuando la roca de la ortodoxia oficial se ha visto seriamente conmovida en sus cimientos, estos místicos de salón, cada uno con sus rarezas, andan deprimidos, con las orejas caídas; la nueva escala de las cosas es demasiado grande para ellos. Sin la ayuda de estos profetas de tocador y de estos periodistas santificados, entre los cuales se encuentran antiguos marxistas, y hasta luchando contra ellos, las olas de la marea revolucionaria vinieron a golpear los muros mismos de la iglesia rusa, que no había conocido la Reforma. Esta se defendió contra la historia con la rigidez e inmovilidad de sus formas, con su ritual automático y la fuerza del estado. La misma que se había inclinado tan completamente ante el zarismo, se mantuvo casi intacta varios años después de la caída de su autoritario aliado y protector. Pero también le llegó su turno. La tendencia "Cambio de dirección", que se propone renovar la iglesia, intenta una reforma tardía de tipo burgués, bajo el pretexto de adaptarse al estado soviético. Nuestra revolución política burguesa se logró (y esto contra el deseo de la misma burguesía) sólo unos cuantos meses antes de la revolución de las masas trabajadoras. La reforma de la iglesia no comenzó hasta cuatro años después del levantamiento proletario. Si la "iglesia viva"[13] sanciona la revolución social se debe únicamente a que intenta camuflarse. Una iglesia proletaria es imposible. La reforma de la iglesia persigue objetivos esencialmente burgueses, tales como su liberación de la

---

[12] Adheridos.

[13] Nombre que se dio la tendencia izquierdista de la Iglesia Ortodoxa.

pesadez medieval, la sustitución de las ceremonias rituales por una relación más personal de los fieles con la jerarquía celestial; en una palabra, el objetivo general es dar a la religión y a la iglesia una flexibilidad y una capacidad de adaptación más grandes. Durante los cuatro primeros años, la iglesia se protegió contra la revolución proletaria con un conservadurismo sombrío e intransigente. Ahora se pasa a la NEP [Nueva Política Económica]. Si la NEP soviética significa una combinación de la economía socialista y el capitalismo, la NEP de la iglesia es un injerto burgués en el tronco feudal. El reconocimiento del régimen obrero se debe, como hemos dicho, a la ley del mimetismo.

Sin embargo, la ruptura de la estructura secular de la iglesia ha comenzado. A la izquierda (la "iglesia viva" tiene también su ala izquierda) se elevan voces aún más radicales. Más a la izquierda todavía se encuentran sectas extremistas. Un racionalismo inocente que está comenzando a despertarse abre la tierra a las simientes materialistas y ateas. Ha llegado una época de grandes levantamientos y grandes caídas en este reino que se había anunciado como no perteneciente a este mundo. ¿Dónde está ahora la "nueva conciencia religiosa"? ¿Dónde están los profetas y los reformadores de los salones literarios o de los círculos de Leningrado y Moscú? ¿Dónde está la antroposofía? No nos llega de ellos ni aliento ni murmullo alguno. Los pobres homeópatas místicos se sienten como gatitos domésticos mimados lanzados de repente sobre hielo que se rompe en el momento de la crecida del río. Los difíciles días que siguieron a la primera revolución engendraron su "nueva conciencia religiosa", y la segunda revolución la aplastó.

Berdaiev, por ejemplo, sigue acusando a los que no creen en Dios y no se preocupan por la vida futura de ser burgueses. Es realmente divertido. De aquel breve periodo en que este escritor tuvo relaciones con los socialistas se le ha quedado la palabra "burgués", que aplica ahora al anticristo soviético. Lo malo es que los obreros rusos no son religiosos en absoluto, sino que son los burgueses quienes se han hecho creyentes... desde que han perdido sus propiedades. Este es uno de los muchos inconvenientes de la revolución, que deja completamente al desnudo las raíces sociales de la ideología.

Así pues, la "nueva conciencia religiosa" se ha desvanecido. Pero no sin dejar algunas huellas en la literatura. Toda una generación de poetas que habían aceptado la revolución de 1905 como una noche de San Juan y que habían quemado sus alas delicadas en las hogueras, comenzaron a meter a la jerarquía celestial en sus rimas. A ellos se unió la juventud de la época interrevolucionaria. Pero, así como los poetas antiguos, siguiendo una mala tradición, tenían la costumbre de volverse en los momentos difíciles hacia las ninfas, Pan, Marte o Venus, en nuestros días el Olimpo ha sido nacionalizado por necesidades de la forma poética. En definitiva, escoger Marte o San Jorge no es más que cuestión de ritmo, troqueo o yambo. Sin duda alguna, todo esto ocultaba, en muchos o al menos en algunos de ellos, ciertas experiencias, sobre todo la del miedo. Vino la guerra, que disolvió el miedo de los intelectuales en una ansiedad febril general. Vino a continuación la revolución, que condensó este miedo en pánico. ¿Qué se podía esperar? ¿Hacia quién dirigirse? ¿A quién agarrarse? No quedaba más que la Sagrada Escritura. A muy pocos les quedan ganas actualmente de agitar el nuevo líquido religioso destilado antes de la guerra en casa de Berdaiev y otros farmacéuticos; los que tienen necesidades místicas se limitan a santiguarse, como sus antepasados. La revolución ha raspado y lavado el tatuaje personal, dejando al desnudo todo lo tradicional. lo tribal, lo recibido con la leche materna, que no había sido disuelto por la razón crítica debido a la propia debilidad y cobardía. Jesús no está nunca ausente de la poesía. Y en la época de la industria textil mecanizada, el manto de la Virgen es el tejido poético más popular.

Es aterrador leer la mayor parte de los libros de poesía, sobre todo los de las mujeres. En ellos verdaderamente no se puede dar un paso sin Dios. El mundo lírico de

Ajmatova. de Tsvetaeva[14], de Radlova y otras poetisas, auténticas o que pretenden serlo, es extraordinariamente reducido. Abarca a la poetisa misma, un desconocido con sombrero o con espuelas e, inevitablemente, Dios, sin ningún rasgo característico especial. Dios es una tercera persona, muy cómoda y muy transportable, de uso doméstico, un amigo de la familia que de vez en cuando sirve de ginecólogo. Lo que es incomprensible es cómo este individuo, que ya no es joven y está lleno de encargos personales, casi siempre molestos, de Ajmatova, Tsvetaeva y las demás, puede dirigir el universo en sus ratos perdidos. Para Skapskaya, tan orgánica, tan biológica, tan ginecológica (el talento de Skapskaya es auténtico), Dios tiene algo de alcahuete y de comadrona, es decir todas las características de una mala lengua todopoderosa. Si se nos puede autorizar una observación subjetiva aquí, admitiríamos con gusto que este dios femenino de fuertes caderas es, si no tan imponente, al menos mucho más simpático que el polluelo incubado por la filosofía mística del más allá de las estrellas.

Y, así, no se puede evitar llegar a la conclusión de que la cabeza normal. de un filisteo educado es un cubo de basura en el que la historia lanza al pasar las cáscaras y los desperdicios de sus diversas realizaciones. En él podemos encontrar el Apocalipsis, Voltaire y Darwin, el Libro de los Salmos, la filología comparada, la tabla de multiplicar y el cirio. Un guiso vergonzoso que nos hace recordar con nostalgia la ignorancia del hombre de las cavernas. ¡El hombre, el "rey de la naturaleza", que quiere siempre "servir", mueve la cola cuando cree oír la voz de su "alma inmortal"! Al examinarla, la pretendida alma aparece como un "órgano" mucho menos perfecto y menos armonioso que el estómago o el riñón; "lo inmortal" tiene numerosos apéndices gangrenosos, causas continuas de picores y úlceras espirituales. A veces éstos revientan en forma de rimas que son entregadas entonces como poesía individualista y mística, impresa en folletos elegantes.

Pero nada quizás ha revelado de manera tan íntima y tan convincente la vacuidad y la putrefacción del individualismo intelectual como la canonización universal de que hoy es objeto Rózanov[15], filósofo "genial", profeta, poeta y también, de paso, caballero del espíritu. Y sin embargo Rózanov fue un puerco notorio, un cobarde, un parásito y un espíritu servil. Esta era su esencia verdadera, y su talento se limitaba a ser la expresión de esta esencia.

Cuando se habla del "genio" de Rózanov, se suelen citar en primer lugar sus revelaciones en el terreno sexual. Pero si uno de sus admiradores tratase de reunir y sistematizar lo que Rózanov, en su idioma tan perfectamente adaptado a las reticencias y a las ambigüedades, ha dicho de la influencia del sexo sobre la poesía, la religión o la política, el resultado sería muy pobre y no muy nuevo. La escuela psicoanalítica austriaca (Freud, Jung, Albert Adler y otros) ha aportado una contribución infinitamente más grande a la cuestión del papel desempeñado por el elemento sexual en la formación del carácter individual y de la conciencia social. En realidad, no hay comparación posible. Incluso las exageraciones más paradójicas de Freud son mucho más importantes y fructíferas que las audaces suposiciones de Rózanov, que se extravía constantemente en una imbecilidad buscada y en la charlatanería pura y simple, que se repite y que miente por dos.

Se debe admitir, sin embargo, que los emigrados, del exterior o del interior, que no se avergüenzan de ensalzar a Rózanov y de inclinarse ante él, tienen razón. Por su

[14] Marina Tsvetaeva, nacida en 1892, emigró a París en 1922 pero volvió a la URSS en 1940. En 1942 se ahorcó. Condenados durante mucho tiempo, sus poemas se publican actualmente [1969] en la URSS, donde tienen un gran éxito.

[15] Vasili Rózanov, nacido en 1856, muerto cerca de Moscú en 1919, fue uno de los personajes más curiosos y uno de los escritores más originales de su tiempo.

parasitismo intelectual, su adulación servil y su vileza, Rózanov no ha hecho más que llevar a su culminación lógica los rasgos espirituales comunes a todos ellos: la cobardía ante la vida y la cobardía ante la muerte.

Un tal Víctor Jovin, teórico del futurismo o de algo por el estilo, afirma que la versatilidad de Rózanov se debe a causas más complejas y sutiles; que si Rózanov avanzó hacia la revolución (de 1905) sin dejar el periódico reaccionario *Novoie Vremia* y luego giró a la derecha, fue sólo porque estaba espantado de lo que descubría en sí mismo: los rasgos de un superhombre y la falta de sentido. Si llegó a ejecutar las órdenes del ministro de justicia (en el asunto Beylis)[16], si escribió simultáneamente como reaccionario en *Novoie Vremia* y como liberal en el *Ruskoie Slovo* (bajo un pseudónimo), si sirvió de intermediario entre jóvenes escritores y Suvorin, todo se debió a la complejidad y profundidad de su naturaleza espiritual. Estos apologistas estúpidos y chochos, hubieran sido al menos un poco más convincentes si Rózanov se hubiera aproximado a los revolucionarios en el momento en que eran perseguidos, para alejarse de ellos el día de su victoria. Pero esto es precisamente lo que Rózanov no hizo, lo que no podía hacer. Celebró la catástrofe del campo de Jodinka[17] como un sacrificio purificador, en un momento en que el reaccionario Pobedonostzev triunfaba. Aceptó la asamblea constituyente y el terror, lo más revolucionario, en octubre de 1905, cuando la joven revolución parecía haber derrocado los poderes existentes. Después del 3 de junio de 1907, ensalzó a los hombres del 3 de junio. En el proceso Beylis trató de probar que los judíos utilizaban la sangre de los cristianos para fines religiosos. Poco antes de su muerte escribió, con su gesto estúpido habitual, que los judíos eran "el primer pueblo de la tierra", lo que, por supuesto, no tenía más valor que lo que había dicho cuando el proceso Beylis, aunque fuese en sentido contrario. Lo que es cierto y más constante en Rózanov es su retorcimiento de gusano ante el poder. Un gusano escritor, un gusano que se retuerce, se desliza, se adapta, se contrae y se extiende según las necesidades, y que es desagradable como todo gusano. Rózanov calificó desenfadadamente a la Iglesia Ortodoxa de montón de estiércol, por supuesto hablando en su círculo privado. Pero practicó los ritos (por cobardía, y por si acaso) y cuando le llegó la hora de morir comulgó cinco veces (también por si acaso). Fue hipócrita con el cielo como lo había sido con su editor y sus lectores.

Rózanov se vendió públicamente por dinero. Su filosofía fue consecuente con su vida y se adaptó a ella. Su estilo, también. Fue el poeta sentado junto a la chimenea, con un apartamento de todo confort. Burlándose de los maestros y de los profetas, enseñó que la cosa más importante en la vida era la suavidad, el calor, la gordura, la dulzura. La intelligentsia, en estos últimos decenios, se aburguesaba rápidamente y se inclinaba hacia lo suave y lo dulce, pero se sentía a la vez molesta ante Rózanov como se siente un joven burgués ante una mujerzuela habladora que dice en público su secreto. Pero en realidad Rózanov perteneció siempre a la intelligentsia, y ahora que las viejas divisiones de la sociedad "educada" han perdido todo significado y esta misma sociedad toda decencia, la figura de Rózanov alcanza proporciones titánicas para ella. En el culto de Rózanov se unen hoy los teóricos del futurismo (Sklovsky, Jovin), Remizov, los soñadores antroposóficos y el prosaico José Hessen, ¡las antiguas derechas y las antiguas izquierdas!

---

[16] Asunto Beylis, proceso sensacional que tuvo lugar en 1912, en el que se acusó a judíos de un asesinato ritual. Este proceso fue el punto de partida de sangrientas persecuciones, que la policía fomentó en secreto. En esta atmósfera, Rózanov consideró adecuado publicar, en un periódico de extrema derecha, artículos en los que afirmaba que la religión judía exigía el sacrificio de inocentes. [Sobre el asunto Beylis ver de L. Trotsky "El caso Beylis", en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano.]

[17] Terreno sobre el que tuvo lugar, con ocasión de la coronación de Nicolás II, en 1894, una catástrofe en la que murieron varios centenares de personas.

"¡Hosana al parásito! Nos enseñó a amar la dulzura, nosotros hemos soñado con el albatros y lo hemos perdido todo. Y henos aquí, rechazados por la historia, y sin dulzura".

Una catástrofe, sea personal o social, es siempre una excelente piedra de toque, pues revela de manera infalible las verdaderas conexiones personales o sociales, no las aparentes. Y así, gracias a octubre, el arte anterior, que pasó a ser casi en su totalidad contrarrevolucionario, mostró su conexión indisoluble con las clases dirigentes de la vieja Rusia. Esto está tan claro ahora que ni siquiera hay necesidad de señalarlo. El terrateniente, el capitalista, el general uniformado o de paisano emigraron junto con su abogado y su poeta. Todos ellos decidieron entonces que la cultura había perecido. Sin duda, el poeta se había considerado hasta entonces como independiente del burgués y hasta había tenido peleas con él. Pero cuando el problema se planteó seriamente con la revolución, el poeta apareció inmediatamente como un parásito hasta la médula de los huesos. Esta lección histórica sobre la "libertad" del arte se desarrolló paralelamente a la lección sobre las otras "libertades" de la democracia, esa democracia que avanzaba limpiando tras las tropas de Yudénich. El arte contemporáneo, a la vez individual y profesional, a diferencia del viejo arte popular colectivo, crece en la abundancia y el ocio de las clases dirigentes, y éstas le mantienen. El elemento de prostitución, que era casi invisible cuando las relaciones sociales no estaban perturbadas, quedó crudamente al desnudo cuando el hecho de la revolución derribó los viejos pilares.

La psicología del parasitismo y de la prostitución no tiene nada que ver con la de la sumisión, la educación o el respeto. Al revés, implica conflictos muy serios, explosiones, desacuerdos, amenazas de ruptura total, pero sólo amenazas. Foma Fomich Opiskin[18], el tipo clásico del viejo parásito aristócrata "con psicología", se encontraba casi siempre en un estado de insurrección doméstica. Pero, si no recuerdo mal, nunca fue más allá del último granero. Sin duda es muy grosero, y por supuesto descortés, comparar a Opiskin con los académicos y casi clásicos Bunin, Merejkovsky, Sinaida Hippius, Kotliarevsky, Zaitzev, Zamiatin y otros. Pero hay que cantar la canción de la historia tal como es. Se ha visto que eran unos parásitos y prostituidos. Y aunque algunos de ellos protestan violentamente contra esto, la mayoría de los emigrados del interior, en parte debido a circunstancias sobre las que no tienen ningún control y, sobre todo (debemos creerlo), a causa de su temperamento, lo único que tienen es tristeza porque su situación de prostitución ha visto secada la fuente de la que se nutría, y su melancolía se agota en reminiscencias y experiencias ya muy repetidas.

Andréi Bely

La literatura del periodo interrevolucionario (1905-1917), decadente por sus sentimientos y por su alcance y superrefinada en el aspecto técnico, literatura individualista, simbolista y mística, encontró su más alta expresión en Bely y fue, a través de Bely, la más perjudicada y destruida por octubre. Bely cree en la magia de las palabras. Se puede decir de él, por consiguiente, que su pseudónimo literario[19] es una prueba de su oposición a la revolución, pues el periodo más duro de la lucha revolucionaria fue el de los combates entre rojos y blancos.

Las memorias de Bely sobre Blok, admirables por sus detalles insignificantes y su arbitrario mosaico psicológico, hacen comprender hasta qué punto se trata de gente de otra época, de otro mundo, de una época pasada y un mundo que no volverá. Esta no es

[18] Personaje de Dostoievsky.
[19] Bely en ruso significa "blanco".

una cuestión de diferencia de generaciones, ya que son gente de nuestra propia generación, sino de diferencias de tipo social e intelectual, debidas a causas históricas. Para Bely, “Rusia es un gran prado, verde como el dominio de Yasnaya-Poliana o de Chajmatovo”[20]. En esta imagen de la Rusia prerrevolucionaria o revolucionaria, como un prado verde, o más aún, como un prado de Yasnaia-Poliana o Chajmatovo, se comprende lo profundamente enterrada que está la vieja Rusia, la Rusia del terrateniente y del funcionario, o, en su mejor aspecto, la Rusia de Turguénev y Goncharov. ¡Qué distancia astronómica hay entre ella y nosotros, y qué suerte tenemos de que esté tan lejos! ¡Qué salto a través de los tiempos ha habido de esta vieja Rusia a octubre!

Se trate del prado Bejín, de Turguénev, del de Chajmatovo, de Blok, del de Yasnaya-Poliana, de Tolstoi, o del de Oblomov, de Goncharov, la imagen de paz y armonía vegetativa es la misma. Las raíces de Bely están en el pasado. ¿Dónde está ahora la antigua armonía? Al contrario, a Bely todo le parece sacudido, puesto de través, desequilibrado. Para él, la paz de Yasnaya-Poliana no se ha transformado en dinamismo y progreso sino en excitación y saltos sobre el terreno. El dinamismo aparente de Bely se malgasta en dar vueltas sobre sí mismo y luchar sobre los túmulos de un régimen viejo que se desintegra y desaparece. Sus contorsiones verbales no llevan a ningún sitio. No tiene el menor asomo de ideal revolucionario. En el fondo, es un conservador intelectual, realista, al que ha faltado el suelo bajo los pies y que está desesperado por ello. Las memorias de un soñador, diario inspirado por Blok, es una combinación del realista desesperado, cuya chimenea echa humo, y del intelectual acostumbrado al confort espiritual y que no puede soñar en una vida lejos del prado de Chajmatovo. Bely, el “soñador” con los pies en tierra y apoyado en los mismos soportes que el terrateniente y el burócrata, no hace más que echar bocanadas de humo alrededor de sí mismo.

Arrancado de su medio y sus costumbres individualistas, Bely querría llenar el mundo entero consigo mismo, hacerlo todo a partir y a través de sí mismo, descubrirlo todo él mismo, pero sus obras, de valor artístico desigual, no hacen más que sublimar, intelectual o poéticamente, las costumbres antiguas. De ahí viene, en definitiva, esa servil preocupación por sí mismo, esa apoteosis de los hechos ordinarios de su propia rutina personal e intelectual, lo que resulta tan insoportable en nuestra época en que la masa y la velocidad están construyendo un mundo nuevo. Si se escribe con tanta pompa sobre un encuentro con Blok, ¿cómo habría que escribir sobre los grandes acontecimientos que afectan a los destinos de las naciones?

En sus recuerdos de infancia (*Kotik Letaev*), tiene Bely interesantes momentos de lucidez, no siempre artísticos, pero con frecuencia convincentes, aunque, desgraciadamente, se unen entre sí por discusiones ocultas, pretendidas profundidades, acumulaciones pletóricas de palabras e imágenes, que les hacen totalmente inútiles. Puesto sobre sus codos y rodillas, Bely trata de reproducir su alma infantil e introducirla en el mundo exterior. Las huellas de sus codos se encuentran en todas las páginas, pero el mundo exterior... no está. Y, en realidad, ¿de dónde iba a venir?

No hace mucho tiempo, Bely había escrito sobre sí mismo (siempre está preocupado por él, narrando cosas sobre sí mismo, paseándose alrededor de sí mismo, sorbiendo su propia nariz y lamiéndose a sí mismo) algunas ideas muy exactas: “Quizás, bajo mis abstracciones teóricas del “máximo” se ocultaba el minimalista, tanteando cuidadosamente su terreno. Yo enfocaba todo dando un rodeo. Tanteando el terreno desde lejos por medio de hipótesis, alusiones, pruebas metodológicas, y permaneciendo atento, indeciso” (*Recuerdos sobre Alexander Blok*). Al llamar a Blok maximalista, Bely habla de sí mismo como un menchevique (en el Espíritu Santo, por supuesto, no en política).

[20] Yasnaya-Poliana, dominio de León Tolstoi. Chajmatovo. dominio de Blok.

Estas palabras pueden parecer inesperadas viniendo de la pluma de un Soñador y de un Chiflado (con mayúsculas), pero, después de todo, al hablar tanto sobre sí mismo se dice algunas veces la verdad. Bely no es un maximalista en absoluto, sino un indiscutible minimalista, una chispa del antiguo régimen y de sus puntos de vista, suspirando y sufriendo en un clima nuevo. Y es absolutamente cierto que enfoca todo dando un rodeo. Todo su *San Petersburgo* está construido sobre un método de rodeos. Por eso parece muy trabajado. Incluso en las partes en que alcanza calidad artística, es decir donde surge una imagen en la conciencia del lector, se paga demasiado caro, de modo que después de todas estas circunlocuciones, esta tensión y estos esfuerzos, el lector se queda en definitiva insatisfecho estéticamente. Es igual que si se nos hiciese entrar en una casa por la chimenea, y al entrar nos diésemos cuenta de que había una puerta, y que hubiera sido mucho más fácil entrar por ella.

Su prosa rítmica es espantosa. Sus frases no obedecen al movimiento interno de la imagen, sino a una medida externa que, al principio, puede parecer sólo superflua, pero que más tarde comienza a cansarnos por su pesadez, y que al final está envenenando nuestra existencia. La certeza de que la frase acabará de acuerdo con un ritmo determinado, es enormemente irritante, como cuando uno tiene insomnio y está esperando que la contraventana chirríe de nuevo. Paralelamente a la manía del ritmo, viene el fetichismo de la palabra. Es indiscutible que la palabra no sólo expresa un significado, sino que, además, tiene en sí un valor sonoro, y que sin tener esto en cuenta no se podría hablar de maestría técnica en prosa ni en verso. No vamos a negar a Bely sus méritos en este terreno. Pero la palabra, por valiosa y sonora que sea, no puede significar más que lo que se ha querido que signifique. Bely busca en la palabra, como los pitagóricos en los números, un segundo sentido, especial y oculto. Por eso se encuentra frecuentemente en un callejón sin salida de palabras. Si se cruza el dedo corazón sobre el dedo índice y se toca un objeto, se sienten dos objetos, y si se repite el experimento se siente uno a disgusto; en lugar de utilizar correctamente el sentido del tacto, se abusa de él para engañarse. Los métodos artísticos de Bely dan exactamente esta impresión. Son siempre falsamente complejos.

Su modo de pensar, nada evolucionado, se caracteriza por un juego de aliteraciones, contorsiones verbales y encadenamientos acústicos, en vez de seguir la vía del análisis lógico y psicológico. Cuanto más convulsivamente se agarra Bely a las palabras y cuanto más despiadadamente viola su sentido, más insoportable resulta, por sus opiniones estancadas en un mundo que ha superado el estancamiento. Bely logra sus mejores momentos cuando describe la sólida vida antigua. Pero, incluso entonces, su estilo es pesado, poco afortunado. Se ve claramente que Bely es carne de la carne y sangre de la sangre del viejo estado, que es profundamente conservador, pasivo y moderado, y que su ritmo y sus contorsiones verbales son sólo un medio irrisorio de lucha contra su pasividad interior y su esterilidad, ahora que ha sido arrancado del antiguo eje de su vida.

Durante la guerra mundial, Bely se hizo discípulo del místico alemán Rudolf Steiner, sin duda "doctor en filosofía", y montó guardia en Suiza, por la noche, bajo la cúpula del templo antroposófico. ¿Qué es la antroposofía? Es un plagio intelectual y espiritual del cristianismo, montado sobre la base de unas cuantas citas poéticas y filosóficas apresuradas. No puedo dar detalles más exactos porque no he leído jamás a Steiner y no pienso hacerlo; me considero con el derecho de no estar interesado por sistemas "filosóficos" que se dedican a diferenciar los rabos de las brujas de Weimar y Kiev (en la medida en que no creo en las brujas en general, exceptuada la citada Sinaida Hippius, en cuya realidad creo absolutamente pero no puedo afirmar nada seguro sobre la longitud de su rabo). Pero Bely es diferente. Si las cosas del cielo son las más importantes para él, debería exponérnoslas. Sin embargo, Bely, tan aficionado a los

detalles que nos cuenta su travesía de un canal como si se tratase como mínimo de la escena del huerto de Getsemaní vista con sus propios ojos o como si fuese el sexto día de la Creación, ese mismo Bely, en todo lo relacionado con la antroposofía es breve y escueto y prefiere la figura del silencio. La única cosa de que nos informa es que “no yo, sino Cristo en mí, soy yo”, y también que “hemos nacido en Dios, moriremos en Cristo y el Espíritu Santo nos resucitará”. Todo ello es reconfortante, pero realmente no muy claro. Bely no se expresa de una forma más popular debido a su temor esencial de caer en una teología concreta, lo cual es muy peligroso, ya que el materialismo invariablemente pisotea toda creencia ontológica positiva concebida de un modo material, por fantásticamente transformada que pueda estar la materia en el curso del proceso. Si se es creyente, hay que explicar qué tipo de plumas tienen las alas de los ángeles, y de qué sustancia están hechos los rabos de las brujas. Pero por miedo a estas cuestiones, tan legítimas, los caballeros espirituales han sublimado su misticismo de tal forma que al final la existencia celestial sirve de pseudónimo ingenioso a la inexistencia. Entonces se asustan de nuevo (en realidad, no había necesidad de haber empezado todo esto) y retroceden al catecismo. Así, en estas idas y venidas de un árido vacío astral a una lista de valores teológicos, crece la vegetación espiritual de los místicos de la antroposofía y de la fe filosófica en general. Bely trata obstinadamente, aunque en vano, de disfrazar su vacío con una orquestación acústica y con ritmos forzados. Trata de elevarse místicamente por encima de la revolución de octubre, trata incluso de adoptarla, de paso, dándola un lugar entre las demás cosas de la tierra, todas las cuales son, por supuesto, para él, “estupideces”, según su propia expresión. Al fracasar en su tentativa (¿cómo podría no fracasar?), Bely se encoleriza. El mecanismo psicológico de este proceso es tan sencillo como la anatomía de marioneta: unos cuantos agujeros y unas cuerdas. Pero de los agujeros y cuerdas de Bely surge el Apocalipsis, no el Apocalipsis normal, sino su Apocalipsis especial, el de Andréi Bely.

“El espíritu de la verdad me obliga a expresar mi opinión respecto al problema social. Bien, en fin... ya sabéis, así pues... ¿quiere un poco más de té?; ¿qué, que no hay ya hombres corrientes hoy día? Aquí hay uno... yo soy un hombre corriente”. ¿Falta de gusto? Sí, una parodia forzada, una frivolidad sin gracia. ¡Y esto, ante un pueblo que ha vivido una revolución! En su arrogantísima introducción a su *Epopeya*, tan poco épica, Andréi Bely acusa a nuestra época soviética de ser “terrible para los escritores que se sienten llamados a realizar grandes cuadros monumentales”. ¡El, el monumentalista, ha sido arrastrado, figuraos, “a la palestra de lo cotidiano”, a la descripción de “cajas de bombones”! ¿Se puede desfigurar la realidad que nos rodea de un modo más absoluto? ¡Es él, Bely, el que ha sido arrastrado por la revolución de los cuadros monumentales a las cajas de bombones! Con los detalles más rebuscados, y, más que con los detalles, con las palabras, Bely nos cuenta que “bajo la cúpula del templo de Juan” fue “empapado por una lluvia verbal” (¡literal!), que entonces conoció la existencia de la “tierra del pensamiento vivo”, que el templo de Juan se convirtió para él en “una imagen de peregrinaje teórico”. ¡Casta y sacrosanta palabrería! Al leerlo, cada página nos parece más intolerable que la anterior. ¡Esta búsqueda autosatisfecha de la nada psicológica, que sólo puede producirse bajo la cúpula del templo de Juan, estos garabatos esnobs, ampulosos, cobardes y supersticiosos, escritos con un bostezo glacial, todo esto se nos presenta como un “cuadro monumental”, y la exhortación a fijar la vista en lo que la más grande de las revoluciones está haciendo con los estratos geológicos de la psicología nacional se considera una invitación para pintar “cajas de bombones”! ¡Y es entre nosotros, en la Unión Soviética, donde están las “cajas de bombones”! ¡Qué mal gusto, qué desvergüenza verbal! Y es precisamente el “templo de Juan”, construido en Suiza por los turistas y holgazanes intelectuales, lo que es una caja de bombones insípidos

fabricados por un doctor en filosofía alemán, una caja llena de "lenguas de gato" y todo tipo de moscas azucaradas.

Y es nuestra Rusia la que presenta actualmente un cuadro tan gigantesco que harían falta siglos para pintarlo. De ahí, de las cimas de nuestras amplitudes revolucionarias, surgen las fuentes de un arte nuevo, de un punto de vista nuevo, de una nueva unión de sentimientos, de un nuevo ritmo de pensamientos, de una nueva lucha por las palabras. Dentro de cien, doscientos o trescientos años, se descubrirán con emoción estas fuentes del espíritu humano liberado y... se tropezará con el "soñador" que se apartó de la "caja de bombones" (¡caja de bombones!) de la revolución y le exigió (¡a la revolución!) que se le proporcionaran los medios materiales para describir cómo se salvó él de la guerra mundial, en Suiza, y cómo capturó, día tras días, en su alma inmortal, ciertos pequeños insectos y los extendió sobre su uña, "bajo la cúpula del templo de Juan".

En esa misma epopeya, Bely declara que "las bases de la vida cotidiana son para mí estupideces". Y esto frente a una nación que está sangrando por cambiar las bases de la vida cotidiana. ¡Sí, desde luego, ni más ni menos que estupideces! Y pide el *payok*[21], no el normal, sino uno proporcionado a los cuadros monumentales. Y se indigna de que no se apresuren a dárselo. ¿No parece que se está oscureciendo un alma cristiana con "estupideces"? Sin embargo, él no es él, sino Cristo en él. Y resucitará en el Espíritu Santo. Entonces, ¿por qué tiene que verter su bilis sobre una página impresa a propósito de un payok insuficiente? La piedad antroposófica no sólo le libera del gusto artístico sino también del pudor social.

Bely es un cadáver y no resucitará en ningún Espíritu.

[21] Payok, ración. Se trata de la ración que el estado asignaba a los trabajadores de las ciudades durante el período de hambre.

2. Los "compañeros de viaje" literarios de la revolución

La literatura no revolucionaria, o "ajena a octubre", como dijimos en el primer capítulo, está actualmente superada. Primero, los escritores se colocaron en una situación de oposición activa frente a octubre, negando el carácter artístico a todo lo que tuviera conexión con la revolución, igual que los maestros se negaron a enseñar a los niños la Rusia revolucionaria. Esta posición contraria a la revolución que caracterizaba a la literatura, no era sólo el reflejo de la alienación profunda que separaba a dos mundos, sino también el instrumento de una política activa de sabotaje por parte de los artistas. Esta política se aniquiló a sí misma. La literatura antigua, actualmente, no sólo no quiere, sino que no puede.

Entre el arte burgués que agoniza en repeticiones o silencios, y el arte nuevo, aún no nacido, se está creando un arte de transición que está relacionado más o menos constitutivamente con la revolución, y que sin embargo no es el arte de la revolución. Boris Pilniak, Vsevolod Ivanov, Nicolai Tijonov, los "Hermanos Serapion", Yesenin y el grupo de los imaginistas y, en cierta medida, Kliúiev, todos ellos hubiesen sido inconcebibles, tanto en conjunto como individualmente, sin la revolución. Ellos lo saben y no lo niegan; en realidad, no sienten la necesidad de negarlo, y algunos de ellos lo proclaman en voz alta. No son de esos que quieren hacer carrera y que, poco a poco, se están poniendo a "describir" la revolución. Tampoco son conversos, como el grupo "Cambio de dirección", porque esto implica una ruptura con el pasado, un cambio radical de frente.

La mayor parte de los escritores mencionados son muy jóvenes: tienen entre veinte y treinta años. No tienen ningún pasado revolucionario, y si tuvieron que romper con algo, fue sin duda con cosas sin importancia. Su fisonomía literaria, y en general su fisonomía intelectual, ha sido modelada por la revolución, según el ángulo por el que les captó, y, cada uno a su manera, todos la han aceptado. Pero en estas aceptaciones individuales se encuentra un rasgo común que les separa claramente del comunismo y que siempre supone una amenaza de que se opongan a él: no captan la revolución en sentido total, y el ideal comunista les es ajeno. Todos ellos están más o menos dispuestos a poner sus esperanzas en el mujik, por encima del obrero. No son los artistas de la revolución proletaria, sino sus "compañeros de viaje" artísticos, en el sentido que daban a esta expresión los antiguos socialdemócratas. Si la literatura ajena a octubre (en realidad contraria a octubre) es la literatura moribunda de la Rusia terrateniente y burguesa, la producción literaria de los "compañeros de viaje" constituye, a su modo, un nuevo populismo soviético, desprovisto de las tradiciones de los antiguos narodniki y, hasta el momento, de toda perspectiva política. Respecto a un "compañero de viaje", siempre se plantea la cuestión de saber hasta dónde irá. Es algo que no se puede resolver de antemano, ni siquiera de modo aproximativo. La respuesta depende no tanto de las cualidades personales de este o aquel "compañero de viaje", sino esencialmente del curso objetivo que sigan los acontecimientos durante la década próxima.

Sin embargo, en la ambigüedad de las concepciones de estos "compañeros de viaje", que les hace inquietos e inestables, reside un peligro constante para el arte y la sociedad. Blok comprendió este dualismo moral y artístico más profundamente que los demás; en general, él era más profundo. En sus memorias, escritas por Nadejda Pavlovich.

se encuentra la frase siguiente: "Los bolcheviques no impiden que se escriban versos, pero impiden que uno se considere un maestro; un maestro es aquel que cree llevar en sí mismo el centro de su inspiración, de su creación y de su ritmo". Esta idea está falta de elaboración en cuanto a la forma, como es normal en Blok, y, además, se trata de recuerdos personales, que, como se sabe, no siempre son exactos. Pero su autenticidad íntima y su significado, hacen aceptable esta idea. Los bolcheviques impiden que el escritor se sienta un maestro, ya que un maestro debe tener en sí su centro orgánico, indiscutible; los bolcheviques han desplazado el centro principal. Ninguno de los "compañeros de viaje", de la revolución (pues Blok fue también un "compañero de viaje", y los "compañeros de viaje" son hoy día un sector muy importante de la literatura rusa) lleva su centro en sí mismo. Por eso, sólo conocemos una etapa preliminar de la literatura nueva, sólo estudios, esquemas, ensayos; pero una maestría técnica total, con un centro firme en sí misma, todavía no existe.

Nicolas Kliúiev

La poesía burguesa, por supuesto, no existe, porque la poesía es un arte libre y no está al servicio de una clase[22].

Pero he aquí a Kliúiev, poeta y campesino que no sólo reconoce lo que es, sino que lo repite, lo subraya, se ufana de ello. Se debe a que un poeta campesino no siente la necesidad de ocultar su rostro, ni a los demás, ni sobre todo a sí mismo. El campesino ruso, oprimido durante siglos, al elevarse, espiritualizado por el populismo durante décadas, nunca hizo que los pocos poetas que surgían de él sintieran el impulso de ocultar su origen campesino. Así ocurrió en tiempos en el caso de Koltsov y ocurre aún más claramente hoy día en el caso de Kliúiev.

Precisamente con Kliúiev podemos comprobar una vez más lo esencial que es el método social para la crítica literaria. Se nos dice que el escritor comienza donde comienza su personalidad individual y que por consiguiente la fuente de su espíritu creador es su alma personal y no su clase. Es cierto, sin personalidad individual no puede haber un escritor. Pero si fuese la individualidad del poeta y sólo eso lo que se revelase en su obra, ¿para qué serviría el arte y para qué la interpretación artística?

¿Cuál es la función de la crítica literaria? El artista, si es un verdadero artista, nos dirá más sobre su individualidad única que cualquier crítico parlanchín. Pero la verdad es que, incluso si su individualidad es única, no por eso deja de ser analizable. La individualidad es una fusión de elementos tribales, nacionales o de clase, temporales o institucionalizados, y, en realidad, en la singularidad de esta fusión y en las proporciones de esta composición psicoquímica es donde se expresa la individualidad. Una de las tareas más importantes de la crítica consiste en analizar la individualidad del artista (es decir, su arte) en sus elementos componentes, y mostrar su correlación. De este modo, la crítica hace que el artista esté más cerca del lector, que tiene también más o menos un "alma personal", no expresada "artísticamente", no definida, pero que no por eso es menos una unión de los mismos elementos que los del alma del poeta. Así pues, lo que sirve de puente de unión entre un alma y otra no es lo único, sino lo común. Sólo a través de lo común se llega a conocer lo único. Lo común está determinado en el hombre por las condiciones más profundas y más duraderas que modelan su "alma", por las condiciones sociales de educación, existencia, trabajo y asociación. Las condiciones sociales en una

[22] He recibido una carta iracunda de un periodista experimentado y culto, demostrando el carácter clasista de la literatura. Mi corresponsal tomó mi frase sarcástica literalmente. Y me temo que pueda ocurrirles lo mismo a otros. No hay demasiados lectores atentos en el mundo. Por consiguiente, debo añadir una nota con la inscripción: "¡Atención! ¡Esto es una ironía!" LT.

sociedad humana histórica son, ante todo, condiciones de pertenencia a una clase. Por eso, el criterio de clase es tan fecundo en todos los terrenos de la ideología, incluido el arte, y particularmente en el arte, ya que éste expresa frecuentemente las aspiraciones sociales más profundas y más ocultas. Además, un criterio social no excluye en absoluto la crítica formal; por el contrario, se complementa perfectamente con ella, es decir con el criterio técnico. También éste examina cada hecho particular con una medida común, porque si no se redujese lo particular a lo general no habría contactos entre los hombres, ni pensamiento, ni poesía.

Si se le quita a Kliúiev su elemento campesino, no sólo se quedará huérfana su alma, sino que se quedará reducido a nada. Porque la personalidad de Kliúiev es la expresión artística de un campesino independiente, bien alimentado, acomodado y que ama egoísticamente su libertad. Todo campesino es un campesino, pero no todo campesino sabe expresarse. Un campesino que sabe expresarse y expresar su mundo autosuficiente en el lenguaje de una nueva técnica artística, o mejor, que ha mantenido su espíritu campesino a través de la educación burguesa, tiene una personalidad fuerte, y éste es el caso de Kliúiev.

La base social del arte no es siempre tan transparente e irrefutable. Pero esto se debe únicamente, como dijimos ya, a que la mayoría de los poetas están ligados a las clases explotadoras que, por su naturaleza explotadora, no dicen de sí mismas lo que piensan, ni piensan de sí mismas lo que son. Sin embargo, pese a todos los métodos sociales y psicológicos con los que se mantiene la hipocresía de clase, la esencia social de un poeta se puede descubrir, aunque esté diluida de la forma más sutil. Y a menos que se comprenda esta esencia, la crítica del arte y de la historia del arte están condenadas a quedar suspendidas en el vacío.

Hablar del carácter burgués de esa literatura que hemos llamado “ajena a octubre”, no tiene por qué significar que denigremos a poetas que creen estar sirviendo al arte y no a la burguesía. ¿Dónde está escrito que sea imposible servir a la burguesía por medio del arte? Igual que los deslizamientos geológicos dejan al descubierto las capas terrestres depositadas, así las convulsiones sociales revelan el carácter clasista del arte. El arte ajeno a octubre está atacado por una mortal impotencia, igual que la muerte ha atacado a las clases a las que ese arte estaba unido por todo su pasado. Privado del sistema burgués de propiedad agrícola y de sus hábitos, sin las sugerencias sutiles de las fincas y los salones, este arte no ve ningún sentido a la vida, y languidece, agoniza y queda reducido a la nada.

Kliúiev no pertenece a la escuela rústica; no canta al mujik; no es un populista; es un auténtico campesino (o casi). Su actitud espiritual es la de un campesino; más exactamente, la de un campesino del norte. Kliúiev es un individualista, como un campesino; es dueño de sí mismo y poeta de sí mismo. Tiene la tierra bajo sus pies y el sol sobre su cabeza. Un propietario agrícola acomodado tiene grano en la granja, vacas lecheras en el establo, veletas adornadas en el tejado; le gusta presumir de su casa, de su prosperidad y de la eficacia de su dirección, igual que Kliúiev hace de su talento y su estilo poético. Para él, presumir es tan natural como eructar después de una buena comida o santiguarse sobre la boca después de bostezar.

Kliúiev ha hecho estudios. Cuándo y cuáles, no lo sabemos, pero sabe administrar sus conocimientos como una persona instruida, y también como un avaro. Si un campesino acomodado tuviese, por casualidad, que traer de la ciudad un aparato telefónico, lo pondría en el rincón principal de la casa, no lejos del icono. Del mismo modo, Kliúiev adorna los rincones principales de sus versos con la India, el Congo y el Mont Blanc, y le gusta adornarlos. Sólo un campesino muy pobre o muy perezoso se conforma con un yugo que esté simplemente pulido. Un buen campesino posee un yugo esculpido, pintado con varios colores. Kliúiev es un buen poeta-señor, muy dotado; tiene

por todas partes piezas esculpidas, colores rojos chillones, dorados, molduras e incluso brocados, raso, plata y toda clase de metales preciosos. Todo esto brilla y da reflejos al sol, y se podría pensar que el sol es suyo, un sol de Kliúiev, porque realmente, en este mundo no existe más que él, Kliúiev, con su talento, la tierra bajo sus pies y el sol sobre su cabeza.

Kliúiev es el poeta de un mundo cerrado, inflexible en esencia, pero que no por eso ha cambiado menos desde 1861. Kliúiev no es un Koltsov: no en vano ha pasado un siglo. Koltsov es sencillo, humilde y modesto. Kliúiev es complejo, exigente, ingenioso. Ha traído de la ciudad una nueva técnica poética, como el campesino puede traer un fonógrafo; y utiliza la técnica poética como la geografía de la India, con el objetivo único de embellecer el marco campesino de su poesía. Sus obras tienen colorido, brillo y fuerza, a veces son pintorescas, y a menudo baratas, de oropel, y todo ello se basa siempre en un sólido fondo campesino.

Los poemas de Kliúiev, como su pensamiento y su vida, no son dinámicos. Hay demasiados adornos en la poesía de Kliúiev para que haya acción: pesan mucho los brocados, las piedras coloreadas y todas las demás cosas. Hay que moverse con prudencia, para no romper ni destruir nada. Y, sin embargo, Kliúiev aceptó la revolución, que supone el máximo dinamismo. Kliúiev la aceptó, no por sí mismo solamente, sino con todos los campesinos, y la aceptó al modo campesino. La supresión de las propiedades de la nobleza le gusta a Kliúiev. "Que llore Turguénev por su cuenta". Pero la revolución es ante todo una revolución de la ciudad; sin la ciudad, la supresión de las propiedades nobiliarias no hubiera podido ocurrir. Aquí es donde surge el dualismo de Kliúiev respecto a la revolución, un dualismo que, repitámoslo, es característico de todo el campesinado, y no sólo de Kliúiev. A Kliúiev no le gusta la ciudad y no acepta la poesía de la ciudad. El tono amistoso-enemistoso de sus poemas, cuando incita al poeta Kirilov a rechazar la idea de una poesía de las fábricas y venirse hacia la suya, hacia los pinares de Kliúiev, única fuente del arte, es muy instructivo. Kliúiev habla de los "ritmos industriales", de la poesía proletaria, del principio mismo de ésta, con el desprecio natural que surge en los labios de todo campesino "fuerte" cuando echa una mirada a la propaganda socialista, al obrero de la ciudad sin casa o, lo que es peor, al vagabundo. Y cuando Kliúiev invita condescendientemente al herrero a descansar un momento en el banco esculpido por el campesino, nos recuerda al campesino rico y arrogante de Olonets ofreciendo caritativamente un trozo de pan al proletario hambriento, cuya familia vive, desde hace varias generaciones, en Petrogrado, "con los harapos de las ciudades y los tacones gastados sobre las piedras de las ciudades".

Kliúiev acepta la revolución porque ha liberado al campesino, y le dedica muchos de sus cantos. Pero su revolución no tiene dinamismo político ni perspectiva histórica. Para Kliúiev, es algo así como un mercado o una boda suntuosa donde se reúnen gentes que vienen de diversos lugares, se emborrachan con vinos y canciones, con abrazos y bailes, y luego vuelve cada uno a su casa, con su tierra propia bajo los pies y su propio sol sobre la cabeza. Para otros es una república, pero para Kliúiev es la vieja tierra rusa; para otros es el socialismo, pero para él es Kitezh, la ciudad del sueño, muerta y desaparecida. Promete el paraíso a través de la revolución, pero este paraíso es sólo un reino campesino ampliado y embellecido, un paraíso de trigo y miel, un ruiseñor sobre el ala decorada de la casa y un sol de jaspe y diamante que brilla. Sólo después de muchas dudas se decide Kliúiev a admitir en su paraíso campesino la radio, el magnetismo y la electricidad; y entonces resulta que la electricidad es un toro gigante que viene de una epopeya campesina y que tiene entre sus cuernos una mesa servida.

Kliúiev, evidentemente, estaba en Petrogrado en el momento de la revolución. Escribió en la *Krasnaya Gazeta* y fraternizó con los obreros. Pero, incluso en aquel

periodo de luna de miel, Kliúiev, con la astucia propia del campesino, calculaba interiormente si de todo aquello no resultaría, directa o indirectamente, algún perjuicio para su pequeño terreno propio, es decir, para el arte. Y si le pareciese que la ciudad no le apreciaba, él, Kliúiev, mostraría enseguida su carácter y elevaría el precio de su paraíso de trigo respecto al infierno industrial. Y si se le reprochase algo, no perdería el tiempo en buscar las palabras, sino que derribaría a su contradictor por tierra y se jactaría con fuerza y convicción. No hace tanto tiempo que Kliúiev empezó una disputa poética con Yesenin, que había decidido ponerse una levita y un sombrero de copa, y lo anunciaba así en sus poemas. Kliúiev veía en ello una traición contra su ascendencia campesina y buscó el altercado con el joven, riñéndole como lo haría un hermano mayor rico al menor que quiere casarse con una cualquiera de la ciudad y marcharse a vivir a los suburbios.
Kliúiev es suspicaz. Alguien le dijo que evitase las palabras sagradas. Kliúiev se ofendió:

Parece que no existen los santos ni los malvados
Para los cielos industriales.

No se puede decir con certeza si es creyente o no. Su Dios, de repente, escupe sangre, y la Virgen se entrega a algún húngaro por algunas piezas doradas. Todo ello suena a blasfemia, pero excluir a Dios de la casa de Kliúiev, destruir el rincón sagrado donde la lámpara ilumina un marco plateado o dorado, eso sería algo que él no consiente. Sin la lámpara de los iconos, el mundo está incompleto.

Cuando Kliúiev canta a Lenin en “versos campesinos ocultos”, no es fácil decidir si está a favor o en contra de Lenin. ¡Qué ambigüedad de pensamientos, sentimientos y palabras! En la base de todo ello se encuentra la dualidad del campesino, ese Jano en *laptis*[23] que mira con una cara el pasado y con la otra el porvenir. Kliúiev llega incluso a cantar en honor de la Commune. Pero se trata sólo de cantos de glorificación, “en honor de”. “No quiero la Commune sin la estufa del campesino”. Pero la Commune con una estufa de campesino no cabe dentro de una construcción racional de las bases de la vida, con el compás y el metro en la mano, sino que es de nuevo el viejo paraíso campesino:

Los sonidos de oro
Cuelgan como racimos del árbol;
Como los martín-pescadores, las palabras
Se posan sobre las ramas.

(La Ballena de Bronce)

Esta es, en conjunto, la poesía de Kliúiev. ¿Dónde están la revolución, la lucha, el dinamismo, la aspiración hacia lo nuevo? Lo que hay es paz, una quietud encantada, una magia de oropel. “Como los martín-pescadores, las palabras se posan sobre las ramas”. Es algo digno de conocerse. Pero el hombre moderno no puede vivir en un medio semejante.

¿Qué camino seguirá Kliúiev en el futuro? ¿Se acercará a la revolución o se alejará de ella? Lo más probable es que se aleje de ella. Está demasiado saturado de pasado. El aislamiento intelectual y la originalidad estética del campo, pese al momentáneo debilitamiento de la ciudad, están en franca decadencia. Y Kliúiev también parece estar en decadencia.

Sergio Yesenin

Yesenin, igual que todo el grupo de los imaginistas (Marienhof, Cherchenivich, Kusikov), se sitúa en algún punto del cruce de caminos entre Kliúiev y Mayakovsky. Las

[23] Zapatillas de cáñamo.

raíces de Yesenin están en el campo, pero no son tan profundas como las de Kliúiev. Yesenin es más joven. Se hizo poeta cuando la vida campesina estaba siendo sacudida por la revolución, cuando Rusia estaba siendo sacudida. Kliúiev se formó totalmente en los años anteriores a la guerra y respondió a la guerra y la revolución sólo dentro de los límites del conservadurismo del hombre de la estepa. Yesenin no es sólo más joven, sino también más flexible, más plástico, más abierto a influencias y posibilidades. Ni siquiera su base campesina es parecida a la de Kliúiev. Yesenin no tiene ni la solidez de Kliúiev ni su calma sombría y pomposa. Yesenin se jacta de ser arrogante y de ser un hooligan. Pero, a decir verdad, su arrogancia, arrogancia puramente literaria (*La confesión*), no es tan terrible. Sin embargo, Yesenin es indudablemente la expresión del espíritu prerrevolucionario y revolucionario de la juventud campesina, lanzado por la vida trastornada de los pueblos a la arrogancia y la turbulencia.

La ciudad ha marcado a Yesenin de un modo más fuerte y visible que a Kliúiev. Aquí es donde aparece la influencia indiscutible del futurismo. Yesenin es más dinámico en la medida en que es más nervioso, más flexible, más sensible a lo nuevo. Pero el imaginismo es lo contrario del dinamismo. La imagen adquiere un significado por sí misma, a expensas del conjunto, y los elementos aislados aparecen alejados y fríos.

Se ha dicho, sin razón, que la abundancia de imágenes del imaginista Yesenin proviene de su delicadeza personal. En realidad, encontramos esta misma característica en Kliúiev. Sus versos están cargados con una serie de imágenes aún más cerradas e inmóviles. En el fondo, no es un sentido estético individual, sino campesino. La poesía de las formas repetitivas de la vida tiene, en definitiva, poca movilidad, y busca una salida en la condensación de imágenes.

El imaginismo está tan sobrecargado de imágenes que su poesía parece una bestia de carga, y, por tanto, es lenta de movimientos. La abundancia de imágenes no es en sí misma una prueba de poder creador; por el contrario, puede provenir de la falta de madurez técnica de un poeta sorprendido por acontecimientos y sentimientos que le desbordan artísticamente. El poeta casi se asfixia con imágenes y el lector se siente tan impaciente y tan nervioso por acabar lo antes posible, como cuando se escucha a un orador tartamudo. De todas formas, el imaginismo no es una escuela de la que se pueda esperar un desarrollo serio. Incluso la arrogancia tardía de Kusikov ("El Occidente, en dirección al cual nosotros, los imaginistas, estornudamos") parece curiosa, pero poco divertida. El imaginismo es quizás sólo una etapa para algunos poetas de la generación joven, que son más o menos inteligentes y que se parecen entre sí sólo en una cosa: en que todavía no están maduros.

El esfuerzo de Yesenin por escribir una gran obra gracias al método imaginista se ha visto que era ineficaz en *Pugachov*, pese a que el autor aligeró muy considerablemente la pesadez de las imágenes. Pero la forma dialogada de *Pugachov* fue insuperable para el poeta. El drama, en general, es una forma artística muy transparente y rígida; no admite los trozos narrativos o descriptivos ni los arrebatos líricos. El diálogo lanzó a Yesenin a un agua muy clara. Emelko Pugachov (y todos sus amigos y enemigos) son imaginistas, todos sin excepción. Y el mismo Pugachov es Sergio Yesenin de pies a cabeza: quiere ser terrible, pero no puede. El Pugachov de Yesenin es un romántico sentimental. Es divertido que Yesenin se presente a sí mismo como una especie de hooligan sanguinario; pero cuando Pugachov se expresa como un romántico cargado de imágenes, la cosa es peor. El imaginista Pugachov resulta un poco ridículo.

Aunque el imaginismo, sin haber apenas vivido, esté ya muerto, Yesenin pertenece todavía al porvenir. Ha declarado a los periodistas extranjeros que está más a la izquierda que los bolcheviques. Esto está en el orden lógico de las cosas y no asusta a nadie. Por el momento, Yesenin, el poeta, que puede estar más a la izquierda que nosotros,

pobres pecadores, pero que no por eso es menos medieval, ha comenzado sus viajes de juventud, y no volverá siendo idéntico a lo que era. Pero no prejuzguemos. Cuando vuelva, él mismo nos lo dirá.

Los "Hermanos Serapion", Vsevolod Ivanov, Nicolas Nikitin

Los "Hermanos Serapion" son jóvenes que viven todavía con su familia[24]. Algunos de ellos no han llegado a la revolución a través de la literatura, sino a la literatura a través de la revolución. Precisamente porque su corto itinerario comienza con la revolución, experimentan (al menos algunos de ellos) una necesidad interna de distanciarse de la revolución y de proteger contra sus exigencias sociales la libertad de sus obras. Es como si sintiesen por primera vez que el arte tiene sus derechos. El artista David (en N. Tijonov) inmortaliza a la vez "la mano del patriota asesino" y Marat. ¿Por qué? Porque es "tan bello el resplandor que va de la muñeca al codo, salpicado de manchas bermejas". Los Serapion se alejan muy frecuentemente de la revolución o de la vida moderna en general, es decir, del hombre, para escribir sobre los estudiantes de Dresde, los judíos de los tiempos bíblicos y las tigresas y los perros. Todo esto da la impresión sólo de ser un tanteo, un ensayo, una preparación. Adoptan las adquisiciones literarias y técnicas de las escuelas prerrevolucionarias, sin las cuales no podría haber progreso. Su tono general es realista, pero todavía muy confuso. Es demasiado pronto para juzgar individualmente a los Hermanos Serapion, al menos dentro de los límites de esta obra. En general, indican, entre otros muchos síntomas, el resurgimiento de la literatura sobre una nueva base histórica, después de su trágico hundimiento. ¿Por qué les relegamos a la categoría de "compañeros de viaje"? Porque están unidos a la revolución, pero por un lazo poco firme, porque son muy jóvenes y porque no se puede decir nada de su futuro.

El aspecto más peligroso de los Serapion es que se jactan de su falta de principios. Esto es una estupidez y una simpleza. Como si pudiesen existir artistas "sin tendencia", sin relaciones determinadas con la vida social, implícitas o expresadas en términos políticos. Es cierto que la mayor parte de los artistas, en las épocas normales, forman sus relaciones con la vida y sus formas sociales de un modo insensible, molecular y casi sin participación de la razón crítica. El artista toma la vida tal como la encuentra, matizando su actitud frente a ella con una especie de lirismo. Considera sus bases como inmutables y las ve sin sentido crítico, como ve el sistema solar. Y este conservadurismo pasivo constituye el eje invisible de su obra.

Los periodos críticos no permiten al artista el lujo de poder crear de forma automática e independiente de toda consideración social. Y quien presuma de hacerlo, aunque sea sin sinceridad o incluso sin pretensión, está encubriendo una tendencia reaccionaria, o ha caído en las estupideces sociales, o se está haciendo el loco. Por supuesto, es posible hacer ejercicios juveniles, al estilo de las historias de Sinebriujov o de la novelita de Fedin, *Anna Timofeevna,* pero es imposible hacer un cuadro grande o importante, o incluso mantenerse durante mucho tiempo con esbozos, sin inquietarse por las perspectivas artísticas y sociales.

Los novelistas y poetas nacidos con la revolución y que son todavía muy jóvenes (están casi en pañales), tratan, en su búsqueda por la personalidad artística, de alejarse de la revolución, que ha sido su medio, medio en el que no se han encontrado a sí mismos. De ahí vienen las diatribas sobre "el arte por el arte", que parecen muy importantes y audaces a los Serapion, pero que, en realidad, son como mucho un signo de crecimiento

[24] Este grupo tomó su nombre del monje Serapion, personaje de Hoffmann.

y, en todo caso, una prueba de falta de madurez. Si los Serapion se separasen del todo de la revolución, aparecerían pronto como un residuo de segunda o tercera fila de las escuelas literarias anteriores a la revolución, ya superadas. Es imposible jugar con la historia. Aquí, el castigo sigue inmediatamente al crimen.

Vsevolod Ivanov, que es el más viejo y más notable de los Serapion, es también el más importante y significativo. Escribe sobre la revolución y sólo sobre la revolución, pero exclusivamente sobre revoluciones campesinas y muy lejanas. El carácter unilateral de su tema y lo relativamente reducido de su campo artístico imprimen cierta monotonía a sus colores frescos y brillantes.

Tiene espontaneidad al expresar sus estados de ánimo, pero, dentro de esa espontaneidad, no es suficientemente atento y exigente consigo mismo. Es muy lírico, y su flujo lírico mana sin cesar. Pero el autor se deja sentir con demasiada insistencia, aparece con demasiada frecuencia en primer plano, se expresa demasiado ruidosamente, golpea demasiado fuerte en la espalda a la gente y a la naturaleza. En la medida en que esta espontaneidad procede de su juventud, es muy atractiva; pero el peligro está en que se convierta en manierista. A medida que la espontaneidad disminuya, debe compensarse por una ampliación del campo creador y una elevación y depuración de la técnica. Esto no es posible más que si se es exigente consigo mismo. El lirismo con que Ivanov aviva tanto la naturaleza como sus diálogos, debe hacerse más secreto, más oculto y más avaro en su expresión. Una frase debe surgir de la anterior por la fuerza natural de la materia artística, sin la ayuda visible del artista. Ivanov aprendió de Gorki y aprendió bien. Que vuelva a pasar por este aprendizaje, pero esta vez en sentido contrario.

Ivanov conoce y comprende al campesino siberiano, al cosaco, al kirguís. Sobre un fondo de revueltas, batallas, disparos y venganzas, sabe mostrar el defecto esencial del campesino: su falta de personalidad política, a pesar de su fuerza social estable. Cuando está en Rusia, un joven campesino siberiano, antiguo soldado zarista, apoya a los bolcheviques; pero, a su regreso a Siberia, sirve al "Kolchak" contra los rojos. Su padre, un campesino próspero y aburrido que estaba buscando una nueva fe, llega a ser, de un modo imperceptible e inesperado para sí mismo, el jefe de los grupos rojos. Toda la familia se dispersa; el pueblo es quemado. Pero, tan pronto como pasan los disturbios, el campesino comienza a señalar los árboles del bosque que hay que cortar y se pone a reconstruir. Después de haber oscilado en varias direcciones, el dado rodante queda fijo, estable, sobre su base más pesada. En Ivanov, varias escenas aisladas alcanzan gran fuerza. Las escenas en que tiene lugar la "conversación" entre los rojos del Lejano Oriente y un prisionero norteamericano, la borrachera de los rebeldes, o la búsqueda de un "dios grande" por el kirguís, son espléndidas. Sin embargo, en general, y lo admita o no, Ivanov muestra que los levantamientos campesinos en la Rusia "campesina" no son todavía la revolución. La revuelta campesina surge repentinamente por una pequeña chispa y es efímera, frecuentemente cruel en su desesperación, y nadie sabe por qué surgió o adónde va a llevar. Y nunca, de ningún modo puede ser victoriosa la revuelta campesina. En *Vientos coloreados* se hace una alusión a un levantamiento campesino por un personaje de ciudad, el bolchevique Nikitin, pero es vaga. El Nikitin de la historia de Ivanov es una parcela misteriosa de otro mundo, y no está claro por qué gira a su alrededor el elemento campesino. Pero de todos estos relatos esparcidos de la revolución se saca una conclusión innegable: que se está fundiendo de nuevo, en un gran crisol puesto a alta temperatura, el carácter nacional del pueblo ruso. Y el dado rodante, esta vez, no saldrá del crisol igual que entró.

No estaría mal que Vsevolod Ivanov pudiese madurar también en este crisol.

Nikitin se ha destacado claramente de entre los Serapion en el curso del año pasado. Lo que ha escrito en 1922 supone un salto adelante en relación con lo que había

escrito el año anterior. Pero hay algo tan inquietante en esta maduración rápida como en la precocidad de un joven. La inquietud se debe ante todo a la nota evidente de cinismo que, en mayor o menor medida, es hoy característica de casi toda la juventud, pero que en Nikitin está tomando un cariz especialmente malo. No me refiero a las palabras groseras, ni a los excesos naturalistas (aunque los excesos son siempre excesos) sino a una actitud grosera y provocativa, superficialmente realista, frente a los hombres y los acontecimientos. El realismo, en el sentido amplio del término, es decir en el sentido de una afirmación artística del mundo real con su carne y hueso, pero también con su conciencia y voluntad, puede ser de muchos tipos. Se puede considerar al hombre no sólo como hombre social, sino también como hombre psicofísico, y abordarlo desde diferentes enfoques: desde arriba, desde abajo, de lado, o girando a su alrededor. Nikitin enfoca, o más exactamente, se aproxima furtivamente a él, desde abajo. He ahí la razón de que todos sus puntos de vista sobre el hombre sean groseros, algunos realmente desagradables. La precocidad del talento de Nikitin da a este muchacho un carácter especialmente siniestro. El camino que ha tomado no tiene salida.

Bajo estas inconveniencias verbales y esta corrupción naturalista se oculta una falta de fe o una extinción de la fe, y esto no afecta sólo a Nikitin. Esta generación se ha visto cogida por el torbellino de los grandes acontecimientos sin preparación de ninguna clase, ni política, ni moral, ni artística. No tenía en sí nada estable o tradicional; por eso, la revolución la conquistó fácilmente. Pero, por ser fácil, esta conquista era superficial. Los jóvenes se sintieron cogidos en el torbellino y todos, imaginistas, Serapion, etc., se hicieron inconformistas, convencidos seminconscientemente de que la hoja de parra era el símbolo principal del viejo mundo. Es muy significativo que la generación sorprendida por la revolución en su adolescencia sea la peor, no sólo entre los intelectuales. de la ciudad, sino también entre los campesinos, e incluso en la clase obrera. No es revolucionaria, sino turbulenta, y está marcada por los rasgos del individualismo anarquista. La generación siguiente, que creció bajo el régimen nuevo, es mucho mejor; es más sociable, más disciplinada, más exigente consigo misma, y su ansia de saber es mayor cada día. Es esta generación la que se entiende tan bien con los "viejos", con los formados y fortalecidos antes de febrero y de octubre de 1917, e incluso antes de 1914. El revolucionarismo de los Serapion, como el de la mayoría de los "compañeros de viaje", está mucho más conectado con la generación que llegó demasiado tarde para preparar la revolución y demasiado pronto para ser educada por ella. Al ver la revolución desde este punto de vista equivocado, el del campesino, y al tomar una actitud de semiconformismo, estos "compañeros de viaje" se desilusionaron, más aún cuando se vio claramente que la revolución no era una cosa de juego, sino una concepción, una organización, un plan, una tarea. El imaginista Marienhof se quita su sombrero y se despide cortés e irónicamente de la revolución, que le ha traicionado, a él, a Marienhof. Y Nikitin, en su relato *Pella*, en que encuentra su más perfecta expresión esta forma de inconformista pseudorrevolucionario, acaba con estas palabras tan íntimamente escépticas, tan cínicas, si no tan tímidas, como las de Marienhof: "Estáis cansados y yo ya he abandonado la caza... Y ahora es inútil que sigamos corriendo. No tiene sentido. Alejaos de los lugares muertos".

Esto ya lo hemos oído antes alguna vez, y nos acordamos muy bien de ello. Los jóvenes novelistas y versificadores mezclados en la revolución de 1905, le volvieron luego la espalda en términos casi idénticos. Cuando se quitaron el sombrero para decir adiós a esta extraña, en 1907, creyeron seriamente que habían zanjado definitivamente su cuenta con ella. Pero volvió otra vez, y con mucha más fuerza. Entonces encontró a sus primeros e inesperados "amantes" de 1905 envejecidos prematuramente, calvos espiritualmente. Por esta razón (aunque, a decir verdad, nunca se tomó muchas molestias

por ello), atrajo a su campo a la nueva generación de la sociedad antigua (siempre en las zonas de su periferia, o tangentes a ella). Entonces ocurrió otro 1907: cronológicamente, se sitúa en 1921-1922, y toma la forma de la NEP. La revolución no era una extraña tan espléndida, en definitiva. ¡Era sólo una comerciante!

Es cierto que estos jóvenes suelen sostener que no piensan romper con la revolución, que ella les hizo y que no se pueden concebir, ni siquiera ellos mismos, fuera de la revolución. Pero todo esto es muy impreciso, e incluso ambiguo. Por supuesto, no pueden separarse de la revolución, en la medida en que la revolución, aunque sea de comerciantes, es un hecho e incluso un modo de vida. Estar fuera de la revolución significaría estar entre los emigrados. Esto no se puede ni plantear. Pero, aparte de los emigrados en el extranjero, existen los emigrados del interior. Y el camino hacia ellos consiste en alejarse de la revolución. El que no tiene por qué seguir corriendo tras algo, puede convertirse fácilmente en un emigrado espiritual. Y esto significa, inevitablemente, su muerte artística, pues no sirve de nada engañarse a sí mismo: la seducción, el frescor, la importancia de los jóvenes se debe totalmente a la revolución, que les rozó. Si se les quita esto, lo único que habrá será unos cuantos Chirikov más en el mundo.

Boris Pilniak

Pilniak es un realista y un observador notable, dotado de buena vista y de oído fino. Los hombres y las cosas no le parecen viejos, gastados, siempre los mismos, lanzados solamente a una situación momentánea de desorden por la revolución, sino que los toma en lo que tienen de frescos y únicos, es decir, de vivos y no muertos, y busca las bases para su orden artístico en el desorden revolucionario, que es para él un hecho vivo y fundamental.

Tanto en arte como en política (y, en ciertos aspectos, el arte se asemeja a la política y la política al arte, ya que ambos son creación) el "realista" es incapaz de ver más allá de lo que está a sus pies, y de observar algo aparte de los obstáculos, los defectos, los atolladeros, los zapatos con agujeros, la vajilla rota. De ahí, la política miedosa, evasiva, oportunista, y el arte poco ambicioso, minado por el escepticismo, episódico. Pilniak es un realista. La cuestión consiste en definir la escala de su realismo. Pues nuestra época necesita una escala grande.

Durante la revolución, la vida se convirtió en un campamento. La vida privada, las instituciones, los métodos, las ideas, los sentimientos, todo se hizo anormal, momentáneo, transitorio, reconociendo su precariedad y expresándola constantemente, incluso en los nombres. De aquí la dificultad de toda actividad artística. Este carácter de campamento y episódico implica un aspecto accidental, y lo accidental se supone ser insignificante. La revolución, tomada en su aspecto episódico, parece algo insignificante. ¿Cómo tomar la revolución, entonces? Ahí está la dificultad. Sólo la superará el que la comprenda de un modo total, el que sienta en lo más íntimo el significado interno de este carácter episódico y el que sepa descubrir el eje de cristalización histórica que yace tras ella. "¿Por qué necesitamos casas sólidas (preguntaba en tiempos la secta de los Viejos Creyentes) si estamos esperando la venida del Mesías?" La revolución tampoco construye casas sólidas, sino que hace que la gente se traslade y se concentre en barracas provisionales. Barracas provisionales: esto es muy típico de todas sus instituciones. Pero no sólo porque espere la llegada del Mesías, ni porque considere su objetivo final como opuesto al proceso actual de organización de la vida material, sino, al contrario, porque está luchando, con investigaciones y experimentos incesantes, por encontrar los mejores métodos para edificar una casa realmente sólida. Todo lo que hace son esquemas, esbozos, borradores sobre un tema concreto. Ha habido y habrá muchos todavía. Y los

éxitos han sido mucho menos frecuentes que los fracasos. Pero todos han estado inspirados por la misma idea, por la misma ansia de investigación, por el mismo objetivo histórico. *Gviu*, *Glavbum*[25] no son sólo combinaciones de sonidos en los que Pilniak oye el clamor de las fuerzas elementales de la revolución. Son términos de trabajo, términos pensados, queridos, forjados conscientemente (igual que una hipótesis de trabajo), en vista a una edificación consciente, premeditada, querida, y querida como nunca lo había sido antes en el mundo.

"Sí, dentro de cien o ciento cincuenta años, los hombres sentirán nostalgia por la Rusia actual, viendo en ella la manifestación más hermosa del espíritu humano... Pero mis zapatos tienen agujeros, y yo quisiera estar en el extranjero, sentado en un restaurante, bebiendo un poco de whisky" (*Iván y María*). Así como un tren compuesto por vagones de ganado no puede ver una vía de 2.000 verstas de larga, debido a la confusión de manos, pies, mendigos y luces, tampoco se puede ver el giro histórico ocurrido en estos días (nos dice Pilniak), a causa de los zapatos agujereados y todas las demás contradicciones y dificultades de la vida soviética. "¡Los mares y las mesetas han cambiado de lugar! ¡Porque en Rusia se están sufriendo los hermosos dolores del parto! ¡Porque Rusia está dividida en zonas económicas! ¡Porque en Rusia hay vida! ¡Porque el agua está sucia por las olas de barro negro que vienen de arriba! Esto lo sé *yo*. Pero *ellos* ven las pulgas en la basura". La cuestión está planteada con precisión. Ellos (los filisteos amargados, los dirigentes depuestos, los profetas ofendidos, los pedantes, los estúpidos, los soñadores profesionales) no ven más que las pulgas y el barro, cuando en realidad existen también los dolores del parto, mucho más importantes. Pilniak lo sabe. ¿Puede contentarse con suspiros y convulsiones y con anécdotas fisiológicas? No, quiere lograr que nos sintamos partícipes en el parto.

Es una tarea grande y difícil. Está bien que Pilniak se haya fijado esta tarea. Pero no ha llegado aún el momento de decidir si ha logrado desempeñarla.

Pilniak no tiene temas porque tiene miedo de ser episódico. En realidad, se esbozan dos o tres temas, o más todavía, que oscilan en todas las direcciones a lo largo del relato; pero no son más que alusiones, les falta el eje central que posee generalmente un tema. Pilniak quiere describir la vida actual en sus relaciones y movimiento, y la capta de diversas maneras, con cortes paralelos y perpendiculares en varios lugares, ya que no se parece en absoluto a lo que fue. Los temas, o, más exactamente, las posibilidades de temas que atraviesan sus relatos, son simples muestras de la vida tomadas al azar, y la vida, recordémoslo, tiene ahora muchos más temas que nunca. Pero el eje de cristalización no está en estos temas episódicos y a veces anecdóticos. ¿Dónde está, entonces? Aquí es donde tropezamos. El eje invisible (el eje de la tierra también es invisible) debería ser la revolución misma, alrededor de la cual debería girar toda la vida agitada, caótica y en vías de reconstrucción. Para que el lector descubra este eje, el mismo autor debería haberlo descubierto y debería también haber reflexionado seriamente sobre ello.

Cuando Pilniak, sin saber contra quién se dirige, choca contra Zamiatin y otros "insulares", al decir que una hormiga no puede comprender la belleza de una estatua de mujer porque no ve nada más que montes y valles cuando corre sobre ella, tiene fuerza y razón. Cada época grande, sea la Reforma, el Renacimiento o la Revolución, debe ser aceptada globalmente y no en partes o secciones. Las masas, con su inequívoco instinto social, participan siempre en estos movimientos. En el individuo, este instinto alcanza el nivel de la razón generalizadora. Pero los que son intelectualmente mediocres no se encuentran ni aquí ni allí; son demasiado individualistas para compartir las intuiciones de las masas y demasiado poco desarrollados para tener una comprensión sintética. Su

[25] Abreviaturas de instituciones del estado soviético (dirección de industrias del papel, etc.).

terreno consiste en montes y valles sobre los que se martirizan, maldiciendo filosófica y estéticamente. ¿Qué ocurre con Pilniak en este aspecto?

Pilniak analiza muy hábilmente y con mucha agudeza un sector de nuestra vida, y en esto reside su fuerza, ya que es un realista. Además, él sabe, y así lo proclama, que Rusia está dividida en zonas económicas, que los hermosos dolores del parto están ocurriendo y que, en medio de la confusión de los piojos, las maldiciones y los vagabundos, se está realizando el cambio más grande de la historia. Pilniak debe saberlo, puesto que lo proclama. Pero lo malo es que no hace más que proclamarlo, como si opusiese sus convicciones a la realidad vital y cruel. No vuelve la espalda a la Rusia revolucionaria; al contrario, la acepta e incluso la festeja a su manera. Pero se limita a decirlo. No puede cumplir su tarea como artista porque no es capaz de captarla intelectualmente. Por eso, Pilniak rompe muchas veces arbitrariamente el hilo de su narración para apretar rápidamente los nudos, para explicar (de una manera u otra), para generalizar (muy mal) y para adornar líricamente (a veces magníficamente, pero casi siempre inútilmente). Toda su obra es ambigua; a veces es la revolución el eje invisible, y a veces es visiblemente el autor, que gravita tímidamente alrededor de la revolución. Esa es la situación actual de Pilniak.

En cuanto a sus temas, Pilniak es provinciano. Toma la revolución en la periferia, en sus patios traseros, en los pueblos, y sobre todo en las capitales de provincia. La suya es una revolución de una pequeña ciudad. Por supuesto, incluso un enfoque de este tipo puede ser algo vivo. Puede incluso estar más enraizado en la realidad. Pero para ello no se puede uno detener en la periferia. Hay que encontrar el eje de la revolución, que no está en los pueblos ni en las provincias. Se puede enfocar la revolución a través de la pequeña ciudad, pero no se puede tener la idea que tiene de ella el habitante de la pequeña ciudad.

"El consejo de sóviets de una provincia – un camino resbaladizo– camarada, ayúdame a entrar – alpargatas – pieles de carnero – la cola en la Casa de los Sóviets esperando por pan, salchichas, tabaco – Camaradas, sois los únicos dueños del consejo revolucionario y del ayuntamiento – ¡oh, querida, me das tan poco...! [se refiere a las salchichas] – es la lucha final decisiva – la Internacional – la Entente – el capitalismo internacional..."

En estos fragmentos de discusión, de vida, de discursos, de salchichas y de himnos, hay algo de la revolución; una parte vital ha sido captada con vista penetrante, pero demasiado deprisa, como al pasar al galope. Falta un lazo de unión interno entre estos fragmentos y el cuerpo del relato. Falta la idea sobre la que se basa nuestra época. Cuando Pilniak describe un vagón de ganado, se comprende que hay en él un artista, un artista futuro, un artista de potencia. Pero no se siente la satisfacción que produce la solución de contradicciones, que es la marca característica de una obra de arte. Se está tan perplejo como antes, si no es más. ¿Por qué existe ese tren? ¿Por qué ese vagón de ganado? ¿Qué es lo que tienen de y para Rusia? Nadie pide a Pilniak un análisis histórico de un vagón de ganado, tras haber realizado un corte transversal en la vida y el tiempo, ni siquiera se pide que anuncie proféticamente hacia dónde se inclina él personalmente. Pero si Pilniak hubiese comprendido lo que significa el vagón de ganado y la relación que tiene con el curso de los acontecimientos, lo habría trasmitido al lector. En cambio, el vagón de ganado circula de un lado para otro sin justificación alguna, y Pilniak, que lo acepta así, no hace más que plantear la duda en el ánimo del lector.

Una de las últimas grandes obras de Pilniak, *La tormenta de nieve*, demuestra que es un gran escritor. La vida insignificante y sin sentido de un sucio filisteo provinciano que desaparece en medio de la revolución, la rutina prosaica, estancada, de la vida cotidiana soviética, todo esto está pintado por Pilniak en plena tormenta de octubre, y no

como un gran cuadro unificado, sino como una serie de manchas brillantes, de siluetas bien dibujadas y de escenas inteligentes. La impresión general sigue siendo la misma: una ambigüedad poco satisfactoria.

"Olga pensaba que una revolución era como una tormenta de nieve; y las personas eran los copos". Pilniak piensa lo mismo, probablemente bajo la influencia de Blok, que aceptó la revolución como un elemento natural y, por temperamento, como un elemento frío; no como el fuego, sino como una tormenta de nieve. Y "las personas eran los copos". Si la revolución no es más que un elemento desencadenado jugando con el hombre, ¿cómo se puede hablar de los días de la más bella manifestación del espíritu humano? Y si se pueden justificar los dolores, porque son los del parto, *¿qué es, en realidad, lo que ha nacido*? Si no se sabe responder a esta pregunta, entonces existirán zapatos agujereados, piojos, sangre, tormenta de nieve o incluso un juego de saltos entre muchachos, pero no la revolución.

¿Sabe Pilniak lo que ha nacido gracias a los dolores de la revolución? No, no lo sabe. Sin duda, lo ha oído decir (¡sería difícil no haberlo oído!), pero no lo ha creído. Pilniak no es un artista de la revolución, sino sólo un "compañero de viaje" en el terreno artístico. ¿Qué llegará a ser este artista? No lo sabemos. La posteridad hablará de "los días más hermosos del espíritu humano". Muy bien, pero, ¿cómo era Pilniak en aquellos días? Confuso, nebuloso, ambiguo. ¿No será ésta la razón por la que Pilniak tiene miedo de la gente que está claramente definida y que da un sentido a lo que está ocurriendo? Pilniak presta poca atención al comunista; le trata con respeto, un poco fríamente, a veces incluso con simpatía, pero le presta poca atención. Se encuentra pocas veces en sus obras a un obrero revolucionario, y, lo que es más importante, el autor no es capaz de ver con los ojos de ese obrero lo que está ocurriendo. En *El año desnudo*, mira la vida a través de diversos personajes, todos ellos "compañeros de viaje" de la revolución, y aquí descubrimos otro dato notable: el ejército rojo no existía para este artista en 1918-1921. ¿Cómo es posible? Los primeros años de la revolución fueron, ante todo, años de guerra, en los que la sangre se bombeaba del corazón del país a los frentes y periferias, y durante años se derramó en grandes cantidades. Durante aquellos años, la vanguardia obrera puso todo su entusiasmo, toda su fe en el futuro, toda su abnegación, su lucidez y su voluntad en el ejército rojo. La guardia roja revolucionaria de las ciudades, a fines de 1917 y comienzos de 1918, en su lucha por la autodefensa, se desplegó en el frente en divisiones y batallones. Pilniak no presta atención a todo esto. El ejército rojo no existe para él. Por eso, para él, el año 1919 es el año desnudo.

Pero Pilniak tiene que responder de alguna forma a la pregunta de para qué sirve todo esto. Debe tener su propia filosofía de la revolución. Y aquí está lo que nos inquieta: la filosofía de la historia de Pilniak es absolutamente retrógrada. Este "compañero de viaje" artístico razona como si el camino de la revolución nos llevase hacia atrás, no hacia adelante. Pilniak acepta la revolución porque es nacional, y es nacional porque derroca a Pedro el Grande y resucita el siglo XVII. Para él, la revolución es nacional porque cree que es una vuelta atrás.

El año desnudo, la obra principal de Pilniak, está absolutamente marcada por esta ambigüedad. La base, el fundamento de esta obra consiste en tormentas de nieve, brujerías, supersticiones, espíritus del bosque, y sectas que viven exactamente igual que se vivía hace siglos, y para las cuales Petrogrado no significa nada. Sólo de pasada, "la fábrica ha resucitado", debido a la actividad de grupos de obreros de las provincias. "¿No hay ahí un poema cien veces más grande que la resurrección de Lázaro?"

La ciudad es saqueada en el año 1918-1919, y Pilniak saluda este hecho con alegría, porque de repente resulta que "no hay nada que hacer con Petrogrado". Por otra parte, y siempre de pasada, los bolcheviques, los hombres con trajes de cuero, son "lo

mejor del pueblo ruso, amorfo y grosero. Con su ropa de cuero, no se les puede debilitar. Eso es lo que sabemos, lo que queremos, lo que hemos decidido, y no cabe dar marcha atrás". Pero el bolchevismo es el producto de una cultura urbana. Sin Petrogrado, no hubiera existido una selección en el seno del "pueblo amorfo y grosero". Los ritos de brujería, los cantos populares, las expresiones seculares, por una parte, son la base. Pero "¡el *Gviu*, el *Glavbum*, el *Guvuz*!, ¡qué tumulto!, ¡qué tormenta de nieve!, ¡qué bueno es!", por otra parte. Todo esto es muy bueno, sin duda, pero falta la unión entre las dos partes, y eso ya no es tan bueno.

Rusia está, sin duda, llena de contradicciones, y de contradicciones fundamentales. Junto a los encantamientos de brujas está el *Glavbum*. Porque los pequeños literatos desdeñan estas formaciones silábicas nuevas, y Pilniak repite: "*Guvuz*, *Glavbum*... ah, ¡qué bien!". En estas palabras raras, provisionales, provisionales como un campamento o como una hoguera al borde de un río (un campamento no es una casa y una hoguera no es una chimenea), Pilniak ve reflejarse el espíritu de la época. "Ah, ¡qué bien!". Es bueno que Pilniak lo comprenda así, sobre todo si es duradero. Pero, ¿cómo se puede hablar de la ciudad, a la que la revolución, aunque en su origen fue una revolución urbana, ha dañado tanto? Aquí es donde Pilniak fracasa. No se ha decidido, ni intelectual ni emocionalmente, sobre lo que elegirá en este caos de contradicciones. Pero tiene que elegir. La revolución ha cortado el tiempo en dos. Y aunque existan en la Rusia actual los encantamientos de brujas al lado del *Gviu* y el *Glavbum*, no están en el mismo plano histórico. El *Gviu* y el *Glavbum*, por imperfectos que sean, avanzan hacia adelante, mientras que los encantamientos, por populares que sean, son el peso muerto de la historia. Donat, miembro de una secta, es espléndido. Es un campesino rechoncho, un ladrón de caballos, que tiene principios (no bebe té). Él, gracias a Dios, no tiene necesidad de Petrogrado. El bolchevique Arjipov es también un personaje bien logrado. Dirige el distrito y, al amanecer, se aprende palabras extranjeras de un diccionario. Es inteligente, fuerte, y dice "f*o*unciona enérgicamente", pero, lo más importante es que él "f*o*unciona" enérgicamente. ¿Cuál de los dos representa a la revolución? Donat pertenece a la leyenda, a la "verde" Rusia, al indigesto siglo XVII. Arjipov, al contrario, pertenece al siglo XXI, incluso si no se sabe bien sus palabras extranjeras. Si Donat fuese el más fuerte, si este piadoso y tranquilo ladrón de caballos venciese al capital y al ferrocarril, sería el fin de la revolución, e incluso el fin de Rusia. El tiempo ha sido cortado en dos, una de las mitades está viva y la otra muerta, y es preciso escoger la mitad viva. Pilniak es incapaz de decidirse, duda antes de elegir y, para dar gusto a todos, pone la barba de Pugachov en el mentón del bolchevique Arjipov. Pero estos son trucos teatrales. Nosotros conocemos a Arjipov y sabemos que se afeita.

La bruja Egorka dice: "Rusia es sabia por sí misma. El alemán es inteligente, pero su espíritu es alocado". "¿Y qué ocurre con Karl Marx?", pregunta uno. "Es alemán –digo yo– y por tanto alocado". "¿Y con Lenin?". "Lenin –digo– es un campesino, un bolchevique; por tanto, debéis ser comunista..." El mismo Pilniak se oculta tras la bruja Egorka, y es muy inquietante que cuando habla a favor de los bolcheviques se exprese abiertamente, mientras que cuando habla contra ellos lo haga en el lenguaje estúpido de una bruja. ¿Qué es lo más profundo y lo más auténtico en él? ¿No podría ocurrir que, en una de las paradas próximas, este "compañero de viaje" se cambiase al tren que va en dirección contraria?

El peligro político significa aquí un peligro para el artista. Si Pilniak insiste en descomponer la revolución en revueltas y escenas de la vida campesina, esto le llevará a simplificar más sus métodos artísticos. Pilniak no presenta ni siquiera actualmente un cuadro de la revolución, sino sólo de su base y de su telón de fondo. Ha dado pinceladas excelentes y audaces, pero sería una lástima que el maestro decidiese que el fondo ya no

es todo el cuadro. La revolución de octubre es urbana, es la revolución de Petrogrado y Moscú. "La revolución continúa todavía", observa Pilniak de pasada. Todo el trabajo futuro de la revolución se orientará hacia la industrialización y la modernización de nuestra economía, hacia la puesta en marcha de los procesos y métodos de reconstrucción en todos los terrenos, hacia la extirpación del cretinismo de la vida de los pueblos, hacia el surgimiento de una personalidad humana más rica y compleja. La revolución proletaria sólo puede completarse y justificarse, tanto en el plano técnico como en el cultural, por medio de la electrificación, y no con el regreso a las velas, por medio de la filosofía materialista, dotada de un optimismo activo, y no con supersticiones de los bosques, de un fatalismo estático. ¡Sería una gran lástima que Pilniak quisiese ser el poeta de las velas, pretendiendo ser un revolucionario! No se trata, por supuesto, de un peligro político (nadie soñaría con arrastrar a Pilniak a la política), sino de un peligro artístico, un peligro más auténtico y genuino. Su error consiste en su modo de abordar la historia, del que se derivan una percepción equivocada de la realidad y una ambigüedad irritante. Esto le desvía de los aspectos esenciales de la realidad, le hace reducir todo a lo primitivo, a la barbarie social, a una simplificación de los métodos artísticos, a excesos naturalistas, no atrevidos sino insolentes, ya que no están llevados hasta el final. Si sigue por este camino, llegará, incluso sin darse cuenta, al misticismo o a la hipocresía mística (línea de un romántico), lo que sería su muerte total y definitiva.

Incluso hoy día, Pilniak enseña su pasaporte romántico en cuanto se encuentra en un aprieto. Esto está muy claro cuando, por ejemplo, tiene que decir que acepta la revolución, no en términos vagos y ambiguos sino con toda claridad. Entonces, inmediatamente, al modo de Andréi Bely, procede a una retirada tipográfica de varios cuadratines y anuncia, con un tono extraño: no olvidéis, por favor, que yo soy un romántico. Los borrachos, muchas veces, despliegan una gran solemnidad, pero también la gente sobria tiene que hacer como si hubiera bebido, para escapar a situaciones difíciles. ¿No será éste el caso de Pilniak? Cuando se califica insistentemente de romántico y pide que no se olvide esto, ¿no es el realista miedoso, sin horizonte, el que está hablando por él? La revolución no es en absoluto un zapato agujereado más romanticismo. El arte de la revolución no consiste en modo alguno en ignorar la verdad o en transformar la dura realidad por un esfuerzo de imaginación en la vulgaridad de una "leyenda en fabricación" para sí mismo, para su uso personal. La psicología de la "leyenda en fabricación" es contraria a la revolución. Con ella, con su misticismo y sus mistificaciones, comenzó el periodo contrarrevolucionario que siguió a 1905.

Aceptar la revolución proletaria en nombre de un ideal falso significa no sólo rechazarla sino también calumniarla. Todas las ilusiones sociales que han expresado los delirios del género humano en religión, poesía, moral o filosofía, no han servido más que para engañar o cegar a los oprimidos. La revolución socialista rasga el velo de las "ilusiones", de las "moralizaciones", a la vez que el de las decepciones humillantes, y limpia con sangre el maquillaje de la realidad. La revolución es fuerte en la medida en que es realista, racional, estratégica y matemática. ¿Es posible que la revolución, la misma que tenemos ante nuestra vista, la primera desde que la tierra comenzó a girar, tenga que ser sazonada con explosiones románticas, como un estofado de gato necesita serlo con salsa de liebre? Dejadles estas cosas a los Bely. Que saboreen hasta la última partícula de su estofado de gato filisteo con salsa antroposófica.

Pese a la importancia y el frescor formal de Pilniak, sus manierismos son irritantes, porque suelen ser imitaciones. Es difícil comprender por qué ha caído Pilniak en esa situación de dependencia artística respecto de Bely, más aún, de los peores aspectos de Bely. Hay en él un subjetivismo molesto, que toma la forma de intervenciones líricas insensatas, repetidas constantemente; una argumentación literaria furiosa e irracional, que

oscila del ultrarrealismo a los discursos psicofilosóficos inesperados; una disposición del texto en terrazas tipográficas; unas citas incongruentes, surgidas por asociación mecánica; todo lo cual es innecesario, aburrido y falto de originalidad. Pero Andréi Bely es astuto. Disimula los fallos de su discurso con su histeria lírica. Bely es antroposofista, adquirió su sabiduría de Rudolf Steiner, montó guardia ante el templo místico alemán en Suiza, bebió café y comió salchichas. Y como su mística es escasa y penosa, introdujo en sus métodos literarios un charlatanismo semiconsciente e histérico, un charlatanismo según la definición exacta que el diccionario da de esta palabra. Cuando más avanza, más cierto es todo esto. Pero, ¿por qué tiene que imitarle Pilniak? ¿Es que se está preparando también para enseñarnos la filosofía trágiconsoladora de la redención con salsa de chocolate Pedro? ¿No toma el mundo Pilniak tal como es, en su materialidad, y valorándolo sólo con arreglo a eso? ¿Por qué, entonces, esta dependencia de Bely? Evidentemente, esto refleja, como un espejo convexo, la necesidad interna de Pilniak de una imagen sintética de la revolución. Sus lagunas le inclinan hacia Bely, el decorador verbal de fracasos espirituales. Pero ésta es, para Pilniak, una cuesta descendente, y sería mejor para él que rechazase el estilo de semibufón del steineriano ruso y pudiese trazar su propio camino.

Pilniak es un joven escritor. Sin embargo, no es joven. Ha entrado en la edad más crítica, y el mayor peligro que corre está precisamente en su respetabilidad precoz y repentina. Apenas había dejado de ser una promesa cuando se convirtió en un oráculo. El mismo se toma por un oráculo y escribe como un oráculo; es ambiguo, es oscuro, habla a base de sobrentendidos, se hace el profesor, cuando en realidad es él quien necesita estudiar, y estudiar mucho, ya que sus objetivos no son los mismos en el plano artístico y en el social. Su técnica es inestable, poco controlada, su voz falla, sus plagios se ven demasiado claramente. Quizás todas éstas son las inevitables crisis de crecimiento, pero en ese caso debe prescindir de la respetabilidad, del tomarse en serio. Pues si fuesen la complacencia consigo mismo y la pedantería las que se ocultasen tras su voz cascada, ni siquiera su gran talento le salvaría de un final poco glorioso. Ya en el periodo prerrevolucionario fue ésta la suerte de muchos de nuestros autores que prometían, pero que se hicieron respetables y satisfechos y se quedaron en eso. El ejemplo de Leónidas Andréiev debería pasar a los manuales dedicados a los autores prometedores.

Pilniak tiene talento, pero las dificultades que tiene que vencer son grandes. Tenemos que desearle éxito.

Los poetas rústicos, o cantores del mujik

Es imposible comprender, aceptar a pintar la revolución, aunque sólo sea parcialmente, si no se la ve de un modo global, con las tareas históricas reales que son los objetivos de sus fuerzas dirigentes. Si falta esto, faltan también los objetivos y la revolución. Esta se desintegra en episodios y anécdotas heroicas o siniestras. Se pueden pintar cuadros acertados, pero no se puede recrear la revolución y menos aún reconciliarse con ella, ya que, si sacrificios y privaciones tan enormes no han tenido razón de ser, entonces la historia es una casa de locos.

Pilniak, Vsevolod Ivanov, Yesenin, parecen tratar de meterse en el torbellino, pero sin reflexionar y sin responsabilizarse. No llegan a fundirse hasta llegar a ser invisibles, cosa que merecería más elogios que críticas. Pero no hay motivos para elogiarles. Por el contrario, se les ve demasiado bien: Pilniak, con su coquetería y sus manierismos; Vsevolod Ivanov, con su lirismo asfixiante, y Yesenin con su pesada "arrogancia". Lo malo es que, entre ellos y la revolución, como tema de su obra, no existe suficiente distancia espiritual para que haya perspectiva artística. A los "compañeros de viaje" literarios les faltan ganas y capacidad de captar la revolución y fundirse con ella, sin

disolverse sin embargo en ella, de comprenderla no sólo como un fenómeno elemental, sino como un proceso dotado de sentido; ésta no es una característica individual, sino común a todos ellos. La mayoría de los "compañeros de viaje" está compuesta por intelectuales cantores del mujik. Sin embargo, los intelectuales no pueden aceptar la revolución sobre la base del mujik sin dar pruebas de estupidez. Por eso, los "compañeros de viaje" no son revolucionarios, sino que son los inocentes de la revolución. Hasta que suena la alarma, no se puede ver claramente con qué es con lo que están aliados: si con la revolución, porque es el punto de partida de un movimiento continuo hacia adelante, o si porque en ciertos aspectos nos ha trasladado atrás. Pues existen hechos suficientes para alinearse en cada una de las dos categorías. El mujik, como se sabe, trata de aceptar al "bolchevique" y rechazar al "comunista". Esto significa que el kulak, el campesino rico, al aplastar bajo su pie al campesino medio, ha tratado de robar a la vez a la historia y a la revolución. Después de haber expulsado al terrateniente, ha querido llevarse la ciudad trozo a trozo, volviendo su amplia espalda al estado. El kulak no necesita a Petrogrado (al menos al comienzo), y si la capital se pone "sarnosa" (Pilniak), se lo merece. No sólo la presión del campesino sobre el terrateniente, enormemente significativa e inestimable por sus consecuencias históricas, sino también la presión del mujik sobre la ciudad, constituye un elemento necesario en la revolución. Sin embargo, esto no lo es todo en la revolución. La ciudad vive y dirige. Si se abandona la ciudad, es decir; si se deja que sea despedazada económicamente por el kulak y artísticamente por Pilniak, no quedará de la revolución más que un proceso retrógrado lleno de sangre y violencia. Sin la dirección de la ciudad, la Rusia campesina no sólo sería incapaz de llegar al socialismo, sino que lo sería también de mantenerse durante dos meses y acabaría como abono y carbón para el imperialismo mundial. ¿Es ésta una cuestión política? Es una cuestión de actitud vital, y por tanto también una cuestión de importancia para el arte. Exige por tanto que nos detengamos un instante sobre ello.

No hace tanto tiempo que Chukovsky instaba a Alexis Tolstoi a que se reconciliase con la Rusia revolucionaria o, si no, con Rusia sin la revolución. El argumento principal de Chukovsky era que Rusia es la misma que fue siempre, y que el mujik ruso no cambiará sus iconos y sus cucarachas por cualquier panecillo histórico. Chukovsky cree que este fenómeno prueba la existencia de un amplio movimiento del espíritu nacional, imposible de desarraigar. La experiencia del hermano guardián de un monasterio, que hizo pasar una cucaracha en el pan por una pasa, la extiende Chukovsky a toda la cultura rusa. ¡La cucaracha es la "pasa" del espíritu nacional! ¡Qué bajo nivel tiene el espíritu nacional, y qué desprecio por la gente supone esto! Sería aceptable si Chukovsky creyese en los iconos. Pero no, no cree, porque si creyese no los compararía a las cucarachas, aunque en las isbas de los pueblos, las cucarachas suelen ocultarse detrás del icono. Pero como las raíces de Chukovsky están enteramente en el pasado, y este pasado a su vez se apoya en el campesino supersticioso y cubierto de musgo, Chukovsky hace de la vieja cucaracha nacional que vive detrás del icono el principio reconciliador entre él y la revolución. ¡Qué vergüenza y qué infamia! Estos intelectuales estudiaron sus libros (a expensas del campesino), emborronaron los periódicos, vivieron diferentes "épocas", crearon varios "movimientos", pero cuando la revolución ha llegado en serio, han encontrado un refugio para el espíritu nacional en el rincón más oscuro de la isba del campesino, donde habitan las cucarachas.

Chukovsky es menos ceremonioso que los restantes "cantores del mujik", pero todos ellos tienden a un nacionalismo primitivo que huele a cucarachas. Indudablemente, en la revolución misma se están desarrollando procesos que tienen diversos puntos de contacto con el nacionalismo. La decadencia económica, el resurgimiento del provincialismo, el desquite de la alpargata sobre el zapato, la fabricación casera de licores,

todo esto nos arrastra (o, mejor, nos ha arrastrado) hacia las profundidades de los siglos pasados. Y se puede ver paralelamente un retorno consciente al motivo "popular" en la literatura. El gran desarrollo de los cuplés de las ciudades por parte de Blok (*Los doce*), los cantos populares (en Ajmatova y, con más afectación, Tsvetaeva), la ola del provincialismo (Ivanov), la inserción casi mecánica de cuplés, de palabras rituales, etc., en las narraciones de Pilniak, todo eso ha sido provocado indudablemente por la revolución, es decir, por el hecho de que las masas, como tales, se han colocado en el primer plano de la vida. Podríamos señalar otras manifestaciones de una "vuelta a lo nacional" más insignificantes, accidentales y superficiales. Por ejemplo, nuestros uniformes militares, aunque recuerden los de los franceses y el odioso Gallifet, empiezan a parecerse a la túnica medieval y a nuestro antiguo gorro militar. Aunque en otros terrenos la moda no ha aparecido todavía, debido a la pobreza general, hay razones para admitir la existencia de una cierta tendencia hacia los modelos populares. En el sentido amplio del término, la moda nos venía del extranjero y no afectaba más que a las clases propietarias, por lo que constituía una clara línea de diferenciación social. La elevación de la clase obrera a la posición dirigente, provocó una reacción inevitable contra la adopción de modelos burgueses en los diversos campos de la vida cotidiana.

Es evidente que la vuelta a las alpargatas, a las cuerdas de esparto o los licores fabricados en casa, no significa una revolución social, sino una reacción económica, que constituye el principal obstáculo para la revolución. En la medida en que se trata de una vuelta consciente hacia el pasado y hacia el "pueblo", todas estas manifestaciones son extremadamente inestables y superficiales. No sería razonable esperar el desarrollo de una nueva forma literaria a partir de un cuplé callejero o de una canción campesina; esto no puede pasar de ser un lento "goteo". La literatura rechazará los términos excesivamente locales. La túnica medieval se usa ahora en todas partes, para economizar tela. La originalidad de nuestra nueva vida nacional y nuestro nuevo arte será mucho menos brillante pero mucho más profunda, y sólo llegará a descubrirse mucho más tarde. Esencialmente, la revolución significa una ruptura profunda del pueblo con el asiatismo, con el siglo XVII, con la "Santa Rusia", con los iconos y con las cucarachas. Esto no significa la vuelta a la era anterior a Pedro el Grande, sino, por el contrario, una comunión de todo el pueblo con la civilización y una reconstrucción de las bases materiales de la civilización según los intereses del pueblo. La era de Pedro el Grande fue sólo un primer paso de un ascenso histórico hacia octubre y, gracias a octubre, se llegará mucho más alto. En este sentido Blok ha profundizado más que Pilniak. Para Blok, la tendencia revolucionaria se expresa en estos versos perfectos:

¡Disparemos contra la Santa Rusia!
Contra la Rusia miserable,
Fuerte, de anchas posaderas,
Contra la Rusia impasible,
¡Ah, sin Dios ni Cruz![26]

La ruptura con el siglo XVII, con la Rusia de la isba campesina, le parecía al místico Blok como un asunto sagrado, como la condición misma de la reconciliación con Cristo. Bajo esta forma arcaica se expresa la idea de que esta ruptura no ha venido impuesta desde el exterior, sino que es el resultado del desarrollo nacional y corresponde a las más profundas necesidades del pueblo. Sin esta ruptura, el pueblo se habría podrido ya. Esta idea de que la revolución es de carácter nacional la encontramos en el interesante poema de Briusov sobre las viejas, "El día del bautismo en octubre":

Me han dicho en la plaza,

[26] *Los doce*, 1923.

Allí donde el Kremlin servía de blanco,
Ellas cortaban el hilo y traían
Lino nuevo para hilar.

¿Qué es eso de "nacional"? Hay que volver al ABC. ¿No era nacional Pushkin, que no creía en los iconos y no vivía con cucarachas? ¿Tampoco lo era Belinsky? Se podría citar otros muchos, aparte de los contemporáneos. Pilniak considera el siglo XVII como "nacional". Pedro el Grande sería "antinacional". Por tanto, sólo sería nacional lo que representa el peso muerto de la evolución y de donde se ha evaporado el espíritu de la acción, lo que el cuerpo de la nación en los siglos pasados ha digerido y excrementado. De aquí se deduce que sólo los excrementos de la historia serían nacionales. Pensamos exactamente lo contrario. El bárbaro Pedro el Grande fue más nacional que todo el pasado barbudo y sobrecargado que se opuso a él. Los decembristas fueron más nacionales que todos los funcionarios de Nicolás I con su servilismo, sus iconos burocráticos y sus cucarachas nacionales. El bolchevismo es más nacional que los emigrados monárquicos o cualquier otro tipo de emigrados, y Budieni es más nacional que Wrangel, digan lo que digan los ideólogos, místicos y poetas de los excrementos nacionales. La vida y el movimiento de una nación sigue su camino a través de las contradicciones que representan los partidos, clases y grupos. En su dinamismo, los elementos nacionales y los elementos de clase coinciden. En todos los periodos críticos de su desarrollo, es decir, en los periodos más llenos de responsabilidades, la nación se rompe en dos mitades, y la nacional es la que eleva al pueblo a un plano cultural y económico más alto.

La revolución proviene del "elemento nacional", pero eso no quiere decir que sólo lo que es elemental en la revolución esté vivo y sea lo nacional, como parecen pensar estos poetas que se han inclinado ante la revolución.

Para Blok, la revolución es un elemento rebelde: "Viento, viento en el mundo de Dios". Vsevolod Ivanov parece no elevarse nunca por encima del elemento campesino. Para Pilniak, la revolución es una tormenta de nieve. Para Kliúiev y Yesenin, es una insurrección como las de Pugachov o Stenka Razin. Elementos, tormenta de nieve, llama, remolino, torbellino. Pero Chukovsky, el que está dispuesto a reconciliarse a través de la cucaracha, declaró que la revolución de octubre no era real porque sus llamas eran demasiado pocas. E incluso Zamiatin, ese esnob flemático, descubrió una falta de calor en nuestra revolución. He aquí toda la gama, desde la tragedia hasta la broma. En realidad, tanto la tragedia como la broma suponen la misma actitud romántica, pasiva, contemplativa y filistea, ante la revolución, como ante cualquier otra fuerza nacional elemental desencadenada.

Pero la revolución no es sólo una tormenta de nieve. El elemento revolucionario está representado, entre los campesinos, por Pugachov, Stenka Razin y en parte por Majnó. El elemento revolucionario ciudadano lo representan el padre Gapón, en parte Jrustalev[27], e incluso Kerensky. Sin embargo, esto no es la revolución, sino el motín. La revolución es la lucha de la clase obrera por conquistar el poder, por establecer su poder, por reconstruir la sociedad. Pasa por las cimas más elevadas, los paroxismos más agudos de una lucha sangrienta, pero sigue siendo una e indivisible a lo largo de todo su curso,

[27] Majnó, célebre jefe de los guerrilleros anarquistas durante la revolución y la guerra civil. Gapón, sacerdote que dirigió la gran manifestación obrera del 9 de enero de 1905, ante el Palacio de Invierno de San Petersburgo, manifestación disuelta a tiros, y que fue el comienzo de la revolución de 1905. Jrustalev, abogado sin partido que presidió durante algún tiempo, en 1905, el sóviet de San Petersburgo, antes que Trotsky. Stenka Razin, cosaco del Don que sublevó en 1665 a los cosacos del Ural contra el zar Alexis. Traicionado por los cosacos ricos, fue ajusticiado en Moscú en 1671. Pugachov, cosaco del Ural que sublevó cosacos y mujiks contra Catalina II. Se hacía pasar por el zar Pedro III. Tomó Kazán, pero, derrotado por Suvarov, fu decapitado en Moscú en 1774.

desde sus tímidos comienzos hasta su momento final ideal en que el estado surgido de la revolución se disolverá en una sociedad comunista.

No hay que buscar la poesía de la revolución en el ruido de las ametralladoras ni en la lucha en las barricadas, el heroísmo del vencido o el triunfo del vencedor, pues todos estos momentos existen también en las guerras. La sangre existe en ellas también, e incluso con más abundancia, la ametralladora también tabletea y se encuentran vencedores y vencidos. El patetismo y la poesía de la revolución residen en el hecho de que una nueva clase revolucionaria se hace dueña de todos estos instrumentos de lucha, y que, en nombre de un nuevo ideal para enriquecer al hombre y hacer un hombre nuevo, dirige el combate contra el mundo antiguo, cayendo y levantándose hasta su momento final victorioso. La poesía de la revolución es global. No puede transformarse en moneditas preparadas para el uso lírico temporal de los fabricantes de sonetos. La poesía de la revolución no es portátil. Está en la lucha difícil de la clase obrera, en su crecimiento, en su perseverancia, en sus derrotas, en sus esfuerzos reiterados, en el gasto cruel de energía que cuesta la más mínima conquista, en la voluntad e intensidad creciente de la lucha, en el triunfo y en las retiradas planeadas, en su vigilancia y sus asaltos, en la oleada de la rebelión de la masa, en el cálculo exacto de las fuerzas y en los movimientos estratégicos como los del ajedrez. La revolución comenzó con la primera carretilla en la que los esclavos resentidos expulsaron a su contramaestre, con la primera huelga en que se negaron a prestar sus brazos a su dueño, con el primer círculo clandestino en el que el fanatismo utópico y el idealismo revolucionario se alimentaron de la realidad de las llagas sociales. Avanzó y se retiró, oscilando al ritmo de la situación económica, con sus momentos de expansión y sus crisis. Con unos cuerpos ensangrentados como escudo, entró en la palestra de la legalidad concebida por los explotadores, instaló sus antenas y, cuando fue preciso, las camufló. Formó sindicatos, sociedades de seguros, cooperativas y círculos educativos. Penetró en los parlamentos hostiles, fundó periódicos, fomentó la agitación y a la vez seleccionó infatigablemente los mejores elementos, los más valientes y fieles, de la clase obrera, y formó su propio partido. Las huelgas acababan con más frecuencia en derrotas que en victorias a medias; las manifestaciones estaban marcadas por nuevas víctimas y por más derramamiento de sangre, pero todo esto dejaba huellas en la memoria de la clase, reforzaba y templaba la unión de los mejores, del partido de la revolución.

No actuaba en un escenario histórico vacío, y por tanto no era libre de elegir sus momentos ni sus ocasiones. En el curso de los acontecimientos, se encontró forzada a comenzar una acción decisiva antes de haber tenido la oportunidad de reunir las fuerzas necesarias; éste fue el caso de 1905. De las alturas a que había sido llevada por su valor abnegado y su claridad de objetivos, se vio condenada a caer, falta de un apoyo masivo organizado. Los frutos de muchos años de esfuerzos le fueron arrebatados de las manos. La organización que parecía omnipotente fue rota y pulverizada. Los mejores fueron aniquilados, detenidos o dispersados. Parecía que era el fin. Y los poetillas que vibraban patéticamente por ella en el momento de su victoria, comenzaron a hacer sonar su lira con un tono pesimista, místico y erótico. El mismo proletariado parecía desmoralizado y abatido. Pero, después de todo, encontró grabada en su memoria una nueva huella imborrable. Y la derrota resultó ser un paso hacia la victoria. Nuevos esfuerzos obligaron a apretar los dientes y a hacer nuevos sacrificios. Poco a poco, la vanguardia volvió a reunir sus fuerzas, y los mejores elementos de la generación nueva, que se habían despertado con motivo de la derrota de la anterior, se unieron a ella. La revolución, sangrando, pero no vencida, siguió viviendo en el odio sordo que se eleva de los barrios obreros y de los pueblos, diezmados, pero no aniquilados. Vivía en la mente clara de la vieja guardia, débil en número, pero templada por la prueba y que, sin espantarse por la

derrota, hizo rápidamente el balance, lo analizó, lo valoró, lo sopesó, fijó nuevas bases de partida, captó la línea general de desarrollo y marcó el camino. Cinco años después de la derrota, el movimiento surgió de nuevo con las aguas primaverales de 1912.

En el seno de la revolución surgió el método materialista, que permite calcular las fuerzas, prever los cambios y dirigir los acontecimientos. Este es el mejor logro de la revolución y en él reside su poesía de más altura. Surgió una ola de huelgas, según un plan irresistible, y bajo ella se vio que había un apoyo de masas y una experiencia mucho más profunda que la de 1905. Pero la guerra, salida lógica de esta situación, y que también estaba prevista, cortó la línea creciente de la revolución. El nacionalismo ahogó todo lo demás. El militarismo tronante hablaba en nombre de la nación. El socialismo parecía enterrado para siempre. Y precisamente en el momento en que parecía estar en ruinas, la revolución formuló su pronóstico más audaz: la transformación de la guerra imperialista en guerra civil y la conquista del poder por la clase obrera. En medio del rugido de los carros de combate por las calles, de las vociferaciones del chovinismo, idénticas en todas las lenguas, la revolución reagrupó sus fuerzas en el fondo de las trincheras, en las fábricas y en los pueblos. Las masas captaron por primera vez, con una admirable sagacidad, los lazos ocultos de los acontecimientos históricos. Febrero de 1917 fue una gran victoria para la revolución en Rusia. Y, sin embargo, esta victoria condenaba, aparentemente, las exigencias revolucionarias del proletariado como destructivas e imposibles. Todo esto llevó a la época de Kerensky, de Tseretelli, de los coroneles y tenientes revolucionarios y patriotas, de los Chernov prolijos, bizcos, asfixiantes, estúpidos, canallas. ¡Oh, los rostros sagrados de los jóvenes maestros de escuela y de los chupatintas encantados por las notas de tenor de Avksentiev![28] ¡Oh, la risa profundamente revolucionaria de los demócratas, seguida de un loco aullido de rabia ante los discursos del "puñadito" de bolcheviques! Y, sin embargo, la caída del poder de la democracia revolucionaria estaba preordenada por la profunda relación de las fuerzas sociales, por los sentimientos crecientes de las masas, por la previsión y la actividad de la vanguardia revolucionaria. La poesía de la revolución no se encontraba sólo en la subida de elementos de octubre, sino en la conciencia lúcida y la voluntad firme del partido dirigente. En julio de 1917, cuando fuimos derrotados y expulsados, detenidos, acusados de espías de los Hohenzollern, cuando se nos privó de agua y de fuego, cuando la prensa democrática nos enterró bajo montones de calumnias, entonces sentimos, aunque estuviésemos en prisión o en la clandestinidad, que éramos nosotros los vencedores y los dueños de la situación. En este dinamismo predestinado de la revolución, en su geometría política, reside su máxima poesía.

Octubre no fue más que la coronación de todo esto, y trajo consigo inmediatamente una nueva serie de tareas inmensas y de innumerables dificultades. La lucha que siguió exigió los métodos y medios más variados, desde los locos ataques de la guardia roja hasta la fórmula "ni guerra ni paz", o la capitulación momentánea ante un ultimátum del enemigo. Pero incluso en Brest-Litovsk, cuando rehusamos primero la paz de Hohenzollern y la firmamos luego sin leerla, el partido revolucionario no se sentía el derrotado, sino más bien el triunfador del mañana. Su diplomacia fue una pedagogía que ayudó a la lógica revolucionaria de los acontecimientos. Noviembre de 1918 fue la respuesta que recibió. La previsión histórica no puede pretender precisión matemática, sin duda. A veces exagera, a veces subestima. Pero la voluntad creciente de la vanguardia es un factor cada vez más decisivo en los acontecimientos que preparan el futuro. La responsabilidad del partido revolucionario se hace más compleja y profunda. Los órganos del partido penetran en las profundidades del pueblo, tantean, valoran, prevén, preparan

[28] Avksentiev, dirigente del partido socialista revolucionario. Representó a este partido en el sóviet de Petersburgo en 1905. En julio de 1917, como ministro del Interior de Kerensky, ordenó arrestar a Trotsky.

y dirigen los acontecimientos. Es cierto que el partido, en esa época, se batió en retirada más veces que las que atacó. Pero sus retiradas no cambian la línea general de su acción histórica. Son los episodios, las curvas de la gran carretera. ¿Es prosaica la NEP? ¡Por supuesto! La participación en la duma de Rodzianko, la sumisión a la campanilla de Chjeidze y de Dan en el primer sóviet o las negociaciones con Von Kühlmann en Brest-Litovsk, tampoco tenían nada de atractivo. Pero Rodzianko y su duma ya no existen. Chjeidze y Dan fueron derrocados, igual que Kühlmann y su amo. Y la NEP vino. Vino y se irá. El artista para quien la revolución pierde su aroma porque no hace desaparecer los olores del mercado Sucharevka, tiene la cabeza vacía y es mezquino. Teniendo en cuenta todas las demás condiciones necesarias, sólo será el poeta de la revolución quien aprenda a captarla en su totalidad, a comprender sus derrotas como pasos hacia la victoria, a penetrar en la necesidad de sus retiradas, y quien sea capaz de ver en la intensa preparación de sus fuerzas durante la marea baja el patetismo y la poesía subyacentes en la revolución.

La revolución de octubre es profundamente nacional. Pero no es sólo una fuerza nacional; es una escuela. El arte de la revolución debe pasar por esta escuela. Y es una escuela muy dura.

Por sus bases campesinas, sus vastos espacios y sus lagunas culturales, la revolución rusa es la más caótica e informe de las revoluciones. Pero por su dirección, el método que la informa, su organización, sus objetivos y sus tareas, es la más "exacta", la más planificada y acabada de todas las revoluciones. En la combinación de estos dos extremos se encuentra el alma, el carácter íntimo de nuestra revolución.

En su folleto sobre los futuristas, Chukovsky, capaz de expresar lo que los más prudentes sólo piensan, ha señalado la debilidad fundamental de la revolución de octubre: "Externamente es violenta y catastrófica, pero su esencia es calculadora, cerebral y astuta". Chukovsky y otros como él habrían reconocido en definitiva a una revolución que hubiese sido solamente violenta y catastrófica. Ellos, o sus descendientes directos, hubieran derivado de ella su árbol genealógico, pues una revolución que no hubiese sido calculadora ni cerebral jamás hubiese realizado su trabajo hasta el final, jamás hubiese logrado la victoria de los explotados sobre los explotadores, jamás hubiese destruido la base material subyacente al arte y la crítica conformistas. En todas las revoluciones anteriores, las masas fueron violentas y catastróficas, y fue la burguesía la que era calculadora y astuta y la que, gracias a ello, recogía los frutos de la victoria. Los señores estetas, románticos, campeones de lo elemental, místicos y críticos ágiles, hubieran aceptado sin dificultad una revolución en la que las masas hubiesen dado muestras de entusiasmo y espíritu de sacrificio, pero no de cálculo político. Habrían canonizado una revolución de este tipo, de acuerdo con el ritual romántico consagrado. Una revolución obrera vencida hubiese encontrado un magnánimo reconocimiento estético por parte de ese arte que vendría en el tren de los vencedores. Es una perspectiva ciertamente muy confortable. Pero preferimos una revolución victoriosa, aunque no sea consagrada por ese arte que se queda ahora en el campo de los vencidos.

Herzen dijo que la doctrina de Hegel era el álgebra de la revolución. Esta definición puede aplicarse con más exactitud al marxismo. La dialéctica materialista de la lucha de clases es la auténtica álgebra de la revolución. Ante nosotros, en el campo de batalla reina el caos y el diluvio, informe e ilimitado. Pero es un caos medido y calculado. Sus etapas están previstas. La regularidad de su sucesión está prevista y encerrada en fórmulas de acero. El caos elemental es el abismo tenebroso. Pero la clarividencia y la vigilancia existen en la política dirigente. La estrategia revolucionaria no es informe, a la manera de una fuerza natural, sino que es tan perfecta y acabada como una fórmula

matemática. Por primera vez en la historia, estamos viendo el álgebra de la revolución en acción.

Pero estos importantísimos rasgos (claridad, realismo, potencia física del pensamiento, lógica implacable, lucidez y firmeza de línea, que vienen no del campo sino de la industria, de la ciudad, como última etapa de su desarrollo espiritual) constituyen los rasgos fundamentales de la revolución de octubre, y por tanto son completamente ajenos a los "compañeros de viaje". Por eso son sólo "compañeros de viaje". Y nuestro deber es decírselo, en interés de esta misma claridad lineal y de esta lucidez que caracterizan a la revolución.

El insinuante grupo "Cambio de dirección"

En *Rusia*, periódico que suele considerarse el órgano del grupo "Cambio de dirección", Lejnev ataca con todas sus fuerzas, que no son demasiadas, a todo el grupo "Cambio de dirección". Les acusa, no sin razón, de una eslavofilia tardía. Es cierto que pecan un poco en este punto. El esfuerzo del grupo "Cambio de dirección" por relacionarse con la revolución es muy elogiable, pero las muletas ideológicas que usan para ello son muy toscas. Se podría pensar que esta campaña inesperada de Lejnev tiene que ser bien recibida. Pero no es así. El grupo "Cambio de dirección", aunque cojeando desesperadamente, está cambiando de color y parece estar acercándose a la revolución, mientras que Lejnev, lleno de valor y de audacia, se aleja de ella cada vez más. Si la eslavofilia de Kluchnikov y Potejin, tardía y poco elaborada, le molesta, no es tanto por ser eslavofilia como por ser ideología. Quiere liberarse de toda ideología, sea la que sea. Esto es lo que él llama reconocer los derechos de la vida.

Todo el artículo está construido muy diplomáticamente, y está pensado desde el comienzo hasta el final. El autor liquida la revolución y con ella, de paso, a la generación que la ha hecho. Construye su filosofía de la historia, como si se tratara de defender la generación nueva contra la vieja, contra los demócratas idealistas, los doctrinarios, etc., entre los que Lejnev incluye también a los KD, los socialistas revolucionarios y los mencheviques. Pero ¿cuál es esta nueva generación que él acepta y acoge bajo su ala? A primera vista, parece que es la misma generación que rompió abiertamente con la ideología democrática y todas sus ficciones, que estableció el régimen soviético y que, mejor o peor, está llevando la revolución adelante. Esto es lo que parece al principio, y Lejnev sugiere esta impresión con un matiz psicológico hábil; es más fácil ganarse así la confianza del lector, para poder manipularlo luego. En la segunda parte del artículo aparecen ya no dos generaciones, sino tres: la que preparó la revolución pero que, de acuerdo con las reglas, se ha mostrado incapaz de llevarla a cabo; la que realizó lo "heroico" y "destructivo"; y la tercera, que no está destinada a destruir la ley sino a hacer que se cumpla de hecho. Esta generación está caracterizada de una forma más bien vaga, pero tanto más insinuante. Son los fuertes, los constructores sin prejuicios, los que no se detienen ante ninguna dificultad y en los que nada es superfluo. Para Lejnev, toda ideología es superflua. La revolución, figuraos, como la vida en general, "parece un río que corre, un pájaro que canta, y no es en sí teleológica". Esta vulgaridad filosófica viene acompañada de señales de aprobación dirigidas a los teóricos de la revolución, todos los cuales creen en una doctrina teórica y tienen objetivos concretos y tareas creadoras más allá de la revolución. Por otra parte, ¿qué significa que la vida "en sí" no es teleológica, y que corre como un río? ¿De qué vida se trata? Si se trata del metabolismo fisiológico, esto es más o menos cierto, aunque aquí el hombre tiene el recurso a la teleología bajo la forma del arte culinario, de la higiene, de la medicina, etc. En esto, la vida no es un río que corre. Pero la vida consiste en algo más que la fisiología. El trabajo humano, esta

actividad que distingue al hombre del animal, es totalmente teleológico; aparte de los gastos de energía dirigidos racionalmente, no hay trabajo. Y el trabajo tiene su lugar en la vida humana. El arte, incluso el más "puro", es totalmente teleológico, ya que si no reconoce grandes objetivos degenerará, aunque el artista no se dé cuenta, en un simple juego. La política es la encarnación de la teleología. Y la revolución es política condensada que pone en acción a masas de millones de seres humanos. ¿Cómo puede entonces concebirse la revolución sin teleología?

En relación con todo esto, la actitud de Lejnev frente a Pilniak es enormemente significativa. Lejnev declara que Pilniak es un verdadero artista, casi el creador de la revolución en el terreno artístico. "Él la ha sentido, la ha llevado, la lleva dentro de sí mismo", etc. En vano, dice Lejnev, se acusa a Pilniak de disolver la revolución en lo elemental. En esto mismo se descubre la fuerza de Pilniak como artista. Pilniak "comprendió la revolución no desde fuera, sino desde dentro, le dio dinamismo y esclareció su naturaleza orgánica". Pero, ¿qué quiere decir comprender la revolución desde dentro? Parece que esto es considerarla desde el punto de vista de su máxima fuerza dinámica, de la clase trabajadora, de su vanguardia consciente. ¿Y qué significa mirarla desde fuera? Parece que significa considerarla sólo como una fuerza de la naturaleza, un proceso ciego, una tormenta de nieve, un caos de hechos, de gentes y de sombras. Esto es lo que significa mirarla desde fuera. Y esto es lo que hace Pilniak.

Al revés que nosotros, que pensamos de modo abstracto, Pilniak, según parece, ha dado "una síntesis artística de Rusia y de la revolución". Pero ¿cómo puede darse una "síntesis" de Rusia y de la revolución? ¿La revolución ha venido, pues, del exterior? ¿No es algo realmente ruso? ¿Es posible separarlo, oponer Rusia a la revolución, y sintetizar a continuación? Esto es como hablar de una síntesis del hombre y su tiempo o de la mujer y el parto. ¿De dónde viene esta monstruosa combinación de palabras y conceptos? Viene de su enfoque mismo de la revolución, que es exterior. La revolución, para ellos, es un acontecimiento gigantesco, pero inesperado. Rusia no es la Rusia auténtica, con su pasado y el porvenir que llevaba en sí misma, sino la Rusia tradicional y consagrada que se encontraba depositada en su conciencia conservadora, y que no puede aceptar la revolución que ha caído sobre ella. Y esta gente necesita un esfuerzo, quizás un gran esfuerzo, para "sintetizar", por medio de la lógica y la psicología, a Rusia y la revolución sin dañar su economía espiritual. Un artista como Pilniak, con sus defectos y debilidades, está hecho precisamente para ellos. Rechazar la teleología revolucionaria es, en realidad, reducir la revolución a una revuelta campesina transitoria. Aquí reside, consciente o inconscientemente, lo esencial del enfoque con que abordan la revolución la mayoría de estos escritores que hemos llamado "compañeros de viaje". Pushkin dijo que nuestro movimiento popular era una revuelta irracional y cruel. Por supuesto, ésta es la definición de un noble, pero, dentro de los límites del punto de vista de un noble, es profunda y exacta. Mientras el movimiento revolucionario conserve su carácter campesino, no es "teleológico", para usar el término de Lejnev, ni "racional", si se prefiere el de Pushkin. En la historia, el campesinado no se ha elevado nunca de modo independiente hasta objetivos políticos generales. Los movimientos campesinos han producido un Pugachov o un Stenka Razin, y siempre, a lo largo de la historia, han sido reprimidos o han servido de base para la lucha de otras clases. No ha habido jamás en ninguna parte una revolución puramente campesina. Cuando un campesinado se encontraba desprovisto de dirección, bien fuese burguesa, como en las viejas revoluciones, o proletaria, como en nuestro caso, su movimiento sólo ha servido para golpear y debilitar al régimen existente, pero nunca dio lugar a una reorganización planeada de antemano. Un campesinado revolucionario no ha sido nunca capaz de crear un gobierno. En su lucha, ha llegado a crear guerrillas, pero nunca creó un ejército revolucionario centralizado. Por eso ha sufrido derrotas. Es muy

significativo el hecho de que casi todos nuestros poetas revolucionarios vuelvan a Pugachov y Stenka Razin; Vasili Kamensky es el poeta de Stenka Razin, Yesenin es el de Pugachov. No hay nada malo en el hecho de que estos poetas se hayan inspirado en estos momentos dramáticos de la historia rusa, pero es malo, es criminal, que no puedan abordar la revolución actual más que descomponiéndola en revueltas ciegas, en levantamientos elementales, y que borren de este modo ciento cincuenta años de la historia rusa, como si no hubiera existido nunca. Como dice Pilniak, "la vida del campesino es conocida: comer para trabajar, trabajar para comer, y, además, nacer, engendrar y morir", Desde luego, esto es una vulgarización de la vida campesina; sin embargo, desde el punto de vista artístico es una vulgarización legítima. Pues, ¿qué es nuestra revolución sino una insurrección furiosa en nombre de la vida consciente, racional, dinámica y dotada de sentido, contra el automatismo elemental, desprovisto de sentido y biológico, es decir, contra las raíces campesinas de la vieja historia rusa, contra su ausencia de objetivo (su carácter no teleológico), contra su "santa" e idiota filosofía del estilo de la del Karatáiev de Tolstoi (*Guerra y paz*)? Si le quitásemos esto a la revolución, entonces la revolución no valdría ni las velas que se han quemado por ella, y, como se sabe, se ha quemado por ella mucho más que velas.

Sin embargo, sería calumniar no sólo a la revolución sino también al campesino, decir que Pilniak o, más aún, Lejnev, reflejan auténticamente el punto de vista del campesino sobre la revolución. No, nuestra gran conquista histórica reside en el hecho de que el mismo campesino, torpemente, casi como un oso, parándose en su marcha o incluso retrocediendo, se va separando gradualmente del antiguo modo de vida, irracional y sin sentido, y está siendo arrastrado dentro de la esfera de la reconstrucción consciente. Serán precisos decenios antes de que la filosofía de Karatáiev sea quemada y no queden ni siquiera sus cenizas, pero el proceso ya ha comenzado, y ha comenzado bien. El punto de vista de Lejnev no es el del campesino, es el punto de vista de un intelectual filisteo ocultándose tras la espalda del campesino de ayer, porque no quiere enseñarnos su propia espalda de hoy. Esto no es muy artístico.

El neoclasicismo

El artista, no sé si lo sabíais, es un profeta. Las obras de arte son la expresión de presentimientos; por consiguiente, el arte anterior a la revolución es el verdadero arte de la revolución. En la revista *Chipovnik*, llena de ideas reaccionarias, aparece formulada esta filosofía por Murátov y Efros, cada uno a su manera, pero con las mismas conclusiones. Es totalmente indiscutible que la guerra y la revolución fueron preparadas por las condiciones materiales y en la conciencia de clase. Es también indiscutible que esta preparación se reflejó de diversas formas en las obras de arte. Pero era un arte prerrevolucionario, el arte de la intelligentsia burguesa decadente antes de la tormenta. Mientras que nosotros hablamos del arte de la revolución, creado por la revolución, de la que dedujo sus "presentimientos" y a la que ahora, a su vez, él mantiene. Este arte no está detrás de nosotros, sino delante.

Los futuristas y los cubistas que reinaron casi sin rivales durante los primeros años de la revolución en todo el desértico terreno del arte, se encontraron de repente expulsados de las posiciones que ocupaban. Y no sólo porque el presupuesto soviético era reducido, sino porque no tenían, y por su misma naturaleza no podían tener, recursos suficientes para resolver sus grandes problemas artísticos. Ahora oímos decir que el clasicismo está en marcha. Más todavía, oímos que el clasicismo es el arte de la revolución. Y aún más, que el clasicismo es "el hijo y la esencia de la revolución" (Efros). Por supuesto, estas son notas muy alegres. Lo raro, sin embargo, es que el clasicismo se acuerde de su

parentesco con la revolución después de cuatro años de reflexión. Es la prudencia clásica. Pero, ¿es cierto que el neoclasicismo de Ajmatova, Verjovsky, Leónidas Grosman y Efros es "el hijo y la esencia de la revolución"? En lo que concierne a la esencia, es ir demasiado lejos. ¿Pero no es cierto que el clasicismo es un "hijo de la revolución", en el sentido en que lo es la NEP? Esta pregunta puede parecer inesperada, e incluso fuera de lugar. Y, sin embargo, es muy adecuada. La NEP ha encontrado un eco bajo la forma del grupo "Cambio de dirección", y hemos sabido la buena noticia de que los teóricos del cambio aceptan la "esencia" de la revolución. Quieren fortalecer y organizar sus conquistas; su consigna es "conservadurismo revolucionario". Para nosotros, la NEP es un giro de la trayectoria revolucionaria que, en conjunto, avanza y sube; para ellos, es la trayectoria entera la que da el giro. Nosotros consideramos que el tren de la historia acaba de comenzar su recorrido y que ésta es una breve parada para tomar agua y ajustar la presión. Creen, en cambio, que debemos mantener la situación actual de descanso ahora que el desorden del movimiento se ha parado. La NEP ha dado lugar al grupo "Cambio de dirección", y gracias a la NEP el neoclasicismo se considera el "hijo de la revolución". "Nosotros estamos vivos; en nuestras arterias, el pulso late con fuerza; late en armonía con el ritmo del momento presente; no hemos perdido ni el sueño ni el apetito porque el pasado se ha ido". Esto está muy bien dicho. Quizás incluso un poco mejor de lo que pretendía el autor. ¡Hijos de la revolución que, como veis, no han perdido el apetito porque el pasado se ha ido! No se puede por menos de pensar que son hijos con apetito. Pero la revolución no se siente satisfecha con tanta facilidad con estos poetas que, pese a la revolución, no han perdido el sueño y no han pasado las fronteras. Ajmatova ha escrito algunas líneas con fuerza para explicar por qué no se fue. Está muy bien que no se fuese. Pero la misma Ajmatova apenas cree que sus cantos son los de la revolución, y el autor del manifiesto neoclásico tiene demasiada prisa. No perder el sueño a causa de la revolución no es lo mismo que haber captado su "esencia". Es cierto que el futurismo no ha captado la revolución, pero posee una tensión interior que, en cierto sentido, es paralela a ella. Los mejores futuristas eran todo fuego, y posiblemente lo siguen siendo. El neoclasicismo, en cambio, se conforma con no perder el apetito. El neoclasicismo es muy parecido a la poesía del grupo "Cambio de dirección", hermano de leche de la NEP.

Y, en definitiva, esto es natural. Cuando el futurismo, atraído por el dinamismo caótico de la revolución, trataba de expresarse en el dinamismo caótico de las palabras, el neoclasicismo expresaba la necesidad de paz, formas estables y puntuación correcta. Es lo que el grupo "Cambio de dirección" llamaría "conservadurismo revolucionario".

Marietta Shaguinián

Ahora queda suficientemente claro que la actitud benévola e incluso "simpatizante" de Marietta Shaguinián ante la revolución, tiene su origen en la concepción del mundo menos revolucionaria, más asiática, más pasiva y más dotada de resignación cristiana que pueda concebirse. La reciente novela de Shaguinián, *Nuestro destino*, explica esta opinión. En ella, todo es psicología, es decir, psicología trascendental, con raíces dentro de la religión. Hay caracteres "en general", espíritu y alma, destino monumental y destino fenomenal, enigmas psicológicos por todas partes y, para que todo ello no parezca demasiado monstruoso, la novela ocurre en un sanatorio para psicópatas. Hay un profesor espléndido, un psiquiatra muy penetrante, que es también un nobilísimo padre y marido y un cristiano muy poco corriente; la esposa es un poco más simple, pero su unión con el marido sublimada en Cristo es total; la hija trata de rebelarse, pero más tarde se humilla en nombre del Señor; un joven psiquiatra, que es quien narra la historia, está totalmente de acuerdo con esta familia. Es inteligente, dulce

y piadoso. Hay también un técnico, con nombre sueco, excepcionalmente noble, bueno, sabio dentro de su simplicidad, lleno de paciencia y sumisión a Dios. Está también el sacerdote Leónidas, de agudeza poco corriente, de piedad poco corriente y, por supuesto, de acuerdo con su vocación, sumiso a Dios. Y alrededor de ellos, locos o semilocos, a través de los cuales se aprecia la comprensión y la profundidad del profesor y, por otra parte, la necesidad de obedecer a Dios, que no pudo crear un mundo sin locos. Hay otro psiquiatra joven, que llega como ateo y que, naturalmente, también se somete a Dios. Estos personajes discuten entre ellos para saber si el profesor cree en el diablo o considera el mal como impersonal, y se inclinan a prescindir del diablo. En la portada se lee: “1923, Moscú y Petrogrado”. ¡Este sí que es un milagro!

Los héroes sutiles, buenos y piadosos de Marietta Shaguinián, no provocan la simpatía sino una completa indiferencia que, a veces, se transforma en náusea, pese a la inteligencia evidente del autor, debido a todo su lenguaje barato y sus gustos provincianos. Incluso los personajes piadosos y sumisos de Dostoievsky tienen algo de falsedad, ya que se siente que son ajenos a él. Los creó en gran parte contra sí mismo, porque era apasionado y tenía mal carácter en todo, incluido su pérfido cristianismo. Pero Shaguinián parece ser realmente buena, aunque de una bondad casera. Ha encerrado la abundancia de sus conocimientos y su penetración psicológica extraordinaria en el marco de su punto de vista doméstico. Ella misma lo reconoce y lo proclama abiertamente. Pero la revolución no es en absoluto un acontecimiento doméstico. Por eso, la sumisión fatalista de Shaguinián contradice tan claramente el espíritu y el significado de nuestros tiempos. Y por eso sus criaturas sapientísimas y piadosísimas hieden, si se me perdona el término, a beatería.

En su diario literario, Shaguinián habla de la necesidad de luchar por la cultura siempre y en todas partes. Si la gente se limpia la nariz con los dedos, enseñadles a servirse del pañuelo. Esto está bien y es audaz, sobre todo hoy, en que la verdadera masa popular está comenzando a reconstruir conscientemente la cultura. Pero el proletario semianalfabeto que no está acostumbrado a un pañuelo (nunca ha tenido uno), que ha acabado de una vez para siempre con la idiotez de los mandamientos divinos y que trata de construir relaciones humanas justas, es infinitamente más culto que esos educadores reaccionarios de los dos sexos que se limpian filosóficamente la nariz en su pañuelo místico, complicando este gesto antiestético con los más complejos artificios artísticos y con ideas plagiadas tímidamente a la ciencia.

Marietta Shaguinián es esencialmente antirrevolucionaria. Es su cristianismo fatalista, su indiferencia doméstica a todo lo que no se relacione con la casa, lo que le hace aceptar la revolución. Se ha limitado a cambiar de asiento, pasando de un coche a otro, con sus maletas en la mano y su tricot artístico-filosófico. Cree haber conservado así su individualidad con más fuerza. Pero ni un solo hilo de su tricot muestra esta individualidad.

3. Alexander Blok

Blok pertenecía totalmente a la literatura anterior a octubre. Los impulsos de Blok (fuesen hacia un misticismo tempestuoso o hacia la revolución) no surgieron en el vacío sino en la densa atmósfera de la cultura de la Rusia antigua, de sus terratenientes y de su intelligentsia. El simbolismo de Blok era un reflejo de este desagradable contorno inmediato. Un símbolo es una imagen generalizada de la realidad. La lírica de Blok es romántica, simbólica, mística, confusa e irreal. Pero presupone una vida muy real, con formas y relaciones definidas. El simbolismo romántico se aleja de la vida sólo en el sentido de que es abstracto y desconoce la concreción, los rasgos individuales y los nombres propios; en el fondo, el simbolismo es un medio de transformar y sublimar la vida. Los poemas de Blok, centelleantes, tempestuosos y confusos, reflejan un medio social y un periodo concretos, con su forma de vida, sus costumbres, sus ritmos; pero fuera de este periodo cuelgan flotando como jirones de una nube. Esta poesía lírica no sobrevivirá a su tiempo y a su autor.

Blok pertenecía a la literatura anterior a octubre, pero superó este inconveniente y entró en la esfera de octubre cuando escribió *Los doce*. Por eso ocupará un lugar especial en la historia de la literatura rusa.

No se debe permitir que Blok sea eclipsado por esos pequeños duendes poéticos y semipoéticos que giran alrededor de su memoria y que, como idiotas, no son capaces aún de comprender que Blok saludó a Mayakovsky como a un gran talento y bostezó, en cambio, abiertamente, ante Gumilev. Blok, el lírico "purísimo", no habló de arte puro y no colocó la poesía por encima de la vida. Al contrario, reconoció que "el arte, la vida y la política eran indivisibles e inseparables". "Estoy acostumbrado [escribía Blok en su prefacio a Represalias, en 1919] a reunir los hechos que caen bajo mi vista en un momento dado, en todos los terrenos de la vida, y estoy seguro que todos juntos forman siempre un coro musical". Esto es mucho más grande, más fuerte y más profundo que un esteticismo autosuficiente y que todas las tonterías sobre la independencia del arte respecto a la vida social.

Blok conocía el valor de la intelligentsia. "Aunque soy pariente de sangre de la intelligentsia [dijo], ésta siempre ha sido negativa. Si no me pasé al lado de la revolución, menos aún merecía la pena pasarse al lado de la guerra". Blok no se "pasó al lado de la revolución", pero adaptó su evolución espiritual a la de ella. Ya la aproximación de la revolución de 1905 abrió la fábrica a Blok, que elevó por primera vez su arte por encima de las brumas líricas. La primera revolución penetró en su alma, le arrancó de la autosatisfacción individualista y del quietismo místico. Blok comprendió que la reacción entre las dos revoluciones era un vacío espiritual y que la ausencia de ideales de la época hacía de ella un circo, con jugo de arándano haciendo de sangre. Blok escribió sobre el "verdadero crepúsculo místico de los años anteriores a la primera revolución" y de las "secuelas falsamente místicas que la siguieron inmediatamente" (*Represalias*). La segunda revolución le despertó y le puso en movimiento hacia un cierto objetivo y con un determinado sentido. Blok no era el poeta de la revolución. Se agarró a la rueda de la revolución porque estaba moribundo en el estúpido callejón sin salida de la vida y del arte anteriores a la revolución. El poema titulado *Los doce*, la obra más importante de Blok, la única que perdurará a través de los siglos, fue el resultado de este contacto.

Como él mismo dijo, Blok llevó el caos dentro de sí durante toda su vida. Su modo de expresarlo fue confuso, como lo eran su filosofía de la vida y sus poemas, en general. Lo que él sentía como caos era su incapacidad para combinar lo subjetivo y lo objetivo, su prudente y atenta falta de fuerza de voluntad, en una época que vio la preparación y luego el desencadenamiento de los más grandes acontecimientos. A través de todos sus cambios, Blok siguió siendo un verdadero decadente, en el sentido histórico amplio de este término, en el sentido del choque entre el individualismo decadente y el individualismo de la burguesía ascendente.

La sensación angustiosa de caos de Blok se polarizó en dos direcciones principales, una mística y otra revolucionaria. En definitiva, no encontró la solución en ninguna de ellas. Su religión era oscura y confusa, nada imperativa, al igual que sus poemas. La revolución, que cayó sobre el poeta como un granizo de hechos, como una avalancha geológica de acontecimientos, rechazó, o más bien se llevó al Blok de antes de la revolución que se malgastaba en languideces y presentimientos. Se ahogó así la nota tierna, susurrante, del individualismo, en la música rugiente y saltarina de la destrucción. Y ahí había que escoger. Por supuesto, los poetas de salón no podían continuar sus gorjeos sin escoger, y simplemente tenían que añadir sus quejas sobre las dificultades de la vida. Pero Blok, que había sido arrastrado por la época y que la tradujo en su propio idioma interior, tenía que escoger y escogió al escribir *Los doce*.

Este poema es sin duda alguna el más logrado de Blok. En el fondo, es un grito de desesperación por el pasado agonizante, pero un grito de desesperación que se eleva hasta una esperanza en el futuro. La música de los terribles acontecimientos inspiró a Blok. Parecía decirle: “Todo lo que has escrito hasta el momento está mal. Está llegando gente nueva. Trae corazones nuevos. No tienen necesidad de tus escritos anteriores. Su victoria sobre el mundo antiguo significa una victoria sobre ti, sobre tu lírica, que sólo ha expresado la angustia del mundo antiguo antes de su muerte”. Blok oyó esto y lo aceptó. Pero precisamente porque era difícil de aceptar y porque trataba de apoyar su falta de fe en su fe revolucionaria, y porque quería fortalecerse y convencerse, expresó su aceptación de la revolución en imágenes extremadas, para que se hundieran los puentes tras él. Blok no trata de hacer ni una sombra de tentativa de dulcificar el cambio revolucionario. Al contrario, lo toma en sus formas más rudas (una huelga de prostitutas, el asesinato de Katka por un guardia rojo, el pillaje de una casa burguesa) y dice: *yo acepto esto*, y lo santifica provocativamente con las bendiciones de Cristo. Quizás trata de salvar la imagen artística de Cristo apuntalándola con la revolución.

Sin embargo, *Los doce* no es el poema de la revolución. Es el canto de cisne del arte individualista que se ha pasado a la revolución. Y este poema permanecerá. Los poemas decadentes de Blok se han ido con el pasado y no volverán nunca, ya que aquella época no volverá, pero *Los doce* permanecerán, con su viento cruel, con sus pancartas, con Katka yaciendo en la nieve, con su paso revolucionario y con el viejo mundo que muere como un perro sarnoso.

El hecho de que Blok haya escrito *Los doce* y que luego se haya callado, que haya dejado de oír música, se debe tanto a su carácter como a la “música” poco común que oyó en 1918. La ruptura convulsa y patética con el pasado fue, para el poeta, una ruptura fatal. Aparte de los procesos destructivos que minaban su organismo, Blok no hubiera podido seguir evolucionando más que de acuerdo con los acontecimientos revolucionarios, desarrollándose en forma de una poderosa espiral de emociones que hubiese abarcado el mundo entero. Pero la marcha de la historia no se adapta a las necesidades físicas de un romántico impresionado por la revolución. Para poder mantenerse sobre bancos de arena provisionales hay que tener otra formación, otra fe en la revolución, una comprensión de sus ritmos sucesivos y no sólo la comprensión de la música caótica de sus mareas. Blok

no tenía ni podía tener todo esto. Los dirigentes de la revolución fueron todos ellos hombres cuya psicología y modo de actuación le resultaban extraños.

Por eso se replegó sobre sí mismo y guardó silencio después de *Los doce*. Y los que habían compartido sus ideas, los sabios y los poetas, los mismos que son siempre "negativos", se alejaron de él con odio y maldad. No podían perdonarle su frase sobre el perro sarnoso. Dejaron de estrecharle la mano, como si fuese un traidor, y sólo después de su muerte "hicieron las paces con él" y trataron de demostrar que *Los doce* no tenía nada inesperado y que no se derivaba de octubre sino del Blok anterior, que todos los elementos de *Los doce* tenían sus raíces en el pasado y que los bolcheviques no iban a imaginarse que el viejo Blok era uno de los suyos. Efectivamente, no es difícil probar esta afirmación, tomando de las obras anteriores de Blok ritmos, aliteraciones o estrofas que encuentran su pleno desarrollo en *Los doce*. Pero también se pueden encontrar en el Blok individualista otros ritmos y sentimientos muy diferentes; y fue el mismo Blok quien, en 1918, encontró en sí mismo (no en el pavimento de la calle, desde luego, sino en sí mismo) la música agitada de *Los doce*. Para ello se necesitaba el pavimento de octubre. Otros se escaparon rápidamente de este pavimento para irse al extranjero o se trasladaron a las islas interiores. ¡Ahí está el *quid* de la cuestión, y eso es lo que no perdonan a Blok!

Así se enfurecen todos los saciados
Y languidece la satisfacción de las barrigas importantes,
Su cangilón se ha volcado
Y reina la confusión en su inmunda pocilga.

(A. Blok, *Los saciados*)

Y, sin embargo, *Los doce* no es el poema de la revolución. Pues el significado de la revolución como fuerza elemental (si la considerarnos sólo una fuerza elemental) no consiste en dar una salida al individualismo para salir del atasco en que se hallaba. El significado profundo de la revolución desborda este poema. El poema es excéntrico, en el sentido que se da a este término en física. Por eso corona Blok su poema con la figura de Cristo. Pero Cristo no pertenece en absoluto a la revolución, sino al pasado de Blok.

Cuando Eichenwald, expresando la opinión burguesa sobre *Los doce*, dice abiertamente y con mala intención que los actos de los héroes de Blok son característicos de los "camaradas", cumple bien la función de que se ha encargado: calumniar a la revolución. Un guardia rojo mata a Katka por celos. ¿Es posible o no? Es totalmente posible. Pero si este guardia rojo hubiese sido capturado, hubiese sido condenado a muerte por el tribunal revolucionario. La revolución, que usa la espada espantosa del terrorismo, la guarda celosamente como un derecho del estado. Permitir que el terror se emplee para fines personales, sería amenazar a la revolución con su destrucción inevitable. Desde el comienzo de 1918, la revolución puso fin a la desorganización anárquica y llevó a cabo una lucha implacable y victoriosa contra los métodos disgregadores de la guerra de guerrillas.

"¡Abrid vuestras celdas! La canalla va a salir de juerga". Y eso es lo que ocurrió. ¡Pero qué colisiones sangrientas ocurrieron, por esta misma razón, entre los guardias rojos y los hooligans! "Sobriedad" fue una consigna escrita en la bandera de la revolución. La revolución fue ascética, especialmente en su periodo más intenso. De ahí que Blok no describa la revolución, y desde luego en absoluto el trabajo de su vanguardia, sino los fenómenos que la acompañaron, provocados por ella, pero esencialmente opuestos a ella. El poeta parece querer decir que él siente la revolución también en todo esto, que él siente su impulso, la terrible conmoción espiritual, la bravura, el riesgo, y que, incluso en estas manifestaciones desagradables, insensatas y sangrientas, se refleja el espíritu de la revolución, que, para Blok, es el espíritu de un Cristo excesivo.

De todo lo que se ha escrito sobre Blok y *Los doce*, quizás lo más increíble es lo escrito por Chukovsky. Su opúsculo sobre Blok no es peor que el resto de sus obras. Revela vivacidad externa combinada con una completa incapacidad para poner orden en sus ideas, exposición desigual, ritmo de periódico provinciano, pedantería de poca altura y tendencia a generalizar sobre la base de antítesis superficiales. Y Chukovsky descubre siempre lo que nadie ha visto antes. ¿Ha llamado alguien antes a *Los doce* el poema de la revolución, de esa revolución que ocurrió en octubre? ¡El Cielo nos guarde! Chukovsky explicará inmediatamente todo esto y reconciliará a Blok con la "opinión pública". Los doce no canta a la revolución, sino a Rusia, pese a la revolución: "Hay aquí un nacionalismo obstinado que no tiene nada en cuenta y que quiere ver santidad incluso en la fealdad, siempre que esta fealdad esté en Rusia" (K. Chukovsky: *Un libro sobre Alexander Blok*). Blok acepta, pues, a Rusia, pese a la revolución, o para ser más exactos, pese a la fealdad de la revolución. Este parece ser su razonamiento, al menos por lo que puede sacarse en concreto. Pero, a la vez, ocurre que Blok había sido siempre (!) el poeta de la revolución, "aunque no de la revolución que está teniendo lugar actualmente, sino de otra revolución, nacional y rusa..." Esto es ir de mal en peor. Así, pues, Blok, en *Los doce*, no cantaba a Rusia pese a la revolución, sino que cantaba a una revolución, no a la que ha tenido lugar sino a otra, cuya dirección exacta conoce muy bien Chukovsky. He aquí las palabras de este chico inteligente respecto a esto: "La revolución a la que cantaba no era la revolución que ocurría a su alrededor, sino otra, auténtica, resplandeciente". ¿Pero no acabamos de oír que cantaba a la fealdad, y no a algo resplandeciente, y que cantaba a esta fealdad porque era rusa, y no porque era revolucionaria? ¡Y ahora descubrimos que no acepta la fealdad de la verdadera revolución porque esta fealdad era rusa, sino que cantó exaltadamente a otra revolución, verdadera y resplandeciente, por la razón única de que esa revolución se dirigía contra la fealdad existente!

Vanka mata a Katka con el fusil que le dio su clase para defender la revolución. Nosotros afirmamos que esto es incidental en la revolución. Blok quiere que su poema diga: yo acepto esto también, porque oigo también aquí el dinamismo de los acontecimientos y la música de la tempestad. Pero llega su intérprete Chukovsky y se encarga de explicárnoslo. El asesinato de Katka por Vanka es la fealdad de la revolución. Blok acepta a Rusia, incluso con esta fealdad, porque es un ruso. Sin embargo, cuando canta el asesinato de Katka por Vanka y el pillaje de las casas, Blok canta a una revolución, pero no a la revolución rusa auténtica, fea, actual, sino a la otra, la verdadera y resplandeciente. La dirección de esta revolución verdadera y resplandeciente nos la va a decir Chukovsky enseguida.

Si para Blok, la revolución es Rusia misma, tal como es, ¿cuál es el significado del "orador" que considera a la revolución una traición?, ¿qué significa el sacerdote que se pasea aparte, qué significa la expresión "mundo antiguo, como un perro sarnoso"?, ¿qué significan Denikin, Miliukov, Chernov y los emigrados? Rusia ha sido cortada en dos. Esto es la revolución. Blok llama a una de las mitades perro sarnoso, y bendice a la otra con lo que tiene a su disposición: versos y un crucifijo. Pero Chukovsky declara que todo esto es un malentendido. ¡Qué charlatanismo, qué indecente negligencia intelectual, qué nulidad espiritual, qué farfulleo más vergonzoso!

Sin eluda, Blok no es de los nuestros. Pero ha avanzado hacia nosotros. Y al hacerlo, se ha destrozado. El resultado de su intento es la obra más significativa de nuestra época. Su poema *Los doce* tendrá un valor permanente.

4. El futurismo

El futurismo es un fenómeno europeo; su interés se debe, entre otras razones, a que, contra las enseñanzas de la escuela formalista rusa, no se ha encerrado en el marco de la forma artística, sino que, desde el comienzo, especialmente en Italia, ha estado conectado con los acontecimientos políticos y sociales.

El futurismo ha sido el reflejo, en el terreno artístico, del periodo histórico que comenzó hacia la mitad de los años 1890 y que tuvo su culminación directa en la guerra mundial. La sociedad capitalista había conocido dos décadas de expansión económica sin precedentes, que habían trastocado las antiguas ideas de riqueza y poder, habían elaborado nuevas escalas de valores, nuevos criterios de lo posible y lo imposible, y habían sacado a la gente de su cómoda apatía para lanzarla a empresas nuevas y audaces.

Sin embargo, los medios oficiales seguían viviendo según el automatismo de la víspera. La paz armada, con sus emplastos diplomáticos, el sistema parlamentario vacío, la política interior y exterior basada en un sistema de válvulas de seguridad y frenos, todo esto pesaba mucho sobre la poesía en un momento en que la atmósfera cargada de electricidad auguraba la inminencia de grandes explosiones. El futurismo fue la señal de alarma en el terreno artístico.

Se observó un fenómeno que se ha repetido más de una vez en la historia: que los países atrasados, que no se distinguían especialmente por la elevación espiritual de su cultura, reflejaban con más brillo y más fuerza en sus ideologías las realizaciones de los países avanzados. Así, el pensamiento alemán de los siglos XVIII y XIX reflejó el progreso económico de Inglaterra y el progreso político de Francia. De la misma manera, el futurismo alcanzó su expresión más brillante no en Norteamérica o en Alemania sino en Italia y en Rusia.

Exceptuada la arquitectura, el arte se basa en la técnica sólo en última instancia, es decir en la medida en que la técnica sirve de base a toda la superestructura cultural. La dependencia práctica del arte, especialmente del arte de las palabras, respecto de la técnica, no cuenta. Se puede escribir un poema que cante a los rascacielos, los dirigibles y los submarinos, en un rincón perdido de cualquier provincia rusa, con un papel amarillento y la punta rota de un lápiz. Para inflamar la imaginación ardiente de esta provincia, basta con que los rascacielos, los dirigibles y los submarinos existan en Norteamérica. La palabra humana es el material más fácil de transportar.

El futurismo nació como meandro del arte burgués, y no podía haber nacido de ninguna otra manera. Su carácter de oposición violenta no contradice en absoluto este hecho.

Los intelectuales son extraordinariamente heterogéneos. Toda escuela artística consagrada es a la vez una escuela bien remunerada. Está dirigida por mandarines con muchos botones. En general, todos estos mandarines del arte perfeccionan los métodos de sus escuelas con la máxima sutileza, agotando a la vez su provisión de pólvora. Si ocurre alguna transformación objetiva, como un levantamiento político o una tempestad social, entonces se excita la bohemia literaria, la juventud, los genios en edad militar que, maldiciendo la cultura burguesa, ahíta y vulgar, sueñan secretamente con algunos botones para ellos, si es posible dorados.

Los investigadores que definen la naturaleza social del futurismo primitivo dando una importancia decisiva a las protestas violentas contra la vida y arte burgueses, muestran su ingenuidad y su conocimiento insuficiente de la historia de las tendencias literarias. Los románticos, tanto franceses como alemanes, hablaban siempre cáusticamente de la moralidad burguesa y de su vida rutinaria. Además, llevaban el pelo largo, ostentaban un color de piel verdoso, y Teófilo Gautier, para colmar de vergüenza a la burguesía, se vestía con un sensacional chaleco rojo. La blusa amarilla de los futuristas es, sin ninguna duda, una sobrina nieta del chaleco romántico que suscitó tanto horror entre los papás y las mamás. Como se sabe, ningún cataclismo siguió a estas protestas rebeldes, a estos pelos largos y chalecos rojos de los románticos. La opinión pública burguesa pudo adoptar tranquilamente a estos gentlemen y canonizarles en sus manuales escolares.

Supone una gran inocencia oponer la dinámica del futurismo italiano y sus simpatías por la revolución, al carácter "decadente" de la burguesía. No se debe representar la burguesía como un gato viejo moribundo. No, la bestia imperialista es audaz, flexible y tiene garras. ¿Hemos olvidado ya la lección de 1914? Para hacer su guerra, la burguesía utilizó al máximo los sentimientos y estados de ánimo que estaban destinados por su propia naturaleza a alimentar la rebelión. En Francia, la guerra se describió como la culminación de la gran revolución. La burguesía beligerante organizó auténticas revoluciones en otros países. En Italia, los intervencionistas (es decir, los que estaban a favor de la intervención en la guerra) eran los "revolucionarios", o sea los republicanos, masones, socialchovinistas y futuristas. Y, en definitiva, ¿no ha llegado al poder el fascismo italiano por métodos "revolucionarios", poniendo en acción masas, muchedumbres, millones de gentes, basándose en ellos y dándoles armas? Así, pues, si el futurismo desembocó en el torrente del fascismo no se ha debido a casualidad ni a error alguno; era una consecuencia lógica de los acontecimientos. El futurismo ruso nació en una sociedad que estaba todavía en el curso preparatorio que fue para ella la lucha contra Rasputín, y que se preparaba para la revolución democrática de febrero de 1917. Esto dio ciertas ventajas a nuestro futurismo. Este asimiló ritmos de movimiento, de acción, de ataque y de destrucción todavía algo confusos. Llevó a cabo la lucha para que se le dejase un sitio al sol con más energía y escándalo que todas las escuelas precedentes, lo que daba satisfacción a su genio y opiniones dinámicas. Por supuesto, el joven futurista no iba a las fábricas, pero alborotaba mucho en los cafés, derribaba los atriles, se ponía una blusa amarilla, se maquillaba las mejillas y amenazaba vagamente con el puño.

La revolución proletaria en Rusia estalló antes de que el futurismo hubiese tenido tiempo de liberarse de sus infantilismos, de sus blusas amarillas, de su excitación superflua, y antes de que hubiese podido ser consagrado oficialmente, es decir transformado en escuela artística políticamente inofensiva y con un estilo aceptado. La conquista del poder por el proletariado sorprendió al futurismo cuando todavía era perseguido. Y esta circunstancia le lanzó en brazos de los nuevos señores de la vida, tanto más cuanto que el acercamiento y el contacto con la revolución le fueron facilitados por su filosofía, es decir por su falta de respeto hacia los valores antiguos, y por su dinamismo. Pero el futurismo llevó consigo, en la nueva etapa de su evolución los rasgos de su origen social, es decir la bohemia burguesa.

Aunque sea la vanguardia de la literatura, el futurismo es un producto del pasado poético, al igual que las demás escuelas literarias actuales. Decir que el futurismo ha liberado el arte de sus lazos milenarios con la burguesía, como ha escrito el camarada Chuyak, es estimar en muy poco estos lazos milenarios. El llamamiento de los futuristas a la ruptura con el pasado, a desembarazarse de Pushkin, a la liquidación de la tradición, etc., es válido en la medida en que se dirige a la antigua casta literaria, al círculo cerrado

de la intelligentsia. En otros términos, no tiene sentido más que en la medida en que los futuristas están ocupados en cortar el cordón umbilical que les une a los pontífices de la tradición literaria burguesa.

Pero este llamamiento deja totalmente de tener sentido en cuanto se dirige al proletariado. La clase obrera no tiene necesidad de romper, no puede romper, con la tradición literaria, porque no se encuentra encerrada en absoluto en las ataduras de semejante tradición. La clase obrera no conoce la literatura antigua, tiene todavíaque familiarizarse con ella tiene que adueñarse de Pushkin, absorberlo y, de este modo, superarlo. La ruptura de los futuristas con el pasado es, en definitiva, una tempestad en el mundo cerrado de la intelligentsia educada sobre la base de Pushkin, Feth, Tiutschev, Briusov, Balmont y Blok, y que es "pretérita" no porque esté imbuida por una veneración supersticiosa por las formas del pasado, sino porque no tiene en sí nada que signifique una apelación a formas nuevas. Simplemente, no tiene nada que decir. Expresa los viejos sentimientos una y otra vez, con palabras apenas nuevas. Los futuristas han hecho bien en separarse de ella. Pero no por eso hay que transformar esta ruptura en una ley de desarrollo universal. El hecho de que los futuristas rechacen exageradamente el pasado no tiene nada de revolucionarismo proletario, sino de nihilismo bohemio. Nosotros, marxistas, vivimos con tradiciones y no dejamos por eso de ser revolucionarios. Hemos elaborado y guardado vivas las tradiciones de la Commune de París desde antes de nuestra primera revolución. Luego las tradiciones de 1905 se han añadido a ella, y nos hemos alimentado de esto, preparando la segunda revolución. Remontándonos más, hemos conectado la Commune con las jornadas de junio de 1848 y con la gran revolución francesa. En el dominio de la teoría nos hemos basado, a través de Marx, en Hegel y en la economía clásica inglesa. Nosotros, que nos educamos y entramos en combate en una época de desarrollo orgánico de la sociedad, vivíamos basándonos en las tradiciones revolucionarias. Ante nuestra vista nació más de una tendencia literaria que declaró guerra sin cuartel al "espíritu burgués" y que nos miró por encima del hombro. Pero igual que el viento vuelve siempre a sus propios círculos, estos revolucionarios literarios, estos destructores de tradiciones, encontraron el camino de la Academia. La revolución de octubre apareció a la intelligentsia, incluida su ala izquierda literaria. como la destrucción total del mundo que ella conocía de ese mismo mundo con el que ella rompía de vez en cuando, para crear escuelas nuevas, y al que volvía invariablemente. Para nosotros, al contrario, la revolución encarnaba una tradición familiar asimilada en nuestro interior. Abandonando un mundo que habíamos ya rechazado teóricamente y socavado en la práctica, entrábamos en un mundo que nos era ya familiar, a la vez desde una tradición y un presentimiento. Aquí está la diferencia entre el tipo psicológico del comunista, un revolucionario en el sentido político, y el futurista, innovador revolucionario en el terreno formal. Esta es la raíz de sus discrepancias. Lo malo no está en la "negación" por el futurismo de las sagradas tradiciones de la intelligentsia. Al contrario, reside en el hecho de que no se siente a sí mismo como parte de la tradición revolucionaria. Nosotros entramos por nosotros mismos en la revolución, mientras que el futurismo cayó en ella.

La situación, sin embargo, no es desesperada. El futurismo no volverá a "sus círculos" porque estos círculos no existen ya. Y esta circunstancia, nada insignificante, da al futurismo la posibilidad de un renacimiento, de una entrada en el arte nuevo, no como la corriente decisiva, pero sí como uno de sus componentes importantes.

El futurismo ruso se formó por varios elementos bastante independientes unos de otros y a veces contradictorios. Hay en él construcciones y ensayos filológicos fuertemente imbuidos de arcaísmo (Jlebnikov, Kruchenik), que en cualquier caso no pertenecen a la esfera de la poesía; una poética, es decir una teoría de los procedimientos y métodos de composición literaria; una filosofía, o incluso dos filosofías del arte, una de

ellas formalista (Sklovsky) y la otra orientada hacia el marxismo (Arvatov, Chuyac, etc.); finalmente, poesía en sí misma, creación viva. No debemos considerar su insolencia literaria como un elemento independiente, porque generalmente va combinada con uno de los elementos fundamentales. Cuando Kruchenik dice que las sílabas desprovistas de sentido "dir, bul, tshil" contienen más poesía que todo Pushkin (o algo por el estilo), esto es algo situado a mitad de camino entre la poética filológica y, con perdón, la grosería de mal gusto. Más sobriamente, la idea de Kruchenik podría querer decir que la orquestación del verso basada en "dir, bul, tshil" le va mejor a la estructura de la lengua rusa y a sus sonidos que la orquestación de Pushkin, influido inconscientemente por el francés. Sea o no sea cierto esto, es evidente que "dir, bul, tshil" no es un fragmento tomado de una obra futurista, así es que no hay nada que comparar. Quizás alguien escribirá algún día poemas con este tema musical y filológico que serán superiores a los de Pushkin. Pero tenemos que esperar. Las creaciones de palabras de Jlebnikov y Kruchenik existen también fuera del campo de la poesía. Son filología de carácter dudoso, fonética en parte, pero desde luego no poesía. Es indiscutible que el idioma vive y se desarrolla, creando por sí mismo nuevos términos y eliminando arcaísmos. Pero lo hace de manera muy prudente, muy calculada y según sus necesidades estrictas. Toda gran época nueva hace avanzar al lenguaje. Este absorbe rápidamente un gran número de neologismos, y a continuación hace una especie de nuevo registro general, rechazando todo lo que es superfluo y extranjero. La fabricación por Jlebnikov o Kruchenik de diez o cien palabras nuevas derivadas de las raíces existentes, puede tener un cierto interés filológico; puede, en muy pequeña medida, facilitar el desarrollo de la lengua viva y hasta del lenguaje poético, y ser el preludio de una época en la que la evolución del idioma estará dirigida más conscientemente. Pero hasta este trabajo, de carácter subsidiario en relación con el arte, cae fuera del ámbito de la poesía.

No hay ninguna razón para caer en éxtasis piadoso ante los sonidos de esta poesía suprarracional, que recuerda las escalas musicales y los ejercicios de virtuosismo verbal, útiles quizás en los cuadernos de los alumnos, pero totalmente inadecuados para un escenario. En todo caso, es evidente que el intento de sustituir la poesía por ejercicios de la "suprarrazón" produciría la muerte por asfixia de la poesía. Pero el futurismo no sigue tampoco este camino. Mayakovsky que es indiscutiblemente un poeta, toma generalmente sus términos del diccionario clásico de Dahl y muy raras veces del vocabulario de Jlebnikov o Kruchenik. Y cuanto más tiempo pasa, encontramos en él menos neologismos y construcciones de palabras arbitrarias.

Los problemas planteados por los teóricos del grupo *Lef*[29] sobre el arte y la maquinaria industrial, sobre el arte que no embellece la vida sino que la modela, sobre la influencia consciente en el desarrollo del idioma y la formación sistemática de palabras, y sobre la biomecánica como educadora de las actividades humanas dentro de un espíritu de máximo racionalismo y por tanto de máxima belleza, son todos problemas de extraordinaria importancia e interés desde el punto de vista de la edificación de una cultura socialista.

Desgraciadamente, *Lef* presenta la discusión de estos problemas con un sectarismo utópico. Incluso cuando definen correctamente la tendencia general de la evolución del arte o de la vida, los teóricos de *lef* se anticipan a la historia, profetizan, y oponen su esquema a su receta a lo real. No disponen, por eso, de ningún puente hacia el porvenir. Nos recuerda a los anarquistas que, seguros de la desaparición del gobierno en el futuro,

[29] *Lef*, abreviatura del Levy Front Iskustv [Frente Artístico de Izquierdas], título de una revista futurista que apareció en Petrogrado en marzo de 1923, y de la tendencia artística agrupada a su alrededor. Mayakovsky la dirigió de 1923 a 1925. Pasternak formó parte del grupo durante algún tiempo y colaboró en el primer número de la revista.

oponen sus esquemas a la política, a los parlamentos y a todas las demás realidades que la nave actual del estado debe evidentemente, según ellos, arrojar por la borda. En la práctica, sin embargo, entierran su nariz en el barro cuando apenas han sacado de él su trasero. Mayakovsky prueba, con versos complicados y rimados, lo superfluo del verso y de la rima, y promete escribir fórmulas matemáticas, aunque para esto están los matemáticos. Cuando Meyerhold, experimentador apasionado, especie de frenético Belinsky del teatro, introduce en la escena algunos movimientos semirrítmicos que ha enseñado a los actores flojos en el diálogo y llama a esto biomecánica, el resultado es un aborto. Intentar arrancar al porvenir lo que no se puede desarrollar más que como parte integrante de él, y matematizar a toda prisa esta anticipación parcial con la penuria de medios actuales ante la frialdad de las candilejas, no da la impresión más que de diletantismo provinciano. Y no hay nada más nocivo para el arte nuevo que el provincialismo y el diletantismo.

La nueva arquitectura estará compuesta de dos elementos: nuevos objetivos y nuevas técnicas de utilización de materiales, que en parte serán antiguos y en parte nuevos. Los nuevos objetivos no serán la construcción de un templo, un palacio o un chalet privado, sino la de una casa del pueblo, un hotel de gran capacidad, una residencia comunitaria, o una escuela de dimensiones gigantescas. Los materiales y las técnicas para su empleo estarán determinados por la situación económica del país en el momento en que la arquitectura esté dispuesta a abordar sus problemas. Tratar de determinar la construcción arquitectónica del porvenir, es sólo signo de una arbitrariedad más o menos inteligente e individual. Y el estilo nuevo será totalmente opuesto a la arbitrariedad individual.

Los mismos escritores de *Lef* observan con razón que se está desarrollando un estilo nuevo allí donde la industria mecánica está al servicio de las necesidades del consumidor impersonal. El teléfono es un ejemplo del estilo nuevo. Los coches-cama, las escaleras y las estaciones del "metro", los ascensores, todos estos son indiscutiblemente los elementos de un estilo nuevo, al igual que los puentes metálicos, los mercados cubiertos, los rascacielos y las grúas. Esto significa que no se puede crear un nuevo estilo arquitectónico desligado de un problema práctico y de un trabajo serio. El intento de deducir un estilo semejante de la naturaleza del proletariado, de su colectivismo, de su activismo, de su ateísmo, etc., adolece de puro idealismo y no expresa más que el ego de su autor, un alegorismo arbitrario y el diletantismo provinciano de siempre.

El error de *Lef*, o al menos de algunos de sus teóricos, aparece en su forma más general cuando exigen imperativamente la fusión del arte con la vida. No es preciso demostrar que la separación del arte respecto de los demás aspectos de la vida social era el resultado de la estructura clasista de la sociedad, que el arte autosuficiente es exactamente lo contrario que el arte como propiedad de las clases privilegiadas, y que la evolución del arte en el futuro tiende a la fusión con la vida, es decir con la producción, las fiestas populares y la vida en común. Hay que felicitarse de que *Lef* comprenda esto y lo explique así. Pero no de que, basados en el arte de hoy, presenten un ultimátum exigiendo: abandonad vuestro taller y fundíos con la vida. En otras palabras, ¿habría que obligar a los poetas, pintores, escultores o actores a que dejasen de reflexionar, de reproducir, de escribir poemas, de pintar cuadros, de tallar esculturas, de expresarse ante las candilejas, para llevar su arte directamente a la vida? ¿Pero cómo, dónde, por qué puertas? Por supuesto, hay que dar la bienvenida a toda tentativa de dotar del máximo ritmo, sonido y colorido a las fiestas populares, a las reuniones y manifestaciones, pero es preciso tener también al menos un poco de imaginación histórica para comprender que entre nuestra penuria económica y cultural de hoy y el momento en que el arte se fundirá con la vida, o sea en que la vida alcanzará unas dimensiones tales que será totalmente

modelada por el arte, tendrá que pasar más de una generación. Para bien o para mal, el arte de "taller" subsistirá todavía muchos años y será el instrumento de la educación artística y social de las masas, de su placer estético, no sólo por lo que respecta a la pintura sino también en cuanto a la poesía lírica, la novela, la comedia, la tragedia, la escultura, la sinfonía. Si porque nos oponemos al arte burgués contemplativo e impresionista de los últimos decenios vamos a rechazar el arte como medio de describir y de imaginar el conocimiento, arrebataremos de las manos de la clase que construye una nueva sociedad un instrumento de la mayor importancia. El arte, se nos dice, no es un espejo sino un martillo; no refleja, sino que modela. Pero hoy día se enseña hasta a manejar el martillo con ayuda de un espejo, de una película sensible que registra todos los elementos del movimiento. La fotografía y la cinematografía, gracias a su fuerza descriptiva, se están convirtiendo en importantes medios pedagógicos en el terreno del trabajo. Si no se puede prescindir de un espejo, aunque sólo sea para afeitarse, ¿cómo se puede construir o reconstruir la vida sin verse en el "espejo" de la literatura? Por supuesto, a nadie se le ocurriría pedir a la literatura nueva la impasibilidad de un espejo. Cuanto más profunda sea la literatura, más querrá modelar la vida y más capaz será de "pintar" la vida de modo significativo y dinámico.

¿Qué quiere decir "negar las experiencias", es decir la psicología individual, en la literatura y en el teatro? Es una protesta antigua, superada desde hace mucho tiempo, del ala izquierda de la intelligentsia contra el realismo pasivo de Chéjov y del simbolismo soñador. Si las experiencias del tío Vania han perdido algo de frescor (y ésta es una desgracia que realmente ha ocurrido) no es menos cierto que el tío Vania no es el único con vida interior. ¿Cómo, sobre qué bases y en nombre de qué puede el arte volver la espalda a la vida interior del hombre de hoy que construye un mundo exterior nuevo y de este modo se reconstruye a sí mismo? Si el arte no ayudase a este hombre nuevo a educarse, a fortificarse y a refinarse, ¿para qué serviría? ¿Y cómo podría organizar la vida interior si no penetrase en ella y no la reprodujese? Aquí, el futurismo se limita a repetir sus propias letanías, que están hoy día totalmente superadas.

Lo mismo podría decirse de la vida cotidiana. El futurismo fue primero una protesta contra los realistas vulgares que vivían como parásitos de la vida cotidiana. La literatura quedaba sofocada, estúpida, en el mundillo estancado del abogado, el estudiante, la dama enamorada, el funcionario del distrito, el señor Peredonov[30] y sus sentimientos, sus alegrías y sus penas. ¿Pero se puede llevar la protesta contra los que viven como parásitos hasta separar la literatura de las condiciones y de las formas de la vida humana? La protesta futurista contra un realismo mezquino tenía su justificación histórica sólo en la medida en que abría el camino a un nuevo modo artístico de crear la vida, a una destrucción y reconstrucción sobre bases nuevas.

Es curioso que *Lef*, aun negando que la misión del arte sea describir la vida diaria, cite *Nepoputchitsa* de Brick como un modelo de prosa. ¿Qué se encuentra en esta obra sino un cuadro de la vida diaria, aunque sea en forma de una crónica local comunista? Lo malo no está en el hecho de que los comunistas no estén descritos como tiernos corderos ni duros como el acero, sino en que entre el autor y el medio vulgar que describe no hay ni un centímetro de distancia. Pues para que el arte sea capaz de transformar, y también de reflejar, es preciso que el artista se distancie de la vida cotidiana, igual que el revolucionario se distancia de la realidad política.

Para responder a las críticas, a veces realmente más insultantes que convincentes, el camarada Chuyak observa que *Lef* sigue empeñado en un proceso de búsqueda continua. Sin duda *Lef* lo que hace es buscar más que haber encontrado. Pero ésta no es

[30] Peredonov, personaje hipócrita, malvado y sensual, héroe de la novela de Teodoro Sologub (1863-1927) *El demonio mezquino,* publicada poco antes de la primera guerra mundial.

razón suficiente para que el partido haga lo que le recomienda Chuyak con insistencia: canonizar a *Lef* o un ala determinada de ésta como "arte comunista". Es tan imposible canonizar lo que aún son búsquedas como armar a un regimiento con un invento aún no realizado.

¿Quiere decir esto que *Lef* se encuentra mal encaminado y que no tenemos nada en absoluto que hacer con ellos? No, ni tampoco puede decirse que el partido tenga unos puntos de vista definidos y fijos sobre las cuestiones del arte futuro y que un grupo los está saboteando. No se trata de esto en absoluto. El partido no tiene y no puede tener ideas definitivas sobre la versificación, la evolución del teatro, la renovación del lenguaje literario, el estilo arquitectónico, etc., al igual que, en otro terreno, el partido no tiene y no puede tener ideas definitivas sobre el mejor tipo de fertilizantes, la organización de los transportes más eficaz, o las ametralladoras más perfectas. En lo relativo a las ametralladoras, los transportes o los fertilizantes, es preciso tomar inmediatamente decisiones prácticas. ¿Qué hace entonces el partido? Asigna a ciertos miembros la tarea de estudiar y resolver estos problemas, y juzga su labor a la luz de los resultados prácticos logrados. En el terreno artístico, la cuestión es a la vez más sencilla y más complicada. En cuanto a la explotación política del arte o a la prohibición de esta explotación por parte de nuestros enemigos, el partido tiene la suficiente experiencia, perspicacia, decisión y recursos para definirse. Pero el desarrollo real del arte y la lucha por formas nuevas no forman parte de las tareas y preocupaciones del partido. Este no puede encargar a nadie un trabajo semejante. Sin embargo, entre los problemas del arte, de la política, de la técnica y de la economía existen algunos puntos de contacto, necesarios para determinar las relaciones recíprocas internas entre estos problemas. Y esto es lo que hace el grupo *Lef*. Este grupo va bromeando, saltando, inclinándose a un lado y a otro, y buena parte de su labor teórica son fanfarronadas (dicho sea sin ánimo de ofenderles). Pero, ¿no hemos dicho nosotros fanfarronadas y exageraciones, y las decimos todavía en cosas mucho más graves? En segundo lugar, ¿hemos procurado seriamente corregir los errores de enfoque teórico o de entusiasmo partidista en la tarea práctica? No tenemos ningún motivo para dudar que el grupo *Lef* se esfuerza seriamente por trabajar a favor del socialismo, que está profundamente interesado por los problemas del arte y que quiere guiarse por criterios marxistas. ¿Por qué tenemos que empezar por romper con ellos, entonces, en vez de tratar de influirles y asimilarles? No hay por qué resolverlo inmediatamente. El partido tiene mucho tiempo para estudiarlo, influir hábilmente y para seleccionar lo conveniente. ¿O es que tenemos tantas fuerzas calificadas que podemos permitirnos ser pródigos con tanta ligereza? El centro de gravedad se encuentra, en definitiva, no en la elaboración teórica de los problemas del arte nuevo, sino en la expresión artística. ¿Cuál es la situación juzgando la expresión artística del futurismo, sus búsquedas y realizaciones? En este aspecto encontramos aún menos razones para la precipitación y la intolerancia.

Difícilmente pueden negarse hoy las realizaciones futuristas en arte, especialmente en poesía. Con muy pocas excepciones, toda nuestra poesía actual ha sufrido la influencia, directa o indirecta, del futurismo. No se puede discutir la influencia de Mayakovsky sobre toda una serie de poetas proletarios. El constructivismo también ha logrado triunfos importantes, aunque no en la dirección que se había propuesto. Se publican continuamente artículos sobre la inutilidad absoluta y el carácter contrarrevolucionario del futurismo con las portadas hechas por manos de constructivistas. En la mayor parte de las ediciones oficiales, se publican poemas futuristas junto a durísimas críticas del futurismo. El "Proletkult" está unido al futurismo por lazos muy vivos. La revista *Horn* [El clarín] se publica actualmente con un espíritu claramente futurista. Sin duda no hay que exagerar la importancia de estos hechos, puesto que han ocurrido, como le sucede a la mayoría de nuestros grupos artísticos, en el seno

de una capa superior, superficial, que sigue estando muy poco unida a las masas trabajadoras. Pero sería estúpido negarse a ver los hechos y tratar al futurismo como la invención charlatana de intelectuales decadentes. Incluso si el día de mañana se comprobase que la fuerza del futurismo decae (cosa que no creo imposible) el futurismo de hoy siempre tendrá una fuerza superior a la de todas las tendencias a cuyas expensas se está extendiendo.

El primitivo futurismo ruso fue, como hemos dicho, la rebelión de la bohemia, es decir del ala izquierda semidepauperada de la intelligentsia contra la estética cerrada, de casta, de la intelectualidad burguesa. En el interior de esta rebelión poética actuaban fuerzas sociales profundas, que ni el mismo futurismo comprendía. La lucha contra el vocabulario y la sintaxis de la poesía antigua, independientemente de todas sus extravagancias bohemias, era una rebelión progresista contra un vocabulario entumecido, exiguo y fabricado artificialmente para no ser molestado por nada extraño; era una rebelión contra el impresionismo, que sorbía la vida con una paja, una rebelión contra el simbolismo, que se había falseado en su vacío celestial, contra Sinaida Hippius y los de su clase, contra todos los demás limones exprimidos y huesos de pollo roídos del mundillo de la intelligentsia místico-liberal.

Si examinamos atentamente el periodo transcurrido, no podemos por menos de darnos cuenta de lo progresista y llena de vida que fue la obra de los futuristas en el campo de la filología. Sin exagerar las dimensiones de esta "revolución" del lenguaje, hay que reconocer que el futurismo ha eliminado de la poesía muchas frases y palabras consagradas y la ha llenado de otras con sangre nueva, creando en algunos casos nuevas frases y palabras felices, que han entrado o están entrando en el vocabulario y que pueden enriquecer la lengua viva. Y esto es cierto no sólo en lo que se refiere a ciertas palabras, sino también a su lugar entre las otras, es decir a la sintaxis. Tanto en la combinación de palabras como en la formación, el futurismo ha avanzado más allá de los límites que una lengua viva puede permitir. Sin embargo, lo mismo ha ocurrido con la revolución y este es el "pecado" de todo movimiento vivo. Cierto que la revolución, especialmente su vanguardia consciente, ha dado prueba de una mayor capacidad de autocrítica que los futuristas, pero, en cambio, se encontró con una mayor resistencia exterior, y encontrará aún más. Las exageraciones se eliminarán, con todo lo superfluo, y el trabajo esencialmente purificador y realmente revolucionario que se ha realizado en el lenguaje poético permanecerá.

Se debe reconocer y apreciar también el trabajo creador y benéfico del futurismo en lo que concierne al ritmo y la rima. Los indiferentes y los que se limitan a tolerar estas cosas porque nos han sido legadas por nuestros antepasados pueden considerar que todas las innovaciones futuristas son molestas y nos hacen malgastar nuestra atención. En relación con esto podría plantearse la cuestión general de si el ritmo y la rima son necesarios o no. Es bastante curioso que el mismo Mayakovsky pruebe de vez en cuando en versos de rima muy compleja, que la rima no es necesaria. Planteándolo desde un punto de vista puramente lógico desaparecería el problema de la forma artística. Pero en estas cuestiones no se debe juzgar con la razón, que no va más allá de la lógica formal, sino con toda la mente, que incluye también lo irracional en la medida en que está vivo. La poesía no es tanto un asunto racional como emocional y el espíritu, que ha absorbido los ritmos biológicos, los ritmos y las combinaciones rítmicas existentes en el trabajo social, trata de expresarlas en forma idealizada en sonidos, canciones y palabras artísticas. Mientras esta necesidad siga existiendo, los ritmos y rimas futuristas, más elásticos, más audaces y más variados, serán una adquisición segura y valiosa. Y esta adquisición ha ejercido ya su influencia fuera de los grupos puramente futuristas.

Las conquistas del futurismo en la orquestación del verso son también indiscutibles. No se debe olvidar que el sonido de una palabra es el acompañamiento acústico de su sentido. Si los futuristas han pecado y pecan aún por su preferencia casi monstruosa por el sonido contra el sentido, se trata sólo de un entusiasmo, de una "enfermedad infantil de izquierdismo" por parte de una nueva escuela poética que ha captado de una manera nueva y con un oído fresco, el sonido en oposición a la rutina dulzona de las palabras. Desde luego, la aplastante mayoría de los obreros de hoy no se interesa por estas cuestiones. La mayor parte de la vanguardia de la clase obrera, requerida por tareas más urgentes, está también demasiado ocupada para ello. Pero habrá un mañana. Y este mañana exigirá una actitud más atenta y más precisa, más sabia y más artística, tanto hacia el idioma en verso como hacia la prosa, especialmente hacia la prosa. Una palabra nunca expresa exactamente una idea en toda la significación concreta que tiene en cada caso. Además, una palabra tiene un sonido y una forma no sólo para el oído y el ojo, sino también para nuestra lógica y nuestra imaginación. Sólo es posible expresar el pensamiento de un modo más preciso por una selección cuidadosa de las palabras, si éstas son estudiadas desde todas las perspectivas, incluyendo también la acústica, y combinadas muy cuidadosamente. En este terreno no se puede actuar a ciegas; son precisos instrumentos micrométricos. La rutina, la tradición, la costumbre y la negligencia deben ser reemplazadas por un trabajo sistemático y profundo. Lo mejor del futurismo es su protesta contra la actuación a ciegas, esa poderosa escuela literaria que tiene representantes tan influyentes en todos los terrenos.

En una obra aún inédita del camarada Gorlov, que, en mi opinión, describe erróneamente el origen internacional del futurismo y, violando la perspectiva histórica, identifica el futurismo con la poesía proletaria, se resumen las realizaciones del futurismo de una manera muy seria y pensada. Gorlov tiene razón al señalar que la revolución futurista en la forma, originada por una rebeldía contra el esteticismo antiguo, reflejaba en el plano teórico la protesta contra la vida estancada y corrompida que había producido esta estética y que provocó en Mayakovsky, el poeta más grande de esta escuela, y en sus amigos más íntimos, una rebeldía contra el orden social productor de esta vida y de esta estética detestables. Esta es la razón por la que estos poetas están ligados orgánicamente con octubre. El esquema de Gorlov es justo, pero hay que precisarlo y delimitarlo más aún. Es cierto que se habían hecho necesarias nuevas palabras y nuevas combinaciones de palabras, rimas y ritmos nuevos, porque el futurismo, con su concepción del mundo, ha reordenado los acontecimientos y las cosas, ha establecido nuevas relaciones entre ellos y los ha descubierto por sí mismo.

El futurismo es contrario al misticismo, a la deificación pasiva de la naturaleza, a la pereza aristocrática y cualquier otro tipo de pereza, al ensueño y al tono lacrimoso; y es favorable a la técnica, la organización científica, la máquina, la planificación, la voluntad, el valor, la velocidad, la precisión; es en definitiva favorable al hombre nuevo, armado de todas estas cosas. La conexión entre esta "rebeldía" estética y la rebeldía moral y social es directa: ambas se inscriben completamente en la experiencia de la vida de la parte activa, nueva, joven y sin domesticar de la intelligentsia de izquierdas, de la bohemia creadora. El malestar ante las limitaciones y la vulgaridad de la vida antigua han producido un nuevo estilo artístico como medio de escapar a ello y liquidarlo. Ya hemos visto varias veces que el malestar de la intelligentsia creaba estilos nuevos, con diferentes combinaciones y sobre diferentes bases artísticas. Pero eso era todo. Esta vez, sin embargo, la revolución proletaria ha cogido al futurismo en un cierto estadio de su crecimiento y lo ha lanzado hacia adelante. Los futuristas se han hecho comunistas. Y por este mismo hecho han entrado en una esfera de problemas y relaciones más profundas, que trascienden con mucho los estrechos límites de su mismo mundo anterior, incluso si

su espíritu no los había elaborado antes orgánicamente. Por eso los futuristas, incluido Mayakovsky, son más débiles artísticamente en aquellos puntos en que más comunistas pretenden ser. La causa no es tanto su origen social como su pasado espiritual. Los poetas futuristas no se han adueñado suficientemente de los elementos que integran las posiciones y la concepción del mundo del comunismo como para poder darles una expresión orgánica en forma de palabras; no les han entrado en la sangre, por decirlo así. Por eso no pueden evitar frecuentes derrotas artísticas y psicológicas, formas pomposas y mucho ruido para nada. En sus obras más radicalmente revolucionarias, el futurismo llega a la estilización. Sin embargo, el joven poeta Besimiensky, que debe tanto a Mayakovsky, consigue expresar realmente conceptos comunistas; la razón es que Besimensky no era un poeta formado cuando llegó al comunismo, sino que ha nacido espiritualmente en el comunismo.

Se puede objetar, y se ha hecho más de una vez, que hasta la doctrina y el programa proletarios han sido creados por descendientes de la intelligentsia democrática burguesa. Pero hay que señalar una diferencia, decisiva en este punto. La doctrina económica e histórico-filosófica del proletariado se basa en un conocimiento objetivo. Si la teoría de la plusvalía hubiese sido creada no por aquel doctor en filosofía de erudición universal que era Karl Marx, sino por el ebanista Bebel, hombre de una economía ascética tanto en su vida como en su pensamiento y cuya mente era tan aguda como una hoja de afeitar, hubiera estado formulada en una obra mucho más accesible, más sencilla y más unilateral. La riqueza y la variedad de pensamiento, de argumentos, de imágenes y de citas de *El capital* revelan sin ninguna duda el fondo "intelectual" de este gran libro. Pero, como se trataba de un conocimiento objetivo, la esencia de *El capital* ha pasado a ser propiedad de Bebel y otros miles de millones de proletarios. En el campo de la poesía, en cambio, lo que hay es una expresión del mundo a través de imágenes, no un conocimiento científico del mundo. La vida cotidiana, la circunstancia personal, el ciclo de experiencias personales ejercen por consiguiente una influencia decisiva sobre la creación artística. Rehacer el mundo de los sentimientos, que han sido absorbidos desde la infancia, desde un punto de vista científico, es el trabajo interior más difícil que puede haber. No todo el mundo es capaz de ello. Por eso hay tanta gente en el mundo que piensa como revolucionarios y siente como filisteos. Y por eso percibimos en la poesía futurista, incluso en el sector que se ha entregado totalmente a la revolución, un revolucionarismo que es más bohemio que proletario.

Mayakovsky es un gran talento o, como le define Blok, un enorme talento. Es capaz de presentar cosas que hemos visto muchas veces de una manera que nos parecen nuevas. Maneja las palabras y el diccionario como un maestro audaz que trabaja de acuerdo con sus propias leyes, guste o no guste su artesanía. Muchas de sus imágenes, frases y expresiones, han entrado en la literatura y permanecerán en ella mucho tiempo, si no siempre. Tiene su construcción propia, sus propias imágenes, su propio ritmo y su propia rima.

El plan artístico de Mayakovsky es casi siempre significativo y a veces grandioso. El poeta hace entrar en su dominio la guerra y la revolución, el cielo y el infierno. Mayakovsky es hostil al misticismo, a todo tipo de hipocresía, a la explotación del hombre por el hombre; sus simpatías se inclinan totalmente hacia el proletariado combatiente. No pretende ser el sacerdote del arte, o al menos no un sacerdote por principio; al contrario, está dispuesto a colocar su arte completamente al servicio de la revolución.

Pero en este gran talento, o para ser exacto en toda la personalidad creadora de Mayakovsky, no se encuentra la armonía necesaria entre sus componentes; no hay equilibrio, ni siquiera un equilibrio dinámico. Mayakovsky manifiesta la máxima

debilidad siempre que es preciso el sentido de las proporciones y la capacidad de autocrítica.

Era más lógico que Mayakovsky aceptase la revolución que cualquier otro poeta ruso, ya que ésta está de acuerdo con su evolución personal. Muchos caminos llevan a los intelectuales hacia la revolución (aunque no todos hasta el fin), y por consiguiente es importante definir y apreciar más exactamente la orientación personal de Mayakovsky. Existe el camino de la poesía "mujik", seguido por la intelligentsia y los "compañeros de viaje" del que ya hemos hablado; otro es el de los místicos que buscan una "música" más elevada (A. Blok); otro, el del grupo "Cambio de dirección" y de los que se han limitado a aceptarnos (Skapskaia, Shaguinián); otro, el de los racionalistas y eclécticos (Briusov, Gorodetsky, otra vez Shaguinián). Hay otros muchos caminos, no podemos citar todos. Mayakovsky ha venido por el camino más corto, el de la bohemia rebelde perseguida. Para Mayakovsky, la revolución ha sido una experiencia verdadera, real y profunda, porque ha caído como el rayo y el trueno sobre las mismas cosas que Mayakovsky odiaba a su manea y con las que todavía no se ha reconciliado. En esto reside su fuerza. El individualismo revolucionario de Mayakovsky ha desembocado entusiásticamente en la revolución proletaria, pero no se ha confundido con ella. Sus sentimientos subconscientes hacia la ciudad, la naturaleza, el mundo entero, no son los de un obrero, sino los de un bohemio. "el farol calvo que quita las medias a la calle", gran imagen, extraordinariamente característica de Mayakovsky, descubre mejor la esencia bohemia y ciudadana del poeta que cualquier otra consideración. El tono cínico e impúdico de muchas imágenes, especialmente las de su primer periodo poético, traiciona la huella visible del cabaret artístico, del café y de todo lo que esto significa.

Mayakovsky está más cerca del carácter dinámico de la revolución y de su rudo valor que del carácter colectivo de su heroísmo, de sus hechos y experiencias. Así como el griego era antropomórfico y pensaba inocentemente que las fuerzas naturales se le parecían, nuestro poeta es mayakomórfico, poblando con su personalidad las plazas, las calles, los campos de la revolución. Es cierto que los extremos se tocan. La universalización de su propio *ego* borra en cierto modo los límites de la personalidad y lleva al hombre más cerca de la colectividad, que es su extremo opuesto. Pero esto no es verdad más que hasta cierto punto. La arrogancia individualista y bohemia, que no es lo contrario de una humildad que nadie quiere, sino del tacto y de la mesura indispensables, se deslizan a través de todo lo que Mayakovsky ha escrito. Se encuentra frecuentemente una tensión extraordinariamente alta en sus obras, pero no siempre hay fuerza tras ella. El poeta se pone demasiado en evidencia. Da demasiada poca independencia a los hechos y acontecimientos, hasta el punto de que no es la revolución la que lucha contra obstáculos, sino Mayakovsky el que hace acrobacias atléticas con las palabras. A veces hace realmente milagros; pero de vez en cuando, a costa de esfuerzos heroicos, levanta una pesa evidentemente hueca.

Mayakovsky habla a cada paso de sí mismo, unas veces en primera y otras en tercera persona, unas como individuo y otras disolviéndose en el género humano. Cuando quiere elevar al hombre le hace ser Mayakovsky. Con los mayores acontecimientos de la historia se permite un tono completamente familiar. Esto es lo más insoportable y peligroso de su obra. En su caso, no se puede hablar de coturnos o de zancos: para él, éstos son apoyos ridículamente pequeños. Mayakovsky tiene un pie sobre el Mont Blanc y otro sobre el Elbrus. Su voz domina el trueno. ¿Se puede uno maravillar de que trate familiarmente la historia y de que tutee a la revolución? Pero ahí está el peligro, pues al adoptar patrones tan gigantescos, por todas partes y en todos los asuntos, y al gritar atronadoramente (expresión favorita del poeta) desde lo alto del Mont Blanc y del Elbrus, se desvanecen las proporciones de nuestros asuntos terrenos y no se puede distinguir lo

pequeño de lo grande. Por eso, cuando Mayakovsky habla de su amor, es decir de sus sentimientos más íntimos lo hace como si se tratase de emigraciones de pueblos. Pero, también por eso, cuando se trata de la revolución es incapaz de encontrar un lenguaje distinto. Apunta siempre con el alza al máximo y, como todo artillero sabe, tales tiros son los que menos blancos logran y los que más dañan a los cañones.

Es cierto que el hiperbolismo refleja en cierto modo el furor de nuestro tiempo. Pero esto no justifica su empleo a la ligera en el arte. o se puede gritar más fuerte que guerra o la revolución. Y si se hace es probable que se quede destrozado. El sentido de la medida en el arte es semejante al realismo en política. El defecto principal de la poesía futurista, incluso de sus mejores obras, es su falta de sentido de la medida; han perdido el que regía en los salones y no han encontrado aún el de la calle. Pero hay que encontrarlo. Si se fuerza la voz en la calle, se enronquece, se estropea, se hunde y el discurso pierde todo su efecto. Cada uno debe hablar con la voz que se ha recibido de la naturaleza, no más fuerte. Pero si se sabe cómo hacerlo, se puede obtener de la propia voz el máximo de posibilidades. Mayakovsky grita frecuentemente en ocasiones en que debería limitarse a hablar; por eso, sus gritos, cuando debería gritar, parecen insuficientes. El patetismo de su poesía queda aniquilado por los gritos y la ronquera.

Las poderosas imágenes de Mayakovsky, aunque sean frecuentemente espléndidas, desintegran el conjunto muchas veces y paralizan el movimiento. El mismo poeta se da cuenta, sin duda; de ahí que tienda afanosamente hacia otro extremo, el lenguaje de las "fórmulas matemáticas", extraño a la poesía. Esto nos lleva a pensar que la idea del valor intrínseco de la imagen, común al imaginismo y al futurismo (¡actitud que se parece al imaginismo campesino!), tiene sus raíces en el fondo campesino de nuestra cultura. Tiene más en común con la iglesia de Basilio el Bienaventurado, que con un puente de hormigón armado. Pero cualquiera que sea su explicación histórica y cultural, el hecho cierto es que en las obras de Mayakovsky lo que falta esencialmente es la acción. Esto puede parecer una paradoja, pues el futurismo parece fundamentarse enteramente sobre la acción. Pero aquí interviene la incorruptible dialéctica: un exceso de imágenes impetuosas da lugar a una calma monótona. Para ser percibida físicamente, y más aun artísticamente, la acción debe corresponderse con la mecánica de nuestra percepción y con el ritmo de nuestros sentimientos. Una obra de arte debe mostrar el crecimiento gradual de una imagen, de una idea, de un estado de ánimo, de un argumento, de una intriga hasta llegar a un clímax, y no lanzar al lector de un lado a otro, aunque esto se haga con los golpes más refinados del boxeo metafórico. En Mayakovsky, cada frase, cada expresión, cada imagen trata de ser el clímax, el máximo; por eso el conjunto no tiene clímax. El espectador tiene la impresión de que tiene que dividirse en partes y de que el todo se le escapa. La ascensión de una montaña es penosa, pero vale la pena, mientras que un paseo por un terreno accidentado cansa igualmente y no causa placer. Las obras de Mayakovsky no tienen cima, no obedecen a ninguna disciplina interior. Las partes se niegan a obedecer al todo; cada una trata de ser independiente, desarrollando su dinámica propia sin tener en cuenta el conjunto. Por eso no hay ni conjunto ni dinamismo. La labor futurista con el idioma y las imágenes no ha encontrado aún un modo sintético de expresión.

Ciento cincuenta millones debía ser el poema de la revolución. Pero no lo es. Esta obra, de grandes pretensiones, está resquebrajada por las debilidades y defectos del futurismo. El autor quería escribir la epopeya del sufrimiento de las masas, del heroísmo de las masas, de la revolución impersonal de ciento cincuenta millones de Ivanes. Por eso no la firmó. "Nadie es el autor de mi poema". Pero este anonimato querido, convencional, no cambia nada: en realidad, el poema es profundamente personal, individualista, en el peor sentido de esta palabra. Contiene demasiada arbitrariedad artística. Imágenes como

"Wilson nadando en la grasa", "En Chicago todos los habitantes tienen por lo menos el título de generales", "Wilson se atraca, engorda, su tripa sube cada vez más pisos", etc., aparentemente muy fáciles y muy groseras, no son en absoluto imágenes populares, y en todo caso no son las que emplean las masas hoy día. El obrero, al menos el que lea el poema de Mayakovsky, habrá visto la fotografía de Wilson. Y Wilson es delgado, pese a que no dudamos que absorbe una buena cantidad de proteínas y grasas. El obrero habrá leído también a Upton Sinclair y sabrá que, en Chicago, aparte de generales, hay trabajadores en los mataderos. A pesar de su hiperbolismo tronante, se encuentra en estas imágenes gratuitas y primitivas una especie de afectación, parecida a la que los adultos adoptan con los niños. Lo que se oculta tras ellas no es el simplismo de la imaginación popular exuberante, sino la estupidez de la bohemia. Wilson tiene una escala. "Si comienzas a escalarla de joven, apenas habrás llegado a la cima cuando seas viejo". Iván ataca a Wilson, y se produce el "campeonato mundial de la lucha de clases"; Wilson tiene "pistolas con cuatro gatillos y un sable con sesenta puntas aguzadas", e Iván tiene "una mano y otra mano, y ésta puesta en el cinturón". ¡Iván, desarmado, con la mano en el cinturón, contra el infiel armado con pistolas, es un antiguo tema ruso! ¿No estamos ante Ilia Murometz?[31] ¿O se trata quizás de Iván el Loco, que se lanza descalzo contra la ingeniosa maquinaria alemana? Wilson golpea a Iván con su sable: "Le hace una herida de cuarenta verstas de largo... Pero de repente, de la herida surge un hombre arrastrándose". Y así continúa, con cosas por el estilo. ¡Qué fuera de lugar y sobre todo qué frívolos resultan estos cuentos de hadas y estas baladas primitivas adaptados de mala manera a la industrial Chicago y a la lucha de clases! Todo esto aspira a ser algo titánico, pero en realidad se queda en atlético, y aun de un atletismo dudoso, una especie de parodia, como un levantamiento de pesas huecas. ¡"El campeonato mundial de la lucha de clases"! Autocrítica, ¿dónde estás? Un campeonato es un espectáculo para las vacaciones, basado muchas veces en trucos y manejos. Ni la imagen ni la palabra resultan adecuadas al caso. En vez de una lucha realmente titánica de ciento cincuenta millones, ha resultado la parodia de una balada y de un campeonato de circo. La parodia no es intencionada, pero esto no lo arregla.

Las imágenes sin sentido, es decir aquellas que no han sido elaboradas interiormente, se comen la idea sin dejar restos, y artística y políticamente la estropean. ¿Por qué tiene Iván, luchando contra sables y pistolas, una mano en el cinturón? ¿Por qué este desprecio de la técnica? Es cierto que Iván está peor armado que Wilson, pero precisamente por eso debe servirse de ambas manos. Y si no cae derrotado es porque en Chicago hay obreros, y no sólo generales, y porque una gran parte de estos obreros luchan a favor de Iván y contra Wilson. Pero esto no nos lo dice el poema. Al tratar de lograr una imagen supuestamente monumental, el autor deja escapar lo esencial.

Rápidamente, y de paso, es decir sin querer, el autor divide el mundo entero en dos clases: de un lado está Wilson, nadando en la grasa, con los armiños, los castores, los astros importantes, y del otro Iván, con las blusas y con los millones de estrellas de la Vía Láctea. "Para los castores los versitos de los decadentes del mundo entero, para las blusas el verso de bronce de los futuristas". Pero en general, aunque el poema tiene riqueza de expresión y algunos versos con fuerza y con imágenes brillantes, realmente no tiene ningún verso de bronce para las blusas. ¿Se debe esto a falta de talento? No, sino a la falta de una imagen de la revolución forjada con nervio y con inteligencia, una imagen a la que se subordine la forma. El autor juega al forzudo que lanza y recoge imágenes, una tras otra. "¡Acabaremos contigo, mundo romántico!", amenaza Mayakovsky. De acuerdo. Hay que acabar con el romanticismo de Oblomov o del Karatáiev de Tolstoi. Pero ¿cómo?

[31] Ilia Murometz, héroe de las antiguas canciones de gesta rusas.

"Es viejo... Mátale y haz un cenicero con su cráneo". ¡Pero esto es el más puro y negativo romanticismo! Los ceniceros hechos de cráneos son incómodos y antihigiénicos. Y este salvajismo, en definitiva, no tiene sentido. Al hacer este uso tan extraño de los huesos del cráneo, el poeta cae en el romanticismo; y desde luego, ni ha elaborado ni ha dado unidad a sus imágenes. "¡Embolsaos la riqueza de todos los mundos!" Con este tono tan familiar habla Mayakovsky del socialismo. Pero embolsarse quiere decir guardarse algo como un ladrón. ¿Se puede usar esta palabra cuando se trata de la expropiación de la tierra y de las fábricas por la sociedad? No, es claramente inadecuada. El autor dice vulgaridades para codearse con el socialismo y la revolución. Pero cuando golpea familiarmente a los ciento cincuenta millones de Ivanes "en las costillas", no consigue elevar a Iván a dimensiones titánicas, sino que lo reduce a la octava parte de una página. Familiaridad no significa intimidad profunda, porque muchas veces es sólo la exteriorización de una mala educación política o moral. Unos lazos serios y profundos con la revolución excluirían el tono familiar y darían lugar a lo que los alemanes llaman el dramatismo de la distancia.

El poema tiene versos con fuerza, imágenes audaces y expresiones afortunadas. El "réquiem triunfal de la paz" con que termina, es quizás la parte más lograda. Pero, en definitiva, el conjunto se ve afectado por una falta de dinamismo interno. No se marcan bien los contrastes para resolverlos luego. ¡A un poema sobre la revolución le falla dinamismo! Las imágenes existen por su cuenta, chocan, se repelen. Esta hostilidad no es consecuencia del asunto histórico, sino de su falta de armonía con una concepción del mundo revolucionaria. Y, sin embargo, ¡cuando uno llega al final del poema, no sin dificultades, debe reconocer que, a poco que el poeta hubiese mostrado mesura y sentido autocrítico, habría escrito un gran poema! Quizás estos defectos fundamentales no sean culpa personal de Mayakovsky, sino debidos al hecho de que trabaja en su pequeño mundo aislado. Nada resulta tan fatal para la autocrítica y la mesura como la vida en un círculo cerrado.

También las obras satíricas de Mayakovsky se ven afectadas por una falta de penetración en la esencia de las cosas y en sus relaciones. Su sátira es ingeniosa y superficial. Para que un caricaturista nos diga algo, no sólo debe saber manejar el lápiz; debe conocer a fondo, por dentro y por fuera, el mundo que trata de describir. ¡Saltikov no conocía mal la burocracia y la nobleza! Una caricatura aproximativa (y el 99% de las caricaturas soviéticas lo son, desgraciadamente) es como un disparo que no da en el blanco, aunque sólo sea por la anchura de un dedo, o incluso por un pelo; casi tocó el blanco, y sin embargo ha sido un fallo. La sátira de Mayakovsky es aproximativa. Sus observaciones ingeniosas, laterales, faltan el blanco, a veces por un dedo y a veces por un palmo. Mayakovsky cree seriamente que se puede abstraer lo "cómico" de su soporte material y reducirlo a pura forma. En el prólogo a su colección de sátiras llega hasta a presentar un "esquema de la risa". Y si algo puede hacernos sonreír al leer este "esquema", es el hecho de que no tiene nada de divertido. Y aun cuando se pudiera hacer un "esquema" mejor que el de Mayakovsky, no por eso dejaría de existir una gran diferencia entre la risa provocada por una sátira acertada y la risa tonta causada por un cosquilleo verbal.

Mayakovsky se ha elevado desde la bohemia que le lanzó hasta lograr creaciones verdaderamente extraordinarias. Pero la rama sobre la que está subido sigue siendo la suya personal. Se rebela contra su situación, contra la dependencia material y moral en que se encuentra su vida, y sobre todo su amor; y dolorido, indignado contra los dueños de la vida que le arrebataron a su amada, llega a clamar por la revolución y a predecir que ésta caerá sobre esa sociedad que priva la libertad a la personalidad de Mayakovsky. En definitiva, su obra más significativa artísticamente y más prometedora desde el punto de vista de la capacidad creadora, es *Una nube con pantalones*, el poema de un amor

desgraciado. Resulta difícil creer que algo con tanta fuerza y con una forma tan original haya sido escrito por un joven de veintidós o veintitrés años. *Guerra y universo*, *Misterio bufo* y *Ciento cincuenta millones* son mucho más flojos, porque en ellos Mayakovsky abandonó su órbita individual para tratar de moverse en la órbita de la revolución. Se pueden aplaudir sus esfuerzos, porque realmente no hay otro camino para él. *A propósito de esto* vuelve al tema del amor personal, pero no avanza, sino que retrocede unos pasos respecto de *Una nube*. Sólo la ampliación del campo de sus conocimientos y la profundización del contenido artístico, pueden permitirle mantener el equilibrio en un plano mucho más elevado. Pero no se puede negar que cambiar conscientemente hacia otra dirección artística y social esencialmente nueva es algo muy difícil. La técnica de Mayakovsky se ha depurado en estos últimos tiempos, evidentemente, pero también se ha estereotipado. *Misterio bufo* y *Ciento cincuenta millones* tienen líneas espléndidas, al lado de fallos fatales, ocultos en parte por la retórica y por algunos equilibrios sobre la cuerda verbal. La calidad básica, la sinceridad, el grito interior que oíamos en *Una nube* no aparecen aquí ya. "Mayakovsky se repite", dicen algunos; "Mayakovsky está agotado", añaden otros; "Mayakovsky se ha convertido en un poeta oficial", se regocijan maliciosamente los tenderos. ¿Es cierto esto? No nos apresuremos a hacer profecías pesimistas. Mayakovsky ya no es un adolescente, desde luego, pero todavía es joven. Sin embargo, no hay que negar que sigue habiendo dificultades en su camino. Aquella espontaneidad creadora que brotaba de *Una nube* como de una fuente viva, no volverá a tenerla. Pero no hay que lamentarse por ello. La espontaneidad juvenil que surge como el agua de un manantial, suele dejar paso en la madurez a una maestría segura de sí misma, que no sólo significa el dominio del lenguaje sino también una visión más amplia de la vida y de la historia, y una penetración profunda en la mecánica de las fuerzas vivas, colectivas e individuales, de las ideas, de los temperamentos, de las pasiones. Esta maestría experimentada es incompatible con el diletantismo social, los gritos, la falta de respeto por sí mismo, esa fanfarronería insoportable y ese hacerse el genio, a base de cualquiera de los trucos y pruebas de los cafés de la intelligentsia. Si la crisis que atraviesa el poeta (pues desde luego la crisis existe) ha de acabar en una lucidez sabia que le enseñe a distinguir lo particular de lo general, el historiador de la literatura dirá que *Misterio bufo* y *Ciento cincuenta millones* no han sido más que los inevitables y momentáneos descensos de tensión al tomar la curva de la carretera que conduce a la cima creadora. Deseamos sinceramente que Mayakovsky dé motivos al historiador futuro para llegar a esta conclusión.

Cuando uno se rompe un brazo o una pierna, los huesos, los tendones, los músculos, las arterias, los nervios y la piel no se rompen o desgarran siguiendo una única línea, ni tampoco se unen y se curan luego todos a la vez. De la misma manera, cuando se produce una ruptura revolucionaria en la vida de las sociedades, no hay simultaneidad ni simetría en los procesos, ni en el orden ideológico ni en la estructura económica. Las premisas ideológicas necesarias para la revolución surgen antes de la revolución, mientras que las transformaciones ideológicas realmente importantes, derivadas de la revolución, sólo surgen mucho más tarde. Por eso, sería demasiado poco serio tratar de establecer, fundándose en analogías y comparaciones, una especie de identidad entre el futurismo y el comunismo, y deducir de esto que el futurismo es el arte del proletariado. Tales pretensiones deben rechazarse; pero esto no quiere decir que haya que despreciar la obra de los futuristas. En nuestra opinión, constituyen los eslabones necesarios para la formación de una literatura grande y nueva. Pero comparados con ésta, sólo serán un episodio significativo de su evolución. Para convencerse de ello basta considerar la cuestión más concretamente y desde el punto de vista histórico. Los futuristas tienen razón a su manera cuando, al reprochárseles que sus obras son inaccesibles a las masas,

responden que también *El capital* de Marx lo es. Es evidente que las masas carecen hoy día de formación cultural y estética, y que se van elevando muy lentamente. Pero ésta es sólo una de las razones de la inaccesibilidad del futurismo. Hay otra: tanto en sus métodos como en sus formas, el futurismo lleva en sí las huellas evidentes de este mundo, o mejor dicho de este mundillo en que ha nacido y que, por la naturaleza misma de las cosas, ha abandonado lógicamente, pero no psicológicamente. Es tan difícil arrancar al futurismo su manto intelectual, como separar la forma del contenido. Si esto ocurriese, el futurismo sufriría una transformación cualitativa tan profunda que dejaría de ser el futurismo. Y va a ocurrir, pero no de momento. Sin embargo, desde hoy mismo puede afirmarse que gran parte del futurismo será útil y servirá para una renovación y un desarrollo del arte, a condición de que aprenda a mantenerse sobre sus propias piernas, sin tratar de imponerse por un decreto oficial, como pretendió al comienzo de la revolución. Las formas nuevas deben abrirse camino por sí mismas hasta llegar a la conciencia de los elementos avanzados de la clase obrera, en la medida en que éstos se desarrollen culturalmente. El arte no puede vivir ni desarrollarse sin una atmósfera flexible de simpatía a su alrededor. Por este camino, y no por otro, llegara a desarrollarse un complejo proceso de relaciones mutuas. La elevación. del nivel cultural de la clase obrera ayudará e influirá en los innovadores que tengan realmente algo que decir. El manierismo, inevitable cuando reinan las camarillas, desaparecerá, y los gérmenes vitales harán nacer formas nuevas que permitirán resolver nuevos problemas artísticos. Este proceso supone ante todo una acumulación de la cultura material, un incremento del bienestar y un desarrollo de la técnica. No hay otro camino. No se puede pensar seriamente que la historia va a guardar en conserva las obras de los futuristas para servirlas a las masas al cabo de los años, cuando éstas hayan alcanzado suficiente madurez. Este sería “preteritismo” del más puro. Cuando llegue este momento, que no es inmediato, en que la educación estética y cultural de las masas trabajadoras supere el abismo entre la intelligentsia creadora y el pueblo, el arte será muy distinto al actual. En este proceso evolutivo, el futurismo aparecerá como un eslabón indispensable. ¿No basta con esto?

Una carta del camarada Gramsci sobre el futurismo italiano

He aquí la respuesta a las preguntas que me hizo usted sobre el movimiento futurista italiano:

A partir de la guerra, el movimiento futurista ha perdido completamente sus rasgos característicos en Italia. Marinetti se ocupa muy poco del movimiento. Se ha casado y prefiere consagrar sus energías a su mujer. En el movimiento futurista participan actualmente monárquicos, comunistas, republicanos y fascistas. En Milán se ha fundado hace poco un semanario político, *Il Principe*, que expone, o trata de exponer, las doctrinas que Maquiavelo predicó a la Italia del siglo XVI, a saber, que la lucha que enfrenta a las facciones locales y que lleva la nación al caos, no puede ser superada más que por un monarca absoluto, un nuevo César Borgia que estaría por encima de los partidos rivales. La revista está dirigida por dos futuristas, Bruno Corra y Enrico Settimelli. Marinetti, que fue detenido en Roma en 1920 por haber lanzado un violento discurso contra el rey en medio de una manifestación patriótica, colabora ahora en esta revista.

Los principales portavoces del futurismo de antes de la guerra se han hecho fascistas, excepto Giovanni Papini, que se ha hecho católico y ha escrito una historia de Cristo. Durante la guerra, los futuristas fueron los partidarios más acérrimos de la “guerra hasta la victoria total” y del imperialismo. Únicamente un fascista, Aldo Palazzeschi, se declaró contrario a la guerra. Rompió con el movimiento y, aunque era uno de los escritores más interesantes, acabó por callarse. Marinetti, que en líneas generales no dejó

de exaltar la guerra, publicó un manifiesto para demostrar que la guerra era el único remedio higiénico para el mundo. Tomó parte activa en la guerra como capitán de un batallón de tanques, y su último libro, *La alcoba de acero*, es un himno entusiástico a los tanques. Marinetti escribió un folleto titulado *Fuera del comunismo,* en el que desarrolla sus doctrinas políticas (si se pueden calificar de doctrinas las fantasías de este individuo), que son a veces muy agudas y siempre extrañas. Antes de mi salida de Italia, la sección del "Proletkult" de Turín había pedido a Marinetti que explicase a los obreros de esta organización, con ocasión de una exposición de cuadros futuristas, el significado de este movimiento. Marinetti no dudó en aceptar la invitación, visitó la exposición con los obreros y se declaró satisfecho de que tuviesen mucha más sensibilidad que los burgueses en relación con el arte futurista. Antes de la guerra, el futurismo era muy popular entre los obreros. La revista *L'Acerbo*, cuya tirada alcanzaba los 20.000 ejemplares, se difundía en sus cuatro quintas partes entre los obreros. Y en ocasión de muchas manifestaciones de futurismo, en los teatros de las ciudades más grandes de Italia, los obreros tomaban la defensa de los futuristas contra los jóvenes (semiaristócratas y burgueses) que las atacaban.

Pero el grupo futurista de Marinetti ya no existe. El antiguo órgano de Marinetti, *Poesia*, está dirigido ahora por un tal Mario Dessi, un tipo sin el menor talento, ni como intelectual ni como organizador. En el sur, especialmente en Sicilia, aparecen muchas publicaciones futuristas en las que Marinetti escribe artículos; pero estas pequeñas publicaciones están editadas por estudiantes que toman su ignorancia de la gramática italiana por futurismo. El grupo más importante entre los futuristas es el de los pintores. En Roma hay una exposición permanente de pintura futurista, organizada por un tal Antonio Giulio Bragaglia, fotógrafo fracasado, productor de cine y empresario. El más conocido de los pintores futuristas es Giorgio Balla. D'Annunzio no ha dado nunca públicamente su opinión sobre el futurismo. Hay que recordar que el futurismo, en sus orígenes, era enemigo declarado de d'Annunzio. Uno de los primeros libros de Marinetti se titulaba *Los dioses se van, d'Annunzio queda*. Aunque durante la guerra los programas políticos de Marinetti y de d'Annunzio coincidiesen plenamente, los futuristas han seguido siendo anti d'Annunzio. No han mostrado prácticamente ningún interés por el movimiento de Fiume, aunque más tarde hayan participado en las manifestaciones.

Se puede decir que desde que acabó la guerra, el movimiento futurista ha perdido completamente su carácter y se ha disuelto en varias corrientes subsidiarias. Los jóvenes intelectuales son casi todos reaccionarios. Los obreros, que habían visto en el futurismo un arma de lucha contra la vieja cultura académica italiana, osificada y extraña al pueblo, se ven obligados a luchar hoy con las armas en la mano por su libertad y se toman poco interés por las antiguas discusiones. En las grandes ciudades industriales, el programa del "Proletkult", que tiende a fomentar el espíritu creador del obrero en la literatura y el arte, absorbe la energía de los que tienen todavía tiempo y ganas de interesarse por tales cuestiones.

Moscú, 8 de septiembre de 1922

5. La escuela formalista de poesía y el marxismo

Aparte de los débiles ecos de los sistemas ideológicos prerrevolucionarios, la única teoría que se ha opuesto al marxismo en la Rusia soviética en los últimos años es la teoría formalista del arte. Lo paradójico en este caso es que el formalismo ruso estaba estrechamente ligado al futurismo ruso, y mientras éste ha capitulado políticamente ante el comunismo, el formalismo se ha opuesto al marxismo con todas sus fuerzas.

Víctor Sklovsky es a la vez el teórico del futurismo y el jefe de la escuela formalista. Según su teoría, el arte ha sido siempre la plasmación de formas puras autosuficientes, hecho reconocido por el futurismo por primera vez. El futurismo es, pues, el primer arte consciente de la historia, la escuela formalista la primera escuela de arte científica. Gracias a los esfuerzos de Sklovsky (¡lo que no es poco mérito!), la teoría del arte y, en parte, el arte mismo, se han elevado al fin del estadio de la alquimia al de la química. El heraldo de la escuela formalista, el primer químico del arte, da, de pasada, algunos golpecitos amistosos a los futuristas "conciliadores", que tratan de tender un puente hacia la revolución y que creen encontrarlo en la concepción materialista de la historia. No hace falta ningún puente como ése: el futurismo se basta completamente a sí mismo.

Hay dos razones por las que es preciso detenerse un momento ante esta escuela formalista. En primer lugar, por ella misma; pese a la superficialidad y el reaccionarismo de la teoría formalista del arte, una parte del trabajo de investigación de los formalistas es útil. La otra razón es el futurismo: por gratuitas que sean las pretensiones de los futuristas de ser los únicos representantes del arte nuevo, no se puede excluir al futurismo del proceso evolutivo que conduce al arte del futuro.

¿Qué es la escuela formalista?

Tal como está representada actualmente por Sklovsky, Jirmunsky, Jacobson y otros, es demasiado arrogante e inmadura. Al haber declarado que la esencia de la poesía era la forma, esta escuela reduce su tarea a analizar (de modo esencialmente descriptivo y casi estadístico) la etimología y la sintaxis de las obras poéticas, a contar las vocales consonantes, sílabas, adjetivos que se repiten. Este análisis que los formalistas consideran la esencia de la poesía, o "ciencia poética", es sin duda necesario y útil, pero no se debe olvidar su carácter parcial, fragmentario, subsidiario y preparatorio. Puede llegar a ser un elemento esencial de la técnica poética y de las reglas del oficio. Así como es útil para un poeta o un escritor hacer listas de sinónimos y aumentar su número para ampliar su vocabulario, es también útil, e incluso necesario para un poeta, valorar una palabra no sólo según su significado intrínseco sino también según su acústica, ya que es ante todo la acústica la que trasmite una palabra de unos a otros. Los métodos formalistas, mantenidos dentro de límites razonables, pueden ayudar a esclarecer las peculiaridades artísticas y psicológicas de la forma (su economía, su movimiento sus contrastes, su hiperbolismo, etc.). Todo esto, a su vez, puede abrirle al artista un camino (uno delos caminos) para la comprensión del mundo, y facilitar el descubrimiento de las relaciones de un artista o de toda una escuela artística con su medio social. Puesto que estamos analizando una escuela viva, contemporánea, que está aún desarrollándose, tiene para nosotros un significado inmediato, en la época de transición que vivimos, el someterla a prueba por medio de análisis sociales para poner en claro sus raíces de clase. De este

modo, no sólo el lector, sino la escuela misma, podrá orientarse, es decir conocerse, depurarse y dirigirse a sí misma.

Pero los formalistas se niegan a admitir que sus métodos tienen sólo un valor accesorio. instrumental y técnico, semejante al de la estadística para las ciencias sociales o el microscopio para la biología. No, ellos pretenden ir mucho más lejos. Para ellos, el arte literario culmina y se agota en la palabra como el arte pictórico en el color. Un poema es una combinación de sonidos, una pintura es una combinación de manchas de color, y las leyes del arte son las leyes de las combinaciones de palabras y colores. El punto de vista social y psicológico, que para nosotros es el único que da un sentido al trabajo microscópico y estadístico sobre la materia verbal, para los formalistas es pura alquimia.

"El arte ha sido siempre independiente de la vida y su color no ha reflejado nunca el color de la bandera que ondeaba sobre la fortaleza de la ciudad" (Sklovsky). "La sumisión a la expresión, a la masa verbal, es el elemento único, esencial, de la poesía" (R. Jacobson, en *La poesía rusa actual*). "En cuanto hay una nueva forma, hay un nuevo contenido. La forma, así, determina el contenido" (Kruchenik). "Poesía quiere decir dar forma a la palabra, que es válida en sí misma" (Jacobson) o, como dice Jlebnikov, que tiene "valor en sí misma"; etc.

Ciertamente, los futuristas italianos habían buscado en la palabra el medio de expresión para la época de la locomotora, la hélice, la electricidad, la radio, etc. Es decir, buscaban una forma nueva para el nuevo contenido de la vida. Pero resultó que "era una reforma en el terreno del reportaje, no en el terreno del lenguaje poético" (Jacobson). El futurismo ruso es completamente distinto; lleva al extremo la "sumisión a la masa verbal". Para el futurismo ruso, la forma determina el contenido.

Jacobson se ve obligado sin duda a admitir que "una serie de nuevos métodos poéticos encuentra su aplicación (?) en el urbanismo (en la cultura de la ciudad). Pero su conclusión es ésta: "*De ahí* los poemas urbanos de Mayakovsky y Jlebnikov". En otras palabras, no es la cultura de la ciudad, la que ha impresionado el ojo y el oído del poeta y los ha reeducado, la que le ha inspirado nuevas formas, nuevas imágenes, nuevos adjetivos, nuevo ritmo, sino al contrario, es la forma nueva la que, surgida espontáneamente ("autónomamente"), ha obligado al poeta a buscar un material adecuado y le ha empujado hacia la ciudad. ¡El desarrollo de la "masa verbal" se ha producido espontáneamente, desde la *Odisea* hasta *Una nube con pantalones*; la antorcha, la vela, la lámpara eléctrica no significan nada en todo esto! Basta con formular esta teoría con claridad para que su inconsistencia pueril salte a la vista. Pero Jacobson trata de insistir; replica de antemano que en el mismo Mayakovsky se encuentran versos como estos: "Abandonad las ciudades, hombres estúpidos". Y el teórico de la escuela formalista razona sesudamente: "¿Qué es esto, una contradicción lógica? Pero que sean otros los que tomen en cuenta las ideas que un poeta expresa en sus obras. Recriminar a un poeta por sus ideas y sentimientos es una actitud tan absurda como la del público medieval que golpeaba al actor que había representado el papel de Judas". Y todo así.

Es evidente que todo esto está escrito por un alumno brillante de la escuela secundaria con la más clara y "autónoma" intención de "clavarle un plumazo a nuestro profesor de literatura, insigne pedante". Pero nuestros audaces innovadores, por hábiles que sean en clavar su pluma, son incapaces de servirse de ella para un trabajo teórico o gramatical. Esto no es difícil de probar.

El futurismo, naturalmente, ha sufrido las sugestiones de la ciudad, del tranvía, de la electricidad, del telégrafo, de automóvil, de la hélice, del cabaret nocturno (sobre todo del cabaret nocturno), mucho antes de haber encontrado su forma nueva. El urbanismo está profundamente arraigado en el subconsciente del futurismo, y los adjetivos, la etimología, la sintaxis y el ritmo del futurismo no son más que un intento de dar forma

artística al nuevo espíritu de las ciudades que se ha hecho consciente. Y cuando Mayakovsky exclama "Abandonad las ciudades, hombres estúpidos", es el grito de un ciudadano, de un hombre urbanizado hasta la médula de los huesos, que muestra ser un hombre de ciudad de la forma más clara y visible, precisamente cuando "abandona la ciudad" para ir a veranear al campo. No se trata aquí en absoluto de "recriminar" (esta palabra es poco significativa) a un poeta por las ideas y sentimientos que expresa. Indudablemente es sólo la manera de expresarse lo que lo hace poeta. Pero, en definitiva, un poeta usa el lenguaje de la escuela de la que forma parte o que él ha creado para desempeñar tareas que están *fuera* de él. Y esto es cierto incluso cuando limita su campo a la lírica, a su amor y su muerte personal. Aunque los matices personales de la forma poética se deben evidentemente a la creación individual, van también unidos a la imitación y la rutina, tanto por lo que se refiere a los sentimientos como a la manera de expresarlos. Una nueva forma artística, vista desde una amplia perspectiva histórica, nace como respuesta a necesidades nuevas. Para dar un ejemplo dentro de la poesía lírica íntima, se puede decir que entre la fisiología sexual y un poema de amor hay un complicado sistema de mecanismos psíquicos de transmisión, compuestos de elementos individuales, raciales y sociales. La base racial hereditaria, es decir, la base sexual del hombre, cambia lentamente. Las formas sociales del amor cambian más rápidamente. Estas afectan a la superestructura psíquica del amor, producen nuevos matices y nuevas entonaciones, nuevas exigencias espirituales, la necesidad de un vocabulario nuevo, y, de este modo, significan nuevas exigencias en el terreno poético. El poeta no puede encontrar material para su creación artística más que en su medio social y transmite los nuevos impulsos de la vida a través de su propia conciencia artística. El idioma, modificado y complicado por las condiciones urbanas, da al poeta un nuevo material verbal y sugiere o facilita nuevas combinaciones de palabras para la formulación poética de pensamientos o sentimientos nuevos que tratan de abrirse paso a través de la corteza oscura del subconsciente. Si no hubiese cambios psíquicos producidos por los cambios en el medio social, no habría movimiento en el arte: de generación en generación, la gente seguiría contentándose con la poesía de la Biblia o de los griegos antiguos.

Pero entonces, grita el filósofo del formalismo lanzándose sobre nosotros, ¿se trata sólo de una nueva forma "en el terreno del reportaje, y no en el del lenguaje poético? ¡Con esto nos ha fulminado! Pues bien, sí, si no le parece mal, la poesía es reportaje, sólo que con un estilo peculiar, superior.

Las disputas sobre arte puro y arte de tendencia tuvieron lugar entre liberales y "populistas". A nosotros no nos van. El materialismo dialéctico está por encima de esto; desde el punto de vista de un proceso histórico objetivo el arte es siempre servidor de la sociedad, algo útil a la historia. Encuentra el ritmo de las palabras necesario para expresar estados de ánimo oscuros y vagos, acerca el pensamiento y el sentimiento, enriquece la experiencia espiritual del individuo y la comunidad, depura el sentimiento, lo hace más flexible, más sensible, le da más resonancia, amplía el volumen del pensamiento de antemano, y no según el método personal de acumular experiencia, educa al individuo, al grupo social, a la clase y a la nación. Y hace todo esto con absoluta independencia de que aparezca, en cada caso concreto, bajo la bandera del arte "puro" o de un arte declaradamente tendencioso. En nuestro proceso social ruso, el arte de tendencia fue la bandera de la intelligentsia que trató de acercarse al pueblo. Impotente, aplastada por el zarismo y privada de medio cultural, buscaba apoyo en los estratos inferiores de la sociedad y se esforzaba por probar al "pueblo" que no pensaba más que en él, que vivía sólo por él y que le amaba "terriblemente". Y al igual que los populistas que "iban al pueblo" estaban dispuestos a prescindir de ropa interior limpia, de peine y de cepillo de dientes, la intelligentsia estaba dispuesta a sacrificar las "sutilezas" formales de su arte

para lograr expresar de la forma más directa e inmediata los sufrimientos y esperanzas de los oprimidos. Por el contrario, el arte "puro" fue la bandera lógica de la burguesía pujante, que no podía declarar abiertamente su carácter burgués y que a la vez trataba de mantener a la intelligentsia a su servicio. El punto de vista marxista está muy lejos de estas tendencias, que fueron históricamente necesarias, pero que históricamente son ya "el pasado". En el plano de la investigación científica el marxismo investiga con la misma certidumbre las raíces sociales del arte "puro" y las del arte de tendencia. No "recrimina" en a soluto a un poeta por los pensamientos y sentimientos que expresa, sino que plantea cuestiones de un significado mucho más profundo, por ejemplo: ¿a qué tipo de sentimientos corresponde una determinada obra de arte con todas sus peculiaridades?, ¿cuál es el condicionamiento social de estos pensamientos y sentimientos, qué lugar ocupan en el desarrollo histórico de una sociedad y de una clase? Y más aún: ¿cuáles son los elementos de la herencia literaria que han intervenido en la elaboración de la forma nueva; bajo la influencia de qué corrientes históricas se han abierto paso los nuevos complejos de sentimientos y pensamientos a través de la corteza que les separaba de la esfera de la conciencia poética? La investigación puede llegar a ser más complicada, más detallada, más concreta e individual, pero también tendrá siempre como idea fundamental la de fijar el papel secundario que el arte desempeña en el proceso social.

Cada clase tiene su propia política artística, es decir, su sistema de presentación de sus exigencias artísticas, que cambia con el tiempo: por ejemplo, el mecenazgo de las cortes y los grandes señores, el juego automático de la oferta y la demanda, completado con procedimientos complejos de influencia sobre el individuo, etc. La dependencia social e incluso personal del arte no estuvo oculta, sino que fue proclamada abiertamente mientras el arte conservó su carácter cortesano. El carácter más amplio, más popular, más anónimo, de la burguesía ascendente condujo, en líneas generales, a la teoría del arte "puro", aunque hubo muchas desviaciones. Como ya vimos, la literatura de tendencia de la intelligentsia populista llevaba en sí un interés de clase: la intelligentsia no podía tomar fuerza ni conquistar el derecho a desempeñar un papel en la historia sin el apoyo del pueblo. Pero con la lucha revolucionaria, el egoísmo de clase de la intelligentsia se volvió en sentido opuesto y, en su ala izquierda, asumió una postura de máxima abnegación. Por eso la intelligentsia no sólo no trató de ocultar, sino que proclamó abiertamente el carácter tendencioso del arte, sacrificando así frecuentemente el arte mismo, igual que había sacrificado tantas otras cosas.

Nuestra concepción marxista del condicionamiento social objetivo del arte y de su utilidad social no significa en absoluto, cuando se habla en términos políticos, un deseo de dominación del arte por medio de órdenes y decretos. Es falso decir que para nosotros sólo es nuevo y revolucionario el arte que habla del obrero, y es absurdo pretender que nosotros exigimos a los poetas que describan exclusivamente las chimeneas de una fábrica o una insurrección contra el capital. Por supuesto, el arte nuevo no puede por menos de conceder una atención primordial a la lucha del proletariado. Pero el arado del arte nuevo no está limitado a unos cuantos surcos numerados; al contrario, debe arar todo el terreno y en todas las direcciones. Por pequeño que sea, el lirismo personal tiene indiscutiblemente un derecho de existir dentro del arte nuevo. Más aún, el hombre nuevo no podrá formarse sin una nueva poesía lírica. Pero, para crearla, el poeta debe sentir el mundo de una manera nueva. Si el abrazo del poeta con el mundo debe estar necesariamente bajo la protección de Cristo o de Sabaoth en persona (como en el caso de Ajmatova, Tsvetaeva, Skapskaya y otros), esto sólo probará lo retrasado que está su lirismo y lo inadecuado que resulta, social y estéticamente, al hombre nuevo. Incluso en los casos en que esta terminología no es tanto una supervivencia de experiencias profundas como un retraso en el vocabulario, es como mínimo una prueba de inercia

psicológica, y por tanto se opone a la conciencia del hombre nuevo. Nadie va a imponer los temas a los poetas, nadie pretenderá imponérselos. ¡Escriban sobre todo lo que se les ocurra! Pero permitan que la clase nueva, que se considera, y con razón, llamada a construir un mundo nuevo, diga, en tal o cual caso concreto: no se crean poetas nuevos dedicándose a traducir la filosofía del "Domostroi", del siglo XVII, al idioma de los acmeístas. La forma artística es independiente en gran medida, pero el artista que crea esta forma y el espectador que goza de ella no son máquinas vacías, hechas una para crear la forma y otra para apreciarla. Son seres vivos, con una psicología cristalizada y hasta cierto punto unida, aunque no siempre armoniosa. Esta psicología es el resultado de las condiciones sociales. La creación percepción de las formas artísticas es una de sus funciones. Y por profundos que tratan de ser los formalistas, toda su teoría se basa simplemente en el hecho de que ignoran *la unidad psicológica del hombre social*, del hombre que consume lo que ha sido creado.

Lo que el proletariado debe encontrar en el arte es la expresión de esta nueva perspectiva espiritual, que ya comienza a formularse dentro de él y al que el arte debe ayudar a dar forma. Esta no es una orden estatal sino una exigencia histórica. Su fuerza reside en el carácter objetivo de su necesidad histórica. No se puede eludirla ni escapar a su poder.

La escuela formalista parece esforzarse por ser objetiva. Está asqueada, y no sin razón, de la arbitrariedad literaria y crítica, que actúa únicamente según los gustos y caprichos. Busca criterios precisos de clasificación y valoración. Pero, debido a la estrechez de su punto de vista y a sus métodos superficiales, cae constantemente en supersticiones como la grafología y la frenología. Estas dos "escuelas" se han propuesto como meta el establecimiento de criterios puramente objetivos, para definir el carácter de un hombre, como el número y la redondez de las curvas en la escritura y las peculiaridades de las protuberancias posteriores del cráneo. Probablemente las curvas y las protuberancias tienen realmente alguna relación con el carácter; pero esta relación no es inmediata y está muy lejos de definir de un modo completo el carácter humano. Este aparente objetivismo, basado en elementos accidentales, secundarios e insuficientes, lleva inevitablemente al peor de los subjetivismos. En el caso de la escuela formalista, lleva al fetichismo de la palabra. Tras haber contado los adjetivos, pesado los versos y medido los ritmos, el formalista o bien se queda callado con el aspecto de un hombre que no sabe qué hacer consigo mismo, o bien emite una generalización inesperada que contiene un cinco por ciento de formalismo y un noventa y cinco por ciento de intuición sin el menor sentido crítico.

En el fondo los formalistas no desarrollan su teoría del arte hasta sus últimas consecuencias lógicas. Si se considera el proceso de creación poética sólo como una combinación de sonidos o palabras, y si se quieren resolver todos los problemas de la poesía desde este punto de vista, la única fórmula perfecta de "poética" sería ésta: ármese usted con un diccionario y cree, por medio de combinaciones y permutas algebraicas de los elementos del idioma, todas las posibles obras poéticas, pasadas y por venir. Razonando "formalmente", se puede producir *Eugenio Oneguin* de dos maneras: subordinando la elección de los términos a una idea artística preconcebida (como hizo Pushkin) o resolviendo el problema por métodos algebraicos. Desde el punto de vista "formalista", el segundo camino es más correcto, pues no depende del estado de ánimo, de la inspiración o de otros elementos precarios de este tipo, y además tiene la ventaja de que aparte de *Eugenio Oneguin* puede producir un número incalculable de obras maestras. Todo lo que se necesita es una infinidad de tiempo, es decir la eternidad. Pero como ni la humanidad, ni mucho menos el poeta individual, tienen la eternidad a su disposición, la fuente fundamental de la composición poética seguirá siendo, como antes, la idea artística

preconcebida, entendida en el más amplio sentido, es decir a la vez como pensamiento exacto y sentimiento personal o social claramente expresado y como estado de ánimo poco preciso. En sus esfuerzos hacia una cristalización artística, esta idea subjetiva será excitada y modificada por la forma, y puede que a veces se vea empujada hacia una dirección totalmente imprevista al principio. Esto quiere decir sólo que la forma verbal no es el reflejo pasivo de una idea artística preconcebida sino un elemento activo que influye en la idea misma. Pero este tipo de relación activa recíproca, en el que la forma influye en el contenido y a veces lo transforma totalmente existe en todos los campos de la vida social, e incluso de la biológica. No hay razón alguna para rechazar el darwinismo y el marxismo y crear una escuela formalista en biología o en sociología.

Víctor Sklovsky, que oscila fácilmente desde el formalismo verbal a las valoraciones más subjetivas, adopta sin embargo una actitud totalmente intransigente hacia la aplicación de la teoría del materialismo histórico al arte. En un opúsculo que publicó en Berlín, con el título de *La marcha del caballo*, formula en tres páginas pequeñas (la brevedad es el mérito principal, o al menos el indiscutible, de Sklovsky) cinco argumentos exhaustivos (no cuatro ni seis, sino cinco) contra la concepción materialista del arte. Vamos a examinar estos argumentos, porque no será inútil ver y mostrar qué tonterías se nos presentan como la última palabra del pensamiento científico (con la máxima variedad de referencias científicas dentro de esas tres páginas microscópicas).

"Si el medio y las relaciones de producción influyesen en el arte [escribe Sklovsky], ¿no tendrían que estar, entonces, los temas artísticos ligados a los lugares en que se producen esas relaciones? Pero los temas no tienen patria ni hogar". Bien, ¿y qué ocurre con las mariposas? Según Darwin, también ellas "corresponden" a relaciones determinadas, y sin embargo vuelan de un lugar a otro, lo mismo que cualquier escritor etéreo.

No es fácil comprender por qué el marxismo debe condenar los temas artísticos a una situación de esclavitud. El hecho de que diferentes pueblos, y diferentes clases del mismo pueblo, utilicen los mismos temas, muestra simplemente la limitación de la imaginación humana los esfuerzos que hace el hombre en economizar sus energías en todas sus creaciones, incluso en la artística. Cada clase trata de servirse al máximo de la herencia material y espiritual de las otras clases. El argumento de Sklovsky podría trasplantarse fácilmente al campo de la técnica de la producción. Desde los tiempos antiguos, el vehículo se ha basado esencialmente en el mismo esquema: ejes, ruedas y una carrocería. Sin embargo, el carro del patricio romano se adaptaba tanto a sus gustos y necesidades como la carroza del conde Orlov, con su confort interior, a los gustos del favorito de Catalina la Grande. La carreta del campesino ruso se adapta a las necesidades de su casa, a la fuerza de su pequeño caballo y a las exigencias de los caminos de campo. El automóvil, indiscutiblemente un producto de la técnica moderna, presenta sin embargo el mismo "tema": cuatro ruedas colocadas sobre dos ejes. Y, no obstante, cada vez que, en un camino ruso, el caballo de un campesino se espanta, deslumbrado por los faros de un coche, el episodio refleja el conflicto de dos culturas.

"Si el medio social se expresase en las novelas [dice el segundo argumento] la ciencia europea no se estaría rompiendo la cabeza por averiguar dónde se escribieron los cuentos de *Las mil y una noches*, si en Egipto, India o Persia". Decir que el medio del hombre, entre otros el del artista, es decir las condiciones de su vida y de su educación, se expresan en su obra, no quiere decir que esta expresión tenga un carácter geográfico, etnográfico y estadístico preciso. No tiene nada de sorprendente el que sea difícil determinar si ciertas novelas se escribieron en Egipto, la India o Persia, pues las condiciones sociales de estos países son muy similares. Pero el hecho mismo de que la

ciencia europea se esté "rompiendo la cabeza" por resolver estas cuestiones partiendo de los textos mismos de estas novelas es una prueba de que éstas reflejan un medio social, aunque sea de forma imprecisa. Nadie puede salir de sí mismo. Los mismos delirios de un loco no contienen nada que el enfermo no haya recibido anteriormente del mundo exterior. Pero sería una locura de otro tipo considerar estos delirios como un reflejo exacto de ese mundo exterior. Sólo un psiquiatra experimentado, penetrante, que conozca bien el pasado del enfermo, podrá encontrar trozos deformados de la realidad en el contenido de sus delirios. La creación artística, por supuesto, no es un delirio, pero es, sin embargo, una alteración, una deformación, una transformación de la realidad según las leyes particulares del arte. Por fantástico que pueda ser el arte, no dispone de más material que el que le ha proporcionado el mundo tridimensional en que vivimos y el mundo más limitado de la sociedad de clases. Incluso cuando el artista crea el cielo o el infierno, sus fantasmagorías son la transformación de la experiencia de su vida, en la que se incluye hasta la cuenta que debe a su patrona.

"Si las características de casta y de clase se reflejasen en el arte [continúa Sklovsky], ¿cómo se explica que los relatos de los clásicos rusos sobre la nobleza sean iguales a sus cuentos sobre los sacerdotes?"

Esencialmente, esto no es más que una paráfrasis del primer argumento. ¿Por qué no pueden ser iguales los relatos sobre los nobles y sobre los sacerdotes?, ¿qué tiene esto de contradictorio con el marxismo? Los manifiestos escritos por célebres marxistas hablan frecuentemente de terratenientes, capitalistas, sacerdotes, generales y otros explotadores. El terrateniente es evidentemente distinto del capitalista, pero en ciertos casos se les puede considerar como iguales. ¿Por qué, entonces, no iba a poder tratar conjuntamente el arte popular al noble y al clérigo, como representantes de las clases que están por encima del pueblo y le explotan? En las caricaturas de Moor y de Deni el terrateniente y el cura están juntos muchas veces, sin daño alguno para el marxismo.

"Si los rasgos etnográficos se reflejasen en el arte [insiste Sklovsky] el folklore de los diferentes pueblos no sería intercambiable y los relatos nacidos en el seno de un pueblo no podrían contarse al vecino".

Aquí, como se ve, no hay problema ninguno. El marxismo no pretende en absoluto que los rasgos etnográficos tengan un carácter independiente. Al contrario, subraya la importancia decisiva de las condiciones naturales y económicas para la formación del folklore. La similitud de las condiciones en que se desarrollan los pueblos nómadas pastores y los que son primordialmente agrícolas, y las influencias similares que se ejercen entre sí, no puede por menos de producir el surgimiento de un folklore semejante. Y desde el punto de vista que aquí nos interesa, no tiene ninguna importancia determinar si estos temas semejantes nacieron independientemente en los diversos pueblos, como reflejo de una experiencia vital esencialmente idéntica a través del mismo prisma de la imaginación campesina, o si, por el contrario, la simiente de estos cuentos populares fue transportada por un viento favorable de un lugar a otro, echando raíces donde el terreno resultó adecuado. En realidad, probablemente estas dos formas se combinaron.

Y, finalmente, "el punto de vista marxista sobre el arte es falso, en quinto lugar, porque...", y aquí Sklovsky hace referencia, como argumento independiente, al tema del rapto, que desde la comedia griega llega hasta Ostrovsky. En otras palabras. nuestro crítico vuelve a repetir, bajo una forma nueva, su primer argumento (por lo que se ve, en lo que respecta a la lógica formal nuestro formalista no es demasiado riguroso). Sí, los temas emigran de un pueblo a otro, de una clase a otra e incluso de un autor a otro. Esto sólo quiere decir que la imaginación humana economiza. Una clase no comienza a crear toda la cultura desde el principio, sino que se apodera de lo anterior, lo selecciona lo retoca, lo rehace a su modo, y sigue construyendo a partir de ahí. Si no se utilizase este

almacén de ropa de ocasión, "de segunda mano", de épocas anteriores, no existiría progreso en la evolución histórica. Si el tema del drama de Ostrovsky le llegó a través de los egipcios y de los griegos, también el papel que utilizó para desarrollar su tema existe como un perfeccionamiento del papiro egipcio, pasando por el pergamino griego. Tomemos otra analogía más próxima a nosotros: el hecho de que los métodos críticos de los sofistas griegos, que fueron los formalistas puros de su época, hayan penetrado profundamente en la conciencia teórica de Sklovsky no cambia en lo más mínimo el hecho de que el mismo Sklovsky es un producto muy pintoresco de un medio social y de una época muy concretos.

La destrucción del marxismo por Sklovsky en cinco puntos recuerda mucho aquellos artículos contra el darwinismo que publicó la *Revista Ortodoxa* en sus buenos tiempos. Si la teoría de que el hombre desciende del mono fuese cierta, escribía hace treinta o cuarenta años el erudito obispo de Odesa, Nicanor, nuestros abuelos habrían tenido rastros evidentes de un rabo, o recordarían dichos rastros en sus abuelos o abuelas. En segundo lugar, como todo el mundo sabe, los monos sólo pueden engendrar monos... En quinto lugar, el darwinismo es falso porque contradice el formalismo... perdón, quería decir las decisiones formales de los concilios universales de la iglesia. El docto eclesiástico tenía, sin embargo, una ventaja: que era declaradamente "tradicional" y que tomaba sus argumentos del apóstol Pablo y no de la física, la química y las matemáticas, como hace el futurista Sklovsky.

Es indiscutible que la necesidad del arte no es un producto de las condiciones económicas. Pero tampoco es la economía la que produce la necesidad de alimentarse. Al contrario, es la necesidad de alimento y de calor lo que crea la economía. Es perfectamente cierto que no siempre puede uno basarse únicamente en los principios marxistas para aceptar o rechazar una obra de arte. Una obra de arte debe ser juzgada, en primer lugar, según sus propias leyes, es decir según las leyes del arte. Pero sólo el marxismo es capaz de *explicar* por qué y cómo, en un momento histórico concreto, ha aparecido una tendencia artística determinada, es decir qué es lo que ha hecho necesaria tal forma artística y por qué.

Sería infantil creer que cada clase puede producir por sí misma, de una manera total y plena, su propio arte, y especialmente que el proletariado es capaz de crear un arte nuevo por medio de círculos artísticos cerrados, seminarios, "Proletkult" y demás organismos. En general, la creación artística humana es una tarea hereditaria, continua. Cada nueva clase en ascenso se apoya sobre los hombros de la anterior. Pero esta continuidad es dialéctica, es decir se descubre en forma de repulsiones y rupturas internas. El impulso, bajo la forma de nuevas concepciones artísticas o exigencias de nuevos puntos de vista artísticos y literarios, viene dado por la economía, por medio del desarrollo de una nueva clase y, en menor medida, por un cambio en la situación de una misma clase al crecer su riqueza y su potencia cultural. La creación artística consiste siempre en un trastocamiento complejo de las formas antiguas bajo la influencia de estímulos nuevos, nacidos fuera del arte. En este sentido amplio es en el que se puede hablar de función subordinada del arte, decir que el arte *sirve*. No es un elemento etéreo que se alimenta a sí mismo, sino una función del hombre social, unida indisolublemente a su medio y a su modo de vida. Y es muy característico, al llevar un prejuicio social hasta el absurdo, que Sklovsky haya llegado a la teoría de que el arte es absolutamente independiente del medio social en un periodo de la historia rusa en que el arte ha revelado con más evidencia que nunca su dependencia diaria, material y espiritual, de clases, subclases y grupos sociales determinados.

El materialismo no niega la importancia del elemento formal, tanto en la lógica como en la jurisprudencia y el arte. Igual que un sistema jurídico puede y debe ser juzgado

por su lógica y coherencia interna, el arte puede y debe ser juzgado desde el punto de vista de sus realizaciones formales, pues no puede haber arte sin ellas. Sin embargo, una teoría jurídica que defendiese la independencia del derecho de las condiciones sociales estaría viciada en su base. Su fuerza motriz reside en la economía, en las contradicciones de clase; el derecho se limita a dar una forma y una expresión internamente coherente a estos fenómenos, no a sus peculiaridades concretas, sino considerados en general, en lo que tienen de repetitivo y duradero. Precisamente ahora podemos ver con una claridad que es rara en la historia cómo se forma un derecho nuevo: no por métodos de deducción lógica autosuficiente sino por una estimación empírica de las necesidades económicas de la nueva clase dominante y una adaptación a estas necesidades. La literatura, cuyos métodos y procesos hunden sus raíces en el pasado más remoto y representan la experiencia acumulada en la técnica verbal, expresa los pensamientos, sentimientos, estados de ánimo, puntos de vista y esperanzas de la nueva época y de la nueva clase. No se puede saltar por encima de esto. Y además no es preciso saltarlo, al menos para quienes no estén al servicio de una época superada ni de una clase superviviente de esos tiempos.

Los métodos de análisis formal son necesarios, pero insuficientes. Se pueden contar las aliteraciones en los dichos populares, clasificar las metáforas, contar las vocales y las consonantes en una canción de bodas; indudablemente todo esto enriquecerá, de uno u otro modo, nuestro conocimiento del folklore; pero si no se conoce el sistema de rotación de cultivos empleado por el campesino y el ciclo resultante en su vida, si se ignora para qué sirve una hoz y si no se penetra en el significado del calendario eclesiástico para el campesino, desde el momento en que se casa hasta aquél en que la campesina da a luz, no se conocerá del arte popular más que la corteza exterior, no se habrá alcanzado la médula. Se puede determinar el plan arquitectónico de la catedral de Colonia midiendo la base y la altura de sus arcos, fijando las tres dimensiones de sus naves, el tamaño y la disposición de sus columnas, etc. Pero si no se sabe lo que era una ciudad medieval, lo que era una corporación y lo que era la Iglesia Católica en la Edad Media, no se comprenderá jamás la catedral de Colonia. Tratar de que el arte se libere de la vida, proclamarlo técnica autosuficiente, es desvitalizarlo y matarlo. La necesidad misma de una operación semejante es un síntoma inconfundible de la decadencia intelectual.

La analogía que establecimos antes con las objeciones teológicas contra el darwinismo puede parecer al lector superficial y anecdótica. Hasta cierto punto esto es cierto, sin duda. Pero hay una relación más profunda. Para un marxista poco instruido, la teoría formalista recuerda inevitablemente el tema conocido de una viejísima melodía filosófica. Los juristas y los moralistas (citemos al azar al alemán Stammler y a nuestro subjetivista Mijáilovsky) trataron de probar que la moral y el derecho no podían estar determinados por la economía, por la simple razón de que la vida económica es impensable fuera de normas jurídicas y éticas. Cierto que los formalistas del derecho y de la moral no llegaron a afirmar la independencia completa del derecho y de la ética respecto de la economía; reconocieron que existía una cierta relación mutua compleja entre los "factores", pero estos "factores", que se influían recíprocamente, conservaban su calidad de sustancias independientes, cuyo origen nadie conocía. La afirmación de la independencia total del "factor" estético respecto de la influencia de las condiciones sociales, al modo de Sklovsky, es un ejemplo de una extravagancia especial cuyas raíces, dicho sea de paso, están también en las condiciones sociales; es la megalomanía de la estética, que vuelve del revés nuestra dura realidad. Aparte de esta particularidad, las construcciones de los formalistas tienen el mismo tipo de metodología defectuosa que cualquier otro idealismo. Para un materialista, la religión, el derecho, la moral y el arte, representan aspectos diferentes de un solo proceso de desarrollo social. Aunque se

diferencien e independicen de su base de producción, y se compliquen, se refuercen y desarrollen detalladamente sus características especiales, la política, la religión, el derecho, la ética y la estética, siguen siendo funciones del hombre social y se someten a las leyes de su organismo social. El idealista, por su parte, no ve un proceso único de desarrollo histórico que produce los órganos y las funciones necesarios, sino un cruzamiento, una combinación o una interacción de ciertos principios independientes: la sustancia religiosa, política, jurídica, estética y ética, que encuentran su origen y su explicación en su ser mismo. El idealismo dialéctico de Hegel hace dependientes estas sustancias (que sin embargo son categorías eternas), ordenándolas en series sobre una unidad genética. Aunque en Hegel esta unidad es el espíritu absoluto que, a lo largo del proceso de sus manifestaciones dialécticas, germina en forma de varios “factores”, el sistema de Hegel (gracias a su carácter dialéctico y no a su idealismo) da una idea de la realidad histórica tan exacta como la que un guante vuelto del revés da de la mano humana. Pero los formalistas (cuyo representante más genial ha sido Kant) no se ocupan de la dinámica del desarrollo, sino de un aspecto parcial del mismo, en el día y hora de su propia revelación filosófica. El entrecruzamiento de las líneas les revela la complejidad y la multiplicidad de su objeto (no del proceso, porque no piensan en términos de procesos). Se dedican a analizar y clasificar esta complejidad. Dan nombres a los elementos, que se transforman inmediatamente en esencias, en subabsolutos, sin padre ni madre: la religión, la política, la moral, el derecho, el arte. Aquí ya no tenemos el guante de la historia vuelto del revés, sino la piel arrancada de los dedos y disecada hasta un punto de máxima abstracción; la mano de la historia resulta ser entonces el producto de la “interacción” del pulgar, del índice, del dedo medio y de todos los demás “factores”. El “factor” estético es el meñique, el más pequeño, aunque no el menos querido.

En biología, el vitalismo es una variante de este fetichismo que es la presentación de los diversos aspectos del proceso universal sin comprender su condicionamiento interno. A la moral y la estética absolutas, situadas por encima de lo social, o a la “fuerza vital” absoluta y situada por encima de la física, no les falta más que una cosa: un Creador único. La multiplicidad de “factores” independientes, “factores” sin principio ni fin, no es más que un politeísmo disfrazado. Y así como el idealismo kantiano representa históricamente una traducción del cristianismo al idioma de la filosofía racionalista, todas las variedades del formalismo idealista llevan, declarada u ocultamente, a dios, causa de todas las causas. Comparado con la oligarquía idealista de una docena de subabsolutos, un Creador personal y único supone ya un elemento de orden. Ahí reside la conexión más profunda entre las refutaciones formalistas del marxismo y las refutaciones teológicas del darwinismo.

La escuela formalista es un idealismo abortivo aplicado a los problemas del arte. Los formalistas muestran una religiosidad que madura rápidamente. Son los discípulos de San Juan: para ellos, “en el principio era el Verbo”. Pero para nosotros en el principio era la Acción. La palabra la siguió, como su sombra fonética.

6. Cultura proletaria y arte proletario

Cada clase dominante crea su propia cultura y, por consiguiente, su propio arte. La historia ha conocido las culturas esclavistas de oriente, la cultura feudal de la Europa medieval y la cultura burguesa que domina actualmente el mundo. De ahí parece deducirse que el proletariado tiene que crear también su cultura y arte propios.

Sin embargo, la cuestión no es tan simple como parece a primera vista. La sociedad en la que los propietarios de esclavos formaban la clase dirigente ha existido durante muchos siglos. Lo mismo ocurrió con el feudalismo. La cultura burguesa, incluso si contamos sólo a partir de su primera manifestación abierta y turbulenta, es decir desde la época del Renacimiento, existe desde hace cinco siglos, aunque no alcanzó su pleno esplendor hasta el siglo XIX, y más exactamente en su segunda mitad. La historia muestra que la formación de una cultura nueva alrededor de una clase dominante exige un periodo considerable de tiempo y no alcanza su plena realización hasta el momento precedente a la decadencia política de dicha clase.

¿Tendrá el proletariado tiempo suficiente para crear una cultura "proletaria"? Al revés que el régimen de los propietarios de esclavos y que el de los señores feudales y el de la burguesía, el proletariado considera su dictadura como *breve periodo de transición*. Cuando queremos rebatir las concepciones demasiado optimistas sobre la transición al socialismo, señalamos que el periodo de la revolución social a escala mundial no durará meses, sino años y décadas; décadas, pero no siglos, y menos aún milenios. ¿Puede el proletariado crear una nueva cultura en este lapso de tiempo? Es lícito dudarlo, tanto más cuanto que los años de la revolución social serán años de una cruel lucha de clases, en que la destrucción requerirá más atención que la actividad constructiva. En todo caso, la energía del proletariado se empleará principalmente en la conquista del poder, su conservación y fortalecimiento y su utilización para las necesidades más urgentes de la existencia y de la lucha ulterior. No obstante, será durante este periodo revolucionario, que encierra en límites tan estrechos la posibilidad de una construcción cultural, cuando el proletariado alcanzará su tensión máxima y la manifestación más completa de su carácter de clase. Por otra parte, cuanto más protegido esté el nuevo régimen contra los trastornos políticos y militares y cuanto más favorables sean las condiciones para la creación cultural, más se disolverá el proletariado en la comunidad socialista, se liberará más de sus características de clase y dejará de existir como proletariado. En otras palabras, durante el periodo de dictadura no cabe pensar seriamente en crear una nueva cultura, es decir no cabe edificar a nivel histórico superior. Por el contrario, cuando la mano de hierro de la dictadura desaparezca, comenzará una época de creación cultural sin precedentes en la historia, pero sin carácter de clase. De donde hay que concluir la consecuencia general de que no sólo no hay una cultura proletaria, sino que nunca la habrá y que en realidad no hay motivos para sentirlo. El proletariado ha conquistado el poder precisamente para acabar para siempre con la cultura de clase y para abrir paso a una cultura humana. Muchas veces parece que olvidamos esto.

Las referencias inconcretas a la cultura proletaria, por oposición a la cultura burguesa, se basan en una comparación superficial entre los destinos históricos del proletariado y los de la burguesía. El método fácil, puramente liberal, de las analogías

históricas formales, no tiene nada en común con el marxismo. No hay ninguna analogía real entre el ciclo histórico de la burguesía y el del proletariado.

El desarrollo de la cultura burguesa comenzó varios siglos antes de que la burguesía se apoderase del estado tras una serie de revoluciones. Cuando la burguesía no era más que el tercer estado, privada casi por completo de sus derechos, desempeñaba ya un papel importante y creciente en todos los campos de la cultura. Esto se puede ver muy claramente en la evolución de la arquitectura. Las iglesias góticas no fueron edificadas de repente, bajo el impulso de una inspiración religiosa. La construcción de la catedral de Colonia, su arquitectura y su escultura, resumen toda la experiencia arquitectónica de la humanidad desde los tiempos de las cavernas, y todos los elementos de esta experiencia se hallan combinados en un estilo nuevo que expresa la cultura de su época, es decir, en definitiva, la estructura social y la técnica del momento. La antigua preburguesía de los gremios y corporaciones fue la verdadera creadora del gótico. Al desarrollarse y fortalecerse, es decir al enriquecerse, la burguesía superó intelectual y prácticamente el gótico y comenzó a crear su propio estilo arquitectónico, ya no para iglesias sino para sus palacios. Apoyándose en los adelantos del gótico, se volvió hacia la antigüedad, especialmente la romana, aprovechó la arquitectura árabe, lo subordinó todo a las condiciones y necesidades de la nueva vida urbana y creó así el Renacimiento (Italia al final del primer cuarto del siglo XV). Los especialistas pueden contar, y, de hecho, cuentan, los elementos que el Renacimiento debe a la antigüedad y los que debe al gótico, y pueden discutir sobre cuál es el predominante. Pero el Renacimiento comienza, en cualquier caso, cuando la nueva clase social, saciada ya culturalmente, se siente lo suficientemente fuerte como para sacudirse el yugo del arco gótico, para considerar el gótico y todo lo anterior como materiales a su disposición y para someter la técnica del pasado a sus propios objetivos artísticos. Esto se aplica también a todas las demás artes, con la diferencia de que, debido a su mayor flexibilidad, o sea a que dependen menos de los fines prácticos y de la técnica, las artes “libres” no revelan de un modo tan convincente la evolución dialéctica de los sucesivos estilos.

Entre el Renacimiento y la Reforma, por una parte, que crearon unas condiciones de existencia intelectual y política más favorables para la burguesía dentro de la sociedad feudal, y la revolución, que transfirió el poder a la burguesía (en Francia), transcurrieron tres o cuatro siglos de crecimiento de la fuerza material e intelectual de la burguesía. La época de la Gran Revolución Francesa y de las guerras subsiguientes hizo descender momentáneamente el nivel material de la cultura. Pero poco después, el régimen capitalista se afirmó como “natural” y “eterno”.

Así, el proceso fundamental de acumulación de elementos de la cultura burguesa y su cristalización en un estilo específico estuvo determinado por las características sociales de la burguesía como clase poseedora y explotadora; la burguesía no sólo se desarrolló materialmente en el seno de la sociedad feudal, uniéndose a ésta de mil maneras y apoderándose de la riqueza, sino que además se atrajo a los intelectuales, creándose así puntos de apoyo culturales (escuelas, universidades, academias, periódicos, revistas), mucho antes de apoderarse abiertamente del estado. Basta recordar aquí que la burguesía alemana, con su incomparable cultura técnica, filosófica, científica y artística, dejó el poder en manos de una casta feudal y burocrática hasta 1918, y se decidió, o más exactamente se vio obligada, a hacerse cargo del poder sólo cuando la base material de la cultura alemana comenzó a romperse en pedazos.

Pero se puede objetar: fueron precisos milenios para crear el arte de la sociedad esclavista y sólo siglos para el arte burgués: ¿por qué, entonces, no habían de bastar unas décadas para el arte proletario? Las bases técnicas de la vida son completamente

diferentes hoy día y, por consiguiente, el ritmo ha cambiado también. Esta objeción, que a primera vista parece convincente, en realidad elude el verdadero problema.

Indudablemente, llegará un momento en el desarrollo de la nueva sociedad en que la economía la vida cultural el arte lograrán la máxima libertad de acción para su avance. El ritmo de ese avance no podemos ni soñarlo hoy. En una sociedad en la que habrá desaparecido la molesta y embrutecedora preocupación por el pan de cada día, en la que los comedores comunitarios prepararán a gusto de cada uno una buena comida, sana y apetitosa; en la que las lavanderías comunitarias lavarán bien ropa de calidad para todos, en la que los niños, todos los niños, estarán bien alimentados, fuertes y alegres, y absorberán los elementos fundamentales de la ciencia igual que absorben la albúmina, el aire y el calor solar; en la que la electricidad y la radio no serán esas técnicas primitivas que son hoy, sino que bastará con apretar un botón para que se pongan en acción reservas inagotables de energía; en la que no habrá "bocas inútiles", en la que el egoísmo liberado del hombre (¡una fuerza enorme!) se dirigirá totalmente hacia el conocimiento, la transformación y el perfeccionamiento del universo..., en una sociedad como ésta, la dinámica del desarrollo de la cultura será incomparable con nada de lo anteriormente conocido. Pero todo esto no vendrá sino después de un largo y difícil periodo de transición, que todavía está ante nosotros. Y de lo que hablamos ahora es precisamente de ese periodo de transición.

Pero, ¿no es dinámica la época actual? Sí, lo es, y en el más alto grado. Pero su dinamismo se centra en la política. La guerra y la revolución fueron dinámicas, pero en su mayor parte a costa de la cultura y de la técnica. Es cierto que la guerra ha dado lugar a una larga serie de inventos técnicos. Pero la miseria general que ha producido ha imposibilitado durante bastante tiempo la aplicación práctica de estos inventos, que podían haber significado una revolución en el modo de vida. Así ocurre con la radio, la aviación y muchos descubrimientos químicos y mecánicos. Por otra parte, la revolución crea las bases de una nueva sociedad. Pero lo hace con los métodos de la vieja sociedad, con la lucha de clases, la violencia, la destrucción y la aniquilación. Si la revolución proletaria no hubiese ocurrido, la humanidad se habría asfixiado en sus propias contradicciones. La revolución salvó la sociedad y la cultura, pero por medio de la cirugía más cruel. Todas las fuerzas activas se concentran en la política, en la lucha revolucionaria; lo demás queda relegado a segundo término, y todo lo que constituye un obstáculo es pisoteado sin compasión. Este proceso tiene, naturalmente, sus flujos y reflujos parciales: el comunismo de guerra deja paso a la NEP que, a su vez, recorre diversos estadios. Pero esencialmente, *la dictadura del proletariado no es la organización económica y cultural de una nueva saciedad, sino un régimen militar revolucionario en lucha para instaurar esa organización*. No hay que olvidar esto. El historiador futuro situará probablemente el cénit de la sociedad antigua en el 2 de agosto de 1914, en que el poder exacerbado de la cultura burguesa sumió al mundo en el fuego y la sangre de la guerra imperialista. El comienzo de la nueva historia de la humanidad se fijará probablemente en el 7 de noviembre de 1917. Las etapas fundamentales del desarrollo de la humanidad se establecerán poco más o menos de la siguiente manera: la "historia" prehistórica del hombre primitivo; la historia de la antigüedad, cuyo progreso se basó en la esclavitud; la Edad Media, basada en la servidumbre; el capitalismo, con la explotación del trabajo asalariado; y finalmente la sociedad socialista, con su transición, esperemos que no dolorosa, a una comuna en la que habrá desaparecido el poder. En cualquier caso, los veinte, treinta o cincuenta años que exigirá la revolución proletaria mundial pasarán a la historia como la transición más dolorosa de un sistema a otro, y en ningún caso como una época independiente de cultura proletaria.

En estos años de respiro por los que pasamos actualmente pueden nacer algunas ilusiones respecto a esto en nuestra república soviética. Nos hemos preocupado por los problemas culturales. Al proyectar nuestras preocupaciones actuales sobre el futuro lejano se puede llegar a imaginar una cultura proletaria de larga duración. Pero por importante y por vital que sea nuestra tarea cultural, está totalmente subordinada a la suerte de la revolución europea y mundial. Seguimos siendo meros soldados en acción. Tenemos de momento un día de descanso, que hay que aprovechar para lavarnos la camisa, cortarnos el pelo y ante todo limpiar y engrasar el fusil. Toda nuestra actividad económica y cultural actual no es más que una reorganización de nuestro equipo entre dos batallas y dos campañas. Los combates decisivos están aún ante nosotros y hay otros en el horizonte. Los días que vivimos no son todavía la época de una nueva cultura, son todo lo más el umbral de esa época. Debemos, en primer lugar, tomar posesión oficialmente de los elementos más importantes de la cultura antigua de modo que nos sirvan al menos como base sobre la que apoyarnos para avanzar hacia la cultura nueva.

Esto se ve con gran claridad si se enfoca el problema, como se debe hacer, a escala internacional. El proletariado era, y sigue siendo, una clase no poseedora. Por esta misma razón, sus posibilidades de participar en los elementos de la cultura burguesa que han pasado a ser patrimonio de la humanidad eran extraordinariamente restringidas. En cierto sentido, se puede decir con justicia que el proletariado, al menos el proletariado europeo, ha tenido también su Reforma, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, en que, sin alcanzar aun directamente el poder del estado, logró unas condiciones jurídicas más favorables a su desarrollo dentro del régimen burgués. Pero, en primer lugar, para este periodo de “Reforma” (parlamentarismo y reformas sociales), que coincide esencialmente con el periodo de la Segunda Internacional, la historia asignó a la clase obrera aproximadamente tantos decenios como siglos había asignado a la burguesía. En segundo lugar, durante este periodo preparatorio, el proletariado no se enriqueció ni reunió en sus manos poder material alguno; al contrario, desde el punto de vista social y cultural se encontró cada vez más desposeído. La burguesía llegó al poder habiendo dominado plenamente la cultura de su tiempo. El proletariado, por su parte, llega al poder poseyendo sólo una aguda necesidad de dominar la cultura. El problema del proletariado que ha conquistado el poder consiste en prime r lugar en tomar en sus manos el aparato cultural (industrias, escuelas, publicaciones, prensa, teatros, etc.) que antes estaba al servicio de otros, y abrir con él el camino hacia la cultura para sí mismo.

En Rusia la tarea se complica por la pobreza de toda nuestra tradición cultural y por los destrozos materiales producidos por los acontecimientos de los últimos años. Después de haber conquistado el poder y de haber luchado durante casi seis años por su conservación y consolidación, nuestro proletariado se ve obligado a emplear todas sus energías en la creación de las condiciones materiales de existencia más elementales y en iniciarse a sí mismo en el ABC de la cultura (ABC en el sentido auténtico y literal de la expresión). No en vano nos hemos fijado como objetivo la eliminación total del analfabetismo para el décimo aniversario del régimen soviético.

Alguien, quizás, puede objetar que yo doy al concepto de cultura proletaria un sentido demasiado amplio. Que, si no puede existir una cultura proletaria total, plenamente desarrollada, la clase obrera podrá imponer al menos su sello a la cultura antes de disolverse en la sociedad comunista. Una objeción de este tipo debe considerarse en primer lugar como un serio alejamiento del concepto de cultura proletaria. Es indiscutible que el proletariado, durante la época de su dictadura, impondrá su sello a la cultura. Sin embargo, de ahí a una cultura proletaria, si se entiende por ésta un sistema desarrollado e internamente coherente de conocimientos técnicas en todos los terrenos de la creación material y espiritual, hay mucha distancia. El hecho mismo de que, por primera vez,

decenas de millones de hombres sepan leer y escribir y conozcan las cuatro operaciones aritméticas, será ya un acontecimiento cultural de la mayor importancia. La esencia de la nueva cultura reside en que no será aristocrática, para una minoría privilegiada, sino que será una cultura de masas, universal, popular. La cantidad se transformará en calidad: con el aumento del carácter masivo de la cultura se elevará también su nivel y cambiarán sus características. Pero esta evolución se operará a través de una serie de etapas históricas. Con cada nuevo éxito en esta dirección, se debilitarán los rasgos que hacen del proletariado una clase y de este modo desaparecerá la base necesaria para una cultura proletaria.

¿Y qué ocurre con los estratos superiores de la clase trabajadora, qué ocurre con su vanguardia ideológica? ¿No se puede decir que, en estos círculos, por reducidos que sean, se está produciendo ya hoy el desarrollo de una cultura proletaria? ¿Es que no tenemos una academia socialista, es que no tenemos profesores rojos? Muchos cometen el error de plantearse el problema de este modo tan abstracto. Se piensa que es posible crear una cultura proletaria por métodos de laboratorio. Pero en realidad el tejido cultural básico se forma por las relaciones e interacciones que existen entre la intelligentsia de una clase y la clase misma. La cultura burguesa (técnica, política, filosófica y artística) se formó por la interacción de la burguesía y sus inventores, dirigentes, pensadores y poetas. El lector creaba al escritor y el escritor al lector. Esto es cierto en una medida incomparablemente mayor tratándose del proletariado, pues su economía, su política y su cultura sólo pueden basarse en la iniciativa creadora de las masas. En un futuro inmediato, sin embargo, la tarea principal de la intelligentsia proletaria no reside en la abstracción de una nueva cultura (carente aún de base), sino en una política cultural concreta: la asimilación sistemática, planificada y por supuesto crítica, de los elementos indispensables de la cultura ya existente, por parte de las masas atrasadas. Es imposible crear una cultura de clase a espaldas de esa clase. Luego para edificar la cultura de la clase obrera colaborando con ella y de acuerdo con su sentido histórico general, es preciso organizar el socialismo, al menos en sus líneas básicas. En este proceso, las características de clase de la sociedad no se irán acentuando, sino, al contrario, debilitándose poco a poco hasta desaparecer, en relación directa con el éxito de la revolución. La dictadura del proletariado es liberadora, precisamente en el sentido de que es un medio transitorio (muy transitorio) de despejar el camino y sentar las bases de una sociedad sin clases y de una cultura basada en la solidaridad.

Para explicar más concretamente la idea del “periodo de edificación cultural” en el desarrollo de la clase trabajadora, consideremos la sucesión histórica, no de las clases sino de las generaciones. Decir que éstas se suceden y se continúan unas a otras, suponiendo una sociedad en ascenso y no en decadencia, significa que cada una añade su aportación a lo que la cultura ha acumulado hasta entonces. Pero antes de poder hacerlo, cada generación nueva debe atravesar un periodo de aprendizaje: se apropia entonces de la cultura existente y la transforma a su manera, haciéndola más o menos diferente a la de la generación anterior. Esta apropiación no es aún creadora, es decir no supone la creación de nuevos valores culturales, sino sólo la de sus premisas. En cierta medida, todo esto puede aplicarse al destino de las masas trabajadoras que se elevan al nivel de la creación histórica. Sólo es preciso añadir que antes de superar la etapa de aprendizaje cultural el proletariado habrá dejado de ser proletariado. Recordemos una vez más que la capa superior del tercer estado, la burguesía, hizo su aprendizaje cultural bajo el techo de la sociedad feudal; que mientras estaba todavía en el seno de ésta, había superado, desde el punto de vista cultural, a los viejos estamentos dirigentes y que había llegado a ser el motor de la cultura antes de llegar al poder. Todo es muy diferente tratándose del proletariado en general, y del proletariado ruso en particular; éste se ha visto forzado a

tomar el poder antes de haberse apoderado de los elementos fundamentales de la cultura burguesa; se ha visto forzado a derribar la sociedad burguesa por la violencia revolucionaria precisamente porque esta sociedad le impedía el acceso a la cultura. La clase trabajadora se esfuerza por transformar el aparato estatal en una potente bomba para apagar la sed de cultura de las masas. Es una tarea de un significado histórico inmenso. Pero hablando con exactitud, no es todavía la creación de una cultura proletaria especial. "Cultura proletaria", "arte proletario", etc., son expresiones que en tres de cada diez casos se usan sin el menor sentido crítico para designar la cultura y el arte de la sociedad comunista futura; en dos de cada diez casos, para referirse al hecho de que nuevos grupos particulares del proletariado se apoderan de elementos aislados de la cultura preproletaria; y finalmente, en cinco de cada diez casos, es un conjunto confuso de ideas y palabras, sin pies ni cabeza.

He aquí un ejemplo reciente, de entre los cien posibles, de empleo claramente negligente, erróneo y peligroso, de la expresión "cultura proletaria": "La base económica y el sistema de superestructuras correspondiente [escribe el camarada Sisov] forman la cultura característica de una época (feudal, burguesa, proletaria)". Así, la época cultural proletaria se coloca aquí en el mismo plano que la época burguesa. Sin embargo, lo que se denomina aquí cultura proletaria es sólo el breve periodo de transición de un sistema sociocultural a otro, del capitalismo al socialismo. La instauración del régimen burgués estuvo también precedida por una época de transición. Pero la revolución burguesa tenía como objetivo perpetuar el dominio de la burguesía, y ha tenido éxito, mientras que la revolución proletaria pretende acabar con la existencia del proletariado como clase en el plazo más breve posible. La longitud de este plazo depende totalmente del éxito de la revolución. ¿No es increíble que se pueda olvidar esto y que se coloque la época de la cultura proletaria en el mismo plano que la de la cultura feudal o burguesa?

Si esto es así, ¿puede deducirse que no tenemos ciencia proletaria? ¿No podemos decir que la concepción materialista de la historia y la crítica marxista de la economía política son elementos científicos de una cultura proletaria? ¿No hay aquí una contradicción?

Desde luego, la concepción materialista de la historia y la teoría del valor tienen una inmensa importancia, tanto como arma de lucha de la clase proletaria como para la ciencia en general. Hay más verdadera ciencia en el *Manifiesto comunista* solo que en bibliotecas enteras llenas de complicadas, especulaciones y falsificaciones profesorales sobre filosofía e historia. Pero ¿se puede decir que el marxismo constituye un producto de la cultura proletaria? ¿Y se puede decir que ya hoy estamos utilizando el marxismo, no sólo en las luchas políticas sino también en los problemas científicos generales?

Marx y Engels salieron de las filas de la democracia pequeñoburguesa y, naturalmente, se educaron en esta cultura y no en la cultura proletaria. Si no hubiese existido la clase obrera, con sus huelgas, sus luchas, sus sufrimientos y sus rebeldías, tampoco hubiese habido, por supuesto, comunismo científico, por no ser históricamente *necesario*. La teoría del comunismo científico se edificó totalmente sobre la base de la cultura científica y política de la burguesía, aunque declaró a esta última una guerra a muerte. Bajo los golpes de las contradicciones capitalistas, el pensamiento un8iversalizador de la democracia burguesa se elevó, en sus representantes más audaces, más honrados y más clarividentes, hasta una genial negación de sí mismo, armado con todo el arsenal crítico de la ciencia burguesa. Así se originó el marxismo.

El proletariado encontró en el marxismo su método, pero no inmediatamente, y ni siquiera hoy completamente. Hoy, este método sirve principalmente, casi exclusivamente, a objetivos políticos. El desarrollo metodológico del materialismo dialéctico y su aplicación sistemática al conocimiento, son cosas que pertenecen aún

totalmente al futuro. Sólo en una sociedad socialista dejará el marxismo de ser únicamente un instrumento de lucha política, para convertirse en un método de creación científica, elemento e instrumento importantísimo de la cultura espiritual.

Es indiscutible que toda ciencia refleja en mayor o menor grado las tendencias de la clase dominante. Cuando más estrechamente se vincule una ciencia a los problemas prácticos de la conquista de la naturaleza (física, química, ciencias naturales en general), mayor será su valor humano, no clasista. Cuanto más profundamente se relacione con el mecanismo social de la explotación (economía política) o generalice abstractamente la experiencia humana (como la psicología, no en su sentido experimental y fisiológico sino en su llamado sentido "filosófico"), más se subordinará al egoísmo de clase de la burguesía y menor será su contribución al acervo general de conocimientos humanos. En el terreno de las ciencias experimentales existen diferentes grados de integridad y objetividad científica, según la amplitud de las generalizaciones hechas. Por regla general, las tendencias burguesas se desarrollan mucho más libremente en las altas esferas de la filosofía metodológica, de la "concepción del mundo". Por eso es necesario limpiar el edificio científico de pies a cabeza o, mejor dicho, desde la cabeza hasta los pies, pues es preciso comenzar por los pisos de arriba. Sin embargo, sería muy inocente creer que el proletariado debe revisar críticamente toda la ciencia heredada de la burguesía antes de aplicarla a la edificación socialista. Esto equivaldría a decir, como los moralistas utópicos: antes de construir una sociedad nueva, el proletariado debe elevarse a la altura de la moral comunista. De hecho, el proletariado transformará la moral, al igual que la ciencia, sólo después de que haya construido la sociedad nueva, aunque sea únicamente en sus líneas generales. Pero, ¿no estamos cayendo en un círculo vicioso? ¿Cómo se puede crear una sociedad nueva por medio de la ciencia y la moral antiguas? Aquí hay que recurrir a la dialéctica, a esa misma dialéctica que derrochamos en la poesía lírica, la administración, la sopa de verduras o el puré. Para comenzar a actuar, la vanguardia proletaria tiene absoluta necesidad de ciertos puntos de apoyo, ciertos métodos científicos que puedan liberar la mente del yugo ideológico de la burguesía; en parte los tiene ya, y en parte tiene que conquistarlos todavía. El método fundamental ha sido ya puesto a prueba en muchas batallas y en las condiciones más variadas. Pero de esto a la ciencia proletaria hay una gran distancia. La clase revolucionaria no puede interrumpir su lucha porque el partido no haya decidido aún si debe aceptar la hipótesis de los electrones y los iones, la teoría psicoanalítica de Freud, la genética, los nuevos descubrimientos matemáticos de la relatividad, etc. Después de conquistar el poder, el proletariado tendrá muchas más posibilidades de asimilar y revisar la ciencia. Pero también ahí es más fácil decirlo que hacerlo. El proletariado no puede aplazar la construcción del socialismo hasta que sus nuevos científicos, muchos de los cuales tienen hoy pantalones cortos, hayan comprobado y depurado todos los instrumentos y todos los métodos de conocimiento. El proletariado rechaza lo que es manifiestamente inútil, falso y reaccionario, y usa, en los diferentes campos de su labor constructiva, los métodos y resultados de la ciencia actual, tomándolos necesariamente con el porcentaje de elementos clasistas y reaccionarios que contienen. El resultado práctico se justificará en conjunto, porque la práctica, sometida al control de los principios socialistas, irá revisando y seleccionando gradualmente los métodos y conclusiones de la teoría. Entre tanto habrán crecido científicos educados en las condiciones nuevas. En cualquier caso, el proletariado tendrá que realizar su obra de edificación socialista hasta un nivel bastante avanzado, es decir hasta lograr una verdadera seguridad material y la satisfacción de las necesidades culturales de la sociedad, antes de que pueda llevar a cabo una purificación general de la ciencia, de pies a cabeza. Con esto no quiero combatir el trabajo de crítica marxista que actualmente se esfuerzan en realizar muchos pequeños círculos y seminarios en diferentes terrenos. Este trabajo es necesario

y útil. Debe ampliarse y profundizarse por todos los medios. Sin embargo, hay que conservar el sentido práctico marxista de la medida para apreciar el peso específico actual de tales experimentos y esfuerzos en relación con las dimensiones generales de nuestra tarea histórica.

¿Significa todo esto que hay que excluir la posibilidad de que puedan surgir de las filas del proletariado, mientras esté en el periodo de la dictadura revolucionaria, científicos eminentes, inventores, dramaturgos y poetas? De ningún modo. Pero sería extraordinariamente superficial dar nombre de cultura proletaria ni siquiera a los éxitos más valiosos de los representantes individuales de la clase trabajadora. No se puede cambiar el concepto de cultura en monedas pequeñas para el gasto diario personal, ni se pueden determinar los progresos culturales de una clase por los pasaportes proletarios de inventores o poetas aislados. La cultura es el conjunto orgánico de conocimientos y técnicas que caracteriza a toda la sociedad, o al menos a su clase dirigente. Comprende y penetra en todos los terrenos de la creación humana y los unifica en un sistema. Las realizaciones individuales se desarrollan a partir de este nivel y lo van elevando poco a poco.

¿Existe esta relación orgánica entre nuestra poesía proletaria actual y la actividad cultural de la clase obrera en su conjunto? Es evidente que no. Individualmente o por grupos, los obreros se inician en el arte creado por la intelligentsia burguesa y usan su técnica, por el momento de un modo bastante ecléctico. ¿Se hace con la intención de expresar su propio mundo interior, proletario? La realidad es que no, todo lo contrario. La obra de los poetas proletarios está falta de esa calidad orgánica que no puede surgir más que de una unión íntima entre el arte y el desarrollo general de la cultura. Tenemos obras literarias de proletarios dotados e inteligentes, pero esto no es literatura proletaria. Puede, sin embargo, que llegue a ser una de sus fuentes.

El camarada Dubrovskoy ofendió gravemente a los poetas gérmenes, raíces y fuentes a los que se remontará algún investigador futuro como antecedentes de los diversos sectores de la cultura del porvenir, igual que los historiadores actuales del arte parten del teatro de Ibsen para remontarse a los misterios religiosos o del impresionismo y cubismo a la pintura de los monjes. En la economía del arte, como en la de la naturaleza, nada se pierde todo está unido. Pero, de hecho, concretamente, en la vida, la producción actual de los poetas surgidos del proletariado está aún lejos de desarrollarse al mismo ritmo que el proceso de preparación de las condiciones de la futura cultura socialista, es decir el proceso de elevación de las masas.

El camarada Dubrovskoy ofendió gravemente a los poetas proletarios, y parece que se ha ganado su enemistad, por un artículo en el que, junto a ideas en mi opinión discutibles, expresaba una serie de verdades un poco amargas, pero en lo esencial indiscutibles (*Pravda*, 10 de febrero de 1923). El camarada Dubrovskoy llega a la conclusión de que poesía proletaria no se halla en el grupo *Kuznitsa* [La Fragua] sino en los murales de las fábricas, con sus autores anónimos. Esta idea es esencialmente exacta, aunque esté expresada de un modo paradójico. Con la misma razón se podría decir que los Shakespeares y Goethes proletarios están corriendo en este momento descalzos por las escuelas primarias. Es indiscutible que el arte de los poetas de las fábricas está mucho más unido a la vida, las preocupaciones diarias y los intereses de la masa trabajadora. Pero no es literatura proletaria; es sólo la expresión escrita del proceso molecular de ascenso cultural del proletariado. Ya hemos explicado antes que éstas son dos cosas diferentes. Las cartas de los obreros a los periódicos, los poetas locales, las críticas, cumplen una gran tarea cultural, roturan la tierra y la preparan para el sembrado futuro. Pero una cosecha cultural y artística realmente valiosa será (¡afortunadamente!) socialista y no "proletaria".

El camarada Pletnev, en un interesante artículo sobre "Los caminos de la poesía proletaria" (*El clarín*, vol. 8), lanza la idea de que las obras de los poetas proletarios, independientemente de su valor artístico, son importantes por el mero hecho de su unión directa con la vida de la clase. Partiendo de ejemplos de poesía proletaria, Pletnev muestra convincentemente los cambios en el estado de ánimo de los poetas proletarios en relación con el desarrollo general de la vida y de las luchas del proletariado. Por esto mismo, Pletnev demuestra irrefutablemente que las producciones de la poesía proletaria (no todas, pero muchas) son documentos importantes de historia de la cultura. Esto no quiere decir que sean documentos artísticos. "Admitamos que estos poemas son flojos, viejos formalmente, llenos de faltas", escribe Pletnev de un poeta obrero que se ha elevado desde un tono religioso hasta uno revolucionario militante, "pero, ¿no señalan el progreso del poeta proletario?" Sin duda: por flojos, por incoloros, por llenos de faltas que estén, estos poemas pueden señalar el camino del progreso político de un poeta y de una clase y tener una inmensa importancia como síntoma cultural. Sin embargo, poemas de poca calidad y que traicionan la ignorancia del poeta no pueden ser poesía proletaria, sencillamente porque no son poesía. Es extraordinariamente significativo observar que cuando traza la evolución política de los poetas obreros y el paralelo progreso revolucionario de la clase obrera, el camarada Pletnev señala muy agudamente que, desde hace algunos años, y especialmente desde el comienzo de la NEP, algunos escritores proletarios tienden a separarse de su clase. Pletnev explica la "crisis de la poesía proletaria" y su inclinación consiguiente hacia el formalismo y el filisteísmo por la insuficiente formación política de los poetas y la poca atención que les concede el partido. A esto se debe que los poetas "no hayan resistido a la presión colosal de la ideología burguesa y hayan cedido o estén a punto de ceder". La explicación es claramente insuficiente. ¿Qué "presión colosal de la ideología burguesa" puede existir entre nosotros? No debemos exagerar. No tenemos que discutir si el partido podía haber hecho más por la cultura proletaria o no. Pero esto sólo no basta para explicar la falta de capacidad de resistencia por parte de esta poesía, como tampoco se compensa esta incapacidad con una violenta gesticulación "de clase" (como en el manifiesto de *Kuznitsa*). El hecho es que en el periodo prerrevolucionario y en el primer periodo de la revolución los poetas proletarios consideraban la versificación no como un arte que tiene sus propias leyes, sino como uno de los medios de quejarse de su triste suerte o de exponer sus sentimientos revolucionarios. Los poetas proletarios no han abordado la poesía como un arte y un oficio hasta estos últimos años, en que disminuyó la tensión producida por la guerra civil. Entonces se vio claramente que el proletariado no había creado ninguna base cultural, mientras que la intelligentsia burguesa tenía la suya, mejor o peor. El hecho esencial aquí no es que el partido o sus líderes no "ayudaron suficientemente", sino que las masas no estaban preparadas artísticamente; y el arte, igual que la ciencia, requiere preparación. Nuestro proletariado tiene cultura *política*, la suficiente para asegurar su dictadura, pero no tiene cultura *artística*. Mientras los poetas proletarios marchaban en las formaciones militares corrientes, sus poemas, como dijimos, tenían el valor de documentos revolucionarios. Pero cuando tuvieron que hacer frente a los problemas de técnica y de arte, comenzaron, queriendo o sin querer, a buscarse un nuevo ambiente. No se trata, por tanto, de una cuestión de negligencia, sino de un condicionamiento histórico más profundo. Sin embargo, esto no quiere decir que los poetas obreros que han entrado en esta crisis estén definitivamente perdidos para el proletariado. Esperamos que al menos algunos de ellos saldrán de la crisis con más fuerza. Una vez más recordemos que los grupos de poetas proletarios actuales tampoco tienen por qué estar destinados a sentar las bases inconmovibles de una poesía nueva y grande. Nada de eso. Todo hace pensar que éste será un privilegio de las generaciones futuras, las cuales también tendrán que pasar periodos de crisis, porque todavía durante mucho

tiempo habrá desviaciones de grupos y círculos, vacilaciones y errores ideológicos y culturales, cuya causa profunda será la falta de madurez cultural de la clase trabajadora.

El estudio de la técnica literaria es una etapa indispensable y que exige tiempo. La técnica se hace notar especialmente en los que no la poseen. Se puede decir con toda justicia de muchos de los jóvenes poetas proletarios que no son ellos los que dominan la técnica sino la técnica la que les domina a ellos. Para algunos, los más dotados, ésta es una mera crisis de crecimiento. Pero los demás no podrán dominar la técnica y parecerán siempre artificiales, imitadores e incluso bufones aduladores. Sería monstruoso concluir de todo esto que la técnica del arte burgués no es necesaria a los trabajadores. Y, sin embargo, hay muchos que caen en este error. "Dadnos [dicen] algo que sea nuestro; aunque sea detestable. pero nuestro". Esto es falso y engañoso. Un arte detestable no es arte y por consiguiente los trabajadores no tienen necesidad de él. Los que se conformen con un arte "detestable" serán los que sientan en el fondo un profundo desprecio por las masas, serán como esos políticos que no creen en la capacidad de la clase obrera, pero que la halagan y glorifican cuando "todo va bien". Detrás de los demagogos están los locos sinceros que han aceptado esta fórmula simplificada del arte pseudoproletario. Esto no es marxismo, sino populismo reaccionario, teñido ligeramente de ideología "proletaria". El arte destinado al proletario no puede ser un arte que no sea de primera calidad. Es preciso aprender, pese a que aprender tiene ciertos peligros, puesto que se aprende del enemigo. Es preciso aprender, y la importancia de organismos como el "Proletkult" debe medirse no por la velocidad con que crean una nueva literatura, sino por la contribución que aportan a la elevación del nivel literario de la clase obrera, comenzando por sus estratos superiores.

Expresiones como "literatura proletaria" "cultura proletaria" son peligrosas, porque comprimen erróneamente el porvenir cultural dentro de los estrechos límites actuales; falsean la perspectiva, no respetan las proporciones, adulteran las medidas y cultivan la peligrosísima arrogancia de los pequeños círculos.

Pero si rechazamos la expresión "cultura proletaria", ¿qué hacer con el "Proletkult"? Convengamos en que "Proletkult" significa actividad cultural del proletariado, es decir lucha obstinada por la elevación del nivel cultural de la clase trabajadora. En realidad, esta interpretación no disminuye la importancia del "Proletkult" ni en una jota.

En su manifiesto mencionado anteriormente, los escritores proletarios de *Kuznitsa* proclaman que "el estilo es la clase", y que, por consiguiente, los escritores de otro origen social no pueden crear un estilo artístico adecuado a la naturaleza del proletariado. De ahí parece deducirse que el grupo *Kuznitsa*, que es proletariado a la vez por su composición y por su tendencia, está creando el arte proletario.

"El estilo es la clase". Sin embargo, el estilo no nace con la clase, ni mucho menos. Una clase halla su estilo por caminos muy complicados. Sería muy sencillo que un escritor, por el mero hecho de que es un proletario fiel a su clase, pudiese instalarse en la encrucijada y declarar: "¡Yo soy el estilo del proletariado!"

"El estilo es la clase", y no sólo en arte sino sobre todo en política. La política es el único campo en el que el proletariado ha creado realmente su propio estilo. ¿Cómo? No por un simple silogismo: cada clase tiene su propio estilo; el proletariado es una clase; luego se asigna a tal y tal grupo proletario la tarea de formular su estilo político. No, el camino fue mucho más tortuoso. La elaboración de la política proletaria pasó a través de las huelgas económicas, la lucha por el derecho de asociación, los utopistas franceses e ingleses, la participación de los obreros en las luchas revolucionarias bajo la dirección de los demócratas burgueses, el *Manifiesto comunista*, la formación del partido socialdemócrata que, sin embargo, acabó subordinándose al "estilo" de otras clases, la

escisión de la socialdemocracia y la separación de los comunistas, la lucha de los comunistas por el frente único, y pasará todavía por una serie de etapas que están ante nosotros. Toda la energía que le queda al proletariado después de haber hecho frente a las exigencias elementales de la vida se ha dedicado y se dedica a la elaboración de este "estilo" político. Por el contrario, el ascenso histórico de la burguesía tuvo lugar con una relativa igualdad en todos los terrenos de la vida social; la burguesía se enriqueció, se organizó, se formó política y estéticamente y acumuló así hábitos de dominio; mientras que, para el proletariado, en tanto que clase económicamente desheredada, todo el proceso de autodeterminación toma un carácter político revolucionario intensamente unilateral, alcanzando su máxima expresión en el partido comunista.

Si comparásemos el ascenso artístico del proletariado con su ascenso político, habría que decir que en el terreno artístico nos encontramos actualmente poco más o menos en la etapa en que los primeros débiles movimientos de masas coincidieron con los esfuerzos de la intelligentsia y de algunos obreros para construir sistemas utópicos. Deseamos de todo corazón que los poetas de *Kuznitsa* contribuyan a la creación del arte del futuro, que será, si no proletario, al menos socialista. Pero en el estadio actual, extraordinariamente primitivo, de este proceso, sería un error imperdonable reconocer a *Kuznitsa* el monopolio para expresar el "estilo proletario". La actividad de *Kuznitsa* respecto al proletariado, se sitúa en el mismo plano, en principio, que la de *Lef*, *Krug* y los demás grupos que se esfuerzan en dar una expresión artística a la revolución. Con toda honestidad, no sabemos cuál de estas contribuciones resultará ser la más importante.

La influencia del futurismo, por ejemplo, sobre muchos poetas proletarios es indiscutible. El gran talento de Kazin está impregnado de elementos de la técnica futurista. Biezimiensky es inconcebible sin Mayakovsky, y Biezimiensky es una esperanza.

El manifiesto de *Kuznitsa* describe la situación actual del arte con colores extraordinariamente sombríos y hace la siguiente acusación: "La NEP, como etapa de la revolución, se ha hallado en un ambiente artístico que recuerda los gestos de los gorilas". "Todo esto está subvencionado... Ya no hay Belinskys. Sobre el desierto del arte se cierne el crepúsculo. Nosotros elevamos nuestras voces e izamos la bandera roja...", etc. Hablan en términos elocuentes y hasta enfáticos del arte proletario, a veces como arte del futuro y a veces como arte del presente. "El monolitismo de la clase obrera crea un arte único a su imagen y semejanza. Su idioma particular, de gran sonoridad, variado colorido, riqueza de imágenes, favorece con su simplicidad, su claridad, su precisión, la fuerza de un gran estilo". Pero si todo esto es cierto, ¿por qué hay un desierto artístico y por qué se cierne el crepúsculo sobre él? Esta contradicción evidente no puede tener más que una explicación: al arte protegido por el gobierno soviético, que es un desierto sobre el que cae el crepúsculo, los autores del manifiesto oponen un arte proletario "de gran envergadura y de gran estilo", que sin embargo no goza de la consideración necesaria porque no hay "Belinskys" y porque el puesto de los Belinskys está ocupado por "algunos camaradas, publicistas salidos de nuestras filas y habituados a llevar las riendas de todo". Aun a riesgo de que me incluyan a mí también en la Orden de las Riendas, debo decir que el manifiesto de *Kuznitsa* está menos inspirado por un mesianismo de clase que por una arrogancia de camarilla. *Kuznitsa* habla de sí mismo como único portavoz del arte revolucionario, exactamente en los mismos términos que lo hacen los futuristas, los imaginistas, los "Hermanos Serapion" y otros. ¿Dónde está, camaradas, ese arte "de gran envergadura y de gran estilo", ese arte monumental? ¿Dónde está? Aparte de lo que la obra de éste o aquel poeta de origen proletario pueda parecernos (y haría falta una crítica cuidadosa y estrictamente individualizada), no hay arte proletario. No se debe jugar con grandes palabras. No es cierto que exista un estilo proletario y menos que sea grande y

monumental. ¿Dónde está? ¿Y en qué? Los poetas proletarios están en el periodo de aprendizaje, y la influencia de otras escuelas principalmente la futurista, puede encontrarse sin recurrir a los métodos microscópicos de la escuela formalista. Esto no es un reproche, pues no hay nada malo en ello. Pero no se crea un estilo proletario monumental por medio de manifiestos.

Nuestros autores se quejan de que ya no hay "Belinskys". Si necesitáramos la prueba legal de que el trabajo de *Kuznitsa* está imbuido de la mentalidad del mundillo cerrado de la intelligentsia, de las camarillas, circulitos y escuelas, la encontraríamos en esta frase desafortunada: "Ya no hay Belinskys". Por supuesto, no se refieren aquí a Belinsky como persona, sino como representante de esa dinastía de críticos rusos, dirigentes e inspiradores de la literatura antigua. Nuestros amigos de *Kuznitsa* no parecen haberse dado cuenta de que esta dinastía dejó de existir cuando las masas proletarias aparecieron en la escena política. En cierto sentido, en un sentido muy importante, Plejánov fue el Belinsky marxista, el último representante de esta noble dinastía de publicistas. El papel histórico de los Belinsky consistió en abrir respiraderos a la opinión pública de su época, a través de la literatura. La crítica literaria reemplazaba a la política, y le preparaba el terreno. Y lo que en Belinsky y los demás representantes de la crítica radical no eran más que presentimientos, ha recibido en nuestra época la carne y la sangre de octubre y se ha convertido en la realidad soviética. Si Belinsky, Chernishevski, Dobroliubov, Pisarev, Mijáilovsky, Plejánov fueron, cada uno a su manera, los inspiradores sociales de la literatura o, más aún, los inspiradores de la vida y la opinión pública nacientes, ¿no aparece entonces que toda nuestra opinión pública y nuestra vida social actual, con su política, su prensa, sus reuniones, sus instituciones, puede definir suficientemente sus propios métodos? Hemos colocado nuestra vida social bajo un proyector; el marxismo ilumina todas las etapas de nuestra lucha, cada una de nuestras instituciones se ve sometida por todos lados al fuego de la crítica. Suspirar por Belinsky en estas condiciones es revelar (es triste decirlo) un espíritu de aislamiento propio de los circulitos intelectuales, totalmente en la línea estilística (por cierto, nada monumental) de los más devotos populistas de la izquierda, a lo lvanov-Razumnik. "Ya no hay Belinskys". Pero Belinsky, en definitiva, era menos un crítico literario que un dirigente de la opinión de su época. Y si Visarion Belinsky pudiese trasladarse a nuestra época, sería probablemente (no debemos ocultárselo a Kuznitsa) un miembro del politburó. Y probablemente, furioso, habría cogido las riendas y hecho buen uso de ellas. ¿No se quejaba de que él, cuyo carácter le inclinaba a aullar como un chacal, tenía que limitarse a emitir notas melodiosas?

No es casual que la poesía de los circulitos, en sus esfuerzos por vencer su soledad, caiga en el romanticismo soso del "cosmismo". Su idea consiste esencialmente en que debe sentirse el mundo como unidad, y a sí mismo como parte activa de esta unidad, con la perspectiva futura de dirigir no sólo la tierra sino todo el cosmos. Todo esto, por supuesto, es realmente soberbio, lleno de grandeza. Éramos simples habitantes de Kursk o de Kaluga, acabamos de conquistar toda Rusia y avanzamos hacia la revolución mundial. ¿Tenemos que contentarnos con límites "planetarios"? Pongamos inmediatamente un aro proletario al barril del universo. ¿Hay algo más simple? ¡Nos sobran fuerzas y no hay quien nos lo impida!

El "cosmismo" parece, o puede parecer, extraordinariamente audaz, potente, revolucionario proletario. Pero, en realidad, se encuentran en él elementos que significan casi una deserción: se huye de los difíciles problemas terrestres, especialmente graves en el terreno artístico, para refugiarse en las esferas interestelares. Así, el "cosmismo" tiene una inesperada afinidad con el misticismo. Querer introducir el reino de las estrellas en la propia concepción artística del mundo, y no sólo de forma contemplativa sino también

en forma activa, independientemente incluso de los conocimientos que se puedan tener de astronomía, es una tarea muy ardua y, en cualquier caso, de una urgencia muy discutible. Y da la impresión de que si los poetas se están haciendo "cósmicos", no es porque la población de la Vía Láctea esté llamando imperiosamente a su puerta y exigiendo una respuesta. sino porque los problemas terrestres se prestan tan difícilmente a la expresión artística que les incitan a saltar al otro mundo. Sin embargo, no basta con llamarse "cósmico" para agarrar las estrellas del cielo, especialmente porque el universo tiene mucho más de vacío interestelar que de estrellas. Deben tenerlo en cuenta, para que esta sospechosa tendencia a llenar las lagunas de su concepción del mundo y de su obra artística con la materia sutil de los espacios interestelares no lleve a algunos de los "cósmicos" a la más sutil de las materias, el Espíritu Santo, en la que ya descansan suficientes poetas difuntos.

Los lazos y redes que acechan a los poetas proletarios son tanto más peligrosos cuanto que estos poetas son muy jóvenes, y muchos de ellos apenas han salido de la adolescencia. La mayoría de ellos se despertaron al mundo de la poesía con la victoria de la revolución. No entraron en él como hombres formados, sino que fueron llevados en alas de la espontaneidad, de la tormenta y del huracán. Esta primera embriaguez se apoderó también de poetas totalmente burgueses, que lo pagaron más tarde con una pasión místico-reaccionaria. Las verdaderas dificultades y pruebas duras comenzaron cuando el ritmo de la revolución se aflojó, cuando los objetivos empezaron a parecer menos claros y cuando dejó de bastar con nadar a favor de la corriente, tragar el agua y emitir inspiradas burbujas, sino que hizo falta mostrar circunspección, apartarse y hacer el balance de la situación. ¡Entonces fue cuando les asaltó la tentación de zambullirse en el cosmos! Pero, ¿y la tierra? Como para los místicos, puede que sea sólo un trampolín para el cosmos. Los poetas revolucionarios de nuestro tiempo tienen que tener un temple extraordinario, y, aquí más que en ninguna otra parte, el temple moral es inseparable del intelectual. Tienen necesidad de una concepción del mundo, y por consiguiente de una concepción del arte, firme, flexible y empírica. Para comprender el momento en que vivimos, no sólo de una manera periodística sino real y profunda, es preciso conocer el pasado de la humanidad, su vida, su trabajo, sus luchas, sus esperanzas, sus derrotas y sus éxitos. La astronomía y la cosmogonía son cosas excelentes. Pero ante todo es preciso conocer la historia humana y las leyes, los hechos y personalidades concretas de la vida contemporánea.

Es curioso observar que los que hacen fórmulas abstractas de poesía proletaria, suelen pasar de largo ante un poeta que tiene derecho, más que ningún otro, al título de poeta de la Rusia revolucionaria. No se necesitan métodos críticos complejos para determinar sus tendencias o sus bases sociales. Demian Biedni es un poeta entero, de una sola pieza. No es un poeta que se haya aproximado a la revolución, que se haya rebajado hasta ella, que la haya aceptado; es un bolchevique cuya arma es la poesía. Y en esto reside la fuerza excepcional de Demian. La revolución no es para él un material de creación, sino la autoridad más alta, la que le ha colocado en su puesto. Su obra es un servicio social, no sólo "a fin de cuentas", como suele decirse para el arte en general, sino también subjetivamente, en la conciencia del mismo poeta. Y esto ha sido así desde los primeros días de su actividad militante. Creció en el partido, vivió las diferentes fases de su desarrollo, aprendió a pensar y sentir con su clase día a día y a reproducir este mundo de pensamientos y sentimientos en forma concentrada en el lenguaje de los versos, con la malicia de las fábulas, la melancolía de las canciones, la audacia de las coplas satíricas o la indignación de las proclamas vibrantes. No hay ningún diletantismo en su cólera o su odio. Odia con el odio más sincero del partido más revolucionario del mundo. Hay en él cosas de gran fuerza y acabada maestría, pero otras muchas no superan el nivel periodístico, vulgar, de segundo orden. Es porque Demian no espera las raras ocasiones

en que Apolo llama al poeta al sagrado sacrificio para crear, sino que trabaja cada día, según las exigencias de los acontecimientos... y del comité central. Sin embargo, tomada en su conjunto, su obra constituye un fenómeno absolutamente nuevo, único en su género. Y que los poetillas de las diversas escuelas que gustan de burlarse de Demian y llamarle folletinista, hojeen en su memoria para encontrar otro poeta que haya tenido, con sus versos, una influencia más directa y eficaz sobre las masas. ¡Y qué masas!: las masas de obreros y campesinos, las masas del ejército rojo, ¡masas de muchos millones! ¡Y en el momento más grande de todas las épocas!

Demian Biedni no ha buscado formas nuevas. Incluso presume de emplear las viejas formas consagradas. Pero en él estas formas sufren una verdadera resurrección y se tornan en un incomparable mecanismo de transmisión de las ideas bolcheviques. Demian no ha creado y no creará nunca una escuela; fue él el creado por una escuela, llamada Partido Comunista Ruso, para las necesidades de una gran época que no será igualada. Si pudiéramos liberarnos de la noción metafísica de cultura proletaria para ver las cosas desde el punto de vista de lo que el proletario lee, de lo que necesita, de lo que le apasiona y le lanza a la acción, de lo que eleva su nivel cultural, y por tanto prepara el terreno para un arte nuevo, entonces veríamos que la obra de Demian Biedni es verdaderamente una literatura proletaria y popular, es decir una literatura vitalmente necesaria para un pueblo que se despierta. Quizás no sea poesía "auténtica", pero es algo más grande.

Una gran figura histórica, Fernando Lasalle, escribió una vez a Marx y Engels, a Londres: "Renunciaría con gusto a escribir lo que sé para realizar, aunque fuese en parte, aquello de lo que soy capaz". Aplicando esta idea, Demian podría decir de sí mismo: "Dejo con gusto a otros la tarea de escribir con formas nuevas y más complicadas sobre la revolución, para poder escribir con las formas antiguas por la revolución".

7. La posición del partido ante el arte

Hay escritores marxistas que han perseguido ferozmente a los futuristas, a los "Hermanos Serapion", a los imaginistas, y en general a todos los "compañeros de viaje", tanto considerados en conjunto como individualmente. Especialmente, se ha puesto de moda encarnizarse con Pilniak, y hasta los futuristas lo hacen. Indiscutiblemente, Pilniak es irritante en ciertos aspectos: es demasiado superficial en los problemas más graves, es demasiado afectado y presumido, y tiene un exceso de lirismo artificial. Pero Pilniak ha descrito admirablemente el aspecto provinciano y campesino de la revolución, el "tren de los mechotchniki"[32], y gracias a Pilniak hemos podido conocer todo esto de forma incomparablemente más clara y tangible que antes. ¿Y qué ocurre con Vsevolod Ivanov? ¿No es cierto que hemos conocido y sentido mejor Rusia en toda su inmensidad, su infinita variedad étnica, su atraso y su fuerza después de haber leído *Guerrilleros*, *El tren blindado* y *Las arenas azules*, pese a todos sus defectos de construcción, su estilo desigual y sus detalles artificiales? ¿Es que hay alguien que crea realmente que puede sustituirse este conocimiento directo, basado en imágenes, por las hipérboles de los futuristas, por el canto monótono de las sílabas o por esos articulitos periodísticos que, día tras día, combinan de diversas formas las mismas trescientas palabras? Suprimamos mentalmente a Pilniak y Vsevolod Ivanov de nuestra vida y veremos que nos empobrecemos considerablemente. Los organizadores de la campaña contra los compañeros de viaje (campaña que demuestra falta de preocupación por las perspectivas y proporciones) han elegido también como blanco al camarada Voronsky, redactor del *Krasnaya Nov*[33] y director de la editorial "Círculo", acusándole de confidente y casi de cómplice. Creemos que el camarada Voronsky está realizando (por orden del partido) un importante trabajo literario y cultural, y que sin duda es mucho más fácil decretar la creación del arte comunista en un articulito lleno de gorjeos de ave, que trabajar, con todo el cuidado que sea preciso, en su preparación.

En cuanto a la forma, nuestros críticos siguen la línea marcada hace tiempo por la revista *Raspad* (en 1908). Pero hay que comprender y apreciar los cambios ocurridos en las situaciones históricas, el nuevo reparto de fuerzas producido desde entonces. En aquellos tiempos nosotros éramos un partido vencido y clandestino. La revolución se batía en retirada, la contrarrevolución de Stolypin y de los anarcomísticos avanzaba en todos los frentes. Incluso dentro del partido, los intelectuales desempeñaban un papel desproporcionado a su importancia, y los grupos de intelectuales que pertenecían a distintas tendencias políticas se influían mutuamente. En tales condiciones era precisa una resistencia violenta contra las modas literarias reaccionarias para defender nuestras ideas.

---

[32] Durante la revolución, muchos campesinos viajaban con un saco [mechok], en vagones de ganado, comprando y vendiendo todo tipo de mercancías, principalmente alimentos.

[33] *Krasnaya Nov* [Tierra nueva roja], revista fundada en 1921. Editó en 1923 la presente obra de Trotsky. Estuvo dirigida desde su origen por A. Voronsky, crítico inteligente célebre por sus biografías de escritores. Este fue destituido en 1927 por "desviaciones ideológicas", y en 1932 *Krasnaya Nov* desaparecía por orden de la Unión de Escritores, organismo creado recientemente por decreto del Comité Central del Partido Comunista.

Hoy, el proceso es totalmente diferente. La ley de atracción social a favor de la clase dirigente que, en definitiva, determina el trabajo creador de los intelectuales, opera ahora a favor nuestro. Hay que recordar bien esto cuando se trata de definir la postura política respecto al arte.

No es cierto que el arte revolucionario pueda ser creado sólo por los obreros. Precisamente porque la revolución es obrera, dedica (repitámoslo) una cantidad muy pequeña de energía de la clase obrera al arte. Las mayores obras surgidas durante la revolución francesa, las que la reflejaron directa o indirectamente, no fueron las de los artistas franceses, sino las de los alemanes, ingleses y demás. La burguesía francesa, ocupada en hacer la revolución, no podía prescindir de la cantidad de energía necesaria para grabar y perpetuar su huella. Esto puede aplicarse aun con más justicia al proletariado, que tiene cultura política pero muy poca cultura artística. Los intelectuales, aparte de las demás ventajas que les proporciona su cualificación, tienen el odioso privilegio de mantener una postura política pasiva, matizada por un grado mayor o menor de hostilidad o simpatía hacia la revolución de octubre. No es sorprendente, pues, que ellos puedan producir, y produzcan, mejores reproducciones artísticas de la revolución (aunque un poco deformadas) que el proletariado, ocupado en hacer la revolución. Conocemos de sobra las limitaciones políticas, la inestabilidad, la poca seguridad que ofrecen los compañeros de viaje. Pero si eliminamos a Pilniak y su *Año desnudo,* a los “Hermanos Serapion” con Vsevolod Ivanov, Tijonov y Polonskaya, a Mayakovsky y Yesenin, ¿qué nos queda, aparte de unos pagarés inseguros a cuenta de una futura literatura proletaria? Demian Biedni (que no forma parte de los compañeros de ruta) no puede ser eliminado, podría incluso vincularse a la literatura proletaria como la define el manifiesto de *Kuznitsa*. Realmente, sin ellos, ¿qué nos queda?

¿Quiere esto decir que el partido, contrariamente a sus principios, tiene una posición ecléctica en el terreno artístico? Esta idea que parece tan convincente, es extraordinariamente pueril. El marxismo puede servir para valorar el desarrollo del arte nuevo, estudiar sus fuentes, favorecer a las tendencias progresistas por medio de la crítica, pero no se le puede pedir más. El arte debe abrirse su propio camino. Sus métodos no son los del marxismo. El partido dirige al proletariado, pero no dirige el proceso histórico. Haya terrenos en los que dirige de un modo directo e imperativo. Hay otros en los que vigila y fomenta. Y otros, finalmente en los que se limita a dar directivas. El arte no es una materia en la que el partido deba dar órdenes Puede protegerlo y estimularlo, pero sólo indirectamente puede dirigirlo. Puede y debe otorgar su confianza a los grupos que aspiren sinceramente a aproximarse a la revolución, y estimular así la expresión artística de ésta. Pero en ningún caso puede adoptar las posiciones de un círculo literario que esté combatiendo a otros. No puede y no debe hacerlo.

El partido defiende los intereses históricos de la clase trabajadora en su conjunto. Prepara el terreno conscientemente, paso a paso, para una nueva cultura, y por consiguiente para un nuevo arte; no ve a los compañeros de viaje como competidores de los escritores obreros, sino como actuales o posibles colaboradores de la clase obrera en un gigantesco trabajo de reconstrucción. Tiene conciencia del carácter episódico de los grupos literarios de un periodo de transición, y los valora sin tener en cuenta el expediente personal que les adjudican los señores literatos, sino según el lugar que ocupan y pueden ocupar estos grupos en la edificación de una cultura socialista. Si no resulta posible hoy día determinar el lugar de un grupo concreto, el partido esperará, con paciencia y atención. Esto no impide que los críticos o lectores individuales simpaticen con uno u otro grupo. El partido, como tal, defiende los intereses históricos de la clase trabajadora, y por tanto debe ser objetivo y prudente. Su prudencia debe ser doble: ni concederá el *imprimatur* a *Kuznitsa* por el mero hecho de que son los obreros los que lo escriben; ni rechazará *a*

priori a ningún grupo literario, aunque sólo se componga de intelectuales, con tal de que intente aproximarse a la revolución y de reforzar alguno de sus eslabones (un eslabón es siempre un punto débil), ya sea entre la ciudad y el campo, entre los miembros del partido y los no afiliados, o entre los intelectuales y los obreros.

¿Significa una política de este tipo desguarnecer uno de los flancos del partido, el artístico? Afirmar tal cosa sería una gran exageración. El partido, ateniéndose a sus criterios políticos, combatirá las tendencias artísticas claramente venenosas o disgregadoras. Es cierto, desde luego, que el flanco artístico está más desguarnecido que el político; pero ¿no ocurre lo mismo en cuanto a la ciencia? ¿Qué pueden decir los metafísicos de una ciencia puramente proletaria sobre la teoría de la relatividad? ¿Es compatible con el materialismo o no? ¿Ha sido decidida esta cuestión? ¿Dónde, y cuándo, y por quién? Todo el mundo, incluso los profanos, comprende que las teorías de nuestro fisiólogo Pavlov están en la línea del materialismo. ¿Pero qué se puede decir de la teoría psicoanalítica de Freud? ¿Es compatible con el materialismo, como cree el camarada Radek (y yo también) o no lo es? La misma cuestión puede plantearse respecto a las nuevas teorías de la estructura atómica, etc. Sería maravilloso encontrar a un sabio capaz de abarcar metodológicamente todas estas nuevas generalizaciones y engarzarlas en la concepción materialista dialéctica del mundo. Así se podría contrastar los diferentes criterios de las nuevas teorías y desarrollar a la vez el método dialéctico. Pero me temo mucho que este trabajo (que no podría ser un artículo de revista o de periódico sino una obra científica o filosófica de envergadura, como *El origen de las especies* o *El capital*) no aparecerá hoy ni mañana. Es más, si apareciese un libro de tal categoría actualmente, es probable que permaneciese cerrado, sin cortársele las páginas, hasta que el proletariado pueda soltar las armas.

Pero el trabajo de formación de una cultura, es decir de adquisición del ABC de una cultura preproletaria, ¿no implica una tarea de selección, de crítica, con un criterio de clase? Por supuesto que sí. Pero el criterio es político, no es un criterio cultural abstracto. Ambos coinciden en el sentido general, en cuanto que la revolución crea las condiciones para una nueva cultura. Pero esto no quiere decir que la coincidencia esté asegurada siempre. Si la revolución tiene derecho a destruir, en caso de necesidad, puentes y monumentos, menos vacilará en intervenir en cualquier tendencia artística, por grandes que sean sus realizaciones, que amenace con introducir fermentos disgregadores en los medios revolucionarios, o enfrentar internamente las fuerzas revolucionarias, es decir el proletariado, los campesinos y los intelectuales. Nuestro criterio es abiertamente político, dominador e intolerante. De ahí, la necesidad de fijar claramente sus límites. Para expresar más exactamente mi idea, diré que en el terreno artístico y dentro de un régimen de atento control revolucionario, debemos mantener una política amplia y flexible, alejada de todas las querellas de los círculos literarios.

Por supuesto, tampoco en el terreno artístico puede el partido seguir el principio liberal del *laissez faire, laissez passer,* ni siguiera por un día. El problema consiste en saber en qué momento hay que intervenir y dentro de qué límites. Y no es un problema tan fácil como lo ven los teóricos de *Lef*, los apóstoles de la literatura proletaria y los críticos.

Los objetivos, los problemas y los métodos de la clase trabajadora son incomparablemente más concretos, más definidos y mejor elaborados en el plano teórico, cuando se relacionan con la economía que cuando se relacionan con el arte. Sin embargo, tras un rápido intento de edificar una economía centralizada, el partido se vio obligado a admitir la existencia paralela de tipos económicos diferentes e incluso competitivos. Junto a las empresas estatales, organizadas en forma de trusts, tenemos empresas de tipo local, otras arrendadas, algunas en régimen de concesión, propiedad privada, cooperativas,

economía campesina individual, talleres artesanos, empresas colectivizadas, etc. La línea política básica del estado tiende a una economía socialista centralizada. Pero esta tendencia general implica, durante cierto periodo, un apoyo ilimitado a la economía campesina y los artesanos. De otro modo, nuestra política favorable a una industria socialista a gran escala sería algo muerto y abstracto.

Nuestra república soviética es la unión de los obreros, campesinos e intelectuales pequeñoburgueses bajo la dirección del partido comunista. De esta combinación social, y gracias a los progresos de la técnica y de la cultura, debe surgir una sociedad comunista, a través de una serie de etapas. Naturalmente, los campesinos y los intelectuales llegarán al comunismo por caminos diferentes que los obreros. Estos caminos especiales no pueden por menos de reflejarse en el arte. Los intelectuales no comunistas que no se han alineado totalmente con el proletariado (y esto es lo que ocurre con la aplastante mayoría) tratan de apoyarse en los campesinos, al fallarles, o ser muy débil, el apoyo de la burguesía. De momento, este proceso tiene un carácter meramente preparatorio y simbólico y se manifiesta en la idealización *a posteriori* del espíritu revolucionario del mujik. Esta especie de neopopulismo es característico de todos los compañeros de viaje. En el futuro, con el aumento del número de escuelas en los pueblos y de los que sepan leer, el lazo de unión entre este arte y los campesinos puede hacerse más orgánico. El campesinado producirá sus propios intelectuales. Si la posición campesina en economía, política y arte, es más primitiva, más limitada, más egoísta, que la del proletariado, al menos existe, es un hecho, y existirá todavía durante mucho tiempo. Y el artista realizará una labor progresista si se enfrenta a la vida desde el punto de vista campesino, o mejor aún si consigue conjugar el punto de vista campesino y el intelectual, y llega así a la conclusión de que la unión de los campesinos y los obreros es una necesidad vital. Bajo la influencia de esta creación artística, la necesaria cooperación entre el campo y la ciudad se reforzará. La evolución de los campesinos hacia el socialismo será un proceso profundo, intencionado, polifacético y rico en colorido, y tenemos muchas razones para creer que las creaciones artísticas surgidas en él añadirán valiosos capítulos a la historia del arte. Por el contrario, oponer la organización campesina, secular, sagrada, al torbellino de la ciudad, es históricamente reaccionario, y el arte resultante de este punto de vista es contrario a los intereses del proletariado, incompatible con el progreso y condenado a desaparecer. Incluso en el aspecto formal, un arte semejante no puede llevar más que a repeticiones e imitaciones.

El poeta Kliúiev, los imaginistas, los “Hermanos Serapion”, Pilniak e incluso futuristas como Jlebnikov, Kruchenik y Kamensky, tienen un fondo campesino; en algunos de ellos es más o menos intencionado; en otros es constitutivo, y en otros es en realidad un fondo burgués traducido en la lengua mujik. La actitud futurista frente al proletariado es la menos ambigua de todas. Los “Hermanos Serapion”, los imaginistas, Pilniak, dejan traslucir en ciertos puntos una oposición al proletariado, al menos esto ocurría hasta hace muy poco. Reflejan, desigualmente, la actitud del campesinado en la época de la requisa de grano. En aquella época fue cuando la intelligentsia trató de protegerse contra el hambre, refugiándose en los pueblos, y allí acumuló sus impresiones. El balance de aquellos años, reflejado en el arte, es bastante ambiguo. Pero este balance corresponde al periodo que acabó con la rebelión de Kronstadt. Hoy se ha producido ya un cambio considerable en la mentalidad campesina. Y esto ha influido en los intelectuales también, y puede que influya en los compañeros de viaje que cantan al mujik. De hecho, en parte se ha notado ya. Todavía no han acabado las luchas internas, escisiones, reunificaciones de todos estos grupos, producto de las sacudidas sociales. Todo ello debe ser analizado cuidadosamente y con sentido crítico. Un partido que

pretende, y esperemos que, con cierta razón, a un papel de dirección ideológica, no puede dejar de lado estas cuestiones ni pasar sobre ellas superficialmente.

¿Pero es que no podría dirigir y alimentar artísticamente la marcha del campesinado hacia el socialismo un arte puramente proletario, de suficiente envergadura? Por supuesto que "podría", igual que una gran central eléctrica "podría" distribuir luz y energía a la cabaña, al establo, al molino. Todo lo que se necesita es tener la central eléctrica y los cables que la unan al pueblo. Con ello desaparecería, de paso, la oposición entre la industria y la agricultura. Pero, desgraciadamente, todavía no tenemos los cables, y la central brilla por su ausencia. No tenemos arte proletario. El arte de tendencia proletaria, que comprende a los poetas obreros y los futuristas comunistas, es tan insuficiente para satisfacer las necesidades de la ciudad y del campo como, por ejemplo, lo es la industria soviética para resolver los problemas de la economía mundial.

Pero, aunque dejásemos de lado al campesinado (¿y cómo?), no parece que las cosas sean tan fáciles para el proletariado, clase fundamental de la sociedad soviética, como se ven en las páginas de *Lef.* Cuando los futuristas proponen arrojar por la borda la antigua literatura individualista, no sólo porque está anticuada en el aspecto formal, sino también porque se opone a la naturaleza colectivista del proletariado, revelan una gran falta de comprensión de la naturaleza dialéctica de la contradicción entre individualismo y colectivismo. No hay verdades abstractas, es decir, hay diferentes tipos de individualismo. Por excesivo individualismo, un sector de la intelligentsia prerrevolucionaria se lanzó por el camino del misticismo, pero otro sector tomó el camino caótico del futurismo y, cogido por la revolución (digámoslo en su honor), se aproximó al proletariado. Pero cuando estos últimos trasmiten al proletariado los restos de amargura que les quedan de su individualismo, se muestran culpables de egocentrismo, o sea, de individualismo extremado. La desgracia es que el proletariado normal está desprovisto de esta cualidad. Su individualidad no se ha formado ni diferenciado suficientemente de la masa. Precisamente esta afirmación de la personalidad, en sus cualidades objetivas y en sus aspectos subjetivos, será la conquista más valiosa del progreso cultural que hoy está comenzando. Sería pueril creer que las "bellas letras" burguesas pueden romper su solidaridad de clase. Lo que el obrero asimilará de Shakespeare, Goethe, Pushkin o Dostoievsky será una idea más compleja de la personalidad humana, de sus pasiones y sentimientos, un conocimiento más profundo de sus fuerzas internas, una percepción más neta del papel del subconsciente, etc. En definitiva, el obrero se hallará enriquecido; Gorki, al principio, estaba imbuido del individualismo romántico propio del vagabundo. Sin embargo, fue capaz de alimentar el espíritu juvenil revolucionario del proletariado inmediatamente anterior a 1905, porque ayudó a despertar la personalidad individual en una clase en que la personalidad, una vez despertada, trata de relacionarse con otras personalidades despiertas. El proletariado necesita un alimento y una educación artísticos. Pero esto no quiere decir que sea un mero trozo de arcilla que los artistas, pasados y futuros, pueden modelar a su imagen y semejanza.

Aunque el proletariado es muy sensible, tanto espiritual como artísticamente, no ha recibido educación estética. Es muy poco razonable creer que puede empezar sin más en el punto en que la intelligentsia burguesa se detuvo, la víspera de la catástrofe. Igual que el individuo, a partir del embrión, revive la historia biológica y psicológica de la especie, y hasta cierto punto de todo el mundo animal, así la nueva clase, cuya inmensa mayoría acaba de salir de una vida prehistórica, debe recrear por sí misma toda la historia de la cultura artística. No puede comenzar la edificación de una nueva cultura sin haber antes absorbido y asimilado los elementos de las culturas antiguas. Esto no quiere decir en absoluto que tenga que atravesar de nuevo, paso a paso, sistemáticamente, toda la historia del arte. A diferencia del individuo biológico, una clase social absorbe y asimila

de un modo más libre y más consciente. Pero no puede avanzar sin tener en cuenta las directrices más importantes legadas por el pasado. En su lucha por mantener la continuidad de la cultura artística, el ala izquierda del arte antiguo, cuya base social ha sido destruida por la revolución de la forma más radical que se registra en la historia, se ve obligada a buscar el apoyo del proletariado, o al menos de las capas sociales surgidas alrededor del proletariado. Este, a su vez, aprovechándose de su situación de clase dirigente, aspira a participar en el arte, trata de establecer contactos con él y prepara así el terreno para una enorme expansión artística. En este sentido es cierto que los murales de las fábricas son las premisas necesarias, aunque remotas, para la literatura del mañana. Sin embargo, nadie dirá: renunciemos a todo lo demás hasta que el proletariado haya alcanzado, a partir de estos murales, una maestría artística propia. También el proletariado necesita una continuidad en la tradición artística. Actualmente consigue esta continuidad no de un modo directo sino indirecto, a través de los artistas burgueses que gravitan alrededor de él y que quieren cobijarse bajo su ala. El proletariado, según los casos, tolera a estos intelectuales, los apoya, los adopta a medias o los asimila completamente. La política del partido en el terreno artístico está determinada por la complejidad de este proceso, por sus mil aspectos internos. Es imposible reducir esta política a una fórmula, a algo tan corto como el pico de un gorrión. Y tampoco es indispensable hacerlo.

8. Arte revolucionario y arte socialista

Cuando se habla de arte revolucionario se puede uno referir a dos tipos diferentes de fenómenos artísticos: a las obras cuyo tema refleja la revolución, y a las que, sin que su tema tenga relación alguna con la revolución, están profundamente influidas por ella, teñidas por la nueva conciencia surgida de ella. Es evidente que estos dos tipos de fenómenos pertenecen a planos que son, o podrían ser, completamente diferentes. Alexis Tolstoi, en su novela *El camino del tormento*, describe el periodo de la guerra y la revolución. Pertenece a la vieja y apacible escuela de Yasnaya Poliana[34], aunque tiene menos categoría y una visión más reducida. Y cuando lo aplica a acontecimientos de enorme magnitud, sirve sólo para recordarnos cruelmente que Yasnaya Poliana existió una vez, pero ya no existe. En cambio, cuando el joven poeta Tijonov, que parece no atreverse a escribir sobre la revolución, habla de una pequeña tienda de ultramarinos, capta y reproduce su inercia y su inmovilismo con una espontaneidad y una vehemencia apasionada, como sólo puede hacerlo un poeta impulsado por el dinamismo de la nueva época.

Pero si el arte revolucionario y las obras sobre la revolución no son lo mismo, al menos tiene puntos de contacto. Los artistas creados por la revolución inevitablemente quieren escribir sobre ella. Y, por otra parte, el arte que desee realmente decir algo sobre la revolución, tendrá que rechazar sin piedad la actitud del viejo Tolstoi, con su mentalidad de gran señor y su inclinación hacia el mujik.

Todavía no existe un arte revolucionario. Existen elementos de este arte, esbozos, tentativas; sobre todo, existe el hombre revolucionario, formando a la nueva generación a su modo y necesitando cada vez más este arte. ¿Cuánto tiempo hará falta para que surja claramente este arte? Es difícil calcularlo, ya que se trata de un proceso imprevisible, y las suposiciones y cálculos de tiempo son siempre relativos, incluso cuando se trata de procesos sociales materiales. Pero, ¿por qué no habría de surgir pronto la primera gran ola de este arte, como arte de la joven generación nacida con la revolución e impulsada por ella?

El arte revolucionario que refleja claramente todas las contradicciones de un periodo de transición no debe ser confundido con el arte socialista, para el que todavía no se han sentado las bases. Sin embargo, no hay que olvidar que el arte socialista procederá del de este periodo de transición. Al insistir sobre esta distinción no nos estamos dejando guiar por consideraciones pedantes ni por abstracciones esquemáticas. No en vano definió Engels a la revolución socialista como el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad. La revolución en sí no es todavía el reino de la libertad. Al contrario, desarrolla al máximo la “necesidad”. El socialismo abolirá los antagonismos de clase, a la vez que las clases, pero la revolución agudiza al máximo la lucha de clases. Durante la revolución, la literatura que estimula a los obreros en su lucha contra los explotadores es necesaria y progresista. La literatura revolucionaria no puede evitar estar llena de un espíritu de odio social que supone, en la época de la dictadura proletaria, un factor creador en la historia. En la sociedad socialista, la base será la solidaridad. Toda la literatura, todo el arte, se afinarán sobre tonos diferentes. Todas las emociones que los revolucionarios de hoy no

[34] Es decir, de Tolstoi, señor de Yasnaya-Poliana.

nos atrevemos a llamar por sus nombres, por lo vulgarizadas y envilecidas que están, como la amistad desinteresada, el amor al prójimo o la simpatía, resonarán con potentes acordes en la poesía socialista.

¿Pero no corremos el riesgo de que un exceso de solidaridad produzca, como temen los nietzschianos, la degeneración del hombre en un animal sentimental, pasivo y gregario? De ningún modo. La fuerza poderosa de la emulación, que en la sociedad burguesa adquiere el carácter de una competencia de mercado, no desaparecerá en la sociedad socialista, sino que, usando el lenguaje psicoanalítico, se sublimará, es decir revestirá una forma más elevada y fecunda. Existirá en el plano de la lucha por las opiniones, los proyectos, los gustos. En la medida en que las luchas políticas serán eliminadas (y en una sociedad en que no haya clases no habrá tales luchas) las pasiones liberadas se canalizarán hacia la técnica y la construcción, y aquí hay que incluir el arte. El arte se hará entonces más abierto, más maduro, más fuerte; será la forma más alta de edificación progresiva de la vida en todos los terrenos, y no sólo en el de lo "bello", como algo accesorio sin relación con lo demás.

Todas las esferas de la vida, como el cultivo de la tierra, la planificación de la vivienda, la construcción de teatros, los métodos pedagógicos, la solución de los problemas científicos, la creación de nuevos estilos, interesarán a todos y cada uno. La gente se dividirá en "partidos" sobre la cuestión de un nuevo canal gigantesco o de la distribución de oasis en el Sahara (también se presentará este problema), de la regularización del clima, de un nuevo teatro, de una nueva hipótesis química, de escuelas musicales opuestas o del mejor sistema deportivo. Tales divisiones no estarán envenenadas por ningún egoísmo de clase o casta. Todo el mundo estará interesado por igual en el éxito de la comunidad. La lucha tendrá un carácter puramente ideológico. En ella no habrá nada de persecución del propio interés, no habrá mezquindades, traiciones, sobornos ni ninguna de estas cosas que son esenciales a la "competencia" en la sociedad dividida en clases. No por eso será la lucha menos excitante, dramática y apasionada. Y como en la sociedad socialista todos los problemas, los problemas de la vida cotidiana, que antes se resolvían de un modo espontáneo y automático, y los problemas artísticos, que estaban confiados a la tutela de una especie de castas sacerdotales, pasarán a ser patrimonio de todos, se puede decir con certeza que las pasiones e intereses colectivos y la competencia individual tendrán un enorme campo e ilimitadas ocasiones de ejercerse. El arte, pues, no echará de menos estas descargas nerviosas de energía social y estos impulsos psíquicos colectivos que producen las nuevas tendencias artísticas y los cambios de estilo. Las escuelas estéticas se agruparán alrededor de sus "partidos", es decir de las agrupaciones basadas en temperamentos, gustos y tendencias intelectuales. En una lucha tan desinteresada y tan intensa, que se producirá sobre una base cultural en constante elevación, la personalidad humana crecerá en todos los sentidos y refinará su cualidad fundamental inestimable, la de no estar nunca satisfecha con lo logrado. Realmente, no tenemos motivo alguno para temer que en la sociedad socialista la personalidad decaiga o se empobrezca.

¿Podemos designar el arte revolucionario con un nombre antiguo? El camarada Osinsky le ha llamado en algún sitio "realista". La idea que se quiere expresar con esto es cierta y significativa, pero sería preciso ponerse de acuerdo sobre lo que este concepto quiere decir para evitar un equívoco.

El realismo artístico más logrado coincide en nuestra historia con la "edad de oro" de la literatura. es decir, con la literatura aristocrática clásica.

El periodo de los temas de tendencia, la época en que una obra se juzgaba esencialmente según las intenciones sociales del autor, coincide con el momento en que

la intelligentsia se despertaba, buscaba el modo de surgir a la actividad pública y trataba de aliarse al “pueblo” contra el antiguo régimen.

La escuela decadente y el simbolismo, que nacieron en lucha con el “realismo” dominante, corresponden al periodo en que la intelligentsia, separada del pueblo, idolatrando sus propias experiencias y sometiéndose de hecho a la burguesía, se negaba a disolverse psicológica y estéticamente en esta clase. Para ello, el simbolismo invocó la ayuda del cielo.

El futurismo de antes de la guerra fue una tentativa de la burguesía de liberarse, en un plano individualista, de la postración del simbolismo y de encontrar un punto de apoyo personal en los progresos impersonales de la cultura material.

Tal es, *grosso modo*, la lógica de la sucesión de los grandes periodos de desarrollo de la literatura rusa. Cada una de estas tendencias estaba basada en una concreta actitud social, de grupo, ante el mundo, que dejó impresa su huella sobre los temas de sus obras, el contenido, la elección del medio, el carácter de los personajes, etc. Al decir contenido no nos referimos al tema, en el sentido formal del término, sino al objetivo social. Una época, una clase y sus opiniones pueden estar expresados perfectamente, tanto en un lirismo sin tema como en una novela social.

Aquí se plantea la cuestión de la forma. Dentro de ciertos límites, la forma se desarrolla según sus propias leyes, como cualquier otra técnica. Cada nueva escuela literaria, si es realmente una escuela y no un injerto arbitrario, es el resultado de todo el desarrollo anterior, de la técnica de palabras y colores ya existente, y se aleja de los terrenos conocidos en busca de nuevos elementos y nuevas conquistas.

También en este caso la evolución es dialéctica: la tendencia artística nueva niega la precedente. ¿Por qué? Evidentemente, ciertos sentimientos y pensamientos se sienten ahogados en el marco de los métodos antiguos. A la vez, la inspiración nueva encuentra en el arte antiguo ya cristalizado algunos elementos que, más desarrollados, pueden proporcionarle la expresión adecuada; la bandera rebelde se yergue contra “lo antiguo” en su conjunto, en nombre de ciertos elementos susceptibles de ser desarrollados. Toda tendencia literaria existe potencialmente en el pasado y todas se desarrollan rompiendo violentamente con el pasado. La relación recíproca entre la forma y el contenido (y este último no es sólo el “tema” sino un conjunto vivo de sentimientos e ideas que buscan su expresión artística), se determina por la nueva forma, descubierta, proclamada y desarrollada bajo la presión de una necesidad interior, de una exigencia psicológica colectiva que, como toda la psicología humana, tiene raíces sociales.

De ahí el dualismo de toda tendencia literaria; por una parte, aporta algo a la técnica artística, haciendo que se eleve (o que descienda) su nivel general; por otra, bajo su forma histórica concreta, expresa determinadas exigencias que en definitiva son exigencias de clase. De clase quiere decir también individuales, ya que la clase se expresa a través del individuo. También quiere decir exigencias nacionales, pues el espíritu de una nación se determina por la clase que la dirige y que subordina a la literatura.

Tenemos como ejemplo el simbolismo. ¿Qué debe entenderse por este término? ¿El arte de transformar simbólicamente la realidad, como método formal de creación artística, o la tendencia concreta representada por Blok, Sologub y otros? El simbolismo ruso no ha inventado los símbolos. No ha hecho más que injertarlos más íntimamente en el organismo del idioma ruso moderno. En este sentido, el arte futuro, cualquiera que sea la dirección que tome, no querrá renunciar a la herencia formal del simbolismo. El simbolismo ruso real, sin embargo, en ciertas épocas concretas, se sirvió del símbolo para objetivos sociales muy determinados. ¿Cuáles? La escuela decadente que precedió al simbolismo buscó la solución de todos los problemas estéticos en las experiencias personales del sexo, la muerte, etc., o mejor dicho del sexo y de la muerte sólo. Este tenía

que agotarse muy rápidamente. De ahí la necesidad, impulsada socialmente, de encontrar una sanción más adecuada en las propias exigencias, sentimientos y estados de ánimo, para enriquecerlos y elevarlos a un plano superior. El simbolismo, que hizo del símbolo no sólo un método artístico sino también un objeto de culto, fue para la intelligentsia el puente artístico que llevaba al misticismo. En este sentido social concreto, y no en uno formal, abstracto, el simbolismo no fue un mero método de técnica artística, sino que significó la evasión de la realidad a base de la construcción de un más allá y la complacencia de un mundo de ensueños autosuficiente, contemplativo y pasivo. En Blok encontramos un Zukovsky modernizado. Los antiguos panfletos y revistas marxistas (de los años 1908 y siguientes), por elementales que hayan podido ser algunas de sus generalizaciones, y aunque tendiesen unilateralmente a tratar a todos del mismo modo, dieron un diagnóstico y un pronóstico sobre la "decadencia literaria" incomparablemente más significativos y exactos que los que hizo, por ejemplo, el camarada Chuyak, que ha analizado el problema antes y con más atención que muchos otros marxistas, pero que, influido por las escuelas artísticas actuales, ha visto en él las etapas del crecimiento de una cultura proletaria, y no las del alejamiento creciente de la intelligentsia respecto de las masas.

¿Qué debe entenderse por "realismo"? En diferentes épocas, y siguiendo métodos distintos el realismo ha servido para expresar los sentimientos y necesidades de diferentes grupos sociales. Cada una de las escuelas realistas requiere una definición literaria y social diferente. Tienen algo común: un interés nada despreciable por todo lo relacionado con el mundo y con la vida tal como es. En vez de huir la realidad, la aceptan, en su estabilidad concreta y en su transformación. Se esfuerzan en captar la vida tal como es o en idealizarla sea para justificarla o condenarla, para fotografiarla, generalizarla o simbolizarla. Pero es siempre una preocupación por nuestra vida en sus tres dimensiones, como un tema artístico suficiente y de inestimable valor.

En este sentido filosófico amplio, y no en el restringido de una escuela literaria, se puede decir con seguridad que el arte nuevo será realista. La revolución no puede coexistir con el misticismo. Tampoco puede coexistir con el romanticismo, si lo que Pilniak, los imaginistas y algunos otros llaman romanticismo es, como puede temerse, misticismo que trata tímidamente de que se le acepte bajo un nombre nuevo. Decir esto no es ser un doctrinario sino sentar un hecho psicológico insuperable. En nuestros días, no se puede consentir que exista un misticismo portátil, algo así como un perrito doméstico que uno lleva "a su lado". Nuestra época es cortante como un hacha. La vida, dura y violenta, trastocada en sus bases mismas, dice: "Necesito un artista capaz de un solo amor. Cualquiera que sea tu modo de cogerme, cualesquiera los instrumentos y herramientas, producidos por el arte, que quieras utilizar, me abandono a ti, a tu temperamento, a tu genio. Pero debes comprenderme como soy, debes aceptarme tal como llegue a ser y para ti no debe existir nada más que yo".

Esto significa un monismo realista, en el sentido de una filosofía de la vida y no en el del arsenal tradicional de las escuelas literarias. Al contrario, el artista nuevo necesitará todos los métodos y procedimientos puestos en práctica en el pasado, y también algunos más, para poder captar la vida nueva. Y esto no significará eclecticismo artístico, ya que la unidad del arte viene dada por una percepción activa del mundo y de la vida.

En los años 1918-1919 no era raro encontrar en el frente una división militar con caballería y, detrás de ella, custodiados carros que transportaban a actores, actrices, decorados y otros accesorios. En general, el lugar del arte está en el tren del desarrollo histórico. Debido a los rápidos movimientos de los frentes, los carros con actores y decorados se encontraban muchas veces en una posición difícil, sin saber dónde ir. A

veces cayeron en manos de los blancos. La situación del arte actual en su conjunto es no menos difícil, atrapado por un cambio brusco en el frente histórico.

El teatro se halla en una posición especialmente difícil, ya que no sabe en absoluto qué dirección seguir. Es curioso que el teatro, que es quizás la forma artística más conservadora, tenga los teóricos más radicales. Todo el mundo sabe que el grupo más revolucionario en la Unión de Repúblicas Soviéticas es el de los críticos de teatro. Al primer síntoma de una revolución en el este o en el oeste, se debería formar un batallón militar especial de *levtretsi* [críticos teatrales de izquierda]. Cuando nuestras compañías presentan *La hija de la señora Angot*, *La muerte de Tatelkin*, *Turandot* o *El cornudo*, nuestros venerables *levtretsi* se muestran pacientes. Pero cuando se trata de representar el drama de Martinet, se rebelan rápidamente, antes incluso de que Meyerhold haya hecho *La noche*[35]. ¡La obra es patriótica! ¡Martinet es un pacifista! Y uno de los críticos llegó a declarar: "Todo eso está pasado, para nosotros, y por tanto no tiene interés". Tras este izquierdismo se oculta un filisteísmo desprovisto del más mínimo sentido revolucionario. Y si tenemos que enfocar las cosas desde el punto de vista político, Martinet era ya un revolucionario y un internacionalista cuando muchos de nuestros actuales representantes de la extrema izquierda no habían empezado siquiera a sospechar que existieran ideas revolucionarias. ¿El drama de Martinet pertenece al pasado? ¿Qué quiere decir esto? ¿Ha estallado ya la revolución social en Francia? ¿Ha triunfado ya? ¿O es que no hay que considerar a la revolución en Francia como un drama independiente, sino como una repetición aburrida de la revolución rusa? Este izquierdismo oculta, aparte de otras muchas cosas, el nacionalismo más limitado y más vulgar. No cabe duda de que la obra de Martinet es pesada y que es más literaria que dramática (el mismo autor no creía que pudiese ponerse en escena). Estos defectos se hubiesen disimulado si el teatro hubiese visto esta pieza en su contexto concreto, histórico, nacional, es decir como un drama del proletariado francés en un momento determinado de su gran marcha y no como una escena de un mundo que se rebela. Trasponer una acción que se desarrolla en un medio histórico determinado a otro construido abstractamente es, en este caso, un alejamiento de la revolución, de esa revolución real, verdadera, que se desarrolla obstinadamente, que pasa de un país a otro y que les parece, por tanto, a algunos pseudorrevolucionarios, una repetición aburrida.

No sé si el teatro necesita en estos momentos biomecánica, es decir, si ésta es una de sus necesidades históricas inaplazables. Pero no tengo la menor duda, si se me permite hablar de una manera tan subjetiva, de que el teatro ruso necesita absolutamente un repertorio nuevo, un enfoque realista de la vida revolucionaria, y sobre todo una "comedia soviética". Deberíamos tener ya obras nuestras como *El menor*, *Las desgracias de ser demasiado listo* y *El inspector*[36]. No me refiero a una nueva versión de estas tres viejas comedias ni a una adaptación a las exigencias soviéticas, como si fuera una parodia carnavalesca, aunque aun así tendrían más vida que el noventa y nueve por ciento de nuestro repertorio; no, lo que necesitamos es simplemente una comedia de costumbres soviéticas, una sátira que nos haga reír o indignarnos. Empleo intencionalmente los términos de los antiguos manuales de literatura y no temo ser acusado de retrógrado. La clase nueva, la vida nueva, los vicios nuevos y las estupideces nuevas, exigen que se los saque a la luz; cuando esto ocurra tendremos un nuevo arte dramático, pues es imposible reproducir un nuevo tipo de estupidez sin usar métodos nuevos. ¿Cuántos nuevos "menores" esperan hoy temblando ser puestos en escena? ¿Cuántas nuevas "desgracias" se han producido por ser demasiado listo o pretender serlo, y cuánto bien haría hoy un

[35] Drama del poeta comunista francés Marcel Martinet, exmiembro del grupo *La Vie ouvrière*.

[36] *El menor*, de Fomvizin (1742-1792), *Las desgracias de ser demasiado listo*, de Griboédov (1793-1829), *El inspector*, de Gógol (1809-1852).

nuevo "inspector" paseándose por nuestros pueblos soviéticos? No le echéis la culpa a la censura teatral, porque no la tiene. Por supuesto, si vuestra comedia tratase de decir: "ved adónde hemos llegado; volvamos al dulce nido antiguo de la nobleza", entonces la censura se echaría sobre vuestra comedia, y haría bien. Pero si vuestra comedia dice: "estamos construyendo una vida nueva, y sin embargo ved cuánta suciedad, vulgaridad, servilismo (del antiguo y del nuevo) hay todavía; limpiémoslo", entonces la censura no intervendría; y si interviniese, sería una estupidez contra la que todos protestaríamos.

Las raras veces que he tenido ocasión de ver una obra de teatro, mientras ocultaba cortésmente mis bostezos para no ofender a nadie, me ha impresionado observar que el público captaba con el máximo interés todas las alusiones, por insignificantes que fuesen, a la vida actual. Esto puede verse en las operetas repuestas por el Teatro del Arte, coquetamente adornadas con espinas, pequeñas y grandes (¡no hay rosas sin espinas!). Se me ocurre que, si aún no estamos suficientemente maduros para la comedia, podríamos al menos montar una comedia musical de tipo social.

Desde luego, no hace falta decir que el teatro futuro saldrá de sus cuatro paredes y se mezclará en la vida de las masas, que estarán absolutamente sometidas al ritmo de la biomecánica, etc. Pero esto, después de todo, es "futurismo", es decir música de un futuro muy lejano. Entre el pasado, del que se alimenta el teatro, y el futuro lejano, existe el presente, en el que vivimos. Entre el "preteritismo" y el futurismo, no estaría mal dar una oportunidad en el escenario al "presentismo". Votemos por esta tendencia. Con una buena comedia soviética, el teatro se reanimaría durante algunos años y entonces quizá tendríamos tragedia, considerada con justicia la forma más elevada del arte literario.

¿Puede crear nuestra época atea un arte monumental?, se preguntan ciertos místicos, dispuestos a aceptar la revolución si ésta les garantiza la inmortalidad. La tragedia es la forma monumental de la literatura. La antigüedad clásica basó la tragedia en la mitología. Toda la tragedia antigua está impregnada en una fe profunda en el destino, que daba sentido a la vida. La mitología cristiana dio unidad al arte monumental de la Edad Media y dotó de un significado no sólo a los templos y misterios, sino a todas las relaciones humanas. La unidad del sentimiento religioso y su activa participación en la vida hizo posible aquel arte monumental. Si se elimina la fe (no nos referimos a ese vago zumbido místico que aparece en el alma de los intelectuales modernos, sino a la religión auténtica, con dios, la ley divina y la jerarquía eclesiástica), la vida se encuentra desnuda, sin sitio para los conflictos supremos del héroe, del destino, del pecado y la expiación. El conocido místico Stepun trata de enfocar el arte desde esta perspectiva en su artículo sobre *La tragedia y la época actual*. Parte de las necesidades del arte mismo, promete un nuevo arte monumental, nos muestra la perspectiva de un resurgimiento de la tragedia y nos pide, en conclusión, que nos sometamos en nombre del arte a los poderes celestiales. Hay una lógica insinuante en el esquema de Stepun. En realidad, al autor no le importa la tragedia, ya que las leyes de la tragedia no son nada para él comparadas con las leyes celestiales. Lo único que desea es agarrar nuestra época por el dedo meñique de la estética trágica, para apoderarse luego de toda la mano. Es un método puramente jesuítico. Desde un punto de vista dialéctico, el razonamiento de Stepun es formalista y superficial. Simplemente, ignora las bases materiales históricas sobre las que nacieron el drama antiguo y el arte gótico, y a partir de las cuales ha de surgir un arte nuevo.

La fe en un destino inevitable revelaba los límites estrechos en los que el hombre antiguo, dotado de un cerebro lúcido, pero de técnica pobre, se encontraba encerrado. No podía emprender la conquista del mundo natural en la medida en que podemos hacerlo nosotros hoy, y ese mundo se cernía sobre él, como un hado. Ese hado consistía en la pobreza y el inmovilismo de los medios técnicos, la voz de la sangre, la enfermedad, la muerte, todo lo que limita al hombre y le impide ser "arrogante". La tragedia expresaba

la contradicción entre el mundo del cerebro, que se despertaba, y la pobreza insuperable de medios. La mitología no creó la tragedia, se limitó a expresarla en un idioma simbólico, adecuado a la infancia de la humanidad.

En la Edad Media, la concepción espiritual de la redención y, en general, todo el sistema de contabilidad con dos partidas (celestial y terrena) que se derivaba del dualismo de la religión y especialmente del cristianismo histórico, es decir, del verdadero cristianismo, no creó las contradicciones de la vida, sino que las reflejó y las resolvió aparentemente. La sociedad medieval superó sus contradicciones crecientes librando una letra de cambio a cargo del Hijo de Dios; las clases dirigentes la firmaron, la jerarquía eclesiástica hizo que la burguesía la endosara y las masas oprimidas se preparaban a cobrarla en el otro mundo.

La sociedad burguesa atomizó las relaciones humanas, dotándolas así de una flexibilidad y movilidad sin precedentes. La unidad primitiva de la conciencia, que era la base de un arte religioso monumental, desapareció a la vez que las relaciones económicas primitivas. Con la Reforma, la religión adquirió un carácter individualista. Los símbolos religiosos del arte, al cortarse el cordón umbilical que les unía con el cielo, se hundieron y buscaron un punto de apoyo en el misticismo vago de la conciencia individual.

En las tragedias de Shakespeare, que serían inconcebibles sin la Reforma, el hado de los antiguos y las pasiones medievales se ven superados por las pasiones humanas individuales, como el amor, los celos, la sed de venganza, la codicia y el conflicto espiritual. Pero en cada uno de los dramas de Shakespeare, la pasión individual se lleva a un grado tal de tensión que supera al hombre, se cierne sobre él y se convierte en una especie de hado: los celos de Otelo, la ambición de Macbeth, la codicia de Shylock, el amor de Romeo y Julieta, la arrogancia de Coriolano, la perplejidad espiritual de Hamlet. La tragedia de Shakespeare es individualista, y no tiene, por eso, la validez general de *Edipo rey*, en que se expresa la conciencia de todo un pueblo. Comparado con Esquilo, Shakespeare representa sin embargo un gran paso hacia adelante, no hacia atrás. El arte de Shakespeare es más humano. En todo caso, ya no podemos aceptar una tragedia en la que dios ordena y el hombre obedece. En adelante, nadie escribirá una tragedia de este tipo.

Después de haber atomizado las relaciones humanas, la sociedad burguesa, durante su ascenso, se había fijado un gran objetivo: la emancipación del individuo. De ahí surgieron los dramas de Shakespeare o el *Fausto* de Goethe. El hombre se consideraba el centro del universo, y por tanto del arte. Este tema bastó durante varios siglos. Toda la literatura moderna no ha sido más que una ampliación y reelaboración de este tema.

Pero cuando se reveló el fracaso interno de la sociedad burguesa por sus contradicciones insuperables, aquel objetivo primitivo, la emancipación y perfeccionamiento de la personalidad, se desvaneció en brazos de una nueva mitología inanimada.

Sin embargo, el conflicto entre lo personal y lo que supera a lo personal no sólo puede desarrollarse en la esfera religiosa, sino también en la esfera de una pasión humana que supera lo personal: el elemento suprapersonal es, por encima de todo, el elemento social. En tanto el hombre no se adueñe de su organización social, ésta permanecerá suspendida sobre él como un hado. Que aparezca o no la envoltura religiosa, es algo secundario, y depende de la debilidad humana. La lucha de Babeuf por el comunismo en una sociedad que no estaba preparada para él, fue la lucha de un héroe clásico contra su destino. El destino de Babeuf tenía todas las características de una verdadera tragedia, igual que el de los Graco, cuyo nombre adoptó Babeuf.

La tragedia basada en pasiones personales aisladas es demasiado insípida para nuestro tiempo. ¿Por qué? Porque vivimos en una época de pasiones sociales. La tragedia

de nuestra época se manifiesta en el conflicto entre el individuo y la colectividad, o en el conflicto entre dos colectividades hostiles en el seno de una misma personalidad. Nuestro tiempo tiene otra vez grandes objetivos. Esto es lo que le caracteriza. La grandeza de estos objetivos reside en el esfuerzo del hombre por liberarse de las nieblas místicas o ideológicas para construir la sociedad y construirse a sí mismo de acuerdo con su propio plan. Evidentemente, el conflicto es mucho más grandioso que el juego de niños de los antiguos, que venía bien a su época infantil, o los delirios de los monjes medievales, o la arrogancia individualista que arranca al individuo de la colectividad, lo agota rápidamente al máximo y lo precipita por el abismo del pesimismo, a menos que se ponga a cuatro patas ante el buey Apis, recientemente restaurado.

La tragedia es una expresión elevada de la literatura porque implica la tenacidad heroica de los esfuerzos, de los objetivos ilimitados, de los conflictos y sufrimientos. En este sentido, Stepun tenía razón al calificar de insignificante a nuestro arte "de la víspera", como él decía, es decir, al arte que precedió a la guerra y la revolución.

La sociedad burguesa, el individualismo, la Reforma, el drama shakespeariano, la gran revolución, han hecho imposible el significado trágico de los objetivos fijados desde el exterior; los grandes objetivos deben residir en la conciencia de un pueblo o de su clase dirigente, si quieren hacer surgir el heroísmo o crear el terreno en que nazcan los grandes sentimientos inspiradores de la tragedia. La guerra zarista, cuyos objetivos eran extraños a nosotros, sólo hizo nacer versos de pacotilla, una poesía individualista desfalleciente, incapaz de elevarse a la objetividad y de formar un arte grandioso.

Desde el punto de vista del desarrollo histórico del arte como forma social, las escuelas decadente y simbolista, con todas sus ramificaciones, eran unos simples garabatos, unos ejercicios de ensayo, algo así como afinar los instrumentos. La "víspera" fue, en lo artístico, un periodo sin objetivos. Quien sabía cuáles eran sus objetivos, no tenía tiempo para ocuparse del arte. Hoy se pueden perseguir altos objetivos a través del arte. No se puede prever si el arte revolucionario tendrá tiempo para dar lugar a una tragedia revolucionaria "de altura". Pero desde luego, el arte socialista renovará la tragedia.

El arte nuevo será ateo. Renovará también la comedia, ya que el hombre nuevo querrá reír. Hará que renazca la novela. Reconocerá todos los derechos a la lírica, porque el hombre nuevo amará más y de un modo más fuerte que los antiguos y pensará sobre el nacimiento y la muerte. El arte nuevo hará revivir todas las formas que han surgido en el curso del desarrollo del espíritu creador. La desintegración y decadencia de estas formas no tiene por qué ser definitiva, pues no son incompatibles en absoluto con el espíritu de los tiempos nuevos. Basta con que el poeta de la nueva época piense de nuevo sobre los problemas de la humanidad y sienta otra vez sus sentimientos.

La arquitectura ha sido la que más ha padecido en estos últimos años, y no sólo en nuestro país; los viejos edificios se han destruido poco a poco y no se han construido otros nuevos. De aquí la crisis de la vivienda existente en el mundo entero. Cuando, acabada la guerra, los hombres empezaron a trabajar de nuevo, se prestó atención en primer lugar a los artículos de consumo diario más esenciales y sólo de modo secundario a la reconstrucción de los bienes de producción y las casas. En definitiva, las destrucciones a causa de la guerra y de las revoluciones serán favorables a la arquitectura, igual que el incendio de 1812 contribuyó a embellecer Moscú. En Rusia, la materia cultural que se podía destruir era menor que en otros países, las destrucciones han sido mayores y la reconstrucción está siendo más lenta y difícil. No es sorprendente que la arquitectura, el arte más monumental, haya sido descuidada.

Actualmente comenzamos a reparar el pavimento de las calles, a restablecer las tuberías, a terminar las casas incompletas que se nos dejaron como herencia, pero sólo

comenzamos. Los edificios de la Exposición Agrícola de Moscú de 1923 tuvimos que hacerlos de madera. Hay que descartar todavía la construcción a gran escala. Los autores de proyectos gigantescos, como Tatlin, tendrán, aunque involuntariamente, una pausa para reflexionar, corregir o revisar radicalmente sus proyectos. Naturalmente, no creemos que vayamos a seguir reparando las casas y calles viejas durante décadas. En este proceso, como en todos los demás, hay una etapa de reparación, primero, de preparación lenta y acumulación de fuerzas, y luego la etapa de desarrollo rápido. En cuanto se cubran las necesidades vitales más urgentes y agudas y se cuente con un superávit, el estado soviético se dedicará al problema de las construcciones gigantescas que expresen convenientemente el espíritu de nuestra época. Tatlin tiene razón, indudablemente, cuando rechaza en sus proyectos los estilos nacionales, la escultura alegórica, los estucos y adornos, y trata de que todo se subordine a la utilización más provechosa de los materiales. Así es como se han construido las máquinas, puentes y mercados cubiertos, durante mucho tiempo. Pero Tatlin tiene que probar todavía que tiene razón en lo que respecta a sus propias invenciones: el cubo giratorio, la pirámide y el cilindro, todo ello de cristal. Para bien o para mal, las circunstancias van a proporcionarle mucho tiempo para encontrar argumentos a su favor.

Maupassant odiaba la torre Eiffel, pero no hay por qué imitarle. Es cierto que la torre Eiffel produce una impresión contradictoria; uno se siente atraído por la simplicidad técnica de su forma y a la vez nos repele por su falta de utilidad. Es una contradicción: utilizar de un modo extraordinariamente racional el material para lograr una torre de tal altura, que no se sabe para qué sirve. No es un edificio, sino un ejercicio de construcción. Hoy día, como todo el mundo sabe, la torre Eiffel sirve de estación de radio. Esto le da un sentido y una cierta armonía estética. Pero si la torre hubiese sido edificada desde el principio para ser estación de radio, probablemente se hubiera logrado una forma más racional, y por consiguiente una perfección artística mayor.

Desde este punto de vista, el proyecto de monumento hecho por Tatlin parece mucho menos satisfactorio. Quiere construir un edificio de cristal para las reuniones del Consejo Mundial de Comisarios del Pueblo, para la Internacional Comunista, etc. Pero las vigas y pilastras que han de sostener el cilindro y la pirámide de cristal (que no sirven más que para eso) son tan pesadas y recargadas que parecen un andamio olvidado. No se puede adivinar por qué están ahí. Si se nos dice que tienen que sostener el cilindro giratorio en el que tendrán lugar las reuniones, se puede contestar que las reuniones no tienen por qué celebrarse en un cilindro y que el cilindro no tiene por qué ser giratorio. Recuerdo haber visto una vez, cuando era niño, una iglesia de madera construida dentro de una botella de cerveza; aquello me entusiasmó, y no me pregunté para qué servía. Tatlin sigue el método contrario; quiere construir una botella de cerveza para el Consejo Mundial de Comisarios del Pueblo y encerrarla en un templo en forma de espiral, de cemento armado. Pero ahora no puedo por menos de preguntar: ¿para qué? Podríamos aceptar el cilindro y su rotación, si ello se combinara con una construcción simple y ligera, es decir, si los mecanismos para hacerlo girar no aplastasen toda la construcción.

Tampoco podemos aceptar los argumentos con los que se pretende explicar la importancia artística de la escultura e Jacobo Lipchitz. La escultura debe perder su falsa independencia, una independencia que sólo quiere decir que queda relegada a vegetar en los patios interiores de la vida o en los cementerios de los museos, y debe mostrar sus lazos de unión con la arquitectura y renovarlos en una síntesis superior. En este sentido amplio, la escultura debe asumir un sentido utilitario. Muy bien, entonces. Pero no está muy claro cómo se puede aplicar todo esto a la plástica de Lipchitz. La fotografía nos muestra dos planos que se cortan, dándonos el esquema de un hombre sentado que tiene un instrumento de cuerda en las manos. Se nos dice que, si esto no es utilitario hoy, es

"funcional". ¿En qué sentido? Para juzgar de la funcionalidad, se debe conocer la función. Si se reflexionase, sin embargo, sobre la falta de funcionalidad o sobre la posible utilidad de estos planos que se cortan, de estas formas angulosas y picudas, acabaríamos por llegar a la conclusión de que, como último recurso, habría que transformar esa pieza escultórica en un perchero. Pero si el escultor se hubiese propuesto hacer un perchero, probablemente habría encontrado una forma más adecuada para hacerlo. En cualquier caso, no podemos recomendar que se moldeen en yeso semejantes perchas.

Todavía debemos tener en cuenta otra hipótesis: que la plástica de Lipchitz, como el arte verbal de Kruchenik, son meros ejercicios técnicos, algo así como la interpretación de escalas musicales o pasajes literarios, con vistas a la escultura y la literatura del porvenir. En este caso, no habría que presentar unos ejercicios de solfeo como si fueran música. Es mejor guardarlos en el estudio, no enseñar las fotografías. No cabe duda de que en el futuro, sobre todo en un futuro lejano las obras monumentales, tales como la nueva planificación de ciudades-jardín, de casas modelo, de vías férreas o puertos, interesarán vitalmente no sólo a los ingenieros y arquitectos, participantes en concursos, sino a las masas populares también. En lugar del amontonamiento de barrios y calles como hormigueros, piedra a piedra y de generación en generación, el arquitecto, con el compás en la mano, edificará ciudades-pueblos en el mapa. Sus planes se discutirán y se formarán verdaderos partidos populares, partidos tecnicoarquitectónicos, con su agitación, sus pasiones, sus mítines y sus votaciones. La arquitectura palpitará así de nuevo inspirada por los sentimientos y estados de ánimo de las masas, aunque esta vez en un plano mucho más elevado, y el género humano se educará plásticamente y se acostumbrará a considerar el mundo como arcilla dócil preparada para modelar las formas más perfectas de la vida. La barrera que separa el arte y la industria se derrumbará. El gran estilo del futuro no será decorativo sino plástico. En este punto tienen razón los futuristas. Pero sería equivocado entender por esto la liquidación del arte, su eliminación por la técnica.

Tomemos como ejemplo un cuchillo. El arte y la técnica pueden combinarse en él de dos formas: o bien el arte adorna el cuchillo, decorando el mango con un elefante, una belleza o la torre Eiffel, o bien el arte ayuda a la técnica a encontrar la forma "ideal" del cuchillo, es decir la forma que corresponda mejor a su materia y su destino. Sería un error creer que se puede cumplir esta función con medios puramente técnicos: el destino y la materia permiten un número infinito de variaciones. Para hacer un cuchillo "ideal" es preciso conocer las propiedades de la materia y los métodos de trabajarla, pero es preciso también tener imaginación y gusto. De acuerdo con la tendencia esencial de la cultura industrial, creemos que la imaginación artística se preocupará en elaborar la forma ideal de un objeto en tanto que tal, y no en su embellecimiento como añadido gratuito. Esto no. Si esto es cierto de los cuchillos, más cierto aún será tratándose del vestido, el mobiliario, los teatros y ciudades. Esto no quiere decir que no vayan a existir ya obras de arte, ni siquiera en un futuro muy lejano. Quiere decir que el arte debe cooperar estrechamente con todas las ramas de la técnica.

¿Acabará la industria por absorber el arte o será el arte quien eleve a la industria hasta su olimpo? La respuesta será distinta según se enfoque desde el punto de vista de la industria o desde el del arte. Objetivamente, no hay diferencias; ambas respuestas suponen una expansión gigantesca de la producción y la calidad artística de la industria, y aquí entendemos por industria toda la actividad productiva del hombre, incluida la agricultura mecanizada y electrificada.

No sólo desaparecerá la barrera que separa el arte la industria, sino también la que existe entre el arte y la naturaleza. No en el sentido de J.J. Rousseau de que el arte se aproximará cada vez más a la naturaleza, sino en el sentido de que a naturaleza se hará

más "artificial" más próxima al arte. La situación actual de ríos y montañas, de campos, praderas, estepas, bosques y costas, no puede considerarse definitiva. El hombre ha introducido ya cambios no desprovistos de importancia en el mapa de la naturaleza. Y estos son simples ejercicios de alumnos comparados con lo que vendrá. Con la fe se podía sólo prometer mover montañas; la técnica, que no admite nada "por fe", podrá derribarlas y cambiarlas de lugar. Hasta ahora, esto no se ha hecho más que por razones industriales o comerciales (minas y túneles); en el futuro se hará a escala mucho mayor, de acuerdo con los planes productivos y artísticos generales. El hombre tendrá que hacer un nuevo inventario de montañas y ríos. Mejorará profundamente, y muchas veces, la naturaleza. Al final, habrá rehecho la tierra a su gusto. Y no tenemos ninguna razón para creer que su gusto sea malo.

El celoso y malévolo poeta Kliúiev declara, en su polémica con Mayakovsky, que "no le conviene al poeta preocuparse de grúas" y que "sólo en el horno del corazón, y no en ningún otro, se funde el oro púrpura de la vida". IvanovRazumnik, un populista que fue en tiempos socialista revolucionario de izquierda (y esto lo explica todo), también aportó su grano de arena a la discusión. La poesía del martillo y de la máquina, declara Ivanov-Razumnik refiriéndose a Mayakovsky, será pasajera; en cambio, la poesía "de la tierra original" es "la eterna poesía del mundo". La tierra y la máquina contrastan aquí como las fuentes eterna y pasajera de la poesía, y por supuesto el eminente idealista, el soso y precavido semimístico Razumnik prefiere lo eterno a lo efímero. Pero en realidad esta oposición entre la tierra y la máquina no tiene sentido; se puede oponer a un paisaje campesino atrasado otro con un molino, esté en una plantación o en una empresa socialista. La poesía de la tierra no es eterna sino cambiante, y el hombre no ha comenzado a cantar hasta que puso entre él y la tierra instrumentos, herramientas, máquinas elementales. Sin la hoz, la guadaña o el arado, no habría habido poetas del campo. ¿Significa esto que la tierra con la hoz tiene la ventaja de la eternidad sobre la tierra con el arado mecánico? El hombre nuevo, que todavía está empezando a crecer y hacerse a sí mismo, no opondrá, como Kliúiev y Razumnik, los instrumentos hechos de hueso o de espinas de pescado a la grúa o el martillo pilón. El hombre socialista dominará, gracias a las máquinas, la naturaleza entera, incluido los animales con huesos o espinas. Señalará los lugares a que deben trasladarse las montañas, cambiará el curso de los ríos y someterá los mares. Los idealistas tontos pueden decir que todo esto acabará por ser aburrido, pero precisamente por eso son tontos. Por supuesto, esto no significa que todo el globo esté parcelado ni que los bosques se transformen en parques y jardines. Seguirá habiendo espesuras y bosques, faisanes y tigres, pero sólo donde el hombre decida que siga habiéndolos. Y esto se hará con tal maestría que el tigre ni siquiera notará que existe la máquina ni que se ha producido cambio alguno, sino que seguirá viviendo como en las épocas primitivas. La máquina no se opone a la tierra. La máquina es el instrumento del hombre moderno en todos los terrenos de la vida. Si la ciudad actual es "provisional" no por eso desaparecerá absorbida por el pueblo antiguo. Al contrario, será el pueblo el que se eleve al nivel de la ciudad. Y esta será nuestra tarea principal. La ciudad es provisional, pero se orienta al futuro e indica el camino. Los pueblos actuales pertenecen completamente al pasado; su esteticismo es, por eso, arcaico, como si se hubiera sacado de un museo de arte popular.

La humanidad saldrá del periodo de las guerras civiles muy empobrecida por las terribles destrucciones, y esto sin hablar de los terremotos, como el que acaba de tener lugar en el Japón. El esfuerzo para vencer la pobreza, el hambre, la necesidad en todas sus formas, es decir para conquistar la naturaleza, será nuestra preocupación principal en las décadas próximas. La pasión por el progreso material, al estilo norteamericano, acompañará a la primera etapa de toda nueva sociedad socialista. El goce pasivo de la

naturaleza desaparecerá del arte. La técnica inspirará con más fuerza la creación artística y, más tarde, la contradicción misma entre la técnica y la naturaleza se resolverá en una síntesis superior.

Los sueños personales de unos cuantos entusiastas actuales por dotar a la existencia humana de una calidad más dramática y al hombre mismo de una armonía rítmica, son efectivamente compatibles y coherentes con esta perspectiva. Habiendo dominado y racionalizado su sistema económico, es decir, habiéndolo saturado de sentido y planificación, el hombre eliminará completamente la vida doméstica actual, estancada y corrompida. La tarea molesta de alimentar y educar a los hijos, que pesa como una rueda de molino sobre la familia actual, dejará de estar en manos de la familia para ser algo social. La mujer saldrá al fin de su situación de semiesclavitud. Junto a la técnica, la pedagogía, en su sentido más amplio de modeladora psicológica de generaciones nuevas, ocupará el puesto que le corresponde como cúspide de la opinión pública. Se desarrollarán hasta un punto inconcebible hoy, las experiencias pedagógicas, en una emulación de métodos y sistemas alrededor de los cuales se formarán "partidos" poderosos. El modo de vida comunista no surgirá ciegamente como los arrecifes de coral en el mar, sino que será edificado conscientemente, será controlado por la razón crítica, será dirigido y rectificado. La vida dejará de ser elemental, y por tanto estancada. El hombre, que sabrá cómo trasladar ríos y montañas, que aprenderá a construir palacios para el pueblo en la cima del Mont Blanc o en los abismos del Atlántico, dará a su vida riqueza, brillantez, intensidad, y especialmente un enorme dinamismo. Apenas comience a formarse una costra en la superficie de la existencia humana, estallará bajo la presión de los nuevos inventos y realizaciones culturales. No, la vida futura no será monótona.

Más aún. El hombre se dedicará seriamente a armonizar su propio ser. Tratará de obtener una precisión, una exactitud y una economía máximas, y por consiguiente una máxima belleza, en todos los movimientos de su cuerpo, en el trabajo, al andar, al jugar. Querrá dominar también los procesos semiconscientes e inconscientes de su propio organismo: la respiración, la circulación de la sangre, la digestión, la reproducción, y, dentro de ciertos límites inevitables, tratará de subordinarlos al control de su razón y su voluntad. La especie humana, el *homo sapiens*, actualmente congelado, entrará en una fase de transformación radical y se tratará a sí mismo como objeto de los métodos más complicados de selección artificial y tratamiento psicoanalítico.

Estas perspectivas están perfectamente de acuerdo con toda la evolución del hombre. Comenzó primero por expulsar los elementos oscuros de la producción y la ideología, acabando, por medio de la técnica, con la rutina bárbara de su trabajo, y por medio de la ciencia con la religión. Después expulsó de la política lo inconsciente, al derribar la monarquía, a la que sucedieron las democracias y parlamentarismos racionalistas, y luego la dictadura abierta de los sóviets. Los elementos incontrolados tenían el máximo arraigo en las relaciones económicas, pero el hombre los está eliminando también aquí por medio de la organización socialista. Esto permite reconstruir sobre bases diferentes la vida familiar tradicional. Finalmente, si la naturaleza misma del hombre se encuentra oculta en los rincones más profundos y oscuros del subconsciente, ¿no es evidente que en este sentido han de dirigirse los más grandes esfuerzos de la investigación y creación? El género humano, que ha dejado de arrastrarse ante Dios, el Zar y el Capital, no debe capitular ahora ante las leyes oscuras de la herencia y de la selección sexual. El hombre libre tratará de lograr el máximo equilibrio en el funcionamiento de sus órganos y el desarrollo más armónico de sus tejidos, a fin de reducir así el miedo a la muerte dentro de los límites de una reacción racional del organismo ante el peligro. No hay duda de que la falta de armonía anatómica y fisiológica del hombre, la gran desproporción en el desarrollo de sus órganos o la utilización de sus

tejidos, dan a su instinto vital ese miedo mórbido, histérico, ante la muerte, temor que produce a su vez las humillantes y estúpidas fantasías sobre el más allá.

El hombre tratará de ser dueño de sus propios sentimientos, de elevar sus instintos a la altura de lo consciente y hacerlos transparentes, de dominar con su voluntad las tinieblas de lo inconsciente; así se elevará a un nivel superior y creará un tipo biológico y social más perfecto o, si se quiere, un superhombre.

Es tan difícil predecir cuáles serán los límites del dominio de sí mismo que es capaz de alcanzar el hombre futuro, como prever hasta dónde se podrá desarrollar el dominio técnico sobre la naturaleza. La construcción social y la autoeducación psicofísica serán dos aspectos paralelos de un único proceso. Todas las artes (la literatura, el teatro, la pintura, la escultura, la música y la arquitectura) darán a este proceso una forma sublime. Más exactamente, la forma que revestirá el proceso de edificación cultural y de autoeducación del hombre comunista desarrollará al máximo los elementos vitales del arte contemporáneo. El hombre se hará incomparablemente más fuerte, más sabio y más complejo. Su cuerpo será más armonioso, sus movimientos más rítmicos, su voz más melodiosa. Las formas de su existencia adquirirán una calidad dinámicamente dramática. El hombre normal se elevará a las alturas de un Aristóteles, un Goethe o un Marx. Y por encima de estas alturas se elevarán nuevas cúspides.

Otros escritos sobre cultura, arte, literatura, filosofía y ciencia

Los intelectuales y el socialismo[37]

(Septiembre de 1910)

Hace unos diez años, o incluso puede que seis o siete, los partidarios de la escuela subjetivista rusa de sociología (los socialistas-revolucionarios) podrían haber utilizado a su favor el último folleto del filósofo austriaco Max Adler. Pero en los últimos cinco o seis años hemos pasado por una escuela de sociología tan buena, tan objetiva, y cuyas lecciones están escritas en nuestros cuerpos con cicatrices tan expresivas que la más elocuente exaltación de la intelectualidad, incluso viniendo de la pluma "marxista" de Max Adler, no podría ayudar al subjetivismo ruso. Por el contrario, lo que ha ocurrido con los propios subjetivistas rusos es uno de los argumentos más serios para refutar las afirmaciones y conclusiones de Max Adler.

La relación entre los intelectuales y el socialismo es el tema de este folleto. Para Adler, no es sólo una cuestión de análisis teórico, sino también de conciencia. Quiere convencer. En su folleto, que desarrolla un discurso pronunciado ante un público de estudiantes socialistas, Adler expresa una fuerte convicción. Un aliento proselitista recorre este pequeño libro, dando un matiz particular a ideas que no pueden pretender ser nuevas. Atraer a la intelectualidad a sus ideales, conquistarla a toda costa, esta voluntad política supera por completo el análisis social de Adler; esto es lo que da a este folleto su tono fundamental, pero también lo que lo hace débil.

¿Qué es la intelligentsia? Por supuesto, Adler no da una definición moral, sino social de este concepto: no es una orden cuyos miembros estén vinculados por una comunidad de destino histórico, sino una capa social que incluye todo tipo de profesiones intelectuales. Por muy difícil que sea trazar una línea entre el trabajo "manual" y el "intelectual", los contornos sociales generales de la intelligentsia no necesitan una descripción detallada para aparecer claramente. Forma toda una clase (Adler habla de un grupo interclasista, pero eso no cambia nada en el fondo) en el marco de la sociedad burguesa. Y la pregunta para Adler es: ¿quién tiene más derechos sobre el alma de esta clase? ¿Qué ideología debería imponérsele desde dentro, como resultado de la propia naturaleza de sus funciones sociales? Colectivismo, responde Adler. Adler no esconde que, en el mejor de los casos (cuando no expresan abiertamente su hostilidad al colectivismo), los intelectuales europeos se mantienen al margen de la vida y de las luchas de las masas trabajadoras, y que eso les es indiferente. "*Pero* [dice] *¡no debería ser así! Esta actitud no tiene objetivamente ninguna base seria*". Adler protesta enérgicamente contra los marxistas que niegan la existencia de un contexto general que pudiera llevar a los intelectuales a unirse al socialismo. "*Hay* [dice en la introducción] *suficientes razones (pero de un orden diferente al estrictamente económico) que pueden afectar a toda la intelligentsia, por lo tanto, incluso independientemente de su situación proletaria, y motivarla a unirse al movimiento obrero socialista. Sólo es necesario iniciar a los intelectuales en la naturaleza profunda de este movimiento y en la de su propia situación social*"... ¿De qué razones se trata entonces? "*Dado que la necesidad imperativa y, más*

[37] Artículo publicado en septiembre de 1910 en la revista mensual rusa de orientación marxista *Sovremennyi Mir*. En este artículo Trotsky, exiliado entonces en Austria, responde al folleto de líder socialdemócrata austriaco Max Adler *Der Sozialismus und die Intellektuellen*, Wien: Wiener Volksbuchhandlung I. Brand, 1910 (Socialismo e intelectuales), acabado de publicar.

aún, la posibilidad de permitir el desarrollo de los intereses intelectuales son fundamentales para las condiciones de vida de la intelligentsia [dice Adler] *precisamente por esta razón, el interés en la teoría se coloca en ella con todos sus derechos junto con el interés económico. Así, si es necesario, en primer lugar, buscar fuera de la esfera económica las bases de la unión de la intelligentsia al socialismo, esto se explica tanto por las condiciones ideológicas específicas de existencia de los trabajadores intelectuales como por el contenido cultural del socialismo*" (p. 7). Independientemente del carácter de clase del movimiento en su conjunto (después de todo, ¡éste es sólo el camino seguido!), independientemente de cómo se percibe hoy en día a través de su partido y su política (¡en última instancia, es sólo un medio!), el socialismo, por su propia esencia y como ideal social universal, significa liberar el trabajo intelectual en todas sus formas, de todo tipo de obstáculos y límites sociohistóricos. Esta visión de una Tierra Prometida es precisamente el puente ideológico que la intelectualidad europea puede y debe cruzar para entrar en el campo de la socialdemocracia.

Este es el principal punto de vista de Adler, al que dedica todo su folleto. Su defecto fundamental, que es inmediatamente evidente, es su falta de sentido histórico. De hecho, las razones generales en las que se basa Adler, que llevarían a la intelligentsia al campo del colectivismo, han actuado persistentemente y durante mucho tiempo. Sin embargo, no hay el más mínimo indicio de una afluencia masiva de intelectuales hacia la socialdemocracia en ninguno de los países europeos. Adler lo percibe, por supuesto, tanto como nosotros. Pero propone ver la causa de la completa separación de la intelectualidad y la clase obrera en el hecho de que los intelectuales no entienden el socialismo. En cierto modo, funciona bien de esa manera. Pero, en este caso, ¿cómo explicar esta terquedad en no comprender cuando los intelectuales están asimilando muchos otros problemas muy complejos? Obviamente, lo que está en juego no es su falta de capacidad de razonar lógicamente, sino el poder de los aspectos irracionales de su psicología de clase. El propio Adler habla de ello en el capítulo "Bürgerliche Schranken des Verständnisses" (Los límites burgueses de la comprensión), uno de los mejores de su folleto. Pero él cree, espera, está seguro (y aquí el predicador tiene prioridad sobre el teórico) de que la socialdemocracia europea superará lo que es irracional en la psicología de los trabajadores intelectuales, si se replantea por completo la forma en que se dirige a ellos. La intelligentsia no entiende el socialismo porque se presenta a él, día tras día, en la forma rutinaria de un partido político, un partido entre muchos, como los demás. Pero si logramos mostrar a los intelectuales el verdadero rostro del socialismo, el de un movimiento cultural mundial, entonces sólo podrán reconocer en él lo mejor de sus esperanzas y aspiraciones. Eso es lo que Adler cree.

Dejaremos de lado, sin examinarla todavía durante algún tiempo, la cuestión de si, para la intelligentsia como clase, las necesidades puramente culturales (desarrollo de la tecnología, la ciencia, el arte) son realmente más poderosas que las influencias de clase difundidas por la familia, la escuela, la iglesia, el estado y, en última instancia, que la voz de intereses simplemente materiales. Pero, aunque admitamos esto como hipótesis, aunque aceptemos ver en la intelligentsia, sobre todo, un gremio de sacerdotes de la cultura que simplemente no ha entendido todavía que la ruptura socialista con la sociedad burguesa es precisamente la mejor manera de servir a los intereses de la cultura, entonces todavía tenemos que hacernos una pregunta poderosa: como partido, ¿puede la socialdemocracia europea occidental ofrecer a los intelectuales, teórica y moralmente, algo más convincente o atractivo que todo lo que les ha ofrecido hasta ahora?

Desde hace varias décadas, el colectivismo ha llenado el mundo con los ecos de su lucha. Durante este período, millones de trabajadores se unieron en organizaciones políticas, sindicales, cooperativas, educativas y de otro tipo. Una clase entera ha emergido

de las profundidades de la vida y se ha abierto camino a través del santa sanctórum de la política, considerado hasta ahora el dominio exclusivo de las clases poseedoras. Cada día, la prensa socialista (teórica, política, sindical) reevalúa los valores burgueses, grandes y pequeños, desde el punto de vista de un mundo nuevo. No hay un área de la vida cultural y social (matrimonio, familia, educación, escuela, iglesia, ejército, patriotismo, higiene social, prostitución) en la que el socialismo no haya opuesto su punto de vista al de la sociedad burguesa. El movimiento socialista se expresa en todos los idiomas de la humanidad civilizada. En sus filas trabajan y luchan personas que tienen diferentes mentalidades, diferentes temperamentos, y que difieren en su pasado, su entorno social o su estilo de vida. Y si, a pesar de todo esto, la intelligentsia no "comprende" el socialismo, si todo esto no es suficiente para permitirle, para forzarle a captar el significado cultural e histórico de este movimiento mundial, entonces ¿no debemos concluir que este fatal malentendido debe tener causas muy arraigadas y que cualquier intento de superarlo por medios literarios y teóricos está, por su propia naturaleza, condenado de antemano al fracaso?

Esta idea se destaca aún más vívidamente a la luz de la historia. La mayor afluencia de intelectuales al movimiento socialista (y esto se aplica a todos los países europeos) se produjo en el primer período de existencia del partido, cuando aún estaba en su infancia. Esta primera ola trajo a la internacional a sus más eminentes teóricos y líderes políticos. Cuanto más ha crecido la socialdemocracia en Europa, más numerosas han sido las masas trabajadoras que se han unido a ella y más se ha debilitado la contribución de nuevos elementos de la intelligentsia, no sólo en valor relativo, sino en términos absolutos. El *Leipziger Volkszeitung*[38] ha buscado durante mucho tiempo, a través de anuncios clasificados, un editor con formación universitaria; en vano. Aquí, y como si fuera evidente, me viene a la mente una conclusión en total oposición a Adler: cuanto más precisamente el socialismo ha manifestado su contenido y más fácil ha sido para todos entender su misión histórica, más ha expresado la intelligentsia su determinación de mantenerse al margen. Si esto no prueba que el socialismo le asusta en sí mismo, está claro en todo caso que en los países capitalistas de Europa deben haberse producido algunas transformaciones sociales profundas, que han dificultado la confraternización entre académicos y trabajadores tanto como han facilitado la adhesión de los trabajadores al socialismo.

¿Qué tipo de transformaciones son estas?

Los individuos, grupos y estratos más educados del proletariado se han unido y se están uniendo a la socialdemocracia; el crecimiento y la concentración de la industria como de los medios de transporte sólo acelera este proceso. En lo que respecta a la intelligentsia, estamos tratando con un tipo de proceso completamente diferente. El poderoso desarrollo capitalista de las últimas dos décadas ha sido despiadado y, para su propio uso, ha descremado a esta clase. Las fuerzas intelectuales más dotadas, las más capaces de energía creativa y de alta visión, han sido absorbidas irrevocablemente por la industria capitalista, por los trusts, las compañías ferroviarias, los bancos que ofrecen salarios fantásticos a los ejecutivos que se encargan del trabajo organizativo. Incluso el servicio estatal debe, en este campo, estar satisfecho con individuos de segunda clase, y en la cancillería del gobierno, no menos que en la gestión de periódicos de cualquier tendencia, hay una falta de "personal". En cuanto a los representantes de la intelectualidad semiproletaria (cada vez más numerosos, incapaces de escapar a su eterna dependencia e inseguridad material, y dedicados a tareas fragmentarias, secundarias y poco atractivas en

[38] Diario socialdemócrata alemán.

el gran mecanismo de la cultura), los intereses estrictamente culturales invocados por Adler no pueden ejercer tal poder que dirijan sus simpatías políticas hacia el socialismo.

A esto se añade el hecho de que un intelectual europeo de este tipo, para quien la incorporación al campo del colectivismo no está descartada psicológicamente, no tiene casi ninguna posibilidad de ganar una posición personal influyente en las filas del partido proletario. Y esta cuestión tiene una importancia decisiva a este respecto. Un trabajador llega al socialismo como parte de un todo, con su clase, una clase de la que no puede esperar salir. Y hasta tiene la satisfacción de sentirse moralmente atado a esta masa, un sentimiento que lo hace más seguro y fuerte. El intelectual, por otro lado, llega al socialismo individualmente y como persona, rompiendo el cordón umbilical que lo conecta con su clase, e inevitablemente busca ejercer influencia como individuo. Pero es precisamente allí donde encuentra obstáculos, obstáculos que han crecido con el tiempo. Al principio del desarrollo de la socialdemocracia, cualquier intelectual que se uniera a ella, aunque no se elevase por encima de lo normal, tenía una situación a la vista en el movimiento obrero. Hoy, en los países de Europa occidental, cada recién llegado encuentra, ya preparado y en marcha, el colosal edificio de la democracia obrera. Miles de dirigentes obreros, a quienes su clase ha promovido constantemente, constituyen un aparato unido, a la cabeza del cual se encuentran honrados veteranos, con reconocida autoridad, personajes que ya pertenecen a la historia. En estas condiciones, sólo una persona de talento excepcional podría esperar conquistar una posición de liderazgo, pero un hombre así, en lugar de saltar el abismo que lo separa de un campo extraño, se movería con toda naturalidad, en la línea de la menor resistencia, hacia el reino de la industria o el servicio del estado. Así, además de todo lo demás, el aparato organizativo de la socialdemocracia se erige ahora como un macizo montañoso de partición de vertientes de agua, entre la intelligentsia y el socialismo. Esto ha provocado la insatisfacción de los intelectuales teñidos de socialismo, porque les ha exigido un sentido de disciplina y moderación (lo que los intelectuales han considerado como la marca a veces de su "oportunismo", a veces, al contrario, de su exceso de "radicalismo") y los relega al papel de espectadores de refunfuñones cuyas simpatías oscilan entre el anarquismo y el nacional-liberalismo. *Simplicissimus*[39] es su bandera ideológica más alta. Este fenómeno, con variaciones y en diferentes grados, se repite en todos los países europeos. Además, este público está demasiado harto, es demasiado cínico, se podría decir, para que su alma se vea subyugada por la exposición, incluso la más inflamada, de la esencia cultural del socialismo. Sólo unos pocos "ideólogos" (en el sentido positivo y negativo del término) son capaces de llegar a las convicciones socialistas bajo el impulso de una reflexión puramente teórica basada en las exigencias del derecho, como Anton Manger[40], o en las necesidades de la tecnología, como Atlanticus[41]. Pero incluso ellos, por lo que sabemos, no llegan a unirse al movimiento socialdemócrata organizado, y la lucha de clases del proletariado en sus relaciones internas con el socialismo sigue siendo un libro cerrado de siete sellos.

***

Adler tiene toda la razón al considerar que los intelectuales no pueden ser ganados al colectivismo con un programa de reivindicaciones materiales inmediatas. Pero esto no significa, sin embargo, que la intelligentsia en su conjunto pueda ser atraída de otra manera, ni que sus intereses materiales inmediatos y sus lazos de clase no le convenzan

[39] Diario satírico de Múnich.
[40] Abogado austriaco.
[41] Seudónimo de Karl Ballod, economista germano-letón.

de otra manera diferente a todas las perspectivas culturales e históricas ofrecidas por el socialismo.

Si dejamos de lado esta capa de intelectuales que están al servicio directo de las masas trabajadoras como médicos, abogados, etc… (una capa, además, generalmente compuesta por los representantes menos talentosos de estas profesiones), vemos que la fracción más importante e influyente de la intelligentsia vive a cuenta del beneficio industrial, de la renta de la tierra o del presupuesto del estado, y que depende directa o indirectamente de las clases capitalistas o de su estado. Considerada en abstracto, esta dependencia material sólo le impide la actividad política militante en las filas del enemigo, pero no la independencia de pensamiento con respecto a la clase que la emplea. En realidad, sin embargo, este no es el caso. Es precisamente la naturaleza "espiritual" del trabajo de los intelectuales lo que inevitablemente crea un vínculo espiritual entre ellos y las clases poseedoras. Los directivos de fábrica o de empresa, los ingenieros con responsabilidades administrativas, se encuentran necesariamente en constante antagonismo con los trabajadores contra los cuales tienen la obligación de defender los intereses del capital. Es evidente que las funciones que desempeñan conforman, en última instancia, su forma de pensar y sus opiniones. Un médico y un abogado, a pesar del carácter más independiente de su actividad, deben tener contacto psicológico con sus clientes. Si un electricista puede, día tras día, instalar instalaciones eléctricas en los apartamentos de ministros, banqueros y sus amantes, sin dejar de ser él mismo, no puede decirse lo mismo de un médico que debe, en su mente y en su voz, encontrar las notas que se ajusten a las simpatías y hábitos de ministros, banqueros y sus amantes. E, inevitablemente, este contacto no sólo se establece en las alturas de la sociedad burguesa. En Londres, las sufragistas contratarán a una abogada pro sufragista para que las defienda. El médico que trata a las esposas de los comandantes en Berlín o a las esposas de los comerciantes "cristiano-sociales" en Viena, el abogado que se ocupa de los asuntos de sus padres, hermanos y maridos, difícilmente puede darse el lujo de apasionarse por las perspectivas culturales del colectivismo. Todo esto se aplica a escritores, pintores, escultores, artistas, quizás no de una manera tan directa e inmediata, pero no menos irresistible. Ofrecen al público sus obras o su personalidad, dependen de su favor y de sus carteras y, de forma abierta u oculta, subordinan su actividad creativa a ese "gran monstruo" que tanto desprecian: la multitud burguesa. Lo que ha sido en Alemania de los "jóvenes" (por cierto, que actualmente están muy desplumados), de hecho, no podría ser mejor demostración. El caso de Gorky, explicable por el contexto de su formación, sólo confirma la regla por su carácter excepcional: la incapacidad de Gorky para conformarse a la degeneración antirrevolucionaria de la intelligentsia le privó, en poco tiempo, de su "popularidad"…

Aquí aparece, una vez más, la profunda diferencia entre las condiciones sociales del trabajo intelectual y las del trabajo manual. Aunque esclaviza los músculos y agota el cuerpo, el trabajo de fábrica no tiene el poder de subyugar la cabeza del trabajador. Todo lo que se ha intentado para controlarla ha resultado ser ineficaz de la misma manera, tanto en Suiza como en Rusia. El trabajador intelectual tiene una libertad física incomparable. El escritor no tiene que resistir el sonido de la sirena de la fábrica, el médico no tiene un supervisor a sus espaldas, el abogado no tiene que someter sus bolsillos a un registro cuando sale de la sala de audiencias. Pero, a cambio, se ven obligados a vender, no su fuerza de trabajo en bruto, ni la tensión de sus músculos, sino toda su personalidad como seres humanos, no por miedo, sino en conciencia. Como resultado, estas personas no quieren y no pueden ver que la hermosa vestimenta de su profesión no es más que un uniforme de prisionero mejor cortado que el de los demás.

***

Al final, ni siquiera Adler parece satisfecho con la formulación abstracta e idealista que da a las relaciones recíprocas entre la intelligentsia y el socialismo. De hecho, a través de su propaganda no se dirige a la clase de trabajadores intelectuales que desempeñan funciones definidas en la sociedad capitalista, sino en realidad a su generación más joven, la generación que todavía se está preparando para su papel futuro: los estudiantes. Esto se refleja no sólo en la dedicación de su folleto ("Al sindicato libre de estudiantes de Viena"), sino también en la naturaleza misma de este discurso-folleto, su tono patético en forma de agitación y sermón. Es impensable que podamos imaginarnos expresándonos así ante un público de profesores universitarios, escritores, abogados, médicos… Desde las primeras palabras, tal discurso permanecería en la garganta del orador. Así, considerando el material humano con el que tendrá que operar, el propio Adler limita su propia tarea; la política corrige la fórmula del teórico porque, al final, de lo que se trata es de una lucha por influir en los estudiantes.

La universidad es la etapa final de la educación impartida por el estado a los hijos de las clases dominantes y poseedoras, del mismo modo que el cuartel representa la institución última para la educación de la generación más joven de trabajadores y campesinos. Los cuarteles desarrollan los hábitos psicológicos de obediencia y disciplina en aquellos que tendrán que realizar las funciones sociales de los subordinados. La universidad prepara, en principio, para el liderazgo, el mando y la dominación. Desde este punto de vista, incluso las sociedades estudiantiles alemanas son instituciones que obedecen a una racionalidad de clase: forman las tradiciones que unen a padres e hijos, fortalecen la fibra del sentimiento nacional, inoculan hábitos esenciales para la vida burguesa y, finalmente, proporcionan la cicatriz en la nariz o bajo la oreja, esta etiqueta de pertenencia a la raza de los señores. El material humano que pasa por los cuarteles es, por supuesto para la posición de Adler, incomparablemente más importante que el material que pasa por la universidad. Pero en ciertas circunstancias históricas, sobre todo cuando la rapidez del desarrollo industrial se traduce en la proletarización de la composición social del ejército como lo es hoy en día en Alemania, el partido puede decirse a sí mismo: "No iré a los cuarteles; todo lo que tengo que hacer es acompañar al joven obrero hasta el umbral de los cuarteles y, lo más importante, encontrarlo cuando salga por la puerta. No me dejará, seguirá siendo mío". Pero, en relación con la universidad, si el partido quiere realmente librar una lucha independiente para influir en la intelligentsia, debe hablar exactamente el idioma opuesto: "Sólo aquí y sólo ahora, cuando este joven se ha emancipado en cierta medida de su familia sin ser aún un cautivo de su posición en la sociedad, puedo esperar atraerlo a nuestras filas. Es ahora o nunca".

Para los trabajadores, la diferencia entre "padres" e "hijos" es estrictamente una cuestión de edad. En la intelligentsia, la edad no es la única causa, también hay una diferencia social. El estudiante, que difiere a este respecto tanto del joven trabajador como de su propio padre, no cumple ninguna función social, no se siente directamente dependiente del capital o del estado, no está sujeto a ninguna responsabilidad y, al menos objetivamente, si no subjetivamente, se encuentra libre en su apreciación del bien y del mal. Durante este período, todo en él fermenta, sus prejuicios de clase son tan flojos como sus elecciones de ideas, las cuestiones de conciencia están ante él con una fuerza muy particular, su mente se abre por primera vez a grandes generalizaciones científicas, lo extraordinario es casi una necesidad fisiológica para él. Si el colectivismo es realmente capaz de captar su espíritu, lo es ahora; y sólo puede hacerlo afirmando su carácter de movimiento de base científica (de la manera más bella) y las perspectivas universales de

sus objetivos en el campo de la cultura, y no limitándose a cuestiones prosaicas de "beefsteack". En este último punto, Adler tiene toda la razón.

Pero también en este caso debemos centrarnos en los hechos: no sólo existe la intelectualidad europea en su conjunto, sino también su descendencia estudiantil, que claramente no muestra ninguna propensión al socialismo. Entre el partido de los trabajadores y la masa de estudiantes, hay un muro. Explicar este hecho por la mera mala calidad de un trabajo de agitación que no ha permitido acercarse a la intelligentsia desde el ángulo deseado (y Adler se encuentra en ese punto) significa que se ignora toda la historia de las relaciones recíprocas entre los estudiantes y el "pueblo", lo que significa que los estudiantes son vistos como una categoría intelectual o moral, en lugar de como un producto de la historia social. Es cierto que su dependencia material de la sociedad burguesa sólo afecta indirectamente a los estudiantes, a través de la familia, y por lo tanto de manera debilitada. Pero, por otro lado, los intereses y necesidades sociales generales de las clases donde se reclutan los estudiantes se expresan muy fuertemente, como a través de un amplificador, en su estado de ánimo, sus opiniones. A lo largo de su historia, la juventud estudiantil europea (en sus mejores momentos de heroísmo, así como en períodos de decadencia moral total) ha sido sólo el barómetro sensible de las clases burguesas. Se volvió ultrarrevolucionaria, fraternizó sincera y honestamente con el pueblo cuando la sociedad burguesa no vio otra salida para ella que la revolucionaria. Ocupó efectivamente el lugar de las fuerzas democrático-burguesas cuando su nulidad política les impidió dirigir la revolución, como en Viena en 1848. Pero en París, en junio del mismo año, también abrió fuego contra los trabajadores, cuando la burguesía y el proletariado se encontraron cara a cara en las barricadas. Después de las guerras de Bismarck y de la unificación alemana, tranquilizando a las clases burguesas, el estudiante alemán se convirtió rápidamente en ese personaje lleno de cerveza y pedante que, junto con el teniente prusiano, hizo feliz a la prensa satírica. En Austria, el estudiante se convirtió en el abanderado del exclusivismo nacional y del chovinismo militante a medida que crecía el conflicto entre las diferentes naciones de ese país por el control del poder estatal. No hay duda de que a través de todas las transformaciones históricas, incluso las más repulsivas, los jóvenes estudiantes demuestran un agudo sentido político, una habilidad para sacrificarse y luchar por un ideal, todas ellas cualidades con las que tanto cuenta Adler. Empezando con esto: mientras que un filisteo normal de 30 o 40 años no corre el riesgo de que le den una patada en la cara por una noción peligrosa de "honor", su hijo lo hará con pasión. Recientemente, estudiantes ucranianos y polacos de la Universidad de Lvov[42] han demostrado una vez más que no sólo saben cómo llevar a cabo sus ideas nacionales y políticas hasta el final, sino que también saben cómo ofrecer sus pechos ante las armas. El año pasado, los estudiantes alemanes en Praga[43] estaban dispuestos a enfrentarse a toda la violencia de la multitud para manifestar en las calles su derecho a existir como sociedad alemana. Este "idealismo" militante (que a veces adopta la forma de un gallo de pelea) no es característico de una clase o idea, sino de un grupo de edad; por otra parte, el contenido de este idealismo está totalmente determinado por el genio histórico de las clases de las que proceden los estudiantes y a las que regresan. Y es natural, es inevitable.

Al final, todas las clases ricas envían a sus hijos a la escuela y si la juventud universitaria fuera una tabula rasa, una página en blanco en la que el socialismo tendría la oportunidad de grabar su mensaje, entonces ¿qué pasaría con la herencia de clase y el pobre determinismo histórico?

---

[42] Ciudad ucraniana occidental, entonces incluida en el imperio austro-húngaro bajo el nombre de Lemberg.

[43] En los países checos, entonces bajo el dominio austriaco, el movimiento nacional renacido intentaba reducir la presencia germánica en todas sus formas.

***

Queda, en conclusión, un aspecto de la cuestión que necesita ser aclarado, que da fe tanto a favor como en contra de Adler.

La única manera de atraer a los intelectuales al socialismo, en su opinión, es proponer sólo el objetivo final del movimiento, en su totalidad. Pero Adler, obviamente, reconoce que esta meta final se está haciendo más clara y precisa a medida que progresa la concentración industrial, la proletarización de las clases medias y la intensificación de los antagonismos de clase. Independientemente de la voluntad de los líderes políticos y de las diferencias en las tácticas nacionales, el "objetivo final" destaca incomparablemente más claramente, más directamente en Alemania que en Austria o Italia. Pero ese mismo proceso social (la intensificación de la lucha entre el trabajo y el capital) hace aún más difícil para la intelligentsia estar al lado del partido de los trabajadores. Los puentes entre las clases están rotos y, para cruzarlos, hay que saltar sobre un abismo que se profundiza con el paso de los días. Así, paralelamente a las condiciones objetivas que facilitan la penetración teórica de la intelligentsia en la esencia del colectivismo, aumentan los obstáculos sociales que le impiden incorporarse políticamente al ejército del socialismo. Unirse al movimiento socialista, en cualquier país avanzado donde exista una vida social real, no es un acto especulativo sino político y, en este campo, la razón social prevalece sobre la razón teórica. En última instancia, esto significa que es más difícil ganar la intelligentsia hoy que ayer, y que lo será aún más mañana que hoy.

Sin embargo, este proceso también tiene su propia "solución de continuidad". La actitud de los intelectuales hacia el socialismo (que hemos caracterizado como un alejamiento que crece a medida que se desarrolla el movimiento socialista) puede y debe cambiar decisivamente como resultado de un profundo cambio político que cambie radicalmente el equilibrio de poder en la sociedad. Como bien dice Adler, es cierto que la intelligentsia no está interesada en salvaguardar la explotación capitalista ni directa ni incondicionalmente, sino indirectamente, a través de las clases medias y en la medida en que depende materialmente de ellas. Podría pasar al campo del colectivismo si se le diera la oportunidad de considerar su victoria como muy probable e inminente; si el colectivismo se le presentara, no como el ideal de una clase diferente, distante de él y extranjera, sino como una realidad cercana y tangible; finalmente (y esta condición no es la menos importante) si una ruptura política con la burguesía no amenazara a cada uno de los trabajadores intelectuales, tomados aisladamente, con graves consecuencias materiales y morales. Tales condiciones sólo pueden cumplirse frente a la intelectualidad europea mediante la dominación política de una nueva clase social y, hasta cierto punto, a través de un período de lucha directa e inmediata por esta dominación. Cualquiera que sea la distancia que la intelectualidad europea haya puesto entre ella y las masas trabajadoras (una distancia que todavía está destinada a aumentar, sobre todo en los países capitalistas jóvenes como Austria, Italia y los países balcánicos), es cierto que, en una época de gran reconstrucción de toda la sociedad, la intelectualidad probablemente se pondrá del lado de los defensores del nuevo orden social, y probablemente antes que las otras clases intermedias. Desde este punto de vista, las cualidades sociales que distinguen a la intelectualidad de la pequeña burguesía, tanto comercial como industrial, así como del campesinado, jugarán un papel importante: sus vínculos profesionales con los campos culturales de la actividad social, su capacidad de generalización teórica, la flexibilidad y movilidad de su pensamiento, en una palabra, su intelectualidad. Frente a la realidad indiscutible de la transferencia de todo el aparato social a nuevas manos, la intelectualidad

podrá entonces convencerse de que la situación así creada no la precipita al abismo, sino que, por el contrario, abre un campo ilimitado para que cubra los recursos de la tecnología, el trabajo organizativo y la ciencia; podrá promover todas estas fuerzas vivas dentro de su propio seno y esto desde el primer y más crítico período de un nuevo régimen que tendrá que superar enormes dificultades técnicas, sociales y políticas.

Pero si la conquista efectiva de las palancas de control de la sociedad dependiera del hecho previo de que la intelligentsia se una al partido del proletariado europeo, entonces la causa del colectivismo se vería comprometida porque, como hemos tratado de mostrar anteriormente, la transición de los intelectuales a la socialdemocracia dentro del régimen burgués se hace cada vez menos posible, en contra de todas las expectativas de Max Adler, a medida que pasa el tiempo.

Las tareas de la educación comunista[44]

(18 de junio de 1923)

El "hombre nuevo" y el revolucionario

Se afirma con frecuencia que la tarea de la instrucción comunista consiste en la educación del hombre nuevo. Estas palabras tienen algo de demasiado generales, demasiado declamatorias, y debemos tener especial cuidado para no permitir ninguna interpretación humanitaria informe del concepto de "hombre nuevo" o de las tareas de la educación comunista. No hay duda de que el hombre del futuro, el ciudadano de la comuna, será una criatura sumamente interesante y atractiva, y que su psicología (los futuristas me perdonarán, pero me imagino que el hombre del futuro poseerá una psicología) será muy diferente a la nuestra. Nuestra tarea actual, lamentablemente, no puede consistir en la educación del ser humano del futuro. El punto de vista utópico y humano-psicológico es que primero hay que formar al hombre nuevo y luego crear las nuevas condiciones. No podemos compartirlo. Sabemos que el hombre es un producto de las condiciones sociales. Pero también sabemos que entre los seres humanos y las condiciones existe una complicada y activa relación de trabajo mutuo. El hombre mismo es un instrumento de este desarrollo histórico, y no el menos importante. Y en este complicado acto reflejo histórico de las condiciones vividas por los seres humanos activos, no creamos al ciudadano abstracto, armonioso y perfecto de la comuna, sino que formamos a los seres humanos concretos de nuestra época, que todavía tienen que luchar por la creación de las condiciones de las que pueda surgir el ciudadano armonioso de la comuna. Esto, por supuesto, es algo muy diferente, por la sencilla razón de que nuestro bisnieto, el ciudadano de la comuna, no será un revolucionario.

A primera vista esto parece estar mal, suena casi insultante. Y sin embargo es así. La concepción "revolucionaria" está formada por nosotros a partir de nuestros pensamientos y deseos, de la totalidad de nuestras mejores pasiones, y así la palabra "revolucionaria" está impregnada de los más altos ideales y de la mejor moral que hemos tomado de toda la época precedente de evolución cultural. Por lo tanto, nos parece que ponemos en entredicho a nuestra posteridad cuando no los consideramos revolucionarios. Pero no debemos olvidar que el revolucionario es un producto de condiciones históricas

---

[44] Este texto es una versión reducida de una intervención de Trotsky en la Universidad Comunista – Universidad Sverdlov, en nombre del Comité Central del Partido Bolchevique, con motivo de su quinto aniversario. En nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano puede leerse el texto completo de esta intervención de Trotsky: "Las tareas de la educación comunista" (versión completa)

definidas, un producto de la sociedad de clases. El revolucionario no es una abstracción psicológica. La revolución en sí misma no es un principio abstracto, sino un hecho histórico material, que surge del antagonismo de clase, de la sujeción violenta de una clase por otra. Por lo tanto, el revolucionario es un tipo histórico concreto y, en consecuencia, un tipo temporal. Estamos orgullosos de pertenecer a este tipo. Pero por medio de nuestro trabajo estamos creando las condiciones de un orden social en el que no existirán antagonismos de clase, ni revoluciones y, por lo tanto, tampoco revolucionarios. Es cierto que podemos extender el significado de la palabra "revolucionario" hasta abarcar toda la actividad consciente del hombre dirigida hacia el sometimiento de la naturaleza y hacia la extensión de las conquistas técnicas y culturales. Pero no tenemos derecho a hacer tal abstracción, tal extensión ilimitada de la concepción del "revolucionario", porque de ninguna manera hemos cumplido nuestra tarea revolucionaria histórica concreta, el derrocamiento de la sociedad de clases. En consecuencia, estamos lejos de la tarea de educar al armonioso ciudadano de la comuna, formándolo mediante un cuidadoso trabajo de laboratorio, en una etapa de transición extremadamente poco armoniosa de la sociedad. Una empresa de este tipo sería una miserable utopía infantil. Lo que queremos hacer son luchadores, revolucionarios, que heredarán y completarán nuestras tradiciones históricas, que aún no hemos llevado a término.

Revolución y misticismo

¿Cuáles son las principales características del revolucionario? Hay que subrayar que no tenemos derecho a separar al revolucionario de la base de clase sobre la que ha evolucionado, y sin la cual no es nada. El revolucionario de nuestra época, que sólo puede ser asociado con la clase obrera, posee sus características psicológicas especiales, particulares características de intelecto y voluntad. Si es necesario y posible, el revolucionario rompe los obstáculos históricos, recurriendo a la fuerza para ello. Si esto no es posible, entonces se desvía, socava y aplasta, con paciencia y determinación. Es un revolucionario porque no teme romper obstáculos e implacablemente emplear la fuerza; al mismo tiempo conoce su valor histórico. Su objetivo permanente es mantener su trabajo destructivo y creativo en su más alto nivel de actividad, es decir, obtener de las condiciones históricas dadas el máximo que son capaces de rendir para el avance de la clase revolucionaria.

El revolucionario sólo conoce los obstáculos externos a su actividad, no los internos. Es decir: tiene que desarrollar en sí mismo la capacidad de estimar el ámbito de su actividad en toda su concreción, con sus aspectos positivos y negativos, y de encontrar un correcto equilibrio político. Pero si se ve obstaculizado internamente para la acción por obstáculos subjetivos, si carece de comprensión o de poder de voluntad, si está paralizado por contradicciones internas, por prejuicios religiosos, nacionales o corporativos, entonces, en el mejor de los casos, es sólo medio revolucionario. Ya hay demasiados obstáculos en las condiciones objetivas, y el revolucionario no puede permitirse el lujo de multiplicar los obstáculos y fricciones objetivos por los subjetivos. Por lo tanto, la educación del revolucionario debe consistir, sobre todo, en su emancipación de ese residuo de ignorancia y superstición, que se encuentra frecuentemente en una conciencia muy "sensible". Por lo tanto, adoptamos una actitud despiadadamente irreconciliable con cualquiera que pronuncie una sola palabra en el sentido de que el misticismo o el sentimentalismo religioso pueden combinarse con el comunismo. La religiosidad es irreconciliable con el punto de vista marxista. Somos de la opinión de que el ateísmo, como elemento inseparable de la visión materialista de la vida, es una condición necesaria para la educación teórica del revolucionario. Quien cree en otro mundo no es capaz de concentrar toda su pasión en la transformación de éste.

Darwinismo y marxismo

Aunque Darwin, como él mismo afirmó, no perdió su creencia en Dios por todo su rechazo de la teoría bíblica de la creación, el darwinismo mismo es, sin embargo, totalmente irreconciliable con esta creencia. En esto, como en otros aspectos, el darwinismo es un precursor, una preparación para el marxismo. Tomado en un sentido ampliamente materialista y dialéctico, el marxismo es la aplicación del darwinismo a la sociedad humana. El liberalismo de Manchester ha intentado encajar el darwinismo mecánicamente en la sociología. Tales intentos sólo han llevado a analogías infantiles que velan una maliciosa *apología burguesa*: La competencia de Marx fue explicada como la ley "eterna" de la lucha por la existencia. Esto es absurdo. Es sólo la conexión interna entre el darwinismo y el marxismo la que permite captar el flujo vivo del ser en su conexión primitiva con la naturaleza inorgánica; en su ulterior particularización y evolución; en su dinámica; en la diferenciación de las necesidades de la vida entre las primeras variedades elementales de los reinos vegetal y animal; en sus luchas; en la aparición del "primer" hombre o criatura semejante al hombre, haciendo uso de la primera herramienta; en el desarrollo de la cooperación primitiva, empleando órganos asociativos; en la estratificación ulterior de la sociedad consecuente con el desarrollo de los medios de producción, es decir, de los medios de dominio de la naturaleza; en la guerra de clases; y, finalmente, en la lucha por la superación de las clases.

Comprender el mundo desde un punto de vista tan amplio significa la emancipación de la conciencia del hombre por primera vez del residuo de la mística, y la obtención de un punto de apoyo firme. Significa tener bastante que para el futuro no hay obstáculos subjetivos internos a la lucha, sino que los únicos obstáculos y reacciones existentes son externos, y tienen que ser superados de varias maneras, de acuerdo con las condiciones del conflicto.

Cuántas veces hemos dicho: "La práctica gana al final". Esto es correcto en el sentido de que la experiencia colectiva de una clase, y de toda la humanidad, barre gradualmente las ilusiones y las falsas teorías basadas en generalizaciones apresuradas. Pero se puede decir con igual verdad: "La teoría gana al final", cuando entendemos por esto que la teoría en realidad comprende la experiencia total de la humanidad. Desde este punto de vista, la oposición entre teoría y práctica se desvanece, pues la teoría no es otra cosa que la práctica correctamente considerada y generalizada. La teoría no derrota a la práctica, sino la actitud irreflexiva, empírica y burda hacia ella. Para poder estimar adecuadamente las condiciones de la lucha, la situación de nuestra propia clase, debemos poseer un método fiable de orientación política e histórica. Esto es marxismo, o, con respecto a la última época, leninismo.

Marx y Lenin, estos son nuestros dos guías supremos en la esfera de la investigación social. Para la generación más joven el camino a Marx es a través de Lenin. El camino recto se vuelve cada vez más difícil, pues el período que separa a la nueva generación del genio de aquellos que fundaron el socialismo científico, Marx y Engels, es demasiado largo. El leninismo es la más alta encarnación y condensación del marxismo para la acción revolucionaria directa en la época de la agonía mortal imperialista de la sociedad burguesa. El Instituto Lenin de Moscú debe convertirse en una academia superior de estrategia revolucionaria. Nuestro partido comunista está impregnado del poderoso espíritu de Lenin. Su genio revolucionario está con nosotros. Nuestros pulmones revolucionarios respiran la atmósfera de esa doctrina mejor y más elevada que ha creado el desarrollo precedente del pensamiento humano. Por eso estamos tan profundamente convencidos de que el mañana es nuestro.

El periódico y su lector

(29 de junio de 1923)

El aumento numérico del partido, así como el desarrollo de su influencia sobre los sin partido, por una parte, y, por otra parte, la nueva etapa de la revolución en la que estamos entrando, explican que el partido se enfrente al mismo tiempo a nuevos problemas, pero también a viejos problemas que aparecen en una nueva forma, incluso en el campo de la agitación y la propaganda. Debemos reexaminar con mucho cuidado los instrumentos y medios de nuestra propaganda. ¿Son suficientes **en volumen**, es decir, abarcan todos los problemas que hay que aclarar? ¿Encuentran una **expresión** adecuada, accesible al lector y capaz de interesarle?

Este problema, entre otros, fue examinado por los veinticinco agitadores y propagandistas de Moscú reunidos en asamblea. Se registraron sus puntos de vista, opiniones y valoraciones. Espero poder publicar pronto todo este material. Nuestros compañeros periodistas encontrarán en él una gran cantidad de amargos reproches, y debo confesar que, en mi opinión, la mayoría de estos reproches están justificados. La cuestión de la organización de nuestra agitación escrita, en primer lugar, nuestra agitación periodística es demasiado importante para pasarla por alto y guardar silencio sobre la cuestión. Debemos hablar con franqueza.

Hay un proverbio que dice: "El hábito hace al monje…" Así que tenemos que empezar con la técnica periodística. Es ciertamente mejor que en 1919-1920, pero sigue siendo extremadamente defectuosa. Debido al descuido de la maquetación y al excesivo entintado, el lector culto, y no digamos el inculto, tiene dificultades para leer el periódico. Los periódicos de gran tirada dirigidos a las amplias masas obreras, como *El Moscú obrero* o *La gaceta del obrero*, están muy mal impresos. La diferencia de un ejemplar a otro es muy grande: a veces se puede leer casi todo el papel, otras veces no se entiende ni la mitad. Por eso, comprar un periódico es como una lotería. Saco al azar uno de los últimos números de *La gaceta del obrero*. Miro "El rincón de los niños": "El cuento del gato inteligente...". Imposible de leer, tan defectuosa es la impresión; ¡y es para niños! Hay que decirlo con franqueza: nuestra técnica periodística es nuestra vergüenza. A pesar de nuestra pobreza, a pesar de nuestra gran necesidad de educación, a menudo nos damos el lujo de manchar un cuarto, si no la mitad, de una hoja de periódico. Un "trapo" así está destinado a irritar al lector; un lector desinformado se cansará de él, un lector culto y exigente rechinará de dientes y despreciará abiertamente a quienes se burlan de él. Porque hay alguien que escribe estos artículos, alguien que los pone en la página, alguien que los imprime, y al final el lector, a pesar de todos sus esfuerzos, no descifra la mitad de ellos. ¡Qué vergüenza y qué infamia! En el último congreso del partido se prestó especial atención al problema de la tipografía. Y surge la pregunta: ¿hasta cuándo aguantaremos todo esto?

"El hábito hace al monje…" Ya hemos visto que una impresión defectuosa a veces nos impide penetrar en el espíritu de un artículo. Pero aún queda la cuestión de ordenar el material, disponer la página y hacer correcciones. Fijémonos en las correcciones, porque están especialmente mal hechas en nuestro país. No es raro encontrar errores de imprenta y enormes erratas, no sólo en los periódicos, sino también en las revistas científicas, especialmente en la revista *Bajo la bandera del marxismo*. León Tolstoi dijo una vez que los libros son un instrumento para difundir la ignorancia. Por supuesto, la afirmación de este despectivo barón es totalmente falsa. Pero, por desgracia, está en parte justificada... si se tienen en cuenta las correcciones de nuestra prensa. Si la imprenta no cuenta con los responsables necesarios, correctores formados que conozcan su trabajo,

hay que formar a los actuales responsables en el trabajo. Hay que darles cursos de apoyo y de formación política. Un corrector debe entender el texto que corrige, de lo contrario no es un corrector sino un propagador involuntario de la ignorancia; la prensa, diga lo que diga Tolstoi, es y debe ser un instrumento de educación.

Ahora veamos más de cerca el contenido del periódico.

Un periódico es, ante todo, un vínculo entre las personas; les permite saber lo que ocurre y dónde ocurre. El alma de un periódico es la información fresca, abundante e interesante. Hoy en día, el telégrafo y la radio desempeñan un papel muy importante en la información periodística. Por eso, el lector acostumbrado a un periódico y que acostumbra a leerlo, en primer lugar, se precipita a la sección de "noticias". Pero para que los despachos ocupen el primer lugar en un periódico soviético, deben presentar hechos importantes e interesantes en una forma que la masa de lectores pueda comprender. Sin embargo, este no es el caso. En nuestros periódicos las noticias, los comunicados, se componen e imprimen de forma similar a la de la "gran" prensa burguesa. Si uno sigue diariamente los comunicados de algunos periódicos, tiene la impresión de que los compañeros que se encargan de esta sección, cuando ponen nuevos despachos, han olvidado por completo los que editaron el día anterior. Su trabajo no tiene ninguna secuencia lógica. Cada envío parece un trozo de metralla que cayó allí por casualidad. Las explicaciones son accesorias y, en su mayoría, irreflexivas. Es justo que, junto al nombre de tal o cual político burgués extranjero, el redactor de la columna escriba entre paréntesis: "lib." o "cons.". Esto significa: liberal, conservador. Pero como tres cuartas partes de los lectores no entienden estas abreviaturas, estas aclaraciones sólo pueden confundirlos aún más. Los comunicados que nos informan, por ejemplo, de lo que ocurre en Bulgaria o Rumanía, suelen pasar por Viena, Berlín, Varsovia. Los nombres de estas ciudades citados en la parte superior del despacho confunden totalmente a la masa de lectores, que desconocen por completo la geografía. ¿Por qué menciono estos detalles? Siempre por la misma razón: demuestran, mejor que nada, la poca atención que prestamos, cuando preparamos nuestros periódicos, a la situación del lector desinformado, a sus necesidades, a sus dificultades. **la elaboración de las páginas de un periódico obrero es lo más difícil, lo que requiere más responsabilidad**. Requiere un trabajo cuidadoso y meticuloso. Hay que pensar en todos los aspectos de un comunicado de prensa importante, y darle forma de manera que se corresponda inmediatamente con lo que la masa de lectores ya conoce más o menos bien. Hay que agrupar las noticias y prologarlas con las explicaciones necesarias. ¿Qué sentido tiene un titular de dos o tres líneas o más si sólo repite lo que se dice en el comunicado de prensa? A menudo estos titulares sólo sirven para confundir al lector. Una huelga intrascendente suele llevar el siguiente titular: "En marcha" o: "El final está cerca", mientras que el propio comunicado de prensa menciona un vago movimiento entre los trabajadores ferroviarios, sin mencionar ni la causa ni los objetivos. Al día siguiente, ni una palabra sobre este acontecimiento, ni el día siguiente. Cuando el lector vuelve a leer un comunicado de prensa titulado "En marcha", lo considera un trabajo poco serio, bravuconería periodística barata, y su interés por los comunicados de prensa y por el propio periódico disminuye. Si, por el contrario, el redactor de noticias recuerda lo que publicó el día anterior y la víspera, y trata de entender él mismo lo que conecta los acontecimientos y los hechos entre sí para explicarlos al lector, la información, aunque sea muy imperfecta, adquiere inmediatamente un inmenso valor educativo. En la mente del lector, la información sólida se organiza gradualmente. Cada vez es más fácil entender los nuevos hechos, y el lector aprende a buscar y encontrar la información importante en un periódico. De este modo, el lector da un enorme paso hacia la cultura. Las redacciones deben concentrar todos sus esfuerzos en la información telegráfica, y deben velar por la correcta composición de esta

sección. Sólo si los propios periódicos ejercen presión y dan ejemplo será posible educar gradualmente a los corresponsales de ROSTA[45].

Una vez a la semana, idealmente los domingos, es decir, un día en que el obrero esté libre, se debe hacer un balance sobre los hechos más importantes. Por cierto, este ejercicio sería una magnífica forma de educar a los responsables de las distintas secciones. Aprenderían a buscar con más atención las conexiones entre los distintos acontecimientos, lo que se reflejaría beneficiosamente en la redacción diaria de cada sección.

Es imposible entender las noticias del extranjero sin unos conocimientos geográficos básicos. Los vagos mapas que a veces reproducen los periódicos, aunque sean legibles, son de poca ayuda para el lector que no sabe cómo están dispuestos los distintos países del mundo, cómo están distribuidos los distintos estados. La cuestión de los mapas geográficos representa, en nuestra situación, es decir, dado el entorno capitalista y el auge de la revolución mundial, un importante problema de educación social. Dondequiera que se celebren conferencias y reuniones, o al menos en los lugares más importantes, debe haber mapas geográficos especiales en los que se delimiten claramente las fronteras entre los estados, donde se ilustren ciertos elementos del desarrollo económico y político de estos estados. Podría ser una buena idea, como en la época de la guerra civil, colocar estos mapas esquemáticos en determinadas calles y plazas. Seguramente se podrían encontrar los medios para hacerlo. El año pasado se desplegó una cantidad increíble de pancartas con cualquier pretexto. ¿No habría sido mejor utilizar estos medios para dotar de mapas geográficos a las fábricas, las plantas y, posteriormente, a los pueblos? Todo orador, todo agitador, etc., que se refiriera a Inglaterra y a sus colonias, podía localizarlas inmediatamente en el mapa. Del mismo modo, mostraría dónde está el Ruhr. Es el orador quien se beneficiará en primer lugar de ello: sabrá con más claridad y precisión de qué está hablando, porque tendrá que informarse de antemano de dónde está tal o cual país, tal o cual estado. Y el público, si está interesado, recordará lo que se le ha mostrado, quizá no la primera vez, pero sí la quinta o la décima. Y a partir de entonces, cuando las palabras "Ruhr", "Londres", "India", dejen de carecer de sentido, los lectores leerán los comunicados de prensa de una manera completamente diferente. Les gustará leer la palabra "India" en el periódico cuando sepan dónde está ese país. Tendrán más confianza, asimilarán mejor los comunicados y artículos políticos. Sentirán y se educarán más. Así, los mapas claros y significativos se convierten en una parte fundamental de la educación política de todos. El Gosizdat[46] debería abordar seriamente esta cuestión.

Pero volvamos al periódico. Las deficiencias que hemos observado en las "noticias del extranjero" se encuentran también en la información "sobre el país", en parte en lo concerniente a la actividad de las empresas soviéticas, las cooperativas, etc. Esta actitud descuidada y despreocupada de las noticias no es sólo el resultado de la falta de información, sino también de la falta de comprensión de la situación del país. Esta actitud descuidada hacia el lector se ve a menudo en las "pequeñas cosas" que bastan para arruinarlo todo. Las empresas soviéticas se nombran con abreviaturas; a veces sólo se mencionan por sus iniciales (la primera letra de cada palabra). Esto ahorra tiempo y papel en la propia empresa o en las empresas próximas. Pero la gran masa de lectores no conoce estas abreviaturas convencionales. Además, nuestros periodistas, columnistas y reporteros hacen malabares con un montón de acrónimos incomprensibles, como los payasos con sus globos. Por ejemplo, informamos de una discusión con el camarada Fulano, presidente del "SAM". Este acrónimo se utiliza decenas de veces a lo largo del artículo. Hay que ser un burócrata soviético bien informado para entender que se trata del

---

[45] ROSTA, antigua agencia telegráfica rusa, precursora de TAS.

[46] Gosizdat, "GOSudarstvenoje IZDATel'stvo"; ediciones del estado. (Nota del traductor).

Servicio de Administración Municipal[47]. La masa de lectores nunca descifrará esta abreviatura y, molestos, abandonarán el artículo y quizás incluso todo el periódico. Nuestros periodistas deben tener en cuenta que las abreviaturas y los acrónimos sólo son válidos si son inmediatamente comprensibles; si sólo sirven para confundir a la gente, es criminal y estúpido utilizarlos. Un periódico, como hemos dicho antes, debe ante todo informar correctamente. Sólo puede ser un instrumento de educación si la información está bien hecha, es interesante y está bien presentada. Ante todo, un acontecimiento debe presentarse de forma clara e inteligible: dónde ocurre, qué ocurre y cómo ocurre. A menudo suponemos que los acontecimientos y los hechos son conocidos por el lector, o que se entienden por alusión, o que no son importantes y que el propósito del periódico es supuestamente "contar" tal o cual hecho (que el lector no conoce ni entiende) y contar un montón de cosas edificantes que hace tiempo que no se saben. Esto suele ocurrir porque el autor del artículo o de la noticia no siempre sabe de lo que habla y, para ser sinceros, porque es demasiado perezoso para informarse, para leer, para coger el teléfono y comprobar su información. Así que evita el meollo de la cuestión y dice "sobre" algún hecho que la burguesía es la burguesía, y el proletariado es el proletariado. Queridos compañeros periodistas, el lector les ruega que no le den lecciones, que no le ataquen, sino que le digan, que le cuenten y que le expliquen de forma clara e inteligible qué ha pasado, dónde y cómo ha pasado. De ello se desprenden las lecciones y exhortaciones.

El escritor, especialmente el periodista, no debe partir de su punto de vista, sino del del lector. Esta es una distinción muy importante que se refleja en la estructura de cada artículo individual y en la estructura del periódico en su conjunto. En el primer caso, el escritor (torpe e inconsciente de la importancia de su obra) se limita a presentar al lector su propia persona, sus puntos de vista, sus pensamientos y, a menudo, sus frases. En el otro caso, el escritor que considera su tarea correctamente, lleva al propio lector a las conclusiones necesarias utilizando la experiencia cotidiana de las masas. Aclaremos esta idea tomando un ejemplo citado en la reunión de agitadores de Moscú. Como es sabido, este año una violenta epidemia de malaria ha asolado el país. Mientras que las antiguas epidemias (tifus, cólera, etc.) han disminuido significativamente en los últimos tiempos (llegando incluso a un índice inferior al de antes de la guerra), la malaria se ha desarrollado en proporciones inauditas. Afecta a ciudades, distritos, fábricas, etc. La aparición repentina, el flujo y reflujo, la periodicidad (regularidad) de sus ataques hacen que la malaria no sólo afecte a la salud, sino también a la imaginación. La gente habla de ello, piensa en ello, ofrece un terreno fértil para la superstición, así como para la propaganda científica. Pero nuestra prensa sigue sin interesarse lo suficiente por ello. Sin embargo, cada artículo que trata de la malaria despierta, como han informado los camaradas en Moscú, el mayor interés: el número del periódico pasa de mano en mano, el artículo se lee en voz alta. Es perfectamente evidente que nuestra prensa, sin limitarse a la propaganda sanitaria del Comisariado de Salud Pública, debe emprender una importante labor sobre este tema. Es necesario comenzar describiendo el desarrollo de la epidemia en sí, precisar las regiones donde se propaga, enumerar las fábricas y plantas a las que afecta más particularmente. Así se establecerá ya un vínculo vivo con las masas más atrasadas, demostrándoles que las conocemos, que nos interesamos por ellas, que no las hemos olvidado. Es necesario entonces explicar el paludismo desde el punto de vista científico y social, mostrar con decenas de ejemplos que se desarrolla en condiciones particulares de vida y de producción, destacar las medidas tomadas por los organismos gubernamentales, dar los consejos necesarios y repetirlos insistentemente de un tema a otro, etc. La propaganda contra los prejuicios religiosos puede y debe desarrollarse en

[47] En ruso: "OKX" Otd'el Kommunal'nogo Xozajstva (Nota del traductor).

este ámbito. Si las epidemias, como todas las enfermedades en general, son un castigo por los pecados cometidos, entonces ¿por qué la malaria se propaga más en lugares húmedos que en los secos? Un mapa del desarrollo de la malaria, con las explicaciones prácticas necesarias, es un notable instrumento de propaganda antirreligiosa. Su impacto será aún mayor si el problema afecta a grandes grupos de obreros al mismo tiempo y con gran intensidad.

Un periódico no tiene derecho a no interesarse por lo que concierne a la masa, a la multitud de la clase obrera. Por supuesto, todo periódico puede y debe dar su interpretación de los hechos, porque está llamado a educar, a desarrollar, a elevar el nivel cultural. Pero sólo logrará este objetivo si se basa en los hechos, en los pensamientos que interesan a la masa de lectores.

No cabe duda, por ejemplo, de que los casos judiciales y las llamadas "sucesos" (desgracias, suicidios, crímenes, dramas pasionales, etc.) afectan a grandes sectores de la población. Y por una razón muy sencilla: son ejemplos impactantes de la vida que llevamos. Sin embargo, nuestra prensa suele prestar muy poca atención a estos acontecimientos, limitándose, en el mejor de los casos, a unas pocas líneas en letra pequeña. En definitiva, las masas obtienen su información, a menudo malinterpretada, de fuentes menos cualificadas. Una tragedia familiar, un suicidio, un crimen, una sentencia dura, golpean y golpearán la imaginación. El "juicio Komarov" llegó a eclipsar, durante un tiempo, el "caso Curzon"[48] (escriben los camaradas Lagutin y Kasansky de la fábrica de tabaco "La estrella roja"). Nuestra prensa debe mostrar el máximo interés por las noticias: debe exponerlas, comentarlas, aclararlas. Debe ofrecer una explicación que tenga en cuenta la psicología, la situación social y el modo de vida. Docenas y cientos de artículos que repiten lugares comunes sobre el aburguesamiento de la burguesía y la estupidez de los pequeños burgueses no causarán más impresión en el lector que una inoportuna llovizna otoñal. Pero el juicio de un drama familiar, bien contado y seguido en el curso de una serie de artículos, puede interesar a miles de lectores y despertar en ellos nuevos sentimientos y pensamientos, y revelarles un horizonte más amplio. Después, algunos lectores pueden pedir un artículo general sobre el tema de la familia. La prensa sensacionalista burguesa obtiene enormes beneficios de los crímenes y los envenenamientos, explotando la curiosidad malsana y los más bajos instintos del hombre. Pero de ello no se deduce que debamos apartarnos sin más de la curiosidad y de los instintos humanos en general. Eso sería hipocresía y la más pura tartufería. Somos el partido de las masas. Somos un estado revolucionario y no una orden espiritual o un monasterio. Nuestros periódicos deben satisfacer no sólo la curiosidad más noble, sino también la natural; sólo es necesario que eleven y mejoren su nivel presentando e iluminando los hechos de manera adecuada. Los artículos y reportajes de este tipo son siempre y en todo momento muy populares. Sin embargo, apenas se leen en la prensa soviética. Se dirá que faltan los especialistas literarios necesarios para este tema. Esto es cierto sólo en parte. Cuando un problema se plantea de forma clara y sensata, siempre hay personas que pueden resolverlo. Por encima de todo, es necesario un serio cambio de atención. ¿En qué dirección? En la dirección del lector, del lector vivo, tal como es, del lector de masas, despertado por la revolución, pero todavía iletrado, ávido de saber, pero completamente carente de formación, y que sigue siendo un hombre al que nada humano le es ajeno. El lector necesita que se le muestre interés, aunque no siempre sabe cómo

[48] "El caso Curzon", se refiere a las actividades antisoviéticas del diplomático inglés G. N. Curzon (1859-1925), que fue uno de los organizadores de la intervención contra la URSS: en 1919, envió una nota al gobierno soviético instándole a detener el avance de las tropas del Ejército Rojo a lo largo de una línea conocida como "la Línea Curzon". En 1923, envió un provocador ultimátum al gobierno soviético, amenazando con una nueva intervención. (Nota del traductor).

expresar este deseo. Pero los veinticinco agitadores y propagandistas del comité de Moscú han hablado muy bien por él.

Nuestros jóvenes escritores propagandistas no todos saben escribir de manera que se les pueda entender. Tal vez sea porque no han tenido que abrirse paso entre la dura corteza del oscurantismo y la ignorancia. Se dedicaron a la literatura de agitación en un momento en que, en sectores bastante amplios de la población, ya se utilizaban ampliamente un conjunto de ideas, palabras y frases. Existe el peligro de que el partido quede aislado de las masas sin partido; esto se debe al hermetismo del contenido y la forma de la propaganda, a la creación de una jerga partidista, inaccesible no sólo para las nueve décimas partes de los campesinos, sino también para los obreros. Pero la vida no se detiene ni un momento, y las generaciones se suceden. Hoy en día, el destino de la república soviética es asumido, en su mayor parte, por aquellos que, en la época de la guerra imperialista y de las revoluciones de febrero y octubre, tenían quince, dieciséis, diecisiete años. Este "empuje" de la juventud que nos está sustituyendo se hará sentir cada vez más.

No podemos dirigirnos a estos jóvenes con fórmulas prefabricadas, frases, giros, palabras que tienen sentido para nosotros, los "viejos", porque derivan de nuestra experiencia previa, pero que, para ellos, están vacías de contenido. Debemos aprender a hablar su lenguaje, es decir, el lenguaje de su experiencia.

La lucha contra el zarismo, la revolución de 1905, la guerra imperialista y las dos revoluciones de 1917 son para nosotros experiencias vividas, recuerdos, momentos culminantes de nuestra propia actividad. Hablamos de ellos por alusiones, recordamos y completamos en el pensamiento lo que no expresamos. Pero ¿y la juventud? No entienden estas alusiones porque no conocen los hechos, no los han vivido, y no pueden aprender sobre ellos ni en los libros ni en los relatos objetivos, porque no los hay. Mientras que a los mayores les basta con una pista, los jóvenes necesitan un manual. Es hora de publicar una serie de manuales y libros de educación política revolucionaria para la juventud.

Revolución y cultura

(Noviembre de 1923)

Toda clase dirigentes crea su cultura y su arte. La historia ha conocido las culturas de las sociedades esclavistas de Oriente y de la Antigüedad Clásica, la cultura feudal de la Edad Media europea y la cultura burguesa que domina actualmente en el mundo. De aquí se puede deducir aparentemente que el proletariado tendrá también que crear su cultura y su arte.

Pero la cuestión no es tan simple. Las sociedades esclavistas duraron largos siglos. La feudalidad también. La cultura burguesa, incluso datándola desde sus primeras manifestaciones impetuosas, es decir desde el Renacimiento, ya cuenta con cinco siglos a sus espaldas y sólo en la segunda mitad del siglo XIX alcanzó su apogeo. La formación de una cultura nueva alrededor de una clase dominante exige, pues, tiempo y sólo se acaba en una época precedente al declive político de esta clase.

¿Tendrá el proletariado que crear una cultura proletaria? Al contrario que los esclavistas, feudales y burgueses, el proletariado se representa su dictadura como una corta época transitoria. Cuando queremos reaccionar contra puntos de vista muy optimistas sobre la transición al socialismo, recordamos que la era de la revolución social dura años y decenas de años. ¡Pero no siglos ni milenios! ¿Podrá el proletariado crear su cultura en el lapso de tiempo que le está concedido? Desde este punto de vista son mucho más legitimas las dudas

teniendo en cuenta que los años de revolución social estarán llenos de crueles luchas de clases en las que la destrucción ocupará más espacio que la edificación. En cualquier caso, las principales energías del proletariado tenderán a la conquista, conservación y utilización inmediata y vital del poder y a la continuación de la lucha. Y el proletariado no manifestará plenamente, y con el máximo de intensidad, su naturaleza de clase más que en esa época revolucionaria en la que las posibilidades de acción cultural sistemática están tan restringidas. Por el contrario, cuanto más asegurado esté el nuevo régimen contra las perturbaciones políticas y militares, mejores serán las condiciones de desarrollo para la cultura y más rápidamente se disolverá el proletariado en la sociedad socialista, perdiendo su carácter de clase, dejando de ser proletariado.

Dicho de otra forma: durante la dictadura no es cuestión de crear una nueva cultura, es decir emprender una obra de la más gran amplitud histórica. Y la cultura enteramente nueva que surgirá cuando cesará la necesidad de imponer al proletariado la armadura de hierro de la dictadura no será una cultura de clase. De esto se deduce una conclusión general: ni hay ni habrá cultura proletaria; no hay lugar para el desaliento pues el proletariado sólo ha tomado el poder para acabar definitivamente con la cultura de clases y abrir las vías a una cultura humana. Esto parece olvidarse a menudo.

Las vagas teorías sobre la cultura proletaria, concebidas por analogía y antítesis con la cultura burguesa, resultan de comparaciones entre el proletariado y la burguesía a las que les es ajeno todo espíritu crítico. El simplista método liberal de las analogías históricas no tiene nada en común con el marxismo. No existe analogía material entre los ciclos históricos de la burguesía y de la clase obrera.

El desarrollo de la cultura burguesa comenzó algunos siglos antes que la burguesía tomase el poder político mediante una serie de revoluciones. Siendo sólo un tercer estado desprovisto de derechos, la burguesía ejercía un gran papel, sin cesar en crecimiento, en el dominio de la cultura. Como mejor puede darse uno cuenta es gracias a la arquitectura. Las catedrales góticas no fueron construidas de una sola vez, bajo el imperio de la inspiración religiosa. La catedral de Colonia resume en su arquitectura y su escultura toda la experiencia de la humanidad, desde la pintura primitiva de las cavernas; amalgama los elementos de esta experiencia en un estilo nuevo que expresa la cultura de su época, es decir en última instancia su estructura social y su técnica. La antigua preburguesía de los gremios y oficios creó el gótico. Después, habiéndose desarrollado y fortalecido, es decir enriquecido, la burguesía superó, en algunas ocasiones conscientemente, el gótico y creó su propio estilo arquitectónico que no fue el de las iglesias sino el de las mansiones particulares y palacios. Se apoyó en las conquistas del gótico, inspirado en la antigüedad (sobretodo en la arquitectura romana) y utilizó el morisco, adaptándolo a las necesidades de la nueva ciudad y creo el estilo renacentista (en Italia hacia 1425). Los especialistas pueden contabilizar y contabilizan qué elementos debe el estilo renacentista a la antigüedad y al gótico, qué influencias son las más fuertes en ellos. El estilo renacentista no surgió, aquí radica lo esencial, más que cuando la nueva clase social, ya provista de una cultura, se sintió lo bastante fuerte como para substraerse del yugo del gótico y considerarlo, igual que a los estilos precedentes, como una materia a tratar libremente, según las nuevas necesidades artísticas. Esto se aplica igualmente a las otras artes, con esta diferencia: que, más ligeras, menos dependientes de la materia y de los fines utilitarios, las artes "libres" manifiestan la dialéctica de la sucesión y de la utilización de los estilos en obras que no tienen la firmeza convincente de las que se han tallado en la piedra.

Entre el Renacimiento y la Reforma, que tuvieron como tarea procurar a la burguesía, en la sociedad feudal, una condición ideológica y política mejor, entre el Renacimiento y la Reforma, por una parte, y la revolución burguesa (francesa) por otra, transcurren tres o cuatro siglos durante los cuales la potencia militar e ideológica de la burguesía aumenta

continuamente. La época de la Revolución Francesa y de las guerras que le siguieron rebaja momentáneamente el nivel de la cultura material. Pero el régimen capitalista se afirma enseguida como "natural" y "perpetuo".

Así, la acumulación de elementos de la cultura burguesa y su cristalización en estilos, se distinguen por los caracteres propios de la burguesía, clase poseedora, explotadora. Se ha desarrollado materialmente en la sociedad feudal, penetrando a ésta de múltiples maneras, enriqueciéndose en ella; conquistó a los intelectuales dotándose así de las bases culturales (escuelas, universidades, diarios, revistas) mucho tiempo antes de tomar el poder a la cabeza del Tercer Estado. Es suficiente con recordar que la burguesía alemana, con su incomparable cultura técnica, filosófica, científica y artística, hasta 1918 dejó el poder a una casta burocrática y no se vio en la necesidad de tomarlo más que cuando el fundamento material de la cultura alemana se hundió.

Se puede objetar que a la cultura esclavista le costó milenios crearse, pero que sólo hicieron falta siglos para crear la cultura burguesa. ¿Por qué no serían suficientes para la cultura proletaria algunas décadas?

Las bases técnicas de la vida no son en absoluto las mismas hoy en día que en otros tiempos. El ritmo de las evoluciones también es más rápido. El argumento, muy fuerte en apariencia, no atañe al fondo de la cuestión. Es cierto que llegará un momento, en el desarrollo de la nueva sociedad, en el que la economía, la cultura, el arte, tendrán la mayor libertad de movimiento, de progreso. Pero no podemos librarnos al respecto más que a conjeturas fantasiosas. En una sociedad que se haya desembarazado de la acaparadora preocupación por el pan cotidiano, en la que restaurantes colectivos suministren a todos una sana alimentación, bien preparada, adaptada a la variedad de los gustos; en la que las lavanderías comunales laven bien la buena ropa de todo el mundo; en la que los niños (todos los niños) bien alimentados, con buena presencia y contentos, absorban los elementos de la ciencia y del arte como el aire y la luz del sol; en la que la electricidad y la radioactividad, en lugar de ser utilizadas como hoy en día, de forma primitiva, constituyan inagotables fuentes de energía centralizada y racionalmente gobernada; en la que no hayan "bocas inútiles"; en la que el egoísmo liberado del hombre (potencia formidable) sólo tienda al conocimiento, a la transformación y mejora del universo, en esa sociedad, el dinamismo de la cultura no será comparable a nada de lo que hemos conocido en el pasado. Pero sólo llegaremos a ello tras una larga y penosa transición que todavía está casi toda ella entera ante nosotros. Y hablamos justamente de la época de transición.

¿Pero no es dinámico el tiempo presente? En el más alto grado. Solamente que su dinamismo se concentra en política. La guerra y la revolución son dinámicas, pero, en enormes proporciones, en detrimento de la técnica y de la cultura. La guerra ha suscitado numerosas invenciones técnicas pero la pobreza que causa en sus consecuencias impide su aplicación, susceptible en otros tiempos de revolucionar las costumbres. Es el caso de las aplicaciones de las energías radioactivas, de la aviación y numerosos descubrimientos químicos. La revolución allana las vías de la sociedad nueva, pero lo hace con los métodos de la antigua sociedad: luchas de clases, violencia, exterminio, destrucción. Si no se produce la revolución proletaria, la humanidad se ahogará en sus contradicciones. La revolución la salva y salva la cultura, pero a costa de la operación quirúrgica más cruel. Todas las fuerzas activas se concentran en la política, en la lucha revolucionaria; el resto retrocede a segundo plano y todo lo que impide la acción es pisoteado implacablemente. Este proceso atraviesa naturalmente fases de flujo y de reflujo. El comunismo de guerra es reemplazado por la Nep y la Nep a su vez evoluciona. Pero la dictadura del proletariado no es, en el fondo, la organización de la producción y la edificación de la sociedad nueva; es un orden de combate revolucionario para la nueva sociedad. Es preciso no olvidarlo.

Creemos que el historiador del futuro fijará el punto culminante de la cultura de la vieja sociedad en el 2 de agosto de 1914, cuando la potencia cultural burguesa, afectada por una súbita locura, lanzó el mundo a las llamas y la sangre de la guerra imperialista. La nueva historia de la humanidad partirá sin duda del 7 de noviembre de 1917 y las etapas principales del desarrollo de la humanidad podrán clasificarse así: Prehistoria, Antigüedad (en la que el desarrollo se produce gracias a la esclavitud); Edad Media (servidumbre); Capitalismo y explotación del asalariado y, por fin, el Socialismo con su pasaje, que hay que confiar sea indoloro, a la Comuna sin autoridad. En cualquier caso, los 20, 30 o 50 años que durará la revolución proletaria mundial marcarán en la historia una época de transición (entre dos sociedades) extremadamente penosa y no la época de la cultura proletaria.

El partido y los artistas[49]

(9 de mayo de 1924)

Trotsky. Creo que el camarada Raskólnikov ha expresado aquí con la mayor claridad posible el punto de vista del grupo *Na Postu*: ¡es un hecho contra el que no podéis nada, camaradas de *Na Postu*! Raskólnikov ha venido a hablar aquí, después de un viaje a países lejanos, con todo el candor y la inocencia afganos[50], mientras que otros miembros de *Na Postu* han probado un poco los frutos del Árbol de la Ciencia, y tratan de ocultar su desnudez (con la excepción, a decir verdad, del camarada Vardin, que sigue como su madre lo trajo al mundo).

Vardin. ¡Ni siquiera ha escuchado lo que he dicho aquí!

Trotsky. En efecto, he llegado tarde. Pero, en primer lugar, he leído su artículo en el último número de *Na Postu*; en segundo lugar, acabo de echar un vistazo a la taquigrafía de su discurso, y, por último, tengo que confesar que es perfectamente posible, sin escucharle, saber por adelantado lo que va a decir (*Risas*).

Pero volvamos al camarada Raskólnikov. Ha dicho: se nos aconseja trabajar con algunos "compañeros de viaje", pero ¿han publicado la antigua *Pravda*, la de antes de la guerra, o *Zviezda*, obras de Artsibachev, de Leónidas Andreiev, o de otros autores que serían con toda seguridad considerados hoy en día como "compañeros de viaje"? He aquí, claro está, una manera enteramente cándida e inocente de plantear el problema, sin cavilar inútilmente. ¿Pero a qué vienen Artsibachev y Leónidas Andreiev? Que yo sepa, nunca han sido considerados como "compañeros de viaje". Leónidas Andreiev murió en un

---

[49] Acta de una intervención de Trotsky en una reunión organizada el 9 de mayo de 1924 por el departamento de prensa del comité central sobre "la política del partido en el campo de la literatura". La obra de Trotsky, *Literatura y revolución,* acababa de aparecer y Lenin había muerto a principios de año. Voronsky, Vardin, Osinski, Raskólnikov, Polonsky, Lelievich, Bujarin, Radek, Averbach, Pletnev, Lunacharsky Biezimiensky, Riazánov, etc., dirigentes del partido, representantes de diversas asociaciones y corrientes literarias, así como militantes más o menos interesados por los asuntos literarios y artísticos, asistían a esa reunión, presidida por Yakovlev. Parece ser que Trotsky tenía que explicar la actitud, negativa, pero no desprovista de comprensión, que había adoptado frente a los campeones de la "literatura proletaria", así como la política que pretendía que el partido adoptara hacia los artistas (en *Literatura y revolución*). Después de la reunión, en la que Trotsky intervino brillantemente, una resolución votada por la asamblea adoptó los principales puntos de su argumentación. Treinta y seis escritores que adoptaron su punto de vista le habían enviado anteriormente una carta colectiva, Entre ellos Boris Pilniak, Serguei Yesenin, Osip Mandelstam, Isaac Babel, Zoschenko, Kaverin, Tijonov, Alexis Tolstoi, Vera Inber, Kataiev. Algunos pagaron duramente ese acuerdo, duradero o momentáneo, con Trotsky. El acta fue publicada en Moscú, en 1925, en *Voprosi Kulturi pri Diktatur Proletariata*.

[50] Raskólnikov volvía de una misión diplomática en Afganistán. L.T.

estado de odio epiléptico hacia la Rusia de los sóviets. En cuanto a Artsibachev, está desde hace poco en el extranjero, ya que ha sido exilado pura y simplemente. ¡No hay que mezclarlo todo hasta ese punto!

¿Qué es un "compañero de viaje? En literatura, como en política, llamamos "compañero de viaje" al que, cojeando y titubeando, sigue hasta un cierto punto el mismo camino que nosotros, un camino que, claro está, nos lleva, a ustedes y a mí, mucho más lejos. Pero el que está en contra nuestra, no es un compañero de viaje, sino un enemigo, y, si es necesario, lo exilamos, ya que para nosotros la ley suprema es el bien de la revolución. ¿Cómo puede usted, en esas condiciones, mezclar a Andreiev con los "compañeros de viaje"?

Raskólnikov. Bueno, pero Pilniak, ¿qué?

Trotsky. Si en quien está pensando es en Pilniak cuando habla de Artsibachev, ya no puedo discutir con usted (*Risas*).

Una voz. ¿No es lo mismo?

Trotsky. ¿Cómo que lo mismo? Cuando se dan nombres, hay que saber de quién se habla. Ya sea Pilniak bueno o malo, bueno en un aspecto y malo en otro, Pilniak es Pilniak, y se debe hablar de él como de Pilniak y no como de Leónidas Andreiev. Conocer, en general, es comenzar por distinguir las cosas y acontecimientos, y no mezclarlos en una confusión caótica... Raskólnikov nos dice: "Nunca hemos acudido a los compañeros de viaje para *Zviezda* o para la *Pravda*. Hemos buscado y encontrado poetas y escritores en las masas del proletariado". ¡Buscado y encontrado! ¡En las masas, en el proletariado! Pero entonces ¿dónde los han metido? ¿Por qué no nos los enseñan, esos poetas y esos escritores?

Raskólnikov. Existen. Demian Biedni, por ejemplo.

Trotsky. ¡Ah! ¡Vaya, vaya! Confieso que ignoraba que Demian Biedni había sido descubierto por ustedes en las masas proletarias (*Risa general*). Vean con qué bagaje abordamos las cuestiones literarias: hablamos de Leónidas Andreiev cuando estamos pensando en Pilniak, nos felicitamos por haber descubierto, entre las masas, a escritores y poetas, pero si miramos de cerca, comprobamos que esas "masas" han proporcionado en total como representante a Demian Biedni (*risas*). ¡Vamos! Todo eso es pura broma. La cuestión exige algo más de seriedad. Tratemos pues de examinar algo más seriamente esas publicaciones obreras de antes de la revolución, esos periódicos y esas revistas que han sido citados aquí. Todos recordamos haber leído en ellas bastantes poemas consagrados a la lucha, al primero de mayo, etc. Esos versos, en su conjunto, constituyen un documento cultural e histórico muy importante y muy significativo. Han ilustrado el despertar revolucionario y el progreso político de la clase obrera. En ese sentido su valor no es menor que el de las obras de todos los Shakespeare, Moliere y Pushkin del mundo. Por mediocres que puedan ser esos versos, hay en ellos la promesa de esa cultura humana nueva, más elevada, que crearán las masas cuando posean los elementos fundamentales de la vieja cultura. Sin embargo, los poemas obreros de *Zviezda* o de la *Pravda* no significan, ni mucho menos, que ha nacido ya una literatura nueva, proletaria. Versos torpes, como los de Derjavin[51], o como los anteriores a Derjavin, no pueden en modo alguno ser considerados como una nueva literatura aun cuando las ideas y los sentimientos que tratan de expresarse en esos versos vengan de escritores principiantes, que pertenecen a la clase obrera. Es un error creer que la evolución de la literatura se asemeja a una cadena sin rupturas, en la que los versos ingenuos, pero sinceros, publicados por jóvenes obreros a principios de este siglo constituirían el primer eslabón de una futura "literatura proletaria". En realidad, esos poemas revolucionarios tuvieron una importancia política,

[51] Poeta de fines del siglo XVIII, anterior a Pushkin.

pero no literaria. Contribuyeron al progreso no de la literatura, sino de la revolución. La revolución ha conducido a la victoria del proletariado, la victoria del proletariado ha conducido a su vez a una transformación de la economía. La transformación de la economía modifica profundamente la fisionomía cultural de las masas trabajadoras. Y el progreso cultural de los trabajadores crea verdaderamente la base de una nueva literatura y de un arte nuevo en general. "Pero no se puede admitir ambigüedad alguna, nos dice el camarada Raskólnikov. Es necesario que lo que editemos, artículos políticos y poemas, forme un todo; lo que distingue al bolchevismo, es el hecho de ser monolítico", etc. A primera vista esas consideraciones son irrefutables. Pero, de hecho, se trata de una pura abstracción, sin verdadero contenido. Se trata, en el mejor de los casos, de una piadosa intención desprovista de realismo. Sería, claro está, magnífico que nuestra política y nuestra literatura política comunistas se vieran completadas por una concepción del mundo bolchevique expresada en forma artística. Pero no es así, y no es casualidad, ni mucho menos. La creación artística, debido a su propia naturaleza, está retrasada en relación a los otros medios de expresión del espíritu humano y aun más si se trata de la expresión de una clase social. Una cosa es comprender tal o cual hecho y expresarlo lógicamente, y otra muy diferente el asimilar orgánicamente lo nuevo, el reformar completamente la estructura de sus propios sentimientos y encontrar una expresión artística para esa nueva estructura. Este último proceso es más orgánico, más lento, se somete más difícilmente a una acción consciente, deliberada, y por consiguiente se encuentra siempre retrasada en relación al resto. El pensamiento político de la clase obrera avanza sobre zancos, mientras que la creación artística va renqueando detrás con muletas. Al fin y al cabo, Marx y Engels han expresado admirablemente el pensamiento político del proletariado en una época en que la clase obrera ni siquiera se había despertado como tal.

Una voz. ¡Sí, sí, eso es verdad!

Trotsky. Muchas gracias (*Risas*). Pero trate ahora de sacar las conclusiones necesarias y de comprender por qué ese monolitismo de la literatura política y de la poesía no existe. Eso nos ayudará a comprender igualmente por qué, en las viejas revistas marxistas legales, formábamos siempre un bloque, o casi, con "compañeros de viaje" a veces muy sospechosos, cuando no hipócritas y falsos. Todos os acordáis, claro está, de *La Nueva Palabra* [*Novoie Slovo*], la mejor de las viejas revistas marxistas legales, en la cual han colaborado muchos marxistas de la vieja generación, incluido Vladimir Ilich. Esa revista, como sabéis, tenía muy buenas relaciones con los "decadentes". ¿Por qué? Porque en esa época los "decadentes" constituían una tendencia joven, y perseguida, de la literatura burguesa. El hecho de estar perseguidos los ponía a nuestro lado en la medida en que representábamos una fuerza de oposición, oposición que tenía evidentemente un carácter diferente de la suya. A fin de cuentas, los decadentes han sido para nosotros, temporalmente, compañeros de viaje. Las revistas marxistas (y no hablemos ya de las semimarxistas), que aparecieron más tarde, incluida *La Educación* [*Prosveschenie*], no han tenido nunca una sección literaria "monolítica", y han dejado un amplio espacio a los "compañeros de viaje". Según las circunstancias, se ha sido más riguroso o más indulgente a este respecto, pero al no contar con los elementos artísticos indispensables, era imposible hacer en el terreno del arte una política "monolítica".

Pero en el fondo, a Raskólnikov todo eso no le interesa. En las obras artísticas, ignora precisamente lo que hace que sean artísticas. Es lo que se deduce con la mayor claridad de su notable apreciación sobre Dante. Lo que da valor a la *Divina Comedia*, según él, es que permite comprender la psicología de una clase determinada en una época determinada. Pero plantear el problema de ese modo, es sencillamente borrar la *Divina Comedia* del terreno del arte. Quizá ha llegado el momento de hacerlo, pero en ese caso,

hay que comprender claramente el fondo de la cuestión y no temer las consecuencias lógicas. Si digo que el valor de la *Divina Comedia* consiste en que me ayuda a comprender la mentalidad de clases determinadas en una época determinada, la transformo inmediatamente en un simple documento histórico, ya que, en tanto que obra de arte, la *Divina Comedia* se dirige a mi propio espíritu, a mis propios sentimientos y debe decirles algo. La *Comedia* de Dante, puede tener un efecto deprimente, aplastante, alimentar mi pesimismo o mi melancolía, o al contrario reconfortarme, darme valor, entusiasmo... Es ahí, en cualquier caso, donde reside fundamentalmente la relación entre el lector y la obra. Claro está, nada impide que un lector actúe como investigador, y sólo vea en la *Divina Comedia* el documento histórico. Es evidente, sin embargo, que esas dos actitudes se sitúan en dos terrenos diferentes, que están evidentemente ligados, pero que no coinciden. ¿Cómo explicar, entonces, que pueda haber no sólo una relación histórica sino también una relación estética directa entre una obra de la Edad Media y nosotros? El hecho que nos permite explicarlo es que todas las sociedades de clase, por diversas que sean, poseen rasgos comunes. Obras de arte elaboradas en una ciudad italiana de la Edad Media pueden conmovernos hoy en día. ¿Qué hace falta para que esto ocurra? Poca cosa; basta con que el estado de ánimo y los sentimientos que traducen hayan encontrado una expresión amplia, intensa, poderosa, capaz de elevarlos muy por encima de los estrechos límites de la vida de aquella época. Claro está, Dante es un producto de un medio social determinado. Pero también es un genio. Su arte lleva a una altura difícilmente alcanzada las emociones propias a su época. Y, si hoy en día, consideramos como simples objetos de estudio a otras obras de la Edad Media, mientras vemos en la *Divina Comedia* una fuente de perfección artística, no es porque Dante era un pequeñoburgués florentino del siglo XIII, sino a pesar de ello. Consideremos, por ejemplo, un sentimiento fisiológico elemental como el miedo a la muerte. Ese sentimiento no pertenece exclusivamente al hombre, los animales lo conocen también. En el hombre, se ha expresado primero por medio del lenguaje articulado y ha encontrado después una expresión artística. Esa expresión ha variado según las épocas, según los medios sociales, es decir que los hombres han temido a la muerte de diferentes maneras. Sin embargo, lo que de ella dicen, no sólo Shakespeare, Byron o Goethe, sino también los Salmistas, es capaz de conmovernos. (*Exclamación del camarada Libedinski.)* Sí, sí, camarada Libedinski, he llegado precisamente en el momento en que estaba usted explicando al camarada Voronski, en términos de abecedario político, repito sus propias palabras, las diferencias de mentalidad entre las diferentes clases. Bajo esa forma general, se trataba de algo indiscutible. No puede negar, sin embargo, que Shakespeare y Byron encuentran un eco en nuestra alma, tanto en la suya como en la mía.

Libedinski. Dejarán de encontrarlo dentro de poco.

Trotsky. ¿Dentro de poco? Lo ignoro. Pero lo que sí es cierto es que llegará una época en la que la gente verá las obras de Shakespeare y de Byron como nosotros vemos hoy las de los poetas de la Edad Media, es decir únicamente desde el punto de vista del análisis histórico. Mucho antes, sin embargo, llegará la época en la que la gente ya no buscará en *El capital* de Marx directivas para la actividad práctica, en la que *El capital* se habrá convertido en un simple documento histórico, como el programa de nuestro partido. Pero por el momento, ni usted ni yo estamos dispuestos a enviar a Shakespeare, a Byron y a Pushkin a los archivos. Al contrario, vamos a recomendar su lectura a los obreros. El camarada Sosnovsky, por ejemplo, recomienda con vigor la lectura de Pushkin porque, según él, Pushkin nos servirá todavía durante cincuenta años. Dejemos de lado las cuestiones de tiempo. ¿En qué sentido podemos recomendar a los obreros que lean a Pushkin? ¡No hay en él ni un asomo de punto de vista proletario y aún menos una expresión monolítica de ideas comunistas! La lengua de Pushkin es, en verdad, espléndida

(¿qué más se puede decir?), pero le sirve para expresar una visión del mundo de aristócrata. ¿Vamos pues a decir al obrero: lee a Pushkin para comprender cómo un noble, un cortesano, dueño de siervos, acogía la primavera y despedía al otoño? Claro está, ese elemento existe en Pushkin, que tiene un origen social bien determinado. Pero la expresión que ha dado Pushkin a su estado de ánimo está alimentada por tantas experiencias artísticas y psicológicas seculares, es, en una palabra, tan general, que ha servido hasta nuestros días, y que seguirá sirviéndonos, como dice Sosnovsky, durante cincuenta años por lo menos. Entonces, cuando llega alguien y me dice que, para nosotros, el valor artístico de Dante consiste en que ha expresado la vida y las costumbres de una época determinada, no me queda más solución que alzar los brazos al cielo. Estoy convencido de que, como yo, mucha gente, al leer a Dante, tiene que hacer un esfuerzo de memoria para recordar la fecha y el lugar de su nacimiento, pero que eso no le impide experimentar un gran placer artístico sino al leer toda la *Comedia*, por lo menos al leer algunas de sus partes. Como no soy un historiador de la cultura medieval, mi reacción ante Dante es esencialmente de orden artístico.

Riazánov. Exagera usted. “Leer a Dante es bañarse en el mar”: eso es lo que Cheviriev, que estaba también contra la historia, objetaba ya a Belinsky.

Trotsky. No dudo de que Cheviriev haya dicho eso, camarada Riazánov, pero no tiene usted razón cuando dice que estoy contra la historia. Es evidente que abordar a Dante desde el punto de vista histórico es perfectamente legítimo y necesario y que eso influye en nuestra reacción estética frente a su obra, pero no se puede reemplazar una cosa por otra. Recuerdo lo que escribía Kareiev sobre ese tema, en una polémica contra los marxistas: que nos muestren pues, esos “marxidas” (es el nombre irónico que se daba en aquella época a los marxistas), que nos muestren pues, decía, qué supuestos intereses de clase han inspirado la *Divina Comedia*. Pero, por otro lado, un viejo marxista italiano, Antonio Labriola, escribía más o menos esto: “Sólo los imbéciles pueden tratar de interpretar el texto de la *Divina Comedia* utilizando las facturas que los mercaderes de tejidos florentinos enviaban a sus clientes”. Me acuerdo de esa frase casi de memoria, porque he tenido que citarla antaño más de una vez en polémicas con los subjetivistas. Creo que el camarada Raskólnikov aborda a Dante, y hasta el arte en general, no con criterios marxistas, sino con los criterios del difunto Chuliatikov, que ha hecho en ese terreno una verdadera caricatura del marxismo. Antonio Labriola ha dicho con todo el vigor necesario lo que había que pensar de esa caricatura.

“Llamo literatura proletaria a una literatura que mira al mundo con los ojos de la vanguardia”, etc. etc., he ahí lo que dice el camarada Lelievich. Excelente definición que estamos dispuestos a adoptar. Sin embargo, tendría que darnos, no sólo la definición sino también la literatura. ¿Dónde está ésta? ¡Mostrádnosla!

Lelievich. *Komsomolia* es la mejor obra de los últimos tiempos.

Trotsky. ¿Qué·tiempos?

Una voz. El año pasado.

Trotsky. Muy bien. Del año pasado. No tengo ni mucho menos la intención de polemizar. Mi opinión sobre las obras de Biezimiensky no puede ser en modo alguno considerada, espero, como negativa. He apreciado mucho *Konsomolia*, que leí cuando era sólo un manuscrito. Pero, dejando de lado el saber si se puede por este sólo hecho anunciar el nacimiento de una literatura proletaria, diré simplemente que Biezimiensky no existiría como artista si no tuviéramos actualmente a Mayakovsky, a Pasternak y hasta a Pilniak.

Una voz. Eso no demuestra nada.

Trotsky. Sí. Eso demuestra por lo menos que la creación artística de la época actual es algo demasiado complejo, que no se fabrica automáticamente a base de reuniones, de círculos y de seminarios, sino que se crea poco a poco, mediante relaciones complejas

con, en primer lugar, diferentes grupos de compañeros de viaje. No se puede olvidar ese hecho. Biezimiensky no pretende hacerlo, y tiene razón. La influencia de los compañeros de viaje en algunos de sus escritos es casi demasiado visible. Pero ese es un defecto inevitable de la juventud y del desarrollo. Pero el camarada Libedinsky, que es, él, enemigo de los compañeros de viaje, imita a Pilniak y hasta a Bieli. Sí, sí. Pido mil perdones por ello al camarada Averbach, que dice "no" con la cabeza, aunque sin mucha convicción. La última novela de Libedinsky, *Mañana,* es la diagonal de un paralelógramo cuyos lados son Boris Pilniak y Andrei Bieli. En realidad, no es ningún defecto, Libedinsky no podía haber nacido en la tierra de *Na Postu* como un escritor consumado.

Una voz. ¡Tierra bastante pobre![52]

Trotsky. Ya hablé de Libedinsky después de la aparición de su *Semana*. Recordaréis que, en aquella época, Bujarin, con el carácter expansivo y la bondad profunda que le caracterizan, cantó las alabanzas de esa obra, lo que me asustó un poco. Por el momento me veo obligado a lamentar la excesiva dependencia de Libedinsky hacia ciertos escritores, compañeros y semicompañeros de viaje a los que él mismo y sus amigos cubren de maldiciones en *Na Postu.* ¡Ahí se ve, una vez más, que el arte y la política no son siempre monolíticos! Mi intención ahora no es en modo alguno eliminar de un plumazo al camarada Libedinsky. Creo que está claro para todos nosotros que nuestro deber es conceder la mayor atención a cada joven talento que se encuentre, por sus ideas, junto a nosotros; con mayor razón cuando se trata de un compañero de lucha. La primera condición de esa atenta solicitud es la de no alabar prematuramente, no ahogar la autocrítica; la segunda no hacer juicios definitivos si el autor da algún traspiés. El camarada Libedinsky es aún muy joven. Tiene que aprender y progresar mucho todavía. Y también Pilniak es útil.

Una voz. ¿Para quién? ¿Para Libedinsky o para nosotros?

Trotsky. Sobre todo, para Libedinsky.

Libedinsky. ¿Quiere eso decir que imito a Pilniak?

Trotsky. Desgraciadamente, el organismo humano sólo puede alimentarse envenenándose y desarrollando sus propios antídotos. Es eso, la vida. Si os volvéis secos como arenques, no habrá envenenamiento, pero tampoco habrá alimentación; por lo general, no habrá absolutamente nada (*Risas*).

Aquí mismo, el camarada Pletnev, para defender sus ideas abstractas sobre la cultura proletaria, y sobre la literatura proletaria como parte de esa cultura, me ha atacado con citas de Vladimir Ilich. ¡Ha acertado, verdaderamente! Examinemos esto un poco más de cerca. Ha aparecido recientemente todo un libro de Pletnev, Tretiakov y Sizon, en el que se defiende la cultura proletaria con la ayuda de citas de Lenin, contra Trotsky. Estos manejos están hoy muy en boga. Sobre ese tema, Vardin, podría escribir una verdadera tesis. Sin embargo, camarada Pletnev, usted sabe muy bien cómo estaban las cosas, puesto que vino usted mismo a buscarme para escapar a las iras de Vladimir Ilich, que se disponía en lo que se refiere a la "cultura proletaria" a prohibir totalmente (como usted suponía) el Proletkult. Yo entonces le prometí que, bajo ciertas condiciones, me encargaría de la defensa del Proletkult. Le dije también que por lo que respecta a las abstracciones de Bogdanov sobre la cultura proletaria, estaba en oposición con usted y su protector Bujarin, y enteramente de acuerdo con Vladimir Ilich.

Al camarada Vardin, que ahora ya sólo habla como si fuese la personificación misma de la tradición del partido, no le preocupa el pisotear de la manera más grosera lo que ha escrito Lenin sobre la cultura proletaria. La hipocresía, a lo Tartufo, como es sabido, es algo bastante frecuente en este mundo: se cita a Lenin a diestro y siniestro, pero

[52] Juego de palabras sobre *napostovskaia zemlia* [tierra de *Na Postu*] y *postnafa zemlia* [terreno pobre, poco fértil].

se hace exactamente lo contrario. Lenin ha condenado irremisiblemente, en términos que no tienen ambigüedad alguna, las habladurías sobre la “cultura proletaria”. Nada más simple sin embargo que el desembarazarse de ese testimonio molesto: claro está, dirán algunos, Lenin ha condenado las habladurías sobre la cultura proletaria, pero sólo eso, y lo que nosotros hacemos no son habladurías; nosotros nos tomamos las cosas en serio ¡y muy en serio!... Lo único que se olvida es que Lenin condenaba enérgicamente precisamente a esos que le citan sin cesar. La hipocresía, repito, abunda: se cita a Lenin, y se hace lo contrario de lo que dice.

Los camaradas que toman la palabra aquí poniéndose la etiqueta “cultura proletaria” acogen de modo distinto una u otra idea, según la actitud que los que las exponen tienen hacia los círculos del Proletkult. Hablo por experiencia personal. Mi libro sobre la literatura, que ha despertado tanta inquietud en algunos camaradas, apareció primero, como quizá recuerden algunos, en forma de artículos en la *Pravda*. He escrito ese libro en dos años, durante las vacaciones de verano. Esa circunstancia tiene su importancia, como podremos ver ahora, en relación con este problema. Cuando apareció por entregas la primera parte del libro, que hablaba de la literatura “fuera de octubre”, de los “compañeros de viaje”, de los “amigos del mujik”, y que revelaba el carácter limitado y contradictorio de la posición ideológica y artística de los compañeros de viaje, los partidarios de *Na Postu* se apresuraron a ponerme por las nubes: había citas de mis artículos sobre los compañeros de viaje por todas partes. Durante cierto tiempo, me dejaron absolutamente abrumado (*Risas*). Mi crítica de los compañeros de viaje, repito, era considerada como prácticamente irreprochable: ni siquiera Vardin dijo una sólo palabra en contra.

Vardin. Tampoco ahora tengo nada que objetar.

Trotsky. Es precisamente lo que digo. Pero entonces explíqueme. ¿Por qué se limita usted ahora a polemizar con los compañeros de viaje indirectamente, con medias palabras? ¿De qué se trata a fin de cuentas? A primera vista, es algo incomprensible. Pero es fácil de adivinar: mi error no ha sido haber dado una definición inexacta de la naturaleza social de los compañeros de viaje o de su importancia artística (aún ahora, el camarada Vardin, como acaba de decirnos, no tiene nada que objetar); mi error ha sido el no ponerme de rodillas ante los manifiestos de *Octubre* o de *La Forja* [*Kuznitsa*], el no haber reconocido en sus iniciativas la representación única y exclusiva de los intereses artísticos del proletariado, en una palabra, el no haber identificado los intereses culturales e históricos y las tareas de la clase obrera con las intenciones, los proyectos y las pretensiones de algunos pequeños círculos literarios. Ese fue mi error. Y cuando fue descubierto se elevó un clamor cuyo carácter tardío fue bastante asombroso: ¡Trotsky está a favor de los compañeros de viaje pequeñoburgueses! ¿Estoy a favor de los compañeros de viaje, o en contra? ¿Y en qué sentido estoy a favor, y en qué sentido estoy en contra? Todo eso, lo sabíais desde hace casi dos años, después de mis artículos· sobre los compañeros de viaje. Pero durante la época en que estabais de acuerdo, no regateabais elogios, citas y aplausos. Pero cuando un año después, se comprobó que mi crítica de los compañeros de viaje no manifestaba en modo alguno mi intención de poner por las nubes a tal o cual círculo actual de debutantes literarios, los escritores y los defensores de ese círculo, o más exactamente de esos círculos, se han puesto inmediatamente a descubrir y denunciar los “errores” de mis juicios sobre los compañeros de viaje. ¡Oh, estrategia! Mi crimen no ha sido el haber juzgado de manera errónea a Pilniak o a Mayakovsky (los miembros de *Na Postu* no han añadido nada, sino que se han contentado con repetir pobremente lo que yo ya había dicho), ¡mi crimen es el haber ofendido su pequeña industria literaria! ¡Se trata efectivamente de una pequeña industria literaria! En toda su

áspera crítica no hay ni la sombra de un punto de vista de clase. Lo que hay es el punto de vista de la competencia entre círculos literarios y nada más.

He hablado de pasada de los "amigos del mujik", hemos escuchado aquí a los miembros de *Na Postu* aprobar, precisamente, ese pasaje. Pero no basta con aplaudir, hay que comprender también. En el fondo, ¿de qué se trata? De que los compañeros de viaje "amigos del mujik", no constituyen en modo alguno un fenómeno fortuito, insignificante y efímero. Tratad de acordaros de que nos encontramos con la dictadura del proletariado en un país poblado esencialmente por mujiks. La intelligentsia se ve un poco aplastada entre estas dos clases como entre dos ruedas de molino, pero renace, y no puede ser enteramente triturada, es decir que sobrevivirá en tanto que intelligentsia durante mucho tiempo todavía, hasta que llegue el desarrollo completo del socialismo y el florecimiento real de la cultura de toda la población del país. La intelligentsia está al servicio del estado obrero y campesino y se somete al proletariado, en parte por temor, en parte por conciencia; tiene, y seguirá teniendo dudas, según y cómo se desarrollen los acontecimientos, y busca en el campesinado algo en que apoyar ideológicamente sus dudas. De ahí viene la literatura soviética de los "amigos del mujik". ¿Cuáles son sus perspectivas? ¿Nos es radicalmente hostil? ¿El camino que sigue se nos aproxima, o se aleja de nosotros? Eso depende del modo en que las cosas evolucionen globalmente. La tarea del proletariado es la de conducir al campesinado al socialismo, conservando al mismo tiempo su situación de hegemonía frente a él, en todos los terrenos. Si sufriéramos un fracaso en ese camino, es decir, si se produjera una ruptura entre el proletariado y el campesinado, la intelligentsia, amiga de los mujiks, o, mejor dicho, el 99% de la intelligentsia, se pasaría al campo hostil al proletariado. Pero no es en modo alguno seguro que eso termine así. Al contrario, orientamos las cosas de tal modo que el campesinado, bajo la dirección del proletariado, llegue al socialismo. El camino será largo, muy largo. En el transcurso de esa evolución, el proletariado y el campesinado van a producir cada uno por su lado una nueva intelligentsia. No hay que creer que la intelligentsia formada por el proletariado será, por principio, una intelligentsia proletaria cien por cien. El solo hecho de que el proletariado se vea obligado a separar de sí mismo a una categoría particular de "trabajadores de la cultura" trae consigo necesariamente un divorcio más o menos acusado entre la clase, atrasada en su conjunto, y la intelligentsia que la clase hace pasar al primer plano. Esto es aún más cierto en el caso de la intelligentsia. El camino del campesinado hacia el socialismo no es en modo alguno el mismo que el del proletariado. Cuanto menos es capaz la intelligentsia, por archisoviética que sea, de confundir su camino con el de la vanguardia proletaria, más inclinada está a buscar un apoyo político, ideológico y artístico en el mujik (real o imaginario). Esto es aún más cierto en el campo de la literatura, donde nos encontramos con una vieja tradición populista. ¿Nos será eso útil, o nocivo? Repito: la respuesta depende enteramente de la evolución ulterior de los acontecimientos. Si conducimos al campesinado hasta el socialismo, a remolque del proletariado (y estamos firmemente convencidos de que lo haremos), la obra de los "amigos del mujik" fusionará, por vías más o menos complicadas y tortuosas, con el futuro arte socialista. Es ese aspecto de los problemas, complejo, y al mismo tiempo enteramente real y concreto, lo que no han comprendido en modo alguno los miembros de *Na Postu*; y, por cierto, no sólo ellos. En eso consiste su error fundamental. Hablar de "compañeros de viaje" sin tener en cuenta la base y las perspectivas sociales del problema, es hablar para no decir nada.

Permitidme, camaradas, unas palabras más sobre la táctica del camarada Vardin en el terreno de la literatura, aunque sólo sea refiriéndome a su último artículo en *Na Postu*. ¡A mi entender, eso no es una táctica, sino un escándalo! Un tono desmesuradamente altivo, hinchado de orgullo; pero desde el punto de vista de las ideas

y de los conocimientos, una aplastante nulidad. No tiene la menor noción de lo que es el arte en tanto que arte, es decir, en tanto que sector particular, específico, de la actividad humana. Ni un asomo de lo que es la concepción marxista de las condiciones, de las vías de la actividad artística. En vez de eso, juega de manera indigna con unas citas sacadas de periódicos de emigrados blancos, que, vaya por dios, han felicitado al camarada Voronsky por haber editado las obras de Pilniak, o hubieran debido felicitarle, o han dicho algo que estaba obviamente dirigido contra Vardin, y por consiguiente favorecía a Voronsky, y el resto por el estilo, etc., etc.; esa manera de manejar la alusión está evidentemente destinada a compensar una ausencia total de conocimientos y de comprensión. El último artículo del camarada Vardin está enteramente fundamentado en una idea: el periódico de los guardias blancos ha apoyado a Voronsky contra Vardin, puesto que decía que el origen de la discusión era que Voronsky había considerado la literatura desde un punto de vista literario. "Camarada Voronsky, su conducta política le ha hecho merecer enteramente ese abrazo de los guardias blancos" (así habla Vardin). ¡Eso es pura insinuación, y no tiene nada que ver con un análisis del problema! Si, al hacer una multiplicación, Vardin pierde el hilo y se equivoca, y si Voronsky, al hacer la misma multiplicación, encuentra el resultado justo y está por lo tanto de acuerdo con un guardia blanco que sabe aritmética, no veo en qué puede eso perjudicar a la reputación política de Voronsky. Sí, hay que ocuparse del arte en tanto que arte, y de la literatura en tanto que literatura, es decir en tanto que sector enteramente específico de la actividad humana. Tenemos, claro está, criterios de clase que se aplican también al terreno artístico, pero esos criterios de clase deben ser sometidos en este caso a una especie de refracción artística, es decir que deben adaptarse al carácter absolutamente específico de la esfera de actividad a la que los aplicamos. Eso, la burguesía lo sabe perfectamente: ella se ocupa también del arte con su punto de vista de clase, y sabe obtener del arte todo lo que necesita, pero precisamente porque se ocupa de él en tanto que arte. ¿Qué tiene pues de asombroso el que un burgués cultivado se muestre más bien poco respetuoso con Vardin, cuando éste, en vez de considerar el arte utilizando un criterio artístico de clase, trata el asunto con alusiones políticas? Y si hay algo en todo eso que deba avergonzarme, no es el encontrarme, formalmente, de acuerdo con tal o cual guardia blanco que sepa algo de arte, sino justamente el tener que explicar, delante de ese mismo guardia blanco, el *abc* de los problemas artísticos a un periodista miembro del partido que quiere discutir sobre esos problemas. ¡Es algo lamentable encontrar, en vez de un análisis marxista del asunto, citas del *Timón* [*Pyero*] o de los *Días* [*Dni*][53] envueltas en un montón de alusiones y de groserías!

El arte y la política no pueden ser abordados del mismo modo. No porque la creación artística sea una ceremonia religiosa y una mística: como ha dicho alguien aquí irónicamente, sino porque tiene sus reglas y sus métodos, sus propias leyes de desarrollo, y, sobre todo, porque en la creación artística los procesos subconscientes juegan un papel considerable, y esos procesos son más lentos, más indolentes, más difíciles de controlar y de dirigir, precisamente porque son subconscientes. Se ha dicho aquí que las obras en las que Pilniak se acerca al comunismo son más flojas que las obras en las que se encuentra políticamente más cerca de nosotros. ¿A qué se debe eso? Justamente a que Pilniak, el racionalista, va más lejos, y deja tras de sí a Pilniak, el artista. Para un artista, un pequeño giro, aunque sólo sea de unos grados, es una tarea extremadamente difícil, generalmente ligada a una crisis profunda, a veces mortal. Pero el viraje artístico que tenemos que efectuar ahora no es asunto de un individuo o de un pequeño círculo, sino de toda una clase social. Eso quiere decir, por lo tanto, que se trata de un proceso

[53] Periódicos de los guardias blancos.

extremadamente largo y complicado. Cuando hablamos de literatura proletaria, no en el sentido de narraciones o de poemas aislados más o menos felices, sino en el sentido, infinitamente más serio, en el que hablamos de literatura burguesa, no tenemos derecho a olvidar un solo momento el enorme retraso cultural de la aplastante mayoría del proletariado. El arte se crea sobre la base de una interacción constante entre la clase y sus artistas, tanto en el plano de la vida cotidiana como en el de la cultura y el de la ideología. Nunca ha habido ruptura en el plano de la vida cotidiana entre la burguesía y sus artistas. Los artistas vivían y viven en una atmósfera burguesa, respiran el aire de los salones burgueses, lo que su clase les sugiere, les impregna cada día, en su sangre y en su carne. Esa situación alimenta los procesos subconscientes de su actividad creadora. ¿Constituye el proletariado hoy en día un medio cultural e ideológico tal, que un artista nuevo pueda, sin escapar a la vida cotidiana de ese medio, recibir todas las sugestiones necesarias, y adquirir al mismo tiempo maestría en su arte? No. Desde el punto de vista cultural, las masas obreras tienen un gran atraso; en ese terreno, el hecho de que la mayoría de los obreros sea analfabeta o semianalfabeta constituye un obstáculo importantísimo. Además, el proletariado, mientras siga siendo proletariado, se verá obligado a consagrar sus mejores fuerzas a la lucha política, a la reconstrucción de la economía y a la satisfacción de las necesidades culturales más elementales: lucha contra el analfabetismo, la enfermedad y la suciedad, la sífilis, etc. Claro está, se puede también dar el nombre de cultura proletaria a los métodos políticos y a la práctica revolucionaria del proletariado; pero se trata de una cultura que de todos modos está destinada a desaparecer, a medida que se desarrolle una nueva, una auténtica cultura. Y esa nueva cultura llegará tanto más a serlo efectivamente cuanto más el proletariado tienda a desaparecer en tanto que tal, o sea a medida que se desarrolle la sociedad socialista. Mayakovsky escribía una obra excelente (*Los trece apóstoles*), cuyo contenido revolucionario es aún bastante informe y nebuloso. Pero cuando el mismo Mayakovsky decidió emprender un nuevo rumbo siguiendo la línea del proletariado y escribió *150 millones*, encontró las mayores dificultades en el plano racionalista. Esto significa que, en el plano racional, tuvo que ir más allá de sus posibilidades de creación. Hemos visto antes en Pilniak esta disparidad entre las intenciones conscientes y los procesos creadores subconscientes. Debemos añadir simplemente a esto, que un escritor de origen archiproletario no ofrece en las condiciones actuales ninguna especie de garantía de que sus obras estén orgánicamente ligadas a su clase. Ningún círculo de escritores proletarios puede garantizarlo tampoco, precisamente porque un círculo dedicado a una actividad artística se ve obligado por esta razón, en las condiciones actuales, a separarse de su clase, y, en resumidas cuentas, a respirar el mismo aire que sus compañeros de viaje, convirtiéndose así en un círculo literario entre tantos.

Me hubiera gustado añadir algunas palabras más sobre lo que se ha dado en llamar las “perspectivas”, pero ya he sobrepasado ampliamente el tiempo que me ha sido asignado.

Voces. Continúe, continúe...

Trotsky. “Por lo menos, que nos den perspectivas”, me dicen algunos. ¿Qué significa todo esto? *Na Postu* y círculos afines, se limitan a producir una literatura proletaria elaborada en pequeños círculos, por métodos de laboratorio. Es esta una perspectiva que rechazo totalmente. Lo repito una vez más: no se puede en ningún modo poner en el mismo plano histórico la literatura feudal, la literatura burguesa y la literatura proletaria. Tal clasificación histórica es radicalmente errónea. Lo he dicho en mi libro y todas las objeciones que se han podido presentar me han parecido poco serias y poco convincentes.

Los que hablan seriamente de cultura proletaria, con una perspectiva a largo plazo, y se sirven de ella como plataforma, lo hacen por analogía formal con la cultura burguesa. La burguesía tomó el poder y creó su propia cultura; el proletariado, tras haber tomado el poder, creará una cultura proletaria. Pero la burguesía es una clase rica, y por lo tanto instruida. La cultura· burguesa existía ya antes de que la burguesía tomase formalmente el poder. Y si la burguesía ha tomado el poder ha sido para asentar y perpetuar su dominio. En la sociedad burguesa el proletariado es una clase desheredada, que no posee nada, y que por consiguiente no está en situación de crear su propia cultura. Al tomar el poder, ve, por primera vez, claramente, la situación real de su espantoso retraso cultural. Para vencer este retraso, deberá, primero, suprimir las condiciones que le mantienen como tal clase. Se podrá hablar más de una nueva cultura, a medida que tenga menos un carácter de clase. Este es el fondo de la cuestión y el principal desacuerdo cuando de perspectivas se trata. Algunos, alejándose de la posición de principio sobre la cultura proletaria dicen: lo que tenemos ante nosotros es sólo el periodo de transición hacia el socialismo, estos veinte, treinta, cincuenta años que se necesitarán para destruir el mundo burgués y establecer un mundo nuevo. ¿Puede llamarse proletaria a la literatura producida durante este periodo para y en beneficio del proletariado? En cualquier caso, damos aquí al término "literatura proletaria" un sentido totalmente distinto del que tenía en nuestro primer concepto. Lo esencial de la cuestión no radica en esto. A escala internacional, el rasgo esencial del periodo de transición al socialismo será una intensa lucha de clases. Los veinte a cincuenta años a que nos referimos serán ante todo un periodo de guerra civil declarada. Pero la guerra civil, si es cierto que prepara la gran cultura del futuro, perjudica extraordinariamente a la cultura de hoy. Una de las consecuencias inmediatas de octubre, ha sido la muerte de la literatura. Los poetas y los artistas han enmudecido. ¿Se trata de una casualidad? No. Lo hemos dicho hace mucho tiempo: cuando el cañón truena, las musas callan. Para que la literatura renaciera hizo falta que pudiéramos respirar un poco. Empieza a resurgir en nuestro país con la NEP. Pero ha revestido los colores que le han pintado los compañeros de viaje. No se puede ignorar los hechos. Los momentos de tensión aguda, es decir aquellos en los que nuestra época revolucionaria alcanza su expresión más alta, no son propicios para la literatura y la creación artística en general. Si la revolución comenzase mañana en Alemania o en Europa, ¿traería consigo un florecimiento inmediato de la literatura proletaria? Seguramente no. Lejos de desarrollar la creación artística, la asfixiaría y aniquilaría, pues tendríamos que movilizarnos, armarnos, y levantarnos de nuevo. Y cuando el cañón truena, las musas callan.

Voces. ¡Demian[54] no se calló!

Trotsky. ¡Demian, otra vez Demian! ¡Ya está bien con Demian! Empezáis por proclamar una nueva era de literatura proletaria; con este propósito creáis círculos, grupos, asociaciones, y cuando se os pide una manifestación un poco más concreta de esta literatura proletaria, nos abrumáis con vuestro Demian. Por otra parte, Demian es un producto de la vieja literatura anterior a octubre. Ni ha creado escuela alguna, ni la creará. Se ha formado con Krilov, Gógol, Nekrásov. En este sentido es un epígono revolucionario de nuestra vieja literatura. Por consiguiente, al referiros a él, os negáis vosotros mismos...

¿Cuáles son pues las perspectivas? La perspectiva esencial, es el progreso de la alfabetización, de la instrucción, la multiplicación de los corresponsales obreros, el desarrollo del cine, la transformación gradual de la vida cotidiana, de las costumbres y la expansión futura del nivel cultural. Ese es el proceso fundamental que irá junto con nuevas agravaciones de la guerra civil, esta vez a escala europea e incluso mundial. Sobre esta base, la línea de la creación puramente literaria ha de ser zigzagueante en extremo.

[54] Demian Biedni.

La Forja, *Octubre* y otras asociaciones similares no son en modo alguno jalones de la actividad cultural del proletariado, sino simplemente episodios que afectan a círculos limitados. Si de estos grupos, nacen algunos jóvenes poetas o escritores de talento, esto no será todavía una literatura proletaria, pero será útil. Pero si os agotáis intentando transformar la MAPP[55] o la VAPP[56] en fábricas de literatura proletaria, fracasaréis sin duda, como habéis fracasado hasta hoy. Un miembro de una asociación de este tipo se considera a sí mismo o como un representante del proletariado en el arte, o como un representante del arte en el proletariado. El pertenecer a la VAPP parece conferir ciertos títulos. Se me objetará que la VAPP es meramente un grupo comunista que brinda al joven poeta las debidas sugerencias. Bien, pero ¿el partido comunista? Si este joven poeta es efectivamente un poeta y un auténtico comunista, el partido, mediante sus propias actividades, le brindará infinitamente más sugerencias que la MAPP o la VAPP. Por supuesto, el partido debe (y lo hará) mostrar mayor solicitud hacia los jóvenes talentos de ideas afines a él. Pero su labor principal en el terreno de la literatura seguirá siendo la de desarrollar la instrucción, tanto la instrucción simplemente, como la educación política y científica de las masas obreras, y a partir de esto, la de crear las bases de un arte nuevo.

Sé perfectamente que esta perspectiva no os satisface. No os parece suficientemente concreta. ¿Por qué? Porque os imagináis el futuro desarrollo de la cultura de manera demasiado metódica, como una evolución prevista de antemano: los gérmenes actuales de la literatura proletaria, os decís, van a crecer y desarrollarse, enriqueciéndose constantemente, y veremos constituirse una verdadera literatura proletaria que se fundirá posteriormente en la gran corriente de la literatura socialista. No, las cosas no ocurrirán así. Después del periodo actual de tregua, en el que asistimos (no en el partido sino en el estado) a la creación de una literatura fuertemente teñida por los compañeros de viaje, vendrá un periodo de guerra civil. Inevitablemente, tendremos que participar. Es muy probable que los poetas revolucionarios nos brinden entonces buenos poemas de combate; pero, a pesar de ello, el desarrollo general de la literatura se verá bruscamente interrumpido. Todas las fuerzas se desplegarán en la batalla. ¿Dispondremos después de una segunda tregua? Lo ignoro. Pero este nuevo periodo de guerra civil, mucho más largo y más duro, tendrá como resultado (si vencemos) la consolidación definitiva de las bases socialistas de nuestra economía. Dispondremos de una técnica nueva, de nuevos medios en el terreno de la organización. Nuestro desarrollo se hará a un ritmo totalmente nuevo. Sobre esta base, cuando dejemos atrás los titubeos y sacudidas de la guerra civil, podrá iniciarse una verdadera edificación de la cultura y, por consiguiente, la creación de una nueva literatura. Pero se tratará entonces ya de una cultura socialista, totalmente basada sobre un intercambio constante entre el artista y las masas culturalmente desarrolladas, unidos por los lazos de la solidaridad. Vosotros, vosotros, no tenéis en cuenta esta perspectiva sino la vuestra, la de vuestros círculos. Queréis que el partido, en nombre de la clase obrera, reconozca oficialmente vuestra pequeña fábrica artística. Pensáis que, plantando una habichuela en un tiesto de flores, podréis hacer crecer el árbol de la literatura proletaria. Pero nunca un árbol podrá nacer de una habichuela.

---

[55] Asociación de escritores proletarios de Moscú.
[56] Asociación de escritores proletarios de la Unión Soviética.

Unas palabras sobre cómo educar a los seres humanos[57]

(24 de junio de 1924)

Cuando recibí la invitación a la reunión para celebrar el primer año de enseñanza del Instituto Karl Liebknecht, me encontré en una situación difícil. El trabajo en nuestra república soviética se está volviendo extraordinariamente especializado, se está formando un número cada vez mayor de campos separados, y es cada vez más difícil mantenerse al día con una décima o una centésima, y mucho menos, con todo este trabajo, con algún grado de atención y conciencia. Cuando se tiene que hablar de un establecimiento como su instituto, que está vinculado a una fábrica y a una escuela taller, un establecimiento de excepcional importancia, entonces se encuentra uno naturalmente en dificultades. Por lo tanto, les pido de antemano que no esperen un informe sobre la importancia y el papel de su instituto. Me limitaré sólo a algunas consideraciones de principio, o más exactamente a consideraciones relativas a las cuestiones de principio que surgen cuando se empieza a pensar en las tareas de su instituto, y en general en las tareas de toda educación que se esfuerce en establecer un vínculo inquebrantable entre el trabajo físico y e intelectual.

En la clase preparatoria del socialismo, aprendimos hace mucho tiempo que la principal maldición de la sociedad capitalista consistía en la división entre el trabajo mental y el intelectual. Esta división comenzó antes del capitalismo, con los primeros pasos del desarrollo de la sociedad de clases y de la cultura; desde entonces, la tarea de dirección se ha vinculado cada vez más con el trabajo intelectual y se opera a través de diversas categorías de trabajo intelectual. Al servicio de la producción, el trabajo intelectual se separa de la producción material. Este proceso continúa a lo largo de todo el desarrollo de la cultura. El capitalismo hace entrar al trabajo intelectual y al físico en la mayor contradicción, elevando la división a un grado de tensión extraordinario. El capitalismo transforma el trabajo físico en trabajo repelente y automático, y eleva el trabajo intelectual, en el nivel más alto de generalización, a la abstracción idealista y a la escolástica mística.

Aquí parece haber una contradicción. Ustedes saben que la escolástica surgió de la iglesia de la Edad Media. Luego, todavía en las profundidades de la vieja sociedad feudal, la ciencia natural comenzó a desarrollarse y a fertilizar la producción. Así, el desarrollo de la sociedad burguesa está estrechamente ligado al desarrollo de la ciencia natural y, por consiguiente, con la lucha contra la escolástica eclesiástica. Pero, al mismo tiempo, cuanto más crecía la burguesía, más temía la aplicación de los métodos de la ciencia a la historia, la sociología y la psicología. En estos campos, el pensamiento burgués se desvió cada vez más hacia el campo del idealismo, la abstracción y una nueva escolástica; y luego, para cubrir sus huellas, comenzó a introducir elementos del idealismo y la escolástica también en las ciencias naturales.

La ciencia es una parte de la praxis histórica del hombre; en su desarrollo se esfuerza en captar el mundo desde todos los ángulos, para ofrecer una orientación global al hombre creador. La división de la teoría y la práctica no puede dejar de golpear el trabajo intelectual con un extremo de la cadena rota, y el trabajo físico con el otro extremo. Lo sabemos desde las primeras páginas de los primeros libros sobre el socialismo. Allí aprendimos también que el capitalismo, al llevar esta contradicción al más alto grado de tensión, prepara *ipso facto* el camino para la reconciliación del trabajo intelectual y físico y para su unión sobre la base del colectivismo.

Nuestro país socialista se esfuerza en conciliar el trabajo físico y el intelectual, que es lo único que puede conducir al desarrollo armonioso del hombre. Tal es nuestro

[57] Intervención con ocasión del aniversario del Instituto Karl Liebknecht.

programa. El programa sólo da indicaciones generales para ello: señala con el dedo, diciendo "¡Ahí está el sentido general de tu camino!". Pero el programa no dice cómo alcanzar esta unión en la práctica. No puede decir esto, ya que nadie podría, ni siquiera ahora, predecir en qué condiciones, de acuerdo con qué líneas, se construirá el socialismo en todos los países y en cada uno de ellos, cuál será el estado de la economía, o con qué métodos se educará concretamente a la generación joven, en el sentido de combinar el trabajo físico y el intelectual. En este campo, como en muchos otros, iremos y vamos ya por el camino de la experiencia, la investigación y los experimentos, conociendo sólo la dirección general del camino hacia la meta: una combinación lo más correcta posible del trabajo físico e intelectual.

Esta fábrica y escuela taller es interesante porque es uno de los intentos prácticos de solución parcial de este colosal problema social y educativo. No quiero decir con esto que el problema esté ya resuelto o que la solución esté muy próxima. Por el contrario, estoy convencido de que para llegar a la meta aún nos queda un camino mucho más largo que la pequeña distancia que ya hemos recorrido. Si pudiéramos decir que a través de la fábrica y la escuela taller nos acercamos realmente a la combinación de trabajo intelectual y físico, eso significaría que ya hemos recorrido quizás tres cuartas partes o incluso más del camino hacia el establecimiento del socialismo. Pero todavía queda un largo, largo camino, por recorrer. Una condición previa para combinar el trabajo físico y el intelectual es la destrucción del dominio de clase. En líneas generales lo hemos hecho; el poder está en manos de los obreros. Pero sólo una vez que la clase obrera ha tomado el poder en sus manos hemos comprendido por primera vez lo pobres y atrasados que seguimos siendo, o, como dijo una vez el crítico ruso Pisarev, lo "pobres y estúpidos" que somos. Por la palabra estupidez debemos entender aquí simplemente el atraso cultural, ya que por naturaleza no somos estúpidos en absoluto, y cuando hayamos tenido tiempo de aprender nos valdremos por nosotros mismos.

La clase obrera tuvo que tomar el poder en sus manos para que no hubiera obstáculos políticos a la construcción de la nueva sociedad. Pero, una vez conquistado el poder, se encontró con otro obstáculo: la pobreza y la incultura. Aquí está la diferencia entre nuestra posición y la del proletariado de los países capitalistas avanzados. En su camino hay un obstáculo directo: el estado burgués, que sólo permite un área definida de actividad proletaria, el área que la clase dominante considera permisible. La primera tarea en occidente es derrocar el dominio de clase, el estado burgués. Allí es más difícil resolver este problema que aquí, porque el estado burgués es más fuerte allí que aquí. Pero cuando haya derrocado el dominio de clase, el proletariado occidental se encontrará en una posición más favorable que la nuestra con respecto a la creación cultural.

Si ahora nos hemos adelantado unos años, esto no significa en absoluto que vayamos a llegar al reino del socialismo antes que el proletariado inglés o alemán. No, eso no se ha demostrado. En el camino hacia el reino del socialismo hay algunas trincheras o barricadas. Nosotros tomamos la primera barricada (la política) antes, pero es totalmente posible que los europeos nos alcancen en la segunda o tercera barricada. La economía, la producción, es la barricada más difícil, y sólo cuando la tomemos, cuando levantemos las fuerzas productivas del socialismo, desaparecerá la maldita distinción entre "obrero" e "intelectual", que resulta del hecho de separar el trabajo mental del trabajo físico. No es en absoluto imposible (al contrario, es muy probable) que el proletariado alemán, si toma el poder en sus manos en los próximos tres años (estoy hablando aproximadamente), con dos o tres saltos no sólo nos alcanzará, sino que incluso nos superará, porque la base material "heredada" para la creación cultural es considerablemente más rica allí que aquí. Hoy la clase obrera de Alemania marcha por carreteras asfaltadas, pero tiene las manos y los pies atados a la esclavitud de clase.

Nosotros caminamos por surcos, por barrancos, pero nuestras manos y pies son libres. Y eso, camaradas, tipifica la diferencia entre nosotros y el proletariado europeo. Bajo el yugo del capital, ahora es impotente incluso para empezar a resolver el problema del trabajo físico e intelectual. No tiene el poder.

El poder del estado es la capacidad material y la forma de decir a la clase sometida: ahí tenéis el derecho de llegar hasta esta línea, pero no más allá; como nosotros, la clase dominante en nuestro país, decimos a los hombres de la NEP. Somos nuestra propia autoridad, pero en cuanto miramos debajo de nuestros pies, hay charcos, agujeros, zanjas de todo tipo, y cojeamos y tropezamos; nos movemos lentamente. Pero el proletariado europeo, liberado de los grilletes de sus manos y pies, nos alcanzará; y, por supuesto, nos alegraremos de ello, porque nos ayudarán también a llegar al final del asunto.

Digo esto para señalar que sólo con nuestras propias medidas pedagógicas no completaremos la solución total de los problemas básicos de la educación socialista y la fusión del trabajo físico con el intelectual; pero si hacemos una serie de experimentos en este camino y alcanzamos éxitos parciales, eso ya será una enorme ventaja tanto para nosotros como para el proletariado europeo, que podrá desarrollar estos éxitos parciales en una escala más amplia. Por lo tanto, debemos trabajar en este camino con más energía, más perseverancia y más obstinación.

En el campo de la pedagogía, es decir, en el campo de la educación consciente del hombre, se ha estado aprendiendo quizás más a ciegas que en otros campos. La vida social del hombre tenía, como se sabe, un carácter elemental: la razón humana no se puso inmediatamente a trabajar, a pensar en la vida social. La producción campesina, la familia campesina, la vida eclesiástica, el "patriarcal" (las formas de estado monárquico se fueron estableciendo a espaldas de la gente de forma imperceptible, a lo largo de cientos y miles de años). Sólo a un cierto nivel, y especialmente con la aparición de las ciencias naturales, la gente empezó a organizar la producción conscientemente, no según la tradición, sino según un diseño planificado (por supuesto, no a escala social, sino privada). Entonces empezaron a criticar la estructura de clases y el poder real, a exigir igualdad y democracia. La democracia significaba la aplicación de la razón de la joven y aún fresca burguesía a la causa de la construcción del estado. Así, el pensamiento crítico se trasladó de las cuestiones de las ciencias naturales y la tecnología al estado. Pero las relaciones sociales en sentido amplio continuaron bajo el dominio de la burguesía para ser establecidas de forma espontánea. El proletariado surgió espontáneamente contra la espontaneidad capitalista. Entonces surgió la crítica consciente. Sobre ella se construyó la teoría del socialismo ¿Qué es la construcción socialista? Es la construcción económica según la razón, ya no sólo dentro de los límites de la empresa o del trust, como bajo el dominio de la burguesía, sino dentro de los límites de la sociedad, y luego de toda la humanidad. En el socialismo tenemos la aplicación del pensamiento científico a la construcción de la sociedad humana. Así como antes la burguesía construía las fábricas "según la razón" y construía su estado según la razón (burguesa), la clase obrera dice: "Construiré toda la vida social de arriba abajo según la razón".

Pero el hombre mismo es también algo elemental. Sólo gradualmente se aplica a sí mismo la crítica de la razón. El efecto de la educación en el hombre pasó, como dijimos, desapercibido. Sólo bajo una sociedad socialista se establecerán las condiciones para un acercamiento científico al hombre. Y el hombre necesita tal aproximación. Porque, ¿qué es el hombre? En absoluto un ser acabado y armonioso; no, su ser es todavía muy incoherente. En él no sólo está el vestigio del apéndice, que no le sirve para nada (sólo le viene de él la apendicitis), sino que, además, si tomáis su psique, encontraréis allí tantos "vestigios" innecesarios como queráis, de los que provienen toda clase de enfermedades, toda clase de apendicitis espirituales.

El hombre, como tipo de animal, se desarrolló en condiciones naturales, no según un plan, sino espontáneamente, y acumuló en sí mismo muchas contradicciones. Una de estas graves contradicciones, no sólo sociales sino fisiológicas, se refleja en el proceso sexual, que tiene un efecto perturbador en los jóvenes.

El problema de cómo educar y regular, de cómo mejorar y "terminar" la naturaleza física y espiritual del hombre, es un problema colosal, cuyo trabajo serio sólo es concebible bajo condiciones de socialismo. Podremos conducir un ferrocarril a través de todo el Sahara, construir la Torre Eiffel, y hablar con Nueva York por radio, pero ¿no podremos realmente mejorar al hombre? Sí; ¡podremos hacerlo!

Crear una nueva "edición mejorada" del hombre, esa es la tarea adicional del comunismo. Pero para ello es necesario, como punto de partida, conocer al hombre desde todos los ángulos, conocer su anatomía, su fisiología y esa parte de su fisiología que se llama psicología.

Los vulgares filisteos dicen que el socialismo es una estructura de estancamiento total. Tontería, de las más burdas tonterías. Sólo con el socialismo comienza el verdadero progreso. El hombre se mirará por primera vez a sí mismo como a una materia prima, o en el mejor de los casos, como a un producto a medio terminar, y dirá: "Por fin he llegado a ti, mi querido *homo sapiens*; ¡ahora puedo ponerme a trabajar en ti, amigo!". Perfeccionar el organismo del hombre, utilizando las más variadas combinaciones de métodos, para regular la circulación de la sangre, perfeccionar el sistema nervioso y, al mismo tiempo, templarlo y fortalecerlo, hacerlo más flexible y resistente, ¡qué tarea tan gigantesca y fascinante!

Pero esto, por supuesto, es la música del futuro. Lo que tenemos que hacer es poner las primeras piedras en los cimientos de la sociedad socialista. Y la primera piedra es aumentar la productividad del trabajo. Sólo sobre esta base puede desarrollarse el socialismo. Porque cada nueva estructura social conquista porque aumenta la productividad del trabajo humano. Sólo podremos hablar de una victoria real, completa e invencible, del socialismo cuando la unidad de fuerza humana nos dé más productos que bajo el dominio de la propiedad privada. Uno de los medios más importantes para ello es la educación de los obreros cultivados y cualificados. Tal educación se está llevando a cabo aquí, en esta fábrica y escuela taller. ¿En qué medida estas escuelas resolverán el problema de la preparación del "cambio" en la producción? No voy a entrar en esa cuestión. Eso necesita la prueba seria de la experiencia. Pero grabemos en nuestra memoria el hecho de que el destino de nuestra economía, y por tanto de nuestro estado, depende de la solución de este problema.

La educación de los obreros cualificados es una cara de la cuestión; la educación de los ciudadanos es la otra. La república socialista no necesita robots de trabajo físico, sino constructores conscientes. El hombre educado de la tierra de los obreros y campesinos, cualquiera que sea su profesión, con una especialización estrecha o amplia, debe estar armado también en otro campo. Este es el campo social. Nada lo protege a uno del efecto humillante de la especialización tan bien como el método marxista, como el leninismo, es decir, el método de comprender las condiciones de la sociedad en la que se vive, y el método de actuar sobre esas condiciones. Y cuando tratamos de comprender las relaciones entre los estados, volvemos a necesitar el mismo método del marxismo-leninismo. Sin la comprensión de las conexiones entre lo privado y lo social, no puede haber un hombre educado.

La peculiaridad básica del pensamiento pequeñoburgués es que está especializado en su propia y estrecha esfera, encerrado en su propio armario. Hay intelectuales burgueses cultos que, aunque escriban libros eruditos de mil páginas, siguen analizando las cuestiones por separado, cada una por sí misma, sin conexiones, y así siguen siendo

pequeños burgueses limitados. Hay que ser capaz de tomar cada cuestión en su desarrollo y en sus conexiones con otras cuestiones; entonces las conclusiones contarán con tantas más garantías de ser correctas. Estas garantías sólo las ofrece la escuela marxista. Y, por lo tanto, cualquiera que sea la especialización, pasar por la escuela del leninismo es esencial para todo obrero educado, y especialmente para todo futuro profesor.

La escuela del leninismo es una escuela de acción revolucionaria. "Soy ciudadano de la primera república obrera y campesina del mundo": esa conciencia es la precondición de todo lo demás. Y para nosotros esa conciencia es una exigencia de autoconservación. Seríamos utópicos, miserables soñadores, o desdichados soñadores, si nos pusiéramos a pensar que tenemos asegurado para toda la eternidad un desarrollo pacífico para el socialismo. En absoluto. En el sentido internacional las cosas se han vuelto más fáciles para nosotros, eso es incuestionable. Pero ¿creen ustedes, camaradas, que cuanto más se desarrolle el movimiento comunista en Europa, más asegurados estaremos contra los peligros de la guerra? Quien piense eso se equivoca. Aquí es necesario un enfoque dialéctico. Mientras el partido comunista siga siendo más o menos peligroso, pero aún no temible, la burguesía, recelosa de darle alimento, buscará treguas con nosotros; pero cuando el partido comunista de un determinado país se convierta en una fuerza amenazante, cuando el agua empiece a llegarle al cuello a la burguesía, entonces el peligro volverá a crecer también para nosotros.

Vladimir Ilich no advirtió en vano de que todavía tendremos que pasar por una nueva explosión del furioso odio del capital mundial hacia nosotros. Por supuesto, si fuéramos un estado aislado, o el único en el mundo, después de conquistar el poder habríamos construido el socialismo por una vía pacífica. Pero sólo somos una parte del mundo, y el mundo que nos rodea es aún más fuerte que nosotros. La burguesía no renunciará a su posición sin luchas crueles, considerablemente más crueles que las que ya hemos sufrido. Los ataques de la burguesía volverán a tomar un carácter feroz cuando los partidos comunistas empiecen a crecer por encima de la burguesía. Por lo tanto, sería una imperdonable irreflexión suponer que pasaremos al socialismo sin guerras ni convulsiones. No, no nos dejarán hacerlo. Tendremos que luchar. Y para eso necesitamos dureza, educación en el espíritu del valor revolucionario. El nombre que está escrito en las paredes de su Instituto (Karl Liebknecht) no debe haber sido escrito en vano.

Tuve la suerte de conocer a Liebknecht durante unos veinte años. Es una de las mejores figuras humanas que perduran en mi memoria. Liebknecht fue un verdadero caballero del deber revolucionario. No conoció otra ley en la vida que la de la lucha por el socialismo. Lo mejor de la juventud alemana ha vinculado durante mucho tiempo sus mejores esperanzas, pensamientos y sentimientos con la figura de Karl Liebknecht, el intrépido caballero de la revolución proletaria. La educación en el deber revolucionario es la educación en el espíritu de Karl Liebknecht. Debemos recordar: todavía tenemos que atravesar enormes dificultades. Y para ello es necesario que cada uno de ustedes, cuando salga de los muros de este instituto, tenga el derecho de decirse a sí mismo: ¡el Instituto Karl Liebknecht me ha convertido no sólo en un profesor, sino en un luchador revolucionario! (*Aplausos*)

El leninismo y el trabajo en las bibliotecas[58]

(3 de julio de 1924)

Camaradas, permítanme en primer lugar dar la bienvenida a su congreso, el primer congreso soviético de trabajadores de bibliotecas. Este congreso, convocado por Glavpolitprosvet[59], tiene un significado especial para nuestro país. Aquí, un bibliotecario (y todos los que han leído las observaciones de Vladimir Ilich sobre este tema lo saben), no es un funcionario que se ocupa de los libros, sino que es, debe ser y debe convertirse en un guerrero de la cultura, en un soldado del Ejército Rojo que lucha por la cultura socialista. Este congreso de las tropas de la cultura socialista lo acojo con todo mi corazón. [*Aplausos*]

Apenas he comenzado, camaradas, y ya he utilizado la palabra "cultura" dos o tres veces. ¿Qué es entonces la cultura? La cultura es la suma de todos los conocimientos y técnicas que la humanidad ha acumulado a lo largo de toda su historia. Conocimientos y habilidades. Conocimiento de todo lo que nos rodea, para poder cambiar todo lo que nos rodea, cambiarlo en interés de la humanidad. Por supuesto, existen otras definiciones muy diferentes de la ciencia y la cultura: idealistas, abstractas, altisonantes, falsas hasta la médula, ligadas a las "verdades eternas" y otras zarandajas por el estilo. Nosotros rechazamos todas ellas. Aceptamos la definición concreta, histórica y materialista de la cultura que nos enseña el marxismo-leninismo. La cultura es la conjunción de las habilidades y conocimientos de la humanidad histórica, la humanidad de las naciones y las clases. El conocimiento surge de las actividades del hombre, de su lucha con las fuerzas de la naturaleza; el conocimiento sirve para mejorar estas actividades, para difundir los métodos de lucha contra cada obstáculo y para aumentar el poder del hombre.

Si evaluamos el significado de la cultura de esta manera, comprenderemos más fácilmente el significado del leninismo. Porque el leninismo también es conocimiento y habilidades y, además, no el conocimiento por sí mismo, sino el conocimiento para las habilidades. En este sentido, aunque no sólo en éste, el leninismo representa el producto y la consumación de toda la cultura anterior del hombre. El leninismo es el conocimiento y la capacidad de poner la cultura (es decir, todo el conocimiento y las habilidades acumuladas en los siglos anteriores) al servicio de los intereses de las masas trabajadoras. Ahí está la esencia del leninismo.

El hombre puede reclamar grandes logros en muchos campos. Si no fuera así, ni siquiera se podría hablar de comunismo. El más fundamental de estos logros es la adquisición de técnicas (una vez más, conocimientos y habilidades) orientadas a la lucha directa con las fuerzas de la naturaleza, a su sometimiento al hombre. A partir de esta base de técnicas crecen las clases, el estado, el derecho, la ciencia, el arte, la filosofía, y así sucesivamente (toda una jerarquía de conocimientos y habilidades metodológicas). Muchas de estas secciones y métodos de la cultura son útiles en general para el hombre, en la medida en que someten la naturaleza a él. Pero existen algunos tipos de conocimientos y habilidades (y no pocos) que sólo son útiles para una clase explotadora,

---

[58] Intervención en el Primer Congreso de Bibliotecarios de la Unión, celebrado el 3 de julio de 1924. Publicado en *Pravda* del 10 de julio del mismo año.

[59] Glavpolitprosvet era el Glavnyi Politiko-Prosvetitel'nyi Komitet (el Comité Principal de Educación Política, fundado en 1920, que dirigía la educación comunista de masas de los adultos, sobre todo en la lucha contra el analfabetismo, y patrocinaba escuelas del partido y los sóviets, clubes del partido y de los sóviets, así como bibliotecas y barracas de lectura en los primeros años de la revolución. Se fusionó con el "sector de trabajo de masas" del Comisariado de Educación en junio de 1930. La presidente de Glavpolitprosvet durante todo el tiempo fue N. K. Krúpskaya, cuyo compañero, Lenin, había muerto antes en 1924 [el 21 de enero].

es decir, que tienen el propósito expreso de apoyar la explotación, de embellecerla, de ocultarla y de enmascararla, y que, en consecuencia, deben ser rechazados a medida que la humanidad se desarrolla. En particular, como ya he dicho, rechazamos la interpretación idealista, altisonante y semirreligiosa de la cultura que también surge de la supremacía de clase y sirve para ocultar el hecho de que la cultura está monopolizada por las clases poseedoras y existe, en primer lugar, para su placer.

El leninismo adopta un enfoque audazmente revolucionario y al mismo tiempo completamente formal, serio, de la cultura: enseña a la clase obrera a escoger del gigantesco acervo de la cultura lo que es más necesario hoy para su liberación social y para la reconstrucción de la sociedad según nuevos lineamentos. El leninismo es el conocimiento de la construcción y el desarrollo de la sociedad y la capacidad de orientarse correctamente en una situación histórica en cualquier momento dado, de modo que uno pueda ejercer correctamente y con habilidad, y tan profundamente como sea posible, una influencia sobre su entorno, sobre la vida social, en interés de la revolución proletaria en los países capitalistas, y en interés de la construcción del socialismo aquí.

Tal es la esencia del leninismo. Todo maestro, todo corresponsal obrero, todo liquidador del analfabetismo, todo bibliotecario debe comprender esta esencia y realizarla en sí mismo, si quiere convertirse no en un simple funcionario del estado soviético, sino en un trabajador consciente de la cultura que, con el libro, el artículo y el periódico, debe penetrar cada vez más profundamente en las mentes de las masas, como un minero con su pico penetra cada vez más profundamente en las capas de carbón.

En este contexto hay que decir que, por muy especial que sea, todo el trabajo que estamos llevando a cabo ahora en el campo de la economía y la educación, puede y debe formar parte del método leninista de orientación en condiciones dadas y de influencia sobre estas condiciones. En nuestro estado, donde la clase obrera está en el poder, apoyada por aquellos elementos conscientes y pensantes entre nuestros millones de campesinos, el problema fundamental es cómo utilizar todas las adquisiciones culturales para elevar el nivel material y cultural de las masas. Nuestro país representa ahora el leninismo organizado por el estado. Se trata del primer experimento gigantesco de este tipo que se lleva a cabo (no de forma indirecta, no en la clandestinidad, como hemos tenido que luchar en nuestra época, y no por medio de partidos revolucionarios que luchan por el poder, como ocurre hoy en los países capitalistas) sino por medio de la organización estatal aplicando el método del marxismo-leninismo, utilizando todas las adquisiciones culturales con el objetivo de reconstruir la sociedad sobre una base socialista.

Sólo nos dimos cuenta adecuada y completamente por primera vez del gran retraso, de la poca cultura que tenemos, cuando creamos el estado bajo la dirección de Vladimir Ilich y con nuestros esfuerzos generales, cuando lo creamos de forma aproximada. Y los problemas más elementales se presentaron ante nosotros en toda su inmensidad concreta.

Uno podría preguntarse (y recientemente me preguntaron al respecto) cómo es posible explicar el hecho de que, en nuestro país, culturalmente atrasado, el partido comunista esté en el poder, mientras que, en países con un alto nivel de cultura, por ejemplo, Inglaterra, es todavía muy débil. Ya he respondido a esta cuestión en otro informe. Aquí sólo mencionaré los puntos más necesarios. A partir de una mirada superficial y fugaz al problema, se podría tener la impresión de que el comunismo se encuentra de alguna manera en relación inversa con el nivel cultural de un país, es decir, cuanto más alto es el nivel cultural, más débil es el comunismo, y viceversa. Por supuesto, si esta conclusión fuera correcta, representaría la sentencia de muerte para el comunismo, que siempre se ha opuesto irremediablemente a la negación tolstoyana y a cualquier otra negación de la cultura; su destino está totalmente ligado al de la cultura. “Esta es una

cuestión que nos atormenta", me escribió un profesor, y se puede comprender la psicología de un intelectual que se acerca al comunismo poco a poco, con dudas y vacilaciones, y al que le molesta el problema de la relación entre comunismo y cultura. Pero incluso aquí, camaradas, el leninismo, la generalización teórica y el método práctico de ese mismo comunismo, nos da la clave para la comprensión de esta contradicción.

¿Por qué tomamos antes el poder en Rusia, nosotros, los comunistas? Porque teníamos un enemigo más débil: la burguesía. ¿En qué sentido era débil? No era tan rica y culta como la burguesía inglesa, que dispone de enormes fondos, tanto de dinero como de cultura, y también de una gran experiencia en el trato con los hombres y en el sometimiento político. Esto le dio la oportunidad, como ha demostrado la experiencia, de frenar el despertar de la autodeterminación política del proletariado. Si, durante un tiempo, demostramos ser más previsores, más fuertes y más inteligentes que los partidos obreros de los países avanzados (y lo fuimos), puede decirse sin jactancia que se debió no a nuestra mentalidad puramente rusa, sino a la experiencia de las clases obreras de todo el mundo, cristalizada en la teoría del marxismo, en la teoría y la práctica del leninismo. ¿Pero por qué fuimos nosotros los que cristalizamos esta teoría y la convertimos en acción? Porque no estábamos bajo la hipnosis de una poderosa cultura burguesa. En esto radicaba nuestra ventaja revolucionaria.

Nuestra burguesía era un epígono histórico tan miserable que durante las últimas décadas todo lo grandioso e importante en todas las clases gravitaba no sobre la burguesía, sino sobre los obreros. Chernishevski no estaba con la burguesía, sino con el campesinado y la clase obrera, en la medida en que se distinguía del campesinado. Un hombre muy grande, creado por un nuevo tipo histórico (Lenin) encabezó aquí no a los jacobinos pequeñoburgueses, como lo habría hecho de haber nacido en el siglo XVIII en Francia, sino al proletariado revolucionario. El carácter históricamente atrasado, lamentable y escuálido, de nuestra burguesía le confirió un gran alcance a la vanguardia de la clase obrera e hizo que tuviera una gran independencia y valor. Pero cuando, gracias a esto, llegamos al poder por primera vez y examinamos la herencia que nos habían dejado el zarismo y una burguesía vencida, resultó que esta herencia era, como mínimo, escasa. Por supuesto, ya sabíamos antes de la revolución que nuestro país estaba atrasado, pero sólo empezamos a sentir los efectos prácticos de esto después de la conquista del poder, después de octubre.

¿Y cómo están las cosas en este aspecto en Europa? En Europa será incomparablemente más difícil que el proletariado llegue al poder, pero cuando llegue al poder le será incomparablemente más fácil construir el socialismo, porque recibirá una herencia mucho mayor. Si hemos llegado al poder antes que el proletariado inglés, esto no significa por sí mismo que vayamos a alcanzar antes que ellos el socialismo pleno, y menos aún el comunismo. No: en el plano político, gracias a las peculiaridades históricas de nuestro desarrollo, hemos encabezado a las clases obreras de todos los demás países; pero, por otra parte, ahora nos enfrentamos a nuestro atraso cultural y nos vemos obligados a avanzar lentamente, palmo a palmo.

¿Cuándo conseguirá el proletariado inglés un poder real, no al estilo del gobierno menchevique de MacDonald, sino una dictadura del proletariado? Es difícil predecirlo; quizás dentro de cinco o diez años. Pues bien, ¿cuánto tiempo necesitaremos para alfabetizar a toda la población y dotarla de libros y periódicos? En la parte europea de nuestra Unión, bastante más de la mitad de la población adulta es analfabeta, alrededor del 57%. Recientemente he leído que en Moscú el 20%, es decir, una quinta parte de la población adulta es analfabeta. Lo tendremos muy en cuenta. Aquí, en Moscú, se está celebrando el V Congreso de la Comintern, de lo que estamos muy orgullosos. Los mejores combatientes del mundo han venido a nosotros para aprender (¡y hay mucho que

aprender en la escuela de Lenin!), pero si pasean por una calle de Moscú y ven pasar a cinco personas, se dirán: en promedio, una de ellas es analfabeta. Esa es nuestra revolución con todas sus contradicciones.

Podemos expresarlo gráficamente así: el proletariado europeo tiene bajo sus pies el suelo de la cultura, digamos el asfalto sólido. Pero el dueño de la calle europea es la burguesía, que traza una línea de tiza a lo largo del asfalto (¡legalidad burguesa!) y dice: puedes caminar por aquí pero no por allá. Y la parte que no se puede pisar es noventa o noventa y nueve veces más grande que la parte que sí se puede. No puedes hacer nada. La burguesía tiene el poder; es soberana. Además, la clase obrera de los países capitalistas tiene los pies bastante bien atados (policía, tribunales, cárceles) para no poder cruzar la línea prohibida. Así, bajo sus pies hay asfalto, pero sus pies están atados y el camino está cerrado.

En este sentido somos libres. El poder aquí está en manos de la clase obrera. No hay medidas que no nos atrevamos a tomar en interés de los trabajadores, ya sea en el campo de la economía o de la cultura. Nos atrevemos a todo. No tenemos jefes. Sólo nos enfrentamos al atraso y a la insuficiencia de recursos. Nuestros pies son libres, no están atados; nadie traza una línea de tiza en el camino que tenemos delante; pero bajo nuestros pies no hay asfalto, sino un camino rural, atravesado por barrancos y charcos. Está claro que en los primeros años el ritmo de nuestro viaje no será rápido. Nuestro trabajo debe ser extremadamente tenaz. Y mientras tanto, ya veréis, hasta el proletariado inglés se habrá desatado. Una vez que haya derrocado a la burguesía, los caminos están abiertos para él. Y bajo sus pies hay asfalto. Por lo tanto, dentro de unos quince o veinte años (por supuesto, tomo este período sólo a efecto de ilustración) este mismo proletariado inglés, cuyo conservadurismo reprendemos a menudo ahora, con plena justificación, nos dirigirá en el campo de la construcción del socialismo. Por supuesto, no nos ofenderemos por ello. Cumplan con su deber; dirijan el camino; hemos esperado mucho tiempo por esto; nosotros, con ustedes, ¡ganaremos juntos! [*Risas y aplausos*]

Hablo de esto, camaradas, no para desanimarlos a ustedes y a mí mismo por la inmensidad de los problemas que enfrentamos, sino para explicar con el método del leninismo las contradicciones entre nuestros logros políticos y nuestras posibilidades culturales y económicas actuales. Comprender estas contradicciones es encontrar la manera de eliminarlas. Recordaremos que en el leninismo el conocimiento es siempre el camino más corto para hacer las cosas bien.

A cada paso descubriremos contradicciones entre nuestras consignas y nuestras posibilidades reales. Pero nuestro camino no consiste en el rechazo de las consignas, es decir, en el rechazo de los principales problemas creados por Octubre, sino en la ampliación sistemática, obstinada e incansable de nuestro potencial económico-cultural. Nuestra pobreza nos dicta en la esfera de la actividad cultural un enfoque severamente empresarial, económico, prudente, casi espartano: economía, selección meticulosa, eficiencia. En primer lugar, esto se aplica a los periódicos y a los libros.

Tomemos como ejemplo la exposición del aniversario de Gosizdat. Cuando la visité, la verdad es que pude decir: aquí hay algo digno de elogio; ¡hemos tenido mucho éxito en cinco años! Si se toma un libro de 1918, a menudo con un contenido desordenado, escrito a toda prisa, impreso de cualquier manera, en papel gris, con un gran número de erratas, sin encuadernar, sin coser, etc., y para comparar se toma al azar uno de los libros de hoy, con un acabado más cuidado, con cubiertas más atractivas, completamente litografiado y sin tipear (¡quizá esto ya sea un lujo!), entonces nuestros progresos parecen grandes. Sin embargo, podemos decir que todo esto son sólo las escalas, los ejercicios, no una verdadera melodía en el instrumento de la edición. Y esperamos que la propia Gosizdat se dé cuenta de ello. El número de ejemplares de libros que tenemos es hasta

ínfimo en comparación con las necesidades del país. Todavía no hemos conseguido hacer una selección de libros que nos sean definitiva y absolutamente necesarios. Debemos mantener nuestro rumbo básico, publicando no tanto un gran número de títulos como un gran número de ejemplares de un número mínimo de títulos que son absolutamente necesarios para los lectores que tenemos en mente[60]. Debemos empezar a imprimir estos títulos o a seleccionarlos del número ya publicado. Hacer esta selección es una tarea enorme que sólo puede llevarse a cabo de forma colectiva, contando con la experiencia de las escuelas, los cursos, las bibliotecas, corrigiendo y mejorando los títulos disponibles, presentando una demanda de tales mejoras y adiciones. Las tiradas de libros básicos, es decir, los que son especialmente necesarios para una república obrero-campesina, deben ser del orden de 100.000, 500.000, un millón, y aún más. El número de libros editados será el mejor criterio del éxito de nuestra labor cultural.

Si no me equivoco, actualmente sólo imprimimos tres millones de ejemplares de periódicos al día, un número totalmente insignificante para nuestros gigantescos problemas e incluso para las necesidades actuales del país. En este sentido, un enfoque centralizado en el estado (basado en la actividad de todas las regiones) podría ser de gran utilidad para hacer una correcta selección y distribución de libros y periódicos indispensables para los trabajadores. En esto, no debemos olvidar ni por un momento las cualidades de nuestra masa de lectores; aún no tienen conocimientos y habilidades de lectura, el conocimiento de qué libros leer y la habilidad para encontrarlos. Y como nuestro lector no puede encontrar su libro, nuestro libro debe encontrar a su lector. Esta es la tarea del bibliotecario. En el trabajo de esclarecimiento tendremos que suministrar periódicos durante mucho tiempo todavía, porque no podremos ignorar la necesidad de orientación política, ya que estamos rodeados de países capitalistas y la revolución proletaria está todavía presentándose completamente para el futuro; además, en la situación dada, en las condiciones culturales dadas, con los recursos dados, el periódico es el arma más completa para el esclarecimiento, llegando al mayor número de personas.

En torno al periódico podemos y debemos construir todo un sistema de información cultural-política y de actividad educativa. Debemos considerar el periódico no como un órgano que nos habla de esto y aquello, sino como el instrumento de educación de los trabajadores, como un arma de conocimiento y habilidad, como una expresión directa, diaria y práctica, del leninismo en la actividad educativa política y económica. Nuestros periódicos aspirarán a esto, pero no serán esto durante mucho tiempo. Deben llegar a serlo, y sólo pueden llegar a serlo contando con decenas de miles, y posteriormente con cientos de miles de bibliotecas, "barracas" de lectura[61], y otras células culturales-educativas en todas las localidades, que no sólo entiendan un periódico desde arriba, sino que también sean capaces de ejercer presión sobre él desde abajo. Esta es una tarea muy grande e importante. Pero para ello es necesario suministrar los periódicos como una verdadera arma de actividad semanal o quizás (en un futuro próximo) diaria, como un instrumento que coordine nuestros esfuerzos educativos[62].

Examinemos el problema más de cerca. En la actualidad, en la actividad cultural-educativa (hablo del campo) está en primer plano la barraca de lectura. Si hay un

---

[60] Ver, por ejemplo, en estos mismos anexos la carta de Trotsky a camaradas de Kiev: "No abarquéis demasiado".

[61] Las "barracas" de lectura eran el centro del trabajo político, educativo y cultural en el pueblo soviético en los años 92. Se desarrollaron a partir de las "casas del pueblo" creadas por los liberales bajo el zarismo. Las barracas fueron financiadas por el gobierno soviético y funcionaban bajo la autoridad del Glavpolitprosvet. Cada barraca contaba con una biblioteca y servía de lugar de encuentro para conferencias, clases y eventos culturales. El nombre *izbach*, para la persona encargada de la barraca, se acuñó en 1922. La función principal de las barracas era la lucha contra el analfabetismo.

[62] Ver, por ejemplo, en estos mismos anexos: "El periódico y su lector·".

periódico en el centro de la barraca, en la pared debe haber un mapa político. Sin esto, el periódico no es un periódico. Hace algún tiempo hice propaganda a favor de los mapas geográficos políticos, pero sin mucho éxito todavía. Quizás este congreso apoye mi iniciativa en este sentido [*Aplausos*][63]. Camaradas, el periódico no es sólo para el campesino, sino para el obrero que está ciego, cuando los términos geográficos son para él sólo nombres, cuando no conoce ni puede imaginar los tamaños y las posiciones respectivas de Francia, Inglaterra, América, Alemania. Por supuesto, podemos animar o despertar a las juventudes comunistas de los pueblos o a las reuniones rurales para que canten la Internacional y envíen un saludo al V Congreso de la Comintern. Esto lo hacemos magníficamente, casi automáticamente. [*Risas*] Pero, camaradas, es necesario que estos obreros y campesinos que envían saludos puedan, en la medida de lo posible, visualizar concretamente: qué es esta Comintern, de qué países se trata, dónde están estos países, aunque sea un poco de vista. Es necesario que, cuando lean o escuchen una noticia, visualicen a qué parte viva de nuestro planeta se refiere. Y si cada día, o tal vez una vez a la semana, en esta misma barraca-biblioteca, mientras lee, mientras interpreta una noticia, el bibliotecario o *izbach* [encargado de la barraca de lectura] (ya que esta maravillosa palabra ha entrado en uso no hay nada que hacer, así que acéptenla e inscríbanla en su diccionario-) si, si, digo, señala con el dedo el mapa mientras explica un despacho, sólo con este acto estará llevando a cabo una verdadera labor cultural, pues el oyente, después de mirar el mapa, guardará ahora esa información en su cerebro de forma bastante diferente, más firme, más segura. Porque es toda una época en el desarrollo personal de un lector cuando comienza a visualizar lo que es Inglaterra (ésta, dirá, es una isla separada de Europa) y las relaciones comerciales y políticas de Inglaterra, que definen su posición en el mundo, le resultarán inmediatamente más claras. Sin embargo, me disculpo; no tengo que explicarles el uso de la geografía, pero debo decir que tal vez valga la pena repetírselo a algunas de nuestras instituciones. [*Risas*] Aquí hace falta presión, y más presión. Sin embargo, no me gustaría que se me malinterpretara. De ninguna manera quiero hacer recaer toda la responsabilidad sobre Gosizdat. Ahora Gosizdat, y todas las demás editoriales, se autofinancian, es decir, publican bajo ciertas condiciones, y deben publicar aquello de lo que hay demanda. En esto, la voluntad abierta del cliente juega un papel importante, y el cliente es la biblioteca o la sala de lectura. Se pueden rechazar decenas de libros que, con palabras diferentes, pero de forma bastante descuidada, cuentan una misma cosa. Tenemos una cantidad desconocida de tales libros desaliñados sobre el tema del día. Podemos rechazarlos por completo si hacemos una selección estricta a favor de los mapas geográficos, que permanecerán allí y enseñarán durante meses, tal vez durante años. Por ejemplo, antes de realizar este informe, he investigado en todas partes para ver si existe un libro de referencia sobre los periódicos, un libro de referencia que pueda ayudar a conocer un periódico. Al parecer, no existe tal cosa. No sé si esto se discutió en su congreso o no, pero la cuestión merece atención.

Me enviaron una serie de publicaciones periódicas en las que había artículos sobre cómo utilizar un periódico. Algunos de ellos eran muy útiles para una persona involucrada en este tipo de trabajo, pero no exactamente eran lo que tengo en mente, ya que estos contenían información metodológica general, mientras que he estado pensando en un libro de referencia serio que, en esta misma “barraca” o biblioteca, podría estar colocado bajo el mapa, en la mesa donde se encuentran los periódicos, un almanaque que daría información básica geográfica, económica, estadística, y otra información, claramente expresada y accesible a cada lector alfabetizado; pero no hay tal libro de referencia

[63] Ver en el mismo artículo arriba citado.

disponible. ¿Qué significa esto? Significa, camaradas bibliotecarios, que todavía no habéis organizado la presión de los lectores desde abajo sobre los escritores y editores.

Camaradas, nuestra labor educativa está monopolizada por el estado y sus dirigentes, el partido comunista. ¿Podría ser de otra manera? Bajo las condiciones de la revolución y la dictadura del proletariado toda desviación del monopolio de la educación de las masas trabajadoras sería fatal. [*Aplausos*] En una época en que la burguesía, disponiendo de los poderosos recursos del mundo entero, despide sin piedad a todos los maestros comunistas, nosotros, los dirigentes del único estado obrero, rodeados de enemigos, estaríamos completamente ciegos o locos si abriéramos las puertas del trabajo educativo a los representantes de una concepción burguesa del mundo. Reforzaremos plena e incondicionalmente nuestro monopolio de la labor educativa hasta el momento en que la clase obrera y el campesinado, junto con su dirigente, el partido comunista, se disuelvan en una comunidad socialista, constituyendo una parte de la república soviética mundial, que no será mañana, sino pasado mañana o después de pasado mañana. Y hasta ese momento. el monopolio del poder y de la labor educativa, que es la base ideológica del poder, debe mantenerse en manos del estado obrero y sus representantes, el partido comunista. [*Aplausos*]

Pero al mismo tiempo, camaradas, somos políticos lo suficientemente sobrios como para darnos cuenta y saber que el monopolio de la educación tiene sus desventajas, sus aspectos negativos, sus peligros. Un monopolio de la educación en el entorno equivocado puede crear burocracia y rutinismo. ¿Cuál es el síntoma de la burocracia? La forma sin contenido. ¿Cuál es su peligro? Que la vida se aleje y busque otra dirección. ¿Cómo evitar los peligros de la burocracia? Mediante la presión organizada y siempre viva de los que quieren la educación, es decir, desde abajo. Y este puede ser el papel del bibliotecario, el papel del instructor de la "barraca de lectura"; en general, el papel de los trabajadores inferiores en el campo de la cultura es decisivo. Aquí, desde arriba, hacemos propaganda a favor de los mapas geográficos, pero no los repartimos. ¿Por qué? Porque no se piden. Pero si desde abajo, desde mil, dos mil, tres mil bibliotecas y "barracas" resuena el grito: "¡Dennos mapas!"; entonces Gosizdat los dará y los dará a un precio adecuado.

Esto se aplica también a los libros. ¿Todos los libros que publicamos son vitales y necesarios, como el pan? Ya he hablado de ello: sólo una décima parte de ellos son absolutamente necesarios. ¿Por qué? Porque nuestro trabajo editorial sigue en gran medida la línea de la vieja inercia, los viejos intereses, la vieja psicología, los viejos hábitos, el viejo lector, y apenas tocamos al moderno lector de masas. De nuevo, a partir de nuestras estadísticas incompletas, parece que por cada campesino alfabetizado las bibliotecas tienen (si me equivoco, los que saben más pueden corregirme) casi tres cuartas partes de un libro, ¡tres cuartas partes de un libro en las bibliotecas por cada campesino alfabetizado!

[*En este punto, la transcripción recoge la interjección de N. K. Krúpskaya: "Menos que eso". Trotsky responde*:]

En ese caso me disculpo por mis estadísticas demasiado optimistas. Está completamente claro que, en tal estado de cosas, elegir entre diez libros, donde nueve son más o menos útiles (quizás menos en lugar de más), elegir el mejor y más necesario, y publicarlo en una cantidad de ejemplares diez veces mayor, eso significa en sí mismo una gran victoria cultural ¿Por qué? Porque diez libros, más o menos parecidos o cercanos entre sí o que representan algunos matices secundarios, serán leídos o sólo hojeados por un mismo lector que, si se puede decir así, se atiborrará de este tipo de literatura. Pero si en lugar de estos diez libros publicamos uno, en diez veces más ejemplares, entonces llegará a un lector que tiene verdadera hambre y verdadera sed de lectura y conocimiento.

Pero incluso aquí, como se dice, el muerto se come al vivo. Es muy difícil salir de esta inercia del trabajo editorial. Escuchar a las masas, escuchar lo que piensan, lo que quieren, entender todo esto y saltar mentalmente por encima de todos los que burocráticamente piensan por las masas, pero no las escuchan, para esto es necesaria la cabeza de un Lenin. Ahora tenéis la oportunidad de leer todo lo que escribió Lenin. Os aconsejo (¡es muy útil!) que prestéis especial atención a las partes de los libros en las que él escuchaba a las masas, lo que querían, lo que necesitaban (no sólo lo que querían, sino lo que aún no se les había enseñado a querer)… Ser capaz de escuchar todo, con una mente única, es una oportunidad que se le ofrece a la gente una vez por siglo. Pero se puede escuchar a las masas de forma organizada y colectiva a través de un aparato grande, ramificado, flexible y vivo que sirva activamente a las necesidades materiales y espirituales de las masas. Y ese bibliotecario no es un trabajador de la biblioteca de un país socialista si está simplemente a cargo de un estante de libros y no logra escuchar las peticiones de sus lectores y servir como órgano de transmisión de lo que ha escuchado a los órganos superiores, para ejercer presión sobre el escritor y los editores. Esta es la labor más importante del nuevo bibliotecario soviético socialista [*Aplausos*].

Por descontado que a los problemas ya mencionados se unen muchos otros. La contradicción fundamental de nuestra posición es ésta: el poder está en manos de los obreros, pero los obreros están todavía lejos de poseer la cultura elemental. Las contradicciones se derivan de esto Aquí tenemos plena igualdad entre hombres y mujeres. Pero para que una mujer tenga las oportunidades reales que tiene un hombre aquí, incluso ahora en nuestra pobreza, las mujeres deben igualar a los hombres en alfabetización. El "problema de la mujer" aquí, por tanto, significa en primer lugar la lucha contra el analfabetismo femenino. Debido al bajo nivel de cultura, muchos decretos se quedan en el papel. ¿Hay tiranía en este país? Sí, en un alto grado. ¿De qué se deriva? No de una situación de supremacía de clase, sino de la debilidad cultural, del analfabetismo, de un sentimiento de indefensión cuyas raíces están en la incapacidad de investigar, de leer ampliamente, de reclamar, de consultar las fuentes adecuadas. Y aquí también una de las tareas fundamentales de esa misma barraca de lectura en las aldeas, y de las bibliotecas de las aldeas, es la de librar una lucha despiadada contra ese sentimiento de indefensión. Uno puede y debe quejarse ante un bibliotecario.

Encontré una cita interesante de Vladimir Illich sobre esto: sugirió instalar una oficina de quejas en las bibliotecas. A primera vista esto parece paradójico, fuera de lugar; pero incluso aquí se ha captado la psicología de las masas trabajadoras. Quien de entre los obreros o el campesinado esté lo suficientemente despierto como para sentirse atraído por una biblioteca, para esa persona la biblioteca es una fuente de algo superior: tanto de conocimiento como de justicia. Poner una oficina de quejas en las bibliotecas, crear un entorno en el que cada campesino, hombre o mujer, y sobre todo los que temen al funcionario soviético, sienta que puede consultar al bibliotecario, al "*izbach*", sin sentir que le van a defraudar o que le van a jugar una mala pasada; un bibliotecario que le aconseje, que escriba a un periódico, que haga pública su queja, que le defienda. Matar el sentimiento de indefensión en una persona aplastada por siglos de trabajo duro significa matar de un plumazo la tiranía, y la tiranía, no hace falta decirlo, es incompatible con ese régimen que estamos construyendo pero que aún estamos lejos de completar.

En su trabajo, el bibliotecario atraerá hacia sí las mejores fuerzas del pueblo, se apoyará en ellas y dirigirá su influencia a través de ellas. En relación con esto, quiero pedir especialmente a los bibliotecarios que presten gran atención a los soldados desmovilizados del Ejército Rojo. En el campo, podrían convertirse en representantes del

tipo de agricultura colectivizada y en agentes del trabajo cultural[64], si hubiera un centro en torno al cual pudieran agruparse. En la actualidad, nuestro campo está atravesando procesos muy complicados y profundos que tienen una enorme importancia económica y cultural. Se está estratificando, y muy pronto en el país habrá una capa de kulaks. Y hay que entender claramente que todo activista campesino de vanguardia, todo el que esté alfabetizado, sepa lo que significa el poder soviético y sea capaz de entender las leyes, haya escuchado conferencias agronómicas o haya visitado una exposición agrícola, todo ese campesino puede convertirse en el campo en una de estas dos cosas: o en un representante de la cultura soviética o en un kulak. ¿Y qué es un kulak? Un kulak es, en la mayoría de los casos, un campesino capaz, inteligente y fuerte que utiliza todas sus fuerzas para mejorar su explotación a costa de los demás. Y nuestros soldados desmovilizados, que actualmente representan en su masa a los mejores elementos de nuestro campesinado, y que son capaces de agruparse en torno a una escuela, una cooperativa, una biblioteca, incluso podrían convertirse en nuevos kulaks europeizados. ¿Por qué? Porque están alfabetizados (si eran analfabetos, en el ejército les han enseñado a leer y escribir), están acostumbrados a leer periódicos, conocen las direcciones de las secciones soviéticas, conocen las leyes, saben lo que es el partido comunista; en una palabra, no son campesinos grises y oscuros, aunque procedan de los mismos rincones lejanos. En el ejército escucharon conferencias sobre agronomía, visitaron diversos tipos de explotaciones agrícolas bajo los auspicios de nuestras instituciones educativas agrícolas, etc. Y si en el campo se los deja a su aire, podrían utilizar todas las ventajas adquiridas en beneficio únicamente de sus propias explotaciones, de su propio beneficio. Esto significa que, sin que se den cuenta ni siquiera ellos mismos, podrían, en dos o tres años, convertirse en kulaks europeos. El peligro es real. Pero, al mismo tiempo, este campesino joven y más cultivado, si se le orienta hacia el trabajo tan pronto como regrese del ejército, está preparado y es capaz de canalizar toda su energía en el trabajo en un artel o en una cooperativa y convertirse en un trabajador social inestimable.

Ya que he abordado la cuestión de los soldados, añadiré: si os enviamos soldados en los que podéis confiar en vuestro trabajo cultural, entonces esperamos de vosotros, trabajadores culturales del campo, una juventud más culta y más cualificada para el ejército. Sabéis que estamos dirigiendo el ejército cada vez más según la línea de la milicia. Al hacerlo, reducimos en primer lugar nuestra parte del presupuesto, y cuanto menor sea la parte que se lleva el ejército, más recursos podremos y deberemos destinar a la labor cultural-educativa. Pero incluso aquí hay que devolver el servicio. Hay que darnos una juventud campesina más alfabetizada y desarrollada. Pues un sistema de milicias presupone un hombre del Ejército Rojo más receptivo, que debe adquirir todos los conocimientos del oficio militar en su formación previa al reclutamiento, únicamente en el curso de reuniones educativas regulares. No debe ser en absoluto inferior a un soldado que ha tenido un largo período de entrenamiento en los cuarteles. El bibliotecario, el "*izbach*", son participantes evidentes en la construcción del Ejército Rojo.

Para terminar, permitidme que me centre una vez más en el periódico, el arma más importante de la educación política. He cogido el número de hoy de *Izvestia*, he leído los despachos y me he planteado esta cuestión desde el punto de vista de esta reunión: ¿Cómo entenderán estos despachos los lectores de masas?, ¿se explican por sí mismos?, ¿pueden ser interpretados correctamente?, ¿cómo los interpretará un campesino? Desde el punto de vista de nuestra posición internacional, el problema de Polonia y Rumania tiene, como sabéis, un interés excepcional. Por esta razón me he detenido en dos despachos de la edición de hoy, dos despachos que se refieren precisamente a estos países. El cable de

[64] Ver, por ejemplo, en estos mismos anexos: "El Ejército Rojo, semillero de ilustración".

Varsovia decía: “El mariscal del Seim no aceptó la interpelación de la sección ucraniana porque parte de esta interpelación estaba escrita en ucraniano”. No me refiero a la complicada estructura del despacho en sí, ya que estoy librando una larga guerra civil con Rosta y los redactores del despacho a este respecto. Sin embargo, no puedo ocultar el peligro de que este despacho se publique de la misma manera ininteligible en todos los periódicos. Creo que no sólo el campesino alfabetizado no lo entenderá puesto así, sino también, quizás, el “*izbach*”. Porque no sabrá quién es ese “mariscal”, y habrá que explicarle que es el presidente del “Seim”, es decir, del parlamento, y que no aceptó la interpelación (investigación) sólo porque una parte de este documento estaba escrita en ucraniano.

Supongamos que vosotros y yo estamos en una sala de lectura de una barraca de lectura, y frente a nosotros cuelga un mapa con Polonia marcada en él. Podéis señalar a todos que Polonia está en nuestra frontera y nos separa de Alemania. Cerca del mapa hay un libro de referencia que nos dice cuántos ucranianos hay en Polonia, el número total de las minorías nacionales; y el campesino se enterará de que en Polonia las minorías nacionales constituyen casi la mitad de la población, alrededor del 45%. Si ahora le decimos que en Polonia los ucranianos han presentado una moción a su parlamento “democrático”, una parte de la cual estaba escrita en “ucraniano”, es decir, en su lengua materna, y que el presidente democrático de un parlamento democrático de una república democrática se negó a aceptar la moción por estos motivos, habremos enriquecido al oyente con una imagen clara de Polonia. No se necesita un mejor discurso de agitación que una exposición sensata y tranquila de estas cuatro líneas del despacho. Luego sigue el despacho sobre Rumania. Aquí leemos: “En Besarabia se han cerrado prácticamente todas las escuelas de las minorías nacionales. En Bucovina no sólo han sido destruidas todas las escuelas mixtas, sino también todas las ucranianas.” Como veis, también este dislate se refiere a la opresión de las nacionalidades. En cada número hay despachos que caracterizan la opresión de clase o nacional en los países capitalistas, la resistencia de los oprimidos, etc. Todo esto es una escuela inestimable, especialmente para nuestra juventud. Alrededor de estos despachos, como alrededor de un pivote, podemos organizar una magnífica labor educativa; pero es esencial una clara exposición, o el 90 por ciento de este valiosísimo material pasará desapercibido para el 99 por ciento de nuestra población alfabetizada. Sobre todo, se necesitan libros de referencia, y casi no los hay. Y, al mismo tiempo, estamos imprimiendo numerosos discursos e informes sobre aproximadamente el mismo tema, haciendo hincapié en cosas que en general se entenderían sin esta repetición. Hay que avanzar seriamente en este campo. El libro debe llegar a la gente.

Imaginemos que tenemos 50.000 lectores en las barracas de lectura, o incluso 100.000, y que en cada barraca hay un periódico. No tres, ni cinco periódicos, como estamos acostumbrados a leer los funcionarios soviéticos, sino un periódico con la información más importante expuesta de forma clara y exacta. En la pared cuelga un mapa, con todos los estados visibles en él, y hay un libro de referencia que ofrece la población de cada país, la composición nacional y de clase, etc. El “*izbach*”, tras recibir un nuevo número, se arma con el libro de referencia y aclara las noticias, habiendo reunido alrededor al mayor número de personas posible; sobre todo, de soldados movilizados. Esta sala de lectura de la barraca de lectura será una escuela irremplazable de leninismo, que formará ciudadanos en el campo que sepan orientarse en la situación internacional para que puedan incidir conscientemente en ella, si es necesario, tal vez incluso con un arma en la mano. En primer lugar, hay que formar a los bibliotecarios para que dirijan las salas de lectura, para que sean “*izbachs*”, y hay que establecer vínculos estrechos entre el centro y estos semilleros dispersos de cultura. Esto es posible, y puede

y será realizado. Sólo entonces nuestra construcción cultural podrá establecer palancas indispensables para sí misma en el lugar. Sólo entonces nuestra revolución de octubre desplegará ante las masas todo su contenido creativo.

¿Será esto pronto? Esto, por supuesto, depende de la situación objetiva, pero también, en una medida no despreciable, de nuestra propia habilidad. Tenemos un enemigo diabólico llamado burocracia. Este enemigo, que refleja nuestra falta de cultura, exige una lucha constante. Actualmente estamos consiguiendo casetas de distrito, bibliotecas de distrito, organizadores de distrito. Esto es bueno. Que estas casetas de distrito, bibliotecas y organizadores se movilicen para la lucha contra la burocracia [*Aplausos*]. No tengo ninguna duda, camaradas, de que entendéis que no estoy hablando de una cinta roja [*risas*], sino de nuestra propia *cinta roja* totalmente rusa, toda de la Unión, ¡maldición! [*risas*]

Tengo más información sobre este problema. Hoy, en ese mismo periódico, he leído un despacho en el que se dice que en Tiflis el cine transcaucásico ha sido premiado con una pancarta roja por poner *Los Diablos Rojos*. Por supuesto, no hay nada malo en reconocer el buen trabajo del cine. Al contrario, está bien. El cine es un arma poderosa, y cuando en ciertos lugares alcancemos una posición en la que en las barracas del distrito haya un cine de distrito, esto significará que ya no estamos lejos del socialismo, pues no puedo imaginar un mejor aliado en su construcción que el cine[65]. Pero no quiero llamar la atención sobre esto, sino sobre cómo expresamos débilmente y premiamos los servicios: siempre presentamos una pancarta roja. Ahora tenemos multitud de celebraciones con motivo de los segundos, terceros y quintos aniversarios, y cada vez se entrega la bandera roja. ¿A qué se debe esto? Si hacemos un recuento de los recursos que se gastan en la concesión de banderas rojas, resulta que es considerable. Pero, ¿y si el grito fuera: no concedamos banderas rojas en estas celebraciones, para nosotros incluso unas pocas son demasiadas, sino que destinemos estos recursos a la adquisición de libros a través de un fondo de la biblioteca de distrito. Por cada libro así adquirido y entregado a la biblioteca de distrito habrá en la encuadernación (debe haber una encuadernación) un sello que diga que ese libro fue adquirido en reconocimiento a los servicios de (tal vez) ese mismo cine transcaucásico por proyectar *Los Diablos Rojos*, o por otra cosa. Me parece que esto sería mejor, más interesante, más culto.

Por supuesto, las banderas como símbolo de la lucha revolucionaria son indispensables, pero empezar a otorgar banderas de forma rutinaria, como algo obligatorio y al mismo tiempo totalmente innecesario, es absurdo y perjudicial. ¿Por qué los bibliotecarios no deberían alzar la voz y los periodistas apoyarlos en el grito: "A partir de ahora dejemos constancia de todos los éxitos, o de los recuerdos de los éxitos, o de los fracasos a gran escala, dedicando más recursos a la labor cultural-educativa en el campo"? Hagamos que el centro de atención sea esta misma barraca del distrito, que necesita libros, un libro de referencia, un mapa geográfico, un libro de Lenin. Se los daremos. Y en cada uno de esos libros pondremos el sello correspondiente. Y, además, será una breve lección de historia soviética para el lector…

Camaradas, si su congreso, a través de diversos canales, da estas vivas sacudidas a la opinión predominante en nuestro centro, que se inclina a perder el tiempo en las cosas, entonces sólo por esto el congreso habrá realizado un trabajo serio e importante. Pase lo que pase, debemos destruir las prácticas y hábitos de servidumbre y altanería intelectual, expresados en las palabras de nuestro viejo satírico: "Un escritor escribe de vez en cuando, pero un lector lee de vez en cuando". No, nuestros escritores, editores, bibliotecarios y lectores deben entrar en el mismo saco. Y esto sólo puede hacerse con

[65] Ver, por ejemplo: "Alcohol, iglesia y cine".

una presión organizada desde abajo, con un control desde arriba, con controles y selecciones. El lector debe ser más activo y audaz, y exigir más. El bibliotecario debe enseñarle a hacerlo. Debe enseñar al lector no sólo a sufrir lo que se escribe para él, sino a exigir que se le dé lo que necesita, y a maldecir al editor (políticamente, por supuesto [*risas*]) cuando no le da lo que necesita. Vosotros, camaradas, sois los intermediarios, los factores clave, los agentes de esta interacción creativa entre arriba y abajo. ¡Vivan los intermediarios activos, los factores clave más valiosos del sistema de la cultura soviética! [*Aplausos prolongados*]

Respuestas a las preguntas

1.- *¿Ha valido la pena hacer una revolución en nuestro país si el proletariado inglés todavía tendrá que llevarnos a remolque dentro de unos quince años?*

Veo por esta pregunta que el autor de la misma no ha captado mi sentido, pero quizás no me he explicado con suficiente claridad.

1) Si la revolución no se hubiera producido en 1917, entonces habríamos sido una colonia europea. o incluso norteamericana, y en efecto el proletariado europeo habría tenido que llevarnos a remolque desde una posición de esclavitud.

2) El proletariado inglés nos superará en la construcción del socialismo sólo después de haber conquistado el poder, y éste sólo puede ser conquistado con una lucha, es decir, por medio de la revolución, como lo hicimos nosotros.

3) Nuestra revolución, como hecho histórico importante, facilitará enormemente la toma del poder y la construcción del socialismo para el proletariado inglés. A primera vista parece que esto no es así, en vistas de que las esperanzas de un rápido desarrollo revolucionario en Europa no estaban justificadas. Pero basta con reflexionar sobre el problema para darse cuenta de que, sin nuestra revolución, el movimiento en occidente se habría desarrollado de forma incomparablemente más lenta.

4) Es difícil predecir si el proletariado inglés nos llevará a remolque, cuándo y cómo lo hará. Pero, ¿qué significa este "llevar a remolque"? En la situación dada, significa que el proletariado inglés, habiendo llegado al poder y habiendo expropiado a la burguesía, acelerará nuestra construcción socialista mediante ayuda organizativa, técnica y de todo tipo. Esta ayuda, por supuesto, no será puramente filantrópica, ya que aseguraremos la construcción socialista en Inglaterra con nuestro trigo, madera y otras materias primas. ¿Podría el proletariado inglés llevarnos "a remolque" si viviéramos en condiciones burguesas? Por supuesto que no. Por lo tanto, las dudas del autor de la pregunta sobre si valía la pena hacer una revolución indican que no consideró la cuestión en profundidad.

2.- *¿No es posible que nosotros mismos superemos a los obreros europeos no sólo en materia de revolución sino también en la construcción de una cultura socialista?*

Por supuesto, no se puede excluir esta posibilidad. Si el actual orden europeo se prolonga durante mucho tiempo, con la burguesía ya incapaz de hacer frente a los problemas y el proletariado todavía incapaz de tomar el poder; o si la burguesía lleva a Europa por el camino de una nueva guerra, que minará aún más la economía y la cultura europeas, teóricamente hablando, no se puede excluir la posibilidad de que logremos éxitos económicos y culturales muy grandes antes de que el proletariado occidental tome el poder y comience el camino de la construcción del socialismo. Tal perspectiva sugiere, en consecuencia, un ritmo extremadamente lento de desarrollo revolucionario en el resto de Europa mientras nosotros tenemos éxitos en los campos económico y cultural. Sin embargo, nada nos hace pensar que la revolución europea se haya pospuesto para muchos años. Si llega, digamos, en la próxima década, todo apunta a que el proletariado europeo,

habiendo superado a su burguesía, nos adelantará en el camino de la fundación de una nueva estructura social y una nueva cultura. Pero, por supuesto, aplicaremos todas nuestras fuerzas para que no nos quedemos atrás.

3.- *¿Por qué el trabajo de edición de los despachos está tan desafortunadamente organizado aquí?*

La formulación de la pregunta es demasiado severa. Hemos logrado ciertos éxitos en el campo de la información telegráfica. Pero, en general, la información telegráfica sigue siendo definitivamente débil. ¿Cómo se expresa esto? De muchas maneras: en primer lugar, los corresponsales, a causa de los viejos usos y costumbres, nos comunican a menudo cosas que no merecen mucha atención; en segundo lugar, por la misma razón, no observan aquellas cosas que, por otro lado, deberían ser de interés primordial para nuestra prensa; tercero, en sus comunicaciones faltan los enlaces y la continuidad necesarios; cuarto, los despachos se imprimen en la forma en que se reciben, es decir, a menudo de forma ininteligible.

¿Cuál es la causa de todo esto? Las mismas razones de las que hablábamos en el informe: un desarrollo insuficiente de nuestra cultura general y en particular de la prensa. Y los asuntos de la prensa tienen su propio campo de conocimientos y habilidades, su propia cultura. ¿Cómo luchar contra las numerosas carencias? Con los mismos métodos que comentamos en el informe: la presión del lector, o al menos del intermediario entre el lector y el periodista: en el caso que nos ocupa, el bibliotecario, el director de la sala de lectura. Es necesario editar la información telegráfica directamente para su usuario: el lector local. Los despachos se presentarán de forma insatisfactoria mientras sólo los líderes los lean correctamente, ya que entenderán de una forma u otra lo que se dice en el despacho. Pero cuando, a través de los bibliotecarios y de las salas de lectura, formemos a amplios círculos de trabajadores para que lean o escuchen la lectura de los periódicos cada día, entonces el periodista, incluso el más conservador y perezoso, tendrá que someterse a la presión de las demandas y protestas de los lectores. El trabajo del bibliotecario es organizar estas demandas y protestas.

El leninismo y los clubes obreros[66]

(17 de julio de 1924)

Camaradas, pronto tendré la oportunidad de intervenir en el II Congreso Sindical de Trabajadores de la Cultura. Esperemos que el hecho mismo de que se celebren estos congresos sea una señal de un cierto cambio, que presagie un período de trabajo cultural más amplio e intenso en todos los campos.

El trabajo educativo antes y después de la conquista del poder

Para nosotros, las cuestiones del trabajo cultural están inseparablemente relacionadas con la política, con la construcción socialista. Esto es tan básico como el

[66] Discurso pronunciado por Trotsky el 17 de julio de 1924 en una conferencia a los trabajadores de los clubes obreros. Publicado en *Pravda*, 23 de julio de 1924. Los clubes obreros eran instituciones educativas y recreativas que aparecieron por primera vez en 1905, pero fueron suprimidos por el régimen zarista. En 1917 revivieron y se formaron en muchas fábricas y centros de trabajo. Su principal función durante la guerra civil fue explicar la política del gobierno a los obreros de base. Financiados por los sindicatos, los clubes obreros eran formalmente independientes, con consejos de administración elegidos en asambleas generales. Solían tener al menos una biblioteca, un comedor y una sala de conferencias. Algunos, que contaban con instalaciones más elaboradas, se llamaban “Palacios de la Cultura”.

ABC. Cuando hablamos del trabajo cultural, y en particular del trabajo en los clubes obreros (que está destinado a ocupar un lugar especial dentro del sistema general de nuestro trabajo cultural), lo que tenemos en mente en primer lugar es el trabajo de propaganda y la realización práctica de las proposiciones básicas del marxismo, o para traducirlo al lenguaje de nuestra época, del leninismo.

Justo el otro día me encontré con una frase de Marx, que me avergüenza decir que había olvidado, una frase que nos lleva justo al corazón de la cuestión. Siendo aún muy joven, Marx escribió al conocido escritor radical alemán Arnold Ruge: "No salimos al mundo con un nuevo conjunto de principios doctrinarios, diciendo: Aquí está la verdad; ¡ponte de rodillas ante ella! Desarrollamos nuevos fundamentos para el mundo a partir de los propios fundamentos del mundo"[67].

Una formulación magnífica, y que es puro Marx. No traemos la verdad al pueblo desde fuera, como si la verdad fuera algo inflexiblemente fijado y dado para siempre, y no decimos al pueblo: "Aquí está la verdad; arrodíllate ante ella". No; tomamos el mundo tal como es, y de manera práctica, activa, extraemos de los cimientos de este mundo vivo los medios para construir uno nuevo.

Esta es la esencia del método marxista y leninista. Y los trabajadores de la cultura de la república soviética tienen que reflexionar mucho sobre esta idea y comprenderla completamente, porque en nuestro país el marxismo, por medio del leninismo, ha llegado al poder por primera vez. Y este hecho, que abre enormes posibilidades para el trabajo cultural y educativo, conlleva también algunos graves peligros, algo que nunca debe perderse de vista. Como ya he dicho en otro lugar, nuestro país es el leninismo organizado en forma de estado. Organizado en forma de estado, es decir, con poder estatal. El estado es un órgano de coerción, y para los marxistas en posiciones de poder puede existir la tentación de simplificar el trabajo cultural y educativo entre las masas utilizando el enfoque de "¡Aquí está la verdad, arrodíllate ante ella!"

El estado, por supuesto, es algo duro, y el estado obrero tiene el derecho, y el deber, de utilizar la coerción contra los enemigos de la clase obrera; tiene el derecho y el deber de llevar a cabo una aplicación despiadada de la fuerza. Pero en la cuestión de la educación de la propia clase obrera, el método de "¡Aquí está la verdad, arrodíllate ante ella!", como método de trabajo cultural, contradice la esencia misma del marxismo. Las técnicas y métodos de propaganda y educación son variadas: en un momento el partido trabaja en la clandestinidad; en otro, ostenta el poder del estado. Pero el leninismo como método de pensamiento y método de educación de los trabajadores sigue siendo el mismo, tanto en el período en el que el partido lucha por el poder, como después de haber alcanzado ese objetivo.

Tenemos que reflexionar mucho sobre esta idea. Su significado completo se nos presenta con especial claridad si comparamos el modelo de desarrollo de un joven obrero bajo el antiguo régimen burgués en Rusia, o en cualquier país capitalista, con el tipo de desarrollo que tenemos ahora aquí, dadas las circunstancias y condiciones de la república soviética. Antes, el obrero se desarrollaba desde la fábrica hacia fuera; en el taller donde trabajaba encontraba, como parte de su experiencia vital, las condiciones que le ayudarían a orientarse no sólo en la fábrica sino en la sociedad en su conjunto. Frente a él estaba el capitalista que lo explotaba: el antagonismo de clase como principio básico para orientarse en la sociedad le miraba constantemente a la cara. Y hubo momentos en los que se convocaron huelgas, en los que el obrero tuvo tratos con la policía. En la cuestión de la vivienda, tenía que tratar con el propietario y, finalmente, como consumidor trataba

[67] Se refiere a la carta de Carlos Marx a Arnold Ruge de septiembre de 1848, que puede verse completa en la versión editada en nuestra serie Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional, páginas 2 y 3 del formato pdf.

con el comerciante explotador. Así, en el limitado ámbito de su vida cotidiana, y partiendo en primer lugar de su lugar de trabajo, se encontraba con el enemigo de clase en todas sus hipóstasis, en todas sus manifestaciones, y eso era suficiente para una orientación elemental bajo aquellas condiciones sociales. ¿Es lo mismo para nosotros hoy en día? No.

Tomemos, por ejemplo, un obrero joven, es decir, uno que no ha pasado por la escuela de la fábrica capitalista de antaño, uno cuya vida y trabajo activos comenzaron después de octubre. En un sentido social sus condiciones de trabajo son inconmensurablemente mejores; pero en aspectos materiales no siempre es así, ni mucho menos. Además, en la fábrica no se enfrenta a un enemigo que parezca ser la causa de su todavía difícil situación material. Para que este joven obrero comprenda su lugar en la fábrica, debe comprender su lugar en la sociedad. Debe reflexionar sobre el hecho de que, como parte de la clase obrera, es uno de los gobernantes de este país, que la fábrica pertenece a su clase y que él es una parte de su propiedad colectiva.

Si vive en una casa que pertenece, digamos, al Sóviet de Moscú, o a algún otro sóviet, tampoco aquí tiene ante sí a un propietario que lo explota. Simplemente se tiene a sí mismo. Para aprender la actitud correcta hacia su propio apartamento, hacia las escaleras de su edificio, hacia las reglas del edificio, etc., debe pensar en sí mismo como parte de la propiedad colectiva.

Así, todo ha dado la vuelta sobre su propio eje. El obrero en la Rusia burguesa, como en cualquier país capitalista, para empezar, tenía su experiencia básica en la fábrica, y cuando escuchara por primera vez las verdades del marxismo, éstas vendrían a apoyarse directamente en su limitada pero bastante firme experiencia de clase, de indignación, odio y lucha contra los explotadores. Pero ahora no tenemos esto. El explotador se presenta ahora sólo a gran escala, en la forma del gigante capitalista mundial, que utiliza las guerras, los bloqueos y las exigencias de la extorsión basada en la vieja deuda externa para impedir nuestro desarrollo. En las plantas y fábricas la situación es bastante nueva ahora, y para ponerse en sintonía correctamente, uno debe entender su lugar en las relaciones sociales en general. Para orientarse correctamente en la cuestión de los salarios (si hay que aumentarlos o no bajo las condiciones actuales) o en la cuestión de la productividad del trabajo, para orientarse en todas estas cuestiones, el obrero debe llegar a conocerse a sí mismo en su posición social, es decir, pensar en todas las consecuencias del hecho de que es la clase dominante.

En resumen, el punto de partida para el desarrollo de un obrero en un país burgués es la fábrica, el taller, el lugar de trabajo, y a partir de ahí, a través de varios pasos intermedios, llega a una orientación hacia la sociedad; mientras que, para nosotros, el obrero tiene que llegar a comprender su posición en la sociedad para no extraviarse en el nivel de la fábrica. Esta es una diferencia tremenda que implica una diferencia en el enfoque cultural y educativo, diferencia que se deriva de la disimilitud en las condiciones de desarrollo individual y de clase. Las generalizaciones que eran suficientes para los obreros en la sociedad capitalista, podían, al menos al principio, ser bastante limitadas. Para encontrar su lugar hoy en día, el trabajador necesita ideas generalizadas mucho más amplias y complejas. En compensación, sin embargo, su experiencia es hoy también mucho más compleja y variada. Pero esta experiencia es fragmentaria; requiere ser reunida, reflexionada, discutida, articulada y formulada. La experiencia vital del obrero, su experiencia en la fábrica, su experiencia en casa, su experiencia como miembro de una cooperativa, o como soldado del Ejército Rojo, todo ello debe reunirse en un todo único.

Cuando esta experiencia abigarrada se reúne de forma crítica en la cabeza del trabajador, éste comienza de inmediato a encontrar la orientación correcta en la sociedad y, en consecuencia, en la fábrica, en la casa comunal, en la cooperativa, y así sucesivamente. Y aquí el club obrero sirve como uno de los puntos de unión más

importantes, donde todos estos hilos de la experiencia abigarrada y fragmentaria se entrecruzan, se unen en un todo único.

El lugar del club en el trabajo educativo

En nuestro país, el partido comunista se encarga de la educación. El partido dispone de un complejo conjunto de palancas y controles para ello. Trabaja a través del gobierno, que dirige, y a través de los sindicatos, cuya dirección también está en manos del partido, y a través de los clubes obreros, cuya importancia está destinada a aumentar cada vez más. El club obrero es un órgano digestivo de excepcional importancia para la asimilación colectiva de las experiencias fragmentarias por parte de la clase obrera, precisamente porque el club obrero sólo forma parte del sistema educativo y no del sistema de administración.

El partido es un órgano colectivo orientado a la acción (y en nuestro país es también un grupo colectivo dirigente) y traza una línea entre él y los elementos no formados o no educados. No en el sentido de que se impida el acceso a esos elementos, sino en el sentido que no permite que los elementos sin formación influyan en las decisiones del partido con sus votos.

El partido establece normas estrictas para la admisión en sus filas, comprueba cuidadosamente a los solicitantes, etc. Todo esto es innegablemente necesario. El partido está a cargo del gobierno No puede esperar a que los elementos atrasados se desarrollen hasta el punto de entender los acontecimientos actuales, porque los acontecimientos de hoy serán mañana los de ayer. El partido no puede esperar Tiene que responder activamente a los acontecimientos del día. Presenta consignas y formulaciones que, para los miembros del partido y para los obreros que siguen de cerca la dirección del partido, están llenas de todas las experiencias vitales del pasado. Pero para las masas más atrasadas estas formulaciones parecen descender de lo alto, cogiéndolas a menudo completamente por sorpresa. Para comprenderlas como propias, las masas tienen que acercarse a ellas paso a paso, a través de su propia experiencia. Y aquí hay un puente entre la experiencia fragmentada, parcial, inadecuada y aún no pensada del obrero (y no del obrero en general, sino del obrero o grupo de obreros en particular), digo un puente entre esta experiencia y las formulaciones políticas, instrucciones y directivas del partido; ¡uno de los puentes más importantes entre ambos es o debería ser el club obrero! Este es su significado básico. Todo lo demás se deriva de esto.

A Pedro el Grande se le atribuye la autoría de una frase que creo (aunque no lo he comprobado) que tomó prestada de escritores militares anteriores. Dijo: “El manual de armas tiene los procedimientos escritos, pero no los detalles de tiempo u ocasión”. Es decir, cuando un soldado inexperto toma el manual en sus manos, las reglas generales sobre qué hacer en diversas situaciones de combate le sonarán como órdenes abstractas que cuelgan en el aire sobre su cabeza, como una verdad revelada ante la que debe arrodillarse. Para entender algo, hay que ponerlo en práctica y probarlo con la propia experiencia. En el manual no hay “detalles de tiempo u ocasión”, como dijo Pedro el Grande, es decir, no hay términos concretos ni especificaciones o condiciones para aplicar las reglas generales. La tarea básica en la formación e instrucción militar es desarrollar la capacidad de la persona para combinar las órdenes reglamentarias con los tiempos y ocasiones concretas. El camino social y educativo del club obrero va en la dirección opuesta, desde los “detalles de tiempo y ocasión”, es decir, desde las circunstancias concretas y específicas que experimenta el obrero individual, el grupo de obreros, toda la planta o todo el distrito, hasta el reglamento del libro, es decir, las lecciones y normas generales de conducta y funcionamiento que incumben a la clase en su conjunto.

El club obrero no tiene, por supuesto, su propia política, ni extrae sus propias generalizaciones. Las obtiene del partido, cuyas funciones creativas alimenta con su propia experiencia. El club ayuda a los obreros que atrae a su órbita a reflexionar sobre sus experiencias y a asimilarlas de forma crítica. En el tercer congreso de la juventud, Lenin dijo: "… el comunismo se convertiría en una palabra vacía, sólo en un rótulo, y un comunista sólo en un fanfarrón, si no comprendiese y asimilase todos los conocimientos adquiridos."[68] Pero cómo ¿digerirlo todo? Sobre la base de la experiencia personal y la del grupo que le rodea, del que forma parte, y la del club en su conjunto. El club obrero es un puente desde la vida cotidiana del obrero u obrera hasta la vida ciudadana, es decir, hasta la participación consciente en la labor constructiva del estado, del partido o de la profesión a la que se pertenece. Pero el club no deja de lado a la persona obrera que ya se ha incorporado a la labor del colectivo a través de un sindicato, una organización soviética o el partido. Ayuda a esas personas, ya despiertas, a elevar aún más sus requisitos cívicos y revolucionarios. Si el club obrero puede llamarse escuela, es una escuela de conciencia cívica, una escuela para elevar los requisitos de uno como ciudadano.

Pero no sólo las cualidades cívicas. El avance cultural es impensable sin una elevación del nivel de formación de nuestros obreros en materia de habilidades técnicas, sin la inculcación del impulso de adquirir calificaciones como altamente capacitado, sin el desarrollo del orgullo profesional. Precisamente porque el comunismo no es un principio abstracto ("¡Arrodíllate, eso es todo!"), sino un método para construir un nuevo mundo procediendo de manera práctica sobre la base del mundo existente, precisamente por eso no se puede hablar seriamente de socialismo si, al mismo tiempo y por todos los medios, no se hace un esfuerzo para lograr la condición previa fundamental para el socialismo, es decir, aumentar la productividad del trabajo en nuestro país.

No hay que cerrar los ojos a lo que existe; los comentarios de los obreros comunistas extranjeros sobre la producción en nuestro país no son siempre reconfortantes, ni mucho menos: seguimos trabajando de forma poco hábil, floja, lenta, etc. Conservando la jornada de ocho horas como base sólida para el desarrollo cultural del proletariado, debemos alcanzar un nivel mucho más alto de productividad laboral. Inculcar el deseo de convertirse en un obrero productivo altamente cualificado es una de las tareas del club obrero, tarea en la que trabaja en estrecha relación con el sindicato. Por lo tanto, el curso que hemos tomado hacia el desarrollo de buenos ciudadanos revolucionarios altamente calificados está inextricablemente ligado a nuestro curso hacia el desarrollo de buenos obreros productivos altamente calificados.

Ustedes saben que en Europa occidental (y en parte también era cierto para nosotros aquí) un cierto sector de los obreros altamente cualificados (y en algunos países es un sector bastante considerable) tiene la tendencia a considerarse una aristocracia; se apartan del resto de su clase y sirven de base de apoyo a los socialdemócratas, a los mencheviques e incluso a elementos más derechistas, como en Estados Unidos. Si suponemos que algo así es posible en nuestro país, significaría una negligencia desastrosa en la esfera de la educación de la clase obrera, ya que, para nosotros, que un obrero esté altamente cualificado significa que debe estarlo en todos los sentidos, es decir, no sólo productivamente, sino también políticamente; y ese tipo de cualificación debería ser la primera prioridad en la labor de elevar el nivel de cualificación de la clase obrera en su conjunto, Por esta razón, la cuestión de desarrollar una inclinación entre los elementos avanzados de la clase obrera hacia el aumento de su propio valor productivo, hacia la comprensión de la economía en su conjunto, así como el dominio de las habilidades de

[68] V. I. Lenin, *Obras Completas,* Tomo XXXIII, Akal Editor-Ediciones de Cultura Popular, Madrid, 1978, página 428.

producción en sus propios puestos de trabajo, es una de las tareas más importantes que enfrenta el club obrero.

Y esta tarea, obviamente, no puede llevarse a cabo por medio de la moralización. En general, este método no lleva a ninguna parte. El problema puede ser resuelto, o más exactamente, puede llegar a ser solucionable, por medio de atraer a los obreros altamente calificados a las discusiones en los clubes, obreros que al mismo tiempo son comunistas altamente cualificados, y despertando en ellos sentimientos de honor profesional y orgullo productivo, que estarán directamente vinculados con la cuestión del éxito de toda nuestra economía socialista.

He dicho (y esto es elemental para todos nosotros) que el leninismo no es una colección de verdades, que requiere una obediencia ritual, sino un método de pensamiento, que requiere una aplicación continua en la práctica. Pero eso no significa, por supuesto, que el leninismo se aprenda de forma puramente empírica, sin teoría ni libros. Necesitamos libros y el club obrero necesita libros para estudiar el leninismo. Una resolución del decimotercer congreso de nuestro partido habla de esto: "Se debe asignar un lugar prominente en el trabajo general de los clubes a la propagación del leninismo. Uno de los instrumentos de nuestra propagación debe ser la biblioteca del club, para la cual es necesaria una selección adecuada de libros".

Permítanme decir sin pelos en la lengua que la selección debe entenderse aquí en el sentido de seleccionar, ya que ha aparecido un número incontable de libros sobre el tema del leninismo, y no todos tienen el mismo valor. No es fácil escribir sobre el leninismo. Muchos de los folletos redactados apresuradamente se desechan como si fueran cáscaras vacías, mientras que los más valiosos aún deben ser reelaborados en el futuro. La selección rigurosa de estos libros para el uso del club obrero es una cuestión muy crucial, que sólo debería resolverse mediante el esfuerzo colectivo de los trabajadores del club y de la biblioteca.

Por cierto, me gustaría hacer una advertencia en este punto contra un error que se encuentra bastante extendido ahora, es decir, una actitud incorrecta hacia lo que se llama la calidad popular de un libro. Naturalmente, hay que escribir con la mayor sencillez posible, pero no en detrimento de lo esencial del tema, ni con una simplificación artificial del mismo, ni pasando por alto aspectos importantes del mismo. La exposición debe corresponderse con el tema. Puesto que deseamos elevar la cualificación teórica y de otro tipo de los obreros avanzados mediante el trabajo del club obrero, debemos llevarlos a la esfera de los intereses ideológicos altamente complejos. Aquí es necesario estudiar. Hay libros que llegan a uno tan fácilmente como el agua para beber, pero también fluyen como el agua, sin alojarse en la conciencia. Estudiar el leninismo es un gran trabajo y, por lo tanto, no se puede abordar de manera superficial o ligera; en el campo del leninismo, más bien hay que abrirse camino empuñando pico y pala. Por supuesto, no todos los libros son útiles para todos. Debe haber una correlación entre la experiencia personal del lector, su nivel general de desarrollo y sus capacidades, por un lado, y el nivel de cobertura del leninismo que ofrece el libro, por otro lado. Pero no se puede adoptar la actitud de que el leninismo puede ser presentado en una forma que puede ser comprendida sin ninguna dificultad por cualquiera. Lo que puede ser captado sin ninguna dificultad es generalmente inútil, independientemente del tema. Naturalmente, un estilo popular es una de las exigencias más importantes que debemos plantear a todos los que escriben para la clase obrera, pero sería ingenuo suponer que la forma de presentación puede superar todas las dificultades inherentes al fondo de una cuestión.

¿Qué constituye un tipo de divulgación saludable? Una en la que la exposición se corresponde con el tema. *El Capital* no puede ser escrito en un estilo más popular que el que utilizó Marx, si se quiere tratar el tema en toda su profundidad. La obra filosófica de

Lenin sobre el empiriocriticismo tampoco puede desarrollarse en un estilo más popular que el de Lenin. ¿Cuál es la solución? Llegar a estos libros a través de una serie de pasos intermedios; ésta es la única manera de llegar a comprenderlos; no hay ni puede haber otra manera. Engels luchó en sus últimos años contra un prejuicio que tiene cierta relación con esto, el prejuicio bastante extendido sobre los extranjerismos.

Naturalmente, amontonar una palabra extranjera encima de otra, especialmente las que se usan raramente, es un manierismo completamente innecesario. Peor aún son las palabras incomprensibles de fabricación propia, como ciertas palabras soviéticas de tres y cuatro elementos que abarrotan inútilmente el texto de nuestros periódicos y que no se encuentran en ningún diccionario extranjero. Las abreviaturas son aceptables cuando se conocen y se entienden. También hay abreviaturas y palabras compuestas que son apropiadas para una cancillería o una oficina gubernamental, pero que, en los periódicos o libros de uso general, simplemente estorban. Y a la inversa, hay palabras extranjeras, términos científicos, que son necesarios para los obreros. Debe haber un diccionario en el club, y el director del club debe ser un trabajador cualificado; él mismo debe estar avanzando, estar estudiando, y estar haciendo avanzar a los demás con él. Pero no se puede crear una literatura sólo para obreros que esté separada por una muralla china del resto de la literatura, la que utiliza una determinada terminología que incluye palabras extranjeras. Hay que ampliar el vocabulario del trabajador, porque el vocabulario es el kit de herramientas del pensamiento La ampliación del vocabulario activo del obrero es también una de las tareas del club.

Asistencia al club

Llegamos ahora a la cuestión de la frecuencia en la asistencia al club obrero. La tarea principal del club obrero, como ya he dicho, es servir de puente desde la experiencia personal fragmentaria de la vida (ya sea en la producción, en la familia o en cualquier otro lugar) hasta las ideas generalizadas del leninismo, es decir, hasta las consignas y directivas del partido comunista. Esto es posible sólo si esta experiencia fragmentaria de la vida se reúne en un todo único en el club, y esto a su vez puede lograrse sólo si, en general, hay una reunión en el club, es decir, si la gente viene a él. [*Risas*]

Esta es una condición previa absolutamente indispensable, y como ustedes saben, no siempre se realiza en la vida. Recibí algunos documentos y materiales muy valiosos de los camaradas que trabajan en el ámbito de los clubes obreros (en Glavpolitprosvet), en particular algunas estadísticas sobre el trabajo de los clubes. Estas son muy incompletas, como todas nuestras estadísticas soviéticas en estos momentos, pero incluso así ofrecen algunas indicaciones interesantes. En la Unión Soviética tenemos unos 2.500 clubes obreros. De ellos, 561 clubes han enviado informes sobre los índices de asistencia. No creo que nos equivoquemos si expresamos la sospecha de que no son los clubes que van peor los que envían los informes, sino los que no tienen, digamos, demasiada vergüenza para mencionar la asistencia.

El resumen estadístico indica que si se divide el número total de visitas entre 561 (el número de clubes que han enviado el informe) la media obtenida es de trece visitas por día. Sí, en total, ¡se obtienen trece personas por día! Si ahora suponemos que el resto de los clubes obreros no lo han hecho peor (y eso sería una suposición demasiado generosa, ya que, repito, los clubes que enviaron informes eran probablemente los que tenían los mejores registros de asistencia) y si proyectamos nuestra cifra media a todos los 2.500 clubes aproximadamente, obtenemos un total de unas 33.300 personas al día, o un millón de visitas al mes, o 12 millones al año. No vamos a multiplicar más en unidades de tiempo mayores.

Este número de visitas (12 millones) es a primera vista bastante gratificante, pero lo que nos interesa realmente es el número de personas que realmente entran en el ámbito de los clubes obreros. Por supuesto, si suponemos que tenemos 12 millones de personas, eso significaría que cada una de ellas visita el club sólo una vez al año. Y quien visita un club una vez cada doce meses, en realidad no lo visita en absoluto. Supongamos que por término medio hay una visita por persona cada mes (¡no es muy frecuente!) entonces nos encontramos con que en todos los clubes juntos participan un millón de personas, en total.

En la vida real, las cosas son bastante diferentes. Probablemente hay entre trescientos y cuatrocientos mil que van a los clubes obreros con frecuencia, dos o tres veces a la semana; luego hay doscientos o trescientos mil que van de media una vez a la semana; y luego un cierto número que se pasa por el club una vez al mes; e incluso después de eso, habría un número bastante grande que se pasa por el club de vez en cuando, por casualidad, con alguien conocido, etc. Pero, por término medio, seguiría habiendo un millón de personas, calculando una visita por persona al mes.

Por supuesto, se trata de una cifra muy baja, terriblemente baja. Hay que tener siempre presente esta cifra, no como un reproche a los que trabajan en los clubes obreros, ni mucho menos, sino como una indicación del alcance todavía extremadamente limitado de nuestra labor cultural. Es el mismo tipo de estadística que las que describen el nivel de alfabetización en nuestro país, o el número de niños que no pueden ser educados por la falta de escuelas, y otras cifras lamentables.

Estas cifras nos indican que aún queda mucho, mucho más por hacer de lo que se ha hecho hasta ahora. La cuestión de ampliar el alcance del club obrero, de aumentar su atractivo para las masas, está ligada de la manera más íntima a la totalidad de nuestra labor cultural.

Pero creo que hay una condición que debe ser considerada especialmente como un factor de excepcional importancia. Sin un planteamiento correcto de esta cuestión no encontraremos el camino, ni siquiera hacia los demás aspectos del problema de la expansión de la influencia de los clubes obreros. Se trata del carácter voluntario club.

Ni el más mínimo indicio de obligatoriedad

El decimotercer congreso del partido dijo sobre este punto: “El club obrero debe organizarse sobre la base de la afiliación voluntaria, lo que garantiza la máxima participación activa e interesada de sus miembros.” Por supuesto, no hay coacción en este ámbito, al menos ninguna coacción obvia o abierta; pero pueden surgir formas de coacción involuntarias, indirectas, ocultas. Y bajo las circunstancias a las que nos enfrentamos, este problema es la clave de todos los demás.

Camaradas, la clase obrera tiene ante sí el estado, el partido, los sindicatos, las cooperativas, así como los clubes y demás. Por su propia naturaleza, el estado es un órgano de coacción, y en la época de la revolución (especialmente en los momentos difíciles de esta época) es un órgano de coacción muy estricto. Todavía no hemos olvidado que pasamos por el comunismo de guerra. Y si se trata de salvar a la república de los enemigos exteriores en condiciones onerosas, no prometemos no volver a recurrir al comunismo de guerra.

El estado es un aparato de coacción. No puede ser de otra manera. A diferencia del estado, el partido es una organización voluntaria de correligionarios. Pero nuestro partido tiene la dirección del estado; su destino está estrechamente ligado al destino de este estado. Por lo tanto, en el papel y la actividad de nuestro partido también intervienen inevitablemente ciertos elementos de coerción.

Las organizaciones sindicales abarcan una masa más amplia que el partido. No imponen condiciones previas para la afiliación más allá de la general de lealtad de clase.

Pero los sindicatos también participan directamente, y desde una posición de liderazgo, en la regulación de las condiciones materiales de los obreros. A través de los comités de fábrica, los sindicatos desempeñan en la práctica un papel muy importante en la vida de la fábrica. Un elemento, sin duda no de mando absoluto, pero sí un cierto elemento de poder, es válido también para los sindicatos. Por supuesto, el hecho de que este elemento de poder se perciba con ligereza o con dureza depende de la habilidad, tacto y corrección de la línea del comité de la fábrica y del sindicato en su conjunto; pero aun así el elemento existe y es inevitable.

La situación del club obrero es muy diferente. Aquí es donde los elementos de poder, de dar órdenes y de transmisión de instrucciones, no pueden ni deben estar presentes bajo ninguna condición. Aquí volvemos a lo que empecé: el leninismo no es un principio impuesto desde fuera, como si dijera "Aquí está la verdad; arrodíllate ante ella". No, eso no es leninismo. Todos los obreros (y en este caso todos los miembros del club) deben tener la oportunidad de proceder a partir de su propia experiencia y abrirse camino hacia el leninismo.

El club obrero no es una organización para transmitir instrucciones, y mucho menos es una organización para afirmar la autoridad, en absoluto. Cualquier indicio de ello dentro del club o a través de él, lo destruiría. La escuela es obligatoria, pero el club es libre. Dentro del club obrero debe reinar el principio de voluntariedad total e incondicional. Si el obrero observa una actitud de mando en el director del club o en su junta administrativa, aunque sea en el más mínimo grado, ese es un error crucial y peligroso que debe corregirse.

¡Ni una pizca de coacción! ¡Ni una pizca de coerción! ¡Nada de dar órdenes! Ni siquiera una pizca de orden.

Hay que decir sin tapujos que, si los obreros que han llegado al club desde la fábrica perciben la más mínima presión administrativa, se irán a las primeras de cambio a la taberna, ¡y tendrán razón! Cualquier obrero mínimamente consciente sabe lo necesaria que es la disciplina de hierro en un país revolucionario rodeado de enemigos por todas partes. Está dispuesto a hacer sacrificios a lo largo de los frentes militares y a lo largo de las líneas de producción cuando los esfuerzos colectivos son necesarios para defender el país. Pero cuando acude al club obrero (para intercambiar experiencias) debe poder sentir que está entre iguales, que las cosas se le explican de forma amistosa y que se tendrá en cuenta su falta de conocimientos de forma atenta, pero sencilla y sin pretensiones, que nadie le dará órdenes, que nadie se burlará de él, que no habrá ni un atisbo de presión externa, que podrá sentirse como en casa y respirar libremente.

Hoy en día, en nuestro país existen, o se están creando, muchas asociaciones organizadas de forma voluntaria: la organización Abajo el Analfabetismo, una sociedad de ayuda a los niños sin hogar, una de ayuda a las víctimas de la revolución mundial, Vozdujoflot [una sociedad de voluntarios para promover la creación de una fuerza aérea], Dobrojim [una sociedad de voluntarios para promover la industria química y la química militar]; también se habla de una sociedad para promover el cine, una sociedad para las nuevas condiciones de la vida cotidiana, etc., etc.

No siempre se cumple el principio de utilizar sólo voluntarios. Muy a menudo se reduce la cosa a una selección más bien formal, o a una asignación virtual de un grupo de obreros a un nuevo puesto de trabajo. Esto es desaconsejable y no debería permitirse. Si realmente queremos que tengan una función educativa estas asociaciones deberían liberarse sin reservas de cualquier cualidad obligatoria, directa o indirecta, no porque dicha obligatoriedad sea onerosa, sino más bien porque podría pasar desapercibida.

Tomemos el ejemplo de Dobrojim. Elijo esta organización intencionadamente porque es una de las más recientes y más especializadas. He discutido este tema con varios

directores de clubes en una pequeña conferencia y me he encontrado con un acuerdo total por su parte. Al hablar de Dobrojim no nos apartamos del tema del trabajo de los clubes, como pronto verán ustedes. Uno está relacionado con el otro de la manera más estrecha posible. Estamos creando Dobrojim como una asociación para la promoción de la industria química y la química militar. ¿Cómo debe crearse? Si tomamos el camino de asignar cuotas a las fábricas, de detallar "voluntarios" para este trabajo, no saldrá nada. Naturalmente, es posible elegir a varias personas en una asamblea general, a propuesta del comité de fábrica o de la célula del partido, y llamarlas el núcleo de Dobrojim. Entonces todo parece bien en las estadísticas, pero en la realidad ¿qué harán? Yo no lo sé, ustedes no lo saben, y ni ellos mismos a veces lo saben. [*Risas*]

La cuestión es buscar en la fábrica personas que realmente se interesen por estos temas y llevarlas al trabajo. Cada planta y cada taller tiene seguramente una enorme variedad de tipos de personalidad individual. ¿Qué tipo es el que más captamos? Principalmente el obrero revolucionario o el administrador. Eso nos lo exige la época en que vivimos, el carácter de nuestros tiempos, las tareas que tienen ante sí el partido, los sindicatos y el gobierno.

Pero entre las masas trabajadoras hay muchos elementos que son muy valiosos a su manera, pero que son políticamente menos activos que los demás. Hay obreros que están absorbidos por la producción como tal, que están atrapados en su propia especialidad, que quieren avanzar en su línea de trabajo, para elevar su propio nivel de cualificación, y que leen y estudian sobre sus respectivas áreas de trabajo. Hay obreros que tienen un gran interés por las materias científicas y técnicas, incluida la química. Esos son los que hay que encontrar y atraer al trabajo.

Supongamos que estamos en una fábrica donde hay cinco mil obreros. Encontremos, para empezar, tres obreros que se interesen por la química por sí mismos. Eso es incomparablemente mejor que si una asamblea general, a propuesta del comité de la fábrica, propone que varios obreros populares se conviertan en expertos en química, obreros que ya están inundados de actividades. Este camino no lleva a ninguna parte; las personas así nombradas se olvidan al cabo de un mes o medio año; y las plazas quedan sin cubrir.

Pero si un obrero tiene un vivo interés por la química (y los hay en todas las fábricas), las cosas se asientan sólidamente. ¿Cómo se pueden encontrar esos obreros? A través del club y la biblioteca: sólo allí se expresan sus intereses individuales en el tipo de libros que seleccionan, en su conversación, en el tipo de conferencias que van a escuchar.

A medida que las tareas de los asuntos públicos se vuelven más complicadas, y cada vez más diferenciadas, es necesaria una cuidadosa selección individual de los trabajadores, tanto para los trabajos grandes como para los pequeños. Sólo así puede la fábrica seleccionar de su propio seno fracciones activas para las diversas organizaciones públicas voluntarias. Este tipo de selección individual de los obreros y el desarrollo posterior de sus cualificaciones según el tipo de intereses que tienen, según su artillería intelectual, sólo puede garantizarse (bajo la supervisión del partido y de los sindicatos) con clubes que funcionen adecuadamente y de forma amplia. Todas estas asociaciones deben, a su vez, asociarse a través de los clubes, intercambiar experiencias a través de los clubes y elevar así sus calificaciones cívicas y también otras.

El club y la taberna

He indicado, camaradas, que, si el obrero percibe un elemento de coacción en el club, aunque sea de forma indirecta, irá en su lugar a la taberna. Pero también ocurre a veces que la taberna viene al club. [*Risas*]

Sé que ésta es sólo una parte de una cuestión amplia y difícil, y no pretendo plantear en este momento la cuestión del alcoholismo y la lucha contra él en todas sus ramificaciones, aunque creo que pronto tendremos que tratar esta cuestión de forma exhaustiva, pues está muy ligada al destino de nuestro trabajo económico y cultural.

Pero me referiré a la parte del problema relacionada con los clubes, y en primer lugar relataré un pequeño incidente que realmente me impactó y que, me parece, debemos dar a conocer para llegar así a la verdad de la situación con mayor exactitud. Este incidente tuvo que ver con un club llamado Palacio del Trabajo Lenin y con la cuestión de un mostrador de comida. Esto es lo que me dijo el camarada Shagaev al respecto (lo he escrito palabra por palabra): ¡La concesión del mostrador de comida ha sido otorgada a un particular! ¿Por qué? Porque la organización cooperativa y Narpit[69] *se negaron a montar un mostrador si no vendía cerveza*.

El club supo defender sus propios intereses y contrató a un particular para que montara el mostrador; esta persona cobra los precios de la MSPO [MSPO, la principal cooperativa de consumo], hace un descuento del 20% a los socios del club y paga al club un alquiler de setenta rublos de oro al mes. Este es un pequeño incidente, pero tiene una enorme importancia.

Un club de obreros quiere montar un mostrador de comida. ¿A quién recurre? A la cooperativa y a Narpit, es decir, a organizaciones de carácter público. ¿Y qué dice la cooperativa? No lo haremos sin cerveza; no es rentable. ¿Qué dice Narpit? No lo aceptaremos si no hay cerveza: perderemos dinero. ¿Qué hace el club? Cede su negocio a un particular, que vende a los miembros del club a precios un 20 por ciento más bajos que los controlados por el gobierno, paga un alquiler de 70 rublos oro al mes y, debemos suponer, sigue obteniendo beneficios.

Camaradas, que la cooperativa y Narpit, o sus agencias involucradas en este caso, decidan de forma tan impermisible seguir el camino de la menor resistencia, empujando al club en la dirección de convertirse en una taberna, esto es una gran vergüenza y escandaloso. Si el club puede atraer a la gente simplemente ofreciendo cerveza, entonces no hay necesidad de preocuparse por nada más. Sólo hay que atrapar al obrero con el anzuelo de la cerveza (no sé si se puede hablar propiamente de "anzuelo de la cerveza", ya que la cerveza es un líquido; aun así, la cerveza funciona tan bien como cualquier anzuelo), atraparlo y arrastrarlo. Entonces, ¿para qué está el club? Esto deja al club totalmente al margen. ¿Cuál es el trabajo de la organización cooperativa? Aprender a manejar un mostrador de comida a precios bajos, para obtener un poco de ganancia y apoyar al club. Pero no, nos dicen, ¿para qué esforzarse y complicarse la vida (¡eso sería actuar como un mezquino comerciante privado!)? De todos modos, ¿para qué existe la cerveza? Vende cerveza y tu negocio está garantizado sin muchos problemas. Este es el camino de la menor resistencia, que es igualmente inadmisible para el club obrero y para la organización cooperativa, porque pone todo el negocio en una situación comprometida y es totalmente destructivo.

Este ejemplo es tanto más llamativo cuanto que el comerciante privado demostró que se puede prescindir totalmente de la cerveza. Por cierto, no sé qué proporción de la cifra de 12 millones de visitas a los clubes al año, que hemos calculado, debe atribuirse a las visitas para comprar cerveza. En cualquier caso, está claro que un mostrador de comida con cerveza puede mejorar las estadísticas de asistencia. [*Risas*]

Hay quien dice: bueno, después de todo, esto no es tan terrible. Hay una regla para manejar estas situaciones: no permitir que cada persona beba más de dos botellas de

[69] Narpit era la abreviatura de *Narodnoe pitanie* (Comida para el pueblo), una organización especial para promover los comedores públicos, especialmente de las fábricas, con el apoyo de los sindicatos, el gobierno y las y las sociedades cooperativas.

cerveza en el mostrador de comida. Una regla sabia (¿quién puede negarlo?) y, sin embargo, no sé cómo puede asegurarse que se cumpla. Lo más probable es que haya que controlar a cada miembro del club con un manómetro para medir la presión del vapor de la cerveza. [*Risas*] Pero un manómetro es un juguete bastante caro y difícilmente está al alcance de nuestros clubes. Además, sospecho que hacer cumplir la regla de las dos botellas causaría a los directores del club demasiados problemas, de los que ya tienen bastantes.

Por supuesto, es posible atraer a las masas al club ofreciendo cerveza, pero alejarlas de la taberna con la ayuda de la cerveza equivale a expulsar al diablo con la ayuda del viejo Nick. [*Risas*] Esto no traerá muchos beneficios culturales y, además, simplemente disfraza el hecho de que el club obrero es incapaz de atraer a las masas por sí mismo, y eso es lo peor de todo. No es por consideraciones morales abstractas por lo que debemos luchar contra el hecho de basar nuestros clubes en la cerveza, sino precisamente porque debemos inspirar al club, en primer lugar, para que atraiga a las masas por sus propias cualidades individuales y no por medio de la sustancia que Tolstoi tenía en mente cuando dijo: "De ahí se pueden obtener todas y cada una de las cualidades."

Campañas conmemorativas y problemas de la vida cotidiana

La gente puede sentirse atraída por el club obrero si hay vida en él, y la vida significa digerir las experiencias cotidianas en sus formas más grandes e importantes. Desde este punto de vista, no se puede sino saludar con satisfacción la resolución del último congreso del partido, resolución que eliminó, o al menos modificó, uno de los elementos burocráticos del trabajo del club obrero: las innumerables campañas conmemorativas de fechas del calendario.

Esto es lo que decía la resolución del congreso sobre este punto: "Al recortar el número de campañas, reduciéndolas sólo a las más importantes, es necesario arrojar luz de forma constante e incansable sobre los acontecimientos políticos internacionales y nacionales más importantes como parte del trabajo en curso."

El camarada Sujanov, jefe de uno de los clubes más grandes de Moscú, me ha mostrado la lista de fechas que se supone que se conmemoran con campañas, y uno no puede evitar decir: aquí los muertos eclipsan a los vivos, y el pasado lastra la capacidad de respuesta del presente.

Esto puede verse de forma especialmente vívida en un caso, que citaré para mostrar la necesidad de hacer algunos cambios en el calendario de conmemoraciones de los clubes. Un papel importante en la vida de los clubes obreros lo ocupa, como saben, la Comuna de París. Por supuesto, la Comuna de París fue un acontecimiento de gran importancia histórica[70]. Pero todo es relativo: la Comuna de París figuraba mucho más en la historia antes de octubre que después. Además, desde octubre ha habido acontecimientos de excepcional importancia que hemos ignorado. En Italia tuvieron su propia Comuna italiana en septiembre de 1920, que terminó con la derrota y la victoria

[70] Comunas de París y Lyon, en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria.

del fascismo.[71] En marzo de 1921 tuvo lugar un heroico levantamiento en Alemania[72]. Finalmente, el año pasado se produjo en Alemania el poderoso movimiento revolucionario del proletariado, que terminó en la más cruel de las derrotas, una derrota sin batalla.[73]

Nosotros, los de la vieja generación, nos preparamos hasta cierto punto para octubre sobre la base de la historia de la Comuna. Naturalmente, todo revolucionario que tenga alguna formación, y todo joven obrero que esté estudiando, debe tener alguna noción de la Comuna de París. Pero es incomparablemente más importante para un comunista de hoy, y para un joven obrero que se está educando como comunista, conocer y entender las razones de la derrota del levantamiento revolucionario del proletariado italiano en septiembre de 1920, de la derrota del levantamiento revolucionario del proletariado alemán en marzo de 1921 y, finalmente, de la derrota del colosal movimiento revolucionario sin precedentes del proletariado alemán durante 1923. Y si se trata de elegir entre la Comuna de París y el movimiento revolucionario del proletariado alemán del año pasado, hay que votar con las dos manos por el año pasado. ¿Por qué? Porque esto proporciona una orientación viva en los acontecimientos del día. Incluso en el caso de los jóvenes obreros, si tienen ante sus ojos los indicadores de la revolución de octubre, del levantamiento italiano, del levantamiento de marzo en Alemania y del movimiento revolucionario del año pasado en Alemania, tendrán una perspectiva del movimiento mundial actual, sentirán el ritmo de los acontecimientos, mirarán con más firmeza, confianza e inteligencia el desarrollo ulterior de la revolución y comprenderán las condiciones en las que ésta puede resultar victoriosa o derrotada.

Pero no basta con acercar el calendario de las conmemoraciones del club a la actualidad. Es necesario estar a la altura de los acontecimientos y las necesidades del presente. Aquí llegamos a cuestiones de la vida cotidiana. Según tengo entendido, vamos a tener un informe del camarada Pletnev sobre este tema.[74] Por lo tanto, me limitaré a

---

[71] Desde el final de la Primera Guerra Mundial, el movimiento revolucionario en Italia creció, y en septiembre de 1920 los obreros tomaron las fábricas e industrias. Los socialdemócratas se asustaron y retrocedieron. El proletariado se quedó sin liderazgo. En noviembre, con la primera gran manifestación fascista, los líderes socialdemócratas esperaban recuperar la confianza de la burguesía contra los fascistas, y no llamaron a los obreros a resistir a las bandas de Mussolini. Pero la burguesía se pasó a los fascistas. En el último momento, los socialdemócratas convocaron una huelga general, pero los trabajadores, desmoralizados y confusos, no respondieron y los fascistas pudieron consolidar su poder. Esta evolución se explica en la sección "Las lecciones de la experiencia italiana", dentro del capítulo "¿Y ahora? Problemas vitales del proletariado alemán", en *La lucha contra el fascismo (y anexos),* 2ª edición, Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS), página 104 y siguientes del formato pdf.

[72] En marzo de 1921, el Partido Comunista Alemán hizo un llamamiento a la insurrección armada para tomar el poder, en relación con las luchas en los distritos mineros del centro de Alemania contra la reacción socialdemócrata. La acción fue aplastada al cabo de dos semanas. El III Congreso de la Comintern repudió la acción y la teoría de la "galvanización" de los trabajadores presentada por los ultraizquierdistas. [Ver en "Tesis sobre la táctica", en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones*, dentro de nuestra serie Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales.

[73] A finales de 1923 se produjo una situación revolucionaria en Alemania debido a una grave crisis económica y a la invasión francesa del Ruhr. Una mayoría de la clase obrera alemana se volcó en el apoyo al partido comunista. Pero la dirección del PC vaciló, perdió una oportunidad excepcionalmente favorable para llevar a cabo una lucha por el poder, y permitió a los capitalistas alemanes recuperar su equilibrio antes de que terminara el año. La responsabilidad del Kremlin por esta oportunidad perdida fue uno de los factores que condujeron a la formación de la Oposición de Izquierda rusa a finales de 1923.

[74] Valerian F. Pletnev (1886-1942) fue miembro del Partido Bolchevique desde 1904. Desde diciembre de 1920 hasta 1932 fue presidente del Comité Central de Proletkult. En febrero de 1921 fue también del Glavpolitprosvet. Sus artículos de 1922 en *Pravda* fueron atacados tanto por Krúpskaya como por Lunacharsky.

decir algunas palabras sin entrar en profundidad, para poder polemizar con él un poco más adelante, en el plano de la teoría y de los principios.

Camaradas, en el ámbito de los problemas cotidianos tenemos dos puntos de vista extremos, que, imagino, serán superados con el tiempo. Estos son, por un lado, la *indiferencia hacia los problemas de la vida cotidiana*, que se esconde detrás de varios argumentos, y que a veces incluso se muestra abiertamente, y las *fantasías sobre la vida cotidiana*, por otro lado. A veces estos dos extremos se llevan bastante bien. La indiferencia ante los problemas de la vida cotidiana, como he dicho, a veces trata de justificarse teóricamente en líneas como ésta: ¿Por qué deberíamos preocuparnos por los problemas de la vida cotidiana? Al fin y al cabo, las costumbres y los hábitos cotidianos son superestructurales, pero la base consiste en la producción económica. Cuando la economía cambie, todo lo demás cambiará automáticamente... Esto suena terriblemente marxista. Pero en realidad es terriblemente ignorante. [*Risas*]

Todas las superestructuras surgen sobre la base económica, y si se razona así, no tiene sentido estudiar la política, ya que la política también surge sobre la base de la producción. Pero la cuestión es que sin la política no se cambiará la base, porque es la política el instrumento para cambiar la base económica. Lo mismo ocurre con la vida cotidiana: las costumbres y los hábitos se configuran sobre la base de una determinada forma de producción, pero tienen la característica de ir por detrás de los cambios en la economía, y es necesario impulsarlos con un látigo revolucionario. Y si la revolución está en el poder, puede hacerlo por medio de la presión organizada, por el poder del ejemplo, a través de la propaganda, etc. Por supuesto, no podemos saltar por encima de nuestra base económica y crear una especie de falansterios ideales en nuestro actual estado de pobreza, pero construir las condiciones económicas previas para tales comunas es algo que debe hacerse. Esa es precisamente la tarea. El extremo opuesto, fantasear sobre los problemas cotidianos, equivale a querer correr más allá de lo económicamente posible o a caer en abstracciones en general, a apartar el pensamiento de las posibilidades económicas reales y a sustituir el trabajo social colectivo hacia la transformación de la vida cotidiana por la moralización individual, es decir, por inyectar por separado a los individuos principios precisos sobre cómo ser un ser humano mejor, un método que suele resultar poco útil.

Conozco tres intentos de establecer una Sociedad de Amigos de la Nueva Forma de Vida… En mi opinión, el propio nombre es desafortunado; puede dar una dirección equivocada al pensamiento de la gente. Sería mucho más modesto decir Sociedad para la Mejora de los Hábitos de Vida Proletarios. Entonces el nombre no cedería tanto en la dirección de crear "cultura proletaria".

Como digo, conozco tres intentos: uno, llevado a cabo en Moscú, nació absolutamente muerto. Se emitió una proclama, pero no obtuvo respuesta, y eso fue correcto y adecuado, pues ¿qué había que responder? [*Risas*] En segundo lugar, recibí una carta de Járkov sobre una Sociedad de Amigos de la Nueva Forma de Vida, aparentemente de algunos jóvenes camaradas que están inspirados por las mejores intenciones, pero que son algo culpables, me temo, de fantasías idealistas. El otro día recibí una carta similar de Kazán, también de jóvenes camaradas.

En Járkov la tarea que se planteó fue la de implantar la ética comunista, la estética, etc. Todo esto parecía estar planteado de forma demasiado general, de manera demasiado amplia e idealista. Cuando empecé a leer el programa, resultó que lo que querían decir con la ética comunista era la lucha contra la embriaguez, la dejadez, el lenguaje soez, etc. Son objetivos muy loables, pero el cartel de "ética comunista" abarca demasiado. Por que incluso un burgués culto podría encajar en un epígrafe como ese, uno al que no le gusta

la sociedad, y que casi nunca se emborracha o maldice en voz alta, al menos no en público. [*Risas*]

Ahora, en Kazán los jóvenes camaradas se han propuesto la tarea de la "organización científica de la vida". Así, sus iniciales organizativas fueron NOZh [Nauchnaya Organizatsia Zhiznzl, es decir, la palabra cuchillo. Me temo, camaradas, que no es muy buena idea que este tipo de NOZh caiga en manos experimentadas. [*Risas y aplausos*] Con esto no quiero condenar la iniciativa de los camaradas de Járkov y Kazán, en absoluto. Pero uno desearía que estas iniciativas se orientaran por un cauce más realista y práctico.

Incluso en el momento en que tuve ocasión de escribir por primera vez sobre este tema, en mi libro sobre los problemas de la vida cotidiana[75], expresé serias dudas: dije, por un lado, que sería una idea muy tentadora organizar una sociedad que se ocupara de la vida cotidiana, pero, por otro lado, dije que existía el peligro de que, sin tener el terreno sólidamente preparado bajo los pies, tal sociedad se desviara en la dirección de la fantasía visionaria. Y parece que eso es lo que está ocurriendo.

¿Con qué medios se puede revolucionar realmente la sociedad? Actuando directamente sobre sus elementos constitutivos. A través de Narpit, que crea comedores públicos. A través de las cooperativas de viviendas, que deben transformar los fundamentos domésticos de la vida cotidiana. A través de la organización de guarderías. A través de los clubes. A través de las bibliotecas. A través de organizaciones de voluntarios que asuman tareas culturales, por ejemplo, una sociedad de amigos del cine, si realmente queremos establecer algo que saque al cine del punto muerto. En otras palabras, no basta con organizarse en torno a la idea abstracta de "la nueva vida", sino que son necesarias toda una serie de organizaciones que se propongan tareas prácticas concretas en el ámbito de la vida cotidiana. Sólo así podremos revolucionar la vida.

Estas organizaciones prácticas y de propósito único no pueden acomodarse a las fantasías visionarias. En este trabajo, el parloteo no ayuda. Si eres Narpit, debes proporcionar alimentos, establecer instalaciones públicas para comer, y después de las palabras comprobaremos cuánta gente acude a tus comedores y cuán satisfecha está con lo que proporcionas. Si eres Narpit, y el Palacio de Lenin te pide que establezcas un mostrador de comida para ellos, no vayas a darles un ultimátum sobre la cuestión de la cerveza, o tendrás que tratar con nosotros. Lo mismo ocurre con las cooperativas.

Ya tenemos las principales herramientas para incidir en la vida cotidiana y transformarla. Estas herramientas son todavía débiles, hay que reforzarlas, desarrollarlas, ponerlas bajo control público y crear, junto a ellas, nuevos órganos especiales para incidir en otros aspectos de la vida cotidiana. Para aglutinar la experiencia aún fragmentaria de las organizaciones indicadas, hay que organizar, junto a todo esto y sobre esta base existente, una sociedad para la mejora de la vida, y quizás incluso una para "la nueva vida", pero no en la esfera vacía de la abstracción, sino sobre la base de las cooperativas, Narpit, casas comunales, etc. Y tal organización estaría compuesta por dirigentes, delegados y miembros de estas organizaciones e instituciones existentes.

En el trabajo de asimilación de la experiencia de las diversas organizaciones de la "vida cotidiana", el club obrero debe ocupar un lugar muy importante. El club reunirá entre sus cuatro paredes a personas que trabajan por separado en uno u otro campo de la vida cotidiana, ya sea a nivel de fábrica, de distrito o de ciudad; los reunirá para debatir e intercambiar opiniones sobre los problemas a los que se enfrentan. Aquí se formará la opinión pública, proporcionando un medio para el control y comprobación de todas las instituciones y empresas implicadas en la vida social cotidiana.

---

[75] *Problemas de la vida cotidiana (con anexos),* en estas mismas Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS).

Esta es, en mi opinión, la única manera realista de plantear la cuestión de la reorganización de la vida cotidiana. En esta línea superaremos tanto la indiferencia como la fantasía.

La propaganda antirreligiosa

Detengámonos una vez más en la cuestión de la propaganda antirreligiosa como una de las tareas más importantes en el ámbito de la vida cotidiana. También aquí cito la resolución del decimotercer congreso. Es breve: "Debe prestarse considerable atención a la propaganda que promueve las ciencias naturales (propaganda antirreligiosa)". No recuerdo si este tipo de formulación se ha utilizado antes, poniendo la propaganda antirreligiosa entre paréntesis después de "propaganda que promueva las ciencias naturales"[76]. Incluso si lo fue, ahora se ha confirmado con autoridad. Esto constituye una exigencia de un enfoque nuevo y diferente para un viejo problema.

Bajo la benéfica influencia del impulso generado por su congreso, por el hecho mismo de su convocatoria, me he visto obligado a revisar una gran cantidad de material publicado que normalmente no habría tenido tiempo de revisar, en particular la revista satírica *Bezbozhnik* (Los sin Dios), donde hay una gran cantidad de caricaturas, a veces bastante efectivas, de algunos de nuestros mejores caricaturistas, una revista que sin duda tiene su papel positivo que desempeñar dentro de ciertos círculos, principalmente urbanos, pero que, sin embargo, apenas sigue el camino correcto en la lucha contra las supersticiones religiosas. Número tras número se encuentra en sus páginas un duelo permanente e incansable con Jehová, Cristo y Alá, un combate cuerpo a cuerpo entre el talentoso artista Moro[77] y Dios. Por supuesto, todos nosotros estamos completamente del lado de Moro. Pero si esto fuera lo único que hiciéramos, o si éste fuera nuestro trabajo principal, me temo que el duelo acabaría en empate...

En todo caso, es perfectamente evidente e indiscutible en la actualidad que no podemos situar nuestra propaganda antirreligiosa en el nivel de una lucha directa contra Dios. Eso no nos bastaría. Suplantamos el misticismo por el materialismo, ampliando en primer lugar la experiencia colectiva de las masas, aumentando su influencia activa en la sociedad, ampliando el horizonte de sus conocimientos positivos, y con esta base, asestamos también golpes a los prejuicios religiosos, cuando es necesario.

El problema de la religión tiene una importancia colosal y está estrechamente ligado al trabajo cultural y a la construcción socialista. En su juventud, Marx dijo: "La crítica de la religión es la base de cualquier otra crítica"[78]. ¿En qué sentido? En el sentido de que la religión es una especie de conocimiento ficticio del universo. Esta ficción tiene dos fuentes: la debilidad del hombre ante la naturaleza y la incoherencia de las relaciones sociales. Temiendo a la naturaleza o ignorándola, pudiendo analizar las relaciones sociales o ignorándolas, el hombre en sociedad se esforzó por satisfacer sus necesidades creando imágenes fantásticas, dotándolas de una realidad imaginaria, y arrodillándose ante sus propias creaciones. La base de esta creación radica en la necesidad práctica del hombre de orientarse, que a su vez surge de las condiciones de la lucha por la existencia.

---

[76] Ver en estos mismos anexos: "Sentido y métodos de la propaganda antirreligiosa".

[77] Moro era el seudónimo de Dimitri S. Orlov (1883-1946), un caricaturista y dibujante destacado. Después de la Revolución de Octubre trabajó para la editorial estatal. En 1920 hizo carteles para el Ejército Rojo y la Administración Política Superior, y en 1921 para combatir la hambruna. Después de 1922, fue caricaturista habitual de *Pravda*.

[78] Ver en nuestra serie Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional: *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, de Carlos Marx; y en nuestra otra serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS) en *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring. Anti-Dühring,* de Federico Engels, en particular en su capítulo "V. Estado, familia, educación" en la página 217 muy específicamente.

La religión es un intento de adaptación al medio circundante para afrontar con éxito la lucha por la existencia. En esta adaptación hay reglas prácticas y apropiadas. Pero todo esto está ligado a mitos, fantasías, supersticiones, conocimientos irreales.

Al igual que todo el desarrollo de la cultura es la acumulación de conocimientos y habilidades, la crítica de la religión es el fundamento de todas las demás críticas. Para allanar el camino al conocimiento correcto y real es necesario eliminar el conocimiento ficticio. Sin embargo, esto es cierto sólo cuando se considera la cuestión en su conjunto. Históricamente, no sólo en casos individuales, sino también en el desarrollo de clases enteras, el conocimiento real está ligado, en diferentes formas y proporciones, a los prejuicios religiosos. La lucha contra una religión determinada o contra la religión en general, y contra todas las formas de mitología y superstición, suele tener éxito sólo cuando la ideología religiosa entra en conflicto con las necesidades de una clase determinada en un nuevo entorno social. En otras palabras, cuando la acumulación de conocimiento y la necesidad de conocimiento no encajan en el marco de las verdades irreales de la religión, entonces un golpe con un cuchillo crítico a veces es suficiente, y la cáscara de la religión cae.

El éxito de la presión antirreligiosa que hemos ejercido durante los últimos años se explica por el hecho de que las capas avanzadas de la clase obrera que pasaron por la escuela de la revolución, es decir, que adquirieron una actitud activista hacia el gobierno y las instituciones sociales, se han sacudido fácilmente la cáscara de los prejuicios religiosos, que estaba completamente agujereada por los acontecimientos anteriores. Pero la situación cambia considerablemente cuando la propaganda antirreligiosa extiende su influencia a las capas menos activas de la población, no sólo de los pueblos, sino también de las ciudades. El conocimiento real que han adquirido es tan limitado y fragmentario que puede coexistir con los prejuicios religiosos. La crítica desnuda de estos prejuicios, al no encontrar apoyo en la experiencia personal y colectiva, no produce ningún resultado. Es necesario, pues, hacer el planteamiento desde otro ángulo y ampliar la esfera de la experiencia social y del conocimiento realista.

Los medios para lograr este fin son diferentes. Los comedores públicos y las guarderías pueden conferir un estímulo revolucionario a la conciencia del ama de casa, y pueden acelerar enormemente el proceso de su ruptura con la religión. Los métodos químicos de fumigación para destruir las langostas pueden desempeñar el mismo papel con respecto al campesino. El mismo hecho de que el obrero y la obrera participen en la vida de los clubes, que los saca de la pequeña y estrecha jaula del piso familiar con su icono y su lámpara en la imagen, abre uno de los caminos para liberarse de los prejuicios religiosos. Y así sucesivamente. Los clubes obreros pueden y deben calibrar con precisión el poder tenaz de los prejuicios religiosos, y encontrar formas indirectas de sortearlos ampliando la experiencia y el conocimiento. Y así, también en la lucha antirreligiosa, pueden alternarse periodos de ataque frontal con periodos de bloqueo, socavación y maniobras de cerco. En general, acabamos de entrar en un período de este tipo; pero eso no significa que no vayamos a reanudar un ataque directo en el futuro. Sólo es necesario prepararse para ello.

¿Nuestro ataque a la religión ha sido legítimo o ilegítimo? Legítimo. ¿Ha tenido resultados? Los ha tenido. ¿A quiénes ha atraído? A aquellos que por experiencia previa han estado preparados para liberarse completamente de los prejuicios religiosos. ¿Y más? Todavía quedan aquellos a los que ni siquiera la gran experiencia revolucionaria de octubre ha logrado liberar de la religión. Y aquí los métodos formales de la crítica antirreligiosa, la sátira, la caricatura y otros similares, pueden lograr muy poco. Y si se presiona demasiado, se puede obtener incluso el resultado contrario. Hay que perforar la roca (¡es cierto, el Señor sabe que es una roca bastante dura!), colocar los cartuchos de

dinamita, volver a pasar los cables para las mechas, y… después de un tiempo habrá una nueva explosión y una nueva caída, es decir, se desprenderá otra capa del pueblo de la gran masa... La resolución del congreso del partido nos dice que en este campo debemos pasar actualmente de la explosión y el ataque a un trabajo más prolongado de socavamiento, en primer lugar, mediante el fomento de las ciencias naturales.

Para mostrar cómo un ataque frontal no preparado puede dar a veces un resultado totalmente inesperado citaré un ejemplo muy interesante, que es bastante reciente, y que conozco por los camaradas sólo de palabra, ya que, desgraciadamente, no ha salido todavía a la luz en la prensa. Proviene de la experiencia del Partido Comunista Noruego. Como probablemente recuerden, en 1923 este partido se dividió en una mayoría oportunista bajo la dirección de Tranmael,[79] y una minoría revolucionaria fiel a la Internacional Comunista. Le pregunté a un camarada que vivía en Noruega cómo Tranmael consiguió ganarse a la mayoría, por supuesto que sólo temporalmente. Me señaló como una de las causas el carácter religioso de los pescadores noruegos. La pesca comercial, como saben ustedes, tiene un nivel de tecnología muy bajo, y depende totalmente de la naturaleza. Esta es la base de los prejuicios y las supersticiones; y para los pescadores noruegos, la religión, como dijo ingeniosamente el camarada que me relató este episodio, es algo así como un traje de protección. En Escandinavia también había miembros de la intelectualidad, académicos, que coqueteaban con la religión. Fueron, con toda justicia, golpeados por el despiadado látigo del marxismo. Los oportunistas noruegos se han aprovechado hábilmente de esto para hacer que los pescadores se opongan a la Internacional Comunista. El pescador, un revolucionario, que simpatiza profundamente con la república soviética, que favorece de todo corazón a la Internacional Comunista, se dijo: "Todo se reduce a esto. O debo estar a favor de la Internacional Comunista, y quedarme sin Dios y sin pescado [*risas*] o, con el corazón encogido, debo romper con ella." Y rompió… Esto ilustra la forma en que la religión puede a veces cortar con buen filo incluso en la política proletaria.

Por supuesto, esto se aplica en mayor grado a nuestro propio campesinado, cuya naturaleza religiosa tradicional está estrechamente unida a las condiciones de nuestra agricultura atrasada. Sólo podremos vencer los arraigados prejuicios religiosos del campesinado llevando la electricidad y la química a la agricultura campesina. Esto, por supuesto, no significa que no debamos aprovechar cada mejora técnica por separado y cada momento social favorable en general para la propaganda antirreligiosa, para lograr una ruptura parcial con la conciencia religiosa. No, todo esto es tan obligatorio como antes, pero debemos tener una perspectiva general correcta. Con el simple cierre de las iglesias, como se ha hecho en algunos lugares, y con otros excesos administrativos, no sólo no se podrá alcanzar ningún éxito decisivo, sino que, por el contrario, se preparará el camino para un retorno más fuerte de la religión.

Si es cierto que la crítica religiosa es la base de toda otra crítica, no es menos cierto que en nuestra época la electrificación de la agricultura es la base de la liquidación de las supersticiones del campesino. Quisiera citar unas notables palabras de Engels, hasta hace poco tiempo desconocidas, sobre la importancia potencial de la electrificación para la agricultura.

Recientemente, el camarada Riazánov ha sacado a la luz, por primera vez, la correspondencia de Engels con Bernstein y Kautsky (cartas que son extraordinariamente

[79] Martin Tranmael (1879-1967) fue el líder del Partido Laborista Noruego y director de su principal periódico. Tras resistirse a las demandas del Comité Ejecutivo de la Comintern, de expulsar a los disidentes, rompió completamente con la Internacional y más tarde ayudó a afiliar al Partido Laborista Noruego a la Internacional Socialista.

interesantes)[80]. El viejo Engels resulta doblemente fascinante, ya que cada vez salen a la luz nuevos materiales suyos que revelan su carácter con mayor claridad, tanto desde el punto de vista ideológico como personal. A continuación, lo citaré en un párrafo en el que se refiere directamente a la cuestión de la electrificación y a la superación del abismo entre la ciudad y el campo.

La carta fue escrita por Engels a Bernstein en el año 1883. Recuerda en esa carta que en el año 1882 el ingeniero francés Deprez encontró un método de transmisión de energía eléctrica a través de un cable. Y si no me equivoco, en una exposición en Múnich (en todo caso, una en Alemania) demostró la transmisión de energía eléctrica de uno o dos caballos de fuerza a una distancia de unos cincuenta kilómetros. Esto causó una tremenda impresión en Engels, que era extremadamente sensible a cualquier invención en el campo de las ciencias naturales, la tecnología, etc. Escribió a Bernstein: "El novísimo invento de Deprez [...] libera a la industria de cualquier limitación local, hace posible el uso de la energía hidráulica más lejana. Y aunque al principio sólo sea utilizada por las ciudades, a la larga debe convertirse en la palanca más poderosa para la *abolición del antagonismo entre la ciudad y el campo*".

Vladimir Ilich no conocía estas líneas. Esta correspondencia ha aparecido recientemente. Había estado en Alemania, en poder de Bernstein escondida en su sombrero, hasta que el camarada Riazánov consiguió hacerse con ella. No sé si ustedes, camaradas, se dan cuenta de con qué estricta atención, y, sin embargo, con qué gran afecto, Lenin solía estudiar detenidamente las obras de sus maestros y mayores, Marx y Engels, encontrando siempre nuevas pruebas de su perspicacia y penetración, de la universalidad de su pensamiento, de su capacidad de ver mucho más allá de su tiempo. No tengo ninguna duda de que esta cita (en la que Engels, al día siguiente de la demostración de un método, básicamente en laboratorio, para transmitir energía eléctrica a larga distancia, es capaz de mirar por encima de la industria y ver la aldea y pensar y decir que este nuevo invento es el más poderoso para abolir el antagonismo entre la ciudad y el campo) no tengo ninguna duda de que Lenin habría hecho de esta cita un lugar común del pensamiento de nuestro partido. Cuando se lee esta cita, es casi como si el viejo Engels estuviera conversando desde el fondo del mar (fue incinerado y sus cenizas lanzadas al mar, por su deseo) con Lenin en la Plaza Roja...

¡Camaradas! El proceso de eliminación de la religión es dialéctico. Hay períodos de diferentes tempos en el proceso, determinados por las condiciones generales de la cultura. Todos nuestros clubes obreros deben ser puntos de observación. Deben ayudar siempre al partido a orientarse en esta tarea, a encontrar el momento adecuado o a marcar el ritmo adecuado.

---

80 Friedrich Engels (1820-1895) fue el más estrecho colaborador de Marx y cofundador con él del socialismo científico moderno. Sus cartas fueron publicadas por el Instituto Marx y Engels en el *Archivo Marx y Engels*, Vol. 1 (1924) [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS) y Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional]. Las cartas fueron editadas por David B. Riazánov (1870-193?) [Riazánov, David. Textos y materiales diversos], un historiador y filósofo, que se unió a los bolcheviques en 1917, organizó el Instituto Marx y Engels y posteriormente se retiró de la actividad política. Pero su actitud erudita y escrupulosa hacia la historia del partido lo hizo ofensivo para Stalin, que ordenó que se le implicara con los acusados en el juicio de 1931 de un llamado "Centro menchevique" acusado de conspirar para restaurar el capitalismo en la Unión Soviética. Fue destituido como director del Instituto Marx y Engels y exiliado. Eduard Bernstein (1850-1932) fue el primer teórico del "revisionismo" en la socialdemocracia alemana. En su *Socialismo evolucionista* sostuvo que el socialismo se produciría a través de la democratización gradual del capitalismo, y que el movimiento obrero tenía que abandonar la lucha de clases a favor de la colaboración de clase con la burguesía "progresista". Karl Kautsky (1854-1938) fue considerado como el más destacado teórico marxista hasta la Primera Guerra Mundial, cuando abandonó el internacionalismo y se opuso a la revolución rusa [Obras escogidas de Karl Kautsky].

La abolición completa de la religión sólo se logrará cuando exista un sistema socialista plenamente desarrollado, es decir, una tecnología que libere al hombre de toda dependencia degradante de la naturaleza. Sólo podrá alcanzarse en el marco de unas relaciones sociales libres de misterios, totalmente lúcidas y que no opriman a las personas. La religión traduce el caos de la naturaleza y el caos de las relaciones sociales en el lenguaje de las imágenes fantásticas. Sólo la abolición del caos terrenal puede acabar para siempre con su reflejo religioso. Una dirección consciente, razonable y planificada de la vida social, en todos sus aspectos, abolirá para siempre cualquier misticismo y diablura.

El trabajo cultural y la "cultura proletaria"

¡Camaradas! Lo principal que llevaba anotado para decir sobre los clubes obreros ya está dicho. Más allá de esto, sólo deseo situar este trabajo en una cierta perspectiva, y esa perspectiva, me parece, puede presentarse mejor si adoptamos un enfoque crítico de la cuestión de los clubes como "fraguas de la cultura de clase proletaria".

Recojo la fórmula del camarada Pletnev. Si quiero polemizar con él, no es porque no valore su trabajo cultural, al que, por el contrario, atribuyo, como todos ustedes, una gran importancia, sino porque creo que hay un elemento en su planteamiento teórico de esta cuestión que presenta ciertos riesgos. En su folleto sobre el trabajo en los clubes (la edición de 1923) Pletnev dice: "El club mismo, como tal, debe convertirse, para todos sus miembros, en una fragua en la que se forja la cultura de clase proletaria. Es necesario subrayar con la mayor fuerza posible que la creación de la cultura proletaria es un proceso de lucha de clases, una fase consecutiva de lucha (¡lucha! repito) del proletariado contra la dominación burguesa." En un artículo de este año, se repite la misma fórmula, pero con una interesante modificación: "El club es el centro de formación de la conciencia pública proletaria, donde el proletariado forja los elementos de la cultura de clase proletaria". Antes se decía "cultura de clase proletaria", pero aquí se dice "elementos de la cultura de clase proletaria", es decir, se afirma con algo más de cautela.

Camaradas, me veo impelido a señalar que esta es una forma incorrecta de plantear el problema, y no lo hago por doctrinarismo o picardía, sino por razones de principio, y por lo mismo, por razones de carácter práctico. En el artículo que he citado, el camarada Pletnev discute con un sindicalista (no he leído el artículo de este último) y hace una caracterización general del trabajo del club obrero, lo que en mi opinión está muy bien hecho, pero concluye con una formulación teórica que se sitúa a medio camino de liquidar la tesis básica del artículo.

¿Cómo va a forjar el club una nueva cultura de clase proletaria? ¿Qué significa eso? El camarada Lenin escribió sobre la cultura proletaria en uno de sus últimos artículos, "Página de un diario". Esas líneas han sido citadas muchas veces, y con frecuencia para ocultar pensamientos directamente opuestos en carácter a la cita; una técnica que se encuentra con bastante frecuencia. He aquí lo que dijo Lenin: "Mientras hablamos sobre la cultura proletaria y la relación en que se halla con la cultura burguesa, los hechos y cifras revelan que incluso en lo que se refiera a la cultura burguesa nuestra situación es muy mal […] Esto debe servir de seria advertencia, de reproche contra quienes se remontan alas alturas de la 'cultura proletaria'; demuestra qué enorme trabajo urgente y penoso nos queda aún por realizar para alcanzar el nivel de un país civilizado común de Europa occidental."[81]

Aquí, a la manera de Lenin, el énfasis está en "civilizado común", es decir, *burgués*. Ese es, pues, el nivel que debemos alcanzar en primer lugar. En su artículo "Sobre el cooperativismo", Lenin dice: "Ahora el acento cambia y se desplaza hacia el

[81] V. I. Lenin, *Obras Completas,* Tomo XXXVI, Ediciones de Cultura Popular-Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 491-492.

trabajo pacífico, organizativo, 'cultural'. Diría que el acento se desplaza hacia el trabajo educativo, si no fuera por nuestras relaciones internacionales, si no fuera porque tenemos que luchar en escala mundial por nuestra posición. Pero si dejamos esto a un lado y nos limitamos a las relaciones económicas internas, en realidad el acento de nuestro trabajo se desplaza hacia la educación."[82] Pero el camarada Pletnev utiliza constantemente el término "portadores de cultura" (es decir, culturización) con un matiz de desprecio y lo contrapone a la "forja de la cultura proletaria".

¿Qué debe entenderse por el término "cultura proletaria"? ¿De qué manera puede el club convertirse en la forja de la cultura proletaria? ¿En qué sentido? Porque el club obrero, aunque sea una parte muy importante e incluso vital de nuestro tejido social, sigue siendo sólo una parte, una que ciertamente no puede producir por sí misma nada que difiera cualitativamente de lo que produce la sociedad en su conjunto. Entonces, ¿de qué manera puede el club obrero convertirse en la forja de la cultura de clase proletaria? Y de nuevo, la pregunta que hay que responder, antes que nada: ¿Qué debe entenderse por el término "cultura proletaria"?

Estamos utilizando todos los medios, incluidos los clubes, para construir una economía socialista, una sociedad socialista y, en consecuencia, una cultura socialista sin clases. Pero antes de lograrlo, queda un prolongado período de transición, que también tendrá una cultura propia, que será una cultura muy mal formada y muy contradictoria durante un tiempo. Me gustaría pensar que es precisamente este período de transición el que usted desea designar como "cultura proletaria". Por supuesto, la terminología puede utilizarse de diferentes maneras y no debemos discutir sobre la redacción. Pero es necesario establecer los significados de los términos para llegar a la esencia del tema sin confusiones.

A modo de comparación, tomaré otro término paralelo. Estamos avanzando hacia una economía socialista a través de una era de transición. ¿Cómo debería llamarse la economía de esta época de transición? La llamamos NEP. ¿Es un término científico? No, en lo más mínimo. Es una denominación convencional a falta de otra más apropiada. Vladimir Ilich se refería con frecuencia a nuestro régimen de transición como capitalismo de estado, pero al hacerlo siempre añadía la frase "entre comillas", o lo llamaba "capitalismo de estado de un tipo muy, muy particular o peculiar". Mucha gente no entiende esta calificación y dice capitalismo de estado sin más, e incluso llama a nuestros consorcios y sindicatos estatales "órganos del capitalismo de estado", lo que, por supuesto, es sumamente incorrecto, como explicó Vladimir Ilich en su artículo "Sobre el cooperativismo".

Así, Lenin propuso un término muy condicional (¡entre comillas!), "capitalismo de estado", para el sistema de transición al socialismo. Si se quiere, podemos llamar a este período económico de transición el período de "forja de la economía proletaria".

No me gusta este término, ya que no expresa la esencia del asunto (toda la substancia está en el estado de transición), pero si me instan y ofrecen usar comillas, o mejor, dobles comillas, estoy casi dispuesto a decir: "O K, ¿qué puede hacerse? Si eso hace que el camarada Pletnev se sienta mejor." [*Pletnev desde su asiento: "¡Nunca!" Risas*)

Cuanto más mejor. Pero aquí hay realmente un completo paralelismo: la cultura proletaria, si se quiere tomar en serio este término, debe sustentarse en una base, en forma de economía proletaria; tanto más cuanto que la cultura tiende a ir un poco por detrás de la base económica. Pero si usted se niega (¡y eso estaría plenamente justificado!) a designar nuestra economía de transición como "economía de clase proletaria", entonces,

[82] *Ibidem*, página 502.

por la misma razón, ha cavado bastante bien el terreno bajo la abstracción de la cultura proletaria.

¿En qué se caracteriza nuestra economía? En su folleto sobre el impuesto en especie, Lenin explicó que nuestra economía de transición contiene restos de la sociedad patriarcal, innumerables elementos de la pequeña producción de mercancías, que hay elementos capitalistas privados, elementos capitalistas estatales y, finalmente, elementos de la economía socialista. Todo esto constituye la economía del período de transición, que puede llamarse "capitalismo de estado" (¡entre comillas!) o (como algunos han propuesto) una "economía socialista de mercado".

Es posible establecer una terminología, pero hay que comprender a fondo los conceptos implicados. ¿Y en qué consiste la cultura del periodo de transición? En vestigios, todavía muy poderosos, de la cultura del periodo aristocrático, y no todo aquí es inútil. No vamos a desechar a Pushkin y a Tolstoi. Los necesitamos. También hay elementos de la cultura burguesa, en primer lugar, de los conocimientos técnicos burgueses, que necesitamos aún más. Seguimos viviendo sobre la base de los conocimientos técnicos burgueses y, en gran medida, sobre la base de los especialistas burgueses. Por el momento, aún no hemos construido nuestras propias fábricas y trabajamos en las que obtuvimos de manos burguesas. La cultura del período de transición consiste, además, en una abrumadora carencia de cultura pequeñoburguesa, es decir, principalmente campesina.

Nuestra cultura consiste también en los esfuerzos de nuestro partido y de nuestro gobierno en elevar el nivel cultural del proletariado, y tras él, el del campesinado, aunque sólo sea al nivel de un "país civilizado común". También consiste en nuestra construcción socialista y, finalmente, en nuestro ideal de comunismo, que guía toda nuestra labor constructiva.

Ahí tienen el tipo de elementos complicados y contradictorios que se encuentran en la cultura (y la carencia de cultura) del periodo de transición. ¿Cómo puede entonces el club obrero crear una cultura de clase proletaria? Para mí es absolutamente incomprensible. El club, al conectar y fusionar la experiencia inconexa de los obreros, les ayuda a traducir su experiencia al lenguaje de la política, la literatura y el arte, y al hacerlo eleva el nivel cultural de ciertas capas del proletariado y les facilita la construcción socialista, eso es indiscutible. Pero, ¿de qué manera puede el club, como tal, forjar una cultura de clase del proletariado? En realidad, esto implica hacer grandes concesiones al punto de vista de laboratorio en lo que respecta a la cultura. Por supuesto, se pueden escoger docenas de jóvenes obreros capaces y, mediante métodos de laboratorio, enseñarles composición en verso, pintura y teatro. ¿Es esto útil? Muchísimo. Pero es necesario que conciban con realismo su lugar y su papel en el desarrollo económico y cultural general del país. Y plantearles la perspectiva de crear una cultura de clase proletaria por medio de los clubes obreros es iniciarlos en un camino que puede llevarlos a dar la espalda a las masas, es decir, a alejarse del verdadero proceso de creación de una cultura socialista, y a intentar contraponer a este proceso el trabajo "puro" de los pequeños círculos, como ya se ha intentado antes. Tales recaídas son posibles. Pero es obvio que la creación de una especie de cultura proletaria mediante los métodos de laboratorio de Bogdanov no tiene nada en común con el leninismo[83].

[83] Aleksandr A. Bogdanov (1873-1928) se convirtió en bolchevique en 1903. En 1908 dirigió una tendencia "boicoteadora", que sostenía que el partido debía trabajar estrictamente a través de organizaciones ilegales durante ese período de reacción. Fue expulsado del Partido Bolchevique en 1909. Tras la Revolución de Octubre, se convirtió en organizador y dirigente de Proletkult. Después de 1921 se dedicó al trabajo científico y médico.

Es cierto que incluso Lenin utilizó a veces la expresión "cultura proletaria", pero cabe destacar que sólo la utilizó en 1919 y 1920, y más tarde, que yo recuerde, dejó de utilizarla precisamente porque temía prestar apoyo, aunque fuera indirectamente, es decir, utilizando un término poco preciso, a un punto de vista incorrecto. ¿Pero en qué sentido se refería Lenin a la cultura proletaria? En su discurso ante el tercer congreso de la juventud en 1920, dijo: "La cultura proletaria tiene que ser el *desarrollo lógico del acervo* de conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo de la sociedad capitalista, la sociedad terrateniente y la sociedad burocrática."[84] Obsérvese que dijo "desarrollo lógico", y ni una pizca del término "combate", ni de "forjar" la cultura en los clubes. Desarrollo planificado y regular en la economía, en las escuelas, en el gobierno, en todo nuestro trabajo, en toda nuestra construcción hacia el socialismo. Por lo tanto, Lenin utilizó el término "cultura proletaria" sólo con el propósito de luchar contra la interpretación idealista, de laboratorio y esquemática de Bogdanov. Lo que más necesitamos es la alfabetización simple, la alfabetización política, la alfabetización en la rutina diaria, la alfabetización en la higiene, la alfabetización en la literatura, la alfabetización en el campo del entretenimiento... De la alfabetización en todos estos campos se formará una alfabetización cultural general.

Dirán, eso sí, que esto parece un concepto no clasista. ¡No es nada de eso! Aquí el proletariado es la clase dominante, y es precisamente de lo que trata esta discusión: es precisamente el proletariado el que debe extraer lo más importante, urgente y elemental de los almacenes culturales acumulados por las otras clases. En este punto, el proletariado necesita apropiarse de los elementos primarios de la cultura: la alfabetización universal y las cuatro leyes de la aritmética De hecho, si todo el país estuviera alfabetizado y conociera las cuatro leyes de la aritmética, prácticamente estaríamos viviendo en el socialismo, pues el socialismo, como hemos oído, no es otra cosa que una sociedad de productores cooperativos cultos, es decir, ante todo, alfabetizados.

El proletariado en el poder es el dueño del estado. Eso es de lo que se trata, de elevar el nivel cultural de este proletariado Aquí se ha dado el criterio básico de clase, no sólo subjetivo sino también objetivo. Pero no podemos coger el club y decirle: "¡Crea una cultura de clase proletaria!", porque entonces daría la espalda al proletariado y se cerraría en banda. No, le decimos al club: "Eleva el nivel cultural y cívico de los obreros analfabetos, apenas alfabetizados y semialfabetizados y sienta así las bases de la cultura socialista." (*Aplausos*)

Esa es la forma correcta de plantear la cuestión. Y por eso Lenin no temía la palabra "culturización". Era natural que utilizáramos esta palabra con desprecio antes de conquistar el poder, pues los "culturizadores" no comprendían las principales condiciones previas para el trabajo cultural en la amplia escala histórica: la necesidad del derrocamiento de la burguesía y la conquista del poder por el proletariado. Pero una vez conquistado el poder, la culturización se convierte en la parte más importante del trabajo de construcción del socialismo. No podemos adoptar ahora una actitud de desprecio hacia esta palabra. Hoy la palabra culturización, para nosotros, para los revolucionarios, para los comunistas de la república soviética, ha perdido por completo ese matiz que tenía antes.

Sobre la base de la nacionalización de la industria, bajo la dictadura del proletariado, en un país protegido por el monopolio del comercio exterior y defendido por el Ejército Rojo, la tarea principal en la construcción del socialismo equivale a la de llenar la nueva forma de contenido cultural, paso a paso. La labor de culturización es para nosotros una tarea revolucionaria fundamental.

---

[84] V. I. Lenin, *Obras Completas,* Tomo XXXIII, Ediciones de Cultura Popular-Akal Editor, Madrid,1978, página 428. Cursivas de Trotsky.

Pero no hace falta decir que no podemos encerrarnos en los límites de un estado soviético protegido por el Ejército Rojo. La cuestión de la revolución mundial se mantiene ante nosotros en toda su magnitud. Hay naciones y estados (y son la mayoría) en los que la cuestión principal no es la de la culturización, sino la de la conquista del poder. Y por eso en el artículo que he citado Lenin dice que nueve décimas partes de nuestro trabajo se reducen a la culturización, si nos abstraemos de las cuestiones de política internacional y de la revolución.

Pero podemos abstraernos de esta cuestión sólo a efectos de argumentación, para aclarar la cuestión. No podemos hacerlo políticamente. Por eso, nuestro trabajo cultural y de culturización en los clubes obreros y a través de los clubes debe estar vinculado, en la mayor medida posible, a nuestro trabajo revolucionario internacional. Debe haber correas de transmisión que conduzcan desde todas las pequeñas poleas de las preocupaciones personales y mezquinas hasta el gigantesco volante de la revolución mundial. Precisamente por eso he señalado cuestiones como los acontecimientos de Italia y Alemania. Son hitos del desarrollo revolucionario que es necesario estudiar para que cada obrero se oriente correctamente en la situación internacional.

Todo (desde los problemas más insignificantes de la fábrica y el taller hasta los problemas más fundamentales de la revolución mundial) debe pasar por el club obrero. Pero para ello es necesario fortalecer el club, mejorarlo, elevar el nivel de calificación de sus directivos y mejorar la situación material del club y de quienes lo integran, y hacerlo por todos los medios posibles.

Lenin escribió que debemos elevar al maestro a una altura como nunca antes se había alcanzado en el mundo. Esta idea se aplica también de manera total y completa a los empleados de los clubes obreros. Tal vez sería conveniente que hiciéramos un experimento en un futuro próximo, poniendo a obreros de primera clase a cargo de algunos clubes, un experimento para ver lo que se puede lograr, dados nuestros recursos, con el material humano que tenemos y con la aplicación de la iniciativa y una perspectiva amplia. Si el club no es una herrería donde se forja la cultura proletaria, es uno de los eslabones más valiosos de nuestro sistema total para influir en las masas trabajadoras y crear una nueva cultura socialista. En la medida en que podamos atraer a capas cada vez más amplias de las masas a la participación en los asuntos públicos, el objetivo del club obrero debe ser llevarlas al leninismo, no como una verdad imponente bajada de lo alto y que exige “arrodíllate ante mí”, sino como una generalización de su propia experiencia, una experiencia que estaba desconectada y fragmentada, que ha sido reunida por el club, generalizada políticamente por el partido, defendida y fortalecida por la autoridad del estado.

Y si podemos utilizar los clubes obreros para enseñar a cada obrero y obrera a deducir los fundamentos del nuevo mundo a partir de los del mundo actual, entonces no sólo los haremos capaces de comprender este mundo, sino también de transformarlo, convirtiéndolo en un mundo más amplio, un mundo más espacioso, un mundo más feliz para vivir. [*Tormenta de aplausos*]

El papel cultural del corresponsal obrero

(23 de julio de 1924)

El corresponsal obrero como pequeña palanca en la elevación del nivel cultural

¡Camaradas! La cuestión de las tareas del corresponsal obrero está íntimamente relacionada con la cuestión de la elevación del nivel cultural de la clase obrera. Todos nuestros problemas actuales, grandes y pequeños, dependen esta tarea fundamental. Los

comunistas, los miembros del Partido Comunista Ruso, fueron y siguen siendo revolucionarios internacionales. Pero cuando se aplican a las tareas de la república soviética, son ante todo "culturizadores" Antes de la revolución, la palabra "culturización" tenía una connotación peyorativa, casi insultante. "Ese es lo que llaman un culturizador", implicaba que la persona tenía poco peso. ¿Teníamos razón al pensar así? Sí, la teníamos, porque bajo el zarismo y en las condiciones de un estado burgués, el trabajo cultural primordial tenía que ser unir al proletariado para la conquista del poder, ya que sólo la conquista del poder abre la posibilidad de un trabajo cultural auténtico y de gran alcance.

En el movimiento socialdemócrata alemán, los mencheviques tienen un teórico llamado Hilferding. El otro día, en el órgano teórico del Partido Socialdemócrata Alemán, escribió un artículo cuyo sentido era el siguiente: nosotros, los socialdemócratas alemanes, renunciamos a la actividad revolucionaria en la república alemana; en adelante, dedicaremos nuestras energías al progreso cultural de la clase obrera alemana." A primera vista, parece que haya dicho casi lo mismo que nosotros: es decir, que el trabajo principal es el trabajo cultural.

¿Dónde radica la diferencia? La diferencia radica en que en Alemania el proletariado no ha tomado el poder estatal. En consecuencia, el trabajo cultural del proletariado alemán está limitado por la existencia de la propiedad privada de los medios de producción y del poder burgués. Y la burguesía, al tener el poder estatal, controla las editoriales, los libros, las escuelas, las bibliotecas, etc., y asigna a la clase obrera sólo lo que ella, la burguesía, considera necesario y en condiciones ventajosas para ella.

Se puede decir, por supuesto, que nosotros tampoco estamos bien en este sentido. Pero, ¿por qué somos pobres en escuelas, libros y periódicos? Porque somos pobres y culturalmente atrasados en general y tenemos muy poco de todo. Pero no tenemos barreras y obstáculos de clase por parte del estado; es decir, no tenemos un poder estatal que tenga interés en cercenar los medios de desarrollo cultural para el proletariado, ya que en nuestro país el poder es de los obreros.

En uno de sus últimos artículos, al que he aludido en otro lugar, Vladimir Ilich explicaba: con la conquista del poder, el planteamiento mismo del socialismo cambia bruscamente. Mientras dure la supremacía burguesa, la lucha por el socialismo significa unir al proletariado para la toma revolucionaria del poder. Esto significa que lo primero que hay que hacer es abrir por la fuerza las puertas del reino del futuro. Pero una vez tomado el poder, es necesario elevar el nivel cultural de las masas trabajadoras, pues es imposible construir el socialismo sobre la base de una cultura subdesarrollada. Por supuesto, para el proletariado alemán, los problemas del trabajo cultural tras la conquista del poder serán incomparablemente más fáciles que para nosotros. Pero tenemos que trabajar en las condiciones en que nos ha colocado toda nuestra historia pasada, y nuestra historia es de opresión brutal, de atraso, de pobreza y de falta de cultura. No se puede saltar fuera de la propia piel. Hay que superar la herencia del pasado. La mayor ventaja, la mayor conquista que la revolución ha ofrecido hasta ahora (y la revolución no es un fin en sí misma, como sabemos, sino sólo un medio) ha sido despertar una poderosa sed de cultura entre las masas trabajadoras. Un sentimiento de vergüenza por nuestro bajo nivel cultural y una aspiración a mejorar: eso es lo principal que ha provocado la revolución, y a una escala nunca vista, escala que abarca a millones y decenas de millones.

Esta sed de cultura es, por supuesto, especialmente fuerte entre los jóvenes. No hay duda de que la tasa de analfabetismo entre los jóvenes está disminuyendo. Lo vemos entre los nuevos reclutas militares. Pero hay una etapa entre el analfabetismo y la alfabetización en la que una persona es semianalfabeta o insuficientemente alfabetizada. Muchos permanecen demasiado tiempo en esta etapa. Hay muchas personas parcialmente

alfabetizadas en el ejército, así como entre los jóvenes de la clase obrera, y particularmente entre los jóvenes campesinos. Es necesario que nuestros periódicos se apoderen de esos semialfabetizados, los atraigan, los induzcan a leer diariamente, les enseñen a leer, aumenten su grado de alfabetización y, a través de la alfabetización, amplíen sus horizontes. Lo que nos lleva a la cuestión que estamos debatiendo hoy.

La clase obrera ha despertado a la necesidad de la cultura. Y los corresponsales obreros son una de las expresiones de este despertar de la clase. Esta es la distinción fundamental entre la organización de los corresponsales obreros y todos los demás grupos de escritores. Los corresponsales obreros son los instrumentos más cercanos y directos con que cuenta la clase obrera recién despertada en su base. Esta relación es la que determina el significado de su trabajo, su papel y el alcance de sus intereses, y es la escala por la que se miden. El corresponsal obrero es receptivo a todo lo que vive y respira la clase obrera. Los corresponsales obreros utilizan sus plumas como palancas. Es una pequeña palanca, pero hay muchos corresponsales obreros, y eso significa que hay muchas pequeñas palancas para elevar la cultura de las masas trabajadoras.

La idea y su exposición

Por supuesto, para tener éxito en el papel de palanca cultural, el corresponsal obrero debe saber escribir. Esto no es fácil, en absoluto. Saber escribir, por supuesto, no significa sólo ser capaz de entender la gramática simple. Significa sobre todo tener la capacidad de encontrar su propia idea, de preguntarse: ¿Qué quiero decir? Aprended, camaradas, a preguntaros esto con más firmeza y seriedad. Esto es algo difícil de hacer. Es mucho más fácil coger la pluma, la tinta, el papel, mojar la pluma en la tinta y garabatear esto o aquello, sin más razón que la de que a veces el lector lee simplemente por falta de algo mejor que hacer. Hay unos cuantos así. Este escrito no es ni exposición ni correspondencia obrera. Es cierto (y es inútil tratar de ocultarlo) que muchos artículos periodísticos de nuestra prensa están escritos según esta receta. Así, la afección del "lenguaje oficial" de los periódicos está bastante extendida. Cuando un periodista no tiene un sentido de las necesidades del lector y, por lo tanto, sólo tiene una vaga idea de qué debe informar, surgen los inevitables lugares comunes: clichés y jerigonza. No pretendo ofender con todo esto. La capacidad de especificar la idea principal, de encontrar lo que es necesario para un lector determinado, y lo que necesita en una situación determinada, es el requisito que todo escritor debe imponerse a sí mismo, incluso un corresponsal obrero principiante. No puedo insistir demasiado en este punto. Lo primero es examinarse a sí mismo rigurosamente: ¿De qué quiero hablar? ¿Para quién? ¿Y por qué? Esta es una condición previa para todo lo demás. La cuestión de cómo escribir es también de enorme importancia, pero tiene que venir en segundo lugar.

Últimamente, me he encontrado con muchas discusiones, destinadas a los oídos de los corresponsales obreros, sobre el estilo y la sintaxis... Por supuesto, este es un aspecto muy importante del trabajo. Pero en las discusiones sobre este tema se encuentran muchas tonterías. Por ejemplo, algunos creen pronunciar grandes palabras de sabiduría cuando recomiendan: "escribir con sencillez, al estilo proletario".

No es tan sencillo escribir con sencillez. Esa recomendación viene esencialmente del pasado, de la época en que la intelectualidad revolucionaria se acercaba a las masas, y se le decía: "Escribid y hablad de forma más sencilla, más clara, más concreta..." Por supuesto, este consejo puede repetirse con resultados incluso hoy en día en muchos casos. Pero decir a los corresponsales obreros: "Escribid con sencillez; no persigáis el estilo", sería errar por completo. La "sencillez" por sí sola es totalmente inadecuada. Se necesita habilidad; se necesita destreza. Hay que cultivar la manera de exponer, el estilo. Esto es un trabajo; es una tarea; significa estudiar. ¿Cómo hay que abordarlo? En este sentido,

también se encuentran algunas instrucciones bastante curiosas. Incluso encontré un consejo que se refería a mí mismo. Cierto camarada dijo a los corresponsales obreros, con fines de instrucción, que para desarrollar mi estilo solía tomar una pluma especial, conseguir cierto tipo de papel especial y... "escribir como un loco", como dijo; [falta una línea en la fuente].

Me quedé totalmente sorprendido al leer estas líneas. ¿De dónde vienen estas cosas? Permítanme asegurarles, camaradas corresponsales obreros, a ustedes, los escritores más jóvenes, que el estilo no lo desarrolla la pluma o el papel, sino la conciencia, el cerebro. Pregúntense en primer lugar qué quieren decir. Ese es el primer requisito en cuestiones de forma, exposición y estilo, como en todas las demás. Todas las personas son elocuentes a su manera en cuestiones que conocen y les interesan. Por supuesto, la forma de escribir de una persona será más vívida, la de otra más sosa. Diferentes escritores tienen diferentes temperamentos. Pero incluso las personas semianalfabetas escriben de forma persuasiva y con sentido cuando tienen una idea clara de lo que quieren decir en un momento determinado y cuando no escriben simplemente por escribir, sino que intentan conseguir algo, por ejemplo si el reportaje no es simplemente un medio para satisfacer la vanidad de alguien; "aquí está", dice alguien, "yo, Ivanov, he firmado un artículo", no es eso, sino el cumplimiento de alguna responsabilidad social; "debo refutar ciertas mentiras o exponer alguna mala situación", o, por otro lado, "debo hablar a la gente de algo que lo merezca"… Es un gran error pensar que el estilo se puede lograr sólo con medios formales, sin el resorte principal, sin el objetivo social, que impulsa la gente a la acción. Los revolucionarios, en el ámbito de la escritura, como en otros, damos prioridad a la voluntad de actuar: de cambiar algo, de realizar algo, de lograr algo. Y el esfuerzo por desarrollar un estilo de escritura también debe estar subordinado a este fin.

¿De qué se compone un informe? De dos elementos, ambos igualmente necesarios. Uno de ellos es el *hecho*, el otro es el *punto de vista*. Sin hechos, no hay verdadero reportaje. Hay que tenerlo muy presente. La base de una noticia debe ser algo vivo y concreto, además de oportuno: algo que acaba de ocurrir, que tuvo lugar un día o dos antes o no mucho antes. Pero los hechos interesantes sólo pueden anotarse y destacarse si el corresponsal de prensa tiene un punto de vista. Además, para presentar los hechos al lector se puede y se debe tener un determinado punto de vista. Sólo así el reportaje tendrá el impacto educativo adecuado. Tal combinación de hechos vívidos con el punto de vista correcto constituye la esencia del arte de escribir para el corresponsal obrero y para el periodista en general.

Es ridículo, por supuesto, discutir qué es más importante, si los hechos o la opinión. Ambos son necesarios. No hay que ahogar los hechos con la opinión. En primer lugar, relaten los hechos tal y como aparecen, correctamente y de forma interesante. No le peguen al lector en la cabeza con la moraleja de su historia; no le arrastren por el cuello hasta tu conclusión. Dejen que el lector examine los hechos tal y como son. Preséntenlos de forma que la conclusión fluya de forma natural. Sugieran la conclusión a sus lectores de tal manera que no se den cuenta de su instigación. Esto, sin duda, es un arte superior, en el que debe esforzarse todo corresponsal obrero que quiera convertirse en un colaborador serio de la prensa. Sólo es posible avanzar en esta línea paso a paso, corrigiendo y reformulando asiduamente la escritura, sin estar nunca satisfecho con lo que se ha conseguido, aprendiendo de los demás, verificándose a ustedes mismos a través de sus lectores, ampliando sus conocimientos, sus horizontes y su vocabulario.

En una buena exposición debe haber, en primer lugar, una lógica interna. Es necesario exponer los hechos de forma coherente, es decir, al desarrollar una idea, dar a los lectores la oportunidad de recorrer en su propia mente todos los pasos que los llevarán

a la conclusión adecuada. No es raro encontrarse con periodistas u oradores que no desarrollan sus temas de forma coherente, sino que despistan a sus lectores y oyentes con pensamientos o hechos aislados e inconexos que de alguna manera están relacionados con el tema. Esa forma de escribir tan descuidada tiene un efecto destructivo en una idea, igual que la dejadez física en el cuerpo. Cuando se escucha a un orador así, aunque sea joven, se dice uno a sí mismo: "¡Este no llegará lejos!" ya que sólo se puede llegar más lejos trabajando concienzuda y reflexivamente los problemas. Y esto se manifiesta en la exposición. Por muy sencillo que sea el problema, si está bien planteado, la exposición será coherente y fresca. Pero si todo se reduce a clichés, frases y "palabrería", poned una "X" y escribid "fracasado".

Cuando escriban, imagínense con la mayor claridad posible cómo sonaría su artículo si lo leyeran en voz alta en su propio taller de la fábrica, o en el de al lado, o en alguna otra planta cercana. Imagínense a una docena de obreros, o a los ciudadanos en general, escuchando su artículo. Piensen con calma y a conciencia en cómo este artículo va a llegar a ellos y a entrar en su conciencia. O, desde otro punto de vista, imaginen que las personas sobre las que están escribiendo una denuncia, por incumplimiento del deber o por algún tipo de irregularidad, están leyendo su artículo, y pregúntense si pueden decir que se ha extralimitado, que ha exagerado, que has tergiversado, que se ha equivocado en algo, que no ha investigado el asunto con el cuidado que debía. Pregúntense si realmente pueden ser culpable de tales acusaciones y si no sería mejor dejar de lado el artículo y volver a verificar los hechos con el cuidado que deberían. La conciencia de un corresponsal es la cualidad más importante; sin ella, todas las demás cualidades son inútiles. Si sus informes resultan ser erróneos, exagerados o simplemente falsos, una, dos o una tercera vez, eso no sólo socavará la confianza en usted, corresponsal obrero Petrov, sino que puede socavar la confianza en la palabra impresa en general entre los lectores atrasados. Tenga en cuenta su propia reputación como reportero del periódico, corresponsal obrero, y más allá de eso, su responsabilidad como guardián del honor y los logros de la prensa soviética.

Por supuesto, todo esto va mucho más allá del problema de la composición y el estilo. Pero, de todos modos, la conexión es muy directa. Un astuto escritor francés dijo hace tiempo: "El estilo es el hombre", es decir, no es algo externo o superficial, sino algo interno, que expresa la naturaleza del desarrollo, la voluntad y la conciencia de la persona… Para cultivar su estilo, deben cultivarse como seres humanos que piensan y actúan. Y en este proceso, es imposible permanecer quietos.

Estilo popular y accesible

La composición, por supuesto, debe ser siempre lo más accesible posible. Pero, de nuevo, esta es una cuestión muy, muy complicada. La accesibilidad no sólo depende del estilo de la composición, sino sobre todo del fondo del tema que se trata. Como aproximación a este tema, permítanme darles a conocer una carta abierta dirigida a mí que fue enviada a *Rabochaya Gazeta*, pero que me fue remitida por el editor. He aquí el pasaje principal de la carta:

"Pido a los editores de *Rabochaya Gazeta* que publiquen esta carta abierta a L. Trotsky en el periódico. Como corresponsal obrero de nuestro periódico obrero proletario, no puedo guardar silencio sobre lo que me afecta como corresponsal y como defensor de la mejora cultural. Lo que me preocupa es que a menudo encuentro artículos de L. Trotsky en el periódico *Pravda* (al que también estoy suscrito) sobre la vida cotidiana de los trabajadores, la cultura proletaria, el arte, la política del partido en materia de arte, etc. Actualmente los artículos son muy, muy importantes, y el tema es interesante, pero no para todo el mundo. Con esto me refiero a todos los trabajadores, es decir, no es que los

artículos no sean interesantes para los trabajadores; al contrario, son muy interesantes. Pero, desgraciadamente, no son del todo comprensibles; y son incomprensibles sólo porque están demasiado llenos de términos y palabras científicas. Por ejemplo, en el número 209, el artículo "La posición del partido ante el arte" incluye "criterios", "metafísica", "dialéctica", "abstracción ", "antagonismo ", "individuo ", etc. Todos ellos exigen una cierta preparación y educación superior por parte del lector. Para el lector medio, y sobre todo para el obrero, son incomprensibles y, por tanto, apenas pueden interesarle. Por eso, por mi parte, solicito al camarada Trotsky que escriba más a menudo este tipo de artículos, pero que se abstenga de usar los mencionados términos y palabras extranjeras y los sustituya por palabras rusas accesibles y populares, para que estos artículos puedan aportar plenamente ese alimento espiritual que tanto anhelan nuestros atrasados lectores de la clase obrera." Z. Kryachko, 25 de septiembre [1923].

La carta, como ven, es bastante antigua. La respondo aquí, con un poco de retraso. Pero el tiempo no es importante en este asunto, porque la cuestión del uso del lenguaje popular no tiene un significado temporal o efímero. No intentaré demostrar que los artículos de los que habla el camarada Kryachko eran accesibles, o que no había en ellos demasiadas palabras o expresiones extranjeras que podrían haberse redactado de forma más comprensible. Es posible, incluso probable, que tales pecados y descuidos estén presentes en estos artículos. Sin embargo, éste no es el quid de la cuestión del uso del lenguaje popular.

He dicho que el estilo depende en gran medida de lo que una persona sepa y de lo que quiera decir. Lo fundamental es el pensamiento y la voluntad de acción; sólo como elemento auxiliar se desarrolla y se hace visible el estilo. Lo mismo ocurre con el lenguaje popular. No es un fin en sí mismo, sino un medio para un fin. La forma de presentación debe corresponderse con el tema, con el grado de complejidad o de simplicidad inherente al mismo. Por supuesto, es posible incluir demasiadas palabras extranjeras y confundir la idea más elemental. Pero a menudo la dificultad no reside en las palabras ni en la composición en general, sino en el propio tema. Tomemos, por ejemplo, *El Capital* de Marx. ¿Podría haberlo escrito en lenguaje popular eliminando palabras extranjeras? No. ¿Por qué? Porque el tema es muy complicado. Si sustituimos todos los extranjerismos por el producto autóctono, *El Capital* no será ciertamente más comprensible. ¿Por qué? Porque el tema es complicado. Pero, ¿cómo se puede abordar *El Capital*? Intenten leer varios libros más sencillos. Acumulen conocimientos y luego aborden *El Capital*. La principal dificultad es la complejidad del tema.

Pero es incluso más que eso. Si las palabras extranjeras de *El Capital* se sustituyeran por palabras puramente rusas, la composición no sólo no resultaría más clara, sino que, por el contrario, se haría más compleja. Los términos científicos (palabras, denominaciones) denotan conceptos particulares y precisos. Si estos términos establecidos se sustituyen por algunas palabras rusas más o menos apropiadas, la precisión de los términos desaparece y la composición se vuelve más difusa. Es mucho mejor explicar los términos necesarios y luego repetirlos una o dos veces y así introducirlos en la conciencia del lector u oyente. Si el tema fluye directamente de la experiencia del trabajador, la composición puede y debe presentarse siempre de forma que incluso una persona analfabeta la entienda perfectamente. Pero si el tema no brota directamente de la experiencia individual del trabajador, si el tema se basa en una experiencia incomparablemente más amplia, como, por ejemplo, los problemas matemáticos o científicos y filosóficos generales, es totalmente imposible hacerlos totalmente comprensibles sólo por la forma de exposición. Para ello es necesaria una preparación, una biblioteca cuidadosamente seleccionada que sea una "escalera" hacia arriba, cada libro, un peldaño.

El primer paso para los obreros-lectores atrasados debe ser, naturalmente, los informes de su corresponsal obrero local. ¿Cómo leen un periódico los obreros avanzados, política y teóricamente educados? Comienzan con los despachos más importantes de los servicios de noticias. Sus ojos buscan para descubrir si ha habido o no una agudización de la lucha revolucionaria en algún lugar del mundo, un choque parlamentario, un cambio de gobierno, una amenaza de nueva guerra, etc. De este modo, comienzan, desde el principio, con el gran círculo de acontecimientos y de acontecimientos y demandas.

¿Y cómo se acercan los trabajadores de a pie al periódico? Buscan las noticias o informes que conciernen a su tienda, a su fábrica, o a una fábrica vecina, o a un club cercano, y finalmente, a su propia región o ciudad en su conjunto. Los trabajadores ordinarios empiezan por el círculo más pequeño; cuanto más pequeño es el círculo, más se interesan, porque los hechos que se relatan tocan sus propias vidas de forma mucho más directa.

Todos nuestros problemas y contradicciones culturales-educativas y político-educativas se sitúan entre estos dos círculos. Un círculo es enorme y abarca todo nuestro planeta, toda su vida y sus luchas; el otro círculo es bastante pequeño y sólo abarca lo que está bajo nuestros pies. En el primer círculo de intereses viven los elementos más avanzados, los luchadores experimentados, ilustrados y cultos. Los intereses de los obreros atrasados y de la inmensa mayoría del campesinado están confinados en el segundo, es decir, en el círculo pequeño. Entre el círculo pequeño y el grande hay toda una serie de círculos concéntricos intermedios, que pueden considerarse como escalones. El problema del periódico es ampliar los intereses del lector, conduciéndolo desde el círculo pequeño, paso a paso, poco a poco, hasta el círculo grande. Los corresponsales obreros ocupan un lugar muy importante en esta labor de educación del lector y de ampliación de sus horizontes. Están cerca de sus lectores, los observan día a día, siguen el crecimiento de sus intereses y ayudan a este crecimiento, amplían el círculo de sus informes de noticias y recurren constantemente a la vida y al aprendizaje de los libros para estar siempre por delante de su lector.

El corresponsal obrero, parte constitutiva del sistema soviético

Debemos tener siempre presente la idea de que los trabajadores que no leen periódicos no forman parte de su clase ni de su época… Sea lo que sea lo que se haga, hay que despertar a los trabajadores. Si no son capaces de leer, hay que inducirles a escuchar mientras otros leen. Y para ello hay que captar sus intereses, tocar sus preocupaciones más vitales. ¿Cómo? Con lo que más inmediatamente les concierne. Deben oír que alguien piensa y escribe sobre ellos. ¿Quién puede hacerlo? El corresponsal obrero. Despertar las mentes adormecidas de sus compañeros más atrasados es la primera y principal tarea de todos los corresponsales obreros que se toman en serio su trabajo. El agua de un estanque no se estanca ni se estropea si fluyen en él manantiales frescos. Lo mismo ocurre con un periódico, especialmente en los casos en que existe un monopolio revolucionario de la palabra impresa. Recuerden: siempre existe el peligro del burocratismo periodístico. La redacción tiene sus propios departamentos separados, su propia burocracia, su propio enfoque y sus costumbres e instrucciones especiales impuestas desde arriba. Pero la vida siempre está cambiando, se desarrollan nuevas capas entre las masas, surgen nuevas cuestiones e intereses. Si el periódico ve las cosas desde un ángulo y el lector desde otro, eso es la muerte para el periódico. El corresponsal obrero no debe permitir que esto ocurra. Los corresponsales obreros no sólo escriben para sus periódicos sobre la vida de las masas. Observan cómo el periódico es recibido por las masas, no sólo sus propias noticias, sino todas las secciones del periódico y todos los artículos.

Escriban en el periódico sobre el propio periódico. Observen qué tipo de libros y folletos nuevos tienen respuesta en el medio obrero, y escriban sobre los libros en el periódico. El periódico no sustituye al libro. Sólo un libro puede cubrir un tema desde todos los ángulos y proporcionar una iluminación científica más profunda. Un corresponsal obrero que sólo escribe y no lee no avanzará; y quien no avanza, retrocede. Los corresponsales obreros deben elevar su propio nivel intelectual respecto a sus lectores mediante la lectura y el estudio. Sus lecturas deben estar orientadas a las cuestiones que la vida ha colocado en el centro de su atención como corresponsales obreros.

El objetivo principal de la organización soviética del estado es atraer a las amplias masas populares al gobierno y enseñarles a gobernar. En ningún caso debemos perder de vista este objetivo. Pero la experiencia de los últimos años nos ha demostrado que la resolución práctica de este problema es mucho más difícil de lo que imaginábamos al principio de la revolución. Somos demasiado atrasados, ignorantes, analfabetos y habitualmente desidiosos; mientras que los problemas prácticos de la construcción económica, por otra parte, son demasiado agudos y apremiantes. Este es el manantial del que brota la tendencia al burocratismo, es decir, la resolución de los problemas a través de las oficinas estatales, sin contar con los trabajadores y a sus espaldas. Aquí, el periódico entra como un poderoso correctivo al trabajo del aparato estatal. El periódico cuenta cómo este trabajo afecta y es percibido en las bases, cómo las bases responden a este trabajo. Ser sensible a esta respuesta y comunicarla en el periódico es la tarea indispensable de los corresponsales obreros. De este modo, pueden reclutar a los lectores del periódico para que se informen sobre el funcionamiento del estado y prepararlos gradualmente para participar ellos mismos en el gobierno.

Los corresponsales obreros no son simples reporteros de periódicos. En absoluto. Son un nuevo e importante componente del sistema soviético. Complementan la actividad de los organismos de gobierno, contrarrestando la burocratización dentro de ellos.

Problemas de la vida cotidiana

El proceso por el que la vida cotidiana de las masas trabajadoras se está desintegrando y formando de nuevo es uno de los asuntos más importantes a los que se enfrenta el corresponsal obrero (ya he hablado y escrito sobre esto más de una vez). Pero los problemas de esta naturaleza son mucho más complicados que los que surgen en los talleres y las fábricas. Aquí, el enfoque correcto es especialmente importante. De lo contrario, es demasiado fácil enredarse.

Los problemas de la vida cotidiana se reducen básicamente a los de la construcción económica y cultural, por un lado, y a las influencias culturales-educativas, por otro lado. Aquí es muy importante aprender a evaluar el propio trabajo de forma correcta y realista, sin dejarse llevar por la emoción. Este trabajo se compone de dos elementos de diferente importancia histórica. Por un lado, se introduce gradualmente el elemento del colectivismo en la vida familiar cotidiana. En este ámbito, a pesar de la modestia de nuestros logros, la dirección de nuestro trabajo nos distingue de manera fundamental de todo lo que se ha hecho a este respecto en los países capitalistas. Pero, por otra parte, dirigimos nuestra labor en esta dirección para que las masas trabajadoras de nuestro país adquieran los hábitos culturales que ya son comunes a todos los pueblos civilizados: la alfabetización, la lectura de periódicos, la pulcritud, la cortesía, etc. De este modo, al mismo tiempo que el curso fundamental de nuestro trabajo cultural es hacia el socialismo y el comunismo, debemos trabajar simultáneamente para hacer avanzar enormes sectores de nuestro frente cultural, aunque sólo sea hasta el nivel de cultura alcanzado en los estados burgueses avanzados. Este doble carácter, totalmente determinado por las circunstancias de nuestro pasado histórico, debe ser comprendido

correctamente para no cometer errores en cuanto al sentido y la sustancia de nuestro trabajo.

Así, por ejemplo, varias sociedades locales para un nuevo modo de vida se han propuesto elaborar una "ética comunista". Se entiende que esto incluye la eliminación de la grosería, la lucha contra el alcoholismo, el soborno y otros males.

Está absolutamente claro que al plantear la cuestión de esta manera caemos en una cierta ilusión óptica. Parecería que la grosería, el lenguaje soez, el alcoholismo y el soborno fueran característicos de todo el mundo capitalista, y que nosotros emprendiéramos por primera vez la tarea de crear una "ética comunista" limpiando nuestro país de los pecados y vicios antes mencionados. De hecho, en lo que se refiere a la grosería, el lenguaje soez, el soborno, etc., somos los receptores de un terrible legado de la Rusia zarista, que en cuestiones de cultura estuvo a la zaga de los estados europeos durante muchas décadas y, en algunos aspectos, durante siglos. Una buena parte de nuestras tareas culturales y, en consecuencia, de la labor del corresponsal obrero culturizador, consiste en liquidar esta barbarie preburguesa. Subrayo esto porque es muy importante que entendamos correctamente lo que estamos haciendo.

Recordaréis que Marx decía que no se puede juzgar ni a los partidos ni a los individuos por lo que piensan de sí mismos. ¿Por qué? Porque todos los partidos del pasado, en particular los partidos democrático-pequeños burgueses, han albergado ilusiones, ocultándose a sí mismos las lagunas y contradicciones de su propio programa y de su propio trabajo. Los partidos democrático-burgueses no pueden vivir sin ilusiones. Es precisamente en virtud de esto por lo que los mencheviques y los eseristas, por ejemplo, se consideran "socialistas". Estas ilusiones ocultan el hecho de que, en realidad, están ejecutando funciones en interés de la burguesía. Pero para nosotros, los comunistas, las ilusiones son innecesarias. Somos el único partido que no necesita ilusiones, autoengaños ni falsos colores para llevar a cabo su gran obra histórica. Bautizar la lucha contra la grosería, el alcoholismo y el soborno con algún nombre superceremonioso como "lucha por una ética comunista" o "por la cultura proletaria", no significa que se acerque el advenimiento del comunismo. Simplemente significa adornar nuestro tosco trabajo preliminar con etiquetas falsas, lo cual es inapropiado e indecoroso para nosotros como marxistas.

No pretendo restar importancia a nuestra lucha cotidiana por elevar el nivel cultural de las masas. Al contrario, todo depende del éxito de esta lucha. En su día dijimos que el piojo del tifus podía devorar al socialismo. La lucha contra el soborno, como contra el piojo, no constituye en sí misma la inculcación de la ética comunista. Pero está claro que es imposible instaurar el comunismo sobre la base de la grosería física y moral.

Tanto en la ciudad como en el pueblo se opina que "un miembro de la Liga de la Juventud Comunista no puede beber". Este es un logro que debe ser reforzado y desarrollado. Con frecuencia se encontrarán con un charlatán que con una mirada de profundidad comenzará a explicar que la lucha contra el alcoholismo es tolstoyanismo. Es difícil imaginar algo más estúpido o banal.

Para las masas trabajadoras la lucha contra el alcoholismo es una lucha por la supervivencia física, espiritual y, sobre todo, revolucionaria. Apenas hemos empezado a levantarnos. Apenas tenemos lo suficiente para arreglarnos. Sólo podemos aumentar nuestros salarios muy, muy lentamente. Y de hecho los salarios son la base de la vida cotidiana y la base del progreso cultural. El alcohol, al introducirse en la vida cotidiana del trabajador, le arrebata una gran parte de los ingresos salariales y, de este modo, socava el avance de la cultura. Es necesario comprender claramente toda la magnitud de los peligros del alcohol bajo nuestras condiciones, en las que los órganos económicos del país apenas han comenzado a recuperarse después de una peligrosa enfermedad y en todas

partes todavía cargan con rastros de enfermedad crónica. El corresponsal obrero debe ser capaz de relacionar íntimamente la lucha contra el alcoholismo con todas las condiciones de vida de un determinado grupo de trabajadores, con todas sus circunstancias fabriles, culturales y domésticas. Y cualquier corresponsal obrero que tome a la ligera el alcoholismo, cuando es el enemigo más malicioso de la revolución y del avance cultural de las masas, no es un verdadero corresponsal obrero.

En relación con los problemas de la vida cotidiana, me preguntan cuál es mi actitud hacia el Movimiento Octubre y si forma parte de la nueva forma de vida. Por supuesto, no es necesario exagerar la importancia del Movimiento Octubre, y no es más aceptable burocratizarlo. Sin duda, representa un paso adelante, una señal de progreso. Hoy mismo he recibido una carta del distrito de Elizavetgrad, uno de los distritos en los que Majnó era más fuerte y que sufrió algunas de las peores pruebas a manos de las bandas de forajidos. Allí, en un pueblo (olvido cuál), unas diez familias ya han organizado un "hogar comunal octubrista", incluyendo incluso a personas mayores en él. Esto en sí mismo, repito, no cambia la vida cotidiana, pero es una mejora crítica, que revela la aspiración a cosas nuevas. Así es como debemos verlo.

En nuestro país persiste a menudo la creencia religiosa, no tanto en la cabeza de la gente, en su conciencia y convicciones, como en su forma de vida, sus costumbres y circunstancias. Por eso no siempre se puede tener éxito sólo con argumentos científicos. Pero para compensar, se pueden dar golpes muy duros a los prejuicios religiosos mostrando cómo se manifiestan en la vida. Hay que observar con una mirada clara y crítica los bautizos, las bodas o los funerales que se celebran en la iglesia y describirlos con sencillez, o con una risa, si se tiene esa habilidad. Los reportajes sobre la vida religiosa pueden y deben desempeñar un papel mucho más importante en la lucha contra el papel de la iglesia en la vida cotidiana que las intrincadas y rebuscadas caricaturas de algunos de nuestros artistas gráficos.

La cuestión del sexo

Se habla mucho del problema del sexo en la vida cotidiana. El interés por este problema es especialmente fuerte entre nuestros jóvenes, por razones comprensibles. En todo tipo de reuniones se presentan preguntas escritas sobre este tema. El problema se plantea no teóricamente, es decir, no en el sentido de la elucidación marxista del desarrollo de las formas de la familia y de las relaciones sociales y sexuales, sino prácticamente: cómo vivir ahora, cómo son las cosas hoy en día.

Este es un problema difícil. Bajo nuestras condiciones es difícil ofrecer una solución categórica a un problema que, en la práctica, se plantea de forma tan aguda, de forma tan marcada, ya que el problema sexual abarca todo el nudo de problemas de nuestra sociedad y de las relaciones domésticas; y todavía está muy, muy enredado. No puedo desenredarlo aquí, ni siquiera teóricamente. Esto llevaría mucho tiempo y este problema no está en la agenda de hoy. Pero indicaré los rasgos principales, porque el corresponsal obrero no puede ser en absoluto indiferente a las relaciones, los conflictos y las dificultades que surgen del complejo básico de las relaciones sociosexuales.

Ni que decir tiene que examinamos el problema sexual abiertamente, sin misticismo, sin mentiras ni hipocresías convencionales y, por supuesto, sin cinismo. La generación joven debe ser informada oportunamente tanto de la fisiología como de la higiene social del sexo. Debe haber una alfabetización tanto sexual como política. Esto es lo mínimo que debemos proporcionar. Pero, por supuesto, esto aún está lejos de resolver las contradicciones relacionadas con los aspectos sexuales de la vida bajo las condiciones de transición de nuestro país.

El problema de la vivienda tiene una enorme influencia en este ámbito, como lo tiene en general en todos los ámbitos relativos a la vida privada. La creación de condiciones de vivienda dignas de seres humanos civilizados es un requisito necesario para un gran progreso en términos de cultura y humanidad, así como de relaciones sexuales. Lo mismo ocurre con los comedores sociales, con las instalaciones para la alimentación y la crianza de los niños, y con la situación de los niños en general. Es evidente que todo el trabajo de reorganización de la vida cotidiana según las pautas socialistas, creará condiciones más propicias para la resolución de las actuales contradicciones sexuales.

El proceso del despertar y del desarrollo de la personalidad es y seguirá siendo paralelo a esto. Ser culto es ante todo una cuestión de disciplina interna. Cuando decimos que en el camino hacia el socialismo total y el comunismo el estado como aparato de coacción desaparecerá gradualmente, estamos diciendo también que la fuente de la disciplina necesaria para la nueva sociedad será totalmente interna y no externa. Dependerá del grado de cultura de cada ciudadano. Al igual que las personas en un coro cantan armoniosamente no porque estén obligadas a hacerlo, sino porque les resulta agradable, en el comunismo la armonía de las relaciones responderá a las necesidades personales de cada individuo. En el caso de las relaciones sexuales, esto significa, por un lado, liberarse de las ataduras y limitaciones externas y, por otro, someterse a la disciplina interna de la propia personalidad: de su vida espiritual más rica y de sus necesidades más elevadas.

Por supuesto, esta perspectiva sigue siendo bastante remota. Pero, de todos modos, nos muestra el camino que debemos seguir para encontrar la salida a las actuales contradicciones agudas y dolorosas en el ámbito de las relaciones sexuales. *El trabajo público destinado a reorganizar la vida cotidiana y los esfuerzos individuales encaminados a elevar el nivel de la personalidad en todos los aspectos*: ésta es la prescripción básica que puede darse en respuesta a las siempre numerosas consultas presentadas en materia de sexo. Además, este es el punto de vista con el que el corresponsal obrero debe abordar estos problemas.

La representación de la moral y las costumbres y la nueva literatura

Así, a través del corresponsal obrero, la vida cotidiana de los trabajadores debe contarse y reflexionar sobre sí misma. Hemos tenido muchas discusiones sobre cuáles deben ser los objetivos de la nueva literatura proletaria. Algunos círculos literarios han tratado de convencernos de que la literatura revolucionaria no debe “reflejar” sino “transformar” y, por tanto, que la representación de la moral y las costumbres no tiene cabida en las obras de arte revolucionarias.

Este enfoque es un ejemplo muy evidente de un “trastorno infantil” de la izquierda. No hay ni una pizca de marxismo en él. ¿Cómo se puede transformar algo sin reflejarlo primero? ¿Cómo se puede influir en la vida cotidiana sin conocerla en detalle? Algunas personas (algunos de los comunistas-futuristas) llegan a decir que la literatura revolucionaria debe darnos un “estándar” (modelos y normas, por así decirlo) de lo que debería ser. Pero esto es claramente un punto de vista sin vida, idealista, profesoral y escolástico. Divide artificialmente el mundo en dos partes: lo que es y lo que debería ser. Dicen, dejemos que los conservadores retraten lo que es, y nosotros (¡oh, qué revolucionarios son!) mostraremos lo que debería ser.

Cuando uno lee este tipo de filosofías, se dice a sí mismo: es como si ni Marx ni Lenin hubieran existido para esta gente. No, no filosofen, señoras y señores: necesitamos desesperadamente un reflejo de la vida de los trabajadores y de su existencia cotidiana que vaya desde los simples informes de los corresponsales obreros hasta las

generalizaciones artísticas. No cabe duda de que el desarrollo de una red de corresponsales obreros que amplíen sus horizontes y la gama de sus intereses, y que desarrollen sus técnicas literarias, todo ello, combinado, creará la base de la nueva y más completa literatura de nuestra época de transición.

Con esto, permítanme volver a la discusión de la literatura proletaria para llegar al meollo de la cuestión. Algunos camaradas me acusan de estar supuestamente "en contra" de la literatura proletaria. En el mejor de los casos o, mejor dicho, en el peor, esto puede entenderse como que también me opongo en cierta medida a los corresponsales obreros, ya que son la única voz literaria local y de primera mano del proletariado. A través del corresponsal obrero, el proletariado mira a su alrededor, se mira a sí mismo y relata lo que ve. Si el corresponsal obrero no cumple esta función, entonces no es un corresponsal obrero y debe ser rebajado de categoría.

¿En qué sentido, camaradas, he hablado "contra" la literatura proletaria? No he hablado contra la literatura proletaria, sino contra el hecho de que círculos de escritores desvinculados cuelguen carteles en sus puertas diciendo: "En esta pequeña oficina se está desarrollando la literatura proletaria. No hace falta ir más allá". *¡No!* Crear una cultura proletaria no será tan fácil. Es una tarea mucho más intrincada y complicada que eso. El proletariado está realizando un excelente trabajo en cuanto a la enseñanza y el aprendizaje de la escritura, la enseñanza y el aprendizaje de la composición dramática, la música y el arte. Pero cuando los círculos literarios se crean descuidadamente a partir de una docena de jóvenes escritores conectados con el proletariado sólo por su estado de ánimo, y cuando dicen: "La literatura proletaria es lo que representamos; todo lo demás puede irse al diablo..." Entonces, entonces tenemos que objetar: ¡Ustedes se apresuran demasiado! Confunden sus deseos con la realidad. No nos oponemos porque estemos "en contra" de la literatura proletaria. ¡Qué tontería! Nos oponemos porque es imposible crear una literatura proletaria (si se entiende que no representa a un círculo literario, sino a la clase [proletaria]) por medios tan simples y fáciles. Tienen ante ustedes, en primer lugar, la tarea de elevar el nivel cultural de las masas atrasadas que, desgraciadamente, todavía no entienden ni siquiera de literatura.

Camaradas, hablamos de "literatura burguesa". ¿Por qué la llamamos burguesa? ¿De dónde ha salido eso? ¿Cómo se compuso? La clase burguesa es rica; por lo tanto, está educada. Tiene tiempo libre, ya que explota al proletariado Dedica su tiempo libre a todo tipo de placeres, incluyendo la literatura, el arte. etc. ¿Cómo se forman los escritores burgueses? A menudo son hijos de la pequeña, mediana o gran burguesía, que estudian en escuelas burguesas, viven en familias burguesas, frecuentan los salones burgueses, donde se reúnen con diputados, ingenieros, comerciantes y músicos burgueses, deleitándose con la pequeña charla de la propia burguesía. Así, siempre tienen "su propio" ambiente social, en el que viven y respiran. El escritor, el artista deben tener una acumulación de impresiones cotidianas. ¿Dónde las acumulan? En el ambiente burgués ¿Por qué? Porque nadan en este ambiente como un pez en el agua. Este es *su* ambiente rico y culto. Y las cosas que absorben, las cosas que inhalan y con las que se intoxican de esta esfera burguesa, estas cosas las reproducen en sus poemas, narraciones y novelas. Este es, simple y brevemente, el proceso de creación de la literatura burguesa. No surge de golpe. Se creó a lo largo de un período de siglos.

La burguesía ha gobernado durante cientos de años. Incluso antes de tomar el poder, era una clase rica y culta para su época. Y toda la fraternidad artística, incluidos los reporteros de los periódicos (¿se podrían llamar *burzhkor* quizás?)[85], estos mismos

[85] *Burzhkor*, Trotsky hace un juego de palabras. En todo el texto en ruso, la abreviatura *rabkor,* de la primera época soviética, se utiliza para "corresponsal obrero". Es una contracción de las palabras rusas *rabochiy* (trabajador) y *korrespondent* (corresponsal). Con la palabra *burzhkor* (corresponsal burgués), Trotsky está

corresponsales burgueses, se alimentaban de todo lo que se veía y oía en las familias burguesas, salones, tiendas, etc. Entonces, ¿cuál fue la condición principal para el desarrollo de la literatura burguesa? La condición principal fue que los escritores burgueses y, en general, el trabajador artístico y la propia burguesía, vivían en un mismo entorno cotidiano y se caracterizaban, a grandes rasgos, por un nivel cultural idéntico. La literatura, la ciencia y el arte son particularmente ricos en aquellos países donde la burguesía era rica y poderosa, donde se había desarrollado y gobernado durante mucho tiempo, subyugando ideológicamente a un gran círculo de personas, donde tenía grandes tradiciones científicas y literarias. En nuestro caso, en el proceso de creación de nuestra literatura clásica, aristocrática, tardía y burguesa, nuestros escritores sólo convivieron con la clase que era capaz de alimentar, apoyar e inspirar a sus escritores.

Si nos preguntáramos, camaradas, si en la actualidad, hoy, nuestro proletariado podría crear tales condiciones para sus propios artistas, escritores y poetas (sí o no), yo respondería: desgraciadamente, todavía no es posible. ¿Por qué? Porque el proletariado sigue siendo el proletariado. Para enviar a los escritores o artistas proletarios principiantes a la escuela para que estudien, para que se desarrollen, bajo las condiciones actuales debemos arrancarlos de la producción, de la fábrica, e incluso en parte de la vida cotidiana de la clase obrera en general. Hasta ese momento, mientras el proletariado siga siendo un proletariado, incluso la intelectualidad que surja del seno de la clase obrera estará inevitablemente, en mayor o menor grado, al margen de ella.

Aunque Marx y Lenin no eran obreros, gracias al genio de su intelecto fueron capaces de comprender el curso del desarrollo de la clase obrera y de expresarlo en términos científicos. Pero para que los poetas y novelistas sientan el estado de ánimo de las amplias masas obreras y lo expresen en la literatura y la poesía, deben estar constante e inseparablemente vinculados con las masas obreras en la vida cotidiana, en las experiencias diarias. Y este no es el caso ahora, y realmente no puede ser el caso hasta que hayamos creado las condiciones previas para una nueva cultura genuinamente de masas. Y estas condiciones son: en primer lugar, la alfabetización; en segundo lugar, la verdadera alfabetización, y no el semianalfabetismo; y, en tercer lugar, una población universalmente bien informada. Y esto supone una seguridad material general, es decir, unas condiciones de vida tales que la gente disponga de una gran cantidad de tiempo libre, no sólo para relajarse, sino para autoeducarse y autoformarse. En otras palabras, esto supone un avance material y espiritual hasta un nivel tal que la clase trabajadora en su gran mayoría, y no sólo sus elementos principales, llegue a dominar toda la cultura humana.

¿El camino hacia esto es grande o pequeño, largo o corto? Es tan largo o corto como todo nuestro camino hacia el socialismo completo y desarrollado, ya que la única manera de elevar a todo el proletariado, y tras él a las masas campesinas, a un nivel cultural en el que ya no habría una enorme brecha cultural entre lectores y escritores, artistas y espectadores, es fortaleciendo y desarrollando el socialismo. ¿Y qué tipo de cultura será ésta? ¿Cultura proletaria? No, será cultura socialista porque el proletariado, a diferencia de la burguesía, no puede ni quiere seguir siendo la clase dominante para siempre. Al contrario, el proletariado tomó el poder para dejar de serlo lo antes posible. En el socialismo no hay proletariado, sino una vasta y culta cooperativa de productores y, en consecuencia, un arte producido cooperativamente, o socialista.

Por supuesto, entre los jóvenes grupos literarios que surgen ahora de las filas del proletariado o que se acercan al proletariado, hay poetas, novelistas, etc., con talento o al menos prometedores. Pero su trabajo representa hasta ahora una gota de agua que no

---

creando un paralelismo imaginario con el mundo burgués, utilizando una contracción de las palabras rusas *burzhuanzhnyi* y *korrespondent.* Nota del traductor al inglés.

permite satisfacer al proletariado sólo con este arte. Debemos hacer todo lo posible para ayudar a estos primeros brotes de creatividad artística proletaria, pero al mismo tiempo es imposible permitir violaciones de perspectiva tan escandalosas como cuando un pequeño grupo literario joven se declara el vehículo de la "literatura proletaria". Semejante autoevaluación se basa en una falsa comprensión de todo el curso del desarrollo histórico-cultural del proletariado, que todavía tiene una necesidad muy, muy grande de escolarizarse en el arte burgués, de adquirir para sí lo mejor de lo creado por ese arte, de elevar su propio nivel artístico y asegurar así las condiciones para un auténtico arte socialista de masas En este proceso cada grupo literario-proletario separado puede tener su pequeño lugar, pero ninguno puede tener el monopolio.

Por supuesto, el proletariado se acerca al arte burgués a su manera proletaria, al igual que a las mansiones de la nobleza. En efecto, el proletariado no deriva su punto de vista de clase del arte; al contrario, lleva su punto de vista al arte. Y aquí también el corresponsal obrero debe prestar su ayuda. Debe convertirse en el intermediario entre las amplias masas, por un lado, y la literatura y el arte en general, por otro lado. ¿Qué leen los trabajadores? ¿Qué leen las mujeres trabajadoras? ¿Qué tipo de obras artísticas les gustan? ¿Cómo las leen? ¿Aplicarán las conclusiones a sus propias vidas? El corresponsal obrero debe espiar, escuchar y relatar todo esto.

Los periódicos murales que cuelgan en esta sala, y en cuya creación los corresponsales obreros han desempeñado un papel tan activo, representan por supuesto un logro muy valioso en el proceso de nuestra lucha por elevar el nivel cultural de las masas.

Su enorme importancia radica en su origen local. Y tomamos nota, elogiamos y premiamos (sobre todo con una colección de obras de Lenin) a los escritores y artistas de la fábrica que mejor compusieron y decoraron sus periódicos murales. Al mismo tiempo, camaradas, estos periódicos murales, impresos a mano, nos recuerdan nuestra pobreza y nuestro atraso cultural y lo mucho que tenemos que aprender para ponernos al nivel cultural de las naciones burguesas avanzadas, conservando y fortaleciendo, por supuesto, nuestros fundamentos socialistas. Nuestra prensa, incluidos nuestros periódicos murales, expresa ideas inconmensurablemente superiores a las "ideas" que desarrolla la prensa burguesa. Pero si se toma, digamos, un periódico inglés desde el punto de vista de la variedad del material, la habilidad y el atractivo de la presentación, la ilustración y la técnica, habrá que decir: ¡Cuánta ventaja nos llevan! Tienen, además de los grandes periódicos, numerosos periódicos pequeños y especiales dedicados a los intereses o necesidades particulares de un comercio, una corporación o un barrio, y que reflejan todos los aspectos de su vida. Mientras tanto, nosotros tenemos que crear a mano periódicos murales, que sólo sacamos una vez al mes y a veces no tan a menudo. O comparen nuestra prensa con la norteamericana. En toda la Unión Soviética tenemos ahora menos de quinientos periódicos con una tirada general de dos millones y medio. En Norteamérica hay unos 20.000 periódicos con una tirada de más de 250 millones, es decir, aproximadamente cien veces más que nosotros. Y la población de Estados Unidos es menor que la nuestra en 20 millones. Debemos tener siempre presentes estas cifras. Es imposible olvidar nuestro propio atraso. Por cierto, ahí es donde el atraso cultural adquiere su siniestra fuerza: adormece la conciencia; pero lo que necesitamos es una conciencia siempre vigilante. Sólo entonces venceremos a todos nuestros enemigos, incluido el más poderoso, nuestra propia incultura.

Sobre la crítica y la denuncia

Para terminar, me gustaría hablar una vez más sobre la crítica y denuncia de todos nuestros casos de mal funcionamiento. Esto es fácil y difícil al mismo tiempo. Es fácil

porque las disfunciones son muchas. No hay que buscarlas; basta con mirar a nuestro alrededor. Es difícil porque las razones del mal funcionamiento son muy complejas y no siempre es fácil descubrirlas inmediatamente.

Siempre estamos en proceso de "solucionar las cosas". La propia expresión "se solucionará" es, como sabemos, bastante corriente entre nosotros. A Vladimir Illich le disgustaban mucho estas palabras y las repetía siempre con ironía: "Se solucionará... lo que significa que no se ha solucionado, y nadie sabe cuándo se solucionará". Con frecuencia la expresión "se solucionará" oculta la incompetencia, el egoísmo y la irreflexión, pero también puede reflejar condiciones objetivas difíciles y todo tipo de carencias y deficiencias. Separar las razones objetivas del mal funcionamiento de las subjetivas, la desgracia de la culpa, es muy difícil Así, no es fácil hacer una evaluación general de la situación en una fábrica, una escuela o un departamento militar: ¿Están mejorando las cosas? ¿Ha habido grandes éxitos? ¿Hay que alabar o culpar al líder? Es posible tomar una fábrica cualquiera y, al inspeccionarla, ofrecer dos imágenes contradictorias: en un caso, uno podría enumerar todos los hechos e incidentes relacionados con el mal funcionamiento, la desorganización, la utilización irracional de la mano de obra o de los materiales, etc., y, aun así, quedarse con un gran número de estos hechos. Pero es posible abordar esto de otra manera: reunir todas las mejoras, cualquier tipo de logros en los últimos dos o tres años, y tales mejoras son también numerosas. Si se reúnen de este modo los logros, cerrando los ojos a todos los defectos, se obtiene una imagen muy reconfortante.

Por eso, en nuestras complejas y difíciles condiciones de transición, los inspectores y, en consecuencia, también los corresponsales obreros, caen tan fácilmente víctimas de sus propias debilidades subjetivas, de su propia arbitrariedad crítica y, aún más, de la voluntad. Y cuando los que han sido inspeccionados o reprendidos en la prensa ven que las conclusiones de una inspección se basan sólo en impresiones superficiales o en prejuicios personales, es evidente que ese examen o investigación no les estimula nada; al contrario, mata su espíritu y, por tanto, desbarata todo el propósito.

Los corresponsales obreros deben evitar este peligro como a la peste. Por supuesto, a menudo cometerán errores de juicio y evaluación. En todos los quehaceres hay una posibilidad de error, y en el trabajo periodístico más que en ningún otro. Pero la parcialidad, la arbitrariedad y la irresponsabilidad son cosas que un corresponsal obrero no puede ni debe permitir. Al mismo tiempo que luchan contra la arbitrariedad, los corresponsales obreros no deben convertirse en fuentes de arbitrariedad en sus simpatías, evaluaciones y conclusiones. El sentido de la responsabilidad para llevar a cabo nuestro trabajo debe jugar un papel principal en todas sus actividades. El corresponsal obrero es un órgano de la conciencia social, que vigila, expone, exige, persiste. No puede ser de otra manera. El corresponsal obrero escribe sobre los casos de mal funcionamiento y espera que se eliminen. Pero no siempre se eliminan inmediatamente.

Esto, pues, abre el único ámbito de actividad genuino para los corresponsales obreros. Es muy fácil, después de un fracaso, echarse las manos a la cabeza. Pero los corresponsales obreros que son luchadores actúan de otra manera. Saben que es mucho más fácil encontrar el mal funcionamiento que eliminarlo. También saben que un periódico se hace notar, no de golpe, sino a base de repetir, de mantener la presión, día tras día. Los corresponsales obreros aprovechan todas las nuevas oportunidades y encuentran nuevas formas, utilizando nuevas circunstancias o detalles, para exponer estos casos de mal funcionamiento. Además, siguen estudiando el problema por sí mismos, abordándolo primero desde un ángulo y luego desde otro, para comprender más claramente sus raíces y atacar con mayor precisión su causa principal.

Un corresponsal obrero necesita autocontrol; un corresponsal obrero necesita el temperamento de un luchador. Incluso en el ámbito político más amplio no lo hemos ganado todo de inmediato. Hemos pasado por décadas de lucha clandestina, seguidas de 1905, luego la derrota, y de nuevo la clandestinidad; luego vino 1917, la revolución de febrero, la guerra civil… Nuestro partido demostró la mayor tenacidad en la lucha revolucionaria y a través de ella, y venció. Los corresponsales obreros deben estar totalmente imbuidos del espíritu del partido comunista: el espíritu de lucha, la tenacidad y el compromiso revolucionario. El corresponsal obrero debe ser comunista, debe vivir no sólo de acuerdo con la letra, sino también con el espíritu de las enseñanzas de Lenin, lo que significa crítica y autocrítica constante. No crean todo lo que oigan; no vivan de rumores; confirmen las cifras, confirmen los hechos; estudien, critiquen, esfuércense; luchen contra la arbitrariedad y el sentimiento de que no hay defensa contra la injusticia; persistan, presionen con sus puntos de vista, amplíen su campo de comprensión ideológica; avancen y empujen a los demás hacia adelante; ¡sólo entonces serán auténticos y verdaderos corresponsales obreros! (*Aplausos atronadores*)

Sobre la taquigrafía

(27 de octubre de 1924)

Me gusta tanto la taquigrafía y los taquígrafos que me resulta difícil saber cómo y por dónde empezar. Mi estrecha relación de trabajo con los taquígrafos comienza con la revolución de octubre. Hasta entonces nunca había tenido la oportunidad de aprovechar esta maravillosa habilidad, al menos sin tener en cuenta el proceso al primer Sóviet de Diputados Obreros de Petersburgo (1906), en el que los taquígrafos anotaron los testimonios y los discursos de los acusados, incluidas mis declaraciones.

Al recordar estos siete años de revolución, soy completamente incapaz de imaginar cómo habría sido posible superarlos sin la ayuda constante de los taquígrafos. Siempre observé con agradecido asombro cómo mi joven amigo Glazman, ya fallecido, escribía al dictado rápido en trenes a gran velocidad, durante semanas, meses y años, órdenes y artículos, y levantaba actas de las decisiones de las reuniones, y así llevaba a cabo una gran parte del trabajo que sin él nunca se habría llevado a cabo. Taquigrafiar en un tren a toda velocidad es una tarea realmente heroica. Y cuando recibía de Glazman o de sus colegas artículos para nuestro periódico *V Puti* [En el camino], órdenes o notas de discursos pronunciados desde las escalerillas de los vagones, siempre "bendecía" en silencio la maravillosa habilidad de la taquigrafía.

Todos los folletos y libros escritos por mí desde 1917 fueron primero dictados y luego corregidos a partir de notas taquigráficas. Hay que reconocer que este método de trabajo también tiene ciertas características negativas. Cuando escribes por ti mismo, construyes las frases mejor y con más precisión. Pero, por otro lado, la atención se centra demasiado en los detalles de la expresión y en el propio proceso de escritura, y se pierde fácilmente la visión de conjunto. Al dictar, las omisiones parciales son inevitables, pero la construcción general gana enormemente en coherencia y lógica. Y las omisiones parciales, las formulaciones inexactas, etc., pueden corregirse después en el registro taquigráfico. Este es el método que he dominado. Ahora puedo decir con plena convicción que en estos años no habría escrito ni un tercio de lo que he hecho sin la ayuda constante de los compañeros taquígrafos.

Al principio experimenté una cierta vergüenza; es como si trabajaras bajo vigilancia: no puedes aflojar, tu compañero está esperando. Pero luego me acostumbré, me acostumbré al sistema y empecé a encontrar en él una fuerza de disciplina. Cuando dos personas sierran madera con una sierra de mano, tienen que trabajar rítmicamente; cuando aprendes a hacerlo, el trabajo resulta mucho más fácil. Lo mismo ocurre con la taquigrafía: el pensamiento se vuelve disciplinado y trabaja más rítmicamente aliado con el lápiz del taquígrafo.

En nuestra revista, algunos colaboradores expresan la esperanza de que en un futuro más o menos próximo la escritura cursiva ordinaria sea suplantada por la taquigrafía. No me comprometo a juzgar la viabilidad de este hecho. Los colegas a los que he consultado sobre este tema han expresado sus dudas: cuanto mejor escribe un hombre la taquigrafía para sí mismo, más difícil suele ser para los demás leer sus notas. Repito, no me comprometo a juzgar esto. Pero incluso en su forma actual, cuando la taquigrafía es una especialización complicada y delicada, la profesión de un número relativamente pequeño de personas, su papel social es inestimable y sin duda aumentará. En los primeros años de la Unión Soviética, la taquigrafía sólo servía a la política. Este es un campo en el que seguirá haciendo mucho. Pero al mismo tiempo servirá cada vez más a las tareas económicas, a la ciencia, al arte y a todas las ramas de la cultura socialista. En cierto sentido puede decirse que el crecimiento cultural de nuestra sociedad se medirá por el lugar que ocupe la taquigrafía en ella. La educación y la formación de los jóvenes taquígrafos es una tarea de primera importancia. Espero que esta tarea se lleve a cabo con éxito. Pero por ahora terminaré estas rápidas líneas con un gran y sincero agradecimiento a la taquigrafía y a los taquígrafos.

La revolución y la cultura[86]

(14 de noviembre de 1924)

Gorki se separó de los comunistas, tal y como él mismo escribe, por la apreciación del papel de los intelectuales. Gorki es de la opinión que los mejores antiguos bolcheviques educaron precisamente a centenares de obreros "en el espíritu del heroísmo social y una alta intelectualidad" (¡¡!!) En palabras más amplias y más exactas, Gorki solo concuerda con los bolcheviques mientras estos no salgan del período de formación de sus primeros cuadros intelectuales y obreros. Le resulta cercano el bolchevique de 1903-1905. Pero el bolchevique de la revolución de octubre, maduro, virilizado, que cumple con inflexibilidad lo que quince años antes solo se podía bosquejar vagamente, ese bolchevique le resulta a Gorki extraño y hostil. El mismo Gorki, con su constante aspiración hacia una cultura y una intelectualidad más altas se las ha arreglado, no se sabe cómo, para quedarse a mitad camino. No es ni clérigo ni laico: canta las delicadezas de la cultura. De ahí su actitud desdeñosa hacia los motivos de las masas y el marxismo, aunque el marxismo, al contrario que el subjetivismo, no descansa sobre la fe en los motivos de las masas, sino sobre la lógica del proceso social material que, en última instancia, subordina los motivos de las masas. Pero, ciertamente, el camino hacia ese objetivo no es tan simple y en él se rompen platos, incluyendo culturales, cosa que Gorki no soporta. Piensa que la vajilla cultural debe ser contemplada, no rota. Para acercarse un poco más a Lenin se consuela diciendo que "Ilich también, bastante a menudo, sufrió por esas cosas"; es decir que, al romper implacablemente todas las resistencias, Lenin tuvo que

[86] Se refiere al folleto de Gorki *Lenin, el hombre*.

sostener una lucha interna para vencer el amor al hombre, el amor a la cultura, para vivir un drama moral. En pocas palabras, Gorki le atribuye a Lenin la contradicción interna de los intelectuales, esa "conciencia enferma" antaño tan honrada, precioso absceso del viejo intelectualismo radical.

Lenin estaba hecho de una sola pieza. De una pieza de alta calidad, de estructura compleja, pero entera, en la que todos los elementos encajaban perfectamente. En verdad, Lenin evitaba a menudo hablar con los intercesores, con los hacedores de trámites, representantes y otra gente análoga. "Que los reciba cualquier otro [decía con una pequeña risa evasiva] o seré demasiado bueno". Sí, a menudo tuvo miedo de ser "demasiado bueno", conociendo la perfidia del enemigo y la beata candidez de los intercesores, y considerando insuficiente por adelantado toda medida de dura precaución. Prefería negar al enemigo invisible a fin de no distraer su vista en cosas fortuitas, a fin de no "ser demasiado bueno". Pero también aquí eso era el fruto de un tranquilo cálculo político, en absoluto la manifestación de una "conciencia enferma", siempre ligada a una falta de voluntad, al lagrimeo y a otras dulces cualidades del "típico intelectual ruso".

Pero esto no es todo, Gorki, nos lo dice él, le reprocha a Lenin que "entendiese el drama de las costumbres de una forma simplificada (¡vaya, vaya!) porque esa simplificación amenaza con matar a la cultura (¡vaya, vaya!). A propósito de los años 1917-1918, cuando se disparaba sobre el Kremlin, cuando los marinos (lo que ocurría algunas veces, pero sobre todo en las calumnias burguesas) apagaban sus cigarros en los tapices gobelinos, cuando los soldados se hacían calcetines extremadamente incómodos y poco prácticos con las telas de Rembrandt (los representantes de la "alta inteligencia" se lamentaban ciertamente en esos términos en Gorki), Gorki perdió toda su sangre fría y se convirtió en heraldo desesperado de la cultura. ¡Desgracia! ¡Desgracia! ¡Horror y barbarie! Los bolcheviques van a romper todos los jarrones históricos, de color, de terracota, de noche y el resto. Lenin le respondía: "Romperemos la cantidad que haga falta y si rompemos demasiados la culpa será de los intelectuales que defienden posiciones indefendibles." ¿Esto no era estrechez de miras? ¿No era simplificar (¡Dios se lo perdone!) el "drama de la existencia"? Uno no siente, incluso, ni deseos de examinar estas reflexiones un poco más de cerca.

El contenido de la vida de Lenin no era deplorar la complejidad de las costumbres sino transformarlas. Para ese fin era necesario abarcar la existencia social en sus principales elementos, discernir en ella las principales tendencias del desarrollo y subordinarles todas las otras. Precisamente porque poseía esa gran maestría creadora, consideraba como maestro ahorrador al "drama social"; esto lo quebraremos, esto lo romperemos, aquello por el momento lo pensaremos. Lenin veía todas las particularidades, todo lo individual, todos los detalles. Y si "simplificaba" depurando los elementos secundarios, eso no se debía a falta de observación, sino a saber muy bien la medida de las cosas.

Recuerdo al proletario de Petrogrado, Vorontsov que, en los primeros días posteriores a octubre, agregado de Lenin, lo ayudaba y cuidaba. Cuando preparábamos la evacuación de Petrogrado, Vorontsov me dijo en tono furioso:

-"*Ellos* se quedarán con demasiadas cosas en caso de desgracia. ¡Habría que minar Petrogrado y hacer saltar todo por los aires con dinamita!"

-"¿Y no lo sentiría por Petrogrado, camarada Vorontsov?", le preguntaba yo admirando a ese proletario petersburgués.

-"¿Lamentar qué? Volveremos. Lo reconstruiremos, ¡y lo haremos mejor!"

Ese breve diálogo ni lo invento ni estilizo. Está gravado tal cual en mi memoria. Ahí está la buena actitud frente a la cultura. El menor signo de lloriqueo. La verdadera cultura no está en los jarrones pintados de la historia, sino en la buena organización de las

cabezas y manos humanas. Si se yerguen obstáculos en la vía de esa buena organización, hay que barrerlos. Y si, haciendo eso, tenemos que destruir valores del pasado, lo haremos sin sentimentalidad llorona, después volveremos, después crearemos nuevos valores infinitamente mejores. Así es como pensaba Lenin, traduciendo el pensamiento y sentimientos de millones de hombres. Y sus puntos de vista eran justos y claros: los revolucionarios de todos los países deben asumirlos.

Sentido y métodos de la propaganda antirreligiosa

(1925)

En nuestros días es completamente evidente e incontestable que no podemos llevar a cabo nuestra propaganda antirreligiosa por la vía de un combate directo contra Dios. No nos daría satisfacción. Reemplazamos el misticismo por el materialismo dándole la mayor importancia a la experiencia colectiva de las masas, reforzando su influencia activa en la sociedad, ampliando el horizonte de sus conocimientos positivos, y sobre ese terreno, también y cada vez que es necesario, es desde el que descargamos golpes directos contra los prejuicios religiosos.

El problema religioso es de una enorme importancia y está estrechamente ligado al trabajo cultural y a las estructuras socialistas. Marx decía en su juventud: "*La crítica de la religión es la base de cualquier otra crítica*". ¿En qué sentido? En aquel que desea que la religión sea una especie de conocimiento ficticio del universo. Esta ficción tiene dos fuentes: la debilidad del hombre frente a la naturaleza y la incoherencia de las relaciones sociales. Al temer la naturaleza o al no querer tenerla en cuenta, incapaz de analizar las relaciones sociales o desconociéndolas, el hombre social se ha esforzado en satisfacer sus necesidades creando imágenes fantásticas, recubriéndolas de una realidad imaginaria y postrándose ante sus propias creaciones. La fuente de esta creatividad reside en la necesidad práctica del hombre de orientarse, necesidad que resulta de las condiciones de la lucha por la existencia.

En esta adaptación hay reglas prácticas completamente apropiadas. Pero están ligadas absolutamente a mitos, fantasmas, supersticiones, a un saber imaginario. Precisamente porque todo desarrollo de la cultura es acumulación de saber y habilidad, la crítica de la religión es la base necesaria de cualquier otra crítica. Para pavimentar la ruta por un saber justo y real es indispensable desembarazarse de todo saber ficticio. En este caso preciso, sin embargo, esto solo es cierto si se considera la cuestión en su conjunto. Hablando históricamente (y ello no es solamente cierto para casos individuales sino también en lo concerniente al desarrollo de clases enteras) el saber verdadero está ligado, bajo deferentes formas y en diversas proporciones, a los prejuicios religiosos. La lucha contra una religión determinada, o contra la religión en general, y contra las formas de mitologías y supersticiones, ordinariamente solo se ve coronada con el éxito si la ideología religiosa entra en conflicto con las necesidades de una clase determinada en un nuevo medio social. Con otras palabras, cuando la acumulación de saber y la necesidad de saber ya no pueden contentarse con el cuadro de verdades imaginarias de la religión, entonces el simple corte de un cuchillo crítico puede a veces ser suficiente y cae la cáscara de la religión.

El éxito de las presiones antirreligiosas que hemos ejercido estos últimos años se explica por el hecho que capas avanzadas de la clase obrera, que han pasado a través de la escuela de la revolución, es decir de las relaciones activas con el país y las instituciones sociales, se han desembarazado fácilmente de la cáscara de los prejuicios religiosos,

cáscara que había sido minada completamente por los acontecimientos anteriores. Pero la situación cambia considerablemente cuando la propaganda antirreligiosa ejerce su influencia en dirección a las capas menos activas de la población, no solamente del campo sino, también, de las ciudades. El saber real que han adquirido es tan limitado y fragmentario que puede coexistir con los prejuicios religiosos. La crítica bruta de esos prejuicios no encuentra sostén en la experiencia personal y colectiva, no lleva a ningún resultado. Por ello es necesario efectuar este acercamiento bajo otro ángulo y ampliar las esferas de la experiencia social y del saber realista. Los medios difieren para esos fines. Comedores públicos y guarderías pueden afectar a la conciencia, administrarle un estímulo revolucionario, así como acelerar enormemente su evolución hacia el rechazo de la religión. Los métodos químicos utilizados por la aviación para destruir las langostas pueden ejercer el mismo papel en los campesinos. Para el trabajador y la trabajadora, el simple hecho de participar en la vida de un club, sacándolos de la pequeña cárcel familiar con su icono y su cirio, abre una de las vías hacia la liberación de los prejuicios religiosos. Y así el resto. Los clubs pueden y deben medir la resistencia de los prejuicios religiosos y encontrar vías indirectas para ampliar la experiencia y el saber. Así, en lugar de ataques directos mediante la propaganda antirreligiosa, utilizamos bloqueos, barricadas y maniobras indirectas. De manera general solo estamos entrando en tal período, pero ello no quiere decir que, en el futuro, no realicemos ataques directos. Solamente es necesario prepararse para ello.

¿Nuestro ataque contra la religión es legítimo o ilegítimo? Es legítimo. ¿Ha dado algunos resultados? Los ha dado. ¿A quién ha atraído hacia nosotros? A aquellos que habían sido preparados por experiencias anteriores para liberarse completamente de los prejuicios religiosos. ¿Y el resto? Todavía quedan aquellos a los que incluso ni la gran experiencia revolucionaria de octubre ha liberado de la religión. Y con ellos los métodos formalistas de crítica antirreligiosa, la sátira, la caricatura, etc., no pueden hacer gran cosa. Y si se encaran de forma demasiado fuerte se corre el riesgo de obtener el resultado inverso. Hay que perforar la roca (cierto que no es muy firme), rellenarla de cartuchos de dinamita, utilizar ataques indirectos. Antes de que pase mucho tiempo habrá una nueva explosión y un nuevo derrumbe, es decir que una nueva capa de la población se verá arrancada de las grandes masas… La resolución del VIII Congreso del partido nos dice que en este dominio debemos actualmente pasar de la explosión y el ataque a un trabajo más prolongado de minado y esto, ante todo, por medio de la propaganda a favor de las ciencias naturales.

Para mostrar cómo un ataque no frontal puede a veces dar un resultado totalmente inesperado voy a dar un ejemplo muy interesante sacado de la experiencia del Partido Comunista noruego. Como cada uno sabe, en 1923 ese partido se escindió en una mayoría oportunista bajo la dirección de Tranmael, y una minoría revolucionaria fiel a la Internacional Comunista. Le pregunté a un camarada que vivía en Noruega cómo Tranmael había logrado ganar a la mayoría (por supuesto que de manera temporal)). Me dijo que una de las razones era el carácter religioso de los trabajadores y pescadores noruegos. Los pescadores, como sabéis, tienen un estándar técnico muy bajo y dependen enteramente de la naturaleza. Esta es la base de los prejuicios y supersticiones; y la religión para el pescador noruego, como lo ha señalado espiritualmente un camarada, es algo así como un traje de protección. Había en Escandinavia miembros de la intelectualidad, académicos, que coqueteaban con la religión. Como es de justicia se han visto vencidos por el látigo del marxismo. Los oportunistas noruegos tuvieron hábilmente esto en cuenta con la intención de conducir a los pescadores a oponerse a la Internacional Comunista. El pescador, un revolucionario, sintiendo una profunda simpatía hacia la República de los Soviets, favoreciendo con toda su alma a la Internacional Comunista, se

dice: "Esto se reduce a esto. Debo estar a favor de la Internacional Comunista pero entonces sin Dios y pescado, o entonces, de buen grado, de mal grado, me es necesario romper." Y lo ha hecho… Esto muestra cómo la religión interfiere en la política proletaria.

Evidentemente que ello se aplica incluso más a nuestro propio campesinado, cuya naturaleza religiosa tradicional se corresponde estrechamente con las condiciones de nuestra agricultura atrasada. No venceremos los prejuicios religiosos profundamente enraizados del campesinado más que con la electrificación e industrialización de la agricultura campesina. Por supuesto que ello no quiere decir que no debamos aprovechar todo momento social favorable en general para hacer propaganda antirreligiosa, para provocar rupturas parciales con la conciencia religiosa. No, esto es mucho más obligatorio que antes, pero debemos tener una perspectiva general correcta. Cerrando simplemente las iglesias, como se ha hecho en algunos lugares, o con otros excesos administrativos, no solamente seréis incapaces de lograr un éxito decisivo, sino que, por el contrario, preparáis la vía para un regreso con fuerza de la religión. Si es cierto que la crítica de la religión es la base de cualquier otra crítica no es por ello menos cierto que la electrificación del campo es la base necesaria para la liquidación de las supersticiones de los campesinos. Voy a citar unas notables palabras de Engels, desconocidas hasta hace ahora poco tiempo, que conciernen directamente a la cuestión de la electrificación y de la abolición del abismo que separa a la ciudad del campo.

La carta fue escrita por Engels a Bernstein en 1883. Recordaréis que en 1882 el ingeniero francés Deprez encontró un método que permitía transmitir la energía eléctrica por cable. Y, si no me equivoco, durante una exposición en Múnich, hizo una demostración de transmisión de la energía eléctrica de un o dos caballos de vapor hasta alrededor de unos 50 quilómetros. Aquello causó una fantástica impresión en Engels, que era extremadamente sensible a cualquier invento en los dominios de las ciencias naturales, la técnica, etc.

Le escribió a Bernstein: "La recientísima invención de Deprez […] libera a la industria de cualquier impedimento geográfico, hace posible la utilización de la energía hidráulica más alejada. E incluso aunque al principio no se utilizará más que en las ciudades, en última instancia debe devenir la palanca más potente para *la abolición del antagonismo entre el campo y la ciudad*."

Vladimir Ilich (Lenin) no conocía estas líneas. Esta correspondencia ha aparecido recientemente y sin embargo compartía ese punto de vista, que la electricidad cumplirá grandes transformaciones en la psicología campesina.

Hay períodos de ritmos diferentes en la marcha de la empresa de la abolición de la religión, determinados por las condiciones generales de la cultura. Todos nuestros clubs deben ser puntos de observación. Siempre deben ayudar al partido a orientarse él mismo respecto a este problema, encontrar el momento, llevar el ritmo correcto.

La abolición completa de la religión no se logrará más que en una estructura socialista completamente desarrollada, es decir cuando exista una técnica que libere al hombre de toda dependencia degradante respecto a la naturaleza. Ello sólo es posible en el marco de relaciones sociales desnudadas de todo misterio, perfectamente lúcidas y que no opriman a la humanidad. La religión traduce el caos de la naturaleza y el caos de las relaciones sociales al lenguaje de imágenes fantásticas. Sólo la abolición del caos terrestre puede suprimir para siempre su reflejo religioso. Una dirección consciente, razonable y planificada de la vida social en todos los aspectos abolirá definitivamente todo misticismo y brujería.

La protección a la maternidad y la lucha por la cultura[87]

(7 de diciembre de 1925)

Camaradas, su conferencia sobre la protección de las madres y los niños es valiosa porque, por el contenido de sus actividades, muestra que el trabajo en la construcción de la nueva cultura socialista se está llevando a cabo desde varios ángulos, de forma simultánea y paralela.

Solo ayer mismo tuve la oportunidad de conocer las tesis presentadas en su conferencia en forma de folleto, aunque no tuve tiempo de repasarlas a fondo. Y en las tesis, lo que más llama la atención a quien observa más o menos desde la barrera (aunque en esencia nadie tiene derecho a apartarse del trabajo que realizan ustedes) es el hecho que su trabajo ha adquirido una concreción y profundidad extraordinarias; de esos problemas entre brumas que planteamos en los años 1918-19 en todos los campos de nuestra cultura y nuestra vida, ya hemos pasado a la reflexión concreta y a la elaboración de estos problemas sobre la base de nuestra experiencia común, sin perder las perspectivas necesarias y sin caer en la desilusión. Y esto representa un gran logro por nuestra parte en todos los campos de nuestro trabajo, y se expresa de forma completa y exhaustiva en las tesis sobre la protección de las madres y los niños.

Camaradas, lo que más me llamó la atención (y creo que esto puede aplicarse a todos los lectores de las tesis), fue la tabla incluida en las tesis de la camarada Lebedeva sobre la mortalidad infantil. Me dejó perplejo. Seguramente ya habrán discutido aquí esta cuestión de forma más concreta, pero, a riesgo de repetir lo que ya se ha dicho, todavía debo insistir en este punto. Tenemos aquí una tabla que compara la mortalidad de los niños de hasta un año desde 1913 a 1923. ¿Esta tabla es verdadera? Es la primera pregunta que me haré y que haré a los demás. ¿Es verdadera? En cualquier caso, estará sujeta a verificación pública. Creo que debería ser extraída de las tesis, que sólo están disponibles para ustedes, trabajadoras especializadas en este campo, y hacer que se las apropie nuestra prensa en general, soviética y de partido. Debe ser sometida a una clarificación estadística y a una verificación cruzada, y si es verdad, entonces debe ser registrada como un logro muy valioso en nuestro inventario cultural socialista.

De esa tabla se desprende que en 1913, cuando Rusia era considerablemente más rica que nosotros ahora, sí, Rusia, como estado, como nación o como conjunto de naciones, era considerablemente más rica que nosotros ahora (nos acercamos ahora al año 1913 *en producción*, pero todavía no *en acumulación*, e incluso cuando hayamos igualado plenamente el nivel de producción industrial y agrícola de 1913, seguirá pasando bastante tiempo mucho antes de que tengamos la acumulación de riqueza nacional que había en 1913), a pesar de ello, resulta que en 1913 la mortalidad de los niños de hasta un año era del 29% en la provincia de Vladimir; ahora es del 17,5%. Y para la provincia de Moscú fue casi el 28%; ahora es de alrededor del 14%.

¿Es esto cierto o falso? No me atreveré a discutir eso. Sólo digo: ustedes ya lo saben; todo el país debería saberlo. El contraste entre estas cifras debe ser cuidadosamente comprobado a la luz pública. Es sorprendente una caída de la mortalidad con un nivel tan bajo de fuerzas productivas y de acumulación en el país. Si esto es un hecho, entonces es el logro más indiscutible de nuestra nueva cultura de la vida cotidiana y, sobre todo, de

[87] Discurso pronunciado por Trotsky ante la Tercera Conferencia Sindical sobre la Protección a las Madres y los Niños, celebrada el 7 de diciembre de 1925; publicado en *Pravda* e *Izvestia* el 17 de diciembre de 1925.

sus esfuerzos como organización. Si esto es un hecho, entonces debe ser proclamado no sólo dentro de la Unión Soviética, sino también a escala mundial. Y si, después de comprobarlo, este hecho se convierte en indiscutible, para la opinión pública en su conjunto, entonces deben proclamar solemnemente que a partir de ahora dejaremos de hacer comparaciones con el nivel de preguerra.

La tabla muestra que en la provincia de Moscú los niños de hasta un año mueren a un ritmo que representa la mitad de antes de la guerra. Pero nuestras condiciones culturales y cotidianas antes de la guerra eran condiciones de arrogancia y grosería, es decir, las condiciones más despreciables, las más aterradoras. El éxito con respecto a estas condiciones es muy gratificante, pero las condiciones de preguerra no pueden seguir siendo nuestro criterio. Tenemos que buscar otro criterio, y por el momento debemos seguir buscando este criterio en el mundo *capitalista* civilizado: ¿a qué ritmo mueren los niños en la Alemania, Francia, Inglaterra y Norteamérica capitalistas?

Y aquí también encuentro un completo paralelismo de método y similitud de enfoque de la cuestión en su trabajo y en el de todos los demás. Si siguen nuestro trabajo en nuestra industria y nuestra agricultura, podrán observar los mismos procesos: hasta ayer, hasta hoy mismo, trabajábamos y trabajamos con la mirada puesta en el nivel de preguerra. Decimos: nuestra industria en el año pasado alcanzó el 75% del nivel de preguerra; este año, a partir del 1 de octubre, alcanzará, digamos, el 95%, y si las cosas marchan bien, incluso el 100% completo. Pero *ipso facto*, dejamos de comparar nuestro éxito con el nivel de preguerra. No tenemos que llegar a un nivel de preguerra que se está convirtiendo en parte de la historia de nuestra barbarie, sino que tenemos que igualar la presión (económica, militar y cultural) que nos está afectando desde el extranjero. Los enemigos capitalistas son más cultos que nosotros, más poderosos que nosotros; su industria es superior a la nuestra, y es posible que, a pesar de la estructura capitalista que prevalece allí, la mortalidad infantil en algunos de ellos sea todavía menor que aquí.

Por lo tanto, me parece que esta tabla debería convertirse en un hito, marcando un punto de inflexión en vuestro trabajo. Al someter esta tabla a verificación, al fijarla en la conciencia general, decimos: de ahora en adelante no compararemos con el nivel de preguerra, sino con los estados de mayor prestigio en cuanto a cultura.

El destino de la madre y el niño, hablando esquemáticamente, es decir, hablando de los rasgos más básicos, depende en primer lugar del desarrollo de las fuerzas productivas de una sociedad determinada, de la extensión de su riqueza, y, en segundo lugar, de la distribución de esta riqueza entre los miembros de la sociedad, es decir, de la estructura social. Ese estado puede tener una estructura capitalista, es decir, estar en una etapa social inferior a la socialista, pero, sin embargo, ser más rico. Este es precisamente el caso que la historia nos presenta ahora: los principales países capitalistas son incomparablemente más ricos que nosotros, pero allí el sistema de distribución y consumo de esta riqueza pertenece al período anterior de la historia, es decir, al capitalismo. Nuestra estructura social, por las posibilidades que contiene, debe buscar por sí misma criterios, modelos, metas y tareas incomparablemente más altos que los que el capitalismo pueda proporcionar. Pero como el capitalismo sigue siendo incomparablemente más rico que nosotros en fuerzas productivas, debemos tomar como tarea *inmediata* alcanzarlo, para luego superarlo. Esto significa que después de haber superado una barrera (el nivel de preguerra) debemos asignarnos una segunda tarea: igualar lo antes posible los mejores logros de los países más avanzados, donde la cuestión de las madres y los hijos de los trabajadores recibe de la burguesía la atención dictada por sus propios intereses de clase.

Puede decirse que, si la posición de la madre y el niño depende, en primer lugar, del desarrollo de las fuerzas productivas, del nivel general de la economía de un país determinado, y, en segundo lugar, de la estructura social, del modo de consumo y de la

distribución de la riqueza de un país determinado, entonces puede uno preguntarse ¿qué importancia tiene el trabajo de su organización especial? Hago esta pregunta retóricamente. Cualquier estructura social, incluida la socialista, puede encontrarse ante el fenómeno de que las posibilidades materiales de una determinada mejora y alteración de la vida estén presentes, pero la pereza, los hábitos de pensamiento perezosos, las tradiciones serviles, la estupidez conservadora, pueden encontrarse incluso en la estructura socialista, como un vínculo con el pasado, como una ausencia de iniciativa y audacia en la destrucción de las viejas formas de vida. Y la tarea de nuestro partido y de la serie de organizaciones sociales dirigidas por él, como la de ustedes, consiste en impulsar hacia delante las costumbres, los hábitos cotidianos y la psicología, y evitar que las condiciones de la vida cotidiana se queden retrasadas respecto a las posibilidades socioeconómicas.

En cuanto a la tecnología, estamos amenazados por un gran látigo aquí: la presión de occidente. Hemos salido al mercado europeo; estamos comprando y vendiendo. Como hombres de negocios, nosotros, es decir, el estado, estamos interesados en vender caro y comprar barato, pero si se quiere comprar y vender bien, hay que producir barato, y para producir barato hay que tener buena tecnología y un alto nivel de organización de la producción. Eso significa que, saliendo al mercado mundial, nos colocamos bajo el látigo de la tecnología europea y norteamericana. Aquí, querámoslo o no, tenemos que seguir adelante. Todos los problemas de nuestra estructura social, y eso significa también el destino de las madres y los niños, dependen del éxito con el que soportemos esta competencia mundial. Que hemos saldado cuentas con la burguesía de nuestro país, que sobre la base de la Nep nuestra industria estatal está floreciendo y desarrollándose, que no hay peligro de que el industrial privado venza a la industria estatal en el mercado (cifras indiscutibles lo confirman), todo ello está ahora claro para todos. Pero una vez que competimos en el mercado internacional, el competidor en él es más fuerte, más poderoso, más educado. Aquí tenemos un nuevo estándar en el campo económico: ponernos al día con la tecnología europea y norteamericana, para luego superarla.

Ayer mismo inauguramos una central eléctrica a 130 kilómetros de la estación de Moscú-Shatura. Este es un gran logro técnico. La estación Shatura está construida sobre turba, en una ciénaga. Hay una cantidad considerable de pantanos en nuestro país, y si podemos aprender a transformar la energía latente de nuestros pantanos en la energía móvil de la electricidad, esto tendrá un efecto beneficioso tanto para las madres como para los niños [*aplausos*]. La celebración en honor de los constructores de esa estación nos ofreció, al mismo tiempo, una clara imagen de toda nuestra cultura con todas sus contradicciones. Partimos en tren desde Moscú. ¿Qué es Moscú? Los delegados de las provincias que acuden a Moscú por primera vez pueden ver que Moscú es el centro de nuestra Unión Soviética, un centro mundial de irradiación de ideas para el liderazgo mundial en el movimiento de la clase obrera. Shatura (a poco más de cien verstas de Moscú) es un gran logro técnico; en tamaño y construcción es la única central de *turba* del mundo.

En el viaje entre Shatura y Moscú miramos por las ventanillas del tren. Bosque hibernando, intransitable, tal como era en el siglo XVII. Y, dispersas aquí y allá, aldeas casi iguales que en el siglo XVII. Por supuesto que la revolución ha elevado la cultura en estos pequeños pueblos, especialmente cerca de Moscú, pero, ¡cuántos signos hay todavía de medievalismo, de un terrorífico atraso, sobre todo en la cuestión de las madres y los niños!

Sí, ustedes han obtenido grandes victorias por primera vez en los pueblos, por lo que todo ciudadano consciente de nuestra unión puede felicitarlas. Pero sus tesis no pueden ocultar de ninguna manera cuánto oscurantismo secular hay todavía en cada

pueblo, incluso en el trayecto entre Moscú y Shatura. Habrá que impulsar a las aldeas para que alcancen a Moscú y Shatura, ya que Shatura es una tecnología avanzada, basada en la electrificación. Aquí podemos recordar de nuevo las palabras de V.I. Lenin sobre que el socialismo es el poder de los sóviets más la electrificación.

Impulsar la vida para que no quede rezagada de los logros técnicos es una tarea muy importante para ustedes, ya que la vida cotidiana es terriblemente conservadora, incomparablemente más conservadora que la tecnología. Para el hombre y la mujer campesinos, para el hombre y la mujer obreros, no hay modelos de primera mano de lo nuevo que les atraiga a fuerza de ejemplos, y no sienten ninguna necesidad imperiosa de seguir tales modelos. En lo que respecta a la tecnología, Norteamérica nos dice: "construye Shatura, o nos comeremos tu socialismo, con huesos y todo, y no dejaremos ni rastro de él". Pero la vida diaria, cotidiana, parece haber sido preservada dentro de una concha; esto es así porque no se perciben aquellos golpes directamente; por lo tanto, la iniciativa del trabajo social es especialmente necesaria en este dominio.

Ya he mencionado antes de que me he enterado por las tesis de los grandes comienzos que habéis realizado penetrando en el campo. Aquí, en las tesis de E.A. Feder, se indica no sólo la colosal necesidad que hay en los pueblos de guarderías, sino también la enorme *respuesta* del campesinado, es decir, el esfuerzo consciente para tener estos centros en el campo. Pero no hace mucho todavía, en 1918-19, había una gran desconfianza hacia ellos incluso en las ciudades. Es sin duda una gran victoria que el nuevo orden social ya haya llegado a la familia campesina en este aspecto. Porque la familia campesina también se reconstruirá gradualmente. Quiero insistir en esto porque incluso sobre esto se oyen voces en la prensa que sugieren que en cuestiones de familia debemos imitar los peores prejuicios campesinos, y que esto se desprende de la *smychka*. De hecho, nuestra tarea es, partiendo de lo existente en los pueblos (y existe un atraso, unos prejuicios y un oscurantismo que no se pueden borrar de un plumazo), encontrar la *smychka*, encontrar la ligazón vital a la que podemos atenernos y llevar hábilmente a la familia campesina por el camino de las primeras etapas del socialismo, pero, definitivamente, no imitar pasivamente las concepciones y tradiciones existentes, que se basan en la esclavitud.

¿Cuál es nuestra antigua cultura en el ámbito de la familia y la vida cotidiana? En la cúspide estaba la nobleza, que estampaba el sello de la vulgaridad en toda la vida social sobre la base del oscurantismo y la falta de cultura. Y si bien nuestro proletariado, surgido del campesinado, dio un solo salto hacia el nivel del proletariado europeo en unos treinta o cincuenta años y luego lo superó en los campos de la lucha de clases y la política revolucionaria, todavía quedan, sin embargo, también en ese mismo proletariado, más que un poco de esos viejos y asquerosos restos de la servidumbre en el campo de la moral personal, de la familia y la vida cotidiana. Y en la familia intelectual o pequeñoburguesa, todavía puede encontrarse todo lo que se quiera de la servidumbre actual genuina. No hay que proponerse la utópica tarea de derribar a la antigua familia gracias a algún tipo de salto jurídico instantáneo (caerán de bruces y se comprometerán ante el campesinado), sino que, dentro de las posibilidades materiales, dentro de las condiciones ya aseguradas de desarrollo social, actuar, también en la línea jurídica, para dirigir a la familia hacia el futuro.

No tengo intención de hablar en estos momentos del proyecto de ley sobre el matrimonio, que está en discusión, y sobre el que me reservo el derecho a hablar. Supongo que su organización también ocupará el lugar que le corresponde en la lucha por una correcta ley matrimonial. Me gustaría mencionar sólo un argumento que me ha llamado la atención. El argumento es más o menos el siguiente: ¿cómo se le pueden dar a la madre "soltera", es decir, a la madre que no está registrada, los mismos derechos a la ayuda del

padre que a la madre "casada"? ¿Significa esto empujar a la mujer a una relación que no habría tenido si la ley le negara este derecho?

Camaradas, esto es tan monstruoso que hace que nos preguntemos: ¿estamos realmente en una sociedad que se transforma de manera socialista, es decir, en Moscú o Shatura, y no en algún lugar entre Moscú y Shatura en el bosque hibernado? Aquí la actitud hacia la mujer no sólo no es comunista, sino reaccionaria y filistea en el peor sentido de la palabra. ¿Quién podría pensar que los derechos de la mujer, que tiene que soportar las consecuencias de cada unión matrimonial, por muy transitoria que sea, podrían ser *demasiado* celosamente guardados en nuestro país? Creo que no hay necesidad de demostrar toda la monstruosidad de esta forma de plantear la cuestión. Pero es sintomático y atestigua el hecho que en nuestros puntos de vista, conceptos y costumbres tradicionales, hay mucho que es verdaderamente cabeza dura y que necesita ser aplastado con un ariete.

Luchar por las madres y los niños en las condiciones actuales significa luchar en particular contra el alcoholismo. Desafortunadamente no he encontrado ninguna tesis sobre el alcoholismo aquí [gritos: *no las hay*]. Disculpen, llegué demasiado tarde y no puedo sugerir que este punto sea incluido en el orden del día, pero solicitaré que esta cuestión sea añadida al orden del día de su próximo congreso y, más importante, a su trabajo actual. No se puede luchar por la mejora de la posición de la madre y el niño sin luchar en un amplio frente contra el alcoholismo.

En las tesis se dice, y con razón, que las relaciones sexuales irregulares no pueden ser borradas arbitrariamente con normativas y que es necesaria una poderosa opinión social contra el divorcio frecuente, etc. Eso es correcto. Pero, camaradas, al evaluar las relaciones sexuales frívolas, en muchos casos hay que decir: no hay mayor amenaza que las relaciones sexuales que se establecen bajo la influencia del alcoholismo, en medio de la embriaguez, y que se producen muy frecuentemente en los ambientes menos educados. En mi opinión, su organización es la que debe tomar la iniciativa en la lucha contra la embriaguez.

Si dividimos la cuestión del destino de la madre y el hijo en una serie de cuestiones, seleccionando en particular la lucha contra la embriaguez, entonces nos daremos cuenta claramente de que la forma básica de lucha por una mayor estabilidad y racionalidad en las conexiones y relaciones familiares consiste en elevar el nivel de la personalidad humana. La propaganda o la prédica abstracta no ayudarán en este asunto. Los marcos legislativos en el sentido de la protección de la madre en los períodos más difíciles de su vida y la protección del niño son absolutamente necesarios, y si vamos hacia los extremos en la legislación, entonces por supuesto no será hacia el padre, sino hacia la madre y el niño, porque los derechos de la madre, aunque estén asegurados jurídicamente, estarán de hecho, en virtud de la moral, las costumbres y el papel de la propia madre, insuficientemente protegidos hasta que lleguemos al socialismo desarrollado y aún más: al comunismo. Es necesario, pues, dar el mayor apoyo jurídico posible a la madre y al niño, para conducir la lucha por diversos caminos, incluso contra el alcoholismo. En un futuro muy próximo este no será el aspecto más pequeño de nuestro trabajo.

Pero el camino básico, repito, es elevar la personalidad humana. Cuanto más elevado sea un hombre espiritualmente, según la naturaleza de sus intereses, según su nivel, más se exigirá a sí mismo y a sus amigos, hombres y mujeres; cuanto más mutuas sean las exigencias, más fuerte será la conexión, más difícil será romperla. Esto significa que la tarea básica se resuelve en todos los campos de nuestro trabajo social por el desarrollo de la industria, el desarrollo de la agricultura, del bienestar, de la cultura, del

conocimiento. Todo esto no conduce a relaciones caóticas, sino, por el contrario, a relaciones más estables, que finalmente no requerirán ninguna regulación legal.

Volviendo al trabajo en el campo. Creo que aquí no se menciona a nuestras comunas agrícolas [voz*: sí se hace*]. Disculpe, ese es mi descuido. No hace mucho visité dos grandes comunas agrícolas, una en la región de Zaporoz, en Ucrania, y la otra en la región de Tersk en el norte del Cáucaso. Por supuesto, esto todavía no es la "Shatura" de nuestra forma de vida, es decir, no se puede decir que esto represente la nueva forma de vida familiar como Shatura representa la nueva tecnología, pero hay indicios aquí, especialmente si uno los compara con lo que hay a su alrededor en el campo. En la comuna hay guarderías como una institución regular basada en el trabajo cooperativo, como parte constitutiva de la gran familia. Hay una habitación para chicas jóvenes y una habitación para chicos jóvenes. En Zaporoz, donde un artista era miembro de la comuna, las paredes de las habitaciones de los niños están muy bien decoradas con pinturas. Hay una cocina y un comedor comunales y un área de club-biblioteca. Es decir, realmente un reino infantil en un ala especialmente asignada de la casa común. Este es un gran paso adelante en comparación con la familia campesina. Una mujer de la comuna puede sentirse un ser humano.

Por supuesto, camaradas, me doy cuenta de que, en primer lugar, este es un pequeño oasis y, en segundo lugar, aún no se ha demostrado que este oasis asegure su propia extensión, ya que la productividad del trabajo en estas comunas está aún lejos de estar asegurada. Pero en general, cada forma social, cada célula, será viable si la productividad del trabajo en ella crece y no se mantiene en el mismo nivel o desciende. Construir el socialismo, asegurar el destino de la madre y el niño, sólo es posible sobre la base del crecimiento de la economía, sobre la base de la decadencia y la pobreza sólo es posible volver a la barbarie medieval. Pero las semillas de las nuevas posibilidades se han mostrado sin duda en las comunas agrícolas, y son especialmente valiosas ahora, cuando el desarrollo de la producción de mercancías en el campo está dando lugar en cierta medida a formas de estratificación capitalista en las fronteras entre los kulaks y los campesinos pobres y, por tanto, cuando más apreciamos todas las formas de cooperación en el campo, todas las formas colectivas de resolver los problemas económicos, domésticos, culturales o familiares. El hecho que el campo, como se dice en las tesis, esté mostrando apoyo a las guarderías infantiles, que hasta ahora no existían, y que este apoyo haya partido de las familias campesinas pobres y haya pasado a las familias campesinas medias, es un hecho de importancia colosal, si junto a él tenemos pequeños Shaturas de producción, familiares y de la vida doméstica, es decir, las comunas agrícolas, que, me parece, deben ser objeto de su especial cuidado desde el punto de vista de su estructura familiar y doméstica y de la posición de las madres y los niños en ellas.

Me interesaba mucho la actitud del campesinado hacia la comuna Faro Comunista. Faro es una palabra muy significativa. Un faro es lo que muestra el camino, brilla para todos desde lejos. Dimos un gran número de tales nombres en 1918, pero cuántos de ellos resultaron ser faros accidentales, infundados, a veces frívolos, ¡muchos de los cuales se han apagado! Y, por lo tanto, era muy importante comprobar este nombre y ver hasta qué punto estaba justificado. Y hay que decir que, aunque este faro brilla en una región compuesta principalmente por cosacos y en parte por sectas religiosas, bautistas, etc. (y todos estos son elementos bastante conservadores) no se ha mostrado la antigua hostilidad hacia las comunas. Sin duda existe entre los elementos kulak, pero como esta comuna funciona de manera más o menos amistosa, como esta comuna dispone de tres tractores, que en condiciones apropiadas sirven también al distrito, a través de esta smychka se está acostumbrando incluso a los cosacos de los alrededores a las nuevas formas de vida

familiar y doméstica, y la antigua hostilidad, digo, ha desaparecido. Esto es una verdadera ganancia.

Algunos camaradas me han dicho que en algunos círculos soviéticos está apareciendo la actitud de que la comuna agrícola está fuera de lugar ahora, adelantada a su tiempo; que es una anticipación del mañana. No es cierto. La comuna es uno de los *embriones* del mañana. Por supuesto, el principal trabajo de preparación se lleva a cabo en líneas más básicas: el desarrollo de la industria, que dará al campo la base técnica para la agricultura industrializada; y una forma cooperativa de distribución de los beneficios económicos, sin la cual es imposible guiar al campesino medio hacia el socialismo. Pero junto con esto, tener tales modelos de vida de las nuevas formas económicas y las nuevas actitudes familiares y domésticas en el campo, tener tales Shaturas familiares y domésticas, significa también preparar el mañana desde abajo, ayudando a elaborar nuevas actitudes hacia la mujer y el niño.

Nosotros, los marxistas, decimos que el valor de una estructura social viene determinado por el desarrollo de las fuerzas productivas. Esto es indiscutible. Pero también es posible abordar el problema desde el otro extremo. El desarrollo de las fuerzas productivas no es necesario por sí mismo. En última instancia, el desarrollo de las fuerzas productivas es necesario porque proporciona la base de una nueva personalidad humana, consciente, sin amo en la tierra y que no tema a señores imaginarios en el cielo nacidos del miedo: una personalidad humana que absorba en sí misma lo mejor de lo creado por el pensamiento y la creatividad de épocas pasadas, que, en solidaridad con todos los demás, avance, cree nuevos valores culturales, construya nuevas actitudes personales y familiares, más elevadas y nobles que las que nacieron sobre la base de la esclavitud de clase. El desarrollo de las fuerzas productivas nos es muy querido como presupuesto material de una personalidad humana superior, no encerrada en sí misma, sino cooperativa, asociativa.

Desde este punto de vista, se puede decir que probablemente durante muchos decenios será posible evaluar una sociedad humana por la actitud que adopte hacia la mujer, hacia la madre y hacia el niño, y esto es cierto no sólo para evaluar la sociedad, sino también la persona individual. La psique humana no se desarrolla uniformemente en todas sus partes. Vivimos en una época política revolucionaria, en la que los obreros y obreras se desarrollan en lucha, formándose sobre todo en una forma política revolucionaria. Y esas células de la conciencia donde residen las opiniones y tradiciones de la familia, y la actitud de un hombre hacia otro, hacia la mujer, hacia el niño, etc., esas células, a menudo permanecen en la forma antigua. La revolución aún no ha trabajado en ellas. Las células del cerebro en las que residen los puntos de vista políticos y sociales están siendo trabajadas en nuestro tiempo mucho más rápida y agudamente gracias a toda la estructura de la sociedad y gracias a la época en la que vivimos. (Por supuesto, esto es sólo una analogía, en el cerebro el proceso funciona de manera diferente.) Y, por lo tanto, continuaremos por mucho tiempo observando que estamos construyendo una nueva industria, una nueva sociedad, pero que en el campo de las relaciones personales todavía queda mucho de la Edad Media. Y, por lo tanto, uno de los criterios de evaluación de nuestra cultura, y un estándar para los hombres y mujeres proletarios, obreros y campesinos progresistas, es la actitud hacia la mujer y la actitud hacia el niño.

Vladimir Ilich nos enseñó a valorar los partidos obreros según su actitud, en particular y en general, hacia las naciones oprimidas, hacia las colonias. ¿Por qué? Porque si, por ejemplo, se toma al obrero inglés, es mucho más fácil despertar en él el sentimiento de solidaridad con toda su clase (participará en huelgas e incluso llegará a la revolución) pero hacer que se solidarice con un coolie chino de piel amarilla, tratarlo como a un

hermano en la explotación, resultará mucho más difícil, ya que aquí hay que romper el caparazón de arrogancia nacional que se ha ido construyendo a lo largo de los siglos.

Y así, camaradas, tienen ustedes el caparazón de los prejuicios familiares en las actitudes del jefe de la familia hacia la mujer y el niño (y la mujer es el coolie de la familia), este caparazón se ha establecido a lo largo de milenios, y no de siglos. Y así, ustedes son, deben ser, el ariete moral que romperá ese caparazón de conservadurismo, enraizado en nuestra vieja naturaleza asiática, en la esclavitud, en la servidumbre, en los prejuicios burgueses y en los prejuicios de los propios trabajadores, que han surgido de los peores aspectos de las tradiciones campesinas. En la medida en que ustedes, haciendo de ariete en manos de la sociedad socialista que se está construyendo, van a destruir ese caparazón, cada revolucionario consciente, cada comunista, cada obrero y campesino progresista, está obligado a apoyarlas con todas sus fuerzas. Les deseo un gran éxito, camaradas, y sobre todo les deseo más atención de nuestra opinión pública. Su trabajo, que es realmente purificador, realmente saludable, debe ser puesto en el centro de atención de nuestra prensa para que pueda apoyarse en los hombros de todos los elementos progresistas del país, y se les pueda ayudar a alcanzar éxitos en la reconstrucción de nuestro modo de vida y cultura. [*Fuertes aplausos*]

El Ejército Rojo, semillero de ilustración[88]

(26 de mayo de 1923)

En el Undécimo Congreso de toda Rusia sobre la Liquidación del Analfabetismo, celebrado hace unos días, se mencionó con simpatía y calidez la labor del Ejército Rojo en la causa de la lucha contra el analfabetismo. Los saludos de los obreros-educadores son muy apreciados por nosotros, pero no deben inducirnos a un autoengaño.

El analfabetismo en el Ejército Rojo ha sido liquidado sólo en bruto. La mayoría de los soldados del Ejército Rojo regresan al campo analfabeto, donde existe el peligro inevitable de que los que han aprendido imperfectamente olviden por completo lo que han aprendido. Debemos asegurar que cada soldado del Ejército Rojo que regrese a su pueblo se convierta en un combatiente activo contra el analfabetismo. Para alcanzar este objetivo, además de un trabajo correcto, organizado y planificado por parte de todo el aparato militar, necesitamos también la influencia constante de los soldados del Ejército Rojo más alfabetizados, más conscientes, más educados, sobre los más atrasados. El analfabetismo y la semialfabetización deben llegar a ser considerados en el Ejército Rojo como una desgracia de la que todos se esfuerzan en librarse lo antes posible.

La lucha contra el analfabetismo es sólo el primer paso de la gran lucha contra la pobreza, la suciedad, la grosería y todo el resto de la herencia de la esclavitud. Recordémoslo cada día y a cada hora.

[88] Orden de Trotsky al Ejército Rojo y a la Marina Roja. Fechada el 26 de mayo de 1923 y publicada en *Pravda*, el 27 del mismo mes.

No abarquéis demasiado[89]

(29 de mayo de 1923)

Queridos camaradas,

Os quejáis de que no habéis podido leer ni la décima parte de los libros que os interesan, y preguntáis cómo distribuir racionalmente vuestro tiempo. Esta es una cuestión muy difícil, porque a la larga cada persona debe tomar esa decisión según sus necesidades e intereses particulares. Sin embargo, hay que decir que la medida en que una persona es capaz de mantenerse al día con la literatura actual, ya sea científica, política o de otro tipo, no sólo depende de la asignación juiciosa de su tiempo, sino también de la formación previa del individuo. En cuanto a vuestra referencia específica a la "juventud del partido", sólo puedo aconsejaros que no os apresuréis, que no os disperséis, que no saltéis de un tema a otro y que no paséis a un segundo libro hasta que el primero haya sido debidamente leído, reflexionado y dominado. Recuerdo que cuando yo mismo pertenecía a la categoría de "joven", también sentía que no había suficiente tiempo. Incluso en la cárcel, cuando no hacía más que leer, parecía que no se podía hacer lo suficiente en un día. En el ámbito ideológico, al igual que en el económico, la fase de acumulación primitiva es la más difícil y problemática. Y sólo cuando se dominan con precisión ciertos elementos básicos del conocimiento y, en particular, los elementos de la destreza teórica (el método) y se han convertido, por así decirlo, en carne y sangre de la propia actividad intelectual, resulta más fácil seguir el ritmo de la literatura no sólo en las áreas en las que uno está familiarizado, sino en los campos de conocimiento adyacentes e incluso más remotos, porque el método, en última instancia, es universal.

Es mejor leer un libro y leerlo bien; es mejor dominar un poco a la vez y dominarlo a fondo. Sólo así se extenderán naturalmente los poderes de comprensión mental. El pensamiento ganará gradualmente confianza en sí mismo y será más productivo. Teniendo en cuenta estos preliminares, no será difícil distribuir racionalmente el tiempo; y entonces, la transición de una actividad a otra será hasta cierto punto placentera.

Con saludos de camaradería,
L. Trotsky

Sobre la bibliografía

(18 de mayo de 1924)

Necesitamos una buena revista bibliográfica. Su creación es un asunto excepcionalmente difícil. Una revista de este tipo debe ser una fuente de consejo e información sobre literatura para el lector que necesita consejo, y la mayoría lo necesita.

La reseña es el tipo de literatura más responsable. Una buena reseña presupone que el autor está familiarizado con el tema, que comprende el lugar que ocupa el libro en cuestión dentro de una serie de otros libros, y que es concienzudo. No necesitamos dos o tres pensamientos apresurados lanzados "sobre" el libro, sino una reseña que nos familiarice con el propio libro. A veces es mejor dar el contenido detallado del libro y dos o tres citas que una evaluación apresurada, diletante y poco convincente. Sería muy deseable que su revista se convirtiera en un *educador* de los reseñistas, haciendo campaña

[89] Carta a camaradas de Kiev fechada el 29 de mayo de 1923 y publicada en *Pravda* el 31 del mismo mes.

sin piedad contra la superficialidad, la dejadez y ese favoritismo específico que, por desgracia, es un fenómeno demasiado común en la reseña.

Permítanme con estas pocas palabras expresar mi apoyo a su empresa y desearles el mayor de los éxitos.

Próximas tareas de los corresponsales obreros

(13 de enero de 1926)

Debemos luchar por elevar el nivel cultural

Debemos luchar por elevar el nivel cultural, empezando por la A en sentido literal, es decir, por el ABC. El lunes se inaugura en Moscú el congreso de la Sociedad Abajo el Analfabetismo. Hace tiempo que propusimos este lema, pero todavía hay mucho analfabetismo, y lo hay en el sentido más directo de la palabra, no debemos olvidarlo; y tampoco debemos olvidar que hay diez millones de personas en nuestro país que no pueden leer *Rabochaya Gazeta*.

Vamos a ampliar *Rabochaya Gazeta,* y eso será algo bueno, pero incluso en su pequeño tamaño actual está fuera del alcance mental de diez millones de hombres y mujeres adultos. Y, sin embargo, camaradas, queremos construir el socialismo. Para construir el socialismo en un país analfabeto, será necesario un esfuerzo heroico de los avanzados, para elevar a las oscuras masas atrasadas, en primer lugar y como mínimo, al nivel de la alfabetización ordinaria.

La primera tarea: abolir el analfabetismo

Cuando salía para venir hacia aquí, eché un vistazo al último correo que había sido colocado sobre mi escritorio. Incluía algunos periódicos de los guardias blancos emigrados. En ellos había relatos de las celebraciones de Año Nuevo. En una de ellas, algunos emigrantes pertenecientes a los nacionalistas, o a los cadetes, proponían un brindis por la letra *yat*. Hay muchos jóvenes aquí, y me temo que muchos de ustedes no sabrán a qué tipo de personaje se refiere. La letra *yat*, junto con el signo duro, *fita*, e *izhitsa*, eran el patrimonio de los nobles en nuestro alfabeto, suprimido por la revolución de octubre. Eran letras innecesarias, superfluas y noblemente parásitas. Fueron abolidas. Y en París, uno de los líderes de los emigrantes (he olvidado su nombre) propone un brindis de Año Nuevo por la letra *yat.* Bueno, ahí está, es un brindis simbólico. Nosotros, por nuestra parte, podemos, en el Año Nuevo (y hoy, si no me equivoco, es el viejo día de Año Nuevo ruso) declarar que entregamos la *yat*, el signo duro, la *fita*, y la *izhitsa* a los emigrantes, enteros y completos. En Ucrania, creo, llaman a esto dar a alguien “el agujero de la rosquilla”.

Pero ahora todas las letras restantes, que son realmente necesarias, no las nobles parasitarias, sino las funcionales proletarias que necesitamos en nuestro trabajo, en el año que tenemos por delante, en los próximos dos o tres años, deben ser a toda costa posesión de todos en nuestro país. No debemos tener una situación tan vergonzosa como la de campesinos y campesinas adultos, obreros y obreras, que no saben leer y escribir. Y es el corresponsal obrero quien debe ser la verdadera fuerza motriz en esta labor. La abolición del analfabetismo es nuestra primera tarea en la lucha por la cultura.

Las mujeres en la lucha contra la embriaguez

Pero, camaradas, en esta lucha tenemos otro adversario feroz al que debemos vencer para poder avanzar. Hablo del alcoholismo, de la embriaguez. Se han probado, y

se probarán en el futuro, diversas formas y métodos de lucha contra la embriaguez. Pero el método básico es hacer progresar culturalmente a las propias masas, desarrollar en ellas una tenaz vanguardia combativa en la batalla contra el alcoholismo.

En este sentido, el primer lugar debe ser ocupado por las mujeres y, por supuesto, los corresponsales obreros deben aportar su contribución a este movimiento. El período que tenemos por delante debe ser un período de lucha heroica contra el alcoholismo. Las masas trabajadoras siguen viviendo muy mal, pero sin embargo no tan mal como en años pasados. Se observa un cansancio de los nervios, tanto por el auge revolucionario del pasado reciente como por la actual calma revolucionaria, que exige un trabajo cotidiano obstinado. Los nervios de la gente están muy desgastados. Hay una gran demanda de diferentes tipos de estimulantes o, por el contrario, de sedantes. La demanda de alcohol, de bebidas embriagantes, artificialmente estimulantes, es muy fuerte entre los trabajadores de las ciudades.

Y, camaradas, el corresponsal obrero que da un mal ejemplo en esta materia no es digno del nombre de corresponsal obrero. Un corresponsal obrero debe ser un luchador contra la embriaguez. Esto no es una cuestión de risa. La historia nos someterá a una dura prueba en esta materia. Si no rechazamos la embriaguez, empezando por las ciudades, nos beberemos ni el socialismo ni la revolución de octubre.

Este mal debe ser expuesto públicamente y azotado. Junto con el progreso cultural en general, debemos reclutar para la lucha contra la embriaguez a personas concretas, a los elementos más jóvenes, más militantes y mejores de la clase obrera, en primer lugar, a las mujeres trabajadoras, pues nada afecta tanto a la mujer trabajadora, y especialmente a la madre obrera, como la embriaguez. Nada amenaza tanto la salud física y moral de la nueva generación de la clase obrera como la embriaguez. Sin una lucha contra ella no puede haber un verdadero servicio social por parte de los corresponsales obreros.

El corresponsal obrero en la lucha por la calidad de la producción

La tercera cuestión es la de la calidad en la producción. Tengo muchas notas sobre este tema.

¿Qué entendemos por calidad en la producción? Calidad en la producción significa que lo que se hace, se hace bien, recordando que se hace para la comunidad, para la sociedad en su conjunto. En lo que respecta a los informes enviados por los corresponsales obreros, calidad significa conciencia. No escriban de oídas y no exageren. De nuevo, el propio periódico exagera; esos errores ocurren. Luchen contra este tipo de cosas.

En cuanto a la calidad de la producción, por supuesto, se cometen errores en ambas direcciones. Aquí está sentado un corresponsal que me sorprendió en un error sobre los coches producidos en la fábrica AMO. El hecho es que me indujo a error y supuse que las cosas eran peores en esa fábrica de lo que en realidad era.

Sin embargo, los errores que se cometen con más frecuencia son de otro tipo, errores de fanfarronería, de jactancia. No veis que hemos hecho la revolución de octubre y que vamos a dejar en evidencia a los alemanes, a los franceses y a los norteamericanos, también con los coches y las máquinas, con los productos textiles, con todo lo que queráis mencionar. La gente que habla así olvida que nuestro nivel cultural es bajo, que incluso tenemos analfabetismo, que la embriaguez sigue desempeñando un papel grande y cruel en la vida de nuestro pueblo, y que actualmente producimos peor de lo que lo hacen las economías capitalistas.

Cada artículo es el producto no sólo del trabajo humano vivo, sino también del trabajo muerto acumulado, es decir, de la maquinaria y el equipo En la actualidad somos débiles en este último aspecto, y tenemos que poner todo nuestro empeño para alcanzar

económicamente a los países capitalistas. No debemos olvidar nunca que estamos construyendo el socialismo en medio del cerco capitalista.

¿Cómo se distingue un sistema social de otro? ¿Cómo debe distinguirse el socialismo del capitalismo? El socialismo debe proporcionar más productos por unidad de trabajo que el capitalismo. Si no lo conseguimos, entonces nosotros mismos tendremos que admitir que el socialismo no nos sirve.

El socialismo, después de todo, no consiste sólo en la abolición de los explotadores. Si la gente viviera más prósperamente bajo los explotadores, con más abundancia y libertad, y estuviera materialmente más segura; si viviera mejor con los explotadores que sin ellos, entonces diría: "Que vuelvan los explotadores".

Esto significa que nuestra tarea, sin explotadores, es crear un sistema de prosperidad material, de seguridad general y de existencia culta integral, sin lo cual el socialismo no es socialismo. La revolución de octubre no hizo más que sentar las bases estatales del socialismo; sólo ahora estamos colocando los primeros ladrillos. Y cuando nos preguntamos si en este momento producimos más bienes por unidad de fuerza de trabajo que en otros países, la respuesta sólo puede ser: en la actualidad, no, producimos considerablemente menos; en comparación con Estados Unidos, monstruosamente menos. Esta cuestión lo decidirá todo. Intentaron aplastarnos con sus ejércitos, pero fracasaron; utilizaron el bloqueo y la hambruna, pero eso también fracasó. Y ahora hemos salido al mercado mundial; y esto, ya lo saben, significa que el mercado mundial también trepa sobre nosotros. Importamos productos extranjeros y exportamos los nuestros. Así, de este modo, ha comenzado la competencia directa e inmediata entre nuestros tejidos y los británicos, nuestras máquinas y las norteamericanas, nuestro grano y el de Norteamérica.

La cuestión de la calidad es una cuestión de competencia

¿Qué significa la competencia? En el lenguaje del mercado capitalista, significa la comparación entre la calidad de nuestro trabajo y el de los países capitalistas. Esta cuestión es perfectamente clara y sencilla. Si nosotros cosemos un par de zapatos en dos días, por ejemplo, y estos zapatos se gastan en un año, mientras que los norteamericanos, gracias a una mejor tecnología, a una correcta división del trabajo y a una mayor especialización, cosen un par en medio día, y estos zapatos duran el mismo tiempo, significa que en esta rama de la industria los norteamericanos son cuatro veces más poderosos que nosotros.

En el sistema capitalista, toda sociedad está dividida en diferentes clases con una gran variedad de ingresos, y las mercancías producidas reflejan esta estructura de la sociedad. Como hemos visto, el antiguo alfabeto incluía algunas letras aristocráticas: pues bien, también hay aristócratas entre las mercancías, que se adaptan a los gustos privilegiados. Por descontado que nosotros necesitamos en los próximos años producir bienes de masas, bienes democráticos. Esto no significa que sean bienes burdos y mal hechos que no puedan satisfacer los gustos humanos; sino que la cualidad básica de los bienes para nosotros sigue siendo su durabilidad. Y ahora debemos aprender a comparar nuestra economía con la de Europa, no sólo por las apariencias superficiales o de oídas. Tampoco basta ahora con hacer comparaciones con los niveles de preguerra. La economía del zarismo de antes de la guerra era atrasada y bárbara; por eso el gobierno zarista fue derrotado en la guerra: se basaba en una economía atrasada. Tenemos que comparar nuestra economía con la de los países de Europa, para primero alcanzarlos y luego superarlos.

Repito, tenemos que hacer comparaciones no sobre la base de las apariencias superficiales o de las habladurías. La gente dice que trabajamos "casi" como los alemanes,

los franceses y otros. Estoy dispuesto a declarar una guerra santa a esa palabra "casi". "Casi" no significa nada. Necesitamos una medida exacta. Esto es muy sencillo. Necesitamos obtener el coste de producción; necesitamos establecer, por ejemplo, lo que cuesta hacer un par de zapatos, establecer cuánto duran los bienes y cuánto tardan en producirse, y entonces tendremos lo que necesitamos para hacer comparaciones con otros países. En la terminología científica, esto se llama encontrar el coeficiente comparativo.

He citado a menudo el ejemplo de la bombilla eléctrica. Revela el núcleo del problema más claramente que cualquier otra cosa. Es fácil medir una bombilla, calcular lo que cuesta, cuántas horas arderá en comparación con una fabricada en el extranjero, cuánta energía eléctrica consume y cuánta luz da. Si calculamos todo eso, obtenemos un coeficiente comparativo perfectamente preciso. Si, por ejemplo, se demuestra que una de nuestras bombillas es sólo la mitad de buena que una extranjera, el coeficiente será de 1:2. La utilidad social de nuestra bombilla será igual a la mitad. Si obtenemos tales coeficientes comparativos para los zapatos, para las máquinas, para los tejidos, para los clavos, para las cerillas, etc., y los comparamos entre sí, obtendremos así lo que se llama en estadística el coeficiente medio ponderado, que mostrará lo atrasados que estamos. Puede resultar que nuestro coeficiente ponderado en relación con Norteamérica sea de 1:10, es decir, que sólo trabajamos la décima parte que Norteamérica. Doy esta cifra sólo a título ilustrativo, pero creo que no está muy lejos de la verdad, ya que en los Estados Unidos nos supera en más de cuarenta veces más fuerza de trabajo mecánica.

En nuestro país tenemos menos de una unidad de fuerza de trabajo mecánica por habitante, mientras que allí tienen más de cuarenta. Por eso la renta nacional en Estados Unidos es de ocho a diez veces mayor que la nuestra. Allí la población es de 115 millones, mientras que nosotros tenemos 130 millones, y, sin embargo, allí producen en un año de ocho a diez veces más productos de la agricultura, la ganadería y la industria. Estas cifras básicas deben abrirle los ojos al corresponsal obrero, pero no deben provocar ningún sentimiento de abatimiento. No hay motivos para ello. Los Estados Unidos surgieron y crecieron en territorios vírgenes bajo el sistema capitalista; tenemos un pueblo liberado por la revolución, que vive en un país de recursos naturales ilimitados y que trabaja para sí mismo y sólo para sí mismo.

Ni presunción comunista ni presunción obrera en correspondencia

Así, nuestras oportunidades serán mucho mayores. Pero, al mismo tiempo que reconocemos nuestras oportunidades, debemos ver con claridad hasta qué punto estamos atrasados: la jactancia, la presunción, el engreimiento comunista, el engreimiento obrero correspondiente, no pueden tener cabida aquí en absoluto. Debemos evaluar con claridad y veracidad lo que hay.

Recientemente, he tenido la siguiente experiencia. No mencionaré ningún nombre, no sea que una vez más me sorprenda algún corresponsal obrero, aunque esta vez estoy bien calzado. Se trata de coches y gomas. Celebramos una carrera para probar los coches y los neumáticos. El informe sobre los resultados de esta prueba se envió a un periódico. En este informe se decía que nuestro caucho había resultado ser definitivamente peor que el extranjero, y en algunos casos era bastante inútil. Y ahora retomo el periódico; no lo nombraré, pero, por respeto a nuestros visitantes, diré que no es *Rabochaya Gazeta*. No prometo nada. Tal vez más adelante le ponga nombre a este periódico; por el momento sólo estoy haciendo un reconocimiento preliminar. [*Risas*] ¿Qué se publicó en este periódico? Decían que nuestro caucho no era en absoluto inferior al extranjero, y que en algunos casos era incluso superior.

En mi opinión, camaradas, esto es una auténtica desvergüenza. Por supuesto, vivimos en un estado socialista. Los castigos corporales están prohibidos aquí; los

castigos corporales son algo vergonzoso; pero si tuviéramos que permitir los castigos corporales por algo, debería ser por malabarismos de este tipo. Porque engañarse a sí mismo, engañar a la opinión pública, significa arruinar la causa del socialismo. Naturalmente, la gente ofrecerá miles de argumentos para justificar tales cosas. Dirán que no debemos dejar que el mundo exterior conozca nuestras deficiencias, que este asunto tiene una importancia militar, etc. ¡Basura! No hay más cera que la que arde. Hay muchos extranjeros aquí. Y un extranjero tomará nuestro caucho, lo pesará en un laboratorio y lo evaluará, tanto mecánica como técnicamente, desde todos los ángulos, con total precisión. ¿A quién estamos engañando entonces? Engañamos a nuestros propios trabajadores que leen este periódico, engañamos a nuestras propias obreras, engañamos a los propios gerentes a cargo de nuestras industrias. Engañamos a los campesinos, al ejército. Nos engañamos a nosotros mismos. Y con ello arruinamos la causa de la construcción socialista. Debemos quemar con un hierro candente nuestra mendacidad y nuestra propensión a la jactancia, que sustituye a la lucha real, obstinada e incesante por elevar el nivel de nuestra tecnología y nuestra cultura. Esto también forma parte de la tarea del corresponsal obrero en la lucha por la calidad de la producción.

Los lados débiles de nuestros periódicos

Camaradas, quiero añadir sólo unas palabras más sobre un lado que es terriblemente débil en todas nuestras publicaciones, en todos nuestros periódicos. Me refiero, camaradas, a la sección que trata del movimiento obrero mundial. Si examináramos no sólo al obrero ordinario, no sólo al miembro ordinario del partido, sino incluso al corresponsal obrero, para ver si conoce los hechos básicos sobre la vida del partido comunista alemán o francés, o sobre los sindicatos británicos, estoy convencido de que el resultado de tal examen sería pobre. Y esto no es culpa del corresponsal obrero; es culpa nuestra, de los periodistas; yo también pertenezco a ese oficio en cierta medida y asumo parte de la culpa. Si tomamos la prensa comunista de la preguerra, del período prerrevolucionario (en aquellos días era la prensa socialdemócrata), encontramos que se asignaba incomparablemente más espacio a esta sección. Y los elementos avanzados de la clase obrera no sólo se educaban en su propia experiencia política interna, sino que, a medida que ascendían en su educación, penetraban en la vida de la clase obrera mundial. Hoy las cosas están mucho peor en este sentido. Por supuesto, operan vastas causas objetivas: tenemos grandes tareas entre manos, hemos comenzado a construir una nueva economía, a elevar a millones de personas a un nivel superior.

Nuestras fuerzas, nuestra atención, están absorbidas por la construcción interna, pero de todos modos ahora no es 1918, ni 1919, ni siquiera 1920, sino 1926. La jornada laboral de ocho horas es en nuestro país la condición fundamental para la cultura intelectual de la clase obrera. Se puede estudiar; hay tiempo libre para la autoeducación. Y, por supuesto, no vamos a renunciar a la jornada de ocho horas bajo ningún concepto. Al contrario, tenemos que elevar el nivel tecnológico, mediante el aumento de la productividad del trabajo, para poder pasar con los años de la jornada de ocho horas a la de siete, luego a la de seis, a la de cinco y así sucesivamente. Pero por el momento tenemos la jornada laboral de ocho horas, como una de las conquistas más preciadas de la revolución de octubre y como la condición previa más importante para elevar el nivel de nuestra clase obrera culturalmente y con respecto al conocimiento de la política internacional.

Prestar más atención al movimiento obrero mundial

Dependemos demasiado de la revolución mundial, de la revolución europea, como para atrevernos a darle la espalda. Lo que necesitamos es que hechos concretos sobre la

vida de la clase obrera penetren a través de los periódicos en las mentes de nuestra gente avanzada. Deben encontrar en los periódicos noticias sobre figuras conocidas; deben seguir la actividad, por ejemplo, del grupo parlamentario del Partido Comunista Alemán, los cambios de política, la radicalización, el giro a la izquierda de los sindicatos británicos. Los obreros avanzados, y a través de ellos la masa más amplia de los trabajadores, deben comprender los flujos y reflujos del movimiento revolucionario europeo y mundial.

No podemos limitarnos en relación con la revolución mundial a la mera espera y nada más. Creo que los que os dedicáis al trabajo de agitación local habréis notado más de una vez que, cuando se habla a las masas de la revolución europea, éstas bostezan, no la sienten, no perciben su desarrollo interno; en definitiva, la revolución europea se ha convertido para ellas en una frase vacía.

Sin embargo, no se trata de una simple frase: la revolución europea está creciendo, pero tiene sus flujos y reflujos, sus errores y sus éxitos. En el curso de esta experiencia se están preparando y formando las capas dirigentes de la clase obrera.

Hay que seguir este proceso, y es la prensa obrera la que debe seguirlo en primer lugar. Los corresponsales obreros deben procurar que los corresponsales obreros alemanes y franceses ocupen un lugar adecuado en nuestra prensa, para que haya un verdadero intercambio internacional de noticias entre los corresponsales obreros sobre las cuestiones básicas de nuestra construcción económica y de la revolución proletaria mundial. En los corresponsables obreros no se puede permitir ninguna unilateralidad, ninguna estrechez o exclusividad artesanal sobre una sola cuestión, empezando por la carne congelada y las faldas acampanadas y terminando por la revolución europea. Ahí, camaradas, en ese pequeño espacio entre las faldas acampanadas y la carne congelada y la revolución mundial, se define la gama de intereses de los corresponsales obreros. Y sólo es digno de ese nombre el corresponsal obrero que se esfuerza en abarcar todos esos diversos intereses y toda la complejidad de la lucha y de la cultura en todo el mundo. [*Tormenta de aplausos*]

Cultura y socialismo[90]

(3 de febrero de 1926)

1.- La técnica y la cultura

En primer lugar, recordemos que la cultura significaba lo cultivado, el campo arado, a diferencia de la selva virgen, la tierra virgen. La cultura se opone a la naturaleza, es decir, a lo que se adquiere con el esfuerzo humano, frente a los frutos naturales de la tierra. Esta oposición (desde su origen) sigue siendo válida.

La cultura representa todo lo que ha sido creado, construido, estudiado, obtenido por el hombre a lo largo de su historia, en contraposición a lo que la naturaleza le ha ofrecido, incluyendo la historia natural del hombre como especie animal. La ciencia que estudia al hombre como producto de la evolución animal se llama antropología. Pero en ese mismo momento en que el hombre se separó del reino animal (fue aproximadamente cuando tomó por primera vez las primitivas herramientas de piedra y palo en sus manos

[90] Ruedo Ibérico publicó un extracto de este texto, extracto que coincide enteramente con el publicado en la edición en francés por la Union Générale d'Éditions en página 373-375; nosotros ponemos a disposición el texto completo editado hace tiempo en nuestra serie. Discurso, publicado en *Noviy Mir* volumen 1, 1 de enero de 1927, luego publicado en el volumen 21 de la obra de Trotsky en ruso *Los problemas de la cultura. La cultura del periodo de transición*. El presente artículo es una recopilación del discurso pronunciado en el club Plaza Roja el 3 de febrero de 1926 "Sobre la cultura".

y armó los órganos de su cuerpo), comenzó la creación y acumulación de la cultura, es decir, todos los aspectos del conocimiento y la habilidad en el trabajo de luchar contra la naturaleza y conquistarla.

Cuando hablamos de cultura, acumulada por las generaciones pasadas, pensamos ante todo en sus logros materiales, en forma de instrumentos, máquinas, edificios, monumentos, etc. ¿Esto es cultura? Es sin duda la cultura, sus representaciones materiales, la cultura material. Crea (sobre la base que ofrece la naturaleza) la estructura fundamental de nuestra vida, nuestra vida cotidiana, nuestro trabajo. Pero lo más valioso de la cultura es su legado en la conciencia del hombre: nuestros métodos, hábitos, habilidades y destrezas adquiridos, que, sumados a la cultura material ya existente y construyendo sobre ella, la perfeccionan. Por lo tanto, nosotros, camaradas, consideramos que esto está firmemente establecido: la cultura mejora la lucha del hombre contra la naturaleza, por su existencia, por la mejora de las condiciones de vida, por el aumento de su poder. Pero a partir de esta misma base las clases evolucionan. En el proceso de adaptación a la naturaleza, en la lucha contra sus fuerzas hostiles, la sociedad humana se transforma en una compleja organización de clases. De por sí, la estructura de clases de la sociedad define el grado decisivo del contenido y la forma de la historia humana, es decir, de sus relaciones materiales y reverberaciones ideológicas. En última instancia, esto significa que la cultura histórica tiene un carácter de clase.

Las sociedades esclavistas, feudales y burguesas generaron cada una de ellas una cultura diferente, correspondiente a sus distintos niveles, así como una multitud de formas transitorias. La sociedad histórica ha sido la organización de la explotación del hombre por el hombre. La cultura ha estado al servicio de la organización de clases de la sociedad, la sociedad de la explotación genera la cultura de la explotación. Pero, ¿significa esto que nos oponemos a toda la cultura del pasado?

Aquí, de hecho, radica una profunda contradicción. Todo lo que ha sido adquirido, creado, construido por el esfuerzo humano y que sirve para aumentar el poder humano, es cultura. Pero como la cuestión no se refiere al hombre individual, sino al hombre social; como la cultura es el fenómeno socio-histórico en su propia esencia; como la sociedad histórica ha sido y sigue siendo la sociedad de clases, la cultura se descubre como el principal instrumento de opresión de clase. Marx decía: “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época.” Esto se refiere a la cultura en general. Y en efecto, decimos a la clase obrera: asimilad toda la cultura del pasado, de lo contrario no construiréis el socialismo. ¿Cómo se entiende esto?

Muchas personas tropiezan con esta contradicción, y tropiezan con tanta frecuencia porque abordan la noción de sociedad de clases de manera superficial y medio idealista, olvidando que fundamentalmente se trata de la organización de la producción. Toda sociedad de clases se ha construido a partir de los medios definidos por la lucha contra la naturaleza, y estos medios han evolucionado con el desarrollo de la tecnología. ¿Cuál es la base de sus fundamentos: la organización de clase de la sociedad o las fuerzas productivas? Sin duda, las fuerzas productivas. De hecho, es precisamente en esta última donde, en un determinado nivel de su desarrollo, se forman y reconstruyen las clases. En las fuerzas productivas se expresa materialmente la capacidad económica del hombre, su saber hacer histórico para asegurar su existencia. Sobre esta base dinámica crecen las clases, que a través de sus relaciones determinan el carácter de la cultura.

Y, sobre todo, debemos preguntarnos si la técnica es sólo un instrumento de opresión de clase. Basta con hacer la pregunta, para responder inmediatamente: no, la tecnología es principalmente la conquista de la humanidad; aunque sirve hasta ahora como instrumento de explotación, pero al mismo tiempo es la principal condición para la

liberación de los explotados. La máquina estrangula al esclavo asalariado. Pero éste sólo puede liberarse con la máquina. Esta es la esencia de toda la cuestión.

Si no olvidamos que el motor del proceso histórico es el crecimiento de las fuerzas productivas, que libera al hombre de su sujeción a las fuerzas de la naturaleza, comprenderemos que es necesario que el proletariado asimile la suma total de los conocimientos y habilidades elaborados por la humanidad en el curso de su historia, para elevarse, al mismo tiempo que se compromete a la reconstrucción de la vida según los principios de la solidaridad.

¿Es "la cultura la que hace progresar a la técnica o la técnica la que hace progresar a la cultura"? (dice una de las preguntas que se me plantean). Esta formulación de la pregunta es incorrecta. La tecnología no puede oponerse a la cultura, porque es su principal motor. Sin tecnología no hay cultura. El crecimiento de la tecnología impulsa la cultura. Pero la ciencia y la cultura general, que han surgido sobre la base de la tecnología, proporcionan una poderosa ayuda al crecimiento de la misma. Aquí tenemos una interacción dialéctica.

Camaradas, si queréis un ejemplo sencillo pero expresivo de la contradicción que encierra la propia técnica, no encontraréis ninguno mejor que el del ferrocarril. Si echáis un vistazo a los trenes de pasajeros europeos, veréis que hay vagones para "diferentes clases". Estas clases nos recuerdan a las clases de la sociedad capitalista. La primera clase (para las clases altas privilegiadas), la segunda (para la clase media), la tercera (para la pequeña burguesía) y la cuarta (para el proletariado), que no sin razón se llamaba el cuarto estado. En sí mismo, el ferrocarril representa una colosal conquista técnica y cultural de la humanidad, que en el transcurso de un solo siglo ha transformado enormemente la faz de la tierra. Pero la estructura de clases de la sociedad también influye en la estructura de los medios de comunicación. Y nuestros ferrocarriles soviéticos aún están lejos de la igualdad. Y no sólo porque utilicen coches heredados del pasado, sino porque la Nep sólo prepara el camino para la igualdad, pero no la consigue.

Antes del ferrocarril, la civilización se concentraba en las orillas de los mares y los grandes ríos. El ferrocarril introdujo a continentes enteros en la cultura capitalista. Una de las principales razones, si no la principal, del atraso y el abandono del pueblo ruso es la falta de ferrocarriles y carreteras de acceso. En este sentido, la mayoría de nuestros pueblos se encuentran en condiciones precapitalistas. Es necesario que superemos a nuestro gran aliado, que es también nuestro mayor oponente: el espacio. La economía socialista es la economía planificada. El plan presupone sobre todo la comunicación. Los medios de comunicación más importantes son las carreteras y los ferrocarriles. Todo nuevo ferrocarril es un camino hacia la cultura, pero en nuestras condiciones también es un camino hacia el socialismo. Además, con la mejora de la técnica de comunicación y el bienestar del país, el aspecto social de nuestros trenes cambiará: la división en "clases" desaparecerá, todos irán en vagones mullidos... Eso, claro, si llega el momento en que la gente siga viajando en tren y no prefiera el uso de los aviones, que serán accesibles para todos.

Tomemos otro ejemplo: los instrumentos del militarismo, los medios de destrucción. En este ámbito, la naturaleza de clase de la sociedad se expresa de manera particularmente vívida y repulsiva. Pero no hay sustancia destructiva (explosiva o tóxica) que se descubra que no sea en sí misma un valioso descubrimiento tecnológico. Las sustancias explosivas y tóxicas también se utilizan para crear, no sólo con fines destructivos, y abren nuevas posibilidades en el campo del descubrimiento y la invención.

El proletariado puede tomar el poder del estado, sólo habiendo roto el viejo aparato del estado de clase. Hemos hecho este trabajo con más decisión que nadie en el mundo. Sin embargo, ya en la construcción del nuevo aparato estatal, hemos descubierto

que será necesario utilizar, en cierta medida, elementos del antiguo. La ulterior reorganización socialista de la máquina estatal está indisolublemente ligada al trabajo político, económico y cultural en general.

La tecnología no debe ser destruida. El proletariado ha tomado posesión de las fábricas, equipadas por la burguesía, en el estado en que las encontró la revolución. Los viejos equipos nos siguen sirviendo hasta hoy. Este hecho nos muestra de forma más concreta y directa que no debemos renunciar a la “herencia”. ¿Cómo podría ser de otra manera? En efecto, la revolución se hizo, sobre todo, para apoderarse de la “herencia”. Sin embargo, la vieja técnica, tal y como la hemos tomado, es completamente inadecuada para el socialismo. Es una cristalización de la anarquía de la economía capitalista. La competencia entre las diferentes empresas, la búsqueda del beneficio, el desarrollo desigual de las diferentes ramas, el atraso de ciertas regiones, la fragmentación de la agricultura, el saqueo de la mano de obra, todo esto encuentra su expresión técnica en el hierro y el cobre. Pero si es posible destruir la herramienta de la opresión de clase mediante un levantamiento revolucionario, sólo gradualmente es posible reconstruir la herramienta industrial de la anarquía capitalista. La finalización del período de restauración (sobre la base del antiguo equipamiento) sólo nos lleva al umbral de esta ambiciosa tarea. Debemos resolverlo a toda costa.

2.- La herencia de la cultura espiritual

La cultura espiritual es tan contradictoria como la cultura material. Es como si, viniendo de los arsenales y tiendas de la cultura material, no pusiéramos en circulación el arco y la flecha, las herramientas de piedra o los utensilios de la Edad de Bronce, sino que tomáramos las mejores herramientas disponibles y la tecnología más avanzada, para acercarnos lo más posible a la cultura.

El elemento fundamental de la cultura de la antigua sociedad era la religión. Tenía una importancia primordial como forma de conocimiento y unidad humana; pero en esta forma se expresaba sobre todo la debilidad de todo hombre frente a la naturaleza y su impotencia dentro de la propia sociedad. Rechazamos totalmente la religión y todos sus sucedáneos.

No se puede decir lo mismo de la filosofía. De la filosofía creada por la sociedad de clases debemos asimilar dos de sus elementos inestimables: el materialismo y la dialéctica. De la combinación orgánica del materialismo y la dialéctica nació el método de Marx, su sistema. Este método es la base del leninismo.

Luego, si pasamos a la ciencia en el sentido estricto del término, vemos claramente que se trata de una inmensa reserva de conocimientos y saberes acumulados por la humanidad a lo largo de su existencia. De hecho, puede decirse que, en la ciencia, cuyo objetivo es el conocimiento de la realidad, hay muchas adiciones de clase. ¡Esta es toda la verdad! Al igual que los ferrocarriles reflejan la posición privilegiada de algunos y la privación de otros, esto es aún más cierto en el caso de la ciencia, que es mucho más flexible que el metal y la madera con los que se construyen los vagones. Pero hay que reconocer que el trabajo científico original estaba alimentado por la necesidad de conocer la naturaleza, para asimilar sus fuerzas. Aunque los intereses de clase han introducido y siguen introduciendo tendencias falsas en las ciencias naturales, el proceso de falsificación, sin embargo, se restringe tras los límites en los que empieza a impedir directamente el progreso de la tecnología. Si se examinan las ciencias naturales de abajo arriba, partiendo del campo de la acumulación de hechos elementales hasta las generalizaciones más elevadas y complejas, se verá que la parte más empírica de la investigación es la que está más cerca de la materia, de los hechos, produciendo los resultados más inequívocos. Cuanto más amplio es el campo de la generalización, cuanto

más se acercan las ciencias naturales a las cuestiones filosóficas, más cae bajo la influencia de la inspiración de clase.

Más confuso y peor es el caso de las ciencias sociales y las llamadas "humanidades". Y ciertamente, aquí, lo que constituye la base es el deseo de conocer lo que existe. Gracias a esto hemos tenido, por cierto, la brillante escuela de economistas clásicos burgueses. Pero el interés de clase, que en las ciencias sociales afecta de forma mucho más directa e imperativa que en las ciencias naturales, pronto manifestó el deseo de detener el desarrollo del pensamiento económico en la sociedad burguesa. En este campo, sin embargo, los comunistas estamos mucho mejor armados que cualquier otro. Despertados por la lucha de clases del proletariado, los teóricos socialistas, apoyándose en la ciencia burguesa y criticándola, han creado, en la doctrina de Marx y Engels, el poderoso método del materialismo histórico y su inigualable aplicación en *El Capital*. Esto no significa, por supuesto, que estemos asegurados contra la influencia de las ideas burguesas en los campos de la economía y la sociología en general. No, las tendencias más vulgares de los socialistas de púlpito y de los pequeños burgueses populistas[91] surgen a cada paso en nuestro uso de los viejos "tesoros" del conocimiento, encontrando un entorno favorable para ellos en las relaciones informales y contradictorias de la época de transición. Pero en este campo tenemos el criterio insustituible del marxismo, validado y enriquecido por la obra de Lenin. Y combatiremos con tanto más éxito a los economistas y sociólogos más vulgares, cuanto menos nos limitemos a la experiencia del día, y más ampliamente abarquemos el desarrollo mundial en su conjunto, distinguiendo claramente sus tendencias fundamentales de sus cambios cíclicos.

En materia de derecho, moral e ideología en general, la situación de la ciencia burguesa es mucho más lamentable, si cabe, que en el campo de la economía. Si es posible encontrar una auténtica perla del conocimiento en estos campos, es sólo por haber cribado entre decenas de montones de estiércol profesoral.

La dialéctica y el materialismo constituyen los elementos principales del conocimiento marxista del mundo. Pero esto no significa en absoluto que puedan aplicarse a cualquier campo del conocimiento como una caldera. La dialéctica no puede imponerse a los hechos, debe extraerse de los hechos, de su naturaleza y de su desarrollo. Sólo un cuidadoso trabajo sobre un nuevo material dio a Marx la posibilidad de construir un sistema dialéctico de la economía que permitiera comprender un valor como el trabajo socializado. Los trabajos históricos marxistas también se construyeron de la misma manera, al igual que los artículos de prensa. La aplicación de la dialéctica materialista a los nuevos campos del conocimiento sólo puede ser posible a condición de asimilarlos desde dentro. La limpieza de la ciencia burguesa presupone la asimilación de la ciencia burguesa. Ni con críticas incoherentes ni con mandatos sin objetivo conseguiréis nada. El estudio y la aplicación van de la mano del tratamiento crítico. Tenemos el método en casa, pero hay suficiente trabajo para varias generaciones.

La crítica marxista de la ciencia debe ser no sólo vigilante, sino también cuidadosa, pues de lo contrario podría degenerar en un verdadero servilismo, en una famusovchina[92]. Tomemos como ejemplo la psicología. El estudio de Pavlov sobre los reflejos se sitúa totalmente en el camino del materialismo dialéctico. Derriba

[91] *Narodnik*, aquí Trotsky se refiere a la escuela de pensamiento "populista" y anticientífica, dispuesta a idealizar al campesinado, que los marxistas destronarían más tarde de su influencia dominante en el movimiento revolucionario ruso a finales del siglo XIX.

[92] Famusov, personaje de la obra de Griboedov *La desgracia de tener demasiado ingenio*, un pedante oficial superior pequeño burgués, lleno de sus pseudoconocimientos. Su único interés es vivir en línea; aborrece todo lo que pueda ofender a la autoridad y perturbar su cómoda situación. Trotsky apuntará aquí a los que así desestiman el trabajo de Freud y sus continuadores, barriéndolo de manera indiscriminada y anticientífica, por sus méritos, y esto porque saben que no es favorecido por el partido.

definitivamente el muro que existía entre la fisiología y la psicología. El reflejo más sencillo es el fisiológico, pero el sistema de reflejos dará lugar a la “conciencia”. La acumulación de la cantidad fisiológica da una nueva calidad, la calidad “psicológica”. El método de la escuela de Pavlov es experimental y meticuloso. La generalización se logra paso a paso desde la saliva del perro hasta la poesía (es decir, hasta su mecánica psíquica, no su contenido social), aunque los caminos hacia la poesía no estén todavía a la vista.

La escuela del psicoanalista vienés Freud aborda la cuestión de manera diferente. Parte, en primer lugar, de la consideración de que las fuerzas motrices de los procesos psíquicos más complejos y delicados resultan ser necesidades fisiológicas. En este sentido general, esta escuela es materialista, si dejamos de lado la cuestión de si no da demasiada importancia al factor sexual en detrimento de otros factores (pero esto ya es un debate que forma parte del materialismo). Sin embargo, el psicoanalista no aborda el problema de la conciencia de forma experimental, desde los fenómenos primarios a los más elevados, desde el reflejo simple al más complejo; se esfuerza por saltar todos los peldaños intermedios, de arriba abajo, desde el mito religioso, la poesía lírica o el sueño, directamente a las bases fisiológicas del alma.

Los idealistas enseñan que el alma es autónoma, que el “pensamiento” es un pozo sin fondo. Pavlov y Freud, en cambio, consideran que el fondo del “pensamiento” está constituido por la fisiología. Pero mientras Pavlov, como un buceador, desciende al fondo y explora el pozo de abajo hacia arriba, Freud se sitúa por encima del pozo y con su mirada penetrante trata de discernir o adivinar la configuración del fondo a través de la siempre cambiante masa de agua turbia. El método de Pavlov es la experimentación. El método de Freud es una conjetura, a veces fantástica. El intento de declarar el psicoanálisis “incompatible” con el marxismo y de dar la espalda sin miramientos al freudismo es demasiado simplista, o más bien demasiado “simple”. En ningún caso estamos obligados a adoptar el freudismo. Se trata de una hipótesis de trabajo que puede conducir, y de hecho lo hace, a hipótesis y conclusiones que están en consonancia con la psicología materialista. La vía experimental aporta, en su momento, la prueba. Pero no tenemos ni razón ni derecho a levantar una prohibición sobre otro camino, aunque sea menos seguro, que se esfuerza en anticipar conclusiones a las que el camino experimental sólo conduce mucho más lentamente.[93]

Con la ayuda de estos ejemplos, pretendía mostrar, al menos parcialmente, tanto la diversidad del patrimonio científico como la complejidad de las vías por las que puede pasar el proletariado para apoderarse de él. Si es cierto que en la construcción económica los problemas no pueden resolverse por decreto y que hay que “aprender a comerciar”, también en las ciencias las órdenes puras y simples no pueden producir más que daño y deshonor. En este campo debemos “aprender a aprender”.

El arte es una de las formas de orientación del hombre en el mundo, y en este sentido la herencia del arte no es diferente de la herencia de la ciencia y la tecnología, y no es menos contradictoria que éstas. Sin embargo, a diferencia de la ciencia, el arte es una forma de conocimiento del mundo, no como un sistema de leyes, sino como una agrupación de imágenes y al mismo tiempo el medio de inspiración de ciertos sentimientos y estados de ánimo. El arte de los últimos siglos ha hecho al hombre más complejo y flexible, ha elevado su mentalidad a un grado superior, lo ha enriquecido en todos los aspectos. Este enriquecimiento es una conquista cultural inestimable. La asimilación del arte del pasado es, por tanto, el requisito previo no sólo para la creación del nuevo arte, sino también para la construcción de la nueva sociedad, ya que el

[93] Por supuesto, esta cuestión no tiene nada que ver con la moda de cierto freudismo que no es más que picardía y cortesía erótica. Ese picor de lengua no tiene nada que ver con la ciencia y sólo indica un estado de depresión: el centro de gravedad se desplaza del cerebro a la médula espinal... (L. Trotsky)

comunismo requiere que la gente tenga una mente muy desarrollada. Pero, ¿es el arte del pasado capaz de enriquecernos con un conocimiento artístico del mundo? Es capaz de hacerlo, precisamente porque es capaz de alimentar nuestros sentimientos y elevarlos. Si abjuráramos del arte del pasado sin razón, nos empobreceríamos espiritualmente en la misma medida.

Aquí y allá, vemos una tendencia a plantear la idea de que el arte sólo está destinado a inspirar ciertos estados de ánimo, pero no el conocimiento de la realidad. De ahí la conclusión: ¿con qué tipo de sentimientos puede contaminarnos el arte noble o burgués? Esto es un error desde el principio. El significado del arte como medio de conocimiento (también para las masas populares, y especialmente para ellas) no es menor que su significado "sensual". Así, el canto épico, la fábula, la canción, el proverbio y la copla popular aportan conocimientos figurativos, iluminan el pasado, generalizan la experiencia, amplían el horizonte, y sólo por ello son capaces de "guiar". Esto se aplica en general a toda la literatura, no sólo a la poesía épica, sino también a la lírica. Se aplica a la pintura y a la escultura. Excepto, sólo en cierto sentido, por la música, cuya acción es poderosa, pero unilateral. Ciertamente, se basa en el conocimiento original de la naturaleza, sus sonidos y ritmos. Pero aquí el conocimiento está tan escondido bajo un celemín, los resultados de la inspiración de la naturaleza son tan refractados por los nervios del hombre, que la música actúa como una "revelación" independiente[94]. Los intentos de aproximar todos los aspectos del arte musical como el arte de la "contaminación" se han hecho muchas veces y en todo momento para depreciar el papel de la inteligencia en el arte a favor de la sensualidad sin forma y en este sentido fueron y siguen siendo reaccionarios. Lo peor de todo, por supuesto, son esas obras de "arte" que no ofrecen ni el conocimiento figurativo ni la "contaminación" del arte, sino que hacen reclamos exorbitantes. Y muchos de ellas están impresas aquí, y por desgracia no en los cuadernos de los alumnos de los talleres de escritura, sino en miles de ejemplares.

La cultura es un fenómeno social. Por eso la lengua, como órgano de relaciones recíprocas entre las personas, es su instrumento más importante. La cultura del lenguaje es la condición más importante para el crecimiento de todas las áreas de la cultura, especialmente las ciencias y las artes. Al igual que la tecnología no se conforma con los viejos aparatos de medida, sino que crea otros nuevos: micrómetros, voltímetros, etc., obteniendo y alcanzando cada vez mayor precisión, lo mismo ocurre en el ámbito del lenguaje, el saber elegir los términos adecuados y combinarlos de forma adecuada y sistemática, es necesario un trabajo minucioso para conseguir el mayor grado de precisión, claridad, relieve. La base de este trabajo debe ser la lucha contra el analfabetismo, la falta de educación. La siguiente etapa de este trabajo es el dominio de la literatura clásica rusa.

Sí, la cultura era el principal instrumento de opresión de clase. Pero puede llegar a ser también, y solamente ella, el instrumento de la liberación socialista.

3.- Las contradicciones en nuestra cultura

La ciudad y la aldea

La peculiaridad de nuestra situación consiste en que nosotros (en la confluencia del capitalista occidental y del campesino-colono oriental) hemos hecho por primera vez una revolución socialista. El régimen de dictadura proletaria se estableció por primera vez en un país con una inmensa herencia de atraso y barbarie, de modo que en nuestro

94 Aquí Trotsky se refiere a las ideas de Tolstoi sobre el arte y el renacimiento, retomadas por Bujarin en su libro *El materialismo histórico* [también editado posteriormente como *Teoría del materialismo histórico*].

país siglos de historia separan a unos cuantos nómadas en Siberia de un proletario en Moscú o Leningrado.

Nuestras formas sociales son de transición hacia el socialismo, y por tanto superiores a las formas capitalistas. En este sentido, tenemos derecho a considerar a nuestro país como el más avanzado del mundo. Pero la tecnología, que es la base de la cultura material y de toda otra cultura, está extraordinariamente atrasada en nuestro país en comparación con los países capitalistas avanzados. Esta es la principal contradicción de nuestra realidad actual. La tarea histórica que se deriva de esto es la elevación de nuestra tecnología al nivel de nuestra formación social. Si no lo conseguimos, nuestro orden social se hundirá inevitablemente al nivel de nuestro atraso técnico. Sí, para comprender todo el significado del progreso técnico para nosotros, debemos decirnos con franqueza: si no logramos completar nuestro edificio soviético en construcción con la técnica industrial adecuada, eliminaremos la posibilidad de la transición al socialismo y volveremos al capitalismo (sí, ¿y cuál?) medio servil, medio colonial. La lucha por la tecnología es para nosotros la lucha por el socialismo, que está indisolublemente ligada en su totalidad al futuro de nuestra cultura.

He aquí un ejemplo reciente de nuestras contradicciones culturales. Hace unos días salió un artículo en los periódicos sobre que nuestra biblioteca pública de Leningrado había alcanzado el primer puesto en número de volúmenes: ¡en ella hay ahora 4.250.000 libros! Nuestro primer sentimiento es un natural orgullo soviético: ¡nuestra biblioteca es la primera del mundo! ¿A qué se debe este resultado? Al hecho de que las bibliotecas privadas fueron expropiadas. Mediante la nacionalización de la propiedad privada hemos creado la institución cultural más rica, accesible a todos. De este simple hecho se desprenden sin duda las grandes ventajas de la construcción soviética. Al mismo tiempo, nuestro atraso cultural se manifiesta en el hecho de que tenemos un porcentaje de analfabetos mayor que cualquier otro país europeo. La biblioteca es la mayor del mundo, pero todavía sólo una minoría de la población lee libros. Y así es como se hace casi todo. La industria nacionalizada, con proyectos fantásticos, gigantescos y lejanos para el Dnieprostoi [presa en el Dniéper], el canal Volga-Don, etc., mientras los campesinos hacen su harina con cadenas y rodillos. Nuestra legislación matrimonial está impregnada del espíritu socialista, pero en la vida familiar la violencia física sigue ocupando un lugar considerable. Estas contradicciones surgen de toda la estructura de nuestra cultura, en el punto de encuentro de occidente y oriente.

En la raíz de nuestro atraso está el monstruoso predominio de la aldea sobre la ciudad, de la agricultura sobre la industria; además de los instrumentos, en la aldea predominan los medios de producción más atrasados. Cuando se habla de la servidumbre histórica se piensa sobre todo en las relaciones entre los diferentes estados sociales, en el servilismo del campesino hacia el terrateniente y el funcionario del zar. Pero, camaradas, la servidumbre tiene por debajo una base más profunda: la esclavitud del hombre a la tierra, la completa dependencia del campesino de los elementos. ¿Has leído a Gleb Uspensky?[95] Me temo que la generación más joven no lo lee. Al menos deberían

[95] Gleb Uspensky (1840-1902). Novelista ruso de la vida campesina en los años 1870-80. Cf. este extracto del artículo de Trotsky: "León Tolstoi": "No tenía necesidad de situarse como defensor de la servidumbre para estar con toda su alma a favor del retorno a aquellas condiciones sociales en las que él veía la sabia sencillez y encontraba la perfección artística. Allí, la vida se reproduce de generación en generación, de siglo en siglo, en una constante inmutabilidad, bajo el reino todopoderoso de la santa necesidad. En esas condiciones, todos los actos de la vida están determinados por el sol, la lluvia, el viento, el crecimiento de la lluvia. En ese orden de cosas no hay lugar para la razón o la voluntad personal y, por consiguiente, tampoco para la responsabilidad personal. Todo está regulado, justificado, santificado de antemano. Sin ninguna responsabilidad ni voluntad propias, el hombre vive sencillamente en la obediencia, dice el notable poeta del *Poder de la tierra*, Glieb Uspensky, y es precisamente esta obediencia constante, transformada

reeditarse sus mejores obras, entre las que hay algunas excelentes. Uspensky era un narodnik. Su programa político era totalmente utópico. Pero Uspensky representó la aldea (no sólo es un excelente artista, sino también un notable realista). Logró comprender la vida cotidiana del campesino y su mentalidad, como fenómenos derivados, desarrollados a partir de la base económica y enteramente definidos por ella. Consiguió entender la base económica del pueblo como una dependencia servil del campesino del proceso de trabajo de la tierra y en general de las fuerzas de la naturaleza. Es absolutamente necesario leer al menos *El poder de la tierra*. En la obra de Uspensky, la intuición artística sustituye al método marxista y, en muchos aspectos, el resultado puede rivalizar con él. Por eso el artista Uspensky estaba constantemente en conflicto mortal con el narodnik Uspensky. Todavía ahora debemos aprender del artista, si queremos entender los poderosos vestigios de la servidumbre en la vida campesina y sobre todo familiar, que resurgen con bastante frecuencia en la vida cotidiana urbana: basta con escuchar incluso algunas de las notas de la discusión que tiene lugar ahora sobre las cuestiones de legislación matrimonial.

El capitalismo en todas las partes del mundo ha elevado a un grado extremo la contradicción entre la industria y la agricultura, la ciudad y la aldea. En nuestro caso, debido a la etapa tardía de nuestro desarrollo histórico, esta contradicción tiene un carácter bastante monstruoso. Al fin y al cabo, nuestra industria comenzó esforzándose por imitar los modelos de Europa occidental y Norteamérica, mientras que nuestro pueblo se quedó en el siglo XVIII e incluso antes. El propio capitalismo en Norteamérica es obviamente incapaz de elevar la economía agrícola al nivel de la industria. Esta tarea corresponde enteramente al socialismo. En nuestras condiciones, con el enorme predominio de la aldea sobre la ciudad, la industrialización de la agricultura es la parte más importante de la construcción socialista.

Con la industrialización de la agricultura nos referimos a dos procesos que sólo en su combinación pueden borrar definitivamente la frontera entre la ciudad y la aldea. Sobre esta cuestión, que es la más importante para nosotros, nos detendremos un momento.

La industrialización de la agricultura implica, en primer lugar, la separación de la economía doméstica rural de toda una serie de ramas de transformación previa de materias primas industriales y alimentarias. De hecho, en general, toda la industria ha surgido de la aldea a través de los oficios de la industria artesanal, a través del desprendimiento de ramas particulares del sistema cerrado de la economía doméstica mediante la especialización, la creación del aprendizaje y la técnica y, posteriormente, la producción a máquina. Nuestra industrialización soviética deberá seguir en gran medida este camino, es decir, el de la socialización de toda una serie de producciones que vinculan la agricultura, en el sentido estricto del término, con la industria. El ejemplo de Estados Unidos demuestra que aquí se abren posibilidades ilimitadas.

Pero no hemos terminado con esta cuestión. La eliminación de las contradicciones entre la agricultura y la industria presupone la industrialización de las explotaciones agrícolas, la ganadería, la horticultura, etc. Esto significa que las ramas de la actividad industrial deben construirse sobre la base de la tecnología científica: el uso adecuado y a gran escala de la maquinaria, el uso de tractores y electricidad, una buena rotación de cultivos, un laboratorio para el control de los métodos y resultados, una buena organización de toda la producción con un uso más racional de la mano de obra, etc. Por

en esfuerzos constantes, la que constituye toda la vida, la que, aparentemente, no conduce a resultado alguno, pero que sin embargo contiene en sí misma su resultado... Y (¡oh, milagro!) esta dependencia servil, sin reflexiones y sin opciones, sin errores y, por consiguiente, sin remordimientos, es precisamente la que crea la "facilidad" moral de la existencia bajo la dura tutela de la "espiga de centeno". (Más abajo en "León Tolstoi")

supuesto, incluso una agricultura organizada diferirá de las industrias mecánicas. De hecho, dentro de la propia industria existen profundas distinciones entre sus diferentes ramas. Si en la actualidad tenemos derecho a oponer la agricultura a la industria en general, es porque la agricultura se realiza en unidades dispersas, con métodos primitivos y con una dependencia servil del productor de las condiciones naturales y de las condiciones extremadamente incivilizadas del campesino. No basta con socializar, es decir, transferir a las fábricas, determinadas ramas de la agricultura como la producción de mantequilla, queso, almidón y melaza, etc. Es necesario socializar toda la agricultura. Es necesario socializar la propia agricultura, es decir, sacarla de su actual fragmentación, y en lugar de raspar lastimosamente la tierra, montar "fábricas" de trigo y centeno, "fábricas" de vacas y ovejas, etc., científicamente organizadas. Que esto es posible lo demuestra la experiencia capitalista parcialmente disponible, especialmente la experiencia agrícola de Dinamarca, donde incluso las gallinas están sometidas a un plan y a una estandarización y ponen huevos, de acuerdo a voluntad del granjero, en cantidades inmensas, de tamaño y color idénticos.

La industrialización de la agricultura significa la eliminación de la actual contradicción fundamental entre la aldea y la ciudad y, en consecuencia, entre el campesino y el obrero: en función del papel de la economía del país, de sus condiciones de vida, de su nivel cultural, deben acercarse hasta tal punto que desaparezca el límite entre ellos. Una sociedad así, en la que la agricultura mecanizada formará parte por igual de la economía planificada, en la que la ciudad integrará las ventajas de la aldea (amplios espacios, zonas verdes), pero en la que la aldea se enriquecerá con las ventajas de la ciudad (calles pavimentadas, alumbrado eléctrico, tuberías de agua, desagües), es decir, en la que desaparecerá la oposición entre la ciudad y la aldea, en la que el campesino y el obrero se convertirán en cooperadores de igual valor e iguales derechos en la producción común; tal sociedad será la sociedad socialista original.

El camino hacia esta sociedad es largo y difícil. Los pasos más importantes en este camino son las centrales eléctricas. Llevarán la luz y el poder a la aldea: contra el poder de la tierra, ¡el poder de la electricidad!

Hace poco inauguramos la central eléctrica de Chatura, una de nuestras mejores instalaciones construidas sobre una turbera. De Moscú a Chatura sólo hay algo más de cien kilómetros. Parece que está a un tiro de piedra. Pero ¡qué diferentes son las condiciones! Moscú es la capital de la Internacional Comunista. Pero si nos alejamos unas decenas de kilómetros, nos encontraremos con naturaleza salvaje, nieve, pantanos helados y animales salvajes. Pueblos de cabañas de madera, dormitando bajo la nieve. Desde la ventanilla del vagón de tren a veces se pueden ver las huellas de los lobos. En el lugar donde ahora se encuentra la central eléctrica, hace unos años, cuando comenzaron las obras, vivían los alces. En la actualidad, la distancia entre Moscú y Chatura está marcada por la elegante estructura de pilones metálicos que soportan un cable de 115.000 voltios. Y de debajo de estos postes saldrán zorros y lobos con sus crías la próxima primavera. Lo mismo ocurre con toda nuestra cultura: contradicciones extremas, logros supremos de la tecnología y el pensamiento universal, por un lado, y las condiciones primitivas de la taiga, por otro.

Chatura vive en una ciénaga utilizada para el pastoreo. Realmente, todos los milagros creados por la imaginación infantil de la religión e incluso por la fantasía creativa de la poesía, palidecen ante este simple hecho: máquinas que ocupan un espacio minúsculo, devorando la marisma milenaria, transformándola en energía invisible y devolviéndola en líneas de alta tensión a la industria que creó y construyó estas mismas máquinas.

Chatura la bella. Creada por constructores tan dedicados como dotados. Su belleza no está expuesta, no es llamativa, sino que proviene de sus propiedades internas y de las necesidades de la técnica. El más alto y único criterio de la tecnología es ser apta para el propósito. La verificación de un funcionamiento adecuado la proporciona la economía. Pero esto presupone, antes que la más completa conformidad entre las partes y el todo, unos medios y un fin. Los criterios económicos y técnicos coinciden plenamente en lo estético. Se puede decir (y no será una paradoja) que Chatura es hermosa, porque el kilovatio-hora de su energía es más barato que el de otras centrales en condiciones similares.

Chatura se encuentra en un pantano. Hay muchos pantanos en la Unión Soviética, y muchos más que centrales eléctricas. Tenemos muchos otros tipos de combustible esperando a ser convertidos en energía. Más al sur, el Dniéper fluye a través de una región industrial más rica, gastando su fantástica fuerza en vano, saltando por encima de rápidos de edad inmemorial, y esperando que nosotros domemos su corriente con una presa y la obliguemos a iluminar, animar, enriquecer ciudades y campos. ¡Lo forzaremos!

En los Estados Unidos de América, el consumo per cápita al año es de 500 kilovatios-hora, mientras que en nuestro país es de sólo 20 kilovatios-hora, es decir, 25 veces menos. Tenemos 50 veces menos fuerza motriz, en general, por persona que en Estados Unidos. El sistema soviético en combinación con la tecnología norteamericana será el socialismo. Nuestra organización social dará a la tecnología norteamericana una aplicación completamente diferente, incomparablemente más racional. Pero la tecnología estadounidense también transformará nuestra organización, la liberará de la herencia del atraso, del atraso de la barbarie. De la combinación de la organización soviética y la tecnología estadounidense surgirá una nueva tecnología y una nueva cultura: tecnología y cultura para todo, sin hijos ni yernos favoritos.

El principio de la “cadena de producción” en la economía socialista

El principio de la economía socialista es la armonía, es decir, la continuidad basada en la coordinación interna. Técnicamente, este principio encuentra su máxima expresión en la cadena. ¿Qué es la cadena? Una banda animada infinita, que trae al trabajador o lleva de él todo lo necesario para el progreso de la obra. A estas alturas ya es bien sabido que Ford utiliza una combinación de cadenas como medio de transporte interno: la transmisión y la demanda. Pero la cadena es algo aún más importante: representa el método de regulación de la producción, ya que el trabajador debe armonizar imperativamente sus gestos con el movimiento de la cinta sin fin. El capitalismo se sirve de ello para conseguir una mayor y más perfeccionada explotación del trabajador. Pero ese uso está ligado al capitalismo, no a la cadena en sí. ¿De qué lado se dirige el desarrollo de los métodos de regulación del trabajo: del lado del trabajo a destajo o del lado de la cadena? El trabajo a destajo, como cualquier otro aspecto del control individual sobre el trabajo, es característico del capitalismo en sus primeras etapas de desarrollo. Asegura la máxima carga fisiológica individual de cada trabajador, pero no la coordinación de los esfuerzos de los distintos trabajadores. Ambas tareas son realizadas automáticamente por la cadena. La organización socialista de la economía debe aspirar a reducir la carga fisiológica individual del trabajador de acuerdo con el crecimiento de la capacidad técnica, salvaguardando al mismo tiempo la coordinación de los esfuerzos de los trabajadores individuales. Este es y será el sentido de la cadena socialista, a diferencia del capitalismo. En concreto, todo el problema consiste en regular el movimiento de la cinta con un número determinado de horas de trabajo o, por el contrario, en ajustar el tiempo de trabajo a una velocidad determinada de la cinta.

En el sistema capitalista, la cadena se aplica en el marco de una empresa concreta, como método de transporte interno. Pero el principio de la cadena en sí es mucho más amplio. Cada empresa particular recibe del exterior materias primas, combustible, consumibles y mano de obra adicional. Las relaciones entre las empresas individuales, por muy enormes que sean, están reguladas por las leyes del mercado, limitadas de hecho, en muchos casos, por todo tipo de acuerdos a largo plazo. Pero cada fábrica individual, y más aún la empresa en su conjunto, se preocupa de que las materias primas puedan ser entregadas a tiempo, sin ser almacenadas, pero también sin crear interrupciones en la producción, es decir, que sean entregadas según el principio de la cadena, en plena concordancia con el ritmo de producción. Para ello no es absolutamente necesario imaginar la cadena como una banda móvil infinita. Las formas que puede adoptar son infinitamente diversas. El ferrocarril, si funciona según lo previsto, es decir, sin transportes cruzados, sin almacenamiento estacional de mercancías, en definitiva, sin los elementos de la anarquía capitalista (pero el socialismo funcionará precisamente así), mediante una poderosa cadena vendrá a asegurar el suministro puntual de materias primas, combustible, material y personal a las fábricas. Lo mismo ocurre con los barcos, los camiones, etc. Todo tipo de medios de comunicación se convertirán en medios de transporte dentro del sistema de producción, desde el punto de vista de la economía planificada en su conjunto. El propio oleoducto representa una especie de cadena para los líquidos. Cuanto más extensa sea la red de oleoductos, menos necesidad habrá de depósitos de reserva, menos petróleo se transformará en capital muerto.

El sistema de la cadena no presupone en absoluto que las empresas estén situadas juntas y muy cerca. Por el contrario, la tecnología moderna hace posible que se dispersen, no de forma caótica y accidental, sino teniendo en cuenta cuidadosamente la ubicación de cada planta en particular. La posibilidad de una amplia dispersión de las empresas industriales, sin la cual la ciudad no puede diluirse en la aldea y la aldea en la ciudad, está garantizada en gran medida por el uso de la energía eléctrica como fuerza motriz. El cable es el más perfecto transportador de energía, ya que ofrece la posibilidad de dividir la fuerza motriz en las unidades más pequeñas, listas para trabajar e interrumpirla simplemente girando un pomo. Debido a estas propiedades, el “transportador” de energía choca más fuertemente con las particiones de la propiedad privada. La electricidad, en su desarrollo actual, es la parte más “socialista” de la tecnología. Y sin duda: esta es su parte más avanzada.

El gigantesco progreso del sistema de suministro de agua y de drenaje del país es, desde este punto de vista, la cadena hidráulica de la agricultura. Cuanto más la química, la industria mecánica y la electrificación sean capaces de liberar a la agricultura de las garras de los elementos (asegurando así el perfeccionamiento de sus métodos), más se incluirá la agricultura actual integralmente en el sistema de la cadena socialista, que regulará y coordinará toda la producción, empezando por el subsuelo (extracción del mineral de carbón) hasta el suelo (arado, siembra de los campos).

A partir de la experiencia de la cadena, el viejo Ford intenta construir una especie de filosofía social. A partir de este intento exclusivo, vemos una combinación extremadamente curiosa, a una escala excepcionalmente grande; en el campo de la gestión de la producción o la intolerable estrechez del filósofo engreído que se ha convertido en multimillonario sin dejar de ser un simple pequeño burgués que ha hecho su fortuna. Ford dice “si quieres riqueza para ti y el bienestar de tus conciudadanos, haz como yo”. Kant pedía que cada persona actuara de tal manera que pudiera convertirse en la norma para los demás. En el sentido filosófico, Ford es kantiano. Pero en la práctica la “norma” para los 200.000 trabajadores de Ford no es el comportamiento de Ford, sino el ritmo de su cadena automática: define el ritmo de sus vidas, el movimiento de sus manos, pies e ideas.

Para el bienestar de sus conciudadanos es necesario separar el fordismo de Ford, socializarlo y limpiarlo. Eso es lo que hará el socialismo.

“Pero ¿qué pasa con la monotonía del trabajo, la despersonalización, la ‘desespiritualización’ debida a la cadena de montaje?” (se interroga en una pregunta escrita que me entregaron). Esto no es un temor serio. Si se piensa y se discute esto hasta su conclusión, resultará en volverse contra la división del trabajo y contra la mecanización en general. Este es un camino reaccionario. El socialismo y la hostilidad a la mecanización no han tenido ni tendrán nunca nada en común. La tarea esencial, principal y más importante es acabar con la necesidad. El trabajo humano debe producir, en la medida de lo posible, la mayor cantidad de bienes. El pan, los zapatos, la ropa, los periódicos, todo lo que es necesario, debe producirse en cantidades tales que nadie tenga que temer que le falte. La necesidad debe ser abolida, y con ella la codicia. Hay que ganar la prosperidad y el ocio, y con ellos la alegría de vivir para todos. La alta productividad del trabajo es inalcanzable sin la mecanización, la automatización, la máxima expresión de lo que es la cadena. La monotonía del trabajo se verá compensada por la reducción de su duración y su creciente facilidad. Siempre habrá ramas de la industria en la sociedad que requieran creatividad individual, y los que encuentren su vocación en un tipo de producción se abrirán paso allí. Lo que nos preocupa aquí es el tipo básico de producción en sus ramas más importantes, al menos hasta que una nueva revolución química y energética de la tecnología descarte la mecanización tal como la conocemos hoy. Pero dejemos eso para el futuro. Un viaje en una embarcación impulsada por remos requiere una gran dosis de creatividad personal. Un viaje en barco de vapor es más “monótono”, pero más cómodo y seguro. Además, no se puede cruzar el océano en un bote de remos. Sin embargo, debemos cruzar el océano de las necesidades humanas.

Es bien sabido que las necesidades físicas son mucho más limitadas que las psíquicas. La satisfacción excesiva de las necesidades físicas conduce rápidamente a la saciedad. Las necesidades psíquicas, en cambio, no conocen límites. Pero para que surjan las necesidades psíquicas, es necesaria la completa satisfacción de las necesidades físicas. Por supuesto, no podemos y no pospondremos la lucha por elevar el nivel espiritual de las masas hasta que ya no haya desempleo, niños abandonados y miseria. Hay que hacer todo lo que se pueda hacer. Pero sería una miserable y despreciable ensoñación imaginar que podemos crear una verdadera nueva cultura antes de asegurar la prosperidad, la abundancia y el ocio de las masas. Debemos controlar y controlaremos nuestro progreso mediante su reflejo en la vida cotidiana del obrero y del campesino.

La revolución cultural

Ahora creo que ya está claro para todos que la creación de la nueva cultura no es una tarea independiente y factible junto a nuestro trabajo económico y la construcción social y cultural en su conjunto. ¿Pertenece el comercio a la “cultura proletaria”? Desde el punto de vista abstracto, esta pregunta debe responderse negativamente. Pero el punto de vista abstracto no encaja. En la época de transición, y sobre todo en su fase inicial, en la que nos encontramos, los productos serán y seguirán siendo durante mucho tiempo la forma social de las mercancías. Y hay que saber aprovechar estos productos correctamente, es decir, negociarlos. De lo contrario, no podremos pasar de la etapa inicial a la siguiente. Lenin nos dijo: aprendan a vender, y nos recomendó seguir el modelo cultural europeo. La cultura del comercio es, como bien sabemos, el componente más importante de la cultura del periodo de transición. Si denominar “cultura proletaria” a la cultura del comercio del estado obrero y de las cooperativas, no lo sé. Pero que es un paso hacia la cultura socialista es indiscutible.

Cuando Lenin hablaba de la revolución cultural, veía en su contenido principal la elevación del nivel cultural de las masas. El sistema métrico es el producto de la ciencia burguesa. Pero enseñar al campesinado este sencillo sistema de medidas supone llevar a cabo una gran tarea cultural y revolucionaria. Es casi seguro que no lo conseguiremos sin la ayuda del tractor y la energía eléctrica. La base de la cultura es la tecnología. El instrumento decisivo de la revolución cultural debe ser la revolución tecnológica.

En cuanto al capitalismo, decimos que el desarrollo de las fuerzas productivas se basa en las fuerzas sociales del estado burgués y de la propiedad burguesa. Alcanzada la revolución proletaria, decimos: el desarrollo de las formas sociales se basa en el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, de la tecnología. Por este eslabón principal, que hemos captado, podemos llevar a cabo la revolución cultural, este eslabón es el de la industrialización, (y en absoluto los de la literatura y la filosofía). Espero que estas palabras no se entiendan en el sentido de una actitud maliciosa o irrespetuosa hacia la filosofía y la poesía. Sin el pensamiento teórico y el arte, la vida humana sería vacía y miserable. Pero, en efecto, así es ahora la vida de millones de hombres en un grado inmenso. La revolución cultural debe consistir en darles la posibilidad de acceder realmente a la cultura y no a sus miserables migajas. Pero esto es imposible sin la creación de mejores condiciones materiales. Por eso, una máquina que fabrica automáticamente botellas es ahora para nosotros un factor primordial de la revolución cultural, mientras que un poema heroico es sólo un factor secundario.

Marx dijo una vez: “Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*”[96] En estas palabras no había ninguna falta de respeto por la filosofía. Marx fue uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos. Sus palabras sólo querían decir que el desarrollo futuro de la filosofía, como el de toda la cultura en general, material y espiritual, requiere una revolución en las relaciones sociales. Y por eso Marx, partiendo de la filosofía, llamó a la revolución proletaria, no contra la filosofía, sino precisamente a favor de ella. De la misma manera se puede decir ahora: es bueno que los poetas canten sobre la revolución y el proletariado, pero una poderosa turbina canta aún mejor. Tenemos muchas canciones de calidad media que siguen siendo propiedad de pequeños círculos, pero tenemos terriblemente pocas turbinas. No pretendo decir que la mediocridad del verso impida la aparición de turbinas. No, no se puede decir eso. Pero una correcta orientación de la opinión pública, es decir, la comprensión de la relación real de los fenómenos, el porqué y el cómo de las cosas, es absolutamente necesaria. La revolución cultural no debe entenderse de forma superficial, idealista o como algo que es objeto de pequeños grupos de estudio. Esta cuestión se refiere al cambio de las condiciones de vida, de los métodos de trabajo y de los hábitos cotidianos de un gran pueblo, de toda la familia de los pueblos. Sólo el potente sistema de tractores, por primera vez en la historia, permitirá al campesino enderezar su espalda; sólo una máquina sopladora de vidrio que produzca cientos de miles de botellas liberará los pulmones de los sopladores de vidrio de antaño, sólo una turbina de decenas o incluso cientos de miles de caballos de fuerza, sólo el avión accesible a todos, sólo todas estas cosas juntas asegurarán la revolución cultural, no sólo para una minoría, sino para todos. Y sólo una revolución así será digna de ese nombre. Sólo sobre esta base florecerá una nueva filosofía y un nuevo arte.

[96] Carlos Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, en nuestra serie Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional., Tesis 11, página 2 del formato pdf.

Marx dijo: "Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante."[97]

Los pensamientos de la clase dominante son también, en cada época, los pensamientos dominantes. Esto es muy cierto en lo que respecta al proletariado, pero es muy diferente en lo que respecta a las otras clases. La burguesía, tras tomar el poder, aspira a perpetuarse. Toda su cultura se adaptó a ello. El proletariado, una vez conquistado el poder, debe esforzarse inevitablemente por acortar al máximo el período de su dominio, para acercarse lo más posible a la sociedad socialista sin clases.

La cultura de la moral

Vender de forma culta significa, en particular, no engañar, es decir, romper con nuestra tradición nacional en el acto de vender: "si no engañas, no vendes".

La mentira, el engaño, no es sólo un defecto individual, sino una función del orden social. La mentira es un medio de lucha y, por tanto, surge de la contradicción entre intereses. Las contradicciones fundamentales surgen de las relaciones entre las clases. En realidad, puede decirse que el engaño es tan antiguo como la sociedad de clases. Ya los animales "engañan", engañan en la lucha por la existencia. El engaño (la astucia militar) desempeñó un papel considerable en las tribus militares. Este engaño se deriva más o menos directamente de la lucha zoológica por la existencia. Pero a partir del período llamado "civilizado", es decir, desde la aparición de la sociedad de clases, la mentira se ha vuelto terriblemente compleja, se ha convertido en una función social, refractada a lo largo de las líneas de clase e integrada en la composición de las "culturas" humanas. Sin embargo, es un componente que el socialismo no incluirá. Las relaciones en la sociedad socialista o comunista, es decir, en su máximo desarrollo, serán completamente transparentes y no requerirán medios auxiliares, como el engaño, la mentira, la falsificación, la traición y la perfidia.

Sin embargo, aún estamos lejos de ello. En nuestras relaciones y en nuestras costumbres aún quedan muchas mentiras tanto originadas por la burguesía como por la servidumbre. La máxima expresión de la ideología de la servidumbre es la religión. Las relaciones de la sociedad de la monarquía feudal se basaban en la tradición ciega y se elevaban en forma de mito religioso. El mito es una interpretación imaginaria y falsa de los fenómenos naturales, las instituciones sociales y sus relaciones. Sin embargo, no sólo se engaña a las masas oprimidas, sino también a lo que se produjo en nombre de este engaño: los gobernantes, que en la mayoría de los casos creyeron en el mito y se apoyaron en él a conciencia. La ideología objetivamente falsa tejida a partir de supersticiones no significa que sea necesariamente una mentira subjetiva. Sólo en proporción a la complejidad de las relaciones sociales, es decir, en proporción al desarrollo del orden burgués, con el que el mito religioso se encuentra en una contradicción cada vez mayor, se convierte en la fuente de una trampa y un engaño deliberado cada vez mayores.

La ideología que ha desarrollado la burguesía es racionalista y está dirigida contra la mitología. La burguesía radical ha intentado levantarse sin religión y construir un estado basado en la razón, no en la tradición. Esto se expresó en la democracia mediante sus principios de libertad, igualdad y fraternidad. Sin embargo, la economía capitalista se creó con una monstruosa contradicción entre la realidad cotidiana y los principios democráticos. Para disfrazar estas contradicciones fue necesaria una mentira de primer orden. Esta mentira política no existe en ningún otro lugar que en la democracia burguesa. Ya no se trata de la mentira "objetiva" de la religión, sino de un engaño al pueblo

[97] Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, en nuestra serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS), página 28 del formato pdf.

organizado conscientemente por una combinación de métodos excepcionalmente complejos. La técnica de la mentira se cultiva nada menos que la técnica de la electricidad. La prensa más engañosa se encuentra en las democracias más "desarrolladas", Francia y Estados Unidos.

Pero al mismo tiempo, y hay que admitirlo con franqueza, en Francia se comercia con más honestidad que aquí, y en todo caso con una atención incomparablemente mayor a las exigencias del comprador. Alcanzado cierto grado de prosperidad, la burguesía renuncia a los métodos estafadores de la acumulación primitiva, no por ninguna noción de moralidad, sino por razones materiales: el pequeño engaño, la falsificación, la estafa, dañan la reputación de un negocio y minan su desarrollo futuro, ser moral, se convierten en una regla moral, y la opinión pública vigila atentamente. De hecho, la guerra imperialista ha provocado cambios colosales también en este dominio, haciendo retroceder mucho a Europa del este. Pero los esfuerzos de posguerra para "estabilizar" el capitalismo han superado las peores manifestaciones del retorno al comercio primitivo. En cualquier caso, si se toma nuestro comercio soviético en su conjunto, es decir, desde la fábrica hasta el consumidor de la aldea remota, habrá que reconocer que seguimos comerciando de forma extremadamente menos culta que los países capitalistas avanzados. Es el resultado de nuestra pobreza, nuestra falta de bienes, nuestro atraso económico y cultural.

El régimen de la dictadura proletaria es tan irreconciliablemente hostil a la mitología objetivamente falsa de la Edad Media como al engaño consciente de la democracia capitalista. El régimen revolucionario está sumamente interesado en exponer las relaciones sociales, no en ocultarlas. Esto significa que está interesado en la política real, en afirmar lo que es. Pero no podemos olvidar que el régimen de la dictadura revolucionaria es un régimen de transición y por lo tanto contradictorio. La existencia de enemigos poderosos nos obliga a recurrir a la astucia militar, y la astucia es inseparable de la mentira. Sólo es necesario que la astucia utilizada necesariamente contra nuestros enemigos no se utilice para engañar a nuestro propio pueblo, es decir, a las masas trabajadoras y a su partido. Esta es una condición fundamental de la política revolucionaria, que recorre como un hilo rojo toda la obra de Lenin.

Pero si bien nuestro nuevo estado y sus formas sociales crean la posibilidad y la necesidad de un mayor grado de apertura que el alcanzado hasta ahora, en las relaciones entre gobernantes y gobernados, no puede decirse todavía lo mismo del conjunto de nuestras relaciones en la vida cotidiana, sobre las que sigue pesando mucho nuestro atraso económico y cultural y, en general, toda la herencia del pasado. Vivimos mucho mejor que en 1920. Pero la falta de las cosas buenas necesarias para la vida sigue dejando su pesada huella en nuestra vida y nuestra moral, y seguirá haciéndolo durante algunos años. Esto da lugar a grandes y pequeñas contradicciones, a grandes y pequeñas desproporciones, y la lucha está ligada a estas contradicciones, y la astucia, la mentira y el engaño están ligados a esta lucha. Sólo hay una salida: la elevación del nivel tecnológico, tanto en la producción como en el comercio. Una correcta orientación en este sentido debe contribuir por sí misma a mejorar la "moral". La interacción entre el mejoramiento de la tecnología y la moral nos hará avanzar en el camino hacia un orden social de cooperadores civilizados, es decir, hacia la cultura socialista.

Nación y cultura[98]

(1936)

La política nacional del bolchevismo, al asegurar la victoria de la revolución de octubre, ayudó a la URSS a sostenerse, a pesar de las fuerzas centrífugas del interior y de la hostilidad de los países vecinos. La degeneración burocrática ha atacado rudamente esta política. Justamente sobre la cuestión nacional, Lenin se preparaba a librar un primer combate contra Stalin en el XII Congreso del partido, en la primavera de 1923. Pero tuvo que abandonar el trabajo antes de que el congreso se reuniera. Los documentos que redactara entonces, están aún bajo las llaves de la censura[99].

Las necesidades culturales de las naciones despertadas por la revolución exigen la más amplia autonomía. Pero la economía sólo puede desarrollarse satisfactoriamente si todas las partes de la Unión se someten a un plan centralizado de conjunto. La economía y la cultura no están separadas por murallas; sucede, pues, que las tendencias a la autonomía cultural y a la centralización económica se ponen en conflicto. Sin embargo, no hay entre ellas antagonismo irreductible. Si para resolver este conflicto no tenemos ni podemos tener una fórmula ya hecha, la flexible voluntad de las masas interesadas existe y sólo su participación efectiva en la decisión cotidiana de su propio destino puede, en cada etapa dada, trazar el límite entre las reivindicaciones legítimas de la centralización económica y las exigencias vitales de las culturas nacionales. Toda la desgracia viene de que la voluntad de la población de la URSS, encarnada por sus diversos elementos nacionales, está falsificada completamente por la burocracia, que sólo considera la economía y la cultura bajo el ángulo de los intereses específicos de la capa dirigente y de sus facilidades de gobierno.

Es cierto que la burocracia continúa cumpliendo en estos dos dominios cierto trabajo progresista, aunque con enormes gastos generales. Esto se relaciona, sobre todo, con las nacionalidades atrasadas de la URSS, que deben pasar necesariamente por un periodo más o menos largo de empréstitos, imitaciones y asimilación. La burocracia les construye un puente hacia los beneficios elementales de la cultura burguesa y, particularmente, preburguesa. Con respecto a varias regiones y nacionalidades, el régimen realiza, en amplia medida, la obra histórica que Pedro I y sus compañeros realizaron en la vieja Moscovia; pero a más vasta escala y con un ritmo más rápido.

En estos momentos en la URSS se imparte la enseñanza en ochenta idiomas, al menos. Se ha necesitado, para la mayor parte de ellos, crear alfabetos o reemplazar los alfabetos asiáticos, demasiado aristócratas, por alfabetos latinos más al alcance de las masas. Aparecen periódicos en otras tantas lenguas, que hacen conocer a los pastores nómadas y a los cultivadores primitivos los elementos de la cultura. Las lejanas regiones del Imperio, antiguamente abandonadas, ven surgir industrias; el tractor destruye las viejas costumbres que aún tienen algo del clan. Al mismo tiempo que la escritura, aparecen la medicina y la agronomía. No es fácil apreciar esta construcción de nuevas capas de la humanidad. Marx no se equivocaba al decir que la revolución es la locomotora de la historia.

Pero las locomotoras más poderosas no hacen milagros: no cambian las leyes del espacio, no hacen más que acelerar el movimiento. La necesidad de dar a conocer a decenas de millones de hombres el alfabeto, el periódico, las reglas más simples de la higiene, muestra qué camino hay que recorrer antes de que pueda plantearse, en realidad,

---

[98] L. Trotsky, *La revolución traicionada. Qué es y a dónde va la Unión Soviética (anexos)*, en estas mismas OELT-EIS, páginas 90-97 del formato pdf.

[99] Hasta 1956 no se publicaron esos documentos en la URSS, tres años después de la muerte de Stalin. Ed. Fr.

el problema de una nueva cultura socialista. Por ejemplo, la prensa publica que los piratas de Siberia Occidental, que hasta entonces no sabían lavarse, tienen en la actualidad, "en muchas aldeas, baños a los que se acude de treinta kilómetros a la redonda". Este ejemplo, tomado de lo más bajo de la cultura, solamente hace resaltar el nivel de muchas otras conquistas, y no sólo en las regiones atrasadas y lejanas. Cuando el jefe del gobierno, para mostrar el aumento de la cultura, dice que la demanda de "camas de hierro, relojes, ropa tejida, jerséis y bicicletas, aumenta en los koljoses", esto significa solamente que los campesinos acomodados comienzan a servirse de los productos de la industria, que desde hace mucho tiempo conocen los campesinos de occidente. La prensa repite cada día sus prédicas sobre "el comercio socialista civilizado". Se trata, en realidad, de dar un nuevo aspecto limpio y atractivo a los almacenes del estado, equiparlos, no dejar pudrir las manzanas y vender, al mismo tiempo que las medias, el hilo para zurcir y, por fin, acostumbrar a los vendedores a tratar a los clientes con atención y cortesía; en una palabra: de alcanzar el nivel acostumbrado del comercio capitalista. Y aún se está muy lejos de alcanzar este fin, en el que no hay, por lo demás, un grano de socialismo.

Si nos alejamos, por un momento, de las leyes y de las instituciones, para considerar la vida cotidiana de la gran masa de la población, sin embriagarnos con ilusiones, estamos obligados a concluir que la herencia de la Rusia absolutista y capitalista es aún inmensamente superior, en las costumbres, que los gérmenes del socialismo. La misma población lo dice con fuerza convincente con su avidez de apoderarse, a la mínima mejoría, de los modelos hechos en occidente. Los jóvenes empleados soviéticos, y con frecuencia los obreros jóvenes, tratan de imitar las maneras y el traje de los ingenieros y de los técnicos norteamericanos que encuentran en la fábrica. Las empleadas y las obreras devoran con los ojos a la turista extranjera, para vestirse como ella, e imitar sus modales. La afortunada que lo logra se transforma, a su vez, en objeto de imitación. En lugar de los bigudíes de antaño, las mejor pagadas se hacen la permanente. La joven aprende gustosa los "bailes modernos". En cierto sentido, éstos son progresos. Pero por el momento, no expresan la superioridad del socialismo sobre el capitalismo, sino el predominio de la cultura burguesa sobre la cultura patriarcal, de la ciudad sobre el campo, del centro sobre la provincia, del occidente sobre el oriente.

Los medios soviéticos privilegiados imitan a las esferas superiores del capitalismo, y los diplomáticos, los directores de trust, los ingenieros que viajan frecuentemente a Europa o a Norteamérica, son los árbitros en la materia. La sátira soviética no dice ni una palabra de ello, pues le está rigurosamente prohibido tocar a los "diez mil" dirigentes. Sin embargo, no es posible abstenerse de señalar con alguna amargura que los altos emisarios soviéticos en el extranjero no han sabido manifestar ante la civilización capitalista un estilo propio, ni siquiera una manera de ser personal. Han carecido de la firmeza interior que les hubiese permitido desdeñar las apariencias visibles y guardar sus distancias. Generalmente, emplean su ambición en distinguirse lo menos posible de los snobs burgueses más acabados. En una palabra, la mayor parte de ellos no se sienten representantes de un mundo nuevo, sino advenedizos, y se comportan de acuerdo con esto.

Decir que la URSS persigue, en este momento, la obra cultural que los países avanzados han concluido desde hace mucho tiempo sobre la base del capitalismo, no sería, sin embargo, más que formular una semiverdad. Las nuevas formas sociales no son, de ninguna manera, indiferentes; no se limitan a abrir a un país atrasado la posibilidad de alcanzar el nivel de los países avanzados, sino que le permiten llegar a él mucho más rápidamente de lo que lo hace occidente. La clave de este enigma se encuentra sin ningún trabajo: los pioneros de la burguesía han tenido que inventar su técnica y aprender a aplicarla a la economía y a la cultura, mientras que la URSS encontró un instrumento ya

hecho, moderno, y gracias a la socialización de los medios de producción, no lo aplica parcialmente y poco a poco, sino de un solo golpe y a gran escala.

Los jefes militares del pasado han alabado muchas veces el papel civilizador del ejército, sobre todo en lo que se refiere a los campesinos. Sin extasiarnos sobre la civilización específica extendida por el militarismo burgués, no es posible, sin embargo, que desconozcamos que numerosos hábitos útiles al progreso han sido introducidos en las masas populares por medio del ejército; y no es casualidad que los soldados y los suboficiales se hayan encontrado a la cabeza de las sublevaciones en todos los movimientos revolucionarios y, principalmente, en los movimientos campesinos. El régimen soviético tiene la posibilidad de obrar sobre la vida de las masas populares, no sólo por medio del ejército, sino por todos los órganos del estado, del partido, de las Juventudes Comunistas y de los sindicatos confundidos con el estado. La asimilación de los modelos de la técnica, de la higiene, de las artes y de los deportes, en plazos mucho más breves que los que fueron necesarios para su elaboración en su patria de origen, está asegurada por las formas estatales de la propiedad, por la dictadura política, por la dirección planificada.

Si la revolución de octubre no hubiese producido más que esta aceleración de la velocidad, eso bastaría para justificarla históricamente, pues el régimen burgués declinante no se había mostrado capaz, en el último cuarto de siglo, de hacer progresar francamente a un sólo país atrasado en ninguna parte del mundo. Pero el proletariado ruso hizo la revolución con fines mucho más avanzados. Cualquiera que sea el yugo político que sufre actualmente, sus mejores elementos no han renunciado al programa comunista ni a las grandes esperanzas que representa. La burocracia se ve obligada a adaptarse al proletariado en la orientación de su política y, mucho más, en la interpretación de ella. Por eso, cada paso hacia adelante en la economía o en las costumbres, independientemente de su explicación histórica verdadera o de su significación real para la vida de las masas, se transforma oficialmente en una conquista inaudita, en una adquisición sin precedentes de la "cultura socialista". Es indudable que poner el cepillo de dientes y el jabón al alcance de millones de hombres que no conocían ayer las más simples exigencias de la limpieza, es una obra civilizadora de las mayores. Pero ni el jabón, ni el cepillo de dientes, ni siquiera los perfumes reclamados por "nuestras mujeres" constituyen la cultura socialista, sobre todo, cuando estos pobres atributos de la civilización sólo son accesibles a un 15% de la población.

La "transformación de los hombres" de la que tan frecuentemente se habla en la prensa soviética, se realiza, en verdad, a toda velocidad. ¿Pero en qué medida es una transformación socialista? El pueblo ruso no ha tenido en el pasado ni reforma religiosa, como los alemanes, ni gran revolución burguesa, como los franceses. En estos dos crisoles, si hacemos a un lado la revolución-reforma de los insulares británicos del siglo XVIII, se ha formado la individualidad burguesa, fase de primera importancia en el desarrollo de la individualidad humana en general. Las revoluciones rusas de 1905 y 1917 indicaban, forzosamente, el despertar de la individualidad en el seno de las masas y su afirmación en un medio primitivo; de esta manera, recogían, en menor escala y precipitadamente, la obra educativa de las reformas y de las revoluciones burguesas de occidente. Pero mucho antes de aire esta gran obra fuese terminada, al menos en sus grandes líneas, la revolución rusa, nacida en el crepúsculo del capitalismo, fue lanzada por la lucha de clases a los rieles del socialismo. Las contradicciones en el dominio de la cultura, no hacen más que reflejar y desviar las contradicciones sociales y económicas resultantes de este salto. El despertar de la individualidad adquiere necesariamente, desde entonces, un carácter más o menos pequeñoburgués, en la economía, en la familia, en la poesía. La burocracia se ha transformado en la encarnación de un individualismo extremo,

algunas veces sin freno. Admitiendo y alentando el individualismo económico (trabajo a destajo, parcelas de los cultivadores, primas, condecoraciones), reprime duramente, por otra parte, las manifestaciones progresistas del individualismo en la esfera de la cultura espiritual (opiniones críticas, formación de opiniones personales, dignidad individual).

Mientras el nivel de un grupo nacional es más elevado, mientras más alta es su creación cultural, los problemas de la sociedad y de la personalidad le tocan más profundamente y las tenazas de la burocracia le son más dolorosas, cuando no intolerables.

En realidad, no puede hablarse de la originalidad de las culturas nacionales, cuando una sola batuta de director de orquesta (más exactamente, un solo garrote policíaco) pretende dirigir las funciones intelectuales de todos los pueblos de la Unión. Los periódicos (y los libros) ucranianos, rusoblancos, georgianos o tártaros, no hacen más que traducir los imperativos burocráticos en esas lenguas. La prensa moscovita publica diariamente la traducción rusa de las odas dedicadas a los jefes por laureados poetas nacionales, miserables versificaciones en realidad, que no difieren unas de otras más que por el grado de servilismo y de insignificancia.

La cultura granrusa, que sufre con ese régimen cuartelario tanto como las otras, vive sobre todo por medio de la vieja generación formada antes de la revolución. La juventud parece estar aplastada bajo una losa. No estamos ante una opresión de una nacionalidad por otra, en el sentido propio de la palabra, sino ante la opresión de todas las culturas nacionales, comenzando por la granrusa, por un aparato policíaco centralizado. Sin embargo, no podemos olvidar el hecho de que el 90% de los periódicos de la URSS aparecen en ruso. Si este porcentaje está en contradicción flagrante con la proporción numérica de los rusos en la población, corresponde, es cierto, a la influencia propia de la civilización rusa y a su papel de intermediario entre los pueblos atrasados y el occidente. Sin embargo, ¿no hay que ver en la parte exageradamente grande que se atribuye a los rusos en las ediciones (y naturalmente que no sólo allí), un privilegio nacional de hecho, privilegio de gran potencia obtenido en detrimento de otras nacionalidades? Es muy posible. Pero a este problema extremadamente serio no se puede responder categóricamente, pues, más que por la colaboración, la emulación y la fecundación recíproca de las culturas, está solucionado en la vida por el arbitraje sin apelación de la burocracia. Y como el Kremlin es la sede del poder, como la periferia tiene que imitar al centro, la burocracia central toma inevitablemente una actitud rusificadora, mientras que atribuye a las demás nacionalidades un sólo derecho indiscutible: el de cantar en su propio idioma los elogios del árbitro.

*****

La doctrina oficial de la cultura cambia con los zigzags económicos y las consideraciones administrativas; pero en todas sus variaciones conserva un carácter absolutamente categórico. Al mismo tiempo que la teoría del socialismo en un solo país, la de la "cultura proletaria", que hasta entonces había permanecido en segundo plano, recibió la investidura oficial. Sus adversarios sostenían que la dictadura del proletariado es rigurosamente transitoria; que, a diferencia de la burguesía, el proletariado no piensa en dominar durante largas épocas históricas, que la labor de la generación actual de la nueva clase dominante es, ante todo, asimilar lo que hay de precioso en la cultura burguesa; que mientras más proletario sea el proletariado, en otras palabras: mientras conserve más las huellas de la servidumbre de la víspera, será menos capaz de elevarse sobre la herencia del pasado; que las posibilidades de una obra creadora nueva no se abrirán, realmente, más que a medida que el proletariado se reabsorba en la sociedad socialista. Todo esto quiere decir que la cultura socialista (y no una cultura proletaria) está llamada a suceder a la cultura burguesa.

Polemizando con los teóricos de un arte proletario, producto de laboratorio, el autor de estas líneas escribía: "La cultura se alimenta con la savia de la economía y se necesitan excedentes materiales para que crezca, se complique y se afine". Ni aun la solución feliz de los problemas económicos elementales "no significaría, en ningún caso, la victoria completa del socialismo, nuevo principio histórico". El progreso del pensamiento científico sobre las bases populares y el desarrollo del nuevo arte, pondrían de manifiesto que el grano ha germinado y que la planta ha florecido. Desde este punto de vista, "el desarrollo del arte es la prueba más alta de la vitalidad e importancia de una época". Este punto de vista admitido ayer, fue declarado repentinamente en un texto oficial "derrotista", y dictado por el "descreimiento" en las fuerzas creadoras del proletariado. El periodo Stalin-Bujarin se abrió; desde hacía largo tiempo, Bujarin era el heraldo de la cultura proletaria, Stalin jamás había pensado en ello. En todo caso, ambos profesaban que el camino hacia el socialismo se haría "a paso de tortuga" y que el proletariado dispondría de decenas de años para formar su cultura propia. En cuanto al carácter de ésta, las ideas de nuestros teóricos eran tan confusas como poco ambiciosas.

Los años tempestuosos del primer plan quinquenal echaron abajo la perspectiva de los pasos de tortuga. Desde 1931, el país, azotado por un hambre cruel, "entró en el socialismo". Antes de que los escritores y artistas oficialmente protegidos pudieran crear un arte proletario, o, cuando menos, las primeras obras notables de ese arte, el gobierno hizo saber que el proletariado se había reabsorbido en la sociedad sin clases. Faltaba acomodarse al hecho de que para crear su cultura no había dispuesto de este factor indispensable: el tiempo. Los conceptos de ayer fueron olvidados inmediatamente y la "cultura socialista" se puso a la orden del día. Conocemos ya su contenido.

La creación espiritual necesita libertad. La idea comunista que trata de someter la naturaleza a la técnica, y la técnica a un plan para obligar a la materia a que dé al hombre todo lo que éste necesita, y mucho más, es una idea que se propone un fin más elevado: el de liberar para siempre las facultades creadoras del hombre de todas las trabas, dependencias humillantes o duras obligaciones. Las relaciones personales, la ciencia, el arte, ya no tendrán que sufrir ningún plan impuesto, ninguna sombra de obligación. ¿En qué medida la creación espiritual será individual o colectiva'? Eso dependerá enteramente de los creadores.

Otra cosa es el régimen transitorio. La dictadura expresa la barbarie pasada y no la cultura futura. Impone necesariamente rudas restricciones a todas las actividades, comprendida la actividad espiritual. El programa de la revolución veía en ello, desde el principio, un mal necesario, y se proponía alejar poco a poco, a medida que el nuevo régimen se consolidara, todas las restricciones a la libertad. En cualquier caso, durante los años más caldeados de la guerra civil, los jefes de la revolución comprendían que si el gobierno podía limitar la libertad creadora, inspirándose en consideraciones políticas, no podía, de ninguna manera, mandar en el dominio científico, literario o artístico. Con sus gustos bastante "conservadores", Lenin daba pruebas de la mayor circunspección en materia de arte, invocando frecuentemente su incompetencia. La protección concedida por el Comisario del Pueblo para la Instrucción Pública, Lunacharsky, a diversas formas de modernismo, inquietaba a Lenin, pero éste se limitaba a formular observaciones irónicas en sus conversaciones privadas, estaba muy lejos de querer instituir en ley sus gustos artísticos y literarios. En 1924, en el umbral de una nueva época, el autor de este libro formulaba en los siguientes términos la actitud del estado con relación a las tendencias del arte: "Colocando por encima de todo el criterio: a favor o en contra de la revolución, dejarle, en su propio terreno, una libertad completa".

Mientras la dictadura tuvo el apoyo de las masas y la perspectiva de la revolución mundial, no temió las experiencias, la lucha de las escuelas, pues comprendía que una

nueva fase de la cultura sólo podía prepararse por ese medio. Todas las fibras del gigante popular vibraban aún; pensaba en voz alta, por primera vez desde hacía mil años. Las mejores fuerzas juveniles del arte estaban tocadas en lo vivo. En estos primeros años ricos de esperanza y de intrepidez, se crearon los modelos más preciosos de la legislación socialista y las mejores obras de la literatura revolucionaria. A la misma época pertenecen las mejores películas soviéticas que, a pesar de la pobreza de los medios técnicos, asombraron al mundo por su frescura y por la intensidad de su realismo.

En la lucha contra la oposición en el seno del partido, las escuelas literarias fueron sofocadas una tras otra. No sólo se trataba de literatura; la devastación se extendió a todos los dominios de la ideología, con tanta mayor energía como de semiinconsciente era. Los dirigentes actuales se consideran llamados a la vez a controlar políticamente la vida espiritual y a dirigir su desarrollo. Su mando sin apelación se ejerce igualmente en los campos de concentración, en la agricultura y en la música. El órgano central del partido publica artículos anónimos muy semejantes a órdenes militares, reglamentando la arquitectura, la literatura, el arte dramático, el ballet, eso sin hablar de la filosofía, de las ciencias naturales y de la historia.

La burocracia siente un temor supersticioso por todo lo que no le sirve y por todo lo que no comprende. Cuando exige una relación entre las ciencias naturales y la producción, tiene razón; pero cuando ordena a los investigadores que sólo se asignen fines inmediatos, amenaza con cegar las fuentes más preciosas de la creación, incluyendo las de los descubrimientos prácticos, que frecuentemente se realizan por vías imprevistas. Instruidos por una dura experiencia, los naturalistas, los matemáticos, los filólogos, los teóricos del arte militar, evitan las grandes generalizaciones por temor a que un "profesor rojo", que casi siempre es un arribista ignorante, les lance pesadamente una cita de Lenin o de Stalin. Defender en semejante caso su pensamiento y su dignidad científica es, con toda seguridad, atraerse los rigores de la represión.

Las ciencias sociales son las más maltratadas. Los economistas, los historiadores, los propios estadísticos, sin hablar de los periodistas, se preocupan, sobre todo, de no ponerse, aunque sea indirectamente, en contradicción con el zigzag actual de la política oficial. No se puede hablar de la economía soviética, de la política interior y exterior, más que cubriéndose los flancos y la retaguardia con vulgaridades tomadas de los discursos del jefe, y dándose como fin el de demostrar que todo sucede como si se hubiera previsto de la mejor manera posible. El conformismo ha liberado del cien por cien de los fastidios terrenales, pero lleva en sí mismo su propio castigo: la esterilidad.

Aunque el marxismo sea formalmente la doctrina oficial de la URSS, durante los últimos doce años no se han publicado una sola obra marxista (sobre economía, sociología, historia, filosofía) que merezca la atención o la traducción. La producción marxista no sale de los límites de la compilación escolástica, que no hace más que tomar de nuevo las viejas ideas aprobadas y servir las mismas citas, según las necesidades del momento. Tirados por millones de ejemplares, los libros y los folletos que nadie necesita, fabricados con embustes, adulaciones y otros ingredientes viscosos, se distribuyen en todos los rincones del estado. Los marxistas que podrían decir algo útil o personal, están encarcelados u obligados a callar. ¡Mientras que la evolución de las formas sociales plantea a cada instante problemas grandiosos!

La honradez, sin la cual no puede haber trabajo teórico, se ha arrojado por los suelos. Las notas explicativas, añadidas a los escritos de Lenin, los transforman de pies a cabeza en cada edición para servir los intereses personales del estado mayor gubernamental, magnificando a los "jefes", vilipendiando a sus adversarios, borrando ciertas huellas... Los manuales de historia del partido y de la revolución, sufren el mismo tratamiento. Los hechos se deforman, los documentos se ocultan o, por el contrario, se

inventan; las reputaciones se fabrican o se destruyen. La simple comparación de las sucesivas ediciones de un mismo libro en doce años, permite darse cuenta de la degeneración del pensamiento y de la conciencia de los dirigentes.

El régimen totalitario no es menos funesto para la literatura. La lucha de las tendencias y de las escuelas ha dejado su lugar a la interpretación de la voluntad de los jefes. Todos los grupos pertenecen obligatoriamente a una organización única, especie de campo de concentración de las letras. Escritores mediocres, pero "bien dóciles", como Gladkov y Serafimovich, son proclamados como clásicos. Los escritores dotados que no saben ejercerse sobre sí mismos la violencia necesaria, son perseguidos por mentores sin escrúpulos armados de citas. Se suicidan grandes artistas; otros buscan el material de su trabajo en un pasado lejano o callan. Los libros honrados y con talento sólo aparecen por azar, como si escaparan de ser ahogados: son una especie de contrabando.

La vida del arte soviético es un martirologio. Después del artículoconsigna de *Pravda* en contra del formalismo, aparece entre los escritores, los pintores, los directores teatrales, y aun los cantantes de ópera, una epidemia de arrepentimiento. Todos desautorizan sus pecados de ayer, absteniéndose, por lo demás (por prudencia) de precisar lo que es el formalismo. Las autoridades tuvieron que detener, por medio de una nueva directiva, esta corriente demasiado numerosa de abjuraciones. Los juicios literarios se revisan en unas cuantas semanas, los manuales son corregidos; las calles cambian de nombre y se levantan monumentos porque Stalin ha hecho una observación elogiosa sobre Mayakovsky. La impresión que una ópera produce a los altos signatarios se transforma en una directiva para los compositores. El secretario de las Juventudes Comunistas dijo en una conferencia de escritores que "las indicaciones del camarada Stalin son ley para todos", y fue aplaudido aunque algunos tuvieran la cara roja de vergüenza. Y como si se tratara de infligir un ultraje supremo a la literatura, Stalin, que es incapaz de construir correctamente una frase en ruso, es declarado como uno de los clásicos del estilo. Este bizantinismo y este reino de la policía tienen algo profundamente trágico, a pesar de sus aspectos bufonescos.

La fórmula oficial enuncia que la cultura debe ser socialista por su contenido y nacional por su forma. Sin embargo, el contenido de la cultura socialista sólo puede ser objeto de hipótesis más o menos afortunadas. A nadie le está dado alcanzar esta cultura sobre una base económica insuficiente. El arte es mucho menos capaz que la ciencia de anticiparse al porvenir. Sea como sea, recetas tales como: "representar la edificación futura", "mostrar la vía del socialismo", "transformar al hombre", no proporcionan a la imaginación un apoyo sensiblemente mayor que una lista de precios de sierras o que la guía de ferrocarriles.

La forma popular del arte está identificada con la ejecución de obras al alcance de todo el mundo. "Lo que no es útil al pueblo [declara *Pravda*] no puede tener valor estético". Esta vieja idea de *narodniki*[100] que aparta la educación artística de las masas, adquiere un carácter tanto más reaccionario, cuando que la burocracia se reserva el derecho de decidir cuál es el arte del que no tiene necesidad el pueblo; publica libros a su antojo y establece su venta obligatoria sin dejar al lector la menor elección. Para ella, todo se reduce al fin y al cabo a que el arte se inspire en sus intereses y encuentre motivos para hacerla atrayente a las masas populares.

¡En vano! Ninguna literatura resolverá ese problema. Los mismos dirigentes se ven obligados a reconocer que "ni el primer plan quinquenal, ni el segundo, han suscitado una corriente de creación literaria más potente que la que nació de la revolución de octubre". El eufemismo es de gran suavidad. En realidad, a pesar de algunas excepciones,

[100] Movimiento populista de los años 1890, antes de que el marxismo penetrase en Rusia. Ed. Fr.

la época termidoriana entrará en la historia como la de los mediocres, de los laureados y de los astutos.

El partido en el arte y la revolución[101]

(16 de junio de 1933)

Queridos camaradas: su carta plantea problemas de gran importancia que, sin embargo, no admiten en mi opinión soluciones generales y categóricas ajustadas a todos los casos. Como organización, tenemos como punto de partida no sólo ideas políticas definidas, sino determinados métodos filosóficos y científicos. Nos basamos en el materialismo dialéctico, del cual se deducen conclusiones no sólo referentes a la política y a la ciencia, sino también al arte. Sin embargo, existe una gran diferencia en nuestra posición con respecto a estas conclusiones. No podemos ejercer en el mismo grado un control riguroso igual sobre el arte que sobre la política, a causa de la propia naturaleza de aquella actividad. El partido está obligado a permitir una amplia libertad en el terreno del arte, eliminando sin piedad únicamente aquello que esté contra las tareas revolucionarias del proletariado; por otra parte, el partido no puede asumir la responsabilidad inmediata y directa de las declaraciones de sus diversos miembros en el dominio del arte, incluso aunque les haya concedido su tribuna. Observar estas dos reglas (la existencia de la libertad necesaria para la creación individual y el no hacer responsable al partido en los diversos aspectos del arte) es esencialmente obligatorio en aquellos casos en que se trate no de teóricos del arte, sino de los artistas en sí: pintores, literatos, etc. Además, el partido debe ser capaz de distinguir claramente el momento en que la generalización en el terreno del arte pasa directamente al campo de la política. Sin hacer en esto ninguna concesión de principios, el partido debe, sin embargo, limitarse, cuando se trate de artistas, a rectificaciones firmes, pero comprensivas, de cualquier conclusión política falsa, que se derive de sus puntos de vista. Marx expresó esta idea con una frase humorística al hablar de Freiligrath: "Los poetas son seres especiales". Lenin aplicó un criterio diferente para calificar a Bogdanov, el teórico y político profesional, y a Gorki el artista, a pesar de que durante algún tiempo Bogdanov y Gorki estuvieron estrechamente asociados en política. Lenin procedió así teniendo en cuenta que a causa de su actividad artística y de su popularidad, Gorki podría proporcionar a la causa de la revolución un beneficio superior al daño que pudieran producir sus declaraciones y actos erróneos, que por otra parte el partido podría siempre corregir con tacto en el momento oportuno.

Considerada desde este mismo punto de vista, la actividad filosófica se sitúa entre el arte y la política, aunque mucho más cerca de la política que del arte. En filosofía, el partido en sí ocupa una posición militante perfectamente distinta, lo cual no sucede, al menos con la misma extensión, en el terreno del arte. No merecen seria atención aquellas objeciones en el sentido de que, mediante la dogmatización y canonización del materialismo dialéctico, el partido impide el libre desenvolvimiento del pensamiento filosófico y científico. Ninguna fábrica puede trabajar si no está basada en una técnica determinada. Ningún hospital puede curar a sus enfermos si los médicos no tienen en cuenta las enseñanzas ya establecidas por la patología. Sería una completa estupidez permitir a los diletantes que experimentasen arbitrariamente en la fábrica o en el hospital, con el pretexto de que se consideran a sí mismos innovadores. Los innovadores deben demostrar primero que tienen derecho a influir prácticamente la tecnología y la medicina.

[101] Respuesta a los camaradas norteamericanos Martin Glee, Harris Ross y M. Morris.

El partido debe ejercer una estrecha vigilancia con respecto a esos innovadores que no hacen más que resucitar viejas teorías o que se encuentran todavía en un periodo de investigación cuyos resultados no son seguros. Pero todo esto no quiere decir, en modo alguno, que el partido pueda actuar en la esfera de la filosofía como si todas las cuestiones estuvieran ya resueltas y no hubiera ya nada que esperar de un nuevo desenvolvimiento del pensamiento científico. No es fácil encontrar la línea política justa en esta cuestión. Sólo se puede lograr con la experiencia y con una dirección flexible, lo mismo que en el fuego de la artillería es preciso, para lograr dar en el blanco, hacer una serie de disparos de los cuales unos no llegan y otros lo sobrepasan. Es innecesario señalar que la pregunta referente a cómo los puntos de vista filosóficos de una determinada personalidad o de un determinado grupo se reflejan en el dominio de la política y de la organización, tienen siempre una tremenda significación para la elaboración de un control justo por parte del partido. Por esto Lenin luchó sin piedad contra Gorki en 1917, cuando Lenin, por encima de toda otra consideración, mantuvo la necesidad de la insurrección. Por otra parte, hay que señalar como la mayor vergüenza de la burocracia estaliniana el que al Barbusse novelista se le transforme en una figura política destacada, cuando precisamente en política Barbusse va del brazo con Renner, Vandervelde, Monnet y Paul Louis.

Quizás no haya dado una contestación satisfactoria a las cuestiones prácticas que me planteaban; pero lo que he manifestado anteriormente explica el por qué no podía dar una respuesta de ese género, que requiere un conocimiento concreto de la situación y de las condiciones personales. De todos modos, confío en que quizás estas breves consideraciones les ayuden, aunque parcialmente, en la elaboración de una política justa en este aspecto complicado y de tanta responsabilidad.

Con saludos comunistas,

Prinkipo, 16 de junio de 1933

El arte revolucionario y la Cuarta Internacional[102]

(1 de junio de 1938)

Estimados camaradas;

Lamento profundamente que circunstancias desfavorables no me permitan participar en su conferencia. La vanguardia de los obreros de todo el mundo espera sus respuestas sobre los más candentes problemas de su lucha por la libertad.

Sin embargo, estoy suficientemente enterado de las discusiones que se llevan a cabo en diferentes países, sobre los problemas fundamentales del movimiento obrero y, con los documentos que han sido presentados para su apreciación, tengo el derecho de asegurarles mi completa solidaridad con el trabajo que están llamados a realizar.

En todo el curso de su historia, el proletariado nunca había sido tan engañado y traicionado por sus organizaciones como lo es hoy, veinticinco años después del inicio de la Primera Guerra Mundial y algunos años o quizás sólo meses antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial.

La internacional socialdemócrata, como ha sido ilustrado por la última y más reciente experiencia gubernamental de León Blum en Francia, es un auxiliar del aparato

[102] "El arte revolucionario y la Cuarta Internacional", 1 de junio de 1938, en *El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional (y anexos)*, en estas mismas OELT-EIS, páginas 248-249 del formato pdf. También en *Escritos*, Tomo IX, Volumen 2; en nuestra serie Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma, páginas 180-183 del formato pdf.

del estado burgués, que la convoca para que lo ayude durante los períodos más difíciles y para el más vergonzoso trabajo: en particular, preparar una nueva guerra imperialista.

El papel de la Tercera Internacional es aún más criminal y dañino (si tal cosa es posible) porque encubre los servicios que presta al imperialismo, con la autoridad robada a la Revolución de Octubre y el bolchevismo.

Sobre el suelo de España, el estalinismo demostró, con evidente claridad, que ha asumido el papel de gendarme internacional contra la revolución proletaria, el mismo papel que jugó el zarismo contra la revolución burguesa.

El anarquismo oficial, con su vergonzosa política en España, ha convencido a la masa de trabajadores de todo el mundo de que ya no pueden contar con él. Como la burocracia de las dos falsas internacionales marxistas, la burocracia anarquista ha llegado a identificarse con la sociedad burguesa.

Para evitar el desastre y la podredumbre de la humanidad, el proletariado necesita de una inteligente, honesta y decidida dirección revolucionaria. Nadie puede proporcionar esta dirección excepto la Cuarta Internacional, basándose en toda la experiencia de las derrotas y victorias pasadas.

Permítanme, sin embargo, lanzar un vistazo a la misión histórica de la Cuarta Internacional, no sólo con los ojos de un proletario revolucionario sino también con los ojos del artista de profesión que soy. Nunca he separado estos dos campos de mi actividad. Mi pluma nunca me ha servido como juguete de diversión personal o para las clases dominantes. Siempre me he esforzado por expresar los sufrimientos, esperanzas y luchas de las clases trabajadoras, porque es así como me acerco a la vida y por lo tanto al arte, el cual es parte inseparable de ésta. La inevitable crisis actual del capitalismo implica una crisis de toda la cultura humana, incluyendo el arte.

En cierta forma, la situación general del mundo obstaculiza el camino revolucionario de la creatividad, a artistas talentosos y sensitivos. Este camino desgraciadamente está obstruido por los fétidos cadáveres del reformismo y el estalinismo.

Si la vanguardia del proletariado mundial encuentra su dirección, el arte de vanguardia encontrará nuevas perspectivas y una nueva esperanza. Entre tanto la llamada Internacional Comunista, que no aporta al proletariado más que derrotas y humillaciones, continúa dirigiendo la vida intelectual y la actividad artística del ala izquierda de la intelectualidad internacional.

Los resultados de esta hegemonía son particularmente notables en la URSS, en donde la actividad creativa revolucionaria hubiera alcanzado su alto desarrollo. La dictadura de la burocracia reaccionaria ha asfixiado y prostituido la actividad intelectual de toda una generación. Es imposible observar sin repugnancia física las reproducciones de pinturas y esculturas soviéticas, en las que funcionarios armados de brochas, bajo la vigilancia de funcionarios armados de rifles, glorifican a sus jefes como a "grandes" hombres y "genios", cuando en realidad no poseen el menor brillo de genialidad o grandeza. El arte de la época estalinista pasará a la historia como la expresión más espectacular del más profundo retroceso que la revolución proletaria haya sufrido.

Tan sólo un nuevo auge del movimiento revolucionario puede enriquecer el arte con nuevas perspectivas y posibilidades. La Cuarta Internacional, obviamente, no puede tomar la tarea de dirigir el arte, es decir, dar órdenes o prescribir métodos. Tal actitud hacia el arte sólo puede caber en las mentes de los burócratas de Moscú, embriagados de omnipotencia. El arte y la ciencia no encuentran su esencia fundamental a través de patrones; el arte, por su propia naturaleza, los rechaza. La actividad creativa revolucionaria tiene sus propias leyes internas aun cuando conscientemente sirve al desarrollo social. El arte revolucionario es incompatible con la falsedad, la hipocresía y

el espíritu de servilismo. Poetas, artistas, escultores y músicos encontrarán por sí mismos su camino y sus métodos, si el movimiento revolucionario de masas disipa las nubes de escepticismo y pesimismo que oscurecen hoy el horizonte de la humanidad. La nueva generación de creadores debe estar convencida de que el rostro de las anteriores internacionales representa el pasado de la humanidad y no su futuro.

El arte y la revolución[103]

(17 de junio de 1938)

Me han invitado ustedes amablemente a dar mi opinión sobre la situación actual del arte. Lo hago no sin vacilaciones.

Desde mi libro *Literatura y revolución* (1923), no me he vuelto a ocupar de los problemas de la creación artística, y sólo he podido seguir a saltos los hechos nuevos que se han producido en ese campo. Lejos de mí, pues, la pretensión de que mi respuesta revista un carácter exhaustivo. Esta carta se propone plantear correctamente el problema.

Desde un punto de vista general, el hombre expresa en el arte la exigencia de armonía y de plenitud de la existencia, es decir, de los bienes más preciosos que le niega la sociedad clasista. Por ello toda obra de arte auténtica implica una protesta contra la realidad, protesta consciente o inconsciente, activa o pasiva, optimista o pesimista. Cada corriente artística nueva comienza con la rebelión. El poder de la sociedad burguesa se ha expresado durante largos periodos de la historia, al saber combinar la presión y la exhortación, el boicot y los halagos, para lograr disciplinar y asimilar cada movimiento artístico “rebelde”, llevándolo al nivel del “reconocimiento” oficial. Cada “reconocimiento” de este tipo significaba, a la postre, el comienzo de la agonía. Entonces, del ala izquierda de la escuela legalizada, o de abajo, de las filas de la nueva generación de la bohemia creadora subía un nuevo movimiento rebelde, el cual, algún tiempo más tarde, escalaba a su vez los peldaños de la academia.

Ese es el camino que han seguido el clasicismo, el romanticismo, el realismo, el naturalismo, el simbolismo, el expresionismo, el movimiento decadentista, etc. Sin embargo, la unión del arte y de la burguesía ha sido, si no feliz, al menos estable sólo en la época del pleno ascenso de la sociedad burguesa, cuando ésta era capaz de mantener el régimen político y moral de la “democracia”, no sólo aflojando las riendas a los artistas, mimándolos de mil maneras, sino concediendo también algunas limosnas a los estratos superiores de la clase obrera, aplacando y domesticando a la burocracia de los sindicatos y de los partidos obreros. Históricamente, hay que situar todos estos fenómenos en el mismo plano.

El declive actual de la sociedad burguesa provoca una agravación insoportable de las contradicciones sociales. Estas se transforman inevitablemente en contradicciones individuales, haciendo más ardiente aún la exigencia de un arte liberador. El capitalismo decadente se muestra, sin embargo, absolutamente incapaz de ofrecer las condiciones mínimas de desarrollo de corrientes artísticas que en algún modo responden a nuestra época. Hay un miedo supersticioso de cada palabra nueva, pues no es un problema de correcciones y de reformas el que se le plantea, es el problema de la vida o de la muerte. Las masas oprimidas viven su propia vida, y la bohemia es una base demasiado estrecha: es por lo que las nuevas corrientes artísticas tienen un carácter cada vez más convulsivo, oscilando entre la esperanza y la desesperación. Las escuelas artísticas de las últimas

[103] Carta a la redacción de *Partisan Review*. Fechada el 17 de junio de 1938.

décadas, el cubismo, el futurismo, el dadaísmo y el surrealismo, se suceden sin alcanzar su pleno desarrollo. El arte, que representa el elemento más complejo, el más sensible y, al mismo tiempo, el más vulnerable de la cultura, sufre muy particularmente de la disgregación y putrefacción de la sociedad burguesa.

Es imposible encontrarle salida a este atolladero por los medios propios del arte. Toda la cultura está en crisis, desde sus cimientos económicos hasta las más altas esferas de la ideología. El arte no puede ni salir de la crisis ni mantenerse al margen. No puede salvarse solo. Perecerá inevitablemente, como pereció el arte griego bajo las ruinas de la sociedad esclavista, si la sociedad contemporánea no logra transformarse. El problema tiene, pues, un carácter totalmente revolucionario. De ahí que la función del arte en nuestra época se defina por su relación con la revolución.

Precisamente en este camino la historia ha preparado una grandiosa trampa para los artistas. Durante los diez o quince últimos años, una generación completa de la intelectualidad de "izquierda" ha vuelto sus ojos hacia el este, ligando más o menos estrechamente su destino, si no al proletariado revolucionario, al menos a la revolución triunfante. Pero no es lo mismo. En la revolución triunfante no hay solamente la revolución, hay también esta nueva capa privilegiada que se le ha subido a las espaldas. De hecho, la intelectualidad de "izquierda" ha intentado cambiar de amo. ¿Ha ganado mucho en la operación? La revolución de octubre dio un impulso magnífico al arte soviético en todos los campos. Por el contrario, la reacción burocrática ha aplastado el renacimiento artístico con su mano totalitaria. No debemos sorprendernos. El arte es fundamentalmente una función de los nervios y exige una total sinceridad. El propio arte cortesano de la monarquía absoluta se basaba en la idealización y no en la falsificación. Por otra parte, el arte oficial de la Unión Soviética (y allí no existe otro arte) comparte el destino de la justicia totalitaria, es decir, la mentira y el fraude. El objetivo de la justicia, como el del arte, es la exaltación del "jefe", la fabricación artificial de un mito heroico. ¡La historia humana no había presenciado aún nada semejante por la envergadura y la impudicia! No estarán de más algunos ejemplos.

El conocido escritor soviético Vsevolod Ivanov rompió el silencio que guardaba para afirmar, no hace mucho, su entusiasta solidaridad con la justicia de Vishinsky. Según Ivanov, el exterminio total de los viejos bolcheviques, "esas emanaciones putrefactas del capitalismo", engendra en los artistas un odio creador. Romántico circunspecto por naturaleza, lírico por reflexión, Ivanov se parece en muchos aspectos a Gorki, en escala menor. Como no es cortesano por naturaleza, prefirió callar mientras pudo, pero llegó el momento en que el silencio significaría para él la muerte civil y tal vez física. Lo que guía la mano de tales escritores no es un "odio creador", sino un miedo paralizador.

Alexis Tolstoi, en el que el cortesano ha vencido definitivamente al artista, ha escrito toda una novela consagrada a la glorificación de las hazañas militares de Stalin y Vorochilov en Tsaritsin. En realidad, los documentos atestiguan objetivamente que el ejército de Tsaritsin (uno de las dos docenas de ejércitos de la revolución) jugó un papel bastante lamentable. Los dos "héroes" fueron destituidos de sus puestos.

Si el extraordinario Chapaiev, uno de los verdaderos héroes de la guerra civil, ha sido inmortalizado por el cine soviético, se debe sólo a que no vivió hasta la "época de Stalin", ya que en dicho caso hubiera sido seguramente fusilado como agente fascista El propio Alexis Tolstoi ha escrito una pieza sobre el tema del año 1919: *La expedición de las catorce potencias*. Los principales héroes de la pieza son, según el autor, Lenin, Stalin y Vorochilov. "Sus imágenes [de Stalin y de Vorochilov], llenas de gloria y de heroísmo, impregnan toda la pieza". Así es como un escritor de talento, que lleva el apellido del más grande y verídico de los realistas rusos, se ha convertido en un simple fabricante de mitos por encargo.

Hace poco tiempo, el 27 de abril de este año, el órgano oficial del gobierno, *Izvestia*, reproducía una imagen sacada de una nueva película que presenta a Stalin como el organizador de la huelga de Tiflis de marzo de 1902. Pero, como lo prueban los documentos publicados desde hace mucho, Stalin estaba en la cárcel a la sazón, por cierto, en Batum y no en Tiflis. Esta vez la mentira saltaba demasiado claramente a la vista. Al día siguiente *Izvestia* se excusaban por esta lamentable equivocación. No se sabe lo que ha pasado con esa desafortunada película, pagada con los fondos del estado.

Decenas, centenares, miles de libros, de películas, de lienzos, de esculturas graban y exaltan semejantes episodios históricos. Numerosas películas sobre la revolución de octubre presentan un "centro" revolucionario, dirigido por Stalin, que nunca existió. Es necesario contar cómo se ha preparado progresivamente esta mentira fraudulenta. Leónidas Serebriakov, fusilado más tarde durante el proceso Piatakov-Radek, me llamó la atención, en 1924, sobre la publicación en *Pravda,* sin explicación alguna, de las actas del comité central de fines de 1917. Serebriakov, exsecretario del comité central, tenía numerosas relaciones en los círculos del aparato del partido y conocía muy bien el objetivo de esta publicación inesperada: era el primer paso, aún prudente, en el camino de la creación del mito estaliniano central, que ocupa hoy un lugar tan importante en el arte soviético.

A una distancia respetuosamente histórica, la sublevación de octubre aparece mucho más metódica y monolítica de lo que fue en realidad. De hecho, las fluctuaciones, los intentos por encontrar apartaderos, las iniciativas azarosas abortadas se multiplicaron. Por ejemplo, en la reunión nocturna improvisada del comité central, el 16 de octubre, dada la ausencia de los miembros más importantes del sóviet de Petrogrado, se decidió completar el estado mayor soviético del levantamiento con un "centro" auxiliar del partido, integrado por Sverdlov, Stalin, Bubnov, Uritsky y Dzerzhinsky. Al mismo tiempo, el sóviet de Petrogrado decidía constituir un comité militar y revolucionario que, desde su nacimiento, efectuó un trabajo tan decisivo en la preparación de la insurrección, que todo el mundo (incluso sus propios fundadores) olvidó completamente el "centro" creado la víspera. Más de una improvisación de ese género desapareció en el torbellino de esa época. Stalin no entró jamás en el comité militar y revolucionario, no apareció por Smolny, es decir, en el estado mayor de la revolución, no tomó parte alguna en la preparación práctica de la insurrección; se encontraba en la redacción de *Pravda* escribiendo montones de artículos que muy poca gente leía. En los años subsiguientes, nadie hizo nunca alusión al "centro práctico". En los artículos en que participantes en la insurrección narran sus recuerdos (y en ese género de artículos no hay nunca nada que enmendar) no se menciona ni una sola vez el nombre de Stalin. El propio Stalin, al escribir el artículo aniversario de la revolución de octubre publicado en el número del 7 de noviembre de 1918 de *Pravda*, no hace la más mínima alusión al "centro práctico" cuando enumera todas las instituciones y todos los personajes ligados a la revolución. Sin embargo, el viejo borrador descubierto por casualidad en 1924 e interpretado en forma falaz, ha servido de base a la leyenda burocrática. El "centro" revolucionario dirigido por Stalin figura en todas las guías, índices biográficos, y hasta en la última edición de los manuales escolares. Por otra parte, nadie ha intentado, ni siquiera por decencia, explicar dónde y cuándo funcionó ese centro, qué disposiciones votó y a quién dio las órdenes, y, si levantó actas, dónde se encuentran éstas. Aquí tenemos todos los elementos de los procesos de Moscú.

Con la docilidad que lo caracteriza, el pretendido arte soviético ha hecho de este mito burocrático uno de sus temas predilectos. Sverdlov, Dzerzhinsky, Uritsky y Bubnov son representados en las pinturas o esculturas, sentados o de pie en torno a Stalin, escuchando sus discursos con una atención extrema. El local donde funciona el "centro"

tiene un carácter voluntariamente indeterminado, a fin de evitar la delicada cuestión de la dirección. ¿Qué se puede esperar o exigir de artistas obligados a pintarrajear con sus pinceles los groseros rasgos de una falsificación histórica, evidente para ellos mismos?

El estilo de la actual pintura soviética se llama oficialmente "realismo socialista". El propio nombre le debe haber sido dado por un director cualquiera de una sección artística cualquiera. El realismo consiste en remedar los clichés provincianos del tercer cuarto del siglo pasado; el carácter "socialista" se expresa visiblemente en la reproducción, mediante fotografías falseadas, de acontecimientos que nunca se produjeron. Es imposible leer sin una repulsión física mezclada de horror, los versos o las novelas soviéticas, o mirar las reproducciones de cuadros y esculturas soviéticos: en esas obras, funcionarios armados de plumas, pinceles o cinceles glorifican, bajo la vigilancia de funcionarios armados con máuseres, a los jefes "grandes" y "geniales", aunque faltos, de hecho, del menor destello de grandeza o de genio. El arte de la época estaliniana quedará como la expresión más concreta del retroceso más profundo de la revolución proletaria.

El problema no se limita a las fronteras de la URSS. So capa de haber reconocido tardíamente la revolución de octubre, el ala "izquierda" de la intelectualidad occidental se ha postrado de rodillas ante la burocracia soviética. Los artistas dotados de carácter y de talento, han permanecido, por lo general, al margen. Pero los fracasados, los carreristas y las nulidades han puesto aún mayor celo en trepar al primer plano. Entonces se abrió el periodo de los centros y secciones de todo tipo, de los secretarios de los dos sexos, de las inevitables cartas de Romain Rolland, de las ediciones subvencionadas, de los banquetes y congresos en que era difícil encontrar la línea de demarcación entre el arte y la GPU. A pesar de su poderoso influjo, este movimiento militarizado no ha podido dar nacimiento a una sola obra capaz de sobrevivir a su autor o a sus inspiradores del Kremlin.

En el terreno de la pintura, la revolución de octubre ha encontrado su mejor intérprete, no en la URSS sino en el lejano México, no entre los "amigos" oficiales, sino en la persona de un "enemigo del pueblo" notorio, que la Cuarta Internacional está orgullosa de contar en sus filas. Impregnado de la cultura artística de todos los pueblos y de todas las épocas, Diego Rivera ha sabido permanecer mexicano en las fibras más profundas de su genio. Lo que lo ha inspirado en sus frescos grandiosos, lo que lo ha elevado por encima de la tradición artística, por encima del arte contemporáneo, y, en cierta medida, por encima de sí mismo, es el aliento poderoso de la revolución proletaria. Sin octubre, su capacidad creadora para comprender la epopeya del trabajo, el avasallamiento y la rebelión no hubiera podido alcanzar jamás tal potencia y profundidad. ¿Quieren ver ustedes con sus propios ojos los resortes secretos de la revolución social? ¡Miren los murales de Rivera! ¿Quieren saber lo que es un arte revolucionario? ¡Miren los murales de Rivera! Acérquense un poco a esos murales y verán en algunos de ellos rasguños y manchas hechas por vándalos vengativos: católicos y otros reaccionarios, entre los cuales. evidentemente, los estalinistas. Esos golpes y esas heridas dan a los murales una vida aún más grande. No tenemos ante nosotros sólo un "cuadro", objeto de contemplación estética pasiva, sino un trozo vivo de la lucha social. Al mismo tiempo, es una cumbre del arte. Sólo la juventud histórica de un país que aún no ha superado el estadio de la lucha por la independencia nacional, ha permitido al pincel socialista revolucionario de Rivera decorar los muros de los establecimientos públicos de México.

En Estados Unidos las cosas sucedieron peor y se echaron a perder. Al igual que los monjes de la Edad Media borraban de los pergaminos, por ignorancia, las obras de la literatura antigua, para recubrirlas luego con su delirio escolástico, así los herederos de Rockefeller, esta vez por maldad deliberada, han recubierto los murales del gran mexicano con sus trivialidades decorativas. Este nuevo palimpsesto sólo consigue

inmortalizar el destino del arte humillado en la sociedad burguesa en plena descomposición.

La situación no es nada mejor en el país de la revolución de octubre. Aunque esto parezca increíble, no hay lugar para el arte de Diego Rivera ni en Moscú, ni en Leningrado, ni en cualquiera de esos sitios en que la burocracia salida de la revolución se construye palacios y monumentos grandiosos. ¿Cómo admitiría la claque del Kremlin en su palacio a un artista que no dibuja iconos a la efigie del "jefe", ni retratos de tamaño natural del caballo de Vorochilov? El cierre de las puertas soviéticas ante Diego Rivera marca a la dictadura totalitaria con una mancha indeleble.

¿Podrá la burocracia sofocar, pisotear y ensombrecer por mucho tiempo aún todo aquello de lo que depende el futuro de la humanidad? Síntomas infalibles nos dicen que no le queda mucho tiempo por delante. El hundimiento vergonzoso y lamentable de la política cobardemente reaccionaria de los frentes populares en España y en Francia, por un lado, las mentiras fraudulentas de los procesos de Moscú, por el otro, anuncian la llegada de un gran viraje, no sólo en el terreno de la política, sino en el más vasto de la ideología revolucionaria. Hasta los "amigos" malhadados (evidentemente no la canalla intelectual y moral de *New Republic* y de *Nation*) comienzan a cansarse del yugo y del látigo.

El arte, la cultura y la política requieren una nueva perspectiva. Sin ella la humanidad dejará de progresar. Nunca antes la humanidad había tenido ante ella perspectivas tan amenazadoras y catastróficas como hoy. Es por lo que el pánico aparece como rasgo dominante de la intelectualidad desorientada. Los que sólo oponen al yugo moscovita un escepticismo irresponsable, no pesarán para nada en la balanza de la historia. El escepticismo no es sino otra forma (y en nada superior) de la desmoralización. Lo que se oculta tras la apreciación simétrica, tan a la moda en nuestros días, de la burocracia estalinista y de sus opositores revolucionarios, es, en nueve de cada diez casos, una lastimera postración ante las dificultades y peligros de la historia. Sin embargo, los subterfugios verbales y las pequeñas astucias mezquinas no ayudarán a nadie a escapar. Nadie beneficiará de una tregua ni de un perdón. En la era de guerra y revoluciones que se avecina, todo el mundo tiene que dar una respuesta: los filósofos, los poetas y los artistas, al igual que los simples mortales.

En el número de junio de la revista de ustedes, encontré una curiosa carta de uno de sus redactores de Chicago, que no conozco. Expresando su acuerdo (espero que por error) con la publicación de ustedes, escribe: "No me hago sin embargo (?) ilusión alguna sobre los "trotskystas" u otros escombros anémicos, desprovistos de toda base de masa." Estas palabras altaneras dicen más sobre el autor de lo que él mismo quisiera. Muestran, ante todo, que las leyes del desarrollo de la sociedad no son para él sino un galimatías incomprensible. Ninguna idea progresista ha surgido de una "base de masa", si no, no sería progresista. Sólo a la larga va la idea al encuentro de las masas, siempre y cuando, desde luego, responda a las exigencias del desarrollo social. Todos los grandes movimientos han comenzado como "escombros" de movimientos anteriores. Al principio, el cristianismo fue un "escombro" del judaísmo. El protestantismo un "escombro" del catolicismo, es decir, de la cristiandad degenerada. El grupo Marx-Engels surgió como un escombro de la izquierda hegeliana. La Internacional Comunista fue preparada en plena guerra por los escombros de la socialdemocracia internacional. Si esos iniciadores fueron capaces de crearse una base de masa, fue sólo porque no temieron el aislamiento. Sabían de antemano que la calidad de sus ideas se transformaría en cantidad. Esos "escombros" no sufrían de anemia; al contrario, contenían en ellos la quintaesencia de los grandes movimientos históricos del mañana.

Como ya hemos dicho, son pequeños grupos los que han hecho progresar el arte. Cuando la tendencia artística dominante ha agotado sus recursos creadores, de ella se separan "escombros" creadores que han sabido mirar al mundo con ojos nuevos. Mientras más osados en sus concepciones y procedimientos son los iniciadores y más se oponen a las autoridades establecidas que se apoyan en una "base de masa" conservadora, mayor es la tendencia de los rutinarios, escépticos y esnobs a ver en ellos originales impotentes o "escombros anémicos". Pero, a fin de cuentas, los rutinarios, escépticos y esnobs se cubren de vergüenza: la vida pasa sobre sus cadáveres.

La burocracia termidoriana, a la que no se le puede negar un sentido casi biológico del peligro y un poderoso instinto de conservación, no está dispuesta en absoluto a juzgar a sus opositores revolucionarios con ese desdén magnífico que, con frecuencia, no es sino el compañero fraternal de la ligereza y de la inconsistencia. Durante los procesos de Moscú, Stalin, quien, por naturaleza, no gusta de los juegos de azar, ha jugado el destino de la oligarquía y el suyo propio a la carta de la lucha contra el "trotskysmo". ¿Cómo explicar ese hecho? La furiosa campaña internacional contra el "trotskysmo", a la que cuesta trabajo encontrar equivalente en la historia, sería absolutamente incomprensible si los "escombros" no contuviesen una poderosa carga de fuerza vital. El mañana abrirá los ojos al que no vea esto hoy.

Como si quisiera acabar su autorretrato con un trazo brillante, su corresponsal de Chicago les promete a ustedes (¡qué valentía!) acompañarlos a un futuro campo de concentración fascista o "comunista". ¡No está mal como programa! Desde luego, no hay que temblar ante la idea del campo de concentración. Pero, ¿no tendría cierta gente interés en escoger para ellos y sus ideas ese refugio inhóspito? Con el "amoralismo" característico de los bolcheviques, estamos dispuestos a confesar que los gentleman vigorosos que capitulan antes del combate y sin combate no merecen en verdad nada mejor que el campo de concentración.

Sería distinto si el corresponsal de ustedes se limitara a decir: en el campo de la literatura y del arte no queremos soportar ni la tutela "trotskysta" ni la estaliniana. Esta exigencia es en sí misma absolutamente justa. Pero se puede sencillamente añadir que planteársela a los que llaman "trotskystas" es como empujar una puerta abierta. La lucha ideológica entre la Cuarta y la Tercera Internacional no se basa únicamente en una oposición en la concepción de los objetivos de los partidos, sino en una oposición en la concepción general de la vida material y espiritual de la humanidad. La crisis actual de la cultura es ante todo una crisis de la dirección revolucionaria. En esta crisis, el estalinismo es la fuerza reaccionaria más importante. Sin una nueva bandera y sin un nuevo programa es imposible constituir una base de masa revolucionaria; es pues imposible sacar a la sociedad del atolladero. Un poder auténticamente revolucionario no puede ni quiere darse la tarea de "dirigir" el arte, y menos aún darle órdenes, ni antes ni después de la toma del poder. Semejante pretensión sólo ha podido ocurrírsele a una burocracia ignorante, impúdica, ebria de omnipotencia, que se ha convertido en la antítesis de la revolución.

El arte, como la ciencia, no sólo no buscan dirección, sino que, por su propia naturaleza, no la pueden soportar. La creación artística obedece a sus propias leyes, aun cuando se pone conscientemente al servicio de un movimiento social. Una creación espiritual auténtica es incompatible con la mentira, la hipocresía y el espíritu acomodaticio. El arte puede ser el gran aliado de la revolución en la medida en que sea fiel a sí mismo. Los poetas, los artistas, los escultores, los músicos encontrarán por sí mismos sus propias vías y sus métodos, si el movimiento emancipador de las clases y de los pueblos oprimidos disipa las nubes del escepticismo y del pesimismo, que hoy ensombrecen el horizonte de la humanidad. La primera condición para tal renacimiento es el derrocamiento de la tutela asfixiante de la burocracia del Kremlin.

Deseo a la revista de ustedes que encuentre su sitio en el ejército victorioso del socialismo, y no en un campo de concentración.

Coyoacán (México), 17 de junio de 1938

[El eclecticismo en el arte][104]

(27 de octubre de 1938)

Querido camarada Breton[105],

El objetivo de esta carta es aclarar un punto que podría dar lugar a malentendidos deplorables. En una de mis cartas a *Partisan Review* daba el consejo de tener hacia las diferentes tendencias artísticas una actitud crítica, expectante y "ecléctica"[106]. Esto podría parecerle extraño ya que, por lo general, no soy nada partidario del eclecticismo. Pero hay que discernir bien el sentido de este consejo. *Partisan Review* no es la revista de una escuela artística. Es una revista marxista consagrada a los problemas del arte. No creo que el marxismo pueda identificarse con una escuela artística. Debe tener una actitud crítica y amigable hacia las diferentes escuelas artísticas. Pero cada escuela artística debe ser fiel a sí misma. Por eso sería absurdo darles a los surrealistas el consejo de convertirse en eclécticos. Cada tendencia artística tiene pleno derecho a disponer de sí misma. Por otra parte, además, este es el sentido de vuestro manifiesto.[107]

[Sobre Breton, posición partido ante arte y eclecticismo][108]

Estimado camarada[109],

He recibido sus cartas concernientes a la cuestión de Sieva[110]. Tengo que aportar algunas precisiones jurídicas. En la deposición de Jeanne[111] figura la afirmación que León Sedov era hijo natural de Trotsky. Esto no es correcto desde el punto de vista jurídico. Mi

---

[104] Carta a A. Breton.

[105] El escritor surrealista francés André Breton (1896-1966) residió varios meses en México en casa de Rivera y frecuentó mucho a Trotsky con el que había escrito el manifiesto por un arte revolucionario independiente. [*Manifiesto por un arte revolucionario independiente*, más abajo en estos mismos anexos].

[106] *Partisan Review*, dirigida desde 1936 por hombres que habían roto con el estalinismo a causa de los juicios de Moscú, había realizado muchos esfuerzos para lograr la colaboración de Trotsky. [En esta misma nota las *Oeuvres* envían al tomo 18, páginas 82-93, donde se publica "L'art et la révolution" ("El arte y la revolución", en nuestras EIS y más arriba en estos mismos anexos. Por nuestra parte no hemos encontrado esta referencia al eclecticismo ni en la versión castellana ni en la francesa, tampoco hemos sido capaces de localizar ninguna carta a *Partisan Review*, dentro de *Escritos* o *Oeuvres*, en la que figure; de todos modos, es evidente por los comentarios en otras cartas que ni en los *Escritos* ni en las *Oeuvres* figuran todas las que Trotsky envió.]

[107] En realidad, se trata del *Manifiesto por un arte revolucionario independiente*, que Trotsky había escrito con Breton pero que estaba firmado por Rivera.

[108] "[Precisiones jurídicas]", 27 de octubre de 1938, en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano. Carta a G. Rosenthal.

[109] Gérard Rosenthal (nacido en 1903), pionero de la Oposición de Izquierda en Francia y dirigente del POI, también era el abogado que Trotsky había encargado de recuperar en su nombre a su nieto.

[110] Sieva era el nombre familiar de Vsievolod P. Volkov (nacido en 1926), hijo de la hija mayor de Trotsky, que, tras la muerte de su madre había sido criado por León Sedov y su compañera, Jeanne.

[111] Jeanne Martin des Pallières, esposa de Molinier (1897-1961) se había convertido en compañera de Sedov tras una estancia realizada en Prinkipo en 1930. Trotsky pensaba en aquella época que quería conservar legalmente la custodia del niño, que había tenido de hecho.

matrimonio con Natalia[112] fue legalizado de acuerdo con las leyes soviéticas. Yo tomé el nombre civil de mi mujer y, en los documentos con los que partí al extranjero, mi nombre es León Sedov. León Sedov es mi hijo legal. En lo que afecta a Sieva, la cuestión es muy clara desde el punto de vista jurídico. Zinaida era la hija de mi primer matrimonio[113]. Se casó legalmente con el profesor Volkov, del que tomó el apellido[114]. Sieva lleva el apellido de su padre, es decir Volkov[115].

¿De qué consejo de familia puede ser cuestión esto? Jurídicamente, Jeanne no pertenece a la familia. Yo soy, por tanto, el único pariente de sangre de Sieva en el extranjero y si tuviese la posibilidad de desplazarme libremente, es decir de viajar a París para hacerme cargo de Sieva, no existiría cuestión jurídica en absoluto. En una carta que Jeanne envió poco después de la muerte de León, insistía en que yo decidiese lo más pronto posible la suerte de Sieva, es decir que lo dejase con ella o que la acogiese conmigo. Ella no ha cuestionado ni un solo momento mi derecho a disponer de la suerte de Sieva. Tal es la situación jurídica, hasta donde puedo apreciar yo.

Espero desde hace mucho tiempo la respuesta de Grasset[116] sobre mi nuevo libro. Grasset se calla. ¿Son acaso los grandes acontecimientos internacionales los que los que le hacen dudar?

Algunas palabras sobre Breton. En tanto que partido, no creo que nosotros podamos exigirle que haga de su revista literaria una revista del bloque. Él representa a la escuela surrealista. No asumimos la menor responsabilidad por él; en el dominio del arte, que para mí prevalece, él tiene naturalmente el más pleno derecho a disponer de sí mismo. En nuestro caso no se trata de mezclar las tendencias artísticas, sino agruparlas, tal cual son, para una lucha común contra los atentados totalitarios contra el arte. Cualquier tentativa por nuestra parte de subordinar las tendencias artísticas como tales a un interés político no puede más que comprometernos ante los verdaderos artistas.

Es cierto que he dado el consejo a *Partisan Review* de sustentar en las cuestiones artísticas una actitud "ecléctica". Pero *Partisan Review* no es la revista de una escuela artística. Es una revista marxista para las cuestiones de literatura, arte, etc.

La burocracia totalitaria y el arte[117]

(10 de junio de 1938)

La revolución de octubre ha dado un magnífico impulso al arte en todos los dominios. Por el contrario, la reacción burocrática ha estrangulado la producción artística con su mano totalitaria. ¡No hay de qué sorprenderse! El propio arte cortesano de la monarquía absoluta se basaba en la idealización y no en la falsificación.

---

[112] Natalia I. Sedova (1882-1962) se había convertido en compañera de Trotsky durante su primer exilio: tuvieron dos hijos, León y Sergio.

[113] Trotsky se había casado una primera vez, en prisión, con Alejandra Lvovna Sokolovskaya. Zinaida había nacido en 1901 y se suicidó en Berlín en 1933.

[114] Platón I. Volkov fue deportado en 1929; las últimas informaciones concernientes a él remontan a 1935. Estaba cerca del suicidio.

[115] Convertido en mexicano, se llama ahora Esteban Volkow.

[116] Bernard Grasset (1881-1955) había editado recientemente *La revolución traicionada* [en esta misma serie Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS)] y Trotsky le había propuesto el *Stalin* [que publico en 1948].

[117] Con muy ligeras variantes algunas frases de este trabajo (fechado el 10 de junio de 1938) figuran en *El arte y la revolución*, carta dirigida a *Partisan Review*, ver más arriba en estos mismos anexos.

Sin embargo, el arte oficial de la Unión Soviética (y allí no hay otro arte) se basa en una falsificación grosera, en el sentido más directo e inmediato del término. El objetivo de la falsificación es magnificar al "jefe", fabricar artificialmente un mito heroico.

Muy recientemente, el 27 de abril de este año, el periódico oficioso *Izvestia* publicó el cliché de un nuevo cuadro, que representa a Stalin como el organizador de la huelga de Tiflis en marzo de 1902. Pero, como lo muestran documentos publicados desde hace tiempo, Stalin se encontraba entonces en la cárcel y, lo que es más, no en Tiflis sino en Batum. Esta vez, la mentira salta a la vista. Al día siguiente, *Izvestia* tuvo que excusarse de su lamentable error. Adónde fue a parar el cuadro, pagado con los fondos del estado, nadie lo sabe. Decenas, centenares y millares de libros, películas, pinturas, esculturas, animan y magnifican episodios "históricos" como el precedente, que nunca ocurrieron. Así, en muchos cuadros que se refieren a la revolución de octubre, no se olvida jamás de representar, con Stalin a la cabeza, un "centro revolucionario" que no ha existido nunca. Alexis Tolstoi, en quien el cortesano ha estrangulado al artista, ha escrito una novela donde glorifica los éxitos militares de Stalin y Vorochilov en Tsaritsin. En realidad, y como atestiguan los documentos, el ejército de Tsaritsin (uno de las dos docenas de ejércitos de la revolución) jugó el más lamentable papel. Es imposible contemplar sin una repulsión física mezclada de horror, la reproducción de cuadros y esculturas soviéticas en los que funcionarios armados de un pincel, bajo la vigilancia de funcionarios armados con máuseres, glorifican a los jefes "grandes" y "geniales", desprovistos en realidad del menor destello de genio y de grandeza. El arte de la época estalinista entrará en la historia como la más patente expresión de la profunda decadencia de la revolución proletaria.

Sin embargo, el fenómeno no se limita a las fronteras de la URSS. En busca de una nueva orientación, la intelligentsia casi revolucionaria de occidente, so capa de un tardío reconocimiento de la revolución de octubre, se ha arrodillado ante la burocracia soviética. Desde luego, los artistas que tienen carácter y talento han permanecido alejados. Con mayor razón, han venido al primer plano los fracasados, arribistas y gente sin talento de toda laya. Pese a su gran amplitud, todo este movimiento militarizado no ha engendrado hasta ahora ninguna producción capaz de sobrevivir a su autor o a sus inspiradores del Kremlin.

No obstante, el cautiverio de Babilonia del arte revolucionario no puede durar ni durará eternamente. El hundimiento ignominioso de la política cobarde y reaccionaria de los "frentes populares" en España y en Francia, de una parte, y las falsificaciones judiciales de Moscú, de la otra, marcan el advenimiento de un gran cambio de dirección, no sólo en el terreno de la política, sino también en el de la ideología revolucionaria. Sólo un nuevo ascenso del movimiento emancipador de la humanidad es capaz de enriquecer el arte con nuevas posibilidades. Ciertamente, el partido revolucionario no puede asignarse la tarea de "dirigir" el arte. Semejante pretensión no puede caber sino en el espíritu de gentes embriagadas por la omnipotencia de la burocracia de Moscú. El arte, como la ciencia, no sólo no necesita órdenes, sino que, por su propia esencia, no las tolera. La creación artística tiene sus leyes, incluso cuando sirve conscientemente a un movimiento social. El arte revolucionario, al igual que toda actividad verdaderamente creadora, es incompatible con la mentira, la falsedad y el espíritu de adaptación. Si el movimiento emancipador de las clases y los pueblos oprimidos disipa las nubes del escepticismo y del pesimismo que oscurecen hoy el horizonte de la humanidad, los poetas, los pintores, los escultores y los músicos encontrarán por sí mismos sus caminos y sus métodos. La primera condición de tal renacimiento y de tal ascenso es la supresión de la asfixiante tutela de la burocracia del Kremlin.

Coyoacán (México), 10 de junio de 1938

Romain Rolland cumple su misión[118]

(31 de octubre de 1935)

L'Humanité del 23 de octubre publica una carta de Romain Rolland, cuyo objeto es refutar ciertas críticas a la Unión Soviética formuladas por un predicador suizo. No tendríamos el menor motivo para terciar en una polémica entre un exégeta de Gandhi[119] y un pacifista protestante, si no fuera por el hecho de que el señor Rolland se refiere al pasar (en forma impropia) a una serie de problemas candentes, tanto personales como públicos. No podemos exigirle (ni le exigimos) al señor Rolland análisis marxistas, claridad política, ni perspicacia revolucionaria; pero cualquiera estaría de acuerdo con que se le puede exigir un cierto grado de penetración psicológica. Desgraciadamente, como veremos enseguida, no queda ni pizca de eso.

R. Rolland trata de justificar el terror que Stalin dirige principalmente contra su propio partido, señalando que Kírov fue asesinado "por un fanático, apoyado en secreto por personas como Kámenev y Zinóviev". ¿Con qué fundamenta Rolland una acusación tan grave? Quienes le pasaron esa información mentían. Es precisamente en este terreno, en el cual la política se entrecruza con la psicología, donde Romain Rolland no debería haber tenido la menor dificultad en juzgar; pero el exceso de celo lo enceguece.

El autor de estas líneas no tiene por qué asumir la menor responsabilidad por la actividad de Zinóviev y de Kámenev, que significó un buen aporte a la degeneración burocrática del partido y de los sóviets. Sin embargo, es inconcebible que se les acuse de participar en un crimen carente de significado político y que a la vez se contradice con las posiciones, objetivos y todo el pasado político de Kámenev y Zinóviev.

Aunque aceptáramos la fantástica hipótesis de que repentinamente se volvieron partidarios del terrorismo individual, jamás hubieran elegido a Kírov como víctima. Cualquiera que conozca la historia del partido y de sus militantes sabe perfectamente bien que Kírov era una figura burocrática de tercera categoría en relación con Kámenev y Zinóviev: su eliminación no hubiera afectado al régimen, ni a su política, en lo más mínimo. En el juicio de Zinóviev y Kámenev (¡uno de los juicios más infames de la historia!) ni siquiera pudo mantenerse la acusación original. Dejando de lado el exceso de celo, ¿qué derecho tiene el señor Rolland para hablar de la participación de Kámenev y Zinóviev en el asesinato de Kírov?

Recordemos que quienes lanzaron la acusación quisieron extenderla también al autor de estas líneas. Probablemente muchos recordarán el papel cumplido por un "cónsul letón", agente provocador de la GPU, que trató de obtener una carta de los terroristas "para trasmitir a Trotsky". Al calor de la lucha, un plumífero de *l'Humanité* (creo que se llama Duclos), llegó a escribir que la participación de Trotsky en el asesinato de Kírov era cosa "demostrada". Ya me he referido a todas las circunstancias relacionadas con el caso en mi ensayo *El asesinato de Kírov*[120]. ¿Por qué Romain Rolland no se atrevió a

---

[118] Tomado de "Romain Rolland cumple su misión", 31 de octubre 1935, en *Escritos,* Tomo VII, Volumen 1, en nuestra serie Escritos de León Trotsky 1929-1940, Editorial Pluma páginas 238-245 del formato pdf; también para las notas. Fechado el 31 de octubre de 1935. "Romain Rolland cumple una misión", *New International,* diciembre de 1935. Romain Rolland (1866-1944), novelista y dramaturgo, hombre solicitado por la "izquierda" después de su denuncia pacifista de la Primera Guerra Mundial. En los últimos años de su vida prestó su nombre para congresos literarios y manifiestos estalinistas.

[119] Mohandas Gandhi (1869-1948), dirigente del Congreso Nacional Hindú, movimiento nacionalista que luego se convirtió en el Partido del Congreso de la India. Organizó la resistencia masiva al dominio británico, pero insistiendo siempre en el empleo de métodos de resistencia pacífica y no violenta.

[120] "La burocracia estalinista y el asesinato de Kírov", en nuestra serie Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma, Tomo VI, Volumen 1, página 165 y siguientes del formato pdf.

repetir esta amalgama termidoriana grosera y descarada? Porque yo tuve la posibilidad de desenmascarar oportunamente la provocación y a sus organizadores directos, Stalin y Yagoda[121]. Kámenev y Zinóviev no tienen esa posibilidad: están en la cárcel, bajo una acusación premeditadamente falsa. Se los puede calumniar con impunidad. ¿Es digna de Rolland esta función?

Con el pretexto de la participación en el caso Kírov, la burocracia quitó la vida a decenas de personas dedicadas en cuerpo y alma a la revolución, pero que se oponían a las comodidades y privilegios de la casta dominante. Que el señor Rolland lo niegue, si se atreve. Proponemos la creación de una comisión internacional, integrada por individuos irreprochables, para estudiar los arrestos, juicios, ejecuciones y exilios relacionados, digamos, sólo con el caso Kírov. Recuérdese que en el juicio a los social-revolucionarios de 1922 acusados de actos terroristas, permitimos que Vandervelde, Kurt Rosenfeld y otros destacados adversarios del bolchevismo estuvieran presentes en el tribunal[122], en momentos en que la revolución atravesaba por dificultades incomparablemente más grandes que las actuales. ¿Aceptará el señor Rolland nuestra propuesta en esta ocasión? Lo dudamos, porque Stalin no aceptará (no puede aceptar) nuestra propuesta.

Las medidas aplicadas durante el período inicial, llamémoslo "jacobino", de la revolución, fueron impuestas por las necesidades férreas de la autodefensa. Estábamos en condiciones de rendir cuentas ante la clase obrera internacional en su conjunto. Actualmente, la burocracia emplea el terror termidoriano, no para defenderse de los enemigos de clase, sino de la propia vanguardia proletaria. Por eso Romain Rolland se postula como abogado defensor del terror termidoriano.

Recientemente, los periódicos soviéticos vociferaron el descubrimiento de un nuevo complot de los "trotskystas" junto con los Guardias Blancos y elementos criminales, con el objeto de... destruir los ferrocarriles soviéticos[123]. Ninguna persona seria creerá en la Unión Soviética este fraude desvergonzado, que arroja una luz despiadada sobre una serie de amalgamas anteriores. Sin embargo, esto no le impedirá a la camarilla estalinista fusilar unos cuantos bolcheviques jóvenes, acusados del crimen de lesa majestad. ¿Qué hará el señor Rolland? ¿Se encargará de convencer a los pastores incrédulos de que es verdad que los "trotskystas" destruyen los ferrocarriles soviéticos?

En el terreno de los problemas políticos generales, el señor Rolland hace afirmaciones no menos categóricas y no más irreprochables. En defensa de la política actual de los sóviets y de la Internacional Comunista, R. Rolland, cumpliendo el antiguo rito, se remonta a la experiencia de Brest-Litovsk[124]. ¡Somos todos oídos! Escribe lo siguiente: "En el año 1918, en Brest-Litovsk, Trotsky le dijo a Lenin, 'Debemos morir como los caballeros de antaño'. Lenin respondió, 'No somos caballeros. Queremos vivir, y viviremos'." ¿De dónde sacó esto el señor Rolland? Lenin jamás estuvo en Brest-Litovsk. ¿Acaso la conversación se realizó por teléfono directo? Pero los documentos de ese período están impresos, y evidentemente no incluyen esta afirmación francamente estúpida, que algún informante susurró al oído de Rolland para que éste la difundiera.

[121] Henri Yagoda (1891-1938), jefe de la policía secreta soviética hasta que él mismo fue acusado y fusilado.
[122] Kurt Rosenfeld (1877-1943), conocido abogado defensor de los derechos civiles y dirigente de la izquierda socialdemócrata alemana, fue expulsado en 1931 y fue uno de los fundadores y dirigentes del SAP.
[123] Guardias Blancas o blancos, nombre de las fuerzas contrarrevolucionarias rusas en la guerra civil.
[124] Brest-Litovsk, ciudad en la frontera ruso-polaca donde en marzo de 1918 se negoció un tratado poniendo fin a las hostilidades entre Rusia y Alemania. Los términos eran sumamente desfavorables para el nuevo gobierno soviético y había muchas diferencias entre los dirigentes respecto de aceptarlos o no. Finalmente se aceptó la propuesta de Lenin de suscribirlos.

Pero, ¿cómo un escritor viejo y experimentado carece de la intuición psicológica suficiente que le permita percibir lo falso y caricaturesco del supuesto diálogo?

No corresponde entrar a polemizar con Rolland acerca de las negociaciones de Brest-Litovsk. Pero dado que Rolland deposita en Stalin casi la misma confianza que antes depositaba en Gandhi, me tomaré la libertad de reproducir una declaración que Stalin hizo el 1 de febrero de 1918, pocas horas antes del desenlace de Brest-Litovsk: "Un punto de vista intermedio nos permitió superar la difícil situación: la posición de Trotsky". Esto no es un recuerdo personal mío, ni una conversación con un interlocutor de elevada posición: consta en las actas oficiales de las sesiones del comité ejecutivo central, publicadas por la imprenta del gobierno en 1929. Para Rolland, esta cita (p. 214) será algo totalmente inesperado. Que sirva para convencerlo de que nadie debe ser tan irresponsable como para escribir sobre cuestiones que desconoce.

El señor Rolland nos advierte (y a mí en particular) que, en caso de necesidad, el gobierno soviético puede concertar acuerdos incluso con los imperialistas. ¿Valía la pena viajar hasta Moscú para enterarse de eso? Los obreros franceses se ven obligados diariamente a concertar acuerdos con los capitalistas, mientras éstos sigan existiendo. Un estado obrero no puede renunciar al derecho que posee cualquier sindicato. Pero si en el momento de firmar un convenio colectivo un dirigente sindical anunciara públicamente que reconoce la propiedad capitalista y aprueba su existencia, lo tacharíamos de traidor. Stalin no sólo firmó un acuerdo práctico, sino que además aprobó el crecimiento del militarismo francés. Todo obrero consciente sabe que la principal razón de ser del ejército francés es la defensa de la propiedad de un puñado de explotadores y el mantenimiento del dominio de la Francia burguesa sobre sesenta millones de esclavos coloniales.

Debido a la justa indignación suscitada en las filas obreras por la declaración de Stalin, algunos individuos, Rolland entre ellos, tratan de demostrar que todo sigue "prácticamente" igual. Nosotros no depositamos ni una pizca de confianza en ellos. Suponemos que Stalin no aprobó voluntaria y gratuitamente el militarismo francés para iluminar a la burguesía francesa, que no lo necesita y que recibió la declaración con gesto irónico. La declaración de Stalin sólo podía obedecer a un objetivo: debilitar la oposición del proletariado francés contra su propio imperialismo y, a ese precio, comprar la confianza de la burguesía francesa, su reconocimiento de la estabilidad de la alianza con Moscú. A pesar de todos los pretextos, esta es la política en vigor. Los aullidos de rabia que *l'Humanité* lanza contra Laval no alteran el hecho de que la Comintern se ha convertido en agencia política de la Liga de las Naciones, dominada por el mismo Laval, o por su primo Herriot, o por su socio británico Baldwin,[125] quien no es mejor que Laval.

Con muy escasa autoridad, Rolland decreta que la nueva política de la Internacional Comunista permanece en estricta consonancia con las enseñanzas de Lenin. En ese caso, la solidaridad del Partido Comunista Francés con la política exterior de León Blum (el "social-fascista" de ayer quien, en todo caso, sigue fiel a sí mismo) las abyectas reverencias ante Edouard Herriot (quien no tiene la menor intención de traicionar al capital francés) el apoyo a la Liga de las Naciones (estado mayor del bandidaje imperialista): ¿está todo esto en consonancia con las enseñanzas de Lenin? No. Sería más conveniente que el señor Rolland siguiera dedicado al estudio de las enseñanzas de Gandhi.

[125] Stanley Baldwin (1867-1947), primer ministro conservador de Inglaterra en los años veinte y en 1935-37.

Desgraciadamente, la advertencia astuta, moderada y oportuna de Marcel Martinet no conmovió a Rolland.[126] En lugar de detenerse y mirar críticamente a su alrededor, se dejó caer hasta las filas de los exégetas oficiales de la burocracia termidoriana. En vano estos caballeros se autotitulan "amigos" de la Revolución de Octubre. La burocracia es una cosa; la revolución, otra muy distinta. El comisario del pueblo Litvinov es "un amigo mío'' inclusive para el burgués conservador Herriot. Pero de ahí no surge que la revolución proletaria deba contar a Herriot entre sus amigos.

Es imposible prepararse para la revolución sin combatir implacablemente el régimen de absolutismo burocrático, que se ha convertido en el peor freno para el movimiento revolucionario. La responsabilidad del sentimiento favorable al terrorismo que cunde entre la juventud soviética recae exclusivamente sobre la burocracia, que ha amordazado a la vanguardia de la clase obrera y que sólo le exige a la juventud obediencia ciega y adoración de los dirigentes.

La burocracia concentra en sus manos recursos colosales, y no le rinde cuentas a nadie. Estos recursos incontrolados le permiten recibir y tratar a sus "amigos" a cuerpo de rey. La fisonomía psicológica de muchos de ellos difícilmente se distingue de la de los periodistas y académicos franceses que son amigos profesionales de Mussolini. No queremos incluir a Romain Rolland en esta última categoría, pero, ¿por qué borra él mismo la línea de demarcación con tamaña falta de seriedad? ¿Por qué acepta encargos indignos de él?

[La actitud de la gente de las letras]

(9 de julio de 1936)

Mi estimado camarada Pfemfert,

Muchas gracias por los recortes de periódicos que me ha envidado usted. Para evitar cualquier malentendido quiero llamar su atención, así como la del resto de nuestros amigos, sobre el hecho de que M. Puntervold es *solamente* mi abogado; políticamente está muy alejado de mí, nuestras relaciones se limitan al juicio[127]. Para las cuestiones de política general, escriba usted por intermedio del buró de pasaportes. El gran Heinrich Mann, por lo que veo, se acoge a su "imaginación" para justificar su bajeza servil. ¿De qué "imaginación" trata? ¿De la que abre la posibilidad de prever de una manera activa grandes acontecimientos? ¿O de la que permite adaptarse confortablemente a los hechos consumados y ya fosilizados? Esta segunda manera es muy propia del género de los académicos franceses que, gracias a su "imaginación" senil, descubren extraordinarias virtudes en el mismo príncipe de Mónaco. Marx, Engels y Lenin sabían despreciar soberbiamente a los aduladores y sicofantes, incluso a los muy "de izquierdas", cuando se acogían a sus privilegios aristocráticos de poetas, o de fuera lo que fuese, para desaparecer de la escena en los momentos de dificultades. Incluso pueden encontrarse en las cartas de Marx algunas frases sarcásticas sobre un hombre como Freiligrath con su "poeta sobre la torre más alta".

[126] Marcel Martinet (1887-1944), escritor, poeta y socialista, su mala salud lo obligó a abandonar la actividad política en 1923. Defendió a Trotsky cuando el gobierno francés lo expulsó del país. En 1936 se unió a la campaña contra el juicio de Moscú.

[127] Miguel Puntervold había abandonado el DNA por su derecha y había vuelto enseguida pero ya no ejercía ningún papel político.

Creo que voy a entablar juicio en Checoslovaquia si llegamos a un acuerdo completo al respecto con el doctor B. Bill[128]. Ya le he enviado poderes. Será necesaria una reunión. Pero, ¿es posible?

Mis mejores saludos para A[lexandra] e I[vanovna] y para usted.

Naturalmente que puede usted hacer uso de esta carta, o de una parte de ella, si lo juzga conveniente.

Los intelectuales que ya no son radicales y la reacción mundial[129]

(17 de febrero de 1939)

Durante la última década el estalinismo ganó gran influencia en la generación más antigua de la intelligentsia radical [avanzada]. Sin embargo, hoy en los países avanzados son cada vez más los que se alejan de esa influencia. Algunos están sinceramente desilusionados y otros simplemente comprenden que el barco corre peligro y se apuran en abandonarlo. Sería ingenuo esperar que los "desilusionados" vuelvan al marxismo, con el cual, en realidad, nunca estuvieron consustanciados [nunca conocieron]. Para la mayoría de los intelectuales su alejamiento del estalinismo significa la ruptura total con la revolución y una reconciliación pasiva con la democracia nacionalista. Estos "desilusionados" constituyen un medio cultural excepcional para el cultivo de los bacilos del escepticismo y del pesimismo.

Dicen: "Actualmente es imposible hacer nada. De cualquier manera, toda Europa caerá bajo las garras del fascismo y la burguesía de Estados Unidos es demasiado poderosa. Los caminos revolucionarios no llevan a ninguna parte. Tenemos que adaptarnos al régimen democrático, tenemos que defenderlo de todos los ataques. La Cuarta Internacional no tiene futuro, por lo menos durante las próximas dos o tres décadas...", etcétera, etcétera.

---

[128] Friedrich Bill estaba en contacto con los trotskystas desde al menos 1933. En agosto había firmado el llamamiento del comité por el derecho a la verdad y emprendido las gestiones necesarias para la acción ante la justicia contra diversos periódicos estalinistas que se publicaban en Checoslovaquia *Meztikor* (edición checa del Imprecor), *Rude Pravo*, órgano central de PCCH y *Die rote Fahne*. El acto de conciliación estaba fijado para el 21 de diciembre.

[129] "Los intelectuales que ya no son radicales y la reacción mundial", 17 de febrero [30 de enero] de 1939 en L. Trotsky, *Escritos,* Tomo X, Volumen 1, páginas 267-270, del formato pdf en nuestra serie Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma. Los intelectuales que ya no son radicales y la reacción mundial. *Socialist Appeal*, 14 de febrero de 1939. Sin firma. El 6 de marzo Trotsky envió la siguiente carta al *Modern Quarterly (*anteriormente se llamaba Modern *Monthly*), dirigida por V.F. Calverton, para diferenciarse de los intelectuales que se separaban del marxismo: "Señores: estoy en total, desacuerdo con la tendencia general de vuestra revista y en consecuencia pido que saquen mi nombre de vuestra lista de contribuyentes. Sinceramente vuestro, León Trotsky." La carta se publicó en *Socialist Appeal* del 11 de abril de 1939 pero no en *Modern Quaterly*. [Hasta aquí la nota de *Escritos*. Este texto aparece en las *Oeuvres,* Tomo 20, con fecha del 30 de enero de 1939, traducido desde el original en ruso depositado en la Houghton Library (T 4506) y las *Oeuvres* traducen "Les intellectuels exradicalisés et la réaction mondiale" (Los intelectuales exradicalizados y la reacción mundial) con la siguiente explicación en nota a pie de página: "El título ruso es 'Eks-radikalnaya intelligentsia'. No hemos traducido por "radical" a causa de su acepción francesa; el sentido preciso es el de "radical" en inglés más bien "avanzado" que "revolucionario", o más exactamente entre los dos." En nuestra opinión 'avanzado', en su primera acepción en el diccionario RAE, reúne las condiciones perfectas, téngalo en cuenta el lector hasta que en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano podamos ofrecer una nueva versión del texto.]

Entre los desilusionados no están sólo los estalinistas sino también los camaradas de ruta de un momento del bolchevismo. Para citar un ejemplo, Víctor Serge anunció hace poco que el bolchevismo atraviesa una crisis que presagia a su vez la "crisis del bolchevismo". En su inocencia teórica, Serge se imagina ser el primero en haber hecho este descubrimiento; Sin embargo, en todas las épocas de reacción se elevaron las voces de cientos de reaccionarios inestables anunciando la "crisis del marxismo", su crisis final, crucial, mortal.

Está más allá de toda discusión el hecho de que el viejo Partido Bolchevique se ha desgastado, ha degenerado y perimido. Pero la ruina de un partido histórico determinado que durante un período se apoyó en la doctrina marxista en absoluto significa la ruina de esa doctrina. La derrota de un ejército no inválida los preceptos fundamentales de la estrategia. Que un artillero pegue lejos del blanco de ninguna manera inválida la balística, es decir el álgebra de la artillería. Que el ejército del proletariado sufra una derrota o que su partido degenere de ninguna manera inválida el marxismo, que es el álgebra de la revolución. Es evidente que el mismo Víctor Serge está atravesando una crisis, es decir está desesperadamente confundido, igual que miles de intelectuales. Pero Víctor Serge en crisis no implica la crisis del marxismo.

De todos modos, ningún revolucionario serio pensaría en utilizar como vara para medir la marcha de la historia a los intelectuales confundidos, a los estalinistas desilusionados y a los escépticos defraudados. Es indudable que hoy la reacción mundial asume proporciones monstruosas. Pero por eso mismo abona el terreno para la mayor de las crisis revolucionarias. Tal vez el fascismo se apodere de toda Europa. Pero será incapaz de mantenerse no sólo durante miles de años, como lo sueña Hitler, sino incluso durante una década. La fascistización de Europa implicará un monstruoso agravamiento de las contradicciones de clase e internacionales.

Es absurdo, anticientífico y antihistórico suponer que la reacción continuará avanzando gradualmente como lo viene haciendo hasta ahora. Reacción significa la supresión mecánica de las contradicciones sociales. En un momento determinado la explosión es inevitable. La reacción mundial será derrocada por la mayor catástrofe de la historia, o más correctamente por una serie de catástrofes revolucionarias. La guerra inminente, que todos esperan ahora para un futuro muy próximo, aplastará todas las ilusiones. No sólo las del reformismo, el pacifismo y el democratismo sino también las del fascismo. Un solo estandarte se elevará por sobre el caos sangriento, el del marxismo.

Hegel solía decir que todo lo racional es real. Esto quiere decir que toda idea que se corresponde con las necesidades del desarrollo objetivo logra triunfar. Ningún individuo intelectualmente honesto puede negar que los análisis y pronósticos hechos por los bolcheviques leninistas (los partidarios de la Cuarta Internacional) durante los últimos quince años han sido y siguen siendo confirmados por los acontecimientos de nuestra época. Esto es lo que hace fuertes e inmutables a las secciones fundamentales de la Cuarta Internacional. Las catástrofes del capitalismo europeo y mundial que amenazan a la humanidad abrirán el camino a los templados cuadros marxistas revolucionarios.

Que los decepcionados se caven su propia tumba. La clase obrera no es un cadáver. La sociedad se sigue apoyando en ella. Necesita una nueva dirección. Solamente la encontrará en la Cuarta Internacional. Todo lo racional es real. Ya hoy la socialdemocracia y la estalinocracia son estupendas ficciones. Pero la Cuarta Internacional es una realidad indiscutible.

Para transformar la vida hay que comenzar por comprenderla[130]

(1923)

En la vida cotidiana es donde se percibe mejor hasta qué punto el individuo es el producto y no el creador de sus condiciones de vida. La vida, es decir, las condiciones y lo modos de vida, se crean, mucho más aún que la economía, "a espaldas de los hombres" (la expresión es de Marx). En el plano de la vida cotidiana, la creación consciente ocupa un lugar insignificante en la historia de la humanidad. La vida cotidiana resulta de la acumulación de las experiencias espontáneas de los hombres, cambiando con igual espontaneidad, bajo el efecto de la técnica o de los golpes ocasionales asestados por la lucha revolucionaria, reflejando, en resumidas cuentas, mucho más el pasado de la sociedad humana que su presente.

Nuestro proletariado no es antiguo, no es un proletariado heredado; surgió, en el curso de las últimas décadas, del seno del campesinado y, sólo en parte, de la pequeña burguesía. El modo de vida de nuestros proletarios refleja perfectamente este origen social. Basta con recordar el cuadro de costumbres esbozados por Glieb Uspenski en sus *Tipos de la calle Rasteriaev*. ¿Qué es lo que caracteriza a los habitantes de la calle Rasteriaev, es decir, a los obreros de Tula de fines del siglo pasado? Son pequeñoburgueses y campesinos que, en su mayor parte, han perdido toda esperanza de libertad; es una mezcla de pequeña burguesía inculta y de elementos venidos a menos. Desde entonces, el proletariado ha dado un salto considerable, mucho más notable, sin embargo, en política que en el campo de las costumbres y tradiciones. Su modo de vida es terriblemente conservador. Es verdad que la calle Rasteriaev ya no existe en su forma primitiva. La manera bestial de tratar a los aprendices, el servilismo hacia los patronos, la borrachera insensata, el bandidaje al ritmo de un impúdico acordeón, todo eso ha dejado de existir. Pero en las relaciones entre hombre y mujer, entre padres e hijos, en la economía familiar, apartado de todo el mundo, el "rasteriaevismo" está aún fuertemente arraigado. Serán necesarias decenas de años de desarrollo económico y de auge cultural antes de poder expulsar el "rasteriaevismo" de su último reducto: la vida privada y familiar transformándola de pies a cabeza en un sentido colectivista.

En la susodicha sesión de los propagandistas de Moscú, la cuestión de la vida familiar fue objeto de discusiones particularmente vivas. En este sentido, todos llevaban un peso en el corazón. Las impresiones, las observaciones y sobre todo los problemas son numerosísimos. No solamente no comprenden respuesta alguna, sino hasta las propias preguntas permanecen mudas; no se expresan públicamente ni por la prensa, ni en las asambleas. La vida de la masa obrera, por una parte, la vida comunista por otra, y el punto donde se establece el contacto vivo entre los comunistas y las amplias capas obreras. ¡Qué campo de observación y de experiencia, qué influencia permite ejercer!

En este sentido, nuestra literatura no nos ayuda en nada. Por su propia naturaleza, el arte es conservador, va a la zaga de la vida, es poco apto para captar los fenómenos al vuelo, en el impulso mismo de su proceso de formación. *La Semana*, de Libedinsky, ha provocado en algunos camaradas un entusiasmo que me parece, lo confieso, exagerado y peligroso para ese joven autor. Desde el punto de vista formal, *La Semana* da la impresión de un trabajo escolar, a pesar del talento que denota, y sólo a base de trabajo constante, tenaz y exigente consigo mismo, Libedinsky alcanzará la maestría; que es por otra parte, lo que yo espero.

[130] Tomado "Usos y costumbres", en *Problemas de la vida cotidiana (anexo: Revolución y cultura),* 1923, 2ª edición, en estas mismas OELT-EIS, páginas 9-12 del formato pdf.

Pero por el momento la cuestión no es ésa. La grandeza, la importancia de *La Semana* no provienen de su perfección artística, sino del trozo de vida "comunista" evocado por la obra. Y precisamente desde ese ángulo, el relato no va lejos. La descripción del "comité de gobierno" es demasiado artificial y carece de raíces orgánicas. He ahí por qué toda *La Semana* tiene un aspecto episódico, al igual que los relatos sobre la vida de los emigrados de la revolución. La "vida" del comité de gobierno es evidentemente interesante e instructiva, pero cuando la organización comunista viene a engranarse (como una rueda dentada) en la vida cotidiana del pueblo, vemos surgir entonces la dificultad y la importancia de la obra. Ahí haría falta un gran impulso. Actualmente, el partido comunista es la palanca que preside todo progreso consciente. Por lo que su punto de contacto con las masas populares es el punto esencial de la acción histórica, de las acciones y reacciones recíprocas.

Con respecto a nuestra vida cotidiana real, la teoría comunista se anticipa en varias décadas, y, en algunos campos, en varios siglos. Es precisamente por ello que el partido comunista es lo que es: un factor revolucionario de primer orden. Gracias a su realismo, a su dinamismo dialéctico, la teoría comunista elabora métodos políticos capaces de asegurar su eficacia bajo cualquier circunstancia. Pero una cosa es la idea política y otra la vida cotidiana. La política es móvil, la vida cotidiana es estable y recalcitrante. Esto es lo que provoca tantos conflictos en los medios obreros, donde la toma de conciencia choca con la tradición; conflictos tanto más agudos en cuanto no aparecen públicamente. La literatura no los refleja más que la prensa. Ésta guarda silencio sobre tales cuestiones. En cuanto a las nuevas escuelas literarias que tratan de ponerse al nivel de la revolución, para ellas la vida cotidiana no existe. Quieren reconstruir la vida, no contarla tal cual es. Pero la vida no se inventa. Se la puede construir a partir de elementos existentes, susceptibles de desarrollarse. Es por lo que, antes de construir, hay que conocer lo que existe; no solamente cuando se trata de influir en la vida cotidiana sino, en general, en cualquier actividad consciente del hombre. Hay que saber lo que existe y en qué sentido se opera el cambio de lo que existe, a fin de poder contribuir a la edificación de la vida. Mostradnos (y sobre todo sabed mirar vosotros mismos) lo que pasa en la fábrica, en los medios obreros, en la cooperativa, en el círculo, en la escuela, en la calle, en la taberna; aprended a comprender lo que allí sucede, es decir, la actitud que conviene observar hacia los fragmentos del pasado y los gérmenes del porvenir. Este llamamiento se dirige tanto a los hombres de letras como a los publicistas, a los corresponsales obreros como a los reporteros. Mostradnos la vida tal como sale de la fragua de la revolución.

Sin embargo, es de prever que los llamamientos, por sí mismos, no cambiarán nada en el esfuerzo de atención de nuestros escritores. Lo que hace falta es una puesta en marcha, una dirección eficaz. El estudio y la ilustración de la vida obrera deben convertirse en la tarea inmediata de los periodistas, por lo menos de los que saben hacer uso de sus ojos y de sus oídos; hay que orientarlos hacia ese trabajo por medio de la organización, instruirlos, corregirlos, mostrarles el camino de modo que se les enseñe a evocar la vida y las costumbres revolucionarias. Simultáneamente, hay que ensanchar el horizonte de los corresponsales obreros. De hecho, la mayor parte de ellos podría ofrecer crónicas mucho más interesantes y sustanciales que las que hacen. Pero para ello es preciso reflexionar sobre las cuestiones y formularlas, plantear correctamente los objetivos; hay que saber suscitar conversaciones y animarlas.

Para elevarse a un nivel cultural superior, la clase obrera, y principalmente su vanguardia, debe ser conducida a meditar sobre su propia vida. Pero para hacerla meditar hay que conocerla. La burguesía, esencialmente representada por sus propios intelectuales, realizó ampliamente esta tarea desde su llegada al poder: ya era una clase poseedora cuando se encontraba en la oposición; artistas, publicistas, poetas, la han servido, la han ayudado a pensar y han pensado por ella.

En Francia, en el siglo XVIII, llamado de las luces, los filósofos burgueses se inclinaron sobre los diferentes aspectos de la vida social y personal, con el fin de racionalizarla, es decir, subordinarla a las exigencias de "la razón". No sólo las cuestiones relativas al orden político y a la Iglesia, sino también los problemas de las relaciones entre los sexos y de la educación de los niños, eran objeto de sus investigaciones. De por sí, el solo hecho de estudiar y de plantear esos problemas contribuyó indiscutiblemente a elevar el nivel de cultura de la personalidad, desde luego burguesa, y sobre todo intelectual. Todos los esfuerzos de la Filosofía de las Luces tendientes a racionalizar las relaciones sociales y personales, es decir, a transformarlas de acuerdo con las leyes de la razón, chocaron con el hecho de la propiedad privada de los medios de producción, que seguía siendo la piedra angular de la nueva sociedad, basada en la razón. La propiedad privada era el mercado, el juego ciego de las fuerzas económicas, las que, por cierto, no obedecen a la razón. Las condiciones económicas del mercado han modelado una vida igualmente impregnada de los caracteres del mercado. Bajo el reino del mercado, la organización racional de la vida de las masas populares no era ni siquiera concebible. Debido a esto, las construcciones racionalistas elaboradas por los filósofos del siglo XVIII, a pesar de su espíritu tan penetrante y audaz, alcanzaron tan pocas realizaciones concretas.

En Alemania, el período del *Aufklärung* aparece en la primera mitad del siglo pasado. El movimiento, encabezado por la "Joven Alemania", es animado por Heme y Börne. De hecho, sólo se trataba en ese momento de una actitud crítica por parte del ala izquierda de la burguesía, especialmente de su intelectualidad, en guerra contra la esclavitud, el servilismo, el espíritu mezquino, la estupidez y los prejuicios pequeñoburgueses, y que aspiraba (con mucho más escepticismo que el mostrado por los precursores franceses) a instaurar el reino de la razón. Ese movimiento desembocaría más tarde en la revolución de 1848, que, lejos de transformar radicalmente la vida humana, no supo ni siquiera deshacerse de las innumerables dinastías alemanas.

En nuestra atrasada Rusia, no fue sino en la segunda mitad del siglo XIX cuando el movimiento del *Aufklärung* llegó a generalizarse en cierta medida. Chernichevsky, Pisarev, Dobroliubov, salidos de la escuela de Belinsky, no criticaban tanto las condiciones económicas como las ineptitudes, las costumbres reaccionarias, asiáticas, oponiendo al tipo de hombre tradicional el hombre nuevo, el "realista" al "utilitario", que trata de vivir según las leyes de la razón para convertirse en una "personalidad dotada de pensamiento crítico". Ese movimiento desembocó en el populismo (*narodniki*), que fue un racionalismo ruso tardío. Los racionalistas franceses del siglo XVIII fueron poco más o menos incapaces de transformar la vida y las costumbres, ya que éstas no proceden de la filosofía sino del mercado; la influencia cultural directa de los *Aufklärer* alemanes fue aún menos sensible, y la de la intelectualidad rusa sobre la vida y las costumbres de pueblo en general, totalmente insignificante. En última instancia, la importancia histórica del *Aufkärung* ruso, incluyendo el populismo, consiste en que estuvo en la base de la creación del partido proletario revolucionario.

Solamente después de la conquista del poder por la clase obrera comienzan a instaurarse las condiciones capaces de transformar la vida hasta sus cimientos más profundos. La vida no puede racionalizarse, es decir, transformarse de conformidad con las exigencias de la razón, sin racionalizar la producción, pues la vida se basa en la economía. Sólo el socialismo se plantea como objetivo aprehender por la razón el conjunto de las actividades económicas del hombre, subordinándolas a ella. La burguesía, al menos sus corrientes más progresistas, se limitaba a racionalizar por una parte la técnica (por medio de las ciencias naturales, de la tecnología, de la química, de las invenciones y mecanizaciones), y por otra parte la política (gracias al parlamentarismo), pero no la economía, donde persistía el juego de la competición ciega. He ahí por qué las fuerzas inconscientes y ciegas seguían

gobernando a la sociedad burguesa. La clase obrera, después de haber conquistado el poder, somete las bases económicas de las relaciones humanas a un control y a una dirección conscientes. Es la única vía hacia una transformación racional de la vida.

Eso es lo que nos conduce igualmente a comprobar que nuestros éxitos en lo referente a la vida diaria dependen directamente de nuestros éxitos en materia económica. No cabe la más ligera duda de que, aun al nivel de nuestra economía actual, podríamos conceder un lugar mucho más importante a la crítica, a la iniciativa y a la razón. Esa es precisamente una de las tareas de la época. Resulta más evidente aún que la transformación radical de la vida (la emancipación de la mujer de la esclavitud doméstica, la educación pública de los niños, la abolición del constreñimiento económico que pesa sobre el matrimonio, etc.) no avanzará sino a la par de la acumulación social y del predominio creciente de las fuerzas económicas socialistas sobre las del capitalismo. Sin embargo, la investigación de la vida es ahora la condición indispensable para que la vida, conservadora debido a sus tradiciones milenarias, no quede a la zaga de las posibilidades de progreso que nuestros recursos económicos nos ofrecen desde hoy, y en los tiempos futuros. Por otra parte, los más mínimos éxitos en el plano de la vida cotidiana corresponden, por definición, a un alza del nivel cultural del obrero y de la obrera, que acrecentarán en seguida las posibilidades de racionalización de la industria y, por consiguiente, las de una aceleración de la acumulación socialista. Ésta, a su vez, abrirá el camino a nuevas conquistas en el campo de la colectivización de la vida. Esta es una interdependencia dialéctica: el factor histórico capital es la economía; pero nosotros, el partido comunista, el estado obrero, no podemos actuar sobre ella sino a través de la clase obrera, esforzándonos por elevar continuamente el nivel de calificación técnica y cultural de los que la componen. En el estado obrero el trabajo cultural se efectúa en beneficio del socialismo, y el socialismo equivale a una poderosa expansión de la cultura, de una cultura auténtica, humana, de una cultura del hombre liberado de las relaciones de clase.

Alcohol, iglesia y cine[131]

(1923)

La jornada de ocho horas y la prohibición del alcohol, he aquí dos cosas que han dado una nueva orientación a la vida obrera. El monopolio estatal sobre la venta de bebidas alcohólicas fue abolido debido a la guerra, antes de la revolución. La guerra exigía medios tan gigantescos que el zarismo consideraba los ingresos procedentes de las bebidas alcohólicas como una suma deleznable a la que se podía renunciar: mil millones más o menos no contaban gran cosa. La revolución asumió a su vez esa abolición del monopolio estatal; se trataba de una herencia, de un hecho consumado que adoptó por razones de principio que le pertenecían legítimamente. Sólo después de la conquista del poder por la clase obrera, convertida en artífice consciente de una nueva economía, la lucha del estado contra el alcoholismo (tanto mediante la prohibición como por la propaganda) ha adquirido importancia histórica. Desde este ángulo, la abolición del "presupuesto de la borrachera" con motivo de la guerra, circunstancia contingente, no cambia nada absolutamente el hecho fundamental de que la liquidación de la empresa de degradación del pueblo a través de francachelas, hay que acreditársela a la revolución, Extender, consolidar, organizar y culminar el régimen antialcohólico en el país de la renovación del trabajo, he ahí nuestra

[131] Tomado "Alcohol, iglesia y cine", en *Problemas de la vida cotidiana (anexo: Revolución y cultura),* 1923, 2ª edición, en estas mismas OELT-EIS, páginas 13-15 del formato pdf.

tarea. Nuestros éxitos, tanto económicos como culturales, serán proporcionales a la disminución del porcentaje de alcohol en las bebidas. No es posible hacer concesión alguna en esta materia.

En lo que respecta a la jornada de ocho horas, ésta es ya una adquisición directa de la revolución, y una de las más importantes. La jornada de ocho horas aporta de por sí un cambio radical en la vida del trabajador, liberando de trabajo en la fábrica los dos tercios de la jornada. Es la base de un cambio fundamental en lo referente a la vida obrera, al desarrollo cultural, a la educación, etc., pero no se trata sino de un punto de partida. La vida del trabajador será tanto mejor, tanto más cabal y sustancial cuanto más sepa el estado utilizar con discernimiento el tiempo de trabajo. La importancia de la conmoción de octubre, ya lo hemos dicho, consiste precisamente en que los éxitos económicos de cada obrero suponen automáticamente un alza del nivel material y cultural de la clase obrera en su conjunto. "Ocho horas de trabajo, ocho horas de sueño, ocho horas de tiempo libre"; así reza la vieja divisa del movimiento obrero. Bajo nuestras condiciones, cobra un sentido novísimo: mientras más productivas sean las ocho horas de trabajo, mientras más se realicen las ocho horas de sueño en buenas condiciones de limpieza y de higiene, más sustanciales y de un nivel cultural más elevado serán las ocho horas de tiempo libre.

Por consiguiente, la cuestión de las distracciones reviste una enorme importancia en lo tocante a la cultura y la educación. El carácter del niño se manifiesta por el juego. El carácter del adulto se expresa con mayor fuerza a través del juego y las distracciones. Los juegos y las distracciones pueden también contribuir ampliamente a la formación del carácter de toda una clase, cuando esta clase es joven y marcha hacia adelante, como lo hace el proletariado. Fourier, el gran utopista francés, erigió sus falansterios, utilizando y combinando racionalmente los instintos y las pasiones humanas, a fin de contrarrestar el ascetismo cristiano y su represión de la naturaleza humana. Es una idea profunda. El estado obrero no es ni una orden religiosa ni un monasterio. Tomamos a los hombres tal como los ha creado la naturaleza y como la antigua sociedad los ha educado en parte, y en parte estropeado. En el seno de ese material humano vivo, buscamos donde asentar las palancas del partido y del estado revolucionario. El deseo de divertirse, de distraerse, contemplar espectáculos y reír, es un deseo legítimo de la naturaleza humana. Podemos y debemos conceder a esa necesidad satisfacciones artísticas cada vez mayores, sirviéndonos al mismo tiempo de esa satisfacción como medio de educación colectiva, sin ejercer tutela pedagógica o constreñimientos para imponer la verdad.

En este campo, el instrumento más importante, el que supera de lejos a todos los demás es, sin duda, el cine. Esta invención desconcertante en materia de espectáculos ha entrado en la vida de los hombres con una rapidez fulminante. En las ciudades capitalistas el cine forma parte de la vida corriente, en la misma medida que el baño, la taberna, la iglesia y otras instituciones más o menos útiles y recomendables. La pasión del cine se basa en el deseo de distraerse, de ver algo nuevo, inédito, de reír hasta de llorar, no sobre la propia suerte sino sobre la de otro. El cine ofrece una satisfacción óptica totalmente viva e inmediata a todas esas necesidades sin exigir nada del espectador, ni siquiera la capacidad de leer. De ahí la afición y la gratitud del espectador hacia el cine, fuente inagotable de impresiones y de sensaciones. He ahí el punto, no solamente el punto, sino la vasta superficie donde pueden comenzarse los esfuerzos en vista a la educación socialista.

El hecho de que hasta ahora, después de cerca de seis años, no hayamos echado mano del cine, prueba hasta qué punto somos torpes, incultos, para no decir estúpidos. El cine es un instrumento que se impone por sí mismo: el mejor instrumento de propaganda (propaganda técnica, cultural, aplicable a la producción, a la lucha antialcohólica, al campo sanitario, político, en dos palabras, es un instrumento de propaganda fácilmente asimilable, atractivo, que se graba en la memoria) y, eventualmente, es también un negocio lucrativo.

Por el solo hecho de ser atractivo y entretenido el cine le hace la competencia a la taberna. No sé si actualmente hay en París o en Nueva York más bares que cines; ni qué categoría de esas empresas reporta más. Es evidente que el aspecto en que el cine compite particularmente con la taberna es en el de saber cómo y con qué ocupar las ocho horas de tiempo libre. ¿Es posible apoderarse de este incomparable instrumento? ¿Por qué no? El régimen de los zares creó en algunos años una inmensa red de tiendas de venta de alcohol que dependían del estado. Grosso modo, éstas le reportaron un ingreso anual de mil millones de rublos oro. ¿Por qué el estado obrero no puede crear una red de cines estatales capaz de introducir cada vez más profundamente la distracción y la educación en la vida popular? Sería no solamente un buen negocio, sino un excelente contrapeso al atractivo del alcohol. ¿Es esto factible? ¿Por qué no? Evidentemente no es nada fácil. En todo caso, sería normal y correspondería mejor a la naturaleza, a la fuerzas de organización y a las capacidades del estado obrero que, digamos, el restablecimiento… del circuito del alcohol[132].

El cine le hace la competencia no sólo a la taberna, sino también a la iglesia. Y esta competencia puede serle fatal a ésta, si hacemos culminar la separación entre la iglesia y el estado mediante la unión del estado socialista con el cine.

La piedad no existe casi en los obreros rusos. De hecho, nunca existió. La iglesia ortodoxa era un conjunto de ritos y una organización oficial. No consiguió penetrar profundamente en la conciencia de las masas populares, ni introducir sus dogmas y cánones en su vida íntima, siempre por la misma razón: la ausencia de cultura, en el seno de la vieja Rusia, especialmente en la iglesia. Por esto el obrero ruso, al acceder a la cultura, rompe tan fácilmente sus amarras puramente externas con la iglesia. Es verdad que para los campesinos la ruptura es más difícil, no porque las enseñanzas de la religión tengan mayor influencia sobre él (no se trata de eso) sino porque su vida indolente y monótona está estrechamente ligada al ritual indolente y monótono de la iglesia.

En el obrero (hablamos del obrero sin partido, en bloque) la influencia de la iglesia responde, la mayor parte de las veces, a la costumbre, sobre todo en la mujer. Las santas imágenes penden de la pared y allí quedan porque allí están. Adornan la pared; sin ellas el cuarto estaría vacío y frío. El obrero no compra nuevas imágenes, pero no desea deshacerse de las antiguas. ¿Cómo reconocer la fiesta de la Pascua sin el *kulich* y el *pas'cha*? Pero *kulich* y *pas'cha* deben ser bendecidos según la costumbre, de otro modo les faltaría algo. No es en absoluto por piedad por lo que va a la iglesia; pero la iglesia es luminosa y bella; hay mucha gente y se escuchan cantos: he ahí bastantes cosas agradables que no se encuentran ni en la fábrica, ni en la familia, ni en el vaivén cotidiano de la calle. La fe es casi inexistente. En todo caso, no hay respeto alguno para la jerarquía eclesiástica, ninguna creencia en el poder mágico de las ceremonias. Pero falta igualmente la voluntad activa de romper con todo eso. El elemento de distracción, de entretenimiento, de pasatiempo, desempeña un papel enorme en la ceremonia religiosa. A través de la escenificación, la iglesia actúa sobre los sentidos: la vista, el oído, el olfato (el incienso), sobre la imaginación. La afición de los hombres al teatro (ver y oír algo nuevo brillante, que les saque de la cotidianeidad) es muy fuerte, indestructible e insaciable desde la infancia hasta una edad avanzada. Para que las amplias masas renuncien al formalismo, al ritual de la vida diaria, no basta la propaganda

[132] Estas líneas estaban escritas cuando encontré en el último número de *Pravda*, que tengo en mis manos (de fecha 30 de junio [de 1923]), el siguiente extracto de un artículo enviado a la redacción por el camarada I. Gordeiev: "La industria del cine es un negocio comercial extraordinariamente ventajoso, que reporta grandes beneficios. Utilizándolo en forma hábil, racional y adecuada, el monopolio del cine podría jugar un papel en el saneamiento de nuestras finanzas, comparable al que desempeñaba el monopolio del alcohol en las finanzas del Estado zarista." El camarada Gordeiev da a continuación indicaciones prácticas sobre la manera de "cinematizar" la vida soviética. Se trata efectivamente de una cuestión que hay que estudiar a fondo y seriamente.

antirreligiosa. Ésta, evidentemente, es indispensable. Su resultado práctico inmediato se aplica a una minoría intelectualmente valiente.

Si la multitud permanece inaccesible a la propaganda antirreligiosa, no es porque la religión conserve su dominio sobre ella, es porque no existe un nexo moral, sino sólo una relación informe, persistente, maquinal, sin vínculos con la conciencia: el del curioso que no se niega a participar ocasionalmente en una procesión o en un servicio solemne, a escuchar los cantos religiosos y a hacer apresuradamente la señal de la cruz. Esta ceremonia maquinal, que pesa sobre la conciencia, no se la puede superar por la sola crítica, hay que reemplazarla por nuevas formas de vida, nuevas distracciones, nuevos espectáculos que eleven el nivel de cultura. Al llegar aquí, nuestro pensamiento se detiene naturalmente en ese instrumento teatral por excelencia (por ser el más democrático), el cine. El cine, que prescinde de jerarquía con vastas ramificaciones, de sedas recamadas, etc., desplegando en la pantalla medios escénicos mucho más cautivantes que los de las iglesias, mezquitas o sinagogas, cuya experiencia en materia teatral es sin embargo milenaria. En la iglesia, se asiste siempre a una sola "acción", la misma cada año, mientras que, en el cine, que se encuentra, justo al lado o enfrente, se pueden ver, en los mismos días y a las mismas horas, tanto fiestas paganas como pascuas judías o cristianas, en sus relaciones históricas, imitando sus ceremonias. El cine divierte, instruye, sorprende la imaginación con imágenes y quita las ganas de ir a la iglesia. El cine es un gran competidor no sólo de la taberna sino también de la iglesia. Es el instrumento del que tenemos que apoderarnos a toda costa.

Cuestiones de la vida diaria[133]

(1923)

No solo de "política" vive el hombre

La historia prerrevolucionaria de nuestro partido fue la de la política revolucionaria. La literatura, la organización del partido, todo era dictado por la política en el sentido más estricto e inmediato, en el sentido más estrecho del término. Durante los años de revolución y de guerra civil, los intereses y las tareas políticas han revestido un carácter más urgente y más tenso aún. En el curso de esos años, el partido ha sabido agrupar a los elementos más activos de la clase obrera. Sin embargo, la clase obrera conoce los resultados políticos más *importantes* de esos años. La pura y simple repetición de esos resultados ya no le ofrece nada, más bien contribuye a borrar de su espíritu las enseñanzas del pasado. Después de la toma del poder y de su consolidación a raíz de la guerra civil, nuestras tareas principales se han desplazado en dirección a la edificación económico-cultural; estas tareas se han complicado, fraccionado, detallado, convirtiéndose, en cierto modo, en "prosaicas". Al mismo tiempo toda nuestra lucha anterior, sus penas y sus sacrificios se justificarán sólo en la medida en que aprendamos a formular correctamente nuestras tareas "culturales" parciales, diarias, y a resolverlas.

¿En qué consisten, en definitiva, las adquisiciones de la clase obrera? ¿Qué ha podido asegurarse mediante la lucha llevada a cabo hasta el presente?

1.- La dictadura del proletariado (por medio del estado obrero y campesino dirigido por el partido comunista).

2.- El ejército rojo, sostén material de la dictadura del proletariado.

---

[133] Tomado "No sólo de 'política' vive el hombre", en *Problemas de la vida cotidiana (anexo: Revolución y cultura),* 1923, 2ª edición, en estas mismas OELT-EIS, páginas 3-8 del formato pdf.

3.- La nacionalización de los medios de producción más importantes, sin los cuales la dictadura del proletariado no sería sino una mera fórmula.

4.- El monopolio del comercio exterior, requisito indispensable para la edificación socialista, dado el cerco capitalista.

Esos cuatro elementos, irrevocablemente adquiridos, constituyen el marco de bronce de nuestro trabajo. Gracias a este marco, cada uno de nuestros éxitos económicos y culturales será forzosamente (siempre y cuando se trate de éxitos reales y no supuestos) parte integrante del edificio socialista.

¿En qué consiste, pues, nuestra tarea actual? ¿Qué debemos aprender? ¿A qué debemos tender ante todo? Tenemos que aprender a trabajar correctamente, de manera exacta, esmerada, económica. Necesitamos cultura en el trabajo, cultura en la vida, cultura en la vida cotidiana. Hemos derribado el reino de los explotadores (después de una larga preparación) gracias a la palanca de la insurrección armada. No existe palanca apropiada para elevar de un sólo golpe el nivel cultural. Esto requiere un largo proceso de autoeducación de la clase obrera acompañada y seguida por el campesinado. Sobre ese cambio de orientación de nuestra atención, de nuestros esfuerzos, de nuestros métodos, el camarada Lenin escribe en su artículo dedicado a la cooperación:

> "Nos vemos forzados a admitir que nuestra posición con relación al socialismo se ha modificado radicalmente. Ese cambio radical consiste en que antes nuestros principales esfuerzos se dirigían necesariamente a la lucha política, la revolución, la conquista del poder, etc. Mientras que ahora el centro de gravedad se desplaza de tal manera, que llegará a situarse en el trabajo pacífico de organización cultural. Estoy dispuesto a afirmar que el centro de gravedad debería situarse en el trabajo cultural, si no fuera por las condiciones internacionales y la necesidad de luchar por nuestra posición en escala internacional. Pero si dejamos de lado este factor, si nos limitamos a las condiciones económicas internas, el esfuerzo esencial debe dedicarse al trabajo cultural."

Por consiguiente, las tareas exigidas por nuestra situación internacional nos apartan de nuestro trabajo cultural, aunque esto sea cierto sólo a medias, como vamos a ver. En nuestra situación internacional, el factor principal es el de la defensa del estado, es decir, en primera línea el ejército rojo. En este plano extremadamente importante, las nueve décimas partes de nuestra tarea desembocan en el trabajo cultural: hay que elevar el nivel del ejército, ante todo hace falta que sepa leer y escribir; hay que enseñarle a servirse de un manual, de libros, de mapas geográficos; hay que acostumbrarlo a un mayor esmero, exactitud, corrección, economía, facultad de observación. Ningún milagro resolverá de un sólo golpe esta tarea. Después de la guerra civil, durante la transición hacia la nueva época, el intento por dotar nuestro trabajo de una saludable "doctrina de guerra proletaria" fue el ejemplo más flagrante, el más evidente de la incomprensión opuesta a las tareas de la nueva época. Los proyectos extravagantes, tendientes a la creación de laboratorios destinados a elaborar una "cultura proletaria" proceden de la misma fuente. Esta búsqueda de la piedra filosofal resulta de la desesperación ante nuestro atraso, al mismo tiempo que de la creencia en los milagros que, ya de por sí, es un índice de atraso. No tenemos, sin embargo, razón alguna para desesperar, y ya es hora de renunciar a la creencia en los milagros, al charlatanismo pueril del tipo "cultura proletaria" o "doctrina de guerra proletaria". En el plano de la cultura proletaria, hay que aplicarse diariamente al progreso de la cultura, que es el único que podrá dotar de un contenido socialista a las principales adquisiciones de la revolución. He aquí lo que hay que comprender, so pena de jugar un juego reaccionario en el desarrollo del pensamiento y del trabajo del partido.

Cuando el camarada Lenin dice que nuestras tareas actuales no pertenecen tanto al terreno político como al de la cultura, hay que entenderse sobre los términos, a fin de evitar

una falsa interpretación de su pensamiento. En cierto sentido, todo está determinado por la política. En sí mismo, el consejo del camarada Lenin de trasladar nuestra atención de la política a la cultura, es un consejo de *orden político*. Si en un momento dado, en un determinado país, el partido obrero decide plantear primero reivindicaciones económicas más bien que políticas, esta decisión tiene en sí un carácter político. Es evidente que la palabra "*político*" *se emplea aquí en dos acepciones distintas*: primeramente en el sentido amplio del materialismo dialéctico, que abarca el conjunto de todas las ideas, métodos y sistemas rectores aptos para orientar la actividad colectiva en todos los campos de la vida pública; luego, en el sentido estricto y específico que caracteriza a una parte determinada de la actividad pública, en lo que respecta directamente a la lucha por el poder, y que se distingue del trabajo económico, cultural, etc. Cuando el camarada Lenin escribe que la política es economía concentrada, considera a la política en el sentido amplio, filosófico. Cuando el camarada Lenin dice: "Menos política y más economía", se refiere a la política en el sentido restringido y específico. El término puede emplearse tanto en un sentido como en otro, ya que tal empleo está consagrado por el uso. Basta con comprender claramente de lo que se trata en cada caso específico.

La organización comunista consiste en un partido político en el sentido amplio, histórico o, si se quiere, en el sentido filosófico del término. Los otros partidos actuales son políticos, sobre todo porque hacen (pequeña) política. La transferencia de la atención de nuestro partido al trabajo cultural no comprende, pues, disminución alguna de su papel político. Su papel histórico determinante (es decir, político), lo ejercerá el partido precisamente concentrando su atención en el trabajo de educación y en la dirección de ese trabajo. Sólo el resultado de largos años de trabajo socialista fructífero en el plano interior, llevado a cabo bajo la garantía de la seguridad exterior, podría deshacer las trabas que implica el partido, haciendo que éste se reabsorba en la comunidad socialista. De aquí a entonces hay un trecho tan largo, que mejor vale no pensar en ello... En lo inmediato, el partido debe conservar íntegramente sus características principales: cohesión moral, centralización, disciplina, únicas garantías de nuestra capacidad de combate. Bajo las nuevas condiciones esas inapreciables virtudes comunistas podrán precisamente mantenerse y desplegarse, a condición que las necesidades económicas y culturales sean satisfechas de forma perfecta, hábil, exacta y minuciosa. Considerando justamente esas tareas, a las que hay que conceder la preeminencia en nuestra política actual, el partido se dedica a repartir y a agrupar sus fuerzas, educando a la nueva generación. Dicho de otro modo: la gran política exige que el trabajo de agitación, de propaganda, de reparto de los esfuerzos, de instrucción y de educación se concentre en las tareas y en las necesidades de la economía y de la cultura, y no en la "política", en el sentido estrecho y particular del término.

El proletariado representa una poderosa unidad social, que se despliega plena y definitivamente en períodos de lucha revolucionaria aguda en pro de los objetivos de la clase en su totalidad. Pero en el interior de esta unidad se observa una diversidad extraordinaria, y hasta una disparidad no despreciable. Entre el pastor ignorante y analfabeto y el mecánico altamente calificado, existe un gran número de calificaciones, de niveles de cultura y de adaptación a la vida cotidiana. Cada capa, cada corporación, cada grupo se compone, después de todo, de seres vivos, de edad y temperamento diferentes, cada uno de ellos con un pasado distinto. Si esta diversidad no existiera, el trabajo del partido comunista, en lo referente a la unificación y a la educación del proletariado, sería sumamente sencillo. Sin embargo, ¡cuán difícil es ese trabajo, como vemos en Europa occidental! Se puede decir que mientras más rica es la historia de un país y, por consiguiente, la historia de su clase obrera, mientras más educación, tradición y capacidades ha adquirido, más contiene antiguos grupos y más difícil resulta constituirla en unidad revolucionaria. Tanto en historia como en tradiciones, nuestro proletariado es muy pobre. Esto es lo que ha facilitado, sin duda alguna,

su preparación revolucionaria para la conmoción de octubre. Esto es también lo que ha hecho más difícil su trabajo de edificación después de octubre. Exceptuando a la capa superior, nuestros obreros están desprovistos indistintamente de las capacidades y de los conocimientos culturales más elementales (en lo referente a la limpieza, la facultad de leer y de escribir, la exactitud, etc.). A lo largo de un extenso período el obrero europeo ha adquirido paulatinamente esas capacidades en el marco del orden burgués: he ahí por qué, a través de sus capas superiores, está tan estrechamente ligado al régimen burgués, a su democracia, a la prensa capitalista y demás ventajas. Por el contrario nuestra burguesía atrasada no tenía casi nada que ofrecer en ese sentido, por lo que el proletariado ruso pudo romper más fácilmente con el régimen burgués, y derrocarlo. Por esa misma razón, la mayoría de nuestro proletariado se ve obligado a adquirir y reunir las capacidades culturales rudimentarias solamente hoy, es decir, sobre la base del estado obrero ya socialista. La historia no nos da nada gratuitamente: la rebaja que nos concede en un campo (el de la política) se la cobra en el otro (el de la cultura). En la misma medida en que fuera fácil (desde luego, relativamente) la sacudida revolucionaria para el proletariado ruso, le resulta difícil la edificación socialista. En compensación, el marco de nuestra nueva vida social, forjado por la revolución, que se caracteriza por los otros elementos fundamentales (véase el comienzo de este capítulo), confiere a todos los esfuerzos leales, orientados en un sentido razonable en el plano económico y cultural, un carácter objetivamente socialista. Bajo el régimen burgués, sin saberlo y sin quererlo, el obrero contribuía al mayor enriquecimiento de la burguesía, en la medida en que trabajaba mejor. En el estado soviético, el buen obrero concienzudo, aun sin pensar ni preocuparse de ello (cuando es sin partido y apolítico), realiza trabajo socialista y acrecienta los medios de la clase trabajadora. Todo el significado del cambio de octubre está ahí, y la nueva política económica (NEP) no lo altera en absoluto.

Hay una enorme cantidad de obreros sin partido profundamente interesados en la producción, en el aspecto técnico de su trabajo. Sólo se puede hablar condicionalmente de su "apoliticismo", es decir, de su falta de interés por la política. Los hemos visto a nuestro lado en todos los momentos importantes y difíciles de la revolución. En general, octubre no los ha asustado; no han desertado ni traicionado. Durante la guerra civil, fueron al frente en gran cantidad, otros trabajaban lealmente en las fábricas de armamentos. Más tarde, se orientaron hacia trabajos de paz. Se les dice (no del todo sin razón) apolíticos, porque sus intereses productivos-corporativos o familiares se imponen a su interés político, por lo menos en tiempos corrientes, "tranquilos". Cada uno de ellos quiere convertirse en un buen obrero, perfeccionarse, elevarse a una categoría superior, tanto para mejorar la situación familiar, como por un justo orgullo profesional. Como acabamos de decir cada uno realiza, así, trabajo socialista sin proponérselo. Pero nosotros, el partido comunista, estamos interesados en que esos obreros empeñados en la producción relacionen conscientemente su parte de trabajo productivo cotidiano con las tareas de la edificación socialista de conjunto. El resultado de semejante nexo garantizaría mejor los intereses del socialismo, y los que contribuyesen así, modestamente, a su edificación, experimentarían una satisfacción moral más profunda.

¿Cómo alcanzar ese objetivo? Es difícil abordar a ese obrero por el lado puramente político. Ya ha oído todos los discursos. No se siente atraído por el partido. Sus pensamientos giran alrededor de su trabajo y no está muy satisfecho que digamos con las actuales condiciones que encuentra en el taller, en la fábrica o en el trust. Estos obreros quieren tener ellos mismos sus propias ideas, no son comunicativos, y de su medio surgen los inventores autodidactas. No se les puede abordar en el plano de la política; ese tema no les concierne profundamente por el momento, pero se les puede y se les debe hablar de productividad y de técnica.

En la susodicha sesión de debates de los propagandistas de Moscú, uno de los participantes, el camarada Kolzov, señaló la escasez extraordinaria de manuales soviéticos, guías prácticas y métodos de enseñanza de las distintas especialidades y oficios técnicos. Las viejas obras de este tipo se han agotado, otras han caducado técnicamente y, generalmente, en el plano político, responden a un espíritu servilmente capitalista. Los nuevos manuales de este género pueden contarse con los dedos de una mano, resulta difícil conseguirlos, pues fueron publicados en distintas épocas, por distintas editoriales y administraciones, sin el menor plan de conjunto. Con frecuencia insuficientes desde el punto de vista técnico, no pocas veces exageradamente teóricos y académicos, carecen generalmente de todo color político, y no son, en el fondo, sino traducciones camufladas de una lengua extranjera. Sin embargo, tenemos necesidad de toda una serie de nuevos manuales destinados al cerrajero soviético, al tornero soviético, al montador electricista soviético, etc. Esos manuales deben adaptarse a nuestra técnica y economía actuales. Deben tener en cuenta tanto nuestra pobreza como nuestras enormes posibilidades, y tender a introducir en nuestra industria nuevos métodos y prácticas, más racionales. En mayor o menor medida, deben abrir perspectivas socialistas en lo referente a las necesidades y a los intereses de la propia técnica (aquí se incluyen las cuestiones de normalización, de electrificación y de economía planificada). Esas publicaciones deben presentar ideas y soluciones socialistas como parte integrante de la teoría práctica relacionada con la rama de trabajo en cuestión, evitando aparecer como una propaganda inoportuna venida de fuera. La necesidad de esas publicaciones es inmensa. Es el resultado de la escasez de obreros calificados y del deseo del obrero de comprender su calificación. La interrupción del ritmo de producción durante los años de guerra imperialista y de la guerra civil, no ha hecho más que acrecentar esa necesidad. Nos encontramos ante una tarea cuya importancia iguala su atractivo.

Evidentemente, no hay que disimular las dificultades que plantea la creación de toda una serie de manuales de ese tipo. Los obreros autodidactas, aun los altamente cualificados, no están en condiciones de escribir tratados. Los autores de textos técnicos que se encargan de ese trabajo, ignoran con frecuencia su aspecto práctico. Por otra parte, raramente tienen una mentalidad socialista. Sin embargo, es posible llevar a cabo esta tarea, no de manera "simple", es decir, rutinaria, sino con medios combinados. Para escribir un tratado, o por lo menos para hacer su revisión, hay que constituir un colegio, digamos un comité de tres miembros, compuesto de un escritor especializado, con formación técnica, que conozca, si es posible, el estado de nuestra producción en el campo en cuestión, o capaz de aprender a conocerlo; de un obrero altamente cualificado que pertenezca a la misma rama y que se interese en la producción, dotado, si es posible, de un espíritu de invención; y de un escritor marxista, con formación política, que se interese y que tenga algunos conocimientos en materia de producción y de técnica. Es más o menos de este modo como se debería llegar a crear una biblioteca modelo de manuales de enseñanza técnica relacionados con la producción (por categoría profesional) bien impresos, desde luego, bien encuadernados, con un formato práctico y poco costoso. Una biblioteca de ese tipo tendría un doble objetivo: contribuiría a elevar el nivel de calificación del trabajo, y por consiguiente el éxito de la edificación socialista; contribuiría además a ligar una categoría muy preciosa de obreros productivos al conjunto de la economía soviética, y por consiguiente al partido comunista.

Desde luego, no se trata de limitarse a una serie de manuales de enseñanza. Si nos hemos detenido en los detalles de este ejemplo, es porque nos da una idea bastante clara de los nuevos métodos requeridos por las nuevas tareas del período actual. Nuestro combate por ganar moralmente a nuestra causa a los trabajadores "apolíticos" del sector productivo, debe y puede ser conducido por distintos medios. Necesitamos revistas semanales o mensuales técnico-científicas, especializadas según la rama de producción; necesitamos

asociaciones técnicas, científicas, que se sitúen al nivel de esos trabajadores. A ellos debe adaptarse una buena parte de nuestra prensa sindical, so pena de seguir siendo una prensa destinada exclusivamente al personal de los sindicatos. Mientras tanto, el argumento político más adecuado para convencer a este tipo de obreros consiste en cada uno de nuestros éxitos prácticos en el plano industrial, en cada mejoramiento real del trabajo en la fábrica o en el taller, en cada gestión maduramente meditada por el partido en ese sentido.

Las concepciones políticas de este tipo de obrero pueden ser adecuadamente ilustradas, formulando las ideas que expresa con frecuencia del modo siguiente: "En lo que respecta a la revolución y al derrocamiento de la burguesía, no hay ni que hablar; en ese sentido, todo va bien y es algo que no tiene marcha atrás. No necesitamos a la burguesía. Podemos prescindir igualmente de los mencheviques y de otros lacayos de la burguesía. En cuanto a la 'libertad de la prensa', no nos importa realmente, pues la cuestión no es esa. ¿Pero qué pasa con la economía? Vosotros, comunistas, habéis asumido la dirección. Vuestras intenciones y vuestros planes son excelentes (eso lo sabemos); sobre todo, no nos lo repitáis; ya lo habéis dicho y estamos de acuerdo, os apoyaremos; pero ¿cómo vais a resolver esas tareas en la práctica? Hasta ahora, no tratéis de disimularlo, habéis cometido no pocos errores. Claro, no se puede hacer todo a la vez, hay mucho que aprender y los errores son inevitables. Así son las cosas y no hay remedio. Y ya que toleramos los crímenes de la burguesía, soportaremos bien las faltas de la revolución. Pero esta situación no puede eternizarse. Entre vosotros, comunistas, hay también gente de todo tipo, como entre nosotros, simples mortales: algunos hacen progresos, toman las cosas a pecho, se esfuerzan en llegar a un resultado económico concreto, mientras que otros sólo tratan de embaucarnos con frases huecas. Los que no hacen más que vanos discursos ocasionan no pocos perjuicios, pues el trabajo se les va de entre los dedos."

He ahí, pues, ese tipo de obrero: es un tornero, un cerrajero o un fundidor laborioso, ambicioso, que se interesa en su trabajo; no es un exaltado, más bien pasivo desde el punto de vista político, aunque razonador, crítico, a veces un poco escéptico, pero siempre fiel a su clase; es un proletario de gran valor. Hacia él el partido debe orientar actualmente sus esfuerzos. ¿Hasta qué punto sabremos ganarnos a esta capa en la práctica, en la economía, en la producción, en la técnica? La respuesta a esta pregunta indicará con el máximo de exactitud la medida de nuestros éxitos políticos en materia de trabajo cultural, en el sentido amplio que le da Lenin.

No hay ni que decir que nuestros esfuerzos tendientes a conquistar al obrero competente, no se oponen en modo alguno a los que desplegaremos en dirección de la joven generación de proletarios. Ésta crece en las condiciones de una época dada, se forma, se fortalece y se endurece a través de las tareas por resolver. La joven generación deberá ser ante todo una generación de obreros altamente calificados, amantes de su trabajo. Crecerá con la convicción de que su trabajo productivo se realiza al servicio del socialismo. El interés que se tomen en su propia formación profesional, el deseo de adquirir maestría en su oficio realzará en gran medida, a los ojos de los jóvenes, la autoridad de los obreros competentes de la "antigua generación", quienes, como hemos dicho, permanecen, en su mayor parte, fuera del partido. Nuestra orientación hacia el obrero asiduo, concienzudo, competente, constituye pues, al mismo tiempo, una directriz en materia de educación de los jóvenes proletarios. Fuera de esta vía, todo progreso hacia el socialismo es imposible.

Una interviú con León Trotsky sobre la "literatura proletaria"[134]

(Agosto de 1932)

Durante mi estancia en Prinkipo, en casa de León Trotsky, le pregunté su opinión sobre la literatura "proletaria" después de haberle informado de los debates que suscitan en occidente ciertos escritores polemistas. Sería, yo espero, ridículo e indecente, reclamar para Trotsky el derecho a representar el espíritu revolucionario. Tiene su lugar en la historia, quiérase o no. Como actor de la gran revolución rusa, aunque proscrito, permanece vencedor. Como escritor lleva a cabo, con una rara lucidez y firmeza, su tarea de mandatario del proletariado.

Comenzó por decirme que, a causa de sus ocupaciones, apenas se mantenía al corriente de los movimientos literarios, incluso de aquellos llamados "proletarios". Por consiguiente, no le convenía de ningún modo hacer declaraciones. Aunque, más tarde, habiendo tomado cómodamente el tiempo para reflexionar, me hizo llegar una serie de grandes y pequeñas cuartillas que sólo me queda por utilizar honestamente. El lector encontrará aquí una interviú escalonada a lo largo de dos semanas, y llegada a mis manos desde el primer piso, donde vivía Trotsky, a la planta baja, donde me hospedaba.

Recibo un texto de León Trotsky:

"Mi actitud respecto a la cultura proletaria se muestra en mi libro *Literatura y revolución*. Oponer la cultura proletaria a la cultura burguesa es inexacto o incompletamente exacto. El régimen burgués y, por consiguiente, la cultura burguesa, se han desarrollado a lo largo de numerosos siglos. El régimen proletario no es más que un régimen pasajero y transitorio hacia el socialismo. Mientras dure este régimen transitorio (dictadura del proletariado) el proletariado no puede crear una cultura de clase en cierto grado acabada. Sólo puede preparar los elementos de una cultura socialista. En esto consiste la tarea del proletariado: crear una cultura no proletaria, sino socialista, sobre la base de una sociedad sin clases."

Respondo a Trotsky que seguramente tiene razón al disociar la idea de cultura de la de espíritu de clase, pero que, sin embargo, esta discriminación no es válida sino para un plazo aún indeterminado. Mientras tanto, es concebible que la clase obrera, en su periodo de lucha por la conquista del poder y por la emancipación de todas las categorías de trabajadores, se preocupe de crear, aun con medios insuficientes, una cultura particular, provisional, justamente apropiada a las necesidades de la lucha revolucionaria.

¿Es necesaria esta cultura que no tiene nada de definitivo en el tiempo y que está estrictamente limitada a las sociedades contemporáneas?

-Sí, responde Trotsky, y usted haría bien en señalar que, menos que nadie estaría yo dispuesto a despreciar las tentativas de creación artística o, más generalmente, cultural, que vengan a insertarse en el movimiento revolucionario. Solamente he querido decir que los resultados de estas tentativas no pueden ser absolutos... Trataré de darle indicaciones más precisas.

Recibo otro papel de Trotsky. Es un extracto de una carta escrita por él a un amigo, con fecha del 24 de noviembre de 1928, desde algún lugar de deportación. El hecho de que Trotsky me envíe copia de este texto más de tres años después, prueba que mantiene rigurosamente la opinión de que nuestros escritores "proletarios" franceses no aprenderán sin amargura. Leamos pues:

[134] Maurice Parijanine, Les Humbles, julio y agosto de 1932.

"Querido amigo: he recibido el interesantísimo periódico mural y *Octubre*, que contiene el artículo de Serafimovich. Estas rarezas[135] de las bellas letras burguesas se creen llamadas a crear una literatura "proletaria". Lo que ellos entienden por eso es, muy visiblemente, una falsificación pequeñoburguesa de segunda o tercera clase. Igual pudiéramos decir que la margarina es "mantequilla proletaria". El viejo y buen Engels ha caracterizado perfectamente a estos señores, expresamente a propósito del escritor "proletario" francés Vallés. El 17 de agosto de 1884, Engels escribía a Bernstein: "No hay razón para que haga usted tantos cumplidos a Vallés. Es un lamentable pedante literario o más bien literaturizante, que no representa absolutamente nada por sí mismo, *quien, falto de talento, se ha pasado a los más extremistas* y se ha convertido en un escritor "tendencioso" *para colocar de esta manera su mala literatura*". En estas cuestiones nuestros clásicos eran implacables; pero los epígonos hacen de la "literatura proletaria" un saco de mendigo en el cual recogen los restos de la mesa burguesa. Y al que no quiera tomar estos restos como literatura proletaria, se le dice "capitulador". ¡Qué vulgares personajes! ¡Qué pedantes! ¡Qué asquerosos! Esta literatura es aún peor que la malaria, que vuelve de nuevo a hacer estragos por aquí"[136]

Esta crítica escandalizará a las almas buenas en los medios revolucionarios donde el autor de *El insurrecto* pasa por un santo de las letras. Pero ¿qué puedo hacer? Porque se da el caso de que uno de "nuestros clásicos", Engels, guía la cachiporra de la que se sirve su discípulo y continuador, arruinando una reputación de escritor anarquizante cuya mala ley adivinamos, sin atrevernos a confesarlo[137].

Un poco más tarde, pretextando esta conversación escrita, interrogo a Trotsky sobre los fabricantes de piezas de propaganda que abastecen nuestras veladas obreras. Me dice que no está informado. Le interrogo también con respecto a Henri Barbusse y a *Le Monde*. Para Trotsky, Barbusse y su medio literario no existen en absoluto. Me lo esperaba. De repente, León Davidovich, buscando siempre precisar su pensamiento, me comunica que acaban de publicarse interesantes inéditos de Engels sobre Ibsen.

---

[135] El entrevistador se siente disgustado al tener que reproducir aquí un juicio tan duro sobre un escritor del que ha traducido *El torrente de hierro*. ¿Pero qué valor tendrá una interviú falseada al gusto del entrevistador? En lo que concierne a Serafimovich, conviene decir que este autor de formación burguesa y de talento bastante apagado, se ha superado magníficamente en su reportaje sobre la guerra civil en el Cáucaso y tiene, además, el gran mérito de haber consagrado toda su buena voluntad a la revolución de octubre, atrayéndose así las iras de los mejores escritores, convertidos en reaccionarios, que antes lo acogían con discreta simpatía. Nota de Parijanine.

[136] En esta carta los pasajes en bastardilla han sido subrayados por el propio Trotsky. Parijanine.

[137] No se pone en duda la honestidad revolucionaria de Vallés, su ardor, su valentía y su abnegación. Pero su literatura patética, llena de jactancia y vacía de doctrina, es la que menos conviene al proletariado, fuera de los grandes movimientos de masas populares y de sus épocas heroicas. Aun en tales épocas, hay que lamentar con frecuencia que la "frase", el "reclamo" y un inconsistente egocentrismo teñido de una inconsistente charlatanería "revolucionaria", hayan tenido tanta influencia sobre las masas. La Commune fue demasiado rica en manifestaciones de este género y Vallés, muy sincero hasta en la afectación, extrajo de esa experiencia un tipo de literatura de pequeña burguesía incendiaria, en la que los semimarxistas y anarquistas han creído reconocer el modelo justo de la literatura proletaria revolucionaria. *Lectures du soir* (28 de abril de 1932) nos da, sin quererlo, una demostración completa del "nihilismo" caduco de Vallés, asombrándose sin razón de que este rebelde, desdeñado por la clase obrera, acabe por ser adoptado como "autor" por la burguesía, castigo que por cierto no había merecido. Nuestro buen amigo Poulaille cita con delicia frases huecas de Vallés, como ésta sobre la Commune: "Son las bodas de la idea y de la revolución". A continuación, pregunta si es literatura haber propuesto, como lo hizo Vallés. incendiar París para impedir que entraran los versalleses... De seguro esta era una política imposible. Respondamos, pues, que sí era literatura. Las páginas descubiertas de Vallés que aparecen en *Lectures du soir*, no hacen más que reforzar el severo juicio de Engels. Por otra parte, parece que Poulaille se hace una idea muy sumaria de las revoluciones contemporáneas y una idea entusiasta en demasía de la literatura "proletaria" (con Vallés a la cabeza). Parijanine.

Dos mediocres escritores alemanes que antes pertenecían a la extrema izquierda de la socialdemocracia, más tarde conservadores y fascistas, habían abierto una polémica sobre el valor social de Ibsen, a quien declaraban reaccionario y pequeñoburgués. Engels, a quien le habían pedido intervenir en esta polémica, comenzó por declarar que le sería imposible profundizar por falta de tiempo y porque la cuestión era compleja. Pero quiso destacar que en su opinión Ibsen, escritor burgués, expresaba un progreso. En nuestra época, declaró Engels, no hemos aprendido nada en literatura, excepto de Ibsen y de los grandes novelistas rusos. Los escritores alemanes son unos "filisteos", unos cobardes unos mediocres, porque la sociedad burguesa alemana va a la zaga de la evolución general. Pero Ibsen, como portavoz de la burguesía noruega, la que, por el momento, es el elemento progresista y hasta anticipa sobre la evolución de su pequeño país, tiene una enorme importancia histórica tanto en Noruega como en los otros países. En particular Ibsen enseña a Europa y al mundo la necesidad de la emancipación social de la mujer. Nosotros, como marxistas, no nos podemos desentender de ese problema y debemos distinguir entre el pensamiento burgués progresista de un Ibsen y el pensamiento reaccionario, timorato, de la burguesía alemana. La dialéctica nos obliga a ello. Es poco más o menos en estos términos como Trotsky me transmite las reflexiones de Engels. No pude tomar nota en el momento. Estábamos en la mesa. El 2 de abril me envía el siguiente mensaje desde su piso a la planta baja: "Camarada Parijanine: para evitar equívocos quisiera señalar un punto sobre la cuestión de la literatura y de la cultura proletaria, que, en sustancia, resulta evidente para todo marxista, pero que es cuidadosamente velado por la burocracia estaliniana y por cualquier otra. Aun en régimen capitalista debemos, desde luego, hacer todo lo posible por elevar el nivel cultural de las masas obreras. A esto corresponde, en particular, la preocupación por su nivel literario. El partido del proletariado debe considerar, con extraordinaria atención, las necesidades artísticas de la juventud obrera, apoyándolas y dirigiéndolas. La creación de círculos de escritores obreros principiantes, si la cosa es bien llevada, puede dar resultados totalmente provechosos. Sin embargo, por importante que sea esta esfera del trabajo, permanecerá encerrada inevitablemente en límites estrechos. Una nueva literatura y una nueva cultura no pueden ser creadas por individuos aislados que salgan de la clase oprimida; sólo pueden ser creadas por toda la clase, por todo el pueblo emancipado de la opresión. Violar las proporciones históricas, es decir, en el caso presente, sobrestimar las posibilidades de cultura proletaria y de literatura proletaria, conduce a desviar la atención de los problemas revolucionarios para fijarla en los problemas culturales; eso separa a los jóvenes obreros escritores o "candidatos" a escritores de su propia clase, los corrompe moralmente, los convierte con harta frecuencia en imitadores de segunda categoría con pretensiones de ilusoria vocación. En mi opinión, es contra eso y sólo contra eso, contra lo que hay que luchar sin cuartel."

En suma, Trotsky reclama una cultura auténtica y rechaza el *ersatz*, el pan K.K. del espíritu, este arte indigente, caricaturesco, esta miserable propaganda de tasca, este teatro "prolo", los innumerables horrores sentimentales y "filosóficos" con los que se envenenan las organizaciones obreras. Trotsky se siente igualmente distante de los experimentadores en "arte revolucionario", que benévolamente nos delega una burguesía "simpatizante", irremediablemente satisfecha y distraída por pequeñas excentricidades de estilo y de escenificación. En fin, Trotsky desconfía de los escapados del proletariado que, viviendo de su arte, como artistas, fingen seguir siendo "pueblo", pretenden despreciar y renovar la cultura burguesa que los celebra, siempre para distraerse.

La cultura, disposición general de las sociedades a trabajar y fructificar de cierta manera, no se improvisa. La doctrina marxista exige que la nueva sociedad acoja todo lo que quede de precioso de la antigua sociedad, y el revolucionario está lejos de negar los

derechos y los deberes de la sucesión. La tarea de una clase victoriosa es siempre la de imponer una cultura nueva, enriquecida y completada en los detalles con el tiempo. Pero si lo nuevo es nuevo, si el presente es el porvenir, no por ello deja de contener una enorme dosis de pasado. Hace falta, piensa Trotsky, una colaboración de todas las fuerzas populares despertadas por la revolución para crear lo nuevo salvando la herencia. En el espíritu de Trotsky, que no quiero traicionar en absoluto, la cultura es la integración de un estado general en los trabajadores, de una fuerza común, pero únicamente manifestable a través de la revolución. El marxista tiene en cuenta la solidez y la armazón de la especie, de lo perenne tan constante en sus réplicas a la necesidad cotidiana, y, por consiguiente, tan móvil. Permanencia de la revolución... En los elementos contrarios de ese término, afirmación de la suprema ley de la naturaleza que conocemos...

Sin embargo, Trotsky se inquietaba aún por la alteración que yo pudiera infringir a su pensamiento. Me envió con la carta anterior, la siguiente comunicación:

"Hay que poner condiciones sobre lo que se entenderá por *literatura proletaria*. Obras que tratan de la vida de la clase obrera constituyen cierta parte de la literatura burguesa. Basta con recordar *Germinal*. Nada cambia en el asunto, incluso si tales obras están penetradas de tendencias socialistas y aunque sus autores resulten salidos del medio de la clase obrera. Esos que hablan de una literatura proletaria, oponiéndola a la literatura burguesa, tienen evidentemente en vista, no diversas obras, sino todo un conjunto de creación artística que constituye un elemento de una nueva cultura "proletaria". Eso supone que el proletariado sea capaz de crear, en la sociedad capitalista, una nueva cultura proletaria y una nueva literatura proletaria. Sin un grandioso ascenso cultural del proletariado, es imposible hablar de una cultura y de una literatura proletarias, pues, a fin de cuentas, la cultura es creada por las masas y no por los individuos. Si el capitalismo abriera estas posibilidades al proletariado, ya no sería el capitalismo, y no habría por qué derrocarlo. Esbozar el cuadro de una cultura nueva, proletaria, en el marco del capitalismo, es ser un utopista reformista, es estimar que el capitalismo abre perspectivas ilimitadas de perfeccionamiento. La tarea del proletariado no es crear una nueva cultura en el seno del capitalismo, sino derrocar el capitalismo en pro de una nueva cultura. Desde luego, ciertas obras artísticas pueden contribuir al movimiento revolucionario del proletariado. Obreros con talento pueden acceder al rango de escritores distinguidos. Pero de eso a una literatura proletaria aún queda un largo trecho.

En las condiciones del capitalismo, la tarea esencial del proletariado es la lucha revolucionaria por la conquista del poder. Después de esta conquista, la tarea consiste en edificar una sociedad socialista y una cultura socialista. Recuerdo una corta entrevista con Lenin (una de las últimas) sobre estos temas. Lenin me pedía con insistencia que me pronunciara en la prensa contra Bujarin y otros teóricos de una "cultura proletaria". En esta conversación, Lenin se expresó más o menos así: "En la medida en que una cultura es proletaria, no es aún una cultura. En la medida en que existe una cultura, ya no es proletaria". Este pensamiento es completamente claro. Mientras más el proletariado, ya en el poder, eleve su propia cultura, más cesará ésta de ser una cultura proletaria, haciéndose cultura socialista.

En la URSS, la creación de una literatura proletaria es proclamada como tarea oficial. Por otra parte, se nos dice que la URSS, en el curso del próximo quinquenio, se transformará en una sociedad sin clases. Pero en una sociedad sin clases, lo que puede evidentemente existir es una literatura sin carácter de clase, luego no proletaria. Es evidente que en esto falta una rigurosa conexión de los términos. Al régimen transitorio en la URSS responde en un cierto grado el papel dirigente de los "compañeros de viaje" en literatura. La preponderancia de los "compañeros de viaje" es también facilitada por el hecho de que el régimen burocrático ahoga las tendencias creadoras autónomas del

proletariado. Se presentan como modelos de literatura proletaria las obras de los "compañeros de viaje" menos dotados, que se distinguen por su servilismo. Entre los "compañeros de viaje" existe un cierto número de verdaderos talentos, aunque no exentos de la enfermedad del gusano roedor. Aunque el único de los Serafimovich es el mimetismo. La liquidación de la grosera tutela mecánica, ejercida por la burocracia estaliniana sobre todas las formas de creación espiritual, es la condición indispensable de un incremento del nivel literario y cultural de los jóvenes elementos proletarios en la URSS por el camino de la cultura socialista."

Una cuestión de técnica literaria me llevó a Prinkipo. Trotsky sabe hasta qué punto respeto en él al combatiente de la causa proletaria y al ilustre organizador de las victorias de octubre. Sabe que le considero como uno de los hombres más grandes de nuestro tiempo. No tenía necesidad de que le hiciera confidencias groseramente elogiosas y no hablamos en absoluto de su política. Si mi pensamiento y mi sentimiento me hubieran comprometido a confiarle enteramente mi fe, se lo hubiera dicho, y daría testimonio de ello. Mi declaración, lo sé, no tendría ninguna importancia para el movimiento revolucionario. Estimo que es una de las razones por las cuales debo abstenerme de reflexiones en este orden de ideas.

El objeto preciso de mi visita y de mi estancia era la revisión de una traducción considerable, sobre la que había surgido una discusión entre el autor y yo. Se puede imaginar sin mucho esfuerzo que, durante largas horas de trabajo común, tuvimos discusiones, de las que conviene conservar algún testimonio debido a la situación histórica de mi interlocutor.

Creo, en primer lugar, que León Trotsky como escritor, utiliza métodos cuyo rendimiento es muy desigual. Confiesa haber redactado o dictado alguna de sus numerosas obras sólo por la necesidad de expresar su pensamiento lo más claramente posible. Si su temperamento estalla alguna vez en imágenes y metáforas sorprendentes que el ruso "refinado" no soporta siempre con facilidad, poco le importa. Usa, sobre todo, deliberadamente, la terminología corriente en política y se aviene a las repeticiones. Se preocupa poco de una determinada versión, juzgando que el objetivo se ha logrado si sus ideas han alcanzado el blanco. Conozco un libro, cuya publicación inmediata fue ordenada por él, a pesar de las imperfecciones evidentes de la traducción, y él me dijo: "Así debía publicarse. El estilo aquí cuenta poco". Pero he aquí que este hombre de acción desea elevar su monumento literario. A partir de entonces, León Trotsky es completamente distinto. Ha escrito y dicho que vaciló mucho, mucho tiempo, antes de ser el militante que conocemos, entre la carrera de ingeniero y la de escritor. En varios periodos de su vida manifiesta la vocación de "literato". Confecciona con gran esmero libros cuya alta calidad artística nadie negará: *1905*, *Lenin*, su *Ensayo autobiográfico* [Mi vida] y actualmente su *Historia de la revolución rusa*.[138]

-¡Ah, qué difícil es escribir! me dice.

Los manuscritos de Trotsky son inmensas hojas tan llenas de cola como de tinta.

-Mi trabajo no avanza rápidamente... no más rápidamente que el suyo...

Quiero destacar aquí la gran delicadeza de Trotsky. Viene a verme:

-Usted ha podido pensar que le reprochaba trabajar lentamente. No era en modo alguno esa mi intención. Sé lo que usted hace...

Pero se rebela a veces cuando trato de defender nuestra sintaxis francesa contra atentados flagrantes.

[138] Todos ellos disponibles en estas mismas Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS), excepto el *Lenin*, de próxima edición.

Yo había escrito una frase cuya construcción se esbozaba, esquemáticamente, así: “Como se había dicho esto, que por otra parte se trataba de tal manera y que en fin la idea que él se hacía...”.

-Ah, camarada Parijanine, ¿por qué todos esos qué?

-El que sustituye normalmente al como en una serie de proposiciones subordinadas...

-¡Ah! camarada, camarada... busque otra cosa... ¡Quíteme esos que!

-¡ La sintaxis!

-Sí, ¡la sintaxis! ¡la Academia!... Pero es pura pedantería, exclama Trotsky (se agita en su silla, su irritación no es fingida, sus expresivos dedos me lo advierten). ¡Sus que!

¿Ignora usted que Flaubert detestaba los que? ¡Espere un poco! ¡Cuando hagamos la revolución en su país, sus que...!

Bajo la cabeza:

-Sí, quizás... Pero la revolución no se ha hecho... Trotsky, bonachón y desanimado:

-Bueno, está bien... deje sus *que*... Pero pronto vendrá mi desquite... ¡Va a ver usted!...

Y la batalla continúa.

Trotsky admira el estilo de Flaubert y el de... Pascal. Sí, se trata de Bias Pascal, autor de la apología cristiana. En él, el escritor materialista ha apreciado la prontitud y dureza de las fórmulas, la potencia explosiva que rompe el curso abundante y regular de la prosa francesa. A Trotsky no le gusta para nada la redondez oratoria, el desarrollo “acolchado” (dice él) cuya virtuosidad le parece una debilidad. Irónico, me persigue:

-¡Usted imita a Bossuet, camarada!...

-¡Eh! ¡Eh! ¡No estaría tan mal si pudiera creerle!...

Pero, ¿no se impacienta desde entonces tratando de adivinar la recitación rítmica de Flaubert?

No, y probablemente no porque ha encontrado en Flaubert, independientemente de la cadencia, el extremo vigor de los contrastes.

Estas preferencias caracterizan, no a Pascal y a Flaubert, sino al propio Trotsky. Indican sus afinidades de escritor. Por lo demás, mostrando su temperamento, no prueban necesariamente su competencia crítica. Sólo manifiestan su originalidad de hombre hecho para la batalla y lo imprevisto de las fórmulas impetuosas.

En todo caso, la opinión de Trotsky sobre la cultura socialista en general y sobre la literatura llamada “proletaria” en particular, es de una importancia capital. Pues sitúa exactamente las relaciones entre elementos incompletos.

Por un lado, artistas forzosamente sujetos al sueldo de la burguesía; por otro lado, un proletariado miserablemente “culto”, al que no llegan ni siquiera las obras de los escritores llamados “proletarios”.

¡Ahí está lo trágico de una situación que sólo cambiará con la revolución! Y esto es lo que León Trotsky ha puesto de relieve brutal y claramente.

Maurice Parijanine
(Les Humbles, julio y agosto de 1932)

Por la libertad de educación[139]

(10 de julio de 1938)

Sinceramente agradezco a los directores de *Vida* por haberme pedido expresar mi opinión sobre las tareas de los educadores mejicanos. Mi conocimiento de la vida de este país es todavía insuficiente para formular juicios concretos. Pero hay una consideración general que puedo exponer aquí.

En países atrasados, lo cual incluye no sólo a México, sino en cierta medida también a la URSS, la actividad de los maestros no es una simple profesión sino una misión exaltada. La tarea de la educación cultural consiste en despertar y desarrollar la personalidad crítica entre las masas oprimidas y esclavizadas. La condición indispensable para esto es que el mismo educador posea una personalidad desarrollada en un sentido crítico. Una persona que no ha desarrollado serias convicciones no puede ser líder de la gente. Es por esto que un régimen totalitario en todas sus formas en el estado, en el sindicato, en el partido le ocasiona irreparables daños a la cultura y a la educación. Cuando las convicciones son impuestas desde arriba como una orden militar, el educador pierde su individualidad mental y no puede inspirar a niños o adultos respeto o confianza en la profesión que ejerce. Esto pasa actualmente, no sólo en los países fascistas, sino en la URSS. Las bases creadas por la revolución de octubre todavía no están (por fortuna) destruidas completamente. Pero el régimen político ya ha asumido definitivamente un carácter totalitario. La burocracia soviética, que ha violentado la revolución, quiere que la gente la considere infalible. Es a los maestros a quienes les ha encomendado la tarea de engañar a la gente, como hacen los sacerdotes. Para acallar la voz de la crítica, han introducido un sistema totalitario en la educación de los sindicatos obreros. Los funcionarios de la policía ponen a los dirigentes sindicales a emprender furiosas campañas de calumnia y represión contra los educadores de mente crítica, acusándoles de ser contrarrevolucionarios, "trotskystas" y "fascistas". Aquellos que no se rinden, son suprimidos por la GPU. Es más, la burocracia soviética intenta extender el mismo sistema al mundo entero. Sus agentes en cada nación buscan establecer el sistema totalitario dentro de los sindicatos de aquellos países. Este es el peligro terrible que amenaza la causa de la revolución y amenaza la cultura, particularmente en los países jóvenes y atrasados, donde la población está demasiado dispuesta, aun tal como es, a doblar la rodilla ante el feudalismo, el clericalismo y el imperialismo.

Mi deseo más ferviente es el de que la educación mejicana no sea sometida a un sistema totalitario en sus sindicatos, con las mentiras, calumnias, represiones y estrangulamiento del pensamiento crítico que éste trae consigo. Solamente una honesta y tenaz lucha ideológica puede asegurar la formación de convicciones serias con raíces firmes. Sólo una educación con estas convicciones es capaz de ganar autoridad indestructible y realizar su gran misión histórica.

N. V. Gógol

(21 de febrero de 1902)

Hoy, a los cincuenta años de la muerte de Gógol, cuando ya ha transcurrido bastante tiempo desde que el escritor desgraciado logró convertirse en "gloria" reconocida y ensalzada de la literatura rusa, y recibir de quien corresponde la consagración oficial como "padre de la escuela realista", escribir sobre él en forma de

[139] Carta para *Vida*, el periódico de los profesores de Michoacán, México.

rápida crónica significa hacer al autor de *Las almas muertas* víctima sumisa de unos cuantos lugares comunes y de banales frases panegíricas. Actualmente, sobre Gógol hay que escribir libros, o no escribir nada. En la representación del lector medio ruso al nombre de Gógol se adhiere un cierto ciclo de nociones y juicios: "gran escritor", "fundador del realismo", "humorista incomparable", "risa destilada en el llanto"... De tal manera que es suficiente decir Gógol para que el escritor se dibuje en la conciencia rodeado del cortejo, reducido pero fiel, de esas representaciones. De ahí que el artículo jubilar periodístico no le diga al lector mucho más que el puro nombre del escritor al cual está dedicado. ¿Para qué escribir eso?, se pregunta el lector.

Pueden darse diversas respuestas. En primer lugar, ¿cómo no recordar al gran escritor, aunque sea con banales discursos, ahora, cuando su obra se ha convertido en libre patrimonio de la sociedad? En segundo lugar, ¿es que el lector ha conservado nítidamente en su memoria las tres o cuatro etiquetas que sirvieron en la escuela para familiarizarle con Gógol? Y, en tercer lugar, si en el vaivén de la vida el lector no ha extraviado esas máximas sacramentales, ¿recuerda acaso lo que significan? ¿Despiertan algún eco en su espíritu? ¿No los ha vaciado de sentido y privado de alma nuestra escuela? Y si así es, ¿por qué no intentar infundirles un poco de vida?

Naturalmente, el mejor homenaje del lector a la memoria de Gógol, en esta fecha solemne y triste, sería releer su obra. Pero comprendo perfectamente que la mayoría aplastante del "público" no lo hará. Gracias a Dios, nosotros y los lectores hemos dejado atrás la edad de "iniciarse" en Gógol. Recordamos que un cierto oficial, apellidado, al parecer, Kovaliev, quedó privado temporalmente de nariz; que en Nósdriev existía un favorito insuperablemente vacío; que el Dniéper es hermoso cuando la atmósfera está en calma; que el bey de Argelia tiene un lobanillo debajo mismo de la nariz; que Podkoliesin saltó por la ventana en lugar de ser coronado; que Petruschka tenía un olor particular... ¿Sabemos algo más? ¡Ay de nosotros!

Evidentemente, siempre nos apresuramos a recomendar de la manera más favorable "el gran escritor" a nuestro hermano menor, al primo o al hijo, pero en lo que a nosotros concierne preferimos deleitarnos con la "gran literatura rusa" de modo totalmente platónico...

Lector, somos unos bárbaros, y no amamos de verdad, profunda y entrañablemente, "cultamente", a nuestros clásicos...

Gógol nació el 19 de marzo de 1809. Murió el 21 de febrero de 1852. Vivió, por tanto, menos de 43 años, mucho menos de lo que necesitaba la literatura. Pero en el breve plazo de su penosa vida hizo lo inagotable. Hasta Gógol la literatura rusa pretendía existir. Desde Gógol, existe. Él le dio existencia, enlazándola para siempre con la vida. En este sentido fue el padre del *realismo* o escuela naturalista, cuyo padrino fue Belinsky.

Hasta ellos, "la vida y las convicciones que la vida alumbraba andaban por un lado, y la poesía por otro: la relación entre el escritor y el hombre era muy tenue, y hasta los más vitales, cuando cogían la pluma en calidad de literatos, no se preocupaban a menudo más que de las teorías acerca de la elegancia estilística, sin atender, en general, a la significación de sus obras, ni a "trasponer la idea viva" en la creación artística". "De esta insuficiencia (carencia de conexión entre las convicciones vitales del autor y sus obras) sufría toda nuestra literatura, hasta el momento en que la influencia de Gógol y Belinsky la transformó"[140].

Por razones perfectamente comprensibles, la tendencia satírica (en el sentido amplio del término) fue siempre la más viva, la más honesta y sincera, en la literatura rusa. No es en las reflexiones versificadas de Lomonósov sobre la utilidad del cristal, ni

[140] Chernishevski, *Ensayos sobre el periodo gogoliano de la literatura rusa*, 1893, página 250.

en la noble gallardía de las odas derjavinianas, ni en la enternecedora sentimentalidad de las novelas cortas karamzinianas, sino en la sátira de Kantemir, en las comedias de Fomvizin, en las fábulas y sátiras de Krilov, en la gran comedia de Griboédov, donde es posible percibir el pensamiento social vivo, encarnado en formas más o menos artísticas. Esta corriente alcanzó su mayor latitud y profundidad con Gógol, en el gran poema "indigencia e imperfección de nuestra vida"...

Al enraizar en la vida, la literatura se hizo *nacional*.

Hasta Gógol tuvimos los Teócrito y Aristófanes rusos, los Corneille y Racine patrios, los Goethe y Shakespeare nórdicos. Apenas si teníamos escritores nacionales. Incluso Pushkin no estaba libre de mimetismo y le recompensaron con el título de "Byron ruso". Pero Gógol fue simplemente Gógol. Y después de él nuestros escritores dejaron de ser duplicados de los genios europeos. Tuvimos "simplemente" Grigórovich, "simplemente" Turguénev, "simplemente" Gontcharov, Sáltikov, Tolstoi,Dostoievsky, Ostrovsky... Todos proceden genealógicamente de Gógol, fundador de la narrativa y la comedia rusas. Habiendo recorrido largos años de aprendizaje, casi de artesanía, nuestra "musa" presentó su producción maestra, las obras de Gógol, y entró con plenos derechos en la familia de las literaturas europeas

Lo *nacional* en la literatura, al poner fin a la imitación escolar, acabó al mismo tiempo con los infantiles ensayos *folkloristas* de la época precedente, que tanto recordaban la máscara: conservando plenamente el carácter imitativo se cubrían con zipunes, armiakos y manoplas[141].

Con Gógol, la novela corta, "episodio del poema infinito de los destinos humanos", se adueñó de la situación. La novela devoró, absorbió, todo lo anterior, pero la novela corta, llegada al mismo tiempo, borró incluso sus huellas, y hasta la novela se apartó respetuosamente a su paso, dejándola marchar en vanguardia"[142]. Hasta ese momento podíamos componer odas, tragedias, fantasías, idilios, todo lo que queramos. No nos preocupaba que la vida no suministrase material ni para la tragedia, ni para la oda. La "musa" gozaba de plena autonomía respecto a la vida. Creaba de sí misma, según la poética escolar. Gógol, en el dominio de la prosa artística, y Belinsky, en la esfera de la crítica, extirparon las secuelas de esa autonomía fatal. La realidad comienza a vivir una segunda vida en la novela corta realista y en la comedia, particularmente en la primera: la novela corta, "el pan nuestro de cada día, nuestro libro de cabecera, el que leemos sin pegar ojo toda la noche y abrimos en cuanto alborea el día"[143].

Marlisky fue el "confeccionador" de la narrativa rusa, Gógol su creador, Belinsky su teórico.

¿Cuál fue la razón de la primacía de la narrativa en la lucha de los géneros artísticos?: la fidelidad de lo artístico a la realidad. ¿Qué es la narrativa gogoliana?: "La comedia satírica que comienza con necedades y acaba en lágrimas, y la cual, finalmente, se llama vida"[144]. Exactamente: *se llama vida*.

He aquí por qué la encarnizada refriega de opiniones, discusiones y divergencias que surgió en torno al nombre de Gógol, fue de un carácter incomparablemente más general que la lucha entre los restos del falso clasicismo y del pseudorromanticismo, por un lado, y el realismo, por otro. Pero, permítanme hacerme a un lado y dar la palabra al crítico genial, al más alto padrino de la literatura rusa moderna.

"¿Acaso los interminables comentarios y discusiones en los salones sobre *Las almas muertas*, los entusiastas elogios y los crueles zarpazos en las revistas, suscitados

---

141 Prendas campesinas tradicionales.
142 Belinsky, *Sobre la novela corta rusa y la novela corta de Gógol*. LT.
143 Belinsky, *Ibid.* LT.
144 Belinsky, *Ibid*, LT.

por la nueva creación de Gógol, no son expresión de vida, y un fenómeno tan social como literario? Más aún, este ruido, estas críticas, ¿no son el resultado del choque entre los viejos y los nuevos principios, de la lucha entre dos épocas? Todo lo que se acepta y prospera desde el primer momento, siendo acogido y acompañado con elogios incondicionales, no puede ser algo grande y esencial: *grande y esencial no puede serlo más que aquello que divide las opiniones y juicios de las gentes*, lo que crece y madura en la lucha, lo que se afirma en la victoria viva sobre resistencias vivas..., bien sea la pugna entre los espíritus de la época, bien el combate entre los viejos y nuevos principios"[145]. Para nosotros es difícil, casi imposible, representarnos la impresión que debieron producir *Las almas muertas* en aquellos tiempos sórdidos y tristes.

"De repente, una explosión de risa [dice Herzen en carta a Ogariev[146]] Extraña risa, espantosa risa, risa convulsiva, en la que hay vergüenza y remordimiento; si queréis, no un reír hasta llorar, sino un llorar hasta reír. El mundo absurdo, monstruoso, mezquino, de *Las almas muertas*, no resistió, quedó como paralizado, y comenzó a retroceder", sin demasiada precipitación, sea dicho.

"Si queréis, no un reír hasta llorar, sino un llorar hasta reír", dice Herzen. No es una imagen vacua: tras ella hay una idea. Ahora, cuando "el mundo absurdo, monstruoso, mezquino, de *Las almas muertas*, se ha encogido realmente, no somos tan enfermizamente sensibles a su monstruosidad, y lo que más nítidamente percibimos del gran poema son las notas satíricas. Pero en aquel tiempo, cuando el Sobakiévich vivo se lanzaba aún a las piernas de cada cual[147], y no siempre se excusaba, el carácter trágico del cuadro aparecía en primer plano. Y a los mejores les arrancaba lágrimas, lágrimas de indignada impotencia, lágrimas de solitaria desesperación... Sólo para los generales tipo Betríschev, Gógol quedaba como un escritor de "lo cómico".

El mundo absurdo de *Las almas muertas* comenzó a retroceder... ¿Pero retrocedió del todo y dejó limpio el terreno para los brotes de la nueva vida?

La respuesta es demasiado evidente. La servidumbre, esa base social del mundo de *Las almas muertas*, fue abolida, pero subsistieron innumerables residuos en el derecho y en las instituciones, extensos grupos sociales respiran todavía esa atmósfera, toda una serie de fenómenos sociales se engendran ante nosotros en virtud del atavismo servil. Recordemos que el heredero inmediato de Gógol, el autor del *Idilio contemporáneo*[148], se servía de las figuras gogolianas para la "personificación" de nuestra *reformada* vida. ¿Puede decirse que hoy día esas figuras no tienen más que un interés estético?... ¡Si así fuera!... Por eso está vivo todavía el lado trágico de *El inspector* y de *Las almas muertas*.

¡Cuántos reproches tuvo que escuchar Gógol porque mostraba toda "la indigencia [sí, la indigencia], la inmadurez, de nuestra vida"! Si él hubiera asumido conscientemente todo el sentido y la significación de su obra, no hubiese cedido a la influencia de esos reproches: por el contrario, le hubieran comunicado todavía mayor fuerza y confianza: ¿Qué hacer, habría dicho, si la atmósfera vil de la servidumbre y de la arbitrariedad burocrática no engendra más que "indigencia e inmadurez"?... Pero Gógol (nos referiremos a ello más adelante) no se elevó a una concepción crítica global del régimen social existente. No se levantó contra sus fundamentos, y consideraba sagrados sus principios. ¿No debía desconcertarle que de esos fundamentos inviolables y de esos sagrados principios resultara sólo indigencia e inmadurez, inmadurez e indigencia?...

De ahí esa extraña explosión lírica al final del primer tomo de *Las almas muertas*, donde Rusia es simbolizada en una *troika* lanzada en loca carrera... De ahí los proyectos

[145] Belinsky, *Discurso sobre la crítica de A. Nikitienko.* Es subrayado es nuestro. LT.
[146] Herzen, *Obras completas y correspondencia*, Petrogrado, 1919. LT.
[147] Sobakievich viene de *sobaca*, perro.
[148] Sáltikov-Schedrín, *Obras Escogidas*, Tomo XI, Petrogrado, 1918. LT.

nacidos muertos, como esas promesas de crear el prototipo del buen *mujik* ruso y de la embrujadora doncella eslava.

Como realista que era hasta los tuétanos, Gógol no podía tener éxito en la creación de tipos "positivos", puesto que la vida misma no lo lograba, al menos en las esferas accesibles a la literatura y al horizonte creador de Gógol. ¿No estaba condenado por anticipado al fracaso cuando concebía, bajo la influencia de la opresiva rutina de la vida, elevar con sus propias fuerzas a ese magnífico mujik y a esa doncella excepcional, tales que en ningún otro pueblo podía encontrarse nada parecido? ¡Ay! Los Chíchikov, los Manílov, los Pliuschkin, los Tenténikov (en el mejor de los casos), ocupaban el terreno, codo a codo, compactos, y no deseaban retirarse, ni en la vida real, ni en la literatura. ¿De qué "pieza" debía tallarse el gran mujik? ¿De Chíchikov, de Manílov, de Pliuschkin, de Nosdrievski? ¿Qué atmósfera habían de respirar sus pulmones? ¿La atmósfera de la servidumbre? ¿De qué madre podía ser hija la doncella encantadora?...

La realidad viva (más exactamente: muerta) no daba respuesta a esos interrogantes. El bravo mujik no podía ser reproducido artísticamente, había que inventarlo. ¿Por quién? ¿Por Gógol, que a semejanza del titán de la mitología griega no se sentía invencible más que cuando tocaba tierra? De ahí lo falso de tipos como Murósov, Kostanzhoglo. ¿Acaso era sensato que las ambiciosas intenciones creadoras del poeta se convirtiesen en ceniza en la segunda parte de *Las almas muertas*?

Gógol comenzó su gran contribución a la literatura rusa con las *Veladas en la isba*, estas creaciones de juventud, transparentes, puras y frescas como una mañana de primavera, "alegres canciones en el banquete de la vida todavía inexplorada"; se elevó después hasta la gran comedia y el poema inmortal de la Rusia burocrática y terrateniente, y concluyó con el grave y estrecho moralismo de la *Correspondencia con los amigos*. Aparentemente no hay puente ppsicológico entre las etapas extremas de ese itinerario.

Del "cancionero" juvenil, en el que con guiño malicioso nos habla en tono desenvuelto de Patsiuka, la sirvienta parienta del diablo, hasta la creación de *Las almas muertas*, efectuamos la transición ascendiendo los escalones de la ppsicología normal. Esos momentos se interrelacionan como la *juventud* y la *madurez* del genio poético.

Pero, ¿cómo realizar la transición ulterior: del Gógol realista al Gógol místico, del poeta profundamente humano al estrecho asceta-moralista? ¿Cómo enlazar la luminosa "espontaneidad" de su espíritu con ese estado de los últimos años de su vida, que el mismo Gógol calificaba de "elevado transporte lírico", pero que en realidad fue (sirviéndonos de la definición de un antiguo y agudo artículo) "idealismo forzado y desplazado"?[149]

El Gógol, que tan plenamente dominaba el mecanismo psicológico de la ensoñación ociosa y de la mediocridad sentimental, entregándonoslo en la figura de Manílov; el Gógol que, según la expresión de O. Müller, "extirpó para siempre el manilovismo en la literatura rusa"[150]; este Gógol, ¿puede ser el predicador del manilovismo místico-moralista en la lamentable *Correspondencia con los amigos*?

¿Puede ser Gógol el que en tono sentencioso, de paternal convicción, distribuye a unos y otros consejos asombrosamente banales y vacíos?: al gobernador, acerca de la necesidad de tener funcionarios de buenas costumbres en la administración de la provincia para edificación de los ciudadanos; al terrateniente, sobre el establecimiento de relaciones ideales con los campesinos fundamentadas en... el derecho feudal. ¿Puede el Gógol humanista, el Gógol humorista, el Gógol realista, que ha puesto en la picota la podredumbre, la mezquindad, la ociosidad, el manilovismo rusos, dar consejos tan vacíos, tan quietistas, tan manilovianos? ¿Es esto posible?

---

[149] "Obras y cartas de Gógol", *El contemporáneo*, número 8, 1857. LT.

[150] *Los escritores rusos después de Gógol*, 1886. LT.

El asombroso divorcio entre el Gógol artista y el Gógol moralista obliga a muchos a recurrir a la psiquiatría en busca de elementos que expliquen y concilien. El mismo Gógol se quejaba de que, con motivo de la *Correspondencia con los amigos*, "casi en presencia del autor comenzaron a decir que había perdido el juicio, y le recetaban remedios para los trastornos mentales" (*Confesión*).

Incluso en la actualidad se hacen intentos tardíos para establecer el diagnóstico de la enfermedad espiritual del escritor doliente, y situar las extrañas contradicciones entre sus obras y sus cartas, sus tristezas, sus "ideas obsesivas de carácter místico", bajo una u otra característica clínica de las "depresiones mentales"[151].

No vamos a entrar en el fondo de esos intentos, sobre todo porque se sitúan más allá de los límites del problema histórico-literario que nos interesa.

Aunque el espíritu del gran escritor, en el periodo final de su vida, necesitara la intervención de la psicología o de la psicopatología, esto no resuelve en lo más mínimo el problema: ¿Por qué y cómo el artista realista pasa al didactismo místico? No es el enfoque psiquiátrico, sino el histórico-social el que puede sacarnos del atolladero.

Reflexionemos. ¿Cómo llegó Gógol a su filosofía moralista? Con la potencia de su intuición artística hizo saltar las fortalezas de la barbarie hecha costumbre, de las monstruosidades cotidianas, de los crímenes usuales y de la eterna vileza, de la vileza sin fin. Todo lo que se había formado en siglos y fortalecido con la costumbre, lo que se había cubierto con polvo de centurias y coronado con la sanción mística, Gógol lo removió, lo sacudió, lo puso al desnudo, convirtiéndolo en tarea para el pensamiento y problema para la conciencia. Y todo este trabajo lo llevó a cabo sin que interviniera la reflexión razonadora y sistematizadora: su genio creador cogió la realidad con las manos desnudas[152].

Cuando esta actividad "clandestina" de la conciencia quedó cumplida, y objetivada como verdad, en una serie de figuras inmortales, estas figuras aparecieron ante el pensamiento del artista como interrogaciones objetivas de la esfinge de la vida.

¿Qué era, en realidad, el pensamiento de Gógol? Hay que recordar, una y otra vez, que Gógol vivió cuando en nuestra sociedad no existía aún una atmósfera "intelectual" estable, cuando los problemas de la concepción laica del mundo eran todavía totalmente inaccesibles a la literatura y casi no constituían objeto de discusión en los círculos intelectuales. En los años veinte, cuando Gógol era todavía niño y vivía en la provincia, en los círculos más selectos de la "sociedad" de la capital se comenzaba tan sólo a elaborar una concepción del mundo que en nuestra actual jerga publicística podría llamarse "ideología social avanzada". Pero a mediados del decenio esa elaboración fue interrumpida por vía puramente mecánica. En los años treinta aparecieron de nuevo oasis de inteligencia pensante, de los que salieron las figuras más representativas de la época siguiente. Pero antes de que Gógol pudiera ligarse a esos grupos, logró hacerse famoso como autor de las *Veladas*, y entrar en el círculo de Pushkin, que, si le favoreció grandemente como artista, era completamente incapaz de ampliar su horizonte social. Agregad a esto que desde 1836 Gógol vivió casi permanentemente en el extranjero, una vida extremadamente cerrada, manteniendo relaciones sólo con algunas personas, cuyas ideas estaban tan privadas de elementos críticos como las suyas...

---

[151] Véase en la entrega de enero de *Pensamiento ruso*, 1902, el artículo de N. N. Bazhiénov: "Enfermedad y muerte de Gógol". LT.

[152] "Su asombrosa fuerza de *creación inmediata* [dice Belinsky] perjudicó mucho a Gógol. Podría decirse que desvió su atención de las ideas y de los problemas morales que hierven en nuestra contemporaneidad, obligándole a fijar la atención preferentemente en los hechos y a contentarse con su representación objetiva" (*Aclaración a la aclaración).* Es verdaderamente extraordinario: la servidumbre, en cuyos jugos se alimentaban todos los monstruos, las fieras y los horrores de la vida rusa de entonces, para Gógol existía sólo como hecho, no como problema. LT.

Y he aquí que el pensamiento desarmado, impreparado, de Gógol, se encuentra frente a frente con una masa de problemas interconexos, suscitados por su propio talento creador como artista, al mismo tiempo que su conciencia, de aguda sensibilidad, no da tregua a la razón. Había que encontrar una solución como fuese, con auxilio de métodos de pensar deleznables, que por tradición eran considerados como absolutos, indiscutibles.

Al no tener fundamento dentro del mismo Gógol, las ideas necesitaban de una autoridad exterior para poder medirse con la faena destructiva de la creación directa. Tal autoridad se encontraba en los códigos morales, impuestos por las sugestiones de la infancia, consagrados por los recuerdos.

No tiene fundamento, por tanto, dividir la vida espiritual de Gógol en dos mitades y recurrir, para soldarlas, a la psicopatología.

El estado de ánimo místico-moralista del final de la vida del gran escritor fue el desarrollo de las tesis inoculadas por la educación tradicional. La creación artística personal engendró la necesidad de pensar la vida, y en respuesta a esta exigencia la sensible conciencia literaria realizaba penosos esfuerzos por reducir a unidad todos aquellos principios arcaicos que se transmiten de generación en generación, que infunden a la mayoría platónico respeto, pero que nadie aplica en la vida.

¡Podemos imaginarnos la falsa valoración que hubieron de tener, desde el ángulo de estos vetustos códigos, los resultados de la intuición artística, cuán mezquina e ingenuamente infantil fue la solución que habrían de recibir los problemas de la vida social!...

Tomemos la comedia *El inspector*, esta especie de "poema" del burocratismo provincial. Skvosnik-Dmujánov es el payaso y el estafador, el timador y el tiralevitas. Lo más terrible, naturalmente, es que "en él eso no es amoralidad, sino su formación moral, la noción suprema de sus deberes objetivos"[153]. Su moralidad monstruosa es la simple derivación lógica de determinadas premisas sociales. En esto consiste, utilizando la terminología de aquel tiempo, lo "patético" de su figura. Evidentemente, la comedia inducía a conclusiones que iban mucho más allá de las normas de la buena conducta burguesa, las cuales prohibían dejarse sobornar y robar al fisco. Gógol, por todas sus concepciones, no podía percibir el valor social y la significación histórica de esas conclusiones: le asustaban. Y como resultado de este temor aparecía el intento de interpretar al modo místico-moralista lo que era una comedia social profundamente realista. Resultaba que la ciudad presentada en la comedia era la encarnación de nuestra alma enferma; Plutichinovniky, de nuestras malignas pasiones; Jlestajov, de la conciencia laica, falsa y vencida; y el gendarme, este *Deus ex machina* patrio, esta figura providencial, que con su prosaica aparición determina el desenlace de miles de dramas y comedias vivas, este gendarme, resulta ser el mensajero del juicio final, de la conciencia verdadera e insobornable. Desenlace de *El inspector*.)

Esta explicación didáctica y aburrida, que no viene a cuento, no disminuye en lo más mínimo la fuerza "fermentadora" de la comedia.

Lo mismo ocurre con otras obras. Estimularon en la conciencia social una corriente orgánica de ideas que rebasaban con mucho el horizonte social del mismo Gógol. "Tras estas figuras monstruosas y repelentes los lectores reflexivos vislumbran otras, entreven imágenes de noble perfil; esta sucia realidad les induce a la concepción de la realidad ideal, y *aquello que es* les permite representarse más claramente *aquello que debe ser*"[154]. Si liberamos esta frase de las férreas tenazas de la fraseología hegeliana, obtenemos un pensamiento muy sencillo y profundo: la idea fundamental del poeta es la contradicción entre las *formas* cristalizadas, inmóviles, de la vida rusa, y su *contenido*

---

[153] Belinsky, *La aflicción de la inteligencia*. LT.

[154] Belinsky, *Aclaración a la aclaración*. LT.

fluyente. Contradicción que plantea problemas para los cuales los viejos marcos resultan estrechos. Este movimiento del "principio sustancial", que incluso en nuestros días no se ha agotado aún, llevó en su época a la abolición de la servidumbre y a toda una serie de otras transformaciones sociales. El lugar que el poema gogoliano ocupa en ese movimiento no es de los últimos.

Y por mucha que fuera la insistencia y sinceridad con que Gógol repitió ulteriormente que él no había nacido para hacer época en el campo de la literatura, sino para salvar el alma, la cosa "no tiene arreglo": Gógol hizo época, Gógol creó escuela, Gógol creó literatura...

Sí, no hay duda que el gran escritor se extravió bastante... Pero, ¿quién se atreve hoy a lanzar la piedra condenatoria contra la gran conciencia torturada, que tan desesperadamente buscó la verdad, y con tales sufrimientos pagó su extravío?

Si intentó disminuir el sentido social de sus propias obras, dándoles una interpretación moralista impersonal, ¡no se lo tengamos en cuenta! Si en su labor publicística sedujo a algunos con el sí menor, ¡perdonémosle!

Pero por sus grandes e inapreciables servicios al arte de la palabra, por la elevada influencia humana de su creación, ¡gloria eterna e inextinguible a Gógol!

Vostóchnoe Obosrénie, número 43, 21 de febrero de 1902

El ecléctico Sancho Panza y su místico escudero Don Quijote

(18 de agosto de 1908)

Hace poco leí en un periódico ruso que hoy día el realismo[155] ha sido definitivamente abolido, y si se conservan algunos tristes restos no es más que en las trastiendas, en los folletos marxistas. ¡Qué vamos a hacer! Si ha sido abolido, abolido queda. En una ocasión el señor Kusmin abolió las leyes naturales sin que se conmovieran los pilares del edificio cósmico, de modo que si ahora sólo se trata de la abolición de la filosofía materialista no hay motivos, por el momento, para desesperar. Lo que el autor no quiere revelarnos es quién, concretamente, ha abolido el realismo. De paso, hablando para sí, reconoce que con los místicos se siente positivista, y con los positivistas, místico; con los decadentes añora el naturalismo, y de los naturalistas siempre quiere huir a los decadentes. Está visto que nuestro hombre se siente en el más elevado estado de ingravidez, sin lastre alguno. Hace algún tiempo (entre veinte y treinta meses atrás)[156] se le hubiera podido decir: "Muy señor mío: eso suena a falta de principios y en ello no hay nada, decididamente nada, de qué enorgullecerse". Pero ahora "tristes consideraciones" como ésas no producirían efecto a nadie. Las posiciones de principio también quedaron relegadas a las trastiendas junto con los restos del realismo. Con la particularidad de que también en este aspecto no está bien visto revelar si se trata simplemente de un destierro administrativo a un rincón geográfico, o del destierro, digamos, "espiritual" y radicalmente irreversible. El solo hecho de suscitar esta cuestión se considera altamente inoportuno porque despierta recuerdos desagradables, provoca remordimientos de conciencia y engendra inquietud... Y estos señores, que tan coquetamente gustan pasearse ligeros de bagaje, no hay nada que aprecien más que la tranquilidad de alma. Sería inadmisible ingenuidad pensar que sus oscilaciones entre el positivismo y la mística son engendradas por la inquietud del espíritu indagador. De ninguna manera. El que indaga

[155] "Realismo" es utilizado aquí en el sentido de materialismo filosófico.
[156] Alusión al periodo de la revolución de 1905.

no se alaba nunca de no encontrar nada. Pero los señores en cuestión tienen verdaderamente lo que necesitan. En el tibio caldo de su indiferencia diluyeron un puñado de positivismo, una pizca de mística, cierta dosis de escepticismo, algo de estética, e incluso un poco de cinismo, y lo que temen, por encima de todo, es que cualquier sacudida brutal venida del exterior les haga perder el equilibrio y su miserable brebaje ecléctico se derrame completamente.

Estos señores, que ensayan ante el espejo gestos de autosatisfacción, en el fondo son muy cobardes. En lo más profundo de su alma (quiere decirse, a no mucha profundidad) alojan el miedo permanente a las trastiendas realistas. *De ahí pueden venir siempre desmesuradas y fatales desgracias*...

¿Saben ustedes por qué ellos se apresuran tanto a disminuir y denigrar el ayer? Precisamente porque temen el mañana. Son miedosos, estos eclécticos. Envidian incluso a los místicos, pese al aire protector con que les palmotean en la espalda. Y su envidia sería incomparablemente más viva si los mismos místicos no estuvieran hechos de material tan deleznable. Pero ahí reside el quid de la cuestión: nuestros místicos no son más que positivistas desesperanzados de su vulgar positivismo, y sería vano, por esa razón, buscar en ellos un verdadero ser místico.

Cierto francés ingenioso llamó a Heine *romantique défroqué*[157], es decir, romántico que ha colgado los hábitos. Excelente imagen, que da en el clavo. En la lírica de Heine podemos observar, a cada paso, cómo el escéptico interrumpe al romántico y le saca la lengua sin ceremonia. *Les proportions gardées*, algo parecido le sucede a nuestro místico. No es un místico, es un positivista que ha colgado los hábitos. De ahí que a cada momento le sucedan desagradables episodios espirituales, y más de una vez, llegado al punto de las altas “revelaciones”, su viejo y no superado positivismo le provoque sacándole la lengua.

... Estas dos figuras: el eclecticismo cobardón altanero y el disparatado místico “genial”, representan algo así como nuestra variante moderna del tema Sancho Panza y Don Quijote. Pero, ¡ay! ¡cuán radicalmente se han trocado los papeles! Ahora el amo es Sancho Panza, y Don Quijote (al servicio de Sancho) es algo intermedio entre profeta y bufón.

León Tolstoi[158]

(15 de septiembre de 1908)

Tolstoi festeja su 80 aniversario y nos aparece hoy como una vieja roca cubierta de musgo, hombre de una época superada.

¡Extraña cosa! No sólo Karl Marx, sino hasta (para tomar un ejemplo sacado de un campo más familiar a Tolstoi) Enrique Heine, parecen vivir hoy aún entre nosotros. Y ya el torrente infranqueable del tiempo nos separa actualmente de nuestro gran contemporáneo de Yasnaia Poliana. Tolstoi tenía 33 años cuando la servidumbre fue suprimida en Rusia. Había crecido y se había desarrollado como el descendiente de “diez generaciones no humilladas por el trabajo”, en la atmósfera de la vieja nobleza rural rusa, con su distinción señorial, en medio de los campos heredados de padres a hijos, en la vasta mansión feudal, a la sombra apacible de las hermosas avenidas de tilos. Las

[157] En francés en el texto.
[158] Este artículo fue publicado por primera vez en alemán en la *Neue Zeit* (15 de septiembre de 1908), en ocasión del 80 aniversario del nacimiento de Tolstoi.

tradiciones de la nobleza rural, su carácter romántico, su poesía, en fin, todo el estilo de su vida, Tolstoi lo había asimilado a tal punto que se convertiría en parte integrante, orgánica, de su personalidad. Aristócrata era al momento del despertar de su conciencia, aristócrata hasta la punta de las uñas sigue siendo hoy, en las fuentes más profundas de su trabajo creador, a pesar de toda la evolución ulterior de su espíritu.

Tolstoi aristócrata

En el castillo señorial de los príncipes Volkonsky, que pasara luego a la familia Tolstoi, el poeta de *Guerra y paz* vive en una habitación amueblada con gran sencillez. Una sierra colgada en una pared y, en el rincón, apoyadas contra la pared, una hoz y un hacha de carpintero. En el piso superior, como guardianes inmóviles de las viejas tradiciones, penden los retratos de toda una serie de generaciones de antepasados. ¡Qué símbolo! En el alma del amo de casa encontramos igualmente esos dos pisos superpuestos, en orden invertido. Mientras que, en las regiones superiores de la conciencia, la filosofía de la sencillez y de la fusión con el pueblo ha hecho su nido, desde abajo, allí donde hunden sus raíces los sentimientos, las pasiones y la voluntad, nos saludan toda una larga galería de abuelos feudales.

En la cólera del arrepentimiento Tolstoi se apartó del arte engañoso y vano que practica un culto idólatra con las simpatías artificialmente desarrolladas de las clases dominantes, cultivando sus prejuicios de casta por medio de la mentira y de la falsa bondad. ¿Qué vemos enseguida? En su última gran obra, *Resurrección*, es precisamente el gran latifundista ruso, rico en dinero y en antepasados, que él sitúa en el centro de su atención artística, rodeándolo esmeradamente del tejido dorado de las relaciones, hábitos y recuerdos aristocráticos, como si no existiera nada hermoso e importante sobre la tierra fuera de ese mundo “vano” y “engañoso”.

Un camino recto y corto lleva del dominio señorial a la casa del campesino. Ese camino, Tolstoi, el poeta, lo ha recorrido frecuentemente con amor, antes de que Tolstoi, el moralista, lo haya convertido en camino de la salvación. Aún después de la abolición de la servidumbre, sigue considerando al campesino como de su propiedad, como parte integrante de su contorno exterior y de su ser íntimo. Tras su “amor indiscutible por el verdadero pueblo trabajador”, se ve asomar su igualmente indiscutible antepasado feudal colectivo, aunque transfigurado por su genio artístico.

El latifundista y el campesino, tales son, a fin de cuentas, los únicos tipos que Tolstoi haya acogido en el santuario de su trabajo creador. Nunca, ni antes ni después de su crisis, se ha liberado ni ha tratado de liberarse del desprecio verdaderamente feudal por todos los personajes que se interponen entre el latifundista y el campesino o que ocupan un lugar cualquiera fuera de esos dos polos sagrados del viejo orden de cosas: el intendente alemán, el comerciante, el preceptor francés, el médico, el “intelectual”, y en fin el obrero de fábrica, con su reloj y su cadena. No siente jamás la necesidad de estudiar esos tipos, de mirar en el fondo de sus almas, de interrogarlos sobre sus creencias; pasan ante sus ojos de artista como personajes sin importancia alguna y, la mayoría de las veces, cómicos. Cuando llega a representar revolucionarios de los años 70 u 80, como en *Resurrección*, se contenta con variar en el nuevo medio sus viejos tipos de nobles y de campesinos, o nos da esbozos superficiales y cómicos. Su Novodvorov puede pretender representar el tipo del revolucionario ruso del mismo modo que el Riccaut de la Marliniere, de Lessing, el de oficial francés.

La hostilidad de Tolstoi a la vida nueva

A principios de los años 60, cuando Rusia fue sumergida bajo la marea de las nuevas ideas y, lo que es más importante aún, de las nuevas condiciones sociales, Tolstoi

tenía tras de él, como ya hemos visto, un tercio de siglo. Desde el punto de vista psicológico y moral, ya estaba, pues, completamente formado. No es necesario decir aquí que Tolstoi no fue nunca un defensor de la servidumbre como su íntimo amigo Fet (Chenchín), el aristócrata y fino lírico, en el alma del cual se codeaban el amor a la naturaleza y la adoración del látigo. Lo que es seguro es que Tolstoi sentía un profundo odio por las nuevas condiciones que estaban a punto de reemplazar a las antiguas. "Personalmente [escribía en 1861], no siento en derredor mío suavización alguna de las costumbres, y no estimo necesario creer al pie de la letra a los que afirman lo contrario. No me parece, por ejemplo, que las relaciones entre los fabricantes y los obreros sean más humanas que las relaciones entre los nobles y los siervos."

El desorden y el caos en todo y en todas parles, la decadencia de la vieja nobleza, la del campesinado, la confusión general, las cenizas y el polvo de la destrucción, la confusión y la baraúnda de la vida urbana, el cabaret y el cigarrillo en la aldea, la canción trivial del obrero de fábrica en lugar del noble canto popular, todo eso le asqueaba a la vez como aristócrata y como artista. Por lo cual se apartó moralmente de ese proceso formidable, negándole de una vez para siempre su aprobación de artista. No tenía necesidad de situarse como defensor de la servidumbre para estar con toda su alma a favor del retorno a aquellas condiciones sociales en las que él veía la sabia sencillez y encontraba la perfección artística. Allí, la vida se reproduce de generación en generación, de siglo en siglo, en una constante inmutabilidad, bajo el reino todopoderoso de la santa necesidad. En esas condiciones, todos los actos de la vida están determinados por el sol, la lluvia, el viento, el crecimiento de la lluvia. En ese orden de cosas no hay lugar para la razón o la voluntad personal y, por consiguiente, tampoco para la responsabilidad personal. Todo está regulado, justificado, santificado de antemano. Sin ninguna responsabilidad ni voluntad propias, el hombre vive sencillamente en la obediencia, dice el notable poeta del *Poder de la tierra*, Glieb Uspensky, y es precisamente esta obediencia constante, transformada en esfuerzos constantes, la que constituye toda la vida, la que, aparentemente, no conduce a resultado alguno, pero que sin embargo contiene en sí misma su resultado... Y (¡oh, milagro!) esta dependencia servil, sin reflexiones y sin opciones, sin errores y, por consiguiente, sin remordimientos, es precisamente la que crea la "facilidad" moral de la existencia bajo la dura tutela de la "espiga de centeno". Micula Selianinovich, el héroe campesino de la vieja leyenda popular, dice de sí mismo: "La madre tierra me ama".

He ahí el mito religioso del *narodnichestvo* ruso, "populista", que dominó durante largas décadas el alma la intelligentsia rusa. Completamente adversario de tendencias radicales, Tolstoi fue siempre fiel a sí mismo y, el seno de la *narochichestvo*, representó el ala aristocrática conservadora. Para poder pintar como artista la vida rural como él la conocía, la comprendía y la amaba, Tolstoi debía pues refugiarse en el pasado, en los albores siglo XIX. *Guerra y paz* (1867-1869) es en ese sentido su mejor obra, aún inigualada.

Ese carácter de masa, impersonal, de la vida y su santa irresponsabilidad, Tolstoi lo encarnó en la persona Karatáiev, el tipo menos comprensible para el lector europeo y, en todo caso, el que le resulta más extraño. La vida Karatáiev, como él mismo se daba cuenta, no tenía sentido alguno como vida individual. Sólo tenía sentido en función de un todo que él reconocía siempre como tal. Las inclinaciones, las amistades, el amor, tal como los compren Pedro, Karatáiev los ignoraba totalmente, pero él amaba y vivía en el amor de todo lo que encontraba en la vida y particular de los hombres... Pedro (el conde Bezujoi) sentía que Karatáiev, a pesar de toda su ternura amistosa por él, no se sentiría afligido ni un solo instante si hubiera tenido que separarse de él. Es el estadio en que el espíritu, para emplear el lenguaje de Hegel, no ha adquirido aún la naturaleza íntima y en

el que, por consiguiente, aparece únicamente como espiritualidad natural. A pesar del carácter episódico de sus apariciones, Karatáiev constituye el eje filosófico, no artístico, de todo el libro. Kutuzov, del que Tolstoi haría un héroe nacional, es Karatáiev, en el papel de general jefe. Contrariamente a Napoleón, no tiene ni planes ni ambiciones propias. En su táctica semiconsciente, y por consiguiente salvadora, él no se deja dirigir por la razón sino por algo que está por encima de la razón: el sordo sino por algo que está por encima de la razón, el sordo instinto de las condiciones físicas y de las inspiraciones del espíritu. popular. El zar Alejandro, en sus mejores momentos, al igual que el último de sus soldados, obedece indistintamente y de la misma forma a la influencia profunda de tierra. En esta unidad moral es donde reside precisamente todo el patetismo de la obra.

Tolstoi, pintor de la vieja Rusia

¡Qué miserable es en el fondo esa vieja Rusia, con su nobleza tan maltratada por la historia, sin altivo pasado de casta, sin cruzadas, sin amor caballeresco y sin torneos, hasta sin expediciones románticas de bandidaje en los caminos reales! ¡Qué pobre en belleza interior, qué profundamente degradada la existencia carneril y semianimal de las masas campesinas!

Pero, ¡qué milagros de transformación es capaz de crear el genio! De la materia bruta de esta descolorida vida gris saca e ilumina toda su belleza escondida. Con calma olímpica, con un verdadero amor homérico por los hijos de su espíritu, presta su atención a todos y a todo: al general en jefe, a los servidores del dominio señorial, al caballo del simple soldado, a la nieta del conde, al mujik, al zar, al piojo en la camisa del soldado, al viejo francmasón; ninguno de ellos tiene privilegios ante él y todos reciben su parte. Paso a paso, rasgo por rasgo, crea un inmenso cuadro cuyas partes, todas, están unidas entre sí por un nexo interior, indisoluble. Sin apresurarse, Tolstoi crea y desarrolla ante nosotros como la vida misma. ¡Siete veces modifica por completo su libro! Lo que más sorprende en este trabajo titánico de creación, es tal vez el hecho de que el artista no se permite, ni permite al lector, reservar su simpatía para tal o cual personaje suyo. Nunca nos muestra sus héroes, como hace Turguénev, héroes que, por otra parte, no ama, iluminados por luces de bengala o por la luz del magnesio, jamás busca para ellos poses ventajosas. No esconde nada y no se calla nada. Pedro, el inquieto buscador de la verdad, nos es mostrado al final de la obra bajo el aspecto de un padre de familia tranquilo y satisfecho. La pequeña Natacha Rostov, tan conmovedora en su delicadeza de corazón casi infantil, la transforma, con una ausencia total de piedad, en una mujercita limitada con las manos llenas de pañales sucios. Pero es precisamente esta atención apasionada por todas las partes aisladas lo que crea el patetismo poderoso del conjunto. Se puede decir que esta obra está toda impregnada de panteísmo estético, que ignora la belleza, la fealdad, la grandeza o la pequeñez, ya que para él sólo la vida, en general, es grande y bella en la eterna sucesión de sus manifestaciones más diversas. Es la verdadera estética rural, implacablemente conservadora por su naturaleza, y que acerca la obra épica de Tolstoi al Pentateuco y a la Iliada.

Dos intentos posteriores de Tolstoi por situar sus tipos psicológicos preferidos en el marco del pasado, y especialmente en la época de Pedro I y de los decembristas, fracasaron debido a la hostilidad del poeta hacia las influencias extranjeras, que dan a esas dos épocas un carácter tan preciso. Aun cuando Tolstoi se acerca más a nuestra época, como en *Ana Karenina* (1873), sigue siendo íntegramente extraño al desorden introducido en la sociedad, e implacablemente fiel a su conservadurismo artístico, restringiendo la amplitud de su vuelo, sin distinguir de la masa de la vida rusa más que los oasis feudales conservados intactos, con su viejo castillo señorial, los retratos de los

antepasados y las bellas avenidas de tilos a la sombra de los cuales se desarrolla, de generación en generación, el ciclo eterno del nacimiento, de la vida y de la muerte.

Tolstoi describe la vida moral de sus héroes al igual que su modo de existencia: tranquilamente, sin prisa, sin precipitar el curso interior de sus sentimientos, de sus pensamientos y de sus conversaciones. No se precipita jamás y nunca llega demasiado tarde. Conserva en sus manos los hilos de los que pende el destino de gran número de personajes, sin perder de vista a ninguno. Cual un dueño solícito e infatigable, lleva en la cabeza una contabilidad completa de todas las partes de sus inmensos bienes. Se diría que se contenta sólo con observar, y que es la naturaleza la que hace todo el trabajo. Arroja la simiente sobre la tierra y espera, cual un sabio agricultor, que, por un proceso natural, el tallo y la espiga surjan de su seno. Se pudiera casi decir que Tolstoi es un Karatáiev de genio, con su muda resignación ante las leyes de la naturaleza. Jamás pondrá la mano sobre la yema para desplegar sus hojas bruscamente. Esperará a que las despliegue sola, bajo la acción del calor del sol. Pues odia profundamente la estética de las grandes ciudades, la que, por una codicia que se devora a sí misma, violenta y martiriza a la naturaleza, pidiéndole sólo extractos y esencias y buscando en la paleta, con dedos convulsos, colores que no ofrece el espectro solar.

La lengua de Tolstoi es como su propio genio, tranquila, reposada, concisa y, aunque sin excesos, musculada, a veces hasta pesada y ruda, pero siempre sencilla y de un efecto incomparable. Se distingue a la vez del estilo lírico, cómico, brillante y consciente de su belleza de Turguénev, como del estilo retumbante, precipitado y rugoso de Dostoievski.

En una de sus novelas, el ciudadano Dostoievski, ese genio con el corazón irremediablemente herido, el poeta voluptuoso de la crueldad y de la piedad, se opone a sí mismo, en forma muy profunda y muy palpable, como el artista de las “novelas familiares rusas”, al conde Tolstoi, el poeta de las reformas caducadas de un pasado noble: “Si yo fuera un novelista ruso y tuviera talento [dice por boca de uno de sus personajes], escogería siempre mis héroes en la nobleza rusa, pues sólo en ese medio culto encontramos por lo menos la apariencia externa de una bella disciplina y de bellos motivos... Hablo totalmente en serio, aunque no sea un noble, como usted sabe... Pues, créame usted, es en esos medios donde se encuentra todo lo que existe de belleza en nuestro país, al menos todo lo que es, de cierto modo, belleza acabada, completa. No digo esto porque esté absolutamente convencido de la perfección y de la justificación de esa belleza, sino porque ella nos ha dado ya, por ejemplo, formas fijas de honor y de deber, que no se encuentran en ninguna otra parte, en Rusia, fuera de la nobleza... La vía que debe emprender ese novelista [prosigue Dostoievski, pensando sin duda alguna en Tolstoi, sin mencionarlo], sería perfectamente clara; sólo podría escoger el género histórico, pues ya no existen en nuestra época bellas y nobles siluetas, y las que aún subsisten en nuestros días han perdido, según la opinión actual, su antigua belleza”.

La crisis moral de Tolstoi

Al mismo tiempo que desaparecían las “bellas siluetas” del pasado, no solamente desaparecía el objeto inmediato de la creación artística, sino que hasta las mismas bases del fatalismo moral y del panteísmo estético de Tolstoi comenzaban a oscilar: el santo “karataievismo” del alma de Tolstoi se venía abajo. Todo lo que había constituido hasta entonces una parte integrante de un todo completo e indisoluble, se transformó en un fragmento aislado y por consiguiente en una cuestión. La razón se volvió absurdo. Y, como siempre, justamente en el momento en que la vida perdía su antiguo sentido, Tolstoi se interrogó sobre el sentido de la vida en general. Entonces (en la segunda mitad de la década de los 70), comenzó la gran crisis moral, no en la vida de un Tolstoi adolescente,

sino de un Tolstoi de cincuenta años de edad. Regresa a Dios, acepta la enseñanza de Cristo, rechaza la división del trabajo, la civilización, el estado, y preconiza el trabajo agrícola, la sencillez y el principio de la "no existencia del mal"[159]

Mientras más profunda era la crisis interior (se sabe, por propia confesión, que el poeta cincuentón abrigó largo tiempo la idea del suicidio) más asombroso parece el regreso de Tolstoi, a la postre, a su punto de partida. El trabajo agrícola, ¿no es esa la base sobre la que desarrolla la epopeya de *Guerra y paz*? El regreso a la sencillez, al principio de la fusión íntima con el alma popular, ¿no es eso en lo que consiste toda la fuerza de Kutuzov? El principio de la no resistencia al mal, ¿no es lo que está en la base de la resignación fatalista de Karatáiev? Si es así, ¿en qué consiste pues la crisis de Tolstoi? En lo siguiente, en que todo lo que había estado hasta entonces secreto y escondido bajo la tierra aparece en lo sucesivo en pleno día y entra en el campo de la conciencia. Habiendo desaparecido la espiritualidad natural con la "naturaleza" en la que se había incorporado, el espíritu se esfuerza ahora por adquirir la naturaleza íntima. La armonía automática, contra la que se rebeló el automatismo de la propia vida, había que defenderla y conservarla por medio de la fuerza consciente de la Idea. En su lucha por su propia conservación moral y estética, el artista acude al moralista.

¿Cuál de esos dos Tolstoi (el poeta o el moralista) ha adquirido la mayor popularidad en Europa? No es una pregunta fácil de responder. Lo que es incuestionable, en todo caso, es que la sonrisa de condescendencia benévola del público burgués para con la santa sencillez del anciano de Yasnaia Poliana, esconde un sentimiento de satisfacción moral particular. He ahí un poeta célebre, un millonario, uno de "nosotros", más aún, un aristócrata, que, por motivos de orden moral, lleva una blusa y zapatos de paja trenzada y que asierra maderos. En ello se ve de cierto modo un acto por el que el poeta asume en él los pecados de toda una clase, de toda una cultura. Naturalmente, esto no impide en modo alguno que el filisteo mire a Tolstoi desde lo alto de su grandeza y hasta que exprese algunas dudas referentes a la integridad de sus facultades intelectuales. Así es, por ejemplo, como un hombre que no es un desconocido, Max Nordau, uno de esos señores que adoptan la filosofía del viejo y buen Smile, sazonada con un poco de cinismo, vestido de arlequín de un folletín dominical, ha hecho, con la ayuda de su Lombroso de bolsillo, el notable descubrimiento de que León Tolstoi muestra todos los estigmas de la degeneración. Pues, para estos mendigos, la locura comienza donde acaba la ganancia.

La filosofía social de Tolstoi

Cualquiera que sea la forma en que lo juzguen sus admiradores burgueses, con recelo, con ironía o con benevolencia, Tolstoi sigue siendo para ellos un enigma psicológico. Si exceptuamos el pequeño grupo de sus discípulos (uno de ellos, Menchiko, ¡hace ahora el papel de un Hammerstein ruso!) hay que reconocer que, durante los últimos treinta años de su vida, Tolstoi el moralista ha estado siempre completamente aislado. Es verdaderamente la situación trágica de un profeta que habla solo en el desierto... Completamente bajo la influencia de sus simpatías rurales conservadoras, Tolstoi defiende incansable y victoriosamente su mundo moral contra los peligros que lo amenazan por todas partes. De una vez para siempre, traza una demarcación profunda entre él y todas las variedades del liberalismo burgués, rechazando en primer lugar la creencia, general en nuestra época, en el progreso. "Ciertamente [exclama] el alumbrado eléctrico, el teléfono, las exposiciones, los conciertos, los teatros, las cajetillas de cigarrillos y las cajas de cerillas, los tirantes y los motores, ¡todo eso es admirable! Pero ¡malditos sean por toda la eternidad, no sólo ellos, sino además los ferrocarriles y los

---

[159] Más bien "no resistencia al mal". L. T.

tejidos de algodón, en el mundo entero, si es necesario para su fabricación que las noventa y nueve centésimas partes de la humanidad vivan en la esclavitud y mueran por miles en las fábricas!"

La división del trabajo nos enriquece y embellece nuestra vida. Pero mutila el alma viviente del hombre. ¡Abajo la división del trabajo!

¡El Arte! El arte verdadero debe reunir a todos los hombres en el amor de Dios y no dividirlos. Vuestro arte no está destinado, por el contrario, sino a un pequeño número de iniciados. Divide a los hombres, y por ello la mentira está en él. Tolstoi rechaza virilmente el arte "engañoso": Shakespeare, el propio Goethe, Wagner, Boeklin. Podemos resumir la filosofía social de Tolstoi en las tesis principales siguientes:

l.- No son leyes sociológicas de una necesidad de bronce las que determinan la esclavitud de los hombres, sino los reglamentos jurídicos establecidos arbitrariamente por éstos.

2.- La esclavitud es la consecuencia de tres reglamentos jurídicos concernientes a la tierra, a los impuestos y a la propiedad.

3.- No sólo el gobierno ruso, sino todo gobierno, cualquiera que sea, es una institución que tiene por objetivo cometer impunemente los crímenes más espantosos, por medio del poder estatal.

4.- El verdadero mejoramiento social será obtenido mediante el perfeccionamiento moral y religioso de los individuos.

5.- Para desembarazarse de los gobiernos no hay que combatirlos por medios exteriores, basta con no participar en ellos y no apoyarlos. Principalmente, no hay que: a) aceptar las obligaciones de un soldado, de un general, de un ministro, de un estarosta, de un diputado; b) pagar voluntariamente al gobierno impuestos directos o indirectos; e) utilizar las instituciones gubernamentales o solicitar una ayuda financiera cualquiera del gobierno; d) hacer proteger su propiedad privada por una medida cualquiera del poder estatal.

Si apartamos de este esquema el punto referente a la necesidad del perfeccionamiento moral y religioso de los individuos, el cual, evidentemente, ocupa un lugar aparte, obtenemos un programa anarquista bastante completo. En primer lugar, tenemos una concepción puramente mecánica de la sociedad que aparece como el resultado de una mala reglamentación jurídica. Luego, la negación formal del estado y de la política en general; finalmente, como método de lucha, la huelga general y el boicot, la rebelión de brazos caídos.

Si excluimos la tesis moral y religiosa, excluimos de hecho el único nervio que une todo este edificio racionalista a su creador, es decir, al alma de Tolstoi. Para él, de acuerdo con todas las condiciones de su desarrollo y de su situación propios, el deber no consiste en reemplazar el régimen capitalista por la "anarquía comunista", sino en "defender" al régimen de la comunidad aldeana contra toda influencia "exterior" perturbadora. En su *narodnichestvo* como en su "anarquismo", Tolstoi representa el principio rural conservador. Al igual que la francmasonería primitiva, que se proponía restablecer y reforzar por medios ideológicos la vieja moral corporativa de la ayuda mutua, derruida por los golpes del desarrollo económico, Tolstoi querría resucitar por la fuerza de la idea moral y religiosa, el modo de vida primitivo basado en las condiciones de la economía natural. Por lo cual se convierte en un anarquista conservador, pues lo que le importa ante todo es que el estado no atente, con las fustas de su militarismo y los escorpiones de su fisco, contra la comunidad salvadora de Karatáiev. La lucha universal entre los dos mundos antagónicos: el mundo burgués y el mundo socialista, de cuyo resultado depende el destino mismo de la humanidad, no existe para Tolstoi. El socialismo ha sido siempre para él una simple variedad, de poco interés, del liberalismo. A sus ojos,

Marx y Bastiat son los representantes de un solo y mismo "principio engañoso": el de la cultura capitalista, del obrero sin tierra, del constreñimiento estatal. Una vez que la humanidad ha emprendido una falsa vía, poco importa que vaya más o menos lejos. La salvación no puede venir sino de una vuelta atrás completa.

Tolstoi no encuentra términos bastante despectivos para fustigar la ciencia, que declara que, si continuamos viviendo aún largo tiempo bajo el signo del pecado, según las leyes del progreso histórico, sociológico, etc., nuestra vida acabará por mejorar considerablemente.

"El mal [dice Tolstoi] debe ser inmediatamente exterminado, y para ello basta con reconocerlo como mal." Todos los sentimientos morales que unen históricamente a los hombres entre sí, así como todas las ficciones religiosas y morales generadas por estos nexos, se convierten, en Tolstoi, en los mandamientos más abstractos del amor, del éxtasis y de la no resistencia al mal, y, como esos mandamientos son despojados por él de todo contenido histórico y, por consiguiente, de todo contenido, cualquiera que fuere, le parecen adecuados para todos los tiempos y para todos los pueblos. Tolstoi no reconoce la historia. Esta es la base de todo su pensamiento. Sobre ella reposa la libertad metafísica de su negación, así como la ineficacia práctica de su prédica. El único género de vida que él acepta, el modo de vida primitivo de los cosacos cultivadores de las vastas estepas de los Urales, se ha desarrollado precisamente fuera de la historia. Se ha reproducido sin transformación alguna, como la vida de los enjambres de abejas o de los hormigueros. Lo que los hombres llaman historia le aparece como el producto de la locura, del error, de la crueldad, que desfiguran el alma verdadera de la humanidad. Con una lógica implacable, al mismo tiempo que rechaza la historia, rechaza igualmente todas sus consecuencias. Detesta los periódicos como documentos de la época actual. Piensa detener todas las olas del océano mundial oponiéndoles su viejo pecho.

Esta incomprensión total que manifiesta Tolstoi con respecto a la historia, explica su impotencia infantil en el campo de las cuestiones sociales. Su filosofía es una verdadera pintura china. Las ideas de las más distintas épocas no son clasificadas por él según la perspectiva histórica, sino que aparecen todas a la misma distancia del espectador. Se eleva contra la guerra por medio de argumentos sacados de la lógica pura, y para darles mayor fuerza, cita al mismo tiempo a Epicteto y a Molinari, a Lao-tsé y a Federico II, al profeta Isaías y al folletinista Hardouin, el oráculo de los tenderos de París. Los escritores, los filósofos y los profetas no representan a sus ojos épocas determinadas, sino las categorías eternas de la moral. Confucio es puesto por él en el mismo plano que Harnack, y Schopenhauer se ve emparejado no sólo con Jesucristo sino hasta con Moisés.

En esta lucha aislada y trágica contra la dialéctica de la historia, a la que no sabe oponer sino su sí sí, no no, Tolstoi cae a cada instante en las contradicciones más insolubles. Y de ello saca esta conclusión, totalmente digna de su empecinamiento genial: "La contradicción fundamental que existe entre la situación de los hombres y su actividad moral es el signo más seguro de la verdad."

El desquite de la historia

Pero este orgullo idealista lleva en sí mismo su castigo. Efectivamente, sería difícil nombrar un escritor que, contra su voluntad, haya sido tan cruelmente explotado por la historia como Tolstoi.

Él, el moralista místico, el enemigo de la política y de la revolución, alimenta durante largos años la conciencia revolucionaria adormecida de numerosos grupos del sectarismo popular. Él, que reniega de toda la cultura capitalista, encuentra una acogida benévola en la burguesía europea y americana, la cual ve en su prédica a la vez la expresión de su humanitarismo vacío y una defensa contra la filosofía de la revolución.

Él, el anarquista conservador, el enemigo mortal del liberalismo, se ve transformado, en el 80 aniversario de su nacimiento, en bandera e instrumento de una manifestación política ruidosa y tendenciosa del liberalismo ruso.

La historia le ha vencido, pero no lo ha quebrado. Aún hoy, llegado al término de su vida, ha conservado en toda su frescura su capacidad de indignación moral.

En la noche de la más miserable y criminal reacción, que se propone ensombrecer para siempre el sol de nuestro país bajo la red apretada de sus cuerdas de patíbulo, en la atmósfera irrespirable de la cobardía asqueante de la opinión pública oficial, este último apóstol de la caridad cristiana, en quien revive el profeta de la cólera del Antiguo Testamento, lanza su grito obstinado: "Yo no me puedo callar", como una maldición al rostro, tanto de los verdugos como de los que callan ante los ahorcados.

Y si no simpatiza con nuestros objetivos revolucionarios, sabemos que es porque la historia le ha negado toda comprensión de sus caminos.

No le condenaremos por ello. Y admiraremos siempre en él no solamente al genio, que vivirá tanto como el arte mismo, sino también el valor moral indomable que no le ha permitido quedarse en el seno de su Iglesia hipócrita, de su sociedad y de su estado, y que lo condenó a seguir aislado entre sus incontables admiradores.

El drama del proletariado francés[160]

(Mayo de 1922)

El poeta francés Marcel Martinet ha escrito un drama que puede llamarse, con absoluta justeza, el drama de la clase obrera francesa. Ya este solo hecho le garantiza el derecho a la atención.

Martinet es un comunista formado en la escuela del grupo sindicalista de *La Vie Ouvrière*, es decir, en una buena escuela. Como artista, Martinet ha pasado por la escuela no menos buena de Romain Rolland. Por consiguiente, no es de esperar o de temer de su parte obras de pura propaganda o, como les gusta decir a los estetas, de "vulgar propaganda", en las que la política adoptaría, por puro accidente, el marco dramático o la forma del verso.

Marcel Martinet es profundamente psicólogo. Hace pasar todos los problemas de nuestra gran época, caldeándolos subjetivamente en ella, a través de su conciencia personal o, más exactamente, encuentra el camino hacia lo general y lo universal a través de su yo personal, subjetivo, individual. Por esto es artista.

Pero habiendo estado en la escuela de Rolland, Martinet la ha superado moralmente. Esto es lo que le ha permitido convertirse en comunista.

Durante la guerra, situándose *au-dessus de la melée,* Rolland suscitó un legítimo respeto por su coraje personal. Era la época en que el heroísmo gregario cubría de cadáveres las montañas y las llanuras de Europa, mientras que la valentía personal, aun

[160] 1922. Las páginas siguientes fueron inspiradas por la publicación del drama de Marcel Martinet, *La noche*. Sindicalista de *La Vie Ouvrière*, Marcel Martinet, que había conocido a Trotsky en París durante la guerra, fue miembro fundador del partido comunista, que abandonó varios años más tarde. 1922. [¿Posteriormente a mayo de 1922? El *Bulletin Communiste*, tercer año, número 22 del 25 de mayo 1922, informaba en su página 419 de la publicación del drama y de un radio enviado por Trotsky a las Éditions Clarté que rezaba: "he recibido *La noche,* profunda y bella obra en la que está representada a suerte pasada del proletariado francés y que, en forma de arte, sirve a la vez como una advertencia política. Me encargaré de que se haga una traducción digna del drama y que se pueda poner en escena de forma irreprochable".]

en la más modesta dosis, se encontraba muy raramente, sobre todo entre los “aristócratas del pensamiento”.

Rolland se negó a aullar con los lobos de su patria; se elevó *au-dessus de la melée*, o, más exactamente, se separó de ella, atrincherándose en terreno neutro. En el estruendo de la guerra, ciertamente muy amortiguado en la neutra Suiza, continuó apreciando la ciencia alemana y el arte alemán, predicando la colaboración entre los dos pueblos.

Este programa no era, desde luego, de una audacia aterradora, pero, para proclamarlo entonces, en pleno desencadenamiento del chovinismo universal, no es menos cierto que se precisaba cierta independencia personal. Lo cual cautivaba.

Sin embargo, ya desde aquel entonces se percibían la estrechez de la filosofía de Rolland y, si se me permite el atrevimiento, el egoísmo de su humanismo. Rolland se había refugiado en la Suiza neutral, pero, ¿y todos los demás? Un pueblo no puede situarse por encima de un conflicto, cuando él es la carne de cañón de este conflicto. El proletariado francés no podía irse a Suiza. La bandera de Rolland estaba destinada exclusivamente a su uso personal: era la bandera de un gran artista, nutrido de las literaturas francesa y alemana, que había pasado la edad del servicio militar, y que contaba con los recursos necesarios para transportarse de un país a otro.[161]

La estrechez del humanismo rollandista se manifestó plenamente más tarde, cuando el problema de la guerra, de la paz y de la colaboración intelectual se transformaron en el problema de la revolución. También entonces, Rolland decidió permanecer a*u-dessus de la mélée*. No reconoce ni dictadura, ni violencia, ni derecha ni izquierda. Es verdad que los acontecimientos históricos no dependen de tal reconocimiento; pero no por eso el poeta deja de tener el derecho a dar sobre ellos un juicio moral o estético, y esto le basta al poeta, al egocentrista humanitario.

Pero, ¿y las masas populares? Si soportan servilmente la dictadura del capital, Rolland condenará poética y estéticamente a la burguesía; si, por el contrario, los trabajadores intentan derrocar la violencia de los explotadores por el único medio a su alcance, la violencia revolucionaria, chocarán con la condenación ética y estética de Rolland.

Así, la historia humana no es, en última instancia, sino materia para la interpretación artística o para el juicio moral.

La pretensión individualista de Rolland pertenece al pasado.

Ante la historia humana, Martinet es mucho más amplio, más vivo, más humano. No se sitúa *au-dessus de la mélée*. La emancipación de la civilización humana, la guerra y la paz, la colaboración de las naciones no son para él materia de apreciaciones personales, sino objetos de acción de masas. Lo que pone en drama en su última obra, La noche, es la acción revolucionaria de las masas oprimidas.

¿Es realista ese drama? Sí, hay un fondo realista, tanto en el conjunto como en cada personaje en particular. Los personajes viven, pero a través de su vida individual, en cada etapa del drama, lo que vislumbra es la vida de su clase, de su país, la vida de la humanidad contemporánea. Por encima de ellos se condensan, invisibles, las fuerzas sociales. De ahí el valor simbólico de las imágenes.

El personaje central es la vieja Mariette, campesina de 70 años. Alrededor de ella se agrupan campesinos y campesinas de una aldea del norte, devastada por la artillería. Por su sabio valor y su inteligente bondad, Mariette reina sin límites en su pequeño mundo. Es la madre francesa, la madre del pueblo francés; tiene profundas raíces campesinas, pero ha atravesado los siglos de la historia nueva, la sucesión de las revoluciones, ha conocido muchas esperanzas y desilusiones, muchos duelos por sus hijos

[161] Rolland residía ya en Suiza en el momento de la declaración de guerra.

cuya sangre se derrama. A pesar de todo, se ha endurecido contra la desesperación y no quiere conocerla, ni siquiera hoy, en los años de la gran carnicería. Su corazón sigue siendo una fuente indefectible de incansable bondad.

El hijo mayor de Mariette está en la guerra. Con ella se ha quedado su nuera, la frágil, taciturna y heroica Anne-Marie, a la que, en los momentos de trágica y tierna revelación de las almas, la vieja llama su "dulce gatita color ceniza"; con ellas está el nieto, el hijo, Luisito, niño de 12 años, prematuramente despertado y curtido por la terrible tensión de la guerra. Los habitantes de los alrededores se reúnen en la casita de Mariette, la única que ha quedado en pie: gente sin techo, ancianos que han perdido a sus hijos, madres a cuyos niños ha matado la artillería, la de aquí o la de enfrente. Esa gente, que desde hace cerca de cuatro años no ha salido de las llamas y el estruendo, cansada de esperar, cansada de desesperar, se abrazan a su madre común, Mariette, quien, con más sabiduría y más bondad, siente lo que ellos sienten.

Pero, ¿qué ha pasado? La artillería se ha callado. La gente está como ensordecida por ese silencio súbito. ¿Qué sucede? A través del frío y la tormenta, un rumor inverosímil se abre paso: se acabó. Los soldados de enfrente se han negado a combatir. Han dicho "ya no queremos". Han arrestado a sus jefes y hasta (pero, ¿será posible?) a su emperador. Ha caído en sus manos. Y los soldados de aquí, después de negociar con los de enfrente, han cesado el fuego: ¿para qué?

He ahí de dónde venía el silencio.

Llegan continuamente soldados a la choza, semiebrios de fatiga, de esperanza y de alarma, y confirman que "se acabó". ¡Es el fin! Los soldados de enfrente se apoderaron de su emperador y quieren entregarlo aquí, en garde. ¿No es una gran idea? Pero, sobre todo: "se acabó. ¡A-ca-bó!". He aquí al generalísimo Bourbouze: viejo soldado, con su grosería innata y en parte afectada, con su campechanía afectada y, tal vez, en parte natural. Personaje nulo y de mal agüero en su nulidad. Bourbouze se instala provisionalmente con su estado mayor en la casita de Mariette. Sus habitantes son invitados a abandonar su techo. ¿Adónde ir? Todo alrededor no es sino campos devastados, escombros, cadáveres sin enterrar, frío y nieve. Mariette protesta. ¡Sin embargo se acabó! Bourbouze explica que se prepara a completar la victoria, pero finalmente autoriza a la vieja y a su familia quedarse en el granero.

Y he aquí el emperador vencido en persona: los soldados de enfrente lo han traído.

Bourbouze da la bienvenida al monarca, doblemente humillado, pues está cubierto de cardenales. Recién llegado al estado mayor enemigo, el emperador recobra el valor ¡Estos ya no son sus soldados! Explica a Bourbouze que su derrocamiento, el de él, el emperador, priva a Bourbouze de los frutos de la victoria. ¿Con quién negociará ahora el vencedor? ¿Quién firmará el tratado? ¡No la revolución! Bourbouze es presa de alarma y, al instante, se anudan lazos de solidaridad entre él y el emperador. ¿El ejemplo de la revuelta no será imitado en este lado? En todo caso, su majestad, hum... puede instalarse aquí como en su casa. Se pone la casa a la disposición de su majestad.

Pero ya el contagio opera. La fermentación comienza entre los soldados de Bourbouze. Esperan algo; discuten con animación y, como por casualidad, algunos centenares de ellos se reúnen bajo el techo de un café destruido. Hay que darse cuenta de lo que ha pasado; hacen falta respuestas ideas, consignas, jefes. La multitud nombra a los que mejor han merecido su confianza en las trincheras. Es el honesto y ya no joven campesino Goutaudier; es Favrolles, el pico de oro de grandes gestos; es el joven Ledrux el que se impone desde el principio como un jefe, con su mirada de águila, pero sin experiencia.

Y entonces se desarrolla el verdadero drama de la insurrección naciente de la clase oprimida, sin programa, sin bandera, sin buena organización, sin jefes probados en la

tarea. Goutaudier está con toda su alma a favor de la acción solidaria de los trabajadores, por el cese de la guerra, por el entendimiento con los de enfrente: es el honesto y limitado pacifista. ¡Pero cuánto más elevado y más atractivo que la retórica pacifista de un Georges Pioch o que los malabarismos pacifistas de un Víctor Meric, es el discurso de este campesino de edad madura, en su capote de soldado! La masa acoge bien a Goutaudier, pero no está satisfecha: el objetivo está esbozado más o menos bien, pero no se indica el camino.

El pacifismo es pasivo y expectante por esencia: está lleno de esperanza y de espera, pero sin programa de acción.

Ahora bien, lo que hace falta en este momento es justamente un programa, pues ya la masa está sublevada. Favrolles toma la palabra. Su vacío interior, su inconsciencia chillona se disimulan bajo la energía de sus proposiciones. Favrolles trata de hacer aprobar, en medio del entusiasmo, una medida de la que sin duda ha hablado más de una vez con los parroquianos de su café anarquista: matar inmediatamente a todos los oficiales, comenzando por Bourbouze, después de lo cual ya se verá más claro.

La asamblea no se pronuncia, algunos aprueban, la mayoría se espanta. Esta división en la masa trae la incertidumbre, y ésta, a su vez, un sentimiento desmoralizador de impotencia.

Entonces aparece el joven Ledrux, que no teme el empleo de la violencia revolucionaria, reconociéndola necesaria, pero el país no comprendería en estos momentos la matanza de los oficiales. Las medidas extremas, no preparadas por el curso de los acontecimientos, no motivadas psicológicamente, llevarán la división a la masa de los soldados. La aplicación prematura del terror revolucionario aislará a los hombres de acción. Ledrux propone constituir ante todo un órgano representativo del ejército revolucionario, los consejos de soldados.

La revolución se extiende en el ejército y en el país. Por todas partes surgen consejos de insurrectos, pero, en el centro, en la capital, ya se ha formado un gobierno provisional con hombres de extrema izquierda de la burguesía.

Su objetivo es fraccionar y paralizar la revolución para tomar las riendas. Recurren para ello a los procedimientos ordinarios de la democracia: la pesada autoridad del poder oficial, la trama sutil del engaño, ayudados en su intento por la falta de seguridad de la masa, el pacifismo expectante de Goutaudier y el aventurerismo sangriento de Favrolles. Los hombres del gobierno provisional están lejos de ser genios. Son, por el contrario, hombres muy comunes. Así que no pretenden crear nada nuevo, sino hacer durar lo antiguo. Toda la experiencia de las clases dominantes piensa y actúa por ellos. De ahí su fuerza. Toda la ambición actual de los habilidosos sin ideales que detentan el nuevo poder central, es resistir la primera ola, observando los sitios débiles y los puntos mal defendidos de la revolución, despojándola y debilitándola bajo su propia bandera, a fin de quebrar la fe y la voluntad de la masa, antes de que se levante una segunda ola más decisiva.

¡El momento es crítico! En el ejército, en los centros obreros, el movimiento cobra amplitud, se eligen consejos; los choques parciales con las autoridades locales dan ventaja a los insurrectos, pero el enemigo real, la clase dirigente, no ha sido quebrantado: maniobra en posición de espera, posee en la capital un excelente puesto de observación y controla el mecanismo administrativo centralizado; sobre todo, está convencido de su derecho a la victoria, y cuenta con una riquísima experiencia en el engaño. Después del éxito parcial del primer golpe asestado a la vieja sociedad, el movimiento precisa elevarse a un grado superior, adquirir un carácter político y consciente, asegurar su armonía interna mediante la comunidad de objetivos y la unidad de los métodos de realización. De otro modo, la catástrofe es inevitable.

Los agitadores locales, gente de toda suerte, revolucionarios improvisados, que nunca antes habían meditado todos los problemas que suscitan los movimientos de masa, son llevados como escombros por las olas del movimiento, esperando que la lógica interna de los acontecimientos les siga, como hasta ahora, garantizando el éxito. Para salir de todas las dificultades, los diletantes de la revolución tienen, en vez de ideas, clichés: "El pueblo sublevado es invencible". "No se detienen las conciencias con bayonetas", etc. Pero la revolución no precisa de lugares comunes, sino de una dirección que responda a su desarrollo interno, que se adapte a sus etapas sucesivas. Esta dirección no existe. En el curso de los acontecimientos se produce un momento fatal de marasmo. Con su instinto político, Ledrux aprehende la lógica de la revolución. Hasta hacía poco había resistido a las fanfarronadas sanguinarias de Favrolles, rechazando la proposición de fusilar a los oficiales. Se había contentado entonces con arrestar a Bourbouze. Ahora, Ledrux siente que la crisis fatal se aproxima: las masas no se dan cuenta de que aún hay que vencer las dificultades principales; el enemigo se apodera sin combate de todas las posiciones indefensas, alargando enseguida sus tentáculos. Mañana, el militarote Bourbouze, el de la falsa campechanía, se pondrá de nuevo a la cabeza de las fuerzas armadas de la reacción y aplastará a la flor del pueblo insurrecto. Ledrux resuelve que hay que lanzar un grito de alarma, una advertencia fulminante, un llamamiento a ser implacables. Ahora se pronuncia por las medidas decisivas, por la ejecución de Bourbouze. Pero la lógica de la revolución, de la que se percata el joven líder escuchando el pulso agitado de la masa, no encuentra sino un eco tardío en las cabezas de esos jefezuelos. La revolución no ha sido precedida por una larga preparación moral y doctrinal. A la cabeza de las masas no hay organizaciones acostumbradas a pensar colectivamente, a apreciar uniformemente los acontecimientos y a intervenir conjuntamente en ellos. No hay partido revolucionario. La unanimidad en el movimiento sólo existe mientras no encuentra obstáculos. Desde que la situación se complica, los jefes improvisados, sin experiencia, sin programa, sin horizonte, entran en lucha unos con otros; cada uno tiene su ruta y su método; ni disciplina de pensamiento, ni disciplina de acción.

Las dificultades, las decepciones, las consecuencias de la guerra y de la misma revolución se manifiestan cada vez con más fuerza. Las vacilaciones comienzan, y luego viene el descorazonamiento. Los que antes dudaban en secreto, ahora hablan en voz alta. Nada es más fácil que oponer a las tareas de hoy las dificultades de mañana. Los que no han perdido la fe en la causa, se esfuerzan por cubrir la voz de los escépticos, pero cada cual a su manera. La masa se mueve a ciegas en medio de dificultades crecientes, y busca la orientación de sus jefes, pero la división de éstos la espanta y la lleva a la impotencia.

En ese momento, entra en escena el miembro del gobierno provisional Bordier-Dupatoy, demagogo consumado, espíritu político de mediocre calidad, pero de instinto casi infalible cuando se trata de adormecer, de dividir, de corromper a la masa y sobornar a sus jefes.

Todo el arte de la contrarrevolución francesa, desde los hombres de Termidor y de antes, hasta Arístides Briand, está a la disposición de Dupatoy, ese gordo falsamente sencillo y bromista, con su capa forrada de cochero. Se desliza sin prisa entre la multitud de los soldados, husmea y escucha, conversa, alaba a los insurrectos, elogia a los jefes, promete, hace reproches amistosos, prodiga apretones de manos; y lo hace tan bien que, en el momento en que aparece en la entrada del cuartel general revolucionario de Ledrux, la enorme masa de los soldados, cansados de la espera y de la incertidumbre, se aferra a él como a una tabla de salvación. El visitante indeseable saluda al cuartel revolucionario con tono de benévolo maestro, dispensando a Ledrux pérfidas alabanzas destinadas a arruinar definitivamente la autoridad del joven tribuno. El petulante de Favrolles se ha puesto al lado del gobierno provisional. Ya no se oye hablar del honrado Goutaudier que,

superado por los acontecimientos, desorientado, se ha perdido entre la multitud igualmente desorientada. Ledrux capta el ritmo de los acontecimientos, pero, ante la masa, ya no es el jefe de la revolución, sino más bien un héroe de tragedia. Con él, a su alrededor, no hay un grupo organizado de hombres templados, habituados a pensar y a luchar juntos, no hay un partido revolucionario. La energía no dirigida y no utilizada de la masa se vuelve contra ella misma, y la envenena poco a poco con la ponzoña del desaliento. Dupatoy ya está firme, traduciendo en el lenguaje de la lisonja política las dudas, las inquietudes, la alarma, el cansancio y la falta de seguridad de los insurrectos. Tiene en la multitud sus propios agentes, venales o convencidos. Son ellos los que interrumpen a Ledrux, protestando, gruñendo, maldiciendo, creando de este modo las condiciones favorables a Dupatoy. En medio del caos de la tormentosa asamblea suena un disparo y Ledrux cae muerto.

Dupatoy alcanza su apogeo: sobre el cadáver pronuncia un elogio fúnebre en el que, al mismo tiempo que señala con indulgencia los errores y la excesiva audacia de "su joven amigo" caído, rinde homenaje a la pureza de sus intenciones estériles. Con esta burla abyecta se gana definitivamente a los más rebeldes. La revolución es derrotada. La causa del gobierno provisional se ha consolidado. ¿No es éste el drama histórico del proletariado francés?

Los mismos campesinos y campesinas se reúnen en la casa de la vieja Mariette. Estaba de todo corazón con los insurrectos. ¿Cómo no haberlo estado? Mariette es la madre del pueblo francés, es la misma Francia. No es más que una campesina, pero siglos y siglos de acontecimientos y de pruebas han enriquecido y saturado su memoria política. Sus hijos cayeron en los combates de la gran revolución, que terminó en dictadura cesárea. Vio el regreso de los Barbones, una nueva revolución, nuevas traiciones, las discordias entre los trabajadores, nuevos engaños, las esperanzas y las decepciones de la Commune, su terrible derrota, el monstruoso militarismo cobarde y ladrón de la tercera república, la gran guerra, la exterminación de las mejores generaciones, el peligro que amenaza la existencia misma de la raza francesa. Todo eso, la vieja Mariette, la madre del pueblo, lo ha vivido, lo ha sentido, y lo ha meditado a su manera. Siendo campesina, se elevó por su experiencia y su instinto maternal al nivel del obrero de la ciudad, de sus esperanzas y de sus luchas.

Pero el levantamiento ha sido aplastado. ¡Sacrificios vanos! Bourbouze está de nuevo a la cabeza de los ejércitos. El hermoso sueño de fraternidad con los que derribaron a su emperador se ha disipado como el humo.

¡Adelante! ¡Al ataque!, ordena Bourbouze y, después de un doloroso alto en el curso de los acontecimientos, esta persecución del enemigo en retirada, este movimiento hacia adelante aparece al pueblo engañado como la solución de la crisis, la salida del atolladero. Los campesinos y las campesinas se apartan de Mariette. Ella les sostenía la moral durante los meses más sombríos de la guerra, pero también era la que, durante las jornadas de levantamiento, elevaba sus esperanzas a una altura irrealizable, y los ha decepcionado.

Se vengan implacablemente en Mariette de sus esperanzas decepcionadas. Abandonan uno tras otro la casa de la vieja campesina, con palabras de mortal amargura en la boca. Mariette está sola. Su nieto Luisito duerme en su lecho con sueño agitado.

La vieja campesina se sienta junto al lecho donde sueña pesadillas su nieto, la Francia del porvenir, la nueva Francia que crece bajo los truenos y los rayos de la más terrible de las épocas. Arriba está Anne-Marie, la nueva madre francesa que va a relevar a la vieja y cansada Mariette. Pero llaman a la puerta. Entran tres hombres trayendo a otro, el cadáver del hijo primogénito. Lo mataron en los combates de los últimos días, mientras que el ejército revolucionario, después de la derrota de su propia revolución,

perseguía al enemigo. La última columna del mundo derrumbado de sus esperanzas, cae sobre la vieja cabeza. Los tres hombres depositan lo que fue su hijo sobre el lecho, donde duerme el nieto. Pero no, el nieto no duerme, lo ha oído todo. Es admirable en su tensión trágica ese diálogo del pequeño con su abuela. El pasado y el porvenir se encuentran sobre ese lecho en que el presente yace inmóvil.

Luisito vuelve a dormirse. Ya no hay más fuerza para sufrir, ya no hay nada que esperar; ya es hora de salir de esta vieja vida hacia la noche que se extiende tras la ventana. Pero la fuente de bondad y de esperanza es inagotable en el corazón de una madre: la vieja se recupera; su nuera y su nieto están ahí. Sobre los escombros, una nueva vida comienza. Será, tiene que ser mejor de lo que ha sido. La comitiva pasa. La vieja sube trabajosamente al piso superior y llama a su nuera: "De pie, Anne-Marie, ya es hora. Amanece".

Así acaba el drama, el verdadero drama de la revolución, la tragedia política de la clase obrera francesa, tragedia de todo su pasado y advertencia para el porvenir. Ningún otro proletariado es tan rico en recuerdos históricos, pues ninguno ha tenido un destino tan dramático como el proletariado francés. Pero ese pasado pesa sobre él como una terrible amenaza para el porvenir. Los muertos se aferran a los vivos. Cada etapa ha legado, con su experiencia, sus prejuicios, sus fórmulas vacías de contenido, sus sectas que se niegan a morir. ¿Goutaudier? Todos lo hemos encontrado alguna vez, es el obrero con rasgos de pequeñoburgués o el pequeñoburgués atraído por los obreros, demócrata, pacifista, siempre a medio camino, siempre partidario de las medidas parciales; es el padre Bourderon colectivo, cuya honestidad limitada ha sido, más de una vez en la historia, el freno de la revolución. Y todos conocemos a Favrolles, ese caballero de la frase, que predica hoy la represión sangrienta, para encontrarse mañana en el campo de la burguesía victoriosa. En el movimiento obrero francés, Favrolles es el tipo que más abunda, el más multiforme, y siempre idéntico en su diversidad.

Esos Hervé gritones, detractores de feria, antimilitaristas "sin patria", apóstoles del sabotaje y de la acción directa, y más tarde oráculos patrióticos de las porteras, lacayos de prensa de los corros pequeñoburgueses, ebrios de chovinismo; esos Sebastián Faure, libertarios, pedagogos, neomaltusianos, parlanchines, antimilitaristas, siempre armados de un vasto programa lleno de promesas, que los exime de toda labor práctica, y siempre dispuestos a llegar a cualquier compromiso con el ministro, si éste sabe halagarlos. El radicalismo verbal, la política de las fórmulas intransigentes que no abren la vía a acción alguna y consagran la pasividad bajo el disfraz del extremismo, era y sigue siendo la herrumbre más perniciosa del movimiento obrero francés. Oradores que, al comenzar su primera frase, no saben lo que dirán en la segunda; hábiles burócratas del periodismo, que ignoran la evolución de los acontecimientos; "jefes" que no piensan en las consecuencias de sus propias acciones; individualistas que, bajo la bandera de la autonomía de todo lo que se quiera: provincia, ciudad, sindicato, organización, periódico, defienden invariablemente su propio individualismo pequeñoburgués del control, la responsabilidad y la disciplina; sindicalistas que no sólo no sienten la necesidad, sino que hasta temen decir lo que pasa, llamar un error por su nombre, exigir de sí mismos y de los otros una respuesta precisa a una cuestión, y que esconden su impotencia bajo las formas habituales del ritualismo revolucionario; poetas magnánimos que quieren derramar sobre la clase obrera sus reservas de magnanimidad y de confusión mental; saltimbanquis, improvisadores, demasiado perezosos para pensar y que se sienten ofendidos de que haya gente que tenga el hábito y la capacidad de pensar; charlatanes, prestidigitadores de la palabra, hombres sin imaginación, oráculos de campanario; curitas, revolucionarios de iglesia que se combaten mutuamente. ¡He ahí el terrible veneno del movimiento obrero francés, he ahí la amenaza, he ahí el peligro! De eso nos habla el drama de Martinet, en

su lengua viril que conjuga la más alta verdad de la vida, la verdad de la historia, con la verdad del arte. Por la fuerza imperiosa de las imágenes artísticas, el drama exige de la vanguardia proletaria su depuración interna, su robustecimiento en la unidad de la disciplina. A los ojos de un observador superficial, *La noche* puede parecer inspirada por el pesimismo, casi por la desesperación. En realidad, es dictada por una inquietud profunda, por una legítima alarma. Francia está exangüe. Las mejores generaciones están bajo tierra. El hijo mayor de Mariette no regresó de la guerra para establecer un nuevo régimen. Pero ahí está el nieto, que tenía 12 años al final de la guerra, que tiene hoy 16 años. En un tiempo como aquél, los meses cuentan por años.

En el drama, Luisito encarna el porvenir. Sobre su joven cabeza, que trabaja intensamente, se levanta la aurora de mañana, y es justamente esto lo que expresan las últimas palabras de paz y de esperanza de Mariette. Pero es necesario que Luisito no repita la historia de Ledrux.

¡Recordadla, obreros de Francia!

En memoria de Sergio Yesenin

(19 de enero de 1926)

Hemos perdido a Yesenin, ese admirable poeta, tan vivo, tan auténtico. ¡Y qué fin más trágico! Se ha marchado por su propia voluntad, diciendo adiós con su sangre a un amigo desconocido, quizás a todos nosotros. Sus últimas líneas tienen una admirable ternura y dulzura; ha dejado la vida sin clamar contra esa afrenta, sin hacer protestas, sin dar un portazo, sino cerrándola suavemente con una mano por la que corría la sangre. Con este gesto, la imagen poética y humana de Yesenin aparece rodeada de un inolvidable resplandor de despedida.

Yesenin compuso los mordientes *Cantos de un "hooligan"* y dio a los insolentes estribillos de los tugurios de Moscú esa inimitable melodía eseniana que le era propia. Muy frecuentemente, parecía un engreído con gestos vulgares y palabras crudas y triviales. Pero en el fondo palpitaba la ternura especial de un alma sin defensa y sin protección. Por medio de esta grosería semifingida, Yesenin trataba de protegerse contra la época brutal en que había nacido, pero no logró hacerlo. "No puedo más", declaró el 27 de diciembre[162] el poeta, vencido por la vida, y lo dijo sin desafío ni recriminación... Conviene insistir sobre esta grosería semifingida, ya que Yesenin no había escogido, sin más, esta forma de expresión: las condiciones de nuestra época, tan poco tierna, tan poco dulce, le habían impregnado a su vez. Al cubrirse con la máscara de la insolencia (y al rendir a esta máscara un tributo considerable y, por tanto, en ningún modo ocasional) parece que Yesenin no se sintió nunca parte de ese mundo. No digo esto ni para alabarle, pues se debe precisamente a esta incompatibilidad el que hayamos perdido a Yesenin, ni para reprochárselo: ¿quién podría soñar en condenar al gran poeta lírico que no hemos sabido conservar entre nosotros?

Nuestro tiempo es duro, quizás uno de los más duros en la historia de la humanidad llamada civilizada. El revolucionario, nacido para estas pocas decenas de años, está poseído por un patriotismo furioso por esta época, que es su patria en el tiempo. Yesenin no era un revolucionario. El autor de *Pugatchev* y de las *Baladas de los veintiséis* era un lírico interior. Nuestra época, en cambio, no es lírica. Esta es la razón esencial por la que

[162] 27 de diciembre de 1925, fecha del suicidio de Yesenin.

Sergio Yesenin, por su propia voluntad y tan pronto, se ha ido lejos de nosotros y de su tiempo.

Las raíces de Yesenin son profundamente populares y, como todo en él, su fondo "pueblo" no es artificial. La prueba de ello no reside en sus poemas sobre la rebeldía popular, sino otra vez en su lirismo:

Tranquilo, en el matorral de enebro, cerca del barranco,
el otoño, yegua alazana, sacude sus crines.

Esta imagen del otoño ha admirado, en primer lugar, por su audacia innecesaria. El poeta nos ha forzado a sentir las raíces campesinas de sus imágenes y a dejarlas penetrar profundamente en nosotros. Feth no se hubiera expresado así; Tiutschev, menos todavía. El fondo campesino (aunque transformado y refinado por su talento creador) estaba sólidamente anclado en él. Es la fuerza misma de este fondo campesino la que ha provocado la debilidad de Yesenin: había arrancado su raíz del pasado, pero esta raíz no había podido prender en los tiempos nuevos.

La ciudad no le había fortalecido; al contrario, le había quebrantado y herido. Sus viajes al extranjero, a Europa y al otro lado del océano, no habían podido "reconstruirle". Había asimilado mucho más profundamente Teherán que Nueva York, y el lirismo interior del niño de Riazán encontró en Persia muchas más afinidades que en las capitales cultas de Europa y América. Yesenin no era hostil a la revolución y jamás le fue extraña; al contrario, tendía constantemente hacia ella, escribiendo desde 1918:

¡Oh madre, mi patria, soy bolchevique!

Y todavía en los últimos años:

Y ahora, en la tierra soviética,
soy el más ardiente compañero de viaje.

La revolución penetró violentamente en la estructura de sus versos y en sus imágenes, que al principio eran confusas y luego se depuraron. En el hundimiento del pasado, Yesenin no perdió nada, no sintió nada. ¿Extraño a la revolución? Por supuesto que no, pero ésta y él no eran de la misma naturaleza. Yesenin era un ser interior, tierno, lírico; la revolución, en cambio, es pública, épica, llena de desastres. Y es un desastre lo que rompió la corta vida del poeta.

Se ha dicho que cada ser lleva en sí el resorte de su destino, desarrollado hasta el final por la vida. En esta idea no hay más que una parte de verdad. El resorte creador de Yesenin, al desarrollarse, ha chocado con las duras aristas de la época y se ha roto.

Se encuentran en Yesenin muchas estrofas preciosas impregnadas de su época. Toda su obra está marcada por ella. Y, sin embargo, Yesenin "no era de este mundo". No es el poeta de la revolución.

Yo tomo todo –todo, tal como es, lo acepto,
Estoy dispuesto a seguir caminos ya hollados,
Daría toda mi alma a octubre y a mayo,
¡Pero mi lira bienamada, no la cederé!

Su resorte lírico no hubiera podido desarrollarse hasta el fin más que en una situación en que la vida fuese armoniosa, feliz, llena de cantos, en una época en que no reinase como señor el combate violento, sino la amistad, el amor, la ternura. Esta época llegará. En la nuestra, habrá todavía muchos combates implacables y saludables de hombres contra hombres. Luego vendrán otros tiempos, preparados por las luchas actuales. Entonces el individuo podrá desarrollarse, como podrá desarrollarse la poesía, como las flores. La revolución, ante todo, conquistará en dura lucha para cada individuo no sólo el derecho al pan sino también el derecho a la poesía. En su última hora, ¿a quién escribió Yesenin su carta de sangre? ¿No se dirigía quizás a un amigo que no ha nacido aún, al hombre del futuro que algunos preparan con sus luchas y Yesenin con sus cantos?

El poeta ha muerto porque no era de la misma naturaleza que la revolución. Pero en nombre del porvenir, la revolución lo adoptará para siempre.

Desde los primeros años de su obra poética, Yesenin, comprendiendo la incapacidad de defenderse que había dentro de él, se volvía hacia la muerte. En uno de sus últimos cantos, dice adiós a las flores:

¡Y bien, amadas mías, y bien!
Os he visto, he visto la tierra,
Y vuestro temblor fúnebre
Lo tomaré como una caricia nueva.

Sólo ahora, después del 27 de diciembre, podemos todos nosotros, los que le hemos conocido poco y los que no le conocían en absoluto, comprender totalmente la sinceridad interna de su poesía, de la que casi cada verso estaba escrito con la sangre de una vena herida. Nuestra amargura es, por eso, tanto más áspera. Sin salir de su terreno interior, Yesenin encontraba, en el presentimiento de su fin próximo, un consuelo melancólico y conmovedor:

Escuchando una canción en el silencio,
Mi amada, con otro amado,
Se acordará quizás de mí
Como de una flor única.

Una reflexión dulcifica el dolor agudo, tan fresco, que sentimos en nuestra conciencia: este poeta grande, auténtico, refleja a su manera su época y la enriquece con sus cantos, expresando de un modo nuevo el amor, el cielo azul que cae sobre el río, la luna que pace en el cielo como un cordero, y la flor única: él mismo.

Que no haya nada, en este recuerdo del poeta, que nos deprima o nos haga perder valor. La energía de nuestra época es mucho más potente que la de cada uno de nosotros. La espiral de la historia se desarrollará hasta el final. No nos opongamos a ello, sino ayudémosla con los esfuerzos conscientes del pensamiento y la voluntad. Preparemos el porvenir. Conquistemos, para todos y para todas, el derecho al pan y el derecho al canto.

¡El poeta ha muerto, viva la poesía! Un hijo de los hombres indefenso se ha despeñado por el abismo. ¡Pero viva la vida creadora en la que Sergio Yesenin ha entrelazado hasta el último momento los hilos preciosos de su poesía!

El suicidio de Mayakovsky

(Mayo de 1930)

Ya Blok había visto en Mayakovsky un “enorme talento”. Se puede decir sin exageración que había en Mayakovsky centelleos geniales. Sin embargo, su talento no era armonioso. ¿Dónde se hubiera podido encontrar una armonía artística en este decenio de catástrofes, límite sin cicatrizar entre dos épocas? En la creación de Mayakovsky, las cúspides aparecen junto a los abismos y hay manifestaciones de genio que nos admiran junto a estrofas vulgares, de una vulgaridad a veces increíble.

Mayakovsky quiso sinceramente ser un revolucionario, incluso antes que un poeta. Pero, realmente, él era ante todo un poeta, un artista, que se alejó del mundo antiguo sin romper con él; sólo después de la revolución buscó y, en cierta medida, encontró en ella un apoyo. No llegó a integrarse totalmente en ella porque no había vivido el duro periodo de los años de su preparación clandestina. De un modo general, Mayakovsky no era sólo el cantor sino también la víctima de una época crítica que, aunque prepara los elementos de una cultura nueva con una fuerza antes desconocida, lo hace más lentamente

de lo que sería preciso para asegurar la evolución armónica de un poeta y una generación de poetas entregados a la revolución. A esto se debe la ausencia de armonía interior que se manifestaba en el estilo del autor, la falta de disciplina de su verbo y lo desmedido de sus imágenes, la lava ardiente de su patetismo, la incapacidad de integrarse en su época y en su clase y las bromas de mal gusto con las que el poeta parecía querer protegerse contra todo ataque del mundo exterior. A veces parecía que era hipocresía artística y psicológica. Pero no. Las cartas escritas antes de su muerte tienen el mismo tono: ¿qué significado tiene, si no, la fórmula lapidaria "el incidente está zanjado", último rasgo del poeta?

Lo que significaban el lirismo y la ironía para el romántico tardío Henri Heine (la ironía contra el lirismo, pero a la vez para defenderle). significan para el "futurista" tardío Mayakovsky el patetismo y la vulgaridad: la vulgaridad contra el patetismo, pero a la vez para defenderle.

La opinión oficial, emitida por el "Secretariado"[163] en un lenguaje jurídico protocolario, se ha apresurado a señalar que este suicidio "no tiene relación alguna con las actividades sociales y literarias del poeta". Lo que nos viene a decir que la muerte voluntaria de Mayakovsky no tiene ninguna relación con su vida, o si no que su vida no tenía nada que ver con su creación revolucionaria y poética. Es transformar su muerte en un hecho extraño fortuito. ¡Esto no es verdadero, ni necesario, ni... inteligente! "La barca del amor se ha roto contra la vida corriente", escribió Mayakovsky en sus últimos versos. Esto quiere decir que sus "actividades sociales y literarias" habían dejado de elevarse a suficiente altura sobre el tráfago de la vida cotidiana, como para estar a cubierto de los golpes insoportables que le llegaban. ¿Cómo puede escribirse, entonces, que "no tiene relación alguna"? La ideología oficial actual sobre la "literatura proletaria" (y encontramos en el terreno literario lo que vemos también en el económico) se basa sobre una incomprensión total de los ritmos y plazos del proceso de maduración cultural. La lucha por la "cultura proletaria" (algo así como la "colectivización total" de todas las conquistas de la humanidad en el marco del plan quinquenal) tenía, al comienzo de la revolución de octubre, un carácter idealista utópico; precisamente por eso nos opusimos a ella Lenin y el autor de estas líneas. En estos últimos años, se ha convertido simplemente en un sistema de control (y destrucción) burocrático del arte. Se han proclamado clásicos de la literatura pseudoproletaria a todos los fracasados de la literatura burguesa, como Serafimovich, Gladkov y otros. Un individuo nulo, pero hábil, como Averbach, ha sido bautizado como el Belinski de la literatura proletaria (!). La alta dirección de las bellas letras se encuentra en manos de Molotov, que es la negación viva de todo el espíritu creador de la naturaleza humana. Y lo que es peor, el lugarteniente de Molotov es Gusev, artista en muchos terrenos, pero no en el del arte. Esta elección es un reflejo simbólico de la degeneración burocrática de las esferas oficiales de la revolución. Molotov y Gusev han hecho que predomine en las bellas letras una literatura desfigurada, pornográfica, de cortesanas "revolucionarias", producida por una colectividad anónima. Los mejores representantes de la juventud proletaria, cuya misión es preparar las bases de una nueva literatura y de una nueva cultura, han sido entregados a las órdenes de gentes que han convertido en criterio de lo existente su propia ausencia de cultura.

Sí, Mayakovsky es el más viril y el más valiente de todos los que, perteneciendo a la última generación de la literatura rusa antigua y no habiendo sido aceptados por ella, han tratado de unirse a la revolución. Sí, tejió lazos de unión mucho más complejos que todos los demás escritores. Había en él un desgarramiento profundo. A las contradicciones que la revolución implica, siempre más penosas para el arte que busca formas acabadas, vino a añadirse, durante estos últimos años, el sentimiento de

[163] Se trata del Secretariado General del Partido, es decir, de Stalin.

decadencia a que fue lanzado por sus epígonos. Dispuesto a servir a su "época" con los trabajos diarios más humildes, Mayakovsky no podía apartarse de una rutina pseudorrevolucionaria. Era incapaz de tener conciencia plena de ello en el plano teórico y de encontrar, por tanto, el modo de superarlo. Había dicho con justicia de sí mismo, que "no se alquilaba". Se negó terminantemente durante mucho tiempo a entrar en el koljós administrativo de la pretendida literatura "proletaria" de Averbach. Trató de fundar, bajo la bandera de *Lef,* la orden de los ardientes cruzados de la revolución proletaria: había que servir a la revolución de un modo plenamente consciente y no bajo la amenaza. *Lef* no tenía, evidentemente, la fuerza suficiente como para imponer su ritmo a los "ciento cincuenta millones": el dinamismo de los flujos y reflujos de la revolución era demasiado pesado, demasiado profundo. En enero de este año, Mayakovsky, vencido por la lógica de la situación, se forzó a sí mismo y se adhirió finalmente a la "Asociación Soviética de los Poetas Proletarios" (VAPP), dos o tres meses antes de matarse. Esta adhesión no le dio nada; al contrario, le quitó algo. Cuando hizo la liquidación de sus cuentas, tanto en el plano personal como en el público, y botó su "barca", los representantes de la literatura burocrática, "los que se alquilan", gritaron: "inconcebible, incomprensible", mostrando así que no habían comprendido ni al gran poeta Mayakovsky ni las contradicciones de su época.

Surgida después de las persecuciones contra los círculos literarios realmente revolucionarios y vivos, la Asociación de Poetas Proletarios (VAPP), sometida a la presión burocrática y abandonada ideológicamente, no parece haber logrado la unidad moral: al partir el poeta más grande de la Rusia soviética, no se sabe responder, tímida y oficiosamente, más que esto de que "no tiene relación alguna". Es poco, realmente poco, para quien quiere edificar una nueva cultura en el plazo más breve posible.

Mayakovsky no ha llegado ni podía llegar a ser el fundador de la literatura proletaria, por la misma razón que el socialismo no puede construirse en un solo país. En las luchas del periodo de transición, era el combatiente verbal más valiente, y se ha convertido en uno de los precursores más indiscutibles de la literatura que se dará la nueva sociedad.

La revolución estrangulada[164]

(9 de febrero de 1931)

Lamentablemente, he leído con dieciocho meses o dos años de atraso *Los Conquistadores*. Es un libro dedicado a la revolución china, es decir, al tema más importante de estos últimos cinco años. Un estilo conciso y bien elaborado, el ojo agudo de un artista, la observación original y audaz, todo confiere a esta novela una importancia excepcional. Me ocupo de ella en estas páginas, no sólo porque el talento de su autor se manifiesta plenamente (hecho nada despreciable, por cierto), sino porque la obra es fuente de valiosas enseñanzas políticas. ¿Provienen ellas de Malraux? No, se desprenden de la misma novela sin que el mismo autor se percate de ello, y son un testimonio en contra de él, lo que honra al observador y al artista, pero no al revolucionario. Sin embargo, tenemos el derecho de juzgar a Malraux también desde este punto de vista: con su propio nombre y, especialmente, con el de Garin, su otro yo, el autor no escatima juicios sobre la revolución.

[164] "La revolución estrangulada", 9 de febrero de 1931, en León Trotsky, *La revolución estrangulada*, en estas mismas OELT-EIS, páginas 5-10 del formato pdf.

El libro se intitula novela. En efecto, estamos ante la crónica novelada de la revolución china en su primer período, el de Cantón. No es una crónica completa. Por momentos, le falta el vigor social. Por lo contrario, pasan frente al lector no sólo brillantes episodios de la revolución, sino también siluetas netamente recortadas que se graban en la memoria como símbolos sociales.

Con pequeños toques de color, característicos de una técnica puntillista, Malraux presenta un cuadro inolvidable de la huelga general, no con la perspectiva de los que la hicieron, sino de los que la percibieron desde arriba: los europeos no tienen su almuerzo y se mueren de calor (los chinos han dejado de trabajar en las cocinas y de hacer funcionar los ventiladores). Esto no es un reproche a la habilidad del autor: un artista extranjero no hubiera podido, sin duda, tratar el tema de otro modo. Pero se le puede hacer otra crítica, que, esa sí es importante: falta al libro la afinidad natural entre el escritor, a pesar de todo lo que él sabe y comprende, y su heroína, la revolución.

La simpatía, activa por supuesto, del autor por la China revolucionaria es indudable. Pero está corroída por exceso de individualismo y de capricho estético. Al leer el libro atentamente, se experimenta, por momentos, un sentimiento de despecho cuando, a través del tono del relato, se percibe un matiz de ironía protectora con respecto a los bárbaros capaces de entusiasmarse. Nadie exige que se silencie que China está atrasada o que algunas de sus manifestaciones políticas tienen un carácter primitivo. Pero es necesaria una perspectiva justa que ponga todas las cosas en su lugar. Los acontecimientos de la historia china, sobre cuyo fondo se desarrolla la "novela" de Malraux son incomparablemente más importantes para la historia de la cultura humana que el barullo hueco y lastimoso de los parlamentos europeos y que las montañas de productos literarios de las civilizaciones estancadas. Malraux parece un poco indeciso para darse cuenta de ello.

Hay en la novela páginas hermosas por su intensidad que muestran cómo el odio revolucionario nace del sojuzgamiento, de la ignorancia, de la esclavitud y se templa como el acero. Estas páginas podrían integrar la *Antología de la Revolución*, si Malraux hubiera tratado a las masas populares con mayor libertad y audacia y si no hubiera introducido en su obra un matiz de aburrida superioridad, cuando se excusa, ante sí mismo y ante los burócratas académicos de Francia y ante los traficantes del opio para el espíritu, de su pasajera unión con la insurrección del pueblo chino.

Borodin representa la Internacional Comunista y ocupa el cargo de consejero del gobierno de Cantón. Garin, el predilecto del autor, está encargado de la propaganda. Todo el trabajo se lleva a cabo dentro de los límites del Kuomintang. Borodin, Garin, el "general" ruso Gallen, el francés Gérard, el alemán Klein se olvidan del pueblo sublevado y hacen su propia política revolucionaria en vez de orientar la política de la revolución; así forman una original burocracia revolucionaria.

Las organizaciones locales del Kuomintang están definidas del siguiente modo: "La reunión de algunos pocos fanáticos evidentemente valientes, de algunos ricachones que buscan consideración o seguridad, de muchos estudiantes, de *coolis*..." Los burgueses no sólo forman parte de cada organización, sino que dirigen totalmente el partido. Los comunistas dependen del Kuomintang. Se persuade a los obreros y a los campesinos de que no cometan ningún acto hostil para los amigos de extracción burguesa. "Así son estas sociedades que nosotros controlamos (no del todo, por otra parte, no os equivoquéis)". Confesión edificante. La burocracia de la Internacional Comunista trata de "controlar" la lucha de clases en China, de la misma manera que la internacional bancaria controla la vida económica de los países atrasados. Pero a una revolución no se le pueden hacer imposiciones. Solamente es posible dar una expresión política a sus fuerzas internas. Cada hombre debe saber a cuál de estas fuerzas ligará su destino.

Los *coolis* están descubriendo que existen, nada más que eso, que existen. Están bien orientados. Pero, para darse cuenta de que existen, los *coolis*, los obreros, y los campesinos tienen que derribar a aquellos que les imposibilitan la existencia. La dominación extranjera está indisolublemente ligada al sojuzgamiento interior. Los *coolis* no sólo tienen que echar a Baldwin o Macdonald, sino derrocar, además, a la clase dirigente. Ambas acciones se complementan. De este modo, entre las masas de China, diez veces más numerosas que la población francesa, la personalidad humana despierta, apoyándose inmediatamente en la lava de la revolución social. Grandioso espectáculo.

Pero he aquí que Borodin entra en escena y dice: "En esta revolución, los obreros deben hacer para la burguesía el trabajo de los *coolis*"[165]. El proletario encuentra transpuesto hacia la esfera de la política, el sojuzgamiento social del cual quiere liberarse. ¿Quién es el responsable de esta operación pérfida? La burocracia de la Internacional Comunista... Tratando de "controlar" el Kuomintang, ayuda, en efecto, al burgués que busca "consideración y seguridad' para sojuzgar a los *coolis* que quieren existir.

Borodin, que durante todo el tiempo permanece en un segundo plano, se caracteriza en la novela como un "hombre de acción", como un "revolucionario profesional" como una viva encarnación del bolchevismo en el territorio de China. ¡No hay nada tan inexacto! Veamos la biografía política de Borodin: en 1903, a los diecinueve años, emigra hacia América; en 1918 vuelve a Moscú donde, por sus conocimientos del inglés, "procura el enlace con los partidos extranjeros"; en 1922 es detenido en Glasgow; después es enviado a China como representante de la Internacional Comunista. Habiendo dejado Rusia antes de la primera revolución y vuelto a ella *después* de la tercera, Borodin aparece como un perfecto representante de esta burocracia del estado y del partido que reconoció la revolución después de su victoria. Cuando se trata de los jóvenes a veces no es más que una cuestión de cronología. Con respecto a los hombres de cuarenta a cincuenta años, ya es una característica política. Que Borodin se haya adherido brillantemente a la revolución triunfante en Rusia, no significa de ninguna manera que haya sido llamado para asegurar la victoria de la revolución en China. Esta clase de hombres asimila sin esfuerzo los gestos y las entonaciones de los "revolucionarios profesionales". Gracias a su disfraz, muchos de ellos no sólo confunden a los otros, sino que se engañan a sí mismos. Muy a menudo, la inflexible audacia del bolchevique se metamorfosea en ellos en ese cinismo del funcionario dispuesto a todo. ¡Ah!, ¡tener unos poderes del comité central! Esta salvaguardia sacrosanta que Borodin tenía siempre en su bolsillo.

Garin no es un funcionario, es más original que Borodin y quizás esté más cerca del tipo del revolucionario. Pero carece de la formación indispensable: como es un diletante y una primera figura circunstancial, se pierde desesperadamente en medio de los grandes acontecimientos y esto se evidencia a cada instante. Con respecto a las consignas de la revolución china, él se manifiesta de la siguiente manera: "… verborragia democrática, derechos del pueblo, etc." (cf. P. 36). Esto tiene un sello radical, pero es un falso radicalismo. Las consignas de la democracia son una charlatanería execrable en boca de Poincaré, Herriot, León Blum, escamoteadores de Francia y carceleros de Indochina, Argelia y Marruecos. Pero cuando los chinos se sublevan en nombre de los "derechos del pueblo", esto se parece a la charlatanería tan poco como se parecían las consignas de la revolución francesa del siglo XVIII. En Hong-Kong, durante el tiempo de la huelga, los saqueadores británicos amenazaban con restablecer los castigos corporales. "Los derechos del hombre y del ciudadano", esto significaba en Hong-Kong para los chinos el derecho de no ser castigados por el látigo británico. Se sirve a la revolución revelando la

[165] Cfr. Carta de Chen Du-siu, *La lucha de clases*, números 25-26, p. 676.

podredumbre democrática de los imperialistas; en cambio, llamando charlatanería a consignas de la insurrección de los oprimidos, se ayuda involuntariamente a los imperialistas.

Una buena inyección de marxismo hubiera podido preservar al autor de los fatales errores de este tipo. Pero Garin piensa, en general, que la doctrina revolucionaria es un "fárrago doctrinal". Es uno de esos para quienes la revolución es simplemente un "estado de cosas determinado". ¿No es sorprendente? Pero justamente, como la revolución es un "estado de cosas" (es decir, un estadio del desarrollo de la sociedad condicionado por causas objetivas y sometido a leyes determinadas) un espíritu científico puede prever la dirección general del proceso. Solamente el estudio de la anatomía de la sociedad y de su fisiología permite reaccionar sobre la marcha de los acontecimientos, basándose en previsiones científicas y no en conjeturas de diletante. El revolucionario que "desprecia" la doctrina revolucionaria vale tanto como el curandero que no valora la por él ignorada doctrina médica o como el ingeniero que recusa la tecnología. Los hombres que, sin la ayuda de la ciencia, tratan de rectificar este "estado de cosas" que se llama enfermedad, reciben el nombre de hechiceros o charlatanes y, según las leyes, son perseguidos. Si hubiera existido un tribunal para juzgar a los hechiceros de la revolución, es probable que Borodin, como sus inspiradores moscovitas, habría sido condenado severamente. Temo que el mismo Garin no habría salido indemne de este asunto.

Dos figuras se contraponen en la novela, como los dos polos de la revolución nacional: el viejo Cheng-Dai, autoridad espiritual del ala derecha del Kuomintang (el profeta y el santo de la burguesía), y Hong, jefe juvenil de los terroristas. Los dos están representados con una fuerza muy grande. Cheng-Dai encarna la vieja cultura china traducida a la lengua de la cultura europea; bajo este ropaje refinado, "ennoblece" los intereses de todas las clases dirigentes de China. En verdad, Cheng-Dai quiere la liberación nacional, pero teme más a las masas que a los imperialistas; odia más a la revolución que al yugo puesto sobre la nación. Avanza en la vanguardia de la revolución solamente para apaciguarla, domarla, agotarla. Dirige la política de la resistencia en dos frentes, contra el imperialismo y contra la revolución, la política de Gandhi en la India, la política que en períodos determinados y con diferentes formas la burguesía dirigió en todas las latitudes y en todas las longitudes. La resistencia pasiva nace de la tendencia de la burguesía a canalizar y confiscar los movimientos de masas.

Cuando Garin dice que la influencia de Cheng-Dai va más allá de la política, lo único posible es encogerse de hombros. La política enmascarada del "justo", en China como en la India, expresa, bajo forma sublime y abstractamente moralizante, los intereses conservadores de las clases pudientes. El desinterés personal de Cheng-Dai no se encuentra de ninguna manera en oposición con su función política: los explotadores necesitan a los "justos" como la jerarquía eclesiástica necesita a los santos. ¿Qué pesa alrededor de Cheng-Dai? La novela responde con una precisión meritoria: un mundo "de viejos funcionarios, contrabandistas de opio o fotógrafos, de literatos transformados en vendedores de velocípedos, de abogados provenientes de la facultad de París, de todo tipo de intelectuales" (cf. p. 125). Detrás de ellos permanece, ligada a Inglaterra, una sólida burguesía que arma al general Tang contra la revolución. Mientras espera la victoria, Tang se prepara para convertir a Cheng-DaÏ en el jefe del gobierno. Sin embargo, los dos, Cheng-Dai y Tang, continúan siendo miembros del Kuomintang, al que sirven Borodin y Garin.

Cuando Tang ordena que sus ejércitos ataquen la ciudad y cuando se dispone a degollar a los revolucionarios, empezando por Borodin y Garin, sus camaradas de partido, entonces, estos últimos, con la ayuda de Hong, movilizan y arman a los desocupados. Pero, después de obtener la victoria sobre Tang, los jefes tratan de no cambiar nada de lo

que existía antes. No pueden romper su pacto con Cheng-Dai porque no tienen confianza en los obreros, los *coolis*, las masas revolucionarias. Ellos mismos están contaminados por los prejuicios de Cheng-Dai y son el arma que él debe elegir.

Para no desairar a la burguesía, deben luchar contra Hong. ¿Quién es y de dónde proviene? ("de la miseria", cf. p. 41). Es uno de esos que hacen la revolución y no de esos que se adhieren a ella cuando ha triunfado. Después de haber llegado a la conclusión de que hay que matar al gobernador inglés de Hong-Kong, Hong se preocupa por una sola cosa: "Cuando yo sea condenado a la pena capital, habrá que decir a los jóvenes que me imiten" (cf. p. 40). A Hong hay que darle un programa claro: levantar a los obreros, unirlos, armarlos y oponerlos contra Cheng-Dai, como a un enemigo. Pero la burocracia de la Internacional Comunista busca la amistad con Cheng-Dai, rechaza a Hong y lo exaspera. Hong mata banqueros y comerciantes, los mismos que "sostienen el Kuomintang". Hong mata misioneros: "... Los que enseñan a los hombres a soportar la miseria deben ser castigados, ya sean sacerdotes católicos o de otras religiones..." (cf. p. 174). Hong no encuentra su verdadero camino, por culpa de Borodin y de Garin que han ubicado la revolución a remolque de los banqueros y comerciantes. Hong refleja la masa que ya se despierta pero que aún no se ha frotado los ojos ni se ha desentumecido las manos. Con el revólver y el puñal, intenta actuar a favor de la masa, a la que paralizan los agentes de la Internacional Comunista. Así es, sin afeites, la verdad sobre la revolución china.

Sin embargo, el gobierno de Cantón "oscila, tratando de no caer, de Garin y Borodin, que dominan la policía y los sindicatos, a Cheng-Dai, que no domina nada pero que existe de todos modos" (cf. p. 72). Tenemos un cuadro casi completo del duunvirato. Los representantes de la Internacional Comunista cuentan con los sindicatos obreros de Cantón, la policía, la escuela de cadetes de Wampoa, la simpatía de las masas, la ayuda de la Unión Soviética. Cheng-Dai tiene una "autoridad moral", es decir, el prestigio entre los potentados mortalmente enloquecidos. Los amigos de Cheng-Dai se apoyan en un gobierno impotente, sostenido por la benevolencia de los conciliadores. Pero, ¡acaso no fue así el régimen de la revolución de febrero, el sistema de Kerensky y de su banda, con la única diferencia de que el papel de los mencheviques está representado por seudo bolcheviques! Borodin no duda porque está caracterizado como bolchevique y toma en serio su maquillaje.

La idea capital de Garin y Borodin es prohibir la escala en Hong-Kong a los barcos chinos y extranjeros que se dirigen hacia el puerto de Cantón. Estos hombres, que se consideran revolucionarios realistas, esperan, por medio del bloqueo comercial, romper la dominación inglesa en China meridional. Pero no consideran necesario derrocar previamente al gobierno de la burguesía de Cantón que lo único que hace es esperar la hora de entregar la revolución a Inglaterra. No, Borodin y Garin recurren cada día al "gobierno" y, aceptando las condiciones de éste, piden que sea promulgado el decreto salvador. Uno de los suyos recuerda a Garin que, en el fondo, este gobierno es un fantasma. Garin no se inquieta. "Fantasma o no [contesta], que continúe, puesto que lo necesitamos." De la misma manera, el pope necesita reliquias que fabrica él mismo con cera y con algodón. ¿Qué se esconde detrás de esta política que agota y envilece la revolución? La consideración de un revolucionario de la pequeña burguesía por un burgués de un sólido conservadorismo. Es así como el más rojo de los extremistas franceses está siempre dispuesto a postrarse delante de Poincaré.

Pero, ¿las masas de Cantón no están quizás maduras para derrocar al gobierno de la burguesía? De toda esta atmósfera se desprende la convicción de que, sin la oposición de la Internacional Comunista, el gobierno fantasma habría sido derrocado bajo la presión de las masas. Admitamos que los obreros de Cantón estén todavía demasiado débiles para

establecer su propio poder. ¿Cuál es, en términos generales, el punto débil de las masas? Su falta de preparación para suceder a los explotadores. En este caso el primer deber de los revolucionarios es ayudar a los obreros para que se liberen de la confianza servil. Sin embargo, la obra realizada por la burocracia de la Internacional Comunista ha sido diametralmente opuesta. Ha inculcado a las masas esta noción de que hay que someterse a la burguesía y les ha dicho que la burguesía y las masas tienen los mismos enemigos.

¡No desairar a Cheng-Dai! Pero si, no obstante, Cheng-Dai se aleja, lo que es inevitable, esto no significará que Garin y Borodin se habrán liberado de su benévola dependencia con respecto a la burguesía. Solamente habrán elegido, como nuevo objeto de su malabarismo, a Chang Kai-shek, perteneciente a la misma clase que Cheng-Dai, de quien es hermano menor. Chang Kai-shek, que es jefe de la Escuela Militar de Wampoa, fundada por los bolcheviques, no se limita a una oposición pasiva; está dispuesto a recurrir a la fuerza sangrienta, no en forma plebeya (como las masas), sino militarmente y sólo dentro de los límites que permitirán a la burguesía conservar un poder ilimitado sobre el ejército. Borodin y Garin, armando a sus enemigos, desarman y rechazan a sus amigos. De esta manera preparan la catástrofe.

Sin embargo, ¿no sobrestimamos la influencia de la burocracia revolucionaria en estos hechos? No. Ella se ha mostrado, no para el bien, sino para el mal, más fuerte de lo que ella pensaba. Los *coolis* que no hacen más que empezar a existir políticamente, necesitan una dirección atrevida. Hong necesita un programa audaz. La revolución necesita la energía de millones de hombres que se despiertan. Pero Borodin y sus burócratas necesitan a Cheng-Dai y a Chang Kai-shek. Ahogan a Hong e impiden al obrero levantar cabeza. En algunos meses ahogarán la insurrección campesina para no desairar a toda la oficialidad burguesa del ejército. Su fuerza consiste en que representan al octubre ruso, al bolchevismo, a la Internacional Comunista. Después de usurpar la autoridad, la bandera, los subsidios de la mayor revolución, la burocracia obstaculiza el camino a otra revolución que tenía, ella también, todas las posibilidades de ser grande.

El diálogo entre Borodin y Hong (cf. pp. 181-182) es la acusación más tremenda contra Borodin y sus inspiradores moscovitas. Hong, como siempre, busca acciones decisivas. Exige el castigo de los burgueses más destacados. Borodin encuentra esta única respuesta: “No hay que tocar a los que pagan”. “La revolución no es tan simple”, dice Garin por su parte. “La revolución consiste en pagar al ejército”, intercede Borodin. Estos aforismos contienen todos los elementos del nudo con el cual fue estrangulada la revolución china. Borodin preservaba a la burguesía que, en recompensa, invertía dinero a favor de la “revolución”. El dinero estaba destinado al ejército de Chang Kai-shek. El ejército de Chang Kai-shek exterminó al proletariado y liquidó la revolución. ¿Era esto algo imposible de prever? ¿No fue previsto, en realidad? La burguesía paga voluntariamente sólo al ejército que la defiende contra el pueblo. El ejército de la revolución no espera gratificación: obliga a pagar. Esto se llama dictadura revolucionaria. Hong interviene con éxito en las reuniones obreras y ataca a los “rusos”, portadores de la ruina de la revolución. Los caminos del mismo Hong no llevan a destino, pero tienen razón contra Borodin. “¿Acaso los jefes de los Tai-Ping tenían consejeros rusos? ¿Y los de los Bóxer?” (cf. p. 189). Si la revolución china de 1924-1927 hubiera sido librada a su suerte, quizás no hubiera triunfado inmediatamente, pero no habría necesitado de los métodos del harakiri, no habría conocido vergonzosas capitulaciones y habría formado cuadros revolucionarios. Entre el duunvirato de Cantón y el de Petrogrado existe esta trágica diferencia: en China no hubo, en efecto, bolchevismo; bajo el nombre de “trotskysmo”, fue declarado doctrina contrarrevolucionaria y fue perseguido por todos los medios de la calumnia y de la represión. En aquello en que Kerensky no había triunfado durante las jomadas de julio, Stalin triunfó en China diez años más tarde.

Borodin y "todos los bolcheviques de su generación [afirma Garin] han sido marcados por su lucha contra los anarquistas". El autor necesitaba esta advertencia para preparar al lector para la lucha de Borodin contra el grupo de Hong. Históricamente, es falsa: el anarquismo no pudo levantar cabeza en Rusia no porque los bolcheviques han luchado con éxito contra él, sino porque antes le habían socavado el terreno. El anarquismo, si no permanece dentro de las cuatro paredes de los cafés intelectuales, o de las redacciones de los diarios, si penetra más profundamente, traduce la psicología de la desesperación de las masas y es el castigo político para los engaños de la democracia y para las traiciones del oportunismo. La rapidez del bolchevismo en plantear los problemas revolucionarios y enseñar sus soluciones no dejó lugar para el desarrollo del anarquismo en Rusia. Pero si la investigación histórica de Malraux no es exacta, su novela, por lo contrario, muestra admirablemente cómo la política oportunista de Stalin-Borodin ha preparado el terreno para el terrorismo anarquista en China.

Empujado por la lógica de esta política, Borodin consiente en entregar un decreto contra los terroristas. La burguesía de Cantón, provista de la bendición de la Internacional Comunista, declara fuera de la ley a los verdaderos revolucionarios, lanzados al camino de la aventura por los crímenes de los dirigentes moscovitas. Estos revolucionarios responden con actos de terrorismo a los burócratas pseudorrevolucionarios, protectores de la burguesía que paga. Borodin y Garin se apoderan de los terroristas y los exterminan y de esta manera defienden no ya a los burgueses, sino a su propia cabeza. De esta manera, la política de los acomodos se desliza fatalmente hacia el último grado de la felonía.

El libro se intitula *Los Conquistadores*. En el espíritu del autor, este último tiene un doble sentido, donde la revolución se disfraza de imperialismo, se refiere a los bolcheviques rusos o, más exactamente, a un sector de ellos. ¿Los conquistadores? Las masas chinas se han levantado para una insurrección revolucionaria, bajo la influencia indiscutible del golpe de estado de octubre, como ejemplo, y del bolchevismo, como bandera. Pero los conquistadores no han conquistado nada. Por lo contrario, han entregado todo al enemigo. Si la revolución rusa ha provocado la revolución china, los epígonos rusos la han sofocado. Malraux no establece estas deducciones. Ni siquiera parece pensar en ellas. Estas deducciones se destacan más claramente sólo en su notable libro.

Prinkipo, 9 de febrero de 1931

Sobre la revolución estrangulada y sus estranguladores. Respuestas al señor André Malraux[166]

(12 de junio de 1931)

Un trabajo urgente me ha impedido leer en el momento oportuno el artículo del señor Malraux, en el cual, contra mi crítica, pleitea, a favor de la Internacional Comunista, de Borodin, de Garin y de él mismo. El señor Malraux está aún más alejado del proletariado y de la revolución como escritor político que como artista. Este hecho no bastaría, por sí mismo, para justificar estas líneas, pues jamás se dijo que un escritor de talento deba ser necesariamente un revolucionario proletario. Si, no obstante, vuelvo a

[166] "Sobre la revolución estrangulada y sus estranguladores. Respuesta al señor André Malraux", 12 de junio de 1931, en León Trotsky, *La revolución estrangulada*, en estas mismas OELT-EIS, páginas 11-14 del formato pdf.

examinar una cuestión ya tratada, lo hago por el interés del tema y no para hablar del señor Malraux.

Las mejores figuras de su novela, yo lo he dicho, se elevan hasta transformarse en símbolos sociales. Debo agregar que Borodin, Garin y todos sus "colaboradores" son los símbolos de una burocracia casi revolucionaria, de este nuevo "tipo social" que ha nacido gracias a la existencia del estado soviético, por una parte, y, por otra, gracias a un cierto régimen de la Internacional Comunista.

No he querido asimilar a Borodin al tipo de los "revolucionarios profesionales", aunque así esté caracterizado en la novela del señor Malraux. El autor trata de demostrarme que Garin posee muchos galones de funcionario que le darían derecho al título. El señor Malraux no considera fuera de propósito agregar que Trotsky posee algunos más. ¿No es extraño? El tipo del revolucionario profesional no tiene nada de un personaje ideal. Pero, en todo caso, es un tipo bien definido, que tiene su biografía política y los rasgos netamente señalados. Sólo Rusia ha sido capaz, desde hace algunas decenas de lustros, de crear este tipo y, dentro de Rusia, más acabadamente que cualquier otro partido, el partido bolchevique.

Los revolucionarios profesionales de la generación a la cual, por su edad, pertenece Borodin, han comenzado a formarse en la víspera de la primera revolución, han soportado la prueba de 1905, se han templado e instruido (o corrompido) durante los años de la contrarrevolución[167].

En 1917 han tenido la mejor oportunidad de probar lo que eran. Entre 1903 y 1918, es decir, en el período durante el cual se formaba, en Rusia, el tipo del revolucionario profesional, un Borodin y centenas y millares de los que a él se parecían han permanecido fuera de la lucha. En 1918, después de la victoria, Borodin se puso al servicio de los sóviets: esto lo honra; es más honroso servir a un estado proletario que a un estado burgués.

Borodin se encargaba de las misiones peligrosas. Pero también los agentes de las potencias burguesas corren en el extranjero, especialmente en las colonias, serios peligros, en el cumplimiento de su deber. Y esto no los convierte en revolucionarios. El tipo del revolucionario aventurero y el del revolucionario profesional pueden, en ciertos aspectos y en ciertas circunstancias, parecerse. Pero por su constitución psíquica y su función histórica, son tipos opuestos.

El revolucionario se abre camino junto con su clase. Si el proletariado es débil, retrasado, el revolucionario se limita a hacer un trabajo discreto, paciente, prolongado y poco brillante; crea los círculos, hace propaganda, prepara cuadros; con la ayuda de estos últimos consigue agitar a las masas, legal o clandestinamente, según las circunstancias. Siempre hace una distinción entre su clase y la enemiga y tiene una sola política, la que corresponde a las fuerzas de su clase, a las cuales asegura. El revolucionario proletario, ya sea francés, ruso o chino, considera que los obreros son su ejército, para hoy o para mañana. El funcionario aventurero se ubica por encima de todas las clases de la nación china. Se cree llamado a dominar, a decidir, a mandar, independientemente de las relaciones internas de las fuerzas que existen en China. Como él observa que el proletariado chino es actualmente débil e incapaz de ocupar con seguridad los puestos dirigentes, el funcionario trata de reconciliar y combinar las diferentes clases. Actúa como inspector de una nación, como virrey encargado de los asuntos de una revolución colonial. Busca un entendimiento entre el burgués conservador y el anarquista, improvisa un programa *ad hoc*, edifica una política basada en equívocos, crea un bloque de cuatro clases opuestas, se convierte en tragasables y pisotea los principios. ¿Cuál es el resultado?

[167] De 1906 a 1917.

La burguesía es rica, influyente, experimentada. El funcionario aventurero no consigue inducirla en error. En cambio, logra engañar a los obreros, abnegados pero carentes de experiencia, y los entrega a la burguesía.

Así es la función que desempeñó la burocracia de la Internacional Comunista en la revolución china.

Como él cree que el derecho de la burocracia "revolucionaria" es mandar, independientemente, por supuesto, de la fuerza del proletariado, Malraux nos enseña que era imposible participar en la revolución china sin participar en la guerra, que no se podía participar en la guerra sin estar afiliado al Kuomintang, etc. A todo esto agrega que la ruptura con el Kuomintang le traería al partido comunista la necesidad de volver a la acción clandestina. Cuando se piensa que tales argumentos resumen la filosofía de los representantes de la Internacional Comunista en China, es imposible no decir: ¡Sí, la dialéctica del proceso histórico a veces hace chistes muy malos a las organizaciones, a los hombres y a las ideas! ... ¡Se da una solución demasiado simple al problema! Para triunfar, hay que subordinarse políticamente a la clase enemiga, participando en los hechos que ella dirige; para escapar a la represión del Kuomintang, hay que engalanarse con sus colores...

¡En esto consiste todo el secreto que Borodin y Garin tenían que revelarnos! La apreciación política del señor Malraux acerca de la situación, de las posibilidades y de los problemas de China en 1925, es completamente falsa; apenas este autor alcanza el punto donde los verdaderos problemas de la revolución comienzan a esbozarse. Sobre este tema he dicho todo lo que era indispensable decir. En todo caso, el artículo de Malraux, publicado en otra parte, no me da motivos para reconsiderar lo que he dicho. Pero aun en el terreno del juicio equivocado que adopta Malraux sobre la situación, es absolutamente imposible reconocer que la política de Stalin-Borodin-Garin sea justa. Para protestar contra esta política en 1925, era necesario ser vidente. En 1931, sólo un ciego incurable podía defenderla.

¿Acaso la estrategia de los funcionarios de la Internacional Comunista procuró al proletariado chino otra cosa que no fuera humillaciones, la exterminación de los cuadros militantes y, lo que es más grave, un terrible confusionismo? ¿Acaso una vergonzosa capitulación ante el Kuomintang protegió al partido contra las represiones? Muy por el contrario, el resultado es un acrecentamiento y una concentración de las medidas represivas. ¿Acaso el partido comunista no debió volver al subterráneo de la ilegalidad? ¿Y cuándo? ¡En el período de la derrota de la revolución! Si los comunistas hubieran comenzado por actuar subterráneamente, en el momento del ascenso revolucionario, enseguida habrían podido manifestarse abiertamente, encabezando a las masas. Chang Kai-shek, después de introducir la confusión en el partido, después de desfigurarlo y desmoralizarlo, con la ayuda de los Borodin-Garin, actuaba con mayor seguridad, obligando al partido, en estos años de contrarrevolución, a una existencia clandestina. La política de Borodin-Garin se entregó entera y absolutamente al servicio de la burguesía china. El partido comunista chino, como estaba expuesto a la desconfianza de los obreros progresistas, debe recomenzar completamente su obra, en un terreno cubierto de desechos, obstruido por los prejuicios y los errores no reconocidos. Así es el resultado.

El carácter criminal de toda esta política es particularmente flagrante en ciertos pormenores. El señor Malraux honra a Borodin y compañía por haber llevado conscientemente al líder burgués Cheng-Dai debajo del cuchillo del terror, entregando al mismo tiempo los terroristas a la burguesía. Semejante maquinación es digna de un Borgia burócrata o de esa nobleza polaca revolucionaria que ha preferido siempre practicar el asesinato a través de intermediarios, ocultándose detrás del pueblo. No, el problema no era ejecutar a Cheng-Dai en una emboscada; la verdadera tarea era preparar

la caída de la burguesía. Cuando un partido de la revolución se ve forzado a matar, actúa asumiendo abiertamente sus responsabilidades, invocando tareas y fines accesibles y comprensibles para la masa.

La moral revolucionaria no se basa en las normas abstractas de Kant. Está formada por reglas de conducta que ubican a la revolución, con sus tareas y con sus propósitos, bajo el control de su clase. Borodin y Garin no estaban ligados a la masa, no se habían impregnado de un sentimiento de responsabilidad con respecto a su clase. Son superhombres de la burocracia que creen que "todo está permitido" ... dentro de los límites de una orden recibida de las autoridades superiores. La acción de esos hombres, aunque en algunos momentos pueda ser muy destacada, al final de cuentas se vuelve necesariamente contra los intereses de la revolución.

Una vez que hacen asesinar a Cheng-Dai por Hong, Borodin y Garin entregan a este último y a su grupo a los verdugos. De esta manera, toda su política está signada por la marca de Caín. En esta ocasión, el señor Malraux también actúa como su abogado. ¿Cómo argumenta? Dice que también Lenin y Trotsky han tratado implacablemente a los anarquistas. Es difícil creer que esto sea afirmado por un hombre que ha tenido, al menos durante un cierto tiempo, algo en común con la revolución. Malraux olvida o no comprende que una revolución se hace contra una clase para asegurar la dominación de otra y que sólo para cumplir esta tarea, los revolucionarios adquieren el derecho de ejercer la violencia. La burguesía extermina a los revolucionarios, a veces también a los anarquistas (pero a estos últimos cada vez menos frecuentemente, pues se vuelven más y más sometidos) para mantener un régimen de explotación y de infamia. Ante una burguesía dirigente, los bolcheviques se declaran siempre a favor de los anarquistas, en contra de los Chiappe. Cuando los bolcheviques han conquistado el poder, han hecho todo para ganar a los anarquistas a favor de la dictadura del proletariado. Y la mayoría de los anarquistas ha sido, efectivamente, arrastrada por los bolcheviques. Pero, efectivamente también, los bolcheviques han tratado muy duramente a aquellos anarquistas que intentaron arruinar la dictadura del proletariado. ¿Teníamos razón? ¿Estábamos equivocados? Se juzgará según la opinión que se pueda tener acerca de la revolución llevada a cabo por nosotros y del régimen que esta revolución ha establecido. Pero, ¿es posible imaginar, nada más que por un segundo, que los bolcheviques, bajo el gobierno del príncipe Lvov o bajo el de Kerensky, un régimen burgués, se hubieran convertido en los agentes de semejante gobierno para exterminar a los anarquistas? Basta plantear claramente la cuestión para desecharla con repugnancia.

Así como el juez Brid'oison despreciaba siempre el fondo de un asunto, interesándose sólo en la "forma", de la misma manera la burocracia seudorrevolucionaria y su abogado literario se interesan nada más que en el mecanismo de una revolución y no se preguntan a qué clase ni a qué régimen esta revolución debe servir. En este punto, un abismo separa al revolucionario del funcionario de la revolución.

Lo que dice Malraux acerca del marxismo es verdaderamente curioso. Si damos crédito a lo expresado por él, no se podía aplicar la política marxista en China, dado que el proletariado chino no tenía, según él, conciencia de clase. Parece que, en este caso, el problema es despertar esta conciencia de clase. Ahora bien, Malraux concluye justificando una política dirigida contra los intereses del proletariado.

Malraux usa otro argumento que no es más convincente, pero sí más divertido: Trotsky, dice, afirma que el marxismo es útil para la política revolucionaria; pero Borodin también es un marxista, igual que Stalin; hay que pensar, pues, que el marxismo no sirve para nada en este asunto...

En cuanto a mí, he defendido contra Garin la doctrina revolucionaria como defendería la ciencia médica contra un curandero pretencioso. El curandero me contesta

que los médicos diplomados matan frecuentemente a sus enfermos. El argumento es indigno no sólo de un revolucionario, sino de un vulgar ciudadano poseedor de una mediana instrucción. La medicina no es todopoderosa; los médicos no consiguen siempre curar; hay, entre ellos, ignorantes, imbéciles y aun envenenadores; evidentemente, esto no es una razón para autorizar a los curanderos que jamás han estudiado medicina de la cual niegan la importancia.

Después de leer el artículo de Malraux, debo agregar una corrección a mi artículo anterior: yo había escrito que la inyección de marxismo sería útil para Garin. No lo pienso más.

Sobre una novela política[168]

Estimada camarada M. Neumann:

Le entregué su novela a dos amigos jóvenes. La encontraron muy interesante y cuando terminaron de leerla les quedó a los dos la misma firme impresión: emocionalmente con la Oposición, políticamente contra la Oposición. Coinciden totalmente conmigo. Usted misma no intenta ocultar esta actitud. Por el contrario, ya en el título del libro expresa su conclusión: No puedo seguir adelante. No se refiere sólo a la Oposición sino al conjunto de la Unión Soviética: no aguanto más. Usted desarrolla esta línea ubicando la raíz del problema en la dictadura del proletariado. Pero en este problema radica la diferencia entre el comunismo y el reformismo: con éste la dictadura, con aquél la democracia. También en este sentido su libro está totalmente a favor de la socialdemocracia y en contra del comunismo. No me cabe ninguna duda de que ese no era su objetivo, pero de todos modos lo alcanzó. Comprenderá que le diga que en ningún caso y de ninguna manera puedo solidarizarme con este libro. No es justo, no tanto respecto a mi sino a la causa que defiendo, que el editor quiera poner mi retrato en la solapa. Pero, por supuesto, no puedo impedirlo.

Permítame añadir que su libro contiene errores fácticos. El Quinto Congreso Mundial [1924] no giró alrededor de una "revolución perdida", Por el contrario, todavía tenía por delante una situación revolucionaria. Nadie pretendió censurar mi discurso. Y yo no estuve en contra sino a favor de la manifestación de noviembre de 1927.

Le agradezco sinceramente sus sentimientos amistosos hacia mí. Con sus cartas usted se ganó hasta tal punto mi afecto que siento profundamente que nuestros caminos se aparten en direcciones tan irreconciliables.

Con sinceros saludos, suyo
L. Trotsky

---

[168] "Sobre una novela política", 13 de abril de 1932, en *Escritos*, Tomo III, volumen 1, páginas 112-113 del formato pdf en nuestra serie Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma. Del prefacio a *Ich Kann Nicht Mehr...* (No puedo más...), de Margaret Neumann, E. Prager-Verlag, Leipzg-Wien, 1932. El prefacio de la autora presenta la carta de Trotsky con la siguiente explicación: "Este libro trata sobre las luchas y la suerte de los trotskystas en la Unión Soviética. Por eso envié el manuscrito, antes de su publicación, al destacado dirigente de esta Oposición, el camarada Trotsky. Especialmente porque, como militante de los partidos comunistas de Austria, Checoslovaquia, la Unión Soviética y Alemania desde 1919, estuve ideológica y organizativamente ligada a este movimiento de oposición desde 1923 hasta 1930. Por esta razón creo que es mi obligación informar al lector de los comentarios del camarada Trotsky, contenidos en la siguiente carta." Aunque Trotsky puso objeciones el editor puso su foto en la solapa del libro.

Anatol Vasílievich Lunacharsky

(1 de enero de 1934)

Los acontecimientos políticos de estos últimos diez años nos han dividido y colocado en campos diferentes, hasta el punto de que no he podido seguir la suerte de Lunacharsky más que a través de los periódicos. Sin embargo, hubo un momento en que nos unieron lazos políticos estrechos y en que nuestras relaciones personales, sin llegar hasta la intimidad, habían adquirido un carácter muy amistoso.

Lunacharsky tenía cuatro o cinco años menos que Lenin y otros tantos más que yo. Esta diferencia de edad no tenía apenas importancia en sí misma, pero indicaba nuestra pertenencia a generaciones revolucionarias diferentes. Lunacharsky entró en la vida política cuando cursaba la segunda enseñanza, en Kiev. Estaba todavía por entonces bajo la influencia de los últimos rugidos de trueno de la lucha terrorista llevada a cabo por los "populistas" contra el zarismo; para mis contemporáneos más próximos, en cambio, la lucha de los "populistas" sonaba a leyenda.

En la escuela, Lunacharsky admiraba por su talento polifacético. Escribía versos, por supuesto, captaba fácilmente las ideas filosóficas, daba conferencias admirables en las veladas de estudiantes, era un orador sin igual y a su paleta de escritor no le faltaba un color. A la edad de veinte años era capaz de dar conferencias sobre Nietzsche, de discutir sobre el imperativo categórico, de defender la teoría del valor de Marx o de discutir los méritos de Sófocles y Shakespeare.

Sus dotes excepcionales se combinaban constitutivamente en él con el diletantismo pródigo de la intelligentsia aristocrática, del estilo que encontró en otro tiempo su expresión periodística de más calidad en la persona de Alexander Herzen.

Lunacharsky estuvo unido a la revolución y al socialismo durante cuarenta años, es decir, durante toda la duración de su vida consciente. Pasó por la prisión, la deportación, la emigración, y siguió siendo un marxista inquebrantable. En el curso de estos largos años, miles y miles de sus antiguos compañeros, surgidos del mismo círculo de la intelligentsia aristocrática y burguesa, pasaron al campo del nacionalismo ucraniano, del liberalismo burgués o de la reacción monárquica. Las ideas revolucionarias no eran un capricho de juventud para Lunacharsky: le habían penetrado hasta la médula de sus nervios y vasos sanguíneos. Esto es lo primero que debe decirse sobre su tumba, tan reciente.

Sería inexacto, sin embargo, representarse a Lunacharsky como un hombre de una voluntad terca y de un temple fuerte, como un combatiente cuya mirada no se desvía. Su firmeza era muy elástica, demasiado incluso, comparada con la de muchos de nosotros. El diletantismo no era sólo, para él, un dato intelectual, sino que era un rasgo característico. Como orador o como escritor, se dejaba ir fácilmente por el camino de las digresiones. Ocurría con frecuencia que una imagen artística le arrastraba lejos del desarrollo o de su idea fundamental. En su actividad política también le gustaba echar vistazos a derecha e izquierda. Era demasiado sensible a todas las novedades filosóficas y políticas de cualquier tipo como para no dejarse coger y jugar con ellas. Es indudable que el aspecto diletante de su carácter debilitaba en él la voz de la crítica. En su mayor parte, sus discursos eran improvisados y, como siempre en tales casos, no podían por menos de ser largos y superficiales. Escribía o dictaba con extraordinaria facilidad y apenas corregía. Le faltaba capacidad de concentración y de autocensura para crear valores menos discutibles: sin embargo, tenía suficientes conocimientos y talento para ello.

Por muy lejos que se dejase arrastrar en las digresiones, Lunacharsky volvía siempre a su idea fundamental, en todos sus artículos o discursos o en el conjunto de su actividad política. Sus fluctuaciones, a veces inesperadas, tenían ciertos límites: nunca superaban la frontera de la revolución y del socialismo.

En 1904, casi un año después de la escisión de la socialdemocracia rusa entre bolcheviques y mencheviques, Lunacharsky, pasando de la deportación a la emigración, se alineó al lado de los bolcheviques. Lenin, tras romper con sus maestros (Plejánov, Axelrod, Vera Zasúlich) y con sus más próximos camaradas de ideas (Mártov, Potresov), se encontraba por entonces muy aislado. Tenía absoluta necesidad de un colaborador para el trabajo exterior, que no le gustaba y al que no sabía adaptarse. Lunacharsky llegó, realmente, como un don celestial. En cuanto se bajó del vagón se ganó un puesto en la vida agitada de la emigración rusa en Suiza, Francia y toda Europa. Escribía informes, llevaba la contraria, mantenía polémicas en la prensa, dirigía círculos, bromeaba, contaba chistes, cantaba en falsete, ganándose a jóvenes y viejos por su formación polifacética y por su encantadora facilidad en las relaciones personales.

La dulzura de su carácter adaptable fue uno de los rasgos más destacados de la personalidad moral de este hombre. No conocía ni la vanidad mezquina ni la preocupación más seria de defenderse frente a los enemigos o a los amigos. Durante toda su vida, Lunacharsky cedió a la influencia de personas que tenían frecuentemente menos conocimientos y talento que él, pero que tenían más firmeza. Se unió al bolchevismo gracias a su amigo Bogdanov, de más edad que él. Joven sabio en fisiología, medicina, filosofía y economía, Bogdanov (cuyo verdadero nombre era Malinovsky) aseguró a Lenin de antemano que el joven Lunacharsky, a su llegada al extranjero, seguiría infaliblemente su ejemplo y se uniría a los bolcheviques. La predicción se cumplió totalmente. El mismo Bogdanov, tras el aplastamiento de la revolución de 1905, hizo que Lunacharsky se separara del bolchevismo para llevarle a un pequeño grupo ultraintransigente, que combinaba una incomprensión sectaria de la contrarrevolución victoriosa con una predicación abstracta de una “cultura proletaria” preparada por métodos de laboratorio.

Durante los años negros de la reacción (1908-1912), cuando amplias capas de intelectuales caían, como contagiados por una epidemia, en el misticismo, Lunacharsky, con Gorki, a quien le unía una estrecha amistad, rindió su tributo a la investigación mística. Sin romper con el marxismo, se puso a presentar el ideal socialista como una nueva forma de religión y se ocupó seriamente de buscar un nuevo ritual. Plejánov, sarcástico, le bautizó “San Anatolio”, y con este apodo se le llamó durante mucho tiempo. Lenin fustigaba no menos implacablemente a su compañero pasado y futuro. Aunque se fue haciendo menos dura poco a poco, la lucha duró hasta 1917, en que Lunacharsky, no sin resistencia y fuerte presión del exterior, esta vez por mi parte, se unió de nuevo a los bolcheviques. Aquel fue un periodo de agitación sin respiro, que se convirtió en el periodo culminante de su vida política. Incluso entonces dio muchos saltos, debido a su temperamento impulsivo. Así, le faltó poco para romper con el partido en el momento más crítico, en noviembre de 1917, cuando llegó a Moscú el rumor de que la artillería bolchevique había destruido la iglesia de San Basilio. El entendido, el esteta, no podía perdonar semejante vandalismo. Afortunadamente, Lunacharsky, como sabemos, era impulsivo, pero conciliador... y, además, la iglesia de San Basilio no había sufrido daño alguno en las jornadas de la insurrección de Moscú.

En su calidad de comisario del pueblo para la instrucción pública, Lunacharsky fue irremplazable en las relaciones con los antiguos medios universitarios y en general con el cuerpo de profesores, que esperaba por parte de los “usurpadores ignorantes” la liquidación completa de las ciencias y las artes. Demostraba con entusiasmo y facilidad a

todo este mundo cerrado que los bolcheviques no sólo respetaban la cultura, sino que comprendían la necesidad de conocerla. Más de un universitario, en aquellos días, se quedó atónito ante aquel vándalo que leía media docena de lenguas modernas y dos antiguas y que, sin querer, inesperadamente, revelaba una erudición tan universal que hubiera bastado para una decena de profesores. No es uno de los menores méritos de Lunacharsky el haber obtenido la unión de la intelligentsia diplomada y patentada al régimen soviético. Como organizador de la instrucción pública, era desesperadamente ineficaz. Tras algunas tentativas desgraciadas, en las que se unía una fantasía de diletante a la inaptitud administrativa, Lunacharsky dejó de pretender toda dirección práctica. El comité central le proporcionó ayudantes que, protegidos por la autoridad personal del comisario del pueblo, sostenían firmemente las riendas en sus manos.

Esto le dio unas posibilidades mayores de consagrar sus ratos de ocio al arte. El ministro de la revolución era no sólo un entendido y aficionado al teatro sino también un dramaturgo fecundo. Sus obras revelan toda la extensión de sus conocimientos y preocupaciones, una facilidad sorprendente para penetrar en la historia y la civilización de los diversos países y las diversas épocas, una capacidad excepcional para combinar su propia imaginación con las ideas de los demás. Casi nada más. No llevan impreso el sello del verdadero genio creador.

En 1923, Lunacharsky hizo aparecer un pequeño volumen, *Siluetas*, consagrado a los dirigentes más caracterizados de la revolución. El libro era inoportuno: basta decir que el nombre de Stalin ni siquiera se encontraba en él. A partir del año siguiente, *Siluetas* fue retirado de la circulación y el mismo Lunacharsky se sintió en desgracia. Tampoco le faltó habilidad en aquella ocasión. Se adaptó muy rápidamente al cambio que se había producido en la composición del grupo dirigente; en todo caso, se sometió completamente a los nuevos dueños de la situación. Sin embargo, siguió siendo hasta el final una figura extraña en sus filas. Lunacharsky conocía demasiado bien el pasado de la revolución y del partido, tenía demasiadas preocupaciones diversas, era en definitiva demasiado instruido para no tener un sitio aparte en el seno de la burocracia. Privado de su puesto de comisario del pueblo, en el que, por otra parte, había logrado cumplir totalmente su misión histórica, Lunacharsky se quedó casi sin tarea alguna hasta su nombramiento de embajador en España. Ni siquiera tuvo tiempo de ocupar su nuevo puesto: la muerte le alcanzó en Menton.

Ni el amigo ni el adversario honrado se negarán a inclinarse ante su sombra.

Fontamara[169]

(19 de julio de 1933)

He aquí un libro admirable: desde su primera a su última línea está dirigido contra el régimen fascista instalado en Italia, contra sus mentiras, sus violencias y sus ignominias. *Fontamara* es una obra de apasionada propaganda política. Pero la pasión revolucionaria se eleva aquí a una altura tal que hace nacer una verdadera obra artística. Fontamara no es, en última instancia, sino una pobre aldea abandonada de Italia del sur. A todo lo largo de las doscientas páginas del libro, este nombre simboliza todo el campo italiano, su miseria, su desesperación, y también su rebelión.

[169] *Fontamara*, novela de Ignazio Silone (Suiza, 1933). Fechado en Paquebote *Bulgaria*, 19 de julio de 1933.

Silone conoce admirablemente al campesinado italiano: como lo dice él mismo, pasó los veinte primeros años de su vida en Fontamara. Ignora el aderezo y la afectación. Sabe ver la vida tal como es, generalizar lo que ve con la ayuda del método marxista, encarnando luego sus generalizaciones en imágenes artísticas. El autor habla en nombre del campesinado mismo, de los labradores pobres y de los pastores. Pese a la excepcional dificultad de ese procedimiento, Silone se sirve de él como un verdadero maestro. Ha escrito varios capítulos de fuerza estremecedora.

¿Se ha publicado este libro en la Unión soviética? ¿Ha llamado la atención de las ediciones del Komintern? Merece difundirse en millones de ejemplares. Pero, cualquiera que sea la actitud de la burocracia oficial con respecto a esta obra auténtica de la literatura revolucionaria, estamos convencidos de que *Fontamara* penetrará en el corazón de las masas. El deber de todo revolucionario es ayudar a la difusión de este libro.

Paquebot Bulgaria*, 19 de julio de 1933*

Céline y Poincaré[170]

(10 de mayo de 1933)

Luis Fernando Céline entró en la gran literatura como otros entran en su propia casa. Hombre maduro, dotado de la vasta provisión de las observaciones del médico y del artista, con una soberana indiferencia respecto al academicismo, con un sentido excepcional de la vida y del lenguaje, Céline ha escrito un libro que perdurará, aunque haya escrito otros de la misma talla que éste. *Viaje al fin de la noche*, novela del pesimismo, dictada más por el espanto ante la vida y el hastío que ella ocasiona que por la rebelión. Una rebelión activa va unida a la esperanza. En el libro de Céline no hay esperanza.

Un estudiante parisino, de familia humilde, razonador, antipatriota, semianarquista (personajes que pululan en los cafés del Barrio Latino), se alista como voluntario, imprevisiblemente, apenas suena el primer toque de clarín. Enviado al frente, en medio de esa carnicería mecanizada, comienza a envidiar la suerte de los caballos, que revientan como seres humanos, pero sin frases altisonantes. Después de recibir una herida y una medalla, pasa por varios hospitales donde unos médicos astutos lo persuaden a volver cuanto antes "al ardiente cementerio del campo de batalla". Enfermo, deja el ejército, parte hacia una colonia africana donde se asquea de la bajeza humana, agotado por el calor y la malaria tropicales. Después de haber entrado clandestinamente en Norteamérica, trabaja en la Ford, y encuentra una fiel compañera en la persona de una prostituta (éstas son las páginas más tiernas del libro). De regreso a Francia, se hace médico de los pobres y, herido en el alma, vaga en la noche de la vida entre los enfermos y los sanos no menos dignos de lástima, depravados y desdichados.

Céline no se propone, en modo alguno, la denuncia de las condiciones sociales en Francia. Es cierto que, de paso, no perdona ni al clero, ni a los generales, ni a los ministros, ni siquiera al presidente de la república. Pero su relato se desarrolla siempre muy por debajo del nivel de las clases dirigentes, por entre gente humilde, funcionarios, estudiantes, comerciantes y porteros; incluso por dos veces se transporta más allá de las fronteras de Francia. Céline comprueba que la actual estructura social es tan mala como

[170] León Trotsky escribió este estudio algunos meses después de la publicación del *Viaje al fin de la noche*. [*Voyage au bout de la nuit*, publicado en 1832. Texto de Trotsky fechado en Prinkipo, el 10 de mayo de 1933].

cualquier otra, pasada o futura. En general, está descontento de los hombres y de sus actos.

La novela está pensada y realizada como un panorama de lo absurdo de la vida, de sus crueldades, de sus conflictos y de sus mentiras, sin salida ni destello de esperanza. Un suboficial que atormenta a los soldados antes de sucumbir con ellos; una rentista norteamericana que pasea su futilidad por los hoteles europeos; funcionarios de las colonias francesas embrutecidos por la codicia; Nueva York con su automática indiferencia hacia los individuos sin dólares y su arte de desangrar implacablemente a los hombres; de nuevo París; el mundillo mezquino y envidioso de los eruditos; la muerte lenta, humilde y resignada de un niño de siete años; la tortura de una muchachita; pequeños y virtuosos rentistas que por economía matan a su madre; un cura de París y un cura de los confines de África, dispuestos los dos a vender a su prójimo por algunos centenares de francos, el uno aliado a los rentistas civilizados, el otro a los caníbales... De capítulo en capítulo, de página en página, los fragmentos de vida se van uniendo en una absurdidad sucia, sangrienta, de pesadilla. Una visión pasiva del mundo, con una sensibilidad a flor de piel, sin aspiración hacia el futuro. Tal es el fundamento psicológico de la desesperación, una desesperación sincera que se debate en su propio cinismo.

Céline es un moralista. Mediante procedimientos artísticos, profana paso a paso todo lo que habitualmente goza de la más alta consideración: los valores sociales bien establecidos, desde el patriotismo hasta las relaciones personales y el amor. ¿La patria está en peligro? "La puerta no es lo suficientemente grande cuando se quema la casa del propietario... de todas formas habrá que pagar". No necesita criterios históricos. La guerra de Danton no es más noble que la de Poincaré: en ambos casos la "deuda del patriotismo" ha sido pagada con sangre. El amor está envenenado por el interés y la vanidad. Todos los aspectos del idealismo no son más que "instintos mezquinos revestidos de grandes palabras". Ni la imagen de la madre queda a salvo: cuando se entrevista con el hijo herido "lloraba como una perra a quien le han devuelto sus cachorros, pero ella era menos que una perra, pues había creído en las palabras que le dijeran para arrancarle al hijo".

El estilo de Céline está subordinado a su percepción del mundo. A través de este estilo rápido, que pudiera parecer descuidado, incorrecto, apasionado, vive, brota y palpita la verdadera riqueza de la cultura francesa, la experiencia afectiva e intelectual de una gran nación en toda su riqueza y sus más finos matices. Y, al mismo tiempo, Céline escribe como si fuese el primero en enfrentarse con el lenguaje. Este artista sacude de arriba abajo el vocabulario de la literatura francesa. Los giros gastados caen como una pelota lanzada. Por el contrario, las palabras proscritas por la estética académica o la moral, resultan irremplazables para expresar la vida en su grosería y bajeza. En él, los términos eróticos sólo sirven para fustigar el erotismo; Céline los utiliza al igual que las palabras que designan las funciones fisiológicas no reconocidas por el arte.

Desde la primera página de la novela, el lector se encuentra de improviso el nombre de Poincaré: el presidente de la república, como se sabe por un número reciente de *Le Temp*s, fue una mañana a inaugurar una exposición de perritos. Este detalle no ha sido inventado. El último número de *Le Temps* recibido en Prinkipo me trae esta noticia. "Albert Lebrun, presidente de la república, acompañado del coronel Rupied y de su estado mayor, ha visitado esta mañana la exposición canina". Evidentemente, ésta es una de las funciones de un presidente de la república, y no tenemos nada que reprocharle. Para Céline, esta mordaz alusión no se propone, manifiestamente, glorificar al jefe del estado. En general, hasta a un frenólogo le sería difícil descubrir un átomo de respeto en este novel autor.

Ahora bien, el presidente Poincaré, el más prosaico, más seco y más insensible de todos los estadistas de la república, resulta ser el más autoritario de sus políticos. Desde

su enfermedad se ha vuelto sagrado. Desde la derecha hasta los radicales, nadie cita su nombre sin añadir algunas palabras de patético reconocimiento. Incontestablemente, Poincaré es un producto neto de la burguesía, al igual que la nación francesa es la más burguesa de las naciones, orgullosa de su carácter burgués, fuente, según ella, de su papel providencial respecto al resto de la humanidad. Bajo apariencias refinadas, la arrogancia de la burguesía francesa es como un sedimento depositado a lo largo de los siglos. Los hombres de otras épocas (los que tenían gran misión histórica) legaron a sus descendientes una rica colección de ornamentos que servían para enmascarar el más terco conservadurismo. Toda la vida política y cultural de Francia se desarrolla con una vestimenta del pasado. Como en los países que viven en una economía hermética, los valores ficticios, en la vida francesa, siguen un curso obligado. Las fórmulas del mesianismo emancipador, desde hace mucho separadas de lo real, conservan una alta cotización. Pero si la pintura de los labios y los polvos de arroz sobre un rostro pueden considerarse como una hipocresía, una máscara es más que una falsificación, es, simplemente, un arma. La máscara existe independientemente del cuerpo, cuyos gestos y cuya voz le obedecen.

Poincaré es casi un símbolo social. Su altísima representatividad constituye una personalidad. No tiene otra. Ni en sus poemas de juventud (pues tuvo una juventud), ni en sus memorias de anciano, se encuentra una sola nota personal. Su verdadero baluarte moral, la fuente de su énfasis glacial, son los intereses de la burguesía. Los valores convencionales de la política francesa han penetrado su carne y su sangre. “Soy burgués y nada de lo que es burgués me es ajeno”. La máscara política se adhiere a su rostro. La hipocresía, tomando carácter absoluto, se ha convertido, en cierta forma, en sinceridad. El gobierno francés es tan amante de la paz, afirma Poincaré, que es incapaz de suponer segundas intenciones en su adversario. “Magnífica confianza de un pueblo que arropa a los otros con sus propias virtudes”. Ya esto no es hipocresía ni falsificación subjetiva, sino el elemento obligatorio de un ritual, como la expresión de los sentimientos más sinceros al final de una carta pérfida. El escritor alemán Emil Ludwig preguntó a Poincaré, durante la ocupación del Ruhr: “¿Piensa usted que no queremos o que no podemos pagar?” Poincaré respondió: “Nadie paga de buena gana”. En julio de 1931, por telegrama, Brüning pidió ayuda a Poincaré, y recibió como respuesta: “Sepa sufrir”. El incorruptible notario de la burguesía desconoce la piedad. Pero si el egoísmo individual, más allá de un cierto límite, comienza a devorarse a sí mismo, igual sucede con el egoísmo de la clase conservadora. Poincaré quería crucificar a Alemania, con la intención de librar a Francia, de una vez para siempre, de toda inquietud. Sin embargo, las tendencias chovinistas suscitadas por el Tratado de Versalles (criminalmente suaves a los ojos de Poincaré) se han cristalizado, en Alemania, en la siniestra figura de Hitler. Sin la ocupación del Ruhr, los nazis no hubieran llegado tan fácilmente al poder. E Hitler en el poder abre la perspectiva de nuevos combates.

La ideología nacional francesa está construida sobre el culto de la claridad, es decir, de la lógica. Pero ya no es la lógica atrevidamente activa del siglo XVIII, la que derrocó a todo un mundo. Es la lógica avara, prudente, dispuesta a cualquier clase de compromiso, de la tercera república. Con la misma altiva condescendencia con que los viejos maestros explican los procedimientos de su maestría, Poincaré habla en sus memorias de “esas difíciles operaciones del espíritu: la elección, la clasificación, la coordinación”. Operaciones indiscutiblemente difíciles. No obstante, Poincaré no las efectúa en el espacio tridimensional del proceso histórico, sino en el espacio bidimensional de los documentos. Para él, la verdad no es más que el resultado de un auto judicial, una “razonable” interpretación de los tratados y de las leyes. El racionalismo

conservador que dirige a Francia es casi tan tributario de Descartes como la escolástica medieval lo era de Aristóteles.

La glorificación del "sentido de la medida" se ha convertido en el sentido de la *pequeña* medida; el pensamiento tiende a quebrarse en mosaico. ¡Con cuánta amorosa minuciosidad describe Poincaré hasta los mínimos aspectos del oficio gubernamental! Cuando recibe del rey de Dinamarca la orden del Elefante Blanco, la describe como si se tratase de una miniatura preciosa: dimensiones, forma, diseño y color de esa ridícula baratija, nada es olvidado en sus memorias. Con todos los detalles de un atestado policiaco, Poincaré se describe en el concurso hípico, en compañía de la pareja real británica. El público, "vuelto hacia las tribunas, olvida las apuestas y las partidas, se despreocupa de los caballos y nos mira con insistencia". ¡Despreocuparse de los caballos para prestar atención al rey y al presidente, esto debe caracterizar la intensidad del patriotismo!

El estilo literario de Poincaré es tan carente de vida como el sepulcro del más antiguo de los faraones. Las palabras le sirven para determinar las cifras de las reparaciones, o para componer una ornamentación retórica. Compara su estancia en el palacio del Elíseo con la reclusión de Silvio Pellico en las prisiones de la monarquía austriaca. "En esos salones de dorada trivialidad, nada habla a mi imaginación". Pero esa dorada trivialidad es el estilo oficial de la tercera república. En cuanto a la imaginación de Poincaré, es una sublimación de tal estilo. Sus artículos y discursos hacen pensar en un esqueleto de alambre de púas, adornado con flores de papel y lentejuelas doradas.

Cuando amenazaba la guerra, Poincaré regresó por mar de San Petersburgo a Francia, no dejó pasar la ocasión para pintar el cromo siguiente en la inquieta crónica de su viaje: "El mar azul, casi desierto, indiferente a los conflictos humanos". Escribía exactamente igual, palabra por palabra, que durante sus exámenes de fin de curso en el liceo. Cuando Poincaré habla de sus preocupaciones patrióticas, enumera de paso todas las variedades de flores que adornaban su quinta de retiro: entre un telegrama cifrado y una conferencia telefónica, ¡un catálogo de florista! O aun, en los momentos más críticos, aparece un gato siamés, símbolo de la intimidad familiar. Es imposible leer esta acta autobiográfica sin una sensación de asfixia. Ningún personaje vivo, ningún sentimiento humano, pero, sin embargo, con la mar "indiferente", los plátanos, olmos, jacintos, palomas y el obsesivo olor del gato siamés.

La vida tiene dos caras, una ostensible y oficial, dada para toda la vida, la otra secreta y más importante. Este desdoblamiento se hace sensible tanto en las relaciones privadas como en las sociales, en la familia, en la escuela, en las salas del Palacio de Justicia, en el parlamento y en la diplomacia. Lo volvemos a encontrar en el desarrollo contradictorio de la sociedad humana y, naturalmente, en todas las naciones y pueblos civilizados. Las formas propias de tal desdoblamiento, las pantallas y las máscaras que usa, están teñidas con los vivos colores nacionales. En los países anglosajones, el elemento principal de ese sistema de dualidad moral es la religión. La Francia oficial se ha privado de este importante recurso. Mientras que la francmasonería británica es incapaz de concebir un universo sin Dios, un parlamento sin rey, una propiedad sin propietario, los francmasones franceses han tachado "al gran arquitecto del universo" de sus estatutos. En los asuntos políticos y las intrigas, las mentiras son tanto más eficaces cuanto más gordas: faltar a los intereses terrenos en provecho de una problemática celestial, sería ir contra la lucidez latina. No obstante, los políticos, como Arquímedes, necesitan un punto de apoyo; hubo que reemplazar la voluntad del "gran arquitecto" por valores de otro origen. El primero fue Francia.

En ninguna otra parte se habla de tan buena gana de la "religión del patriotismo" como en esta república laica. Todos los atributos con que la imaginación humana gratifica

al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, el burgués francés los transfiere a su propia nación. Y como Francia es del género femenino, inmediatamente reviste los rasgos de la Virgen María. El político aparece como el sacerdote laico de una divinidad secularizada. La liturgia del patriotismo, dotada de la última perfección, constituye un capítulo indispensable del ritual político. En el parlamento, hay palabras y giros que provocan automáticamente aplausos, de la misma manera que ciertas fórmulas litúrgicas provocan en el creyente la genuflexión y las lágrimas.

Hay, sin embargo, una diferencia. El dominio de la religión auténtica tiene su existencia propia, distinta de la de las prácticas cotidianas. Gracias a una estricta delimitación de las competencias, la posibilidad de choque es tan poco probable como la colisión entre un coche y un avión. Por el contrario, la religión laica del patriotismo choca directamente con la política de cada día. Los apetitos privados y los intereses de clase se oponen, a cada paso, al patriotismo puro. Por suerte, los adversarios son tan educados y, lo que es más importante aún, están de tal manera ligados por una común garantía que apartan los ojos de cada caso espinoso. La mayoría gubernamental y la oposición responsable respetan voluntariamente las reglas del juego político. La principal se puede enunciar así: de igual modo que el movimiento de los cuerpos está sujeto a las leyes de la gravedad, la acción de los políticos está sometida al amor a la patria.

Sin embargo, el sol del patriotismo también tiene sus manchas. Un exceso de indulgencia recíproca engendra un sentimiento de impunidad, y suprime las fronteras entre lo laudable y lo reprensible. Entonces se acumulan los gases mefíticos que, de vez en cuando, explotan y envenenan la atmósfera política. La quiebra de la Unión General, en Panamá, el proceso Dreyfus, el caso Rochette y el escándalo Oustric, constituyen etapas memorables de la tercera república. Clemenceau fue salpicado por el escándalo de Panamá. Personalmente, Poincaré supo mantenerse siempre al margen, pero su política se alimentaba de las mismas fuentes. No sin razón, declara por maestro de moral a Marco Aurelio, que tan bien supo conciliar sus virtudes estoicas con las costumbres del Imperio Romano decadente.

“Durante los seis primeros meses de 1914, se lamenta Poincaré en sus memorias, presencié con mis propios ojos un sórdido espectáculo de intrigas parlamentarias y de escándalos financieros”. Pero la guerra, como era de esperar, barrió de un solo golpe las codicias privadas. *L'Union sacrée* purificó los corazones. Lo que significa que las intrigas y las estafas desaparecieron entre los bastidores patrióticos, para tomar allí una amplitud nunca alcanzada antes. Mientras más problemático se hacía el resultado de la guerra en el frente, más se pudría la retaguardia, según Céline. La imagen de París durante la guerra está trazada en su novela con rasgos implacables. No hay mucho de política, pero hay algo más: el limo viviente del que se nutre.

Trátese de escándalos judiciales, financieros o parlamentarios, salta a la vista en Francia su carácter orgánico. La tenacidad, la parsimonia del campesino y del artesano, la prudencia del comerciante y del industrial, la ciega codicia del rentista, la cortesía del parlamentario y el chovinismo de la prensa, innumerables hilos conducen a nudos que tienen siempre por nombre genérico Panamá. En la trama de las relaciones, servicios, mediaciones, enchufes camuflados, hay millares de formas intermedias que van desde el civismo al asunto turbio. Tan pronto como un caso espinoso empaña el irreprochable tegumento de la anatomía política (cualesquiera que fueren el lugar y el momento), aparece necesario proceder a una encuesta parlamentaria o judicial. Pero surge entonces una dificultad: ¿por dónde comenzar y dónde detenerse?

Sólo cuando Oustric quebró inoportunamente, se descubrió que, en casa de este argonauta, hijo de pequeños tenderos, diputados, periodistas, antiguos ministros y embajadores servían como mensajeros con su nombre o con nombre falso; que los

informes favorables al banquero cruzaban los ministerios con la rapidez de un rayo, mientras que los que podían perjudicarlo se demoraban en el camino hasta que resultaban inofensivos. Gracias a los recursos de su imaginación, a sus relaciones mundanas y a la complicidad de los periódicos, este mago de las finanzas hacía fortunas, tenía en sus manos el destino de miles de personas, compraba (palabra grosera, pero intolerablemente exacta), recompensaba, mantenía, estimulaba, animaba a la prensa, a los funcionarios y a los parlamentarios. Y casi siempre de forma imperceptible. Cuanto más se desarrollaban los trabajos de la comisión de encuesta, más se hacía evidente que la instrucción no llegaría a nada. Donde se esperaba encontrar delitos no aparecían más que anodinas relaciones entre la política y las finanzas, donde se buscaba el foco de infección sólo se encontraba tejido sano.

Como abogado, X... defendía los intereses de las empresas de Oustric, como periodista, preconizaba un sistema aduanero que coincidiera con los intereses de Oustric; en calidad de representante del pueblo, se especializaba en el examen de las tarifas aduaneras. ¿Y cómo ministro?... La comisión se ocupó interminablemente de la cuestión de saber si X..., en su condición de ministro, continuaba percibiendo sus honorarios de abogado, o si, en el intervalo de dos crisis ministeriales, su conciencia permanecía cristalina. ¡Cuánta pedantería moral en la hipocresía! Raoul Peret, expresidente de la Cámara de Diputados, resultó ser el candidato de los delincuentes comunes. Y, sin embargo, en su profunda corrección, se comportaba “como todos los demás”, posiblemente con menos prudencia, en todo caso con menos suerte. “¡Telón!”, gritan los patriotas irritados. Cayó el telón. De nuevo se establece el culto de la virtud, y la palabra “honor” provoca una salva de. aplausos en los bancos del Palais Bourbon.

Sobre el fondo del “inmutable espectáculo de las intrigas parlamentarias y de los escándalos financieros”, como dice Poincaré, la novela de Céline reviste una doble significación. No por acaso la prensa bien pensante, que en su tiempo se indignaba de la publicidad dada al caso Oustric, acusó inmediatamente a Céline de difamar a la “nación”. La comisión parlamentaria había llevado a cabo su encuesta con el cortés lenguaje de los iniciados, del que no se apartaban ni acusados ni acusadores (la línea divisoria de las aguas no estaba siempre bien definida entre ellos), Por su parte, Céline está libre de todo convencionalismo, rechazando brutalmente los vanos colores de la paleta patriótica. Tiene sus propios colores, que ha arrancado a la vida en virtud de sus derechos de artista. Es verdad que no aprehendía la vida en los escaños parlamentarios ni en las altas esferas gubernamentales, sino en sus manifestaciones más comunes. No por ello es más fácil su tarea. Levantando los velos superficiales de la decencia, descubre las raíces, descubre el cieno y la sangre. En su siniestro panorama, el asesinato por un pequeño beneficio pierde su carácter excepcional, y está tan unido a la mecánica cotidiana de la vida, transformada por el provecho y la codicia, como lo está el caso Oustric a la mecánica más elevada de las finanzas modernas. Céline muestra lo que es, por eso tiene el aspecto de un revolucionario. Pero no es un revolucionario, ni quiere serlo. No apunta al blanco, quimérico para él, de reconstruir la sociedad. Quiere solamente arrancar el prestigio que rodea a todo lo que le espanta y atormenta. Para descargar su conciencia ante los horrores de la vida, este médico de los pobres necesitó nuevas reglas estilísticas. Ha resultado ser un revolucionario de la novela. Tal es, en general, la condición del movimiento en el arte: el choque de tendencias contradictorias.

No sólo se gastan los partidos en el poder, sino también las escuelas artísticas. Los procedimientos de la creación se agotan y cesan de herir los sentimientos del hombre: es el signo inconfundible de que una escuela está madura para entrar en el cementerio de las posibilidades agotadas, es decir, en la Academia. La creación viva no puede salir adelante sin desviarse de la tradición oficial, de las ideas y sentimientos canonizados, de las

imágenes y giros impregnados de la lacra de la costumbre. Cada nueva orientación busca un nexo más directo y sincero entre las palabras y las percepciones. La lucha contra la simulación en el arte se transforma siempre, más o menos, en lucha contra la falsedad de las relaciones sociales. Porque es evidente que, si el arte pierde el sentido de la hipocresía social, cae inevitablemente en el preciosismo.

Cuanto más rica y compleja es una tradición cultural nacional, más brutal es la ruptura. La fuerza de Céline reside en que rechaza, con una tensión extrema, todos los cánones, viola todos los convencionalismos y, no contento con desnudar la vida, le arranca la piel. De aquí la acusación de difamación. Pero precisamente, aunque reniega violentamente de la tradición nacional, Céline es profundamente nacional. Como los antimilitaristas de la preguerra, en su mayoría patriotas desesperados, Céline, francés hasta la médula de los huesos, retrocede ante las máscaras oficiales de la tercera república. El "celinismo" es un antipoincarismo moral y artístico. En esto reside su fuerza, pero igualmente sus límites.

Cuando Poincaré se compara a Silvio Pellico, esta fría combinación de fatuidad y de mal gusto es estremecedora. Pues el verdadero Pellico, no el de Poincaré encerrado en un palacio en calidad de jefe de estado, sino el que fue arrojado a las mazmorras de Santa Margarita y de Speilberg por su condición de patriota, ¿no nos hace descubrir otro aspecto más elevado de la naturaleza humana? Dejando de lado a este italiano católico y practicante (más bien una víctima que un combatiente), Céline hubiera podido señalarle al alto dignatario "prisionero del Palacio del Elíseo", otro prisionero que pasó 40 años en las cárceles francesas antes de que los hijos y los nietos de sus carceleros diesen su nombre a un boulevard parisiense: Augusto Blanqui.

¿No significa esto la existencia en el hombre de algo que le permite elevarse por encima de sí mismo? Si Céline desdeña la grandeza de alma y el heroísmo de los grandes designios y de las esperanzas, de todo lo que hace salir al hombre de la noche oscura de su propio yo, es por haber visto a tantos sacerdotes jugosamente pagados servir en los altares del falso altruismo. Implacable consigo mismo, el moralista huye de su imagen reflejada en el espejo, rompe la luna y se corta la mano. Semejante lucha agota y no abre perspectiva alguna. La desesperación conduce a la resignación. La reconciliación abre las puertas de la Academia. Y, más de una vez, los que minaron las convenciones literarias terminaron la carrera bajo la Cúpula.

En la música del libro, hay disonancias significativas. Rechazando no sólo lo real, sino también lo que podía sustituirlo, el artista mantiene el orden existente. En este sentido, quiéralo o no, Céline es un aliado de Poincaré. Pero, al descubrir el engaño, sugiere la necesidad de un futuro más armonioso. Aunque estime que nada bueno saldrá del hombre, la intensidad de su pesimismo lleva en sí el antídoto. Céline, tal cual es, es fruto de la realidad y de la novela francesa. No tiene de qué avergonzarse. El genio francés ha encontrado en la novela una expresión inigualada. A partir de Rabelais, también médico, una magnífica dinastía de maestros de la prosa épica se ha ramificado durante cuatro siglos, desde la risa enorme de la alegría de vivir, hasta la desesperación y la desolación, desde la aurora esplendorosa hasta el fin de la noche. Céline ya no escribiría otro libro donde brillen tanto la aversión de la mentira y la desconfianza de la verdad. Esta disonancia debe resolverse. O el artista se acostumbra a las tinieblas, o verá la aurora.

Hay que publicar a Malraux en los Estados Unidos[171]

(9 de noviembre de 1933)

Estimado Señor Fadiman[172],

¿Me pregunta qué libros creo que merecen ser publicados en Estados Unidos? En primer lugar, quiero mencionar la novela del joven escritor francés André Malraux[173], La *Condition humaine*, en la librería Gallimard, 43 rue de Beaune, París.

Esta novela no es sólo una obra de arte literaria. Plantea los grandes problemas del destino humano. En las condiciones de la crisis social y cultural que hace arder el mundo entero, las cuestiones que siempre mueven al hombre e inspiran al gran artista: la vida y la muerte, el amor y el heroísmo, la individualidad y la sociedad, se plantean con una nueva agudeza ante la conciencia creadora. Sólo de esta fuente puede renovarse el arte contemporáneo, que se ha agotado en la búsqueda de conquistas puramente formales.

En el fondo, Malraux es un individualista y un pesimista. Sentir el mundo y la vida de esta manera me resulta psicológicamente extraño, por no decir hostil. Pero en el pesimismo de Malraux, que llega a la desesperación, hay un elemento de heroísmo. Malraux toma a sus héroes internacionales del trasfondo de la revolución. El teatro de los dramas personales es Shanghái en 1927. El autor conoce de cerca la revolución china por su propia experiencia. Pero en la novela no hay ni etnografía ni historia. Es una novela de destinos humanos y pasiones personales a la que la revolución transfiere la máxima fuerza de la tensión. El individualista y pesimista acaba elevándose por encima del individualismo y del pesimismo. Sólo un gran objetivo supraindividual, por el que el hombre está dispuesto a pagar con su vida, da sentido a la existencia humana: éste es el sentido último de la novela, que es ajena a la didáctica filosófica y sigue siendo una verdadera obra de arte de principio a fin.

Precisamente en Estados Unidos, donde la terrible crisis de las condiciones habituales de existencia socava sin piedad cualquier actitud puramente empírica ante la vida, la novela de Malraux debe encontrar, creo, muchos lectores.

---

[171] Carta a Clifton Fadiman firmada por Trotsky y fechada el 9 de noviembre de 1933.

[172] Clifton Fadiman (nacido en 1904), antiguo alumno de la Universidad de Columbia en Nueva York, era entonces profesor de inglés en la Ethical Culture High School y colaborador de una importante editorial neoyorquina. Inicialmente colaborador del bimensual prosionista *Menorah Journal*, del que era uno de los más conocidos, se había orientado con la mayoría de la redacción hacia el marxismo bajo la influencia de la crisis mundial y la presión de uno de sus compañeros, Felix Mayrowitz, conocido como Felix Morrow (nacido en 1906). No se había afiliado formalmente al PC, aunque había participado en un coloquio titulado "Cómo llegué al comunismo" en 1931. El grupo de intelectuales del que formaba parte importante estaba impresionado por la personalidad de Trotsky, pero seguía teniendo poco contacto con la Oposición de Izquierda en Estados Unidos.

[173] André Malraux (1901-1976) ya había publicado *Les Conquérants* (1928) y *La Voie Royale* (1930), y acababa de ganar el Premio Goncourt con *La Condition humaine*. Había visitado a Trotsky en Saint-Palais en agosto. Trotsky ya había escrito dos artículos dedicados a las novelas de Malraux, artículos reproducidos en esta obra y también incluidos en *La revolución estrangulada*, editada en estas mismas OELT-EIS.

[Agradecimiento por los poemas][174]

(26 de enero de 1936)

Mi querido Plisnier,

Estoy conmovido (en mi aldea noruega) por su dedicatoria tan inesperada[175]. En cualquier caso, tiene el mérito de ser desinteresada.

Debo confesar que a veces tengo dificultades para seguirle en su reino de las imágenes: su formación debe ser muy diferente a la mía (no se trata de una crítica, ¡en absoluto!) Pero el esfuerzo que hago para seguirle casi todas las veces se ve recompensado. Sobre todo, el canto III[176] me parece potente. Se lo agradezco calurosamente.

Suyo

PD. Permítame unas pequeñas observaciones: página 91, "Al entrar, golpea a los camaradas en el estómago". No, ese gesto no es de Lenin. ¡Ninguna vulgaridad en su jovialidad agresiva!

Llama usted a la mujer de Lenin *Natalia Konstantinovna*[177]. Se llama *Nadejna Donstantinovna*[178], *Natalia* es el apellido de mi mujer[179], que ahora lee su poema conmigo.

Disculpe usted mi francés.

[Máximo Gorki]

(7 de julio de 1936)

Gorki[180] ha muerto cuando ya no tenía nada que decir. Esto hace casi soportable el fallecimiento de un gran escritor que ha dejado una profunda huella en el desarrollo de la intelligentsia rusa y de la clase obrera rusa durante los últimos cuarenta años.

Gorki comenzó su carrera literaria como un poeta vagabundo. Este fue su mejor período de artista. Desde las profundidades, Gorki le aportaba a la intelligentsia rusa el espíritu de audacia, la bravura romántica del pueblo que no tiene ya nada que perder. La intelligentsia rusa se preparaba para romper las cadenas del zarismo. Necesitaba osar. Transmitió a las masas este estado de ánimo.

Sin embargo, en los acontecimientos de la revolución no había lugar para un verdadero vagabundo, salvo en los robos y pogromos. En diciembre de 1905, el

---

[174] Carta a Charles Plisnier. Charles Plisnier (8196-1952), abogado belga francófono, miembro del POB en 1913, en 1918 se tornó anarquizante. Convertido en dirigente de la federación nacional de los estudiantes socialistas, formó parte del primer núcleo comunista belga. Miembro de la dirección de la Oposición de Izquierda en 1928, se separó en marzo de 1929, manteniendo, sin embargo, relaciones amistosas con ella, incluso tras su regreso al POB en 1934. Ya era un escritor conocido. Parece ser que acababa de enviarle a Trotsky sus tres grandes cánticos, *Déluge* (dedicado a Lenin), *Babel* (dedicado a Trotsky) y *Sel de la Terre*.

[175] Se trata de la dedicatoria de *Babel*.

[176] Se trata de *Sel de la Terre*, dedicado a "Jean, à John, à Jeanne, à Johan, à Ivan".

[177] Se trata de un pasaje titulado "Canto fúnebre por la muerte de Lenin", en el segundo cántico, *Babel*.

[178] Se trata de Nadejna Konstantinovna Krúpskaya (1869-1939).

[179] Natalia I. Sedova (1882-1962).

[180] Alexei M. Pechkov, llamado Maksim Gorki (1868-1936), tras una infancia miserable se dio a conocer como un gran novelista. Había simpatizado, con eclipses, con el partido bolchevique, dirigió un periódico menchevique en 1917. Tomó distancias con el régimen y fijó su residencia en Italia en 1921, de allí regresó a Rusia en 1928, aportando una especia de caución a la dictadura estalinista. Acaba de morir en Moscú.

proletariado ruso y la intelligentsia radical que llevaba a hombros a Gorky se vieron… en oposición. Gorky hizo lo que era honesto. Y esto era, a su manera, un esfuerzo heroico. Se giró hacia el proletariado. El producto importante de este giro ha sido *La madre*[181]. Un horizonte más amplio se le abría al escritor y comenzó a cavar más profundamente. Pero, ni la formación literaria, ni la formación política, podrían reemplazar a la magnífica espontaneidad de su primer período creador. Una tendencia a razonar fríamente se abrió camino en el ambicioso vagabundo. El artista comenzó a hacerse didáctico. Durante los años de la reacción, Gorki estuvo atenazado entre la clase obrera, que entonces había abandonado la arena política abierta, y su vieja enemiga-amiga, la intelligentsia rusa, que en aquellos momentos había descubierto un nuevo entusiasmo hacia… la religión. En compañía del difunto Lunacharsky[182], Gorki pagó su tributo a la moda del misticismo. Y como monumento a su capitulación espiritual tenemos su mediocre novela *Confesión*[183].

El rasgo más profundo de la estructura de este extraordinario autodidacta era su culto a la cultura. Parece ser que su primer encuentro, tardío, con esta gran dama lo marcó al hierro vivo para toda la vida. Gorki carecía de la formación intelectual necesaria, y de la intuición histórica, que le hubiesen permitido poner entre él y la cultura la distancia adecuada y le habría dado la libertad necesaria para una apreciación crítica. En su actitud hacia la cultura siempre hubo un buen poco de fetichismo e idolatría.

Gorki abordó la guerra con un sentimiento de inquietud por los valores culturales de la humanidad. No era exactamente un internacionalista, sino un cosmopolita de la cultura, aunque un cosmopolita ruso hasta la médula de sus huesos. Nunca llegó a tener ni una visión revolucionaria de la guerra ni una comprensión dialéctica de la cultura. A pesar de ello, estuvo varias cabezas por encima de la fraternidad intelectual patriótica de la época.

Sintió la revolución de 1917 casi como un director de un museo cultural. Estaba inquieto. Estaba aterrorizado a causa de “la soldadesca salvaje y los obreros que no quieren trabajar”. Se unió a la intelligentsia de izquierda, que aprobaba la revolución con la condición de que estuviese exenta de desórdenes. Fue un enemigo declarado de la revolución de octubre, pero un enemigo pasivo.

A Gorki le costó mucho acostumbrarse a la victoria de octubre. El desorden que reinaba en el país. La intelligentsia sufría hambre y persecuciones. La cultura estaba, o parecía estar, en peligro. En el curso de esos años, Gorki apareció sobre todo como un mediador entre el poder soviético y los viejos intelectuales. Era su abogado ante el tribunal de la revolución. Lenin, al que le gustaba y estimaba enormemente, temía mucho que fuera víctima de sus relaciones y debilidades, y finalmente logró que el escritor abandonase voluntariamente el país[184].

Gorki sólo hizo las paces con el régimen soviético cuando finalizó el “desorden” y se hicieron claros un desarrollo económico y cultural del país. Aprobaba calurosamente el gran movimiento de las masas por la educación. En reconocimiento de esto, dio su bendición al levantamiento de octubre, aunque retrospectivamente.

El último período de su vida fue, sin duda alguna, el de su declive. Pero este mismo declive formaba parte normalmente de la órbita de su vida. Su tendencia al didactismo tuvo entonces sus más importantes ocasiones. Devino el incansable maestro de jóvenes escritores, incluso escolares. Lo que enseñaba no siempre era justo, pero lo hacía con una

---

[181] Gorki Era mundialmente conocido cuando escribió *La madre* en 1907.

[182] Anatoli V. Lunacharsky (1873-1933) crítico literario, primero se había unido a los bolcheviques antes de romper con ellos para constituir (con Bogdanov y Gorki) una fracción izquierdista alrededor del periódico *Vpered!* (¡Adelante!). Se unió a los bolcheviques en 1917.

[183] *Confesión* data de 1908.

[184] Alusión a los siete años de estancia de Gorki en Italia.

sincera paciencia y una franca generosidad que han más que compensado su demasiado estrecha amistar con la burocracia. Junto a sus rasgos humanos, demasiado humanos, coexistía y predominaba en él su vieja inquietud hacia la técnica, la ciencia y el arte. "El absolutismo ilustrado" hizo un buen negocio con el servicio de la "cultura". Gorki creía realmente que, sin la burocracia, no habría tractores, ni planes quinquenales, ni, sobre todo, prensas para imprimir y provisiones de papel. Por tanto, le perdonaba a la burocracia la mediocridad de su papel e incluso el bizantinismo enfermizo de la literatura bautizada "proletaria".

La mayor parte de la emigración blanca odiaba a Gorki y lo trataba de "traidor". Qué había traicionado, no estaba muy claro. ¿Se le tomaba como a un traidor al ideal de la propiedad privada? El odio que le tenían los nobles desposeídos del piso noble constituía un tributo dirigido, con justicia y muy merecido, al gran hombre.

La prensa soviética está a punto de hundir su cadáver todavía caliente bajo montañas de elogios sin límites. Llegará incluso a calificarlo de "genio". Lo ha descrito como "el mayor genio". No cabe dudas de que Gorki hubiese fruncido el ceño ante este género de elogios. Pero la prensa que sirve a la mediocridad burocrática tiene sus criterios. Si Stalin, Kaganovich y Mikoyan deben ser elevados en vida al rango de genios, naturalmente no se le puede negar este epíteto a Gorki tras su muerte. Gorki entrará en la historia de la literatura rusa como un ejemplo indiscutible y convincente de gran talento literario al que, sin embargo, no ha insuflado el genio.

Con toda seguridad, el escritor fallecido será pintado hoy en Moscú como un revolucionario inflexible y un "bolchevique intransigente". Son puras invenciones de la burocracia. Gorki llegó al bolchevismo alrededor de 1905 junto a otros compañeros de ruta demócratas. Partió junto con ellos, sin abandonar, sin embargo, las relaciones personales amistosas con los bolcheviques. Sólo entró al partido durante el termidor soviético. Su hostilidad hacia los bolcheviques durante la revolución de octubre y la guerra civil, igual que su apoyo a la burocracia termidoriana, demuestran muy claramente que nunca fue un revolucionario. Pero, sin embargo, sí es cierto que fue un satélite de la revolución. Ligado a ella por la inexorable ley de la gravedad, ha dado vueltas toda su vida alrededor de la revolución rusa. Como todos los satélites, tenía sus "fases". El sol de la revolución despejaba a veces su mirada. A veces lo golpeaba por la espalda. Pero a través de todas sus fases, Gorki se mantenía fiel a sí mismo, a su naturaleza particular, muy rica, simple y, al mismo tiempo, compleja. Nos despedimos de él sin exageraciones afectuosas, sin elogios excesivos, pero con respeto y gratitud. El gran escritor, el gran hombre, ha marcado su huella en un período de la historia. Ha contribuido a trazar nuevas rutas históricas.

Sobre una entrevista a André Malraux

(9 de abril de 1937)

La entrevista de André Malraux en *El Nacional* sobre España, Francia, los juicios de Moscú y André Gide, tiene un carácter totalmente oficial, al igual que su viaje a Nueva York, como es de suponer.

Cuando Malraux rinde homenaje a la valentía y a la política perspicaz del gobierno del presidente Cárdenas con respecto a la revolución española, no tengo ciertamente ninguna objeción que hacer sobre este punto. Sólo puedo que expresar mi pesar por que la iniciativa mexicana no haya encontrado ningún apoyo. Las duras palabras concernientes a Léon Blum son de carácter mucho más equívoco. No me corresponde a

mí defenderlo. Pero en todo lo referente a España, Stalin ha seguido y sigue una política bastante similar a la de Blum. Parece que la responsabilidad de las consecuencias de esta política llevada a cabo en Moscú debe recaer únicamente en Blum. Sin embargo, la misión de Malraux no consiste en aclarar estas cuestiones. Como otros diplomáticos, sobre todo los "oficiosos", Malraux hablaba lo menos posible de lo que más le interesa.

Nueva York es ahora el centro del movimiento para la revisión de los juicios de Moscú. Esta, por cierto, es la única manera de evitar más asesinatos judiciales. No es necesario explicar cómo de alarmados están los organizadores de las amalgamas de Moscú por este movimiento. Están dispuestos a recurrir a cualquier medida para detener este movimiento. El viaje de Malraux es una de esas medidas.

En 1926, Malraux estaba en China al servicio del Comintern-Kuomintang, y es uno sobre los que recaen la responsabilidad del estrangulamiento de la revolución china. En sus dos novelas, Malraux ofreció, sin querer, una imagen reveladora de la política de la Comintern en China. Pero no supo sacar las conclusiones necesarias de sus propias experiencias.

Malraux, al igual que André Gide, es amigo de la URSS, pero hay una enorme diferencia entre ellos, y no sólo en la envergadura de su talento. André Gide es un personaje absolutamente independiente, que posee una gran perspicacia y honestidad intelectual que le permite llamar a cada cosa por su verdadero nombre. Sin aquella perspicacia, uno puede balbucear sobre la revolución, pero no servirla.

Malraux, a diferencia de Gide, es orgánicamente incapaz de tener independencia moral. Todas sus novelas están impregnadas de heroísmo, pero él mismo no posee esta cualidad en ningún grado. No es oficioso de nacimiento. En Nueva York apela a olvidar todo menos la revolución española. Sin embargo, el interés por la revolución española no impidió a Stalin exterminar a decenas de viejos revolucionarios. El propio Malraux abandonó España para dirigir una campaña en Estados Unidos en defensa de la labor judicial de Stalin-Vishinsky. A esto hay que añadir que la política de la Comintern en España refleja completamente su política fatal en China. Así es la verdad sin velos.

Acotación sobre Gide [Los libros recibidos]

(29 de noviembre de 1936)

Mi querido León,

He recibido el A. Gide y lo he leído con avidez y emoción[185]. He interrumpido a menudo la lectura para comunicarle a mamá mis impresiones. Estos testimonios auténticos de un gran artista me son infinitamente más queridos y preciosos que las más sabias compilaciones atiborradas de dudosas cifras y respetuosas citas. Este mediodía leía en la veranda (completamente aislado, envuelto con las mantas)… y he aquí que he estallado a reír como un loco. Mamá ha venido de otra habitación para preguntarme ¿qué pasa? Simplemente acababa de leer el episodio en el que se le impone a Gide el epíteto "glorioso" por la palabra "destino" (página 73)[186]. Pero mi risa no era más que un medio de liberarme de una humillante vergüenza; he ahí a un escritor extranjero con renombre

---

[185] Trotsky acababa de recibir el libro de André Gide, *Retour de l'URSS*. André Gide había sido durante los años treinta el más conocido de los "compañeros de ruta" francés del estalinismo. Había generado este libro a partir de un viaje oficial en la URSS, de donde volvió particularmente decepcionado. "Por principios" no había querido unirse a los firmantes del *Llamamiento*, pero su libro constituía una considerable ayuda para Trotsky.

[186] El cartero obliga a Gide a añadir este adjetivo en un telegrama.

mundial, un hombre del que se puede aprender mucho (y sobre todo cuando se trata de los epítetos) Pero se le trata a ese huésped excepcional como a un pequeño funcionario domesticado que no puede más que recibir órdenes e instrucciones. ¡Qué "epítetos" no se le arrancará al resto que no son huéspedes ilustres! Y no solamente epítetos. Este pequeño episodio ofrece una sobresaliente clave para muchos "enigmas" que, por otra parte, no tienen nada que ver con el arte.

He recibido cuatro ejemplares de *La revolución traicionada*[187]. Por el momento con esto me es suficiente. Gracias. No soy de la opinión de que la falsa fecha no tenga importancia porque "todo el mundo sabe…"[188] Todo el mundo no presta atención, eso es todo. Pero desde el momento en que el adversario indica la fecha y saca de ello algunas consecuencias, el autor se ve colocado de golpe a la defensiva… Y el adversario no siempre tiene escrúpulos.

He respondido tanto a Rosmer como a Martinet[189] con cierto retraso a causa de la salud. Apreciamos mucho sus cartas. También he recibido una carta de Naville[190] muy buena. Le responderé mañana.

Podríamos enviar dinero a Erwin[191] inmediatamente si estamos seguros que el editor inglés enviará el adelanto. Incluso puedes escribirle que envíe desde Londres a Erwin la suma debida (¡toda!) y el resto a nosotros.

Hemos recibido libros de Grasset. ¡Muchas gracias! Pero Van no suelta palabra. ¡He ahí a un amigo taciturno! De todos modos, nuestros mejores saludos para él. – Leyendo Poulaille[192], obtengo un doble gozo: conozco su talento y me siento más cerca de la clase obrera francesa. ¡Se lo agradezco calurosamente!

No he recibido ni la edición alemana (ni inglesa) del *Libro rojo*[193]. No puedo explicarme este fatal retraso.

Para la edición inglesa y norteamericana de *La Rev*[*olución*] *traicionada* habrá que retomar las anotaciones de V[ictor] Serge a la edición francesa: son muy útiles. Al mismo tiempo hay que corregir el prefacio de todas las ediciones. Habrá que escribir necesariamente a Nueva York y Londres sobre el éxito de la edición francesa de *La R*[*revolución*] *traicionada* para animarlos a que publiquen el libro lo antes posible.

Mamá te abraza.

---

187 *La revolución traicionada*, en estas mismas OELT-EIS.

188 Ver en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano, la carta de Trotsky a L. Sedov del 13 de noviembre: "[Errores]".

189 Marcel Martinet (1887-1944), poeta y escritor, miembro del núcleo internacionalista durante la guerra, había sido uno de los primeros comunistas en Francia, antes de verse obligado por la enfermedad a abandonar toda actividad continuada. Había redactado el *Llamamiento a los hombres*. Gérard Roche ha publicado su carta del 11 de noviembre de 1936 en *Cachiers Léon Trotsky*, nº 3, en anexo a su importante artículo "Défense et contre-enquête en France", páginas 61-108. Rosmer le había escrito el 13 de noviembre.

190 Pierre Naville (nacido en 1904) se había adherido al PC en 1926 como opositor y se reunió con Trotsky en Moscú en 1927. Había sido uno de los fundadores de la sección francesa y a menudo en conflicto con Trotsky. Era uno de los dirigentes del POI.

191 Erwin Wolf.

192 Henry Poulaille (1896-1980), de origen obrero, partidario de la "literatura proletaria" y marcado por la tradición sindicalista revolucionaria, había escrito en particular *Le Pain quotidien* (1930) y *Les Dames de la Terre* (1935). Había firmado el *Llamamiento*.

193 *Libro Rojo sobre el Proceso de Moscú,* en nuestra serie León Sedov, escritos.

[Sobre Jack London] (Carta a Joan London)[194]

(15 de julio de 1937)

Querida camarada London,

Su carta me alegra y me pone en dificultades a la vez. Me alegraría mucho contribuir, incluso un poco, a la biografía de Jack London[195] escrita por su hija que pertenece al mismo campo político que yo. Pero aquí comienzan las dificultades. He leído a Jack London antes y tal vez durante la guerra, pero no sistemáticamente. El motivo es que en esa época mi inglés era casi nulo y tenía que leer en traducciones (francés y ruso), lo que es fatal para las obras de arte. Incluso ahora me es difícil leer una novela en inglés. ¿Puede usted decirme al menos cuáles de sus libros le parecen personalmente más característicos de su trabajo creador? Trataré de leerlos en inglés. ¿Cuánto tiempo puede concederme usted para leer y escribir? Sin adquirir un compromiso formal, por las razones expuestas más arriba, prometo hacer todo lo posible para ofrecer mi opinión sobre el notable autor que era su padre.

Jack London, artista revolucionario (Carta Joan London)[196]

(16 de octubre de 1937)

Querida camarada,

Me invade cierta zozobra y he de confesar que he leído por primera vez *El talón de hierro* justo en estos últimos días, es decir con treinta años de retraso. Este libro me ha producido (lo digo sin ninguna exageración) una fuerte impresión. No solamente por sus cualidades artísticas: la forma de la novela sólo sirve en este caso de marco de análisis y previsión sociales. El autor es muy ahorrativo adrede en el uso de los medios artísticos. Lo que le interesa no es el destino individual de sus héroes, sino el destino del género humano. Con ello no quiero limitar en absoluto el valor artístico de la obra y, sobre todo, de sus últimos capítulos, a partir de la Comuna de Chicago. En eso no radica lo esencial. Este libro me ha impactado por el arrojo e independencia de sus previsiones en el dominio histórico.

El movimiento obrero mundial se desarrolló, a fines del último siglo y principios de este, bajo el signo del reformismo. Parecía que estaba establecida de una vez por todas la perspectiva del progreso pacífico y continuado del florecimiento y realización de la democracia y de las reformas sociales. Por supuesto que la revolución rusa fustigó al ala radical de la socialdemocracia alemana y le imprimió durante algún tiempo vigor y dinamismo al anarcosindicalismo en Francia. *El talón de hierro* lleva impresa, sin embargo, la marca del año 1905. La victoria de la contrarrevolución ya se afianzaba en Rusia cuando apareció este notable libro. En la arena mundial, la derrota del proletariado ruso le confirió al reformismo, no solamente la posibilidad de retomar las posiciones que durante unos instantes había perdido, sino, además, los medios para subordinar bajo su

---

[194] Joan London, hija del escritor Jack London, era la compañera de un militante trotskysta norteamericano, Barney Moss. Quería escribir un libro sobre su padre.

[195] John Griffith, llamado Jack London (1876-1916), novelista socialista, autor de numerosas novelas, entre ellas *La llamada de la selva* y *El talón de hierro*.

[196] Carta a Joan London, hija de Jack London, casada con un militante trotskysta de San Francisco, Barney Moss. John Griffith, llamado Jack London (1876-1916) había publicado *El talón de hierro*, novela de anticipación sobre un régimen totalitario de tipo fascista, en 1908.

égida completamente al movimiento obrero organizado. Es suficiente recordar que, precisamente, fue durante esos siete años siguientes (de 1907 a 1914) cuando la socialdemocracia internacional alcanzó por fin la madurez suficiente para ejercer el papel bajo y vergonzoso que ostentó durante la guerra mundial.

Como verdadero creador, Jack London supo traducir el impulso dado por la primera revolución rusa, también supo reponer en su totalidad el destino de la sociedad capitalista a la luz de esa revolución. Particularmente se volcó en los problemas que el socialismo oficial considera hoy en día definitivamente enterrados: el crecimiento de la riqueza y poderío en uno de los polos de la sociedad, de la miseria y sufrimientos en el otro. La acumulación del odio social, el ascenso irresistible de sangrientos cataclismos, todas esas cuestiones las siente Jack London con una intrepidez que nos obliga a preguntarnos sin cesar con asombro: entonces, ¿cuándo se han escrito estas líneas?, ¿realmente fueron escritas antes de la guerra?

Hay que señalar particularmente el papel que Jack London atribuye en la próxima revolución de la humanidad a la burocracia y aristocracia obreras. Gracias a su apoyo, la plutocracia norteamericana logrará aplastar el levantamiento de los trabajadores y mantenerlo durante los siguientes tres siglos bajo su dictadura de hierro. No abriremos ninguna discusión con el poeta sobre un plazo del que pensamos que no puede ser muy largo. Lo importante aquí no es, por otra parte, el pesimismo de Jack London, sino su tendencia apasionada a zarandear a quienes se dejan adormecer por la rutina, a obligarles a abrir los ojos, a ver lo que es y lo que está a punto de suceder. El artista utiliza hábilmente los procedimientos de la hipérbole. Empuja hasta el límite las tendencias internas del capitalismo a la servidumbre, la crueldad, la ferocidad y la traición. Maneja los siglos para medir mejor la voluntad tiránica de los explotadores y el papel traidor de la burocracia obrera. Sus hipérboles más románticas son, a fin de cuentas, infinitamente más justas que los cálculos contables de las políticas supuestamente "realistas".

No es difícil imaginar la condescendiente incredulidad con la que el pensamiento oficial de la época lo acogió. Si uno se toma la molestia de estudiar las críticas a *El talón de hierro* que se publicaron entonces en los diarios austríacos *Kampf* y *Arbeiterzeitung*, no será difícil convencerse de que el "romántico" de treinta años iba infinitamente más lejos que todos los dirigentes socialdemócratas de la época juntos. Por otra parte, en ese dominio Jack London no soporta solamente la comparación con los reformistas y centristas. Se puede afirman con certeza que, en 1907, no había un solo marxista revolucionario, incluyendo a Lenin y Rosa Luxemburg, que se representase tan bien la funesta perspectiva de la unión entre el capital financiero y la aristocracia obrera. Por sí solo, esto ya es suficiente para definir el valor específico de la novela.

El capítulo "El rugido de la bestia" es incontestablemente el centro de la obra. En el momento en que se publicó la novela, este capítulo apocalíptico tuvo que parecer el límite máximo de la hipérbole. Lo que ha pasado después lo ha superado en la práctica. Sin embargo, la lucha de clases todavía no ha dicho su última palabra. "La hecatombe del abismo" es el pueblo reducido al grado más extremo de servidumbre, humillación y degeneración. Sin embargo, ¡nadie puede permitirse hablar del pesimismo del artista! No, London es un optimista, pero un optimista de mirada aguda y perspicaz. "He ahí en qué abismo nos va a precipitar la burguesía si no le hacéis entrar en razón"; es su pensamiento, y ese pensamiento adquiere hoy en día una resonancia infinitamente más actual y viva que hace ahora treinta años. Por fin, nada es más impactante en la obra de Jack London que su previsión verdaderamente profética de los métodos que empleará el *talón de hierro* para mantener su dominación sobre la humanidad aplastada. London se afirma magníficamente emancipado de las ilusiones reformistas y pacifistas. En su cuadro del futuro no deja nada en pie de la democracia y del progreso pacífico. Por encima de la

masa de los desheredados se elevan las castas de la aristocracia obrera, el ejército pretoriano, el aparato policiaco omnipresente y, coronando todo el edificio, la oligarquía financiera. Cuando se leen esas líneas uno no da crédito a sus ojos; es un cuadro del fascismo, de su economía, de su técnica gubernamental y de su psicología política (las páginas 299, 300 y la nota de la página 301 son particularmente destacables)[197]. El hecho es indiscutible: en 1907, Jack London previó y describió el régimen fascista como resultado ineluctable de la derrota de la revolución proletaria. Sean cuales sean las "fallas" de detalle de la novela (y las hay), no podemos más que inclinarnos ante la poderosa intuición del artista revolucionario.

Escribo estas líneas con premura. Temo mucho que las circunstancias no me permitan completar mi apreciación de Jack London. Me esforzaré en leer más tarde el resto de obras que usted me ha enviado y en decirle qué pienso de ellas. Puede hacer el uso de esta carta que usted misma juzgue necesario. Le deseo que tenga éxito en el trabajo que ha emprendido sobre la biografía de un gran hombre como era su padre.

[Agradecimiento][198]

(27 de agosto de 1938)

Estimado Señor Robinson,

Ayer vimos en casa su película *El último gánster*. A pesar del carácter melodramático de la pieza, tuvimos la plena posibilidad de apreciar su talento, espléndido y digno (la fuerza del temperamento, la riqueza de matices, el carácter expresivo de la mímica y la sobriedad gestual). Qué bueno sería que usted pudiese encontrar una pieza realmente artística llena de una dinámica heroica y de gran intensidad moral, ¡una pieza digna de su talento en todos los aspectos!

Un nuevo gran escritor: sobre *Los javaneses*, de Jean Malaquais

(7 de agosto de 1939)

Es bueno que exista en el mundo el arte, así como es bueno que exista la política. Es bueno que la potencia del arte sea tan inagotable como la vida porque puede aumentarla o disminuirla, recurrir a los colores brillantes o, por el contrario, conformarse

---

[197] Pensamos que se refiere a las primeras páginas del capítulo "El rugido de la bestia". *El talón de hierro*, Libros Hiperión – Ediciones I. Peralta – Editorial Ayuso, Madrid-Pamplona, 1976, páginas 211 y siguientes y a la nota 1 a pie de la página 214: "De la inconsistencia e incoherencia morales del capitalismo, los oligarcas surgieron con una ética nueva, coherente y definida, tajante y rígida como el acero, al mismo tiempo la más absurda y la menos científica de las que hubiese tenido jamás una clase de tiranos. Los oligarcas tenían fe en su moral, aunque ésta estuviese desmentida por la biología y la evolución; gracias a esta fe han podido contener durante tres siglos la ola potente del progreso humano. Ejemplo profundo, terrible y desconcertante para el moralista metafísico, y que debe inspirar al materialista muchas dudas y exámenes de conciencia." EIS.

[198] Carta al actor E. G. Robinson. Nacido en Rumania como Manuel Goldenberg, emigró a los Estados Unidos en 1903 y se convirtió en Edward G. Robinson (1893-1973), había debutado en Broadway y triunfaba en Hollywood. Sentía hacia Trotsky mucha admiración, lo había visitado y le había organizado la proyección en la "casa azul" de cierto número de sus películas.

con el lápiz gris, presentando al mismo objeto en todos sus aspectos, arrojando sobre él distintas luces. Sólo hubo un Napoleón; pero sus representaciones artísticas son legión.

La fortaleza Pedro y Pablo y otras prisiones zaristas me pusieron en contacto tan íntimo con los clásicos franceses que, durante más de tres décadas, seguí siendo un lector bastante regular de las más notables novelas francesas modernas. Incluso en los años de guerra civil tenía yo alguna novela francesa en el tren militar. Después, durante el destierro de Constantinopla, llegué a formar una modesta biblioteca de novelas francesas recientes. Fue devorada por las llamas junto con mis otros libros en marzo de 1931.

Sin embargo, en los últimos años el interés que sentía por dichas novelas se ha desvanecido casi por completo. Los acontecimientos que ocurrían en el mundo y que incidentalmente caían sobre mi propia cabeza, eran demasiado abrumadores. Lo referente al arte empezó a parecerme insípido y casi trivial. Leí con interés algunos de los primeros volúmenes de la epopeya de Jules Romains. Pero los últimos, especialmente aquellos que retratan la guerra, me dieron la impresión de un vacío informe. Al parecer, ningún arte puede abarcar íntegramente la guerra. En la mayoría de los casos la pintura de las batallas es del todo superficial. Pero no es esto cuanto cabe decir al respecto. Del mismo modo que una alimentación excesivamente condimentada estraga el paladar, la acumulación de hecatombes históricas arruina el gusto por la literatura. Y, hace unos días, tuve nuevamente ocasión de repetir: es bueno que exista el arte en el mundo.

Jean Malaquais, escritor francés desconocido para mí, me envió un libro, enigmáticamente titulado *Les Javanais*. La novela está dedicada a André Gide. Esto me puso un poco en guardia. Gide se ha alejado demasiado de nosotros junto con la época que reflejaba en sus disquisiciones circunspectas y ociosas. Aún sus últimos libros, no obstante su interés, se leen como aportes humanos de un pasado irrevocable. Pero las primeras páginas me convencieron claramente de que Malaquais no estaba en deuda con Gide. Es, en verdad, totalmente independiente. Y ahí está su fuerza, en especial ahora en que cualquier especie de dependencia se ha convertido en regla. El nombre de Malaquais no me evocaba nada, a no ser cierta calle de París. *Les Javanais* es su primera novela; sus otros libros son anunciados todavía como libros “en preparación”. Sin embargo, esta primera obra inspira inmediatamente la idea de que el nombre de Malaquais perdurará.

El autor es joven y apasionadamente enamorado de la vida. Pero sabe ya cómo mantener la indispensable distancia artística entre la vida y él; una distancia que basta para impedirle sucumbir a su propia subjetividad. Amar la vida con el afecto superficial del diletante (y hay diletantes de la vida lo mismo que del arte) no es mucho mérito. Amar la vida con los ojos abiertos y un sentido crítico cabal, sin ilusiones, sin adornos, tal como es, con lo que ofrece, y más aún, con lo que puede llegar a ser, es una proeza. Fijar este amor a la vida con expresión artística, sobre todo cuando se refiere al estrato social más bajo, significa una gran obra de arte.

Una historia de parias

Por el sur de Francia, doscientos hombres extraen estaño y plata de una mina virtualmente exhausta, propiedad de un inglés que no desea invertir más dinero en nuevo equipo. La región está llena de extranjeros perseguidos, sin documentos ni autorizaciones y al margen de la policía. No son exigentes en cuanto a las condiciones de vida y de seguridad en el trabajo. Están dispuestos a trabajar por cualquier salario. La mina y su población de parias forman un mundo aparte, una especie de isla, que fue llamada “Java”, probablemente porque los franceses acostumbran a dar el nombre de “javanesa” a cualquier cosa incomprensible o exótica.

Casi todas las nacionalidades de Europa, y no sólo de Europa, están representadas en esta Java. Rusos blancos, polacos de temperamento extraño, italianos, españoles, griegos, checos, eslovacos, alemanes, austriacos, árabes, un armenio, un chino, un negro,

un judío ucraniano, un finlandés... En toda esta banda heterogénea hay un solo francés, un infeliz patético, que sostiene en alto el pabellón de la tercera república. En las barracas recostadas contra los muros de una fábrica consumida hace mucho por el fuego, viven treinta célibes, que maldicen en distintas lenguas. Las mujeres de los otros, llegadas también de todas las partes del mundo, no hacen sino aumentar la confusión de esta Babel.

Los javaneses desfilan a nuestros ojos, reflejando cada uno su perdida tierra natal, convenciendo cada uno de su personalidad (sin aparente ayuda del autor), firme cada uno sobre sus propios pies. El austriaco Kart Müller, añora a Viena mientras se harta de conjugaciones inglesas; el hijo del contralmirante Ulrich von Taupfen, Hans, exoficial asimismo de la marina alemana y partícipe de la insurrección de Kiel; el armenio Albudizián, que por primera vez en su vida come y bebe hasta hartarse y emborracharse en Java; el agrónomo ruso Bielsky, con su mujer media loca y su hija estúpida; el viejo minero Ponzoni que perdió a sus hijos en una mina de su Italia nativa y que habla con igual gusto a un muro o a una piedra del camino que a un compañero de trabajo; el "doctor Magnus" que abandonó la Universidad de Ucrania justamente antes de graduarse para no vivir como los demás; el negro norteamericano Hilary Hodges, que cada domingo lustra sus zapatos de charol (memento del pasado) que nunca se pone; el extendero ruso Blutov, que se dice antiguo general para pescar clientes de su futuro restaurante, aunque en realidad muere antes de que empiece la acción de la novela, deja una viuda que adivina el porvenir. Restos de familias deshechas, aventureros, soldados accidentales de revoluciones y contrarrevoluciones, residuos de catástrofes nacionales, refugiados de toda especie, soñadores y ladrones, héroes y cobardes, gente sin raíces, hijos pródigos de nuestro tiempo: tal es la población de Java, "isla flotante amarrada a la cola del diablo". Como dice von Taupfen, "no hay una pulgada de tierra en toda la superficie del globo en que se pueda poner el pie; fuera de eso, tú eres libre; más allá del límite, más allá de todos los límites". Pero esto no les impide vivir a gusto. Duermen en jergones de paja, a menudo sin desnudarse; fuman mucho; beben mucho; comen solamente pan y queso para poder beber más; raras veces se lavan, apestan a sudor, tabaco y alcohol.

La novela no tiene figura central ni trazas de plan. En cierto sentido, el propio autor es el héroe; pero no aparece en escena. La historia abarca un periodo de varios meses y, como la vida misma, se compone de episodios. No obstante el exotismo del ambiente, la novela está lejos del folklore, la etnografía o la sociología. Es una novela genuina, un trozo de vida convertido en arte. Podría pensarse que el autor escogió deliberadamente una "isla" solitaria para pintar con más claridad los caracteres y las pasiones humanas. Pero su significación es igual allí que en cualquier estrato de la sociedad. Esta gente ama, odia, llora, recuerda, aprieta sus dientes. Ahí está el nacimiento y solemne bautizo de una criatura del matrimonio polaco Warski; ahí está la muerte, la desesperación de las mujeres, los entierros; y, por último, el amor de una prostituta por el doctor Magnus que hasta entonces no había conocido mujer. Episodio tan patético que sugiere el melodrama, si no superase el autor el escollo honrosamente dentro del orden que se ha impuesto.

A través del libro transcurre la historia de dos árabes, los primos Alahassid ben Califa y Daud Jalima. Violando la ley de Mahoma beben vino una vez a la semana, los domingos; pero lo hacen con sobriedad, sólo tres litros, para no dejar de ahorrar los 5.000 francos que necesitan para volver a la región de Constantina donde están sus familias. No son verdaderos javaneses, sino incidentalmente. Sucede que Alahassid muere en un hundimiento de la mina. La historia del intento de Daud para sacar su dinero ahorrado del banco es inolvidable. El árabe espera durante horas, suplica, no se da por vencido y vuelve a esperar pacientemente. Por último, se le quita la libreta de ahorros, porque está a nombre de Alahassid, el único de los dos que sabía firmar. Esta tragedia minúscula está soberbiamente contada.

Madame Michel, la dueña de la taberna, se hace rica con esta gente. Sin embargo, no les tiene cariño y los desprecia, no sólo porque es incapaz de comprender su cháchara bulliciosa, sino también porque son demasiado pródigos en las propinas. Llegan y se van con demasiada facilidad y nadie sabe dónde: gente ligera que no merece confianza. Junto a la taberna, ocupa desde luego un lugar importante en la vida de Java el burdel más próximo. Malaquais lo describe detalladamente sin compasión; pero al mismo tiempo de modo muy humano.

Un minero convertido en gran artista

Los javaneses miran el mundo desde abajo, ya que ellos habían sido arrojados de espaldas al abismo de la sociedad; por lo demás, deben seguir en la mina para extraer mejor el mineral. Lo que constituye una perspectiva singular. Malaquais conoce muy bien sus leyes y sabe aplicarlas. El trabajo en la mina está descrito sobriamente, y sin detalles tediosos, con notable vigor. Ningún artista simple observador podía hacerlo de este modo, aunque hubiese bajado diez veces a la mina en busca de esos detalles técnicos que escritores como Jules Romains, por ejemplo, gustan lucir. Sólo un antiguo minero convertido en gran artista podía hacerlo.

Aunque con implicaciones sociales, esta novela no tiene carácter tendencioso en manera alguna. No trata de probar nada ni de hacer propaganda, como tantas producciones de nuestra época, sometidas a órdenes aun en la esfera del arte. La novela es "sólo" una obra de arte. Sin embargo, sentimos a cada paso las convulsiones de nuestra época, la más grandiosa y más monstruosa, la más significativa y la más despótica que se conoce en la historia humana. Una combinación del lirismo rebelde de la personalidad con la épica feroz de nuestro tiempo crea tal vez el mayor encanto de este trabajo.

El régimen legal descrito dura años. El gerente inglés, tuerto y manco, siempre borracho, arregla las dificultades con la policía obsequiando a sus representantes con vino y cigarros. Los javaneses sin documentos siguen trabajando en las peligrosas galerías de la mina, emborrachándose en la taberna de Madame Michel y ocultándose tras los árboles cada vez que tropiezan con los gendarmes, nada más que para ponerse a salvo. Pero todo tiene su fin.

El mecánico Karl, hijo de un panadero de Viena, deja su trabajo voluntariamente, derrocha su tiempo paseando por la playa bajo el sol, escuchando las olas del mar y hablando con los árboles del camino. Obreros franceses trabajan en una fábrica vecina. Tienen sus casitas con agua y electricidad, pollos, conejos y hortalizas. Karl, como la mayor parte de los javaneses, mira este mundo ordenado sin envidia, más bien con cierto desprecio. "Han perdido el sentido del espacio, pero han ganado el de la propiedad". Karl corta una rama y azota el aire con ella. Siente ganas de cantar. Le falta voz, de modo que silba. Entretanto, en un pozo de la mina los hombres mueren: el ruso Malinov, que presumía de haber combatido los bolcheviques en Nizhni Nóvgorod y el árabe Alahassid ben Califa. El caballero Yacovlev, sobresaliente exalumno del Conservatorio de Moscú, roba a la vieja bruja, Sofía Fedorovna, viuda de quien se pretendía general, y que había acumulado varios miles de francos. Karl lo descubre por casualidad, a través de la ventana abierta, y Yacovlev le golpea en la cabeza con un garrote. Así la catástrofe o una serie de catástrofes sobrevienen en la vida de Java. La desesperación de la vieja no conoce límites y llega a producir náuseas. Vuelve la espalda al mundo; responde con denuestos a las preguntas de la policía; permanece en el suelo sin comer ni dormir un día, dos, tres, agitándose sobre sus excrementos, rodeada por un enjambre de moscas.

El ladrón hace circular una noticia en los periódicos: ¿Dónde están los cónsules? ¿Por qué no hacen nada? El gendarme Carboni recibe una circular instruyéndole acerca de la necesidad de vigilar estrictamente a los extranjeros. El licor y los cigarros de John Kerrigan dejan de surtir efecto. "Estamos en Francia, señor gerente, y debemos cumplir

la ley francesa” El gerente se ve obligado a telegrafiar a Londres. Recibe orden de cerrar la mina. Java deja de existir. Los javaneses se dispersan para meterse en otras covachas.

El amor de Malaquais al hombre

Los remilgos literarios son ajenos a Malaquais; no evita las expresiones fuertes ni las escenas enfadosas. La literatura contemporánea, especialmente la francesa, es más libre al respecto por regla general que la naturaleza del tiempo de Zola, condenada por los puristas. Sería pedantería ridícula decir que ello sea bueno o malo. La vida es más descarnada y despiadada desde la guerra mundial, que destruyó no sólo muchas catedrales sino también muchas convenciones; la literatura no tiene más remedio que adaptarse a la vida. Pero qué diferencia entre Malaquais y cierto escritor que se hizo famoso hace algunos años con un libro de crudeza excepcional. Me refiero a Céline. Nadie había escrito antes que él con tanta obstinación fisiológica sobre las necesidades y funciones del pobre cuerpo humano. Pero la mano de Céline era guiada por un emponzoñado agravio que le hacía calumniar al hombre. Se diría que el artista, médico de profesión, deseaba convencernos de que el ser humano, obligado a funciones tan bajas, no se distinguía de un asno o de un perro, excepto por una mayor astucia quizás y un mayor espíritu de venganza. Esta odiosa actitud ante la vida cortó las alas del arte del autor: no fue más allá de su primer libro. Casi al mismo tiempo que Céline, otro escéptico se hizo famoso: Malraux, que también buscaba justificar su pesimismo; pero no abajo, en la fisiología, sino arriba, en las manifestaciones del heroísmo humano. Malraux escribió uno o dos libros importantes. Pero carece de médula. Siempre anda buscando una fuerza externa en qué descansar, alguna autoridad establecida. La falta de independencia creadora ha echado a perder sus últimos libros con el veneno de lo falso, malográndolos.

Malaquais no teme lo bajo y lo vulgar de nuestra naturaleza, porque a pesar de todo, el hombre posee genio creador, pasión, heroísmo, lo que está lejos de ser estéril. Como todos los verdaderos optimistas, Malaquais ama al hombre por sus facultades potenciales. Gorki dijo una vez: “El hombre ¡esto suena a soberbia!”. Quizás Malaquais no repetiría una exclamación tan didáctica. Sin embargo, es precisamente la actitud que observa hacia el hombre en su novela. El talento de Malaquais tiene dos aliados seguros: el optimismo y la independencia.

Acabo de recordar a Máximo Gorki, otro cantor de los vagabundos. El paralelo surge de por sí. Tengo presente en forma vívida cómo el mundo lector se sintió asombrado en 1895 por la primera gran historia corta de Gorki, *Chelkarsh*. El joven vagabundo saltaba de pronto desde los bajos fondos de la sociedad a la arena de la literatura hecho un maestro. En sus últimos escritos, Gorki no ha superado esencialmente aquel primer cuento. Malaquais no asombra menos que Gorki con el acierto de su primera salida. Imposible decir de él que es un escritor que promete. Es ya un artista consumado. En las antiguas escuelas los principiantes debían pasar por terribles pruebas (golpes, intimidaciones, vituperios) antes de recibir el temple exigido en el plazo más breve. Pero Malaquais, como Gorki, fue armado por la vida misma. La vida los lanzó, los hizo rodar por la tierra y después de una preparación semejante los reveló maestros consumados en el campo de las letras.

Con todo, ¡qué diferencia enorme entre sus épocas, sus héroes artísticos! Los vagabundos de Gorki no son los deshechos de la vieja cultura urbana, sino los campesinos de ayer todavía no asimilados por la nueva urbe industrial. Los vagabundos de la era creciente del capitalismo están marcados por un signo patriarcal y casi ingenuo. Rusia, políticamente joven en aquel tiempo, estaba encinta de su primera revolución. La literatura se alimentaba de ansiosas esperanzas y exagerados entusiasmos. Los vagabundos de Gorki están embellecidos por el romanticismo prerrevolucionario. No ha pasado en vano medio siglo desde entonces. Rusia y Europa han vivido una serie de

conmociones políticas y la más terrible de las guerras. Los grandes acontecimientos traen consigo grandes experiencias, principalmente las amargas experiencias que siguen a las derrotas y a los desengaños. Los vagabundos de Malaquais son el producto de una civilización madura. Miran al mundo con ojos menos asombrados, más prácticos. No son nacionales, son cosmopolitas. Los vagabundos de Gorki iban del Mar Báltico al Mar Negro o hasta Sajalín. Los javaneses no conocen límites nacionales; se sienten igualmente extraños o *at home* en las minas de Argelia, en los bosques de Canadá que en los cafetales del Brasil. El lirismo de Gorki era melódico, a veces sentimental y con frecuencia declamatorio. El lirismo de Malaquais, no menos intenso en lo esencial, es más sobrio en la forma y más disciplinado por la ironía.

La literatura francesa, conservadora y exclusiva como ha sido siempre, tarda en asimilarse las nuevas formas que ella misma ha creado para el mundo y se resiste a la influencia extranjera. Sólo desde la guerra penetra en la vida francesa una corriente cosmopolita. Los franceses han comenzado a viajar con más frecuencia, a estudiar geografía e idiomas extranjeros. Maurois aportó a la literatura reciente el inglés estilizado; Paul Morand, los clubs nocturnos del mundo. Pero este cosmopolitismo lleva el sello indeleble del turista. Con Malaquais sucede todo lo contrario. Malaquais no es un turista. Viaja de un país a otro de un modo que desaprueban las compañías de ferrocarriles y las autoridades policiacas. Ha rodado por todas las latitudes geográficas, trabajando donde podía. Fue perseguido, sufrió hambre y asimiló las impresiones del mundo junto con las emanaciones de las minas y de las tabernas, donde los parias internacionales gastan generosamente sus mezquinos salarios.

Malaquais es un escritor francés auténtico; es un maestro dentro de la técnica francesa de la novela (la más alta del mundo) para no mencionar la perfección de su lenguaje. Y, sin embargo, no es un francés. Ya me lo imaginaba mientras leía la novela. No porque el tono de su narrativa descubriera a un extranjero, a un observador desde fuera. De ningún modo. Cuando en las páginas de su libro aparecen franceses, son franceses genuinos. Pero en la querencia del autor no sólo hacia Francia, sino hacia la vida en general, se siente al “javanés”, a alguien que ha salido de “Java”. Ello no sucede así con los franceses. A pesar de todos los acontecimientos que han conmovido al mundo en el último cuarto de siglo, los franceses continúan siendo hartamente sedentarios, demasiado apegados a sus costumbres, a sus tradiciones para poder ver el mundo con ojos de paria. En respuesta a una carta que le escribí al respecto, el autor me contestó que era de ascendencia polaca. Debí haberlo adivinado sin preguntar. La novela empieza con el esbozo de un joven polaco, casi adolescente, de pelo pajizo, ojos azules, ávido de sensaciones, con el estómago vacío y la mala costumbre de sonarse las narices con los dedos: Manieck Brila. Abandona Varsovia escondido entre los ejes de un vagón restaurante, soñando llegar hasta Tombuctú. Si no se trata del propio Malaquais, es su hermano de sangre y de espíritu. Manieck vagabundeó más de diez años. Aprendió muchas cosas, maduró, pero sin perder nunca la frescura de su espíritu. Al contrario, acumuló una sed insaciable de vivir que se pone en evidencia en este primer libro. Esperamos otro. Sin duda, el pasaporte de Malaquais aún no está en regla. Pero la literatura ya le ha concedido todos los derechos de ciudadanía.

Carta a Malaquais, [Un libro extraordinario][199]
(19 de junio de 1939)

Mi querido Malaquais,

Ha escrito usted un libro extraordinario. Ha sabido considerar la vida humana desde un punto de vista particular: desde abajo, desde el mismo fondo. También ha visto la vida *francesa* con tanta frescura que me pregunto si es usted francés. La facilidad y la fuerza de su lengua hablan a favor de una respuesta afirmativa. Sin embargo, su forma "lumpenproletaria" de enfocar la vida, inusual para un francés, así como la "geografía" del prefacio, parecen decir que usted no es francés[200]. Pero eso, al fin y al cabo, es secundario. Lo principal es que el libro es magnífico. Aunque en los últimos años he perdido el gusto por las novelas, me leí la suya casi de un tirón. ¿A cuál de los dos personajes del prefacio se acerca el autor: al escéptico amargado o al optimista errante? ¿O está cerca de ambos? Sus próximos trabajos lo demostrarán.

Le deseo de corazón salud, tenacidad, optimismo y... éxito.

Carta a Malaquais, [Dar a conocer la novela]
(9 de agosto de 1939)

Mi querido Malaquais,

Su carta llegó cuando estaba terminando un artículo sobre su novela para la prensa norteamericana. Le envío una copia en ruso. Tal vez su editor encuentre la posibilidad de colocarlo en alguna publicación francesa. Veo por su carta que no ha abandonado el proyecto de venir a México. Trataré de interesar a algunas personas influyentes en el asunto, publicando el artículo sobre su libro en la prensa mexicana, y después de eso hacer las gestiones necesarias, si usted confirma su deseo de venir aquí.

Nuestros viejos amigos Alfred y Marguerite Griot (Rosmer) llegaron aquí ayer y resulta que Rosmer tiene la misma buena opinión de su novela que yo, lo que me alegra mucho.

Usted pregunta por mi libro sobre Lenin. Está en suspenso. Actualmente estoy escribiendo un libro sobre Stalin, después del cual volveré a la biografía de Lenin.

¡Atención a la teoría!
(27 de febrero de 1922)

Estimados camaradas,

La idea de publicar una revista para introducir a la juventud proletaria progresista en la concepción materialista del mundo me parece valiosa y fructífera en sumo grado.

La vieja generación de obreros y comunistas, que ahora desempeña el papel dirigente en el partido y en el país, despertó a la vida política consciente hace diez, quince, veinte o más años. Su pensamiento comenzó su trabajo crítico sobre el policía, el

---

[199] Vladimir Malacki, llamado Jean Malaquais (nacido en 1908), originario de un medio social muy modesto, había frecuentado los ambientes próximos a los trotskystas y a otros grupos antiestalinistas. Animado por André Gidé, a quien había atacado, acababa de publicar su primera novela. ["Un nuevo gran escritor: sobre *Los javaneses*, de Jean Malaquais", en nuestra serie Trotsky inédito en internet y en castellano].

[200] Malaquais era de origen polaco.

cronometrador y el capataz, amplió su trabajo crítico hasta el zarismo y el capitalismo, y luego, la mayoría de las veces en la cárcel y en el exilio, se volcó en cuestiones de filosofía de la historia y de conocimiento científico del mundo. Así, antes de que el proletario revolucionario llegara a las importantísimas cuestiones de la explicación materialista del desarrollo histórico, ya había logrado acumular una cierta suma de generalizaciones cada vez más amplias, de lo particular a lo general, sobre la base de su propia experiencia de vida.

El joven obrero de hoy despierta en el entorno del estado soviético, que es en sí mismo una crítica viva del viejo mundo. Las conclusiones generales que fueron alcanzadas por la vieja generación de obreros en la lucha, y que fueron reforzadas en la conciencia con los fuertes clavos de la experiencia personal, son ahora recibidas por los obreros de la generación más joven ya hechas, directamente de las manos del estado en el que viven, de las manos del partido que gobierna este estado. Esto significa, por supuesto, un gigantesco paso adelante en el sentido de crear las condiciones para una mayor educación política y teórica de los obreros. Pero, al mismo tiempo, en este nivel histórico incomparablemente superior alcanzado por el trabajo de la generación de los mayores, surgen nuevos problemas y nuevas dificultades para la generación de los jóvenes.

El estado soviético es una contradicción viva del viejo mundo, de su orden social, de sus relaciones personales, de sus concepciones y creencias. Pero, al mismo tiempo, el propio estado soviético sigue estando lleno de contradicciones, de lagunas, de descoordinación, de vagas formulaciones, en una palabra, de fenómenos en los que la herencia del pasado se entremezcla con los brotes del futuro. En una época tan profundamente transitoria, crítica e inestable como la nuestra, la educación de la vanguardia proletaria requiere fundamentos teóricos serios y fiables. Para evitar que los grandes acontecimientos, los poderosos altibajos, los rápidos cambios de tareas y métodos del partido y del estado desorganicen la conciencia del joven obrero y quiebren su voluntad, incluso antes de que cruce el umbral de su trabajo responsable independiente, es necesario armar su pensamiento y su voluntad con la actitud materialista.

Decimos armar su *voluntad*, y no sólo su *pensamiento*, ya que, en una época de grandes convulsiones mundiales, más que en cualquier otro momento nuestra voluntad es capaz no sólo de derrumbarse, sino también de templarse; pero sólo a condición de que se apoye en la comprensión científica de las condiciones y causas del desarrollo histórico.

Por otra parte, precisamente en esta clase de época de grandes cambios como la nuestra (sobre todo si se prolonga, es decir, si el ritmo de los acontecimientos revolucionarios en occidente resulta ser más lento de lo que cabría esperar) es muy probable que se produzcan intentos por parte de diversas escuelas y sectas filosóficas idealistas y semiidealistas de hacerse con el control de la conciencia de la juventud obrera. Cogido de improviso por los acontecimientos (sin una rica experiencia previa de la lucha de clases práctica) el pensamiento de la juventud obrera puede quedar indefenso frente a las diversas doctrinas del idealismo, que son en esencia una traducción de los dogmas religiosos al lenguaje de la falsa filosofía. Todas estas escuelas, con toda la variedad de sus denominaciones idealistas, kantianas, empiriocríticas y otras, equivalen en última instancia a hacer que la conciencia, el pensamiento y la cognición precedan a la materia, y no al revés.

La tarea de la educación materialista de la juventud obrera consiste en revelarles las leyes básicas del desarrollo histórico, y derivar de estas leyes básicas la más elevada e importante, a saber, la ley que dice que la conciencia de la gente no es un proceso psicológico libre e independiente, sino una función de la base económica material; que está condicionada por ella y le sirve.

La dependencia de la conciencia con respecto a los intereses y relaciones de clase, y de éstos con respecto a la organización económica, aparece de manera más clara, más abierta y más aguda en una época revolucionaria. Con esta experiencia insustituible debemos ayudar a la juventud obrera a reforzar en su conciencia los fundamentos del método marxista.

Pero esto no es todo. La propia sociedad humana, tanto por sus raíces históricas como por su economía contemporánea, se extiende al mundo de la historia natural. Debemos ver al hombre contemporáneo como un eslabón de todo el desarrollo que parte de la primera célula orgánica minúscula, que procede a su vez del laboratorio de la naturaleza, donde actúan las propiedades físicas y químicas de la materia. La persona que ha aprendido a mirar con ojos claros el pasado de todo el mundo, incluyendo la sociedad humana, los reinos animal y vegetal, el sistema solar y los interminables sistemas que lo rodean, no se pondrá a buscar las claves de los secretos del universo en los antiguos "libros sagrados", esos cuentos de hadas filosóficos del infantilismo primitivo. Y la persona que no admite la existencia de fuerzas celestiales místicas, capaces a voluntad de inmiscuirse en la vida personal o social y dirigirla hacia uno u otro lado, que no cree que las carencias y sufrimientos encontrarán algún tipo de recompensa superior en otros mundos, se mantendrá más firme y estable en nuestra tierra, buscará con más audacia y confianza apoyo para su trabajo creativo en las condiciones materiales de la sociedad.

La visión materialista del mundo no sólo abre una amplia ventana al universo entero, sino que también fortalece la voluntad. También es lo único que hace del hombre contemporáneo un hombre. Sigue dependiendo, es cierto, de condiciones materiales difíciles, pero ya sabe cómo superarlas y participa conscientemente en la construcción de la nueva sociedad, basada a la vez en la más alta capacidad técnica y en la más alta solidaridad. Dar a la juventud proletaria una educación materialista es una tarea suprema. Y a vuestra revista, que quiere participar en esta obra de educación, le deseo de todo corazón que tenga éxito.

Con saludos comunistas y materialistas,
L. Trotsky

Apuntes sobre Plejánov

(25 de abril de 1922)

La guerra ha sentado el balance del socialismo de toda una época y ha pesado en su balanza a los jefes. Entre estos últimos ha rechazado despiadadamente a Plejánov[201]. Era un hombre eminente. Es doloroso pensar que toda la joven generación proletaria que se adhirió al movimiento tras 1914 sólo conoce a Plejánov como al protector de los Alexinsky, como al colaborador de Avxentiev, al émulo de Brechkovskaya, es decir al Plejánov de la decadencia, al Plejánov del patriotismo. Era un hombre eminente. Y es una gran figura en la historia del pensamiento social ruso.

Plejánov no creó la teoría del materialismo histórico, no la enriqueció con nuevas conquistas científicas. Pero la introdujo en la vida rusa. Y este es un inmenso mérito. Era necesario vencer los prejuicios del "revolucionarismo" primitivo de la clase intelectual rusa, presuntuosa en su estado atrasado. Plejánov "nacionalizó" la teoría marxista y, por ello mismo, desnacionalizó el pensamiento revolucionario ruso. Con Plejánov habló por primera vez la lengua de la ciencia verdadera, se unió al movimiento obrero mundial,

[201] Obras escogidas de G. V. Plejánov, en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria.

descubrió a la revolución rusa sus posibilidades y sus perspectivas reales y le encontró una base en las leyes objetivas del desarrollo económico.

Plejánov no creó la dialéctica materialista, pero fue el convencido y ardiente defensor de ella en Rusia desde 1880. Ahora bien, para hacerlo se necesitaban perspicacia, amplia visión y un gran ardor de pensamiento. A estas cualidades Plejánov añadía las del talento en la expresión y el arte del humor. La primera caballería rusa del marxismo esgrimió la espada a las mil maravillas. ¡Cuántas heridas, a veces mortales, les infringió a sus adversarios, y en particular al epígono del movimiento de los narodniki, a Mijailovsky! Para apreciar debidamente la fuerza de su pensamiento sería preciso hacerse una idea de la atmósfera de prejuicios subjetivistas, idealistas y otros que reinaba entonces en los círculos radicales de Rusia y de la emigración rusa. Sin embargo, esos círculos representaban lo que Rusia había producido de más revolucionario en la segunda mitad del siglo XIX.

Afortunadamente, el desarrollo intelectual de la juventud obrera de la época actual sigue una vía completamente diferente. Nos separa un abismo de la época en la que se desarrollaban las peripecias del duelo Beltov-Mijailovsky[202] Por eso la forma de las mejores obras, es decir de las obras de polémica más brillantes de Plejánov, ha envejecido como la del *Anti-Dühring* de Engels. Los puntos de vista de Plejánov son infinitamente más comprensibles a los obreros de hoy en día que los de aquellos a los que combatía. También el lector debe prestar mucha más atención e imaginación para representarse las concepciones de los narodniki y de los subjetivistas que para comprender la fuerza y justeza de los golpes de Plejánov. Por eso os libros de Plejánov no pueden alcanzar ahora una gran difusión. Pero todo marxista deseoso de ampliar su horizonte filosófico tendrá que recurrir, inevitablemente, a la fuente del pensamiento marxista en Rusia, a Plejánov. Para ello tendrá que trasladarse a la atmósfera ideológica del movimiento radical ruso de 1860 a 1890, tarea difícil. Pero se verá recompensado de sus esfuerzos por el desarrollo de su horizonte y por el goce estético que ofrece el espectáculo del pensamiento preciso, luminoso, en lucha contra los prejuicios, la rutina y la idiotez.

Aunque fuertemente influenciado por los escritores franceses, el Plejánov publicista procede directamente de la antigua escuela rusa (Belinsky, Herzen, Chernichevsky). Poseía la forma amplia, no temía las digresiones, citas, bromas propias para entretener al lector. En nuestra época, en la que se busca la concisión, en la que hacen furor las abreviaciones, la forma de Plejánov parece trasnochada. Pero refleja toda una época y, en su género, es excelente. Sin embargo, la escuela francesa dejó su huella sobre Plejánov, habituándolo a la exactitud de las fórmulas y a la claridad de la exposición.

El Plejánov orador poseía las cualidades, como también los defectos, del escritor. Las obras de Jaurès, incluso las históricas, causan la impresión de un discurso; cuando Plejánov habla, se escucha al escritor. Por ello los libros de Jaurès fatigan por su elocuencia continua mientras que los discursos de Plejánov causan frecuentemente la impresión de buenos artículos.

Plejánov descollaba en las disputas teóricas en las que se complacían generaciones enteras de intelectuales revolucionarios rusos. Donde era más débil era en los discursos puramente políticos destinados a llevar al auditorio a una conclusión práctica, a animarlo con una voluntad única. En esas ocasiones era observador, crítico o publicista, pero jamás jefe. Su destino le impedía dirigirse directamente a la masa, llamarla a la acción, conducirla. Sus lados débiles tienen el mismo origen que sus méritos: era un precursor, el primer caballero del marxismo en Rusia.

---

[202] Bajo el pseudónimo de Beltov, Plejánov logró engañar en 1895 a la censura zarista pasando su mejor panfleto, el más brillante: *La concepción monista de la historia*.

Hemos visto que Plejánov no tiene prácticamente trabajos susceptibles de formar el alimento corriente de la clase obrera. Se podría hacer una excepción con la *Historia del pensamiento social ruso*; pero esta obra está lejos de ser irreprochable; las tendencias conciliadoras y patrióticas del Plejánov del último período ya habían socavado los fundamentos teóricos. Empotrado en las contradicciones irreductibles del socialpatriotismo, Plejánov, sin recusar la teoría de la lucha de clases, comenzaba a buscar en otras partes directivas que creía encontrar bien en el interés nacional, bien en los principios éticos abstractos. En sus últimos escritos hacía concesiones monstruosas a la moral normativa, que se esforzaba en convertir en el criterio de la política ("Una guerra defensiva es una guerra justa"). En su introducción a la *Historia del pensamiento social ruso* limita la lucha de clases, únicamente la admite en el interior del país y la reemplaza por la solidaridad nacional en las relaciones internacionales[203]. Ya no se trata de Marx, sino de Sombart. Solo quienes saben qué implacable lucha entabló Plejánov durante décadas contra el idealismo, en general, y la filosofía normativa en particular, contra la escuela de Brentano y sus falsificadores, el pseudomarxista Sombart, comprenderán la profundidad de su decadencia cuando cayó bajo la impronta de la ideología nacionalista y patriótica.

Pero esta decadencia era previsible: la tragedia de Plejánov, como su mérito, provienen de que era un precursor. No era el jefe del proletariado en acción, solo el anunciador. En su polémica, defendía los métodos del marxismo, pero no tenía la posibilidad de aplicarlos. A pesar de su larga estancia en Suiza, se mantuvo como un típico emigrado ruso. No le interesaba casi el socialismo cantonal suizo, oportunista y teóricamente débil. El partido ruso no existía. El lugar de este partido lo ocupaba en el caso de Plejánov el estrecho círculo de sus partidarios del "Grupo de Emancipación del Trabajo", (Plejánov, Axelrod, Zasulich y Deutsch, este último en la cárcel). Cuanto más se esforzaba Plejánov en consolidar la base teórica y filosófica de su posición, más carecía de base política. Observador del movimiento obrero europeo, frecuentemente cerraba los ojos ante las mezquinas disputas, la pusilanimidad, los compromisos de los partidos socialistas; pero combatía incansablemente la herejía en la literatura socialista.

Este desequilibrio entre la teoría y la práctica fue fatal para Plejánov. A pesar de sus conocimientos doctrinales, se vio desamparado ante los grandes acontecimientos políticos. La revolución de 1905 ya le cogió desprevenido. Este brillante y profundo teórico del marxismo se orientaba a las tientas en los acontecimientos de la revolución, le faltaba seguridad, salía con evasivas, rehusaba toda respuesta clara e intentaba escoger fórmulas algebraicas o anécdotas espirituales, a las que era muy dado en particular.

Vi por primera vez a Plejánov hacia finales de 1902, cuando terminaba su brillante campaña contra el movimiento de los narodniki y el revisionismo, y tenía que enfrentarse a las cuestiones políticas de la próxima revolución. En resumidas cuentas, para Plejánov comenzaba la época de la decadencia. Solo tuve una vez la oportunidad de ver y escuchar a Plejánov con toda su fuerza y gloria: fue en el 2º Congreso del partido (julio de 1903), en Londres, en la comisión del programa. Los representantes del grupo de la "Causa Obrera", Martinov y Akimov, los del Bund, Lieber y otros, y algunos delegados provinciales, buscaban la forma de introducir enmiendas, en su mayoría pobres y teóricamente erróneas, en el programa del partido elaborado principalmente por Plejánov. En los debates, Plejánov se superó a sí mismo y se mostró implacable. Ante cada cuestión

[203] "El desarrollo de toda sociedad dividida en clases está determinado por el desarrollo de esas clases y por sus relaciones mutuas, es decir, en primer lugar, por *su lucha entre ellas* para la forma de la organización social interna, y en segundo lugar, por su *colaboración*, más o menos amistosa, cuando se trata de la defensa del país contra las agresiones externas." (Plejánov, *Historia del pensamiento social ruso*, Moscú, 1919, página 11)

planteada, incluso insignificante, desplegaba todos los recursos de su extraordinaria erudición y obligaba a los oyentes, y los mismos adversarios, a reconocer que la cuestión no hacía más que empezar allí donde creían que estaba resuelta. Poseyendo en la cabeza una concepción clara, científica, de su programa, seguro de sí mismo, de sus conocimientos, de su fuerza, con un destello alegre e irónico en la mirada, los mostachos en punta, el gesto ligeramente teatral pero vivo y expresivo, Plejánov deslumbraba a los oyentes con su ciencia y espíritu incomparables. La admiración recorría todos los rostros; toda la asamblea, inclusos sus adversarios, quedaba prendada de sus labios.

En las cuestiones de táctica y organización en ese mismo congreso, Plejánov estuvo mucho más débil; a veces incluso parecía acaparado por la impotencia, hasta el punto de dejar perplejos a los mismos que acababan de admirarlo en la discusión del programa.

En el Congreso Internacional de París, en 1889, Plejánov ya había declarado que si la revolución triunfaba en Rusia solo podría hacerlo como revolución obrera. Dicho de otra forma, no había ni habría en Rusia democracia burguesa revolucionaria capaz de alcanzar la victoria. De ello resultaba que la revolución victoriosa no podría más que acabar con la transmisión del poder a manos del proletariado. Sin embargo, Plejánov retrocedía horrorizado ante esta conclusión. Por ello mismo renunciaba prácticamente a sus antiguos principios. No adoptó otros nuevos. De ahí su impotencia política, sus fluctuaciones que terminaron en la caída en los abismos del patriotismo.

Durante la guerra, como durante la revolución, no les quedó otro remedio a los discípulos fieles de Plejánov que combatirlo sin piedad.

Los partidarios y los admiradores de Plejánov en la decadencia, a menudo imprevistos y desprovistos de talento, tras su muerte han reunido en una edición especial todo lo más erróneo que dijo. Con ello han ayudado a separar al falso Plejánov del verdadero. El gran Plejánov nos pertenece completamente. Nuestro deber es restaurar su fisonomía moral e intelectual para la joven generación. Estas breves líneas no pueden ser consideradas, evidentemente, como el comienzo de esta tarea. Ahora bien, hay que realizarla: es de las más necesarias y agradables. Ya es hora de escribir un libro sobre Plejánov digno de él.

La curva del desarrollo capitalista. Carta a los editores en lugar del artículo prometido

(21 de junio de 1923)

En la Introducción a la obra de Marx *Las luchas de clases en Francia*, Engels escribió

> "Cuando se aprecian sucesos y series de sucesos de la historia diaria, jamás podemos remontarnos hasta las *últimas* causas económicas. Ni siquiera hoy, cuando la prensa especializada suministra materiales tan abundantes, se podría, ni aun en Inglaterra, seguir día a día la marcha de la industria y del comercio en el mercado mundial y los cambios operados en los métodos de producción, hasta el punto de poder, en cualquier momento, hacer el balance general de estos factores, múltiplemente complejos y constantemente cambiantes; máxime cuando los más importantes de ellos actúan, en la mayoría de los casos, escondidos durante largo

tiempo antes de salir repentinamente y de un modo violento a la superficie. Una visión clara de conjunto sobre la historia económica de un período dado no puede conseguirse nunca en el momento mismo, sino sólo con posterioridad, después de haber reunido y tamizado los materiales. La estadística es un medio auxiliar necesario para esto, y la estadística va siempre a la zaga, renqueando. Por eso, cuando se trata de la historia contemporánea corriente, se verá uno forzado con harta frecuencia a considerar este factor, el más decisivo, como un factor constante, a considerar como dada para todo el período y como invariable la situación económica con que nos encontramos al comenzar el período en cuestión, o a no tener en cuenta más que aquellos cambios operados en esta situación, que por derivar de acontecimientos patentes sean también patentes y claros. Por esta razón, aquí el método materialista tendrá que limitarse, con harta frecuencia, a reducir los conflictos políticos a las luchas de intereses de las clases sociales y fracciones de clases existentes determinadas por el desarrollo económico, y a poner de manifiesto que los partidos políticos son la expresión política más o menos adecuada de estas mismas clases y fracciones de clases.

Huelga decir que *esta desestimación inevitable de los cambios que se operan al mismo tiempo en la situación económica (verdadera base de todos los acontecimientos que se investigan) tiene que ser necesariamente una fuente de errores*."[204]

Estas ideas, que Engels formuló poco antes de su muerte, no fueron desarrolladas por nadie después de él. Que yo recuerde, rara vez se citan, mucho menos de lo que deberían. Es más, su significado parece haber escapado a muchos marxistas. La explicación de este hecho se encuentra, una vez más, en las causas indicadas por Engels, que abogaba contra cualquier tipo de interpretación económica acabada de la historia *actual*.

Es una tarea muy difícil, imposible de resolver en toda su amplitud, determinar esos impulsos subterráneos que la economía transmite a la política de hoy; y, sin embargo, la explicación de los fenómenos políticos es inaplazable, porque la lucha no puede esperar. De ahí la necesidad de recurrir, en la actividad política cotidiana, a explicaciones tan generales que, por el uso prolongado, se transforman en tópicos. Mientras la política siga fluyendo bajo las mismas formas, dentro de las mismas orillas y a la misma velocidad, es decir, mientras la acumulación de cantidad económica no haya pasado a un cambio de calidad política, este tipo de abstracción clarificadora ("los intereses de la burguesía", "el imperialismo", "el fascismo") sigue cumpliendo más o menos su cometido: no interpretar un hecho político en toda su concreción, sino reducirlo a un tipo social conocido, que es, por supuesto, intrínsecamente de inestimable importancia. Pero cuando se produce un cambio grave en la situación, y más aún un giro brusco, tales explicaciones generales revelan su completa insuficiencia, y se transforman por completo en tópicos vacíos. En estos casos, siempre es necesario profundizar en el análisis para determinar el aspecto cualitativo y, si es posible, medir cuantitativamente los impulsos de la economía sobre la política. Estos "impulsos" representan la forma dialéctica de las "tareas" que se originan en el fundamento dinámico y se someten a la solución en la esfera de la superestructura.

Las oscilaciones de la coyuntura económica (auge-depresión-crisis) ya significan en sí mismas impulsos periódicos que dan lugar bien a cambios cuantitativos, bien a cambios cualitativos, y a nuevas formaciones en el campo de la política. Los ingresos de

---

[204] Carlos Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 (con anexos),* Obras Escogidas de Carlos Max y Federico Engels (OEME-EIS), páginas 4-5 del formato pdf. Las cursivas del último párrafo son de L. Trotsky.

las clases poseedoras, el presupuesto del estado, los salarios, el desempleo, las proporciones del comercio exterior, etc., están íntimamente ligados a la coyuntura económica, y a su vez ejercen la influencia más directa sobre la política. Sólo esto basta para comprender lo importante y fructífero que es seguir paso a paso la historia de los partidos políticos, de las instituciones estatales, etc., en relación con los ciclos del desarrollo capitalista. Con esto no queremos decir en absoluto que estos ciclos lo expliquen todo: esto queda excluido, aunque sólo sea por la razón de que los ciclos en sí mismos no son fenómenos económicos fundamentales sino derivados. Se desarrollan sobre la base del desarrollo de las fuerzas productivas a través de las relaciones de mercado. Pero los ciclos explican *mucho*, formando como lo hacen a través de la pulsión automática un resorte dialéctico indispensable en el mecanismo de la sociedad capitalista. Los puntos de ruptura de la coyuntura comercial-industrial nos acercan más a los nudos críticos de la trama del desarrollo de las tendencias políticas, de la legislación y de todas las formas de ideología.

Pero el capitalismo no se caracteriza únicamente por la recurrencia periódica de los ciclos; de lo contrario, lo que se produciría sería una repetición compleja y no un desarrollo dinámico. Los ciclos industriales comerciales tienen un carácter diferente en los distintos períodos. La principal diferencia entre ellos viene determinada por las interrelaciones cuantitativas entre la crisis y el período de auge dentro de cada ciclo dado. Si el auge restablece con un superávit la destrucción o la constricción durante la crisis precedente, entonces el desarrollo capitalista se mueve hacia arriba. Si la crisis, que señala la destrucción, o en todo caso la contracción de las fuerzas productivas, supera en su intensidad al auge correspondiente, entonces obtenemos como resultado un declive de la economía. Por último, si la crisis y el auge se aproximan en fuerza, entonces obtenemos un equilibrio temporal y estancado en la economía. Este es el esquema en bruto.

Observamos en la historia que los ciclos homogéneos se agrupan en una serie. Existen épocas enteras de desarrollo capitalista en las que una serie de ciclos se caracteriza por auges fuertemente delineados y crisis débiles y de corta duración. El resultado es un movimiento ascendente de la curva básica del desarrollo capitalista. Hay épocas de estancamiento en las que esta curva, aunque pasa por oscilaciones cíclicas parciales, se mantiene aproximadamente en el mismo nivel durante décadas. Y, por último, en determinados períodos históricos la curva básica, pasando como siempre por oscilaciones cíclicas, desciende en su conjunto, señalando el declive de las fuerzas productivas.

Ya es posible postular *a priori* que las épocas de enérgico desarrollo capitalista deben poseer características (en la política, en el derecho, en la filosofía, en la poesía) marcadamente diferentes de las de las épocas de estancamiento o declive económico. Más aún, la transición de una época de este tipo a otra diferente debe producir naturalmente las mayores convulsiones en las relaciones entre las clases y entre los estados. En el III Congreso Mundial de la Comintern tuvimos que insistir en este punto (en la lucha contra la concepción puramente mecanicista de la desintegración capitalista en curso)[205]. Si las sustituciones periódicas de los auges "normales" por las crisis "normales" encuentran su reflejo en todas las esferas de la vida social, el paso de toda una época de auge a otra de decadencia, o viceversa, engendra las mayores perturbaciones históricas; y no es difícil demostrar que en muchos casos las revoluciones y las guerras se sitúan en la frontera entre dos épocas diferentes de desarrollo económico, es decir, en el cruce de dos

---

[205] Ver en la obra de Trotsky *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista* el epígrafe "Tesis sobre la situación mundial y las tareas de la Internacional Comunista", página 286 y siguientes del formato pdf en esta misma serie Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS).

segmentos diferentes de la curva capitalista. Analizar toda la historia moderna desde este punto de vista es realmente una de las tareas más gratificantes del materialismo dialéctico.

Tras el Tercer Congreso Mundial de la Comintern, el profesor Kondratiev abordó este problema (como de costumbre, eludiendo penosamente la formulación de la cuestión adoptada por el propio congreso) e intentó establecer junto al "ciclo menor", que abarca un período de diez años, el concepto de un "ciclo mayor", que abarca aproximadamente cincuenta años[206]. De acuerdo con esta construcción simétricamente estilizada, un ciclo económico mayor se compone de unos cinco ciclos menores y, además, la mitad de ellos tienen el carácter de auge y la otra mitad el de crisis, con todas las etapas de transición necesarias. Las determinaciones estadísticas de los ciclos mayores recopiladas por Kondratiev deberían someterse a una verificación cuidadosa y no excesivamente crédula con respecto tanto a los países individuales como al mercado mundial en su conjunto. Ya es posible refutar de antemano el intento del profesor Kondratiev de investir a las épocas calificadas por él como ciclos mayores con el mismo "ritmo rígidamente legítimo" que es observable en los ciclos menores; es una generalización evidentemente falsa a partir de una analogía formal[207].

La recurrencia periódica de los ciclos menores está condicionada por la dinámica interna de las fuerzas capitalistas, y se manifiesta siempre y en todas partes una vez que el mercado entra en escena. En cuanto a los grandes segmentos de la curva de desarrollo capitalista (cincuenta años) que el profesor Kondratiev propone incautamente designar también como ciclos, su carácter y duración están determinados no por la interacción interna de las fuerzas capitalistas, sino por aquellas condiciones externas por cuyo cauce discurre el desarrollo capitalista. La adquisición por parte del capitalismo de nuevos

---

[206] Nikolái D. Kondratiev fue profesor de la Academia de Agricultura y director del Instituto de Investigación Económica de Moscú después de la revolución. Su teoría de los ciclos económicos de cincuenta años [conocidos después como ciclos Kondratiev) ha suscitado una gran controversia durante los años veinte debido a la falta de información. En 1993 fue detenido como presunto jefe de un partido ilegal, el Partido de los trabajadores campesinos, y se le exilió a Siberia.

[207] Tal vez no sobre recordar esta nota de F. Engels, por otra parte, poco conocida, en el capítulo XXX de *El Capital*, "Capital-dinero y capital efectivo. I", en la que Engels se refiere a los ciclos en la economía capitalista ("La característica de este ciclo industrial es que el mismo ciclo, una vez dado el primer impulso, no tiene más remedio que reproducirse periódicamente", reconstruye Engels desde el manuscrito de Marx); la nota reza así: "Como ya hemos hecho nota en otro pasaje, se ha operado aquí un viraje desde la última gran crisis general. La forma aguda del proceso periódico con su ciclo de diez años que hasta entonces venía observándose parece haber cedido el puesto a una sucesión más bien crónica y larga de períodos relativamente cortos y tenues de mejoramiento de los negocios y de períodos relativamente largos de opresión sin solución alguna. Aunque tal vez se trate simplemente de una mayor duración del ciclo. En la infancia del comercio mundial, de 1815 a 1867, puede observarse sobre poco más o menos ciclos de cinco años; de 1847 a 1867, los ciclos son, resueltamente, de diez años; ¿estaremos tal vez en la fase preparatoria de un nuevo crack mundial de una vehementica inaudita? [primera edición en alemán de 1894, con prólogo fechado el 4 de octubre de ese año] Hay algunos indicios de ello. Desde la última crisis general de 1867, se han producido grandes cambios. El gigantesco desarrollo de los medios de comunicación (navegación transoceánica de vapor, ferrocarriles, telégrafo eléctrico, Canal de Suez) ha creado por primera vez un verdadero mercado mundial. Inglaterra, país que antes monopolizaba la industria, tiene hoy a su lado una serie de países industriales competidores; en todos los continentes se han abierto zonas infinitamente más extensas y variadas a la inversión del capital europeo sobrante, lo que le permite distribuirse mucho más y hacer frente con más facilidad a la superespeculación local. Todo esto contribuye a eliminar o amortiguar fuertemente la mayoría de los antiguos focos de crisis y las ocasiones de crisis. Al mismo tiempo, la concurrencia del mercado interior cede ante los *carteles* y los trusts y en el mercado exterior se ve limitada por los aranceles protectores de que se rodean todos los grandes países con excepción de Inglaterra. Pero, a su vez, estos aranceles protectores no son otra cosa que los armamentos para la campaña general y final de la industria que decidirá de la hegemonía en el mercado mundial. Pro donde cada uno de los elementos con que se hace frente a la repetición de las antiguas crisis lleva dentro de sí el germen de una crisis futura mucho más violente. F. E. (*El Capital*, Tomo III, Fondo de Cultura Económica, México, 1972, nota al pie número 3, páginas 459-460). EIS.

países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos naturales y, tras ellos, hechos importantes de orden "superestructural" como las guerras y las revoluciones, determinan el carácter y el reemplazo de épocas ascendentes, de estancamiento o de declive del desarrollo capitalista.

¿Por qué camino debe avanzar la investigación?

Establecer la curva del desarrollo capitalista en sus fases no periódicas (básicas) y periódicas (secundarias) y en sus puntos de ruptura con respecto a los países individuales que nos interesan y con respecto a todo el mercado mundial, esa es la primera parte de la tarea. Una vez que tenemos la curva fija (el método para hacerlo es, por supuesto, una cuestión especial en sí misma y en absoluto sencilla, pero pertenece al ámbito de la técnica estadística económica), podemos desglosarla en períodos, en función del ángulo de subida y bajada en referencia al eje de un gráfico. De este modo se obtiene un esquema pictórico del desarrollo económico, es decir, la caracterización de la "verdadera base de todos los acontecimientos que se investigan)" (Engels).

Según la concreción y detalle de nuestra investigación, podemos necesitar varios esquemas de este tipo: uno relativo a la agricultura, otro a la industria pesada, etc. Con este esquema como punto de partida, a continuación, debemos sincronizarlo con los acontecimientos políticos (en el sentido más amplio del término) y entonces podemos buscar no sólo la correspondencia (o para decirlo con más cautela, la interrelación entre épocas definitivamente delineadas de la vida social y los segmentos nítidamente expresados de la curva del desarrollo capitalista), sino, también, aquellos impulsos subterráneos directos que desencadenan los acontecimientos. Naturalmente que por este camino no es nada difícil caer en la esquematización más vulgar y, sobre todo, ignorar el tenaz condicionamiento interno y la sucesión de los procesos ideológicos; olvidar que la economía es decisiva sólo en última instancia. ¡No han faltado conclusiones caricaturescas extraídas del método marxista! Pero renunciar por este motivo a la formulación indicada de la cuestión ("huele a economicismo") es demostrar una completa incapacidad para comprender la esencia del marxismo, que busca las causas de los cambios en la superestructura social en los cambios de la base económica, y no en otra parte.

A riesgo de incurrir en la ira teórica de los oponentes del "economismo" (y en parte con la intención de provocar su indignación) presentamos aquí un gráfico esquemático que representa arbitrariamente una curva de desarrollo capitalista para un período de noventa años según las líneas mencionadas. La dirección general de la curva básica está determinada por el carácter de las curvas parciales coyunturales que la componen. En nuestro esquema se delimitan nítidamente tres períodos: veinte años de desarrollo capitalista muy gradual (segmento A-B); cuarenta años de enérgico ascenso (segmento B-C); y treinta años de prolongada crisis y declive (segmento C-D). Si introducimos en este diagrama los acontecimientos históricos más importantes del período correspondiente, la yuxtaposición pictórica de los principales acontecimientos políticos con las variaciones de la curva es suficiente para proporcionar la idea de los inestimables puntos de partida para las investigaciones materialistas históricas. El paralelismo de los acontecimientos políticos y los cambios económicos es, por supuesto, muy relativo. Por regla general, la "superestructura" sólo registra y refleja las nuevas formaciones en la esfera económica con un retraso considerable. Pero esta ley debe quedar al descubierto a través de una investigación concreta de esas complejas interrelaciones de las que aquí presentamos un indicio pictórico[208].

[208] Ver diagrama al final de este texto.

(Diagrama al que se refiere la nota 208)

DIAGRAM I

The Curve of Capitalist Development

Years | Economy | Superstructure

A

Event A

Emergence of a new Political Party

10

Event B

20

Turning-point of capitalist development

Revolution

B

Event C

30

Social reforms

40

Victory of literary school X

Event D

50

60

Turning-point of capitalist development

War

C

Event E

70

Conjunctural (or cyclical) curve

Basic curve

Spread of philosophical current Y

80

Kondratiev's trend-line

90

SOURCE: L. D. Trotsky, 'O krivoi kapitalisticheskovo razvitya', in *Vestnik Sotsialisticheskoi Akademii*, No. 4, April–July 1923.

(En la obra que nos sirve de fuente se intercala un diagrama en la página 278; nosotros intercalamos este de arriba desde "The Curve of Capitalist Development", en Leon Trotsky-MIA porque en este caso sí se muestra referencia de fuente, mientras que en el de la obra no, siendo ambos diferentes.)

En el informe al Tercer Congreso Mundial, ilustramos nuestra idea con ciertos ejemplos históricos extraídos de la época de la revolución de 1848, de la época de la primera revolución rusa (1905) y del período que estamos atravesando ahora (1920-21). Remitimos al lector a estos ejemplos. No aportan nada acabado, pero caracterizan

suficientemente la extraordinaria importancia del enfoque que proponemos, sobre todo para comprender los saltos más críticos de la historia: las guerras y las revoluciones. Si en esta carta utilizamos un esquema pictórico puramente arbitrario, sin intentar tomar como base ningún período real de la historia, lo hacemos por la sencilla razón de que cualquier intento de este tipo se asemejaría demasiado a una anticipación incauta de los resultados derivados de una investigación compleja y laboriosa que aún está por hacer.

Por el momento, es imposible prever con exactitud qué partes del campo de la historia serán iluminadas y cuánta luz arrojará una investigación materialista que proceda de un estudio más concreto de la curva capitalista y de la interrelación entre ésta y todos los aspectos de la vida social. Las conquistas que puedan alcanzarse en este camino sólo podrán determinarse como resultado de esa misma investigación, que deberá ser más sistemática y más ordenada que las excursiones materialistas históricas emprendidas hasta ahora. En todo caso, tal aproximación a la historia moderna promete enriquecer la teoría del materialismo histórico con conquistas mucho más valiosas que los dudosos malabarismos especulativos con los conceptos y los términos del método materialista que, bajo la pluma de algunos de nuestros marxistas, han trasplantado los métodos del formalismo al dominio de la dialéctica materialista, y han llevado a reducir la tarea a precisar las definiciones y las clasificaciones y a dividir las abstracciones vacías en cuatro partes igualmente vacías. En definitiva, han adulterado el marxismo mediante los manierismos indecentemente elegantes de los epígonos kantianos. Es una tontería, en efecto, afilar y volver a afilar sin cesar un instrumento para desmenuzar el acero marxista, ¡cuando la tarea consiste en aplicar el instrumento al trabajar sobre la materia prima!

En nuestra opinión, este tema podría proporcionar la materia para el trabajo más fructífero de nuestros seminarios marxistas sobre el materialismo histórico. Las investigaciones independientes realizadas en esta esfera arrojarían sin duda una nueva luz o, al menos, más luz sobre acontecimientos históricos aislados y épocas enteras. Por último, el propio hábito de pensar en términos de las categorías anteriores facilitaría enormemente la orientación política en la época actual, que es una época que revela más abiertamente que nunca la conexión entre la economía capitalista, que ha alcanzado la cima de la saturación, y la política capitalista, que se ha vuelto completamente desenfrenada.

Hace tiempo que prometí desarrollar este tema para el *Vestnik Sotsialisticheskoi Akademii*. Hasta ahora las circunstancias me han impedido cumplir esta promesa. No estoy seguro de poder cumplirla en un futuro próximo. Por esta razón me limito mientras tanto a esta carta.

La ciencia y el proletariado. Carta al Primer Congreso Panruso de Trabajadores de la Ciencia[209]

(23 de noviembre de 1923)

Las cuestiones del orden del día de vuestro congreso presentan un inmenso interés. Pero lo que presenta un interés más grande aún es el hecho mismo del congreso, llamado a facilitar y acelerar la adaptación del pensamiento científico a las tareas inconmensurables del nuevo orden social que nuestro destino histórico nos impone. Puede que la expresión “adaptación del pensamiento científico a las nuevas tareas”, que acabo de emplear, sea de tal naturaleza que suscite temores, que se preste a que se crea que

[209] Trotsky, todavía convaleciente, saluda con esta carta al Primer Congreso Panruso de Trabajadores de la Ciencia, celebrado en Moscú el 23 de noviembre de 1923.

queremos crear una nueva ciencia oficial con el sello de los sóviets. Nunca he tenido ese pensamiento. El proletariado necesita una ciencia que abarque el mundo exterior en su materialidad y su dinámica. Únicamente las clases moribundas se ven obligadas a imponerle a la ciencia objetivos incompatibles con su naturaleza. La clase de los trabajadores no necesita adaptar las leyes de la ciencia a las tesis formuladas por adelantado. Pero necesitamos que los sabios tomen una nueva orientación, que adapten su atención, intereses y esfuerzos a las tareas del nuevo orden social.

Esas tareas son grandiosas. Por una parte, porque somos un país extremadamente atrasado y, por otra parte, porque no tratamos de salir de este estado de atraso en interés de una minoría privilegiada, sino para que el pueblo entero se eleve material, intelectual y moralmente, incluyendo a las capas campesinas más retrasadas y más difíciles de educar. ¿En qué se basan nuestras esperanzas en la victoria?

En primer lugar, en el hecho que en las masas populares se ha despertado el espíritu crítico y la actividad. Con la revolución, nuestro pueblo se ha abierto una ventana a Europa, entendiendo por "Europa" la cultura, igual que hace dos siglos la Rusia de Pedro el Grande se abrió no una ventana sino una lucerna a Europa a través de la capa superior de la aristocracia y de los altos funcionarios. La revolución de octubre ha descargado un golpe mortal a la *humildad* y la *resignación* que proclamaban los ideólogos oficiales como cualidades específicas, inmutables y sagradas, del pueblo ruso y que, en realidad, solo eran la expresión de su sojuzgamiento, de su falta de cultura. Cierto, ello no quiere decir que nos hayamos desembarazado completamente de la impronta del pasado. La llevamos y llevaremos mucho tiempo todavía encima. Pero se ha producido un gran cambio, no solamente material, sino físico. Nadie se atreverá hoy en día a exhortar al pueblo ruso para que edifique su destino sobre la humildad, la sumisión y la paciencia. Las virtudes que cada vez impregnan más la conciencia de las masas son: *el espíritu crítico, la actividad y la creación colectiva*. Y nuestras esperanzas en el éxito de nuestro trabajo se apoyan sobre esa gran conquista.

Este brusco cambio está estrechamente ligado con otro hecho. Ciertos "aristócratas" se alarmaron y declararon que el advenimiento de la clase obrera al poder llevaría a la dominación de la ignorancia, o incluso a la idiotez presuntuosa, autosatisfecha. Pero la dura experiencia de estos diez años ha mostrado, con evidencia, a todos aquellos que no quieren ideas preconcebidas, que no quieren cerrar los ojos ante la realidad, que cuanto más se consolida el estado proletario las masas toman más conciencia del estado atrasado de muestra técnica, de nuestra ciencia, de nuestra cultura, y se esfuerzan más en remediarlo y crear las condiciones necesarias para el desarrollo rápido de nuestro pensamiento científico. Se podría decir que el estado obrero (cuando sus enemigos le han dejado tiempo) es una lucha organizada a favor de la cultura y, por tanto, a favor de la ciencia que es el factor principal. He ahí por qué, a pesar de nuestro estado atrasado, nuestro objetivo esencial, la creación de una cultura nueva, de una cultura socialista, no tiene nada de utópico.

La construcción socialista es esencialmente una construcción consciente, metódica, que alía, en la más amplia escala, la técnica, la ciencia, las formas sociales racionales y los métodos de su utilización. En este sentido es en el que ha hablado de la adaptación del trabajo científico a las nuevas tareas de nuestro desarrollo social. Ahora bien, para ello es preciso que la ciencia no esté encerrada en sí misma, que no esté divida en compartimentos sin comunicación unos con otros. Sin la especialización del pensamiento científico no se podría progresar, pero existen límites más allá de los cuales esta especialización comienza a socavar los mismos fundamentos de la ciencia. Ya en el régimen burgués las divisiones estancas entre las diferentes ramas científicas han devenido a menudo obstáculos para el desarrollo de la ciencia en su conjunto, con mucha

más razón en la sociedad socialista, sociedad que debe someter todas las etapas de su construcción a la observación, a la dirección y control científicos. Nuestras múltiples crisis económicas provienen en gran parte del hecho que no hemos aprendido todavía bien a ejecutar ese trabajo. A medida que el pensamiento científico aprecie y sopese mejor los diferentes factores (técnicos, económicos, etc.) y los armonice en vistas a un fin determinado, esas crisis devendrán cada vez más raras y, en consecuencia, la economía y la cultura socialistas racionales, coherentes, progresarán con mayor rapidez. Y, como este congreso reúne a los representantes de las diferentes ramas de la ciencia, presenta un progreso particularmente valioso, un paso adelante hacia la alianza de la especialización profesional y la síntesis de todos los procesos y tareas de nuestra vida y de nuestro trabajo.

La construcción socialista es, en definitiva, la voluntad de racionalizar las relaciones humanas, es decir someterlas a la razón armada con la ciencia. Todas las ciencias han nacido de las necesidades del hombre social, que se esfuerzan en satisfacer de una manera u otra. Por ello el socialismo necesita a todas las ciencias. Pero al mismo tiempo, en tanto que movimiento social creador, tiene su teoría propia sobre el desarrollo social, teoría que es una ciencia independiente entre las otras y que está lejos de haber sido acabada. Si la biología es ahora imposible fuera del darwinismo (mejorado y rectificado); si lo psicología científica es inconcebible sin la teoría y metodología de los reflejos condicionados, la ciencia social tampoco podría concebirse sin el marxismo y al margen de él. Sin el marxismo no es posible comprender ni apreciar nuestros éxitos y fracasos en nuestra nueva vía, como tampoco apañárnoslas en el caos del mundo capitalista actual.

Lo que me lleva en particular a expresar este pensamiento es el resumen publicado por nuestro académico Pavlov de sus veinte años de trabajos sobre los reflejos condicionados. Es inútil, particularmente para un profano como yo, que recomiende este libro notable al congreso. Y si menciono aquí la obra de este sabio y de este profundo pensador es únicamente porque, adoptando enteramente su sistema de los reflejos condicionados, me veo obligado a levantarme resueltamente contra su tentativa de establecer una correlación entre las cuestiones de psicología y las cuestiones sociales. Pavlov estima que únicamente el conocimiento "del mecanismo y leyes de la naturaleza humana" (con la ayuda de los métodos objetivos, es decir puramente materialistas) es capaz de asegurar "la felicidad verdadera, completa y sólida del hombre". De esta forma, el trabajo de zanjar la suerte del hombre sobre la tierra queda confiado enteramente a la psicología. "Por más que el espíritu vaya de victoria en victoria sobre la naturaleza [escribe Pavlov], que conquiste para la vida y la actividad humanas no solamente la superficie sólida de la Tierra, sino, además, sus profundidades submarinas y el espacio aéreo, o recorra el globo terráqueo, que transporte para sus objetivos múltiples la energía de un punto de la Tierra a otro, que pulverice el espacio para transmitir su pensamiento, sus palabras, etc., siempre ocurre que el hombre, con ese mismo espíritu, dirigido por no sé qué fuerzas internas obscuras, se causa a sí mismo pérdidas materiales incalculables y sufrimientos sin nombre con las guerra y las revoluciones, con sus atrocidades y sus horrores dignos de los animales. Únicamente la ciencia suprema, la ciencia exacta del mismo hombre (basada en primer lugar en todas las poderosas ciencias naturales) sacará a este último de las tinieblas y hará desaparecer la vergüenza de las actuales relaciones entre los hombres."

Que la crueldad, las artimañas, la perfidia, la violencia que presiden las relaciones entre los hombres sean una vergüenza, no lo negaremos en absoluto. Pero no podemos admitir que las ciencias naturales (poderosas pero no "todopoderosas") puedan, si sus deducciones fuesen erigidas en leyes de la naturaleza humana, cambiar las relaciones sociales, suprimir la infamia. Afirmar implícitamente que la causa motriz de las relaciones

sociales no radica en las condiciones objetivas, materiales de su desarrollo, sino en los vicios de la naturaleza humana, es plantear la cuestión de una forma idealista y, en consecuencia, rechazar los métodos materialistas que, entre otros, han permitido al autor establecer magistralmente su teoría de los reflejos condicionados. Si se toma como causa de los fenómenos sociales la naturaleza del hombre en sí mismo, en tanto que sistema establecido de los reflejos absolutos y condicionados, ¿qué determina entonces las modificaciones del régimen social, su marchar regular y sus saltos revolucionarios, si no las fases necesarias de esta evolución? En realidad, la sociedad, en tanto que agrupamiento de individuos para la producción, no vive en absoluto de acuerdo con las leyes que presiden el agrupamiento de los reflejos en el organismo del hombre aislado. Evidentemente, si el hombre no tuviese necesidad de alimentarse, vestirse y cobijarse, no habría producción social. Pero esta última no está regulada por las leyes psicológicas que determinan la asimilación de la albumina en el organismo humano. La sociedad está dirigida por leyes sociales susceptibles de ser establecidas tan objetivamente, es decir "materialistamente", como las leyes que presiden el funcionamiento de las glándulas salivares del perro. Se podría demostrar (y es esta una tarea metodológica de las más interesante y extremadamente importante) que el marxismo ocupa ante las ciencias sociales la misma posición que el darwinismo ante el mundo animal y vegetal, o la ciencia de los reflejos ante el psiquismo. El conocimiento de los reflejos condicionados enriquecerá incontestablemente la pedagogía individual y social con poderosos medios de acción sobre el carácter humano. ¿Pero en qué sentido? ¿Bajo qué condiciones? ¿Con qué objetivos? Ello depende por completo del medio social. Por ejemplo, la psicotécnica, cuya base seria radica en la ciencia de los reflejos, es utilizada, y no sin éxito, en el arte militar para ayudar a efectuar la selección de los hombres de acuerdo con sus aptitudes para las diferentes armas: artillería, aviación, cuerpo de ingenieros, etc. Con otras palabras, el desarrollo de nuestros conocimientos sobre la naturaleza individual del hombre nos permite organizar mejor la destrucción del hombre por el hombre, es decir lo que, junto al profesor Pavlov, consideramos como la mayor vergüenza de la humanidad.

Desde este punto de vista, la psicología comparte la suerte de todas las ciencias naturales. Aumentando el poder del hombre sobre la naturaleza, armándolo con métodos y medios técnicos perfeccionados, las ciencias naturales lo convierten, por ello mismo, en más poderosos y, por tanto, más destructor en la lucha entre las naciones y clases. Si los trabajadores aceptasen las conclusiones de Pavlov, si admitiesen que su emancipación les vendrá gracias a las ciencias naturales (sin lucha de clases ni revolución), no cabe duda que la burguesía, cuando esas ciencias estén suficientemente desarrolladas, podría recurrir a métodos de psicotécnica susceptibles de reforzar los reflejos de sumisión en los explotados y los reflejos de dominación en los explotadores. Pero por suerte las leyes del desarrollo social excluyen la posibilidad de que las masas trabajadoras se adentren en la vía de un idealismo ingenuo. Esas masas marcharán hacia su liberación por la vía que les fija la historia.

No hace todavía mucho tiempo que el empleo de sustancias tóxicas estaba considerado como inadmisible, según las reglas del "derecho internacional". La química todavía no había realizado entonces progresos serios en ese dominio. Se sabe muy bien cómo han cambiado los puntos de vista sobre los gases asfixiantes en el curso, y particularmente a fines, de la guerra imperialista. La química es una de las ciencias llamadas a ejercer un papel capital en el desarrollo material y espiritual de la humanidad. Pero ello no le impide, al mismo tiempo que abrir nuevas vías a la agricultura y la industria, es decir al mantenimiento de la vida del hombre, servir para la destrucción del hombre por el hombre. Y si nosotros, ciudadanos de la Unión de Repúblicas Soviéticas, lográsemos incluso liberarnos enteramente de todos los vicios de nuestra naturaleza, no

dejaríamos de estar por ello menos rodeados, acosados por la manada de los imperialistas y expuestos a los gases asfixiantes y otros que fabrica la química al servicio de la burguesía de los países más poderosos y civilizados.

Es vergonzoso que las relaciones entre los seres humanos se decidan todavía gracias a trozos de plomo, a explosiones de dinamita y nubes de gases asfixiantes. Pero mientras que esos métodos reinen en el mundo, que hasta el presenta no ha sido construido según nuestros deseos y planes, ni queremos ni podemos mantenernos desarmados si creemos en la gran obra impuesta por la historia a nuestra generación. Hemos dicho que el estado obrero es la lucha organizada a favor de la civilización y la cultura; pero no puede llevar a buen puerto esa lucha pacífica más que si sus fronteras son seguras. Para la organización de nuestra sociedad, como también para su defensa militar, necesitamos la ayuda de la ciencia. Puesto que ninguna ciencia puede escapar a las condiciones de la organización social; puesto que las ciencias sirven no solamente para la dominación de la naturaleza, sino también para la autodestrucción de los hombres, que la ciencia soviética nos ayude a defender nuestra construcción, nuestra obra cultural contra sus enemigos implacables, dirigiendo la utilización racional de las riquezas naturales de nuestro país. Que nuestra química nos de gas y medios de preservación ante los gases para quitarles a los químicos civilizados el deseo de atentar contra nuestra independencia y trabajo.

Si menciono especialmente la química es porque los procedimientos, particularmente crueles, de la guerra química están cada vez más en boga y es imposible cerrar los ojos ante este estado de cosas. La elaboración teórica y práctica de las cuestiones químicas, la creación de una red de laboratorios y fábricas, no son únicamente una condición esencial de nuestro desarrollo industrial, sino una cuestión de vida o muerte para nuestra defensa nacional.

Pero no necesitamos únicamente la química. Para defendernos nos falta una buena aviación, una pujante industria, una poderosa red de ferrocarriles, una técnica superior, el desarrollo de la ciencia en todas sus ramas y la aplicación de todos sus resultados. Mientras que subsista la vergüenza de la guerra, nos veremos forzados a abrirnos con sangre la vía del futuro. Queremos saber combatir, y combatiremos muy bien. Confiamos firmemente en la ayuda sin reservas del pensamiento científico que ahora está orientado hacia las masas trabajadoras y el estado obrero.

El materialismo dialéctico y la ciencia. La continuidad de la herencia cultural

(17 de septiembre de 1925)

Como Presidente del Consejo Técnico y Científico de la Industria, Trotsky era jefe de todas las instituciones científicas, y por esta razón pronunció el discurso ante el Congreso de Mendeléiev, el 17 de septiembre de 1925. En abril de 1938, Trotsky redactó esta introducción para la versión inglesa de su discurso: "*Este discurso fue pronunciado en 1925, en una época en que el autor esperaba todavía firmemente que la democracia soviética vencería las tendencias hacia el burocratismo y crearía condiciones excepcionalmente favorables para el desarrollo del pensamiento científico. A consecuencia de una confluencia de causas históricas, esta esperanza no se ha materializado todavía. Por el contrario, en el espacio de trece años, el estado soviético ha sido presa de una osificación burocrática completa y ha asumido un carácter totalitario, igualmente pernicioso para el desarrollo de la ciencia y de las artes. Por una cruel ironía de la historia, el marxismo genuino se ha convertido en la más proscrita de todas las doctrinas en la Unión Soviética. En el terreno de la ciencia social, el pensamiento soviético encadenado se ha hundido en las profundidades de un escolasticismo patético. El régimen totalitario ejerce igualmente una influencia desastrosa sobre el desarrollo de las ciencias naturales. Sin embargo,*

los puntos de vista desarrollados en este discurso conservan validez, incluso en la parte que se refiere a las revisiones mutuas entre el régimen social y el pensamiento científico. Sin embargo, no deben ser fundados sobre las bases de la presente situación soviética, producto de la degeneración y de la desintegración, sino que deben ser mirados más bien a la luz del estado socialista que surgirá de la futura victoriosa lucha de la clase trabajadora internacional".

Vuestro congreso se reúne en medio de las fiestas de celebración del segundo centenario de la fundación de la Academia de Ciencias. La relación entre vuestro Congreso y la Academia se consolida todavía más por el hecho de que la ciencia química de Rusia no es de manera alguna la que menos fama haya aportado a la Academia. A estas alturas, es quizá indicado plantear la pregunta: ¿Cuál es el significado íntimo de las fiestas académicas? Tienen una significación que va mucho más allá de las meras visitas a los museos, a los teatros y la asistencia a los banquetes. ¿Cómo podemos apreciar esta significación? No solamente por el hecho de que sabios extranjeros, que han tenido la amabilidad de aceptar nuestra invitación, hayan tenido asimismo la oportunidad de comprobar que la revolución, lejos de destruir las instituciones científicas, las ha desarrollado, por el contrario. Esta evidencia adquirida por los sabios extranjeros posee una significación propia. Pero la significación de las fiestas académicas es mayor y más profunda. La formularé como sigue: el nuevo estado, una sociedad nueva basada en las leyes de la revolución de octubre, toma posesión triunfalmente (ante los ojos del mundo entero) de la herencia cultural del pasado.

Puesto que me he referido accidentalmente a la herencia, debo aclarar el sentido en que yo uso este término a fin de evitar cualquier equívoco posible. Seríamos culpables de falta de respeto al futuro, más caro a todos nosotros que el pasado, y faltaríamos al respeto del pasado, que en muchos de sus aspectos lo merece profundo, si hablásemos atolondradamente de la herencia. No todo en el pasado es de valor para el futuro. Además, el desarrollo de la cultura humana no está determinado por simple acumulación. Han existido periodos de desarrollo orgánico, así como también periodos de riguroso criticismo, de filtración y de selección. Sería difícil decir cuál de esos periodos se ha demostrado más fructífero para el desarrollo general de la cultura. De todas maneras, estamos viviendo una época de filtración y de selección.

La jurisprudencia romana había establecido, desde la época de Justiniano, la ley de la herencia inventariada. Contrastando con la legislación prejustiniana, que establecía el derecho del heredero a aceptar la herencia con tal de que aceptara la responsabilidad de todas las obligaciones y deudas, la herencia inventariada concedió al heredero cierto grado de elección. El estado revolucionario, que representa una nueva clase, es una especie de heredero inventarial en relación a la cantidad de cultura acumulada. Permitidme que diga con franqueza que no todos los 15.000 volúmenes publicados por la Academia durante sus dos siglos de existencia figurarán en el inventario del socialismo. Hay dos aspectos de mérito indudablemente igual en las contribuciones científicas del pasado que son ahora nuestras, y de las cuales nos sentimos orgullosos. La ciencia en su totalidad ha estado dirigida hacia la adquisición del conocimiento de la realidad, hacia la búsqueda de las leyes de la evolución y hacia el descubrimiento de las propiedades y cualidades de la materia a fin de enseñorearse de ella. Pero el conocimiento no se desenvuelve dentro de las cuatro paredes de un laboratorio o de una sala de conferencias. No. Ha constituido una función de la sociedad humana y ha reflejado la estructura de la sociedad humana. La sociedad necesita conocer la naturaleza para subvenir a sus necesidades. Pero, al mismo tiempo, la sociedad exige una afirmación de su derecho a ser lo que es, una justificación de sus instituciones particulares; antes que nada, de las instituciones de dominación de clase, precisamente, así como en el pasado pedía la justificación de la servidumbre, de los privilegios de clase, las prerrogativas monárquicas,

la exceptuación nacional, etc. La sociedad socialista acepta con la mayor gratitud la herencia de las ciencias positivas, descartando, como es de derecho, por la selección inventarial, todo aquello que es inútil para el conocimiento de la naturaleza; y no sólo esto, sino también aquello que justifique la desigualdad de clases y toda especie de falsedades históricas.

Todo nuevo orden social no se apropia de la herencia cultural del pasado en su totalidad, sino de acuerdo con su propia estructura. Así, por ejemplo, la sociedad medieval incorporó de la cristiandad muchos elementos de filosofía antigua, subordinándolos, sin embargo, a las necesidades del régimen feudal y transformándolos en escolasticismo, esa "criada de la teología". De manera análoga, la sociedad burguesa heredó, entre otras cosas de la Edad Media, el cristianismo; pero lo acomodó, ya sea a la Reforma, esto es, a una revuelta en forma de protestantismo, o a una pacificación en la forma de adaptación del catolicismo al nuevo régimen. De todas maneras, el cristianismo de la época burguesa fue barrido en la medida en que la senda debía ser despejada para dar paso a la investigación científica, por lo menos dentro de aquellos límites que fueron necesarios para el desarrollo de las fuerzas productivas.

La sociedad socialista, en su relación con la herencia científica y cultural, mantiene en general, en un grado muchísimo menor, una actitud de indiferencia o de aceptación pasiva. Se puede decir a este respecto: mientras mayor es la confianza que deposita el socialismo en las ciencias dedicadas al estudio directo de la naturaleza, mayor es su desconfianza crítica cuando se aproxima a aquellas ciencias y pseudociencias que están íntimamente ligadas a la estructura de la sociedad humana, a sus instituciones económicas, a su estado, leyes, ética, etc. Estas dos esferas no están separadas, por cierto, por una muralla impenetrable. Pero al mismo tiempo, es un hecho incontrovertible que la herencia incorporada en aquellas ciencias que no atañen a la sociedad humana, sino que se ocupan de la "materia" (las ciencias naturales en el sentido amplio de la palabra, y por consiguiente en la química), es de un peso incomparablemente mayor.

La necesidad de conocer la naturaleza está impuesta a los hombres por la necesidad de subordinar la naturaleza a sí mismos. Cualquier desviación en este terreno de las relaciones objetivas, determinadas por las propiedades de la materia misma, las corrige la experimentación práctica. Sólo esto preserva seriamente a las ciencias naturales, a la investigación química en particular, de las desviaciones intencionadas, no intencionadas y semideliberadas, y contra las falsas interpretaciones y falsificaciones. La investigación social dedicó primeramente sus esfuerzos hacia la justificación de la sociedad surgida históricamente, a fin de preservarla contra los ataques de las "teorías destructoras", etc. De aquí emana el papel apologético de las ciencias sociales oficiales de la sociedad burguesa y ésta es la razón del porqué sus resultados son de escaso valor.

Mientras la ciencia en su conjunto total se mantuvo como una "criada de la teología" podía producir resultados valiosos sólo subrepticiamente. Este fue el caso en la Edad Media. Como ya se señaló más arriba, fue bajo el régimen burgués cuando las ciencias naturales disfrutaron de la posibilidad de un amplio desarrollo. Pero la ciencia social se mantuvo como sirvienta del capitalismo. También esto es verdad, en gran proporción, en lo que atañe a la psicología, que une las ciencias sociales con las ciencias naturales; y de la filosofía, que sistematiza las conclusiones generalizadas de todas las ciencias.

He dicho que la ciencia oficial ha producido poco de valor. Esto se manifiesta muy bien por la incapacidad de la ciencia burguesa para predecir el mañana. Hemos observado esta situación con respecto a la primera guerra mundial imperialista y sus consecuencias. Lo hemos visto también por lo que atañe a la revolución de octubre. Lo vemos actualmente en la completa impotencia de la ciencia social oficial para medir en su justo

valor la situación europea, las relaciones mutuas con América y con la Unión Soviética; en su incapacidad para extraer algunas conclusiones con respecto al porvenir. Sin embargo, el valor de la ciencia reside precisamente en esto: conocer a fin de prever.

La ciencia natural (y la química) ocupa uno de los lugares más importantes en este terreno, constituye indiscutiblemente la más valiosa porción de nuestra herencia. Vuestro congreso se realiza bajo la bandera de Mendeléiev, que fue y sigue siendo el orgullo de la ciencia rusa.

Conocer a fin de poder prever y actuar

Hay una diferencia en el grado de precisión alcanzado en las diversas ciencias. Pero es la previsión (pasiva, salvo en algunos casos, como en la astronomía, activa como en la química y en la ingeniería química) cómo la ciencia es capaz de cotejarse a sí misma y justificar su finalidad social. Un hombre de ciencia individual puede no estar comprometido en absoluto con la aplicación de su investigación. Mientras mayor es su alcance, mientras más audaz es su vuelo, mientras mayor es su libertad de las necesidades prácticas diarias en sus operaciones mentales, tanto mejor. Pero la ciencia no es una función de los hombres de ciencia individuales; es una función pública. La valorización social de la ciencia, su valorización histórica, queda determinada por su capacidad para incrementar el poder del hombre y para armarlo con el poder de prever y dominar la naturaleza. La ciencia es conocimiento que nos dota de poder. Cuando Leverrier, fundamentándose sobre la base de las “excentricidades” de la órbita de Urano, dedujo que debía existir un cuerpo celeste desconocido que “perturba” el movimiento de Urano; cuando Leverrier, fundamentándose en sus cálculos puramente matemáticos pidió al astrónomo alemán Galle que localizara a un cuerpo que vagaba sin pasaporte en los cielos y en tal dirección; cuando Galle enfocó su telescopio en esa dirección y descubrió al planeta Neptuno, en ese momento la mecánica celeste de Newton celebró una gran victoria.

Esto ocurría en el otoño de 1846. En el año 1848, la revolución se extendió como un viento arrollador a través de Europa, demostrando su influencia “perturbadora” en los movimientos de los pueblos y de los estados. En el periodo intermedio, entre el descubrimiento de Neptuno y la revolución de 1848, dos jóvenes eruditos, Marx y Engels, escribían *El manifiesto comunista*[210], en el cual no sólo predicaban la inevitabilidad de acontecimientos revolucionarios en un futuro próximo, sino que analizaban por adelantado sus fuerzas componentes, la lógica de sus movimientos, hasta la victoria inevitable del proletariado y el establecimiento de la dictadura del proletariado. No sería superfluo en absoluto yuxtaponer este pronóstico con las profecías de la ciencia oficial de los Hohenzollern, los Romanov, de Luis Felipe y otros en 1848.

En 1869, Mendeléiev, fundamentando en sus investigaciones y reflexiones acerca del peso atómico, estableció su Ley Periódica de los Elementos. Al peso atómico, como criterio más estable, Mendeléiev ligó una serie de otras propiedades y características, clasificó los elementos en un orden definido y, a través de este orden, reveló la existencia de cierto desorden, a saber, la ausencia de ciertos elementos. Estos elementos desconocidos o unidades químicas, como las denominó en cierta ocasión Mendeléiev, de acuerdo con la lógica de esta “ley” deberían ocupar lugares específicos vacíos en ese orden. A esta altura, con el gesto autoritario de un investigador que confía en sí mismo, golpeó a una de las puertas de la naturaleza hasta ahora cerrada, y desde adentro una voz respondió: “¡Presente!”. En efecto, tres voces respondieron simultáneamente, pues en los lugares indicados por Mendeléiev se descubrieron tres nuevos elementos denominados posteriormente galio, escandio y germanio.

[210] *Manifiesto del Partido Comunista (con anexos)*, en nuestra serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS).

¡Triunfo maravilloso del pensamiento analítico y sintético! En sus *Principios de Química*, Mendeléiev caracteriza en forma vívida el esfuerzo científico creador, comparándolo con el establecimiento de un puente a través de un barranco. Para esto es innecesario el barranco y fijar soportes en el fondo; sólo se requiere levantar una base en un lado y proyectar después un arco delineado exactamente, arco que encontrará apoyo en el lado opuesto. Algo análogo ocurre con el pensamiento científico. Sólo puede reposar sobre la base granítica de la experimentación; pero sus generalizaciones, como el arco de un puente, pueden levantarse sobre el mundo de los hechos a fin de que posteriormente, en otro punto calculado previamente, pueda encontrar a este último. A esta altura del pensamiento científico, cuando una generalización se convierte en predicción (y cuando la predicción es comprobada triunfalmente por la experiencia), en ese momento, el pensamiento humano goza invariablemente su más orgullosa y justificada satisfacción. Así ocurrió en química con el descubrimiento de nuevos elementos a partir de la ley periódica.

La predicción de Mendeléiev, que produjo más tarde una profunda impresión sobre Federico Engels, fue formulada en 1871, el año de la gran tragedia de la Commune de París[211], en Francia. La actitud de nuestro gran químico hacia este acontecimiento puede explicarse por su hostilidad general hacia la “latinidad”, con sus violencias y revoluciones. Como todos los pensadores oficiales de las clases dominantes no sólo de Rusia y de Europa, sino de todo el mundo, Mendeléiev no se preguntó a sí mismo: ¿Cuál es la fuerza realmente directora que hay tras de la Commune de París? No vio que la nueva clase que crecía en las entrañas de la vieja sociedad se manifestaba allí, ejerciendo en su movimiento una influencia tan “perturbadora” sobre la órbita de la vieja sociedad como la que ejercía el planeta desconocido sobre la órbita de Urano. Pero un desterrado alemán, Carlos Marx, analizó en ese entonces las causas y la mecánica interna de la Commune de París y los rayos de su antorcha científica penetraron en los acontecimientos de nuestro propio octubre y los iluminaron.

Desde hace ya largo tiempo, hemos considerado innecesario recurrir a una sustancia más misteriosa, llamada flogisto, para explicar las reacciones químicas. En efecto, el flogisto no servía sino como una generalización para ocultar la ignorancia de los alquimistas. En el terreno de la fisiología ha pasado ya la época en que se sintió la necesidad de recurrir a una sustancia mística especial, llamada la fuerza vital y que era el flogisto de la materia viva. En principio tenemos bastantes conocimientos de química y de física para explicar los fenómenos fisiológicos. En la esfera de los fenómenos de la conciencia no necesitamos ya por más tiempo una sustancia denominada alma que en la filosofía reaccionaria desempeña el papel del flogisto de los fenómenos psicofísicos. Para nosotros, la psicología es, en último análisis, reducible a la fisiología, y esta última, a la química, la mecánica y la física. Esto es mucho más viable que la teoría del flogisto en la esfera de la ciencia social en donde este flogisto aparece con diversas vestiduras, ora disfrazado de “misión histórica”, ora de “carácter nacional”, ora como la idea incorpórea de “progreso”, ora en forma de sedicente “pensamiento crítico” y así sucesivamente, *ad infinitum*. En todos estos casos se ha tratado de encontrar una sustancia supersocial que explicase los fenómenos sociales. Casi es ocioso repetir que estas sustancias ideales no son sino ingeniosos disfraces para ocultar la ignorancia sociológica. El marxismo rechazó las esencias suprahistóricas, así como la fisiología ha renunciado a la fuerza vital, o la química al flogisto.

La esencia del marxismo consiste en esto, en que se aproxima a la sociedad concretamente, como sujeto de investigación objetiva y analiza la historia humana como

[211] Comunas de París y Lyon, en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria.

se haría en un gigantesco registro de laboratorio. El marxismo considera a la ideología como un elemento integral subordinado a la estructura material de la sociedad como una forma históricamente condicionada del desarrollo de las fuerzas productivas. El marxismo deduce de las fuerzas productivas de la sociedad las relaciones mutuas entre la sociedad humana y la naturaleza circundante, y éstas, a su vez, quedan determinadas en cada etapa histórica por la tecnología del hombre, por sus instrumentos y armas, por sus capacidades y métodos de lucha con la naturaleza. Precisamente esta aproximación objetiva confiere al marxismo un poder insuperable de previsión histórica.

Consideremos la historia del marxismo sólo en la escala nacional rusa. Seguidla no desde el punto de vista de vuestras propias simpatías o antipatías políticas, sino desde el punto de vista de la definición de la ciencia de Mendeléiev: conocer para poder prever y actuar. El periodo inicial de la historia del marxismo en el suelo ruso es la historia de una lucha por establecer un pronóstico históricosocial correcto contra los puntos de vista oficiales, gubernamental y de oposición. En los primeros años del ochenta, esto es, en una época en que la ideología oficial existía como una trinidad representada por el absolutismo, la ortodoxia y el nacionalismo, el liberalismo soñaba despierto en una asamblea de zemstvos, es decir, en una monarquía semiconstitucional, mientras que los *narodniki* [populistas] combinaban fantasías socializantes con ideas económicas reaccionarias. En esa época el pensamiento marxista predijo no solamente la obra inevitable y progresiva del capitalismo sino también la aparición del proletariado desempeñando un papel histórico independiente, tomando la hegemonía en la lucha de las masas populares: la dictadura del proletariado arrastrando tras de sí al campesinado.

La diferencia que hay entre el método marxista de análisis social y las teorías contra las cuales luchó, no es menor que la diferencia que hay entre la Ley Periódica de Mendeléiev, con todas sus modificaciones posteriores, por un lado, y las elucubraciones de los alquimistas, por el otro.

La ciencia natural y el marxismo

"La causa de la reacción química reside en las propiedades físicas y mecánicas de los componentes." Esta fórmula de Mendeléiev es de carácter completamente materialista. En lugar de recurrir a alguna fuerza supramecánica o suprafísica para explicar sus fenómenos, la química reduce los procesos químicos a las propiedades mecánicas y físicas de sus componentes.

La biología y la fisiología se hallan en una relación análoga con respecto de la química. La fisiología científica, esto es, la fisiología materialista, no exige una fuerza vital supraquímica especial (como en la querella entre vitalistas y neovitalistas) para explicar los fenómenos que se desarrollan en su campo. Los procesos fisiológicos son reducibles en último análisis a procesos químicos, así como estos últimos a procesos mecánicos y físicos.

La psicología se relaciona en forma análoga con la fisiología. Por algo la fisiología ha sido llamada la química aplicada de los organismos vivos. Así como no existe ninguna fuerza fisiológica especial también es verdad que la psicología científica, es decir, la psicología materialista, no tiene necesidad de una fuerza mística (el alma) para explicar los fenómenos de su incumbencia, sino que descubre que en último análisis son reducibles a fenómenos fisiológicos. Esta es la escuela del académico Pavlov; éste considera lo que se denomina alma como un sistema complejo de reflejos condicionados, cuyas raíces residen por completo en los reflejos fisiológicos elementales que, a su vez, radican, a través del potente *stratum* de la química, en el subsuelo de la mecánica y de la física.

Lo mismo puede decirse también de la sociología. Para explicar los fenómenos sociales no es necesario aducir ninguna especie de fuente eterna, o buscar su origen en otro mundo. La sociedad es el producto del desarrollo de la materia primaria, como la

corteza terrestre o la ameba. De esta manera, el pensamiento científico con sus métodos corta, como un diamante, a través de los fenómenos complejos de la ideología social en el lecho de roca de la materia, sus elementos componentes, sus átomos con sus propiedades físicas y mecánicas.

Naturalmente, esto no quiere decir que cada fenómeno de la química pueda ser reducido directamente a la mecánica, y menos aún que cada fenómeno social sea directamente reducible a la fisiología y luego a las leyes de la química y de la mecánica. Puede decirse que éste es el supremo fin de la ciencia. Pero el método de aproximación continua y gradual hacia tal objetivo es enteramente diferente. La química tiene su manera especial de aproximarse a la materia; sus propios métodos de investigación, sus leyes propias. Al igual que sin el conocimiento de que las reacciones químicas son reducibles en último análisis a las propiedades mecánicas de las partículas elementales de la materia, no hay ni puede haber una filosofía acabada que una todos los fenómenos en un solo sistema, así, por otra parte, el mero conocimiento de que los fenómenos químicos se hallan enraizados en la mecánica y en la física, no proporciona en sí la clave de ninguna reacción química. La química tiene sus propias claves. Se puede elegir entre ellas sólo por la generalización y la experimentación en el laboratorio químico, de hipótesis y teorías químicas.

Esto es aplicable a todas las ciencias. La química es un poderoso pilar de la fisiología con la cual está directamente relacionada a través de los canales de la química orgánica y fisiológica. Pero la química no es un substituto de la fisiología. Cada ciencia descansa en las leyes de otras ciencias sólo en lo que se llama la instancia final. Pero al mismo tiempo, la separación de las ciencias unas de otras, está determinada, precisamente, por el hecho de que cada ciencia abarca un campo particular de fenómenos, es decir, un campo de tan complejas combinaciones de fenómenos elementales que se requiere una aproximación especial, una técnica de investigación especial, hipótesis y métodos especiales.

Esta idea parece tan indispensable en lo que se refiere a las ciencias matemáticas y a la historia natural, que insistir en ello sería lo mismo que forzar una puerta abierta. Con la ciencia social ocurre algo diferente. Naturalistas extraordinariamente ejercitados que en el terreno, digamos, de la fisiología, no avanzarían un paso sin tomar en cuenta experimentos rigurosamente comprobados, verificaciones, generalizaciones hipotéticas, verificaciones finales y otras medidas más, se aproximan a los fenómenos sociales más audazmente, con la audacia de la ignorancia, como si reconocieran tácitamente que en esta esfera extremadamente compleja de los fenómenos basta poseer solamente vagas tendencias, observaciones diarias, tradiciones familiares y aun un acervo de prejuicios sociales corrientes.

La sociedad humana no se ha desarrollado de acuerdo con un plan o sistema dispuesto previamente, sino empíricamente, a través de una larga, complicada y contradictoria batalla de las especies humanas por la existencia, y posteriormente por conseguir un dominio cada vez mayor sobre la naturaleza. La ideología de la sociedad humana se formó como un reflejo de esto y como instrumento en este proceso, tardío, inconexo, fraccionario, en forma, por decirlo así, de reflejos sociales condicionados que en último análisis son reducibles a las necesidades de la lucha del hombre colectivo contra la naturaleza. Pero llegar a juzgar las leyes que gobiernan el desarrollo de la sociedad humana fundamentándose en sus reflejos ideológicos, o basándose en lo que se llama la opinión pública, etc., equivale casi a formular un juicio sobre la estructura anatómica y fisiológica de un lagarto basándose en sus sensaciones cuando se calienta al sol o cuando sale arrastrándose de una grieta húmeda. Es cierto que existe un lazo muy directo entre las sensaciones de un lagarto y su estructura orgánica. Pero este lazo es objeto de

investigación por medio de métodos objetivos. Hay una tendencia, sin embargo, a ser de lo más subjetivo en los juicios sobre la estructura y las leyes que gobiernan el desarrollo de la sociedad humana en términos de lo que se da en llamar conciencia de la sociedad, esto es, su ideología contradictoria, desarticulada, conservadora y no comprobada. Cierto que estas comparaciones pueden herirnos y provocar la objeción de que la ideología social se halla, después de todo, en un plano más alto que la sensación de un lagarto. Todo depende de la manera como se aborde la cuestión. Según mi opinión, no hay nada paradójico en afirmar que de las sensaciones de un lagarto se podría, si fuera posible enfocarlas debidamente, extraer conclusiones mucho más directas en lo que concierne a la estructura y la función de sus órganos, que de reflexiones ideológicas como, por ejemplo, credos religiosos que ocuparon un día y aún continúan ocupando un lugar tan destacado en la vida de la sociedad humana en lo que concierne a la estructura de la sociedad y su dinámica, de los códigos contradictorios e hipócritas de la moralidad oficial, o finalmente, de las concepciones filosóficas idealistas que, a fin de explicar los procesos orgánicos complejos que ocurren en el hombre, tratan de colocar la responsabilidad en una esencia sutil, nebulosa, llamada alma y dotada de las cualidades de impenetrabilidad y eternidad.

La reacción de Mendeléiev a los problemas de la reorganización social fue hostil y aun despreciativa. Sostenía que desde tiempos inmemoriales nada había resultado de esta tentativa. En vez de eso, Mendeléiev esperaba un futuro más feliz que se levantaría por medio de las ciencias positivas y sobre todo de la química, que revelarían todos los secretos de la naturaleza.

Es interesante yuxtaponer este punto de vista al de nuestro notable fisiólogo Pavlov que opina que las guerras y las revoluciones son algo accidental, resultado de la ignorancia del pueblo y que conjetura que sólo un profundo conocimiento de la "naturaleza humana" eliminará tanto las guerras como las revoluciones.

Darwin puede ser clasificado en la misma categoría. Este biólogo altamente dotado, demostró cómo una acumulación de pequeñas variaciones cuantitativas produce una "cualidad" (calidad) biológica enteramente nueva y con esta prueba explicó el origen de las especies. Sin enterarse de ello, aplicó de este modo el método del materialismo dialéctico a la esfera de la vida orgánica. Aunque Darwin no tenía formación filosófica, aplicó brillantemente la ley hegeliana de la transición de la cantidad a la calidad. Pero al mismo tiempo, descubrimos a menudo en el mismo Darwin, para no mencionar a los darwinistas, tentativas profundamente ingenuas y anticientíficas para aplicar las conclusiones de la biología a la sociedad. Interpretar los antagonismos sociales como una "variedad" de la lucha biológica por la existencia, es como buscar sólo mecánica en la fisiología del acoplamiento.

En cada uno de estos casos observamos un solo y mismo error fundamental: los métodos y realizaciones de la química o de la fisiología, violando todos los límites científicos, son transportados a la sociedad humana. Difícilmente trasferirá un naturalista sin modificarlas las leyes que gobiernan el movimiento de los átomos al movimiento de moléculas que están gobernadas por otras leyes. Pero muchos naturalistas tienen una actitud completamente diferente sobre la cuestión sociológica. La estructura históricamente condicionada de la sociedad es desdeñada muy a menudo por ellos a favor de la estructura anatómica de las cosas, la estructura fisiológica de los reflejos, la lucha biológica por la existencia. Por supuesto, la vida de la sociedad humana, entrelazada con las condiciones materiales, rodeada por todos lados por procesos químicos, representa en sí misma, en último análisis, una combinación de procesos químicos. Por otro lado, la sociedad está constituida por seres humanos cuyo mecanismo fisiológico se puede resolver en un sistema de reflejos. Pero la vida pública no es ni un proceso químico ni un

proceso fisiológico sino un proceso social, conformado de acuerdo con sus propias leyes, y éstas a su vez están sujetas a un análisis sociológico objetivo cuya finalidad debe ser adquirir la capacidad de prever y de gobernar la suerte de la sociedad.

La filosofía de Mendeléiev

En sus comentarios a los *Principios de Química*, Mendeléiev dice: "Hay dos fines básicos o positivos en el estudio científico de los objetos: el de la predicción y el de la utilidad... El triunfo de las previsiones científicas sería de escasa significación, si no llevaran finalmente a una utilidad directa y general: la previsión científica, basada en el conocimiento, dota al poderío humano de conceptos por medio de los cuales es posible dirigir la esencia de las cosas por un canal deseado". Y más adelante, Mendeléiev agrega cautelosamente: "Las ideas religiosas y filosóficas han prosperado y se han desarrollado durante miles de años; pero las ideas que gobiernan las ciencias exactas capaces de predecir han sido producidas sólo durante algunos siglos y han abarcado de este modo únicamente una esfera limitada. Apenas han transcurrido dos siglos desde que la química forma parte de esas ciencias. En verdad, quedan, ante nosotros, muchas cosas por derivar de estas ciencias en lo que concierne a predicción y utilidad."

Estas palabras cautelosas, "insinuantes", son muy notables en boca de Mendeléiev. Su significado semioculto está dirigido claramente contra la religión y contra la filosofía especulativa. Mendeléiev las compara con la ciencia. Las ideas religiosas (dice, en efecto) han prevalecido durante miles de años y los beneficios derivados de estas ideas no son muchos; pero podéis ver por vuestros propios ojos la contribución de la ciencia en un periodo corto de tiempo y podéis juzgar cuáles serán sus beneficios. Este es el contenido indiscutible del pasaje precedente incluido por Mendeléiev en uno de sus comentarios e impreso con caracteres más pequeños en la página 405 de sus *Principios de Química*. ¡Dimitri Ivanovich era hombre cauteloso y evitaba entablar querella con la opinión pública!

La química es una escuela de pensamiento revolucionario no por la existencia de una química de explosivos. Los explosivos están lejos de ser siempre revolucionarios. Sino, sobre todo, porque la química es la ciencia de la trasmutación de los elementos; es hostil a cualquier especie de pensamiento conservador o absoluto, encerrado en categorías inmóviles.

Es muy instructivo el que Mendeléiev, sintiéndose naturalmente bajo la presión de la opinión pública conservadora, defendiera el principio de estabilidad y de inmutabilidad en procesos de la transformación química. Este gran hombre de ciencia insistió con notable testarudez sobre la inmutabilidad de los elementos químicos y la imposibilidad de su trasmutación en otros. Sentía la necesidad de sólidos pilares de apoyo. Decía: "Yo soy Dimitri usted es Iván Petrovich. Cada uno de nosotros posee propia individualidad, así como los elementos".

Mendeléiev atacó desdeñosamente en más de una ocasión a la dialéctica. Entendía por ello, no la dialéctica de Marx y Hegel, sino el arte superficial de jugar con las ideas, mitad sofisma, mitad escolasticismo. La dialéctica abraza los métodos generales de pensamiento que reflejan las leyes del desarrollo. Una de esas leyes es el cambio de la cantidad en calidad. La química está profundamente empapada en esta ley. Toda la Ley Periódica de Mendeléiev está construida enteramente sobre ella, al deducir diferencias cualitativas en los elementos de las cuantitativas en los pesos atómicos. Engels valorizó el descubrimiento de nuevos elementos por Mendeléiev precisamente desde este punto de vista. En su ensayo, *El carácter general de la dialéctica como ciencia*, Engels escribió: "Mendeléiev mostró que, en una serie de elementos relacionados, ordenados según sus pesos atómicos, hay varias lagunas que indicaban la existencia de otros elementos no descubiertos hasta aquí. Describió con antelación las propiedades químicas generales de

cada uno de estos elementos desconocidos y predijo aproximadamente sus pesos relativo y atómico, y su lugar atómico. Mendeléiev aplicando inconscientemente la ley hegeliana de la conversión de la cantidad en calidad, descubrió un hecho científico que puede ser colocado por su audacia junto al descubrimiento del planeta desconocido Neptuno por Leverrier calculando su órbita".

La lógica de la Ley Periódica, aunque modificada posteriormente, se mostró más poderosa que los límites conservadores en que trató de encerrarla su creador. El parentesco de los elementos y su metamorfosis mutua pueden considerarse como comprobados empíricamente desde el momento en que con ayuda de los elementos radiactivos fue posible dividir el átomo en sus componentes. ¡En la Ley Periódica de Mendeléiev, en la química de los elementos radioactivos, la dialéctica celebra su propia y resonante vitoria!

Mendeléiev carecía de sistema filosófico acabado. Incluso careció quizá del deseo de tenerlo, pues esto lo habría puesto inevitablemente en conflicto con sus propias costumbres y simpatías conservadoras.

Se puede observar en Mendeléiev un dualismo en las cuestiones básicas del conocimiento. Podría parecer que tendía hacia el "agnosticismo", al declarar que la "esencia" de la materia debía permanecer para siempre más allá del alcance de nuestro conocimiento porque es ajena a nuestro espíritu y conocimiento" (!) Pero, casi inmediatamente, nos ofrece una fórmula notable para descubrir que barre de un solo golpe al agnosticismo. En la misma nota de Mendeléiev dice: "Acumulando gradualmente su conocimiento sobre la materia, el hombre adquiere poder sobre ella y, en el grado en que lo realiza, puede aventurar predicciones más o menos precisas, verificables efectivamente por los hechos, y no se divisa que pueda existir un límite al conocimiento del hombre y su dominio de la materia". Es evidente en sí mismo que si no existen límites para el conocimiento y el poder del hombre sobre la materia, no existe tampoco una "esencia" imposible de conocer. El conocimiento que nos arma con la capacidad de predecir todos los cambios posibles de la materia y nos dota del poder necesario para producir estos cambios, ese conocimiento agota efectivamente la esencia de la materia. La así llamada "esencia" incognoscible de la materia no es sino una generalización de nuestro conocimiento incompleto de la materia. Es un pseudónimo de nuestra ignorancia. La definición dualística de la materia desconocida, de sus propiedades conocidas me recuerda la jocosa definición que dice que un anillo de oro es un agujero rodeado por el precioso metal. Es evidente que, si llegamos a conocer el metal precioso de los fenómenos y somos capaces de darle forma, podemos permanecer completamente indiferentes respecto del "agujero" de la substancia; y hacemos de ello un alegre presente a los filósofos y a los teólogos arcaicos.

Errores de importancia

A pesar de sus verbales concesiones al agnosticismo ("esencia incognoscible"), Mendeléiev es inconscientemente un dialéctico materialista en sus métodos y en sus altas realizaciones en la esfera de la ciencia natural, especialmente en la química. Pero su materialismo se nos muestra como encastillado tras una coraza conservadora que protegía su pensamiento científico contra conflictos demasiado agudos con la ideología oficial. Esto no quiere decir que Mendeléiev creó artificialmente una cubierta conservadora para sus métodos; se hallaba él mismo suficientemente atado a la ideología oficial y por lo tanto sentía indudablemente una aprensión íntima a mellar el filo de navaja del materialismo dialéctico.

No ocurre otro tanto en la esfera de las relaciones sociológicas. La urdimbre de la filosofía social de Mendeléiev era de índole conservadora, pero de vez en cuando se entretejen dentro de su trama notables conjeturas, materialistas en su esencia y

revolucionarias en su tendencia. Pero junto a estas conjeturas hay errores de bulto, y ¡qué errores!

Me limitaré a señalar sólo dos. Rechazando todos los planes o pretensiones de reorganización social como utópicos y “latinistas”, Mendeléiev imaginaba un futuro mejor sólo en relación con el desarrollo de la tecnología científica. Pero tenía su utopía propia. Según Mendeléiev, vendrían días mejores cuando los gobiernos de las grandes potencias del mundo llevaran a efecto la necesidad de ser fuertes y llegaran a la unanimidad entre ellos sobre la necesidad de eliminar todas las guerras, las revoluciones y los principios utópicos de todos los anarquistas, comunistas y otros “puños aguerridos”, incapaces de comprender la evolución progresiva que se desarrollaba en toda la humanidad. Ya se podía percibir la aurora de esta concordia universal en las conferencias de La Haya, Portsmouth y Marruecos. Estos ejemplos representan los errores más importantes por parte de un gran hombre. La historia sometió la utopía social de Mendeléiev a una prueba rigurosa. De las conferencias de La Haya y de Portsmouth brotaron la guerra rusojaponesa, la guerra de los Balcanes, la gran matanza imperialista de las naciones y una aguda declinación de la economía europea; mientras que de la conferencia de Marruecos surgió la repugnante carnicería de Marruecos, que ahora ha sido completada bajo la bandera de la defensa de la civilización europea. Mendeléiev no vio la lógica interna de los fenómenos sociales, o, más exactamente, la dialéctica interna de los procesos sociales y, por lo tanto, fue incapaz de prever las consecuencias de la conferencia de La Haya. Pero, como sabemos, el interés reside, más que nada, en la previsión. Si volvéis a leer lo que escribieron los marxistas sobre la conferencia de La Haya en los días en que se la organizó y convocó os convenceréis fácilmente de que los marxistas previeron correctamente sus consecuencias. Por esto, en el momento más crítico de la historia, demostraron estar provistos de puños aguerridos. Y realmente no hay nada que lamentar en el hecho que la clase que se levanta en la historia, armada de una teoría correcta del conocimiento de la previsión sociales, demostrase finalmente que estaba armada de un puño suficientemente aguerrido para abrir una nueva época de desarrollo humano.

Permitidme citar otro error. Poco antes de su muerte Mendeléiev escribió: “Temo especialmente por la suerte de la ciencia y de la cultura, y por la ética general bajo el “socialismo de estado”. ¿Fueron fundados sus temores? Hoy en día, los más avanzados estudiosos de Mendeléiev ha comenzado a ver claramente las vastas posibilidades para el desarrollo del pensamiento científico y tecnicocientífico que ofrece el hecho de que este pensamiento está, por así decir, racionalizado, emancipado de las luchas intestinas de la propiedad privada, porque ya no necesita someterse al soborno de los poseedores individuales, sino que trata de servir al desarrollo económico de las naciones como un todo La red de institutos tecnicocientíficos que establece ahora el estado sólo es un síntoma material, pequeño, de la posibilidades ilimitadas que se han desprendido de ello.

No menciono estos errores con el fin de estigmatizar el gran nombre de Dimitri Ivanovich. La historia ha dictado su fallo sobre los principales puntos de controversia y no hay razón para reanudar la polémica. Pero permítaseme afirmar que los errores más grandes de este gran hombre contienen una importante lección para los estudiosos. Desde el campo de la química misma no hay salidas directas e inmediatas para las perspectivas sociales. Se necesita el método objetivo de la ciencia social. Este método es el marxismo.

Si algún marxista intentase convertir la teoría de Marx en una llave maestra universal e ignorar todas las otras esferas del conocimiento, Vlaclimir Ilych lo habría increpado con la frase expresiva: *komchvantsvo* [comunista fanfarrón]. Esto significaría en este caso particular: el comunismo no es un sustitutivo de la química. Pero el teorema inverso es igualmente verdadero. La tentativa de descartar al marxismo por la suposición

de que la química (o las ciencias naturales en general) puede resolver todos los problemas no es sino una "fanfarronería química" peculiar [*omchantsvo*] que, por lo que atañe a la teoría, no es menos errónea y, en lo que se refiere a los hechos, no menos pretenciosa que la baladronada comunista.

Grandes conjeturas

Mendeléiev no aplicó un método científico al estudio de la sociedad y a su desarrollo. Siendo un escrupuloso investigador que se verificaba repetidamente a sí mismo antes de permitir que su imaginación creadora diese un gran salto adelante en el plano de la generalización, Mendeléiev siguió siendo un empirista en los problemas políticosociales, combinando las conjeturas con una visión heredada del pasado. Sólo debo decir que la conjetura fue verdaderamente de Mendeléiev, en especial allí donde se relacionó directamente con los intereses científicos industriales del gran hombre de ciencia.

El espíritu de la filosofía de Mendeléiev pudo ser definido como un optimismo tecnicocientífico. Mendeléiev dirigió este optimismo, coincidente con la línea de desarrollo del capitalismo, contra los *narodnikis*, liberales y radicales, contra los que seguían a Tolstoi y, en general, contra toda clase de retroceso económico. Mendeléiev creía en la victoria del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza. De ahí proviene su odio al maltusianismo. Este es un rasgo notable de Mendeléiev. Resalta en todos sus escritos, ya sean de ciencia pura, ya sean de divulgación sociológica, así como en sus escritos sobre la química aplicada. Mendeléiev saludó con placer el hecho de que el aumento anual de la población de Rusia (1,5%) fuese mayor que la media mundial. Calculando que la población del mundo alcanzaría a 10.000 millones en 150 a 200 años, Mendeléiev no vio en ello ningún motivo de alarma. Escribió: "No solamente 10.000 millones sino una población muchas veces mayor encontraría alimento en este mundo no sólo por la aplicación del trabajo sino también por el persistente incentivo que gobierna al conocimiento. El temor que falte el alimento es en mi opinión un puro disparate, con tal de que se garantice la comunión activa y pacífica de las masas populares".

Nuestro gran químico y optimista industrial habría escuchado con escasa simpatía la reciente opinión del profesor inglés Keynes, que nos dijo durante las festividades académicas, que debiéramos preocuparnos de limitar el aumento de la población. Dimitri Ivanovich sólo habría repetido su vieja observación: "¿O quieren los nuevos Malthus detener este crecimiento? Según mi opinión, mientras más haya, tanto mejor".

La agudeza sentenciosa de Mendeléiev se expresaba muy a menudo en esta clase de fórmulas deliberadamente simplificadas.

Desde el mismo punto de vista (optimismo industrial) abordó Mendeléiev el gran fetiche del idealismo conservador, lo que se da en llamar carácter nacional. Escribió: "Dondequiera que predomina la agricultura en sus formas primitivas, una nación es incapaz de un trabajo continuado y permanentemente regular, sólo puede trabajar en forma caprichosa y circunstancial. Esto se refleja claramente en las costumbres, en el sentido de que existe una falta de ecuanimidad, calma y frugalidad; se observa inquietud en todo; prevalece una actitud de descuido, junto a la extravagancia, hay tacañería o bien despilfarro... Dondequiera que se ha desarrollado al lado de la agricultura la industria fabril en escala, donde se puede ver con los propios ojos, además de la agricultura, esporádica, la labor continua, ininterrumpida de las fábricas, allí se logra una apreciación justa del trabajo y así sucesivamente". De especial valor es, en estas líneas, la consideración del carácter nacional, no como un elemento primordial fijo creado de una vez para siempre, sino como producto de condiciones históricas y, más precisamente, de las formas sociales de producción. Esta es una aproximación, aunque parcial solamente, a la filosofía histórica del marxismo.

En el desarrollo de la industria, Mendeléiev ve el instrumento de la reeducación nacional, la elaboración de un nuevo carácter nacional más equilibrado, más disciplinado y más regulado por sí mismo. Si contrastamos efectivamente el carácter de los movimientos campesinos revolucionarios con el movimiento del proletariado y especialmente el papel del proletariado en octubre y hoy en día, la predicción de Mendeléiev quedará iluminada con suficiente claridad.

Nuestro industrioso optimista se expresaba asimismo con notable lucidez sobre la eliminación de las contradicciones entre la ciudad y el campo, y cualquier comunista aceptará sus indicaciones en este aspecto. Mendeléiev escribió: "El pueblo ruso ha comenzado a emigrar a las ciudades en gran cantidad... Mi opinión es que constituye un profundo disparate luchar contra este desarrollo; este proceso terminará sólo cuando la ciudad, por un lado, se extienda en tal forma que incluya más parques, jardines, etc.; es decir, la finalidad de las ciudades no será solamente hacer la vida lo más saludable que se pueda, sino proveer también espacios abiertos suficientes no sólo para lugares de diversión de los niños y para el deporte sino para toda especie de recreos; y cuando, por otro lado, en las aldeas y las granjas, etc., la población no urbana se extienda en tal forma que requiera la construcción de casas de varios pisos, lo que provocará la necesidad de proveerla de servicios de agua, de alumbrado público y otras comodidades de la ciudad. En el transcurso del tiempo todo esto llevará a que toda el área agrícola (poblada en forma suficientemente densa), llegue a ser habitada, con las viviendas separadas por las huertas y los campos necesarios para la producción de materias alimenticias y con plantas industriales para la manufactura y modificación de estos productos".[212]

Mendeléiev da aquí un testimonio convincente a favor de la vieja tesis del socialismo: la eliminación de la contradicción entre la ciudad y el campo. Sin embargo, Mendeléiev no plantea en esta oportunidad la cuestión de los cambios en la forma social de la economía. Cree que el capitalismo llevará automáticamente a la nivelación de las condiciones urbanas y rurales por la introducción de formas de habitación más elevadas, más higiénicas y culturales. En esto reside el error de Mendeléiev. Ello aparece más claramente en el caso de Inglaterra, a la que se refería Mendeléiev con esta esperanza. Mucho antes de que Inglaterra pudiese eliminar las contradicciones entre la ciudad y el campo, su desarrollo económico había desembocado en un callejón sin salida. El paro corroe su economía. Los dirigentes de la industria inglesa ven la salvación de la sociedad en la emigración, en la eliminación de la superpoblación. Aun el economista más "progresista", el señor Keynes, nos confiaba el otro día que la salvación de la economía inglesa reside en el maltusianismo... También para Inglaterra el camino para resolver las contradicciones entre la ciudad y el campo es el del socialismo.

Hay otra conjetura o intuición formulada por nuestro industrioso optimista. En su último libro, Mendeléiev escribió: "Después de la época industrial seguirá probablemente en el futuro una época de lo más compleja, que, de acuerdo con mi manera de pensar, se destacará particularmente por una extremada simplificación de los métodos para obtener la alimentación, el vestido y la habitación. La ciencia establecida perseguirá esta extremada simplificación hacia la cual se ha dirigido en parte en décadas recientes".[213]

Estas son palabras notables. Aunque Dimitri Ivanovich hace algunas reservas (contra la realización, no lo quiera Dios, de la utopía de los socialistas y comunistas) sin embargo, en estas palabras esboza las perspectivas tecnicocientíficas del comunismo. Un desarrollo de las fuerzas productivas que nos llevase a alcanzar simplificaciones extremas en los métodos de obtención de alimentos, vestido y habitación nos llevaría claramente a reducir a un mínimo los elementos de coerción en la estructura social. Con la eliminación

---

212 D. I. Mendeléiev, *Para la comprensión de Rusia*, 1906-
213 *Ibídem*.

de la voracidad completamente inútil en las relaciones sociales, las formas de trabajo y de distribución asumirán un carácter comunista. En la transición del socialismo al comunismo no será necesaria una revolución puesto que la transición depende por completo del progreso técnico de la sociedad.

Ciencia utilitaria y ciencia "pura"

El optimismo industrial de Mendeléiev dirigió constantemente su pensamiento hacia los asuntos y problemas prácticos industriales. En sus obras de teoría pura hallamos que su pensamiento está encauzado por los mismos canales hacia los problemas de la economía. Hay una disertación de Mendeléiev dedicada a la cuestión de diluir el alcohol con agua, cuestión que es de importancia económica aún hoy[214]. Mendeléiev inventó una pólvora sin humo para las necesidades de la defensa nacional. Se preocupó personalmente de realizar un cuidadoso estudio del petróleo, y esto en dos direcciones, una puramente teórica, el origen del petróleo; y otra sobre los usos técnicoindustriales. Debemos tener presente a esta altura que Mendeléiev protestó siempre contra el uso del petróleo únicamente como simple combustible. "¡La calefacción se puede hacer con billetes de banco!", exclamaba nuestro químico. Como proteccionista convencido, Mendeléiev tuvo parte destacada en la elaboración de políticas o sistemas de aranceles y escribió su *Política sensible del arancel*, de la cual no pocas sugestiones valiosas pueden ser citadas incluso desde el punto de vista del proteccionismo socialista.

Los problemas de las vías marítimas por el norte despertaron su interés poco antes de su muerte. Recomendó a los jóvenes investigadores y navegantes que resolvieran el problema de hacer accesible el Polo Norte. Sostenía que de ello se derivarían necesariamente rutas comerciales. "Cerca de ese hielo hay no poco oro y otros minerales, nuestra propia América. Sería feliz si muriera en el Polo, porque allí no se pudre uno por lo menos." Estas palabras tienen un tono muy moderno. Cuando el viejo químico reflexionaba sobre la muerte, pensaba acerca de ella desde el punto de vista de la putrefacción y soñaba incidentalmente con morir en una atmósfera de eterno frío.

Mendeléiev no se cansaba nunca de repetir que la meta del conocimiento era la "utilidad". En otras palabras, abordaba la ciencia desde el punto de vista del utilitarismo. Al mismo tiempo, como sabemos, insistía sobre el papel creador de la búsqueda desinteresada del conocimiento. ¿Por qué se interesaría alguien en particular en buscar rutas comerciales por vías indirectas para alcanzar el Polo? Porque alcanzar el Polo es un problema de investigación desinteresada capaz de excitar pasiones deportivas de investigación científica. ¿No hay una contradicción entre esto y la afirmación de que la meta de la ciencia es la "utilidad"? De ninguna manera. La ciencia es una función social y no individual. Desde el punto de vista historicosocial la ciencia es utilitaria. Pero esto no significa en absoluto que cada hombre de ciencia aborde los problemas de investigación desde un punto de vista utilitario. ¡No! Las más de las veces los estudiosos son impulsados por su pasión de conocer y mientras más significativo es el descubrimiento de un hombre menos puede prever con antelación, por regla general, sus aplicaciones prácticas posibles. Así, la pasión desinteresada de un investigador no está en contradicción con el significado utilitario de cada ciencia más de lo que pueda estar en contradicción el sacrificio personal de un luchador revolucionario con la finalidad utilitaria de aquellas necesidades de clase a las cuales sirve.

Mendeléiev tenía la capacidad de combinar perfectamente su pasión de conocimiento con la preocupación incesante de elevar el poder técnico de la humanidad. Por esto las dos alas de este congreso (los representantes de las ramas teórica y aplicada de la química) se hallan con igual derecho bajo la bandera de Mendeléiev. Debemos

[214] Referencia irónica al hecho de que se volviese a vender vodka por el estado.

educar a la nueva generación de hombres de ciencia en el espíritu de esta armoniosa coordinación de la investigación científica pura con las tareas industriales. La fe de Mendeléiev en las ilimitadas posibilidades del conocimiento, la predicción y el dominio de la materia debe convertirse en el credo científico para los químicos de la patria socialista. El fisiólogo alemán Du Bois Reymond, consideraba el pensamiento filosófico como algo extraño a la escena de la lucha de clases y lo caracterizaba con la divisa *Ignoramus et ignorabimus!*

Esto es, ¡no conoceremos nunca, no comprenderemos nunca! Y el pensamiento científico, uniendo su suerte a la de la clase que asciende, replica, ¡Mentís! ¡Lo impenetrable no existe para el pensamiento consciente! ¡Lo alcanzaremos todo! ¡Dominaremos todo! ¡Lo reconstruiremos todo!

Carta al académico Pavlov

(27 de agosto de 1923)

Honorabilísimo Iván Petrovich: Perdone que me permita con la presente carta, arrancarlo de sus trabajos de excepcional importancia.

Presentaré como excusa que su tema, aunque abordado como diletante, me parece tener una relación directa con la teoría fundada por usted. Se trata de las relaciones reciprocas entre la teoría psicoanalítica de Freud y la teoría de los reflejos condicionados.

Durante los años de mi estadía en Viena, pude codearme de cerca con los freudianos; leía sus trabajos y hasta asistía a sus reuniones. En su manera de abordar los problemas psicológicos, me ha llamado siempre la atención el hecho de que conjugan el realismo fisiológico con un análisis casi literario de los fenómenos psíquicos.

En el fondo, la teoría psicoanalítica se basa en el hecho de que el proceso psicológico constituye una superestructura compleja, fundamentada en procesos fisiológicos a los cuales se subordina, El nexo entre los fenómenos psíquicos “superiores” y los fenómenos fisiológicos “inferiores”, sigue siendo, en la aplastante mayoría de los casos, subconsciente, manifestándose en los sueños, etc.[215]

Me parece que su teoría sobre los reflejos condicionados engloba a la teoría de Freud como un caso particular. La sublimación de la energía sexual (tema favorito de la escuela freudiana) es una creación que reposa sobre las bases sexuales de los reflejos condicionados n + 1, n + 2, y siguientes.

Los freudianos se parecen a personas que miran en un pozo profundo y bastante turbio. Han dejado de creer que ese pozo es un abismo (el abismo del “alma”), ven o describen el fondo fisiológico y construyen toda una serie de hipótesis ingeniosas e interesantes, pero arbitrarias desde el punto de vista científico, sobre las propiedades del fondo, determinando la naturaleza del agua de pozo.

La teoría de los reflejos condicionados no se contenta con métodos semicientíficos y semi“literarios”, con observaciones hechas de arriba abajo, sino que desciende al fondo y regresa experimentalmente hacia arriba.

27 de septiembre de 1923

---

[215] Desde luego, esta cuestión no tiene nada en común con la moda de cierto freudismo que no es sino picardía y chabacanería erótica. Semejante picazón de la lengua no tiene relación alguna con la ciencia, e indica solamente un estado de depresión: el centro de gravedad se desplaza del cerebro a la médula espinal… L. T.

Radio, ciencia, técnica y sociedad[216]

(1 de marzo de 1926)

Camaradas: regreso de las fiestas del Jubileo del Turkmenistán. Esta república hermana de Asia Central, conmemora hoy el aniversario de su fundación. Puede parecer que el tema del Turkmenistán se aleja del de la radiotecnia y de la Sociedad de Amigos de la Radio, pero, en realidad, existen relaciones muy estrechas entre ellos. Precisamente porque el Turkmenistán es un país *lejano* que debe estar *cerca* de los participantes de este congreso. Debido a la inmensidad de nuestro país federativo, que incluye al Turkmenistán (territorio de seiscientas mil verstas, mayor que Alemania, mayor que Francia, mayor que cualquier estado europeo, país cuya población se encuentra dispersa en los oasis, donde no existen carreteras), dadas esas condiciones, se hubieran podido inventar las radiocomunicaciones expresamente para el Turkmenistán, a fin de unirlo a nosotros. Somos un país atrasado; el conjunto de la Unión, aun contando los sectores más avanzados, está extraordinariamente atrasado en el plano técnico, y, sin embargo, no tenemos derecho alguno a persistir en ese atraso, ya que construimos el socialismo, y que éste presupone y exige un alto nivel técnico. Mientras trazamos carreteras a través del país, mejorándolas y construyendo puentes (y necesitamos terriblemente más puentes), estamos obligados al mismo tiempo a medirnos con los estados más avanzados en cuanto a las últimas hazañas científicas y técnicas, en cuya primera fila, entre tantas, figura la técnica de la radio. La invención de la telegrafía sin hilos y de la radiofonía puede convencer a los más escépticos y más pesimistas de nosotros sobre las posibilidades ilimitadas de la ciencia y de la técnica, demostrando que todas las hazañas de la ciencia, desde su comienzo, non son de hecho sino una breve introducción a lo que nos espera en el porvenir.

Tomemos por ejemplo los últimos veinticinco años (exactamente un cuarto de siglo) y evoquemos las conquistas que la técnica humana ha realizado ante nuestros ojos, ante los de la generación más vieja, a la que yo pertenezco. Recuerdo (y probablemente no soy el único entre todos los presentes, aunque la juventud esté aquí en mayoría), recuerdo el tiempo en que los automóviles eran aún cosas raras. Tampoco se hablaba de aviones a fines del siglo pasado. Creo que en el mundo entero no había 5.000 automóviles, mientras que ahora hay aproximadamente 20 millones, de los cuales 18 millones en Estados Unidos, 15 millones de coches de turismo y 3 millones de camiones. El automóvil se ha convertido, ante nuestros ojos, en un medio de transporte de primera importancia.

Puedo recordar aún los sonidos confusos y chillones que oí cuando escuché por primera vez un fonógrafo. Yo estaba entonces en la primera clase de mis estudios secundarios. Un hombre emprendedor, que recorría las ciudades de Rusia meridional con un fonógrafo, llegó a Odesa a mostrar su funcionamiento. Y ahora, el gramófono, nieto del fonógrafo, es uno de los rasgos más extendidos de la vida doméstica.

¿Y el avión? En 1902, hace 23 años, el escritor inglés Wells (muchos de ustedes conocen sus novelas de ciencia ficción), publicaba un libro en el que escribía más o menos textualmente que, en su opinión (y se tomaba a sí mismo por una imaginación audaz y aventurera en materia de técnica), hacia mediados del actual siglo XX, no sólo se habría inventado, sino hasta cierto punto perfeccionado, una máquina volante más pesada que el aire, capaz de ser utilizada militarmente. Este libro fue escrito en 1902. Sabemos que el

[216] Discurso de León Trotsky en el Primer Congreso de los Amigos de la Radio (1 de marzo de 1926).

avión desempeñó un papel en la guerra imperialista, ¡y aún nos quedan 25 años para llegar a la mitad de este siglo!

¿Y el cine? Esto tampoco es un pequeño asunto. No hace mucho que no existía, y muchos de ustedes recuerdan aún esa época. Ahora, sin embargo, sería imposible imaginar nuestra vida cultural sin el cine.

Todas esas innovaciones han entrado en nuestra existencia en el último cuarto de siglo, durante el cual los hombres han realizado además algunas bagatelas, como las guerras imperialistas, en las que ciudades y países enteros han sido devastados, y millones de personas exterminadas. En el espacio de un cuarto de siglo, más de una revolución ha sido llevada a cabo, aunque en menor escala que la nuestra, en toda una serie de países. En veinticinco años, la vida ha sido invadida por el automóvil, el avión, el gramófono, el cine, la telegrafía sin hilos y la radiofonía. Si ustedes recuerdan solamente el hecho de que, según los cálculos hipotéticos de los sabios, el hombre ha necesitado más de 250.000 años para pasar del simple género de vida de cazador a la etapa del pastoreo, este pequeño fragmento de tiempo (esos 25 años) aparece como una minucia. ¿Qué enseñanza debemos sacar de este periodo? Que la técnica ha entrado en una nueva fase, que su ritmo de desarrollo se acrecienta cada día más.

Los sabios liberales (que ya no existen) han descrito comúnmente el conjunto de la historia de la humanidad como una sucesión lineal y continua de progreso. Era falso. La marcha del progreso no es rectilínea, es una curva quebrada, zigzagueante. A veces la cultura progresa, otras, declina. Hubo la cultura del Asia antigua, hubo la cultura de la Antigüedad, de Grecia y Roma, luego la cultura europea comenzó a desarrollarse, y ahora la cultura norteamericana nace en los rascacielos. ¿Qué se ha conservado de las culturas del pasado? ¿Qué se ha acumulado como producto del progreso histórico? Procedimientos técnicos, métodos de investigación. El pensamiento científico y técnico avanza, no sin interrupciones y desmayos. Aun si meditáis en los días lejanos en que el sol dejará de brillar y en que toda vida se apagará sobre la superficie de la tierra, nos queda sin embargo tiempo por delante. Pienso que, en los siglos inmediatamente venideros, el pensamiento científico y técnico, en manos de una sociedad organizada de modo socialista, progresará sin zigzags, rupturas o desmayos. Este pensamiento ha madurado con tal amplitud, haciéndose suficientemente independiente y tan firmemente asentado en sus bases, que irá hacia adelante por una vía planificada y segura, paralela al crecimiento de las fuerzas productivas, a las que está ligado en la forma más estrecha.

Un triunfo del materialismo dialéctico

Es tarea de la ciencia y de la técnica someter la materia al hombre, al igual que el espacio y el tiempo, que son inseparables de la materia. A decir verdad, existen ciertos escritos idealistas (no religiosos, sino filosóficos) en los que podéis leer que el tiempo y el espacio son categorías salidas de nuestras mentes, que son un resultado de las exigencias de nuestro pensamiento, pero que nada les corresponde en la realidad. Sin embargo, es difícil aceptar esas concepciones. Si en vez de llegar a tiempo para tomar el tren de las nueve, algún filósofo idealista se atrasara dos minutos, no vería más que la cola del tren y se convencería, por sus propios ojos, de que el tiempo y el espacio son inseparables de la realidad material. Nuestra tarea es estrechar ese espacio, vencerlo, economizar el tiempo, prolongar la vida humana, registrar el tiempo pasado, elevar la vida a un nivel más alto y enriquecerla. Esta es la razón de nuestra lucha con el espacio y el tiempo, en la base de la cual se encuentra la lucha por someter la materia al hombre, materia que constituye el fundamento, no sólo de toda cosa realmente existente, sino igualmente de todo pensamiento.

La lucha que realizamos por nuestros trabajos científicos es en sí misma un sistema muy complejo de reflejos, es decir, de fenómenos de orden fisiológico que se han desarrollado sobre una base anatómica, la que a su vez sale del mundo inorgánico de la química y de la física. Cada ciencia es una acumulación de conocimientos basados en una experiencia relativa de la materia y de sus propiedades, sobre una comprensión generalizada de los medios para someter esa materia a los intereses y a las necesidades del hombre.

Sin embargo, mientras más nos enseña la ciencia sobre la materia, mientras más nos descubre propiedades "inesperadas", más el pensamiento filosófico decadente de la burguesía trata celosamente de utilizar esas nuevas propiedades o manifestaciones de la materia para demostrar que la materia no es la materia. Paralelamente al progreso de las ciencias de la naturaleza en el terreno de la materia, se realiza una lucha filosófica contra el materialismo. Algunos filósofos y hasta algunos sabios han tratado de utilizar el fenómeno de la radiactividad en la lucha contra el materialismo: nos habíamos acostumbrado a los átomos, elementos básicos de la materia y del pensamiento materialista, pero ahora ese átomo se nos hace pedazos entre las manos, dividido en electrones y, en los primeros tiempos de la popularización de la teoría electrónica, se ha producido inclusive una controversia en nuestro propio partido en torno a la cuestión: ¿Los electrones testimonian a favor o en contra del materialismo? El que se interese en esas cuestiones podrá leer con gran provecho la obra de Vladimir Ilich: *Materialismo y empiriocriticismo*. De hecho, ni el "misterioso" fenómeno de la radiactividad, ni el no menos "misterioso" fenómeno de la propagación sin hilos de las ondas electromagnéticas, hacen la menor mella al materialismo.

El fenómeno de la *radiactividad*, que ha conducido a la necesidad de concebir el átomo como un sistema complejo de partículas aun totalmente "impensables", no puede servir de argumento contra un espécimen desesperado de materialismo vulgar que no reconoce como materia sino lo que puede palpar con sus manos desnudas. Pero eso es sensualismo y no materialismo. La una y el otro, la molécula, última partícula química, y el átomo, última partícula física, son inaccesibles a nuestra vista y a nuestro tacto. Pero nuestros órganos de los sentidos, que son nuestros instrumentos de conocimiento, no son, ni mucho menos, los últimos recursos de nuestro conocimiento. El ojo humano y el oído humano son aparatos muy primitivos, inadaptados a la percepción de los elementos básicos de los fenómenos físicos y químicos. Mientras que, en nuestra concepción de la realidad, nos dejemos guiar exclusivamente por los descubrimientos cotidianos de nuestros órganos sensoriales, nos será difícil imaginar que el átomo sea un sistema complejo, que tenga un núcleo, que alrededor de ese núcleo se desplacen los electrones, y que de ello resulte el fenómeno de la radiactividad. Por lo general, nuestra imaginación se acostumbra a las nuevas conquistas del conocimiento. Cuando, en el siglo XVI, Copérnico descubrió que no era el Sol el que giraba alrededor de la Tierra, sino la Tierra alrededor del Sol, esto pareció algo fantástico y, desde entonces, la imaginación conservadora encuentra dificultades en aceptar aún ese hecho. Es lo que observamos en los analfabetos y en cada nueva generación de escolares. Sin embargo, los que tenemos cierta educación, a pesar de que también nos parece que el Sol gira alrededor de la Tierra, no por ello dudamos de que, en realidad, las cosas sucedan de otro modo, ya que ello es confirmado por la observación de conjunto de los fenómenos astronómicos. El cerebro humano es un producto del desarrollo de la materia y es al mismo tiempo un instrumento de conocimiento de esa materia; poco a poco se adapta a su función, trata de superar sus propias limitaciones, crea métodos científicos siempre nuevos, imagina instrumentos cada vez más complejos y precisos, controla incesantemente su obra, penetra paso a paso

en las profundidades anteriormente desconocidas, cambia nuestra concepción de la materia sin separarse nunca de ella, base de todo lo que existe.

La radiactividad, que acabamos de mencionar, no constituye en ningún caso una amenaza para el materialismo, y es al mismo tiempo un magnífico triunfo de la dialéctica. Hasta estos últimos tiempos, los sabios suponían que había en el mundo 90 elementos que escapaban a todo análisis y que no podían transformarse el uno en el otro (por decirlo así), un universo que fuera una tapicería tejida con 90 hilos de colores y calidades distintos. Semejante noción contradecía a la dialéctica materialista, que habla de la unidad de la materia y, lo que es aún más importante, de la transmutabilidad de los elementos de la materia. Nuestro gran químico Mendeléiev, al fin de su vida, se negaba a reconciliarse con la idea de que un elemento pudiera ser transmutado en otro; creía firmemente en la estabilidad de esas "individualidades", aunque ya conociera el fenómeno de la radiactividad. En nuestros días, ningún sabio cree en la inmutabilidad de los elementos. Utilizando ese fenómeno de la radiactividad, los químicos han logrado realizar la "ejecución" directa de 8 o 9 elementos y, al mismo tiempo, la ejecución de los últimos restos de la metafísica en el materialismo, ya que ahora la transmutabilidad de un elemento químico en otro ha sido probada experimentalmente. El fenómeno de la radiactividad ha conducido de ese modo a un triunfo supremo del pensamiento dialéctico.

Los fenómenos de la técnica radiofónica se basan en la transmisión sin hilos de las ondas electromagnéticas. *Sin hilos* no quiere decir en modo alguno transmisión no *material*. La luz no es irradiada solamente por las lámparas, sino también por el Sol, del que nos llega sin ayuda de hilos. Estamos completamente acostumbrados a la transmisión sin hilos de la luz a través de distancias respetables. Y, sin embargo, nos sorprendemos muchísimo cuando comenzamos a transmitir el sonido a una distancia mucho más corta gracias a esas mismas ondas electromagnéticas, que constituyen el substrato de la luz. Todo esto es manifestación de la materia, proceso material, ondas y torbellinos, en el espacio y el tiempo. Los nuevos descubrimientos y sus aplicaciones técnicas no hacen sino mostrarnos que la materia es mucho más heterogénea y más rica en posibilidades de lo que habíamos pensado hasta ahora. Pero, como antes, nada se crea de la nada.

Los más notables de nuestros sabios dicen que la ciencia, y particularmente la física, ha llegado en estos últimos tiempos a un punto crucial. No hace mucho tiempo decían que no estábamos sino en las cercanías "fenomenológicas" de la materia, es decir, bajo el ángulo de la observación de sus manifestaciones, pero ahora comenzamos a penetrar más profundamente que nunca en el interior mismo de la materia, para aprender su estructura, y pronto podremos controlarla "desde el interior". Naturalmente, un buen físico sería capaz de hablar de esas cosas mejor que yo. Los fenómenos de radiactividad nos llevan al problema de la liberación de la energía intraatómica. El átomo encierra en sí una poderosa energía escondida, y la tarea más grandiosa de la física consiste en liberar esta energía, haciendo saltar el tapón, de manera que la energía escondida pueda brotar como de una fuente. Entonces se abrirá la posibilidad de reemplazar el carbón y el petróleo por la energía atómica, convertida de ese modo en fuerza motriz básica. No es en modo alguno una tarea sin esperanza. ¡Y qué perspectivas se nos abren! Ese solo hecho nos da derecho a declarar que el pensamiento científico y técnico se acerca a un gran momento crucial, que la época revolucionaria en el desarrollo de la sociedad humana será acompañada por una época revolucionaria en la esfera del conocimiento de la materia y de su dominio. Posibilidades técnicas ilimitadas se abrirán ante la humanidad liberada.

Radio. Militarismo. Supersticiones

Sin embargo, tal vez sea el momento de tratar más detalladamente las cuestiones políticas y prácticas. ¿Cuál es la relación entre la radiotecnia y el sistema social? ¿Es

aquella socialista o capitalista? Planteo esta cuestión porque, hace pocos días, el célebre italiano Marconi dijo en Berlín que la transmisión a distancia de imágenes por ondas hertzianas es un prodigioso regalo al pacifismo, anunciando el rápido fin de la era militarista. ¿Por qué habría de ser así? Los fines de época han sido proclamados tantas veces que los pacifistas han acabado de mezclar los comienzos con los fines. ¡Se supone que el hecho de ver a gran distancia pondrá fin a las guerras! Desde luego, la invención de medios de transmitir una imagen animada a gran distancia es una tarea muy atractiva, pues era ofensivo para el nervio óptico que el nervio auditivo (gracias a la radio) ocupara una posición privilegiada a este respecto. Pero suponer que de esto deba resultar el fin de las guerras, es simplemente absurdo y muestra solamente que, en el caso de grandes hombres como Marconi, al igual que en el de la mayoría de las gentes especializadas (y hasta se puede decir que en la mayoría de las personas en general) el modo de pensamiento científico aporta una ayuda al espíritu, para hablar crudamente, no en todos los campos, sino sólo en pequeños sectores. De la misma manera que se disponen compartimientos estancos en el casco de un navío, para evitar que se hunda de un solo golpe en caso de accidente, existen incontables compartimientos estancos en el cerebro humano: en un campo o hasta en doce, podéis encontrar el espíritu científico más revolucionario, pero tras un compartimiento yace el espíritu más estrecho de los filisteos. La gran fuerza del marxismo, como pensamiento generalizador de la experiencia humana, está en ayudar a derribar esos compartimientos interiores del espíritu gracias a la integralidad de su análisis del mundo. Para volver a nuestro tema, ¿por qué el hecho de ver al enemigo liquidará la guerra? En los tiempos antiguos, cuando había guerra, los adversarios se veían cara a cara. Así ocurría en tiempo de Napoleón. Solamente la creación de armas de largo alcance obligó gradualmente a los adversarios a alejarse, llevándolos a tirar sobre blancos fuera del alcance de la vista. Y si lo invisible se hace visible, esto significa solamente que, también en este campo, la triada hegeliana ha triunfado, después de la tesis y la antítesis viene la “síntesis” de la exterminación mutua.

Recuerdo la época en que se escribía que el desarrollo de la aviación pondría fin a la guerra, porque el conjunto de la población sería precipitado en las operaciones militares, porque conduciría a la ruina de la economía y de la vida cultural de países enteros, etc. De hecho, la invención de una máquina volante más pesada que el aire abrió un nuevo y más cruel capítulo de la historia del militarismo. No cabe duda alguna de que actualmente también estamos abocados a comenzar un capítulo aún más sangriento y aún más espantoso. La técnica y la ciencia tienen su propia lógica, la lógica del conocimiento de la naturaleza y de su sometimiento a los intereses del hombre. Pero la técnica y la ciencia no se desarrollan en el vacío, sino en una sociedad humana dividida en clases. La clase dirigente, la clase poseedora, domina la técnica y, a través de ella, domina la naturaleza. La técnica en sí no puede llamarse militarista o pacifista. En una sociedad en la que la clase dirigente es militarista, la técnica está al servicio del militarismo.

Es indiscutible que la técnica y la ciencia minan poco a poco la superstición. Sin embargo, también en esto el carácter de clase de la sociedad impone reservas sustanciales. Tomad por ejemplo Estados Unidos: los sermones se retransmiten por radio, lo que significa que la radio sirve de medio de difusión de los prejuicios. Tales cosas no suceden aquí; creo que la Sociedad de Amigos de la Radio vigila, o por lo menos así lo espero (*risas y aplausos*). En un sistema socialista, el conjunto de la técnica y de la ciencia será dirigido indudablemente contra los prejuicios religiosos, contra la superstición que revela la debilidad del hombre frente al hombre o la naturaleza. Os pregunto: ¿Qué podrá pesar

una "voz del paraíso" cuando sea radiodifundida en todo el país una voz del Museo Politécnico? (*Risas*)[217].

No debemos quedarnos a la zaga

La victoria sobre la pobreza y la superstición nos está garantizada si progresamos en el plano técnico. No debemos quedarnos a la zaga de los otros países. El primer slogan que cada radioaficionado debe tener en la mente es: ¡No te quedes a la zaga! Pues estamos extraordinariamente atrasados en relación con los países capitalistas avanzados; ese atraso es nuestra principal herencia del pasado. ¿Qué hacer? Camaradas, si la situación fuera tal que los países capitalistas continuaran progresando y desarrollándose regularmente como antes de la guerra, entonces tendríamos que preguntarnos con angustia: ¿Seremos capaces de alcanzarlos? Y si no podemos alcanzarlos, ¿no seremos aplastados? A esto respondemos: no debemos olvidar que el pensamiento científico y la técnica, en la sociedad burguesa, han alcanzado su más alto grado de desarrollo en el momento mismo en que, económicamente, esa sociedad burguesa se adentra cada vez más en el callejón sin salida y comienza su decadencia. La economía europea no está en expansión. Durante los quince últimos años, Europa se ha empobrecido y no enriquecido. Pero sus invenciones y descubrimientos han sido colosales. Al mismo tiempo que asolaba a Europa y devastaba inmensas extensiones del continente, la guerra daba un prodigioso impulso al pensamiento científico y técnico que se ahogaba en las garras del capitalismo decadente. Sin embargo, si consideramos las acumulaciones materiales de la técnica, es decir, no la técnica que existe en la cabeza de los hombres, sino la que se incorpora en las máquinas, manufacturas, fábricas, ferrocarriles, telégrafos y teléfonos, etc., entonces es evidente que estamos terriblemente atrasados. Sería más correcto decir, que ese atraso sería terrible si no poseyéramos la inmensa ventaja de la organización soviética de la sociedad, que permite un desarrollo planificado de la ciencia y de la técnica, mientras que Europa se ahoga en sus propias contradicciones.

Nuestro atraso actual en todas las ramas no debe, sin embargo, ser disimulado, sino, por el contrario, evaluado con severa objetividad, sin espantarse, pero sin ilusionarse un solo instante. ¿Cómo puede transformarse un país en un solo todo económico y cultural? Por los medios de comunicación: los ferrocarriles, los barcos, los servicios postales, el telégrafo, el teléfono, la radiotelegrafía y la radiofonía. ¿Cómo andamos en ese plano? Terriblemente atrasados. En Estados Unidos, la red ferroviaria comprende 405.000 km, en Inglaterra, más o menos 40.000, en Alemania 54.000; pero en nuestro país, sólo 69.000 km, ¡y esto con nuestras enormes distancias! Es aún mucho más instructivo comparar las cargas transportadas en esos países y aquí, midiéndolas en tonelada-kilómetro, es decir, una tonelada transportada durante un kilómetro. Los Estados Unidos han transportado el año pasado 600 millones de toneladas-km; nosotros transportamos 48,5; Inglaterra 30; Alemania 69; es decir, que los Estados Unidos han transportado diez veces más que Alemania, veinte veces más que Inglaterra y dos o tres veces más que toda Europa, incluyéndonos nosotros.

Veamos el servicio postal, uno de los medios básicos en la difusión de la cultura. Según las informaciones ofrecidas por el Comisariado de Correos y Telégrafos, basadas en las cifras más recientes, el gasto en la red postal de los Estados Unidos ascendió el año pasado a 1.250 millones de rublos, lo que corresponde a 9 rublos 40 copecs por cabeza de habitante. En nuestro país, el gasto en el mismo sector alcanza 75 millones, es decir, 33 copecs *per capita*. La diferencia es de 940 a 33 copecs en detrimento nuestro.

[217] Este discurso fue pronunciado y radiodifundido en el Museo Politécnico.

Las cifras relativas al telégrafo y al teléfono no son menos asombrosas. La longitud de las líneas telegráficas en Estados Unidos es de 3 millones de kilómetros, en Inglaterra de medio millón, y aquí de 616.000 km. Pero la longitud de las líneas telegráficas es relativamente pequeña en Estados Unidos, porque tienen muchas líneas telefónicas (60 millones de km), mientras que en Gran Bretaña no hay más que 6, y aquí sólo 311.000 kilómetros. No riamos, ni lloremos sobre nosotros mismos, camaradas, pero metámonos sólidamente esas cifras en la cabeza: ¡Debemos medir y comparar a fin de poder alcanzar y superar a toda costa! (*Aplausos*). El número de teléfonos (otro buen índice del nivel de cultura) es en Estados Unidos, de 14 millones, en Inglaterra de un millón, y aquí de 190.000. Por cada 100 personas hay en Estados Unidos trece teléfonos, en Inglaterra un poco más de dos, en nuestro país un décimo, o, en otros términos, en Estados Unidos el número de teléfonos, en relación con la cantidad de habitantes, es 130 veces mayor que aquí.

En lo que respecta a la radio, no sé cuánto gastamos en ella cada día (pienso que la Sociedad de Amigos de la Radio podría encargarse de esa tarea), pero en los Estados Unidos se gasta un millón de dólares, es decir, 2 millones de rublos al día en la radio, lo que hace alrededor de 700 millones al año.

Esas cifras nos revelan duramente nuestro atraso. Pero nos revelan igualmente la importancia que puede y que debe alcanzar la radio, como medio de comunicación más barato, en nuestro inmenso país rural. No podemos hablar seriamente de socialismo sin concebir la transformación del país en un solo conjunto, ligado por medios de comunicación de todo tipo. Para poder introducir el socialismo debemos ante todo ser capaces de hablar a las regiones más alejadas del país, como el Turkmenistán. Pues el Turkmenistán, con el que comencé mis reflexiones hoy, produce algodón, y de los trabajos del Turkmenistán depende el trabajo de las fábricas textiles de las regiones de Moscú y de Ivanovo-Voznesensk. Para comunicarse directa e inmediatamente con todos los puntos del país, uno de los medios más importantes es la radio, lo que significa, naturalmente, que la radio no debe ser un juguete reservado a la capa superior de ciudadanos que tienen una situación más privilegiada en relación con los otros, sino que debe convertirse en un instrumento de comunicación económico y cultural entre la ciudad y el campo.

La ciudad y el campo

No debemos olvidar que, en la URSS, existen monstruosas contradicciones entre la ciudad y el campo, materiales y culturales, que hemos heredado en bloque del capitalismo. En el difícil periodo que hemos atravesado, cuando la ciudad se refugiaba en el campo, y el campo daba una libra de pan a cambio de un sobretodo, de algunos clavos o de una guitarra, la ciudad parecía en realidad digna de lástima en comparación con el campo confortable. Pero en la medida en que los fundamentos elementales de nuestra economía, en particular de nuestra industria, han sido restaurados, las enormes ventajas técnicas y culturales de la ciudad sobre el campo aparecieron por sí mismas. Nos hemos esforzado mucho por atemperar y hasta por eliminar las contradicciones entre ciudad y campo en el dominio político y jurídico. Pero en el plano técnico, no hemos dado hasta ahora ningún paso importante hacia delante. Y no podemos construir el socialismo con campos en esas condiciones de pobreza técnica y con un campesinado desprovisto de cultura. Un socialismo desarrollado significa ante todo una nivelación técnica y cultural de la ciudad y el campo, es decir, la disolución de la ciudad y del campo en un conjunto de condiciones económicas y culturales homogéneas. Es por lo que el simple acercamiento de la ciudad y del campo es para nosotros una cuestión de vida o muerte.

Mientras creaba la industria y las instituciones ciudadanas, el capitalismo dejaba el campo estancado, y no podía ser de otro modo: podía siempre sacar las materias y los productos alimenticios necesarios no solamente de sus propios campos, sino también de los países atrasados de ultramar y de las colonias, donde la mano de obra campesina es barata. Las perturbaciones de la guerra y de la postguerra, el bloqueo y su amenaza siempre suspendida, y finalmente la inestabilidad de la sociedad burguesa, obligaron a la burguesía a interesarse de más cerca en el campesinado. Recientemente, hemos oído más de una vez a los políticos burgueses y socialdemócratas hablar de las relaciones con el campesinado. En su discusión con el camarada Rakovsky, Briand describió con énfasis las necesidades de los pequeños propietarios y, en particular, de los campesinos franceses.[218] En un discurso reciente, Otto Bauer, el menchevique de izquierda austriaco, subrayó la excepcional importancia de la "conexión" con el campo. Como corolario de todo, nuestro viejo conocido Lloyd George (a quien, es verdad, comenzábamos a olvidar un poco) organizó en Inglaterra, cuando aún estaba en circulación, una liga campesina especial para la "conexión con el campesinado". No sé qué forma tomará la "conexión" en las condiciones de Inglaterra, pero, en boca de Lloy George, la palabra cobra una resonancia bastante cínica. En todo caso, yo no recomendaría su elección como administrador de cualquier distrito rural, ni como miembro honorario de la Sociedad de Amigos de la Radio, pues no dejaría de cometer alguna estafa u otra malversación (*aplausos*). Mientras que en Europa el nuevo interés por la cuestión de la integración del campo es, por una parte, una maniobra política parlamentaria y, por otra parte, un síntoma revelado del quebranto del régimen burgués, para nosotros, el problema de los lazos económicos y culturales con el campo es una cuestión de vida o muerte en el pleno sentido de la palabra. La base técnica de esta ligazón debe ser la electrificación, y esto se relaciona inmediatamente con el problema de la introducción de la radio en gran escala. A fin de *emprender* la realización de las tareas más simples y más urgentes, es necesario que todas las partes de la Unión Soviética sean capaces de hablar a cada una de las otra que el campo pueda escuchar a la ciudad como a un hermano mayor más culto y mejor equipado. Sin la realización de esta tarea, la difusión de la radio seguiría siendo un juguete par los círculos privilegiados de ciudadanos.

Vuestro informe estipula que, en nuestro país, las tres cuartas partes de la población rural ignoran lo que es la radio, y que el cuarto restante sólo la conoce por las demostraciones especiales de los festivales. Nuestro programa debe prever que cada aldea, no solamente sepa lo que es la radio, sino que hasta tenga su propia estación de recepción.

¿Adónde vamos?

El diagrama anexo a vuestro informe muestra la repartición de los miembros de vuestra sociedad por clases sociales. Los obreros constituyen el 20% (es el pequeño personaje con un martillo); los campesinos 13% (el personaje aún más pequeño con una hoz); los empleados el 49% (el respetable personaje que lleva una cartera); y luego vienen los 18% "restantes" (no se determina quiénes son exactamente, pero se les representa por el dibujo de un gentleman con hongo, bastón y un pañuelo de bolsillo blanco, un *nepman* evidentemente). No sugiero que las gentes de pañuelo fin sean expulsados de la Sociedad de Amigos de la Radio, pero deben estar rodeados y encuadrados más fuertemente, de manera que la radio pueda hacerse menos cara para las gentes que llevan martillo y hoz (*aplausos*). Pienso aún menos que se deba reducir mecánicamente el número de miembros

[218] Trotsky hace alusión a las negociaciones francosoviéticas sobre el pago de las deudas zaristas a los acreedores franceses. Rakovsky (más tarde una de las víctimas de Stalin) era entonces el embajador de los Soviets en Francia.

con cartera. Sin embargo, se hace necesario que la importancia de los dos grupos básicos se incremente a toda costa (*aplausos*), el 20% de obreros es verdaderamente poco; 13% de campesinos es vergonzosamente poco. ¡El número de personas con hongo es casi igual al de los obreros (18%), y supera al de los campesinos, que sólo asciende a 13%! Esto es una violación flagrante de la constitución soviética. Es necesario tomar medidas para que el año próximo, o dentro de dos años, los campesinos se conviertan más o menos en el 40%, los obreros en el 45%, los empleados de oficina en 10%, y los que se llaman "los restantes" en 5%. Eso será una proporción normal, en total armonía con el espíritu de la constitución soviética. La conquista de la aldea por la radio es una tarea para los próximos años, muy estrechamente ligada a la eliminación del analfabetismo y a la electrificación del campo, y es, hasta cierto punto, una condición previa a la realización de esas tareas. Cada provincia debería partir a la conquista del campo con un programa definido de desarrollo de la radio. ¡Despleguemos sobre la mesa el mapa de una nueva guerra! En cada centro provincial hay que conquistar para la radio, ante todo, cada uno de los pueblos importantes. Es necesario que nuestra aldea analfabeta o semianalfabeta, aun antes de saber leer y escribir como es debido, sea capaz de acceder a la cultura a través de la radio, que es el medio más democrático de difusión de la información y del conocimiento. Hace falta que, mediante la radio, el campesino sea capaz de sentirse ciudadano de nuestra Unión, ciudadano del mundo entero.

Del campesinado no sólo depende, en gran medida, el desarrollo de nuestra propia industria, esto es más que evidente; de nuestro campesinado y del crecimiento de su economía depende también, hasta cierto punto, la revolución en los países de Europa. Lo que desfavorece a los obreros europeos en su lucha por el poder y (no por casualidad) lo que, con fines reaccionarios, utilizan hábilmente los socialdemócratas, es la dependencia de la industria europea con respecto a los países de ultramar en lo referente a productos alimenticios y materias primas. Los Estados Unidos la abastecen en cereales y algodón, Egipto en algodón, la India en azúcar de caña, el archipiélago malayo en caucho, etc. Existe el peligro, por ejemplo, de que un bloqueo norteamericano provoque la escasez de materias primas y de productos alimenticios a la industria europea durante los meses y los años más difíciles de la revolución proletaria. En esas condiciones, una exportación creciente de cereales y materias primas soviéticas de todo tipo, constituye un poderoso factor revolucionario para los países de Europa. Debemos llevar a la conciencia de nuestros campesinos el hecho de que cada haz suplementario de trigo trillado y exportado, es un nuevo peso en la balanza de la lucha revolucionaria del proletariado europeo, pues este haz reduce la dependencia de Europa relación con los Estados Unidos capitalistas. Los campesinos turkmenos que cultivan el algodón, deben estar ligados a los obreros textiles de Moscú y de Ivanovo-Voznesensk y también al proletariado revolucionario de Europa. La red de las estaciones receptoras debe ser tejida en nuestro país, de modo que nuestros campesinos puedan vivir la vida de los trabajadores de Europa y del mundo entero, participando ella día a día. Hace falta que, el día en que los trabajadore de Europa se apoderen de sus estaciones emisoras, cuando el proletariado de Francia tome la torre Eiffel y, desde su cúspide anuncie en todas las lenguas que son los amos de Francia (*aplausos*), hace falta que ese día, en esa hora, no sólo los obreros de nuestras ciudades y de nuestras industrias, sino también los campesinos de nuestras aldeas más apartadas puedan responder al llamamiento de los obreros europeos: "¿Nos oís?" – "¡Hermanos, os oímos y queremos ayudaros!" – (*aplausos*). Siberia ayudará con sus cereales, sus granos y sus materias primas, el Kuban y Don con cereales y carne, Uzbekistán y Turkmenistán contribuirán con su algodón. Esto mostrará que el desarrollo de nuestras radiocomunicaciones ha acelerado la transformación de Europa en una sola organización económica. El desarrollo de la red radiotelegráfica es, entre tantas otra cosas, la

preparación del momento en que los pueblos de Europa y de Asia se unirán en una Unión Soviética de los Pueblos Socialistas (*aplausos*).

¿Qué es la objetividad histórica?[219]

(1 de abril de 1933)

Todas las personas digieren sus alimentos y oxigenan su sangre. Pero no cualquiera se atreve a escribir un tratado sobre digestión y circulación sanguínea. No ocurre lo mismo con las ciencias sociales. Puesto que todas las personas viven bajo la influencia del mercado y de los procesos históricos en general, se considera que basta con tener sentido común para escribir tratados sobre temas económicos y, sobre todo, histórico-filosóficos. En general, lo único que se le exige a un trabajo histórico es que sea "objetivo". En realidad, cualquiera que sea el sentido de este término altisonante en el lenguaje del sentido común, el mismo no tiene nada que ver con la objetividad científica.

El filisteo, sobre todo cuando se encuentra separado en el tiempo y en el espacio del escenario de la lucha, se considera por encima de los bandos en pugna por el solo hecho de no comprenderlos. Con toda sinceridad opina que su ceguera respecto del obrar de las fuerzas históricas es el colmo de la imparcialidad, ya que está acostumbrado a usarse a sí mismo como medida normal de todas las cosas. No obstante su valor documental, son muchos los trabajos históricos que se escriben de acuerdo con esas pautas. El autor que lima las asperezas mediante una distribución pareja de luces y sombras, la conciliación moralizante y la simulación de sus simpatías consigue fácilmente para su obra histórica la elevada reputación que deriva de la "objetividad".

Cuando el tema de investigación como la revolución es un fenómeno que se concilia tan mal con el sentido común, la "objetividad" histórica dicta *a priori* conclusiones inmutables: la causa de la conmoción reside en que los conservadores fueron excesivamente conservadores y los revolucionarios excesivamente revolucionarios; ese exceso histórico que se llama guerra civil podrá evitarse en el futuro si los propietarios se vuelven más generosos y los hambrientos más moderados. Un libro escrito de acuerdo con estos lineamientos es bueno para los nervios, sobre todo en una época de crisis mundial.

La ciencia (no la "objetividad" filistea de salón) exige que el autor señale los factores sociales que condicionan los acontecimientos históricos, por mucho que esto altere los nervios. La historia no es un vaciadero de documentos y sentencias morales. La historia es una ciencia no menos objetiva que la fisiología. Exige un método científico, no una "imparcialidad" hipócrita. Se puede aceptar o rechazar la dialéctica materialista como método histórico científico, pero es menester tenerla en cuenta. La objetividad científica puede y debe ser inherente al método empleado. Si el autor no logró aplicar correctamente su método, hay que señalar exactamente dónde ocurrió.

Traté de basar mi *Historia* [*de la revolución rusa*][220], en los cimientos materiales de la sociedad, no en mis simpatías políticas. Enfoqué la revolución como un proceso, condicionado por el pasado, de lucha de las clases por el poder. Mi atención se centró en

---

[219] "¿Qué es la objetividad histórica", 1 de abril de 1933, [Subtitulado en las *Oeuvres*, Tomo1, páginas 100-105, 'Respuesta a ciertas críticas a la *Historia de la revolución rusa*', en estas mismas OELT-EIS] en *Escritos*, Tomo IV, Volumen 2, páginas 25-33 del formato pdf en nuestra serie Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma. Publicado en *The Militant*, 15 de julio de 1933.

[220] León Trotsky, *Historia de la revolución rusa*', en estas mismas Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS.).

los cambios provocados en la conciencia de las clases por el ritmo febril de su propia lucha. Observé a los partidos y agentes políticos bajo la exclusiva óptica de los cambios y choques entre las clases. De esa manera, el trasfondo de la narrativa está constituido por cuatro procesos simultáneos, condicionados por la estructura social del país: la evolución de la conciencia del proletariado entre febrero y octubre; los cambios producidos en el estado de ánimo del ejército; el incremento del deseo de venganza campesino; el despertar e insurgencia de las nacionalidades oprimidas. Al revelar la dialéctica de una conciencia de masas que supera su punto de equilibrio, el autor quiso mostrar la clave más inmediata de todos los acontecimientos de la revolución.

Una obra literaria es “auténtica” o artística cuando las relaciones entre los protagonistas se desarrollan, no según los deseos del autor, sino de acuerdo a las fuerzas latentes en los personajes y en el ambiente. Existe una gran diferencia entre el conocimiento científico y el conocimiento artístico. Pero ambos tienen algunos rasgos en común, que se definen en el hecho de que la descripción depende del objeto descrito. Una obra histórica es científica cuando los hechos se combinan en un proceso total que, al igual que en la vida real, se desenvuelve según sus propias leyes internas.

¿Es verídica la descripción de las clases en Rusia? Estas clases, por intermedio de sus partidos y personeros políticos, ¿hablan su propio idioma? Los acontecimientos (naturalmente, sin que se los fuerce), ¿se corresponden con su origen social, es decir, con la lucha de las fuerzas históricas vivas? La concepción general de la revolución, ¿choca con los hechos?

Debo reconocer con gratitud que muchos críticos enfocaron mi obra precisamente desde el punto de vista de estos criterios genuinamente objetivos, vale decir, científicos. Sus observaciones podrán resultar justas o erróneas, pero son, en su amplia mayoría, constructivas.

En cambio, no es casual que los críticos que se lamentan de mi falta de “objetividad” se olvidan totalmente del problema del determinismo histórico. En realidad, se quejan de la “injusticia” del autor para con sus adversarios, como si no se tratara de una investigación científica sino de un boletín escolar donde se califica la conducta. Un crítico se ofende en nombre de la monarquía, otro en nombre de los liberales, un tercero en nombre de los conciliadores[221]. Puesto que la realidad de 1917 no fue indulgente con las simpatías de dichos críticos ni las reconoció, ahora les gustaría encontrar consuelo en las páginas de la historia, así como algunos buscan refugiarse de los golpes del destino en las páginas de la literatura romántica. Pero nada más lejano del pensamiento del autor que pretender brindar consuelo a persona alguna. *En su libro sólo quiso interpretar el fallo del propio proceso histórico.* Dicho sea de paso: las personas ofendidas, a pesar de los quince o dieciséis años transcurridos, jamás trataron de explicar las causas de lo que les ocurrió. La colonia de emigrados blancos[222] no produjo una sola obra histórica digna de ese nombre. Todavía trata de atribuir sus infortunios al “oro alemán”[223], al analfabetismo de las masas, a las conspiraciones criminales de los bolcheviques. El rencor personal de los apóstoles de la objetividad (confío en que nadie lo pondrá en duda) será necesariamente tanto mayor, cuanto más convincentemente demuestre la narrativa histórica que su destrucción era inevitable y su futuro carece de perspectivas.

---

[221] Se llamaba conciliadores a los mencheviques y socialrevolucionarios, que apoyaron al Gobierno Provisional, capitalista, que intentó gobernar Rusia entre las Revoluciones de Febrero y Octubre de 1917.

[222] Blancos, Guardias Blancas y rusos blancos: fuerzas contrarrevolucionarias que actuaron durante la guerra civil.

[223] Una de las acusaciones más corrientes contra los bolcheviques fue que eran agentes del imperialismo, pagados con oro alemán para provocar disturbios en Rusia y así garantizar su derrota en la Primera Guerra Mundial.

Los más cautelosos de entre los críticos políticamente desilusionados suelen ocultar las verdaderas razones de su escozor con la queja de que el autor de la *Historia* se permite utilizar la polémica y la ironía. Aparentemente, creen que ese tipo de recursos no va con la dignidad del gremio científico. Pero la revolución misma es una polémica que se transforma en acción de masas. Y el proceso histórico tampoco carece de ironía; durante una revolución, la misma puede medirse en millones de caballos de fuerza. Los discursos, resoluciones, cartas y memorias de los protagonistas son necesariamente de carácter polémico. No hay nada más fácil que "conciliar" todo este caos de luchas envenenadas según el método del justo medio; pero tampoco hay nada más estéril. El autor se esforzó por definir la verdadera fuerza relativa que tuvieron todas las opiniones, consignas, promesas v reivindicaciones en el curso de la lucha social mediante la selección y descarte críticos (o, si se quiere, polémicos). Redujo lo individual a lo social, lo particular a lo general, lo subjetivo a lo objetivo. En nuestra opinión, en esto reside, precisamente, el carácter científico de la historia como ciencia.

Hay un grupo muy especial de críticos que se ofende personalmente en nombre de Stalin; para ellos la historia, fuera de ese problema, no existe. Se consideran "amigos" de la revolución rusa, pero en realidad, no son sino abogados defensores de la burocracia soviética. No es lo mismo. La burocracia se fortaleció a medida que se debilitó la actividad de las masas. El poder de la burocracia es un reflejo de la reacción contra la revolución. Es cierto que esta reacción se desarrolla sobre las bases sentadas por la revolución de octubre, pero no por ello deja de ser reacción. Los abogados de la burocracia son frecuentemente los abogados de la reacción contra octubre; y este hecho no cambia por que cumplan sus funciones inconscientemente.

Como el tendero enriquecido que se fabrica una genealogía más acorde con su nueva posición, la casta burocrática que surgió de la revolución creó su propia historiografía. Cuenta con cientos de imprentas, pero la cantidad no compensa la falta de calidad histórica. Aunque hubiera querido complacer a los amigos más desinteresados de las autoridades soviéticas, no podía dejar de referirme a esas leyendas que quizás resulten muy halagadoras para la vanidad de la burocracia pero que, no obstante, tienen la desgracia de contradecir los hechos y los documentos.

Me limitaré a un solo ejemplo, que considero muy ilustrativo. Dedico varias páginas de mi libro a contradecir el cuento de hadas fabricado después de 1924 en el cual se dice que yo traté de postergar la insurrección armada hasta después del Congreso de los Sóviets, mientras que Lenin, aparentemente con el respaldo de la mayoría del comité central, consiguió que la insurrección se realizara en vísperas del congreso. Presenté numerosas pruebas para tratar de demostrar (y creo que lo demostré más allá de toda duda) que Lenin, separado del teatro de los acontecimientos en virtud de su situación ilegal, estaba demasiado impaciente por iniciar la insurrección, deslindándola del Congreso de los Sóviets. En cambio, yo, que contaba con el respaldo de la mayoría del comité central, traté de que la insurrección se efectuara en la fecha más próxima posible al congreso, para revestirla con la autoridad de éste. Este desacuerdo, pese a su importancia, era de carácter exclusivamente práctico y circunstancial. Más adelante Lenin reconoció con franqueza que se había equivocado.

Mientras escribía mi *Historia*, no tenía a mano la recopilación de los discursos pronunciados en el mitin aniversario celebrado en Moscú el 23 de abril de 1920, en honor del quincuagésimo cumpleaños de Lenin. En una de las páginas de ese libro se lee el párrafo que transcribo textualmente a continuación:

"Los integrantes del comité central resolvimos proceder a fortalecer los sóviets, convocar el Congreso de los Sóviets, iniciar la insurrección y proclamar al Congreso de los Sóviets órgano de poder estatal. Ilich [Lenin], que en esa época estaba en la

clandestinidad, no estuvo de acuerdo y escribió [a mediados de setiembre, L.T.] que [...] era necesario disolver la Conferencia Democrática[224] y arrestar a sus integrantes. Para nosotros, las cosas no eran tan sencillas [...] Todos los obstáculos, las trampas del camino nos resultaban más evidentes [...] A pesar de las exigencias de Ilich procedimos con ese criterio y el 25 de octubre se desplegó ante nosotros la insurrección. Ilich nos miraba con una sonrisa intencionada y nos dijo: 'Sí, teníais razón'". (*Quincuagésimo aniversario de V.I. Ulianov-Lenin,* 1920, pp. 27-28)

El discurso arriba citado lo pronunció Stalin y data de unos cinco años antes de que él mismo pusiera en circulación la venenosa insinuación de que yo trato de "subestimar" el papel de Lenin en la revolución del 25 de octubre. Si ese documento, que confirma plenamente mi versión (en términos más groseros, por cierto), hubiera estado en mi poder hace un año, me habría obviado la necesidad de aducir pruebas menos directas y autoritarias. Pero, por otra parte, estoy contento de que este librito, olvidado por todos, impreso en un papel mediocre y editado de igual forma (¡1920, un año difícil!) haya llegado a mis manos tan tarde, pues ello contribuye a reforzar la "objetividad", o más sencillamente, la veracidad de mi narración aun en la esfera de aquellos asuntos personales en discusión.

Nadie, (y me permito afirmar esto del modo más categórico posible) nadie hasta ahora ha encontrado en mi narración una sola violación a la verdad, lo cual constituye una de las normas fundamentales para la narración histórica y de otro tipo. Es posible cometer errores de detalle, ¡pero nunca distorsiones tendenciosas! Si en los archivos de Moscú fuese posible encontrar un solo documento que directa o indirectamente refutase o debilitase mis escritos hace mucho tiempo que habrían sido traducidos y publicados en todos los idiomas. La hipótesis inversa no es difícil de comprobar: todos los documentos que en mayor o menor grado representen algún peligro para las leyendas oficiales, están cuidadosamente apartados del público. No es sorprendente que los defensores de la burocracia estalinista que se proclaman amigos de la revolución de octubre, se vean obligados a suplir su falta de argumentos, con una excesiva dosis de fanatismo. Pero este tipo de crítica altera muy poco mi conciencia científica. Las leyendas se olvidan, los hechos permanecen.

Dos tory sobre un revolucionario (Lenin según Churchill y Birkenhead)[225]

(23 de marzo de 1929)

En 1918-19, Churchill trató de derrocar a Lenin por la fuerza. En 1919, en su libro *The Aftermath*, trata de caracterizar la psicología y la política de Lenin en un perfil (*Times*, 18 de febrero de 1919). Puede tratarse de un intento de revancha literaria por la desgraciada intervención militar. En ambos casos, los métodos no se corresponden con los objetivos.

"Sus simpatías [las de Lenin], frías y vastas como el Océano Ártico; su odio, cerrado como el nudo del verdugo", escribe M. Churchill. En verdad, hace malabares con

[224] La Conferencia Democrática: al igual que el preparlamento, fue un intento de Kerensky y los "conciliadores" de encontrar una base de apoyo popular fuera de los sóviets, cuando éstos comenzaron a repudiarlos y volcarse hacia el bando bolchevique en las semanas que precedieron a las derrotas del Gobierno Provisional. Sus resultados fueron nulos.

[225] Un resumen de este artículo fue publicado en *Hohn O'London Weekly*, del 20 de abril de 1929. Winston Churchill (1874-1965), aristócrata británico, conocido por su papel en la guerra de los Boers, después como político de derechas. Ministro en diversas ocasiones, era el jefe de filas de los conservadores más antisoviético y no cejó nunca en su odio personal contra Trotsky. Frederick Edwin Smith, Lord Birkenhead (1872-1930), jurista, también era un antiguo ministro conservador.

las antítesis como un atleta con los pesos. Pero un ojo atento revela enseguida que los pesos están trucados y los bíceps rellenos. El verdadero Lenin estaba impregnado de fuerza moral, una fuerza cuyo principal carácter era su absoluta simplicidad.

Los hechos citados por M. Churchill son deplorables. Veamos, por ejemplo, su cronología. Repite una frase, tomada prestada de un libro u otro, haciendo referencia a la influencia mórbida ejercida sobre la evolución de Lenin por la ejecución de su hermano mayor. Según Churchill, eso pasaba en 1894; de hecho, el atentado contra la vida de Alejandro III fue organizado por Alejandro Ulianov[226] el 1 de marzo de 1887. Según Churchill, Lenin tenía 16 años, pero en realidad Lenin tenía 24 años y dirigía en Petersburgo una organización clandestina. Al inicio de la revolución de octubre Lenin no tenía 39 años, como asegura Churchill, sino 47. La cronología de Churchill demuestra sus ideas concernientes a las personas e ideas de las que habla.

Si dejamos la cronología y el estilo de boxeador para pasar a la filosofía de la historia, el cuadro todavía es más lamentable. Churchill cuenta que en el ejército ruso la disciplina quedó anulada tras la "Prikaz nº 1" que suprimía los honores. Así es como lo pensaban los viejos generales ofendidos y los jóvenes aspirantes ambiciosos.

Pero esto es un absurdo. El viejo ejército reflejaba la supremacía de las viejas clases. La revolución mató al viejo ejército. Si el campesino ha expulsado de sus tierras al señor, el hijo del campesino no puede someterse al hijo del señor, convertido en oficial.

El ejército no es solamente una organización técnica, donde se debe saludar a los oficiales, sino que también es una organización moral basada en relaciones mutuas precisas entre hombres y clases. Cuando la revolución repudia las formas antiguas, el ejército debe, inevitablemente, perecer. Siempre ha sido así. No he entendido bien si Churchill ha leído alguna vez la historia de la revolución inglesa del siglo XVII, de la revolución francesa del XVIII. Cromwell[227] decía cuando enrolaba a sus oficiales: "Guerrero inexperimentado, pero buen predicador." Cromwell había entendido que la base del ejército no se crea o destruye a través de las relaciones sociales mutuas entre los hombres. Quería oficiales que odiasen a la monarquía, a la iglesia católica y a los privilegios de los aristócratas. Comprendía que un ejército nuevo no se puede constituir más que con un nuevo gran proyecto. Eso pasaba a mediados del siglo XVII. En el siglo XX, Churchill supone que el ejército del zar pereció a causa de la abolición de algunos gestos simbólicos. Sin Cromwell y su ejército, la Inglaterra contemporánea no habría existido jamás. Hoy en día, Cromwell es más contemporáneo que Churchill.

Churchill asegura que el objetivo de Lenin era "minar la autoridad y la disciplina". De esa forma es como hablan las Cabezas Redondas de los Independientes. Pero en realidad, los Independientes habían minado la antigua disciplina a fin de crear una nueva que hiciese prosperar a Inglaterra. El objetivo de Lenin era minar, hacer volar en pedazos sin piedad, la vieja disciplina, ciega, servil, de la Edad Media, para reemplazarla por una disciplina consciente de la sociedad nueva.

Si bien Churchill le reconoce a Lenin cierta fuerza de espíritu y voluntad para Birkenhead Lenin nunca ha existido. Sólo existe un mito de Lenin (*Time*, 26 de febrero de 1929). El Lenin que existió realmente era una mediocridad que los colegas de Lord Ringo de las páginas de Bennett[228] podrían mirar por encima del hombro. Pero, a pesar de esta divergencia entre sus opiniones, los dos tory están muy cerca en la ignorancia que

---

[226] Alejandro I. Ulianov (1866-1887), hermano mayor de Lenin, ejecutado por haber organizado un compló contra la vida del zar.

[227] Oliver *Cromwell* (1599-1658), jefe del regimiento de los Cascos de Hierro durante la guerra civil inglesa, después se convirtió en Lord Protector de la República y lo siguió siendo hasta su muerte.

[228] En su novela *Lord Ringo*, publicada en 1926, el escritor Arnold *Bennet* (1867-1931) traza los retratos de los ministros de un gobierno de coalición.

poseen sobre los trabajos económicos, políticos o filosóficos de Lenin que abarcan más de veinte volúmenes. Supongo que Churchill no ha leído con atención mi artículo sobre Lenin, escrito en 1928 para la Enciclopedia Británica, ya que, de lo contrario, no podría cometer los graves errores de cronología que comete, rompiendo así toda la perspectiva.

Lenin no soportaba la negligencia en el dominio de las ideas. Lenin había residido en todos los países de Europa, conocía mucho sobre lenguas extranjeras, leía, aprendía, escuchaba, preguntaba, buscaba, comparaba, generalizaba. A la cabeza de un país revolucionario, continuó estudiando concienzuda y escrupulosamente. Observaba la vida del mundo entero. Ha escrito y hablado con soltura el francés, el alemán y el inglés, podría leer el italiano y otras lenguas eslavas. En los últimos años de su vida, sobrecargado de trabajo, utilizaba algunos minutos de tiempo libre para aprender la gramática del checoslovaco para poder tomar contacto con la vida interna de Checoslovaquia. ¿Qué saben Churchill y Birkenhead de las obras de este espíritu vivo, penetrante e infatigable, que apartó todo lo que no era más que pretexto falso o azar para ir a lo substancial e importante? En su ignorancia, Birkenhead se ha imaginado que Lenin había lanzado por primera vez el "todo el poder a los sóviets" al día siguiente de la revolución de febrero en 1917, cuando resulta que la cuestión de los sóviets y de su posible papel histórico fue uno de los aspectos más importantes en las obras de Lenin y de sus partidarios desde 1905 e incluso antes.

Completando y corrigiendo a Churchill, Birkenhead escribe: "si Kerensky[229] hubiese tenido una sola onza de estatura de hombre de estado y coraje, jamás los sóviets habrían tomado "todo el poder"." Verdaderamente ésta es una filosofía histórica tranquilizadora. El ejército queda destruido, los soldados autorizados a no saludar ya a sus oficiales. Es suficiente una onza que falta en el cráneo de un abogado extremista para destruir una sociedad civilizada y piadosa; ¿qué valdría la civilización si, en los momentos críticos, esa gente no fuese capaz de tener una onza suplementaria de cerebro a su disposición? Y Kerensky no estaba solo. Tenía a su alrededor a los hombres de estado de los países aliados. ¿Por qué no instruyeron e inspiraron a Kerensky? ¿Por qué no ocuparon su lugar? Churchill responde indirectamente a este interrogante. Dice: "Los hombres de estado de las naciones aliadas disimularon creer que todo marchaba bien y que la revolución rusa constituía una notable ventaja para la causa común." Y Lenin demuestra así que los hombres de estado no habían comprendido gran cosa sobre la revolución y no eran nada diferentes de Kerensky.

Birkenhead no nota ahora que Lenin fue muy perspicaz cuando firmó el Tratado de Brest-Litovsk. No tengo la intención de indicar aquí que Birkenhead me atribuye el deseo de combatir a Alemania en 1918. El honorable conservador sigue en esto exactamente las indicaciones de los historiadores de la escuela estalinista. En realidad, Birkenhead ve muy claramente la inminencia de la paz. Según él, únicamente idiotas histéricos podrían imaginar que los bolcheviques eran capaces de combatir a Alemania. ¡Que confesión tan notable, aunque tardía! En 1918, el gobierno británico, así como todos los Aliados, nos conminaban categóricamente a combatir a Alemania y respondieron a nuestra negativa con el bloqueo y la intervención.

A los hombres políticos ingleses hay que preguntarles quiénes eran entonces idiotas histéricos. La apreciación de Birkenhead podría ser perspicaz en 1917. Pero no apreciamos nada esta perspicacia cuando se manifiesta doce años después. Churchill produce estadísticas sobre las víctimas de la guerra civil, resultados, dice él, de una investigación de Lenin, e incluso esto es el eje de su artículo. Esas estadísticas son imaginarias. Pero la cuestión no radica ahí. Hay un número de víctimas por las dos partes.

---

229 Alejandro G. *Kerensky* (1882-1970), abogado, era el jefe del último Gobierno Provisional derrocado por la revolución de octubre.

Churchill se toma el trabajo de señalar que no ha incluido las víctimas del hambre o de las epidemias. En su lenguaje pseudoatlético, Churchill escribe que ni Tamerlan ni Gengis Kan pueden rivalizar con Lenin en la forma de matar hombres y mujeres. En cuanto al orden de los personajes mencionados arriba, Churchill supone probablemente que Tamerlan precedió a Gengis Kan[230]. Es un error. Desgraciadamente, para la cronología como para las estadísticas, el ministro de finanzas no es muy fuerte en historia. Pero esto carece de importancia. Para encontrar un ejemplo de masacre de vidas humanas, Churchill se refiere al siglo XIII y al XIV de la historia de Asia. La gran carnicería europea, en la que algunos diez millones de hombres fueron muertos y alrededor de veinte millones mutilados, probablemente ha escapado de la memoria del hombre político británico. Las guerras de Gengis Kan y Tamerlan no eran más que un juego de niños en comparación con los ejercicios de las naciones civilizadas durante los años 1914-1918. ¿Y el bloqueo de Alemania, el hambre de las mujeres y niños alemanes? Si se admite el absurdo de que toda la responsabilidad de la guerra recae sobre el Káiser alemán (bonita civilización ésta en la que un loco coronado es capaz de someter a fuego y sangre durante cuatro años un continente entero) si se admite pues la teoría ridícula según la cual el Káiser era el único responsable, resulta completamente también inconcebible que los niños alemanes tuviesen que morir de hambre por centenares de millares por Guillermo. Sin embargo, no quiero considerar esto bajo un ángulo moral y tampoco tengo la intención de tomar partido a favor del Hohenzollern en Alemania. Estoy dispuesto a repetir lo que acabo de decir a propósito de los niños serbios, belgas y franceses, y también de los de las razas amarilla y negra que aprendieron en Europa a apreciar la superioridad de la civilización cristiana sobre la barbarie de Gengis Kan y Tamerlan, Churchill ha olvidado esto. El objetivo de Inglaterra en esa guerra (objetivo que no logró alcanzar), parece talmente sagrado e imperioso a sus ojos que no le concede ninguna atención a los treinta millones de vidas humanas destruidas y mutiladas. Se expresa con la mayor indignación moral sobre las víctimas de la guerra civil en Rusia, olvidando a Irlanda, India, etc. Es que en esos casos no se trata de víctimas sino de objetivos de la guerra. Churchill aseguraría que todas las víctimas en el mundo entero son admisibles y sagradas si se tratase de la autoridad y potencia de Gran Bretaña, es decir de sus clases dirigentes. El único crimen son las víctimas en cantidad infinitesimal provocadas por la lucha de las masas nacionales tratando de cambiar su vida, como fue el caso en Inglaterra en el siglo XVII, en Francia a fines del XVIII, en los Estados Unidos a fines del XVIII y a mediados del XIX, en Rusia en el XX, y como lo será en el futuro. Que Churchill haya invocado el fantasma de dos conquistadores asiáticos es un gran error. Ambos lucharon a favor de la aristocracia nómada, sometiendo para ella nuevos espacios y nuevas tribus. Desde este punto de vista, siguieron los principios de Churchill, no los de Lenin. Y, sea dicho de pasada, es uno de los últimos grandes humanistas, Anatole France, quien ha repetido a menudo que de todas las especies de locura sangrienta que se llama "guerra", la menos loca es la guerra civil porque, en el curso de ésta, los hombres están divididos en dos campos al menos por su propia voluntad y no acatando órdenes.

Churchill comete otro error, el más importante y el más enojoso para él. Ha olvidado que, en una guerra civil, como en cualquier otra guerra, hay dos partidos y que si él no hubiese apoyado al que entonces era una minoría insignificante el número de víctimas habría sido infinitamente menor. Tomamos el poder en octubre sin lucha. El intento de Kerensky para recuperar su autoridad fracasó evaporándose igual que una gota de agua en una sartén ardiendo. El asalto de las masas fue tan potente que las viejas clases

---

[230] Tamerlan, o mejor *Timur Lang*(1336-1405), conquistador tátaro y Gengis Kan, o mejor Cinggis-qan, era el título del conquistador mongol *Temujin* (1155 o 1162 – 1227) simbolizan al conquistador asiático cruel y masacrador.

a penas se atrevieron a resistir. ¿Cuándo comenzó la guerra civil y por qué, así como su compañera el terror rojo? Churchill no es muy fuerte en cronología, pero vamos a ayudarle. El gran compló se situó a mitad de 1918. Conducidos por diplomáticos y oficiales de las naciones aliadas, los checoslovacos se apoderaron del ferrocarril oriental. El embajador de Francia, Noulens[231], organizó una insurrección en Jaroslavl. El delegado ingles Lockhart[232] organizó actos terroristas, en particular la destrucción del acueducto de Petrogrado. Churchill inspiró y financió a Savinkov[233]. Churchill ayudó a Yudenich[234]. Churchill supervisaba, como un cronograma, la fecha precisa de la caída de Petrogrado y Moscú. Churchill ayudaba a Denikin[235] y Wrangel. Desde las torretas de la flota británica los cañones bombardeaban nuestras costas. Churchill anunciaba el ataque de las "catorce naciones". Churchill fue el inspirador, organizador, financiador y profeta de la guerra civil. Es un financiero liberal, un organizador mediocre y un profeta desafortunado. Pero habría hecho bien en no abrir esas páginas del pasado. Hubiera habido no diez, sino cien, mil veces menos víctimas sin las guineas inglesas, sin las torretas inglesas, sin los carros de asalto ingleses, sin los oficiales ingleses y sin las provisiones inglesas.

Churchill no ha entendido ni a Lenin ni su problema histórico. Ese malentendido parece muy profundo, se ha manifestado profundamente (si, no obstante, un malentendido puede ser profundo) en la apreciación del cambio que constituía la Nep. Para Churchill, Lenin renegó. Birkenhead completa: en diez años han fracasado los principios de la revolución de octubre. Birkenhead que no ha podido impedir el paro en los pozos y continúa sin lograrlo, predica la reconstrucción de la sociedad sin fracasos, sin derrotas y sin retrocesos; monstruosa pretensión que atestigua un carácter primario de la teoría en este conservador tan conocido. Nadie puede predecir cuántos errores, desvíos y recaídas habrá en la historia del porvenir. Pero Lenin tenía la capacidad de ver a través de los retrocesos, de las depresiones y zigzags, las vías principales del desarrollo histórico y ahí radicaba su genio. Si se admite la posibilidad de una restauración temporal en Rusia, lo que, me atrevo a decir, está muy alejado, ésta no podrá revertir el cambio de las fuerzas sociales.

Cuando los Stuart[236] volvieron al poder estaban autorizados a pensar que habían fracasado los principios de Cromwell. Pero, independientemente de la victoria de la restauración y de los conflictos entre wihg y tory, librecambistas y proteccionistas, es incontestable que Inglaterra se ha desarrollado sobre las bases puestas por Cromwell. Éstas no han comenzado a faltar más que en el último cuarto del último siglo. Esa es la causa del declive del papel de Inglaterra en el mundo entero. Para resucitar a Inglaterra, se necesitan nuevas bases. Churchill es incapaz de entenderlo ya que, a diferencia de Lenin, que pensaba en continentes y épocas, Churchill piensa a través de efectos parlamentarios y folletines periodísticos. Y eso es infinitamente demasiado poco… El futuro lo demostrará muy pronto.

---

[231] Joseph *Noulens* (1864-193?) era antiguo ministro de la guerra.

[232] Bruce *Lockhart* (1887-1970), cónsul general en Moscú a partir de 1915, era el principal agente británico en la Rusia soviética e incluso llegó a ser encarcelado por sus actividades.

[233] Boris V. *Savinkov* (1879-1925), famoso terrorista s-r, era vicepresidente del gobierno Kerensky. Emigrado tras la guerra civil, fue atraído a Rusia, capturado y murió en prisión.

[234] Nicolás N. *Yudenich* (1862-1933), general blanco, dirigió un ataque extremadamente peligroso contra Petrogrado en 1919.

[235] Anton I. *Denikin* (1872-1947) fue, a fines de 1918, comandante en jefe de todas las tropas blancas en el sur de Rusia; fue aplastado a inicios del invierno de 1919.

[236] Stuart es el nombre de la familia real a la que pertenecía Carlos I, ejecutado en 1649.

El marxismo como ciencia[237]

(5 de julio de 1939)

A Sidney Hook:

Estimado profesor Hook:

Leí con interés su artículo publicado en *The Nation* [La Nación]. El mismo me suscitó algunas dudas.

1. El título de su artículo ("El marxismo: ¿dogma o método?") me causa cierta inquietud. Esa alternativa no agota el problema. El marxismo no es un dogma, pero tampoco es únicamente un método; es, también, una doctrina. La dialéctica materialista es un método. Pero Marx no se limitó a formular ese método, sino que lo aplicó en dos terrenos al crear la teoría de la economía capitalista (ciencia) y la teoría de los procesos históricos (la "filosofía de la historia" o, más precisamente, la ciencia).

2. Usted cierra su artículo con la siguiente frase: "[el marxismo] no es dogma, ni mito, ni ciencia objetiva, sino un método realista para la acción de clase". ¿Qué significa aquí la palabra "realista"? Objetivamente se basa en el verdadero conocimiento real de los procesos objetivos (en todo caso sociales); el conocimiento de lo objetivo es una ciencia. La política marxista es realista en la medida en que se basa en el marxismo *como ciencia*.

3. Usted dice que es tan fácil comprender la doctrina marxista independientemente de sus objetivos revolucionarios como comprender las recetas de un médico independientemente del problema de la salud. Esta comparación es válida únicamente dentro de ciertos límites. El único médico capaz de hacer recetas útiles es el que basa su accionar en la anatomía, la fisiología, la patología y toda una serie de ciencias objetivas. ¿Cómo es posible separar la práctica realista de la teoría científica? En última instancia, todo el conocimiento científico (y no solamente en el terreno de la medicina) surge de las necesidades prácticas y sirve a esas necesidades prácticas.

4. Usted dice: "De los postulados teóricos de esta ciencia del marxismo resulta que la oposición revolucionaria a la guerra mundial de 1914 era utópica, porque la guerra y la psicología de guerra derivaron inevitablemente del conjunto de factores socioeconómicos de la época". Esta contraposición me resulta incomprensible. La lucha contra la guerra sería "utópica" porque la guerra surge inevitablemente de las circunstancias objetivas. En primer lugar, las ideas utópicas también surgen de las circunstancias objetivas. En segundo término, la lucha contra los acontecimientos "inevitables" no es necesariamente utópica, porque los acontecimientos inevitables se encuentran limitados en el tiempo y en el espacio. En el caso particular de la guerra, este acontecimiento históricamente "inevitable" resultó "utópico" para el objetivo que perseguía, poner fin al impasse imperialista.

5. Usted afirma: "El error más grave de Marx fue no atribuir mayor importancia a los coeficientes temporales del proceso". Esta acotación es justa respecto a muchos marxistas vulgares, sobre todo de la época de la Segunda Internacional[238], pero es absolutamente errónea en relación al propio Marx.

Cuando las circunstancias me lo permitan volveré sobre este tema para tratarlo de manera más extensa; mientras tanto, reciba mis saludos fraternales.

---

[237] "El marxismo como ciencia", 5 de julio de 1933, en *Escritos*, Tomo IV, Volumen 2, páginas 54-56 del formato pdf en nuestra serie Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma. Publicado en *The Nation*, 5 de julio de 1933 ["El marxismo: ¿dogma o método?", en la edición del 15 de marzo del mismo año y diario].

[238] Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales, en estas mismas EIS.

[Los obreros y la teoría][239]

(30 de noviembre de 1937)

Estimado camarada Galloy[240],
Su carta ha llegado demasiado tarde para que me pueda pronunciar sobre su congreso, que, actualmente, pertenece ya al pasado. Por otra parte, sobre las cuestiones que están en el oreen del día de su organización, me he pronunciado muchas veces durante los últimos meses en cartas y artículos, de los que algunos estaban directamente dirigidos contra los puntos de vista de algunos amigos belgas, en particular contra mi viejo amigo Vereeken, al que aprecio mucho, pero con el que, desafortunadamente, estoy más a menudo en desacuerdo que de acuerdo.

Usted se queja de falta de fuerzas intelectuales[241]. Naturalmente, es una gran ventaja para una organización revolucionaria tener una reserva de intelectuales, pero con la única condición de que no ejerzan un papel dominante como intelectuales solamente, es decir, como individuos que detentan cierto capital de instrucción. Un intelectual sólo debería llegar a un puesto dirigente tras una larga y seria prueba bajo las circunstancias más diversas. La sección de ustedes posee, por el contrario, excelentes cuadros obreros, muy enraizados en el suelo de su clase. Esta es una ventaja enorme. Los intelectuales llegarán tras sus primeros éxitos. Incluso serán demasiado numerosos. Es preciso seleccionarlos cuidadosamente, y en esos momentos será cuando se revelará plenamente el gran valor de los cuadros obreros de su organización.

Por otra parte, es muy necesario que los camaradas obreros, sobre todo los jóvenes, se ocupen seriamente en adquirir una educación a la altura de las tareas que tienen que resolver. La educación doctrinal nunca fue el lado fuerte del movimiento belga. Vandervelde con su eclecticismo superficial, y Anseele, con su empirismo cínico[242], influyeron muy desfavorablemente en la antigua generación. Además, la política reformista huye siempre ante las luces de la doctrina. A la IV Internacional es a quien le incumbe implantar sólidamente el marxismo en los medios de la clase obrera belga y también, por otra parte, en el mundo entero.

A propósito de la filosofía del superhombre de Nietzsche[243]

(23 de diciembre de 1900)

Últimamente nuestros periódicos y revistas se han vuelto increíblemente respetuosos "en presencia de la muerte". Hay literatos a los que no se les exige ni se espera de ellos nada, por la sencilla razón de que no hay nada que ganar de ellos: incluso les falta una hoja de parra para ocultar su propia desnudez cuando es necesario. Sus

---

[239] Carta a F. Galloy.

[240] El obrero metalúrgico F. Galloy (1904-1958) era entonces miembro de la dirección del PSR belga.

[241] El núcleo de la sección belga era un núcleo obrero que siempre tuvo muchas dificultades para reclutar a elementos intelectuales.

[242] Eduard Anseele (1856-1938) era el patrón del aparato del POB, fue ministro en numerosas ocasiones, como Vandervelde.

[243] Publicado en *Vostochnoie Obozriene* (La revista de oriente) de Irkutsk, números 284, 286, 287, 289 del 22, 24, 25 y 30 de diciembre de 1900, donde firmaba como Antide Oto. Dada la implantación del término 'superhombre' es la que aquí usamos en la traducción, pero el lector debe tener en cuenta que el término alemán *Übermensch* debe traducirse más bien por 'suprahumano' o 'sobrehumano'.

elogios y críticas pueden, con razón, dejarnos indiferentes. Cadáveres ellos mismos, entierran sus cadáveres.

No se trata de ellos, sino de esos hombres de letras cuya actitud hacia los fenómenos literarios y sociales puede esperarse que sea completamente sana, aunque estén cubiertos por el velo "conciliador" de la muerte.

Recientemente Rusia enterró a G. A. Djanchiev[244] y V. S. Soloviov[245], y Europa W. Liebknecht[246] y F. Nietzsche. Por supuesto, sería bastante grosero "pisotear un cadáver", como dijo N. K. Mijailovsky[247]; pero tal vez se le muestre más respeto a quien ha desarrollado un sistema de pensamiento poniéndolo en el lugar que le toca, y haciéndolo de acuerdo con su fisonomía literaria y social y no con los elogios desmesurados de sus enemigos. Es poco probable que Liebknecht se hubiera conformado con los elogios de *Moskovskye Viedomosti*[248] o *Novoie Vremia*[249], al igual que Nietzsche no habría apreciado el de *Vorwärts*[250] o, por ejemplo, el de *Rouskoye Bogatstvo*[251]. Recordemos que el escandinavo Kiland[252] afirma (y lo creemos de buen grado) que no

---

244 G. A. Djanchiev (1851-1900), historiador y publicista liberal, autor de un libro sobre la historia de las reformas durante el reinado de Alejandro II: *Iz epokhi velikikh reform* (La era de las grandes reformas). Gozaba de gran autoridad en los círculos liberales. (Nota Editores Rusos)

245 2] Vladimir Sergueyevich Soloviov (1858-1900). Famoso filósofo, publicista y poeta, cuyas concepciones místicas y religiosas se unieron a las ideas liberales en cuestiones sociales y políticas. La filosofía de Soloviov tuvo mucho éxito en los círculos de la intelectualidad rusa prerrevolucionaria orientada hacia el misticismo. (N. E. R.)

246 3] Wilhelm Liebknecht (1826-1900): líder de la clase obrera alemana, uno de los fundadores del partido socialdemócrata alemán. Liebknecht comenzó su actividad política participando en el movimiento revolucionario de 1848. Después de algunos años de emigración, durante los cuales se acercó a Marx y Engels en Londres y se convirtió en su discípulo, regresó a Alemania en 1862 y estuvo, desde entonces hasta su muerte, a la cabeza del movimiento obrero donde representó, incluso antes de la fundación del partido socialdemócrata, a la corriente marxista. En 1868 fundó el periódico *Demokratisches Volksblatt* en Leipzig, que se convirtió en el *Volksblatt* en 1869. El periódico fue cerrado en 1878. En 1890, Liebknecht encabezó la redacción del órgano central del partido, publicado con el mismo título en Berlín. En 1874, Liebknecht fue elegido para el Reichstag, donde, con algunas interrupciones, permaneció hasta su muerte. Liebknecht pertenecía a la tendencia izquierdista de la socialdemocracia y allí dirigió la lucha contra el revisionismo. (N. E. R.)

247 Nicolás K. Mijáilovsky (1842-1904), publicista, sociólogo y crítico, fue uno de los principales teóricos del populismo. Tuvo una gran influencia en la generación más joven en la década de 1980. Como miembro del consejo editorial de los *Otietchestvennye Zapiski* (Anales de la patria), publicó *Chto takoye Progress* (¿Qué es el progreso?), *Gueroi i Tolpa* (Los héroes y la multitud), *Teoria Darvina i obchtchestvennaia Naouka* (Teoría y ciencias sociales de Darwin). A partir de 1892, dirigió la *Ruskoye bogatstvo* (Riqueza rusa). Miembro del "Narodnaya Volya". En los años 90, dirigió una lucha ideológica contra los marxistas. (N. E. R.)

248 *Moskovskye Viedomosti* (Noticias de Moscú): periódico reaccionario, fundado en 1756. De 1855 a 1860, luego de 1863 a 1887, dirigido por Katkov. Se distinguía de otros periódicos reaccionarios por su mayor firmeza y continuidad. Sus consignas eran: ortodoxia, autocracia, nacionalismo. En 1905, bajo la dirección de Gringmut, se convirtió en el órgano oficial del partido monárquico y dirigió una campaña sistemática de persecución contra obreros revolucionarios, intelectuales y judíos, llamando abiertamente a pogromos. (N. E. R.)

249 *Novoye Vremia* (Nuevos tiempos): diario de Petersburgo, publicado desde 1876. Su redactor jefe era Souvarine. El periódico tenía una posición conservadora. Extraoficialmente, invariablemente dirigió una campaña enfurecida contra la democracia revolucionaria, la clase obrera y la intelectualidad radical. La persecución de los "alógenos", sobre todo de los judíos, corre como un hilo rojo a través de todos los artículos principales del periódico. *Novoye Vremia*, el órgano de las cúspides burocráticas, no se distinguió por una consistencia particular en su línea política y, por lo general, cambió su tendencia de acuerdo con las remodelaciones ministeriales. Durante la revolución de 1905 mantuvo una posición de extrema derecha, exigiendo medidas severas contra los revolucionarios y los obreros en huelga. (N. E. R.)

250 *Vorwärts*: órgano central del partido socialdemócrata alemán, publicado en Berlín. El periódico fue fundado en 1883 bajo el título *Berliner Volksblatt*. Tras la derogación de la Ley Sobre los Socialistas, publicado desde el 17 de octubre de 1890 con su título actual, y bajo la dirección de Wilhelm Liebknecht. Desde el comienzo de la guerra de 1914, *Vorwärts*, como la mayoría de la prensa socialdemócrata, ha mantenido una posición socialpatriótica. En el momento de la división entre la mayoría y los independientes, seguía en manos de la mayoría. Después de la revolución de octubre en Rusia, dirigió una feroz campaña contra la Unión Soviética y el partido comunista. (N.E.R.)

251 *Russkoye Bogatstvo* (Riqueza rusa): uno de los periódicos mensuales más influyentes antes de la revolución. Comenzó a publicarse bajo este título en 1880. En 1891 pasó a manos de los antiguos colaboradores de los *Otiechestvennye Zapiski* (Los anales de la patria). En 1895, Mijáilovsky se convirtió en la inspiración de la revista, y desde ese momento *Russkoye Bogatstvo* se convirtió en el órgano del populismo. A partir de 1916, la revista se publicó bajo el título *Rousskye Zapiski* (Los anales rusos). Dejó de aparecer después de la revolución de octubre. (N.E.R.)

252 Kiland (1849-1888): Escritor noruego, representante de la tendencia realista de la literatura noruega. (N.E.R.)

todos los elogios de la prensa radical le dieron tanto placer y satisfacción moral como los insultos venenosos de los periodistas reaccionarios.

Si hay que hablar "bien" de los muertos, o nada en absoluto, en este caso es mejor observar un silencio elocuente que oscurecer el significado social del difunto mediante un torrente de alabanzas untuosas sin sentido. Podemos y debemos tener una actitud imparcial hacia la persona de nuestros enemigos sociales, rindiendo (si es el caso) el homenaje que se merecen por su sinceridad y sus diversas virtudes individuales. Pero un enemigo, sincero o no, vivo o muerto, sigue siendo un enemigo, especialmente un escritor que vive en sus obras incluso después de su muerte. Al mantenernos callados, estamos cometiendo un crimen social: "No oponernos activamente", dijo un famoso pensador ruso, "es apoyo pasivo". No debe olvidarse esto, incluso frente a la tragedia de la muerte.

Estas reflexiones nos han llevado a dedicar unas palabras al filósofo F. Nietzsche, fallecido recientemente, y en particular a aquellos aspectos de su doctrina que conciernen a sus concepciones y juicios sobre la sociedad, sus simpatías y antipatías, su crítica social y su ideal de sociedad.

Para muchas personas, la personalidad y la vida de Nietzsche explican su filosofía. Siendo un hombre excepcional, no podía aceptar pasivamente la situación en la que le había puesto la enfermedad. La retirada forzosa de la vida pública lo llevó a desarrollar una teoría que no sólo le dio la posibilidad de vivir bajo esas condiciones, sino que también le dio sentido a esa vida. El culto al sufrimiento era la consecuencia de su maldad. "Queréis *aniquilar el sufrimiento* tanto como sea posible, y nosotros, por lo que parece, queremos ampliarlo, hacerlo más fuerte de lo que era […] ¿Es posible que no sepas que el culto al sufrimiento, al *gran sufrimiento*, ha llevado al hombre a las cimas más altas[253]?"

"En estas palabras [dice A. Riehl[254]] escuchamos la voz de un enfermo que ha transformado el sufrimiento en un medio para educar la voluntad."

Pero el culto al sufrimiento es sólo una parte, y no la más característica, del sistema filosófico de Nietzsche, una parte que algunos críticos y exégetas de nuestro filósofo han puesto en primer plano imprudentemente. El *eje social* de su sistema (si se me permite ofender los escritos de Nietzsche con un término tan vulgar a los ojos del autor como el de "sistema") es el reconocimiento del privilegio concedido a unos pocos "elegidos" para disfrutar libremente de todos los bienes de la existencia: estos afortunados elegidos están exentos no sólo del trabajo productivo sino también del "trabajo de dominación". ¡De ti depende creer y servir, (*Dienstbarkeit*)! (este es el destino que Zaratustra ofrece en su sociedad ideal a los mortales ordinarios, cuyo número es "demasiado grande" (*den Vielzuvielen*). Encima de ellos se encuentra la casta (sic) de los organizadores, los guardianes de la ley, los defensores del orden y los guerreros. En la cima está el rey "como la imagen más elevada del guerrero, el juez y el guardián de la ley". En comparación con los "superhombres", todos ellos son auxiliares de servicio: se dedican a las "groseras tareas de dominación", sirven para transmitir a la masa de esclavos "la voluntad de los legisladores". Finalmente, la casta más alta es la de los "amos", los "creadores de valor", los "legisladores" y los "superhombres". Esa casta inspira la actividad de toda la organización social; desempeñará el mismo papel en la tierra que Dios, según la fe cristiana, en el universo…

Por lo tanto, incluso el "trabajo" de liderazgo no es responsabilidad de los seres *superiores*, sino sólo de los más elevados entre los inferiores. En cuanto a los "elegidos", los "superhombres", liberados de toda obligación social y moral, llevan una vida llena de

[253] No ofreceremos las referencias, ya que la edición de las *Obras* de Nietzsche en ocho volúmenes, sin contar los volúmenes adicionales, es una artillería demasiado pesada para unos pocos artículos de prensa. (Nota de Trotsky)
[254] A. Riehl (1844-1924), filósofo alemán de la corriente neokantiana, autor del libro: *Der Philosophie Kritizismus*, (Teoría de la ciencia y metafísica desde la perspectiva de la crítica filosófica). (N. E. R.)

aventura, felicidad y alegría. “Mientras viva”, dijo Nietzsche, “quiero que la vida se desborde, que esté en mí y que salga de mí lo más pródiga, lo más exuberante posible”.

Aquí se trata más que nada del culto al sufrimiento, sobreentendido el sufrimiento físico, del que ninguna abnegación de los “esclavos” puede librar al “superhombre” en la mayoría de los casos. En cuanto al sufrimiento asociado a la perturbación social, los “superhombres”, por supuesto, deben estar absolutamente libres de ella. Si queda una tarea obligatoria para el “superhombre” (y además sólo para el superhombre *im Werden*) durante el proceso de su devenir, es la de la superación de sí mismo, incluyendo la eliminación cuidadosa de todo lo que pueda recordarnos la “lástima”. Al “superhombre” no le gusta dejarse dominar por sentimientos de piedad, arrepentimiento y simpatía. Según la antigua “tabla de valores”, la piedad es una virtud; Nietzsche la considera la mayor tentación y el peligro más espantoso. El “último pecado” de Zaratustra, la más aterradora de todas las desgracias es la compasión. Si siente lástima por el desafortunado, si es afectado por la vista de la pena, entonces su destino está zanjado: es derrotado, su nombre debe ser borrado de las listas de la casta de los “amos”. “En todas partes, dijo Zaratustra, resuena la voz de los que predican la muerte, y la tierra está llena de aquellos a quienes es indispensable predicar la muerte [o la “vida eterna”, añade con franco cinismo], no me importa, mientras desaparezcan (*dahinfahren*) más rápidamente”.

Antes de alcanzar el desarrollo de su ideal positivo, Nietzsche tuvo que criticar las normas sociales dominantes en el campo del estado, el derecho y especialmente la moralidad. Le pareció útil “reexaminar todos los valores”. En apariencia, ¡qué radicalismo sin límites, qué audacia de pensamiento asombroso! “Hasta él [dice Riehl] nadie había analizado aún los valores morales, nadie había criticado los principios morales”. La opinión de Riehl no es aislada, lo que no le impide, por cierto, ser perfectamente superficial. Más de una vez la humanidad ha sentido la necesidad de una revisión fundamental de su ética, y muchos pensadores han hecho este trabajo de una manera más radical y profunda que F. Nietzsche. Si hay algo original en su sistema, no es la “revisión” en sí misma, sino el punto de vista que está en su origen: la voluntad de poder que está en la raíz de las aspiraciones, demandas, deseos del “superhombre”: este es el criterio para evaluar el pasado, el presente, el futuro. Pero incluso esto es de dudosa originalidad. El propio Nietzsche escribe que en su investigación sobre la moral que dominaba en el pasado y que domina actualmente, encontró dos tendencias fundamentales: la moral de los amos y la moral de los esclavos. La “moral de los amos” sirve de base para la conducta del “superhombre”. Este doble carácter de la moral corre como un hilo rojo a través de la historia de la humanidad, y no fue Nietzsche quien lo descubrió. “Depende de vosotros creer y servir”, dice Zaratustra, como hemos recordado, dirigiéndose a aquellos cuyo número es demasiado grande. La casta superior es la de los “amos”, los “creadores de valores”. Para los amos, y sólo para ellos, fue creada la moral del superhombre. Qué novedad, ¿no es cierto? Incluso nuestros amos en los días de la servidumbre, que sabían muy poco al respecto, sabían que hay personas que tienen sangre azul y otras que no[255], y que lo que es necesario para unos es muy reprobable para otros. Así pues, sabían perfectamente, según las palabras del brillante satírico, “que no era apropiado que un noble se ocupara de los negocios, tuviera una profesión, se sonara la nariz sin la ayuda de un pañuelo, etc...”, pero que no era inapropiado jugarse a las cartas todo un pueblo o cambiar al joven Arichka por un perro de caza; que no era apropiado que un campesino se afeitara la barba, bebiera té y llevara botas, pero que no era inapropiado apostar cien verstas a pie en una carta de Matriona Ivanovna a Avdotia

[255] Literalmente: personas con huesos negros y personas con huesos blancos.

Vasilievna, en la que Matriona Ivanovna le desea a su amiga unas felices vacaciones y le dice que, gracias a Dios, está bien". (*Satiry v prose*)[256].

Uno de los críticos menos críticos de Nietzsche reconoce que, "si quitamos de sus pensamientos la forma paradójica o poética en que fueron encarnados en su pluma, a menudo son mucho menos nuevos de lo que parecen a primera vista". (Lichtenberg, *Die Philosophie F. Nietzsche*).

La filosofía de Nietzsche no es tan nueva como parece a primera vista, pero sería tan original que sería necesario, para explicarla, referirse exclusivamente a la compleja individualidad de su autor: en este caso, ¿cómo explicar que en muy poco tiempo haya adquirido tal cantidad de seguidores; cómo explicar esas "ideas de Nietzsche [según A. Riehl] se han convertido para muchas personas en un artículo de fe"? Esto sólo puede lograrse observando que el terreno en el que creció la filosofía de Nietzsche no es en absoluto excepcional. Hay grandes grupos de personas que se encuentran en una situación en la que las condiciones sociales hacen que la filosofía de Nietzsche les corresponda como ninguna otra.

En nuestra literatura ya hemos comparado a Gorky y Nietzsche varias veces. A primera vista tal comparación puede parecer extraña, ¿qué hay en común entre el portavoz de los humillados y ofendidos, el último de los últimos, y el apóstol del "superhombre"? Por supuesto, la diferencia es enorme, pero las relaciones entre ellos son mucho más estrechas de lo que podría sugerir una primera impresión.

Los héroes de Gorky[257], según sus intenciones y, en parte, según la manera en que su creador los representa, no son en absoluto humillados y ofendidos, no son los últimos de los últimos; son "superhombres" a su manera. Muchos, e incluso la mayoría, se encuentran en una situación que no es en absoluto el resultado de su derrota en la cruel lucha social que los habría sacado del camino correcto; no, es una elección que han hecho, no aceptar la estrechez de la organización social contemporánea, con su ley, su moral, etc., y "salir" de la sociedad… Eso es lo que dice Gorky. Le dejamos la responsabilidad de sus comentarios: nos quedamos sobre este tema en nuestras propias posiciones. Como ideólogo de un determinado grupo social, Gorky no podía razonar de otra manera. Cada individuo, unido por lazos materiales e ideológicos a un grupo determinado, no puede considerarlo como una colección de desechos de ningún tipo. Debe encontrar sentido a la existencia de su grupo. Los estratos sociales fundamentales pueden encontrar fácilmente tal sentido, a partir de un análisis, incluso superficial, de la sociedad contemporánea con su sistema de producción, del que estos estratos son los elementos esenciales. Así son la burguesía, el proletariado, los "trabajadores intelectuales"... No es lo mismo con el grupo del que Gorky es portavoz y apologista. Viviendo fuera de la sociedad, aunque en su territorio y a su costa, busca justificar su existencia en la conciencia de su superioridad sobre los miembros de la sociedad organizada. Parece que los marcos de esta sociedad son demasiado estrechos para aquellos de sus miembros dotados por la naturaleza de características excepcionales, más o menos "sobrehumanas". Se trata del mismo tipo de protesta contra las normas de la sociedad contemporánea que escribió Nietzsche[258].

Nietzsche se convirtió en el ideólogo de un grupo que vivía como un buitre a expensas de la sociedad, pero en condiciones más felices que el miserable

---

[256] (Sátiras en prosa.) Sr. E. Saltykov Chtchedrin *Sochinienya*, San Petersburgo, 1887, t. VII, p. 318. (N. E. R.)

[257] Ver el artículo "O romane voobchtche i o romane Troye v tchastnosti" (Sobre la novela en general y sobre *Los tres* en particular) en L. Trotsky, *Sochinienya*, op. cit. (N.E. R.)

[258] Notemos de pasada un rasgo común de los dos escritores antes mencionados: el respeto que tienen por los "hombres fuertes". Gorky perdona a un hombre por cualquier acto negativo (incluso según él, Gorky) si resulta de una fuerza que aspira a externalizarse. Describe estos actos tan bien, y con tanto amor, que incluso el lector que no está de acuerdo en absoluto está dispuesto a apasionarse por la "fuerza" y admirarla… Así son el viejo Gordiyev y algunos de los otros héroes de Gorky. (Nota de Trotsky)

lumpenproletariado: es el *parasitenproletariat*[259] de calibre superior. La composición de este grupo en la sociedad contemporánea es bastante heterogénea y confusa, dada la extrema complejidad y diversidad de las relaciones dentro del régimen burgués; pero lo que vincula a todos los miembros de este orden dispar de la caballería burguesa es el saqueo desvergonzado, y al mismo tiempo (por regla general, por supuesto) la impunidad a una escala inmensa, de los bienes de consumo, sin ninguna (quisiéramos subrayar esto) participación metódica en el proceso organizado de producción y distribución. Como representante del tipo que acabamos de esbozar, podemos citar al héroe de la novela de Zola, *El dinero*: Saccar. Obviamente, no todos los aventureros financieros tienen la magnitud del famoso héroe de Zola. Tenemos un ejemplo más pequeño en el héroe de la novela (mala) de Stratz: *La última elección* (la traducción está disponible en la compilación de *Rouskoye bogatstvo*): es un conde que juega en la bolsa de valores.

Pero la diferencia es cuantitativa y no cualitativa. En general, hay tantos personajes de este tipo en la literatura contemporánea que uno no sabe en cuál detenerse.

No debemos deducir de todo esto que ser nietzscheano signifique ser un aventurero de las finanzas, un buitre corredor de bolsa… En efecto, la burguesía ha extendido su individualismo más allá de los límites de su propia clase, gracias a los vínculos orgánicos de su sociedad; lo mismo puede decirse de los muchos elementos ideológicos del grupo parasitoproletario, cuyos miembros están lejos todos ellos de ser nietzscheanos conscientes: la mayoría de ellos probablemente ignoran incluso la existencia de Nietzsche, en la medida en que concentran su actividad intelectual en una esfera completamente diferente; en cambio cada uno de ellos es nietzscheano "a pesar de sí mismos".

Sin embargo y con todo ello, no es gratuito observar que algunos ideólogos puramente burgueses han desarrollado más de una vez ideas en muchos aspectos similares a las de Nietzsche. Por ejemplo, uno de los más famosos pensadores burgueses, el oráculo inglés Herbert Spencer[260]. Encontramos en él el mismo desprecio hacia las masas, aunque con más moderación, el mismo elogio a la lucha como instrumento de progreso, la misma protesta contra la ayuda a los débiles que supuestamente perecen por su propia culpa. "En lugar [dice el enciclopedista burgués] de apoyar la ley fundamental de la cooperación voluntaria (¡¡!!) que consiste en que cada beneficio debe ser pagado con dinero adquirido a través del trabajo productivo, ellos [entendemos bien quién está detrás de este "ellos"] se esfuerzan en hacer una gran cantidad de bienes accesibles a todos, independientemente de los esfuerzos realizados para su creación: bibliotecas libres, museos libres, etc..., deben organizarse a expensas de la sociedad y hacerse accesibles a todos, independientemente de sus méritos; por lo tanto, las economías más meritorias deben ser tomadas por los coleccionistas, y servir para proporcionar ciertos servicios a los menos merecedores, que no ahorran nada". Recordemos aquí la polémica que oponía a N. K. Mijailovsky y Spencer, porque no quería que se encontraran remedios para las consecuencias naturales

---

[259] Que hemos optado por traducir como parasitoproletariado. (Nota de EIS)

[260] Herbert Spencer (1820-1903), filósofo inglés, uno de los fundadores del evolucionismo. Su obra principal es *A System of Synthetic Philosophy*. Spencer parte de la oposición entre lo conocible y lo incognoscible. El análisis de los "principios fundamentales" del conocimiento lleva, según Spencer, a la conclusión de que más allá de los fenómenos conocidos hay algo absolutamente inaccesible al conocimiento y que por lo tanto constituye el dominio legítimo de la fe (el principio *ignorabimus).* La tarea de la filosofía, como la más alta generalización de nuestro conocimiento científico, es establecer la ley que domina todos los fenómenos. Según Spencer, esta es la ley de la evolución a la que todo el mundo y sus fenómenos están sujetos. Estudiando formas especiales de evolución, Spencer se enfoca en el desarrollo de organismos, formas sociales y vida psíquica. En sus tesis sociológicas, Spencer hace un uso extensivo de la analogía entre la sociedad y el organismo, a partir de la cual construye su sistema sociológico. En el campo de la política social era enemigo de cualquier intervención del estado en la vida del individuo, y desde este punto de vista se oponía al socialismo. En esta defensa de la "libertad personal" contra el poder "tiránico" del colectivo, así como en su oposición dualista entre el conocimiento y la fe, se expresó claramente la naturaleza de clase burguesa de este eminente pensador. (N.E.R.)

de la miseria y el vicio; comparemos esta exigencia con los ya conocidos discursos de Zaratustra: "la tierra está llena de gente a la que es esencial predicarle la muerte"; no debemos ayudarles, sino empujarles para que caigan más rápidamente ("*das ist gross, das gehört zur Grasse*")"... (¡sublime!).

Pero aquí termina el parecido (por otra parte, muy formal) entre Spencer y Nietzsche; Spencer no quiere eximir a la burguesía del "trabajo" de dominación en absoluto, y el tipo superior no es para él el hombre con un instinto desenfrenado. La burguesía, como clase, y el régimen capitalista, como sistema histórico determinado de relaciones de producción, son dos fenómenos impensables el uno sin el otro, y Spencer, como representante ideológico de la burguesía, no puede desafiar las normas burguesas. Si protesta contra la ayuda a los débiles, es precisamente porque teme que éstos se abalancen sobre el orden social que tanto quiere y, al mismo tiempo, sobre su despacho, tan tranquilo y bien protegido por el orden en cuestión.

Este no es el caso de Nietzsche. Desafía todas las normas de la sociedad que le rodea. Todas las virtudes de los filisteos le repelen. Para él, el burgués medio es un ser vil, igual que el proletario. Y eso es natural. El burgués medio es un individuo razonable. Mordisquea lentamente, siguiendo el sistema, acompañado de frases emocionales, sermones moralizantes, declaraciones sentimentales sobre la sagrada misión del trabajo. Un "superhombre" burgués no actúa así. El "superhombre burgués" acapara, toma, roba, saquea, roe todo hasta los huesos, y añade: "sin comentarios"[261].

La burguesía "sana" sólo podía responder a la actitud negativa de Nietzsche con una actitud igualmente negativa. Sabemos, por ejemplo, lo que Nietzsche pensaba de uno de los representantes de la clase media, más grandilocuente que profundo, envidioso incluso de la mezquindad y no escatimando en expresiones energéticas: Max Nordau[262], quien escribe..: "Se necesitaba un teórico para la ordenación sistemática de la grosería y los desechos de la humanidad exaltados por el talento literario y artístico de los parnasianos y estetas, para la síntesis del crimen, la impureza y la enfermedad elogiada por el demonismo y la decadencia, para la creación de un hombre libre y completo como Ibsen; y fue Nietzsche quien proclamó por primera vez esta teoría, o lo que pretende serlo" (*Entartung*). Nordau ya no perdona a los discípulos de Nietzsche: "La declaración de principio de que nada es verdadero y todo es permisible, hecha por un científico moralmente enajenado, ha recibido una inmensa respuesta de aquellos que, como resultado de una deficiencia moral, fomentan en ellos un odio visceral hacia el orden social. En particular, ante este gran descubrimiento, el *proletariado intelectual de las grandes ciudades* se regocija". (*id*)

Aquellos que construyen su prosperidad sobre la caída de un gobierno, la muerte de un estadista, el chantaje periodístico, el escándalo político, o sobre la "bajada" y el "alza", no pueden, por supuesto, esperar ser alentados por la virtuosa pequeña burguesía y sus ideólogos. En la novela ya citada de Rudolf Stratz encontramos la misma actitud que mantiene Nordau frente a Nietzsche, por parte de los héroes "virtuosos" (y, a través de ellos, también por parte del autor, que es filisteo) hacia el cínico conde que, aparentemente basado en la idea de que "nada es verdad y todo está permitido", considera

---

261 Sería interesante establecer una analogía entre el señor de la Edad Media, que explotaba sistemáticamente al campesinado como siervo y el "superhombre" de la sociedad feudal, el "*Raubritter*", que proclamaba: "*Rauben ist keine Schande, das tun die besten im Lande*" (Robar no es una deshonra, los mejores son los que roban). ¿No es eso "sobrehumano"? (Nota de Trotsky)

262 Max Nordau (1849-1923), escritor alemán, autor de obras atractivas pero superficiales. Las más famosas son *Paradoxe* (1885), *Entartung* (Degeneración) (1892-93), *Die Konventionnellen Lügen der Kulturmenschaft* (La mentira convencional de la cultura humana) (1883). En la segunda mitad de su vida, se convirtió en uno de los más ardientes partidarios del sionismo. (N. E. R.)

a los berlineses como ovejas destinadas a ser esquiladas noblemente. Y la actitud de los virtuosos berlineses hacia el conde rebelde es bastante comprensible.

La sociedad burguesa ha desarrollado ciertos códigos morales, legales y de otro tipo, que está estrictamente prohibido violar. Como explota a otros, a la burguesía no le gusta ser explotada. Sin embargo, los *Uebermensch* de todo tipo engordan aprovechando los fondos burgueses de "plusvalía", es decir, viven *directamente* a expensas de la burguesía. Ni que decir tiene que no pueden ponerse bajo la protección de sus leyes éticas. Por lo tanto, deben crear principios morales que se correspondan con su forma de vida. Hasta hace poco esta categoría superior del parasitoproletariado no tenía una ideología global que le diera la posibilidad de justificar los motivos "superiores" de sus acciones rapaces. La justificación de la codicia de la "sana" burguesía industrial por sus méritos históricos, sus capacidades organizativas, sin las cuales parece que la producción social no podría existir, esta justificación, obviamente, no conviene a los caballeros de la "*hausse*" y de la "*baisse*"[263], a los aventureros de las finanzas, a los "superhombres" de la bolsa, a los chantajistas sin escrúpulos de la política y el periodismo, en una palabra, a toda esa masa del proletariado parasitario, que se ha apoderado firmemente del organismo burgués y que de una manera u otra vive (y en general no vive mal) a costa de la sociedad, sin darle nada a cambio. Los representantes individuales de este grupo estaban satisfechos con la conciencia de su superioridad intelectual sobre aquellos que se dejaban "esquilar" (¡cómo evitarlo!). Pero el grupo, que era bastante grande y en crecimiento, necesitaba una teoría que le *diera derecho* a "atreverse", dada su superioridad intelectual. Esperaba a su apóstol y lo encontró en la persona de Nietzsche. Con su cínica sinceridad, su gran talento, Nietzsche se le apareció, proclamando su "moral de los amos", su "todo está permitido", y lo alabó...

La vida de un ser noble, enseña Nietzsche, es una cadena ininterrumpida de aventuras llenas de peligro; la felicidad no le interesa, sino la emoción que proporciona el juego.

Encontrándose en una situación social inestable, un día en la cúspide de la prosperidad, al día siguiente arriesgándose a estar en el banquillo de los acusados, esta perniciosa escoria de la sociedad burguesa tuvo que encontrar las ideas de Nietzsche sobre una vida llena de aventuras más apropiadas que las de cualquier filisteo como Smiles[264], que predica la moderación y la puntualidad en la vulgar pequeña burguesía, que hace que todas las existencias sean planas (Smiles es el padrino de la pequeña burguesía que está empezando a desarrollarse); esta escoria también rechazó las tesis de la moral utilitaria, basadas en principios severamente racionalistas, predicadas por Bentham[265], el líder espiritual de la "sana", escrupulosa y honesta (en el sentido comercial del término, por supuesto) gran burguesía británica.

Según Nietzsche, la humanidad se elevará al "superhombre" cuando haya rechazado la actual jerarquía de valores y, sobre todo, el ideal cristiano y democrático. La sociedad burguesa, al menos en palabras, respeta los principios democráticos. Nietzsche, como hemos visto, divide la moral en moral de los amos y moral de los esclavos. Con la palabra democracia, de su boca salen los espumarajos. Está lleno de odio hacia el

---

[263] En francés en el texto en ruso (NER)

[264] Samuel Smiles (1812-1904): escritor y moralista inglés. Los mismos títulos de sus obras (*El espíritu de iniciativa*, *El* carácter, *La economía*, *El deber*) ofrecen una idea de su moral y filosofía simplista, que apoyó con muchos ejemplos edificantes de la vida de inventores e industriales. (N.E.R.)

[265] J. Bentham (1746-1832): famoso jurista y filósofo inglés, fundador del utilitarismo, doctrina según la cual el principio de moralidad es el mayor bien para el mayor número de personas posible. Más tarde, Bentham llegó a la convicción de que en política lo que correspondía a este principio era sólo la democracia, como una forma de gobierno basada en la voluntad de la mayoría. La monarquía, absoluta o incluso limitada, en la que dirige la minoría, aparece como una tiranía antinatural. (N. E. R.)

demócrata igualitario que está tratando de convertir al hombre en un despreciable animal de manada.

Mal le iría al "superhombre" si los esclavos aceptaran su moral, si la sociedad considerara indigno de ella dedicarse al trabajo lento y productivo. Por eso, con el cinismo declarado que le caracteriza, Nietzsche escribe en una carta que la divulgación de su doctrina "probablemente presentaría un riesgo considerable (*Wagnis*) no por parte de quien se atreva a actuar de acuerdo con esta doctrina, sino por parte de aquellos a quienes habla [....]". "Mi consuelo [añade] es que no hay oídos para mis grandes innovaciones…" Del peligro indicado deriva la doble naturaleza de la moral. Para toda la humanidad, no sólo no es indispensable seguir la "moralidad de los amos", creada para los amos y sólo para ellos; al contrario, toda la gente ordinaria, los seres no sobrehumanos, están obligados a "cumplir las tareas comunes en apretadas filas", en obediencia a aquellos que nacieron para una vida superior; se espera que encuentren la felicidad en el cumplimiento consciente de las obligaciones que les impone la existencia de la sociedad en la que se encuentra el pequeño número de "superhombres". Querer que las "castas" inferiores encuentren satisfacción moral al servicio de los grandes no es, como puede verse, particularmente nuevo tampoco…

Aunque sucede con frecuencia que los miembros de este brillante proletariado burgués están en las palancas de la dirección, en general no tienen poder gubernamental en la sociedad burguesa. Cae en sus manos como resultado de algún tipo de malentendido social, y su gobierno termina con todo tipo de grandes escándalos como el de Panamá[266], Dreyfus[267], Crispi[268], etc. No toman el poder para reorganizar la sociedad, que ven tan negativamente, sino simplemente para disfrutar de la riqueza pública. Por lo tanto, también en este punto Nietzsche podría encontrar una respuesta favorable por su parte, ya que exime a sus "superhombres" del trabajo de gestión. En su actitud negativa, el lumpenproletariado, ese proletariado parasitario de rango inferior, es más coherente que los admiradores de Nietzsche: rechaza a toda la sociedad; encuentra demasiado estrechos no sólo los marcos espirituales de esta sociedad, sino también su organización material. Los nietzscheanos, aunque rechazan las normas legales y éticas de la sociedad burguesa, no tienen nada en contra de las mercancías creadas por su organización material. El "superhombre" de Nietzsche no está dispuesto a renunciar a los conocimientos, las ventajas y las nuevas fuerzas que la humanidad ha adquirido en un camino tan largo y difícil. Por el contrario, toda la concepción del mundo (si podemos usar este término aquí), toda la filosofía de los nietzscheanos sirve para justificar el disfrute de los bienes en cuya creación no participan, ni siquiera formalmente.

Nietzsche quiere que cada uno, antes de ser alineado junto a los elegidos, respondan a la pregunta: "¿Es uno de los que tienen derecho a escapar del yugo?" Pero ni dio, ni puede, ofrecer un criterio objetivo para responder a esta pregunta; la respuesta

---

[266] Panamá: proceso seguido a causa de los abusos en el manejo de una sociedad anónima creada para la construcción del Canal de Panamá, que debía unir los océanos Atlántico y Pacífico. Durante el juicio se revelaron muchos detalles escandalosos que comprometieron a toda una serie de ministros, diputados y conocidos representantes de la prensa. "Panamá" se convirtió en un nombre común para todo tipo de grandes escándalos sociales o políticos. (N. E. R.)

[267] Caso Dreyfus: el oficial judío francés Alfred Dreyfus había sido acusado de alta traición; su juicio fue el centro de la vida política francesa en la década de 1890. El caso Dreyfus surgió en 1894 sobre la base de una serie de documentos, que más tarde se demostró que eran falsificaciones, y fue orientado sobre falsas pistas por maniobras conscientes del Ministerio de Guerra y del Estado Mayor. De hecho, fue un pretexto para un ataque de elementos monárquicos contra la república. Ante esto, surgió una campaña a favor de Dreyfus, que reunió a todos los círculos republicanos, con Jaurès y Zola a la cabeza. Finalmente, Dreyfus fue exonerado. El juicio de Dreyfus puso al descubierto muchos crímenes de parte de las más altas autoridades de la república y la monstruosa venalidad de la prensa burguesa y de los parlamentarios. (N. E. R.)

[268] Crispi (1819-1901) Político, ministro o presidente italiano de 1887 a 1891 y de 1893 a 1896. A su nombre están vinculadas las revelaciones escandalosas sobre los abusos en los principales bancos italianos. (N. E. R.)

positiva o negativa depende, por lo tanto, de la buena voluntad y de los talentos de buitre de cada persona.

El sistema filosófico de Nietzsche, como él mismo ha señalado más de una vez, contiene bastantes contradicciones. He aquí algunos ejemplos: Nietzsche rechaza la moral contemporánea, pero sobre todo los aspectos de ella (piedad, caridad, etc.) que regulan (sólo en la forma, es verdad) la actitud hacia aquellos "cuyo número es demasiado grande". Por otra parte, los "superhombres", en sus relaciones *mutuas,* no están en absoluto libres de objeciones morales. Cuando Nietzsche habla de estas relaciones no tiene miedo de usar palabras como *bien* y *mal*, e incluso *respeto*, *reconocimiento*.

Aunque ha "reexaminado todos los valores", este revolucionario moral trata con gran respeto las tradiciones de las clases privilegiadas y se enorgullece de descender de los condes de Nietzky, lo que es muy dudoso. Este famoso *individualista* siente la más tierna simpatía por el Antiguo Régimen Francés en el que la "individualidad" tenía muy poco espacio. El aristócrata, representante de determinadas simpatías sociales, siempre ha dominado al individualista, precursor de un principio abstracto.

Dadas estas contradicciones, no es de extrañar que elementos sociales perfectamente opuestos puedan ser colocados bajo la bandera del nietzscheismo. Un aventurero "olvidando su parentesco" puede ignorar totalmente el respeto de Nietzsche hacia las tradiciones aristocráticas. Sólo toma de Nietzsche lo que corresponde a su posición social. El lema "no hay nada verdadero, todo está permitido" corresponde a su estilo de vida como ningún otro. Extrayendo de las obras de Nietzsche todo lo que se puede utilizar para desarrollar el pensamiento contenido en este aforismo, podemos construir una teoría bastante bien desarrollada, capaz de servir de hoja de parra a los valientes héroes de la panamá francesa o... la gesta patriótica de Mamontov[269][270]. Pero junto a este grupo, que es enteramente producto de la sociedad burguesa, encontramos entre los admiradores de Nietzsche a representantes de una formación histórica completamente diferente, gente cuya genealogía se remonta a tiempos muy lejanos. No estamos hablando de aquellos que, igual que el conde de la novela de Chtratz, intercambiaron sus virtudes caballerescas por cuotas de mercado. Estas personas ya no pertenecen a su orden. Desclasados, están tan poco atentos a las "tradiciones nobles" como cualquier plebeyo. Estamos hablando de aquellos que todavía se aferran a los escombros de lo que una vez los colocó en la cima de la escala social. Expulsados del circuito social, tienen razones particulares para estar insatisfechos con el sistema social contemporáneo, sus tendencias democráticas, sus leyes y su moral.

Tomemos por ejemplo a G. D'Annunzio[271], el famoso poeta italiano, aristócrata de nacimiento y por convicciones. No sabemos si se llama a sí mismo nietzscheano y, en general, hasta qué punto las ideas de Nietzsche están en el origen de sus concepciones. Pero para nosotros no importa. Lo que importa aquí es que las ideas ultraaristocráticas de D'Annunzio son casi idénticas a muchas de las de Nietzsche. Como es propio para un aristócrata, D'Annunzio odia la democracia burguesa. "En Roma [dice] vi las más flagrantes profanaciones que jamás han marchitado las cosas sagradas. El rey, descendiendo de una línea de guerreros, da un ejemplo de paciencia asombrosa en el

[269] No sabemos si el Sr. Plevako utilizó a Nietzsche en su argumento, como lo hizo el Sr. Garnier con Gœthe en sus declaraciones. Si Mamontov es el Fausto ruso, ¿qué le falta para desempeñar el papel de "superhombre" moscovita? (Nota de Trotsky)

[270] La odisea de Mamontov: juicio por malversación de fondos, falsificación y otros abusos en la gestión de la compañía ferroviaria Moscú-Yaroslav-Arkangelsk, que tuvo lugar en el tribunal de Moscú del 23 al 31 de julio de 1900. El principal acusado era Savva Ivanovich Mamontov, una de las figuras más importantes de la burguesía industrial rusa. Durante veinte años Mamontov fue continuamente el presidente de la empresa en cuestión y, al mismo tiempo, el principal accionista de la fábrica mecánica Nevsky. Mamontov fue acusado de malversar más de diez millones de rublos para su beneficio. Todos los acusados fueron absueltos. (N.E.R.)

[271] Gabriele D'Annunzio (1864-1938).

cumplimiento de las obligaciones vulgares y aburridas que le prescribe un decreto plebeyo". Dirigiéndose a los poetas, les dice: "¿Cuál es ahora nuestra vocación? ¿Debemos alabar el sufragio universal, debemos acelerar con nuestros polvorientos hexámetros la caída de la realeza, el advenimiento de la república, la toma del poder por la chusma? Por una suma razonable podríamos convencer a los incrédulos de que en la multitud hay fuerza, justicia, sabiduría y luz". Pero esa no es la tarea de los poetas: "Fíjense en las frentes tontas de los que querían uniformar todas las cabezas humanas, como los clavos bajo el martillo del obrero. Que tu incontenible risa suba al cielo cuando escuches en las reuniones el estruendo de los palafreneros del gran animal que es la chusma". Dirigiéndose a los desamparados restos del pasado aristocrático, exclama: "Esperen y prepárense para el evento. No será difícil para ti traer al rebaño de vuelta a la obediencia. El pueblo siempre será esclavo, porque hay una necesidad innata en él de tender la mano a las cadenas. Recuerda que el alma de la multitud sólo conoce el pánico".

De acuerdo con Nietzsche, D'Annunzio considera esencial reexaminar todos los valores y que debe llegar: "El nuevo césar romano, predestinado por naturaleza a la dominación, destruirá o alterará todos los valores aceptados durante demasiado tiempo por todo tipo de doctrinas. Podrá construir y lanzar hacia el futuro este puente ideal gracias al cual las especies privilegiadas podrán finalmente cruzar el precipicio que aún las separa, en apariencia, de la ardiente dominación deseada". Este nuevo césar romano será un aristócrata "guapo, fuerte, cruel y apasionado" (las citas de D'Annunzio se basan en el artículo de Oukrainka en *Jizn'*, número 7, 1900). Este ser con apariencia de bruto no se diferencia mucho del "superhombre" de Nietzsche, "El bruto aristocrático y rapaz", por usar la expresión de Nietzsche, da valor al hombre y a todo: lo que le es útil o perjudicial, es bueno o malo en sí mismo…

Es hora de concluir, especialmente porque nuestro estudio se extendió más allá de lo esperado. Obviamente no pretendíamos hacer una crítica exhaustiva de las fantásticas creaciones de F. Nietzsche, filósofo de la poesía y poeta de la filosofía; esto es imposible en el contexto de algunos artículos periodísticos. Sólo queríamos describir en términos generales la base social que ha demostrado ser capaz de generar el nietzscheismo, no como un sistema filosófico contenido en varios volúmenes y explicable en gran medida por las peculiaridades individuales de su autor, sino como una corriente social que atrae una atención particular en la medida en que es actual. Nos pareció tanto más necesario devolver el nietzscheismo de las alturas literarias y filosóficas a las bases puramente terrenales de las relaciones sociales, cuanto que una actitud estrictamente ideológica, condicionada por reacciones subjetivas de simpatía o antipatía hacia las tesis morales o de otro tipo de Nietzsche, no conduce a nada bueno; el Sr. Andreievich[272] nos ha dado un ejemplo reciente de histeria en las columnas de *Jizn'*.

Ciertamente no sería muy difícil encontrar en las voluminosas obras de Nietzsche unas cuantas páginas que, fuera de su contexto, puedan servir de ilustración para cualquier tesis preconcebida, particularmente en el contexto de una exégesis global, que, se dice entre paréntesis, sería muy útil para las obras de Nietzsche, que son más oscuras que profundas. Esto es lo que hicieron los anarquistas de Europa occidental, por ejemplo, que se apresuraron a considerar a Nietzsche como "uno de los suyos" y sufrieron un cruel desaire: el filósofo de la "moral de los amos" los rechazó con toda la grosería de que es capaz. Es evidente para el lector, así lo esperamos, que encontramos estéril una actitud literaria, textual, hacia las paradójicas obras del pensador alemán recientemente fallecido, cuyos aforismos son a menudo contradictorios y generalmente permiten decenas de interpretaciones. En este trabajo se ha intentado llevar a cabo dicho análisis. La base

[272] Andrexevich: seudónimo de E. Andreievich Soloviov (1866-1905), crítico literario de la revista *Jizn'* (La vida) donde publicó ensayos sobre la literatura y el movimiento social de los años 70 y 90.

resultó ser podrida, perniciosa, y estar envenenada. De ahí esta conclusión: estamos invitados a sumergirnos con confianza en el nietzscheismo, a respirar con todos los pulmones en las obras de Nietzsche el gran aire de un individualismo orgulloso; no responderemos a esos llamamientos, y, sin temer reproches fáciles de estrechez y exclusivismo, responderemos con escepticismo como el de Natanael del Evangelio: “¿Puede haber algo bueno en Nazaret?”

El ABC de la dialéctica materialista[273]

(15 de diciembre de 1939)

Escépticos gangrenosos como Souvarine creen que “nadie sabe” lo que es la dialéctica. Y hay “marxistas” que se inclinan reverentemente ante Souvarine[274], y esperan aprender algo de él. Y estos marxistas no solamente se esconden en la *Modern Monthly*. Desgraciadamente existe una corriente de souvarinismo[275] en la actual oposición del SWP Y es necesario advertir aquí a los camaradas jóvenes: ¡Cuidado con esta maligna infección!

La dialéctica no es ficción ni misticismo, sino una ciencia de las formas de nuestro pensamiento en la medida en que no se limita a los problemas cotidianos de la vida, sino que trata de llegar a una comprensión de procesos más amplios y complicados. La dialéctica y la lógica formal mantienen una relación similar a la que existe entre las matemáticas inferiores y las superiores.

Trataré aquí de esbozar la esencia del problema en forma muy concisa. La lógica aristotélica del silogismo simple parte de la proposición de que *A* es igual a *A*. Este postulado se acepta como axioma para una cantidad de acciones humanas prácticas y de generalizaciones elementales. Pero en realidad *A* no es igual a *A*. Esto es fácil de demostrar si observamos estas dos letras bajo una lente: son completamente diferentes una de otra. Pero, puede objetar cualquiera, la cuestión no el tamaño o de la forma de las letras, puesto que son solamente símbolos de cantidades iguales, por ejemplo, de una libra

---

[273] “El ABC de la dialéctica materialista”, 15 de diciembre de 1939, en *En defensa del marxismo*, en estas mismas OELT-EIS, (epígrafe dentro del artículo “Una oposición pequeñoburguesa en el Socialist Workers Party”, 15 diciembre 1939), páginas 47-50 del formato pdf.

[274] Boris Souvarine, nacido en 1893. Miembro del Comité Director del Partido Comunista Francés en 1921 y su delegado en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Miembro de la izquierda. Apoyó a la Oposición de Izquierda en 1924. Expulsado en julio del mismo año, fundó el círculo Marx-Lenin. Rompe con el bolchevismo y con Trotsky en 1929. Autor de *Stalin* (1935) donde definía así a la URSS: “La propiedad de los medios de producción en la URSS es colectiva. Pero la apropiación del beneficio tiene un indudable carácter privado y eso es lo que importa […] La expropiación de los expropiadores ha llevado a una especie de feudalidad burocrática bajo la cual el proletariado y el campesinado envilecidos por el funcionariado y el mandarinato se han visto reducidos a una especie de servidumbre; y si el modo de producción no es exactamente capitalista, noción, por otra parte, indefinible, es porque merece más el nombre de esclavista para la mayoría de los parias soviéticos”. (B. Souvarine, *Staline*, Paris, Plon, 1935, p. 612). Por supuesto que añade: “De las tesis particulares de Trotsky no ha resistido ninguna la prueba.” (*Ídem*, p. 614.). En “Moralistas y sicofantes contra el marxismo” (9 de junio de 1929, publicado al final de *Su moral y la nuestra*, en estas mismas OELT-EIS, Trotsky escribe bajo el subtítulo: “El sicofante Souvarine. El expacifista, el excomunista, el extrotskysta, el ex comunista-demócrata, el exmarxista... casi el ex Souvarine”, página 45 del formato pdf.

[275] Por “corriente souvarinista” en el SWP, Trotsky tiene en cuenta esencialmente al militante negro Johnson, ligado personalmente a B. Souvarine. Trotsky le reprochaba a Jonhson que disimulase sus relaciones con este antitrotskysta virulento. Johnson marchará con la minoría que fundará el Workers Party en abril de 1940, después, durante el segundo período de la discusión de fusión entre el SWP y el WP en 1947, se unirá a las filas del SWP, que abandonará poco después.

de azúcar. La objeción es incongruente; en realidad, una libra de azúcar nunca es igual a una libra de azúcar: una balanza más delicada descubriría siempre una diferencia. Nuevamente, cualquiera puede objetar: sin embargo, una libra de azúcar es igual a sí misma. Tampoco esto es verdad: todos los cuerpos cambian constantemente de tamaño, peso, color, etc. Nunca son iguales a sí mismos. Un sofista contestará que una libra de azúcar es igual a sí misma "en un momento dado". Fuera del valor práctico extremadamente dudoso de este "axioma", tampoco soporta una crítica teórica. ¿Cómo debemos concebir realmente la palabra "momento"? Si se trata de un intervalo infinitesimal de tiempo, entonces una libra de azúcar está sometida durante el transcurso de ese "momento" a cambios inevitables. ¿O el "momento" es una abstracción puramente matemática, es decir, cero tiempo? Pero todo existe en el tiempo; y la existencia misma es un proceso ininterrumpido de transformación; el tiempo es, en consecuencia, un elemento fundamental de la existencia. De este modo, el axioma *A* es igual a *A* significa que una cosa es igual a sí misma si no cambia, es decir, si no existe. A primera vista, podría parecer que estas "sutilezas" son inútiles. En realidad, son de una importancia decisiva. El axioma *A* es igual a *A*, es, por una parte, punto de partida de todos nuestros conocimientos, por la otra, lo es también de todos los errores de nuestro conocimiento. Sólo dentro de ciertos límites se lo puede utilizar con uniformidad. Si los cambios cuantitativos en *A* son despreciables para la cuestión que tenemos entre manos, entonces podemos presumir de *A* es igual a *A*. Este es, por ejemplo, el modo en que vendedor y comprador consideran una libra de azúcar. De la misma manera consideramos la temperatura del sol. Hasta hace poco considerábamos de la misma manera el poder adquisitivo del dólar. Pero cuando los cambios cuantitativos sobrepasan ciertos límites se convierten en cambios cualitativos. Una libra de azúcar sometida la acción del agua o del keroseno deja de ser una libra de azúcar. Un dólar en manos de un presidente deja de ser un dólar. Determina en el momento preciso el punto crítico en que la cantidad se transforma en cualidad, es una de las tareas más importante y difíciles en todas las esferas del conocimiento, incluida la sociología.

Todo obrero sabe que es imposible elaborar dos objetos completamente iguales. En la transformación de bronce en conos, se permite cierta desviación para los conos, siempre que ésta no pase de ciertos límites (a esto se llama tolerancia). Mientras se respetan las normas de la tolerancia, los conos son considerados iguales (*A* es igual a *A*). Cuando se excede la tolerancia, la cantidad se transforma en calidad; en otras palabras, los conos son de inferior calidad o completamente inútiles.

Nuestro pensamiento científico es solamente una parte de nuestra práctica general, incluidas las técnicas. Para los conceptos también existe una "tolerancia" que no está fijada por la lógica forma basada en el axioma *A* es igual a *A*, sino por la lógica dialéctica basada en el axioma de que todo cambio constantemente. El "sentido común" se caracteriza por el hecho de que sistemáticamente excede la "tolerancia" dialéctica.

El pensamiento vulgar opera con conceptos tales como capitalismo, moral, libertad, estado obrero, etc., considerándolos como abstracciones fijas, presumiendo que capitalismo es igual a capitalismo, moral igual a moral, etc. El pensamiento dialéctico analiza todas las cosas y fenómenos en su cambio continuo, a la vez que determina en las condiciones materiales de aquellos cambios ese límite crítico en que *A* deja de ser *A*, un estado obrero deja de ser un estado obrero.

El vicio fundamental del pensamiento vulgar radica en el hecho de que quiere contentarse con fotografías inertes de una realidad que se compone de eterno movimiento. El pensamiento dialéctico da a los conceptos, por medio de aproximaciones sucesivas, correcciones, concreciones, riqueza de contenido y flexibilidad; diría, incluso, hasta cierta suculencia que, en cierta medida, los aproxima a los fenómenos vivos. No hay un

capitalismo en general, sino un capitalismo dado, en una etapa de desarrollo dada. No hay un estado obrero en general, sino un Estado obrero dado en un país atrasado, rodeado de un cerco capitalista, etc.

La relación entre el pensamiento dialéctico y el pensamiento común es semejante a la de una película con una fotografía. La película no invalida la fotografía inmóvil, sino que combina una serie de ellas de acuerdo a las leyes del movimiento. La dialéctica no niega el silogismo, sino que nos enseña a combinar los silogismos en forma tal que nos lleve a una comprensión más certera de la realidad eternamente cambiante. Hegel, en su *Lógica*, estableció una serie de leyes: cambio de cantidad en cualidad, desarrollo a través de las contradicciones, conflicto entre el contenido y la forma, interrupción de la continuidad, cambio de posibilidad en inevitabilidad, etc., que son tan importantes para el pensamiento teórico como el silogismo simple para las tareas más elementales.

Hegel escribió antes que Darwin y antes que Marx. Gracias al poderoso impulso dado al pensamiento por la Revolución Francesa, Hegel anticipó el movimiento general de la ciencia. Pero porque era solamente una *anticipación,* aunque hecha por un genio, recibió de Hegel un carácter idealista. Hegel operaba con sombras ideológicas como realidad final. Marx demostró que el movimiento de estas sombras ideológicas no reflejaba otra cosa que el movimiento de cuerpos materiales.

Llamamos materialista a nuestra dialéctica porque sus raíces no están en el cielo ni en las profundidades del "libre albedrío", sino en la realidad objetiva, en la naturaleza. La conciencia surgió de lo inconsciente, la psicología de la fisiología, el mundo orgánico del inorgánico, el sistema solar de la nebulosa. En todos los jalones de esta escala de desarrollo, los cambios cuantitativos se transformaron en cualitativos. Nuestro pensamiento, incluso el pensamiento dialéctico, es solamente una de las formas de expresión de la materia cambiante. En este sistema no hay lugar para Dios, ni para el Diablo, ni para el alma inmortal, ni para modelos eternos de leyes y morales. La dialéctica del pensamiento, habiendo surgido de la dialéctica de la naturaleza, posee en consecuencia un carácter completamente materialista.

El darwinismo, que explicó la evolución de las especies a través del tránsito de las transformaciones cuantitativas en cualitativas, fue el más alto triunfo de la dialéctica en todo el terreno de la materia orgánica. Otro gran triunfo fue el descubrimiento de la tabla de pesos atómicos de elementos químicos y, posteriormente, la transformación de un elemento en otro.

A estas transformaciones (especies, elementos, etc.) está estrechamente ligada la cuestión de la clasificación, de pareja importancia en las ciencias naturales y en las sociales. El sistema de Linneo (siglo XVIII), que utilizaba como punto de partida la inmutabilidad de las especies, se limitaba a la descripción y clasificación de las plantas de acuerdo a sus características exteriores. El período infantil de la botánica es análogo al periodo infantil de la lógica, ya que las formas de nuestro pensamiento se desarrollan como todo lo que vive. Únicamente el repudio definitivo de la idea de especies fijas, únicamente el estudio de la historia de la evolución de las plantas y de su anatomía, preparó las bases para una clasificación realmente científica.

Marx, que a diferencia de Darwin era un dialéctico consciente, descubrió una base para la clasificación científica de las sociedades humanas en el desarrollo de sus fuerzas productivas y en la estructura de las relaciones de propiedad, que constituyen la anatomía social. El marxismo sustituyó la vulgar clasificación descriptiva que aún florece en las universidades por una clasificación dialéctica marxista. Únicamente mediante el uso del método de Marx es posible determinar correctamente tanto el concepto de lo que es un estado obrero como el momento de su caída. Todo esto, como vemos, no contiene nada "metafísico" o "escolástico", como afirma la ignorancia vanidosa. La lógica dialéctica

expresa las leyes del movimiento en el pensamiento científico contemporáneo. La lucha contra la dialéctica materialista expresa, por el contrario, un pasado distante, el conservadurismo de la pequeña burguesía, la autosuficiencia de los rutinarios universitarios y... un destello de esperanza por un más allá.

Las tendencias filosóficas del burocratismo

(Diciembre de 1928)

Ahora tenemos condiciones favorables para estudiar la cuestión de las tendencias filosóficas del burocratismo. Por supuesto, la burocracia nunca ha sido una clase independiente. En última instancia, siempre ha servido a una u otra de las clases fundamentales de la sociedad, pero sólo en última instancia y a su manera particular, es decir, evitando ella misma sufrir en la medida de lo posible. Es cierto que, muy a menudo, un sector o capa de una clase libra una lucha feroz por su cuota de ingresos y de poder, y esto es aún más cierto en el caso de la burocracia, que constituye el sector más organizado y centralizado de la sociedad civil y al mismo tiempo se eleva por encima de la sociedad, incluida la clase a la que sirve.

La burocracia obrera no es una excepción a esta definición general de este grupo social gobernante, administrador y, por tanto, privilegiado. Los métodos y hábitos de la administración (que es, por supuesto, la principal función social de la burocracia y la fuente de su preeminencia) dejan inevitablemente una huella muy marcada en toda su forma de pensar. No es casualidad que palabras como “burocrático” o “formalista” se apliquen no sólo a un sistema de gestión o administración, sino también a un modo definido de pensamiento humano. Las características de esta forma de pensar van mucho más allá de los departamentos gubernamentales. También se pueden encontrar en la filosofía. Sería una tarea muy gratificante buscar la huella del pensamiento burocrático a lo largo de la historia de la filosofía, a partir del surgimiento del estado policial monárquico, que reunió en torno a sí a todas las fuerzas intelectuales del país en el que apareció. Pero es una cuestión particular y lo que nos interesa aquí es una cuestión parcial, pero de gran actualidad: la tendencia a la degeneración burocrática en el ámbito teórico, exactamente igual que en el partido, los sindicatos y el estado. Ya se puede decir, *a priori*, que en la medida en que la existencia determina la conciencia, el burocratismo estaba destinado a realizar un progreso devastador en el campo de la teoría como en todos los demás.

El sistema de pensamiento más apropiado para una burocracia es la teoría de la causalidad múltiple, la multiplicidad de “factores”. Esta teoría se levanta sobre la base más amplia de la propia división social del trabajo, en particular la separación del trabajo intelectual y manual. Sólo por esta vía la humanidad emerge del caos del monismo primitivo. Pero la forma perfeccionada de la teoría de los factores múltiples, que transforma la sociedad humana y, en este movimiento, el mundo entero, en un producto de la interacción mutua (o lo que se puede llamar las relaciones entre categorías) de varios factores y fuerzas administrativas, a cada uno de los cuales se le asigna su propia provincia o área de jurisdicción particular; este tipo de sistema puede ser elevado al estatus de “perla de la creación” sólo si hay una jerarquía burocrática que, con todos sus ministros departamentales, se ha elevado ella misma por encima de la sociedad. Un sistema burocrático, como ha demostrado la experiencia, necesita un único individuo que corone el sistema. La burocracia surgió originalmente bajo la monarquía y, por lo tanto, tiene su punto de apoyo, históricamente heredado, en las cúspides. Pero incluso en los

países republicanos, el burocratismo ha dado lugar más de una vez al cesarismo, al bonapartismo o a la dictadura personal del fascismo, siempre que el equilibrio de poder entre las clases fundamentales abría la posibilidad de que un solo individuo se hiciera con el poder supremo o se erigiera en la corona del sistema.

La teoría de los factores autosuficientes, tanto en la sociedad como en la naturaleza, requiere en última instancia que sean coronados por el poder de un hombre, al igual que una oligarquía de poderosos ministros. En la práctica, sin embargo, se plantea una cuestión inevitable: ¿quién, en definitiva, va a guiar y coordinar la actividad de los distintos ministros, más o menos autónomos y sin responsabilidad, si no hay un superministro o un superburócrata? Del mismo modo, en el plano teórico, se plantea el mismo tipo de cuestión con respecto a la teoría de los factores, tanto en la sociedad como en la naturaleza. Después de todo, ¿quién puso estos factores en su lugar? ¿Quién les dio los poderes de jurisdicción necesarios? En una palabra, si, en política, el burocratismo requiere un zar o un dictador, por muy mediocre que sea, entonces, en la teoría, el pluralismo de factores requiere un dios, por muy ligera que sea esa deidad. Los monárquicos franceses, no sin un toque de humor, acusaron al sistema burocrático de la Tercera República de tener "un orificio en la cúspide". Las cosas se desarrollaron de tal manera que, durante más de medio siglo, la Francia burguesa fue necesariamente gobernada por una burocracia oculta tras un sistema parlamentario, es decir, con un orificio en la cúspide. Lo mismo ocurre con la filosofía, especialmente con la filosofía social e histórica. La filosofía no siempre encuentra en sí misma el valor para tapar el orificio de arriba con el superfactor de la divinidad. En lugar de ello le ofrece al mundo la oportunidad de ser gobernado por los métodos de la oligarquía ilustrada.

En esencia, la teoría de los factores múltiples no puede ser válida sin una deidad. Simplemente dispersa la omnipotencia divina entre varios señores menores, con poderes más o menos iguales: la economía, la política, el derecho, la moral, la ciencia, la religión, la estética, etc. Cada uno de estos factores tiene sus propios subfactores, cuyo número aumenta o disminuye en función de lo que convenga a la autoridad administrativa, es decir, al nivel de conocimientos teóricos dado. En cualquier caso, el poder y la autoridad vienen de arriba, de los "factores" a los hechos. Esto es lo que da a este sistema teórico su carácter idealista. A cada factor, que en esencia no es más que un término generalizado para un grupo de hechos similares u homogéneos, se le atribuyen poderes *inmanentes* especiales (poderes supuestamente inherentes a dichos factores) para regir el conjunto de hechos y la jurisdicción imaginada para ellos. Exactamente igual que algunos burócratas gobernantes, incluyendo los de tipo republicano, cada factor goza de la gracia necesaria, aunque secularizada, para administrar los asuntos del departamento que se le confía. Llevada a su extremo, la teoría de los factores es una variedad particular, y muy extendida, del idealismo inmanente.

La división de la naturaleza en factores subsidiarios fue un peldaño necesario en la escalera por la que la conciencia humana se elevó desde el caos primitivo. En realidad, sin embargo, la cuestión de la interacción de los factores, de su jurisdicción y orígenes, no hace más que plantear las cuestiones más fundamentales de la filosofía. El camino debe llevar o bien hacia arriba, al acto de la creación y a un Creador, o bien hacia abajo, al polvo de la tierra, del que el ser humano no es más que un producto, es decir, a la naturaleza y a la materia. El materialismo no rechaza simplemente los factores, como la dialéctica no rechaza simplemente la lógica. El materialismo utiliza los factores como sistema de clasificación de los fenómenos que han surgido históricamente (por más que se "delimite" su esencia espiritual) a partir de las fuerzas productivas subyacentes y de las relaciones de la sociedad y a partir de las bases naturales, históricas, es decir *materiales,* de la naturaleza.

¿Qué es la dictadura del proletariado? Se trata de una correlación organizada entre clases de una forma determinada. Sin embargo, estas clases no permanecen inmóviles, sino que cambian material y psicológicamente, modificando así la relación de fuerzas entre ellas, es decir, reforzando o debilitando la dictadura del proletariado. Esto es la dictadura para un marxista. Pero, para un burócrata, la dictadura es un factor autónomo y autosuficiente, o una categoría metafísica, que se sitúa por encima de las relaciones reales de clase y lleva en sí misma todas las garantías necesarias. Además, todo burócrata tiende a ver a la dictadura como un ángel de la guarda que se inclina sobre su escritorio.

Sobre esta concepción metafísica de la dictadura se erigen todos los argumentos en el sentido de que, al tener una dictadura del proletariado, el campesinado no podría conocer una diferenciación, que los kulaks no podrían fortalecerse y que, si los kulaks se fortalecieran, significaría que se transformarían en socialistas. En una palabra, la dictadura se convierte, de una relación de clase, en un principio autosuficiente, del que los fenómenos económicos son en cierto modo sólo una emanación. Por supuesto, ninguno de los burócratas lleva este sistema al límite. Son demasiado empíricos para eso, están demasiado ligados a su propio pasado. Pero sus pensamientos en esta línea precisa, y las fuentes teóricas de sus errores, deben buscarse a lo largo de este camino.

El marxismo ha superado la teoría de los factores para llegar al monismo histórico. El proceso que ahora observamos tiene un carácter regresivo, ya que representa un alejamiento del marxismo hacia una oligarquía metafísica de factores.

> "La importancia de la teoría. Algunos piensan que el leninismo es la primacía de la práctica sobre la teoría en el sentido de que sólo es la traducción de las tesis marxistas a la acción, su "ejecución". En cuanto a la teoría, se dice que el leninismo se despreocupa de ella". (Stalin, *Los fundamentos del leninismo*, 1924)

Este pasaje es un verdadero microcosmos de Stalin. También ilustra su falta de profundidad teórica, sus métodos polémicos y su falta de honestidad hacia sus oponentes. Cuando Stalin dijo "algunos piensan", se refería a mí, en un momento en que aún no había decidido llamarme por mi nombre. No todos los profesores, periodistas, críticos, habían sido suficientemente esposados, y Stalin no se había asegurado aún la última palabra, ni en muchos casos la única. Necesitaba atribuirme la absurda afirmación de que el leninismo no se ocupaba de la teoría. ¿Cómo pudo hacer eso? Al decir: "algunos piensan" que el leninismo *es sólo* "la traducción de las tesis marxistas a la acción", sólo una "ejecución". Esta es la traducción de Stalin de mi fórmula: "El leninismo es el marxismo en acción". Según esta interpretación de mi fórmula, significaría que el leninismo no se ocupa del marxismo. Pero, ¿cómo es posible que alguien *traduzca la teoría marxista a la acción* mientras se mantiene "despreocupado" de la teoría marxista? La actitud del propio Stalin ante la teoría no puede ser calificada de "despreocupada" por la simple razón de que es la de la indiferencia del maniobrero. Pero por esta misma razón a nadie se le ocurriría decir que Stalin traduce la teoría en acción. Lo que Stalin traduce en acción son las exigencias de la burocracia, los impulsos subterráneos de las fuerzas de clase. El leninismo es el marxismo en acción, es decir, la teoría que se ha encarnado. Esta formulación sólo puede describirse como una indiferencia hacia la teoría por parte de alguien que se ahoga en su propio rencor. Para Stalin, esta es la situación normal. La apariencia externa del carácter burocrático incoloro de sus artículos y discursos oculta mal su odio omnímodo hacia todo lo que supera su propio nivel. Al mismo tiempo, el llamado pensamiento de Stalin, como un escorpión, a menudo golpea su propia cabeza con su emponzoñada cola.

¿Qué significa decir que "el leninismo es la primacía de la práctica antes que la teoría"? Aquí, incluso es mala la gramática. Se debería decir: "la primacía *sobre* la teoría", o "en relación con la teoría". El problema, sin lugar a dudas, no es la gramática, que en

general vive una existencia precaria en las páginas de los *Fundamentos del leninismo* de Stalin. Lo que nos interesa no es la gramática, lo que nos interesa es el contenido filosófico de esta frase. El autor argumenta contra la idea de que el leninismo procede de la primacía de la práctica sobre la teoría. Pero, al fin y al cabo, ésta es la esencia del materialismo. Incluso si utilizamos el viejo y anticuado término filosófico de *primacía*, hay que decir que la práctica tiene la misma primacía indiscutible sobre la teoría que el ser sobre la conciencia, la materia sobre la mente y el todo sobre la parte. Porque la teoría surge de la práctica, es generada por las necesidades prácticas y es una generalización más o menos incompleta o imperfecta de la práctica.

En este caso, ¿no tienen razón los empiristas, que se orientan por la práctica "directa" como tribunal supremo de la autoridad? ¿No son, en este caso, los materialistas más consecuentes? No, sólo representan una caricatura del materialismo. Guiarse por la teoría es guiarse por generalizaciones basadas en toda la experiencia práctica anterior de la humanidad, para poder resolver, con el mayor éxito posible, uno u otro problema práctico de la actualidad. Así, a través de la teoría descubrimos precisamente la primacía de la práctica en su conjunto sobre los aspectos particulares de la misma.

Afirmando la primacía de la economía sobre la política, Bakunin rechazó la lucha política. No entendió que la política es economía generalizada y que, por tanto, es imposible resolver los problemas económicos más importantes (es decir, los más generales) sin generalizarlos a través de la política.

Y ahora es posible apreciar la tesis filosófica de Stalin sobre la importancia de la teoría. Pone cabeza abajo la verdadera relación entre la teoría y la práctica. Pone un signo igual entre la aplicación práctica de la teoría y el desprecio de la teoría. Atribuye a su oponente una idea evidentemente absurda, y lo hace con las peores intenciones, especulando con los bajos instintos del lector desinformado. Esta tesis perfectamente contradictoria se destruye a sí misma. Por estas razones lo hemos llamado microcosmos.

¿Qué tipo de definición de leninismo opuso Stalin a la mía? Esta es la definición que une a Stalin con Zinóviev y Bujarin, y que ha encontrado su lugar en todos los libros de texto: "El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. Más precisamente, el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general y la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular".

La incoherencia de esta definición y al mismo tiempo su carácter contradictorio se revela en cuanto nos preguntamos simplemente qué es el marxismo. Veamos una vez más los elementos principales.

En primer lugar, el método dialéctico. Marx no lo inventó y, por supuesto, nunca pretendió hacerlo. Engels dijo que era un mérito de Marx el haber resucitado y defendido la dialéctica en la época de los epígonos en la filosofía y del empirismo estrecho en las ciencias positivas. Engels, en su "primitivo prefacio" al Anti-Dühring, decía lo siguiente: Frente a los "gruñones, petulantes y mediocres epígonos que hoy ponen cátedra en la Alemania culta", corresponde a Marx el mérito de haber sido el primero en poner nuevamente de relieve el olvidado método dialéctico"[276]. Marx sólo pudo hacerlo liberando la dialéctica hegeliana de su cautiverio idealista. Y aquí surge un enigma: ¿cómo es posible separar la dialéctica del idealismo de forma tan mecánica? La respuesta a este enigma se encuentra, a su vez, en la dialéctica del propio proceso de conocimiento. Cada vez que una religión primitiva o mágica adquiría nuevos conocimientos sobre alguna fuerza de la ley natural, contaba inmediatamente con esa ley o fuerza entre sus propios poderes. Del mismo modo, el pensamiento cognitivo, habiendo extraído las leyes de la dialéctica del proceso material, se ha atribuido a sí mismo la dialéctica; al mismo

[276] F. Engels, *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring. Anti-Dühring*, página 240 del formato pdf en nuestra serie Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS).

tiempo, a través de la filosofía hegeliana, se ha atribuido a sí mismo la omnipotencia absoluta. El chamán señala con razón la creencia general de que la lluvia cae de las nubes. Pero se equivoca al pensar que, imitando uno u otro carácter de una nube, podría hacer caer la lluvia. Hegel se equivocó al hacer de la dialéctica el atributo inmanente del Espíritu Absoluto. Pero tenía razón al pensar que la dialéctica actúa en todos los procesos del universo, incluida la sociedad humana.

Apoyándose en toda la filosofía materialista anterior y en el materialismo inconsciente de las ciencias naturales, Marx sacó la dialéctica de las extensiones desnudas del idealismo y volvió su rostro hacia la materia, su madre.

En este sentido es como la dialéctica recuperó sus derechos a través de Marx y, materializada por él, constituye el fundamento de la cosmovisión marxista, el método fundamental del análisis marxista.

El segundo componente más importante del marxismo es el materialismo histórico, es decir, la aplicación de la dialéctica materialista a la estructura de la sociedad humana y a su desarrollo histórico. Sería un error disolver el materialismo histórico en el materialismo dialéctico, del que es una aplicación. Fue necesario un gran acto creativo de pensamiento cognitivo para aplicar el materialismo dialéctico a la historia de la humanidad. Ese acto abrió una nueva época en la historia de la propia humanidad, cuya dinámica de clases se refleja en ella.

Puede decirse con toda justificación que el darwinismo es una brillante (aunque no filosóficamente elaborada hasta el final) aplicación de la dialéctica materialista a la cuestión del desarrollo del mundo orgánico en toda su multiplicidad y variedad. El materialismo histórico entra en la misma categoría. Es una aplicación de la dialéctica materialista a una parte distinta, aunque enorme, del universo. La importancia práctica inmediata del materialismo histórico es en estos momentos incomparablemente mayor, ya que por primera vez da a la clase de vanguardia la oportunidad de abordar la cuestión del destino humano de forma plenamente consciente. Sólo la victoria completa del materialismo histórico en la práctica (es decir, el establecimiento de una sociedad socialista técnica y científicamente poderosa) abrirá la posibilidad práctica de una aplicación seria de las leyes del darwinismo a la propia especie humana, con el fin de modificar o superar las contradicciones biológicas que existen en los seres humanos.

El tercer componente del marxismo es su sistematización de las leyes de la economía capitalista. *El Capital* de Marx es una aplicación del materialismo histórico al campo de la economía humana en una etapa particular de su desarrollo, así como el materialismo histórico en su conjunto es una aplicación de la dialéctica materialista al campo de la historia humana.

Los subjetivistas rusos (es decir, los empiristas de la escuela idealista y sus epígonos) reconocían plenamente la competencia y la autoridad del marxismo en el campo de la economía capitalista, pero negaban que pudiera aplicarse adecuadamente a otras esferas de la actividad humana[277]. Este tipo de separación se basa en una burda fetichización de distintos factores históricos homogéneos (economía, política, derecho, ciencia, arte, religión) que tejen la creación de la historia mediante su interacción y combinación, al igual que los compuestos químicos se forman mediante la combinación de distintos elementos homogéneos. Pero incluso dejando de lado el hecho de que la dialéctica materialista también triunfó en la química sobre el conservadurismo empírico de Mendeléiev al demostrar la transmutabilidad de los elementos, incluso dejando de lado eso, los factores históricos no tienen nada en común con los elementos en lo que respecta a la estabilidad y la homogeneidad. La economía capitalista actual se apoya en los

---

[277] Ver en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria *[Sobre el "factor económico"]* de Plejánov, en la serie Obras escogidas de G. V. Plejánov.

cimientos de una técnica que sabe asimilar los frutos de todo el pensamiento científico anterior. La circulación capitalista de mercancías sólo es concebible en el marco de normas jurídicas definidas. En Europa, se establecieron mediante la asimilación del derecho romano y su posterior adaptación a las necesidades de la economía capitalista. La economía histórica y teórica de Marx muestra que el desarrollo de las fuerzas productivas, en una fase precisa y perfectamente descriptible, destruye ciertas formas económicas por medio de otras formas y, en el curso de este proceso, destruye el derecho, la moral, las ideas, las creencias; también demuestra que la introducción de un sistema de fuerzas productivas de tipo nuevo y superior crea para sus propias necesidades (siempre a través de los hombres, siempre a través de la actividad de los seres humanos) nuevas normas sociales, jurídicas, políticas y de otro tipo, en cuyo marco esta etapa se dota del equilibrio dinámico que necesita. Así, la economía pura es una ficción. A lo largo de su estudio, Marx pone de manifiesto, con gran claridad, las correas de transmisión, los engranajes, los demás mecanismos de transmisión que conducen de las relaciones económicas a las fuerzas productivas y a la propia naturaleza, a la corteza terrestre, de la que el ser humano es un producto; pero también que conducen hacia arriba, a la llamada superestructura y a las formas ideológicas, que siempre se han nutrido de la economía. Todos los hombres comen pan; la mayoría prefiere comerlo con mantequilla. En otras palabras, hay una interacción constante entre la economía y la superestructura.

Sólo un ecléctico inexperto puede hacer una distinción radical entre la economía marxista y el materialismo histórico. Pero, al mismo tiempo, sería bastante erróneo disolver simplemente el sistema económico de Marx en su teoría sociológica; o, para usar la vieja terminología, en su teoría histórico-filosófica. En relación con el materialismo histórico, Marx y Engels establecieron los métodos fundamentales de la investigación sociológica y propusieron modelos de alto nivel científico, aunque sólo episódicos y de tamaño panfletario; obras dedicadas sobre todo a las crisis revolucionarias o a los períodos revolucionarios de la historia (por ejemplo, el ensayo de Engels sobre la guerra de los campesinos en Alemania, los escritos de ambos sobre el período de 1848-1851 en Francia, sobre la Comuna de París, etc.[278]) Estos escritos son ilustraciones brillantes más que aplicaciones exhaustivas de la doctrina del materialismo histórico. Sólo en el campo de las relaciones económicas, Marx proporcionó una aplicación muy completa de su método en sus aspectos teóricos (aunque técnicamente inacabada). Lo hizo en un libro que es uno de los productos más logrados del pensamiento cognitivo en la historia de la humanidad, *El Capital*. Por ello, la economía marxista puede aislarse como un tercer componente del marxismo.

Hoy en día, es frecuente leer referencias a la psicología marxista, a la ciencia natural marxista, etc. Todo esto es más un deseo que una realidad, al igual que los diversos discursos sobre la cultura y la literatura proletarias. A menudo sucede que estas afirmaciones no se basan en nada sólido. Sería bastante absurdo considerar el darwinismo o la tabla de Mendeléiev como parte del marxismo, a pesar del vínculo que existe entre ellos. No hay duda de que una aplicación consciente de la dialéctica materialista a las ciencias naturales, con una comprensión científica de la influencia de la sociedad de clases en los objetivos, métodos y metas de la investigación científica, enriquecería la ciencia natural y la reestructuraría de muchas maneras, revelando nuevos vínculos y conexiones, y dando a la ciencia natural un lugar de renovada importancia en nuestra comprensión del mundo. Cuando aparezcan trabajos emblemáticos en el ámbito

[278] Alusión a las obras *La guerra de los campesinos en Alemania* (Engels), *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 (con anexos)*, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte (anexos)*, *La guerra civil en Francia. Anexos* (Marx), *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (Engels), todas ellas disponibles en nuestras OEME-EIS.

científico, se podrá hablar, por ejemplo, de biología marxista, psicología marxista, etc., aunque es muy probable que ese sistema tenga un nuevo nombre. El marxismo no pretende ser un sistema absoluto. Es consciente de su propia importancia histórica transitoria. Sólo una aplicación consciente de la dialéctica materialista a todos los campos de la ciencia puede preparar y preparará los elementos necesarios para trascender el marxismo, lo que, dialécticamente, será al mismo tiempo el triunfo del marxismo. De la semilla de la semilla crece un tallo en el que crece una nueva espiga a expensas de la semilla de la semilla, que está muerta.

En sí mismo, el marxismo es un producto histórico y debe entenderse así. Este marxismo histórico contiene en sí mismo los tres elementos básicos que hemos mencionado: la dialéctica materialista, el materialismo histórico y el análisis teórico y crítico de la economía capitalista. Tenemos estos tres elementos en mente cuando hablamos de marxismo, es decir, cuando hablamos de él de forma válida.

¿Quizás el sistema del materialismo histórico ha cambiado? Si es así, ¿dónde se ha expresado este cambio? ¡En el sistema ecléctico de Bujarin, que se nos propone bajo el disfraz del materialismo histórico? No, ciertamente no. Aunque Bujarin rebaja el marxismo en la práctica, no tiene el valor de reconocer abiertamente su intento de crear una nueva teoría histórico-filosófica adaptada a la nueva época, la época del imperialismo. En última instancia, el escolasticismo de Bujarin sólo conviene a su propio creador. Lukács[279] hizo un intento más audaz en principio para ir más allá del materialismo histórico. Se aventuró a anunciar que, con el inicio de la revolución de octubre, que representó el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad, el materialismo histórico había dejado de existir y había dejado de satisfacer las necesidades de la era de la revolución proletaria. Sin embargo, junto con Lenin, nos reímos mucho de este nuevo descubrimiento, que era cuanto menos prematuro.

Pero si Stalin, Zinóviev y Bujarin no han hecho suya la teoría de Lukács (que, por cierto, su autor hace tiempo que repudió), ¿qué tienen que decir exactamente al respecto?

Queda por decir que el tercer elemento del marxismo, su sistema económico, es el único ámbito en el que el desarrollo histórico desde la época de Marx y Engels ha introducido no sólo nuevo material fáctico, sino también formas cualitativamente nuevas. Pensamos en la nueva etapa de concentración y centralización de la producción, de la circulación, del crédito, en las nuevas relaciones entre los bancos y la industria, y en el nuevo papel del capital financiero y de las organizaciones monopolistas del capital financiero. Pero no podemos hablar en este sentido de un marxismo especial en la época del imperialismo. Lo único que se puede decir aquí (y con plena justificación) es que *El Capital* de Marx necesita un capítulo adicional, o un volumen entero adicional, que incorpore las nuevas formaciones de la época imperialista al sistema general. No hay que olvidar que una parte importante de este trabajo ha sido realizado, por ejemplo, por Hilferding[280] en su libro sobre el capital financiero, escrito, por cierto, bajo la influencia del saludable impulso dado por la revolución de 1905 al pensamiento marxista en occidente. Sin embargo, a nadie se le ocurriría incluir *El capital financiero* de Hilferding como parte integrante del leninismo, incluso si se eliminaran de él los elementos venenosos del pseudomarxismo, esos elementos pseudomarxistas que, por cortesía geográfica, se llaman "austromarxismo". Nunca se le ocurrió a Lenin, por supuesto, que

---

[279] György Lukács (1885-1971), intelectual ya conocido, había sido comisario del pueblo en el gobierno de Bela Kun en Hungría.

[280] El austriaco Rudolf Hilferding (1877-1941), socialdemócrata austríaco que viviendo en Alemania había escrito su famosa obra *Finanzkapital* en los inicios de una carrera que le condujo al USPD y al gobierno del Reich, en 1923, como ministro de finanzas.

su magnífico panfleto sobre el imperialismo[281] constituyera algún tipo de expresión teórica del leninismo como un tipo especial de marxismo de la era imperialista. Uno sólo puede imaginar los jugosos epítetos con los que Lenin habría recompensado a los autores de tal afirmación.

Si, entonces, no encontramos una nueva dialéctica materialista, un nuevo materialismo histórico ni nuevas teorías del valor para la "época del imperialismo y la revolución proletaria", ¿qué contenido tenemos otorgarle a la definición estalinista del leninismo que se ha canonizado como definición oficial? La canonización de esta idea, por cierto, no prueba nada, porque la canonización de los enunciados teóricos sólo suele ser necesaria cuando, como decía Tomás de Aquino[282], hay que creer precisamente por lo absurdo de las cosas.

Movimientos atrasados en el marco del marxismo se han producido ya decenas de veces. Todas las regresiones a puntos de vista teóricos premarxistas se han presentado de hecho, hasta al presente, bajo forma de críticas, de renovación, de aumento; regresiones a ideas que han sido superadas conscientemente por el marxismo en el curso de la batalla. Pero el revisionismo no es en absoluto tan abierto. Incluso el revisionismo abierto debe preparar el camino mediante minados preliminares realizados muy a menudo bajo la presión de necesidades empíricas y no de objetivos teóricamente fundamentados.

Para presentar el leninismo como una especie particular de marxismo en la era del imperialismo era necesario revisar el marxismo. En la medida en que la idea central de esta revisión del marxismo era la línea reaccionaria del socialismo nacional (la teoría de la construcción del socialismo en un solo país), era necesario demostrar, o al menos proclamar, que el leninismo había adoptado una nueva posición sobre esta cuestión central de la teoría y la política marxistas, en oposición al marxismo del período preimperialista. Ya hemos aprendido que Lenin supuestamente descubrió la ley del desarrollo desigual, y que no se podía hablar de tal cosa en la época de Marx y Engels[283]. Esta es precisamente la tontería que los tomistas de nuestros días nos llaman a creer ciegamente. Sin embargo, lo que queda completamente sin explicar es por qué Lenin nunca, de ninguna manera, se desmarcó en esta cuestión central de Marx y Engels y por qué nunca opuso su "marxismo de la época imperialista" al "marxismo puro y simple". Por cierto, Lenin tenía un conocimiento mucho más sólido de Marx que cualquiera de los epígonos actuales, así como una intolerancia orgánica a las afirmaciones inexactas o a la falta de claridad en cuestiones teóricas. Una honestidad superior de la conciencia teórica, que en algunos casos podría haber parecido pedante a alguien no suficientemente reflexivo, caracterizó a Lenin. Llevó sus cuentas ideológicas con Marx con el mismo cuidado meticuloso que se podía ver en su propia potencia de pensamiento y en su gratitud como discípulo. Y, sin embargo, en la cuestión central del carácter internacional de la revolución socialista, Lenin nunca habría notado su propia ruptura con la forma preimperialista del marxismo o, peor aún, lo habría anotado, pero se lo habría guardado para sí mismo, aparentemente con la esperanza de que Stalin explicara este secreto a su debido tiempo a una humanidad agradecida. Y esto es lo que hizo Stalin, creando, en unas pocas líneas bastante mediocres, el marxismo de la era del imperialismo, líneas que se convirtieron en la pantalla para la revisión sálvese quien pueda de Marx y Lenin que hemos presenciado en los últimos seis años.

---

[281] Se trata de *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1917). En nuestros Cuadernos de Formación: *El imperialismo, fase superior del capitalismo (extractos),* 2ª edición.

[282] Tomás de Aquino (1225 o 27-1274), llamado "el doctor angélico" o "el príncipe de la escolástica" es el autor de célebres fórmulas sobre su creencia en lo que él veía y su creencia porque lo que él creía era absurdo (*Creo quia absurdum*).

[283] Ver, por ejemplo, también en León Trotsky, *¿Socialismo en un solo país?,* en estas mismas OELT-EIS.

Hay que remontarse a la Edad Media para encontrar ejemplos similares del surgimiento de un sistema ideológico totalmente nuevo sobre la base de unas pocas líneas de un texto mal interpretado o mal copiado. Así, los antiguos creyentes se dejaban quemar vivos en nombre de unas pocas líneas de la Biblia que fueron copiadas incorrectamente.

En la historia del pensamiento social ruso del siglo XIX, encontramos el caso de un grupo de intelectuales progresistas que habían interpretado incorrectamente las palabras de Hegel: "todo lo que es real es racional". Creían que todo lo que existía era racional, por lo que adoptaron una actitud extremadamente conservadora. Pero estos ejemplos son insignificantes (el primero por su antigüedad, el segundo por el escaso número de personas implicadas) comparados con el caso actual, en el que una organización con una influencia de millones de hombres utiliza toda la maquinaria del aparato para aportar un punto de vista totalmente nuevo, que se basa de hecho en una malinterpretación infantil de dos citas.

Pero si las cosas estuvieran realmente determinadas por textos mal copiados o por una lectura analfabeta de ciertos textos, uno podría hundirse en la desesperación total sobre el futuro de la humanidad. Sin embargo, las verdaderas fuerzas causales de los ejemplos que hemos citado son más profundas. Los Viejos Creyentes[284] tenían razones materiales suficientemente fuertes para romper con la iglesia oficial y el estado policial monárquico. En el caso de la intelectualidad radical de la década de 1840, no tenían suficiente fuerza para luchar contra el régimen zarista; antes de llegar al punto en que decidieran armarse con bombas terroristas (lo que no hicieron hasta la siguiente generación), intentaron, por tanto, encontrar un punto intermedio entre su recién despertada conciencia política y las realidades existentes, aunque fuera por medio de algún hegelianismo mal digerido.

Finalmente, está la necesidad, de una u otra manera, de cortar el cordón umbilical que unía a la República Soviética con la revolución internacional, esta necesidad surgió de las condiciones y los acontecimientos existentes, de las derrotas de la revolución internacional y de la presión, dentro del país, de los propietarios del país. Los teóricos de la burocracia eligieron las citas del mismo modo que los sacerdotes de todas las religiones eligen los textos sagrados aplicables a las circunstancias existentes. Si, en relación con los textos, el burocratismo se ve obligado a hacer falsificaciones que avergonzarían a la mayor parte de los sacerdotes, la culpa aquí también es de las circunstancias.

Pero como ya hemos visto en la cita anterior, nuestro teórico tiene otra definición de leninismo, que considera "más precisa, es decir: el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general y la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular". Sin embargo, esta definición, formulada con mayor precisión, compromete aún más una definición ya de por sí desesperada.

Si el leninismo es "una teoría de la revolución proletaria en general", entonces ¿qué es el marxismo? Los propios Marx y Engels lo anunciaron al mundo, de viva voz, en 1847, en el *Manifiesto Comunista*[285]. ¿Qué otra cosa es este documento inmortal sino el manifiesto de "la revolución proletaria en general"? Podría decirse con plena justificación que toda la actividad teórica posterior de estos dos grandes amigos ha sido un comentario a este manifiesto. Bajo el lema del "objetivismo", los marxistas académicos intentaron separar la contribución teórica del marxismo a la ciencia de sus conclusiones revolucionarias. Los epígonos de la Segunda Internacional[286] trataron de

[284] Los "Viejos Creyentes" o *Raskolniki* se levantaron contra las reformas del patriarca Nikon en 1654 en las que veían una influencia occidental y un atentado contra la tradición nacional (se trataba de corrección de errores perennizados por la vida útil en el texto de las Escrituras). Su apóstol era el padre Avvakum.

[285] *Manifiesto Comunista (anexos)*, en nuestras OEME-EIS.

[286] Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales, en estas mimas EIS.

convertir a Marx en un evolucionista de la variedad jardinería. Durante toda su vida, Lenin luchó contra ambos tipos en nombre del auténtico marxismo, es decir, "la teoría de la revolución proletaria en general, la teoría de la dictadura del proletariado en particular". Entonces, ¿qué significa el intento de oponer la teoría leninista al marxismo?

Buscando un terreno para oponer el leninismo al marxismo (con, por supuesto, todo tipo de caracterizaciones y reservas sin sentido), Stalin recurre a un criterio histórico:

> "Marx y Engels aparecieron en escena en un período prerrevolucionario (pensamos en la revolución proletaria), cuando aún no estaba desarrollado el imperialismo, en el período de preparación del proletariado para la revolución, cuando la revolución proletaria aún no era directa y prácticamente inevitable. Por otro lado, Lenin, el discípulo de Marx y Engels, subió al escenario en el período de pleno desarrollo del imperialismo, el período del despliegue de la revolución proletaria." (Stalin, *Fundamentos del leninismo*, edición rusa, 1928, página 74).

Incluso si dejamos de lado el sorprendente estilo de estas líneas (Marx y Lenin "subiendo al escenario", como actores de provincias), debemos reconocer que esta excursión a la historia es en general bastante ininteligible. Que Marx estuvo activo en el siglo XIX y no en el XX es cierto, pero, ciertamente, la esencia de toda la actividad de Marx y Engels fue que anticiparon teóricamente y prepararon el camino para la era de la revolución proletaria. Si dejamos esto de lado, sólo podemos llegar al marxismo académico, es decir, a la caricatura más repulsiva del mismo. Toda la importancia de la obra de Marx se pone de manifiesto si consideramos que la época de la revolución proletaria, que se abrió mucho más tarde de lo que él y Engels había previsto, no exigía una revisión del marxismo, sino que, por el contrario, exigía su purificación de toda la herrumbre del epigonismo que se había desarrollado entretanto. Pero Stalin insistió en que el marxismo, a diferencia del leninismo, debía ser el reflejo teórico de un período no revolucionario.

No es casualidad que encontremos esta concepción en Stalin. Se deriva de toda la psicología del empírico que vive en su tierra. Para él, la teoría sólo "refleja" su tiempo y sirve para las tareas del día. En el capítulo de los *Principios del leninismo* especialmente dedicado a la teoría, Stalin sube al escenario de esta manera: "la teoría puede convertirse en una inmensa fuerza del movimiento obrero si se forma en conexión indisoluble con la práctica revolucionaria". (de la edición rusa del 28, página 89).

Así que, obviamente, la teoría de Marx, que tomó forma "en conexión indisoluble" con la práctica de una "época prerrevolucionaria", está destinada a ser superada en relación con la "práctica revolucionaria" de Stalin. Stalin no llega a comprender en absoluto que la teoría (la auténtica teoría, o la teoría fundamental) no se concreta en absoluto en relación *directa* con las tareas prácticas del día. Es más bien la consolidación y generalización de toda la actividad y experiencia práctica humana, abarcando diferentes períodos históricos en su sucesión materialmente determinada. Sólo porque la teoría no está indisolublemente unida a las tareas prácticas contemporáneas, sino que se eleva por encima de ellas, tiene el don de ver hacia adelante, es decir, que es capaz de prepararse para enlazar con la futura actividad práctica y formar a personas que estarán a la altura de las tareas prácticas del futuro. La teoría de Marx se elevó como una gigantesca torre por encima de las tareas revolucionarias prácticas de los contemporáneos lassallanos de Marx, al igual que lo hizo por encima de la actividad práctica de todas las organizaciones de la Primera Internacional[287]. La Segunda Internacional sólo asimiló algunos de los elementos del marxismo para sus propios fines prácticos y nunca realmente los más importantes. Sólo en la época de las catástrofes históricas que se extendieron a todo el sistema

[287] Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), en nuestras mismas EIS.

capitalista se abrió la posibilidad de poner en práctica las conclusiones fundamentales del marxismo. Fue en este periodo cuando la gente se volvió más receptiva (aunque no toda) a la comprensión del marxismo en su conjunto.

La historia estalinista del marxismo y del leninismo pertenece a la misma “escuela histórica” de la que Marx dijo que, para usar las palabras del Nuevo Testamento, sólo ve la parte oculta de lo que se ha hecho. La sugerencia de Stalin de que hay una teoría prerrevolucionaria del marxismo y una teoría revolucionaria del leninismo es, de hecho, una filosofía de la historia adoptada por el seguidismo teórico que simplemente hace algunos encargos para las tareas prácticas del momento.

Cuando Stalin habla de “teoría”, se refiere a las que se establecen por orden del secretariado “en conexión indisoluble con la práctica”, con las necesidades de las tareas prácticas del aparato dirigente centrista en un período de retroceso político.

Dando vueltas en todos los sentidos alrededor de sus gachas, que están demasiado calientes para él y que no cocinó él mismo (la mejor palabra para esta salsa teórica es la palabra favorita de Lenin, “gachas”), mediante zigzags y circunloquios, Stalin se acerca sigilosamente a la idea de que el leninismo es “más revolucionario” que el marxismo. Continuando con su intento de contrastar el leninismo con el marxismo, Stalin escribe: “Se suele observar el carácter excepcionalmente combativo, excepcionalmente revolucionario del leninismo”. ¿Quién anota esto? No está claro. Stalin se limita a decir que se anota “ordinariamente”. Este tipo de precaución se convierte en cobardía. Pero, ¿qué significa “excepcionalmente revolucionario”? ¿Quién lo sabe? Pero, ¿qué “revela” el propio Stalin sobre este punto? Dice: “Eso es absolutamente cierto. *Pero* [¡!] esta cualidad particular (una “particularidad” menor en comparación con el marxismo) se explica por dos razones”: la lucha contra el oportunismo de la Segunda Internacional y la revolución proletaria. (*Ibidem*, página 74)[288]

Así es como Stalin llega a la conclusión (no muy valientemente quizás, pero sin embargo lo hace) de que la “característica especial” del leninismo es su carácter “excepcionalmente” revolucionario en comparación con el marxismo. Si esto fuera cierto, entonces el marxismo debería haber sido abandonado abiertamente como una teoría obsoleta, al igual que la ciencia, a su debido tiempo, rechazó la teoría del flogisto, el vitalismo, etc., dejándolos sólo como material para la historia del pensamiento humano. Pero, de hecho, la idea de que el leninismo es “más revolucionario” que el marxismo es una completa parodia del leninismo, del marxismo y del concepto de lo que es revolucionario.

En nuestro análisis de la segunda y “más precisa” definición de leninismo de Stalin, hemos omitido hasta ahora la palabra “*táctica*”. La fórmula completa, como recordará el lector, es:

“El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. Más exactamente: el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general, la teoría y la *táctica* de la dictadura del proletariado en particular”. (cursiva de LT)

La táctica es la aplicación práctica de la teoría a las condiciones específicas de la lucha de clases. El vínculo entre la teoría y la práctica actual se realiza a través de la táctica. La teoría, a pesar de lo que dice Stalin, no se configura en una conexión inseparable con la práctica actual. En absoluto. Se eleva por encima de ella y sólo por eso tiene la capacidad de dirigir la táctica, indicando, además de las tareas presentes, puntos de referencia en el pasado y perspectivas para el futuro. La compleja línea de la táctica en

[288] *Ibidem*, página 10.

el presente (la táctica marxista, no la táctica del seguidismo) no está determinada por un único punto, sino por una multiplicidad de puntos tanto en el pasado como en el futuro.

Si el marxismo, que apareció en un período prerrevolucionario, no fue en absoluto una teoría "prerrevolucionaria", sino que, por el contrario, se elevó por encima de su propia época para convertirse en una teoría de la revolución proletaria, la táctica (es decir, la aplicación del marxismo a las condiciones específicas de la lucha) no podía, por su propia esencia, elevarse por encima de su propia época, es decir, por encima de la madurez de las condiciones objetivas. Desde el punto de vista de la táctica (sería más exacto decir, desde el punto de vista de la estrategia revolucionaria) la actividad de Lenin difiere enormemente de la de Marx y los primeros seguidores de Marx, al igual que la época de Lenin difiere de la de Marx. El dirigente revolucionario Marx vivió y murió como consejero teórico de los jóvenes partidos proletarios y como heraldo de las batallas decisivas que se avecinaban. Lenin, por el contrario, llevó al proletariado a tomar el poder, a asegurar su victoria a través de su dirección, y a dotar de dirección al primer estado obrero de la historia de la humanidad, así como a una Internacional[289] cuya tarea inmediata es establecer una dictadura mundial del proletariado. El trabajo titánico de este supremo estratega revolucionario puede situarse, con toda justicia, al mismo nivel que la obra suprema de la teoría proletaria.

El intento de sopesar y comparar mecánicamente los elementos teóricos y prácticos de la obra de Marx y Lenin es lamentable, estéril y profundamente estúpido. Marx no sólo creó una teoría, también creó una Internacional. Lenin no sólo dirigió una gran revolución, sino que también realizó una importante labor teórica. Así que parece que la diferencia entre ellos fue simplemente que "subieron al escenario" en momentos diferentes, como resultado de lo cual el marxismo es meramente revolucionario, mientras que el leninismo es "excepcionalmente revolucionario". Todo esto, ya lo hemos oído.

Marx hizo mucho como líder de la Primera Internacional. Pero este no fue el principal logro de su vida. Marx habría seguido siendo Marx incluso sin la Liga Comunista[290] y la Primera Internacional, y su elevado logro teórico no coincide en absoluto con su actividad revolucionaria práctica. Llegó infinitamente más alto, en el sentido de que creó las bases teóricas para toda la actividad práctica posterior de Lenin y de una serie de generaciones aún por venir.

El trabajo teórico de Lenin tenía un carácter esencialmente auxiliar en relación con su propia actividad práctica revolucionaria. La dimensión de su trabajo teórico se corresponde con la importancia histórica mundial de su práctica. Pero Lenin no creó una teoría del leninismo. Aplicó la teoría del marxismo a las tareas revolucionarias de la nueva época histórica. Ya en el Tercer Congreso del Partido, donde se sentaron las primeras bases del Partido Bolchevique, el propio Lenin dijo que consideraba más correcto llamarlo publicista que teórico de la socialdemocracia. Se trata de algo más que la "modestia" de un joven dirigente, que ya había realizado no pocos trabajos de gran valor. Hay muchos tipos de "publicistas", y Lenin definió correctamente el significado histórico de esta palabra. El trabajo de un publicista, en su concepción, es la aplicación política de la teoría ya existente para allanar el camino a un determinado movimiento revolucionario vivo.

Incluso la obra más "abstracta" de Lenin, cuyo tema se aleja de los problemas cotidianos (su trabajo sobre el empiriocriticismo[291]) fue impulsada por las necesidades inmediatas de la lucha interna del partido. Este libro puede colocarse en la estantería justo

---

[289] Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales, serie en estas mismas EIS.

[290] Liga de los Comunistas, serie en estas mismas EIS.

[291] Se trata del libro *Materialismo y empiriocriticismo*, escrito en 1909 contra Mach y Bogdanov.

al lado del *Anti-Dühring*[292] de Engels, como una aplicación del mismo método y de las mismas técnicas críticas al material parcialmente nuevo de las ciencias naturales, dirigido contra nuevos oponentes. No menos, pero tampoco más que eso. No se trata de un nuevo sistema ni de un nuevo método. Es total y completamente el sistema y el método del marxismo.

Los burócratas del pseudoleninismo, los aduladores y calumniadores, comenzarán de nuevo a gritar que estamos "minimizando" los logros de Lenin. Esta gente grita tanto más los preceptos de su mentor como tanto más los pisotea cínicamente en el fango del eclecticismo y el oportunismo. Dejando a los calumniadores que calumnien, defenderemos el leninismo, lo explicaremos y continuaremos la obra de Lenin.

El trabajo teórico de Lenin, como hemos dicho, tiene un carácter auxiliar en relación con su trabajo práctico. Pero este trabajo práctico se desarrolló a una escala que exigía, por primera vez, la aplicación de la teoría marxista en su dimensión total.

La teoría es la generalización de todas las prácticas anteriores, y tiene un carácter auxiliar en relación con todas las prácticas posteriores. Para la práctica estalinista de los zigzags sin principios, lo "necesario y suficiente" es una mezcla ecléctica de fragmentos mal digeridos de marxismo, menchevismo y populismo. La práctica de Lenin utilizó todo lo que había en la teoría de Marx por primera vez en la historia. En este sentido hay que juzgar a estas dos grandes figuras históricas. El comentario de Stalin de que ambos "subieron" con éxito "a la escena" de la teoría y la práctica en sus respectivos períodos, uno de forma revolucionaria, el otro de forma "excepcionalmente" revolucionaria, quedará para siempre como una anécdota repugnante en la historia del epigonismo ideológico. Marx y Lenin se unieron a las filas de los inmortales sin obtener un permiso de Stalin.

Sin embargo, si no hubieran opuesto a estas dos grandes figuras, a Stalin le habría sido imposible aislar el leninismo como una teoría independiente. Una oposición de este tipo es la base de cualquier clasificación. Ya hemos dicho que la única justificación seria para oponerse a ellos de esta manera (una justificación que es al mismo tiempo la más feroz de las condenas) es la revisión nacionalsocialista de la "teoría marxista de la revolución proletaria en general y de la teoría de la dictadura del proletariado en particular". Quien ha hablado con más audacia sobre el carácter anticuado del marxismo ha sido Stalin; al menos durante los primeros meses de "luna de miel" de su nueva teoría, en un momento en que la Oposición aún no había pinchado esta piel de vaca sobreinflada con la afilada aguja de su crítica.

[Posible colaboración en *Partisan Review*]

(15 de julio de 1937)

Estimado M. Macdonald[293],

Muchas gracias por su amistosa invitación. Me alegraría colaborar con una revista marxista auténtica dirigida implacablemente contra los venenos ideológicos de la II y III internacionales, venenos que no son menos perjudiciales en la esfera de la cultura, la ciencia y el arte que en la de la economía y la política.

---

[292] El verdadero título del libro es *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, Karl Dühring (1833-1921), materialista positivista, fue el blanco de Marx y Engels y el libro de este último se publicó en 1878.

[293] Dwight G. Macdonald (nacido en 1906), hijo de una gran familia burguesa, se había convertido en periodista en *Fortune* y compañero de ruta del PC tras estudios en Yale.

Algunos de mis amigos, entre ellos Diego Rivera, llevan trabajando conjuntamente desde hace algunos meses en una declaración programática a favor de una revista marxista revolucionaria consagrada, como la de ustedes, a las cuestiones de filosofía, ciencia y arte más que a la política. Incluyo adjunta una copia de su declaración para que la pueda examinar usted. Sobra decir que *Partisan Review*[294] también va a publicar una declaración programática y me alegraría verla, antes de que se publique si es posible. Usted denomina a su revista "una publicación marxista *independiente*". Entiendo este calificativo en el sentido de que *Partisan Review* no entrará bajo la *dependencia* de ninguna organización política, al menos en el próximo período. Dada la situación actual en los Estados Unidos, como en otras partes, esta tendencia es comprensible. Pero lo más importante es que esa revista dependa de determinados principios fundamentales que, en última instancia, no puede separarse de una orientación política general.

Esperaré una información más amplia sobre el carácter de su revista, y me alegraré si este intercambio preliminar de opiniones asegura la posibilidad de una colaboración sistemática más que episódica.

[La colaboración en *Partisan Review*]

(11 de septiembre de 1937)

Estimado camarada Macdonald,

Le agradezco su amigable carta que me inspira la posibilidad de una colaboración futura. Pero el pequeño programa de *Partisan Review* me parece un poco demasiado vago. En particular el ataque contra "el dogmatismo político", sin definición exacta, me parece muy desafortunado. Naturalmente que debemos rechazar todo intento de *mandar*, desde un punto de vista político, en los dominios literario, artístico y científico. Pero el filisteo medio comprende por "dogmatismo político" no la intervención de la burocracia en la esfera de la pintura, la poesía, etc., sino un programa político preciso e, incluso, el pensamiento político serio. Los marxistas han de combatir, particularmente en Estados Unidos, la dejadez política, la confusión ideológica, el empirismo trivial, y no el dogmatismo. Esta formulación no es correcta, incluso en lo concerniente a los estalinistas: no tienen ningún dogma. En esencia, se caracterizan por su servilismo político y no por su dogmatismo político. Con su formulación evasiva el peligro es que no satisfarán a los empiristas preocupados en salvaguardar su "independencia", pero, al mismo tiempo, repelerán a los marxistas revolucionarios que se ven denominados dogmáticos.

En esas condiciones, creo que lo mejor sería esperar a los primeros números de *Partisan Review* y entonces decidiré hasta dónde puedo llegar. Por mi parte, deseo que el futuro desarrollo de las cosas nos acerque mutuamente.

---

[294] *Partisan Review* había sido fundada en 1933 por jóvenes intelectuales comunistas a través de los Clubs John Reed. En 1936 desapareció con su disolución. Durante el segundo congreso de los escritores estadounidenses, dos de sus antiguos animadores, Philip Rahv y William Phillips, en el curso de discusiones con Dwight Macdonald, Mary MacCarthy y Eleanos Clark, todos ellos ligados más o menos con la actividad del comité de defensa de Trotsky, decidieron hacer reaparecer la revista en el otoño.

[De acuerdo en colaborar con *Partisan Review*]

(29 de abril de 1938)

Estimado Señor Rahv,

Me alegra la posibilidad de colaborar con usted y su revista. Dentro de unos días recibirá usted un artículo mío, "Tras los muros del Kremlin"[295] y un viejo (1925) discurso sobre las relaciones entre las ciencias naturales y las ciencias sociales[296]. Este artículo ha sido traducido al inglés ahora por primera vez y dudo de poder hacer una contribución mejor en los próximos meses. Sobre el discurso con Burnham, discutan ustedes quién tiene entre sus manos el manuscrito. Cuando reciban los artículos, y caso de que acepten uno de ellos o los dos, si lo consideran necesario pueden ustedes pulir un poco la traducción.

Excuse la brevedad de esta carta. De nuevo estoy muy ocupado con mi libro y he suspendido mis trabajos "corrientes" en el próximo período, incluso he reducido mi correspondencia.

PD. Continúo muy interesado con la suerte del libro de Weiss, *Confieso*[297].

[El artículo "El arte y la revolución"]

(21 de junio de 1938)

Estimado Sr. Rahv[298],

Hace cuatro días les enviamos el texto en ruso de un artículo "El arte y la revolución"[299], escrito especialmente para *Partisan Review*. Todos nosotros hemos estado demasiado ocupados para poder proporcionarle una traducción al inglés. Espero que pueda usted apañárselas para conseguir una buena en Nueva York. Mañana por la mañana le enviaremos por correo aéreo una traducción al francés para facilitar su verificación del texto en inglés.

Breton[300] está muy interesado en reservar este artículo exclusivamente para su publicación francesa *Minotaure*, para un número especial consagrado a la pintura de

---

[295] De próxima edición en esta misma serie.

[296] "El materialismo dialéctico y la ciencia. La continuidad de la herencia cultural", más arriba en estos mismos anexos. Rae Spiegel, que aprendió ruso para ir a ayudar a Trotsky en Coyoacán (a donde llegó den agosto de 1937), había traducido este antiguo artículo al inglés y se lo había propuesto a *New International*, que lo había dejado sin respuesta (carta de Trotsky a *New International* del 5 de enero de 1938, próxima edición en esta misma serie de nuestras EIS).

[297] Wolfgang Weiss (nacido en 1911), joven comunista alemán, había marchado a la URSS en 1931 para escribir allí reportajes y folletos bajo instrucciones del departamento de agricultura del CC, después fue instructor político entre los alemanes del Volga y, a partir de 1933, periodista en la radio de Leningrado y después en la de Moscú. Fue arrestado el 17 de mayo de 1935, acusado de relaciones con los trotskystas, después puesto en libertad y expulsado en octubre. Había tomado contacto con los trotskystas en Checoslovaquia y había hecho llegar a Trotsky la narración novelada de su experiencia de prisionero de la GPU en vísperas de los juicios de Moscú, con el título de *Yo acuso*, Trotsky buscaba un editor para este trabajo, que Diego Rivera se ofrecía a ilustrar.

[298] Philip Rahv (1908-1973), nacido en la Ucrania rusa, llegó a los Estados Unidos en 1922, se unió al PC en 1932 y participó en la animación de los John Reed Clubs en 1934, cofundando *Partisan Review*. Había sido expulsado del PC después de su protesta contra el primer juicio de Moscú y había decidido resucitar *Partisan Review* como periódico independiente.

[299] "El arte y la revolución", más arriba en estos mismos anexos.

[300] André Breton (1896-1966) había viajado a México en misión cultural y había conocido a Trotsky con quien mantuvo largas discusiones.

Diego Rivera, por una parte, y la pintura oficial soviética por la otra. Obviamente no pude darle el artículo que ya había enviado y él no insistió después de que le explicase la situación. Pero si desea entregarle el artículo usted mismo, o si no lo encuentra adecuado para su revista, comuníquese conmigo por favor de inmediato porque Breton se va de México a fin de mes.

Manifiesto por un arte revolucionario independiente

Llamamiento firmado por André Breton, Diego Rivera, fechado en México, el 25 de julio de 1938. Aunque publicado con estas dos firmas, el manifiesto fue redactado de hecho por León Trotsky y André Breton. Por razones tácticas, Trotsky pidió que la firma de Diego Rivera substituyese a la suya.

Puede afirmarse sin exageración, que nunca como hoy nuestra civilización ha estado amenazada por tantos peligros. Los vándalos, usando sus medios bárbaros, es decir, extremadamente precarios, destruyeron la antigua civilización en un sector de Europa. En la actualidad, toda la civilización mundial, en la unidad de su destino histórico, es la que se tambalea bajo la amenaza de fuerzas reaccionarias armadas con toda la técnica moderna. No aludimos tan sólo a la guerra que se avecina. Ya hoy, en tiempos de paz, la situación de la ciencia y el arte se ha vuelto intolerable.

En aquello que de individual conserva en su génesis, en las cualidades subjetivas que pone en acción para revelar un hecho que signifique un enriquecimiento objetivo, un descubrimiento filosófico, sociológico, científico o artístico, aparece como un fruto de un *azar* precioso, es decir, como una manifestación más o menos espontánea de la *necesidad*. No hay que pasar por alto semejante aporte, ya sea desde el punto de vista del conocimiento general (que tiende a que se amplíe la interpretación del mundo), o bien desde el punto de vista revolucionario (que exige para llegar a la transformación del mundo tener una idea exacta de las leyes que rigen su movimiento). En particular, no es posible desentenderse de las condiciones mentales en que este enriquecimiento se manifiesta, no es posible cesar la vigilancia para que el respeto de las leyes específicas que rigen la creación intelectual sea garantizado.

No obstante, el mundo actual nos ha obligado a constatar la violación cada vez más generalizada de estas leyes, violación a la que corresponde, necesariamente, un envilecimiento cada vez más notorio, no sólo de la obra de arte, sino también de la personalidad “artística”. El fascismo hitleriano, después de haber eliminado en Alemania a todos los artistas en quienes se expresaba en alguna medida el amor de la libertad, aunque ésta fuese sólo una libertad formal, obligó a cuantos aún podían sostener la pluma o el pincel a convertirse en lacayos del régimen y a celebrarlo según órdenes y dentro de los límites exteriores del peor convencionalismo. Dejando de lado la publicidad, lo mismo ha ocurrido en la URSS durante el periodo de furiosa reacción que hoy llega a su apogeo.

Ni que decir tiene que no nos solidarizamos ni un instante, cualquiera que sea su éxito actual, con la consigna: “Ni fascismo ni comunismo”, consigna que corresponde a la naturaleza del filisteo conservador y asustado que se aferra a los vestigios del pasado “democrático”. El verdadero arte, es decir aquel que no se satisface con las variaciones sobre modelos establecidos, sino que se esfuerza por expresar las necesidades íntimas del hombre y de la humanidad actuales, no puede dejar de ser revolucionario, es decir, no puede sino aspirar a una reconstrucción completa y radical de la sociedad, aunque sólo sea para liberar la creación intelectual de las cadenas que la atan y permitir a la humanidad entera elevarse a las alturas que sólo genios solitarios habían alcanzado en el pasado. Al mismo tiempo, reconocemos que únicamente una revolución social puede abrir el camino a una nueva cultura. Pues si rechazamos toda solidaridad con la casta actualmente dirigente en la URSS es, precisamente, porque a nuestro juicio no representa el comunismo, sino su más pérfido y peligroso enemigo.

Bajo la influencia del régimen totalitario de la URSS, y a través de los organismos llamados organismos “culturales” que dominan en otros países, se ha difundido en el mundo entero un profundo crepúsculo hostil a la eclosión de cualquier especie de valor espiritual. Crepúsculo de fango y sangre en el que, disfrazados de artistas e intelectuales, participan hombres que hicieron del servilismo su móvil, del abandono de sus principios un juego perverso, del falso testimonio venal un hábito y de la apología del crimen un placer. El arte oficial de la época estalinista refleja, con crudeza sin ejemplo en la historia, sus esfuerzos irrisorios por disimular y enmascarar su verdadera función mercenaria.

La sorda reprobación que suscita en el mundo artístico esta negación desvergonzada de los principios a que el arte ha obedecido siempre y que incluso los

estados fundamentados en la esclavitud no se atrevieron a negar de modo tan absoluto, debe dar lugar a una condenación implacable. La oposición artística constituye hoy una de las fuerzas que pueden contribuir de manera útil al desprestigio y a la ruina de los regímenes bajo los cuales se hunde, al mismo tiempo que el derecho de la clase explotada a aspirar a un mundo mejor, todo sentimiento de grandeza e incluso de dignidad humana. La revolución comunista no teme al arte. Sabe que al final de la investigación a que puede ser sometida la formación de la vocación artística en la sociedad capitalista que se derrumba, la determinación de tal vocación sólo puede aparecer como resultado de una connivencia entre el hombre y cierto número de formas sociales que le son adversas. Esta coyuntura, en el grado de conciencia que de ella pueda adquirir, hace del artista su aliado predispuesto. El mecanismo de sublimación que actúa en tal caso, y que el psicoanálisis ha puesto de manifiesto, tiene como objeto restablecer el equilibrio roto entre el "yo" coherente y sus elementos reprimidos. Este restablecimiento se efectúa en provecho del "ideal de sí", que alza contra la realidad, insoportable, las potencias del mundo interior, del sí, *comunes a todos los hombres* y permanentemente en proceso de expansión en el devenir. La necesidad de expansión del espíritu no tiene más que seguir su curso natural para ser llevada a fundirse y fortalecer en esta necesidad primordial: la exigencia de emancipación del hombre.

En consecuencia, el arte no puede someterse sin decaer a ninguna directiva externa y llenar dócilmente los marcos que algunos creen poder imponerle con fines pragmáticos extremadamente cortos. Vale más confiar en el don de prefiguración que constituye el patrimonio de todo artista auténtico, que implica un comienzo de superación (virtual) de las más graves contradicciones de su época y orienta el pensamiento de sus contemporáneos hacia la urgencia de la instauración de un orden nuevo.

La idea que del escritor tenía el joven Marx exige en nuestros días ser reafirmada vigorosamente. Está claro que esta idea debe ser extendida, en el plano artístico y científico, a las diversas categorías de artistas e investigadores. "El escritor [decía Marx] debe naturalmente ganar dinero para poder vivir y escribir, pero en ningún caso debe vivir para ganar dinero... El escritor no considera en manera alguna sus trabajos como un medio. Son fines en sí; son tan escasamente medios en sí para él y para los demás, que en caso necesario sacrifica su propia existencia a la existencia de aquéllos... *La primera condición de la libertad de la prensa estriba en que no es un oficio*." Nunca será más oportuno blandir esta declaración contra quienes pretenden someter la actividad intelectual a fines exteriores a ella misma y, despreciando todas las determinaciones históricas que le son propias, regir, en función de presuntas razones de estado, los temas del arte. La libre elección de esos temas y la ausencia absoluta de restricción en lo que respecta a su campo de exploración, constituyen para el artista un bien que tiene derecho a reivindicar como inalienable. En materia de creación artística, importa esencialmente que la imaginación escape a toda coacción, que no permita con ningún pretexto que se le impongan sendas. A quienes nos inciten a consentir, ya sea para hoy, ya sea para mañana, que el arte se someta a una disciplina que consideramos incompatible radicalmente con sus medios, les oponemos una negativa sin apelación y nuestra voluntad deliberada de mantener la fórmula: *toda libertad en el arte*.

Reconocemos, naturalmente, al estado revolucionario el derecho de defenderse de la reacción burguesa, incluso cuando se cubre con el manto de la ciencia o del arte. Pero entre esas medidas impuestas y transitorias de autodefensa revolucionaria y la pretensión de ejercer una dirección sobre la creación intelectual de la sociedad, media un abismo. Si para desarrollar las fuerzas productivas materiales, la revolución tiene que erigir un régimen *socialista* de plan centralizado, en lo que respecta a la creación intelectual, debe desde el mismo comienzo establecer y garantizar un régimen *anarquista* de libertad

individual. ¡Ninguna autoridad, ninguna coacción, ni el menor rastro de mando! Las diversas asociaciones de hombres de ciencia y los grupos colectivos de artistas se dedicarán a resolver tareas que nunca habrán sido tan grandiosas, pueden surgir y desplegar un trabajo fecundo fundamentado únicamente en una libre amistad creadora, sin la menor coacción exterior.

De cuanto se ha dicho, se deduce claramente que, al defender la libertad de la creación, no pretendemos en manera alguna justificar la indiferencia política y que está lejos de nuestro ánimo querer resucitar un pretendido arte "puro" que ordinariamente está al servicio de los más impuros fines de la reacción. No; tenemos una idea muy elevada de la función del arte para rehusarle una influencia sobre el destino de la sociedad. Consideramos que la suprema tarea del arte en nuestra época es participar consciente y activamente en la preparación de la revolución. Sin embargo, el artista sólo puede servir a la lucha emancipadora cuando está penetrado de su contenido social e individual, cuando ha asimilado el sentido y el drama en sus nervios, cuando busca encarnar artísticamente su mundo interior.

En el periodo actual, caracterizado por la agonía del capitalismo, tanto democrático como fascista, el artista, aunque no tenga necesidad de dar a su disidencia social una forma manifiesta, se ve amenazado con la privación del derecho de vivirla y continuar su obra, a causa del acceso imposible de ésta a los medios de difusión. Es natural, entonces, que se vuelva hacia las organizaciones estalinistas, que le ofrecen la posibilidad de escapar a su aislamiento. Pero su renuncia a cuanto puede constituir su propio mensaje y las complacencias terriblemente degradantes que esas organizaciones exigen de él, a cambio de ciertas ventajas materiales, le prohíben permanecer en ellas, por poco que la desmoralización se manifieste impotente para destruir su carácter. Es necesario, a partir de este instante, que comprenda que su lugar está en otra parte, no entre quienes traicionan la causa de la revolución al mismo tiempo, necesariamente, que la causa del hombre, sino entre quienes demuestran su fidelidad inquebrantable a los principios de esa revolución, entre quienes, por ese hecho, siguen siendo los únicos capaces de ayudarla a consumarse y garantizar por ella la libre expresión de todas las formas del genio humano.

La finalidad de este manifiesto es hallar un terreno en el que reunirá los mantenedores revolucionarios del arte, para servir la revolución con los métodos del arte y defender la libertad del arte contra los usurpadores de la revolución. Estamos profundamente convencidos que el encuentro en ese terreno es posible para los representantes de tendencias estéticas, filosóficas y políticas, aun un tanto divergentes. Los marxistas pueden marchar ahí de la mano con los anarquistas, a condición de que unos y otros rompan implacablemente con el espíritu policiaco reaccionario, esté representado por José Stalin o por su vasallo García Oliver[301].

Miles y miles de artistas y pensadores aislados, cuyas voces son ahogadas por el odioso tumulto de los falsificadores regimentados, están actualmente dispersos por el mundo. Numerosas revistas locales intentan agrupar en torno suyo a fuerzas jóvenes, que buscan nuevos caminos y no subsidios. Toda tendencia progresiva en arte es acusada por el fascismo de degeneración. Toda creación libre es declarada fascista por los estalinistas. El arte revolucionario independiente debe unirse para luchar contra las persecuciones reaccionarias y proclamar altamente su derecho a la existencia. Un agrupamiento de estas características es el fin de la *Federación internacional del Arte Revolucionario Independiente* (FARI), cuya creación juzgamos necesaria.

---

[301] García Oliver, anarquista español, perteneció al grupo de acción española, contribuyó a organizar las milicias obreras catalanas y de Durruti y militó en la CNT y en la FAI. Durante la guerra civil adoptó la política del frente popular, aceptando el ministerio de justicia en el gabinete de Largo Caballero.

No tenemos intención alguna de imponer todas las ideas contenidas en este llamamiento, que consideramos un primer paso en el nuevo camino. A todos los representantes del arte, a todos sus amigos y defensores que no pueden dejar de comprender la necesidad del presente llamamiento, les pedimos que alcen la voz inmediatamente. Dirigimos el mismo llamamiento a todas las publicaciones independientes de izquierda que estén dispuestas a tomar parte en la creación de la federación internacional y en el examen de las tareas y de los métodos de acción. Cuando se haya establecido el primer contacto internacional por la prensa y la correspondencia, procederemos a la organización de modestos congresos locales y nacionales. En la etapa siguiente deberá reunirse un congreso mundial que consagrará oficialmente la fundación de la federación internacional.

He aquí lo que queremos:

La independencia del arte – por la revolución;
la revolución – por la liberación definitiva del arte.

André Breton, Diego Rivera, México, 25 de julio de 1938

[Hay que hablar alto y claro]

(31 de agosto de 1938)

Estimado camarada Breton,

Acabamos de recibir su carta desde Portugal (creo que es la primera carta que recibo en toda mi vida desde Portugal) y las líneas de Jacqueline. Nos ha alegrado mucho tener noticias de los dos.

Querido amigo, estoy sinceramente emocionado por el tono tan amistoso y caluroso de su carta y, debo decírselo, un tanto incómodo. Con total sinceridad le digo que sus elogios me parecen tan exagerados que me inquietan un poco de cara al futuro de nuestras relaciones. En lo que atañe al peligro de verme mimado por los elogios de los amigos, gracias al cielo estoy muy protegido por los insultos de mis enemigos, mucho más numerosos.

En cuanto al *Manifiesto*[302], aquí en México la cosa parece marchar muy lentamente. Esto se debe a que, hasta el momento, nadie se ocupa prácticamente de ello. En los Estados Unidos las cosas parecen marchar mucho mejor. Le envío la copia de la carta que he recibido al respecto de Dwight Macdonald[303]. Le envío, por otra parte, copia de toda mi correspondencia con *Partisan Review*, puede que le interese. La redacción de *Partisan Review* ha evolucionado hacia nosotros de forma notable. Dwight Macdonald escribe incluso sistemáticamente en *New International*. Pero su misma revista se mantiene demasiado neutra, demasiado descolorida, demasiado contemplativa en el plano político. En nuestra opinión es esto lo que la ha condenado a reemplazar el mensual por

302 *Manifiesto por un arte revolucionario independiente*, más arriba en estos mismos anexos.

303 Dwight G. Macdonald (nacido en 1906) de familia burguesa, había trabajado como periodista en *Fortune* tras sus estudios en Yale, después rompió con *Fortune* porque se le había censurado; próximo al PC había roto con el partido por los juicios de Moscú y se había unido al grupo de *Partisan Review* a través de la cual había contactado con Trotsky. Trotsky les había escrito el 29 de agosto tomando nota de su voluntad de lucha a favor de la FIARI [Federación Internacional del Arte Revolucionario Independiente, en esta misma obra pueden consultarse diversos materiales concernientes a ella], lamentando que la revista se convirtiese en trimestral aconsejándole al mismo tiempo un “ataque implacable” como *The Nation*, *The Republic* y *The Modern Monthly*.

el trimestral. En mi opinión, de este hecho hay que sacar una gran lección. Si alguien quiere hacerse oír en nuestra época hay que hablar alto y no murmurando. Confío en que usted encuentre alguna forma de colaborar con nuestros amigos de allí, sin mezclar armas ni confundir responsabilidades.

Estoy totalmente absorbido por mi libro y no cesa de golpearme a diario la avalancha de falsificaciones oficiales. Aquí continúa la vida con su marcha más o menos regular. Natalia ha tenido la posibilidad de viajar a Acapulco con los amigos de Chicago. Van mismo le contará a usted su viaje a los trópicos. Se trabaja a diario en el jardín. Esperamos noticias de la conferencia internacional. Y eso es casi todo.

Confiamos en que Jacqueline y usted hayan encontrado a su hijita floreciendo. Un abrazo de nuestra parte para Jacqueline.

[Contra las modificaciones en el Manifiesto][304]

(21 de septiembre de 1938)

Estimado camarada Macdonald,

Veo considerables inconvenientes en las modificaciones que propone usted para el *Manifiesto*.

En primer lugar, porque está ausente Breton, que es el autor de la parte a la que conciernen esas modificaciones. La opinión de Breton era que los dos párrafos podían atraerle a la FIARI las simpatías de los psicoanalistas.

En segundo lugar, el *Manifiesto* ya se ha publicado en francés íntegramente y también será publicado en español. Con seguridad aparecerá en Inglaterra (puede que ya esté publicado allí). En esas condiciones, dos textos diferentes pueden originar ciertos malentendidos.

Veo claramente los inconvenientes de que no hayamos podido discutir con usted este texto antes de su publicación en francés. Reconozco su pleno derecho a considerar el *Manifiesto* como un proyecto y a someterlo a modificaciones de acuerdo con sus condiciones e ideas propias. Solamente quiero llamar su atención sobre los inconvenientes de actuar de esta forma.

Sin embargo, si usted considera absolutamente necesarias esas modificaciones y las consideraría como una condición *sine qua non*, por mi parte por descontado que tendría más en cuenta la cuestión que el texto.

[No perder el tiempo][305]

(22 de septiembre de 1938)

Estimado amigo Macdonald,

Tengo cierta inquietud sobre que la discusión triangular Nueva York-México-París absorba demasiado tiempo y retrase la acción. ¿No piensa usted que sería posible publicar en su revista el manifiesto Breton-Rivera tal como es, expresando su acuerdo general con sus ideas y sus objetivos y elaborando, al mismo tiempo, un manifiesto

[304] Carta a Dwight Macdonald (*Partisan Review*).

[305] Carta a D. Macdonald.

especial para los Estados Unidos en el que usted podría mencionar el manifiesto de Breton-Rivera? Si su manifiesto formula las mismas conclusiones práctica, es decir la creación de la FIARI, sobre las mismas bases, entonces la publicación de un manifiesto diferente no puede ser perjudicial en lo más mínimo para la empresa.

Los acontecimientos mundiales marchan ahora a un ritmo precipitado, en el que cada día cuenta. El tiempo no trabaja a nuestro favor más que con la condición de que nosotros seamos capaces y queramos utilizarlo.

[Dificultades con Diego][306]

(6 de diciembre de 1938)

Mis queridos amigos[307],

Estoy verdaderamente preocupado. El mutismo de Diego no tiene absolutamente nada en común con cualquier indiferencia o descontento con ustedes dos, como supone usted un poco en su última carta. Sé también que Frida se alegró mucho por su prefacio, que recibió en vísperas de su partida a los Estados Unidos[308]. El mutismo epistolar de Diego es un elemento invariable de su carácter. También ha pasado por largas semanas de fatiga, enfermedad y nervios. Durante esas semanas, yo mismo he tenido grandes dificultades para encontrarme con él. Evita un poco a todo el mundo, incluyendo a la FIARI. Ahora está físicamente mucho mejor. Hace una hora que ha partido para Patzcuaro para pintar. Antes de partir me ha transmitido a través de Van su última carta, la de André Gide y el recorte concerniente a Malacki[309]. Desgraciadamente el asunto Malacki se ha producido justo en el momento de la partida de Diego y no se hará cargo de este asunto hasta su vuelta, es decir hasta de aquí a una semana. Confiemos que esa semana no sea muy larga. En cualquier caso, Diego hará lo necesario para solucionarlo.

Sobre la FIARI, Van les ofrecerá informaciones, que, por otra parte, no son muy abundantes a causa de las circunstancias indicadas más arriba. Le aseguro, querido amigo, que no han faltado intentos de encarrilarla. Pero han chocado con una fatalidad pasiva, tan invencible como durante el período de concepción de la FIARI (¿recuerda usted?). Escribo simultáneamente a *Partisan Review*. Puede que sepa usted que la revista ha pasado de mensual a trimestral[310]. Para mí es evidente que este fracaso es el resultado del espíritu de adaptación, los rodeos, la falta de audacia en el ataque y otros pecados originales de los intelectuales pequeñoburgueses, incluso si se dicen revolucionarios. Ciertamente usted habrá recibido el último número de la revista conteniendo el Manifiesto y una corta declaración en primer lugar[311]. Voy a pedirles que ofrezcan informaciones más exactas sobre el aspecto organizativo.

---

[306] Carta a A. Breton.

[307] La carta está dirigida a André Breton, pero también a su compañera Jacqueline Lamba (nacida en 1910), a la que Trotsky apreció mucho.

[308] Frida Kahlo de Rivera (1910-1944), pintora de gran talento, era la esposa de Diego. Había partido hacia Estados Unidos y después hacia Europa.

[309] André Gide (1869-1951) en aquellos momentos estaba considerado como uno de los mejores escritores franceses. "Compañero de viaje" del estalinismo durante largo tiempo, había roto con él con la publicación de su *Retour de l'URSS*. Trotsky confió en ganarlo para la comisión de investigación, o entrevistarse con él. Ignoramos de qué carta se trata. Vladimir Malacki, llamado Jean Malaquais (nacido en 1908) era un joven escritor, protegido de Gide y que a Trotsky le gustaba enormemente [Ver en estos mismos anexos "Un nuevo gran escritor: sobre *Los javaneses*, de Jean Malaquais" y varias cartas de Trotsky dirigidas a él].

[310] Ver "[Hay que hablar alto y claro]", en estos mismos anexos.

[311] Ver "[Contra las modificaciones en el Manifiesto]" y "[No perder el tiempo], en estos mismos anexos.

No considere usted estas líneas como una queja contra Diego. Hay que tomarlo tal cual es, a pesar de su repugnancia hacia el trabajo epistolar, es magnífico.

Estoy afectado por la intención de usted de publicar mi libro sobre la literatura, que ahora me parece como si perteneciese a una época casi prehistórica[312]. No me queda claro en su carta si los posibles editores piden una copia *francesa* para decidirse. En dicho caso, la tarea sería irresoluble para mí. Pero existe una traducción inglesa y Van me asegura también traducciones al alemán y español. ¿No podría los editores hacerse una idea sobre la base de las ediciones extranjeras, incluyendo la rusa?

Por lo demás, nos mantenemos. Físicamente, Natalia y yo estamos un poco menos bien que durante su estancia. Toda la casa (salvo puede ser que Van, que se mantiene en la carrera diplomática[313]) está ocupada ahora por los cactus, de los que buscamos los más raros y magníficos para el jardín. Ahora seguramente no lo reconocería usted.

[Noticias sobre la FIARI]

(6 de diciembre de 1938)

Mi estimado comité de redacción,

He recibido otra carta de André Breton que espera con impaciencia noticias del desarrollo de la FIARI[314] en los Estados Unidos. Se queja de no recibir de vosotros ninguna información concerniente al número de adheridos a la nueva organización, lo que le impide publicar la lista del Comité Internacional de la FIARI.

El mismo Breton y sus amigos parecen estar muy activos y reclutan con éxito a miembros de otras organizaciones. Parece ser que aquí, en México y América Latina en general, las cosas comienzan a moverse, tras un período de cierto estancamiento debido a la enfermedad de Diego Rivera.

Os quedaría muy agradecido de cualquier información sobre el estado de la FIARI en los Estados Unidos.

[La misión de la FIARI][315]

(22 de diciembre de 1938)

Mi querido Bretón,

Apruebo de todo corazón la iniciativa que usted ha tomado junto a Diego Rivera de crear la FIARI[316], una federación internacional de auténticos artistas revolucionarios e independientes, y por qué no añadir: una federación de *auténticos* artistas. ¡Ya era hora, ya era hora! El mundo se está convirtiendo en un fangoso y fétido cuartel imperialista. Los héroes de la democracia, encabezados por el incomparable Daladier, usan toda su energía en parecerse a los héroes del fascismo (lo que no impide que los primeros acaben

[312] Se trata de *Literatura y revolución*, inicialmente publicado en 1924.
[313] Un eufemismo para indicar que van Heijenoort estaba encargado de todas las relaciones exteriores, es decir con las autoridades, la prensa, etc., lo que no le dejaba nada de tiempo libre.
[314] Recordemos que las siglas FIARI designan a la Federación Internacional del Arte Revolucionario Independiente.
[315] Carta a A. Breton, dictada en francés.
[316] [Federación Internacional del Arte Revolucionario Independiente]. EIS.

en campos de concentración de los segundos). Cuanto más ignorante y estrecho de miras es un dictador, más se siente llamado a gobernar la evolución de la ciencia, la filosofía y el arte. El servilismo borreguil del mundo intelectual es también muy significativo del estado de putrefacción de la sociedad contemporánea. Francia no es una excepción.

No hablaremos de los Aragon, los Ehrenbourg[317] y otros pequeños burgueses; no calificaremos a los señores que, con el mismo entusiasmo, escriben la biografía de Jesucristo y la de José Stalin[318] (ni siquiera su muerte los ha amnistiado). Pasaremos por alto el triste, por no decir vergonzoso, declive de Romain Rolland. Pero debemos detenernos en el caso de Malraux[319]. Observé con interés sus primeros pasos en la literatura. Incluso ya entonces, una cierta pose marcaba fuertemente su trabajo. A menudo uno se escandaliza por su manera fría y refinada de buscar el heroísmo de los demás. Pero no se puede negar que tiene talento. Su acercamiento a las mayores pruebas humanas, a las luchas heroicas, al sufrimiento extremo, a la abnegación, estuvo marcado por una fuerza indiscutible. Se podía creer (yo personalmente quería confiar en) que el soplo del heroísmo revolucionario imprimiría más profundidad a la inspiración del escritor, le libraría de su pose y haría de Malraux un poeta representativo de la época de las catástrofes. ¿Qué ha ocurrido? El artista se ha convertido en un reportero de la GPU; produce un heroísmo burocrático, de longitud y anchura determinadas (no hay tercera dimensión).

Durante la guerra civil, tuve que luchar duramente contra los inexactos o engañosos informes de operaciones, en los que los líderes trataban de ocultar sus errores, fracasos y derrotas tras un torrente de frases generales. La producción actual de Malraux se compone también de falsos reportajes en los campos de batalla (Alemania, España). Pero lo falso es mucho más repulsivo cuando se reviste de forma artística. El destino de Malraux es simbólico para toda una capa de escritores, casi para toda una generación: se miente por su ficticia "amistad" con la Revolución de Octubre. ¡Como si la revolución necesitara mentiras!

La desafortunada prensa soviética, evidentemente por órdenes de arriba, se ha lamentado a gritos en los últimos días de la "pobreza" de la creación científica y artística en la URSS y ha reprochado a los escritores soviéticos su falta de sinceridad, audacia y envergadura. Uno no puede creer lo que ve: la boa dando al conejo un sermón sobre la independencia y la dignidad individuales. ¡Imagen absurda e ignominiosa, pero muy digna de nuestros tiempos!

Hay que reanudar la lucha por las ideas de la revolución en el arte, empezando por la lucha por la *verdad* artística, no en el sentido de tal o cual escuela, sino en el sentido de la *fidelidad inquebrantable del artista a su ser interior*. Sin esto, no hay arte. "¡No mientas!" Esta es la fórmula de la salvación. La FIARI no es, por supuesto, una escuela estética o política y no puede convertirse en una. Pero la FIARI puede ozonizar la atmósfera en la que los artistas puedan respirar y crear. En efecto, en nuestra época de convulsiones y de reacción, de decadencia cultural y de barbarie moral, la creación independiente sólo puede ser de espíritu revolucionario, pues sólo puede buscar una salida a la insoportable asfixia social. Pero el arte en general, como cada artista en particular,

---

[317] Luís Aragon (1890-1982), poeta y novelista, antiguo surrealista, llegado al PC en la época estalinista, había sido amigo de Breton, pero se había convertido en su peor pesadilla. Ilya Ehrenbourg (1891-1967), novelista y periodista había sido una de las plumas dóciles de Stalin en particular en España.

[318] Trotsky alude a Henri Barbusse (1873-1935) que había alcanzado notoriedad con el Premio Goncourt por su novela de guerra *Le Feu*. Se adhirió al PCE en 1923 y escribió enseguida su *Stalin. Un mundo nuevo visto a través de un hombre* y una *Vida de Jesús*.

[319] André Malraux (1901-1976), premio Goncourt en 1934 por *La Condition humaine*, donó dinero para *La Vérité*, después visitó a Trotsky en Saint-Palais y protestó contra su expulsión de Francia. La ruptura se produjo durante los juicios de Moscú de los que decía que Trotsky hacía "un asunto personal…"

debe buscar una salida por sus propios métodos, sin esperar órdenes del exterior, rechazando las órdenes, y debe despreciar a todos los que se someten a ellas. Creo firmemente que este nombre pasará a la historia.

[El problema de los visados] (Más sobre el *Manifiesto* y la FIARI)[320]

(23 de diciembre de 1938)

Querido amigo,

Hace mucho tiempo que no sabemos nada de usted.

La última vez fue mediante cable sobre la situación peligrosa del camarada (Bruno) Popper[321]. Hemos intervenido a través de uno de nuestros amigos, pero estoy lejos de estar seguro de que hayamos logrado que la cosa salga bien. Tras eso, recibimos una carta colectiva sobre el mismo asunto de quince camaradas de Praga (Neurath, Kopp[322], etc.). He escrito una carta personal al ministro del interior, pero dudo mucho de que tenga éxito.

Los dos visados que se han concedido rápidamente a Otto y a Julik[323] han dado en Europa la impresión de que obtenemos muy fácilmente autorizaciones para los exiliados. Es un completo error. Sólo he podido obtener esos dos visados porque se trataba de mis secretarios personales, que debían reemplazar aquí a dos norteamericanos. Desde el principio, las autoridades han creado un régimen especial en lo concerniente a mis colaboradores personales. Pero eso es todo. Todo el resto de solicitudes se ven sometidas a las restricciones generales y, repito, no soy nada optimista sobre la cuestión de Popper o la de los otros quince. Le ruego que comunique esto a Praga inmediatamente, y que les asegure que hemos hecho todo lo que está en nuestras manos para solucionar la cuestión.

El camarada Goldman me ha escrito que el profesor Merrill Spalding[324] estaría aquí el 20 y el 21 de diciembre para familiarizarse con los documentos. Hoy, día 23, todavía no se ha presentado. Puede que venga en los próximos días. ¿Le parece más favorable la cuestión que cuando la presentó en su última carta?

Nos escribe usted a propósito de Sieva. Hemos decidido hace ya mucho tiempo traerlo a México, pero decidir es una cosa y realizar materialmente otra distinta. Tenemos las mismas dificultades que con los archivos, además de las dificultades suplementarias que surgen de un cariño personal. Hacemos todo los posible por nuestra parte para solucionar la cuestión, pero no es fácil.

¿Está usted en contacto con *Partisan Review*? Es completamente necesario que algunos de nuestros camaradas se interesen en esta cuestión. *The New International*

[320] Carta a J. Frankel.

[321] Bruno y Pooper eran los pseudónimos de Josef Hindels (nacido en 1916), antiguo miembro de las JS y después de las JC de Austria, cofundador de los Comunistas Revolucionarios (RK), que se había refugiado en Checoslovaquia en 1934 y había colaborado en la publicación de *Der einzige Weg*. Finalmente lograría un visado noruego.

[322] Jiři Kopp (nacido en 1907), hijo de un patrón de la prensa de Checoslovaquia fue uno de los primeros en visitar a Trotsky en Prinkipo con su amigo Salus. Era el “financiero” y hombre para todo de la sección checoslovaca y un fiel corresponsal de Trotsky.

[323] Julik era el pseudónimo de un obrero sajón, Wenzel Kozlecki (nacido en 1906) que había sido sobre 1933 uno de los responsables IKD en Checoslovaquia, en Reichenberg donde había fijado su residencia.

[324] Merril T. Spalding había sostenido en 1933 en Harvard una tesis sobre “Algunos aspectos del trabajo forzado en la URSS”. Era bibliotecario en Stanford.

debería publicar un artículo citando el Manifiesto[325] y expresando su propio punto de vista. Incluso el *Socialist Appeal* podría hacerlo en una breve nota. Eso podría hacer avanzar el asunto.

[Sobre nueva edición norteamericana de *Literatura y revolución*][326]

(7 de enero de 1940)

Estimado camarada Macdonald[327],

Acepto con gusto su propuesta concerniente a una nueva edición de *Literatura y revolución*. También acepto las sugerencias concernientes al adelanto y los derechos.

Desgraciadamente, no tengo ningún ejemplar del libro, ni en inglés ni en otra lengua.

International Publishers[328] publicó mi libro sin contrato particular, exactamente como publicaba mis otros libros en la época. De este modo, tengo plenos poderes para ofrecer los derechos de este libro a otro editor. No tengo la menor idea de quién era el traductor y de cuáles eran sus derechos. ¿Pertenece al partido comunista? Si es que no, podría haber entendimiento. En cualquier caso, no creo que International Publishers pueda perseguir a los editores de una nueva traducción ya que, formalmente, no tienen derecho alguno. Sin embargo, usted puede aclarar la cuestión de la traducción en Nueva York mucho mejor de lo que pueda hacerlo yo aquí.

---

[325] "Manifiesto por un arte revolucionario independiente", en estos mismos anexos.

[326] Carta a Macdonald.

[327] Dwoight Macdonald (1906-1982), antiguo estudiante en Yale, después periodista en *Fortune*, había roto con el PC y simpatizaba con las ideas de Trotsky sobre los procesos de Moscú. Era uno de los redactores de *Partisan Review*. Este "compañero de ruta" se había adherido al SWP a instancias de Burnham y para apoyar a la minoría.

[328] International Publishers era la editorial del PC en los Estados Unidos. Había publicado el libro en cuestión en 1925.

Extracto de un viejo carnet: París, otoño de 1916

Estas líneas fueron escritas durante el otoño de 1916 para la prensa rusa, legal en aquel entonces. Sin embargo, no fueron publicadas. El tono más que moderado del relato se explica por consideraciones de censura. L.T. [*Krasnaya Niva*, número 1, 1922]

No habiendo, como quien dice, salido de París este verano, he podido observar día a día el nuevo ajetreo de la ciudad. Dos años han pasado desde la época en que el ejército de von Klück se acercaba a esta ciudad. Uno de los diputados socialistas evocaba recientemente en la prensa esas jornadas dramáticas. Después de los comunicados triunfales de las primeras semanas, Francia se percató repentinamente del peligro mortal que se cernía sobre París. Vacilante, el gobierno se preguntaba si habría que defender a la capital. Los grandes propietarios influyentes de París, temerosos de las destrucciones de la artillería alemana, hacían presión para que la capital fuese declarada "ciudad abierta", es decir, para que le fuese entregada al enemigo sin combate alguno. Sembat se dirigió al grupo parlamentario socialista e hizo saber que Viviani se negaba a asumir por más tiempo la responsabilidad del país si no obtenía la colaboración de los socialistas. "Nos miramos unos a otros con horror", cuenta ese diputado. Longuet se opuso a la proposición; Sembat y Guesde la aceptaron. Esos hombres, que no estaban hechos para los grandes acontecimientos, se embarcaron en su gran corriente. Uno de los miembros del grupo socialista, divulgando determinados hechos internos, condujo al grupo a disolverse a sí mismo y a confiar todos los poderes a un comité; éste designó a Sembat y a Guesde para el puesto de ministros. El gobierno, de acuerdo con el estado mayor, estaba a la sazón a punto de evacuar París. La izquierda protestó, los ministros socialistas se hicieron eco de esas protestas. El general Gallieni, encargado de defender París, convocó a Hubert, secretario del sindicato de los obreros de pico y pala parisienses, dándole órdenes terminantes de movilizar a sus hombres para cavar trincheras. En París se constituyó un ejército móvil que debía desempeñar más tarde un papel decisivo en la batalla del Marne... París, con un tercio de su población evacuada, fue salvado.

Reinaba aún en París ese estado de tensión triunfante y bulliciosa del tiempo en que el peligro parecía suspendido sobre la ciudad; el gobierno de la república se reunía en Burdeos y las mujeres de la pequeña burguesía desplegaban como banderas flamantes vestidos de duelo, sobre todo cuando se trataba de parientes lejanos; las madres y las obreras se abstuvieron de toda manifestación vistosa de este tipo. Algunas semanas más tarde, el luto, llevado por casi todas aquellas que podían ofrecerse ese modesto lujo, se había convertido en el último grito de la moda, y las siluetas de las mujeres de negro daban a las calles un insólito postín... Habiendo alcanzado ese punto extremo, la moda declinó rápidamente, el "gran duelo" dejó de estar en boga y los vestidos de colores devolvieron a las calles de París uno de sus aspectos característicos en tiempo normal. En lo que respecta a la respetable prensa burguesa, la cual exaltaba no hace mucho "el estoicismo antiguo" de la francesa, exigía ahora la elegancia como un deber patriótico: ¡gústele o no le guste, los clientes norteamericanos vuelven a París en busca de nuevas muestras del gusto francés! Cuando los soldados que vienen del frente con permiso de seis días consiguen echar una ojeada a su alrededor (y esto se produce generalmente en el momento en que tienen que tomar el vagón de vuelta al frente) comprueban con estupor que la vida prosigue su curso normal. La gente ha acabado por acostumbrarse a una guerra que, sin decirlo, presienten que ha de durar aún mucho tiempo.

Bajo ese cambio de actitud se desarrolla, sin embargo, un proceso de empobrecimiento menos rápido, fundamental e ininterrumpido que, como un gusano, está minando las bases de la existencia. El revestimiento de las calles desaparece poco a poco: se recubre sólo en casos muy raros. El gas escapa de los faroles y, aunque la escasez creciente del carbón ha hecho de aquél una sustancia preciosa, nadie los repara. Los cocheros y los chóferes de taxi son insuficientes y, a pesar de que varios centenares de

emigrados rusos conducen ahora automóviles, los chóferes se han convertido en una clase casi aristocrática. En lo alto de las torres, en los quioscos y en las tiendas, los relojes se paran uno tras otro, marcando la hora de todos los meridianos menos el de París.

Las calles de la capital francesa no han brillado jamás por su limpieza, ahora menos que nunca. Los célebres edículos de hojalata frente a los cuales Houdave y Dubas efectuaron sus curiosas encuestas estadísticas, envenenan el aire del verano más que nunca. El número de perros ha crecido, y la policía, que en otras circunstancias sabe mostrarse muy enérgica, es incapaz de obligar a los perros a llevar bozal y menos aún a estar limpios. En diferentes barrios de la ciudad existen numerosos terrenos rodeados de empalizadas, y edificios por terminar: hoy sólo se construyen fábricas de guerra; todas las demás obras se encuentran en el punto en que estaban el 2 de agosto de 1914: no hay nadie para construir, nadie para quien construir.

Bastaron algunos días para cubrir de verdor los bulevares, los jardines públicos y los parques, cuando, después de la humedad desagradable y gris de la primavera, los primeros calores se dejaron sentir repentinamente sobre la ciudad. París, rejuvenecido, se hizo más elegante en su maravilloso atavío de plátanos, castaños y acacias. Esto no duró mucho tiempo. No había nadie para regar los bulevares, y en vano las tiernas hojas de los árboles mendigaron agua... El estuco de un gran número de edificios se desconchaba: al no percibir más los alquileres, los propietarios han dejado totalmente de reparar sus edificios. Los escaparates de numerosas tiendas siguen rotos. Los vidrieros, que venden ahora su mercancía a precio de oro, se anuncian en las calles lanzando gritos insoportablemente agudos. El correo funciona con una lentitud espantosa: en el interior de la ciudad las cartas necesitan tres o cuatro días para llegar a su destino, ¡y eso si llegan! Muy recientemente, en el distrito XVIII se descubrió que un buzón de cartas empotrado en una farola había acabado por desfondarse. ¿Cuántos buzones como éste hay hoy en París?, esa es la pregunta melancólica que se hacen los periódicos.

Nunca es París tan triste como en la noche, en las horas en que, en tiempo de paz, destellan todas las luces de su fantástica vida nocturna. Durante los primeros meses los cafés cerraban a las ocho, más tarde pudieron seguir abiertos hasta las diez y media. El temor de los zepelines hace que se pongan persianas a las ventanas, pantallas de colores a las lámparas; tanto es así que en las terrazas los clientes están sentados en una semioscuridad. En los hogares se bajan las persianas todas las noches a pesar de la atmósfera irrespirable. Escudriñando el aire, los policías de patrulla toman nota de las ventanas iluminadas, y las porteras suben las escaleras de cuatro en cuatro para tocar, llenas de terror, a las puertas de los inquilinos infractores. De dos en dos, los agentes recorren en bicicleta las calles oscuras y silenciosas, pidiendo los papeles a los transeúntes que llaman su recelosa atención. La gente que quiere pasar un buen rato tiene que esconderse. Por la noche, se bebe champaña en hoteles "amigos", con los cerrojos pasados. Para jugar al bacará o bailar el tango hay que bajar a los sótanos y cerrar cuidadosamente puertas y ventanas. Los moralistas llenos de condescendencia ven con satisfacción en esas precauciones totalmente involuntarias el homenaje que el vicio rinde a la virtud.

En una calle como la rue Mouffetard, París muestra su atraso técnico y sanitario, su pobreza y su suciedad. Entre dos muros de piedra, al pie de los cuales se amontonan carretillas cargadas de legumbres averiadas, zapatos poco reconocibles, carne de caballo listada de azul y todo tipo de menudencias comestibles y no comestibles, en una calzada estrecha, escarpada e irregular, en medio de tarimas dudosas de mantequilla y de carne, de cestos de frutas pudriéndose, en una nube compacta de pesados olores, se agitan ancianos de pantalones de pana marchita cayéndoles sobre los zuecos, mujeres de músculos flácidos (excepto los conservados por el trabajo), niños de mejillas chupadas y

perros... Se podrían reunir de manera expresiva todos esos elementos en un cuadro de conjunto; cada detalle vivo proclama con elocuencia la pobreza. la opresión, los nervios gastados por el miedo al hambre. ¡Oh París! ¡Oh labor! ¡Oh miseria!

El león de Belfort, pesada masa de metal, reposa sobre un zócalo de piedra. Bajo su pata se encuentra una flecha de granito, mientras que su cola pende como un poderoso resorte. Los pájaros han anidado en sus mandíbulas entreabiertas y sale paja por entre sus colmillos reales: nadie ha sido encargado de quitar la paja de las fauces del león de Belfort.

No por ello dejan de estar firmes en su lugar los incomparables monumentos de París. Estos son incontables, y confieren una inexpresable nobleza a esta vieja ciudad espléndida y sucia. El espíritu de libertad se eleva, silueta reconocible, por encima de nosotros en la plaza de la Bastilla. La República ocupa firmemente su Plaza. Las palomas han dejado sobre la cabeza y la mano de Danton rastros, desde hace mucho imborrables, de su intimidad con el tribuno revolucionario. Augusto Comte, frente a la Sorbona, está ennegrecido por el polvo y el hollín. Carlomagno y sus dos hijos se destacan, más limpios que otros, en su fondo de verdor frente a Notre-Dame. Frente al Louvre se alza el monumento a la gloria de Gambetta, de un estilo pomposamente complicado y sin alma, al igual que el monumento a Waldeck-Rousseau en las Tullerías, y, de una manera general, toda la estatuaria de la tercera república. Inviolable, Notre-Dame os llena de admiración cada vez que se percibe “por casualidad” esta creación de las manos del hombre. Marinetti, el chillón futurista italiano, quiere desembarazar la superficie de la tierra de todas las catedrales y de todos los museos a fin de preparar la vía a las nuevas formas de arte del porvenir. La artillería está realizando una parte de ese programa de demolición. No cabe duda alguna de que después de esta liquidación, que sin embargo no se realiza según los principios de la estética futurista, va a comenzar un nuevo capítulo de la historia humana, y, por consiguiente, un nuevo capítulo de la historia del arte, ya que el arte no ha tenido jamás nuevos capítulos *independientes*. Cuando la humanidad del porvenir se haya vuelto sobre sí misma después de la guerra, la distancia histórica que la separará de esta Edad Media que ha encontrado una expresión tan perfecta en los arcos de Notre-Dame, habrá crecido, sin duda alguna, infinitamente. A pesar de ello, o más bien a causa de ello, la humanidad, capaz de crear nuevas formas de vida y de arte, curará todas las llagas soportables por las viejas catedrales y los viejos museos... Es bueno que Notrc-Dame exista.

Como todo lo que es perfecto, el patio del Louvre no cansa jamás la vista, por mucho que se le contemple. ¡Qué armonía, qué concordancia tranquila se han plasmado en los edificios del Louvre! En el Palais Royal se siente la dulce nostalgia de una época ida para siempre. En el arco triunfal de Napoleón se expresa no solamente la vana gloria militar, sino también la potencia. Las estatuas y las fuentes de las Tullerías reposan en una calma espléndida en medio del verdor y las flores. Aquí se riegan las plantas con solicitud, y esas frescas avenidas son incomparables por las combinaciones cromáticas que ofrecen. La plaza de la Concordia expresa el espacio mediante la piedra. Las libres perspectivas enmarcadas por la vegetación, transportan el pensamiento más allá de la ciudad, y sin embargo nada expresa mejor la belleza de la ciudad que esta plaza de la Concordia. Cuando se desemboca en este espacio libre, al salir de la estación Concordia, después de abandonar el largo túnel del metro que corre bajo el Sena, se está cada vez bajo la fascinación agradecida de que tal cosa exista y de que se la pueda contemplar. Los viejos señores que dormitan sobre sus periódicos en los bancos del Jardín de las Tullerías, las mujeres que tejen al tiempo que vigilan a sus niños que juegan, asombran por su indiferencia rutinaria: se tiene la impresión de que no se debería venir aquí, como tampoco al teatro o a una galería de arte, trayendo consigo trabajo o lectura. En los días feriados,

una multitud de gente que ha salido a tomar el aire se arrellana en los bancos o en las sillas que se alquilan en los Campos Elíseos, observando con ojos de hastío los coches que pasan. En la avenida de los Campos Elíseos los edificios privados desocupados tienen aspecto de palacios; un gran número de ellos ha sido transformado en hospitales, institutos de reeducación física para los mutilados, o en almacenes de artículos fabricados para las víctimas de la guerra. Ambulancias con el emblema de la Cruz Roja llevan y traen heridos. La plaza de la Estrella, gigantesca estrella de París de donde parten doce avenidas, es uno de los puntos de convergencia de la ciudad. El flujo y el reflujo de su vida corren a lo largo de sus doce arterias. Mientras que la plaza de la Concordia expresa, en el lenguaje de la arquitectura, la belleza del espacio, la plaza de la Estrella revela la armonía oculta en el caos del movimiento. París es magnífico.

El Barrio Latino es, más que cualquier otro, el reino de la mujer. Casi no hay estudiantes. El célebre salón de baile Bullier está cerrado. Por el contrario, se encuentran numerosas estudiantes, inclusive rusas, de las que, como dice un periódico francés, poseen el arte secreto de vivir con veintiséis francos al mes... ¡Cuántas mujeres abandonadas, languidecientes en sus llantos, que recurren a la lectura! Nunca las mujeres "del pueblo" han leído tanto como ahora. Devoran todo lo que les cae entre las manos, todo lo que pueda distraerlas del tiempo actual; leen sobre todo novelas y obras de teatro, historias rosas, historias fantásticas y novelas policiacas... Evitan en lo posible leer las noticias del frente, limitándose a preguntar a sus hombres: "*Ça va avec la guerre*?, y ellos responden: *Pas mal! pas mal!*[329] moviendo la cabeza en forma característica. En la estación del Norte y en la estación del Este los trenes llevan y traen a los soldados con permiso. Muchos son esperados o despedidos por mujeres: madres, esposas, hermanas. Los hombres sin familia vagan por la estación solitarios y desalentados; desde que bajan las escaleras para ir a la calle, son abordados por las prostitutas, firmes en su puesto...

Urbano Gohier exige medidas terminantes contra esas "envenenadoras de la salud física y moral"; su rigor es aún más implacable contra los apaches. Durante el primer año de la guerra, éstos habían desaparecido casi por completo; la criminalidad había declinado bruscamente, y los trovadores de la prensa se pusieron a hablar de la influencia regeneradora de la guerra. Georges Brandes, que había sido como quien dice completamente destronado por la prensa francesa debido a su "neutralismo moral", fue invitado muy en serio por uno de los mayores periódicos franceses a venir a París, para ver con sus propios ojos el grado de pureza que habían alcanzado las costumbres... También en este campo, la reacción no tardó en producirse. Como todos los otros aspectos de la vida, el crimen se despertó poco a poco del letargo en que la guerra lo había sumido. En pleno día se sucedieron asesinatos y robos temerarios, así como combates entre las bandas. "¡Hay que limpiar París!", gritó la prensa. En el momento crítico del paso del estado de guerra al estado de paz, los fomentadores de desórdenes y los criminales no deberían estar presentes en la capital. "Gobernar es prever. ¡Prever es limpiar!", éste es el aforismo de Urbano Gohier. Puede ser que el lector no conozca a este moralista; su reputación le viene de sus panfletos contra el militarismo, el clericalismo y la reacción en la época del proceso Dreyfus. En aquel entonces, se distinguía de los otros partidarios de Dreyfus por la mordacidad y la brillantez de sus ataques contra el militarismo y los sacerdotes; llegó hasta a atacar a Jaurès, reprochándole su tendencia al compromiso. Gohier no conservó mucho tiempo esta posición. Algunos años más tarde, lo encontramos aliado a los nacionalistas, a los antisemitas, y hasta a los monárquicos. A lo largo de su carrera paradójica, la única constante de Gohier es su odio celoso a Jaurès. Hoy es uno de los escritores franceses más comprometidos con la policía y la reacción.

---

[329] En francés en el texto original. [¿Cómo marcha la guerra? ¡Nada mal, nada mal!]

El año pasado, muy pocos fueron los burgueses que salieron de París durante el verano; igualmente, pocas mujeres se confeccionaron nuevos vestidos: se esperaba que la guerra terminaría pronto; entonces, pensaban, llegará el momento de pagarse nuevos vestidos y chalets. La guerra no ha terminado, los vestidos se han desgastado, el luto se ha vuelto insoportable y, entre los que se han quedado en la retaguardia (con la excepción, claro está, de los que están obligados a reunir sus energías para luchar contra el alto precio de la mantequilla y del carbón, es decir los habitantes de los barrios obreros) ha nacido un deseo violento de "disfrutar" en lo posible, en tiempo de guerra, de esta vida que se nos escapa entre los dedos. Nunca, dicen los sastres y los modistos, las mujeres de la burguesía parisiense se han mandado hacer tantos trajes como este año. Todos los chalets de las afueras y de la costa están repletos. Si creemos *Le Figaro*, la temporada en Evian ha superado las previsiones más "optimistas". Todas las formas del deporte conocen aquí un auge sin precedentes. Los periódicos mencionan al barón de Mantaschev (?), Pierre Lafitte, Sam Park, Cana (?), Fould, Von Heickel (?), en suma, ¡una verdadera internacional de alegres juerguistas; nunca antes se habían comprado tantas joyas. Los orfebres exhiben maravillosas combinaciones de diamantes y de platino. Los diamantes no tienen sólo un fin ornamental, sino que constituyen un medio de invertir capitales. Los valores no son seguros, y, además, están sometidos al impuesto. ¡Quién sabe cuánto tiempo puede durar aún la guerra y qué impuestos nos reserva el porvenir! Mientras que los diamantes son siempre diamantes y el que los coleccione podrá hacer frente a cualquier situación. La gente de la retaguardia se ha dado cuenta de repente de que han envejecido, como quien dice, de dos años, y quieren vivir la "vida" de la que *La Vie Parisienne* trata de ofrecer una imagen.

He ahí una publicación en la que ni el impresionismo, ni el puntillismo, ni el cubismo han dejado la menor huella. Hace cien años, cuando los ejércitos aliados entraban en París para restaurar la dinastía "francesa", los artistas de moda pintaban la elegancia intrigante exactamente con los mismos procedimientos y colores que los utilizados por los artistas de hoy, cuyas obras se publican en *La Vie Parisienne*. Hay que añadir, que hace cincuenta y cuatro años que esta revista aparece y que Taine, sí, el mismísimo Taine, trabajó en ella. El conservadurismo de la vida diaria y de las formas de "arte" francesas (y esto, a pesar de que nuevas concepciones artísticas han nacido aquí mismo, en París) es tan poderoso como el conservadurismo de las relaciones económicas. Francia sufre muy fuertemente, durante esta guerra, el aspecto negativo de ese conservadurismo. *La Vie Parisienne* da un lugar preponderante a las historias satíricas y a las comedias que versan sobre la vida de los nuevos ricos, los que, si creemos a esta revista, están perdidos cuando se trata de vestirse, de escoger un chalet para el verano y, en general, de procurarse un marco "respetable". Se trata de una sátira ligera, que responde al arte didáctico. Los nuevos ricos deben leer embelesados esta revista: primeramente, encuentran bocetos divertido de gentes conocidas y además se educan imperceptiblemente el gusto. Para dar una idea más completa de esta revista, hay que añadir que es fanáticamente monárquica, que hace campaña contra el parlamentarismo y los diputados, cuyo lugar, desde luego, debería estar en las trincheras, pero estas convicciones no impiden que uno de sus principales directores reciba un salario de subprefecto de la república. Este quisiera enviar a los diputados a las trincheras, quedándose, por su parte, sentado en la trinchera bien iluminada de su subprefectura.

A la guerre comme a la guerre[330], y los calaveras más alegres de la retaguardia no tienen más remedio que adaptarse a las restricciones fastidiosas. A numerosos "círculos" importantes les falta personal, y ese personal, por la complejidad y delicadeza de sus

[330] En francés en el original. [Hay que arreglárselas]

funciones, es menos fácil de reemplazar que un cobrador de tranvía. ¿Encuentran la vida fácil durante esta guerra los clientes de los “círculos”? Jugar a las cartas es una ocupación semi ilegal: en el mejor de los casos, la moral patriótica de los directores de “círculos” los lleva a cerrar un solo ojo ante esta actividad. La opinión pública obtusa de la calle, por razones poco claras, manifiesta cierta hostilidad contra los círculos, considerando, como se lamenta *Le Temps*, que sus miembros, aunque pertenezcan a la crema, son en su mayoría haraganes, jugadores y borrachines. La policía ha tenido inclusive que pedir a los miembros de uno de los círculos más ricos que no tomaran el desayuno al aire libre, para no ofrecer a los transeúntes un espectáculo demasiado tentador. La prensa “seria” refunfuña, solidarizándose por completo con esos círculos respetables, la mayoría de cuyos miembros eran demasiado jóvenes en 1870, y son ahora demasiado viejos para entregarse a las hazañas marciales: “No hay ni que decir que todos estamos dispuestos hoy en día a aceptar de buen grado las restricciones que la patria exige de nosotros, pero, ¿por qué será menester abstenerse de jugar a las cartas o de tomar el desayuno en el jardín?”. Se añade a esto que la caza está prohibida. Durante los dos primeros otoños de la guerra, resultaba evidente que no era apropiado tirar aquí sobre las piezas, mientras que allá se tiraba sobre otro tipo de blancos. Con el tercer otoño, la paciencia de los cazadores (los que eran demasiado jóvenes para la última guerra y son demasiado viejos para ésta) acabó por agotarse, y la prensa de la alta sociedad, que había decretado el año pasado la imposibilidad moral de cazar, ha comenzado a demostrar con mucha elocuencia que la caza no perjudica a nadie, mientras que los animales dañan los cultivos de los campesinos. En definitiva, la policía se ha puesto a argumentar, claro, no a favor de la caza, sino a favor... de la exterminación de dichos animales.

De modo general, la moral de aquel monje que bautizó a una liebre como pescado y la comió durante la Cuaresma, encuentra amplias aplicaciones en nuestros días. El año pasado, las autoridades prohibieron las carreras de caballos. Este año, parece que no son los propietarios de caballos sino los caballos de carrera los que se impacientan por volver al hipódromo. Se proclama que las carreras son necesarias al mantenimiento de las mejores tradiciones ecuestres. Tras algunas vacilaciones, tas autoridades permitieron que se efectuaran en Caen, no carreras propiamente dichas, sino “pruebas”, “encuentros hípicos”, como dicen algunos periódicos: gracias a esta nueva apelación, se espera que las carreras de caballos no den lugar a amargas reflexiones en las trincheras.

Los cines, los teatros y los musichalls están casi siempre llenos; el público, cuya composición es muy democrática en su conjunto, está sumergido en una bruma de apatía y de indiferencia. Todos los espectadores parecen monstruosamente viejos y anacrónicos. Las obras se estrenaron antes de la guerra y están ahora hundidas en un pasado lejano. La música alemana ha sido desterrada, y así triunfa el verboso y petulante Saint-Saens, quien, de tiempo en tiempo, recuerda a todo el mundo, con sus cartas a *Le Fígaro*, que la mejor música es la que lleva el sello de su casa.

Los espectáculos de revistas tratan de seguir la actualidad de más cerca. La envergadura de la imaginación creadora, ya débil, y limitada aún más por la censura, los ha reducido a un conformismo tan claramente patriótico, que no consiguen atraer por mucho tiempo a los parisienses, ni siquiera a los provincianos o a los aliados, que tanto abundan. Quizás su contenido no haya sido nunca antes tan pobre como hoy. En el Concert Mayol se presenta una colección completa de vestidos y ropa interior, procedentes casi todos de un viejo surtido. En el Folies-Bergere, el “plato fuerte” está constituido (hoy, ¡en 1916!) por una procesión de crinolinas, levitas de colores y chisteras que datan de 1860. Un resultado seguro de esta guerra es el haber llevado el arte a la bancarrota.

En los cines, las películas de guerra ocupan un lugar relativamente reducido. Las películas patrióticas sobre temas alsacianos de agua de rosas han pasado rápidamente de moda. Dramas familiares y comedias con adulterio festivo en las películas francesas; un detective irreprochable en las norteamericanas; unas y otras sin relación alguna con la realidad actual. La mayor parte de estas películas son viejas: ya han sido exhibidas y no han resistido la prueba del tiempo; la pantalla da fe a su manera del proceso de empobrecimiento técnico y cultural. El público está aletargado, no triste, sino de cierto modo ajeno. La gente se marchita esperando el gran vacío que debe invadir su vida personal, mientras que la época tiende fuertemente las fuerzas colectivas. Buscan consuelo o distracción; encuentran un asiento, miran y escuchan pasmados y, al día siguiente, vuelven a encontrar la misma cosa. Solamente el sábado, en los pequeños teatros de barrio, se encuentra un público vivaz, que aprecia lo que se le ofrece: jóvenes obreros, y sobre todo obreras, las que, tras una semana de trabajo intenso, arden en deseos de oír, de ver, de reír. Las obras con que París divierte a ese público no honrarían a Jitomir. Ernest Pacra, director del pequeño teatro llamado *La Chanson*, compone él mismo los vodeviles en dos actos, en colaboración con un periodista cualquiera, cuya ayuda parece necesaria para corregir su ortografía. Pacra es un "verdadero parisiense de París", como se anuncia en sus carteles: hijo de Montmartre, aprendiz joyero, aprendiz grabador, cantante "lírico" en los teatros baratos, cartógrafo militar, luego director de pequeños teatros. *Le seul directeur qui respecte le public*[331] presenta a un novio disipador, que no tiene ni botines acharolados ni chistera en vísperas de su boda, pero posee un viejo servidor astuto y fiel. El viejo tuno, verdadero actor del faubourg consigue robar una chistera en un café, pasmando al público que el director Pacra "respeta".

Los "horrores" a los que asistía (en el Gran Guiñol) en estos últimos años, un público esencialmente burgués e intelectual, ahora son los pequeños burgueses que se han quedado en París durante el verano, y algunos soldados con licencia, en compañía de sus mujeres y sus hijos, los que vienen a verlos. También aquí, casi todas las obras son viejas. Se muestran al público los horrores de una muerte lenta en un misterioso castillo donde están reunidos unos millonarios enfermos de lepra. Esos horrores parecen suavizados por la escala omnipresente de la época en que vivimos. Cuando el héroe trepa al escenario, en medio de la oscuridad, para arrancarle un collar de gran valor a una millonaria roída por la lepra, el público estalla en carcajadas, a guisa de desprecio por la oscuridad, la lepra y todo el esfuerzo hecho para impresionarlos con tales efectos. Raros son los espectadores que aplauden cuando desciende el telón sobre las contorsiones, las máscaras negras y los cadáveres. En el célebre Caveau de la République, no se puede encontrar lugar el sábado. El público, completamente democrático, compuesto principalmente de obreros, ocupa todos los asientos y la entrada. "Aquí no es como en la ópera, con un telón y todos esos chismes", dice el director, desplazando el escenario con la ayuda de un mozo, empujándolo hasta los pies de los espectadores, para dar cabida a una docena de recién llegados: "aquí, como ustedes ven, todo está claro". Un cantante declama algunos versos indecentes sobre Jojo (Francisco José), cuenta cómo los alemanes sueñan con inspeccionar el interior del Obelisco, imaginando, desde luego, que es hueco, y habla de Gustavo Hervé, que se convirtió en diputado de la reacción después de la guerra. Estos temas casi políticos se ahogan en un tejido de sentimentalismo, de erotismo y de pornografía. Como es de esperar de parte de un buen *chansonnier* francés, casi no tiene voz y cuando un barítono de buena voz pasa a ocupar repentina e inesperadamente el escenario, resulta que se llama Wolff (¡qué pecado!), lo que obliga al incansable director

[331] En francés en el original. [El único director que respeta el público]

a explicar que el cantante no tiene nada que ver con la archiconocida agencia telegráfica alemana.

Al salir del teatro, del cine o del cabaret, la gente se encuentra de nuevo en las calles oscuras y, si llueve, debe cuidarse de no meter el pie en los baches de la calzada.

Pocos coches. En la estación del metro, torbellinos de gente regresan a casa. Muchas mujeres con los niños que han llevado al cine, muchos hombres con muletas. Cansadas, las picadoras pican, las revisoras ayudan a los mutilados a encontrar asiento. Las porteras, hurañas, no se apresuran mucho a abrir a los inquilinos, los que, amparados en la moratoria, ya no pagan el alquiler a los desdichados propietarios.

(*Krasnaia Niva*, número 1, 1922 (?)

Algunas páginas del *Diario de exilio (1935)* relativas a escritores

[Sobre Engels. Extracto del *Diario de exilio. 1935*]

Los "jefes" del proletariado siguen demostrando una y otra vez su cobardía ante la reacción, su podredumbre, su aptitud verdaderamente canina para lamer la mano que los azotó. Por supuesto que la palma se la lleva Blum. ¡Qué magnífico conjunto el de los parisinos el día 10! ¡Qué calma! ¡Qué disciplina! ¡El gobierno debería entender de qué lado estaba la voluntad popular![332] Flandin fue insultado en Notre-Dame, mientras que nosotros, nosotros no ofendimos a Régnier ni con una sola palabra. Etc. En resumen: "Por nuestra parte, nada os amenaza: ¿podéis negarnos el desarme de los fascistas?" Pero ¿acaso la burguesía ha otorgado alguna vez concesiones a aquellos de cuya parte nada la amenaza?

***

Engels es, sin duda, una de las naturalezas más bellas, logradas y nobles de la galería de los grandes hombres. Recrear su imagen sería una tarea apasionante y, al mismo tiempo, un deber con la historia. En Prinkipo trabajé en un libro sobre Marx y Engels, pero el material preparado se quemó. Hay pocas posibilidades de que se me presente la ocasión para volver sobre aquel libro. Sería bueno terminar mi libro sobre Lenin, para pasar a un trabajo más actual, sobre el capitalismo en el período de descomposición.

El cristianismo creó la figura de Cristo para humanizar al inalcanzable Sabbath y acercarlo a los mortales. Al lado del olímpico Marx, Engels es más "humano", más cercano. Cómo se complementan; o, mejor dicho, ¡cómo deliberadamente Engels hace de sí mismo el complemento de Marx, se prodiga para complementar a Marx toda su vida, ve su destino en él, encuentra su satisfacción en él (sin una sombra de sacrificio, siempre por su propia voluntad, siempre feliz con la vida, siempre por encima de su entorno y de su tiempo, con una curiosidad intelectual ilimitada, ¡con una auténtica llama de genio y un ardor de pensamiento que nunca se apaga!) En lo que respecta a la vida cotidiana, Engels gana extraordinariamente junto a Marx (sin que éste pierda nada). Recuerdo que, tras una lectura de la correspondencia Marx-Engels en mi tren militar, le dije a Lenin lo entusiasmado que estaba con Engels, y precisamente en el sentido de que, considerado en su relación con el titán Marx, el fiel Fred no pierde nada, sino que, muy al contrario, gana. Lenin aprobó esta idea con vivacidad, incluso diría que con deleite. Le gustaba con ardor Engels, precisamente por su aspecto orgánico y universalmente humano. Recuerdo que examinamos, no sin emoción, un retrato de juventud de Engels, buscando los rasgos que iban a adquirir tal desarrollo en su vida posterior.

Cuando uno se ha hartado de la prosa de los Blum, de los Paul Faure, de los Cachin, de los Thorez, cuando se ha tragado hasta la saciedad sus microbios de mezquindad y de descaro, de servilismo y de ignorancia, nada mejor para refrescar los pulmones que releer la correspondencia entre Marx y Engels, entre ellos y con otros. Bajo una forma epigramática de alusiones y anotaciones personales, pero siempre profundamente reflexionada y acertadamente conmovedora, ¡qué instructivas percepciones, qué frescura de mente y aire de alta montaña! Siempre han vivido en las alturas.

---

[332] No mantenemos la diferencia tipográfica señalando algunas frases que están en francés en el original. EIS.

[Sobre Alexis Tolstoi. Extracto del *Diario de exilio. 1935*]

La novela de Alexis Tolstoi, *Pedro el Primero*, es una obra notable por la sensación directa que transmite del pasado remoto de Rusia. Ciertamente no es "literatura proletaria" (A. Tolstoi está completamente formado por la literatura rusa antigua, e incluso por la literatura mundial, por supuesto). Pero no cabe duda de que fue precisamente la revolución (según la ley de los contrastes) la que le enseñó (y no sólo a él) a sentir con especial agudeza el viejo pasado ruso, con sus propias costumbres, inmóvil, salvaje, sin lavado.

Le enseñó algo más: a encontrar, tras las nociones ideológicas, las fantasías y las supersticiones, también los simples intereses vitales de diversos grupos sociales y sus representantes: A. Tolstoi descubre con gran perspicacia artística el trasfondo material de los conflictos de ideas en la Rusia de Pedro el Grande. El realismo de la psicología individual se eleva así al nivel del realismo social. Es una conquista inequívoca de la revolución como experiencia inmediata y del marxismo como doctrina.

Mauriac (un novelista francés que no conozco, "miembro de la Academia", lo cual es una mala recomendación) escribió o dijo hace poco: "Reconoceremos a la URSS cuando haya creado una nueva novela que esté a la altura de Tolstoi, de Dostoievsky." Mauriac, aparentemente, quería oponer este criterio artístico, idealista, al criterio marxista, basado en las relaciones de producción, materialista. De hecho, no hay ninguna contradicción. En el prefacio de mi libro *Literatura y revolución*, escribí hace doce años esto:

"…incluso la resolución de los problemas elementales [de la alimentación, el vestido, la vivienda y hasta la educación primaria no significaría aún en absoluto la victoria total del nuevo principio histórico, es decir del socialismo. Solamente un progreso del pensamiento científico a escala nacional y el desarrollo de un arte nuevo significarían que la semilla histórica no sólo ha crecido hasta convertirse en una planta, sino que también ha florecido]. En este sentido, el desarrollo del arte es la prueba más alta de la vitalidad y del significado de toda una época.

Sin embargo, la novela de A. Tolstoi no puede presentarse en modo alguno como una "flor" de la nueva época. Ya he dicho por qué. En cuanto a las novelas que se atribuyen oficialmente al "arte proletario" (¡en un período de completa liquidación de las clases!) siguen estando totalmente desprovistas de valor literario. De hecho, a decir verdad, no hay nada "alarmante" en esto. Para que la completa conmoción de los fundamentos sociales, las costumbres y las concepciones conduzca a una cristalización artística sobre nuevos ejes, se necesita tiempo. ¿Cuánto tiempo? No se puede decir al azar, pero mucho tiempo. El arte siempre va en el convoy de una nueva era. Y el gran arte (la novela) es un equipaje especialmente pesado.

Que no exista todavía un gran arte nuevo es un hecho perfectamente natural; repito que no debe ni puede causar alarma. Pero lo que sí puede asustar son las repugnantes falsificaciones de arte nuevo, encargadas por la burocracia. Las contradicciones, la falsedad y la ignorancia del bonapartismo "soviético", cuando pretende ser el comandante soberano del arte, excluyen la posibilidad de cualquier tipo de creación artística, cuya primera condición es la *sinceridad*. Un viejo ingeniero puede fabricar una turbina a regañadientes; no será de primera calidad, precisamente porque se ha hecho a regañadientes, pero servirá para el trabajo. Pero no se puede escribir un poema *con desgana*.

No es casualidad que A. Tolstoi haya ido a finales del siglo XVII y principios del XVIII a buscar la libertad indispensable para el artista.

[Sobre Jules Romains. Extracto del *Diario de exilio. 1935*]

Primavera, el sol calienta, las violetas ya llevan diez días reventando, los agricultores van y vienen por los viñedos. Ayer, hasta la medianoche, escuchamos la *Valquiria*, de Burdeos. Dos años de servicio militar. Rearme de Alemania. Preparación para una nueva "última" guerra. Los agricultores podan tranquilamente las viñas, ahúman los surcos entre las filas de viñas. Todo está en orden.

Los socialistas y comunistas escriben artículos en contra de los dos años, y para lograr un mayor impacto, utilizan las letras más gruesas. En el fondo de sus corazones, los líderes se sienten adormecidos por la esperanza: nos saldremos con la nuestra de alguna manera. En eso todo está en orden, también...

Y, sin embargo, este orden esta carcomido sin esperanza. Se hundirá en el hedor...

***

Al parecer, Jules Romains está muy preocupado por esto, porque se ofrece como salvador ("Plan del 9 julio"). En uno de los últimos libros de su epopeya, Romains parece escenificarse a sí mismo, bajo el nombre del escritor Strigelius (eso es, creo). Este S. sabe y puede hacer todo lo que otros escritores saben, y mucho más para colmo. Pero sus capacidades no son sólo las de un escritor. Ha comprendido que el "arte" (el genio) es universal. También sabe en otros ámbitos (sobre todo en el político) más que otros. De ahí el "Plan del 9 julio" y el libro de J.R. sobre las relaciones entre Francia y Alemania.

No hay duda de que este talentoso escritor se ha mareado. Entiende mucho de política, pero de forma bastante visual y, por tanto, superficial. Los mecanismos sociales más profundos de los fenómenos permanecen ocultos para él. En el campo de la psicología individual es notable, aunque sin profundidad. Lo que le falta como escritor (y aún más como político) es *carácter*. Es un espectador, no un participante. Y sólo el participante puede ser profundo como espectador. Zola era un participante. Por eso, a pesar de todas sus vulgaridades y defectos, es mucho más elevado que Romains, más profundo, más cálido, más humano. Jules Romains se califica a sí mismo (esta vez sin pseudónimo, con su propio nombre): distante. Es cierto. Pero su distancia no es sólo óptica, sino también moral. Sus luces morales le permiten ver las cosas sólo desde una cierta e inmutable distancia. Así que parece excesivamente distante de la pequeña Bastida, y excesivamente cercano al asesino Quinette. En el participante, la "distancia" varía según el carácter de su participación; en el espectador no. Un espectador como Romains puede ser un escritor *notable*, no puede ser un *gran* escritor.

***

No he escrito todo sobre nuestra "catástrofe" del año pasado en Barbizon. La "historia" ha sido suficientemente reproducida en las columnas de los periódicos. ¡Qué oleada tan furiosa de invenciones estúpidas y de odio no fingido!

¡El fiscal era un buen hombre! Nunca hay que fijarse demasiado en estos altos dignatarios. Vino a mi casa, supuestamente, por una moto robada (nuestra moto, que conducía Rudolf), pero me preguntó enseguida cuál era mi verdadero nombre (tengo un pasaporte a nombre de Sedov –el nombre de mi mujer–, lo que está completamente permitido según la ley soviética, pero un fiscal de Melun no está obligado a conocer la ley soviética). –¿Pero usted tuvo que instalarte en Córcega? –Pero, ¿qué tiene esto que ver con una moto robada? –No, no, estoy hablando de hombre a hombre. –Esto, por otra parte, ya se dijo como escapatoria cuando se vio que mi pasaporte llevaba el visado de la *Sûreté générale*. En cuanto a Rudolf, le retuvieron durante treinta y seis horas, le esposaron, le llamaron sucio boche, le golpearon, o más bien le empujaron la cara a puñetazos. Cuando por fin me lo trajeron, le puse una silla delante (estaba pálido), pero

el fiscal le gritó: "¡No, en pie!" Rudolf se sentó, sin haber oído el grito. De todos estos visitantes, sólo el secretario judicial, un hombre mayor, dio una impresión de simpatía. En cuanto a los demás...

Por lo demás, todo esto no merece una descripción tan detallada.

[Sobre Fédine y Louÿs. Extracto del *Diario de exilio. 1935*]

Fédin, en su novela *La conquête de l'Europe* (novela escrita literariamente, sin profundidad y a menudo pretenciosa) demuestra una cosa: la revolución ha enseñado a los escritores rusos (o les ha obligado) a mirar de cerca y atentamente los hechos en los que se expresa la dependencia social de un hombre respecto a otro. Una novela burguesa normal tiene dos pisos: los sentimientos se viven sólo en el piso noble (¡Proust!); la gente de la planta baja limpia zapatos y vacía orinales. Esto apenas se menciona en la propia novela: se da por sentado. El héroe suspira, la heroína respira, así que tienen que librarse de otras funciones: alguien tiene que limpiar tras ellos.

Recuerdo haber leído la novela de Louÿs *Amour et Psyché* (una elucubración extraordinariamente falsa y plana, completada, si no me equivoco, por el insufrible Claude Farrère). Louÿs coloca a los siervos en algún lugar de las entrañas de la tierra, para que sus amados héroes nunca los vean. Un orden social ideal para los amantes ociosos y sus creadores.

De hecho, la atención de Fédine también se dirige principalmente a las personas de la clase noble (en Holanda), pero intenta, aunque sea de pasada, llegar a la psicología de la relación entre el chófer y el magnate financiero, el marinero y el armador. No hace ningún descubrimiento, pero sí arroja luz sobre algunos pequeños rincones de las relaciones humanas en las que se basa la sociedad contemporánea. ¡La influencia de la Revolución de Octubre en la literatura está aún por llegar!

El *TSF* ofrece la *Sinfonía Heroica*, de los Concerts Pasdeloup. Envidio a N. cuando escucha buena música: por cada poro de su alma y de su cuerpo. N. no es músico, pero es algo más: toda su naturaleza es musical, tanto en sus sufrimientos como en sus (raras) alegrías hay siempre una profunda melancolía que ennoblece todas sus emociones. Los pequeños hechos cotidianos de la política no carecen de interés para ella, pero no suele enlazarlos en un cuadro completo. Sin embargo, allí donde la política penetra profundamente y exige una reacción total, N. siempre encuentra la nota adecuada en su música interior. También en sus juicios sobre las personas, y no sólo desde el ángulo de la psicología personal, sino también desde el ángulo revolucionario. El filisteísmo, la vulgaridad, la cobardía nunca escapan a su mirada, aunque es extraordinariamente indulgente con todas las pequeñas debilidades humanas.

Las personas delicadas, incluso las más "sencillas" (y también los niños) perciben instintivamente la musicalidad y la profundidad de su naturaleza. En cuanto a los que se muestran indiferentes, o pasan de largo con condescendencia, sin darse cuenta de las fuerzas que se esconden en ella, casi siempre se puede decir de ellos con certeza que son personas superficiales y triviales.

...Final de la *Sinfonía Heroica* (sólo se ofrecen fragmentos).

[Sobre Max Eastman, Marcel Prevost, Paustovsky y Yakov Ilyine. Extracto del *Diario de exilio. 1935*]

Hoy elecciones. La movilización de todas las fuerzas del orden se hace bajo la consigna del "anticolectivismo". Sin embargo, los dos partidos obreros no se han atrevido a desplegar la bandera socialista para no asustar a las "clases medias". Así que, de su programa socialista, estos desafortunados partidos sólo extraen desventajas.

***

La *TSF* Emite *Madame Butterfly*. Es domingo, estamos solos en casa: los dueños se han ido, ya sea de visita o a cumplir con su deber cívico, a votar... Por la calle han pasado grupos de ciclistas, el de delante tarareaba *La Internacional*[333]; al parecer, un piquete electoral obrero. Los dos partidos obreros y las dos organizaciones sindicales están políticamente vacíos y, sin embargo, poseen una enorme fuerza de inercia histórica. El carácter orgánico de los procesos sociales, incluidos los políticos, es especialmente tangible en los momentos críticos, cuando las viejas organizaciones "revolucionarias" resultan demasiado lastradas para dar el giro necesario a tiempo. Qué inanes "teorías" tienen Max Eastman y otros sobre los "ingenieros" revolucionarios que construyen pretendidamente nuevas formas sociales, según sus propias directrices, con los materiales que tienen a mano. ¡Y este mecanicismo norteamericano intenta hacerse pasar por una teoría adelantada al materialismo dialéctico! Los procesos sociales están mucho más cerca de los procesos orgánicos (en sentido amplio) que de los procesos mecánicos. Un revolucionario, que se apoya en la teoría científica del devenir social, está mucho más cerca, en su manera de pensar y de trabajar, del médico, y en particular del cirujano, que del ingeniero (¡aunque el norteamericano Eastman tiene, sobre la construcción de puentes, nociones verdaderamente infantiles!) Al igual que el médico, el revolucionario marxista es llevado a apoyarse en el ritmo autónomo de los procesos vitales... En las condiciones actuales de Francia, el marxista pasa por "sectario", la inercia histórica, incluida la de las organizaciones obreras, está en su contra... La corrección de la prognosis marxista *debe* revelarse, pero puede revelarse de dos maneras: por un giro de las masas que las ponga a tiempo en el camino de una política marxista, o por el aplastamiento del proletariado (tal es la alternativa de la época *actual*).

En 1926, N. y yo estábamos en Berlín en esta estación del año. La democracia de Weimar aún estaba en pleno apogeo. La política del Partido Comunista Alemán hacía tiempo que se había desviado del marxismo (si es que alguna vez había estado sobre los raíles), pero el propio partido seguía presentando una fuerza imponente. Fuimos de incógnito a una manifestación en *Alexanderplatz*. Una enorme masa de gente, una multitud de banderas, discursos llenos de seguridad. La sensación era que sería difícil maniobrar este pesado coloso.

Más abrumadora fue la impresión que me causó el politburó el primer jueves después de mi regreso a Moscú. Molotov era entonces jefe de la Comintern. No es un tonto, tiene carácter, pero es estrecho de miras, obtuso, sin imaginación. No conoce Europa, no lee idiomas extranjeros. Al sentir su debilidad, se obstina en afirmar su "independencia". Los demás sólo apoyan. Recuerdo que Rudzutak, refutando mis argumentos, pretendió corregir mi traducción de *L'Humanité*, que según él era "tendenciosa": me quitó el papel de las manos, y siguió las líneas con el dedo, perdiéndose en ellas, confundiéndose y haciendo de su arrogancia un escudo. Los demás, una vez más, lo "apoyaban". Se había instituido entre ellos un acuerdo de solidaridad como ley intangible (por una decisión especial secreta de 1924 los miembros del politburó se

---

[333] En esta misma página las letras de La Internacional.

comprometieron a no entrar nunca en polémicas abiertas entre ellos y a apoyarse invariablemente en cualquier polémica conmigo). Ante esta gente me encontraba como ante un muro sin ventanas. Pero eso no es, por supuesto, lo principal. Detrás de la ignorancia, la estupidez, la terquedad y la ira de los individuos, se podían ver las características sociológicas de una casta privilegiada, extremadamente sensible, extremadamente sutil y extremadamente emprendedora en todo lo que afectaba a sus *propios intereses*. De esta casta dependía por completo el Partido Comunista Alemán. Esta fue la tragedia histórica de la situación. El final llegó en 1933, cuando el enorme Partido Comunista de Alemania, minado internamente por las mentiras y el fingimiento, se desmoronó hecho polvo con la llegada del fascismo. Esto no fue previsto por los Molotov y los Rudzutaks. Y, sin embargo, había sido posible preverlo...

Lo que importaba no era la estrechez de miras de los individuos, ni la miopía personal de Molotov, y todos los acontecimientos posteriores lo demuestran. La burocracia se ha mantenido fiel a sí misma. Sus características básicas sólo se han acentuado. En Francia, la Comintern sigue una política no menos desastrosa que en Alemania. Y, sin embargo, la inercia histórica sigue activa. Esos jóvenes en bicicleta que tararean *La Internacional* casi seguro que figuran bajo la bandera de la Comintern, que no puede traerles más que derrotas y humillaciones.

Sin la intervención consciente de los ahora relegados “sectarios”, es decir, la minoría marxista, es absolutamente imposible encontrar la vía principal. Pero se trata de una intervención en un proceso orgánico. Hay que conocer las leyes, igual que un médico tiene que conocer “el poder curativo de la naturaleza”.

***

Después de dos semanas de trabajo intensivo estaba agotado, y leí algunas novelas. *Clarisse et sa fille* de Marcel Prévost. Una novela virtuosa a su manera, pero es la virtud de una vieja cortesana. ¡Prévost psicoanalista! Se refiere a sí mismo varias veces como “psicólogo”. Como autoridad en el conocimiento del corazón, también cita a Paul Bourget. Recuerdo con qué merecido desprecio, con qué asco incluso, juzgaba Octave Mirbeau a Bourget. Y francamente, ¡qué literatura tan superficial, falsa y podrida!

Una historia rusa: *Cólquida* de Paustovsky. El autor es obviamente un marino de la vieja escuela que participó en la guerra civil. Un hombre dotado, superior en técnica a los llamados “escritores proletarios”. Pinta bien la naturaleza. Se reconoce el ojo agudo del marinero. En la evocación de la vida soviética (en Transcaucasia) se asemeja a veces a un buen gimnasta, los codos pegados al cuerpo. Pero hay imágenes conmovedoras de trabajo, sacrificio y entusiasmo. Lo más logrado, por extraño que sea, es el retrato de un marinero *inglés,* varado en el Cáucaso, que se ve envuelto en el trabajo de todos.

La tercera novela que he leído ha sido *La gran cadena de montaje*, de Yákov Ilyin. Aquí tenemos un espécimen puro de lo que se llama “literatura proletaria”, y no el peor espécimen. El autor cuenta la “novela” de una fábrica de tractores: su construcción y puesta en marcha. Muchas preguntas y detalles técnicos, y aún más discusiones sobre ellos. Está escrito de forma relativamente ágil, aunque no deja de ser un trabajo de aprendiz. En este trabajo “proletario”, el proletariado está en un segundo plano, en el fondo, el proscenio pertenece a los organizadores, los administradores, los técnicos, los capataces (y las máquinas herramientas). La brecha entre la capa superior y la masa recorre toda esta epopeya de una cadena de montaje norteamericana en el Volga.

El autor es extraordinariamente devoto de la línea general, su actitud hacia los jefes está impregnada de reverencia oficial. En cuanto a definir el grado y la sinceridad de estos sentimientos, es difícil, ya que son obligatorios y se imponen a todos; lo mismo ocurre con el odio a la oposición. Los trotskystas ocupan un cierto lugar en la novela, aunque secundario: el autor les atribuye laboriosamente puntos de vista tomados de los

editoriales y acusaciones de *Pravda*. Y, sin embargo, a pesar de este carácter estrictamente bienintencionado, la novela parece en algunos momentos una sátira del régimen estalinista. La grandiosa fábrica se pone en funcionamiento sin terminar: hay máquinas-herramientas, pero los trabajadores no tienen dónde alojarse, el trabajo no está organizado, falta agua, en todas partes hay anarquía. Hay que suspender la marcha de la fábrica y reequiparla. ¿Suspender el funcionamiento de la fábrica? ¿Pero qué dirá Stalin? Veamos, hicimos la promesa en el congreso, y así sucesivamente. Un bizantinismo repulsivo, en lugar de consideraciones funcionales. El resultado: un monstruoso derroche de fuerza humana, y malos tractores. El autor imagina un discurso de Stalin en la reunión de los responsables administrativos: "¿Reducir los índices de producción? Imposible. ¿Y occidente?" (En abril de 1927, Stalin sostenía que la cuestión de los ritmos de producción no tenía relación con la cuestión de la construcción del socialismo en el entorno capitalista: el ritmo era nuestro "asunto interno"). Por tanto: reducir los ritmos asignados desde arriba es "imposible". Pero, ¿por qué el coeficiente se fija en veinticinco y no en cuarenta o setenta y cinco? El coeficiente fijado no se alcanzará de todos modos, y si se acerca, será a costa de una menor calidad y del desgaste de la vida de los trabajadores y de los equipos. Todo esto es evidente en Ilyine, a pesar de la devoción oficial del autor.

Algunos detalles son chocantes. Ordzhonikidze (en la novela) trata de *tu* a un trabajador, y el trabajador de *usted*. Así es como se desarrolla todo el diálogo, y al autor le parece que está dentro del orden de las cosas.

Pero lo más siniestro de esta cadena de montaje es la falta de derechos políticos y la impersonalidad de los trabajadores, especialmente de la juventud proletaria, a la que sólo se le enseña a someterse. A un joven ingeniero, resentido por las exageradas tareas impuestas, le reprocha el comité del partido por su reciente "trotskysmo" y lo amenaza con la exclusión. Los jóvenes miembros del partido discuten por qué nadie de la generación más joven ha conseguido nada destacado en ningún campo. Los interlocutores se consuelan con consideraciones bastante confusas. ¿No es porque estamos amordazados? No necesitamos libertad de discusión, tenemos las instrucciones del partido y las "indicaciones de Stalin". Las instrucciones del partido (sin discusión) son precisamente "indicaciones de Stalin", que, a su vez, se limitan a resumir empíricamente la experiencia de la burocracia. El dogma de la infalibilidad burocrática amordaza a la juventud, impregna su moral de servilismo, de bizantinismo, de falsa "sabiduría". En algún lugar escondido, sin duda, también hay personas adultas trabajando. Pero los que dan a la joven generación el sello oficial de aprobación llevan una huella indeleble de inmadurez.

[Sobre Emma Goldman y Mother Jones. Extracto del *Diario de exilio. 1935*]

1 de julio de 1935

Tumbado al aire libre he hojeado una colección de viejos artículos de la anarquista Emma Goldman[334], con una breve biografía suya, y ahora estoy leyendo la autobiografía

[334] Emma Goldman (1869-1940), anarquista nacida en Rusia, emigró a Estados Unidos a la edad de diecisiete años y fue expulsada a los 19. Marchó entonces a Rusia, pero quedó desilusionada por el conflicto entre sus ideales y las realidades del régimen soviético. Tras una estancia en Inglaterra, fijó su residencia en Canadá.

de *"Mother Jones"*[335]. Ambas salieron de las filas de las mujeres trabajadoras estadounidenses. ¡Pero qué diferencia! Goldman es un individualista con una pequeña filosofía "heroica", una mezcla de las ideas de Kropotkin, Nietzsche e Ibsen. *Jones*, una heroica proletaria norteamericana, sin complejos ni ambigüedades, pero también sin filosofía. Goldman se propone objetivos revolucionarios, pero los lleva a cabo de forma no revolucionaria. *Mother Jones* siempre se propone los objetivos más moderados: más sueldo y menos horas, y lo hace de forma audaz y revolucionaria. Ambas reflejan Norteamérica a su manera: Goldman en su racionalismo primitivo, Jones en su no menos primitivo empirismo. Pero Jones marca un magnífico hito en la historia de su clase, mientras que Goldman personifica el abandono de su clase por el no ser individualista. No pude leer los artículos de Goldman: fraseología razonada y sin vida que, a pesar de su sinceridad, huele a retórica. La autobiografía de Jones la leí con fruición.

En sus descripciones de las luchas obreras, condensadas y despojadas de toda pretensión literaria, Jones revela una imagen aterradora de los entresijos del capitalismo estadounidense y su democracia. ¡No se puede leer sus relatos sobre la explotación y la mutilación de niños pequeños en las fábricas sin estremecerse y maldecir!

***

Knudsen[336] nos ha informado de que los fascistas están preparando en Drammin (a sesenta quilómetros de aquí) un mitin de protesta contra mi presencia en Noruega. Según K. no reunirán a más de cien personas.

No sé qué funcionario soviético ha alquilado una villa en las cercanías del lugar de veraneo de nuestro casero. Esto solivianta a N. de forma bastante innecesaria en mi opinión.

4 de julio

Terminé de leer la autobiografía de Mother Jones. Hacía tiempo que no me interesaba y emocionaba tanto una lectura. ¡Un libro épico! ¡Qué indefectible devoción a los trabajadores, qué elemental desprecio hacia los traidores y arribistas que se encuentran entre los "líderes" de los obreros! Con noventa y un años de vida a sus espaldas, esta mujer puso a la Rusia soviética como ejemplo ante el congreso obrero panamericano. A los noventa y tres años se afilió al partido de los obreros y *campesinos*. Pero el contenido principal de su libro es su participación en las huelgas obreras, que, en Norteamérica más a menudo que en cualquier otro lugar, se convierten en una guerra civil... ¿Se ha traducido este libro a otros idiomas?

[335] "Mother" Jones (Mary Harris, 1837-1930), militante del movimiento obrero norteamericano, especialmente en los distritos mineros de Pensilvania y Virginia Occidental, y en los del oeste y suroeste. Con noventa años todavía estaba muy activa. *The Autobiography of Mother Jones* fue publicado en Chicago en 1925; ha sido traducido al francés [hasta donde sabemos no al castellano, EIS].

[336] Konrad Knudsen, tras haber pertenecido al "Industrial Workers of the World" durante su estancia en Estados Unidos, a su regresó a Noruega militó activamente en el Partido Obrero Noruego y en el parlamento, Trotsky vivió en casa de Knudsen, en Weksal, una aldea próxima a Oslo.

Edicions Internacionals Sedov
Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
- *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)*
- *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
- *04. Obres escollides de Lenin en català*
- *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
- *06. León Sedov: escritos*
- *07.a Liga de los Comunistas*
- *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
- *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
- *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09.a. Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional*
- *09.b. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
- *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
- *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)*
- *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
- *14. Lenin: dos textos inéditos*
- *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
- *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
- *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano (enlace desde imagen)
Alejandría Proletaria

